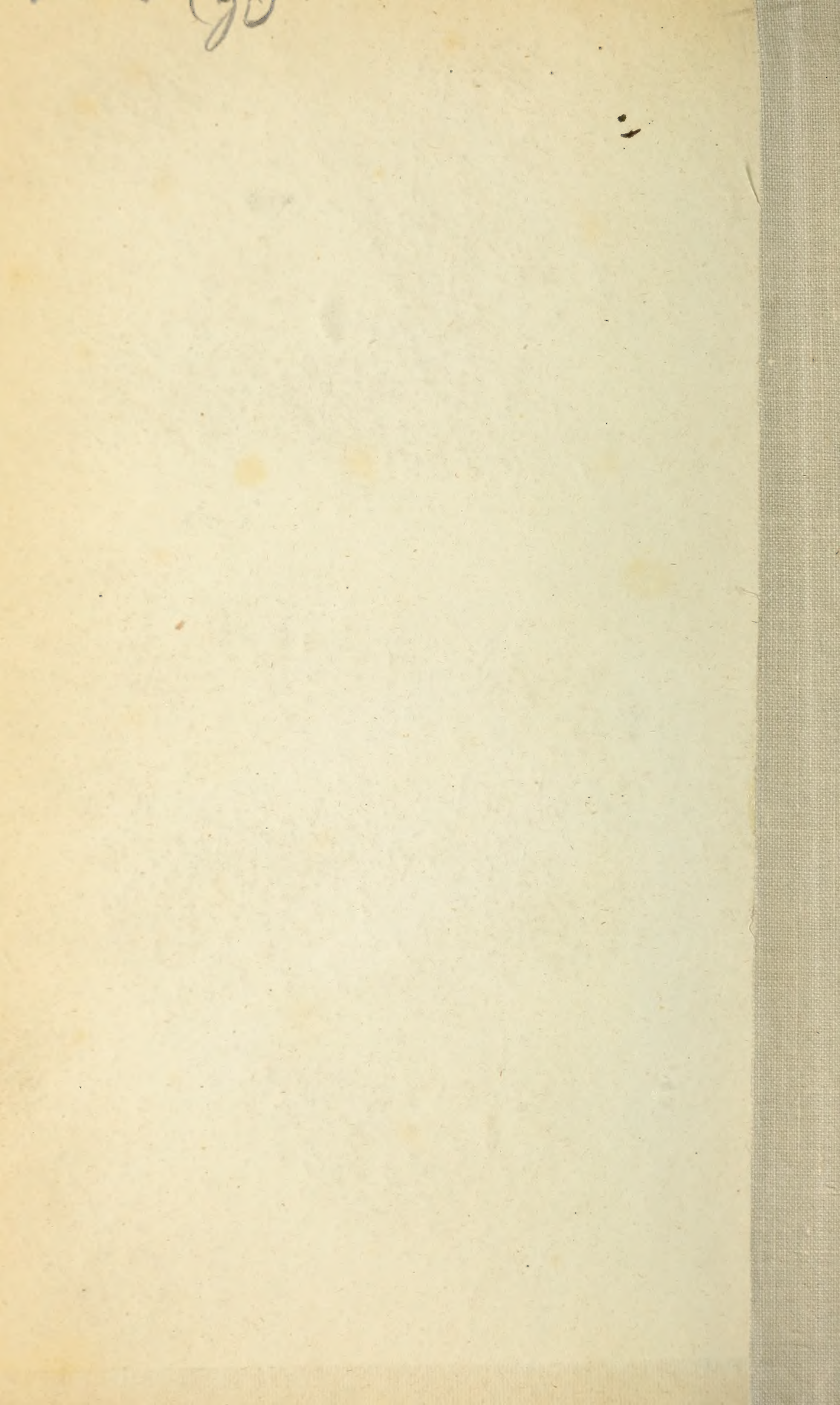


COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO XXXIX.

POESÍAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, 28, Cerca del Odeon.

OBRAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

CON SU BIOGRAFÍA
POR ILDEFONSO DE OVEJAS.

TOMO PRIMERO.

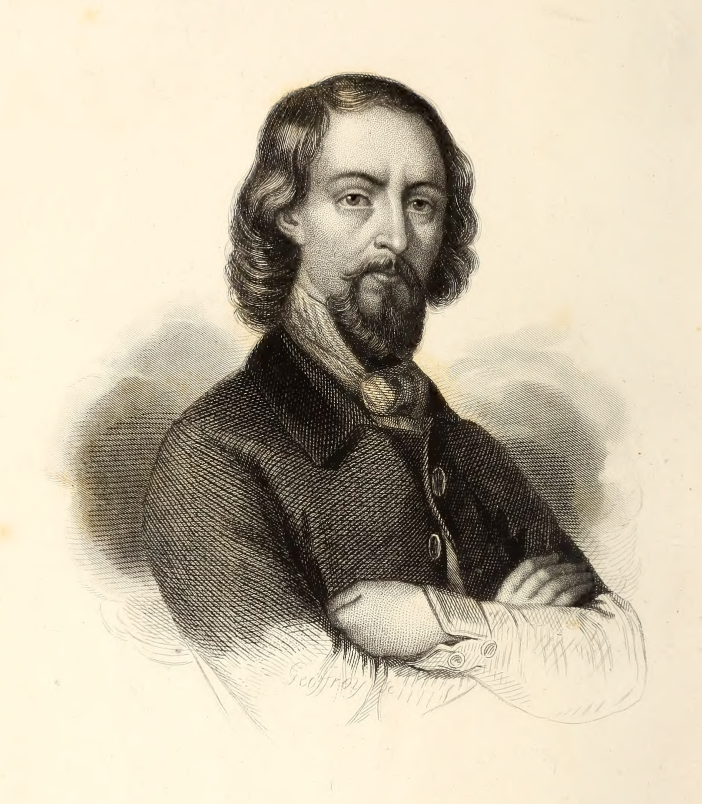
OBRAS POÉTICAS.



PARIS.
BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,
Nº 3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,
CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847.





D. J. ZORRILLA.

OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ ZORRILLA

CON SU BIOGRAFÍA

POR

ILDEFONSO DE OVEJAS.



PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

Nº 3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1847.

DON JOSÉ ZORRILLA.

Se ha suscitado á veces la cuestion de si la crítica debe ejercerse conforme á principios superiores ó con arreglo al sentido comun. Si por sentido comun se entiende la razon, seguramente por él, pues de él deben depender aquellos; pero si se entiende por tal el modo comun de ver las cosas, entonces será preciso que se formule primero ese modo comun de ver, y que se vea si efectivamente existe. ¿Han de entrar á formarlo todos los nacidos? entonces de seguro no hay con mayoría absoluta ningun modo de ver una misma cosa, á no ser las necesidades animales, y aun aquí caben infinitas diferencias. ¿Lo han de formar solo los vivientes? ¿lo ha de constituir meramente cada nacion para cada idioma? Cuestiones son estas que, aunque pudieran resolverse, darian por resultado dos consecuencias: que el sentido comun, en el hecho de serlo, adolece de muchos errores y que no pasa jamás de cierta altura, porque se refiere á las ideas vulgares. Nosotros creemos que al hablar del sentido comun alude cada cual al sentido suyo mas que á ninguna otra cosa. ¿El sentido comun sabe ciencias abstractas? no: ¿sabe las naturales? no: ¿sabe filosofía? no: ¿sabe lógica? no seguramente. Pues entonces ¿para qué ha de servir de juez el mero sentido comun que no sabe de nada mas que de las cosas comunes en la vida? ¿y de cuántos errores no se alimenta ese sentido, si por él no se entiende la razon? Y si prescindimos de las ideas y nos referimos á los afectos, ¿quién duda que los hay propios de las organizaciones mas privilegiadas que no asisten á la mayoría de los hombres?

No sin aparente fundamento dudan algunos de que haya princi-

pios fijos y absolutos donde la poesía descanse, ni reglas por consiguiente generales y determinadas que sean ley y norma para ejercer la crítica. Induce á este error el considerar la infinita variedad de índoles, cualidades y formas que entre los poetas aparecen, y el amedrentarse la razon ante el propósito de penetrar en ese caos, recoger y coordinar sus principios, aclarar su confusion y dar con el centro comun de donde parten tan varias divergencias. Si á esta consideracion se añade la inconsecuencia y opuestas sinrazones con que el público acoje las obras del ingenio, habráse de convenir en la unánime incertidumbre que sobre el particular ocupa el ánimo de los hombres pensadores; porque sin base el juicio en este asunto, sin punto de partida la razon, se encuentra desarmado el criterio ante las falsas impresiones que mueven voluntariosamente el discurso, dando lugar á la diferencia de conceptos que divide el campo literario, donde siempre la individualidad anda como reina del acierto.

No hay, sin embargo, ramo de la inteligencia humana, no hay trabajo de las facultades intelectuales que no esté sometido á una ley constante, como lo está todo lo creado, ley que indudablemente tiene entronque y mas ó menos tortuoso nacimiento, en la primera y mas absoluta condicion de la vida moral, en la percepcion. Sin esta no se concibe la vida moral, así como sin la sensacion no se concibe la física, porque donde no hay sentimiento ¿qué hay sino un organismo inerte? y el que nada percibe ¿qué inteligencia tiene?

Prescindiendo de la intima correspondencia que existe entre aquellas dos cualidades, tanta que parece la percepcion ser nada mas que un ramo determinado de la otra, es indudable que la primera tiene sus medios y trámites marcados en la organizacion misma, así como la sensacion los tiene; medios y trámites que nos son desconocidos en su esencia, pero que podemos clasificar en sus efectos. Si el alma necesita los sentidos para percibir, hay que suponer otra multitud de medios mas íntimos de percepcion para esplicar las infinitas diferencias y modificaciones de que el entendimiento es capaz. Por la relacion, pues, que existe entre los efectos y las causas, no hay ramo, repetimos, de la inteligencia humana que mas temprano ó mas tarde no ceda y se entregue al incansable trabajo del análisis para acabar por someterse á la sistematizacion de la lógica.

Concretándose á la poesía, se echa de ver que en su nacimiento debió reducirse á la metrificacion de las palabras, y que en sus pri-

meros tiempos no era considerada bajo otro aspecto. Pero aplicada bien pronto á espresar las afecciones del ánimo, en gracia á sus formas musicales que la hacen tan halagüeña, fué cada dia tomando un particular aspecto que llegó al fin á distinguirla de todos los demas modos de espresarse; y esta circunstancia sentida y reconocida por todo el mundo dió lugar á esa persuasion universal de que la poesía es un arte especial, cuyo lenguaje se diferencia de otro cualquiera. Donde esté, sin embargo, esta diferencia, en qué estribe, es una cuestion todavía por resolver, y los mas agudos ingenios se han concretado á establecer como por reglas algunas observaciones incompletas, deducidas de casos particulares, y que si para algo han servido por sí solas, ha sido para mostrar el talento de sus autores mas bien que la salida del enmarañado laberinto de la poesía; mucho, sin embargo, han preparado el acierto para el porvenir esas reglas y distinciones hechas por las artes poéticas y las retóricas tan menospreciadas ambas por algunos que no han considerado la filosofía que encierran, dejándose llevar de las primeras impresiones.

Por de contado, todos los críticos han fundado sus observaciones en el único punto de partida posible en estas materias, la observacion; lo primero que se ha ofrecido á sus ojos han sido las formas, y muchos, como es natural, han principiado por establecer como punto de ley las que en los objetos de observacion veian: de aquí esa multitud de reglas escritas y embarazosas que quieren resolver el problema sin penetrarlo, y á las cuales, si el estilo lo permitiera, pudiera aplicarse aquella espresion familiar de *tomar el rábano por las hojas.* Mucho mas han profundizado la materia otros críticos, aunque ninguno ha dado á luz un cuerpo de doctrina bastante convincente sin duda para sujetar á su yugo todas las opiniones, y andan estas todavía tan divididas y encontradas que rinden párias casi todas á la humana flaqueza de no dar por bueno lo que no está en armonía con la índole ó hábitos de la inteligencia individual.

Al escribir, pues, la biografía crítica de un célebre poeta, nos será preciso á nosostros esponer el modo con que concebimos la poesía, porque, resueltos á aplicar en este y cualquier caso las convicciones que nos asisten, queremos recaigan los errores sobre nuestro torpe entendimiento.

De la observacion de los mas grandes poetas se deduce que la poesía no puede existir sin imágenes, sin afectos. Su objeto debe ser instruir tocando los dos resortes mas fáciles de mover en el hombre, la imaginacion y el sentimiento. Decimos que debe instruir, no

solamente porque ya lo dijo el *útil y agradable* del grande Horacio, sino tambien porque creeríamos mengua de la poesía lo contrario. Lo confesamos, si su objeto fuese meramente deleitar, nosotros, aunque nos ofrecieran la palma del triunfo, desdeñaríamos ser poetas. Un mas alto objeto está destinado á la poesía: suelta, libre y desembarazada en su espacio la inteligencia, altiva y valerosa como el águila, toma arranque hasta el cielo, tiende en la creacion su señorío y, reina de la luz, desprende en vivos lampos la claridad que baja á iluminar los mundos de la ciencia. El antro inmenso del porvenir, el abismo de la duda, la infinita region de lo desconocido, todo abre las puertas á su vuelo; acaso se pierde y vaga en aquellas oscuridades, y entonces ¡ay! entona tristes cánticos; siguenla detrás, pero muy lejos, las cautelosas ciencias lentamente, cuyos medidos pasos alargan si bien trillan el camino.

En donde no haya imágenes ni afectos ¿se concibe la poesía? imposible; asistirán allí todas las cualidades lógicas de que la inteligencia puede gozar, pero será filosofía, ciencia, ú otra cualquiera especie de ese número infinito de pensamientos que carecen de clasificacion determinada á causa de la imperfeccion que oscurece los humanos conocimientos.

Existe sin duda una relacion íntima entre los afectos y las ideas, dando á esta palabra su mas reducida significacion; diríase que los une una trabazon continua de partes, si se considera que de los sentidos esternos provienen todas las percepciones primitivas, base indudablemente de todas las modificaciones de nuestra comprension, pues no se concibe esta sin aquellos, porque entonces no seria el hombre mas que una masa inerte. Sin duda que en lo íntimo de nuestro organismo hay una série trabada y sucesiva de ramificaciones de los sentidos, cuyas formas y leyes nos son desconocidas, pero que se van como sutilizando de grado en grado hasta conducir á las mas abstractas percepciones que llamamos pensamientos, que acaso no son mas que delicadísimos afectos que obran en el organismo como otros cualesquiera, aunque parecen de esencia diferente. ¿No advertimos diversidad en los sonidos, aunque todos consisten en una misma ley, aunque tienen una misma esencia, si así puede decirse, siendo hijos de vibraciones solo diferentes en la cantidad de fuerza? ¿No nos parecen dos cosas diversas el rojo y el verde, cuando acaso no son mas que diferencias de cantidad de luz, conformes á las facultades reflectivas de los cuerpos, cantidades que mide y clasifica la reflexion del prisma? ¿No creemos que son diversas cosas la elec-

tricidad y el magnetismo, cuando apunta ya la ciencia demostrarnos que son solo modificaciones de un mismo fluido? ¿Cual será la mano que se atreva á poner lindes entre las afecciones y los pensamientos?

Estamos llamando afectos á todas las sensaciones que, no consistiendo meramente en la simple intervencion de los sentidos esternos, carecen en cambio de la disposicion analítica que constituye el pensamiento abstracto, y que se encuentran de consiguiente en el término medío de estos y las sensaciones materiales, formando entre sí otra série de eslabones que los enlaza por un lado á la materia bruta y por otro al juicio. Del mismo modo que pasando la naturaleza por una série de transiciones que no se acierta á deslindar, dá orígen, forma y cualidades á los tres reinos de que consta.

Sin duda hay medios determinados y precisos para escitar los afectos, medios que tienen su lógica necesaria para ser empleados. El hombre, aunque por los resultados los presienta, no los conoce hasta el punto de poder sistematizarlos, si bien es probable que, aunque lo lograse, con el progresivo refinamiento de la percepcion se sucederian otros muchos que acaso no le seria dado comprender.

De consiguiente, para escitar los afectos el medio mas conducente hasta ahora es sentirlos, y el mejor medio de valuarlos tener las facultades necesarias para lo mismo. Con cuyo motivo no sin razon puede decirse que los afectos delicados son flores con cuyo aroma se deleita el alma, y cuyas delicias solo sienten las organizaciones privilegiadas.

Diriase, sin embargo, que son los afectos percepciones sintéticas que se escapan al análisis y causan de consiguiente una sensacion indeterminable; todos parece que pueden reducirse á los dos grandes ramos del sentimiento, el placer y el dolor, la satisfaccion de una necesidad, la oposicion á la habitud, tomando esta palabra en su mas lata acepcion, habitud orgánica, habitud moral. Hemos dicho *oposicion* porque creemos que todos los efectos provienen de la variacion y que solo en los grados que esta adquiera consisten las diferencias entre el dolor y el placer, no estando estos separados por linderos distintos. La relacion de un naufragio afecta el ánimo; pero esta afeccion es capaz de todas las graduaciones posibles. Desde decir simplemente *naufragamos* hasta hacer una descripcion perfecta como tal, hay infinidad de calidades, digámoslo así, entre las descripciones intermedias, y con ella va adquiriendo fuerza ó profundidad el afecto que infunden. Supongamos que la descripcion, reducida como tal á palabras, pudiera ir tomando sucesivamente grados de verdad hasta

entrar en el terreno de la imitacion material; en este caso seria mucho mas profunda la conmocion de los espectadores. Aquí ya la descripcion toma otro carácter que puede decirse adquiere ya muchos grados de verdad en el teatro, pero que es capaz de muchos mas, hasta llegar al punto de convertirse en un naufragio real y verdadero. Aquí la conmocion de los ánimos, que en el teatro consistió en un gustoso dolor, toma los caractéres del dolor positivo. Y si la fuerza de las trasmutaciones que vamos haciendo de la descripcion, llegase hasta el estremo de poner al oyente ó al espectador en las mismas circunstancias que dan lugar al caso, si se viese asido á una tabla en medio de un mar proceloso, sintiendo ya aquella série de intensidades de dolor terrible, llegaria á sentir el de la desesperacion, al ver la muerte, el fin de la tan amada vida, seno y conjunto de todas las habitudes.

La variacion, pues, es el principio de todos los afectos, así como lo es de todas las sensaciones y de todas las ideas. He aquí en qué estriba una de las cualidades mas admirables de los autores dramáticos; obligados á interesar al público que está presente, ¿cuánto no deben conocer el corazon humano si cumplen dignamente con su empeño? cuánta prudencia y tino no les ha de asistir para tocar precisamente las afecciones mas comunes á la mayoría, para observar aquella parquedad tan difícil y de tanta maestría asi cuando abunda el corazon en afectos como cuando en ideas la inteligencia?

Los afectos no pueden infundirse sin causas dadas, las cuales determinan su carácter; así, para infundir la percepcion de una imágen por el sentido de la vista, es menester presentarla á los ojos, y sí por el oido describirla. Empero así como hay ojos cuyo sentido es torpe y que no ven con distincion, unos mas y otros menos, así sucede con todas las demás facultades del hombre, y raros son los corazones que sienten con toda perfeccion un afecto, así como es muy difícil comprender en toda su perspicuidad las ideas.

¿Qué leyes rigen los afectos? nos es desconocido su modo de obrar, pero de la comparacion de sus efectos podemos deducir que están sujetos á la ley de la verdad que en este caso es la motivacion; es indudable que todos la tienen, aunque sentimos muchos cuyas razones no atinamos, ¡tal es la flaqueza de nuestro entendimiento! Para infundirlos, sin embargo, el poeta tiene que esponerlos y sujetarse á esta ley, y de lo contrario todo afecto sin motivo disgusta y se llama afectacion. Pero no basta solo que haya razones, es preciso que causen el efecto con todos los caractéres que de su conjunto se dejan deducir, porque de lo contrario sobrevendrá la falsedad:

luz que guie al poeta en esta confusion no hay mas sino una delicada sensibilidad ó un saber analítico que hasta ahora á nadie ha concedido el cielo.

La poesía dramática se ha encargado de los afectos á que es mas accesible la mayoría de los hombres; la trágica se ha conservado los heróicos, la lírica al espresarlos suele revestirlos de imágenes. En este punto debemos hacer la observacion de que la poesía dramática es una série de imágenes tambien puestas en accion en el teatro comun de la vida. De aquí se deduce, si bien se mira, que la poesía puede reducirse en resúmen á ser *la espresion por medio de imágenes.* Nosotros pensamos que este es su carácter distintivo. Si prescindimos por el pronto de la dramática, no hay poeta lírico que con su ejemplo no lo compruebe, y no hay trozo celebrado como buena poesía que no consista en imágenes. Donde estas no están, ya en la forma, ya en la comparacion, ya en la suposicion, ya descriptivamente, no hay poesía. La que se llama jocosa no tiene casi siempre mas punto de comparacion con ella que el estar escrita en verso. Examínese detenidamente la poesía jocosa y se encontrará que consiste en la contradiccion; en esta la estravagancia; de la estravagancia la risa. El objeto del chiste es hacer resaltar dos estremos presentando inopinadamente el paralelo. No confundimos esta poesía con la festiva, por la cual entendemos la que no tiene el mero objeto de hacer reir, sino que escitando esta grata afeccion lleva envueltos los pensamientos; el fin es hacer resaltar los vicios, errores y defectos, para lo cual los ofrece á la vista por el dado donde tienen la flaqueza, presentando la razon sintética que lleva en contra, de modo que el lector la conciba al punto en toda su estension y goze además del contraste. Así es que la poesía festiva y mas aun la satírica están sujetas á la ley de la lógica como todos los ramos de las facultades humanas. Por lo demás, aunque su fondo consiste en presentar las cosas *ad absurdum*, es capaz de imágenes como la poesía lírica.

Las imágenes pueden referirse á la forma de objetos reales y verdaderos, ó á objetos inventados, en su conjunto ó en su individualidad. En el primer caso la poesía es de descripcion; en el segundo de fantasía.

¿Qué leyes rigen las imágenes? las de la verdad y la razon. La primera consiste ó en describir con exactitud dando á las cosas el modo y formas que tienen, ó en que el análisis de las imágenes comparativas dé por resultado una espresa condicion que sea comun á la imágen y al objeto. He aquí implícitamente contenida la razon de

la grande importancia, del poderoso vuelo que puede tomar la poesía; porque si examinamos separadamente la marcha de todos los fenómenos que constituyen una série de ideas, mas ó menos larga y contínua, y luego las comparamos mútuamente, echaremos de ver numerosos y graves datos que dan lugar á sospechar que una sola ley rige todas las cosas, ley que obrando en cada una con ciertas modificaciones es lo que llamanos en la mas lata acepcion *analogía*. La mente del poeta, obligada á espresarse con ejemplos que afecten intensamente, tiene que sentir esas analogías en alta ó baja escala, y acaso no hace otra cosa sino insinuarlas cuando solo intenta esplicarse. Es árdua empresa, y no de la presente ocasion, esplayar esta idea de modo que obligue al convencimiento; pero ello es indudable que no el poeta, por serlo, ha de renunciar al alto don del discurso, el mas digno y elevado de cuantos el hombre tiene. ¿Pues qué, el poeta está autorizado para sacrificar la razon y abrazar el absurdo y preconizar la falsedad? No, entonces la poesía seria indigna de los hombres, y si existe ese arraigado error que la empareja con la mentira, es porque el vulgo no ha comprendido las grandes concepciones de los superiores poetas, no ha penetrado su sentido, y han autorizado su error los poetas sin inspiracion propia que, queriéndose revestir del magnífico manto del Númen, lo han arrancado á pedazos de los hombros del ingenio, pensando arrancar el espíritu. ¿Pues qué, esa misma poesía gentil tan menospreciada y decantada como delirio de estraviadas imaginaciones, y que luego usada en sus formas sin contener ya su pensamiento ha dado lugar á ese error público, aquella poesía no cumplió sobre la tierra el mas alto destino de aquellos remotos tiempos, dando ley al mundo y desempeñando la gran empresa social que no le fué dada á la ciencia? Si hoy nos parecen locuras lo que de religion formuló Homero, ¿parecióle en aquellos dias? Pero direis que mintió; sí, como todos los sabios mienten cuando alzan su pensamiento; como mienten todos los grandes hombres, como mintieron los que hoy acaso teneis en vuestro corazon. Y es que estais calumniando lo que no comprendísteis, los pensamientos de maravillosos fines, esfuerzos del talento que intenta grandes cosas y anda desvanecido en el laberinto de la ciencia: esas son las convulsiones del gigante que se lanza á la inmensidad para luchar brazo á brazo con el destino, los arranques del genio que no lo puede vencer, pero que quiere al menos burlarlo.

La poesía se adelanta á la ciencia, yerra como Descartes; pero

anuncia como Cristo la luz de la verdad, y cuando esta amanece al mundo ya está ella allí para cogerla en su regazo, y cubriéndola en su manto de mil colores, la presenta á la muchedumbre que la contempla estática. Porque la multitud ¿cuándo comprenderá la ciencia? ¿cuándo si paso por paso la vida del hombre nada alcanza? ¿Y se cree que la ciencia y la poesía son dos cosas opuestas? ¡error! la inteligencia, los talentos son todos hermanos. ¡Cuánta fantasía, cuánta imaginacion no debia hervir en aquella frente de Newton cuando meditaba para enseñar al Orbe la verdad de los cielos! ¡Cuántas vigilias en valde y cuántos esfuerzos del ingenio gastó la ciencia vagando en alas de la fantasía redor de los palacios de lo incógnito! ¡Cuántos sublimes errores reflejen y se veneran al vago resplandor de la azulada luz eléctrica! El saber y el misterio siempre juntos; la poesía avanzando y la ciencia construyendo inespugnables castillos.

Poco tenemos ya que decir en este lugar acerca de la poesía en general; mas adelante esplayaremos, aunque no como deseáramos, nuestras ideas. Hemos dicho respecto de las imágenes que deben ser propias, y esta cualidad se aprecia casi completamente con solo recurrir á la comparacion analítica de la imágen. Todas las que cumplan precisamente con su objeto son buenas, y en su mayor ó menor exactitud consiste su mérito. Sublime es la espresion que de Dios dice la Biblia: *Inclinavit cœlos et descendit.* ¡Cuánta grandeza é imponente sentido hay en esta imágen magnífica! *¡se inclinaron los cielos y bajó!* (1) Ahí resalta el soberano poder de la divinidad, ante la cual se apartan con temor los cielos: esta imágen es de lo mejor con que puede el hombre referirse á ese Ser Supremo. ¡Cuán religioso profundo afecto sintió el poeta cuando dijo *et descendit*, porque ¿qué mas podia decir? porque á Dios ¿quién lo comprende? ¿quién lo conoce? ¿quién dirá: *es asi?*

Todavía cumple mejor sin embargo con esta misma idea la otra frase de la Biblia tan citada: *Dixit Deus: Fiat lux, et lux facta fuit.* Aquí ya el poeta casi rompe los nudos que ligan su alma á la torpe materia; esta desaparece de la vista, pierde al menos todas sus formas y cualidades conocidas; solo está Dios, su poder, su voluntad; hasta la idea del tiempo falta: dice Dios, *hágase la luz* y la luz aparece; raudales de esplendor inundan la creacion toda.

Otra definicion de Dios todavía mas digna dió Cristo, aunque la dió

(1) Creemos que es esta la mejor traduccion.

como filósofo, no como poeta: *Ego sum qui sum.* Aquí la mente humana se pierde; ese es Dios; ese es el todo, el único principio, el ente inesplicable donde todo está, de donde nada puede huir, lo que nada puede comprender: es quien es!

Mas modesto, menos audaz, menos grande Homero, su inteligencia abarca bien todo lo que imagina; y la perfeccion ¿quién mejor llegó á conocerla?

Si en la propiedad de las imágenes estriba su bondad artística, en lo contrario sus defectos. Abrid los poetas españoles del siglo XVII y hallareis muchas impropiedades que constituyen el mayor número de sus defectos: situaciones falsas, deducciones falsas, imágenes falsas: he aquí sus faltas mas notables en el desempeño de sus obras. Mas ¿qué necesidad hay de recurrir á ese siglo ni retroceder á los anteriores, si tenemos el ejemplo de Victor Hugo cuya poesía abunda hasta el estremo en afectos é imágenes falsas, sin que esto rebaje el grande ingenio que le ha hecho uno de los primeros hombres del siglo XIX? Sin necesidad tampoco de recurrir á él, podemos poner un ejemplo notable de falsedad de imágenes sacado del mismo libro que tenemos delante, del tomo primero de las poesías de Zorrilla, hijas todavía de un ingenio no sazonado, defectos comunes siempre á las primeras producciones. Dice:

Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad
Y la luna su pupila.

El cielo presentado como ojo, y ojo que pertenece á la eternidad que no es mas que la duracion sin término, y en ese ojo inmenso la luna por pupila, es un conjunto de ideas inconducentes, espresadas en imágenes impropias. Mucho mejor, ó para hablar con mas verdad, digna y conducentemente trató la idea de la eternidad el mismo Zorrilla en su composicion á *un Reloj.* ¿Cuánto mas no vale aquel *nunca! nunca!* que las anteriores imágenes?

Es comun el adagio de que *el poeta nace y el orador se hace,* lo cual seguramente podia decirse con igual razon del matemático y del filósofo. Como si no fuera cierto que todas las cosas van en este mundo encaminadas por sus respectivas convergencias á producir un fin, y como si, para ser poeta, no fuera preciso pasar por una série de trámites consiguientes como para ser cualquier otra cosa. Así es que no basta haber nacido con facultades capaces de conducir á la poesía,

pues tal habrá que nazca con ella en el mas alto grado y le lleve la suerte á bien distinto camino. La verdad es que el hombre nace con disposiciones para todo mas ó menos marcadas, hasta el estremo de que algunas se reducen casi á la nulidad y otras se manifiestan por sí solas; pero esto no sucede solo en los poetas, sino tambien en los matemáticos : Pascal era un niño de doce años, sin instruccion ninguna, y ya inventaba, rayando el suelo con un palo, la resolucion de los problemas de geometría, llegando hasta el número de veinte y tantos. La verdad es que, cuando las cosas llevan un número determinado de hombres á ser poetas, el que mas facultades tiene es el mas grande, en igualdad de circunstancias, y los demas lo son segun alcanzan; y á los llevados á las matemáticas les sucede lo mismo, y la mayoría de unos y otros se queda muy atrás de los delanteros. Por todo lo cual dijo no sabemos quién que hasta en los sabios habia vulgo.

Muy decaida andaba la poesía en España á principios del siglo XVIII; la literatura estaba como amortecida; las ciencias yacian olvidadas; todos los entendimientos en el estupor : diríase que el espíritu del país presentia el temer lo porvenir que le aguardaba, de lucha y desesperados esfuerzos. Hay momentos en que las naciones parecen detenerse en el camino de la vida, como viajero que al llegar al pié de las montañas se para á contemplar la áspera senda que ve delante, perdida en el laberinto de los montes. Y no es que la inteligencia de los hombres tenga en estos momentos una perspicua idea de lo venidero, ni aun siquiera un rayo de luz hiera los ojos de la muchedumbre; sino que, sometido el pensamiento á la constante ley de la combinacion que rije todas las cosas, desde la torpe y palpable materia hasta las espirituales ideas, abraza con afan los principios que en debida razon vienen á animar la vida del alma; y saboreando este nuevo placer hasta que lo asimila á su esencia, llega el punto y momento en que, casi hastiado de lo que pasó, no encuentra en ello afectos que le esciten y se adormece en aquella vejetacion moral hasta que un nuevo principio, una nueva semilla del alma viene á desarrollarse en el seno del universal interminable movimiento. Entonces la voz de las inteligencias privilegiadas principia á anunciar como en profecía al mundo el nuevo venidero pensamiento, y entonces tambien tiene principio la lucha de los espíritus, que no todos están dispuestos por igual al caso; entonces, si el nuevo principio está escrito en el libro de los grandes destinos, comienzan tambien las amarguras para los iniciados, el martirio acaso para los apóstoles.

Por eso la precursion de toda idea regenerativa viene gimiendo; por eso lloraron los profetas.

En nuestros tiempos parece estarse labrando una revolucion humanitaria; todas las naciones de Europa se han removido en su asiento á la voz de este presentimiento profundo, y la inspirada esclamacion del temor y el deseo, partiendo de Inglaterra y Alemania revestida con el ropaje de la poesía y la ciencia, ha ido á congregarse en la vecina Francia para cundir desde allí de nacion en nacion hasta el confin del Orbe; la Francia, inepta siempre para crear, siempre dispuesta para repetir, es el espejo ustorio que refleja el mundo.

La Francia comunicó á España á fines del pasado siglo el general impulso que tantas muestras de su poder ha dado en el movimiento literario de que somos testigos. De consiguiente nuestra poesía tomó arranque en la francesa, y conforme el movimiento generador adquirió mas espresion é ímpetu, se fué poniendo mas patente el apretado lazo de entrambas poesías. A esta ocasion se mostró al mundo el ya célebre poeta D. José Zorrilla; y como para ratificar y rendir pecho á la alianza y dependencia establecida, vino á ser unjido en la tumba del injenio de entonces que hubo mas simpatías con las letras de allende.

Nació D. José Zorrilla en Valladolid, á 21 de febrero del año 1817; es hijo de D. José Zorrilla y Doña Nicomedes del Moral. En aquella ciudad, en Burgos y en Sevilla pasó sus primeros años al lado de su padre que en las tres desempeñó respectivamente cargos importantes. En 1827 se trasladó á Madrid con su familia, por gestiones de la cual ingresó en el seminario de nobles donde cursaba las acostumbradas asignaciones y hacia versos por mandato de sus maestros y aun tambien á hurtadillas cuando los dedicaba á profanos ó intempestivos asuntos. En los dias de salida solia concurrir al teatro, y desde entonces su imaginacion debió manifestar la facilidad con que se impresionaba, pues de haber atendido al recitar de los actores adquirió y conserva Zorrilla la costumbre de leer los versos con un tono resonante y declamatorio, que le ha valido muchos aplausos, no precisamente porque esta entonacion sea recomendable para todos los casos, sino porque es cabalmente la mas propia para los versos de Zorrilla, ó al menos es en alto grado simpática con su poesía. Esta circunstancia en el modo de leer viene desde luego en elogio de Zorrilla, pues es sin duda una de las pruebas de la espontaneidad del poeta, y se funda este aserto en la misma razon en que estriba el mérito y valia de un actor que recita acorde con el sentido de aquel.

En 1833 salió el que ahora nos ocupa del seminario de nobles y volvió al seno de la familia que moraba á la sazon en un pueblo de Castilla la Vieja, retirado ya el padre de los cargos públicos. Es este cesante magistrado, alcalde de casa y corte en Madrid en tiempo de Calomarde, uno de aquellos celosos funcionarios públicos, hombres probos y purificadas autoridades que con tanta honra de la España conservaban en su seno el espíritu recto, profundo consenso y valerosa fortaleza que la razon de la ley infunde en los ánimos nobles, magistrados de que tan pocos ejemplos nos quedan, relegados entonces al hogar doméstico por el embate de las pasiones. ¡Ah! séale lícito rendir este tributo de veneracion á esos mas nobles y mejores restos de la antigua España, séale lícito rendirles este tributo á quien tambien, como Zorrilla, tiene un padre miembro en otros dias distinguido de nuestra magistratura, y mas que distinguido noble y justo, no menos tambien desgraciado.

En Castilla la Vieja principió el ingenio de Zorrilla á cursar la escuela del mundo, probando las tristes lecciones de la disidencias domésticas. El padre y el hijo estaban en desacuerdo, y como esto mismo se ha verificado respecto del mayor número de jóvenes dedicados hoy á la vida palpitante de la sociedad, preciso es conocer que entre la antigua y la moderna se interponia ya el espiritu de las revoluciones. Tenia Zorrilla odio al estudio de las leyes que le daba hastío; su padre insistia en que las cursara y le envió con este objeto á Toledo, encomendándoselo á un prebendado pariente. Ganó curso aquel año el novel estudiante, pero bien puede asegurarse que si lo ganó seria solo porque se lo dieran, como con el mayor número de escolares sucede. Lo cierto es que Zorrilla estudiaba muy poco, y que se entretenia en visitar las antigüedades en que aquella insigne ciudad abunda, y que reñia con el canónigo, por no asistir á comer á las doce, por no vestir las opalandas, por dejarse melenas y por hacer canciones.

Concluido el curso, volvió Zorrilla á su casa, que la tenia en Lerma; el padre lo recibió con desagrado y el hijo se entretuvo en leer el Genio del Cristianismo, los Mártires y la Biblia. Al siguiente año escolar, fué enviado á Valladolid para que siguiese la carrera; llevaba muchas recomendaciones, y personas de categoría tenian el encargo de velar sobre su conducta, que no la creian muy buena, pues solia faltar de casa en horas no muy acostumbradas. Se entretenia en pasear y hacer versos; no sacó provecho del curso y aquel año vió por primera vez impresos sus versos en un periódico, en el *Artista*. No

hemos visto esta composicion, titulada *Elvira*, pero es de suponer que valdrá muy poco, como los demás versos en que su infancia se ocupaba.

No debia agradarle á Zorrilla la vigilancia de que era objeto en Valladolid, y sin duda se agravó su disgusto con la noticia de que su padre le esperaba muy irritado y que habia dicho lo habia de poner á cavar. Así es que, cuando lo pusieron al cargo de un mayoral para que lo condujese á Lerma, finalizado ya el curso, tomó Zorrilla la resolucion de emanciparse al rigorismo paterno. Al pasar por un pueblo, cerca del término de su viaje, hubo de hacer alto en casa de un primo que allí tenia, y viendo pacer por el campo una yegua del pariente, montó en ella y volviendo á desandar lo andado tornó á entrar en Valladolid, siguiéndole horas detrás una requisitoria, é incontinente con la yegua del primo y unos cuantos reales siguió en derechura á Madrid, entrando pocos dias despues tan rico de esperanzas como pobre de presente en la coronada villa, sumidero de desventuras, seno de pobrezas, abrigo de ilusiones y acreditada escuela donde cursa mejor el desengaño la enseñanza del mundo. Algo debió de aprender el fugitivo poeta durante los diez meses que siguieron á su llegada, en los que la menor incomodidad suya y el trabajo de menos pena era ir huyendo de las paternales pesquisas y los infinitos amigos de su casa, para lo cual dejó crecer melenas y barbas, usando anteojos y sobre todo contando con la desfiguracion que obra el tiempo y mas aun el malestar y la desgracia.

En la tarde del 15 de febrero de 1837 eran conducidos á la última morada los restos de D. Mariano José de Larra, cuyo trágico fin habia llamado tanto la atencion de toda la corte, afectando profundamente el ánimo de sus amigos. Rindieron estos el tributo de su amistad y de sus simpatías literarias, tan vivas entonces, al malogrado escritor, y sobre sus mortales despojos atestiguaban con sentidas palabras su pena, cuando se presentó entre ellos un jóven desconocido, puede decirse, á la sazon, y leyó unos versos que entusiasmaron á la concurrencia. De entonces data la fortuna literaria de Zorrilla, aunque si bien aquella ocasion le vino á propósito, no le era indispensable para remontarse con el tiempo.

A los pocos meses trascurridos desde este suceso, se dió á luz el primer tomo de las poesías de Zorrilla, precedidas de un brillante prólogo de D. Nicomedes Pastor Diaz, y encabezadas con la composicion dedicada á Larra. Está escrita esta produccion con bastante sentimiento en algun trozo; no tiene nada de notable, á no ser la ligera

muestra de una imaginacion lozana y de una percepcion todavía incorrecta. Síguele una composicion á Calderon, en la cual el autor trata de imitar este ingenio, y si bien pone á las claras el estudio que de él ha hecho, no logra mas que remedar el juego de palabras y de imágenes desacertadas en que solia incurrir el gran poeta. En esta produccion se echa de ver una falsa valentía de afectos, digna de notarse en aquellas redondillas que dicen :

Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí;
Pero en tan bajo lugar
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca!....
O tal vez no lo merezca
Tu ingenio y nombre español.

Este afectado sentimiento, cuya falsedad resalta en lo desacertado de la espresion, se refiere, como se vé, al espíritu de nacionalidad; y patente tambien se ve la afectacion de que Zorrilla suele algunas veces adolecer cuando toca este punto en unos versos de este mismo tomo á la *estatua de Cervantes.*

Tu nombre tiene el pedestal escrito
En estrangero idioma por fortuna;
Tal vez será tu nombre un *san Benito*
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!
¿Español eres?.... lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

El mayor número de las composiciones de este tomo son imitaciones no muy felices de Victor Hugo, con algo de Lamartine y mas del estilo de Calderon. El *Reloj*, que es una de ellas, está escrita bajo la inspiracion del ánimo afectado al considerar el curso eterno del tiempo que nunca vuelve atrás, y es una de las mejores del tomo. Pero Zorrilla no podia seguir por esta senda á que sus cualidades no

le conducian. En vano hacia muchos y fáciles versos, en vano pretendia atribular su corazon para que correspondiese al eco hondamente melancólico y profético de la poesía moderna, traslumbrada de Shakspeare y Calderon, sentida de Byron, y casi razonada por Goethe; en vano intentaba verter profundas y trascendentales sentencias. Zorrilla no estaba sin duda satisfecho de sí mismo, él se sentia con facultades y no atinaba: en la *Indecision* acertó con su genio, y entonces esclamó:

¡ Bello es vivir! la vida es la armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de aromas, flores apiñadas.

. . . .

¡ Bello es vivir! se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace.

Y el inmenzo tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores,
Y susurran las hojas en el viento
Y desatan su voz los ruiseñores.

. . . .

¡ Bello es vivir! se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado;
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama,
Se abra un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,

Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierta boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡ Bello es vivir! la vida es la armonía,
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de aromas, flores apiñadas.

. . . .

Aquí está el genio de Zorrilla; esta es su poesía, esta la voz de su alma; aquí su imaginacion emprende libre y desembarazada la senda que la marcó el destino; vida, animacion, lozanía, luces y colores. Ya el poeta es espontáneo, ya no busca conceptos; todo lo que dice lo siente, su corazon se satisface.

Y he aquí que el poeta, al conocerse á sí mismo, siente que en su ánimo se renuevan las dulces, vagas y temerosas impresiones de la infancia, aquellos inolvidables sentimientos que acaso yacen á veces en el corazon adormecidos; pero que siempre determinan la índole de nuestro carácter. Zorrilla, cuando ya comprende el de su talento, se propone ser poeta nacional, y así lo declara en la dedicatoria que del tomo segundo de sus poesías hace á D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Diaz.

¿Puede haber en España ahora una poesía nacional? ¿cual sería su efecto? ¿qué cualidades distintivas ha de tener? En verdad que es oportuna esta ocasion para decir cuatro palabras acerca de las antecedentes cuestiones, que se ocurren al discurso á cada paso y compas del clamoreo que repetidamente se levanta para censurar con acritud nuestra literatura moderna, pidiendo nacionalidad á voz en grito y con mas impremeditacion que otra cosa.

Podria haber en nuestro tiempo una literatura nacional cuando la España de nuestros dias conservase un carácter escepcional, ¿y quién se atreverá á determinar el que hoy dia la distingue? Nadie seguramente, y el mas perspicaz razonador cuando intente llevar á cabo esta idea, lo único que logrará será describirnos el carácter que la España tuvo. Esto, y nada mas, es lo que hacen los que están empeñados en que los moradores de España han de formar una comunidad de particulares condiciones. Ningun pueblo del mundo goza mas completamente de esta distincion que los cafres, los habitantes de

Otaiti y los beduinos; ¿qué lograrian estos pueblos con mantener intacta su nacionalidad? lograrian no salir jamás del mismo ser y estado. Acaso sin embargo les convendria esta inmovilidad; y aunque esta consecuencia es en verdad falsa, la inmovilidad ademas es imposible: hasta en las mas torpes é inanimadas partes de la creacion el movimiento es ley indeclinable; no hay reposo en el universo. Ni aun cuando fueran las naciones peñascos enclavados en las entrañas de la tierra podrian decir: *Seremos como somos.* ¿Cuánto menos los hombres, piedra de toque de la creacion, resultado el mas complejo de todas las fuerzas, punto donde todos los movimientos se cruzan, foco de variedad sujeto no solo á toda accion estraña sino tambien á la mútua influencia de ellos mismos?

Sigue la creacion un camino que nos es desconocido, y en el curso de ese viage misterioso, toda modificacion busca y halla la muerte, toda diferencia va á perderse á un mismo seno, y todo se dirige á un solo fin. Aun obedeciendo á leyes secundarias el calórico tiende á su equilibrio, las aguas propenden á un punto y encuentran su nivel; así la humanidad tiende á un solo punto y á un nivel único como el líquido de un vaso que oscilando en decrecientes alteraciones y desigualdades, encuentra su centro; así las ideas tienden al cosmopolitismo, como al equilibrio el calórico.

Nace el sonido y conforme trascurre el espacio va muriendo; así las causas especiales que formaron la nacionalidad española se han ido amortiguando y tocan á su fin; apenas el ojo mas perspicaz las trasluce desvanecidas tras el tiempo; apenas el mas delicado oido percibe ya esos sonidos como un eco remoto y moribundo. La invasion de los fenicios, la de los cartaginenses, y la de los romanos debieron concurrir á crear una nacionalidad española; pero aquella nacionalidad ya murió. Sobrevino la irrupcion de los bárbaros y su combinacion con el cristianismo, con la de los árabes y la guerra de los siete siglos volvieron á crear otra nacionalidad que debió llegar á su apogeo en el reinado de los reyes católicos; mas en este mismo punto principia ya á modificarse con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y mil sucesos sobrevienen sin interrupcion que tienden todos á destruirla. En vano es hacer aquí una reseña que pertenece á la historia, seria demasiado prolija y sobre todo bien escusada.

Corria el siglo XVIII y la nacionalidad española ya no vivia mas que pasivamente, y á principios del XIX fué menester todo el violento é intempestivo contraste de la revolucion francesa y de la irrupcion es-

trangera para que España saliese un momento de su letargo y sintiese renacer en sí misma el ánimo de los viejos tiempos. Todo ha caducado ya en España : la alta clase es absolutamente francesa ; la clase media conserva algun ligero recuerdo de la tradicion, pero tradicion que ya no se apodera del alma ; el pueblo bajo de las capitales es ateo en religion , ateo en política, y solo fuera del recinto de las grandes poblaciones vejetan los rastros de una nacionalidad perdida. ¡ Singular circunstancia! es tal la falta de carácter propio de que la España adolece hoy dia que hasta esa reversion que parece indicarse hácia la religion y el culto, hasta esa reaccion le viene de Francia! ¿ Qué estrañamos pues que el pais se manifieste tan estraño á todas las cuestiones que hoy agitan el mundo si no se acuerda ya de lo pasado ni comprende todavía lo presente ?

¿ De la antigua España qué es lo que resta? alguna honesta familia de la clase media que ha educado sus hijos sin esmero, pero con la cristiandad y rigorismo propios de tiempos pasados. ¿ No recuerdan algunos jóvenes de hoy, no sienten de vez en cuando, el afecto religioso que alguna vez siendo niños sintieron en el templo de Dios, movidos por la solemnidad de las ceremonias sagradas? Este afecto empero carece ya de fé, se recuerda acaso porque en los primeros años se sintió , mas la creencia no hubo tiempo de arraigarse en el alma : he aquí sin embargo el mas venerando resto de nuestro nacionalidad.

Zorrilla , que creyó dedicar á este su pluma y que hizo bien , Zorrilla volvio á acordarse de los años de la infancia; pero hijo de este siglo que vino tan poco encadenado con los que pasaron ya, no le ha sido posible concebir la nacionalidad española como debió ser en los tiempos antiguos, sino como la moderna España se figura que fué. Así es que, al través del empeño que el poeta manifiesta por herir los sentimientos del pais, por ser esclusivamente tradicional, resaltan mas que nada por una parte sus grandes facultades descriptivas, y por otra se advierte que, cuando intenta hacer tornar la España á lo que fué, es él quien se deja llevar por lo que la España es. Por esto es Zorrilla nuestro gran poeta popular, como ninguno sino él puede serlo, porque vino á la hora precisa y á donde debia venir *como viajero que llega al término de su viaje.* ¿Cómo será posible que entremos nosotros ahora á esplicar las oportunas dotes que á este poeta distinguen? ¿cómo podremos hacer mencion de todas las bellezas que en sus poesías líricas resaltan ? sería necesario trascribirlas en su mayor parte. Asombra su facundia, la facilidad de su imagina-

cion, la lozanía de su verba poética, la riqueza de versificacion que despliega, y si nunca se ocupa profundamente de los afectos ni de la razon, es en cambio testigo de su propia gloria.

¿A quién no encantarán aquellos versos de la parafrasis del *Dies iræ?*

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso,
Hízole de la tierra soberano
Y le dió por palacio el paraiso.

Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.

Y la bella descripcion que sigue hasta la de Eva que

Era la hermosa de gentil talante,
Acabada de pechos y cintura,
De enhesto cuello y lánguido semblante,
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la megilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallóla Adan, al despertar, serena,
Sus varoniles formas contemplando.

Véase con cuan dulce afecto recuerda el poeta las impresiones religiosas de su niñez, refiriéndose á la cual esclama en su composicion á la *Virgen al pié de la Cruz*:

Entonces ¡oh madre!
Recuerdo que un dia
Tu santa agonía
Cantar escuché:
Cantábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:
Vestidos pilares
Se vian y altares
De negro crespon;

Y en la alta ventana
Meciéndose el viento
Mentia un lamento
De lúgubre son.

La voz piadosa
Tu historia contaba,
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oia yo atento
Y el hombre decia :
«¡ Y quién pensaria
» Tamaño dolor !

» El Hijo pendiente
» De cruz afrentosa,
» La madre amorosa
» Llorándole al pié....»
El llanto anudóme
Oido y garganta ;
Con lástima tanta
Postréme y lloré.

La voz conmovida,
Seguia clamando... etc.

Este es uno de los mejores trozos de Zorrilla como poeta de sentimiento, las dulces melancólicas memorias de la infancia lo han despertado en su alma. ¿Y qué corazon no se conmueve al soplo de esos ternísimos afectos que son como bálsamo de las penas? ¿cuánto mas el de Zorrilla tan accesible á todos los afectos fáciles, á todas las impresiones estrañas y á todos esos sentimientos que pueden llamarse de poca consistencia, pero que interesan tan agradablemente el ánimo? Zorrilla, siempre poeta, todo lo siente, nada le absorve esclusivamente : ahí esa variedad que en sus composiciones se observa, esa facilidad asombrosa que le distingue. ¿Quiere cantar la *gloria y el orgullo?* los versos brotan á raudales de su pluma :

¿ Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas
Que velas el harem de las mugeres,
Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíticos placeres,

Lejos de mí; no basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura;
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No baste á mi placer la inmensa copa
Del báquico festin, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana...
. . . .

Un verdadero entusiasmo rebosa en esta composicion; nada nos ha dicho en ella Zorrilla que corresponda á ese verso « *De un Dios hechura como Dios concibo* » y nos ha seducido sin embargo, y la imaginacion del lector simpatiza con la suya cuando él esclama:

Gloria! madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisages halagüeños:....

Donde con mas propiedad resalta la índole de nuestro poeta es en los cuentos y leyendas que ya entre sus demas poesías ó bien en volúmenes separados con el título de *Cantos del Trovador* lleva publicados hasta el dia con singular fortuna y gloria; ellos son la mas preciada hoja de su corona. Desde muy temprano manifestó Zorrilla tendencias á este género, el mas popular de todos los paises, aunque respectivamente en unos y otros se diferencia de formas y carácter. En su segundo tomo de poesías ya publicó dos, titulado el uno: *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*; el otro lleva el título de *A buen juez mejor testigo.*

Su objeto al escribir en este género ha sido el mismo que le movió á variar la direccion que desde el principio habia tomado su poesía, y en verdad que si la nacionalidad española pudiese ser aun evocada del sepulcro de lo pasado y tornara á presentarse al oir la voz del poeta para permanecer su esclava, en verdad que esta mision estaria reservada á Zorrilla. La tradicion titulada *A buen juez mejor testigo* es una prueba concluyente de este aserto. Diego Martinez corteja á Inés, hija del hidalgo Iban de Vargas y Acuña; exije la niña al amante que le cumpla su palabra de matrimonio y el mozo se escusa con que marcha á la guerra de Flandes y que á la vuelta cumplirá como es debido;

desconfiada la jóven le hace jurarlo ante un Cristo que hay en la Vega donde se verifica la cita. Lo jura y parte para Flandes de donde no vuelve sino capitan y caballero, transcurridos ya algunos años, y con los humos de su nueva condicion rehusa entonces el cumplimiento de lo jurado; desde aquí en adelante y siguiendo la narracion Zorrilla se escede á sí mismo y toca la meta de sus afanes; es ya el poeta nacional, ha cumplido su empeño cuando dice:

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su patria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazon.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está como presidente
Del tribunal superior...
. . . .
Una muger en tal punto,
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon,
Diciendo á gritos: «¡Justicia,
Jueces, justicia, señor!»
Y á los piés se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzola cortés Don Pedro,
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó
Diciendo:
«Muger, ¿qué quieres?
—Quiero justicia, señor.
—¿De qué?
— De una prenda hurtada.
—¿Qué prenda?
— Mi corazon.
—¿Tú le diste?
—Le presté.

— ¿Y no te le han vuelto?
— No.
— ¿Tienes testigos?
— Ninguno.
— ¿Y promesa?
— Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.
— ¿Quién es él?
— Diego Martinez.
— ¿Noble?
— Y capitan, señor.
— Presentadme al capitan,
Que cumplirá si juró. »
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.
Un portero, levantando
El tapiz, en alta voz
Dijo: « El capitan Don Diego. »
Y entró luego en el salon
Diego Martinez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
« ¿Sois el capitan Don Diego,
Díjole Don Pedro, vos? »
Contestó altivo y sereno
Diego Martinez:
« Yo soy.
— ¿Conoceis á esta muchacha?
— Ha tres años, salvo error.
— ¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?
— No.
— ¿Jurais no haberlo jurado?
— Sí, juro.
— Pues id con Dios.
— ¡Miente! clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
— Muger, ¡piensa lo que dices!...
— Digo que miente, juró.
— ¿Tienes testigos?
— Ninguno.
— Capitan, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestra honor. »

Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfaccion,

É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
« Llamadle, tengo un testigo.
¡Llamadle otra vez, señor!»
Volvió el capitan Don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:
« Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon.
—¿Quién?
— Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba.
—¿Estaba en algun balcon?
—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró.
—¿Luego es muerto?
—No, que vive.
—Estais loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?
— El Cristo de la Vega,
A cuya faz perjuró.»
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelacion.
Reinó un profundo silencio
De sorpreza y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantóse diciendo
Con respetuosa voz:

« La ley es ley para todos,
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomareis declaracion.

—

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.

. . . .

Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentando
El caso segun le cuadra.
Entre ellos está Martinez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas,
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al cláustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Oraron allí en voz baja.
Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Hácia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martinez,
A otro lado á Inés de Vargas.

Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Despues de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta :
« *Jesús, Hijo de María,*
» *Ante nos esta mañana*
» *Citado como testigo*
» *Por boca de Inés de Vargas*,
» *¿ Jurais ser cierto que un dia*
» *A vuestras plantas divinas*
» *Juró á Inés Diego Martinez*
» *Por su muger desposarla ?* »
  Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires « ¡ Sí, JURO ! »
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los labios tenia abiertos,
Y una mano desclavada.

Si el honor, la religion y el rigor justiciero constituian en su conjunto el carácter distintivo de los magistrados españoles en el tiempo á que esta leyenda alude, indudablemente en el gobernador Don Pedro están aunados con un admirable instinto de nacionalidad. Bajo este aspecto creemos que esta es la mejor leyenda de Zorrilla, porque ella comprende y desarrolla todo el espíritu de la tradicion, ya sea por la condicion de ella misma, ya porque el ánimo del poeta estuviera predispuesto á este particular asunto, ó acaso porque cuando se trata de determinar lo que entre las confusas percepciones de la educacion concebimos, con tanta mas espontaneidad se logra cuantos menos accidentes han sobrevenido en la inteligencia con el trascurso de los años. Lo cierto es que en los *Cantos del Trovador*, largo tiempo despues dados á luz, no resaltan tanto como en los cuentos primeros las afecciones nacionales, sino que han perdido en espontaneidad lo que en pretension de serlo han aumentado, y pudiera decirse que el sabor de la nacionalidad en ellos está mas diluido, es menos puro. Efectivamente en los *Cantos del Trovador* da á la imaginacion el poeta muchas largas á costa de las afecciones que son su objeto, y así parece rendirse á la fuerza de sus facultades descriptivas empleadas no

siempre al fin propuesto, sí, mas bien á la satisfaccion del genio del que escribe, ó acaso á las obligadas dimensiones de la publicacion periódica. Bien que esta coaccion nunca es parte á que, peor ó mejor, no tome vuelo la índole del ingenio, sino que al contrario entonces rinde sus mas fáciles frutos. Sujeta la inteligencia á dar periódicamente un grande y medido producto, aun cuando sea sobre determinado objeto, tal escritor recurrirá á un talento filosófico, tal otro á la descripcion si le es fácil, y un tercero se arrojará al espacio de la fantasía, aunque todos acaso con desventajoso provecho al que de conciencia obtendrian.

En los *Cantos del Trovador* campea el ingenio de Zorrilla con una libertad y gallardía que enamora; allí está su alma, su vida, su inteligencia, todas las facultades que le adornan. En vano seria tratar de hacer el elogio de estas producciones sin estendernos en un larga copia de muchos de sus trozos.

Entre los varios cantos de esta publicacion hay uno en que el autor se propone escribir segun el género de Hoffmann; aludimos á la *Pasionaria* que el poeta quiere sea *cuento fantástico;* y aquí se presenta ocasion de decir cuatro palabras acerca de este género de poesía.

Si la descriptiva es la pintura de la naturaleza por medio de la palabra, puede la fantástica llamarse pintura de los pensamientos; ni una ni otra pueden existir sin imágenes. El mérito artístico de la primera consiste en la cabal correspondencia entre la imágen y el objeto, en la verdad física; el de la segunda lo contituye la relacion razonada que existe entre la imágen y el pensamiento. ¿Quién duda que á cada paso aplica el poeta las imágenes á objetos que no tienen ninguna correspondencia en la forma? Esto, pues, no es describir si nos hemos de atener á su sentido riguroso.

Cuando el poeta nos presenta imágenes sin correspondencia con la forma de objetos materiales y sí solo con sus condiciones ó con el entendimiento, deja de ser por entonces poeta descriptivo, pasando á hacer uso de la fantasía que es la facultad de espresar por imágenes las percepciones razonadas. A la fantasía pertenecen las comparaciones, ya se refieran á la accion, al modo, al atributo ú otra circunstancia cualquiera; bien es verdad que tanto mejores serán cuantas mas condiciones abracen y mas perfecta correspondencia observen. Las comparaciones toman diferentes formas en la espresion; pero en todas se sobreentiende el adverbio comparativo *como*.

Cuando Jorge Manrique dice:

Nuestras vidas son los rios
Que van á dar en la mar,

escusado es notar que no quiere decir que materialmente los rios sean nuestras vidas; y el mérito de esta comparacion consiste en que considerando cómo trascurren nuestras vidas y acaban por dejar de ser, perdiéndose en un porvenir indescifrable, comprende el poeta la analogía que hay entre estas circunstancias y las de trascurrir los rios, dejar de ser tales y confundirse en la mar donde todas las aguas se pierden.

Acostumbra la fantasía á concebir sintéticamente las ideas, prescindiendo de circunstanciados pormenores que, sobre desvirtuar el efecto de la espresion, convertirian la inspiracion, estro ó númen en razonamiento; si bien la sintesis trae consigo el inconveniente de que los lectores no la comprendan quizá, en cuyo caso suele llevarlos el amor propio á condenar por malo lo que leen.

De lo dicho hasta ahora se deja conocer, y todo inteligente lo sabe, que no hay poeta sin su parte de fantasía, y así precisamente ha de ser si se considera que á la altura en que el humano entendimiento se encuentra no puede existir ninguno esclusivamente descriptivo, pues bastaria la simple relacion con los hombres para infundirle conocimientos mas complicados. Se observa, sin embargo, que tanto mayor es el poeta, mas fantasía desarrolla, y se ve confirmado este aserto desde Moises y Homero hasta el presente, y se echa tambien de ver que cuanto mas incremento las ideas toman, tanto mas de arranque la fantasía. Examínese la copia de pensamientos que la Iliada arguye, y compárese con la que el Fausto de Gœthe contiene; el resultado manifestará aquel principio, dando á entender en parte la razon de las diferencias que entre estas dos obras existen.

Una simple comparacion basta para enunciar un solo pensamiento; pero como rara vez dejan de ir estos encadenados entre sí, y frecuentemente lo están en suma complicacion, no bastan las comparaciones para esplicar la mente del poeta, y de aquí el echar mano de la accion para manifestar con ella la concatenacion de las ideas, que es lo que con mucha frecuencia hace la poesía fantástica. En este caso la accion que el poeta supone y que debe ir encaminada á un fin, puede decirse que es una série, una hilacion de comparaciones, cada una de las cuales representa un pensamiento parte del complejo á que la obra se dirije, y todas ellas de consiguiente tienen que estar sujetas á la logica de los mismos pensamientos que representan, lógica que no consiste mas que en una série de mútuas referencias entre los

medios de espresion y las ideas. Estas consideraciones son aplicables al poema fantástico, mas ó menos estenso, mas ó menos complicado.

Como la fantasía, cuando echa mano de la accion para espresarse, necesita determinar desde luego los principios sobre que la accion ha de girar, se ve obligada á guardar consecuencia con ellos en todo el discurso del pensamiento; esto en caso de que la idea tenga unidad; pues si no la tuviese, se reducirá el poema á una série de ideas, mas ó menos remotamente relacionadas entre sí, pero que hacen aparecer deslabazada la obra. De esta especie es el *Fausto*, que, girando sobre un personaje que simboliza el espíritu y la materia, presenta una série de cuadros para cuya mútua conexion hay que suplir una multitud de raciocinios, que si el autor los suplió, y no es su obra un resultado de la percepcion irrazonada, sino mas bien de lo contrario, arguyen un talento asombroso.

No solamente no se contenta la fantasía con invadir las altas regiones del pensamiento, adornar con su magnífica vestidura las ciencias y llevar consigo la filosofía, sino que tambien á cada paso y con singular lucimiento se presenta en el campo de los afectos. Aquí es donde tambien vigorosamente se desarrolla, en virtud de que son los afectos percepciones sintéticas de cuyas causas podemos apenas darnos razon, mas en ninguna manera de su modo de ser. No podemos enseñarlos especulativamente, solo infundirlos por intuicion, la cual se verifica obviamente por medio de imágenes, ya sea presentándolas desde luego, escitándolas en la imaginacion, dispertándolas en la memoria. Los afectos por lo tanto pertenecen de derecho á la poesía; constituyen el objeto principal de la dramática, aunque esta generalmente no trata de mover sino los mas comunes, y la fantasía se apodera de los mas delicados ó profundos. Esta es la razon porque los afectos espresados por ella sucede muchas veces no ser de algunos comprendidos, ya en virtud de la organizacion individual, ya porque el autor haya escrito en un estado de grande sobreescitacion. De todos modos, cuando la fantasía se propone escitar una afeccion en el ánimo del lector, le presenta á la vista una série de cuadros, incongruentes al parecer acaso, pero conducentes todos al mismo objeto, ligados entre sí por una misma espresion en el fondo, por la que llaman lógica del sentimiento. Procura á menudo la fantasía producir impresiones que la razon no puede analizar, no puede comprender, y esta cualidad, de mucho efecto, es la que poseen en alto grado los cuentos de Hoffmann.

Bien distante de la imitacion de este modelo se quedó Zorrilla en

su cuento titulado la *Pasionaria*, por mucho que la intencion del autor fuese escribir en aquel género. El cuento en cuestion no tiene de fantasía mas que el simbolizar en la flor la tierna amante abandonada en el olvido y que aparece moribunda cuando la flor es arrancada de su tallo. Muchas bellezas hay en este cuento, mas no cumple sin embargo completamente con su propósito. El autor advierte desde luego en la introduccion que la fantasía alemana no es propia para nuestro pais, y á mas de que no es creible que sí lo sea para el vulgo de aquel, es de notar que el cuento de la *Pasionaria* tiene la bastante para no ser entendido por la mayoría de los lectores, en cuanto al fondo, y no lo suficiente para los que puedan entenderlo. Si se nos preguntase en qué obra ha desarrollado mas fantasía Zorrilla, citaríamos muchas composiciones suyas superiores en esta cualidad á las que tienen pretensiones de tales.

Acaso son los versos en que mas fantasía ha lucido Zorrilla aquellos del *dia sin sol*, ó los de la *ira de Dios* que dicen despues de describir el palacio donde mora el ángel esterminador:

Ni ser alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;

. . . .

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,

. . . .

Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.
Y allí vive un espíritu terrible
Que al son de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.

. . . .

Espíritu sin fin ni nacimiento,
La eternidad existe en su memoria:
Él solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia,
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria,
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.
Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,

Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrages del Señor asienta.
. . . .

Y lo mismo puede decirse de los versos en que continuando habla de la copa en que hierve la *ira de Dios*:

Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.
En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente,
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
. . . .
De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
. . . .
Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgreñada
De armas y quejas con estruendo ronco
La guerra detrás de él va despeñada:
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

No hay ramo de la poesía que Zorrilla con su múltiple talento no haya invadido, y era imposible que su genio audaz retrocediera ante propósito alguno.

Estaba nuestro teatro reducido á ser un mal traslado de la escena francesa, y solo traducciones veía el público. Habian ya dado algunos y daban en decir que el público deseaba comedias originales, las cuales por esta razon le complacerian mas que las estrañas, y solian acriminar de esta sujecion á las empresas, tachándolas de poco afectas al pais. Desgraciadamente al público español de hoy dia y estos pasados años se le importa muy poco que la comedia á que asiste haya sido fraguada mas allá de los Pirineos ó en la cabeza de quien vió la luz primera de la frontera para acá; y la única diferencia que en cuanto á la representacion de comedias puede haber por parte del público es que á las originales pueden concurrir muchos particulares amigos del autor y á las traducidas ninguno del que las

fraguó en la capital de Francia. Si el público español hubiera tenido ó tuviera exigencias de nacionalidad en el teatro, las empresas habrian tenido buen cuidado de satisfacérselas, y son buena prueba de la indiferencia pública en esta parte las traducciones que se ha representado y representan.

La Francia lleva en estos tiempos la bandera, si así puede decirse, de la poesía dramática, como de la literatura en general, porque la Francia, si tal comparacion se admite, es la pregonera del mundo. Todos los ramales del saber y de la inteligencia han ido á cruzarse á ese país para combinarse en su seno é irradiar por todo el orbe la luz civilizadora del siglo. La Francia pone muy poco de su parte, acaso mas que nada pone la charlatanería, pero es precisamente como debe ser para el caso. Toda nacion ha ido á rendir tributo á ese pueblo de gente aguda y liviana, y él tomando de todos prestado lo mejor por cualidad ó por brillo se presenta cargado de la varia riqueza del mundo. Y así tiene en su literatura lo mejor de cada país, y en su teatro el ingenio cómico del occidente con la profunda pasion y hondos afectos propios del septentrion. ¿Tan distante está por ventura el teatro francés del español? Si Calderon hubiera resucitado en este siglo con las modificaciones propias del tiempo, á Calderon lo encontrarian en Francia: su ingenio lo imita Scribe, la pasion con que á veces escribia, en muchos dramas de allende se hace sentir. Se dirá que en nuestro moderno teatro se exageran las pasiones y las cualidades; sí, seguramente, del mismo modo que en el antiguo se exagera la lealtad, la honra y el valor: se dirá que en el moderno teatro se alambica los afectos; sí, cabalmente como en el antiguo se alambica la galantería: se dirá que en nuestra escena se comete una notable inverosimilitud suponiendo en todo individuo cualidades de sentimiento y pasion que faltan en la mayoría, todo con objeto de satisfacer un prurito filosófico exagerado; precisamente á semejanza del antiguo teatro que hacia teólogo á todo el mundo: añadirán que hay inmoralidad ahora; es probable que se dijera lo mismo de Lope y Calderon y Tirso.

¿Pues qué, la magnánima lealtad y devocion á su rey de Sancho Ortiz de las Roelas ha sido jamás comun á la multitud en España? ¿ó lo deduciremos así de la cáfila de vasallos turbulentos é insolentes que nos pone en claro la historia? Dígase que esa devocion al rey era mas general en aquellos tiempos, y se dirá verdad; porque era natural que reasumido el feudalismo á viva fuerza en mano de los monarcas, principiase la multitud por respetar el severo y ejecutivo

poder de la corona, y acabase por aficionarse á la mas paternal y mas poderosa dominacion de sus reyes. Pero todos estos afectos fueron debilitándose á los embates del tiempo, y si entonces las tendencias generales de la sociedad eran aquellas, ahora son las filosóficas, que están combatiendo y casi han derruido y derruirán infaliblemente el castillo de la tradicion. Porque esta es la ley constante que todo lo rige. ¿Y qué valen los esfuerzos de la literatura por resucitar las pasadas formas, qué valen contra el hacha incansable del tiempo, contra el incontrastable empuje de las ciencias que van conquistando el universo, llevando por do quier el cosmopolitismo del pensamiento? solo el vapor bastaria para acelerar la fusion de todas las nacionalidades.

En el antiguo teatro y en el moderno los ingenios relevantes no exageraron, sino que formularon las tendencias sociales; donde existe la afectacion es en los ingenios secundarios que no alcanzan á beber en el manantial del talento y hacen impotentes esfuerzos para emparejarse con las inteligencias privilejiadas y tambien existe frecuentemente en los que pretenden resucitar lo pasado, ateniéndose á lo que les dejaron escrito y queriéndolo aplicar á épocas ya diferentes. Por eso hay tantas eglogas anacreónticas é idilios malos; por eso es tan difícil resucitar nuestro antiguo teatro con todas sus formas, sin reducirse á una servil imitacion, á mas de ser trabajo perdido para el porvenir.

El antiguo teatro, sí, puede resucitarse: pero es un error creer que se ha de hacer con caballeros de capa y espada, dueñas y damas con manto. No está ahí la cualidad capital de aquel teatro; está en el fondo, en el ingenio, y en la verdad de la espresion á menudo. Pero en cualquier época, con cualesquiera personajes pueda rehabilitársele, porque el ingenio es uno siempre, porque la verdad es por igual accesible. El teatro de Calderon hace ya muchos años que está entusiasmando á la Europa del siglo XIX, este teatro es el de Scribe. Todavía mas, en España está ya marcada la senda que el teatro ha de seguir, cuya gloria le cabe á un jóven poeta cómico que en gracia á su modestia no nombramos y que en las pocas comedias que á luz lleva dadas indica presentir resueltamente el rumbo. Bien es verdad que acude á veces á bastardos afectos de localidad, amenguando y zahiriendo la gente estrangera; pero este es un defecto en que caen casi todos nuestros poetas dramáticos, interpretando por nacionalidad sentimientos del público comunes á todos los paises y aun á todas las poblaciones, sentimientos exacerbados en España

por la circunstancias políticas. Este mismo defecto de que tratamos demuestra la debilidad de las afecciones que quiere tocar, porque es á modo de viandas escitantes que se ofrece al inapetente.

Muy debatida ha sido la cuestion de si el teatro es ó no la escuela de las costumbres. Nosotros creemos que lo es unas veces y otras no; pero que de poco sirve en el primer caso si la moral de que se reviste no está en armonía con otras causas mas profundas y poderosas que disponen de la tendencia de los ánimos; de modo que en caso de tener intencion moral es mas bien para coadyuvar al progreso de las ideas, que para sostener una moralidad distinta; porque no existe esa moralidad absoluta que muchos quieren concebir, sino que está siempre ligada al sistema, del cual es un resultado, es el hábito que el sistema engendra; pero cuando el sistema mismo es el combatido, el éxito del combate lo procuran armas de otro temple, porque la moralidad es solo una fuerza pasiva, fuerza que va decayendo de generacion en generacion, porque al querer imbuirse en la naciente halla la revolucion resquicio por donde presentarse á la lucha en campo igual y sol partido. Y así la cuestion es de principios, y la moralidad un arma tan embotada que estorba pero no hiere.

La primera ley de la poesía dramática, considerada como espectáculo público, es interesar á los espectadores; como ramo de la inteligencia su ley es presentar una série de hechos que en sus principios activos personifiquen los vicios, las pasiones, los afectos, las ideas, las virtudes, en una palabra las condiciones posibles en el hombre, ó bien en entes morales simbolizados conforme á sus atributos, y que ademas se sujeten en su mutua trabazon á las leyes de la lógica, á la verdad comparativa en este caso.

La poesía dramática, pues, en su mayor latitud es un cuadro de imágenes puestas en accion. Aquí las imágenes son por lo comun caractéres, la accion del argumento. Cuando aquellas no se refieren al carácter, dan lugar al drama fantástico; en ambos casos la accion debe corresponder con el principio: el avaro lo sacrifica todo al dinero; la caridad en los autos sacramentales procura el bien del prójimo, la teología arguye, la fé cree.

Sin embargo, muchas leyes secundarias vienen á cruzarse en la escena, sino indispensables para la esencia, convenientes para la invencion unas, para la trama otras, varias para el realce de valor. Admitido el principio lógico que rije todas las obras de las facultades intelectuales, llamado verosimilitud en las dramáticas, la invencion consiste en nuevas combinaciones de ideas, dando á la *idea* su sen-

tido mas lato y genérico. Esta novedad puede referirse á caractéres, ya en cuanto á su índole, ya en cuento á sus condiciones; puede ademas existir en las ideas simbolizadas en la escena, ó bien en la simbolizacion misma; tambien puede hallarse en las circunstancias dadas sobre que la accion gira, ó bien en las incidentales. Ultimamente se suele suponer tambien la invencion en los resultados que produce. Saber aunar la novedad y la lógica constituye la bondad de la invencion, su mayor ó menor mérito está en el realce de ambas circunstancias, su valor se mide por los resultados.

La trama dramática es, digámoslo así, el cruzamiento, el enlace de los principios determinados de antemano; su objeto debe ser producir grandes contrastes ó grandes simpatías, ya se refieran al ánimo, ya á la razon, contando para ello con ese universal resorte, con esa ley imprescindible, esencial, á que está sujeto el hombre, la de referirlo todo á sí mismo, porque solo en sí mismo tiene la sensacion. Se le concede al poeta dramático el recurso de circunstancias incidentales que modifiquen la accion; estas circunstancias sirven de mucho, pero tienen tambien graves inconvenientes. Como que el ánimo lo refiere todo á sí mismo, la razon lo hace igualmente; si la incidencia es casual en todo el rigor de la palabra, el ánimo se afecta de ella tan poco como del temor de las casualidades; la razon se afecta menos; semejantes incidencias solo son admisibles en gracia á sus efectos que pueden interesar á la razon y al ánimo; por eso pueden servir, aunque con parquedad, como base de la accion, nunca como medio. Sacar partido de los principios puestos en juego, y sobre todo lograr que los resultados de la accion y los medios empleados para su desarrollo y desenlace sean imprevistos es la tarea del ingenio dramático; este artificio estriba en valerse al efecto, dadas ya las bases, de deducciones lógicas que el lector, y mucho menos los espectadores, no ha podido hacerse á no hallarse en aquel entonces en circunstancias dadas iguales á las del autor al escribir, es decir, á no ser el autor mismo.

Se realza el valor de una obra dramática con el de los pensamientos que encierra ó insinúa en cualquiera de las partes de que consta.

Como el teatro necesita, so pena de no existir, corresponder á su carácter de espectáculo público, procuran ante todo los autores interesar á la concurrencia y echan mano del medio mas obvio que hay para lograr este objeto; el medio es halagar sus afecciones, porque si el poeta las contrastase se perderia probablemente, y siquiera se

contentase con no acariciarlas lo haria á espensas de su fortuna. De todos modos sería quizá empresa gloriosa, ¿pero tan fácilmente se encuentra el mártir que la cargue sobre sus hombros?

De esta necesidad, de esta sujecion han nacido esas diferencias relativas de teatro á teatro, admisibles algunas por razones de comunidad, ninguna por superiores razones, necesarias y conducentes casi todas, pero por lo que dijo Lope de Vega:

El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

Esto en cuanto á la comunidad de los hombres; por lo demas, cada uno individualmente tiene tanto derecho como cualquiera otro para creerse escepcion de la regla.

Como ademas de esa antipatía que existe siempre entre pueblos y naciones confinantes, han sobrevenido en España por estos años las circunstancias que nos sujetan á la influencia de los estrangeros, se ha despertado con este motivo el entumecido orgullo nacional, exacerbándose contra ellos, aunque á la verdad, no ellos, sino el fatalismo con sus lógicas leyes tiene la culpa. Con este motivo casi todos nuestros poetas dramáticos acuden á tan poderoso resorte, y entre ellos no es quien menos lo esplota D. José Zorrilla. Él y todos son disculpables; pero la posteridad borrará sin lástima esas páginas, dignas de mas elevado objeto.

Zorrilla, que da mal trato á su propio ingenio por la misma persuasion de lo que vale y puede, acude con frecuencia en sus obras dramáticas á los resortes fáciles y no finos necesarios para simpatizar con el no muy agudo gusto del público, resultando de aquí en sus producciones una marcada tendencia al melodrama. Así es que no pone especial cuidado ni en los caractéres, ni en la intriga, ni en los afectos profundos, variados y significativos de que pudiera sacar partido. Requieren los caractéres mucho trabajo, porque son creaciones de la percepcion y la reflexion á la par. ¿Qué perspicacia tan aguda no necesitó Cervantes para comprender el carácter de Sancho Panza, y qué reflexion no hubo menester para manejarlo? ¿qué perspicacia tan varia y general no debia asistir á Homero para concebir todos aquellos caractéres de la Iliada y qué seso y madurez para desarrollarlos? ¿qué sensibilidad tan trabajada no es la de Shakspeare al describir los héroes de sus tragedias? Y si nos detenemos á examinar todos los caractéres desarrollados por los ingenios, ¿no hallamos ser resultados de una percepcion mas ó menos varia pero siempre sutil, ya sea del

ánimo, ya de la mente? Seguramente, toda obra literaria es el resultado de las facultades perceptivas, mas ó menos desarrolladas, pero en los caractéres aparecen estas mas de bulto, porque se presentan en conjunto y como palpables. Pero el público no tiene esas facultades bastante trabajadas para poder sentir el mérito de su mas alto ejercicio, y Zorrilla, se lo decimos como leales amigos, es lástima que las tenga tan superiores que conozca con tal tino las flaquezas del público. Cuando se ven resaltar en sus dramas dotes tan brillantes, y una disposicion singular para concebir el orgullo, la valentía, caballerosidad y consenso de la España tradicional, ¿no dá dolor ver á menudo convertirse en baladrones sus caballeros? Bien es verdad que, si al pueblo español le quedan de sus antepasados la fé, el denuedo, la honradez y el orgullo, le quedan como un edificio carcomido cuyos cimientos arrebata el curso de los siglos y que ya abandonaron sus principales moradores; y entre la multitud, que marcha siempre detrás, la fé perdió su uncion y se redujo á la resistencia, el denuedo casi perdió el camino que llevaba, la honradez aquella se avillanó en la plebe y ya caduca, el orgullo hubo de alimentarse de fanfarronadas. El orgullo nacional es lo que mas pone en juego Zorrilla, y su estilo depende de aquellas consideraciones.

Si á esta seduccion que ejerce con el público, se añade ese irresistible medio que posee para cautivarlo, esa versificacion que le distingue, podrá calcularse el mucho poder que arrastra su talento. Los versos que brotan de su pluma encantan; fáciles, de florido estilo y música resonancia gozan la cualidad que distingue la versificacion y estilo de todos los ingenios inspirados, la cualidad de estar en armonía tal con el ingenio creador, en semejante concordancia que la espresion no puede ser mas propia del caso dado. Espresion decimos porque creemos, no solo que el estilo es parte integrante de ella, sino que tambien la versificacion la ayuda. Hay indudablemente en la cadencia de la elocucion una armonía íntima con el sentido; interpretarla, sentirla pertenece á la declamacion, es verdad; pero la sonancia armónica del verso la ayuda, la auxilia, porque con el halago de la música escita el sentido y como que lo predispone y dá finura. No consiste sin embargo el mérito principal de la versificacion en la música, aunque es muy comun en los que hacen versos anteponerla á todo; es nada mas que un auxiliar, pernicioso si se eleva á la primacía. Esta auxiliar es la única esclusiva diferencia que existe entre la prosa y el verso, no esa virtud inconcebible é informulada que le suele atribuir el vulgo, suponiéndolo enteramente desprendido

de todos los accidentes de la prosa. La versificacion está sujeta á los mismos absolutamente, salvas las consabidas libertades concedidas en gracia á la precision del metro, y de las cuales en verdad debe el poeta huir cuanto le sea posible.

A mas de estar sujeto el verso á todos los accidentes de la prosa, lo está á otros mil mas, no diferentes, sino mas complicados, varios y sutiles. La razon es el dedicarse á espresar imágenes y afectos, habiendo por lo tanto de usar las infinitas inflexiones de sonido que estos desarrollan con el sentimiento y aquellas con la accion. Aquí está el verdadero, el grande, el mas admirable valor de los versos, no en la contínua igual cadencia y semejante resonancia; porque si bien estas cualidades seducen á una mayoría grande de lectores, halagando con la música su oido que con la sonora facilidad logra movérsele y con la cadencia armónica se deleita, hay una armonía, hay una música mucho mas profunda cuyas bellezas las sienten solo las organizaciones finas y trabajadas, bellezas cuyo encanto pasa del tímpano para penetrar en el alma. Hay una melodía en el lenguaje, como una melodía en la música, que no depende del compas ni de la medida, sino que se auna con ellas para hacerse mas sensible, aunque á toda série de sonidos es aplicable: por eso es melódica la voz del viento, por eso oimos á veces ruidos vagos que embargan el ánimo, por eso en la naturaleza se eleva al cielo esa sentidísima armonía que el poeta canta. Por eso el alma ó la organizacion, como cada cual guste, tiene sus misterios y el poeta los interpreta, y mientras la ciencia del hombre no adelante mas lejos de donde se halla, la poesía hará bien en llamarse hija del Númen.

Para concluir esta biografía crítica diremos algo acerca de la originalidad, atendiendo á lo que parece haber indicado la *Revue des deux mondes* de que no la hay en la poesía española actualmente. Ha publicado este periódico un artículo acerca de Zorrilla, que seguramente es de los mas atinados escritos del estrangero sobre cosas de España, si bien en sus principales ideas se ven rastros patentes del brillante prólogo que precede á las obras de este poeta, despojadas aquellas del barniz propio de la época en que se escribieron. Cuando habla de la originalidad de Zorrilla, llega en cierto modo á involucrarla con la nacionalidad, y nosotros creemos que son dos cosas absolutamente distintas, sin punto ninguno de contacto; porque puede ser una obra muy nacional ó muy antinacional, sin que de esto dependa la originalidad, y puede, *vice versa*, existir esta sin que en ello se deduzca indispensablemente aquella.

Desde luego advertimos que es difícil dar una acepcion precisa á la palabra *originalidad* si se ha de obtener del sentido en que se usa, tan vario es y tan indeterminado. Se concibe perfectamente que se diga esta *pintura es original de tal pintor*, porque lo que entonces se hace es meramente determinar su orígen; tambien se comprende que el sentido de la palabra *original* ya usada en aquella acepcion lógica y rigurosa se estiende hasta el punto de no denotar solamente el orígen del artefacto en cuestion, sino de espresar que no es copia ni imitacion de otro alguno, y esta es su significacion mas generalizada. Que segun la primera hay originalidad en todas las obras es bien obvio, porque tienen orígen; que conforme á la acepcion segunda en unas obras habrá originalidad y en otras no, es consecuencia forzosa; pero aplicada esta palabra en igual sentido á las ideas, á lo abstracto, vendremos á parar en que es innecesaria en castellano, en que llega por medio de tortuosidades á espresar lo que lisa y llanamente significa la palabra *invencion*. Nosotros creemos que el mayor favor que se puede hacer á la *originalidad* es tomarla en este sentido; y, si no está, no creemos haya mas que otros dos que atribuirle, ó el de *invencion estravagante* que se la dá familiarmente, ó el de una equivalencia á invencion y novedad todo junto. Efectivamente puede existir la primera sin la segunda; se concibe perfectamente que un individuo invente una cosa ya inventada por otro.

Tómese en este ó en el primer sentido la palabra originalidad, nosotros decimos que existe mas ó menos en todo lo que no es copia, y que la cuestion se reduce siempre á la de novedad. Ahora bien, ¿cabe la novedad absoluta en algo? No, porque para ello, era menester que en el órden de las cosas hubiese efectos sin causa. En lo que sí puede existir es en la percepcion, y aun esta no puede jamás percibir una nueva idea simple, porque para el hombre no hay mas que una que es la sensacion, y todas las que pasan por tales se reducen á este centro único y absoluto de la vida, á este misterio, á esta unidad múltiple incomprensible. De aquí parten todas las ideas humanas, y se van multiplicando por combinacion. Diríase que el hombre marcha arrojado desde un punto que le es desconocido, desde el cual principia, pero que la vida misma no puede comprender; de ahí parten las ideas multiplicándose al infinito, sin poder nunca volver á reconocer su orígen, como un rio que está condenado á no encontrar jamás su manantial, como las aguas que pueden tomar mil modificaciones en la forma, pero siempre sujetas á la misma esencia. En vano el hombre califica lo que

siente, en vano dice Newton al ver la piedra buscar el centro *atraccion*, en vano el físico dice *fuerza* al ver eso que sentimos, pero que no podemos esplicar. Sentimos mas y menos, y por eso lo medimos todo, pero no comprendemos nada. Todas las ideas parten, pues, de un principio incomprensible ¿pero cómo se dividen, subdividen y clasifican? ¿cómo nacen de ese principio? como los colores nacen de la luz, y se separan y distinguen, y luego mezclándose en número infinito de mútuas varias cantidades desarrollan á nuestros ojos ese jardin de la creacion, y crean matices y matices hasta no acabar jamás. Como cuando se echa una piedra en un lago describe una série de circulares ondulaciones, y si á la par se echa otra las describe tambien y unas y otras se cruzan, y así todas las que sucesivamente se causan, llegando á formar en sus intersecciones mil diferentes movimientos capaces de multiplicarse hasta el infinito en número simultáneo y diferencias sucesivas; como los sonidos que conbinándose entre sí dan lugar á innumerables armonías, y nacimiento á esos vagos ruidos incomprensibles que el oido mas músico no puede definir ni determinar sus componentes, al modo que el pintor de colores que no comprende, al modo que el matemático ve líneas cuya generatriz no puede hallar, y al modo que mira el mecánico movimiento cuyas componentes fuerzas no concibe ni deslinda; así surgen, se multiplican las ideas y de una combinacion en otra llegan á resistirse al poder del mas analítico espíritu. ¡O ciencia! cuántas y cuan íntimas penas debes hacer sentir al sabio!

Aquí estriba, pues, la fuerza inventora del poeta, si por esto se entiende originalidad, y la referimos luego á Zorrilla, fácil es comprender poco mas o menos la que se desarrolla en lo que escriba. Para hacer esta estimacion de inventiva el mejor medio en el estado de nuestros conocimientos es la comparacion; para hacerla es por lo que el crítico necesita leer mucho. Algun dia llegará acaso en que el análisis sistematice y dé autoridad de ley á esta operacion, y en el entretanto la poesía tendrá casi siempre razon para revelarse contra la crítica.

Por lo demas, si la Francia pretende que la poesía de Zorrilla no tiene una diferencia genérica de la suya, dice verdad, pero tambien puede asegurarse que Zorrilla no tiene de francés mas que Victor Hugo de español, y de orígen propio de nacion á nacion, ú originalidad si quiere decirse en este sentido, mas tiene la poesía de Zorrilla que la francesa, pues lo que esta ha tomado de la del Norte le falta absolutamente á aquel. Esto es hablando acerca de invencion, pues creemos que la poesía francesa ha inventado muy poco, y si

ellos quieren decir que Zorrilla no lo ha hecho por su parte, se les puede asegurar que menos ha ido á pedir prestado la poesía de este que la suya.

Donde hay que estudiar á este es en los cantos del *Trovador*. En estas producciones es donde está de manifiesto su ingenio; como deba este clasificarse y ser valuado el mismo Zorrilla lo facilita; no hay mas que hacerlo con arreglo á la introduccion de los *cantos*; aquello es el traslado mas completo y esacto de su talento. Creemos por esta razon deber insertarla en seguida.

INTRODUCCION

DE LOS CANTOS DEL TROVADOR.

—

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenéa,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros piés huméa.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y féa,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos do quier, y órgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios dias y las lentas horas
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitivo encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida:

Ni esperar revolviendo los tizones
El yerto amigo ó la falaz querida
Sin que mas esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivis de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza;
Niñas hermosas que moris de amores,
Venid, yo encantaré vuestra belleza:
Viejos, que idolatrais vuestros mayores,
Venid, yo os contaré vuestra grandeza;
Venid á oir en dulces armonías
Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante,
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejeis pasar, mandad que cante;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata, y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores;
Yo soy el Trovador de los festines;
Yo ciño el harpa con vistosas flores
Guirnalda que recojo en mil jardines:
Yo tengo el tulipan de cien colores
Que adoran de Stambul en los confines,
Y el lirio azul incógnito y campestre
Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, harpa sonora!
¡Baja á mi mente inspiracion cristiana
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
De ajena tierra y religion profana!
Mi voz, mi corazon, mi fantasía
La gloria cantan de la pátria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creencia,
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia,
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.

¡ Tierra de amor ! ¡ tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un dia,
Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía !...
Yo cantaré tus olvidadas glorias,
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

Nadie ha comprendido mejor su poesía que el mismo Zorrilla con solo entregarse á la espontaneidad de su genio. En esos versos se le ve manifiesto con todas sus bellezas, con todos sus defectos habituales que se reducen á un empeño de voluntad por herir con fuerza la tradicion. No se logra ver el poeta de los siglos pasados; pero es precisamente el poeta del siglo actual. Por eso le ama la España como á un hijo predilecto, por eso es tan popular. Todavía esperamos recorrerá por largo tiempo la senda de gloria que le mostró el destino.

Ildefonso Ovejas.

PRÓLOGO.

Era una tarde de febrero. Un carro fúnebre caminaba por las calles de Madrid. Seguíanle en silenciosa procesion centenares de jóvenes con semblante melancólico, con ojos aterrados. Sobre aquel carro iba un ataud, en el ataud los restos de Larra, sobre el ataud una corona. Era la primera que en nuestros dias se consagraba al talento; la primera vez acaso que se declaraba que el génio es en la sociedad una aristocracia, un poder. La envidia y el odio habian callado; los hombres de la moralidad dejaban para despues la moral tarea de roer los huesos de un desgraciado, y nadie disputaba á nuestro amigo los honores de su fúnebre triunfo. Todos tristes, todos abismados en el dolor, conducíamos á nuestro poeta á su capitolio, al cementerio de la puerta de Fuencarral, donde las manos de la amistad le habian preparado un nicho. Un numeroso concurso llenaba aquel patio pavimentado de huesos, incrustado de lápidas, entapizado de epitafios, y la descolorida luz del crepúsculo de la tarde daba palidez y aire de sombras á todos nuestros semblantes. Cumplido ya nuestro triste deber, un encanto inesplicable nos detenia en derredor de aquel túmulo; y no podíamos separarnos de los preciosos restos que para siempre encerraba, sin dirigirles aquellas solemnes palabras que tal vez oyen los muertos antes de adormecerse profundamente en su eterno letargo. Entonces el Sr. Roca de Togores, levantando penosamente de su alma el peso de dolor que la oprimia, y como revistiéndose de la sombra del ilustre difunto, alzó su voz: Larra se despidió de nosotros por su boca, y nos refirió por la vez postrera la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados dias. En aquel momento nuestros corazones vibraban de un modo que no se puede hacer comprender á los que no le sientan, que los mismos que le hayan sentido, le habrán ya olvidado, porque

de los vuelos del alma, de los arrebatos del entusiasmo, ni se forma idea, ni queda memoria; que en ellos el espíritu está en otra region, vive en otro mundo; los objetos hacen impresiones diversas de las que producen en el estado normal de la vida, el alma ve claros los misterios ó cree, porque lo siente, lo que tal vez no puede comprender. Se ve entonces á sí misma, se desprende y se remonta del suelo; conoce, ve, palpa que ella no es el barro de la tierra, que otro mundo la pertenece; y se eleva á él, y desde su altura como el águila que ve el suelo y mira al sol, sondea la inmensidad del tiempo y del espacio, y se encuentra en la presencia de la divinidad que en medio del espacio y de la eternidad preside. Entonces no se puede usar del lenguaje del mundo, y el alma siente la necesidad de otra forma para comunicar lo que pasa en su seno. Tal era entonces nuestra situacion. No era amistad lo que sentíamos; no era la contemplacion profunda de aquella muerte desastrosa, de aquella vida cortada en flor, la vista de aquel cementerio, la inauguracion de aquella tumba, la serenidad del cielo que nos cubria, la voz elocuente del amigo que hablaba; no era nada de esto, ó mas que todo esto, ó todo esto reunido para elevarnos á aquel estado de inesplicable magnetismo en que en una situacion vivamente sentida por muchos, parece que se ayudan todos á sostenerse en las nubes. ¡Ah! Pero nuestro entusiasmo era de dolor, y llorábamos (sábenlo el cielo y aquellas tumbas), y al querer dirigir la voz á la sombra de nuestro amigo, pedíamos al cielo el lenguaje de la triste inspiracion que nos dominaba, y buscábamos en derredor de nosotros un intérprete de nuestra afliccion, un acento que reprodujera toda nuestra tristeza, una voz donde en comun concierto sonasen acordes las notas de todos nuestros suspiros. Entonces de en medio de nosotros, y como si saliera de bajo aquel sepulcro, vimos brotar y aparecer un jóven, casi un niño, para todos desconocido. Alzó su pálido semblante, clavó en aquella tumba y en el cielo una mirada sublime, y dejando oir una voz que por primera vez sonaba en nuestros oidos, leyó en cortados y trémulos acentos los versos que van insertos en la página primera de esta coleccion, y que el Sr. Roca tuvo que arrancar de su mano, porque desfallecido á la fuerza de su emocion, el mismo autor no pudo concluirlos. Nuestro asombro fué igual á nuestro entusiasmo; y así que supimos el nombre del dichoso mortal que tan nuevas y celestiales armonías nos habia hecho escuchar, saludamos al nuevo bardo con la admiracion religiosa de que aun estábamos poseidos, bendijimos á la Providencia que tan ostensiblemente hacía aparecer

un génio sobre la tumba de otro, y los mismos que en fúnebre pompa habíamos conducido al ilustre Larra á la mansion de los muertos, salimos de aquel recinto llevando en triunfo á otro poeta al mundo de los vivos y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla.

No he recordado aquí esta tarde por el placer de describir una escena grande y poética. Mas poética y mas grande fué seguramente que mi descolorida descripcion, aunque en el torrente de las escenas que á nuestros ojos pasan, ya se haya hundido, y ya casi todos la hayan olvidado. El autor de estas líneas no podrá borrarla de su memoria. Entonces empezó á sentir hácia el ilustre poeta á quien las consagra el afecto que con él le une, y que es demasiado tierno para que no forme época en su vida : entonces empezó el público á conocer las producciones de este ingenio; y la impresion que de ellas ha recibido es demasiado profunda para que no se marque muy distintamente en los anales de la literatura contemporánea. Pero no ha sido esta precisamente la razon de recordar aquella escena. Yo he tomado nota de ella, y la he consignado al frente de estas páginas porque aquella original aparicion me ha sugerido las reflexiones que voy á hacer sobre la índole y carácter de estas poesías.

Cuando oimos los versos de que acabo de hacer mencion, todos los que tuvimos la fortuna de escucharlos, sentimos la inspiracion que los habia dictado, y comprendimos el idealismo en que estaban concebidos, porque tambien nosotros estábamos inspirados, y tambien nuestra existencia vagaba por las regiones de lo ideal y de lo eterno. Nos hallábamos al nivel del autor, á la altura de su mismo génio, y en estado de sentir lo que él tal vez no hizo mas que espresar; porque entonces como los primitivos poetas, como los bardos en sus banquetes, como Píndaro en los juegos olímpicos, tomaba entusiasmo de nuestro entusiasmo, llanto de nuestro llanto : era el foco del espejo, y reflejábanse en él concentrados los rayos que tal vez de nosotros mismos partian. Así que á nadie pudo ocurrírsele que aquella produccion no fuese natural, espontánea, como su mirar, como su acento, como el color de su semblante y el llanto de sus ojos. Nadie pudo ver en ella la imitacion de tal autor, ó los principios de tal escuela : nadie discutió si era *clásica ó romántica*, *oriental ó filosófica.* Era una composicion de allí, de aquel poeta, de aquel momento, de aquella escena, para nosotros, en nuestra lengua, en nuestra poesía, en poesía que nos arrebató, que nos electrizó, que comprendimos, y sobre cuyo mérito, género y for-

mas no se suscitaron discusiones ni críticas. Y sin embargo el autor la habia escrito algunos momentos antes de aquella reunion á solas en su gabinete, sin auditorio que le escuchára, y bajo la inspiracion de su dolor y de su génio. Si á solas tambien la hubiera leido á cada uno de sus oyentes, ¿hubiera producido el mismo efecto? ¿La hubieran hallado tan ideal, tan bella, tan original y tan espontánea? No seguramente. Para uno hubiera sido incomprensible una frase: otro hubiera encontrado exageracion ó falta de verdad en un pensamiento: un oido *fino* hubiera sentido flojo, duro, ó arrastrado algun verso: un entendimiento metódico observaria la falta de órden, de conexion y enlace entre sus ideas: cuál la tendria por *vaga*, y haria notar que su lectura no dejaba en el alma ninguna idea fija; y ¿qué mas? La mayor parte tal vez no hubieran visto en ella mas que una imitacion de Victor Hugo, ó de Lamartine. Pues lo que hubiera sucedido á aquella composicion así leida, sucede todos los dias no precisamente con respecto al público, sino con respecto á los inteligentes y críticos con otras que se han dado á luz. Todos ellos suscitan las mismas vanas y ociosas cuestiones; y solo los corazones sensibles y no gastados que se entregan de buena fé al ímpetu del sentimiento, y que unísonos desde luego al tono del poeta, vibran con todas las modulaciones de su laud, y obedecen á todos los caprichos de su inspiracion, se encuentran con respecto á las demas poesías de este autor en el caso en que todos nos hallamos cuando su aparicion en el cementerio. Entonces su inspiracion habia volado sola adonde nuestro entusiasmo voló despues: despues su inspiracion siguió siempre la misma, tal vez mas poderosa, mas alta, mas fuerte, mas profunda; pero no siéndonos siempre posible ponernos en la esfera de su atraccion, vemos á veces sus cuadros desde un punto en que no tienen perspectiva, ó no oimos de su lira mas que el ruido de los trastes. De ahí la mayor parte de esas disputas y críticas: de ahí esas frases incomprensibles para los que quisieran hallar en los versos ecuaciones y silogismos: de ahí ese gongorismo para los que piensan que la poesía es solo un modo de hablar, y no un modo de sentir, una manera de ser: de ahí en fin la pretension de que estos versos son imitaciones de un autor, ó doctrinas de una escuela por parte de los que todavía están aferrados en creer que la poesía es *¡un arte de imitacion!* y que puede ser un método de hacer esposiciones de teorías políticas, ó sistemas filosóficos. Empero los que tienen corazon y alma, y los que saben que con el corazon y con el alma, y no con los dedos y con las palabras, se hacen los versos,

saben tambien lo que significan estas impugnaciones y lo que hay en ellas de verdadero ó inexacto. El autor de este prólogo está muy distante de creer que sean obras perfectas los primeros preludios poéticos del amigo á quien le consagra, y el entusiasmo que le arrebata no le ciega; ha querido sin embargo demostrar cómo muchos de los defectos que se atribuyen á una obra pueden consistir en el modo de juzgarla, y sobre todo ha querido protestar contra ese tema de que es imitacion y amaneramiento de escuela lo que es tan espontáneo y tan natural como las flores del campo y como las rocas de los montes. Siglos hay, sí, que inspiran un mismo tono á todo aquel que los canta, principios, ideas, y sentimientos generales, dominantes, humanitarios, que presidiendo á una época y á una generacion, se reproducen en todas sus obras y bajo todas sus formas. Pero entonces la analogía no es el plagio, la semejanza no es la imitacion, ni la consonancia el eco: entonces por el contrario la conformidad es el sello de la inspiracion y de la originalidad: entonces dos obras se parecen y distan entre sí un mundo entero: entonces dos autores se imitan sin conocerse: entonces se notan armonías y correspondencias entre la Biblia y Homero: entonces se copian Shakspeare y Calderon. Es un sol refulgente que reverbera en totos los cuerpos que illumina: es una luna melancólica que reproducen todos los objetos que baña con sus pálidos rayos. Sí. El siglo de Byron, de Hugo, y de Chateaubriand debe inspirar tambien á los vates españoles; pero su inspiracion no dejará de ser de ellos, y de ser española, como del siglo, y de los objetos que canten. Póngase cada uno á mirar sus cuadros á la luz que alumbra: verá tal vez en su fondo el reflejo del cielo que los cubre; pero no colores prestados de ajena paleta. Fórmese para cada composicion un teatro como el del cementerio, y verán todos en ella la inspiracion original, la naturalidad, la uncion, la verdad, la belleza ideal, y la celestial armonía que creyeron ver en la primera; percibirán clara y luminosamente lo que algunos no comprendieron, se sentirán en la presencia real de lo que tal vez les pareció vision y quimera, les sorprenderá la exactitud de lo que creyeron exagerado, y hallarán por último que lo que afectan llamar romanticismo no es mas que la poesía, la naturaleza, la verdad.

A otra serie de reflexiones ha dado ademas lugar en mi alma la escena de aquella tarde, reflexiones que algunos no comprenderán tampoco, y que otros muchos comprenderán solamente para fulminar contra ellas el anatema del ridículo, y para acogerlas con la sardónica ironía que entre nosotros se afecta hácia todo lo que no es mate-

rialmente positivo y humanamente lógico, hácia todo lo que propende á hacer intervenir al cielo en lo que pasa en la tierra. Yo empero que creo en un órden de cosas superior al órden de los fenómenos que á nuestra razon y á nuestros sentidos es dado percibir y esplicar; yo que estoy persuadido de que no se hallan entre nosotros todas las causas de lo que á nuestros ojos sucede, acostumbrado á ver la mano de la Providencia en los sucesos al parecer mas insignificantes de la vida, no es mucho que la conozca en aquellas ocasiones en que mas ostensiblemente y con mas solemnidad quiere como revelarse á nuestra vista. Sí, un poeta puede confesarlo, puede decir que cree en las *causas finales*, que cree en la *predestinacion*, y que cree que si la humanidad toda concurre á la obra que la inteligencia suprema le ha trazado, cada hombre, y sobre todo cada especialidad, concurre á un objeto fijo y determinado. Sin esta creencia el libro del mundo es un enigma incomprensible, y el de la historia un tejido de absurdos. Fiel á esta creencia, y juzgando que Larra era algo en la tierra, que en esta nacion, en esta agregacion de nulidades donde su existencia descollaba con tanto brillo, no en vano sus producciones habian fijado tan vivamente la atencion pública, y que su pérdida dejaba un vacío no solo en la literatura, sino en la sociedad; cuando á orillas del sepulcro del malogrado escritor que nos dejaba, vi brotar el poeta que nacia, el hecho era de demasiado bulto, la aparicion demasiado fatídica para no reconocer en el nuevo genio una *mision* tan especial como la del primero. Los presentimientos que hasta ahora he tenido fundados en esta opinion, no han sido nunca vanos: el que aquella tarde tuve, no lo ha sido tampoco. Los acentos del nuevo bardo sorprendieron desde luego y arrebataron. Agitado de la calentura del genio y de la maravillosa fecundidad de que le ha dotado el cielo, en pocos meses ha lanzado al público una multitud de composiciones que no pasaron efímeras como la mayor parte de las fugitivas producciones de nuestros dias, ó conocidas solo de los inteligentes como las de épocas anteriores. Recibidas ora con admiracion, ora con estrañeza, ora con entusiasmo, ora con desagrado segun las ideas y carácter de cada uno, no lo han sido nunca con indiferencia. Leidas y releidas, decoradas y oidas y recitadas por todos, el ansia con que se buscan los periódicos donde se publicaron algunas, ha obligado á recogerlas en la presente coleccion. Y no solo en elogios y alabanza ha consistido su popularidad. Tambien son ellas las que mas críticas é invectivas han suscitado, tambien han sido parodiadas, y puestas en ridículo é imitadas por malos poetas, que es

la mas infeliz parodia; tambien han sido tachadas de inmorales, de incomprensibles, y hasta equiparadas en algun artículo de periódico á los discursos de varios *célebres* oradores de nuestras actuales Córtes. Pues bien: esta novedad y admiracion, esas sátiras é invectivas, esas imitaciones de la medianía y esas hostilidades de la envidia son el grande éxito, la corona del talento, el sello de la especialidad. Parece que nuestra época se afanaba en producir un poeta que estuviese á su nivel y en armonía con ella, que fuese como el representante literario de la nueva generacion, de sus ideas, de sus sentimientos y creencias: varios jóvenes al parecer con esta esperanza y con éxito mas ó menos feliz, se habian presentado hasta ahora en la escena; y el público no dejó de vislumbrar en ellos ráfagas de nueva luz, y sentir aliento de nueva vida; pero á la aparicion de ZORRILLA, ha visto ya el oriente de un astro muy luminoso. Tibios todavía sus primeros rayos han despertado en su derredor todo un hemisferio de poesía, y si aun no ha nacido el sol, estrellas muy resplandecientes se eclipsaron ya ante su brillante crepúsculo. Si sus preludios marcan una aurora, sus cantos sellarán una época: si su aparicion ha sido fatídica, su poesía será providencial; si el eco de su voz ha sobrecogido y su primera inspiracion fascinado, muy trascendental y poderosa será la influencia que debe ejercer y mas anchurosa de lo que se cree la esfera de accion en que debe obrar su impulso.

¿Cuál será empero esta accion? ¿Cuál será el desarrollo de este gérmen? ¿Cuál será este fin? Yo he podido adivinarlo, pero no me atreveré á predecirlo, porque los arcanos del destino no se esplican, ni los vuelos del genio se calculan. Permítasele sin embargo á un alma tambien poética formar esperanzas; y para formularlas y para dar una idea de las conjeturas que sobre lo futuro se presentan á su fantasía, permítasele entrar en esplicaciones del aspecto bajo que las cosas presentes se ofrecen á sus ojos. La imaginacion, la amistad, el entusiasmo podrán ejercer grande influencia en este análisis; pero el corazon, el sentimiento, la fantasía son el único *método analítico* aplicable á las obras de un poeta.

En el estado actual de nuestra indefinible civilizacion, la poesía como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la pintura, la arquitectura y la música, como la filosofía y la religion, ha perdido su tendencia unitaria y simpática, y sus relaciones con la humanidad en general, porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye, y de lazo que á la

humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hácia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hácia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una region en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo mas íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde aun á despecho de la filosofía y del egoismo un corazon palpita y un espíritu inmortal vive. Pero el hombre en su aislamiento es el mas miserable y desgraciado de los seres. La Providencia ha hecho necesaria para su dicha y su perfectibilidad la asociacion; asociacion que no es el agregado de muchos individuos de la especie humana, sino el conjunto de la facultades que en comun poseen, la comunion de sus ideas y de sus sentimientos, de la inteligencia y de la simpatía. Mas hay épocas tristes para la humanidad en que estos lazos se rompen, en que las ideas se dividen, y las simpatías se absorven; en que el mundo de la inteligencia es el caos, el del sentimiento el vacío; en que el hombre no ejercita su pensamiento sino en el análisis y en la duda, y no conserva su corazon sino para sentir la soledad que le rodea y el abismo de hielo en que yace. Entonces el genio puede volar aun, pero vuela como el Satanás de Milton; solitario y por el caos: el sol le causa pena, la belleza del mundo envidia. Su poesía es solitaria como él, y como él triste y desesperada. Canta ó mas bien llora sus infortunios, su cielo perdido, el fuego concentrado en su corazon, las luchas de su inteligencia, y las contrariedades de su enigmático destino. Sus relaciones con la naturaleza no pueden ser espansivas, ni sus relaciones con los hombres simpáticas. Replegado en su individualismo, sus relaciones con Dios podrán aun ser muy vivas; pero solo en su presencia, si la reconoce, y solo en el universo, si tal vez ha renegado de la Providencia, los himnos que debian consagrarse á una religion de amor, serán solamente gritos de desesperacion y de impío despecho, ó estravíos de un abstracto y estéril misticismo. Tal es á mis ojos el carácter de la época presente; tal es tambien su poesía; la poesía dominante, la poesía elegíaca actual, poesía de vertigo, de vacilacion y de duda, poesía de delirio, ó de duelo, poesía sin unidad, sin sistema, sin fin moral, ni objeto humanitario, y poesía sin embargo que se hace escuchar y que encuentra simpatías, porque los acentos de un alma desgraciada hallan donde quiera su cuerda unísona, y van á herir profunda y dolorosamente á todas las almas sensibles en el seno de su soledad y desconsuelo. Zorrilla ha empezado y no podia menos de empezar por este género. Hijo del siglo, le ha pagado

tambien su tributo de lágrimas: ha pasado por bajo el yugo de su tiranía; ha llorado tambien á solas y ha dado al viento sus sollozos: ha golpeado su frente de poeta contra el calabozo que le aprisionaba, ha forcejeado por quebrantar cadenas que no son lazos: ha invocado el auxilio de un Dios, y ha renegado del cielo; ha cantado el éstasis de los bienaventurados y saludado á la reina de los ángeles, y ha lanzado gemidos de desesperacion infernal, y llamado en su socorro la muerte y la nada.

Y cuando la fuerza espansiva de la inspiracion, arrancándole de su individualismo, le lanzó á mas ancha esfera y le hizo recorrer á pesar suyo la sociedad que se agitaba á su alrededor, no se deslumbraron sus ojos con el brillo que despedia el oropel de la civilizacion, sino que intuitivamente penetrantes bien conocieron sobre el lecho de oro y púrpura á la enferma que agonizaba abandonada y sola, y bien acertaron á ver mas allá bajo la suntuosa lápida del sepulcro cincelado, la brillante mortaja de seda y pedrería pronta á cubrir la fetidez de un cuerpo presa ya de la gangrena y de la muerte.

El instinto perspicaz de su inspiracion le ha representado al mundo moral en su espantosa anarquía y desnivel, en su desorganizacion y fealdad. Y arrebatado á tal vista de un vértigo de tristeza y amargura, asomó á sus labios aquella risa horriblemente sardónica con que el hombre en el último estremo de desesperacion, y miseria, escarneciendo á los demas y á sí mismo, pregunta al cielo como burlándose qué es lo que tal desórden significa, duda si se debe tomar á serio la suerte de la humanidad, mezcla reflexiones profundas y terribles con sátiras amargas y ridículos contrastes, y entre el llanto de un funeral hace oir las carcajadas de una orgía. Entonces evocando la sombra de Cervantes, tiene con ella el singular diálogo en que nuestro poeta se mofa de sus tiempos tan á su sabor (si bien con otra hiel y tristeza) como aquel genio inmortal parodiaba los suyos. Entonces personificando en *Venecia* á todas las naciones degradadas y á todos los pueblos corrompidos, despues de haber descrito en versos dignos de Calderon y de Byron la grandeza de su antiguo poderío y el polvo y cieno en que desde su elevacion se hundieron, repentinamente *levanta una carcajada para apagar sus gemidos*, y termina su fúnebre canto entre la báquica algazara de un festin, como se suele ver en tiempos de peste y mortandad entregarse los hombres á desórdenes y escesos, para apurar los goces de su existencia amenazada entre la embriaguez de los placeres. Y por último, en otro momento de inspiracion mas poderosa y mas profunda, abarcando de un solo golpe

de vista eminentemente sintético el cuadro de todos los vicios y de todas las monstruosas desigualdades de la sociedad, la pinta de una sola pincelada en cuatro versos dignos de la pluma de LAMENNAIS y que equivalen á todo un volúmen de filosofía, en que dirigiendo sobre el banquete de la vida una mirada mas terrible que la de DANIEL sobre el convite de BALTASAR, dice que

Unos cayeron beodos,
Otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.

Empero lo que mas caracteriza al genio, es no ser esclusivamente órgano de la época en que vive y presentir la que nace en medio de las inspiraciones de lo que existe. Así HOMERO adivinó los tiempos de LICURGO y de SOLON, así VIRGILIO casi pertenece al cristianismo y á la edad media, así el DANTE apenas se concibe cómo haya escrito en el siglo XIII, así CERVANTES en una edad caballeresca todavía predecia y aceleraba el prosaismo del siglo XVIII; y por eso el instinto de todos los pueblos ha reconocido siempre en la inspiracion poética el don de la profecía. El genio actual conserva aun reconcentrado todo lo que en la humanidad debia haber y todo lo que habrá sin duda, porque todavía sus gérmenes existen, no en la sociedad, pero sí en los individuos; para él aun puede haber creencias y virtudes, é ilusiones y amor, y abnegacion, y heroismo é interes que no sean de la tierra, y un pensamiento de Dios, una memoria del cielo, una esperanza de inmortalidad. Por eso nuestro poeta no tardó en conocer que la poesía á que le arrastraba su siglo era estéril y transitoria, como debe serlo esta época de desorganizacion y de duda, como debe serlo el egoismo que nos disuelve, y el escepticismo que nos hiela, y parándose en su carrera y apartándose de la boca del tártaro adonde caminaba, y subiéndose á un puesto mas avanzado y mas digno de su mision, ha visto la naturaleza bella, risueña, iluminada, viva y animada como Dios la creó, para servir de teatro á la virtud y á la inteligencia del hombre, y tiñendo su pluma de los colores del iris, y de los celages del oriente, ha dirigido á la humanidad palabras de amor y consuelo, himnos de bendicion y alabanza al Creador.

¡Bello es el mundo! ¡Sí! ¡la vida es bella!
Dios en sus obras el placer derrama.

Entonces en medio del negro horizonte que le circundaba, una

brisa de esperanza agitó su alma, y un rayo del sol del porvenir iluminó su frente; empero su musa, antes de lanzarle en las profundidades de lo futuro, quiso anudar en su espíritu la cadena de las tradiciones, sin las que no hay sociedad ni poesía, y llevarle á recorrer primero los venerables restos de lo pasado. Su imaginacion debia encontrar todavía en ellos una sociedad homogénea y compacta de religion y de virtud, de grandeza y de gloria, de riqueza y sentimiento, y su pluma no pudo menos de hacer contrastar con lo que hay de mezquino, glacial y ridículo en la época actual con lo que tienen de magnífico, solemne y sublime los recuerdos de los tiempos caballerescos y religiosos. Y el primero entre nuestros poetas que ha sentido la necesidad de buscar en estas creencias y tradiciones los gérmenes de grandeza y sociabilidad que abrigaban, y que es preciso desenterrar de los abismos de lo pasado, los tesoros del porvenir, ha sido tambien el primero á dar vida poética á nuestros olvidados monumentos religiosos, y á poner en escena las sagradas y grandiosas solemnidades que hacian las delicias de nuestros padres. Bajo su pluma vemos levantarse de entre el polvo y el cieno que la cubren como un sepulcro olvidado la severa capital del imperio godo, revestida del armiño de sus reyes y de la púrpura de sus prelados, guerrera como sus héroes y sus armas, religiosa y política como sus concilios: trocada despues por el árabe voluptuoso en una mansion de placeres, asistimos á sus fiestas y á sus torneos y caballerescas justas, perfumados de los aromas de oriente, adornados de galas, plumas, seda y pedrería, y respirando el aliento de las houríes de Mahoma; pero en seguida vemos alzarse gigantesca, y descollar por sobre todas estas memorias la catedral primada, símbolo arquitectural del cristianismo, con los estandartes de piedra de sus torres, con las lenguas de bronce de sus campanas, y presenciamos los sagrados ritos de la religion mas bella que ha existido sobre la tierra, oimos el órgano cantando sus solemnes misterios por la *céntuple garganta de los tubos de metal*, y escuchamos á la par el canto de los sacerdotes, el crujir de sus tisúes y brocados, y nos deslumbra el brillo de mil lámparas reflejado en el oro de los altares y en los diamantes del tabernáculo; y prosternados con el pueblo que asiste á tan grandioso espectáculo, nos embriagamos de luz y de armonía, de aroma de incienso y de música del cielo, y se apodera de nosotros el éstasis que remeda en la tierra el arrobo santo de los bienaventurados. En aquel momento los gemidos de dolor cesan: los sollozos de amargura, los ayes de impotencia y despecho se convierten en lágrimas de santa

ternura y en himnos de esperanza, el desprecio de la vida y el odio á los hombres da lugar á la idea de la inmortalidad, premio de una existencia de virtudes y amor. La sociedad que veíamos dispersa sobre la superficie de la tierra, reunida bajo las bóvedas del templo nos parece no tener mas que un sentimiento, una voz, una *oracion* que elevar al cielo con el humo de sus ofrendas: allí están todas las artes; allí está la música, la pintura, la escultura, la arquitectura, todas concurriendo á un fin comun, todas formando un concierto de los talentos del hombre: el templo abarca toda la vida; la religion completa el cuadro de la poesía como es la clave de la sociedad; y al volver de nuestro arrobamiento, al sentirnos en la realidad de nuestra existencia, no podemos menos de consagrar un suspiro de pesar por esos bellos tiempos que se han perdido, un ¡ay! por esos placeres de nuestros padres, por esa fé que alimentaba su vida, una lágrima por esa religion abandonada, un movimiento de sagrado respeto hácia las venerandas reliquias que de ellas nos quedan.

Tal es el efecto de las variadas y profundas sensaciones que este poeta sabe escitar con su maravilloso canto; tal es el cuadro que presentan á mis ojos las páginas de un libro donde algunos no verán tal vez mas que figuras dislocadas, versos inconexos, ideas contradictorias; tal es el pensamiento unitario trascendental y profundamente filosófico que resulta de estas inspiraciones, la ideal moral que preside á su redaccion; y el hilo de union que liga con una trama invisible pero fuerte los varios trozos de este mosáico precioso. Pero este pensamiento y esta moralidad la buscarán en vano los que crean hallarla en máximas, y en tiradas de sentencias. Para lectores de esta clase no ha escrito Zorrilla, ni á la verdad yo tampoco. La filosofía de que yo hablo es una filosofía viva, animada, que transpira y brota en las cosas y no en las palabras, como un jardin delicioso inspira ideas de placer, como la armonía de un concierto infunde sentimientos de amor ó de melancolía, como la vista del cielo y las maravillas de la naturaleza proclaman la existencia de Dios.

Sin embargo, se me dirá, ¿ha sido el pensamiento que yo descubro el pensamiento del autor? ¿Tuvo presente el objeto que yo le asigno, al obedecer á las inspiraciones que le han dictado sus cuadros fantásticos y sus armoniosos himnos? ¿Ha pensado por ventura en el fin social de sus versos, y ha pretendido enlazarlos en un conjunto regular y en un sistema poético, el jóven genio que no ha hecho acaso mas que ceder al ímpetu de su imaginacion en una hora de arrebato, y en fijar con la pluma las instantáneas imá-

genes, las fugaces sensaciones que pasaban por su existencia, tal vez para no recordársele jamás? ¿Ha descendido á estas consideraciones filosóficas, á este análisis moral y religioso de sus obras, á este cálculo previo del plan de sus trabajos? No sin duda, y si hubiera sido capaz de concebirlo, no lo hubiera sido de realizarlo; el genio no raciocina, y los poetas, como todas las especialidades del mundo, no tienen la conciencia de lo que son, cumplen su destino sin saberlo, é ignoran la teoría de la obra misma que son llamados á edificar, y el poder de los principios mismos que vienen á proclamar y difundir. Por eso los que viven á su inmediacion suelen juzgarlos con la mayor inexactitud, cuando creen ufanos que solo ellos están en el secreto del genio, y porque ellos ven de cerca una tela tiznada de borrones y manchada con informes figuras, piensan que son ilusiones y fantásticas quimeras los primores que otros ven de lejos en un cuadro lleno de verdad y de vida. Ellos no ven mas que al individuo donde debian ver al poeta, no ven mas que al autor, cuando debian examinar la obra, y miden al Escorial por la estatura de Herrera. Oyen los lamentos de un hombre en cuyo rostro suele brillar la alegría, y no saben que son los gemidos de una generacion entera los que se exhalan de su pecho, y el llanto de todo un siglo el que humedece las cuerdas de su lira. Ven al mortal afortunado acaso quejarse de una sociedad en que es amado, en que vive tal vez en el seno de los placeres, y no saben que á un alma eminentemente simpática no le bastan los placeres de una existencia sola, y que la esponja de su corazon embebe y derrama la amargura de diez millones de infelices. Ven al hombre del mundo, tal vez indiferente é incrédulo predicando la religion y los misterios, y no conocen la terrible personificacion del siglo ateo, obligado á arrastrarse al pié de los altares, buscando un resto de fuego que reanime su helada existencia, é implorando por gracia al cielo una creencia, un rayo de verdad que alumbre á la humanidad, y la enseñe la senda de su destino en la espantosa noche del escepticismo que la circunda. No. Ellos no ven ni al hombre moral siquiera, al individuo en sus interioridades, en sus ilusiones, en sus flaquezas, en sus contrastes y en sus misterios, no ven mas que al hombre uniformemente vestido del café y del paseo, del teatro y de la orgía, al hombre que se modela por los demas, y que se hace mas superficial, mas pequeño, mas material y positivo de lo que es en el fondo de su corazon, y luego esclaman: ¡Hé aqui el hombre! ¡Hé aqui el filósofo! ¡Hé aqui el poeta! Pero la sociedad solo ve el genio, solo contempla y admira la creacion de la inteligencia y de la inspiracion. Él se la

lanza como la Pitonisa el oráculo, como la estátua de Memnon su armonía : ella la recibe, ella la descifra, ella la comprende.

Sí, poeta : la sociedad te comprenderá mejor que los sabios y que los eruditos. Tus mágicos preludios no serán perdidos ni infecundos. Sigue á tu grandiosa carrera : avanza de tu aurora á tu porvenir de gloria y esplendor. Tú has cantado los dolores del corazon, los misterios del alma, las maravillas de la naturaleza, y el poder de la inspiracion. Tú manchado de polvo y de fango el cuadro chillante y desentonado de una civilizacion anárquica y desnivelada : tú has matizado con los tintes de la luz de oriente las sombras de la edad pasada, y nos has mostrado una luz todavía encendida en el fondo de los antiguos sepulcros. Sigue. El destino tal vez te reserva otra carrera y te prepara otra corona : tu poesía se lanzará hácia un nuevo período mas brillante y mas filosófico : tú conoces que lo presente no es digno de tí, pero debes saber tambien que lo pasado es estéril, que lo que ha muerto una vez no resucita jamás, y que es ley de la Providencia que la humanidad no retroceda nunca. El porvenir te aguarda, ese porvenir misterioso que se cierne sobre la Europa, y con cuyos encantos soñamos como se sueña en la adolescencia con las gracias de una querida que se forja el corazon. Esa edad por que la juventud suspira, esa edad invocada por los votos de nuestros corazones, esa edad, tierra de promision en este desierto para nuestras fervientes y religiosas esperanzas, tuya es, y antes que nosotros debe llegar á ella esa fantasía que á velas desplegadas voga por el mar de los tiempos. A tu musa está reservado pintar esas maravillas desconocidas y rasgar á nuestros ojos el velo á cuyo través ahora ni vagamente se trasluce. Tú solo serás capaz de realizar en tus proféticas creaciones ese apocalipsis de la inteligencia, esa época de reorganizacion y de armonía en que la grandeza de los antiguos tiempos se multiplique por la belleza y progresos de la civilizacion moderna, despojada esta de su egoismo, como aquellos de su barbarie, en que una ley universal de justicia, sabiduría y libertad, reuna en una comun familia las naciones ahora aisladas, y en que una religion de amor y paz realice sobre la tierra el glorioso destino á que la humanidad es llamada.

Sí, poeta. Tal vez tus versos nos pinten lo que los políticos no se atreven á calcular; tal vez á tu canto se revele lo que á la filosofía no le es dado preveer. La providencia no te ha hecho aparecer en vano; y pues que te evocó de una tumba, tú debes saber cosas que los mortales ignoramos. *Cumple pues tu mision sobre la tierra.* No importa que los que á sí mismos se desprecian, los que no se creen nacidos

con fin alguno, los que piensan que existen arrojados por el acaso como piedras en el pozo de la vida, los que niegan la prevision de la inteligencia suprema, la divinidad del espíritu humano, su imperio sobre el mundo, y los que á trueque de no reconocer los privilegios del genio nieguen tambien su existencia hayan ridiculizado esa frase tuya, y tomen un pensamiento de piedad por un pensamiento de soberbia. Tú empero, que crees en ella porque oyes dentro de tí la voz divina que te la dicta, sigue sereno á pesar de las tempestades que en el horizonte asomen la inspiracion sublime que te lleva á otro mundo. Yo te he visto partir, mi querido amigo, yo tambien habia querido lanzarme en ese océano; pero delante de tí, he recogido mis velas, y me he quedado en la ribera, siguiéndote con mi vista y con mis votos. Sí, yo en mis ilusiones habia creido tambien que tenia una mision que cumplir. Has venido tú, y me queda una bien dulce, bien deliciosa; la de admirarte y de ser tu amigo.

NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Madrid, 14 de octubre de 1837.

OBRAS POÉTICAS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

COMPOSICIONES DIVERSAS.

PRIMERA PARTE.

A LA MEMORIA DESGRACIADA

DEL JÓVEN LITERATO

D. MARIANO JOSÉ DE LARRA.

—

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana.

—

Acabó su mision sobre la tierra,
Y dejó su existencia carcomida,
Como una vírgen al placer perdida
Cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
Vacío ya de ensueños y de gloria,
Y se entregó á ese sueño sin memoria,
Que nos lleva á otro mundo á despertar!

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de yerba y de frescura
Hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su mision,
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendicion.

Duerme en paz en la tumba solitaria
Donde no llegue á tu cegado oido
Mas que la triste y funeral plegaria
Que otro poeta cantará por tí.
Esta será una ofrenda de cariño
Mas grata, sí, que la oracion de un hombre,
Pura como la lágrima de un niño,
Memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo
De los poetas mansion,
Y solo le queda al suelo
Ese retrato de yelo,
Fetidez y corrupcion;

¡Digno presente por cierto
Se deja á la amarga vida!
¡Abandonar un desierto
Y darle á la despedida
La fea prenda de un muerto!

—

Poeta, si en el *no ser*
Hay un recuerdo de ayer,
Una vida como aqui
Detrás de ese firmamento...
Conságrame un pensamiento
Como el que tengo de tí.

A CALDERON.

« La venerable congregacion de sacerdotes
» naturales de esta villa puso aquí esta ins-
» cripcion, con permiso de don Diego La-
» dron de Guevara, caballero de la órden de
» Calatrava y patron de esta capilla. »
(*Capilla de San Salvador, Sepulcro de Don Pedro Calderon de la Barca.*)

—

Hay una antigua capilla
Pobre por su antigüedad,
Negra por su oscuridad,
Revocada por *la villa :*
Donde se lee en un rincon,
Mas que con ojos con manos,
—Aquí los restos humanos
de Don Pedro Calderon. —

I.

Ave osada cuyas plumas
Vistieron de cien colores
Con sus matices las flores,
Con su nieve las espumas.
A cuyos ojos el sol
Prestó luz y atrevimiento,
Y á cuyas alas dió viento
Tu noble aliento español.
A quien la tierra dió sombra,
Y la fortuna dió calma,
A quien un rayo dió el alma,
Y el universo una alfombra;
Aguila para volar
Reina del viento naciste,
Fenix al mundo saliste
Para vivir y cantar.
Aguila fue tu osadía,
Que con su atrevido vuelo
Subió arrebatada al cielo
A beber la luz del dia.
Fenix fueron tus cantares,
Pues al nacer y al morir
Solo se hicieron oir
Al calor de sus hogares.
Aguila tus ojos son,
Y fenix es tu garganta,
Es fenix la voz que canta,
Y águila la inspiracion.
Si el águila ojos te da,
Te da el fenix melodía,
Para tu luz y armonía
Ni ojos, ni oidos habrá.
Mas por desgracia ó fortuna
Ya tu garganta está seca,
Y allá en tu pupila hueca
No queda mirada alguna.
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz á la memoria
De Don Pedro Calderon.
Que si un mármol reclamó
Tu grandeza y te le dieron,
Segun lo que le escondieron
Parece que les pesó.
Yaces en un templo, sí,
Pero en tan bajo lugar,
Que pareces aguardar
Hora en que huirte de allí.
Mucho te guardan del sol,
Temerán que te ennegrezca...!
O tal vez no le merezca
Tu ingenio, y nombre Español.
En vez de tan vil lugar
Si fueras un potentado,
Sepulcro te hubieran dado
Delante del mismo altar.
Porque al magnate altanero
Le dan virtud y oraciones
El oro de sus blasones,
Y su fortuna primero.
Mas duerme tranquilo ahí.
En ese rincon inmundo
Para sarcasmo del mundo,
Te basta tu nombre á tí.
Que imbécil ó descuidada
La malignidad del hombre
Dejó olvidado tu nombre
Sobre el sello de tu nada.

II.

Sombra ultrajada, perdona
Si tu sueño interrumpí,
Que mi atrevimiento abona
Lo poco que soy en mí,
Lo mucho que es tu corona.
Mis ojos te quieren ver,
Pero cuando mas te miran,
Mas imposible ha de ser.
¡Su lumbre van á perder
Ojos que por tí deliran!
Mis ojos ven tu laurel,
Y ver quisieran tu alma;
Que es martirio bien cruel
Desesperado al pié dél
Suspirar por una palma.
Mas si nada he de poder,
Digno Calderon, de tí,
Si el que á llorar venga aquí
Grande como tú ha de ser,
A tu vez llora por mí,
Que menos no he de volver.
Pues tu osada inspiracion
Eterna quedó en la historia,
Duerme en paz en tu rincon,
Donde levantó tu gloria
Una cruz... triste memoria
De Don Pedro Calderon.

TOLEDO.

I.

Negra, ruinosa, sola y olvidada,
Hundidos ya los piés entre la arena,
Allí yace Toledo abandonada
Azotada del viento y del turbion.
Mal envuelta en el manto de sus reyes
Aun asoma su frente carcomida;
Esclava, sin soldados y sin leyes,
Duerme indolente al pié de su blason.

Hoy solo tiene el gigantesco nombre,
Parodia con que cubre su vergüenza,
Parodia vil en que adivina el hombre
Lo que Toledo la opulenta fué.
Tiene un templo sumido en una hondura,
Dos puentes, y entre ruinas y blasones
Un alcázar sentado en una altura,
Y un pueblo imbécil que vegeta al pié.

El soplo abrasador del cierzo impío
Ciñó bramando sus tostados muros,
Y entre las hondas pálidas de un rio
Una ciudad de escombros levantó.
Está Toledo allí — yace tendida
En el polvo sin armas y sin gloria,
Monumento elevado á la memoria
Do otra ciudad inmensa que se hundió.

Alguna vez sobre la noche umbría,
De este monton de cieno y de memorias
Se levanta dulcísima armonía...
Cruza las sombras cenicienta luz:
Se oye la voz del órgano que rueda
Sobre la voz del viento y de las preces,
Una hora despues apenas queda
Un altar, un sepulcro y una cruz.

Apenas halla la tardía luna
Al través de los vidrios de colores
El brillo de una lámpara moruna
Colgada al apagarse en un altar;
Apenas entreabierta una ventana
Anuncia un ser que sufre, llora ó vela;
Que el pueblo sin ayer y sin mañana
Yace inerme dormido ante el hogar.

—

Acaso al gemir del viento,
Ese pueblo, en la alta noche,
Alza el rostro macilento
Despertando con pavor;
Finjiendo en la sombra oscura
La mal abierta pupila,
La trasparente figura
De un fantasma aterrador.
Entonces en su memoria
Se levantan confundidas
Una bruja, y una historia
De la santa religion,
Mientra en el polvo la frente
A la bruja, ó á María
Dirije indistintamente
Su sacrílega oracion.
Y en su ignorancia grosera
Mezcla acaso en un ensueño
El nombre de una hechicera
Con el nombre de Jehová.
Con el vaticinio inmundo
De un *saludador* infame,
El del redentor del mundo
En torpe amalgama va.
La luna en tanto pasea
Cruzando el azul tranquilo,
Y los despojos blanquea
De tanta generacion:
Esas páginas sin nombre,
Cifras de un siglo ignorado,
Que alzó la mano del hombre
Del hombre para baldon.
Esas santas catedrales,
Cuyos pardos capiteles,
Cuyos pintados cristales,
Cuya bóveda ojival,
Cuyo color ceniciento,
Cuyo silencio solemne
Cobijan por pavimento
Una losa sepulcral.
Sobre ella los vivos cantan,
A par de ruidosa orquesta,
Cantares que se levantan
Hasta los piés del Señor:
Sobre ella flota el perfume
Que la atmósfera embalsama,
Y en oblacion se consume
Oro y mirra al Criador.
Sobre ella en noche lluviosa
Al bramar del viento bravo,
Armonía misteriosa
En el templo se hace oir.
Es un cántico tremendo,
Ronco, vago, agonizante,
Una voz que está pidiendo
Por los que van á morir.
Es la voz del himno santo,
Del terrible *miserere*,
Cuyo monótono canto
Miedo infunde al corazon:
Y en la bóveda rodando
Saliendo al aire flotante,
Al mundo va predicando
Una santa religion.
Y bajo la piedra helada,
De los hombres que murieron
Se oye la voz apagada
El triste salmo decir:

Y la campana sonora
Remedandola en el aire
Con la voz de alguna hora
La hace en el aire morir.

II.

Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla
De ese torrente que á tus piés murmura,
Que con agua pesada y amarilla
Roe y devora tu muralla oscura,
Que llora avergonzado tu mancilla,
Tu perdida riqueza y tu hermosura,
Y calla por piedad á las naciones
Que yacen en su fondo tus blasones.
Duerme, sí, con tus fábulas sagradas,
Los ángeles y brujas de tus cuentos,
Las danzas de los santos con las fadas,
Los misterios ocultos en los vientos;
Duerme, sí, con tus farsas parodiadas
Prenda de tus señores opulentos:
Sepulta en barro tu diadema de oro
Y canta en derredor de tu tesoro.

—

Hubo unos dias de gloria
Vanos recuerdos de ayer:
Apenas hoy de esa historia
Nos queda un *Zocodover*,
U otro nombre en la memoria.
Ceñida entonces la plaza
De ancho tapiz toledano,
En la arena húmeda emplaza
Un moro de noble raza
A algun capitan cristiano.
Vestidos están de flores,
Que avergüenzan un jardin,
Balcones y miradores;
Cristales son de colores
Los del Miromamolin.
Solo abierto hay un balcon,
Y es el balcon del Sultan,
Y armados de alto lanzon
Ginetes debajo están
Por respeto á la funcion.
Y las musulmanas bellas
Detrás de las celosías
Muestran ocultas estrellas
Sus ojos, que en tales dias
No hubiera luces sin ellas.
¡Bellas son las orientales!
Delicados como espumas
Sus prendidos y sus chales,
Que mece en ondas iguales
Un abanico de plumas.
Por eso zeloso el moro
Tendió en sus ojos un velo,
Que es mas rico su tesoro
Que el color azul del cielo
Teñido en franjas de oro.
Derraman desde la altura
Aguas de olor en la arena,
Que dan aroma y frescura,
Y agitan el aura pura
De aurora blanca y serena.
Y en redes de oro, colgadas
De las tres torres mayores,
De luz y de aire embriagadas
Cantan y vuelan cerradas
Aves de gayos colores.
Gala del hombre de oriente
Era la altiva Toledo:
Hoy conserva solamente
Cieno en la caduca frente,
Y dentro del alma miedo.
La árabe *Zocodover*,
Solitaria y carcomida,
Puede apenas sostener
La memoria de su vida,
Amenazando caer.
Hoy á las cañas de moros
A lo mas ha remplazado
Con una farsa de toros,
Y á los adufes sonoros
Con los gritos de un mercado.
Y porque consuelo alguno
Quedar á Toledo pueda,
Robole el tiempo importuno
Hasta la alfombra de seda
Del alto alcázar moruno.

III.

Hoy un templo de gótica estructura,
Y escombros sin historias y sin nombre,
En su deforme y colosal figura
Su sentencia mortal muestran al hombre.
Y es fama que se encienden todavía
En el templo las lámparas sagradas,
Y que vibrar se escuchan noche y dia
Del órgano las notas aceradas.
Aun existe una página de roca
En que leer deletreando apenas
La era en que una tribu noble ó loca
Cesó de darnos timbres y cadenas.
Aun hay mirra, hay pebetes y hay alfombras
En que á través de seda y pedrería
Alcanza el pensamiento entre las sombras
Lo que Toledo la árabe seria.
Esos son los suntuosos funerales
De tanta gala, pompa y hermosura:
Quedan en vez de cantos orientales
Himnos al Dios que mora en el altura.

—

Ya no hay cañas, ni torneos
Ni moriscas cantilenas,
Ni entre las negras almenas
Moros ocultos están;
Hoy se ven sin celosías
Miradores y ventanas,
No hay danzas ya de sultanas
En el jardin del Sultan.
Ya no hay dorados salones
En alcázares reales,
Gabinetes orientales
Consagrados al placer;
Ya no hay mugeres morenas
En lechos de terciopelo
Prometidas en un cielo,
Que los moros no han de ver.
Ya no hay pájaros de oriente
Presos en redes de oro,
Cuyo cántico sonoro,
Cuyo pintado color
Presten al aire armonía,
Mientras en baño de olores
Dormita soñando amores
El opulento señor.
No hay una edad de placeres,
Como fué la edad moruna,
Igual á aquella ninguna,
Porque no puede haber dos;
Pero hay en gótica torre
De parda iglesia cristiana
Una gigante campana
Con el acento de un Dios.
Hay un templo sostenido
En cien góticos pilares,
Y cruces en los altares,
Y una santa religion.
Y hay un pueblo prosternado
Que eleva á Dios su plegaria
A la llama solitaria
De la fé del corazon.

IV.

Hay un Dios cuyo nombre guarda el viento
En los pliegues del ronco torbellino,
A cuya voz vacila el firmamento
Y el hondo porvenir rasga el destino.
La cifra de ese nombre vive escrita
En el impuro corazon del hombre,
Y él adora en un árabe mezquita
La misteriosa cifra de ese nombre.

EL RELOJ.

Es una verdad que parece sueño.

—

Cuando en la noche sombría
Con la luna cenicienta,
De un alto reloj se cuenta
La voz que dobla á compás;
Si al cruzar la estensa plaza
Se ve en su tarda carrera
Rodar la mano en la esfera
Dejando un signo detrás;
Se fijan allí los ojos,
Y el corazon se estremece,
Que segun el tiempo crece
Mas pequeño el tiempo es;
Que va rodando la mano
Y la existencia va en ella,
Y es la existencia mas bella
Porque se pierde despues.
¡Tremenda cosa es pasando
Oir entre el ronco viento,
Cual se despliega violento
Desde un negro capitel
El son triste y compasado
De el reloj, que da una hora
En la campana sonora
Que está colgada sobre él!
Aquel misterioso círculo
De una eternidad emblema,
Que está como una anatema
Colgado en una pared,
Rostro de un ser invisible
En una torre asomado
Del gótico cincelado
Envuelto en la densa red,
Parece un ángel que aguarda
La hora de romper el nudo
Que ata el orbe, y cuenta mudo
Las horas que ve pasar;
Y avisa al mundo dormido,
Con la punzante campana,
Las horas que habrá mañana
De menos al despertar.
Parece el ojo del tiempo,
Cuya viviente pupila
Medita y marca tranquila
El paso á la eternidad;
La envió á reir de los hombres
La Omnipotencia divina,
Creó el sol que lá ilumina,
Porque el sol es la verdad.
Así á la luz de esa hoguera
Que ha suspendido en la altura
Crece la humana locura,
Mengua el tiempo en el reloj;

El sol alumbra las horas
Y el reloj los soles cuenta,
Porque en su marcha violenta
No vuelva el sol que pasó.
  Tremenda cosa es por cierto
Ver que un pueblo se levanta
Y se embriaga y rie y canta
De una plaza en derredor;
Y ver en la negra torre
Inmoble un reloj marcando
Las horas que va pasando
En su báquico furor.
  Tal vez detrás de la esfera
Algun espíritu yace
Que rápidamente hace
Ambos punzones rodar.
Quizá al declinar el dia
Para hundirse en occidente
Asoma la calva frente
El universo á mirar.
  Quizá á la luz de la luna
Allá en la noche callada
Sobre la torre elevada
A meditar se asentó:
Y por la abierta ventana
Angustiado el moribundo
Al despedirse del mundo
De horror transido le vió.
  Quizá asomando á la esfera
Las noches pasa y los dias,
Marcando la hora postrera
De los que habrán de morir;
Quizá la esfera arrancando,
Asome al oscuro hueco
El rostro nervioso y seco
Con sardónico reir.

—

¡Ay! que es muy duro el destino
De nuestra existencia ver
En un misterioso círculo
Trazado en una pared.
Ver en números escrito
De nuestro orgulloso ser,
La miseria... el polvo... nada,
Lo que *será* nuestro *fué*.
Es triste oir de una péndola
El compasado caer
Como se oyera el ruido
De los descarnados piés
De la muerte que viniera
Nuestra existencia á romper:
Oir su golpe acerado
Repetido una, dos, tres,
Mil veces, igual, contínuo
Como la primera vez.
Y en tanto por el oriente
Sube el sol, vuelve á caer,
Tiende la noche su sombra,
Y vuelve el sol otra vez,
Y viene la primavera,
Y el crudo invierno tambien,
Pasa el ardiente verano,
Pasa el otoño, y se ven
Tostadas hojas y flores
Desde las ramas caer.
Y el reloj dando las horas
Que no habrán mas de volver;
Y murmurando á compás
Una sentencia cruel,
Susurra el péndulo—«*¡nunca!*,
¡Nunca!, *¡nunca!*»—vuelve á ser
Lo que allá en la eternidad
Una vez contado fué.

LA LUNA DE ENERO.

—

  El prado está sin verdura,
Y los jardines sin flores,
No cantan los ruiseñores
Amores en la espesura.
  No se oye el dulce murmullo
Del viento, que ronco brama,
No brota en la seca rama
Tierno y pintado capullo.
  No saltan serenas fuentes
Por entre sutiles bocas,
Que ruedan desde las rocas
En vez de arroyos torrentes.
  La luz que los aires puebla
Pesada, amarilla y tarda,
Se pierde en la sombra parda
De la perezosa niebla.
  Se viste el color del cielo
Color de los funerales,
Y son del alba cristales
Los carámbanos de yelo.
  Brota á los rudos estragos
Con que el invierno la abruma,
La tierra nieblas y lagos,
El mar montañas de espuma.
  Y hacinados de ancha hoguera
Los hombres en derredor,
Contemplan el resplandor
Que asalta la azul esfera.
  Y baja amarillo el rio,
Y entre sus ondas pesadas
Trae las ramas desgajadas
Al furor del cierzo impío.

—

  Mas la noche silenciosa
Por el firmamento sube,

Sin que la manche una nube,
Engalanada y vistosa.
Que en vez de sombra importuna
Vienen siguiendo sus huellas
Mil ejércitos de estrellas,
Cortesanas de la luna.
Que la noche en recompensa
Callando los vendabales
Enciende sus mil fanales
Sobre la atmósfera inmensa.
¡Qué bella es la luz de plata
Con que la noche se viste
Despues del dia mas triste
De la estacion mas ingrata!
Se ven en la oscuridad,
Como soldados que velan,
Cual con la lluvia rielan
Las torres de la ciudad.
Se sienten rodar inquietas
Lanzando un grito violento,
Al brusco empuje del viento,
Sobre el punzon las veletas.
Y en las mansiones vecinas
Los vidrios de las ventanas
Remedan las luces vanas
Colgadas en las esquinas.
No hay sombra en que no veamos
Alguna fantasma oculta,
Que porque mas la temamos
La noche la sombra abulta.
Pues por completa ilusion
La noche miente tan bien,
Que las cosas que se ven
No son las cosas que son.
El aire cristales miente,
Plata los pliegues del rio,
Lluvia de ámbar el rocío,
Nacar y perlas la fuente.
Y alza á lo lejos el monte,
Como filas de soldados,
Mil peñascos apiñados
Que guardan el horizonte.
¡Bello es entonces cantar
Con enamorado acento,
Versos que cruzan el viento
Para nacer y espirar!
Bello es en la sombra oscura
Ver una ondulante falda,
Y adivinar una espalda
Sobre una esbelta cintura.
Pensar un velo sutil
Ocultando un blanco cuello,
Y buscar detrás de aquello
Un elegante perfil.
Y alcanzar por entre el velo
Dos ojos ó dos centellas,
Que iluminan como estrellas
El espacio de aquel cielo,
Hasta la misma amargura
Es tal vez menos amarga,
Que cuanto la noche alarga
Adquiere mas hermosura;
Que en una noche tranquila
Parece el cielo en verdad
Ojo de la eternidad,
Y la luna su pupila.

—

Reina de los astros ¡Luna!
Como tu luz no hay ninguna;
Si el alba tiene arrebol,
Si tiene rayos el sol,
Su luz de fuego importuna.
Cansa por cierto ese ardor
Con claridad tan estrema,
Bello es del alba el color,
Bello del sol el calor,
Pero tanta lumbre quema.
¡Oh, de la tuya templada
Es fantástico el imperio!
Tú con tu luz plateada
Das de la sombra á la nada
Los contornos del misterio.
¡Oh noches encantadoras,
Volved con tanta riqueza!
¡Hermosas son vuestras horas
Que embellecen seductoras
Del ánima la tristeza!
Como aquellas ¡no hay alguna!
Que en vez de sombra importuna
Traen por orgullo con ellas
Mil ejércitos de estrellas
Cortesanas de la luna.

A UNA MUGER.

—

Ayer el alba amarilla
Al anunciar la mañana
Pintaba de tu ventana
El trasparente cristal;
Ayer la flotante brisa
Daba á la atmósfera olores,
Meciendo las gayas flores
Sobre el tallo desigual.
Ayer al rumor tranquilo
De la corriente vecina
En la orilla cristalina
Se bañaba el ruiseñor;
Y pájaros, flores, fuentes
Saludando al nuevo dia
Le prestaban armonía
En cambio de su color.

Ayer era el sol brillante,
El cielo azul y sereno,
El jardin fresco y ameno,
Y delicioso el vivir;
Eras tú niña y hermosa
Sin rubor sobre la frente,
Tu velar era inocente,
Inocente tu dormir.
Tú reias y cantabas
Niña ó ángel en el suelo,
Y tus risas en el cielo
Eran guirnaldas tal vez;
Estrellas eran tus ojos,
Cántico vago tu acento,
Blando perfume tu aliento,
Luz de la aurora tu tez.
Entonces, niña, en tu mente
No resonaban las horas,
Ni apenaban seductoras
Fantasmas al corazon;
No te pintaba tu sueño
Entre la sombra callada
Un suspiro, una mirada
En voluptuosa ilusion.
Para tí no habia tiempo,
Todo era paz, todo flores,
No habia infierno de amores,
Ni fastidio del placer;
Un poeta te cantaba
Melancólicos cantares,
Y la voz de sus pesares
No comprendias ayer.
¡Pobre niña! ¿Qué se han hecho
Los delirios de tu infancia?
¿Qué has hecho de tu fragancia,
Marchita olvidada flor?
Tus hojas yacen quemadas,
Tu cáliz vacío y seco,
Tu tallo quebrado y hueco,
El sol no te da color.
Niña de los negros ojos,
¿A qué viniste á la tierra?
Rosa nacida entre abrojos,
¿Qué esperas del mundo, dí?
Una brisa corrompida,
Fétida, hedionda te mece,
Tu aroma se desvanece...
¿Quién demandará por tí?
Angel mio, vuelve al cielo
Antes que el mundo te vea,
Que los placeres del suelo
Placeres malditos son.
¡Oh! por el gozo de un dia
No compres, no, tu tormento;
El cielo es solo ¡alma mia!
De los ángeles mansion.

—

Hoy es tarde...! eres muger!
Leo en tu frente humillada
El porvenir de la nada
Entre las huellas de ayer.
Veo en tu rostro bullir
Ese torcedor secreto...
Tu velar es hoy inquieto,
Es inquieto tu dormir!
Lívida está tu mejilla,
En desórden tus cabellos...
Muger, mal prendida en ellos
Olvidada una flor brilla.
Anoche en vez de oracion,
Desesperada en el lecho,
Exhalaste de tu pecho
Sacrílega maldicion.
Que en el cristal trasparente
Contemplastes aterrada
Del negro crímen grabada
La marca infame en la frente.
Que mal sujeta á tus flores
Entre tus gasas y lazos,
Resgando van á pedazos
Tu hermosura los dolores.
¡Ay! inútilmente lloras
El desvanecido encanto,
Entre las ondas del llanto
No vuelven, muger, las horas.
Diote el mundo oro y placeres
Cumpliendo al fin tus afanes,
Idolo de los galanes,
Envidia de las mugeres;
Y á luz saliste ufana
Con tu hermosura ¡oh muger!
Sin acordarte de ayer,
Y sin pensar en mañana!

—

¡Ay! en la tumba concluyen
El gozar y el padecer
Del mundo vano.
Y los vicios nos destruyen,
Y nos matan ¡oh muger!
Tarde ó temprano.

Y tú, caida palmera...
Porque vendiste tu amor
A precio infame,
Has querido vil ramera
Que á tus puertas el dolor
Mas presto llame.

. . . .
. . . .

Tal vez lúbrico magnate
Te inundó por un placer
De oro y cariño,
Y mientras su rey combate

Él te cobija, muger,
Bajo su armiño.

Tal vez coronada frente
Descansó en tu impuro pecho
Tu amor comprando,
Y hoy el mendigo indigente
Te negará el pobre lecho
Tu frente hollando.

Pasaron, niña, los dias,
Con ellos las ilusiones
Infantiles,
Con ellos vienen impías
Las tormentas y aquilones
De tus abriles.

Con ellos llanto y dolores,
Remordimiento, amargura,
Y desengaños:
Que en sus pliegues roedores
Gala, placer y hermosura
Hunden los años.

—

¡Murió! La voz de la fatal campana
Apagó su memoria y su oracion;
Nadie su nombre buscará mañana;
Yace su tumba en fétido rincon.
Aquel clamor fatídico y doliente
Se plegó entre las flores del jardin,
Vibró con los cristales de la fuente,
Rodó sobre los brindis del festin.
Y en oculto elegante gabinete
Brusco y agudo penetró tambien,
Y se estrelló entre el humo del pebete
De alguna hermosa en la tocada sien.
Pero una sola lágrima, un gemido
Sobre sus restos á ofrecer no van,
Que es sudario de infames el olvido...
¡Bien con su nombre en su sepulcro están!

ORIENTAL.

—

Dueña de la negra toca,
La del morado mongil,
Por un beso de tu boca
Diera á Granada Boabdil.
Diera la lanza mejor
Del Zenete mas bizarro,
Y con su fresco verdor
Toda una orilla del Darro.
Diera las fiestas de toros,
Y si fueran en sus manos,
Con las zambras de los moros
El valor de los cristianos.
Diera alfombras orientales,
Y armaduras, y pebetes,
Y diera... ¡que tanto vales!
Hasta cuarenta ginetes.
Porque tus ojos son bellos,
Porque la luz de la aurora
Sube al oriente desde ellos,
Y el mundo su lumbre dora.
Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos...
Le arrancaron para tí
De la corona de un Dios.
De tus labios, la sonrisa,
La paz, de tu lengua mana...
Leve, aérea como brisa
De purpurina mañana.
¡Oh qué hermosa nazarena
Para un harem oriental,
Suelta la negra melena
Sobre el cuello de cristal,
En lecho de terciopelo,
Entre una nube de aroma,
Y envuelta en el blanco velo
De las hijas de Mahoma!
Ven á Córdoba, cristiana,
Sultana serás allí,
Y el sultan será ¡oh sultana!
Un esclavo para tí.
Te dará tanta riqueza,
Tanta gala tunecina,
Que has de juzgar tu belleza
Para pagarle, mezquina.

—

Dueña de la negra toca,
Por un beso de tu boca
Diera un reino Boabdil;
Y yo por ello, cristiana,
Te diera de buena gana
Mil cielos, si fueran mil.

A VENECIA.

I.

Allí está Venecia, la dueña opulenta
De antiguos, y nobles, y libres blasones;
Venecia la hermosa, la villa que cuenta
Que á sueldo tenia soberbias naciones,
Señora del mar.

Que cuenta, que un dia imperios y reyes
Su gala envidiaron, su nombre temieron,
Y el mar y la tierra besaron sus leyes,
Y enviáronla buques, soldados la dieron,
Porque ella supiera batirse y triunfar.

Un dia a sus ojos la tierra callaba,
Un dia su nombre la tierra llenaba:
Pasaron los dias, Venecia pasó.
Hoy es una viuda y hermosa sultana,
Que tiene su corte ridícula y vana
Allá en un palacio que el sultan la dió.
¡Venecia la encantadora,
La de los pardos pilares,
De las ciudades señora,
La señora de los mares,
La corona de jardines
Colgada sobre canales!
No son tu gala y festines
Los que valen lo que vales.
Hechizo de Italia, sí,
Mas del poeta la lira
No es por tí por quien suspira,
No, Venecia, no es por tí.

—

¿Qué valen tus gondoleros,
Y tus regatas vistosas,
Tus republicanos fueros,
Tus máscaras revoltosas,
Y tus timbres altaneros,
Sin los ojos hechiceros
De tus hermosas?

¡Ay! que tus dias pasaron...!
Venecia, la maravilla,
A quien monarcas doblaron
Otro tiempo la rodilla,
Tus timbres ¡ay! se borraron,
Tus señores olvidaron
La hermosa villa.

Antigua reina del mar,
Mal encubres tu caida
Tus bodas al celebrar
Con la posesion perdida.
Llora, Venecia, sí, llora,
Haz duelo en amargo llanto,
Que tus esclavos, señora,
Escupen sobre tu manto.
Reina, tu Adriático brama
Lejos ya de tus confines;
Olvídale, noble dama,
Entre danzas y festines.

—

Tu patrono ha encanecido,
Tu raudo leon no vuela,
Sobre sus garras dormido
Por tu grandeza no vela;
Brioso alazan herido,
Su caballero ha perdido
Freno y espuela.

Un capricho que pasó,
Matrona opulenta, fuiste;
Tu príncipe te olvidó;
Hermosa, ya envejeciste
Y tu tez se marchitó;
¡No pienses, Venecia, no,
En lo que fuiste!

II.

¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Reir, hasta que seca la garganta
Niega paso á la voz enronquecida;
Cantar, hasta que el alba se levanta,
Que yace en el Adriático dormida.
¡Opulenta Venecia, rie y canta!
Rie y canta, señora de los mares,
Que la risa y la voz cubren el llanto;
Y mientras roe el tiempo tus pilares,
Y deslustra la lluvia el aúreo manto,
Risa, y juego, y festines, y cantares...
Rueden las horas del dolor en tanto.

Porque la voz de una orgía
La voz de un enfermo apaga,
Que un suspiro de agonía
No penetra en un festin.
Canta, Venecia la bella,
Para cubrir el crujido
De tu poder que se estrella,
Y va rodando á su fin.
Levanta una carcajada
Para apagar un gemido,
Fatídica campanada
Preludio de un funeral;
Melancólica armonía
Que en la bóveda del templo
Vibra al espirar el dia,
Y es un canto sepulcral.
Porque, pese á tus placeres,
A tu pompa y tu hermosura,
Hoy, Venecia, solo eres
Una memoria de ayer,
Un sepulcro cincelado
Entre flores y perfumes,
Donde yace abandonado
Tu carcomido poder.
Un velo blanco de lino
De una vírgen desgraciada,
Ofrenda al verbo divino
Suspendida en un altar;
Barro inmundo en que grabaron,
Con mano desesperada,
El nombre que te legaron
Tantos siglos al pasar.

—

Tu ley sea el placer, ciudad gigante:
¡Reir, cantar, beber, corta es la vida!
Que en un festin espléndido y brillante,
Duerme el *pasado*, el *porvenir* se olvida.

UN RECUERDO Y UN SUSPIRO.

Volvió la vida á latir,
Volvió el alma á delirar,
Volvió el ardor de sentir,
Y el infierno de vivir
Y el paraiso de amar.
D. Nicomedes Pastor Diaz.

I.

Bella es la luz de la rosada aurora
Y una mañana del quemado estío,
Cuando con tibia púrpura colora
Las trasparentes gotas del rocío.

Cuando inundan el aire de armonía
Las aves en las hojas apiñadas,
Cuando la tierra saludando al dia
Desata rios, fuentes y cascadas.

Cuando se mecen las abiertas flores
Al blando arrullo de la brisa errante,
Y pasa el aura prodigando olores
Su inmenso velo al desplegar flotante.

Cuando en sus torres, la ciudad dormida
Vibra ronca la voz de la campana,
Señal primera de que vuelve á vida
Y bendice la luz de la mañana.

Bello es el sol allá en el horizonte
Cuando alza ufano la radiante esfera,
Gigante que trepando por el monte
Del mundo el sueño á sorprender viniera.

Bella es la tarde con su parda sombra
Que el ruido apaga y el espacio puebla,
Cuando del mundo en la gastada alfombra
Tiende su manto de azulada niebla.

Bella es la noche cuando en paz camina
Entre sublime oscuridad velada,
Al opaco fulgor con que ilumina
Esa luna de estrellas coronada.

Bello es el mundo, sí, la vida es bella...!
Dios en sus obras el placer derrama:
Solo no encuentra su contento en ella
Un corazon que el imposible ama.

Él solo melancólico suspira
Cuando el alba purpúrea se eleva;
Él solo melancólico la mira
Como en sus pliegues su esperanza lleva.

Solo él sabe que el sol en occidente
Al sepultarse, le arrebata un dia,
Y la noche, al caer sobre su frente,
Con su misterio aumenta su agonía.

Sus ojos ven el alba, y ven las flores,
Ven la luz, y la sombra y las estrellas,
Ven las horas rodar... y sus dolores
Rodar tambien para volver con ellas!

—

Corazon que no has amado,
Tú no sabes el dolor
De un corazon acosado,
Carcomido y desgarrado
Por amarguras de amor!

No sabes como se llora
Con ese llanto que quema,
Con la noche y con la aurora,
Con ese sol que colora
En la frente un anatema.

Se llora con el placer,
Se llora con el pesar,
Con el recuerdo de ayer,
Y mañana... hay que llorar,
Si nos ama una muger.

Tú, velado á la tormenta
De borrascosa pasion,
No sabes cómo se aumenta,
Cómo inflamada revienta
La pena en el corazon.

Cómo le devora eterno
Ese esperar indeciso,
Cómo abrasa el fuego interno
De tener hoy un infierno
Donde estuvo un paraiso.

¡Amar y no ser amado!
¡Sentir y no consentir!
¡Morir viviendo olvidado!
¡Ay! ¡morir de enamorado
Y no poderlo decir!

Bullir en el pensamiento
El bello ser de otro ser...
Y ese roedor tormento,
Que hemos bebido en el viento,
En la voz de una muger!

Sí, mis oidos la oyeron,
Mis ojos la contemplaron;
Era hermosa y la creyeron...
Mis oidos me mintieron
O sus ojos me engañaron.

Era un ángel tal vez; descendió al suelo
Para dejar sobre la tierra impía
Alguna oculta maldicion del cielo,
Y un reguero de luz y de armonía.

La amé al pasar, y me dejó pasando,
Y por único alivio en mi honda pena
«Canta,» me dijo, y la vision flotando
Se deshizo en la atmósfera serena.

II.

A DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

Poeta, ven y cantemos
A una voz nuestros amores;

En una arpa los lloremos,
Que bien cobijarse vemos
A un arbol dos ruiseñores.

Yo tu dolor cantaré,
Tú cantarás mi dolor,
Que igual el de entrambos fué,
Y harto yo solo lloré
Una muger, un amor.

Hagamos doliente y tierno
A nuestro canto improviso,
Del mundo un recuerdo eterno,
Y donde estuvo un infierno
Alcemos un paraiso.

A DON JACINTO

DE SALAS Y QUIROGA.

Es el poeta en su mision de hierro,
Sobre el sucio pantano de la vida
Blanca flor, que del tallo desprendida.
Arrastra por el suelo el huracan.
Un ángel que pecó en el firmamento,
Y el Señor en su cólera le envia
Para arrostrar sobre la tierra impía
Largas horas de lágrimas y afan.

Por eso su memoria tiene un cielo,
Y una sublime inspiracion su alma,
Por eso el corazon de triste duelo
Vestido está tambien.
Que por único alivio en su tormento
Solo le queda una cancion inútil,
Y una corona que le arranca el viento
De la abrasada sien.

Tú lo sabes mejor, que lo has llorado,
Poeta del dolor, bardo sombrío,
Tú que á remotos clímas has llevado
Tu noble y melancólico cantar;
Como los pliegues de la parda niebla
Errante cruza un ave misteriosa,
Y de armonía con sus cantos puebla
La corrompida atmósfera, al pasar.

Que tú á la vida naciste
Como pacífico arrullo
De aislada tórtola triste;
Como fuente abandonada
Que levanta su murmullo
Sobre la peña olvidada.
Como el ósculo inocente
Con que el maternal cariño
Selló la tranquila frente
De su hijo mas pequeño,
Como el suspiro de un niño
Al despertar de su sueño.

—

Cumple, sí, tu mision sobre la tierra,
Camina en paz, errante peregrino,
Hasta leer el porvenir que encierra
El libro del destino
Escrito para tí.
Hasta que espiren los revueltos dias
Que señaló en su mente Jehová,
Y en tu destierro tu delito espías,
¡Ay! porque escrito está
Que has de salir de aquí.
De aquí, del hediondo suelo
Donde te mandó el Señor
Detener tu raudo vuelo,
Para cantar tu dolor
Sin que se oyera en el cielo.
Y bien pesó tu amargura
Al traerte á esta mansion,
Dando al hombre en su locura
Une soñada ventura
Que no está en tu corazon.
Que él no comprende el tormento
Que tu espíritu combate,
Ese amargo sentimiento
Que tu noble orgullo abate,
Nacido en tu pensamiento.
— « Hay una flor que embalsama
» El ambiente de la vida,
» Y su fragancia perdida
» Tan solo no se derrama
» En tu alma dolorida. » —
Es un privilegio impío
Mirar el placer ageno
En su loco desvarío,
Y en el corazon vacío
Sentir acerbo veneno.
Y con ojo avaro, ardiente,
Ver tanta muger hermosa,
Con esa tez trasparente,
Con esa tinta de rosa
Sobre la tranquila frente.
Ver tanto feliz galan,
Tanta enamorada bella,
Que en plática amante van
Sin curarse *él* de tu afan,
Sin advinarle *ella*.
¡Y el poeta en su mision
Apurando su tormento!
Sin alivio el corazon,
¡Sin mas que una maldicion
Escrita en el pensamiento!
De su sentencia mortal
Con un dia y otro dia,

Llenando el cupo fatal;
Cual lámpara funeral
Iluminando una orgía.

A. . . .

—

Déjame oir tu misterioso canto,
Alegre voz de tus ensueños de oro;
Solo y perdido peregrino en tanto
Mal en mi pecho mi dolor devoro.
Dióte el cielo contento y armonía,
Y es justo que le cantes y le adores;
Puro y tranquilo resbaló tu dia,
Tu sien de niño coronó de flores.
Para tí son la risa y los festines,
La tierra para tí tiene placeres,
La tierra para tí tiene jardines,
Y para tí son bellas las mugeres.
Y tiene luz el cielo trasparente,
Color azul y lánguidas estrellas,
Y ese fanal que alumbra tristemente
Cual moribundo sol, en medio de ellas.
No para mí, cuya fatal mirada
Quema y devora cuanto en torno nace,
Arroyo que al caer de la cascada
En cristalinas trenzas se deshace;
Pero llega torrente á la llanura,
Y arranca frutos, árboles y flores,
Y al campo roba gala y hermosura
Arrastrando con él musgo y colores.
No para mí, que en noche borrascosa
Vine á surcar las ondas de la vida,
Con el alma penada y fatigosa,
Con la esperanza del placer perdida.
No para mí, que busco una corona
Y un nombre pido en agonía vana;
Mentida luz que de verdad blasona,
Pero que un nombre nos dará mañana.

No para mí, que nací
Hecha de fuego mi alma,
Sin un momento de calma
En las horas que viví.
. . . .
. . . .
. . . .
¿Por qué en el lánguido aliento
De una muger que suspira,
Solo el poeta respira
Su amargura y su tormento?
¡Ay! ¿de qué le sirve al triste
La fogosa inspiracion,
Si es de tierra el corazon
Y su voluntad resiste?

En los góticos salones,
En las pintorescas ruinas,
Canta con notas divinas
Sus misteriosas canciones.
Y cree sus fábulas bellas,
Y en su entusiasmo violento
Su espíritu va en el viento
Por cima de las estrellas.
En la tierra... pasa el hombre
Y ve su miseria en calma:
¡Ay, no comprende su alma
Y no demanda su nombre!
Que es el poeta un bajel
Que de riqueza cargado,
Surca el mar alborotado
Para naufragar en él.
Mas yo vi el tronco mortal
De avaro conquistador
Al amarillo fulgor
De lámpara funeral.
Era de mármol su lecho,
Era de mármol su frente,
Doblada lánguidamente
Sobre su desnudo pecho.
De mármol la mano fria,
Que el hierro no sujetaba,
Su espalda le sustentaba,
Si érase un hombre dormia.
Vi un rey, que el trono perdió
Porque al vasallo le plugo,
Caminar junto al verdugo
Que el cadalso levantó.
Vi una hermosa que arrastraban
Sobre féretro asqueroso,
Y con cántico medroso
Sacerdotes la rezaban.
Vi ricos y potentados
En sus inmundos placeres,
Entre orgías y mugeres
De sus hijos olvidados.
«Vivamos hoy,» se decian
En el lúbrico festin;
Y otros con ayes sin fin
El sustento les pedian.
Y unos cayeron beodos,
Y otros de hambre cayeron,
Y todos se maldijeron,
Que eran infelices todos.
Y en marmóreo pedestal
Vi la sombra del poeta,
A quien el tiempo respeta
Y el mundo llama inmortal.
Descansa sobre su lira,
Y alza al cielo su cabeza,
Fijos con noble fiereza
Sus ojos en quien le mira.
Y al universo da leyes
Orgulloso triunfador,

Intérprete del Señor
Sobre la ley de los reyes.
. . . .
. . . .
Oye, sublime cantor,
Si es fuerza que al fin sucumba,
Si al fin bajo á ignoble tumba
A dormir con mi dolor;
Si al fin con el viento vago
Mis versos se perderán,
Cual fuentes que á morir van
Al cieno de hediondo lago;
Cuenta al mundo mi amargura,
Cuéntale mi suerte impía,
Que sepa al menos que un dia
Quise volar á la altura.
Y borra, borra mi nombre
Si le han grabado en mi losa,
Que no le insulte orgullosa
La imbécil planta de un hombre.

—

Solo una flor amarilla
Que el cierzo marchitará
Entre el césped brotará
De mi sepulcro en la orilla.
¡Pobre flor! ¿Por qué naciste
Sobre una tumba desierta?
¿No temes la noche yerta
Tan solitaria y tan triste?
¡Pobre flor! ¿A qué temprana
Diste al mundo tu sonrisa?
Hoy te mece fresca brisa,
Pero morirás mañana.
¡Ay! ¡pobre flor amarilla!
¿A qué tan presto brotar
Si el cierzo te ha de agostar
De mi sepulcro en la orilla?

ORIENTAL.

—

Corriendo van por la vega
A las puertas de Granada
Hasta cuarenta gomeles
Y el capitan que los manda.
Al entrar en la ciudad,
Parando su yegua blanca,
Le dijo este á una muger
Que entre sus brazos lloraba:
— Enjuga el llanto, cristiana,
No me atormentes así,
Que tengo yo, mi sultana,
Un nuevo Edem para tí.
Tengo un palacio en Granada,
Tengo jardines y flores,
Tengo una fuente dorada
Con mas de cien surtidores.
Y en la vega del Genil
Tengo parda fortaleza,
Que será reina entre mil
Cuando encierre tu belleza.
Y sobre toda una orilla
Estiendo mi señorío;
Ni en Córdoba ni en Sevilla
Hay un parque como el mio.
Allí la altiva palmera
Y el encendido granado,
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado.
Allí el robusto nogal,
Allí el nópalo amarillo,
Allí el sombrío moral
Crecen al pié del castillo.
Y olmos tengo en mi alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Tengo pájaros que cantan.
Y tú mi sultana eres;
Que desiertos mis salones
Está mi harem sin mugeres,
Mis oidos sin canciones.
Yo te daré terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia te traeré velos,
Y de Cachemira chales.
Y te daré blancas plumas
Para que adornes tu frente,
Mas blancas que las espumas
De nuestros mares de oriente;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios... amor! —
— ¿Qué me valen tus riquezas,
Respondiole la cristiana,
Si me quitas á mi padre,
Mis amigos y mis damas?
Vuélveme, vuélveme moro,
A mi padre y á mi pátria,
Que mis torres de Leon
Valen mas que tu Granada. —
Escuchola en paz el moro,
Y manoseando su barba,
Dijo, como quien medita,
En la mejilla una lágrima:
— Si tus castillos mejores
Que nuestros jardines son,
Y son mas bellas tus flores,
Por ser tuyas, en Leon,
Y tú diste tus amores
A alguno de tus guerreros,
Houri del Edem, no llores,
Vete con tus caballeros. —

Y dándola su caballo
Y la mitad de su guardia,
El capitan de los moros
Volvió en silencio la espalda.

LA MEDITACION.

—

Sobre ignorada tumba solitaria,
A la luz amarilla de la tarde,
Vengo á ofrecer al cielo mi plegaria
Por la muger que amé.
Apoyada en el mármol la cabeza,
Sobre la húmeda yerba la rodilla,
La parda flor que esmalta la maleza
Humillo con mi pié.

Aquí, lejos del mundo y sus placeres,
Levanto mis delirios de la tierra,
Y leo en agrupados caracteres
Nombres que ya no son.
Y la dorada lámpara que brilla
Y al soplo oscila de la brisa errante,
Colgada ante el altar en la capilla
Alumbra mi oracion.

Acaso un ave su volar detiene
Del fúnebre ciprés entre las ramas,
Que á lamentar con sus gorjeos viene
La ausencia de la luz:
Y se despide del albor del dia
Desde una alta ventana de la torre,
O trepa de la cúpula sombría
A la gigante cruz!

Anegados en lágrimas los ojos
Yo la contemplo inmóvil desde el suelo,
Hasta que el rechinar de los cerrojos
La hace aturdida huir.
La funeral sonrisa me saluda
Del solo ser que con los muertos vive,
Y me presta su mano áspera y ruda
Que un féretro va á abrir.

¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un rio
Entre los pliegues del viento!
¿Por qué una imágen mundana
Viene á manchar mi oracion?
Es una sombra profana,
Que tal vez será mañana
Signo de mi maldicion.
¿Por qué ha soñado mi mente
Ese fantasma tan bello,
Con esa tez trasparente
Sobre la tranquila frente
Y sobre el desnudo cuello?
Que en vez de aumentar su encanto
Con pompa y mundano brillo,
Se muestra anegada en llanto
Al pié de altar sacrosanto,
O al pié de pardo castillo.
Como una ofrenda olvidada
En templo que se arruinó,
Y en la piedra cincelada
Que en su caida encontró,
La mece el viento colgada.
Con su retrato en la mente,
Con su nombre en el oido,
Vengo á prosternar mi frente
Ante el Dios omnipotente
En la mansion del olvido.
¡Mi crímen acaso ven
Con turbios ojos inciertos,
Y me abominan los muertos,
Alzando la hedionda sien
De los sepulcros abiertos!

—

Cuando estas tumbas visito
No es la nada en que nací,
No es un Dios lo que medito,
Es un nombre que está escrito
Con fuego dentro de mí.
¡Perdon! ¡no escuches, Dios mio,
Mi terrenal pensamiento!
¡Deja que se pierda impío
Como el murmullo de un rio
Entre los pliegues del viento!

A LA ESTATUA DE CERVANTES.

—

Esa es su sombra... el alma avergonzada,
Para mas no volver, huyose al cielo:
Solitaria, sombría abandonada,
Esa fantasma se encontró en el suelo.

I.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora,
Segun se ve de hierros circundado.
No bajará, que es noble y caballero,
Y lidió por su pátria el buen poeta;
Acaso no encontrara un compañero
Al pié del pedestal que le sujeta.
Tal vez no hallara un digno castellano
Libre y valiente á quien llamar amigo,

A quien tender la cercenada mano,
A quien llevar en pos al enemigo.
Por eso eleva la tostada frente
Al firmamento azul noble y tranquila,
Y no mira por eso trasparente
Apagada á la luz la ancha pupila.
Cervantes le llamaron otros dias,
Yerta figura con ageno nombre,
Como su original arrastra impías
Horas de duelo en la mansion del hombre.
Ayer cruzaba libre é ignorado
La turba ociosa y soldadesca inquieta
Dentro de su armadura de soldado,
O envuelto en sus harapos de poeta.
Hoy en la inmoble colosal figura
Derramada la lluvia se destrenza,
Y está sombrío en pié sobre la altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.
El pueblo ve á sus piés, negro milano
Que á la boca asomó de un hormiguero,
Y quiere el ojo comprender en vano
Cómo allí se cobija un pueblo entero.
Y siente la carroza del magnate
Rodar, y se estremece á su carrera,
Y soldados que marchan al combate
Que equipados de farsa los creyera.
Y abajo entre los árboles perdidos
Como sueños pasar contempla inquietas
Las sombras de políticos caidos,
Las parodias de sabios y poetas.
Y una lágrima acaso en su mejilla
Alumbra el sol bajando al occidente,
Al contemplar su revocada villa
Sin porvenir, alegre ó indolente.
Hubo un Cervantes cuando aquel vivia,
Cuando en vez de esos hierros era un hombre;
Llamáronle poeta, y poseia
Una espada y un libro con su nombre.
Su espíritu brotó con la tormenta
Y le escondió en su seno el torbellino,
El sepulcro su mano abrió violenta,
Y hoy resuena su cántico divino.
¿Por qué no le dejaron con su sueño
En el sepulcro donde en paz dormia?
¿A qué traerle con tenaz empeño
A sufrir otra vez la luz del dia?
¿A qué su sombra de la tumba alzaron
Estúpidos los hombres ó altaneros?
Para ahuyentar los siglos que pasaron,
Y escarnecer los siglos venideros.

—

Hombre de hierro que velas
El sueño del mundo impío,
Que ves con gesto sombrío
Crímenes que no revelas:
Cuya negra frente calva
Sufre en paz el sol que arde,
La roja luz de la tarde,
La amarilla luz del alba:
¿Qué piensas del mundo, di?
Tú que le dejaste ya,
Cuya voz no se alzará,
Cuya sombra quedó aquí.
¿Qué piensas de ese magnate
Que ha perdido el sol de un dia
Embriagado en una orgía
Mientras su nacion combate?
¿Qué piensas tú de esos reyes (1)
Que arrastra un frenado bruto
Entre vírgenes de luto
Huérfanas hoy por sus leyes?
¿Qué piensas, genio inmortal,
De ese pueblo soberano
Que abre paso á su tirano
Sin levantar un puñal?
Dime, coloso de hierro,
A quien condena la suerte
A sufrir desde la muerte
En tu pátria tu destierro,
¿No es cierto que allá en su afan
Espera tu desconsuelo
Que te arrastre por el suelo
Un revoltoso huracan?

II.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,
¡En estrangero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *Sambenito*
Que vierta infamia en tu española cuna.
¡Hora te trajo á luz desventurada!
¿Español eres..? lo tendrán á mengua,
Cuando á tu espalda yace arrinconada
Tu cifra en signos de tu propia lengua.
¡Serás acaso un busto aparecido
Entre las ruinas de la antigua Roma,
Recuerdo que los tiempos han roido
Que algun rico libró de la carcoma!
Maldita es tu mision sobre la tierra;
Los que mueren sus males acabaron,
Todos sus restos su sepulcro encierra...
Los tuyos del sepulcro los robaron.

Helo allí que se levanta
Como fantasma furioso,
Que magulla con se planta
Los que á su morada santa
Van á turbar su reposo.
Porque su nombre y su gloria
Solo al tiempo las vendió,
Para dejar su memoria
Grabada en oro en la historia,
Que escrita en el fango, no.

(1) Casi inútil parece advertir que estos son pensamientos históricos, y que se refieren á géneros y no á individualidades.

Que por eso en su amargura
Abortó un libro coloso,
Que á su renombre asegura
En las edades reposo.
Cuando los siglos le lean
Hará que los siglos vean
En su cubierta roida,
En caracteres jigantes
Dos genios con una vida,
Un *Quijote* y un *Cervantes.*
Y si entre la espesa bruma
De esta edad que bulle inquieta,
De hediondo mar alba espuma,
El genio de otro poeta
Despliega su blanca pluma;
Si algun bardo colosal
Levanta entre la tormenta
Su cántico celestial,
De una centuria sangrienta
Salmodiando el funeral;
Cuando el tiempo, hombre sombrío,
El orbe rompa á pedazos,
Que sostenido en tus brazos
Huya su cuchillo impío;
Y en el dia de furor,
Cuando al eco atronador
De la funeral trompeta
Se junte el mundo en un valle,
Mándale al mundo que calle,
Y dile que era un POETA.

ELVIRA.

—

Con furia en el bosque luchaban los vientos,
Del pino tronchado sonoro estallido
Se oia crujir:
Y el ave agorera sus tristes lamentos
Callaba, y del trueno lejano el bramido
Se hacia sentir.
Y lluvia copiosa los cielos enviaban,
Que en sulcos deformes la tierra partia
De angustia colmada:
Y al ver que en el monte mil rayos brillaban,
El hombre dijera que el mundo se ardia
Tornando á su nada.
Encina nudosa nacida entre peñas
Por donde derrumba su espuma un torrente,
Se mira á lo lejos:
Y apenas alumbra el rayo en las breñas
El arco ruinoso de gótico puente
Con tibios reflejos.
Suspenso en la cima del árbol añoso,
De ramas tejido desciende un asiento:
En él aparece
Fantástica bruja de aspecto asqueroso
Sentada y serena.—Con ímpetu el viento
Silvando la mece.
—Vi palacios magníficos un dia
Cuando fortuna en torno me reia,
Vi donceles y dueñas,
Que humildes me acataban;
Los vientos no zumbaban
Entre las rudas peñas.
Y oia yo cantares regalados,
Y oia al par los ecos apagados
De una lira distante;
Porque es grato á las bellas
Escuchar las querellas
De su bizarro amante.
Gimió el clarin y se lanzó la guerra
Bramando de furor — mustia la tierra
Lloró por su venida,—
Y vestido de acero
Fué al campo el caballero,
Y allí perdió la vida.
Y entraron victoriosos los contrarios
Respirando venganza.— ¡Sanguinarios!
Mis tierras ¿qué se hicieron?
Mis fieles servidores
En medio estos horrores
Luchando sucumbieron.—
Y el último era un héroe — y yo vagaba
Allá en su mente á tiempo que espiraba!
Muriendo ¡ay! me decia,
«Mi Elvira encantadora,
Llora tu esposo, llora
Sobre mi tumba fria.»
Lloré y venganza le juré á mi esposo,
Y se la di, que incendio estrepitoso
Consumió los salones
Que vivió su asesino;
Solo halló cuando vino
Denegridos terrones.
Contra su altiva frente el cielo mismo
Vibró su rayo, y el ruidoso abismo
Le tragó del torrente.
Yo le miré suspenso
Sobre el espacio inmenso
Maldecirme demente.—
Y me gozaba, y aplaudia en tanto,
Y daba al viento el desacorde canto
De la venganza mia;
Y oí sonar cercana
La lúgubre campana
Al tiempo que moria.
Crece ahora, huracan — alza bramando
Tu saña contra mí — yo iré cantando
Mis himnos funerales;
Con mis manos heladas
Yo romperé selladas
Las puertas infernales.—

—

Cantaba la vieja : con sordo mugido
Los vientos llevaron su triste cancion :
Del rayo en un punto el árbol herido,
Con ella caia :
Su grito de muerte se oyó, y todavía
Vagó por sus labios postrer maldicion.

LA TARDE DE OTOÑO.

—

Ya viene el revuelto otoño
Recojiendo fresco y flores;
Pasó el sol con sus calores,
Y alumbra al fin otro sol;
Pasaron las alboradas
Deliciosas de la aurora,
Que el horizonte colora
De purpurino arrebol.
Pasaron las noches claras
De la luna y los jardines;
Las noches de los festines
Tras el otoño vendrán.
Pasó el tiempo de las citas
A deshora entre las rejas,
Los cuidados de las viejas,
De las niñas el afan.
Pasaron las serenatas
Debajo de los balcones,
Las rondas y las canciones
Del mancebo emprendedor.
Todo es ya triste : la tierra
Pierde su brillante aliño,
Y el amor, que es pobre y niño,
Alivio busca al calor.
Mas si se envuelve la noche
Entre su sombra importuna,
Si pierde su blanca luna
Y sus horas de placer;
Si pierde la fresca aurora
Sus aromas y sus flores,
Sus nubes de cien colores,
Su aureola de rosicler;
Le queda en cambio á la tarde
Todo el encanto del dia,
Y henchida de su armonía
Sale el sol á despedir.
Bella es la tarde que baja
Por el rosado occidente,
Y se apaga lentamente
Para volver á lucir.

—

Es púrpura el horizonte,
Y el firmamento una hoguera,
Es oro la ancha pradera,
La ciudad, el rio, el monte.
Rey de los astros, el sol,
Del regio trono al bajar,
Su pompa querrá ostentar
En su manto de arrebol.
Por eso suspenso está
De su reino á la salida,
Jurando á su despedida
Que mañana volverá.
Banda de nubes de grana,
Que con sus reflejos tiñe,
Flotando en torno le ciñe
Como turba cortesana.
Ráfagas mil que se cruzan,
Filigrana de la tarde,
El sol que á su espalda arde
En colores desmenuzan.
Y al hundirse en occidente
Partida en muchas la llama,
Por el cielo se derrama
Fosfórica y trasparente.
Es la postrera sonrisa
Del bello dia que acaba,
Que de esa luz arrancaba
Su fresca ondulante brisa.
La fresca brisa que asoma
Por sobre la roca calva,
Remedio de la del alba
En frescura y en aroma.
A su venida, tardías
Cierran su cáliz las flores,
Y trinan los ruiseñores
Sus postreras armonías.
Se les ve buscar la sombra
Entre las desnudas ramas,
Porque sus hojas de escamas
Sirven al suelo, ó de alfombra.
Que ya el inconstante viento,
Del otoño que aparece,
En los árboles se mece
Con brusco sacudimiento.
Flor, pronto inútil y sola,
En vez de la que él deshizo,
Orlará el campo pajizo
La purpurina amapola.
Brezos y arbustos impuros
De la montaña en la falda,
Vestirán su áspera espalda
Con sus matices oscuros.
Grupos de nubes perdidos
Como fantasmas deformes,
Traen en sus pliegues enormes
Vientos de invierno escondidos.
El árbol en largas hebras
Hiende sus cortezas vanas,
Y anuncian lluvias lejanas
Las rastras de las culebras.

Da el cuervo al aire su vuelo,
Graznidos á su garganta;
Rey del viento se levanta
Entre la tierra y el cielo.
Se oye de alguna paloma
Perdido el último arrullo,
De alguna fuente el murmullo
Que entre los juncos asoma.
Queda el mundo en soledad;
Y en el aire alzan su imperio,
De las sombras el misterio,
Y el humo de la ciudad.

INDECISION.

—

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de aromas, flores apiñadas:
Y en medio de la noche magestuosa
Esa luna de plata, esas estrellas,
Lámparas de la tierra perezosa,
Que se ha dormido en paz debajo de ellas.
¡Bello es vivir! Se ve en el horizonte
Asomar el crepúsculo que nace;
Y la neblina que corona el monte
En el aire flotando se deshace;
Y el inmenso tapiz del firmamento
Cambia su azul en franjas de colores;
Y susurran las hojas en el viento,
Y desatan su voz los ruiseñores.
. . . .
. . . .
Y la noche las orlas de su manto
Arrastra fugitiva en occidente,
Y la tierra despierta al fuego santo
Que reverbera el sol en el oriente.
¡Bello es vivir! Se siente en la memoria
El recuerdo bullir de lo pasado,
Camina cada ser con una historia
De encantos y placeres que ha gozado.
Si hay huracanes y aquilon que brama,
Si hay un invierno de humedad vestido,
Hay una hoguera á cuya roja llama
Se alza un festin con su discorde ruido.
Y una pintada y fresca primavera,
Con su manto de luz y orla de flores,
Que cubre de verdor la ancha pradera
Donde brotan arroyos saltadores.
Y hay en el bosque gigantesca sombra,
Y desierto sin fin en la llanura,
En cuya estensa y abrasada alfombra
Crece la palma como yerba oscura.
Allí cruzan fantásticos y errantes,
Como sombras sin luz y apariciones,
Pardos y corpulentos elefantes,
Amarillas panteras y leones.
Allí entre el musgo de olvidada roca
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,
Y de una cueva en la entreabierta boca
Solitario se arrastra el cocodrilo.
¡Bello es vivir, la vida es la armonía!
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego iluminando el dia,
Aire de aromas, flores apiñadas...

—

Arranca, arranca, Dios mio,
De la mente del poeta
Este pensamiento impío
Que en un delirio creó;
Sin un instante de calma,
En su olvido y amargura,
No puede soñar su alma
Placeres que no gozó.
¡Ay del poeta! su llanto
Fué la inspiracion sublime
Con que arrebató su canto
Hasta los cielos tal vez;
Solitaria flor que el viento
Con impuro soplo azota,
Él arrastra su tormento.
Escrito sobre la tez.
Porque tú ¡ oh Dios! le robaste
Cuanto los hombres adoran;
Tú en el mundo le arrojaste
Para que muriera en él;
Tú le dijiste que el hombre
Era en la tierra su *hermano;*
Mas él no encuentra ese nombre
En sus recuerdos de hiel.
Tú le has dicho que elijiera
Para el viaje de la vida
Una hermosa compañera
Con quien partir su dolor;
Mas ¡ ay! que la busca en vano;
Porque es para el ser que ama
Como un inmundo gusano
Sobre el tallo de una flor.
Canta la luz y las flores,
Y el amor en las mugeres,
Y el placer en los amores,
Y la calma en el placer:
Y sin esperanza adora
Una belleza escondida,
Y hoy en sus cantares llora
Lo que alegre cantó ayer.
Él con los siglos rodando
Canta su afan á los siglos,
Y los siglos van pasando
Sin curarse de su afan.

¡ Maldito el nombre de gloria
Que en tu cólera le diste... !
Sentados en su memoria
Recuerdos de hierro están.
El dia alumbra su pena,
La noche alarga su duelo,
La aurora escribe en el cielo
Su sentencia de vivir :
Fábulas son los placeres,
No hay placeres en su alma,
No hay amor en las mugeres,
Tarda la hora de morir.
Hay sol que alumbra, mas quema :
Hay flores que se marchitan,
Hay recuerdos que se agitan
Fantasmas de maldicion.
Si tiene una voz que canta,
Al arrancarla del pecho
Deja fuego en la garganta,
Vacío en el corazon.

—

¡ Bello es vivir ! Sobre gigante roca
Se mira el mundo á nuestros piés tendido,
La frente altiva con las nubes toca...
Todo creado para el hombre ha sido.
¡ Bello es vivir ! Que el hombre descuidado
En los bordes se duerme de la vida,
Y de locura y sueños embriagado
En un festin el porvenir olvida.
¡ Bello es vivir ! Vivamos y cantemos :
El tiempo entre sus pliegues roedores
Ha de llevar el bien que no gocemos,
Y ha de apagar placeres y dolores.
Cantemos de nosotros olvidados,
Hasta que el son de la fatal campana
Toque á morir. — Cantemos descuidados,
Que el sol de ayer no alumbrará mañana.

. . . . . .

—

Eran aun los agitados dias
En que mi juventud abandonada
Adivinó tal vez horas impías
Entre el crespon de la insondable nada ;
Cuando con ojo avaro y penetrante,
Aun no poeta el porvenir medita
El niño, y ve pasarle por delante
Arida nada que su sed irrita ;
Cuando el nombre del niño no es un nombre,
Cuando la idea informe no es idea,
Y en el alma del niño nace el hombre
Que idea y nombre se conquista y crea ;
Entonces de la vida en el vacío
Soñé un bello fantasma que rodaba,
Gota brillante y fresca de rocío
En flor que brota entre pajiza lava.
Blanco ese sueño resbaló en mi mente
Puro y tranquilo como sol que nace,
Como se rompe el agua de la fuente
Y rodando en la yerba se deshace.
Era la forma trasparente y vaga
De un arcángel que cruza el firmamento,
Era un pliegue del viento que una maga
Vibró al cantar con aromado aliento.
Era la voz del arpa que se pierde
Entre el leve vapor de ancha laguna,
En cuyo fondo con las algas verde
Tibia se mece amarillenta luna.
Era en la mente perdida
Entre suspiros de gloria
La esperanza y la memoria
Del amor de una muger :
Recuerdo en alma de niño,
Amor en alma de hombre,
Blanco fantasma sin nombre
Y sin hora en que nacer.

—

Permite, dulce embeleso,
Que mis labios en tus labios
Pongan un ardiente beso
Que se oiga en el corazon;
Que la mente del poeta,
En su entusiasmo violento,
Beba en tu mirada inquieta
La fogosa inspiracion.
Que en la noche tempestuosa
Será bello ¡ amada mia !
De la lluvia áspera y fria
Al desigual susurrar,
Tener contigo un poeta
Sentado á la roja llama,
Con un corazon que ama
Y una voz para cantar.
Será bello en puro dia
De fragante primavera
Su fantástica armonía
Escuchar en un jardin,
Y que en la ruidosa fiesta
Levante robusto canto,
Y que te vele tu siesta
Despues de largo festin.
Te diga los caballeros
Que por tus favores lidian,
Y las damas que te envidian
El cantar del trovador :
Y en la tibia madrugada
Tus labios sobre su frente,
Duermas tú tranquilamente,
Soñando sueños de amor.

Y tu aliento con su aliento,
Y tu mano con su mano,
Con un mismo pensamiento
Que os halague al despertar;
Os encuentre la mañana
Y resbale vuestra vida,
Como parda luz lejana
De una tarde sobre el mar.

ORIENTAL.

—

Mañana voy, nazarena,
A Córdoba la sultana;
Mi amorosa cantilena
Ya no sentirás mañana
Al compás de mi cadena.
Cuando vuelvan los cristianos
De los moros vencedores,
Lee mis destinos tiranos,
La historia de mis amores
En la sangre de sus manos.
Valiera mas que cautivo
En esa torre acabara
La triste vida que vivo;
Que la vida que hoy recibo
Me la vendes ¡ay! bien cara.
¡A Dios! tu esclavo mañana
Ya no ha de causarte enojos,
Pero es esperanza vana;
Cautivo quedo, cristiana,
En la prision de tus ojos.
¡Maldita, hermosa, mi estrella!
¿Qué ha de valerme la vida,
Si no he de hallarte con ella
Ni en Granada la florida,
Ni en mi Córdoba la bella?
De hoy me será el claro sol
Una lámpara importuna;
Hija del suelo español,
Tú eres mi sol y mi luna...
La aurora y el arrebol.
Pues en tí pierdo el sol hoy,
Sin tu sol no he de vivir;
Sultana, á Córdoba voy,
Que en las tinieblas que estoy
Presto, á fé, que he de morir.
Ha prometido Mahoma
Un paraiso, una hurí...
Tú habrás de ser ángel, sí,
En esa region de aroma,
Y hemos de amarnos allí.

ROMANCE.

—

La noche no tiene ruido;
En la sombra no hay color;
No hay en los viejos cuidado,
Las dueñas no tienen voz;
Pero cuando todos duermen,
Estamos velando dos;
Ella en la reja sentada,
Y al pié de la reja *yo*.
Mis ojos no ven sus ojos,
No ven su tez trasparente,
No ven su rosada frente,
Ni su sonrisa de amor:
No ven el rubor de vírgen
Que sus mejillas colora;
Tiene quince años ahora...
Las niñas tienen rubor.
No ven mis ojos avaros
Su casi desnuda espalda,
Ni entre la revuelta falda
Asomado el blanco pié:
Como en la orilla de un rio,
Rompiendo la inquieta espuma,
Tender la flotante pluma
Nevado un cisne se ve.
Ni en su garganta y sus hombros
El alto pecho imagino,
Ni por su rostro adivino
Del corazon la inquietud;
Y tiene la áspera reja,
Centinela desvelado,
Delante el amor osado,
Detrás la frágil virtud.
¡Mas, pese á la densa reja,
Pese á la noche sombría,
Yo tengo ¡paloma mia!
El alma bañada en tí!
Tengo mis labios de fuego
Sobre tus labios de rosa,
Y en tu pecho late, hermosa,
Un corazon para mí.
¡A Dios! que por el oriente
La luz importuna sube,
Y envuelto en húmeda nube
Las tinieblas rasga el sol;
Y para una niña en vela,
Y el galan que la enamora,
Mucha luz tiene la aurora
En el brillante arrebol.

—

Vierte el alba en su sonrisa
Su armonía y su color,
Y se columpia la brisa
En el cáliz de la flor;

De rosa, lirio y claveles,
Robando el fragante olor,
Cuelga en los anchos laureles
Gemido murmurador.
Y gime la fresca fuente
Bajo el manto de cristal,
Y gime languidamente
La tórtola angelical;
Y enamorada paloma
Bebe la luz matinal,
Meciendo el aura de aroma
Con arrullo desigual.

En tanto el noble mancebo
El ancho jardin cruzó,
Murmurando por lo bajo
Enamorada cancion:
—«¡Oh! vuelve, noche, sin ruido,
» Con tu sombra sin color,
» Con tus viejos sin cuidado,
» Y con tus dueñas sin voz;
» Porque, cuando todos duerman,
» Volvamos á velar dos;
» *Ella* en la reja sentada,
» Y al pié de la reja *yo*.»—

A UN TORREON.

—

Gigante sombrío, baldon de Castilla,
Castillo sin torres, ni almenas, ni puente,
Por cuyos salones en vez de tu gente
Reptiles arrastran su piel amarilla.
Dime, ¿qué se hicieron tus nobles señores,
Tus ricos tapices de sedas y flores,
Tu gente de guerra, tus cien trovadores
Que alzaron ufanos triunfante cancion?
Tú estás en el valle cadáver podrido,
Guerrero humillado que el tiempo ha rendido,
Tu historia y tu nombre yaciendo en olvido,
El mundo no sabe que existe *Muñon*.

Tus pardas ruinas me son de tormento,
Con negros recuerdos corroen mi alma...
¡Tú estás en mi mente, maldecida palma
Quemada del rayo, batida del viento!
Yo errante poeta proscrito en el mundo,
Tal vez en el polvo de féretro inmundo,
Sin nombre, sin gloria para siempre hundo
Mi frente abrasada de inútil sudor;
¡Por tí, resto infame, fantasma de duelo,
Morada maldita de un ángel del cielo
Que amé y me robaron...! ¡maldito tu suelo,
Maldito tu nombre... maldito mi amor!

Quédate, sí, en esa altura
A la vergüenza del llano,
Castillo sin castellano,
Matrona sin hermosura.
De tí el tiempo se rió,
Tus torres se derribaron,
Tus vasallos te ultrajaron,
Tu señor te abandonó.
Quédate, negro esqueleto,
De fértil vega mancilla,
A esa ermita de Castilla
Sin sacerdote sujeto.
Sin pendones que ondear,
Sin blasones á la entrada,
Tu bóveda agujereada
No has podido sustentar.
Sin un eco en los salones,
Sin un soldado en el muro,
Hoy crece el arbusto impuro
Al pié de tus torreones.
Señor muerto en tierra agena,
Olvidado de tu gente,
A pedazos de tu frente
Roba el viento tu melena.
Y pasa á tus piés el hombre
Sin buscarte en su memoria,
Porque no leyó tu historia,
Ni se acuerda de tu nombre.

Tú tienes uno, que en aciago dia
En tu gastada piedra escribí yo,
Y el *nombre* de otro y la *vergüenza* mia
Con la tuya quedó.
Cuando mi labio le nombró, mentia;
Cuando mi mano le grabó, mintió;
Hoy... ya no existe; en su carrera impía
El tiempo le arrastró.

Y ese nombre celestial
Que el tiempo devoró al fin,
Una muger por mi mal
Le arrebató á un serafin;
El huracan de la vida
Solo dejó, ¡oh mi querida!
Para mi eterno tormento,
En prenda de maldicion,
Tu nombre en mi pensamiento,
Tu amor en mi corazon.

LA NOCHE DE INVIERNO.

—

A DON GENARO VILLAAMIL.

Pintor, el viento se estrella
Bramando en esa ventana:

En pos de su airada huella
La lluvia y la noche van;
Prepara lienzo y pinceles,
Yo escribiré tu pintura,
Y conquistemos laureles
Al través del huracan.
  Agua las nubes abortan;
Se ve la lumbre amarilla
De las centellas, que cortan
Nubes y lluvia al caer;
Se oyen girar las veletas
Sobre la gigante torre,
Y las pizarras sujetas
Agua y viento repeler.
  Se ven oscilar tus lienzos,
Del crudo viento impelidos,
Que por los vidrios hendidos
Penetra inquieto hasta aquí.
Esos retratos colgados,
Que unos con otros se chocan,
Son escudos conquistados
Y blasones para tí.
  Y se oye el son temeroso
De campanas que rompiendo
De los hombres el reposo,
Conjuran la tempestad:
Se oye en la calle azorado,
De alguno que huye la lluvia,
El paso precipitado
Cruzando en la oscuridad.
  Encendamos una hoguera
Cuya roja llama alumbre
Esos rostros en hilera
Colgados en la pared:
Que mecidos por el viento
Y animados por la llama
Nos darán un pensamiento
Y una corona tal vez.
  Tú tienes dentro la mente
Galerías, catedrales,
Y todo el lujo de oriente
Y un mundo para pintar:
Tú tienes en tus pinceles
Derruidos monasterios,
Con aéreos botareles
Y afiligranado altar.
  Tienes torres con campanas
Y trasparentes labores,
Castillos con castellanas
Que aguardan á su señor;
Y bóvedas horadadas,
Y silenciosas capillas
Donde en marmóreas almohadas
Yace el muerto fundador.
  Y antiquísimas ciudades
Que, por el tiempo roidas,
Cuentan al tiempo verdades
Que él se desdeña escuchar:
Tienes en el valle fuentes,
Peñascos en la montaña,
Y en los peñascos torrentes
Que se arrastran á la mar.
  Tienes en los mares islas,
Con ciudades y jardines,
Y en los jardines festines,
Y en los festines placer...
Prepara lienzo y pinceles,
Y deja que el viento brame,
Y la lluvia se derrame,
Y estalle el rayo al caer.
  A inspirarnos han venido
La noche con sus tinieblas,
El rayo con su estampido,
La lluvia con su rumor:
Tú pintarás lo que sientas;
Yo escribiré lo que siento
En el empuje violento
Del huracan bramador.
  Yo escribiré cómo muge
El vendabal en tus torres,
Cómo entre las jarcias cruje
Del buque que va á anegar:
Cómo zumba en las almenas
Con que ciñes tus castillos,
Cómo silba en las cadenas
Que el puente han de sujetar.
  Escribiré cómo imita
La humana voz en las rocas,
Y cómo el milano grita,
Y ruge como el leon,
Silba como la serpiente,
Sorbe como la lechuza,
La voz de un incendio miente
Al cruzar un torreon.
  Miente el graznido del cuervo,
Brama como el ronco toro,
Remeda el distante lloro
De una garganta infantil;
Y azotando los cristales,
Finje el fantástico vuelo
De espíritus infernales
Que pasan de mil en mil.
  É imita el rumor confuso
De clarines y de aceros,
De carros y caballeros
Que van marchando detrás,
Y de un lejano combate
Los alarmantes clamores,
Y el ruido de los tambores
Que redoblan á compás.
  Tú pintarás la montaña
Entre la niebla sombría,
Pintarás la lluvia fria
Derramada desde allí;
Los alcázares morunos,
Los pilares bizantinos,

Monumentos peregrinos
Embellecidos por tí.
Pintarás los gabinetes
Cincelados de la Alhambra,
Y el humo de los pebetes
Y las bellas del harem.
Tú pintarás las memorias
Que nos quedan por fortuna,
Yo escribiré las historias
Que vida á tus cuadros den.
Te diré el blando murmullo
De las aguas destrenzadas,
Y el melancólico arrullo
De la tórtola que amó;
Te diré cómo se mecen
Las flores sobre los tallos,
Cómo nacen, cómo crecen,
Cómo el sol las agostó.
Tú nos pintarás al hombre
Con su choza ó su palacio,
Y yo te diré su nombre,
Y lo que en el mundo fué:
Tú al mundo darás colores,
Yo le daré lengua y vida;
Tú pintarás los amores,
Y yo te los cantaré.
¡Pintor! que la noche ruede
Con el ronco torbellino,
Que envuelta en tormentas quede
La desvelada ciudad:
Nosotros lejos del mundo
Otro mundo gozaremos,
De la hoguera que encendemos
A la roja claridad.
Calderon, Murillo, Ercilla,
Colgados por las paredes
Con su estoque y su golilla,
Forman nuestro mundo aquí.
Ahí estan Lope, Cervantes,
Vinci, Rivera, el Ticiano...
Con tintas para tu mano,
É inspiracion para mí.
Prepara lienzo y pinceles,
Despleg tu fantasía;
Cuando nos sorprenda el dia
Que alumbre una creacion.
Pintor, ese torbellino
Ha venido á visitarnos,
En él nos trajo el destino
La violenta inspiracion.

RECUERDOS DE TOLEDO.

—

LA CATEDRAL.

INTRODUCCION.

Ese monton de piedras hacinadas
Morenas con el sol que se desploma,
Monstruo negro de escamas erizadas
Que alienta luz y música y aroma;
A quien un pueblo inválido rodea
Con piés de religion, frente de miedo,
Que tan noble lugar mancha y afea,
Es catedral de lo que fué Toledo.
Pálida y triste, pobre y abatida
Llora el favor de los hundidos años;
Reina sin corte, anciana y desvalida,
Por sus hijos robada y los estraños.
Por vestir el espectro de su nada
Hoy convoca sus hijos á las fiestas,
Celebrando su mal, desesperada,
Con campanas, con órganos y orquestas.
Gigante que muriendo en la llanura
A manos de contrario mas valiente
Con voz tremenda su venganza jura,
Y fuerza y vida en sus palabras miente.
Una tribu elegante y voluptuosa
De otro pais de fuentes y de flores,
Los cimientos fundó donde reposa,
Para otro Dios de guerras y de amores.
Y un rey, ó mas piodoso ó mas prudente,
Cambiola en templo por sellar su gloria;
Y tal vez dijo al Dios omnipotente:
Tuyo es el nombre, mia la memoria.
Quedose al fin en templo consagrado
Del sumo Dios bajo el excelso nombre,
Para ser á los tiempos revelado
Como página histórica de un hombre.
Mas apilando el tiempo los despojos
De los mismos valientes que la hicieron,
Vasto sepulcro levantó á sus ojos
Donde un palacio levantar creyeron.
Y hoy al caer del templo la grandeza
Muestra el coloso, al espirar su imperio,
Que ha cobijado su mortal corteza
Templo, historia, palacio y cementerio.

I.

Con ceño sombrio mira
El Tajo que á sus piés corre,
Y al despecho que la inspira
Con las gargantas suspira
De sus campanas la torre.
Que tiene para consuelo
En su abatimiento y mengua,
La frente cerca del cielo,
Y para hablar con el suelo
Trece campanas por lengua.

Con tan gigante armonia
Todo su cuerpo estremece,
Y al oirla se creeria
Que crece así su alegría
Cuanto su estrépito crece.
A ese clamor tan violento,
Incapaz de tanto ruido,
Vibra fatigado el viento,
Dejando el confuso acento
Por la atmósfera perdido.
Que en su canto desigual
Hay música tan liviana,
Que en su murmullo infernal
Canta y llora y rie insana
Con sus lenguas de metal.
Que ellas pregonando van
Lo que sus clamores son,
Que á veces tristes están
Pidiendo por los que van
A eterna condenacion.
Y en su clamor muestran bien
Otras el alegre fin,
Pues revoltosas se ven
Cual si colgadas estén
Por heraldos de un festin.
Otras en su inquieto afan
Ruedan y vibran, segun
Con los clamores que dan
Al mundo anunciando están
Placer ó luto comun.
Y en vez de agudo esquilon,
De la tarde anuncia el fin
El doblar de la oracion,
Que apaga su ronco son
Del horizonte al confin.
Y á su movimiento enorme
Rueda en el cóncavo hueco
De la bóveda el informe
Postrer quejido del eco
Con vibracion uniforme.
A su paso estremecidas
Oscilan allá en las sombras
Las lámparas suspendidas,
Dibujando en las alfombras
Sombras y luz confundidas.
Cobra entonces movimiento
Todo el templo y se estremece,
Cual fantasma de un momento
Que alza el rostro macilento
Y al punto se desvanece.
Van luego dejando ver
Los vacilantes reflejos,
Las sombras al repeler,
Los objetos á lo lejos
Sus formas desenvolver.
Se van mostrando despacio
Las verjas de oro amarillas,
Canceles de aquel palacio
Que dividen el espacio
De la nave y las capillas.
Se ven en turbios colores
Detrás de los altos hierros,
Entre marmóreas labores
Cumpliendo así sus destierros
Dormidos los fundadores.
Se ven al rayar el dia
En los pintados cristales
Cómo luchan á porfía
La claridad que lucia,
Y los rayos matinales.
Entonces el sol brillante
Que á las ventanas asoma,
Su fogosa luz gigante
En la llama agonizante
De las lámparas desploma.
Dejan torre y capitel,
Y entran por los rosetones
Las sombras huyendo dél,
Plegándose en los rincones
En fantástico tropel.
La luz del templo señora,
Por el templo derramada
Saluda al Dios que ella adora
Por las losas prosternada
Ante el ara que colora.
Ciñe la bóveda, avara,
Y en los robustos pilares
Se quiebra picante y clara,
Y bulliciosa se ampara
Del oro de los altares.
Que jóven y rica y bella
En la riqueza se posa,
Y en los diamantes destella,
Y en la joya mas vistosa
Para competir con ella.
Porque el astro rey la envia
A que sus galas ostente,
Y en la bóveda sombría
Vierta la lumbre del dia
Revoltosa y trasparente.

II.

Se oyen despues los pasos mesurados
Del sacerdote, y la crujiente seda
Del manto que, los lienzos desplegados,
Por el sonoro pavimento rueda:
Cual si al cruzar se oyera el vago aliento
Con que á cumplir con su mision le incitan
Soplando bajo el mudo pavimento
Las osamentas que á sus piés dormitan.
Se coronan de antorchas los altares,
Se sienten rechinar las verjas de oro,
Se escuchan los católicos cantares
Vibrar sublimes desde el hondo coro.
Se ve el pueblo llegar y reverente
Postrarse humilde, y bendecir la vida,

Y alzar del suelo la humillada frente,
De la luz de los ángeles ceñida.
Y se alza del altar la voz tremenda
Que las palabras del Señor repite,
Cantadas porque el pueblo las comprenda,
Solemnes porque el pueblo las medite.
Y el órgano despliega rebramando
La voz robusta de las trompas de oro,
Como por la cascada caen rodando
Aguas y espumas en tropel sonoro.

—

Y en los aires á torrentes
Vierte la música santa
Por la céntuple garganta
De los tubos de metal:
Y en sus cánticos remeda,
Con el prolongado acento,
El ronco bramar del viento
O el crujir del vendabal.
O finje en son temeroso
La aguda lengüetería
La discorde gritería
Del infierno en rebelion;
O con lamento apagado
Canta al justo moribundo
Saliendo alegre del mundo
Sin ira en el corazon.
Canta el placer de la esposa
Que inquieta al esposo aguarda,
Canta al esposo que tarda
A sus puertas en llamar.
O entonando del profeta
La sacrosanta salmodia
Sublimemente parodia
El fuego de su cantar.
Y llora con Jeremías,
Y entona en arpa de flores
Los voluptuosos amores
Del sabio rey Salomon;
Canta los cedros del Líbano,
La castidad de Susana,
Y Jezabel la profana,
Y el vigoroso Sanson.
O en tonos mas desmayados
La postrera despedida
Que dió á la penosa vida
El Hacedor de la luz;
O mas lánguido remeda
Las lágrimas de María
Cuando en el terrible dia
Lloraba al pié de la cruz.
Mas pasan las santas horas
Y cesa la voz que canta,
Y el pueblo que se levanta
Murmura á su vez tambien:
Se oye el rumor de sus pasos
Que por las naves se alejan,
Y las capillas que dejan
Abandonadas se ven.
Apenas un sacerdote
Que sordas preces murmura
Cruza con planta insegura
Por delante de un altar.
Se oyen correr los cerrojos
Y las cortinas de seda,
Y hacinadas en manojos
Se oyen las llaves chocar.
No queda en el santo templo
Mas que el ambiente de aroma,
La luz del sol que se asoma
Por el pintado cristal;
Las tumbas de las capillas
Y los pálidos reflejos
De lámparas que á lo lejos
Penden de un arco ojival.
Pasa el sol, viene la tarde,
Y el dia desaparece,
Y la negra sombra crece,
Y su imperio vuelve á ser.
Se estrella por fuera el viento
En la calada ventana,
Y lo que *ayer* fué *mañana*,
Mañana se dice: *ayer*.



SEGUNDA PARTE.

A MIS AMIGOS

DON JUAN DONOSO CORTÉS

Y

DON NICOMEDES PASTOR DIAZ.

—

Cuando publiqué el tomo primero de mis poesías cediendo á vuestras instancias, no fué otro mi intento que el de reunir en una coleccion los versos que tal vez no habian desagradado al público. Escritos estos en diferentes épocas de mi vida, y en diversas circunstancias, cada composicion se resiente de las que la pertenecen. El triste se querella, y el alegre canta; uno gime desesperado, y otro rie á carcajadas, y esto es muy natural; de aqui los distintos géneros de mis versos. Tuve, como todos los hombres, momentos de placer y horas de amargura; en estas lloraba, y en aquellos reia; por consiguiente el conjunto de mis primeros ensayos no pudieron tener mas objeto que el de trasladar al papel las inspiraciones del corazon.

Al publicar el segundo he tenido presentes dos cosas: la pátria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creido que mi religion encierra mas poesía que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Cocles y á Julio César, y abandonar en el polvo del olvido al Cid y á Don Pedro Ansurez, á Hernan Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra severa semana santa, y las suntuosas ceremonias de nuestros templos, que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales, y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, hallo cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas, en menoscabo de los de nuestra pátria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias, por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso.

En cuanto al género de mis versos aprovecho el momento de la inspiracion, sin curarme de las formas con que los atavío, y sin seguir mas escuela que mi propio capricho. Convengo en que esto puede ser muy perjudicial; pero yo pienso así, y cada cual tiene derecho á pensar lo que mas le plazca, en tanto que no piense mas de lo que le toca.

Y ahora, amigos mios, me queda una sola cosa que deciros, y es: que como es muy probable que los poetas no poseamos nunca mas que nuestros versos, os dedico los mios, porque no me ocurre otra cosa que poderos ofrecer; y (por via de paréntesis) me llamo poeta, no porque yo me tenga presuntuosamente por tal, sino porque he escrito estas poesías.

Leedlas, si no os cansan, y acordaos siempre de vuestro amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid 15 *de Junio de* 1838.

EL DIA SIN SOL.

—

INTRODUCCION.

Dies iræ dies illa
Solvet seclum in favilla (1).

Hizo al hombre de Dios la propia mano,
Que tanto para hacerle fué preciso,
Hízole de la tierra soberano,
Y le dió por palacio el paraiso. —
Agil de miembros, la cerviz erguida
Orlada de flotante cabellera,
Los claros ojos respirando vida,
Luenga la barba y con la voz severa.
Hechos para el deleite sus sentidos
Vieron los ojos luz, gustó la boca,
Olió el olfato, oyeron los oidos,
Todo es placer cuanto pasando toca.
La yerba perfumada en la colina
Diole un lecho do yace blandamente,

(1) La paráfrasi del *Dies iræ* está espresamente escrita para Don Nicomedes Pastor Díaz, cuyo primer pensamiento le debe el autor.

Y derramose en torno cristalina
Deshecha en perlas la sonora fuente.

Y vertieron las aves en el viento
Regalada y dulcisima armonía
Desde el follaje vasto y opulento
Que fácil teje la alameda umbría.

Y al dormido murmullo de la brisa
Que vaga suave, inquieta y juguetona,
Dobló la frente y con igual sonrisa
El sueño muellemente le corona.

Las fieras cuidadosas evitaron
Con su ruido turbar su manso sueño,
Y volando las aves arrullaron
El reposar de su tranquilo dueño.

Dios, que su soledad miró enojosa,
De tornarla en placer buscó manera,
Y una muger bellísima, amorosa,
Le ofreció liberal por compañera.

Era la hermosa de gentil talante
Acabada de pechos y cintura,
De enhiesto cuello, y lánguido semblante,
Rebosando de amor, y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,
Negras las cejas, blanca la mejilla,
Rasgada de ojos, blanda la mirada
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena
La blanca espalda de la luz velando,
Hallola Adan al despertar serena
Sus varoniles formas contemplando.

Ciñola sorprendido en su embeleso
Con brazo enamorado y reverente;
Mil veces la besó, y á cada beso
Trémula su cristal vibró la fuente.

El bosque susurró manso murmullo,
Los peces en las ovas asomaron,
Las tórtolas alzaron casto arrullo,
Y amorosos los céfiros soplaron.

—« ¡ Alma mia, mi amor, paloma mia....!»
El hombre sollozando murmuraba;
Ella muerta de amor le sonreia,
Y él muriendo de amor la enamoraba.

Posábale en su labio el labio amante
Aspirando con ámbares y aroma
El aire de su pecho vacilante,
La luz de sus pupilas de paloma.

Tú, rojo sol, entonces si los viste
¿Por qué amantes y solos les dejaste,
Y la infernal serpiente no adormiste
Que envidiosa del bien cerca alumbraste?

¡Ay cuanto ahorraras de miseria y llanto
Del hombre flaco á los mortales ojos,
Cuanto miedo á los ángeles, y cuanto
Al mismo Dios de cólera y enojos!

Era un árbol no mas en los jardines
Vedado al paladar de los nacidos;
No anidaban en él los colorines,
Ni daba flor, ni sombra, ni sonidos.

Yacia Adan en brazos de su amada,
Y Eva miraba el prohibido fruto;
Al lado de la poma codiciada
Traidor velaba el enemigo astuto.

»¿No comerás, le dijo la serpiente,
» Criatura de orígen soberano?
» Pudieras como Dios omnipotente
» Otro mundo crear de polvo vano.

» No comerás, y quedarás sujeta
» Al privilegio inútil de su hechura;
» Quedará el ama entre su nada quieta,
» Y á tí te llamarán la criatura. »

Sintió el orgullo la muger curiosa
Que brotaba en carmin á la mejilla,
Y á la fruta tendió la mano ansiosa
Vertiendo de ella la mortal semilla.

Aplicóla á los labios, y callaron
Arboles, aves, céfiros y fuentes,
Y en su lugar fatídicos quedaron
Troncos, buitres, tormentas y torrentes.

Rugió el leon crespando la melena,
Lanzó el tigre su ardiente resoplido,
Bufó en el bosque la traidora hiena,
El toro levantó ronco mugido.

Huyeron, azotándose las alas
Las aves por el aura agonizante,
El fresco valle marchitó sus galas,
Tembló el mundo en los ejes de diamante.

Despertó el triste Adan absorto y mudo
Al desusado y bronco clamoreo,
Y avergonzado se miró desnudo
La carne henchida de brutal deseo.

Tembló al mirar las fieras espantadas
Guarecerse en tropel de los peñascos,
Y buscar sus guaridas socabadas
De las montañas en los hondos cascos.

Hiriole el sol las débiles pupilas
Al recio impulso de fogosa lumbre,
Y halló en el cielo en aplomadas filas
De frias nubes torba muchedumbre.

Y sintió que perdia de improviso
La gracia de su Dios con la inocencia,
Y trocole en infierno el paraiso
El nuevo torcedor de la conciencia.

Viéronse con rubor ambos nacidos,
Que con rubor entrambos no nacieron,
Y del crímen comun arrepentidos
Uno del otro con vergüenza huyeron.

¡Adan! esclamó Dios llamando al hombre,
Y el eco en las montañas respondia;
¡Adan! repitió Dios, y el mismo nombre
El eco mismo á repetir volvia.

¿Dó estaba Adan? Llorando prosternado
Por vez primera de su Dios temblaba,
Y humillado en el polvo—¡Yo he pecado!
Respondia á la voz que le llamaba.

¡Adan! gritó el Señor, « cuenta tus horas,
» Porque vendrá una hora en que te veas
» Dando cuentas al Dios ante quien lloras;
» Y hasta entonces, Adan, ¡maldito seas! »

I.

—«Naciste, Adan, en el polvo
» Y en el polvo morirás,
» Tú, y tus hijos, y tu raza,
» Y cuantos hombres serán.
» Sudareis sobre la tierra
» Los hijos por sustentar,
» Mientras los hijos rebeldes
» Con sus padres lidiarán.
» La tierra brotará espinas,
» El tiempo ahogará la paz,
» Y sin número los hombres
» A su Dios olvidarán.
» Entonces hambres y pestes,
» Y de miserias un mar
» Acosará el impío mundo
» Sin descanso ni solaz.
» Y habrá ejércitos y buques
» Que agua y tierra infestarán,
» Y habrá esclavos y habrá reyes,
» Y pueblos, y sociedad.
» Y habrá amor, y habrá amistades
» Que en vez de consuelos dar
» Os darán con dulces nombres
» Amargas horas de afan.
» Y habrá el corazon pasiones
» A cuyo impulso fatal
» Hermano robará á hermano
» Cuanto bien pudo alcanzar.
» Será la muger voluble,
» Será el hombre desleal,
» Y amor tornarase en zelos
» Y en envidia la amistad. —
» Y en raza de un mismo orígen,
» Todos con derecho igual,
» El poder será la fuerza
» Y el miedo la autoridad. —
» Nacerán conquistadores
» Las tierras á deslindar,
» Y donde uno puso un trono
» Otro un cadalso pondrá. —
» Pero *YO*, que os hice en polvo
» Y en polvo os he de tornar,
» Haré un dia de justicias
» Para todos por igual:
» Haré un infierno y un cielo
» Y una inmensa eternidad
» En que grandes y pequeños
» Confundidos entrarán. »
Dijo así Dios reduciendo
Los tiempos á cantidad,
Cuando dió al primer nacido
El triste apodo de *Adan*.—

II.

Tuba mirum spargens sonum
Per sepulchra regionum,
Coget omnes ante thronum.

Ancho panteon de gente condenada
Condenado á morir como su gente
Caerá el mundo en el pozo de la nada
Rota en pedazos la caduca frente.
La impía raza en las tumbas cobijada
Otra vez se alzará mustia y doliente
Roto el dogal que al polvo la sujeta
Al vivo son de la final trompeta.

Ya para entonces el tremendo dia
Del daño universal será cumplido;
El sol que del oriente nos venia
Apagada su luz habrá caido;
La luna que flotando se mecia
En el azul del cielo adormecido
Seguirá al fin sus moribundas huellas
Llevando en pos las lánguidas estrellas.

Y la tierra sin sol que la fecunde
Seca no brotará yerba ni flores,
Y harán que reventado el mar la inunde
Los temporales de la mar señores,
Y á las manos del tiempo que confunde
Cuantos un dia desplegó primores,
La tierra que de césped se matiza
Campo será de pálida ceniza.

En sus mohosas grietas, asomados
Estarán los desnudos esqueletos
Al juicio de su Dios, aparejados,
Silenciosos, estúpidos y quietos;
Y á trechos en montones apilados
El plazo aguardarán juntos y prietos,
Con sus despojos reemplazando enjutos
Templos, palacios, árboles y frutos.

No dará luz el cielo blanquecino,
Ni hará murmullo el ondular del viento,
Ni en las rocas el eco campesino
Repetirá lejano algun acento;
Noche y alba sin horas ni camino
Ahogarán su crepúsculo opulento,
Y serán presa de arrecidas nieblas
Sin aurora ni noche las tinieblas.

No habrá en este pantano *dentro* y *fuera*
Ni habrá cosa con cotos, ni lugares,
Las tierras no hallarán mar ni ribera,
Ni hallarán playa los disueltos mares;
Barro será la agonizante esfera
Sin medidas, ni bordes, ni vallares,
Cual masa por los siglos preparada
A tornar al orígen de su nada.

Las almas volverán mudas de asombro
Los cuerpos á buscar en que vivieron
Cuando á través del cenagoso escombro
Vayan tras el lugar do los perdieron:

Sin ayuda de mano, brazo ú hombro,
La carne vestirán con que nacieron
Porque escuche la carne la sentencia
Que oyó el alma al pasar á otra existencia.
Y cuando nada en el silencio aliente,
Cuando nada mortal quede con vida,
A la voz del airado Omnipotente
De los muertos la turba estremecida
Iremos ante Dios, baja la frente,
Amedrentada el alma en su guarida,
A obedecer sus leyes inmortales,
Y ante la santa ley, todos iguales.

III.

Judex ergo cum sedebit
Quidquid latet aparebit,
Nihil inultum remanebit.

Y no habrá para ninguno
Privilegio ni esencion,
Sin justicia no habrá alguno,
Porque iremos uno á uno
Por pena ó por remision.
Será con todos igual,
Justiciero para todos
El tremendo tribunal,
É irán de distintos modos
El justo y el criminal.
En la frente irán escritos
Los secretos de la vida,
Y las conciencias á gritos
Apartarán los malditos
De la prole bendecida.
Que ni entonces una vez
La virtud se manchará
Del vicio con la hediondez,
Ni la ramera soez
Junto á la vírgen irá.
Allí irán los que altaneros
A los pueblos dieron leyes
A acusar sus desafueros,
Sin lanza los caballeros
Y sin corona los reyes.
Allí irá la hipocresía
Con el disfraz en la mano,
Y sabremos aquel dia
Qué pechero hubo hidalguía
Y qué hidalgo fué villano.
Irá el pálido mendigo
En pos del rico avariento
Acusador y testigo,
Demandando el pan y abrigo
De su alcázar opulento.
Irá el amigo traidor
Tras el amigo engañado,
El semblante sin color,
Como esclavo maniatado
Que llevan á su señor.
Irá el pérfido galan
Tras las vendidas mugeres,
Que descontándole irán
Por las horas de su afan
Las horas de sus placeres.
Irá el señor sin piedad,
É irán los siervos tras él
Pidiendo á su vanidad
La perdida libertad
En iracundo tropel.
Irán los conquistadores,
Y asidos á sus cabellos
Los vencidos vencedores,
Serán allí sus señores
Como aquí lo fueron ellos.
Irá la falsa muger
Que al esposo juró amor.
Y el juramento de ayer
Empeñó por un placer
Al disoluto amador.—
Irá el audaz pendenciero
Con el muerto en desafío;
Acuchillado el primero,
Y el otro en el pecho impío
Escondido el rojo acero.
¡Que el dia de la verdad
El fantasma del valor
Será necia ceguedad,
Y no mas que vanidad
El fantasma del honor!—
Irá el corrompido juez
Tras la víctima inocente,
Y en torno suyo á la vez
Clamarán en voz doliente
La horfandad y la viudez.
Irán los monges carnales
Tras las forzadas doncellas,
Desgarrados los sayales,
Los cordones por dogales
Atados al cuello de ellas.—
Los labios que un tiempo dieron
Blando y sacrílego son,
Con los besos que vertieron
Que torpe hoguera encendieron
En el brutal corazon;
Allí arderán en tal lumbre
En fuego tan infernal,
Cuanto á Dios fué pesadumbre
Bajar á la podredumbre
De su pecho criminal.—
Y allí iremos los cantores
Falsas flores del Edem
Que en vez de santos loores
Cantamos himnos de amores
A las puertas de un harem.
Allí del liviano mundo
Habrá fin la imbécil farsa;
Todos en monton inmundo

Sin primero, ni segundo,
Iremos en la comparsa.—
¿Qué será ver hombre tanto
Nacido para morir,
Ciegos los ojos de llanto,
Ciega el ánima de espanto,
Al valle inmenso venir?
¿Qué será ver al tirano
Balbuciente al responder
De la sangre de su hermano
En que irá tinta la mano
Sin que la pueda esconder?
¿Qué será ver tantos reyes
Que por saciar su ambicion
Pusieron la religion
Por rúbrica de unas leyes
De equívoca esplicacion?—
¡Tantas gentes y naciones,
De tan distintas regiones,
De distintos caracteres,
Y de distintos placeres,
Y distintas religiones!
Los de Judá temerosos,
Los de Esparta y Macedonia,
Los de Oriente voluptuosos,
Los fecundos en colosos
De Menfis y Babilonia!
Los de los anchos desiertos
Avezados al pillaje
De tiempo y dioses inciertos,
Los que devoran sus muertos
En algazara salvaje!—
Los de América indolentes,
Los impuros de Sodoma,
Los de Tebas penitentes,
Los de Sagunto valientes,
Y los triunfantes de Roma!—
¡Todos muertos é inmortales
De hinojos ante su juez,
Que con leyes eternales
Nos hará á todos iguales
Ante la ley una vez!—

—

É irán las tiernas almas
De los alegres niños
En túmulos de palmas
Y lechos con armiños
Al pié del trono espléndido
Del santo de Israel.
Sus ángeles hermanos
Haránles grata sombra
Con sus rosadas manos,
Y les harán alfombra
Con sus alas magníficas
Y almohadas y dosel.—
La paternal sonrisa
Del Dios omnipotente
Serales blanda brisa,
Que arrulle mansamente
El contorno suavísimo
De su tranquila sien.
Y dormirán de espumas
Al dulce hervir sonoro,
Y de ondulantes plumas,
Y de incensarios de oro
A la acordada música
Del prometido Edem.—
É irán las no tocadas
Castísimas mugeres
Que huyeron avisadas
El mundo y los placeres,
Y dieron al Altísimo
Intacto su pudor;
Ceñida la cintura
De blancas azucenas,
Radiantes de hermosura,
Y en dulces cantilenas
Loando en sol angélico
Al eternal amor.—
Y todas tan hermosas
Como la tibia luna,
Y todas ruborosas
Como al dejar la cuna,
Todas ofrendas cándidas
De paz y de placer.—
Purísimas palomas
Que el cielo halaga y cria,
Balsámicos aromas
Que en prendas de alegría
Entre dolor y lágrimas
Da al cielo la muger.
¿Y qué será en tal hora
De duelos y de enojos
Su calma encantadora,
Y de sus bellos ojos
Contemplar el pacífico
Brillante tornasol?
¿Y qué será en sus labios
Su sonreir de amores,
Cuando grandes, y sabios,
Y reyes y señores,
El dia verán trémulos
Sin tinieblas ni sol?

IV.

¿Y qué será de nuestro dulce canto,
Qué será de nosotros los cantores,
Los que lloramos cántigas de llanto,
Los que reimos cántigas de flores?
¿Qué será de la hermosa á quien un dia
Himnos de amor y de placer cantamos,
Que en nuestros labios el amor bebia,
Y en cuyos labios el amor gozamos?

¿Que serán de sus ojos los espejos
Do nuestra imágen retratada vimos,
Do al languido rielar de sus reflejos
Su secreto de amor la sorprendimos?
¿Qué será del amigo cariñoso
Que amar nos hizo la falaz fortuna,
Del triste que veló nuestro reposo
Al resbalar de la furtiva luna?
Acaso el corazon le desgarraba
El peligro fatal del que dormia,
Y su afan compasivo nos callaba
Poblando su silencio su agonia.
¡Ay! qué será del padre y del hermano,
Qué será del esposo y de la esposa
Cuando aparte Jehová con justa mano
Del torpe vicío la virtud dichosa?
Cuando se abran las puertas eternales
Al eterno gozar del paraiso,
Y les sea á los tristes criminales
Al duelo eterno caminar preciso!
¡Ay de mí! con cuán hondo desconsuelo
Los ojos tornarán desesperados
La postrimera vez mirando un cielo
A que tambien nacieron destinados!
¡Oh tristísima y larga despedida,
Eterna muerte, eterna bienandanza,
Donde perdiendo de una vez la vida
Se pierde de morir toda esperanza!

—

¡Qué dulce será vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
A guarismo nuestra edad!
¡Qué dulce será vagando
Por la viviente mansion
Ir al compás escuchando
De las arpas de Sion,
Eternamente gozando,
Aquella aura perfumada,
Y aquel manso susurrar
De la floresta encantada,
Y aquella luz reflejada
De soles en un millar,
Y aquel gotear de las fuentes,
Y aquel trinar de las aves,
Y aquel hervir los torrentes,
Y aquellos mares vivientes
Sin monstruos, vientos, ni naves!
Y si en la fresca ribera
Quien amó en vida encontrara
La amorosa compañera
Que antes que el mundo muriera
Muerta en el mundo quedara;
¡Qué dulce fuera vivir,
Vivir una eternidad,
Sin pensar mas en morir,
Ni pensar en reducir
A guarismo nuestra edad!
¡Oh, ven, ven, arpa sonora,
En las penas de mi vida
Mi tierna consoladora,
Esperanza seductora
De mi esperanza perdida:
Tú que templas en el suelo
Nuestros dolores mundanos
Con ilusiones de cielo,
Consuela mi desconsuelo
Con tus compases livianos.
Y déjale que delire
Con el cielo al corazon,
Y déjale que suspire
Que el ámbar feliz aspire
De su dulce religion.
Porque en tanto que suspira
Por la postrimera paz,
¡Vive Dios que no delira
Con la nada y la mentira
De la existencia falaz!

INCONSECUENCIA.

—

A UNA TORTOLA.

Porque al fin la vida es sueño.
CALDERON.

1.

Tórtola que solitaria
En vez de cantar suspiras,
¿Es tu canto una plegaria,
O es la voz con que respiras
A tu voluntad contraria?
¿Ese arrullo dolorido
Se exhala en tí á tu despecho
Sonando alegre en tu oido,
O es en verdad un gemido
Que te se arranca del pecho?
Triste pájaro, ¡lo sé....!
Por eso en ocultas ramas
Tu nido ondear se ve;
Tú te escondes porque amas,
Mas tu voz vende á tu fé.
Naciste, ave desdichada,
Para llorar tu ternura,
Por eso en selva apartada
Vas á arrullar tu amargura
Del campo ameno enojada.
Enojos te dan las flores,
Enojos la luz del dia,
Enojos ¡ay! los amores
Que en dulcísima armonía
Murmuran los ruiseñores.

Te enoja el murmullo vano
De la bulliciosa fuente,
Y el céfiro cortesano
Que susurra mansamente
A los jardines cercano.
Te enojan las otras aves
Con su inocente amistad
Y con sus gorgeos suaves,
Tú que llorar solo sabes
Vives en la soledad.
Menos en el monte inculto
Vivir te cansa ó estraña;
Porque allí despeña oculto
El torrente que le baña
Sus espumas en tumulto.
Porque allí el viento perdido
Que entre las malezas rueda
Con sordo y medroso ruido,
En lánguido son remeda
Tu monótono gemido.
Porque allí el césped salvaje
Que á pedazos ha brotado
Por el agreste paisaje,
Borda el terreno olvidado
Con pliegues de tosco encaje.
Y á fé á los ojos del triste
No son gala los primores
Con que natura se viste,
Que otro placer no resiste
Que pensar en sus dolores.
Y los amorosos duelos
Son males antojadizos,
Que se quejan á los cielos
Y no admiten mas consuelos
Que hallar en el duelo hechizos.
Porque es tan grato saber
Que nos podemos quejar,
Que cuando tan ruin placer
Pensamos que ha de faltar
La volvemos á querer.
Por eso, tórtola bella,
Dió el cielo á tu ronco canto
El compás de una querella,
Porque al cantar tu quebranto
Llorarás tu gozo en ella.
Y si es cierto que así en pos
De tu cancion va tu queja,
¡Ay, tórtola! vive Dios
Que en el mal que nos aqueja
Nos parecemos los dos.
Pues si abriga tu garganta
En vez de voz un lamento,
Cuando mi voz se levanta
En vez de darme contento
Mis amarguras me canta.
Si nada tu voz te vale
Porque en la selva escondida
Nadie á escuchártela sale,
Bien creo, ave dolorida,
Que tu mal al mio iguale.
Y si buscas en tu anhelo
De que alguno te responda
El miserable consuelo,
Yo pido en mi canto al cielo
Quien á mi voz no se esconda.
Pues ambos somos cantores,
Y ambos somos desdichados;
Conmigo es justo que llores,
Tú, tórtola, tus amores,
Yo mis males olvidados.
Olvidados, ¡ay de mí!
Que cuando el arpa tomé
Cantando ahogarlos creí;
Y tantas glorias soñé,
Cuantos desengaños vi!
Vi el mundo tan hechicero
Que no le alcancé falaz,
Alcé mi canto primero,
Y el alma lanzó fugaz
Un suspiro lastimero.
Que es bien inútil consuelo
Nuestras desdichas cantar
Si por tan cercano el suelo
Nuestra voz no ha de escuchar,
Y por tan remoto el cielo.

II.

Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?
Tú á selva escondida
Te vas á gemir,
Porque el canto alegre
Te es lúgubre á tí;
Porque el tuyo amarga
El canto feliz,
Y las otras aves
No te le han de oir:
Y yo que angustiado
Llorando nací,
Si le canto al mundo
Su gloria pueril
La espalda me torna,
Dice que mentí.
Si vuelvo mis duelos
De nuevo á plañir,
Me dice con mofa
Que es dulce vivir:
Si el lloro y el canto
Nos desoye así,
Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

El mundo ceñido
Del aire sutil,
Vestido de flores
Con rico tapiz,
Tocado con ancho
Dosel de zafir,
Prendido con nubes
Que el alto zenit
Circundan de nieblas
De azul y carmin;
Sembrado de estrellas
Que el turbio confin
Tachonan brillantes
En montones mil
Con pálidas perlas
Y rojos rubís,
Nos miente sin duda
Vistoso jardin,
Convida á cantarle
Mirándole así.
Mas si esos hechizos
Y gayo matiz
Caminos son solo
Que llevan al fin
De breves placeres,
Y el fin es morir;
Si el que llora ó canta
Concluyen allí,
Si el triste se mofa
Del rico y feliz
É insulta el alegre
Del triste el sufrir,
Dime, ¿qué nos valen,
Pájaro infeliz,
A tí tus lamentos,
Mis cantos á mí?

—

Que es la tierra de lágrimas camino,
Valle de tumbas que pasando vemos;
Féretro y cuna nos abrió el destino
Para entrar y salir en los estremos;
Fantástico al entrar y peregrino,
Y asqueroso al salir le comprendemos;
Que al vivir despertamos en la cuna,
Y al despertar nos rie la fortuna.

Imperfectos traemos los sentidos
Porque á sentir no alcancen tanto duelo,
Sordos aun traemos los oidos
Porque no escuchen el clamor del suelo,
La lengua y pensamientos obstruidos,
Porque al ánima falte ese consuelo,
Solo abrimos al sol nuestra pupila
Porque asombrada con el sol vacila.

Feliz quien despertando cuando nace
En ilusiones de esperanza crece,
Y un bello mundo de ilusiones hace
Donde loco soñando se adormece.
Que mientras duerme y delirando yace
La árida realidad se desvanece,
Y mientras sueña su falaz ventura
A su camino el término apresura.

Mas vale delirar lindas quimeras
En ilusion de sueños seductores,
Que roër esperanzas pasajeras
En este valle de ponzoña y flores,
Donde aguardando dichas venideras
Lloramos sobre el pan de los dolores,
Donde al buscar el necesario aliento
Mortal cicuta nos regala el viento.

Porque en sueños los bienes y los males,
Dorados en la loca fantasía,
Al ánima dormida son iguales:
El desdichado canta su agonía,
Y lamenta el feliz bienes mortales;
Mas ninguno en perderlos se holgaria,
Que son dulces los bienes lamentados,
Y los males lo son desesperados.

—

Si tan bellos son los bienes
Soñados como los males,
Ya, tórtola, no me aflijen
Tus melancólicos ayes.
Que á tí te dieron lamentos
En vez de alegres cantares,
Y tú cantando le cuentas
Tus amarguras al aire.
Las endechas y los himnos
Los mismos consuelos traen,
Que á la par nos adormecen
Las dichas y los pesares.
Tú te arrullas tristemente
Con tan lúgubres compases,
Porque tus duelos son gozos
Con el placer de contarles;
Yo al mundo canto mis cuitas,
Porque cuando otros las saben
El placer de que las sepan
Dichas de mis penas hacen.
Y así cuando entrambos, tórtola,
Con lamentaciones graves
En guisa de querellarnos
Atormentamos los aires,
Pues nuestra queja es contento
Por el placer de quejarse,
Con estravíos tamaños,
Con inconsecuencias tales
No hacemos mas que soñar
Y mentir calamidades,
Tú llorando bien de amores,
Y yo delirando males.

LA TORRE DE FUENSALDAÑA.

I.

Yo he sentido bramar al ronco viento
Del helado diciembre en noche oscura,
Remedando de un hombre el triste acento
De roto murallon en la hendidura.
Ardia en el salon envejecido
Purpúrea llama de sonante leña,
Y el ámbito vibraba estremecido
Al reflejar en la empolvada peña.
De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Mas que silencio, soledad y sombra.
Tal vez groseros cuentos populares
Bajo el nombre sin crónica conserva,
Y en las bóvedas, torres y pilares
Brota á pedazos la pajiza yerba.
Los pájaros habitan la techumbre
Y la tapiza la afanosa araña,
Y eso guarda la tosca pesadumbre
Del viejo torreon de Fuensaldaña.
Yo, que era entonces loco, triste y niño,
Pasaba alguna vez bajo sus muros,
Por contemplar el desgarrado aliño
De sus huecos recónditos y oscuros.
Allí en delirios de amistad perdida
Y en infantiles pláticas sabrosas
Adormecí las cuitas de mi vida
Y las horas de noches pavorosas.
Allí al calor de la humeante hoguera
De las cóncavas piedras al abrigo
Oia el viento rebramando fuera,
Y á mi lado la voz de algun amigo.
Allí sobre nosotros se elevaban
Robustas torres, góticas almenas,
Que la furia del viento rechazaban
Sobre el cimiento colosal serenas.
A veces nuestra alegre carcajada
Repetida en los aires por el eco,
Moria en sus bramidos sofocada
De la alta torre en el tendido hueco.
A veces nuestras báquicas canciones
Como estertor de agonizante pecho,
Acompañaba en compasados sones
Sordo zumbando en callejon estrecho.
Otras en melancólica armonía
Remedaba lamentos y suspiros,
Y otras en repugnante gritería
El vuelo y voz de brujas y vampiros.
De las rotas almenas erizadas
Al sacudir la destocada frente
Remedaba el hervir de las cascadas,
Y el áspero silbar de la serpiente.
O en revuelto y confuso torbellino
La ruinosa terraza estremeciendo
De la tendida lona en son marino
Semejaba tal vez el largo estruendo.
Le oíamos á veces á lo lejos
Cruzando el valle con airado paso,
Y crujian los árboles añejos
Como chascara entre la llama un vaso.
Y en continuo rumor sonando á veces
Le oíamos rozar el firme muro,
Como en hondo tonel hierven las heces
Que una bruja animó con un conjuro.
Le oíamos rodar embravecido
Las desiguales piedras azotando,
Y en los huecos colgar ronco mugido,
Y el seco musgo arrebatar pasando.
Le oíamos entrar y revolverse
Con espantable son en las troneras,
Y estrellarse, y crecer hasta perderse,
Barriendo las tortuosas escaleras.
Las ramas de los árboles vecinos
En las rejas meciéndose colgadas
Dibujaban contornos repentinos
De espantosas visiones descarnadas.
Y al brusco y desigual sacudimiento
Desplomados los vidrios de colores
En el mal alumbrado pavimento
Reverberaban falsos resplandores.
Y asaltando la boca que topaba
Rodando en torno de la mustia hoguera,
Entre la llama pálida soplaba
Blanca ceniza hasta elevar lijera.
Silbando entonces lánguido y sonoro
Al cruzar murmurando en las ventanas,
Nos revelaba en armonioso coro
Música de veletas y campanas.
Y mezclaba el susurro de las hojas
Que coronaban los silvestres pinos
Con el gotear entre las juncias flojas
De los turbios arroyos campesinos.
De los atentos perros el ladrido,
Y el canto agudo del despierto gallo
Con el inquieto y bélico alarido
Del trémulo relincho del caballo.
Bullian en el ánima exaltada
Locos fantasmas de soñados cuentos,
Y sostenia apenas fatigada
El peso de los ojos soñolientos.
Entonces á la sombra cobijados,
Los piés á par de la espirante lumbre,
Cedian nuestros párpados cansados
Mas que á la voluntad á la costumbre.
Y á cada chispa del tizon postrero,
A cada empuje del turbion errante,
A cada voz del pájaro agorero
Que velaba en el nido vacilante,
Volvíamos el gesto recelosos
En derredor del descompuesto fuego
Levantando los ojos perezosos,
Que al roto sueño se tornaban luego.

Y en aquella mirada adormecida
Se pintaba la sombra misteriosa
De volubles contornos revestida
De cuerpo inmenso, de color medrosa.
Gozábamos al fin insomnio inquieto
Delirando festines y batallas
Con tumultos sin época ni objeto,
Con broqueles, con yelmos y con mallas.
Y soñábamos duendes y conjuros
En una tierra mágica y lejana,
Deleitados en cóncavos oscuros
Con cantares de Sílfide liviana.
Poco á poco deshechas las visiones
Soñabámos con sombras infinitas,
Donde se oian apagados sones
De invisibles orquestas esquisitas.
Y mas tarde las sombras vacilando
Entre pardo crepúsculo naciente
Ibanse luz y sombras alejando
De la febril y temerosa mente.
Músicas, miedos, fábulas y sombras
Sus contornos al fin desvanecian,
Y en un salon sin lámparas ni alfombras
Solo estaban dos locos y dormian.

II.

Y era grato al son del viento
Abrir el párpado al dia,
Y contemplar soñoliento
Su confuso resplandor,
A través de las abiertas
Hondas y estrechas ventanas,
Y de las hendidas puertas
De los quicios en redor.

Ver la atmósfera tocada
Con turbio cendal de niebla
Sobre los campos posada
Interceptando el mirar;
Y oir la ráfaga inquieta
Que al vendabal sustituye
En la acerada veleta
Sordamente rechinar.

Ver las medrosas visiones
Que en la noche nos turbaron
En bóvedas y rincones
De opaca lumbre al lucir,
En escombros convertidas
Musgo y tintas con que al tiempo
Las murallas carcomidas
Plugo manchar y vestir.

Ver en las toscas paredes
En vez de ricos tapices
Tender su baba y sus redes
Al insecto descortés,
Que entre los nombres tranquilos
Las labra de los viajeros
Cubriéndolos hilo á hilo
Sin envidia ni interés.

Ver á la afanosa araña
En los blasones del muro
Hilar con paciente maña
Sus hebras para cazar;
Y en la recóndita grieta
La presa que vuela en torno
Vigilante, astuta y quieta
A que se enrede esperar.

Y en el oculto madero
Hallar de rincon ruinoso
El rastro de un hormiguero
Que en el verano pasó:
Que en el foso nació acaso,
Mas no contento en el suelo
Con irreverente paso
Hasta la almena trepó.

¿Quién dijera á los barones
De la torre de Saldaña
De sus techos y salones
La mengua y la soledad?
¡Tiempo! ¡tiempo! ¡Cuánto puedes
Tú que indiferente escribes
Sobre cráneos y paredes
La cifra de la verdad!

Yo he visitado esos muros,
Hoy trojes de rico hidalgo,
Y en sus salones oscuros
Ancha hoguera levanté.
Corrí llaves y cerrojos
Cual si de ellos dueño fuera,
Y sus tablas y despojos
Para alumbrarme quemé.

No respeté ni sus años
Ni su nombre y dueño antiguos...
Y para insultos tamaños
¿Quién era en Saldaña yo?
Un niño, un triste, ó un loco
Que divertido en sus penas
Curaba entonces muy poco
De cuanto grande vivió.

Y á fé que libre y contento
A la lumbre de mi hoguera
En tanto bramaba el viento
Tranquilamente dormí;
Y al despertar con el dia
Contemplé absorto y ufano
La gruesa mampostería
Que por alcoba elejí.

Luchaba el sol afanado
Con la turbia húmeda niebla,
Y el fulgor tornasolado
Cruzaba por el salon.

El aire en fuerzas cediendo
Brotó en ráfagas errantes,
Y aun se le oia gimiendo
Con menos airado son.

Miré desde las ventanas
El árido campo seco;
Algunas yerbas livianas
Encontré no mas en él.
El aire las sacudia
Y la niebla las mojaba;
Escaso arbusto crecia
Del campo mudo al lindel.

Algunas nocturnas aves
Guarecidas asomaron
En los rotos arquitraves
Su misterioso mohin.
Mirelas indiferente,
Y al rumor de mis pisadas
Hundieron la negra frente
Del nido cóncavo al fin.

Entonces de la alta cumbre
El sol rasgando la niebla
Derramose en viva lumbre
De trémulo resplandor;
Y en los pardos murallones
Trazó cuadros luminosos
Alumbrando los salones
De cenagoso color.

Y entonces á los reflejos
De la llama repentina
De aquellos rincones viejos
En la antigua soledad,
Bulleron miles de insectos
Asomando por las grietas
Monstruosos por lo imperfectos,
Raros por la variedad.

Y oíanse los cantares
Del tosco templo vecino
En compases regulares
Desvanecerse y crecer;
Y el órgano y las campanas
Al roto soplo del viento
Ya perdidas, ya cercanas
En él sus ecos mecer.

Pasó la noche sonora,
Pasó la mañana inquieta,
Mis años hora por hora
A contar triste volví.
Si hallé la vida cansada
Y lamenté su amargura,
Yo vivo con mi tristura,
Mas la torre quedó allí.

Muchos curiosos acaso
Por llegar á Fuensaldaña
Aceleraron el paso
De aquella noche despues;
Mas ¡ay de hombre mezquino!
¡Quién encontrará mañana
Entre el polvo del camino
La huella de nuestros piés!

LA DUDA (1).

Cuando al escribir en ellas
Contemplo tan lindas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.
Recuerdos teneis en ellas
Que desgarran la memoria,
Por mas que entre tantas flores
Estas espinas se escondan;
Que cuando un enamorado
En himno de amores llora
Mas que á cantar sus cantares
Su llanto á llorar provoca
Y los versos de ese muerto
Tanto en lágrimas rebosan,
Que removidas las mias
A mis pupilas asoman.
Y pues donde tantos cantan
Hay uno que llorar osa,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Si intento escribiros versos
Dentro la mente se agolpan
Cuantos primores y hechizos
La naturaleza aborta.
Que en este jardin de España
Las inspiraciones sobran,
Pues basta mirar la lumbre
Con que el sol le tornasola;
Los arroyos que le cruzan,
Los jazmines que le bordan,
Y las bellas que le pisan,
Cuantas maravillas brota,
Para entonar tantos himnos,
Tantas letras amorosas
Que antes que el canto se agote
Gastada el arpa se rompa.
Pero al ver lo que ese triste
Grabó ó lloró en estas hojas,
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

(1) Escrita en el album de una señora, en la hoja inmediata á la en que D. M. J. de Larra escribio un bello y sentido romance.

Pluguiera que en vez de versos
Mi pluma brotara rosas,
Porque al menos con las flores
Se pueden tejer coronas.
Pero á par de los cipreses
Si nacen flores se agostan,
Y donde los muertos hablan
Callar á los vivos toca.
Que el recuerdo del que muere
Mucho respetar importa,
Que acaso para velarnos
Quedó en la tierra su sombra.
Y aunque indecisa mi pluma
Tal vez dudando os enoja,
Y han de hacer mis desvaríos
Que de vergüenza me corra,
Perdonadme si os confieso
Que al contemplar estas hojas
Entre si llore ó si cante
Estoy dudando, señora.

Que *vos* mereceis los versos
Nadie en la villa lo ignora,
Y es tan claro por sabido
Que hasta dudarlo es lisonja.
Que *él* la memoria merece
Tampoco hay á quien se esconda,
Pues por triste y por amante
Le recordamos ahora.
Y así entre ambos dividida
La imaginacion dudosa
Los versos son para *vos*
Si le prestais la memoria:
Lo que en *vos* merece el sexo
En *él* merece la sombra,
Y lo que en *vos* la hermosura
En *él* la tumba lo abona.
Justo es con los dos hablando
Duden el *muerto* y la *hermosa*
Si es cantar ó si es lamento
Lo que les cantan ó lloran.

PARA VERDADES EL TIEMPO
Y PARA JUSTICIAS DIOS.

—

TRADICION.

I.

Juan Ruiz y Pedro Medina,
Dos hidalgos sin blason,
Tan uno del otro son
Cual de una zarza una espina.
Diz que Pedro salvó á Juan
La vida en lance sangriento,
Prendas de tanto momento
Amigos por cierto dan.
Pasan ambos por valientes
Y maneros en la lid,
Y lo han probado en Madrid
En apuros diferentes.
Ambos pasan por iguales
En valor y en osadía,
Pero en fama de hidalguía
No son lo mismo cabales.
Que es Juan Ruiz hombre iracundo,
Silencioso por demás,
Que no alzó noble jamás
El gesto meditabundo.
Ancha espalda, corto cuello,
Ojo inquieto, torbas cejas,
Ambas mejillas bermejas,
Y claro y rubio el cabello.
Y aunque lleva en la cintura
Largo hierro toledano,
Dale brillando en su mano
Mas villana catadura.
Y aunque arrojado y audaz
En la ocasion, rara vez
Carece su intrepidez
De son de temeridad.
Agil, astuto ó traidor,
Hijo de ignorada cuna,
Debe acaso á su fortuna
Mucho mas que á su valor.
Presentose há pocos años
De Indias advenedizo,
Diz que con nombre postizo
Cubriendo propios amaños.
Mas vertió lujo y dinero
En festines y placeres,
Aunque fué con las mugeres
Mas falso que caballero.
Hoy pasa pobre y oscuro
Una existencia comun,
Y medra ó mengua segun
Los dados le dan seguro.
Hombre de quien saben todos
Que vive de mal vivir,
Mas nadie sabrá decir
Por cuales, ó de qué modos.
Modelos en amistad
Ambos para el vulgo son,
Mas con Pedro es la opinion
Menos rígida en verdad.
Porque es Pedro, aunque arrogante
Y orgulloso en demasía,
Mozo de mas cortesía
Y mas bizarro talante.
De ojos negros y rasgados
Con que á quien mira desdeña,
Nariz corta y aguileña,
Con bigotes empinados.

Entre sombrero y valona
Colgando la cabellera,
Y alto en gesto en tal manera,
Que cuando cede perdona.
Mas si sombras de maton
Tales maneras le dan,
Tiénela mas de galan
Por su noble condicion.
Que no hay en Madrid muger
Que un agravio recibiera
Que á su espada no tuviera
Satisfaccion que deber.
Ni hay ronda ni magistrado
Que en revuelta popular
No le haya visto tomar
Ayuda y parte á su lado.
Tales son Ruiz y Medina,
De quienes por concluir
Fáltame solo decir
Que amaban á Catalina.
Es ella una moza oscura
De talle y de rostro apuesta,
Mas tan gentil como honesta,
Y como agraciada pura.
Amala Ruiz, pero calla,
Acaso porque su amor
Para muger de su honor
Palabras de amor no halla.
Él con ansia la contempla
Al abrigo del embozo,
Pero el ímpetu de mozo
Ante su virtud se templa.
Que es tan dulce su mirar
Que su luz por no perder
Cuando se quiso atrever
Solo se atrevió á callar.
Y es tan flexible su acento
Que para no interrumpirle
Tener es fuerza al oirle
Con los labios el aliento.
Medina, que fué soldado
Sobre Flandes por Castilla,
Y á los usos de la villa
De mas tiempo acostumbrado,
Suplicola tan rendido,
Tan cortés la enamoró,
Que ella amor le prometió
Como él fuere su marido.
« Eso sí, ¡por san Millan! »
Dijo Pedro con denuedo;
Y la calle de Toledo
Tomó en resuelto ademan.

II.

Contento Pedro Medina
Con su amorosa ventaja,
Mas á carreras que á pasos
Iba cruzando la plaza.
Saltábale el corazon
A cada paso que daba,
Y frotábase ambas manos
Bajo la anchurosa capa.
Los labios le sonreian,
Y los ojos le brillaban
Al reflejo que en el pecho
Despide la amante llama.
Las gentes le hacian sitio
Porque cerca no pasara,
Que segun iba resuelto
Que fuese audaz recelaban.
Mas él va tan divertida
En sus amores el alma,
Que ni vé donde tropieza,
Ni cura de los que pasan.
Topó al volver una esquina
Una vieja, y al dejarla
Derribada en tierra dijo:
« Nos casaremos mañana. »
Enredósele el estoque
En el manto de una dama,
Y rasgándole une tercia
Echola un voto de á vara.
Así dando y recibiendo
Encontrones y pisadas,
Dió por fin con la hostería
Donde su amigo jugaba.
Fué á la mesa, y preguntando
A Juan si pierde ó si gana,
Pidió vino y añadiole:
« Cuando acabes, dos palabras. »
Recojió Juan sus monedas,
Y terciándose la capa,
Sentóse al lado de Pedro
Diciendo bajo: « ¿ Qué pasa ? »
« Me caso, » dijo Medina,
Mirole Juan á la cara,
Y frunciendo entrambas cejas
Tosió, sin responder nada.
—« ¿ Qué piensas? preguntó Pedro. »
—« En tí y tu muger pensaba, »
Contestó Juan suspirando,
Con voz ronca y apagada.
—« ¿ Supondrás que es Catalina? »
—« Y lo siento con el alma. »
—« ¡ Cómo! » —« Porque tengo zelos. »
—« ¡ Por san Millan! » – « Yo la amaba. »
—« ¿ Y ella? » —« Nunca se lo dije,
Pero ocurrióseme... » —« ¡ Acaba! »
—« Para decirla mi amor
» Escribirla hoy una carta. »

Callaron ambos: Medina
Remedio al caso buscaba
El codo sobre la mesa,
Sobre la mano la barba.
Al fin como quien resuelve

Negocio que aflije y cansa
Pidió papel y tintero
Diciendo á Juan :—«¡ Por mi alma
» Que en mi vida en tal apuro
» Vacilar tanto pensaba ;
» Y á no serte tú quien eres
» Metiéralo á cuchilladas ;
» Pero escribe, y que responda
» A cual de nosotros mata. »
Escribió Juan, mas rasgando
Al mejor tiempo la carta,
—« Echemos, dijo, los dados
» Y al que la mayor le caiga
» Si es á mí la escribo al punto,
» Si es á tí, Pedro, te casas. »
Tiró Juan y sacó nueve ;
Y asiendo el vaso con rabia
Tiró Pedro y sacó doce,
Con que los dos se levantan.
Y atravesando la turba
Que curiosa los cercaba
Parten la calle en silencio
Dándose entrambos la espalda.

III.

Son á mi pensar los zelos
Delirio, pasion, ó mal,
A cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.
A manos de tal pasion
El mas cuerdo desespera,
Pues quien con zelos espera
Atropella su razon.
Si con zelos esperar
Es importuna porfía,
Ceder zeloso en un dia
Cuanto se amó, no es amar.
De zelos verse morir,
Y en silencio padecer,
Son zelos tan de temer
Cuanto duros de sufrir.
Y así con zelos amar
Vale casi aborrecer,
Pero con zelos ceder
Es igual que delirar,
Y si otro favorecido
Goza el bien que se perdió,
Se habrá el disfavor sentido,
Mas perdido el amor no.
Porque en quien goza favor
Sobra tal vez confianza,
Y zelos sin esperanza
Suelen guardar mas amor.
Si favor nunca tuvimos
Aun es suerte mas cruel,
Porque vemos ahora en él
Cuanto bien haber pudimos.
Y así pienso que son zelos
Delirio, pasion, ó mal,
A cuyo influjo fatal
Lloraran los mismos cielos.
Por eso llora Juan Ruiz
Zoloso y desesperado
El bien que Pedro ha ganado
Mas galan ó mas feliz.
Por eso en la soledad
Se mesa barba y cabellos,
Sin mirar que no está en ellos
Su amante fatalidad.
¡ Oh ! que no fueron antojos
Sus amorosos desvelos !
Que el amor que hoy le da zelos
Entrole ayer por los ojos.
«¿ Y por qué no me atreví ?»
Clama el triste en su afliccion ,
«¡ Y hoy acaso esta pasion
» Pudiera arrancar de mí !
» Mas volveré, ¡ vive Dios !
» ¿ Pero qué he de conseguir
» Si la he dejado elejir
» Marido de entre los dos ? »
Y á su despecho tornando
Semejábase en su afan
Una fiera á quien están
Dentro la jaula acosando.
Sin darse el triste solaz
Cruzaba el cuarto sin tino,
Pero no hallaba camino
De dar al ánima paz.
Silbaba al dejar rabioso
Paso al comprimido aliento,
Y hollaba con pié violento
El pavimento ruinoso.
Iba adelante y atrás
Sin reflexion que le acuda,
A la par pidiendo ayuda
A Cristo y á Satanás.
Túvose un momento al fin,
Y en el temblor que le aqueja
Se ve bien que se aconseja
Con un pensamiento ruin.
Volvió á girar otra vez,
Y otra á tenerse volvió,
En esto dobló un reló
En una torre las diez.
Entonces quedando fijo
Esclamó en la oscuridad :
« Hoy se casan, es verdad,
» Hace un mes que me lo dijo. »
Ciñó con esto el acero
Con desden á la cintura,
Y salióse á la aventura
La vuelta del matadero.

IV.

Es una noche sin luna,
Y un torcido callejon
Donde hay en un esquinazo
Agonizando un farol.
Un balcon abierto á medias
Por los vidrios de color
Arroja al aire en tumulto
De danza el confuso son.
Se oye el compás fugitivo
Que llevan con pié veloz
Los que danzan descuidados
Dentro de la habitacion,
Y se ven cruzar sus sombras
Una á una y dos á dos
En fantástica carrera
Y monótona ilusion.
La casa es la de Medina,
Que en ella á fiesta juntó
Sus amigos y parientes
Despues de traspuesto el sol.
Allí con franca algazara
Festeja á la que adoró,
De quien aguarda esta noche
Prendas de cumplido amor.
Está la niña galana
Cual nunca el barrio la vió,
Suelto en rizos el cabello
Que exhala fragante olor;
La falda de raso blanco
Y acuchillado el jubon,
Con vueltas de terciopelo
Azul de cielo el color.
Con una hebilla de plata
Ajustado el cinturon,
De donde baja en mil pliegues
Un encaje en derredor;
Y de un lazo de corales,
Que Pedro la regaló,
Lleva en una cruz de oro
La imágen del Redentor.
Tanta ventura en un dia
Nunca Pedro imaginó,
Y así anda desatentado
Girando en la confusion.
A cada vuelta se mira
En los ojos de su amor,
Y en la luz de aquellos soles
Se le quema el corazon.
Y en fin, para concluir,
Se cantó, cenó y bailó,
Como es costumbre en las bodas
Desde entonces hasta hoy;
Hasta que cansados unos
Del baile, otros del calor,
Las viejas del tardo sueño,
Los músicos de su son,
Los muchachos de la bulla,
Y los novios del honor
Que les hacen sus amigos
En tan precisa ocasion;
Despidiéronse uno á uno
Echando sobre los dos
Mas bendiciones que plagas
Causó á Egipto Faraon.
Quedáronse entrambos solos
La amada y el amador,
Por vez primera en la vida
A merced de su pasion.
Mirábala embelesado
El amoroso español,
Trémulo el rostro de gozo
Y de dicha el corazon.
Mirábale ella anhelante
Encendida de rubor,
Húmedos los negros ojos
Con tiernísima aficion.
Él diciéndola — ¡alma mia!
Diciéndole ella — ¡mi sol!
Entre el son de ardientes besos
De regalado sabor.
En esto en la estrecha calle
Temible ruido sonó
De voces y cuchilladas
En medrosa confusion.
Y al angustiado lamento
De uno que grita: — «¡Favor!
» ¡Ayudadme, que me matan!»
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol.
Asomose Catalina
Amedrentada al balcon
Llamando á Pedro afanosa
De algun daño por temor.
Alzó Medina la cara
Y la luz con ella alzó,
Pero apenas el reflejo
Dió en el rostro de su amor,
Una estocada traidora
Por el costado le entró.
Lanzó un grito el desdichado
Que partia el corazon,
Lanzó la hermosa un gemido
De intensísimo dolor
Y el moribundo Medina
Volviendo el gesto á un rincon,
Hácia una imágen de Cristo
De quien devoto vivió,
Dijo espirando: — «Soy muerto.
» ¡Acorredme, Santo Dios!»
Y quedó tendido en tierra
Sin movimiento y sin voz.
Alzose á su lado un hombre,
Y diciendo en ronco son

« ¡ Maldita sea mi alma ! »
Mató la luz y escapó.

V.

Tuvieron así los años
Uno, dos, tres, hasta siete,
Embozada en el misterio
Aquella impensada muerte.
En vano acudieron pronto
Vecinos á socorrerle,
Para vengarle los hombres,
Para mentir las mugeres.
En vano salieron unos
Casi desnudos á verle,
Y otros salieron jurando
Armados hasta los dientes.
Nada sirvieron entonces
Ni jubones ni broqueles;
Medina quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
En vano son las pesquisas
De los irritados jueces,
En vano son los testigos,
Las citas y los papeles.
En vano el caso averiguan
Una, dos, tres, quince veces;
Cada vez mas se confunden
Los golillas y corchetes.
En vano sobre la rastra
Anduvieron diligentes
Olfateando la presa
Los alanos de las leyes.
Porque todos son testigos,
Todos declaran contestes,
Todos son los agraviados,
Mas ninguno delincuente.
Hubo alborotos por ello,
Y pendencias mas de veinte,
Mas Pedro quedó sin vida,
Y sin justicia el aleve.
Catalina le lloraba
Desconsolada y doliente
Minutos, horas y dias,
Noches, semanas y meses.
Un año estuvo en el lecho
Con accesos de demente,
Y un año á su cabecera
Veló Juan Ruiz sin moverse.
Dió con la puerta en los ojos
A padrinos y parientes
Diciendo : — Mientras yo viva,
No faltará quien la vele.
Y en vano le murmuraron
De tal conducta las gentes;
Juan se mantuvo constante
A la cabecera siempre,
Sin que á sondear su alma
Alcanzara algun viviente
A través de la reserva
Y el misterio que mantiene.
Curose al fin Catalina,
Y el tiempo, que tanto puede,
Siendo remedio y sepulcro
De los males y los bienes,
Volvió la luz á sus ojos,
Y el pudor volvió á su frente,
Y el talisman de la risa
A sus labios trasparentes;
Y salió ufana diciendo
A cuantos por verla vienen
Que la vida con que vive
Solo á Juan Ruiz se la debe.
Este, á pretesto de amigo
Del triste que en polvo duerme,
No se aparta de su lado
Hasta que la noche viene.
Entonces á lentos pasos
La esquina inmediata tuerce,
Y en las revueltas del barrio
Como un fantasma se pierde.
Mas no faltó en él alguno
Que á media voz se atreviese
A decir que cuando pasa
Por ante el Cristo se tiene,
Y el embozo hasta los ojos,
El sombrero hasta las sienes,
Cruza azaroso la calle
Como si alguien le siguiese.
En estas conversaciones
Cada vez menos frecuentes
Pasaron al fin los años
Uno, dos, tres, hasta siete.

VI.

Pagada la Catalina
De amistad tan firme y tierna,
De tanto afan y desvelos,
De tan rendida fineza,
Escuchó á Juan una tarde,
Los ojos fijos en tierra,
Dulces palabras de amores
De la balbuciente lengua.
Instó un dia y otro dia,
Quedó siempre sin respuesta,
Volvió á sus ruegos Juan Ruiz,
Volvió á su silencio ella.
Pasose un mes y otro mes,
Y tornó Ruiz á su tema,
Y tornó á callar la niña
Entre enojada y risueña.
Mas tanto lidió el galan,
Tanto resistió la bella,
Que al cabo la linda viuda
Dijo á Juan de esta manera :
« Puesto que es muerto Medina,
» (¡ Dios en su gloria le tenga !)

» Y por siete años cumplidos
» Mi fé le he guardado entera,
» Y él ha visto nuestro amor
» Allá de la vida eterna,
» Os daré, Juan Ruiz, mi mano
» Y mi corazon con ella.
» Amigo de Pedro fuísteis,
» Y yo os debo la existencia,
» Con que es justo, á mi entender,
» Os cobreis entrambas deudas.»
Púsose Juan Ruiz de hinojos
A los piés de la doncella,
Y asiéndola las dos manos
Humildemente las besa.
Acordáronse las bodas,
Mas Catalina aconseja
Que sean cuando él quisiese,
Pero que sin ruido sean.
Las malas mañas ó antojos
O tarde ó nunca se dejan,
Y Juan en su mocedad
Gustó de bulla y de fiesta.
Así aunque pocos convida
Para que á las bodas vengan,
Buscó unos cuantos amigos
Que le alegraran la mesa.
Trajo vinos los mejores,
Y viandas las mas frescas,
Y apuntó por hora fija
De noche las diez y media.
Gustaba Juan sobre todo
De cabezas de ternera,
Y asábalas con tal maña
Que á cualquier gusto pluguieran.
Gozaba en esto gran nombre
Entre la gente plebeya,
De tal modo que le daban
El apodo de *Cabezas.*
Ocurrióle á media tarde
Darse á luz con tal destreza
Y embozándose en la capa
Salió en busca de una de ellas.
Mataban aquella tarde
En el Rastro una becerra,
Compró el testuz y cubriole
Asido por una oreja.
Volvió á doblar el embozo,
Y contento con la presa
De la calle en que vivia
Tomó rápido la vuelta.
Iba Juan Ruiz con la sangre
Dejando en pos roja huella
Que marcaba su camino
Sobre las redondas piedras.
En esto entrando en su barrio,
Al doblar una calleja
Dos ministros de justicia
Le pasaron muy de cerca.
Él siguió y pasaron ellos,
Advirtiendo con sorpresa
La sangre con que aquel hombre
El sitio que anda gotea.
Él siguió y tornaron ellos
Por sobre el rastro que deja,
Hasta entrar en otra calle
Oscura, sucia y estrecha.
En un rincon embutida
A la luz de una linterna
De Cristo crucificado
Se ve la imágen severa.
Parose Juan; los corchetes,
Que en el mismo punto llegan,
Viendo que duda y vacila
En faz de preso le cercan.
— «¡Fuera el embozo! gritaron :
« Muestre á la luz lo que lleva. »
Volvió los ojos al Cristo
Juan, y helósele en las venas
A una memoria terrible
Cuanta sangre hervia en ellas.
— « ¡Fuera el embozo! » repiten,
Y él acongojado tiembla,
Sintiendo un cambio espantoso
Que pasa en su mano mesma.
Quiso hablar, y atropellado
Un ¡dejadme! balbucea.
Deshiciéronle el embozo,
Y mostrando Ruiz la diestra
Sacó asida del cabello
De Medina la cabeza.
—«¡Acorredme, Santo Dios!»
Grita aterrado y la suelta;
Mas la cabeza oscilando
Entre los dedos le queda.
«¡Yo le maté! clamó entonces,
» Hoy há siete años, por ella.»
Y sin voz ni movimiento
Cayó desplomado en tierra.

CONCLUSION.

Y así fué que aquella noche
De sangrienta confusion,
En que al ruido de una riña
Pedro á la calle bajó
Con el estoque en la diestra
Y en la siniestra el farol,
No era en ella otro que Ruiz
Quien llevaba lo mejor.
Como un iman á una aguja
Arrastra constante en pos,
Como una serpiente á un pájaro,
A una paloma un halcon;
Entorpecen y fascinan
Sin que ala ni pié veloz
Para huirle les acudan;
A impulsos de su pasion

Anduvo así Juan vagando
De la fiesta en derredor.
Y oia por las ventanas
De danza el confuso son,
Y via cruzar las sombras
Una á una, y dos á dos,
En fantástica carrera
Y monótona ilusion.
Así lloraba acosado
De sus zelos y su amor,
Cuando oyó de una pendencia
Vivo y cercano rumor:
Cerrose en ella á estocadas
Tan sin acuerdo y razon,
Que á cuantos hubo á las manos
Adelante se llevó.
En esto acudió Medina,
Y Catalina al balcon
De la suerte recelando
Acelerada salió.
Mas al ver cual afanosa
Curaba ella de otro amor
Cegaron á Ruiz los zelos,
El despecho le embriagó;
Y al tiempo que alzaba Pedro
El brazo con el farol
Matóle á la faz de Cristo
Como villano á traicion.
De entonces, en los siete años,
Despues del hecho traidor,
Ni una sola vez de miedo
Por ante el Cristo pasó.
Llegó la primera al cabo,
Y en ella al cielo ocasion
De mostrar que hay infalibles
Tribunales solo dos
De irrevocable sentencia
Sin cotos ni apelacion.
Para verdades el TIEMPO
Y para justicias DIOS

LA VIRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ(1).

Stabat Mater dolorosa
Justa crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.

Velaba entonces el cielo
Su lumbre en opacas nieblas,
Y crespon de tanto duelo
Tendió la sombra en el suelo
Anchos pliegues de tinieblas.

Ni un pájaro por el viento,
Ni una fiera por la roca,
Ni entre el musgo amarillento
Asoma reptil hambriento
La desenterrada boca.

Ni el ronco mar á lo lejos
En sordo tumulto brama,
Vibrando en turbios espejos
Tornasolados reflejos
Que por la playa derrama.

Ni una brisa; ni un gemido
El aire pesado encierra,
Que doliente y abatido
Yace sin fuerzas tendido
Las alas contra la tierra.

Grupos de nubes impuras
En la alta region inmobles
Ciñen en bandas oscuras
La lumbre de las alturas
Con sus cortinajes dobles.

Ráfaga de luz sangrienta
El negro ambiente cruzando
Amaga pronta tormenta,
Una natura alumbrando
Dormida ó calenturienta.

La rosa que el aura riza
Se dobla en el tallo seca,
Y de la yerba pajiza
Sostiene la raiz hueca
Campo estéril de ceniza.

Y del desierto á la entrada
En torpe paso el Jordan
Arrastra el agua pesada;
Una con otra amarrada
Sin ruido las ondas van.

Y en los anchos arenales;
Por donde las ondas crecen,
Los penachos desiguales
Saludándolas no mecen
Palmas y cañaverales.

Todo entre sombras callaba;
El mundo en reposo inerme
Curioso se contemplaba,
Cual de despertar acaba
Un hombre, y duda si duerme.

Víanse al lejos enhiestas
Cerrando los horizontes,
En dobles hileras puestas,
Las enmarañadas crestas
De los escarpados montes.

Entre los troncos desnudos
Alzando las blancas losas
Los esqueletos agudos
Sacaron de asombro mudos
Las calaveras medrosas.

Ninguno osó preguntar
Lo que era triste saber,
Ninguno acertó á dudar

(1) Dedicada al acreditado D. José Gutierrez, que pintó en el Liceo artístico una bellísima *Dolorosa*.

Lo que salió á contemplar,
Y alcanzó temblando á ver.
Allí Adan el pecador
Asomó el gesto confuso
Mirando en su derredor;
De rodillas de pavor
Sobre la piedra se puso.
—¿Es esa mi raza...? dijo
Hiriendo la calva frente,
Y llorando se maldijo,
A su Dios mirando fijo
En un palo entre su gente.
Secos, vacilantes, flojos,
Malditos en él tambien
Los otros yertos despojos
Volvieron hácia Salen
Los sin luz cóncavos ojos.
Allá en la vasta llanura
Está la impía ciudad,
Como meretriz impura
Que falsa ostenta hermosura
Merced á la oscuridad.
Y el Gólgoto misterioso
Levantado detrás de ella
Entre ufano y vergonzoso
Con un suplicio horroroso
Rota la frente descuella.
Estaba en honda agonía
Al pié de la cruz llorosa
La Madre Vírgen María,
Y de la cruz afrentosa
El Hijo muerto pendia.
Desgarrado el santo pecho,
Herido y alanceado,
Y en el madero derecho
Desconocido y deshecho
El cuerpo descoyuntado.
Tan rasgadas las heridas
De ambos piés y de ambas manos,
Que cayeran divididas
A no estar tan sostenidas
En brazos tan soberanos.
Y porque culpa tan fea
Ofrenda tan santa borre,
La hirviente sangre gotea,
Y en el peñasco en que corre
Avaro el viento la orea.
Allí por tierra postrada
Moribunda y desolada
La castísima María,
Con el suplicio abrazada
La ardiente sangre bebia.
Y parado el mundo entero
Asombrado la miraba,
Que sola en dolor tan fiero
A su Dios muerto lloraba
Al pié del santo madero.
—¡Ella llora, y yo pequé...!
Madre amorosa, perdon,
Que yo le crucifiqué,
Yo su sangre derramé
Y manché la creacion!
Yo le robé de tus brazos,
Sin respeto á su deidad;
Le até con estrechos lazos
Para arrancarle, es verdad,
Las entrañas á pedazos.
Y tú, Madre, en tu dolor
Mesándote los cabellos
Al verdugo matador
Tendiste los brazos bellos,
Demandándole favor.
Por templar su sed rabiosa,
Tú, Madre de Dios bendita,
Pálida la faz de rosa,
Te prosternaste llorosa
Ante la raza maldita.
No humana, de tigres fué;
Que si te vieron acaso,
Los hombres en quien pequé,
Cual brezo que estorba el paso,
Te apartaron con el pié.
¡Tú hollada, Vírgen, así...?
¡Tú, que pisas de rubí
Vistosa, viviente alfombra,
Y besa el ángel tu sombra
Si pasa cerca de tí!
¡Tú, de estrellas coronada,
Del ardiente sol vestida,
Y de la luna calzada
Tan triste y tan dolorida
Por raza tan condenada!
¡Tú llorando, Madre mia,
Cuando una lágrima tuya
El mundo rescataria,
Cuando el tiempo le concluya
En el postrimero dia!
¡Tus ojos llorosos tanto
Cuando al sol prestan su luz?
¡Oh Madre, por tal quebranto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pié de la santa cruz!

—

Yo tengo un recuerdo
De edad mas dichosa;
Tú, Madre amorosa,
Lo sabes tal vez.
Entonces alegre
De afanes segura,
Soñaba ventura
Mi loca niñez.
Brindábame entonces
La vida placeres,
No ví en las mugeres
El mal del amor.

Reia y cantaba
Un dia, otro dia,
Y siempre el que huia
Tornaba mejor.
Que aun no me acosaban
Mis débiles años
Con duelos y engaños
De vana amistad;
Aun no de mis horas
De paz y esperanza
Rompió la balanza
La estéril verdad.
El aire era un velo
De ricos colores,
Brotaban las flores
A impulso del sol;
La noche tranquila
Que en paz me velaba
Del cenit colgaba
Su turbio farol.
La vida era un sueño
Ligero y flotante;
Finji delirante
Del mundo un jardin,
Creí que los dias
Que pasan huyendo
Felices volviendo
Serian sin fin.
Entonces ¡oh Madre!
Recuerdo que un dia
Tu santa agonía
Contar escuché:
Contábala un hombre
Con voz lastimera;
Tan niño como era
Postreme y lloré.
El templo era oscuro:
Vestidos pilares
Se vian, y altares
De negro crespon;
Y en la alta ventana
Meciéndose el viento
Mentia un lamento
De lúgubre son.
La voz piadosa
Tu historia contaba;
El pueblo escuchaba
Con santo pavor.
Oia yo atento,
Y el hombre decia:
«¡Y quien pasaria
» Tamaño dolor!
» El Hijo pendiente
» De cruz afrentosa,
» La Madre amorosa
» Llorándole al pié... »
El llanto anudome
Oido y garganta,
Con lástima tanta
Postreme y lloré.
La voz conmovida
Seguia clamando,
El viento zumbando
Seguia á la par;
El pueblo lloraba
Postrado en el suelo,
Contaba tu duelo
La voz sin cesar.
Mi madre á sus pechos
Mi pecho oprimiendo
Posaba gimiendo
Sus labios en mí;
Y yo, Santa Vírgen,
En son de querella
No sé si por ella
Lloraba, ó por tí.
Tu imágen estaba
Doliente á mis ojos
Mi madre de hinojos
Oraba á tus piés:
Por quién lloró entonces
Mi pecho aflijido
Ya nunca he podido
Saberlo despues.
Mi madre tan jóven,
Tan bella y penada!
Mi madre adorada
Llorando tambien!
Perdon ¡oh María!
Soy hijo y la adoro,
Su aliento y su lloro
Quemaban mi sien.
Convulso, agitado,
En ámbito estrecho
Latir en su pecho
Sentí el corazon;
El niño creia
Y oró al crucifijo...
El niño era hijo
Y ahogó su oracion.
Ha poco en mis horas
De cuita y de duelo
Amparo en el cielo
Con ansia busqué;
Tu nombre me trajo
Mi fé solitaria,
Y en honda plegaria
Tu nombre invoqué.
Que yo tambien lloro
Mundanos pesares,
Tambien tengo altares,
Y fé y religion:
Que el gozo y la risa
Que ostento en la frente
Del alma doliente
La máscara son.

¡Ay triste! olvidado
No hallé en mi abandono
Mas luz que tu trono,
Mas paz que tu amor;
Y ciego y perdido
Sin lumbre y sin guia,
A tí te pedia
Llorando favor.
A tí que llorabas
El dia tremendo
Que viste muriendo
Al Dios de la luz:
¡Oh Madre! que el dia
De cuentas y espanto
Me salve tu llanto
Al pié de la cruz!

—

¡Madre mia! si en tu cielo
Se oye el murmullo mundano,
Y mi cántico liviano
En su cóncavo sonó;
Si la estéril armonía
Llegó á tí del arpa loca,
Y los himnos que mi boca
Sacrílega murmuró;
Tiende los divinos ojos
¡Oh Madre! desde la altura,
Que es polvo la criatura
Cieno y nada encontrarás;
Que en la senda de la vida
Cada paso que adelanta
Mas débil la torpe planta
Se acerca á su nada mas.
Acuérdate, Madre Vírgen,
Que allá en la niñez tranquila
Por tí la clara pupila
Con mis lágrimas nublé;
Que hubo un dia en que escuchando
La historia de tus pesares,
Delante de tus altares
Acongojado lloré.
Olvídate que insensato
Sin curar de tus dolores
Canté profanos amores
Del arpa lúbrica al son;
Acuérdate que nacido
De flaca y terrena gente,
Tengo de tierra la mente,
Y de tierra el corazon.
Acuérdate, Madre mia,
Que nací niño y desnudo,
Y que hoy á tus piés acudo
Mi nada al reconocer.
Que mi lengua irreverente
Cambia en himnos inmortales
Los cánticos criminales
Que alzó delirando ayer.
Pues mi postrera esperanza
En tu noble amparo fijo,
Ruega ¡oh Madre! por un hijo
Al Dios que engendró la luz.
Y en aquel tremendo dia
De justicias y de espanto,
Que me salve á mí tu llanto
Al pié de la santa cruz.

NAPOLEON.

« No hay mas que yo; dobléguense las leyes
» Ante la ronca voz de mis legiones:
» Romperé el áureo cetro de los reyes
» En su espantada frente á las naciones.»
D. Juan Donoso Cortés.

I.

Dos gigantes los siglos nos trajeron,
Los dos en el desierto se encontraron,
Cuando grandes los dos se concibieron
De hito en hito los dos se contemplaron.
Sentóse el hombre al pié del monumento,
Y el monumento dijo: ***Este es el hombre;***
Y el hombre al ver desde tan alto asiento
Esta es, dijo, *la cifra de mi nombre.*
De sus cañones el discorde arrullo
Su altivo ser le trajo á la memoria.
« Aquí debí nacer,»—dijo su orgullo;
« Aquí debo morir,»—dijo su gloria.
Con sus ojos midió la vasta mole,
Y murmuró pasándolos al cielo:
« Quien allí su bandera no enarbole
» Una oruga no mas será en el suelo.
» No valen cien coronas una estrella,
» Ni valemos un sol todos los reyes!
» Que el tiempo airado la cerviz nos huella,
» El sol alumbra y queman nuestras leyes.»
Unos grandes allí su tumba abrieron,
É intentarlo era grande solamente,
Mas pensar en su orgullo no pudieron
Que era solo á sus piés tender la frente.
Allí depositaron sus despojos
Por guardarlos así de ojos humanos
Porque al mirar su tumba humanos ojos
Se creyeran imbéciles ó enanos.
¡Aquí está Napoleon! dijo pasando
De la inmensa pirámide las puertas,
Y las momias de Egipto despertando
Miraron por las urnas entreabiertas.
Las huecas calaveras asombradas
El gesto inmoble á Napoleon tornaron:
¡Aquí está Napoleon! y atrailladas
En derredor del vivo se juntaron.
Inclinaron las pardas osamentas
La seca frente y los desiertos ojos

Para oirle, y cayeron macilentas
A su tremenda voz todas de hinojos.
Contó los esqueletos trasparentes
El vivo con los suyos triunfadores,
Y unió á los nombres de las calvas frentes
Sus vasallos, monarcas, ó señores.
Y no encontrando á su grandeza leyes
Gritó hiriendo los huesos con la planta:
« *Yo soy emperador*, *¡fuera los reyes!* »
Y su vibrante voz la turba espanta.
Revolvió entonces la imperial mirada....
Nada en el ancho cóncavo vivia.
Solo su desdeñosa carcajada
Entre las tumbas resbalar se oia.
Grabó su nombre colosal en ellas
Sello gigante de gigante gloria,
Porque agobiado con sus hondas huellas
Libro fuera el desierto de su historia.
Salió del corpulento cementerio
Diciendo á los cadáveres hollados:
« *Napoleon vino á visitar su imperio.* »
Y en el desierto entró con sus soldados.
Las sombrías pirámides le vieron
Cruzar el arenal con pié tranquilo,
Y allá á lo lejos saludarle oyeron
Con asombrado á Dios al ronco Nilo.

II.

El hombre no existe ahora,
Que el tiempo al plegar las alas
La lámpara de la vida
El aire azotando apaga.
Las moles allí quedaron,
Y las osamentas calvas
En las urnas todavía
La voz del ángel aguardan.
Ellas descansan tranquilas
En su portentosa estancia,
Que las cobija orgullosa
Como ataud y montaña;
Y él duerme al pié de una roca
Entre las ondas amargas
Donde su nombre salpican
Las espumas y las algas:
Porque la isla compasiva
Le recojió en sus entrañas,
Donde con su peso abruma
La lápida hospitalaria
Al que quiso alzar el cielo
Sustentándole en la espalda.
¿Quién es el gigante ahora?
¿Quién de los dos es la página,
Las moles de aquel desierto,
O el nombre de las batallas?
Sobre ambos los huracanes
Mugiendo y quemando pasan,
En ambos el mismo cielo
Su noche y su luz derrama;
Ambos yacen solitarios
Sin antorchas y sin guardas
En palacios de reptiles
Que en torno lentos se arrastran
Sin respeto á su grandeza,
Ni noticias de su fama.

—

« ¡Aquí está Napoleon! » dice su nombre
Sobre las moles del desierto escrito,
Y donde alguna vez firmó aquel hombre
Todo nombre mortal quedó proscrito.
Delante de su nombre anonadados
Se olvidan hoy cuantos la tumba encierra,
Y su gloria y poder desesperados
Envidian los monarcas de la tierra.
Miró al nacer la miserable gente
A que el destino su destino amarra,
Y viéndose leon alzó la frente
Mostrando al mundo la robusta garra.
El mundo se humilló despavorido,
Y al rastro de su pié le ató altanero:
El mundo entero sorprendió atrevido,
Y un pueblo echó sobre él el mundo entero.
Numeró sus millones de soldados
Y trepó vencedor á la montaña:
Contó allí nuestros pueblos descuidados,
Y entre los suyos dividió la España.
Bajó osado y alegre á la llanura
Como á la fiesta va galan mancebo,
Avaro de la sombra y la frescura
De su soñado territorio nuevo.
De este jardin que coronó de flores
Pródiga y perfumada primera,
Do marcan el compas los ruiseñores
Del paso del arroyo en la pradera.
Donde brota entre juncos y espadañas
Para dar sed la fuente cristalina,
Y crece al pié de las pajizas cañas
Rica de olor la rosa purpurina.
Donde el ardiente sol que nos da el dia
Tiñe la tez, los ojos y el cabello
De la altiva morena que daria
Antes que al yugo á la cuchilla el cuello.
Pero en vez de las zambras bulliciosas,
Y de lindas bellezas orientales,
Entre guirnaldas encontró de rosas
Hierros de lanzas y hojas de puñales.
Pirámide mas dura que el desierto
Le mostró nuestro suelo en sus jardines,
Que supimos aquí doblar á muerto
Con copas de cristal en los festines.
No tiene, no, el leon de ambas Castillas
La doble garra por adorno vano;
Pirámides de lanzas y cuchillas
No admiten nombre, ni buril, ni mano.

III.

¡¡ Paz al coloso!!—Formidable sombra,
Tal vez mi lengua te insultó importuna;
No te ladra mordaz cuando te nombra:
Solo quien te rindió fué *la fortuna.*
Tú bien sabias que la inmensa mole
Que no llenan los hombres es el cielo,
Quien allí su bandera no enarbole
Una oruga y no mas será en el suelo.
Él te enseñó que los colosos huella
El tiempo al fin con iracundas leyes,
Que cien tronos no valen una estrella,
Y no valeis un sol todos los reyes.
Dijiste: «*Soy el grande de la tierra,*
» *No tengo en ella ya digno enemigo.*»
Grande mi pátria te llamó á la guerra,
Porque eras grande tú, lidió contigo.

LA SORPRESA DE ZAHARA (1).

ROMANCE DE 1481.

I.

Está Zahara en una altura
Entre montaña y colina
Sentada en la peña dura,
Que asoma la cresta oscura
Por entre Ronda y Medina.
Cuando encienden los cristianos
De noche hogueras en ella,
No distinguen los paisanos
Si son sus fuegos lejanos
Luz de atalaya ó de estrella.
Y al bajar al occidente
Confunde la luz del sol
Las lágrimas de la fuente
Y el arnés resplandeciente
Del centinela español.
Y si alguna nube errante
Del valle exhalada sube,
Parece el pendon flotante
Hijo de la blanca nube
Que va saltando delante.
Allí los moros pusieron
Sus atalayas un dia;
Un foso despues abrieron,
Y la villa concluyeron
Porque el invierno venia.
Tuviéronla muchos años
De los cristianos guardada,
Y con mil modos estraños
Causáronles muchos daños
En guerra tan prolongada.
Que á la sombra guarecidos
De las huertas y olivares
Bajaban como bandidos,
Y robaban atrevidos
Alquerías y lugares.
Los cristianos toleraban
Con rabia tales desmanes
Y vengarse meditaban,
Mientra ufanos ocupaban
La villa los musulmanes.
Estos, por cierto, valientes,
Eran pocos, confiados
En el brio de sus gentes;
Los otros, que eran prudentes,
Los cojieron descuidados.
Con fosos y torreones
Guarda hoy la morisca villa
En sus pardos murallones
Los sobrepuestos blasones
De Aragon y de Castilla.
Que los nuestros la asaltaron
Y guardarla no supieron
Los moros que la fundaron;
Cinco veces la ganaron
Y otras cinco la perdieron.
Por eso los vencedores
Alzaron doble muralla,
Y alzaron torres mayores
Para quedar los mejores
En el sol de la batalla.
Por eso una sola senda
Dejaron en todo el cerro,
Porque mas fácil se atienda
La sola puerta de hierro
Si se empeña la contienda.
Por eso están los cristianos
Malamente entretenidos
En casa de los villanos,
En pensamientos livianos
Con las mozas divertidos.
Que osados y licenciosos
Son además los soldados
Cuando en puestos apartados
Les dejan vivir ociosos
Por fuertes ó por cansados.
Pero avaros de venganza
Mas advertidos los moros
Hicieron punta á su lanza,
Mientras ellos en holganza
Jugaban zambras y toros.
« De mas á esos perros ya
» La villa estuvo sujeta, »
Dijeron; « vamos allá,
» Que por nosotros está
» La voluntad del Profeta. »
Misteriosa espedicion

(1) Esta poesia se publicó en el periódico *El Español* tal como está: el autor se ha abstenido de hacer en ella algunas correcciones de que tenia por cierto grave necesidad; pero acaso correjida seria enteramente nueva.

Propusieron á tal fin;
Y para aquesta ocasion
Dieron gentes en union
La Alhambra y el Albaicin.
Salio el viejo rey Hazém
Con gente muy escojida,
Y dicen los que le ven:
—« Ala te lleve con bien
»Y vuelvas con honra y vida. »
Saludoles al pasar
El musulman con la mano,
Diciendo, el arco al cruzar:
«—Le tengo de festonar
»Con cabezas de cristiano.»

—

La tarde estaba nublada,
El viento ronco mugía
Y gruesa lluvia pesada
La noche apenas entrada
En anchas gotas caia.
Veló medrosa la faz
La luna entre nubes pardas,
Y brilló en la oscuridad
El relámpago fugaz
En broqueles y alabardas.
Caidos los martinetes
Sobre las mojadas telas
Revueltas en los almetes,
Caminaban los ginetes
El lodo hasta las espuelas.
Mohino el rey por demás
Iba escuchando el rumor
De los pasos á compás,
Despues iba un atambor
Y los soldados detrás.
Iban entre los peones
En vez de picos y palas
Y estrepitosos cañones,
Muchos moros con escalas
Para entrar los torreones.
La luz del siguiente dia
Apenas cumplida fué,
Ya Zahara se descubria;
Llegó la noche sombría
Y la tocaron al pié.
Contó el rey cuidadosamente
Las hogueras y señales,
Consultando diligente
Sus espías y su gente
Partió en dos bandas iguales.
Guardando el cerro dejó
Los ginetes y escuderos;
Y él mismo despues trepó
Con algunos caballeros
Y soldados que tomó.
Seguia la tempestad,
Zumbaba agitado el viento
Rodando en la oscuridad
Y azotando la ciudad
Con temeroso concento.
Se oia caer bramando
La lluvia de las montañas
De peña en peña chocando,
A la llanura arrastrando
Espinos, olmos y cañas.
Y en el alto torreon
Aturdido el centinela
Murmuró humilde oracion,
Acurrucado al rincon
De la covacha en que vela.
Y al calor de su gaban
Con el monótono arrullo
Que allí las aguas le dan,
Durmió rendido su afan
Oyendo el vago murmullo.
Soltó la lanza su mano,
Fijó el rostro en la rodilla,
Y así soñó el veterano
Una aurora de verano
En un lugar de Castilla.

II.

Es grato en el blando lecho
Oir el viento que brama,
Y el agua que se derrama
Sobre los techos rodar,
Oir en la estrecha calle
El rumor acelerado
De las armas del soldado
Que acaban de relevar.
Y en confuso remolino
Oir crecer la tormenta
Que cambia al pasar violenta
Las veletas del metal.
Y oir zumbar sacudida
La mal sujeta campana,
Y oir en la ancha ventana
Temblar hendido el cristal.
El desvelado maldice,
El tímido infante llora,
La madre le mece y ora
Con religioso pavor:
El enfermo se acongoja
Y el amante desespera,
Que acaso vela y le espera
Entre las rejas su amor.
Los de Zahara silenciosos
O velaban ó dormian:
Solo en la villa se oian
En la densa oscuridad
El agua de las goteras,
El vago mugir del viento
Y el ronco y medroso acento
De la negra tempestad.

Solo en apartada torre
Del mal guardado castillo
Con el fulgor amarillo
De una lámpara al morir,
Velan algunos soldados
Y se siente desde fuera
El rumor de una quimera
Y jurar y maldecir.
Se sienten sus carcajadas,
Sus apodos insolentes,
Que en todo hallan tales gentes
Contentamiento y placer.
Se juntan en borracheras
Para acabarlas riñendo,
Y vuelven en concluyendo
Desde reñir á beber.
Y en el calor de las orgías
Y el vapor de los licores
Disertan de sus amores
En obsceno platicar;
Que su lengua irreligiosa
Sin respetos y sin vallas
Solo de sangre y batallas
O mugeres ha de hablar.
De estas se miran algunas
Con los soldados mas mozos
En impúdicos retozos
Y deshonesto ademán,
Que osadas y descompuestas
O blasfemando ó riñendo
Hasta embriagarse bebiendo
Desatinadas están.
La trémula llamarada
De una hoguera agonizante
Presta á su rudo semblante
Una espresion mas feroz;
Y recibiendo la bóveda
La algazara en su ancho hueco
Remeda con largo eco
La desentonada voz.
Harto de vino y de amores
En dos bancos apoyado
Cantaba un viejo soldado
Al son de un roto rabel,
É hiriendo á compás la mesa
Con plato, copa ó cuchillo,
Ahullaban el estribillo
Ellos y ellas con él.
Brindaban, y á cada brindis
Insensatos blasfemaban,
Y reian y danzaban
Completando la embriaguez;
Y sus sombras en silencio
Gigantescas agitadas
Cual fantasmas convidadas
Erraban por la pared.
—«¡A ellos!»—gritaron voces,
Y entraron el aposento
Diez á diez y ciento á ciento
Los moros del rey Hazém,
Y apenas á las espadas
Acudieron los cristianos,
Les cercenaron las manos
Y las cabezas tambien.
Lidiaron acaso algunos,
Pero tantos les entraron,
Que al fin les acuchillaron
Con las hembras á la par.
A los gritos de los moros
Los cristianos despertaban;
¡Pero los tristes se hallaban
Cautivos al despertar!
La soñolienta pupila
Prestaba crédito apenas
A las cuerdas y cadenas
Con que atados dos á dos
Por los árabes se vieron,
A quienes con lengua y ojos
Pedian piedad de hinojos
En el nombre de su Dios.
Las lágrimas de las madres,
De los niños los sollozos,
Los esfuerzos de los mozos,
El dolor de la vejez,
Son inútil resistencia,
Porque á todos los infieles,
Atados como lebreles
Los arrastran á la vez.
En vano lucha la vírgen
Desesperada con ellos,
Que con sus propios cabellos
Mordaza ó cordel la dan;
En vano niños y enfermos
Yacen sin fuerzas postrados,
En tropel como ganados
Todos á los hierros van.
Fueron por Dios tristes horas
Las de noche tan sangrienta;
¡A quien de allá pidan cuenta
Malas cuentas ha de haber!
Que si hay justicia en los cielos
De tanta vida inocente,
Una vida solamente
Ha muy mal de responder.

III.

Medrosa de tanto duelo
Subió al oriente la aurora
Entre cortinas de nubes
Que la apagan ó la embozan.
Lloraba el cielo por ellas
Hilo á hilo, y gota á gota,
Sin que el sol tornasolara
Las lágrimas con que lloran.
Andaba el aire aturdido

Sin hallar sitio en la atmósfera,
Que asaltada por la lluvia
Entre la lluvia se ahoga;
Y tanta gala los cielos
Ostentan cuando la acosan
Que con mundos de cristal
La bloquean y la toman.
Lloraba el cielo por Zahara
Que acaso por pecadora
La castiga, y ver no quiere
Los males con que la azota.
Cerrose en agua, y con ella
Cerró su misericordia;
Vendó con nieblas sus ojos,
Y su clemencia hizo sorda
Por no ver al rey Hazém
Que en medio la gente mora
Amarró dos mil cristianos
Al carro de su victoria.
Cabalgaba el agareno
Sobre una yegua de Córdoba
Con la crin hasta el estribo,
Y hasta la tierra la cola:
Y como el cielo la empapa
En las aguas que la mojan,
La cola y la crin parecen
De espumas, algas y esponjas.
La plaza cercan los moros
Donde dos á dos arrojan
Los cristianos que cautivan,
Los cautivos que sollozan.
Allí mugeres y ancianos,
Allí vírgenes y esposas
Juntan á golpes y á gritos
Entre algazara y chacota.
Casi desnudos los llevan
A todos por mas deshonra
Hasta el centro de la plaza,
Donde á la intemperie opongan
La desnudez de las carnes,
Su temblor y sus congojas;
Y á los ojos de los moros
Los defectos de las formas
O las castas perfecciones!
Que con torpes ojos hozan.
El noble rostro ácia el suelo
Los tristes vencidos tornan,
Por ocultar en los ojos
Las lágrimas con que lloran:
Que la libertad perdida
Sin infamia nos agobia,
Pero mata y avergüenza
Perder libertad y honra.
Caíales por los hombros
El agua, porque furiosas
En su cabeza las nubes
Reventadas se desploman;
Que cuando al fin Dios castiga
Muestra su justicia toda,
Pues la maldad de los hombres
Toda su clemencia agota.
Mandó Hazém que los cristianos
Guardados por buena escolta
Vayan delante á Granada
Por la vereda mas corta;
Mas viendo que los ancianos
Y los enfermos le estorban,
A su guardia de Gomeles
Dijo impaciente en voz ronca:
« Llegarán los que llegaren,
» Los mozos á las mazmorras,
» Las muchachas al serrallo
» Y los viejos á la horca. »

—

Preparan los granadinos
Bohordos en Vibarrambla
Torneos para los nobles,
Para el pueblo luminarias.
Cuelgan de púrpura y blanco
Miradores y ventanas,
Y el populacho á las puertas
Al rey impaciente aguarda.
En la vega están los ojos
Y en la via de Zahara,
Que el rey envió corredores
A decir que está ganada.
Añafiles y atabales
Por honra y por fiesta sacan,
Y en corros moros y moras
Gritando y riendo saltan.
« Viva el rey, » dicen algunos,
Y otros gritan: « muera Zahara; »
Y todos á los vencidos
Insultan, mofan é infaman:
Que siempre quien vence grita
Porque los vencidos callan,
Porque las lenguas se sueltan
Donde las manos se atan:
Porque la risa provoca
Tal vez la agena desgracia,
Y al que nace desdichado
Hasta compasion le falta;
Que quien cae pone á los otros
Para que pasen la espalda,
Y maldicion es que lloren
Algunos lo que otros cantan.
Así ondean los pendones
En las torres de la Alhambra;
Así Granada la bella
Se viste imbécil de gala
Cantando hoy loca las glorias
Que ha de maldecir mañana.
Venir se ven los cautivos
Entre la neblina parda
A pasos descompasados

Como los cautivos andan :
Que como el alma les pesa
Así les tiembla la planta.
Delante y detrás los moros
Y por los lados los guardan
Los alfanjes en la diestra,
Los broqueles á la espalda.
Siguen despues los ginetes
Y nobles con el monarca,
Los lanzones en la cuja,
En el arzon las adargas;
Mostrando bien los caballos
En su perezosa marcha
La fatiga del camino,
Lo largo de la jornada;
Que traen el arnés mohoso,
Deslucidas las gualdrapas;
Hasta las crines el lodo,
Desde las crines el agua.
Cuando á la puerta de Elvira
Los zahareños llegaban
Cantaba el pueblo su triunfo
Con vítores y algazara.
Aplaudian con las manos,
Con panderos y sonajas,
Al son de los duros hierros
Que los otros arrastraban.
Cesó de pronto el aplauso,
Susurraron en voz baja
Palabras que nadie oia;
Pero todos murmuraban.
Ojos habia en la turba
Oscurecidos con lágrimas,
Y ojos que con luz sombría
Para maldecir miraban.
Desnudos y á la intemperie
Los prisioneros entraban,
Ancianos, madres y niños
Entre broqueles y lanzas,
Sin respeto á su inocencia,
A su sexo y á sus canas.
Las madres sus muertos hijos
Traian desesperadas
En los maternales brazos
Y en los brazos de su alma.
Movidos á compasion
Los moros de pena tanta
Sus ojos de los cautivos
Indignados apartaban.
Las madres libres llorando
Atropellando los guardias,
A las cristianas cautivas
Sus propias telas regalan,
Y parten los alimentos
Que á los moros preparaban,
Entre los tristes esclavos
Que los devoran con ansia.
Algunos mas altaneros
Acaso los rehusaban,
Que el pan de la esclavitud
Entre los labios amarga.
  Alzose Muley Hazém
En los estribos de plata
Viendo la piedad del pueblo
Y la miseria cristiana.
Rabioso de que la plebe
Le eche su crueldad en cara,
Atropelló con su yegua
Por la turba aglomerada,
Dividiendo así los moros
Y los esclavos de Zahara.
«¡Adelante!» gritó airado
Con la voz ronca de rabia;
«Todos son esclavos mios,
Al serrallo las muchachas,
Los mozos á las mazmorras
Donde mas á luz no salgan,
Y los viejos que los maten,
Pues no me sirven de nada.»
  Calló el pueblo amedrentado,
Obedecieron los guardias,
Y el rey subió con los nobles
A toda rienda á la Alhambra.

IV.

  Sentado está el rey Hazém
En un morisco almohadon,
Y muchos moros se ven
Cruzar el ancho salon
Para darle el parabien.
  A las puertas, reverentes
Delante su rey se paran,
Doblando humildes las frentes;
Que al rey miran tales gentes
Como al mismo Dios miraran.
  Mirra y esencias de flores
Arden en pebetes de oro,
Y el sol de los miradores
Anubla el humo de olores
Que avaro respira el moro.
  El aire colman de ruido
Dos frentes azafranadas,
Y en su murmullo perdido
Se oye el trinar dolorido
De las aves enjauladas.
  Porque en nichos de cristal
Cerradas las hay tan bellas
En la bóveda oriental,
Que el aire parece mal
Solo porque está sin ellas.
  Las miró el viejo Muley
Y viéndolas suspiró—
«En vano me llaman rey,»
Dijo, «si como ellos yo
» Esclavo soy de mi ley.

»Que penan ellas así
»En ese encierro imagino;
»Mas ellas placen ahí,
»Y en eso quiso el destino
»Diferenciarlas de mí.»
Volvió con tal pensamiento
A suspirar otra vez,
Bajó el rostro macilento,
Pero repuesto al momento,
Demandó con altivez.
«¿Los cristianos qué se hicieron?»—
— En las mazmorras están
En cadenas, respondieron.
—«¿Los condenados murieron?»
—Si no han muerto morirán.
Volvió el rey á meditar
De los suyos recelando,
Y siguieron á la par
Las fuentes su susurrar
Y los pájaros cantando.
— «Alá nos dió la victoria,»
Siguió el rey: «¿qué dicen de ella?»
Todos callaron: «fué gloria
»Ganarles villa tan bella.»—
Tendránlo á fé en la memoria.
Harto el rey Hazém habló;
Los cortesanos callaron,
Que el pueblo indignado vió
Que los cautivos entraron
Como perros que él ató.
Y los moros presentian
Que la tregua quebrantada,
Los cristianos entrarian
Por las vegas de Granada
Y á Zahara no olvidarian.
Por eso ante el rey estaba
La turba sin contestar,
Que mal con su rey andaba
Desque vido que mandaba
A los viejos degollar.
Callaba Muley Hazém,
Sin hallar paso mejor;
Que sabe el príncipe bien
Que sangre mancha tambien
El laurel del vencedor.
Corrian entrambas fuentes,
Trinaban los ruiseñores,
Y el sol en ambas corrientes
Sus rayos mas trasparentes
Deshacia en mil colores.
Los vidrios de las ventanas,
Contornos dando á sus sombras.
Estampan las formas vanas
De sus historias livianas
En las moriscas alfombras.
El silencio á interrumpir
Vino una voz de dolor:
«Preparaos á morir»
Se oia á gritos decir
A un hombre en un corredor
Todos el rostro tornaron
Impacientes á la entrada,
Y repetir escucharon:
«Tus glorias se marchitaron;
»¡Ay de tí, bella Granada!»
Entró el hombre en el salon
De musulmanes cercado:
Érase el tal un santon
Que vivia en la oracion
Del tumulto retirado.
Pasó la noche corriendo
Gritando en la oscuridad:—
«Granada, los estoy viendo:
»¡Ay de la hermosa ciudad,
»Tus muros están cayendo!»
Los moros viéndole entrar
Delante se le inclinaron,
Y él siguió en su predicar:—
«Los estoy viendo llegar
»Y vuestros dias contaron!
»¡Ay de tí! la desdichada
»Ciudad reina de ciudades,
»Por el cimiento horadada,
»Los cielos en tí, Granada,
»Lloverán calamidades.
»Es en vano resistir:
»¡Ay de tí, reina de oriente!
»Alá te manda morir,
»Los estoy viendo venir;
»¡Ay ciudad! ¡ay de tu gente!»
Harto ya Hazém de escucharle
Furioso le preguntó: —
¿Quién eres? Sin contestarle
Gritando él santon siguió,
Y el rey volvió á preguntarle:
«Enviado soy de mi Dios.»
Dijo el moro, «y diome el cielo
Un mensage para vos.»
Y el rey:—«Pues ve que en suelo
»No hay mas oidos que dos.»
Siguió entonces el santon
Muy loco ó muy confiado
Su doliente relacion,
Con el monarca encarado
Y á guisa de inspiracion.
«La tregua está quebrentada
»Y á muerte al traidor sujeta.
»¡Ay de tí, bella Granada,
»Cayó en tí, desventurada,
»La maldicion del Profeta!
»Borrada su suerte hallé
»Del pensamiento divino;
»Por tí, ciudad, mucho oré,
»Y para leer tu destino
»Hasta el cielo penetré.»

Oyóle Hazém un momento,
Y enfurecido además;
Dijo, dejando su asiento:
»¡Quien leyó en el firmamento
» No puede llegar á mas! »
La turba ve estremecida
La rabia del rey, y calla,
Y el rey dijo á su salida: —
« Quitad á ese hombre la vida
» En lo alto de la muralla.
» Cuando vengan los cristianos,
» Siguió volviendo á los moros,
» Lanzas teneis en las manos,
» Cerrad con ellos, villanos,
» Como cerrais con los toros. »

A LOS INDIVIDUOS ARTISTAS DEL LICEO.

NOVIEMBRE DE 1837.

I.

Allí está lo que el mundo llama mundo
Arrastrándose imbécil por la tierra,
Ese reptil raquítico é inmundo
Que en el sepulcro su ambicion encierra.
Allí está con sus circos y jardines,
Vano de amor y espléndido de amores,
Mal envuelto entre farsas y festines,
Como esqueleto entre marchitas flores.
Vestido está de alcázares y escudos;
Mas torpe esclavo de egoistas leyes
Lleva sus pueblos á danzar desnudos
En derredor del lujo de sus reyes.
¡Vano placer! ¡quimérica algazara!
¡Flor de una aurora, sola y pasajera...!
De cerca un cementerio nos mostrara
Al resplandor de moribunda hoguera.
Los hombres de ese mundo no son hombres,
Las mugeres de allí no son mugeres,
Ellos cubren su nada con sus nombres;
Y ellas no tienen mas que sus placeres.
Cuando Dios, que les dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Su ángel de hinojos con vergüenza doble
Señor, contestará, *¡las han perdido!*
Autómatas que viven porque viven,
Hoy al rumor de estrepitosa orquesta
El ageno renombre que reciben
Llevan como sus padres á una fiesta.
Contentos con sus vanos oropeles
Atraillando al cuerpo el pensamiento,
De un heredero nombre hacen laureles,
Gloria y valor del alto nacimiento.
Cielo es para ellos el azul que miran,
Es la tierra un inmenso anfiteatro,
Y ellos que en esa atmósfera respiran
Los actores tal vez de ese teatro.
Y en tanto que en sus necias pantomimas
Se gozan y en estúpidos placeres,
Canta el poeta en gigantescas rimas
El ser tremendo que abortó los seres.
Pinta el pintor el cielo y los colores
Arrebata la luz al mediodía,
Y el músico á los vientos bramadores,
A las aves y fuentes la armonía.
Hijo de rey, conquista su corona,
Hijo de Dios, como su Dios concibe,
Que con sus obras su nobleza abona,
Y no infama su estirpe mientras vive.
Noble es el grande y grande es el valiente,
Quien por ser como Dios como Dios crea,
Ese es el noble que alzará la frente
Trepando al sol hasta que sol se crea.
Ese á la tumba bajará ignorado,
Ese en la tierra vivirá mendigo,
A ese nada los hombres le hemos dado,
Su padre que fué Dios será su amigo.
Y cuando él, que le dió el ánima noble,
Las ánimas demande enfurecido,
Dirale el ángel con orgullo doble
Hombre le hicistes, ángel le he traido.

—

Es grande quien nace esclavo
Y baja al sepulcro rey,
Cambiando altivo en diadema
Los hierros que atan sus piés.
Es grande el hombre de polvo
Que meditando en su ser
Del sol envidia los rayos
Por brillar tanto como él.
Quien en un cuerpo mezquino
Un alma gigante ve,
Y hacer lo que Dios pretende
Porque hijo de Dios se cree.
Quien sintiéndose con alas
Se arroja el viento á romper
Y va osado á las estrellas
A preguntarlas *quién es.*
Ese es el grande y el noble,
Ese es el hombre por quien
Hizo un Dios en siete dias
Del cielo un ancho dosel,
De toda la tierra un trono,
De una existencia un placer,
Del sol una eterna hoguera,
Y apenas el hombre fué,
Tendió el mar en la llanura
Por alfombra de sus piés.
No es noble ¡viven los cielos!
Quien muestra un viejo broquel,

Por sus abuelos ganado,
Que derribando á cercen
La cabeza de algun moro
Le hicieron suyo despues,
Dividiéndole en cuarteles
Los heraldos para él.
No es noble quien pasa el dia
Encerrado en un harem
Entre eunucos y mugeres
Como impúdica muger,
Guardando del sol la frente,
Y de la arena los piés,
Con un altar y un serrallo
Y el alma estéril sin fé.
No es noble quien cuenta ufano
En su alcázar cinco, diez,
Veinte nombres en hilera
Colgados en la pared,
Al pié de veinte retratos
De veinte nobles con él.
No son la virtud y el genio
Cetro y corona de rey,
Ni se heredan como escudos,
Que el oro compra tambien,
Los escudos enmohecen,
Los tronos pueden caer,
Pero la virtud y el genio
Se levantan de una vez,
Eternos como su estirpe
Que solo Dios les da el ser.

II.

Nobles al cielo subireis vosotros
Con esa gloria que buscais inquietos,
Y aquí en la tierra dejarán los otros
Sus armas, y detrás sus esqueletos.
Que empieza en el sepulcro vuestra gloria
Que hoy el mezquino mundo menoscaba,
Porque el placer del mundo y su memoria
Llega á la tumba y en la tumba acaba.
Ellos la suya comprarán con oro
Porque su mármol su nobleza abona,
La vuestra en vez de mundanal decoro
Solo un nombre tendrá y una corona.
En ella colgarán vuestros laureles
Porque duerma tranquila la cabeza,
Y al pié pondrán el arpa y los pinceles
Que al mundo contarán vuestra nobleza.
Vuestra nobleza, mágicos pintores
Que de la creacion rasgando el velo
Formais como Jehová luz y colores
Para vestir la lobreguez del suelo.
Él ocultó la voz de la armonía
En el torrente y en la selva en vano,
Allí, músicos, fué vestra osadía
A sorprenderla con robusta mano.
Alzáronse al Señor templos y altares,
Y allí fueron poetas y pintores,
Vosotros le ensalzásteis con cantares
Porque os dieron su voz los ruiseñores.
Los ángeles le cantan en el cielo,
Y le cantais vosotros en la tierra,
Mientras de hinojos en el sacro suelo
Escucha humilde el hombre, ora y se aterra.
Un solo libro nuestra Iglesia tiene
Que poetas cantaron y escribieron...
O al alma Dios de los poetas viene,
O ellos un Dios en su cantar mintieron.

—

No importa que hoy ignorados
Cruceis el desierto mundo,
Sin corona y sin blasones
Que doren el nombre oscuro:
Que ley es morir mañana
Que á todos Dios nos impuso,
Y despues de vuestra muerte
Cercarán vuestro sepulcro
Los que aborrecen en vida,
Y al grande envidian difunto.
Perros que ladran cobardes
En torno un toro robusto
Que yace rendido en tierra
Acogotado entre muchos.
Los que aman oro en la tierra
Y de sus honras el humo,
Ladran á los piés del genio
Sin que sus gritos agudos
Al tocar en sus oidos
Turben la paz de su orgullo.
Y si á envidiar van sus rayos
En derredor de su túmulo,
No temais, no, para entonces,
Porque sus ojos confusos
Si osan mirar vuestra lumbre
Han de cegar á su impulso.
Pues aunque á despecho brille
Del alma imbécil de muchos,
Ocultarla podrán todos,
Pero apagarla ninguno.

EL AMOR Y EL AGUA.

—

EL AMOR.

—«Pues en tí, fuente, se mira
Porque su beldad retrates,
Y los rayos de sus ojos
Reverberan tus cristales;
Deja, fuente, que los mios
Agua en tus aguas derramen,
Que las aguas con las aguas
Se borran ó se deshacen:

Porque si sueltos dejara
Entrambos á dos raudales
Pusieran fuego á la tierra
Segun al verterlas arden.
Y al menos como en tus ondas
No han de quedar sus señales,
El consuelo de no verlas
Hará que menos amarguen.
Como á ella, pues, la duplicas
Sus contornos celestiales
Haz reflejando mi duelo
Que yo mismo me acompañe.
Engáñame con mi sombra
Porque yo mismo me engañe
Pensando que lloran dos
Uno en mí, y otro en mi imágen.
Porque tú no sabes, fuente,
Cuanto endulzan los pesares
Las lágrimas de otro triste
Que llora duelos iguales.
Pero ya que no me guardas
Por traicion ó por desaire
Sobre tus aguas sus formas
Porque yo aquí no las halle,
Deja que llorando en ellas
Que salga al jardin aguarde
Por verla pasar de lejos
Aunque indiferente pase,
Pues he de ser tan humilde
Y tan respetuoso amante
Que porque no la dé en ojos
El disgusto de encontrarme,
He de volverme de espaldas
Mirando ácia tus cristales.
Pero prométeme, fuente,
Que si por fortuna sale
Cuando yo mire tus ondas
Tus ondas me la retraten.
Así á tu blando murmullo
Enagenadas las aves;
A compás del agua trinen
Enamorados compases;
Así juguetonas vengan
En tu corriente á bañarse
Robando al alba matices
Que por tus espejos cambien.
Y tantas á verte acudan
Que cuando el sol se levante
Piense que en vez de rocío
Las nubes lloraron aves.
Así te arrullen las hojas
Que tapizan esos árboles,
Porque no sientan las flores
Que si te adormeces, calles.
Así en tí las flores viertan
El bálsamo de sus cálices
Brotando de hoy á porfía
En tus bordes á millares;
Y así cayendo tus aguas
Desde la taza de jaspes
A gotas las tornasole
El rojo sol de la tarde:
Y partiéndolas en hebras
Cuando como espejos salen
Las rice, columpie y trence
Suelto y revoltoso el aire.»—

EL AGUA.

—«Bien pensé, amor, que eras loco,
Mas no que tan loco fueses
Que buscaras en mis ondas
Tus hermosuras rebeldes.
Si las hermosas se miran
En el cristal de las fuentes
Es porque el perfil se borra
Cuando el lindo rostro vuelven.
Que si en el cristal quedaran
Sus imágenes perennes
Por zelos de aquella copia
No se asomaran á verse.
Vano consuelo es que quieras
Ver la tuya en mi corriente
Para que viendo tu sombra
Con tu sombra te consueles.
Porque si tal es el fuego
Que tus turbios ojos vierten,
Tal hará que hierva el agua
Que tu sombra no refleje.
Mas si al jardin como dices
Por tu ventura saliere,
Que la has de volver la espalda
Si te lo persuades, mientes.
Que ó por prestarte á sus plantas
O porque mejor te viere
Iraste loco tras ella
Aunque de verte la pese:
Y si te pinto su imágen
En mis aguas trasparentes,
Acaso en tu desvarío
Tanto por ella te ciegues,
Que para abrazarla osado
Por mis ondas atropelles,
Confundiendo ambos retratos
Con barros, algas y peces.
No estrañes que tal te diga,
Amor, si oirme te ofende
Que segun lo que deliras
No es estraño que tal piense.
Y has de saber, pues en premio
De mi compasion me ofreces
Que sol, aves, hojas, flores,
Amorosas me requiebren,
Que aunque tú no lo mandaras
En esto ellas te obedecen:
Pues si las aves me trinan

Es porque mis aguas beben;
Si los árboles me arrullan
Es porque yo les remede;
Si las flores me embalsaman
Porque mis aguas las rieguen;
Y si el sol me tornasola
Es porque yo le refleje,
Y el aire es tan galan mio
Que imposible me parece
Que ondular puedan mis hebras
Sin que blando me las bese,
Y revoltoso jugando
Las rice, columpie y trence.» —

A LA MUERTE DE...

—

¿Qué te harás sola en el sepulcro lóbrego
Sin oir las palabras de un amigo?
Si al menos ¡ay! los dias que me restan
Bajo la húmeda losa
Pasara yo contigo!
Yo cubriria con mi cuerpo el tuyo
Cuando la lluvia fria penetrara
La piedra que te oculta de mis ojos,
Y el cierzo de la noche
Tus sienes no tocara.
Y mis manos la yerba arrancarian
Que creciera en la tumba abandonada,
Y alejaria el fétido gusano
Que se arrastrara hambriento
Con su sorda pisada.
Mas tú ¡alma mia! por tus rubias trenzas
Bullir le sentirás y por tu frente
Sin poder rechazarle, mientra el hombre
Contemplará tu tumba
Con ojo indiferente.

—

Si al fin quedaran las almas
Velando el difunto cuerpo
En pláticas amorosas
Con las almas de otros muertos;
Si al fin así descansaras
Bajo el pabellon del cielo
Sin el tumulto del mundo
Turbara nunca tu sueño;
Si el amor que se hubo en vida
Muriera en el cementerio
Y no hubiera en otro mundo
Memoria del mundo nuestro...!
Mas ¡ay! que vendrán los hombres
Falsas plegarias mintiendo
Todos los años un dia
A visitar vuestro lecho,
Vendrán con sus oropeles,
Sus farsas y devaneos,
La vanidad en el alma,
La vida en el pensamiento.
No á mullir vuestras almohadas,
No á daros santos consuelos
Derramando en vuestras tumbas
Las flores de los recuerdos,
No á reconocer su nada
En los despojos del tiempo,
No á ver lo que sois vosotros
Para ver lo que son ellos:
Que aunque un espejo es la tumba,
Cubrir su cristal supieron
Con velos de mármol y oro,
Cuyo cortinaje espeso
Robando al cristal las luces
Impide que á sus reflejos
El vidrio fatal les pinte
El polvo donde nacieron.
No: que vendrán á deciros
Que han mentido en otro tiempo
Cuando al daros un sepulcro
«*Dormid en paz*,» os dijeron.

—

Mas habrá un cielo por dicha
Detrás de ese cielo azul
Donde irán, paloma mia,
Los que mueren como tú.
Allí vivireis tranquilos
En alcázares de luz,
Con los ángeles que velen
Por vuestra santa quietud.
En pabellones de estrellas,
Alfombrados de tisú,
Libres de ingratos recuerdos
De la desdicha comun;
Porque al abrirse las puertas
Del misterioso ataud
Hallan paz, vida y contento
Los que mueren como tú.

Que fresca brisa serena
Halague tu casta sien
Del bello jardin de Edem
¡O purísima azucena!
Duerme pacífica, sí,
En un lecho de alelí
Que te formen para tí
Los ángeles del Señor,
Y en un porvenir risueño
Duerme, duerme, dulce dueño,
Y que te vele tu sueño
Un espíritu de amor.

Y dé placer á tu oido
Susurrando mansamente

De alguna encubierta fuente
El misterioso ruido.
Y en tus ensueños de paz
Te preste grato solaz
Con su armonía fugaz
Algun lejano laud;
Y por tu mente resbale
Aérea ilusion que iguale
De blanca luna que sale
A la trasparente luz.

Mientra en brazos del destino
En las tinieblas que estoy
A ciegas buscando voy
De tu morada camino.
Y pasan las horas mias
Como turbias ondas frias,
Que sus revoltosos dias
Sañudo invierno formó:
Como barquilla que mece
Ruda tormenta que crece,
Cual se agosta y desparece
Flor que en la nieve brotó.

LA ORGÍA.

—

La sombra nos cobija
Con su tapiz de duelo,
Cansado ya del cielo
El sol se hundió en la mar.
El mundo duerme imbécil,
Vacilan las estrellas,
En torno á las botellas
Venid á delirar.
Venid, niñas sedientas
De libertad y amores,
Que fiestas y licores
Dan libertad y amor.
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
La vida es una farsa
Hipócrita y demente,
Y el mundo indiferente
Se cansa del placer;
El mundo se ha dormido;
Romped vuestros papeles,
Dejad los oropeles
Que vano os prestó ayer.
Dejad de esa comedia
El torpe finjimiento,
Ahogad el preso aliento
Con larga libacion.
La sombra, si ese cielo
Su luz tiende importuna,
Envolverá la luna
En tocas de crespon.
¡Oh! lejos de los ojos
De la curiosa plebe
La copa en que se bebe
Nos abre un ancho Edem;
El fondo cristalino
Las luces multiplica,
Y de vapores rica
Perfuma nuestra sien.
Los labios defrenados,
La lengua desatada,
En larga carcajada
Prorumpen sin cesar.
La lumbre de los ojos
Inquieta y licenciosa
Los ojos de una hermosa
Se afana en reflejar.
Venid á los festines
Avaras de placeres,
Que el cielo en las mugeres
Atesoró el placer.
Venid, niñas, sin cuitas
Desnudo el albo seno,
Porque quiero el veneno
De vuestro amor beber.
Cuando la inquieta mente
Con el vapor vacile
Y revoltosa apile
Fantasma de vapor
Vereis cómo insensata
El ánima delira,
Y voluptuosa aspira
El ámbar del amor.
Entonces en la sombra
Las pardas muselinas
Visiones peregrinas
Flotando mostrarán,
Y en cada marco de oro
Cerradas la pinturas
Diabólicas figuras
Al vidrio asomarán.
Entonces cada lámpara
Parodiará una hoguera
Que miente y reverbera
Las lámparas del sol;
Y en el balcon la luna
Parecerá una estrella
Donde arde una centella
Del fúljido farol.
Cada sonoro brindis
De la animada fiesta
Nos finjirá una orquesta
De mágica ilusion:
Un eco misterioso
Sin canto, ni instrumento,

Que ua con el aliento
A dar al corazon.
De cada ardiente beso
El lubrico estallido
Rasgara el sostenido
Murmullo bacanal;
Como reloj deshecho
Que sin marcar las horas
Sacude las sonoras
Campanas de metal.
El mundo duerme, niñas,
Bebamos y cantemos,
Que mas no sacaremos
Del mundo engañador;
Húmedos de esperanza
Traed los ojos bellos,
Sin trenzas los cabellos,
La frente sin rubor.
Venid, y mal prendidos
Los velos y los chales,
Prodiguen liberales
La luz de vuestra tez:
Los ondulantes rizos
Flotando por la espalda,
La mal ceñida falda
Mintiendo desnudez.
Y las de negros ojos
Que ostenten su mirada
Altiva, enamorada,
Con infernal pasion,
Y las rubias ostenten
Sin máscaras de tules
Las pupilas azules,
Y rojo el corazon.
La noche se desliza,
Su llama el sol enciende,
El dia nos sorprende,
Va el mundo á despertar.
¡Cantemos y bebamos,
Que cuando venga el dia
El sueño de la orgía
Le volverá á apagar!

EL CANTO DE LOS PIRATAS.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

—

Alerte! alerte! voici les pirates
d'Ochali qui traversent le détroit.
Le Captif d'Ochali.

Con cien cautivos llevamos
Fletada nuestra galera,
Que en una y otra ribera
Para el harem reclutamos.
¡Al mar! ¡al mar! marineros,
En Fez entramos mañana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Cabe un convento botamos
Al agua el ancla tenaz,
Linda muchacha apresamos
Dormida en traidora paz:
Mil fantasmas hechiceros
Soñaba á la mar cercana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

—Forzoso es, niña, callar.—
Ea, ganemos el viento,
Esto no es mas que cambiar
Por un harem un convento.
Os haremos mahometana
Y el sultan ha de quereros.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

Huir desperada quiso.
¡Y osais, hijos de Satan...!
Lloró, suplicó.—Es preciso,
La contestó el capitan.—
Sus clamores lastimeros,
Su resistencia fué vana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

En su dolor parecian
Sus ojos un talisman,
Mil cequíes bien valian,
La hemos vendido al sultan.
Lo debe á mis compañeros
Ayer monja y hoy sultana.
Somos ochenta remeros
Sobre nuestra capitana.

ORIENTAL.

—

De la luna á los reflejos
A lo lejos
Arabe torre se ve,
Y el agua del Darro pura
Bate oscura
Del muro el lóbrego pié.
Susurra el olmo sombrío
Sobre el rio
Dando al oido solaz,
Y en los juncos y espadañas
Y en las cañas
Susurra el aura fugaz.

Se abre en la arena amarilla
De la orilla
Vertiendo aroma la flor,
Y las plumas de colores
En las flores
Estremece el ruiseñor.
Vierte en gotas cristalinas
Peregrinas
El rocío su cristal,
Y en cada perla de plata
Se retrata
El alcázar oriental.
Descorridas las sombrías
Celosías
Del calado torreon,
Está en la árabe ventana
La sultana
Murmurando una cancion.
Y en la atmósfera serena
Libre suena
La melancólica voz,
Y abajo en la yerba verde
Al fin la pierde
Con la ráfaga veloz.
Y al compás de su garganta
Raudo canta
Contestando el colorin
Saltando entre los galanes
Tulipanes
Del espléndido jardin.
Y al rumor del dulce trino
Peregrino
De arpa, bella, y ruiseñor,
Oido prestan atento
Agua, viento,
Olmo, alcázar, campo y flor.
Así la mora decia,
Y respondia
En la rama el colorin,
Y esto el moro la escuchaba
Que velaba
Receloso en el jardin.
« Danme el ánima de un moro,
» Perlas y oro,
» Y coronas en la sien;
» Dime, flor, á mi ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem!
» Danme chales los califas
» Y alcatifas,
» Y guirnaldas en la sien;
» Dime, huerto, á mi ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem!
» Danme baños y festines
» Y jardines
» Que me mienten el Edem,
» Dime, rio, á mi ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem!
» Trasparentes como espuma
» Danme plumas,
» Y atan velos á mi sien;
» Ruiseñor, dí á mi ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem!
» Nada al fin que les dé enojos
» Ven mis ojos,
» Nada que arrugue mi sien;
» Dime, luna, á mi ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem! »
Llegaba aquí, y una sombra
En la alfombra
La lámpara dibujó:
A su lado en la ventana
La sultana
Con el sultan se topó.
« Tienes torres, dijo el moro,
» Perlas y oro
» Y guirnaldas en la sien;
» Dime, hermosa, á tu ventura
» Y hermosura
» Lo que falta en el harem.
» ¿Qué hay en el huerto sombrío,
» Y en el rio,
» Y en el ave y en la flor,
» Que al rayar el claro dia
» ¡Vida mia!
» No te traiga tu señor?
» Di, ¿qué falta á tu belleza,
» A tu riqueza
» O á tu loca voluntad » —
— « Señor, esos ruiseñores
» En las flores
» Tienen *aire y libertad.* »

LA PLEGARIA (1).

—

Hélos al pié de la cruz
En oracion reverente;
La virtud brilla en su frente
Como la primera luz
Del sol que alumbra en oriente.
Niños tal vez desvalidos
Que pasan desconocidos,
Con la inocencia en el alma,

(1) Publicada en el *No me olvides*, acompañada de una estampa del señor Ortega, para cuyo objeto se escribió.

Como en desiertos perdidos
Con sus racimos la palma.
Angeles acaso son
Que el mundo sin conocer
Llevan en el corazon
Una sublime oracion
Y las virtudes de ayer.
Sus ojos ven solamente
A través del blanco velo
Que cerca el alma inocente,
Vida en la tierra inclemente,
Luz y armonía en el cielo.
Ven en el alba colores
Y en el llano yerba y flores;
Sombra, del valle en la hondura,
Y en el aire ruiseñores,
Y peñascos en la altura.
Para ellos música el viento
Es, si las alas despliega,
Si en las secas hojas juega,
O entre las flores se pliega,
Con lascivo movimiento.
Y son las flotantes ramas
Del sol á las rojas llamas,
Del prado, verdes espumas,
De aérea serpiente, escamas,
De águila terrestre, plumas.
Y son los hombres hermanos,
Y oran por ellos contentos,
Hasta que los hombres vanos
Pongan, leones hambrientos,
En su inocencia las manos.
Sabe ella que es vírgen bella,
Y él un ángel hechicero,
Porque no dudan él ni ella
Que *ella* es de virtud estrella,
Y *él* de inocencia lucero.
Mas ¡ay! que del pedestal
A la sombra cobijado,
Acaso un ojo carnal
Está en la vírgen posado
Con una idea brutal.
Y sobre la tez de rosa
La lágrima de dolor
Que ella derrama piadosa,
El hombre la cree de amor,
Y llama al ángel — *hermosa!*
Que tal vez pintarse intenta
Aquella avara pupila
De torpes formas sedienta,
Mil perfecciones que aumenta
En esa vírgen tranquila.
Así incompletas y vanas
Las cosas del mundo son;
Que á turbar vienen livianas
Esa angélica oracion
Con imágenes mundanas!
¿Por qué, pintor, ideaste
Una plegaria tan bella,
Si la cruz que levantaste
Luego, pintor, la ultrajaste
Pintando al hombre tras ella?
No digas quién la creó!
Que en ambos culpa no arguya!
Tú fuiste quien la pintó,
Mas la malicia no es tuya,
Que quien la escribe soy yo.

LA JUVENTUD.

—

Tengo ojos y no ven,
Tengo oidos y no escuchan,
Tengo manos y no tocan,
Tengo labios y no gustan;
Y en fin, sin entendimiento,
Ni albedrío que me acuda,
Tengo aliento que no alienta
Y corazon que no pulsa.
CALDERON. *La vida es sueño.*

Cuando á las puertas del nacer llamamos
Senda de flores á los piés tenemos;
Do quier que el rostro en derredor volvamos
Padres y amigos cariñosos vemos;
Do quier los brazos débiles tendamos
Un ósculo inocente merecemos,
Y así contentos á vivir salimos
Solo porque ignoramos que vivimos.
Cuando el mundo se ve desde la cuna
Flores se hallan en él, pero no espinas;
Se ven en él sus mares y su luna,
Sus prados y cascadas cristalinas,
Sin noche el sol, sin rueda la fortuna,
Poblado de fantasmas peregrinas,
Tocado, en fin, con el flotante velo
Del estrellado pabellon del cielo.
La paz de la niñez nos va llevando
Por senda usada, fácil y tranquila,
Donde rebelde nuestra edad brotando
En lechos de oro víctimas apila;
Donde asombrada se dilata entrando
De luz avara la infantil pupila,
Do á manos llenas el placer derrama
Lo que *vida de amor* el hombre llama.
Cercada de fantasmas halagüeños
Allí la ardiente juventud habita
Que dando lindas formas á sus sueños
El imperio del mundo solicita:
Como para acabar tantos empeños
Todo lo hermoso y fuerte necesita,
Presenta á nuestra mente deslumbrada
Todo el vano esplendor de su morada.
En tazas de cristales quebradizos
Nos muestra seductora en sus planteles

Las flores sin olor de sus hechizos,
El temprano verdor de sus laureles:
Y en campos de placer resbaladizos
Sus palacios nos muestra de oropeles,
Donde yacen en blandos almohadones
Impúdicas rameras las pasiones.
Allí están los fantásticos espejos
Que mienten la ilusion de los amores
Pintando voluptuosos á lo lejos
Sombras de amor entre pintadas flores;
Y de engañoso sol á los reflejos,
Dando al turbio cristal ricos colores,
Nos muestra el mundo fuente de placeres
Y manantial del mundo las mugeres.
El ánima inocente todavía
Virtud creyendo el cenagal del vicio
Se lanza en pos de tan brillante dia
De la vida en el hondo precipicio,
Y á par que corre por la errada via
Comprende de la edad el artificio,
Que aquel jardin de flores peregrinas
Era el reloj no mas de las espinas.

—

¡Juventud! ¡fácil balanza!
¡Qué presto arrastras vencida
El peso de la esperanza
Con el pesar de la vida!
¡Qué presto se desvanecen
Los fantasmas halagüeños
Que nuestra infancia adormecen
Con raquíticos ensueños!
¡Qué rápida te deslizas
Entre las horas que hechizas
Dejándonos tus cenizas
Donde vamos oro á ver!
¡Juventud! ¡edad de flores!
¡Sombras son ¡ay! tus colores,
Artificio tus primores,
Amarguras tu placer!
Ojos nos das y no vemos,
Pensamiento y no pensamos,
Que es falso cuanto crëemos
Y falso cuanto ideamos.
Es mentida tu hermosura,
Es tu fortuna liviana,
Tus esperanzas locura,
Tu paz y tu gloria vana.
Espejo de cien cristales,
Que mientes lo que no vales,
Cuyas luces desiguales
Multiplican la ilusion,
¡Tú doras tus arreboles
Con lumbre de mil faroles,
Y llamas osada soles
A lo que pavesas son!
Soñando á vivir venimos,
Pero en tu region vacía
Cuantos mas dias vivimos
Soñamos mas cada dia.
Te sueña la pasion loca
Y ambiciona tus laureles;
Cuando la razon te toca
Maldice tus oropeles.
La pasion juzga en su anhelo
Que ese cristal es un cielo;
La razon te rasga el velo
Hasta ver tu vanidad,
Y en vez de tus clavellinas
Y tus rosas purpurinas,
Nos muestra al fin tus espinas
El farol de la verdad.

—

Espinas son fama y gloria,
Cuanto bien el hombre alcanza,
Espinas de la memoria,
Carcomas de la esperanza.
Espinas son amistades,
Espinas ¡ay! son favores...
Que espinas son las verdades,
Y son espinas sin flores.
Si espinas son solamente
Amistad, gloria y favor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?
Si espinas tan solo dan
Lisonjas de juventud,
Acaso espinas serán
La nobleza y la virtud.
Y espinas estudio y ciencia,
Pues dejan sus vanidades
Demencia nuestra demencia
Y verdades las verdades.
La fé del ánima espinas,
Y espina el amor del hombre,
Mentiras son mas divinas
Con mas hechicero nombre.
Y si espinas solamente
Son virtud, ciencia y amor,
¿Dónde está, suerte inclemente,
De tanta espina la flor?
Edad de sombras pueriles
Que la verdad desvanece,
¡Ni olvidada en tus pensiles
Una flor tan solo crece!
Pues espinas son sus flores
Y espinas son tus placeres,
Entre tan falsos colores
Una mientes y otra eres.
Si espinas de desconsuelos
Son horas tan peregrinas,
¿Dónde guardaron los cielos
Flores de tantas espinas?

LA AMAPOLA.

—

Flor solitaria y silvestre
Que á la luz sacas del sol
Cuatro pendones de púrpura
Que guarda tosco boton;
Pues en el campo te quedas
Y yo del campo me voy,
Tú con tus hojas de fuego
Y con mis lágrimas yo;
Dile al alma de mi alma
Que voy muriendo de amor:
Que entre tus hojas la dejo
Un ósculo y un á Dios.
Porque tú que habitas triste
En las soledades, flor,
Los espinos por abrigo,
El césped en derredor,
Por armonías del aire
La ruda y salvaje voz,
Sin tallo que te sostenga
Cuando á la lumbre del sol
Brotando en agua las nubes
Se revientan en turbion;
Tú, flor, que ostentas tan sola
Tan encendido color
Que me pareces tostada
Al calor de un corazon,
Bien puedes ser mensajera
De un enamorado á Dios:
Que tan sola, pobre y débil,
Tan sin follaje ni olor,
De pasar en amargura
Tu existencia de afliccion
Mas razon no se me alcanza
Que tu solitario amor.

—

Porque espuesta al rudo viento
Y á la intemperie olvidada
Recuerda tu nacimiento
La soledad y el tormento
Del ánima enamorada.
Porque insensible á otra idea
Que al delirio de tu amor,
El zarzal que te rodea
Y el vendabal que te orea
Dan encanto á tu dolor.
Ni sientes del cierzo el ala
Que te sacude y arruga,
Ni como el tronco te escala
Hollando la torpe oruga
Tu tosca y silvestre gala.
Ni como el áspero espino
Te rasga el manto de grana,
Cuando sacude sin tino
Sobre tu pompa liviana
Su ropaje campesino.
Y pues sé, triste Amapola,
Que ese encendido color
Que el rojo sol tornasola
No es mas que un barniz de amor
Y por amor vives sola;
Pues yo parto por amores
¡Oh flor! muy lejos de aquí,
Y en tí no he encontrado olores
Como encontré en otras flores
Que por los jardines vi;
En tu cáliz dejo preso
Un ósculo y un á Dios;
Si te agobia tanto peso
Guárdale á mi amor el beso,
Que para *ella* son los dos.

LA NOCHE Y LA INSPIRACION.

—

A MI AMIGO EL ARTISTA
DON JULIAN ROMEA.

I.

La noche sobre el mundo desplomada
Tendió en él de su sombra el ancho velo,
Porque su sueño no turbase osada
La lumbre de las lámparas del cielo.

Pero temiendo acaso que le ahogara
Con tan espesa red sombra importuna,
Antes que con pavor se desvelara
Trepó al cenit la trasparente luna.

A la amarilla luz con que ilumina
Cobíjase la sombra en los rincones;
Y reflejan su llama peregrina
Rios, fuentes, pizarras y balcones.

Como en delirio de amoroso ensueño
De la vírgen sonrie el labio amante,
La tierra desplegó su adusto ceño
Al fugitivo resplandor errante.

Duerme allá en su palacio el poderoso,
Duerme el pastor cansado en su cabaña,
Este tranquilo, el otro receloso
Soñando avaro la fortuna estraña.

Duerme al pié de sus armas el soldado,
Duerme el mendigo tras de larga vela,
Mientras por este vela su cuidado,
Y por aquel el tardo centinela.

Duerme el ave en las ramas guarecida,
Duerme la fiera en su morada impura,
Aquella por las ráfagas mecida,
Esta al rumor del agua que murmura.

Deslízase la brisa temerosa,
Guardan las nubes la tormenta inerme.
Todo entre sombras á la par reposa,
El viento calla, la tormenta duerme.

Tú, dulce amigo, que en la noche umbría
Al grato son del arpa melodiosa
Ensayabas cantares algun dia
Bajo el balcon de tu adorada hermosa,

Déjame que hoy en soledad delire,
Y á delirar contigo me aventure,
Que en tus brazos un hora en paz respire
Y del dormido mundo en paz murmure.

Yo soy el que canté fiestas y amores
En insensatos himnos juveniles,
Y el arpa tosca coroné de flores
Al ensayar mis cánticos pueriles.

Yo soy el que soñé gloria y laureles,
Y con la vida en mi ilusion luchando,
Orlé el mundo de falsos oropeles
Allá en mi loca juventud soñando.

Ya desperté: mis fábulas soñandas,
Mis delirios de amor perdí en el viento,
Y el viento como ramas desgajadas
Las apartó del tronco macilento.

Hoy no conservo de la edad primera
Mas que la voz un poco enronquecida,
Y el velo de la negra cabellera
Sobre la frente sin color tendida.

Quédame de mí mismo la esperanza,
Y el afan de cantar mientras aliente,
Mientras gravite en la vital balanza
La vanidad del corazon demente.

Quédame aun altivo y vigoroso
De noble inspiracion el fuego santo,
Quédasme tú, poeta generoso,
Para escuchar mi desmayado canto.

Tú, que vas á las tumbas de los hombres
A buscar un disfraz y una careta
Para escudar con los difuntos nombres
Tus amargas creencias de poeta.

Tú, que al abrigo de ignoradas leyes
Con la antifaz de un muerto, en gesto bravo
Parodias los esclavos y los reyes
Riéndote del rey y del esclavo.

Tú, que en la farsa del ocioso mundo
Preparando otra farsa al mundo mismo,
Le das á devorar su cieno inmundo
En formas de virtud y de heroismo.

Quédasme tú y la noche silenciosa
Con su turbio fanal, tocas azules;
La soledad del bosque religiosa
Con su manto de pinos y abedules.

Quédame el templo con su acorde coro,
Sus capillas, sus lámparas y altares,
Su santa cruz, sus incensarios de oro
Y sus gigantes góticos pilares.

Quédame el mundo sin la imbécil farsa
Que en su tablado inmenso se coloca;
Todo el teatro, en fin, sin la comparsa
Que bulle en él desordenada y loca.

No mas la cantaré sus devaneos;
Ya se acabó mi cántico mundano,
Que me cansan sus falsos galanteos
Y el necio aplauso de su torpe mano.

Ronca la voz y seca la garganta
Espiró mi cantar, rompí mi lira;
Solo mi lengua mis caprichos canta,
Solo esa farsa compasion me inspira.

Puesto que un mundo me finjí tan bello
Cuanto le encuentro descompuesto y loco,
Hoy por la turba impávido atropello
Porque le creo á mis delirios poco.

Y hoy á la lumbre de la blanca luna
Escúchame la inspiracion sublime,
Que me bulle en el ánima importuna
Y el perezoso corazon me oprime.

Porque ese cielo azul, y esa ancha sombra
Que mitiga la luz que el sol enciende
Con que la noche su palacio alfombra,
Y esa brisa fugaz que el aura hiende,

Y ese mundo y silencio pavoroso
Que regala el cansancio del oido,
Y en pabellon convierte de reposo
El mundo que á sus piés yace dormido,

Son una inspiracion dulce, tranquila,
Vaga, armoniosa, en que se aduerme el alma,
En que el dudoso corazon vacila...
La que habló Calderon y agitó á Talma.

Esa no la conocen los profanos
Ni revelarla osó ningun profeta:
¡O! ven; que mientras duermen los mundanos
Yo siento en mí la inspiracion inquieta.

Oyela tú, que brota solitaria
Para tí, en tu pacífico retiro
Como amorosa y lánguida plegaria,
Como amistoso y postrimer suspiro.

II.

Pende del cenit la luna,
Reverberan las estrellas,
La vida se vierte de ellas
Porque pensar es vivir.
Vacila inquieta la mente,
El pensamiento medita,

Ociosa el alma se agita
Y deliramos sentir.

Cual mana en oculta peña
Cristalina y mansa fuente,
Crea imágenes la mente
Que se ofuscan al brotar.
Nos presta honda, solitaria,
Una idea el pensamiento,
Y sin gozo y sin tormento
La sentimos resbalar.

Una idea libre, vaga,
Turbulenta, revoltosa,
Un fantasma de una cosa
Que no hemos visto jamás:
Una fosfórica llama
Que nos sigue y la seguimos,
Adelante si la huimos,
Si la buscamos detrás.

Idea que brota informe
En la languidez del alma,
Que nace y muere en la calma
Del placer ó del pesar;
Una idea que no estorba
Para ver lo que se mira,
Que nada en el alma inspira
Y en nada deja pensar:

No es muger, demonio, ni ángel,
No es esperanza ni gloria,
Pero existe en la memoria
Sin fuerza y sin voluntad:
Si el alma padece es triste,
Y si goza es lisonjera,
Y si el alma desespera
La idea es la eternidad.

Esa idea nos agobia,
Se revuelve y se acrecienta
De la noche amarillenta
Al silencioso rumor;
Y el susurro de una brisa,
El murmullo de una fuente
La mantienen en la mente
Sin hacérnosla mejor.

Entonces es cuando el hombre
Piensa sin saber qué piensa,
Y aborta una idea inmensa
Sin concebirla tal vez;
Entonces es cuando mira
En la tierra un hondo foso,
Y un pabellon de reposo
Del cielo en la brillantez.

La soledad y el silencio
Exhalan vaga armonía
Que en el oido no oiria,
Y atenta el alma escuchó.
Una música con formas
Que al resbalar en la mente
Nos deja lánguidamente
La idea de que pasó.

Entonces nuestros sentidos
En blando sueño deliran,
Y en torno al ánima giran
Ilusiones mil á mil.
El oido oye murmullo,
El olfato aspira olores,
Los ojos crean colores
En delirio tan pueril.

Vemos entonces paisajes
Con ruinas, templos y fiestas,
Y oimos coros y orquestas
Y suspirar y reir;
Sentimos rios que corren,
Vistosas aves que vuelan,
Manantiales que rielan
Por entre juncos salir.

Vemos en vasta llanura
Sotos y villas lejanas,
Y oimos de sus campanas
El apagado doblar;
Vemos formas misteriosas
Que sonrien pasajeras,
Y lumbre de mil hogueras
Que reflejan en la mar.

Vemos árboles, cascadas,
Insectos, monstruos y flores
Que nos dan ricos colores,
Y movimiento que ver;
Vemos un mundo cerrado
En trasparentes encajes,
Entre flotantes celajes
Cercano á desparecer.

Y oimos dentro del pecho
El uniforme latido
Del corazon abatido
Que dentro velando está
Como un reloj cuya péndola,
Sorda, monótona y lenta,
Los pasos del tiempo cuenta,
Que á hundirse en la nada va.

En este estado sin nombre.
Ni dormimos, ni velamos,
Vemos lo que no miramos,
Sentimos lo que no es.
Y á un movimiento, á un suspiro
Que olvidados exhalemos,
Todos nuestros sueños vemos
Pavesas á nuestros piés.

No es dormir y se despierta,
No es muerte y se vuelve á vida,

Y allá en la mente escondida
Se levanta una creacion.
Entonces el pintor pinta,
El músico escucha y toca,
Y el poeta halla en su boca
Palabras de inspiracion.

Entonces siente arrobado
De fuego su pensamiento,
De fuego el osado aliento,
De fuego el habla mortal;
Hay un volcan en su lengua,
Y un volcan en su mirada,
Y cruza el mar de la nada
Con su mirada inmortal.

Entonces escribe Byron,
Entonces pinta Murillo,
Y el sol vierte escaso brillo
Para su aborto alumbrar;
Entonces Hoffman delira,
Y en torno de su ponchera
Como en torno de una hoguera
Ve sus fantasmas flotar.

Entonces Calderon llama,
Y á su vigoroso acento
Cielo, infierno en un momento
Parecen delante de él.
Y paseando allí sus ojos
Seres buscando inmortales,
Sus *Autos sacramentales*
Arroja al mundo en tropel.

Entonces el cuerpo duerme,
Este alcázar de ceniza
Que el ánima diviniza
Por ser cárcel de los dos,
Mientras ella libre, ufana,
Hija de celeste prole,
De su estirpe soberana
Demanda cuenta á su Dios.

El mundo ansiosa registra
Sin respetos ni barreras,
En pos de lindas quimeras
Con que hacer mundo mejor;
Y ni templos, ni palacios,
Ni presentes, ni futuros,
En la nada están seguros
De su ímpetu creador.

A su voz dejan los muertos
Sus encierros funerarios,
Envolviendo en los sudarios
Lo que queda de su ser;
Santos, criminales, niños,
Esclavos, soldados, reyes,
Sus caprichos como leyes
Se aprestan á obedecer.

Entonces la tierra es fango
Ante su orígen divino,
El universo mezquino,
A su noble inmensidad:
Dios es el fin de su raza,
Es la atmósfera su aliento,
Su alcázar el firmamento,
Su tiempo la eternidad.

Entonces brota en sonidos
El fuego febril del alma,
Lope, Schiller, Maíquez, Talma,
Atan el mundo á sus piés.
Y entonces ¡oh actor poeta!
En tu espíritu altanero,
Ni el poeta está primero
Ni el actor está despues.

Es el teatro tu imperio,
Es el pueblo esclavo tuyo,
Tus derechos el misterio
De tu osada inspiracion,
Y nosotros, los profanos,
Asombrados te rendimos
Sonoro aplauso en las manos,
Respeto en el corazon.

Y en la altivez de tu orgullo
Llegan á tí nuestras voces
Como el imbécil murmullo
Que alza un insecto al volar;
Y á tu vista somos solo
Nosotros, un pueblo entero,
Un revoltoso hormiguero
Que va tu planta á cegar.

Entonces magnates, reyes,
Caudillos, conquistadores,
Privados, emperadores,
Son allí menos que tú;
Y ante tus falsos disfraces
Es tierra, harapos y talco
Cuanto ostenta altivo palco
De oro, perlas y tisú.

UN RECUERDO DEL ARLANZA.

—

Rio Arlanza, si las fuentes
Que en Burgos te dan el ser
No cegaron sus corrientes,
Y aun en tí van á verter
Sus cristales trasparentes;

Si tus ondas revoltosas
Entre arenas amarillas
Se deslizan bulliciosas,

Bañando las mismas rosas
Sobre las mismas orillas;

En verdad que en una altura
Hay un pardo torreon
Que pinta en el agua pura
Su descarnada figura
Como estraña aparicion.

Acaso tú, rio Arlanza,
No te acuerdes de su nombre,
Porque á tí no te se alcanza
Con cuanto afan compra el hombre
El placer de la esperanza.

Tú cruzas el campo ameno
Entre flores susurrando,
Y pasas libre y sereno
Del triste que queda ajeno
En la ribera llorando.

Tú, rio, que nunca amaste,
No guardas en la memoria
Los lugares que dejaste,
Que no te importa la historia
De los que una vez pasaste.

No sabes, sonoro rio,
Lo que pesa un pensamiento,
No sabes como en el mio
Me atosiga y da tormento
Ese peñasco sombrío.

Pero ¿qué estraño que ignores
Su nombre y el de su gente,
Si sus escombros traidores
Desplomó sobre la frente
De sus caidos señores?

Si al tender por ese llano
Los perfiles de tus olas
Hallas un cerro cercano
Envuelto en tapiz liviano
De silvestres amapolas;

Donde tu corriente clara
Entre los juncos se pliega
Y en un remanso se para
Que de los restos se ampara
De Celada y de Pampliega;

Allí, Arlanza, has de encontrar
Una torre en una altura;
Mírala ¡oh rio! al pasar,
No te avergüence el andar
Arrastrando por la hondura.

Que sin foso y sin rastrillo
Verás solo un torreon,
Solitario y amarillo,
Que ayer se llamó castillo
Y hoy *el alto de Muñon.*

Ya son presa del olvido
Sus blasones y baluartes;
Mírale, Arlanza, atrevido,
Sus gentes cuando han huido
Perdieron sus estandartes.

Mira ¡oh rio! en caridad
Si de ese fantasma al pié
Una aflijida beldad
Llorando tal vez se ve
Su amor y su soledad.

Y si en tu márgen desnuda
Las resbaladizas ondas
Contempla llorosa y muda,
Antes, rio, la saluda
Que por la vega te escondas.

Y no la dejes ¡oh rio!
Por respeto ó por temor
De su doliente desvío,
El llanto que vierte es mio,
Que está llorando de amor.

¡Ay de la blanca azucena
Que sin lluvia bienhechora
Se agosta en la seca arena;
Ay de la niña que llora
Sobre las aguas su pena!

¡Ay de la angustiada hermosa
Por cuyos ojos deliro,
Por cuyos labios de rosa,
Por cuya risa amorosa
Enamorado suspiro!

¡Ay de la que piensa en mí
En la márgen del Arlanza...!
¿Qué aguardas, hermosa, di,
Sin consuelo ni esperanza,
Tan acongojada aquí?

¿Por qué tus alegres horas
Vertiendo lágrimas pierdes
Sobre las ondas sonoras,
Que cruzan murmuradoras
Por esas campiñas verdes?

Esas aguas que hallan flores
En la ribera al pasar,
Por mas que sobre ellas llores
Nunca tus cuitas de amores
Sabrán, niña, consolar.

Ni por mas que tu amargura
En son de queja las cuentes,
A la falda de esa altura
Movidas de tu hermosura
Han de parar sus corrientes.

Porque ajenas de tu afan
Por el valle resbalando
Indiferentes irán;

Y nunca mas volverán
Aunque tú quedes llorando.

Ni pienses que has de venir
A contarme el desconsuelo
En que te vieron gemir,
Que á darnos no alcanza el suelo
Mas placer que el de morir.

El cielo nos dió pasiones,
Nos dió luz, vida y calor,
Pobló el alma de ilusiones,
Mas negó á los corazones
El consuelo en el dolor.

Tanta luz, tantos colores,
Tantas galas y primores,
Son mentira y oropel,
Que el mundo alfombra con flores
Los pantanos que hay en él.

Las flores se desvanecen
Y corrompidas no aroman,
Los rios furiosos crecen,
Y torrentes se desploman
Sobre el prado que florecen.

Lo que ayer palacio fué
Hoy vemos informe ruina
Por mas que el grosero pié
Mirando su sombra esté
Sobre el agua cristalina.

De ese adusto monumento
Que levanta en el espacio
Su esqueleto ceniciento
Demándale, niña, al viento
Si fué cárcel ó palacio.

Demándale al claro rio
Que baña el valle que habitas,
Qué hizo ayer el tiempo impío
Del feudo y del poderío
De esa peña en que meditas.

Pregúntale qué se hicieron
Los nobles de esa Castilla,
Los castillos que vivieron,
Los planteles que tuvieron
En su ribera amarilla.

Pregúntale qué misterio
Encubre esa cruz que riega
Cual árbol de un cementerio
Donde tuvo un monasterio
Para sus reyes Pampliega.

Pregunta si entre las rejas
De su bizantino muro
Oyó las amargas quejas
Del rey que en su templo oscuro
Lloró virtudes añejas.

Pregunta si oyó decir
Al monarca en su abandono
Que un puñal le hizo subir
Los escalones del trono,
Y un vaso se le hizo huir.

Para escojer le llamaron
Entre morir ó reinar;
Los que ayer le coronaron
Su vénia no demandaron
El tósigo á preparar.

¡Triste Wamba! por mancilla
La púrpura te vistieron
Esos grandes de Castilla
Que tu sepulcro tendieron
A las puertas de esa villa.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Tan frágil es mi esperanza
Como tus ondas azules!

¡Quién pudiera, rio manso,
Resbalando indiferente
Hallar como tú descanso
Cuando apilas tu corriente
En escondido remanso!

Pues pasas murmurador
Bordando el campo de flores,
Arrulla ¡Arlanza! el dolor
De esa niña sin amores
Que está llorando de amor.

Dila, Arlanza, que ha mentido
Quien encontró á mis cantares
El placer que no he sentido,
Que en ello gozo he finjido
Por adormir mis pesares.

Dila que si suelto al viento
Al compás del arpa loca
Alegre y báquico acento,
Es que cierro á mi tormento
Los caminos de mi boca.

¡Rio Arlanza! ¡rio Arlanza,
Que el florido campo pules
Derramándote en holganza,
Dila que está mi esperanza
Cabe tus ondas azules!

A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO.

TRADICION DE TOLEDO.

I.

Entre pardos nubarrones
Pasando la blanca luna
Con resplandor fugitivo
La baja tierra no alumbra.
La brisa con frescas alas
Juguetona no murmura,
Y las veletas no giran
Entre la cruz y la cúpula
Tal vez un pálido rayo
La opaca atmósfera cruza,
Y unas en otras las sombras
Confundidas se dibujan.
Las almenas de las torres
Un momento se columbran
Como lanzas de soldados
Apostados en la altura.
Reverberan los cristales
La trémula llama turbia,
Y un instante entre las rocas
Riela la fuente oculta.
Los álamos de la vega
Parecen en espesura
De fantasmas apiñados
Medrosa y gigante turba;
Y alguna vez desprendida
Gotea pesada lluvia,
Que no despierta á quien duerme,
Ni á quien medita importuna.
Yace Toledo en el sueño
Entre la sombra confusa,
Y el Tajo á sus piés pasando
Con pardas ondas la arrullá.
El monótono murmullo
Sonar perdido se escucha
Cual si por las hondas calles
Hirviera del mar la espuma.
¡Qué dulce es dormir en calma
Cuando á lo lejos susurran
Los álamos que se mecen,
Las aguas que se derrumban!
Se sueñan bellos fantasmas
Que el sueño del triste endulzan,
Y en tanto que sueña el triste,
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría
Como la noche que enluta
La esquina en que desemboca
Una callejuela oculta,
Se ve de un hombre que aguarda
La vigilante figura,
Y tan á la sombra vela
Que entre la sombra se ofusca,
Frente por frente á sus ojos
Un balcon á poca altura
Deja escapar por los vidrios
La luz que dentro le alumbra:
Mas ni en el claro aposento,
Ni en la callejuela oscura
El silencio de la noche
Rumor sospechoso turba.
Pasó así tan largo tiempo
Que pudiera haberse duda
De si es hombre, ó solamente
Mentida ilusion nocturna;
Pero es hombre, y bien se ve,
Porque con planta segura
Ganando el centro á la calle
Resuelto y audaz pregunta
¿Quién va?—y á corta distancia
El igual compás se escucha
De un caballo que sacude
Las sonoras herraduras.
¿Quién va? repite, y cercana
Otra voz menos robusta
Responde:—Un hidalgo: ¡calle!
Y el paso el bruto apresura.
—Téngase el hidalgo,—el hombre
Replica, y la espada empuña.
—Ved mas bien si me hareis calle,
Repusieron con mesura,
Que hasta hoy á nadie se tuvo
Iban de Vargas y Acuña.
—Pase el Acuña y perdone:—
Dijo el mozo en faz de fuga,
Pues teniéndose el embozo
Sopla un silbato, y se oculta.
Paró el ginete á una puerta
Y con precaucion difusa
Salió una niña al balcon
Que llama interior alumbra.
—¡Mi padre!—clamó en voz baja;
Y el viejo en la cerradura
Metió la llave pidiendo
A sus gentes que le acudan.
Un negro por ambas bridas
Tomó la cabalgadura,
Cerrose detrás la puerta
Y quedó la calle muda.
En esto desde el balcon
Como quien tal acostumbra
Un mancebo por las rejas
De la calle se asegura.
Asió el brazo al que apostado
Hizo cara á Iban de Acuña,
Y huyeron en en embozo
Velando la catadura.

II.

Clara, apacible y serena
Pasa la siguiente tarde,

Y el sol tocando su ocaso
Apaga su luz gigantes:
Se ve la imperial Toledo
Dorada por los remates
Como una ciudad de grana
Coronada de cristales.
El Tajo por entre rocas
Sus anchos cimientos lame
Dibujando en las arenas
Las ondas con que las bate.
Y la ciudad se retrata
En las ondas desiguales
Como en prendas de que el rio
Tan afanosa la bañe.
A lo lejos en la vega
Tiende galan por sus márgenes
De sus álamos y huertos
El pintoresco ropaje,
Y porque su altiva gala
Mas á los ojos halague
La salpica con escombros
De castillos y de alcázares.
Un recuerdo es cada piedra
Que toda una historia vale,
Cada colina un secreto
De príncipes ó galanes.
Aquí se bañó la hermosa
Por quien dejó su rey culpable
Amor, fama, reino y vida,
En manos de musulmanes.
Allí recibió Galiana
A su receloso amante
En esa cuesta que entonces
Era un plantel de zahares.
Allá por aquella torre
Que hicieron puerta los árabes
Subió el Cid sobre Babieca
Con su gente y su estandarte.
Mas lejos se ve al castillo
De San Servando, ó Cervantes,
Donde nada se hizo nunca
Y nada al presente se hace.
A este lado está la almena
Por do sacó vigilante
El conde Don Peranzules
Al rey que supo una tarde
Finjir tan tenaz modorra
Que político y constante
Tuvo siempre el brazo quedo
Las palmas al horadarle.
Allí está el circo romano,
Gran cifra de un pueblo grande,
Y aquí la antigua Basílica
De bizantinos pilares,
Que oyó en el primer concilio
Las palabras de los padres,
Que velaron por la Iglesia
Perseguida ó vacilante.
La sombra en este momento
Tiende sus turbios cendales
Por todas esas memorias
De las pasadas edades,
Y del Cambron y Visagra
Los caminos desiguales
Camino á los toledanos
Acia las murallas abren,
Los labradores se acercan
Al fuego de sus hogares
Cargados con sus aperos,
Cansados de sus afanes.
Los ricos y sedentarios
Se tornan con paso grave
Calado el ancho sombrero,
Abrochados los gabanes;
Y los clérigos y monges
Y los prelados y abades
Sacudiendo el leve polvo
De capelos y sayales.
Quédase solo un mancebo
De impetuosos ademanes
Que se pasea ocultando
Entre la capa el semblante.
Los que pasan le contemplan
Con decision de evitarle,
Y él contempla á los que pasan
Como si á alguien aguardase.
Los tímidos aceleran
Los pasos al divisarle
Cual temiendo de seguro
Que les proponga un combate;
Y los valientes le miran
Cual si sintieran dejarle
Sin que libres sus estoques
En riña sonora dancen.
Una muger tambien sola
Se viene el llano adelante
La luz del rostro escondida
En tocas y tafetanes.
Mas en lo leve del paso,
Y en lo flexible del talle,
Puede á través de los velos
Una hermosa adivinarse.
Vase derecha al que aguarda,
Y él al encuentro la sale
Diciendo... cuanto se dicen
En las citas los amantes.
Mas ella galanterías
Dejando severa aparte
Así al mancebo interrumpe
En voz decisiva y grave.

— « Abreviemos de razones,
Diego Martinez; mi padre,
Que un hombre ha entrado en su ausencia
Dentro mi aposento sabe:
Y así quien mancha mi honra

Con la suya me la lave;
O dadme mano de esposo,
O libre de vos dejadme.» —

Mirola Diego Martinez
Atentamente un instante,
Y echando á un lado el embozo
Repuso palabras tales:
— «Dentro de un mes, Inés mia,
Parto á la guerra de Flandes;
Al año estaré de vuelta
Y contigo en los altares.
Honra que yo te desluzca
Con honra mia se lave,
Que por honra vuelven honra
Hidalgos que en honra nacen.
— Júralo, — esclamó la niña.
— Mas que mi palabra vale
No te valdrá un juramento. —
— ¡Vive Dios que estás tenaz!
— Dalo por jurado y baste. —
— No me basta, que olvidar
Puedes la palabra en Flandes. —
— ¡Voto á Dios! ¿qué mas pretendes? —
— Que á los piés de aquella imágen
Lo jures como cristiano
Del santo Cristo delante.» —

Vaciló un punto Martinez,
Mas porfiando que jurase
Llevole Inés ácia el templo
Que en medio la vega yace.
Enclavado en un madero
En duro y postrero trance,
Ceñida la sien de espinas,
Descolorido el semblante,
Víase allí un crucifijo
Teñido de negra sangre
A quien Toledo devota
Acude hoy en sus azares.
Ante sus plantas divinas
Llegaron ambos amantes,
Y haciendo Inés que Martinez
Los sagrados piés tocase,
Preguntóle:
— Diego, ¿juras
A tu vuelta desposarme?
Contestó el mozo:
— ¡Sí juro! —
Y ambos del templo se salen.

III.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y un año pasado habia,
Mas de Flandes no volvia
Diego, que á Flandes partió.

Lloraba la bella Inés
Su vuelta aguardando en vano,
Oraba un mes y otro mes
Del crucifijo á los piés
Do puso el galan su mano.

Todas las tardes venia
Despues de traspuesto el sol,
Y á Dios llorando pedia
La vuelta del español,
Y el español no volvia.

Y siempre al anochecer
Sin dueña y sin escudero
En un manto una muger
El campo salia á ver
Al alto del *miradero.*

¡Ay del triste que consume
Su existencia en esperar!
¡Ay del triste que presume
Que el duelo con que él se abrume
Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos
Precioso y funesto don,
Pues los amantes desvelos
Cambian la esperanza en zelos
Que abrasan el corazon.

Si es cierto lo que se espera
Es un consuelo en verdad,
Pero siendo una quimera
En tan frágil realidad
Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba
Sin acabar de esperar,
Y su tez se marchitaba,
Y su llanto se secaba
Para volver á brotar.

En vano á su confesor
Pidió remedio ó consejo
Para aliviar su dolor,
Que mal se cura el amor
Con las palabras de un viejo.

En vano á Iban acudia
Llorosa y desconsolada,
El padre no respondia,
Que la lengua le tenia
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,
Callando el padre severo
Y suspirando la bella,
Porque nació muger ella,
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron
En esperar y gemir,
Y las guerras acabaron,

Y los de Flandes tornaron
A sus tierras á vivir.

Pasó un dia y otro dia,
Un mes y otro mes pasó,
Y el tercer año corria;
Diego á Flandes se partió,
Mas de Flandes no volvia.

Era una tarde serena,
Doraba el sol de occidente
Del Tajo la vega amena,
Y apoyada en una almena
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas
Las riberas azotando
Bajo las murallas solas,
Musgo, espigas y amapolas
Ligeramente doblando.

Algun olmo que escondido
Creció entre la yerba blanda,
Sobre las aguas tendido
Se reflejaba perdido
En su cristalina banda.

Y algun ruiseñor colgado
Entre su fresca espesura
Daba al aire embalsamado
Su cántico regalado
Desde la enramada oscura.

Y algun pez con colores
Tornasolada la escama
Saltaba á besar las flores,
Que exhalan gratos olores
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo
El torreon se dibuja
Como el contorno redondo
Del hueco sombrío y hondo
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba
El rigor de su fortuna,
Y así la tarde pasaba
Y el horizonte trepaba
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano
En confuso remolino
Vió de hombres tropel lejano
Que en pardo polvo liviano
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreon,
Y llegando recelosa
A las puertas del Cambron
Sintió latir zozobrosa
Mas inquieto el corazon.

Tan galan como altanero
Dejó ver la escasa luz
Por bajo el arco primero
Un hidalgo caballero
En un caballo andaluz.

Jubon negro acuchillado,
Banda azul, lazo en la hombrera,
Y sin pluma al diestro lado
El sombrero derribado
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,
Bota de ante, espuela de oro,
Hierro al cinto suspendido
Y á una cadena prendido
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este ginete
Sobre potros jerezanos
De lanceros hasta siete,
Y en adarga y coselete
Diez peones castellanos.

Asiose á su estribo Inés
Gritando: — ¡ Diego, eres tú! —
Y él viéndola de través
Dijo — ¡ Voto á Belcebú,
Que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido
Tal respuesta al escuchar,
Y á poco perdió el sentido
Sin que mas voz ni gemido
Volviera en tierra á exhalar.

Frunciendo ambas á dos cejas
Encomendola á su gente,
Diciendo: — ¡ Malditas viejas
Que á las mozas malamente
Enloquecen con consejas! —

Y aplicando el capitan
A su potro las espuelas
El rostro á Toledo dan,
Y á trote cruzando van
Las oscuras callejuelas.

IV.

Así por sus altos fines
Dispone y permite el cielo
Que puedan mudar al hombre
Fortuna, poder y tiempo.
A Flandes partió Martinez
De soldado aventurero,
Y por su suerte y hazañas
Allí capitan le hicieron.
Segun alzaba en honores
Alzábase en pensamientos,
Y tanto ayudó en la guerra
Con su valor y altos hechos,

Que el mismo rey á su vuelta
Le armó en Madrid caballero,
Tomándole á su servicio
Por capitan de lanceros.
Y otro no fué que Martinez
Quien há poco entró en Toledo
Tan orgulloso y ufano
Cual salió humilde y pequeño.
Ni es otro á quien se dirije
Cobrado el conocimiento
La amorosa Inés de Vargas,
Que vive por él muriendo.
Mas él, que olvidando todo
Olvidó su nombre mesmo,
Puesto que Diego Martinez
Es el capitan Don Diego.
Ni se ablanda á sus caricias
Ni cura de sus lamentos,
Diciendo que son locuras
De gentes de poco seso,
Que ni él prometió casarse
Ni pensó jamás en ello.
¡ Tanto mudan á los hombres
Fortuna, poder y tiempo!
En vano porfiaba Inés
Con amenazas y ruegos;
Cuanto mas ella importuna
Está Martinez severo.
Abrazada á sus rodillas
Enmarañado el cabello
La hermosa niña lloraba
Prosternada por el suelo.
Mas todo empeño es inútil,
Porque el capitan Don Diego
No ha ser Diego Martinez
Como lo era en otro tiempo.
Y así llamando á su gente
De amor y piedad ageno
Mandóles que á Ines llevaran
De grado ó de valimiento.
Mas ella antes que la asieran
Cesando un punto en su duelo
Así habló el rostro lloroso
Acia Martinez volviendo:
— «Contigo se fué mi honra,
Conmigo tu juramento;
Pues buenas prendas son ambas,
En buen fiel las pesaremos.» —

Y la faz descolorida
En la mantilla envolviendo
A pasos desatentados
Saliose del aposento.

V.

Era entonces de Toledo
Por el rey gobernador
El justiciero y valiente
Don Pedro Ruiz de Alarcon.
Muchos años por su pátria
El buen viejo peleó;
Cercenado tiene un brazo,
Mas entero el corazon.
La mesa tiene delante,
Los jueces en derredor,
Los corchetes á la puerta
Y en la derecha el baston.
Está como presidente
Del tribunal superior
Entre un dosel y una alfombra
Reclinado en un sillon
Escuchando con paciencia
La casi asmática voz
Con que un tétrico escribano
Solfea una apelacion.
Los asistentes bostezan
Al murmullo arrullador,
Los jueces medio dormidos
Hacen pliegues al ropon,
Los escribanos repasan
Sus pergaminos al sol.
Los corchetes á una moza
Guiñan en un corredor,
Y abajo en Zocodover
Gritan en discorde son
Los que en el mercado venden
Lo vendido y el valor.
Una muger en tal punto
En faz de grande afliccion,
Rojos de llorar los ojos,
Ronca de gemir la voz,
Suelto el cabello y el manto,
Tomó plaza en el salon
Diciendo á gritos: — ¡ Justicia,
Jueces, justicia, señor! —
Y á los piés se arroja humilde
De Don Pedro de Alarcon,
En tanto que los curiosos
Se agitan al rededor.
Alzola cortés Don Pedro
Calmando la confusion
Y el tumultuoso murmullo
Que esta escena ocasionó
Diciendo:
— Muger, ¿qué quieres? —
— Quiero justicia, señor. —
— ¿De qué? —
— De una prenda hurtada. —
— ¿Qué prenda? —
— Mi corazon. —
— ¿Tú le diste? —
— Le presté. —
— ¿Y no te le han vuelto? —
— No. —
— ¿Tienes testigos? —
— Ninguno. —

—¿Y promesa?—
—Sí, ¡por Dios!
Que al partirse de Toledo
Un juramento empeñó.—
—¿Quién es él?—
—Diego Martinez.—
—¿Noble?—
—Y capitan, señor.
—Presentadme al capitan,
Que cumplirá si juró.—
Quedó en silencio la sala;
Y á poco en el corredor
Se oyó de botas y espuelas
El acompasado son.
Un portero levantando
El tapiz en alta voz,
Dijo: —El capitan Don Diego.—
Y entró luego en el salon
Diego Martinez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.
—¿Sois el capitan Don Diego,
Díjole Don Pedro, vos?—
Contestó altivo y sereno
Diego Martinez:
—Yo soy.—
—¿Conoceis á esta muchacha?
—Ha tres años, salvo error.—
—¿Hicísteisla juramento
De ser su marido?—
—No.—
—¿Jurais no haberlo jurado?—
—Sí juro.—
—Pues id con Dios.
—¡Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.
—Muger, ¡piensa lo que dices!...
—Digo que miente, juró.—
—¿Tienes testigos?—
—Ninguno.—
—Capitan, idos con Dios,
Y dispensad que acusado
Dudara de vuestra honor.

Tornó Martinez la espalda
Con brusca satisfaccion,
É Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme gritó:
—Llamadle, tengo un testigo.
¡Llamadle otra vez, señor!—
Volvió el capitan Don Diego,
Sentose Ruiz de Alarcon,
La multitud aquietose
Y la de Vargas siguió:
—Tengo un testigo á quien nunca
Faltó verdad ni razon.—
—¿Quién?—
—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó
Mirándonos desde arriba.—
—¿Estaba en algun balcon?—
—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que espiró.—
—¿Luego es muerto?—
—No, que vive.—
—Estais loca, ¡vive Dios!
¿Quién fué?—
—El Cristo de la Vega,
A cuya faz perjuró.—
Pusiéronse en pié los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan escelsa apelacion.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor,
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusion.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,
Y levantose diciendo
Con respetuosa voz:

—«La ley es ley para todos;
Tu testigo es el mejor,
Mas para tales testigos
No hay mas tribunal que Dios.
Haremos... lo que sepamos;
Escribano, al caer el sol
Al Cristo que está en la vega
Tomareis declaracion.

VI.

Es una tarde serena
Cuya luz tornasolada
Del purpurino horizonte
Blandamente se derrama.
Plácido aroma las flores
Sus hojas plegando exhalan,
Y el céfiro entre perfumes
Mece las trémulas alas.
Brillan abajo en el valle
Con suave rumor las aguas,
Y las aves en la orilla
Despidiendo al dia cantan.
Allá por el *miradero*
Por el Cambron y Visagra
Confuso tropel de gente
Del Tajo á la vega baja.
Vienen delante Don Pedro
De Alarcon, Iban de Vargas,
Su hija Inés, los escribanos,
Los corchetes y los guardias;
Y detrás monges, hidalgos,
Mozas, chicos y canalla.
Otra turba de curiosos
En la vega les aguarda,
Cada cual comentando
El caso segun le cuadra.

Entre ellos esta Martinez
En apostura bizarra,
Calzadas espuelas de oro,
Valona de encaje blanca,
Bigote á la borgoñesa,
Melena desmelenada,
El sombrero guarnecido
Con cuatro lazos de plata,
Un pié delante del otro,
Y el puño en el de la espada.
Los plebeyos de reojo
Le miran de entre las capas
Los chicos al uniforme
Y las mozas á la cara.
Llegado el gobernador
Y gente que le acompaña
Entraron todos al cláustro
Que iglesia y patio separa.
Encendieron ante el Cristo
Cuatro cirios y una lámpara,
Y de hinojos un momento
Oraron allí en voz baja.
  Está el Cristo de la Vega
La cruz en tierra posada,
Los piés alzados del suelo
Poco menos de una vara;
Acia la severa imágen
Un notario se adelanta,
De modo que con el rostro
Al pecho santo llegaba.
A un lado tiene á Martinez,
A otro lado á Inés de Vargas,
Detrás al gobernador
Con sus jueces y sus guardias.
Despues de leer dos veces
La acusacion entablada,
El notario á Jesucristo
Así demandó en voz alta:
—« *Jesús, Hijo de María,*
» *Ante nos esta mañana*
» *Citado como testigo*
» *Por boca de Inés de Vargas,*
» *¿Jurais ser cierto que un dia*
» *A vuestras plantas divinas*
» *Juró á Inés Diego Martinez*
» *Por su muger desposarla?*»—
  Asida á un *brazo* desnudo
Una *mano* atarazada
Vino á posar en los autos
La seca y hendida palma,
Y allá en los aires —¡Sí JURO!—
Clamó una voz mas que humana.
Alzó la turba medrosa
La vista á la imágen santa...
Los labios tenia abiertos,
Y una mano desclavada.

CONCLUSION.

Las vanidades del mundo
Renunció allí mismo Inés,
Y espantado de sí propio
Diego Martinez tambien.
Los escribanos temblando
Dieron de esta escena fé,
Firmando como testigos
Cuantos hubieron poder.
Fundose un aniversario
Y una capilla con él,
Y Don Pedro de Alarcon
El altar ordenó hacer,
Donde hasta el tiempo que corre,
Y en cada un año una vez,
Con la mano desclavada
El crucifijo se ve.

TERCERA PARTE.

A ROMA.

—

Aun niño me contaron
Un *no sé qué* de Césares y reyes
De alcázares que alzaron,
De imperios que asolaron
Para escribir con sus escombros leyes.

Y yo me imaginaba
Allá en mi débil pensamiento loco
Cuando en Roma pensaba,
Que cuanto grande hallaba
Para finjirlo en Roma era bien poco.

Palacios imperiales,
Circos y templos, acueductos, fuentes,
Trofeos colosales,
Obeliscos triunfales,
Termas, jardines, pórticos y puentes,

Perfumes y oro y ruido,
Y sabios, y vestales, y guerreros
Soñé desvanecido;
Y todo confundido
Como los dias de mi edad primeros.

¡Podre niño ambicioso!
No conté con las sordas tempestades
Del tiempo proceloso,
Que arrebata impetuoso
Reyes, palacios, gentes y ciudades.

Y ciego y exhalado
A impulso de mi jóven fantasía
Volé desatentado
A ver lo atesorado,
Lo que pensaba yo que no moria.

Tras ese haz de despojos
Que al ancho Tíber las espaldas doma
Me prosterné de hinojos,
Para tornar los ojos
A sorprender la eternidad de Roma.

Y ahí encontré tendida
Esa Roma, terror de las naciones,
Desplomada y hundida;
Ramera embrutecida,
Hija de lobos, madre de Nerones.

Leona agonizante
Que rabiosos los tigres dividieron,
Y á su raza triunfante
La presa palpitante
De sus cachorros en venganza dieron.

Púrpura del tirano
Que dió su vida en prenda de mil muertes,
Y el esclavo villano
Con insolente mano
Echó sobre ella y sobre el trono suertes.

¿Qué se hicieron, señora,
Tus severos y nobles senadores?
Tu gente vencedora
¿En dónde oculta ahora
El sitial de tus libres dictadores?

¿Dó están los ciudadanos
Que nacian señores de la tierra,
Vasallos soberanos
Cuyas potentes manos
Daban al universo paz ó guerra?

¿Dó están esas legiones
Que á su placer la púrpura ofrecian
Y por altas razones
A las otras naciones
Enviaban nuevo rey cuando querian?

¿Dó están esos valientes
A quien seguian miles de soldados
A avasallar las gentes,
Arrastrando insolentes
Los vintos reyes á su triunfo atados?

¿Dó está, Roma caida,
Aquella multitud que iba serena
A tus circos, servida
Con ver cómo la vida
Jugaban sus esclavos en la arena?

¡Tú sola te perdiste!
¡Tú sola ¡oh Roma! tu grandeza hollaste.

Pues la prez que te diste
Velarte no supiste,
Y tu seno con crímenes manchaste!

Porque diste humillada
A un Cesar un puñal y una corona,
Su raza entronizada
En tu cerviz hollada
Por eso cantos de furor entona.

Por eso en sus salones
Tus matronas tomó por concubinas,
Por eso á sus legiones
Con tan torpes lecciones
Hizo á Roma poblar de Mesalinas.

Y en su embriaguez y hartura
Contando como perros sus vasallos,
Quisiera en su locura
Esa progenie impura
Palacios levantar á sus caballos.

Y por eso de flores
Coronada la sien iban beodos
Esos emperadores
Los crímenes mayores
A presenciar para saberlos todos.

Por eso ardias, Roma,
Mientras Neron al resplandor cantaba,
Y al par que se desploma
Tu grandeza, el aroma
Del humo ardiente tu señor gozaba.

Por eso en tus hogueras
Morian inocentes los cristianos,
Y tus legiones fieras
En dobladas hileras
Apoyaron la ley de tus tiranos.

Por eso del oriente
Tras el pendon del Redentor divino
Bravo tropel de gente
Vino, y clavó en tu frente
El Lábaro triunfal de Constantino.

Y por eso mas tarde
Tu hora fatal atentos esperaban
¡Y ansiando que no tarde!
Los que en vejez cobarde
Del desierto al lindel te contemplaban.

El desierto dejaron
Los que tu fértil, opulento y rico
Imperio devastaron,
Y en sangre se bañaron
Las formidables hordas de Alarico.

Del desierto vinieron
Los hijos de esa raza que aniquila
Cuanta pompa en tí vieron,
Y tus muros se hundieron
Bajo el caballo del sangriento Atila.

«¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
»¡Cebaos ahí en carne de villanos!»
Gritaba de ira ciego;
«¡Que no se encuentre luego
»Uno con libertad de esos romanos!

»Sangre á beber vinimos;
»¡Hartaos de sangre, mis sedientos perros!
»¡Do quiera que estuvimos
»Que muestre que vencimos
»La marca funeral de nuestros hierros!

»¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
»¡Sangre, lebreles! Si sus dioses hallo,
»Y hasta su templo llego,
»Venid á verlos luego
»Atados por los piés á mi caballo.»

Y así Atila clamando
Giró en carrera rápida y violenta
Sus tigres azuzando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta.

¡Fiesta horrible, espantosa,
Festin de sangre en tu recinto dieron!
¡Oh Roma poderosa!
La sangre generosa
De tus hijos los bárbaros bebieron.

La compasiva luna
Requirió los cendales enlutados
De la sombra oportuna,
Por no ver tu fortuna
Hecha presa y botin de sus soldados.

¿Qué te quedó aquel dia
¡Oh Roma! de tu espléndida grandeza?
¿Quién lloró tu agonía?
¿Quién como tú gemia
Sosteniendo en sus brazos tu cabeza?

¡Otra amorosa gente
Víctima del furor de tus tiranos
Enjugó diligente
El sudor de tu frente
Con maternales y dolientes manos!

Otra raza mas pura
En vez de tus Penates y tus Lares
Te prestó en tu amargura
Otro Dios de ventura,
Otro templo mejor y otros altares.

Mas tú, infame ramera,
Por el antiguo vicio ya estragada,
A tu maldad primera
Volvistes altanera,
Tal vez sin fuerzas, pero no cansada.

Y tornaron mas fieros
Con leyes de piedad otros Nerones,

Que lobos carniceros
Con pieles de corderos
Volvieron á dar *sangre* á las naciones.

Y tornaron profanas
A levantarse torpes concubinas
Tus bellezas livianas,
Tornaron las romanas
A aprender el papel de Mesalinas.

Y tornaron ladinos
En lugar de tus monstruos imperiales
Otros reyes dañinos
En faz de peregrinos
Ornados de capelos y sayales.

¡Tuya es la culpa, ¡oh Roma!
Tuya es la culpa, y de tu suelo ardiente
Si te hundió tu carcoma,
Del rojo sol que asoma
Por ese azul y voluptuoso oriente!

Culpa es de esos jardines
Que brotan fuentes y árboles y flores,
Y toldos de jazmines,
Que inspiran los festines
Y el vértigo carnal de los amores.

Ciudad de las ciudades,
Aguila vieja cuya frente hollaron
Las negras tempestades
En que tus mil edades
Sobre tu cana frente reventaron;

—¡A Dios, con tus señores!
Y ¡guai! que mientras tú duermes tranquila
No tornen vencedores
Los tigres vengadores
De las legiones del sangriento Atila.

¡Guai! no vuelva azuzando
Sus tigres de su cólera violenta
Sin compasion clamando,
La ancha espada mostrando
Hasta el torcido gavilan sangrienta:

«¡Sangre! ¡esterminio! ¡fuego!
»¡Sangre, lebreles! — Si sus dioses hallo,
»Y hasta su templo llego,
»Venid á verlos luego
»Atados por los piés á mi caballo.» —

LA NOCHE INQUIETA.

FANTASÍA (1).

I.

LA ÚLTIMA LUZ.

Hay mas horas sin hora
En que nuestras horas cesan,
Horas que en el alma pesan
Como inmensa eternidad.
Unas horas sin oriente,
Sin occidente y sin nombre,
En que atosigan al hombre
La mentira y la verdad.

Horas sin voz, en que quiere
Escuchar algo el oido,
Y el aire no tiene ruido
Que poderle dar á oir:
En que quiere hablar la lengua
Y se detiene medrosa,
Porque teme alguna cosa
Que la pueda interrumpir.

En que con ojos avaros
Miramos lo que no vemos,
En que delirar creemos
Y deliramos creer:
Horas en que duerme entero
Este mundo que habitamos,
Y nosotros despertamos
Su descanso á sorprender.

En los pliegues de la sombra,
Como antípodas del dia,
Estas horas de agonía
Caminando amargas van:
El tiempo abortó esas horas
Para el alma que medita
Que el cuerpo no necesita
Horas de tan noble afan.

Pasan sobre el grato sueño
Del labrador fatigado,
Sobre el sueño descuidado
Del indolente señor:
Sobre el del tranquilo esposo,
Y el del necio indiferente,
Y el de la hermosa inocente
Que sueña el primer amor.

Pasan sobre la sonrisa
De la madre cariñosa,
Que amante, madre y esposa
En un amor goza tres:
Pasan respetando el sueño
Del olvidado mendigo,
Que al dar á la sien abrigo
Deja desnudos los piés.

Y buscan el sueño inquieto
De algun pensador profundo,
Que aguarda mas ancho mundo
De este otro mundo detrás:

(1) Esta fantasía se publicó ya en el tomo primero. No siendo, sin embargo, mas que parte de una composicion que el autor no pensaba nunca concluir, se toma ahora la libertad de publicarla con el resto de la tal composicion, porque precisamente sucedió lo contrario: *la composicion se concluyó;* y esto prueba sin duda la inconsecuencia de los pensamientos humanos

Buscan al hombre que piensa,
Y que al pensar que es eterno
Cambiara por un infierno
El posible de ser mas.

Al asentarse en su lecho
A sus párpados llamando,
El ánima despertando
Por el párpado miró.
Presentósele la sombra
Como imágen de la nada
A la roja llamarada
Que la lámpara brotó.

Escucha, y oye silencio,
Mira, y los ojos ven sombra,
Habla, y el eco le asombra
Sin responder á su voz:
Solo aprende que es de noche,
Que su mente inquieta vaga,
Que su lámpara se apaga
Y que el sueño huyó precoz.

Entonces lucha afanado
El cuerpo con la costumbre,
El ojo busca la lumbre,
Busca el oido rumor;
Y el alma sin luz ni ruido
Que su pensamiento estorbe,
Vuela libre por el orbe
En pos de mundo mejor.

Pero estando condenada
A la cárcel de la tierra:
Vuelve al cuerpo que la encierra
Para meditar en él.
Entonces sujeta al cuerpo,
Mar que en las rocas se estrella,
Para sentir como aquella
Sentidos le presta aquel.

Débil como el cuerpo entonces,
Por ojos de carne mira,
Y ve lo que ver delira
Por aquel turbio cristal.
Ve que la lámpara seca
La luz postrera derrama,
Y ve en la convulsa llama
Un no sé qué de infernal.

Aquellas ráfagas tibias,
Llamaradas de un momento
Que alumbran el aposento
Para ofuscarle otra vez:
Que confundiendo las formas,
Dando espacio á los objetos,
Pintan manchas y esqueletos
Que cruzan por la pared.

Aquella lumbre oscilante
Que en torno al pábilo flota
Aérea, vibrante, rota,
De indefinible color,
Dibuja en los pardos vidrios
Y en las blancas muselinas
Creaciones peregrinas
Que nos llenan de terror.

Asoma rostros deformes
De diabólicos contornos,
Que en colgaduras y adornos
Nos parece ver girar;
Ya son gigantes monstruosos
Que desparecen livianos,
Ya ridículos enanos
Que se juntan á danzar.

Ya son pájaros flotantes,
Ya son repugnantes viejas,
Ya son fantasmas distantes,
Negras visiones *sin luz*;
Ya son vivientes que pasan,
Ya son antorchas que cruzan,
Cuyo fulgor desmenuzan
Líneas hendidas en cruz.

Ya charolado vacío
De estrellas rojas orlado,
U hondo hueco iluminado
Por agonizante hachon;
Ya pardos grupos de sombra,
Ya misteriosos paisajes,
Ya pabellones de encajes
O tapices de crespon.

La llama trémula en tanto
De un momento á otro momento
Su resplandor ceniciento
Amaga inquieta matar:
Flota en el aire exhalada
Del pábilo desprendida,
Y torna al pábilo asida
Segunda vez á brotar.

O lame blanda los bordes
Del vaso que la contiene,
Y á reconcentrarse viene
En el pábilo otra vez:
Y moribunda vacila,
Como vibra y pestañea
Mal herido en la pupila
Un ojo con rapidez.

Acaso un insecto imbécil,
De nuestro pavor objeto,
Viene á revolar inquieto
De la llama en derredor:
Y en su fantástico vuelo
Cruzando la luz, parece
Que aumenta en formas y crece
Como ensueño aterrador.

Se desvanece un momento,
Luego flotando aparece,
Y con la llama se mece
Cual si la hiciera vivir;
Mil veces la hiende y cruza,
Cual si un espíritu fuera
Que danzara en una hoguera
Donde alguno ha de morir.

Se le ve sobre la llama
Volar errante zumbando,
O bien las alas plegando
La opaca lumbre beber.
Se le ve en el vidrio hueco,
Sobre sus piés trasparentes,
Sus pasos indiferentes
De uno á otro lado mover.

Y si del fuego aturdido
La claridad evitando
Y su vuelo acelerando
Se le ve cerca pasar,
El rostro se hunde en las ropas,
Y mientras el miedo pasa,
La luz que ilumina escasa
Se acaba al fin de apagar.

II.

EL SILENCIO Y LA OSCURIDAD.

Cuando tras vela afanosa
Fatigados nos dormimos,
Soñamos con lo que vimos
O lo que creimos ver.
Así en tropel misterioso
Se agitan confusamente
Los delirios que la mente
Despreció velando ayer.

Por huir de ella tan solo
En ella se cobijaron,
Y dentro de ella aguardaron
De revelarse ocasion;
Que esos fantásticos sueños
Que turban nuestro reposo
Del ánimo religioso
Secretos abortos son.

Porque el que cree y el que duda
Por descuidado que viva,
En algo el creer estriba
Y en algo estriba el dudar;
Y alguna vez engañado
Por las que creyó evidencias,
En sus dudas y creencias
Ha por fin de vacilar.

El ruido y el movimiento,
La voz y la compañía
Que nos da la luz del dia
Impiden pensar tal vez,
Y entonces creencias, dudas,
Dentro del ánimo callan,
Y en él guarecidas hallan
Asilo en su timidez.

Por eso en órgia insensata
El disoluto mancebo
Dice: — « en el licor que bebo
Ahogo cuanto creí. » —
Por eso en placer sumido
Dice el embriagado amante:
— « Yo no creo en este instante
¡Vida mia! mas que en tí. » —

Por eso ante sus monedas
El jugador avariento
Dice con audaz acento:
— « Creo en el oro y no mas. » —
Y por eso el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice osado á su venganza:
— « Honra, satisfecha estás. » —

Pero si en la noche umbría
Tras sueño inquieto despierta,
Cada sentido una puerta
A sus creencias le da;
Y duda, y teme, y vacila,
Y azorado el hondo pecho,
En derredor de su lecho
Fantasmas finjiendo está.

Su lámpara ya apagada
Al matar la última lumbre,
Dejó sombra en la techumbre,
Dejó sombra en la pared;
Cerrado dentro la alcoba
El aire falto de ruido
Escucha en vano el oido
La voz de la lobreguez.

En vano miran los ojos
La sombra descolorida;
Con una ilusion mentida
Vienen á tocar al fin;
Do quier que avaros se tornan
Ven una masa uniforme,
Una sombra espesa, enorme,
Que no se ciñe á confin.

La mente duda medrosa,
Los sentidos se adormecen,
Y embriagados se estremecen
Con cada nueva ilusion:
Todo en la mente se agita,
Todo en la mente se embota,
Todo en torno nuestro flota
En callada confusion.

Y á tanto mirar los ojos,
A tanto oir los oidos,
Fatigados, aturdidos,
Rumor oyen, sombras ven;
El ánima se amedrenta,
Y brotan los pensamientos
Medrosos y antiguos cuentos
Que la atosigan tambien.

Entonces es cuando el eco
De un caballo que tropieza
Nos retumba en la cabeza
Con chasquido colosal;
Entonces semeja el roce
De la ropa mal plegada
La voz seca y prolongada
De rápido vendabal.

Entonces es cuando el ruido
De nuestro azorado aliento
Nos parece el sordo acento,
La lejana confusion
De las invisibles alas
De aves mil desconocidas,
Que van cruzando perdidas
Los aires en rebelion.

Y escuchamos á lo lejos
Huellas de piés recelosos
Y vagidos vaporosos
Que se apagan al nacer;
Y crujen en las vidrieras
Confusos sacudimientos,
Y ahullidos, gritos y acentos
De rabia, espanto y placer.

Entonces finjen los ojos
A compás de estos rumores
Mil fantásticos colores,
Sombras y delirios mil;
Bultos que ruedan informes,
Círculos de luces bellas,
Vagas y raudas centellas
Del miedo aborto febril.

Y fantasmas que en tumulto
Pasan, corren, flotan, vuelan,
Y se apagan y rielan
Sin tener luz ni color;
Y parece que cruzando
Por las tinieblas oscuras,
Arrastran sus vestiduras
Con repugnante rumor.

Caprichos, menos que nada,
De esencia desconocida,
Delirios sin voz, sin vida,
Nada pueden, nada son;
Mas sin cuerpos ni colores,
Tienen cuerpos y semblantes
Que los ojos delirantes
Les prestan en su ilusion.

Les presta voz el oido,
Y movimientos la mente,
Y vienen confusamente
Mente y oido á acosar;
Y mente y ojos y oidos
Con tan fantástico empeño
Alejan el blando sueño
Y empiezan á delirar.

Llenan entonces el aire
Peregrinas ilusiones
Y frágiles creaciones
De la duda y de la fé,
Donde entre iguales contornos
Una en otra confundida
La miseria de la vida
Y la religion se ve.

Allí entre un miedo mundano
Y entre una creencia errada
Va un idea de la nada
O una olvidada verdad;
Y en tan cumplidas tinieblas,
En silencio tan completo
Se trasparenta un objeto
Inmenso... la eternidad.

¿Quién no cree y quién no duda
Cuando á solas en su lecho
En el reloj de su pecho
Sus horas contando está?
¿Quién no cree y no duda entonces
En el silencio y la sombra?
¿Quién pensando no se asombra
Lo que existe *mas allá?*

Porque esos seres aéreos
Que en redor nuestro sentimos,
El rumor que percibimos
En torno nuestro bullir,
Aquel estraño delirio
En que creemos dudando
Que hay quien nos está mirando
Sin podérselo impedir;

Ese rumor misterioso
Con la sombra murmura,
Esa luz leve, insegura,
Que radia la oscuridad;
Ese temor sin objeto
Que la sombra nos infunde
Y en la mente nos confunde
La mentira y la verdad;

Ese insectillo nocturno
Que nos asalta y aterra,
Que con nosotros se cierra
Importuno á combatir,

Que en monótona algazara,
En ronco y sonoro ruido
Acosa nuestro descuido
Sin dejar de ir y venir;

Ese insecto á quien juzgamos
En nuestra afliccion medrosa
Un ser, un soplo, una cosa
Que nos dice *no sé qué;*
Un *no sé qué* misterioso
Que nos traspasa de miedo,
Que de un labio revoltoso
Se derrama y no se ve;

Y aquel afanoso empeño
Con que dormir procuramos
Y con quien tanto porfiamos
Que hace inútil nuestro afan,
Son voces de nuestra nada
Que soñando comprendemos,
Y que á gritos—si creemos—
Preguntándonos están.

Por eso si en órgia inmunda
El disoluto mancebo
Dice: —«en el licor que bebo
Ahogo cuanto creí;»—
Por eso si en sus placeres
Dice el insensato amante:
—«Yo no creo en este instante
¡Vida mia! mas que en tí;»—

Por eso si ante su oro
El jugador avariento
Dice con seguro acento:
—«Creo en el oro y no mas;»—
Por eso si el pendenciero
Que el triunfo lidiando alcanza
Dice altivo á su venganza:
—«Honra, satisfecha estás.»—

En la sombra de la noche
Con su corazon á solas
Luchan con las turbias olas
De la duda y el temor;
El uno por sus festines,
El otro por su dinero,
Por su honor el pendenciero,
Y el amante por su amor.

Porque ese fugaz murmullo,
Ese crepúsculo vago,
Son el reflejo, el amago
Del final de nuestro ser;
Y dudar en el silencio,
Temer en la sombra oscura,
No es ni duda ni pavura,
Es conocerse y creer.

—

Que la sombra y el silencio
Reflejan la eternidad
Como la luz de los cielos
Reverbera en un cristal,
Y recordando su polvo
A la flaca humanidad,
Son clamor de nuestra nada
Que diciéndonos está
«Creed, ó velad.»

Que el no atreverse á creer
Es decidirse á dudar,
Y dudar es tener miedo
De creer una verdad;
Dudar es estar en vela,
Creer es tranquilo estar,
Y es fuerza por duda ó miedo,
Puesto que tan juntos van,
Creer, ó velar.

Pues no es mas el corazon
Que un indestructible altar
De donde nuestras creencias
No se separan jamás;
Y el jugador y el valiente,
Y el disoluto galan,
Tienen allá en la alta noche
Un momento sin solaz
En que sus vagos temores
Y su inquietud y su afan
Les están diciendo á voces
En la muda oscuridad:
«Creed, ó velad.»

Que ese rumor del silencio,
Y esa ráfaga fugaz
Que deliramos que alumbra
La callada oscuridad,
Y ese temor sin objeto,
Y ese insecto pertinaz
Que zumba, y silba, y se agita,
Sube y baja, y viene y va,
Y ese empeño, esa porfía
Con que en nuestro torpe afan
Procuramos el descanso,
¡Vive Dios! que no son mas
Que el miedo á nosotros mismos
Que nos impone tenaz
Creer, ó velar.

Es la sombra incomprensible
De ese oculto *mas allá*
Tras de cuyo pensamiento
No alcanzamos á ver mas
Que lo que envuelve la noche,
Silencio y *oscuridad.*

III.

EL AMANECER.

Y al fin de tanto temer,
Tanto soñar sin dormir,
Y tanto afan,

El alba esperando ver
Cerrándose sin sentir
Los ojos van.

Al menor ruido que oimos
Vuelven á abrirse otra vez
Lentamente,
Mas apenas los abrimos
Tornan á su lobreguez
Muellemente.

Y todavía creemos
Que sentimos y miramos
Desvelados,
Y lo que oimos y vemos
Es solo lo que soñamos
Fatigados.

Todavía en la cabeza
Se agitan los pensamientos
Confundidos,
Y con lánguida pereza
Dejamos sus movimientos
Vagar perdidos.

Y las nocturnas visiones
Que nuestro capricho loco
Nos finjia,
Sus medrosas ilusiones
Desvanecen poco á poco
Con el dia.

Una luz tibia, insegura,
El quicio de alguna reja
Iluminando,
Sobre la pared oscura
La luz que fuera refleja
Va pintando.

Y en el rayo fugitivo
Que se pierde en el flotante
Polvo leve,
Aquel insectillo esquivo
Cruzando á su torno errante
La luz le bebe.

Y pasa. y se mece, y gira,
Sube, y baja, y huye, y viene
Sin recelo,
Y se pierde, y se retira,
Y sobre la luz se tiene
En ronco vuelo.

De alguna torre cercana
El esquilon nos despierta
Un momento,
Y en una ilusion liviana
Concibe la luz incierta
El pensamiento.

Y el rayo del sol naciente
Y el insecto pertinaz
Que bulle en torno,
Pasan un punto en la mente
Como una sombra fugaz
Sin contorno.

Y en la duda vacilando
Si velamos ó dormimos,
Nos parece
Que el sueño á que nos rendimos
Nos va la luz apagando
Que amanece.

Y pasando del dudar
Al descanso del dormir
Olvidamos
Lo que nos vino á turbar,
Y lo que pudo existir
O soñamos.

Y al despertar otro dia
Ya no guardamos memoria
Ni recelo
De la inquietud y agonía,
De la fantástica historia
De aquel desvelo.

Porque así pasan sombrías
Las horas de nuestros dias
Revoltosos,
Las noches de dudas llenas,
Los dias llenos de penas
Y azarosos.

Las noches creyendo ver
Lo que habemos de creer
Y dudamos;
Y los dias sin pensar
En lo que hemos de soñar
Cuando durmanos.

¡Oh! verted blando beleño,
Tardas noches, en mi sueño
Al resbalar,
Y tras sueño inquieto y largo
No tenga un recuerdo amargo
Al despertar.

SOLEDAD DEL CAMPO.

—

¡Salve! fértil campiña y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosa las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

¿Quién me diera ¡ay de mí! tu sombra oscura
Donde tornara al que perdí reposo?
¿Quién me tornara ¡oh soto! á la frescura
De tu arbolado suelo tan frondoso?

¿Quién me diera el pacífico murmullo
De tus olmos mecidos mansamente,
De tus palomas el sentido arrullo,
Y el grato son de tu escondida fuente?

Cuando en tu blanda yerba recostado
Lejos de los impúdicos festines
En apacible trino regalado
Me adormian los sueltos colorines.

Y yo les via en las latientes plumas
Sostenerse y picar la espesa grama,
Y turbar del remanso las espumas,
Y en el árbol saltar de rama en rama.

¡Ay cuánto habrán los afanosos dias
Hollado tanta gala y donosura!
¡Cuántas tormentas al pasar bravías
Habrán roto tan frágil hermosura!

¡Cuán mal sonara ya mi voz mundana
Bajo ese techo de hojas campesino,
Sobre esa alfombra espléndida y liviana
Que reverdece arroyo cristalino!

¡Ah! ¡lejos ya de mí tan torpe empeño!
Apagaré el compás del arpa loca,
Y de tus aves el sabroso sueño
No turbarán los himnos de mi boca.

¡Contento quedaré con saludarte,
Con ver de lejos tu silvestre pompa...!
Tal vez ¡oh fresco soto! al contemplarte
En lágrimas de amor cansado rompa.

¡Que nada son los fáciles laureles
Con que el mundo nos brinda lisonjero
Si al prestarnos su manto de oropeles
Rasga y desnuda el corazon primero.

Cuando seguí desatentado y loco
Del mundano placer las torpes huellas
Aprendí que el placer vale bien poco...
Siempre al pisarlas resbalaba en ellas.

Y siempre cuando en órgia estrepitosa
La perfumada copa levantaba
Al apartarla de la faz jugosa
En el vaso una lágrima encontraba.

Y siempre el son de la caliente fiesta,
Las canciones, la báquica armonía
Me hacia apetecer la blanda siesta,
Y el rumor de los olmos me traia.

Y siempre en su cantar la cortesana,
Y siempre en su tañer la danza impura
Me acordaba la música villana
Con que la amena soledad murmura.

Que allí la hermosa con mentidas flores
La sien tocaba y el desnudo cuello,
Sin pedir á sus cálices olores
Con que aromar las hebras del cabello.

Que allí los ruiseñores suspendidos
Entre grillos y cárceles de oro
Con el ronco tumulto ensordecidos
No soltaban el cántico sonoro.

Y el aire que aspirábamos pesado
Nos abrasaba al aspirarle el pecho,
Y el inmenso salon entapizado
Érale al corazon pobre y estrecho.

Y allí tambien cansado suspiraba
¡Oh deleitable soledad campestre!
Por el sosiego y paz que en tí gozaba
Bajo tu tosco pabellon silvestre.

¡Oh que me place, soledad sabrosa,
Del fresco soto y del sombrío ameno
La tibia luz y el aura bulliciosa
Que alumbra y riza tu enramado seno!

Allí miraba mi infantil pupila
En el fondo de lóbrega laguna
Cuál resbalaba en ilusion tranquila
La turbia imágen de la blanca luna.

Allí crecian las sonantes cañas,
La verde juncia, y la amistosa yedra
Do tejen campesinas las arañas
Su estrecha red entre horadada piedra.

Allí venia el silbador mosquito,
Y en tanto que en los hilos se enredaba
Acechábale oculta de hito en hito
La cazadora ruin que le esperaba.

Allí via constante en su fatiga
Ir y venir por la vereda usada
A lentos pasos la afanosa hormiga
Con la futura provision cargada.

Y allí en la rama que la noche fria
Con niebla moja, y con el aura enjuga,
Yo al sol del alba columpiarse via
En baba frágil la vellosa oruga.

Y allí tambien, sin fueros de jardines,
Via huertos con parras entoldados
Do habia pabellones de jazmines
De las paredes ásperas colgados.

Y allí brotaban escondidas violas,
Lirios azules, rosas purpurinas,
Jacintos y sangrientas amapolas,
Madreselva y fragantes clavellinas.

Y sus líquidas trenzas derramando
Cruzábale un arroyo, y amarillas
El césped de la márgen salpicando
Mil vistosas le orlaban florecillas.

Y allí andaba la suelta mariposa
Libre de flor en flor volando ufana,
Su librea ostentando revoltosa
De oro y de azul, de púrpura y de grana.

Ya posaba en los altos mirabeles,
Ya esquivaba al pasar las otras flores
Avergonzando lirios y claveles
Sus puros y magníficos colores.

Y arrastrando su alcázar en la espalda
El perezoso caracol salia
Del fresco sulco á la pintada falda
A bañarse en el sol de medio dia.

Y sobre alguna fácil eminencia
Estendiendo su cuerpo trasparente
Tornaba á bendecir la Omnipotencia
Los elásticos ojos al oriente.

Y allí zumbando la oficiosa abeja
Entre los frutos del jardin opimos
La blanca miel que en sus panales deja
Chupaba en los espléndidos racimos.

¡Oh silencio! ¡oh pacífica ventura!
¡Oh soledad del campo deleitosa!
En tí de la inquietud de su locura
El fatigado corazon reposa.

¿Quién me tornara á la enramada umbría
Donde ecos tuvo mi cantar primero?
¡Acaso alegre el arpa sonaría
Al blando son del céfiro ligero!

Mas ¡ay! que acaso en apartados climas
Por la importuna suerte arrebatado
He de cantar en lamentosas rimas
La pátria soledad que habré dejado.

¡A Dios! entonces, venturoso suelo
Donde libre nací, pero desnudo,
Cúbrate en paz el compasivo cielo
En tanto que de lejos te saludo.

¡Salve! fértil colina y prado ameno,
Crespo collado, y valle, y soto umbrío,
Donde de cuitas é inquietud ajeno
Libre vagaba el pensamiento mio.

¡Salve! y las leves auras te murmuren,
Y el sol te dé riquísimos colores,
Y abundosa las lluvias te aseguren
Tu cosecha de espigas y de flores.

SONETO.

Con el hirviente resoplido moja
El ronco toro la tostada arena,
La vista en el ginete alta y serena
Ancho espacio buscando al asta roja.

Su arranque audaz á recibir se arroja
Pálida de valor la faz morena,
É hincha en la frente la robusta vena
El picador, á quien el tiempo enoja.

Duda la fiera, el español la llama:
Sacude el toro la enastada frente,
La tierra escarba, sopla y desparrama;

Le obliga el hombre, parte de repente,
Y herido en la cerviz, húyele y brama,
Y en grito universal rompe la gente.

A BLANCA.

¡Oh! que me place, Blanca
Cerca de mí tenerte
Cuando la noche turban
Nuestros brindis alegres.

Cuando la luz se quiebra
Trémula y trasparente
De las colmadas copas
En los cristales ténues.

Cuando los ojos húmedos
De luz avaros hierven,
Y en cada luz sin tino
Vacilan y se hieren.

¡Si vieras cómo brillan
Debajo de tu frente
Tus ojos de azabache,
Y hogueras me parecen!

¡Oh! que me place, Blanca:
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Caiga el cabello en rizos
Por los hombros de nieve
Cual pabellon que guarda
Del rocío las sienes.

El cuello sin cendales
El aura mansa orée,
Y el calor de tu seno
Vagando en torno temple.

Y los torneados dedos
Entre las copas jueguen
Como niños sin juicio
Ni dueña que les vele.

Los entreabiertos labios
La roja lengua muestren
Formando las palabras
Con el vino á traspieses.

Y la impetuosa risa
Brotando de repente
La blanca dentadura
Y la honda voz enseñe.

Y en desigual latido
Veré cómo turgente
El agitado pecho
Convulso se estremece.

¡Qué hermosa estás, mi Blanca!
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

Dicen que hay una tierra
Do habitan unas gentes
Con lanzas en las manos
Y cascos en la frente.

Que sin solaz ni tregua
Se acechan y acometen,
Velando atentos unos
Mientras los otros duermen.

Que guardan las ciudades
Con torres y con puentes,
Y que cuando unos mandan
Los otros obedecen.

¡Locuras, Blanca mia,
Estar lidiando siempre
Porque los unos salgan
O que los otros entren!

Sin duda que han perdido
Su vino y sus mugeres
Cuando en tales manías
Han dado aquellas gentes.

Bebamos, Blanca hermosa:
Brindemos... Mas ¿qué tienes?
¿Por qué el cendal desciñes
De la cintura leve?

¿Por qué sobre la mano
Doblas así la frente?
Acaso los licores...
¡Ay, Blanca, tú te duermes!

Besarela en los labios;
Tal vez cuando despierte
Mi blando beso en ellos
Acaricie y estreche.

A Dios, hermosa Blanca:
Tranquila y quieta duerme
Y si despiertas pronto
A los licores vuelve.

Así se goza, Blanca:
Bebe, alma mia, bebe,
Y el mundo que murmure,
Que el mundo es un imbécil.

ODA.

Prestadme el dulce canto,
Aves del valle y de la selva umbría,
Y levantad en tanto
Para arrullar mi llanto,
Frescas hojas, monótona armonía.

Y tú, sonoro viento,
Tus alas de vapor lánguido mece.
Y en blando movimiento
Con perfumado aliento
Las hojas y las aguas estremece.

Porque estos mis cantares
De vosotros no mas serán oidos,
Que el duelo y los pesares
Solo en nuestros hogares
Ser deben, ó en los bosques, repetidos.

Que el mundo maldiciente
Murmura del que llora y del que pena,
Del que placer no siente;
Y el triste eternamente
Ha de arrastrar cantando su cadena.

Que es el mundo un tirano
Que solo da suplicios y agonías,
Y exije soberano
Que llame el triste humano
Imperio paternal su tiranía.

¿Mas qué vale que errante
Y solo de los ecos atendido
Mis amarguras cante,
Y el aire se levante
Devorando mi cántico perdido?

Aquí en la selva umbrosa
¿No cantan á la par los ruiseñores?
¿No susurra armoniosa
El agua bulliciosa,
Y les escuchan las atentas flores?

Y el céfiro ligero
Cuando el rocío de su bosque orea
¿No suena lisonjero,
Y en murmullo hechicero
Las yerbas y los árboles menea?

¡Maldita mi locura!
¿No valdrá mas cantar cual ellos cantan,
Que acrecer mi amargura

Mientras en la espesura
Tan alegres rumores se levantan?

¡Oh! ven, arpa sonora;
Y rompe loca en himnos bulliciosos,
Cantando seductora
Al son que bulle ahora
De arroyos y de vientos sonorosos.

Pues que es breve la vida,
Y es el mundo no mas pompa liviana,
Y al fin la tierra hendida
Su farsa concluida
Sepulcro universal será mañana;

Cantaré descuidado
Lo inútil de esta mísera existencia,
Ya el cielo esté nublado,
Ya en calma y sosegado,
Ya el huracan reviente con violencia.

Porque en verdad, ¿qué importa
El mundanal orgullo y la ventura
De esta vida tan corta,
Si en igual fin aborta
Tocando en fin igual nuestra locura?

¿De qué sirvió al valiente
Alejandro ser rey en Macedonia,
Y avasallar la gente,
Y pretender demente
Ser adorado un Dios en Babilonia;?

Si por estraño modo,
Sin poder apurar el hondo vaso
Dió el aliento beodo,
Y dió por fin de todo
Desde su fiesta á su sepulcro un paso?

¿De qué sirvió la gloria
Cantar de Grecia al inmortal Homero,
Y á su nombre en la historia
Dejar alta memoria,
Si Grecia ingrata le olvidó primero?

¿De qué sirvió á Rodrigo
La hermosa Caba, el cetro de los godos,
Si huyendo al enemigo
Dichas y amor consigo
Perdió el monarca y se perdieron todos?

¿De qué sirve á Cervantes
Que esas estátuas hoy le lavantemos
De los años triunfantes,
Si sus libros gigantes
A sola su miseria le debemos?

¿Qué sirven esos mudos
Bustos dorados de los muertos reyes,
Sus palacios y escudos,
Si sus pueblos desnudos
Ignoran por inútiles sus leyes?

¿Qué sirve á las naciones
Que sus pueblos se inmolen y combatan
Al pié de sus pendones,
Si sus nobles legiones
Han de morir al fin si no se matan?

¿Qué salvó la altanera,
La grande Roma, de su pompa y brio,
Y su beldad primera...
Esa vieja ramera
Cuyo esqueleto duerme sobre un rio?

¿Y qué han salvado apenas
De tal desórden y tamaño estrago
Las de riqueza llenas
Tiro, Palmira, Atenas,
Tebas, Corinto, Menfis y Cartago?

¡Escombros y memorias...!
Humo de aromas, tumba de tiranos
Que manchan las historias,
Dando en cifras mortuorias
Polvo á la tierra, y casa á los gusanos.

Y si esto solo resta,
Y si esto por fin de nuestro afan nos toca,
Tonos, arpa, me apresta,
Que quiero en muelle siesta
Reir cantando vanidad tan loca.

Aquí á mis piés resbala
Claro, inquieto y sonoro un arroyuelo
Que la arenilla cala,
Y su márgen iguala
Entre las flores con que borda el suelo.

Los sáuces de su orilla
Le dan manso murmullo y grata sombra,
Y la caña amarilla
La alta cerviz le humilla
Dándole al paso pabellon y alfombra.

Y le saltan trinando
Pardos mirlos y rojos colorines,
Y en su césped posando
Las palomas pasando
Le beben, y le pican los jazmines.

Junto al agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

¿Qué importa que mi nombre
Legue á mi gente con baldon ó fama
En la mansion del hombre,
Y al universo asombre,
Si á mí la muerte á concluir me llama?

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,

Pues ni pierdo, ni espero;
Y otro cante altanero
La gloria de su pátria y su grandeza.

Que asimismo cantaron
Taso, Homero y Cervantes, y murieron,
Y sus pueblos amaron,
Y los pueblos que honraron
Conocerlos en vida no quisieron.

Que es la vida un camino
Sin medida ni fin, coto ni valla,
Do desnudo y sin tino
Si encuentra el peregrino
Sombra alguna ó placer, eso se halla.

No estátuas algun dia
Cual dan á Homero y á Cervantes quiero,
Si hoy en la pátria mia
Fortuna tan impía
Como Cervantes lloraré y Homero.

Y si el plazo cumplido
En que esta vida y tierra se abandona
Libre acaso de olvido
Mi sepulcro escondido
Me conserva tel vez una corona,

Eso hallará mi gente
En mi sepulcro al encontrar mi nombre;
Mas no dirá insolente
Que me pesó en la frente
Ese lauro quimérico del hombre.

Cantar tranquilo quiero
Mi voluptuosa y lánguida pereza,
Pues ni pierdo ni espero,
Y otro cante altanero
Las glorias de su pátria y su grandeza.

Junto á agua sonora
De ese arroyuelo que en mis versos pinto
Cantar me place ahora,
Y quédense en buen hora
Con sus historias Menfis y Corinto.

LA MÁRGEN DEL ARROYO.

—

¡Qué dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

Ver cómo la yerba blanda
En la márgen se le inclina,
Y cómo crece
De violas morada banda
Que la linfa cristalina
Salpica y mece.

Los juncos de las riberas
En haz espeso apiñados
Se le encorvan,
Y las raices someras
Evita por ambos lados
Si le estorban.

Insectos de mil colores
Con mil susurros campestres
Le dan ruido,
Y en vez de cuidadas flores
Rueda entre lirios silvestres
Escondido.

Y no han de envidiar sus olas
De cortesanos jardines
La hermosura,
Porque á cientos amapolas
Jacintos brota y jazmines
Su frescura.

Ni han de envidiar á los rios
Los alcázares y puentes
Que sustentan,
Porque esos monstruos sombríos
Mas que coronar sus frentes
Las afrentan.

Ni á las fuentes y cascadas
Sus tazas de jaspe y oro,
Ni sus rocas,
Aunque se vierten hinchadas
En estrépito sonoro
Por cien bocas.

Que ambas le cercan orillas
Entre agudas espadañas
Cortadoras,
Esponjadas y amarillas
Altas y sonantes cañas
Cimbradoras.

Ni ha de envidiar á los mares
De buques la escelsa pompa
Y gritería,
Ni sus altos alminares,
Ni de su bélica trompa
La voz impía.

Porque tiene en un remanso
Sáuces y olmos corpulentos
Encopados,
Que le hacen murmullo manso
Al suspirar de los vientos
Perfumados.

Y en vez de roncos clarines
Columpia trinando amores
La ancha copa

De mirlos y colorines
Y vistosos ruiseñores,
Pintada tropa.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

¡Oh que es dulce contemplar
El agua los piés venir
A lamer.
Y susurrando pasar,
Y al intentarla seguir
La perder!

Y aquel bullir sin sosiego,
Y aquel seguir siempre igual
Su camino;
Y aquel trasparente juego
Que hace el voluble cristal
Tan contino.

Y aquellas mil piedrezuelas
Que se arrastran y se empujan,
Y se acosan,
Y aquellas redes y telas
Que en las arenas dibujan
Do se posan.

Y aquellas cintas de plata
Que en el perfil de las ondas
Finje el sol,
Donde entre gotas redondas
Duplica, aviva y retrata
Su tornasol.

Y aquella colgada oruga
Que en hilos imperceptibles
Baja á vellas,
Y al tocarlas las arruga,
Y al sentirlas tan movibles
Huye de ellas.

Y aquel insecto que nada
Medio mosca y medio pez
Sobre alguna,
Siempre en la misma jornada,
Y el paso mas cada vez
Se importuna.

Siempre en el mismo lugar
En su afan sin concluir
Noche y dia,
La oruga siempre en hilar,
Siempre el insecto en seguir
Su porfía.

Y aquel entorpecimiento
En que gozan los sentidos
Viendo tal,
Que duda el entendimiento
Si duermen al son mecidos
Del cristal.

¡Oh dulce es ver muellemente
De un olmo á la fresca sombra
Descansando,
Un arroyo trasparente
Que va por la verde alfombra
Murmurando!

—

¡Arroyo, es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
Hoy tiende en tu márgen
Sus flores abril,
Tus ondas perfuman
El lirio y jazmin,
Su sombra te prestan
Tus árboles mil,
Te canta armonioso
Su amor desde allí
Bebiendo tus aguas
Libre el colorin,
Te arrulla sonora
La caña gentil,
Tu orilla es un fresco
Y ameno jardin
Que el sol tornasola
De el alto cenit...
Pero ¡ay! ¡que es muy triste
Pensar junto á tí
Que así van las vidas
Rodando á su fin!
¡Arroyo, así viven
Los que han de morir
Gozando embriagados
El tiempo feliz!
Vendrá julio ardiente
Tu pompa á estinguir,
Y á impulso de oculto
Veneno sutil
Secarán tus lirios
Su tallo y raiz,
Perderá tu yerba
Su verde turquí,
Las rojas violetas
Su aroma y matiz.
Iráse estrechando
Tu manso perfil,
Tus cañas y juncos
Vendrán á rendir
Encima tus aguas
La seca cerviz,
Y al fin tu corriente
En hilo sutil

Su curso en la arena
Vendrá á concluir...
¡ Ve, arroyo, que es triste
Pensar junto á tí,
Que así van las vidas
Rodando á su fin!

—

Arroyo, sigue corriendo
Por esa silvestre calle
De verdura,
Que abajo te están abriendo
Los cenagales del valle
Sepultura.

Arroyo, sigue bañando
Mientras te preste sus flores
Primavera,
Que al valle irá resbalando
Con sus galas y primores
La primera.

Ella nunca será mas
Que un mensaje del verano
Fugitivo;
Pero tú, arroyo en el llano,
Lago en el valle serás
Siempre vivo.

Allí no tendrás jazmines,
Ni juncos, ni esbeltas cañas,
Ni amapolas,
Ni vendrán los colorines
A tus márgenes estrañas
Siempre solas;

Mas yendo y viniendo dias
Tú á merced de una fortuna
Siempre igual,
Tendrás suelo y ondas frias,
Bien sea arroyo ó laguna
Tu cristal.

Pues agua siempre has de ser,
Sigue por la verde alfombra
Murmurando,
Que es dulce verla correr
De un olmo á la fresca sombra
Descansando.

AL ÚLTIMO REY MORO DE GRANADA

BOABDIL EL CHICO.

1.

Una ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del mediodía,
Con régia pompa y magestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbre el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusion frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas,
Y pintado tropel de colorines.

El Darro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y á su confin en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin á sus historias.

Allí es el cielo azul, y trasparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Sereno el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tieras mas remotas
Vénse allí como en otro paraiso
Los pomposos laureles del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crecen allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordan en son incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses
Las vides de Falerno allí se orean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros del Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sáuces, altos mirabeles,
Y olivos y granados y morales
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaria,
Y por sus anchas y fragantes rosas
Sus rosas la trocara Alejandría.

El jaspe, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiaran sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de oriente la robaron
Para asentar en ella su morada:
Los hombres a quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
En que el compás de berberisca zambra
Y el son de los clarines y atambores
Estremecian á la par la Alhambra.

Y era un rey esquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mugeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era tambien el término llegado
Del brio y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey habia tocado
El sitial de las razas del oriente.

La hora fatal á la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

¡Ay Boabdil! levántate y despierta,
Apresta tu bridon y tu cuchilla,
Porque mañana llamará á tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre tí desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

II.

—«¿Qué quieren esos cristianos
A las puertas de la villa?
¿Qué buscan esos villanos
Que traen á su rey ufanos
Tras el pendon de Castilla?

»¿No son reyes en su tierra?
¿Por qué pasan esa sierra
Talando el solar ajeno?
¿No les basta su terreno
Para sus fiestas de guerra?

»¿Por qué en confusion estraña
Levantan en esos cerros
Tantas tiendas de campaña?
¿Por qué ladran esos perros
A los piés de esa montaña?

»Si sus padres espiraron,
Y á su muerte les dejaron
En desastres tan prolijos,
¿Por qué no se contentaron
Como los padres los hijos?

»Frente á sus tiendas reales
Que brillen altas y ufanas
En las torres principales
Las enseñas orientales
Y las lunas otomanas.

»¡Al arma! ¡al campo! á cambiar
Las marlotas y alquiceles
Por arnéses de lidiar,
Los ginetes á aprestar
Los caballos y broqueles.

»La sed de sangre me irrita;
Que doblen los atambores;
Que cierren en la mezquita
Esa multitud que grita
En rejas y miradores.

»Los fuegos prontos estén,
Las calles libres tambien,
Los hombres á la muralla,
Las mugeres al harem...
¡Paso y silencio, canalla!»—

Tal *Muza* (1) prorumpe airado
Ante la puerta de Elvira
Entre el tumulto apiñado
Del pueblo que consternado
Al campo cristiano mira.

¡Ay! él es solo el valiente
Con corazon en Granada;
Él solo lleva insolente
A la recia lid su gente
Que se torna destrozada.

Solo la esperanza alienta
De su humillada nacion,
Solo lidia y se ensangrienta
Abriéndose sin afrenta
Una tumba de varon.

Mas con ojos avarientos
En redor de su caballo
Sus soldados macilentos
Le están demandando hambrientos
Hasta el pan de su serrallo.

Y con el llanto á los ojos
En desmayado tropel
Su pueblo puesto de hinojos
Llora los yertos despojos
De los que lidian por él.

(1) Gefe de la caballeria granadina de Boabdil: despues de haberse opuesto con toda su resolucion á la entrega de su deliciosa ciudad á los reyes católicos, se salió despechado de ella armado de todas piezas, y nunca mas pareció.

Dícese que sin respetar la tregua estipulada entre Don Fernando y el rey Chico, acometió á varios caballeros cristianos en la orilla del Genil; y despues de dar muerte á algunos de ellos, por no acabar á sus manos, se arrastró peleando hasta la orilla, y se dejó hundir en la corriente con el peso de la armadura y acribillado a estocadas.

Guerrero, ¡ay de los valientes!
¿Qué vale que en tu despecho
A tus soldados alientes
Y quieras dar á tus gentes
Todo el valor de tu pecho;

Si en tanto á pasos gigantes
Van arrastrando á su fin
Sus muy poderosos antes
Alcázares elegantes
La Alhambra y el Albaicin?

¿Si allí está el triste Boabdil
Sin amparo que le acorra
Llorando sobre el Genil,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil?

¿Si allá en la empinada sierra
Amancillando tu gloria
Cantan en compás de guerra
Los castellanos victoria
Ensordeciendo la tierra?

¡Ah! ¡su corona usurpada
Tener en la sien no supo...!
Mal hiciste tu jornada,
¡Pobre rey! y hora menguada
En tu horóscopo te cupo.

Los cristianos te ayudaron
Para vencerte mejor,
Y los tuyos que quedaron
Al hundirse te llamaron
Hasta apóstata y traidor.

Las mugeres que te dieron
Sus hijos y sus preseas,
Al saber que se perdieron
Espirando te dijeron:
—¡Cobarde, maldito seas!—

Y de tu reino señores
Los cristianos vencedores
Te pagaron tus ofrendas
Con agrio pan de dolores
Que amasaron en sus tiendas.

Porque al fin ¿qué ha de esperar
Del vencedor el vencido
Sino vergüenza y pesar?
¿Qué sino burla ha de dar
El que subió al que ha caido?

¡Oh! esas torres orientales
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales
Mecen las auras corrientes
En trémulas espirales;

Y esas cifras misteriosas
Que cual labor sin objeto
De esas cuadras ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;

Y esos anchos sicomoros
Y esos arroyos sonoros
Que tienen marcas y nombres,
Que no entendemos los hombres
Y que comprendeis los moros;

Las tortuosas galerías
Que se derraman sombrías
Por ese fresco recinto
En faz de intrincadas vías
De confuso laberinto;

Y esos mágicos retretes,
Y esos hondos gabinetes
Donde el ánima adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Con ojos desvanecidos
Los cristianos gozarán
En conjeturas perdidos,
Sin pensar en los vencidos
Que lo que ignoran sabrán.

Y los secretos de amor
De esos alcázares bellos
No tendrán ¡ay! mas valor
Ni mas nombre para ellos
Que el *botin* del *vencedor*.

Llora, rey, llora sin duelo;
Desespérate, Boabdil,
Y ven en tu desconsuelo
A espirar bajo este cielo
Que flota sobre el Genil.

Que á elejir entre acabar
Y sufrir la ajena ley,
¡Vive Dios! que era acertar
Como hombre, á la lid bajar
Para morir como rey.

III.

Así estaba escrito,
Monarca infeliz,
Que fuese tu raza
Contigo á su fin.
Así estaba escrito
Que libre el Genil
Corriera entre flores
Muy lejos de tí.
Por eso fué un dia
Forzoso salir
En lúgubre pompa
Y en gesto servil
Tu cetro y tu fama
Vencido á rendir.
Y allá se quedaron

Para otro adalid
Tu espléndido alcázar.
Tu fresco jardin.
Y allá se quedaron
¡Ay triste Boabdil!
Tu muerto por siempre
Falaz porvenir,
De blanca esperanza
Tu sueño febril,
Que fué como el humo
Al viento á morir.
Y allá se quedaron
Tu Alhambra gentil,
Tus altas techumbres
De azul y turquí,
Tus ricas alfombras
De gualda y carmin,
Tus pájaros presos
En jáula sutil,
Tus fuentes sonoras
Que en fresco bullir
Con música blanda
Murmuran allí.
Y allá se quedaron
Cual juego infantil,
Cual copas rompidas
Despues del festin,
Tus lechos clavados
De cedro y marfil,
Tus baños que exhalan
Clavel y alelí,
Rosa y azucena
Y azahar y jazmin.
Y allá se quedaron
¡Ay triste de tí!
Las cifras y montes
Que en tiempo feliz
Mandaste en los muros
Con oro escribir,
Pensando que el tiempo
Que corre sin fin
Querria en tu Alhambra
Dejarte vivir.
Y allá se quedaron
Sin fruto, ni fin;
Que rotas y mudas
Son hoy solo allí
Cual fleco postizo
Que afea un tapiz,
Y nada nos pueden
Valer ni decir.

¡Oh si un solo instante
Volvieras tú aquí,
Si un punto tornaras,
Vencido Boabdil...
¡Tú sí que leyeras
Con ansia, tú sí!
¡Tú sí que gozaras
Con calma pueril,
Aunque todo un pueblo
Volviera tras tí!
¡Mas ya solo resta
Llorarlo y sufrir,
Que así estaba escrito,
Y cúmplese así!

—

Mas ya que nos tornas
La espalda, señor,
Camina despacio
Mientras dura el sol.
Recoje las riendas
Al suelto bridon:
Tras de esa colina
No hay luz ni color,
No hay cielo ni vida
Tras ese peñon.
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!

A verse aun alcanza
Granada, señor,
Tras esa colina,
Mas lejos... ¡ya no!
¡Al fin la abandonas
A fuerza mayor!
¡Al fin te la arrancan
Con mengua y baldon
Tu perla mas rica,
Tu joya mejor!
¡Oh! vuelve por ella,
Que aun tarde no es hoy:
Azuza tu ardiente
Caballo veloz,
Fulmina el alfanje,
Apresta el lanzon,
Acosa á tu gente
Con brazo y con voz:
¡Ah! ¡y muera tu escaso
Postrer escuadron
Con rabia á lo menos,
Si no con valor!
¡Oh! vuelve á Granada
Tu cara mansion,
No llores huyendo
Cobarde ó traidor.
Y si al fin no quieres
Lavar tu baldon,
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!
Que si aun la contemplas,
Mas lejos... ¡ya no!
Granada se pierde,
Y al caer ese sol
La vez postrimera
Verasla, señor.
¡Camina despacio,
Despacio, por Dios!

IV.

Espera, señor, espera
Solo un momento á llorarla,
Solo un instante á mirarla
Desde el cero del Padul...
¡Oh cuán hermosa se ostenta
A los últimos reflejos
Del sol que brilla á lo lejos
Entre la atmósfera azul!

Espera, señor, espera,
Y ante ella puestos de hinojos
Volvamos los turbios ojos
Para decirla un ¡á Dios!
Contempla que es nuestra pátria,
Nuestro dulce paraiso...
Aunque el Profeta no quiso
Conservárnosla con vos.

Allí está. ¡Pátria querida!
¡Cuán dolientes te dejamos!
Y antes, pátria, que volvamos
¡Cuántos años pasarán!
¡A tí, en la opuesta ribera
De ese mar que nos divida,
Al dejar la amarga vida
Los ojos se tornarán!

Cuando errantes y perdidos
Por el desierto vaguemos
Nuestro afan adormiremos
Hablando, pátria, de tí,
Y los hijos que nos nazcan
Guadarán en su memoria
La infausta y sangrienta historia
De los que fuimos aquí.

— Hijos mios, les diremos,
Allá lejos de nosotros
¡Harto lejos! viven otros
En Granada, en un Edem.
¡Y allí tuvimos un tiempo
Reyes, pueblos y vasallos,
Arcabuces, y caballos,
Mezquitas, cañas y harem!

Allí el placer es la vida,
Siempre luce en calma el cielo,
Siempre hay flores en el suelo
Y en el ambiente azahar.
¡Ah! si por dicha algun dia
Teneis lanzas y corceles...
Aprestad vuestros bajeles
Y botadlos á la mar.

Si sois muchos y valientes
Y ganais la opuesta orilla,
¡Oh! ¡cerrad contra Castilla
Hasta arrastrar su pendon!
No dejeis en nuestra Alhambra
Uno de esos castellanos;
¡Arrancadles con las manos
Los ojos y el corazon!—

Tal diremos, cara pátria,
Nosotros á nuestros hijos
Cuando duelos tan prolijos
Escuchándonos estén
En el desierto, á la sombra
Del fardo de los camellos...
Y tal se lo dirán ellos
A nuestros nietos tambien.

Nosotros ya, pobres viejos,
En el umbral de la vida
Tan solo una despedida
Podremos darte, no mas.
¡Las manos te tenderemos
A bendecirte llorando
Como quien va caminando
Volviendo el rostro ácia atrás!

¡Y si huyendo de noviembre
Las arrecidas neblinas
Vemos á las golondrinas
De nuestra pátria volver,
Al dintel de nuestras tiendas
A saludarlas saldremos,
Y de gozo lloraremos
Mientras se alcancen á ver...!

Señor, besad esa tierra,
Orad un punto y partamos,
¡O tornemos y muramos
De una vez junto al Genil...!
¡Teneis razon! partid presto
Antes que ondée en Granada
La cristiana cruz clavada
Sobre el trono de Boabdil.

Mas ¡ay! ¡ya es tarde! que truena
La cóncava artillería
Y el humo escurece el dia
Y roba á la tierra el sol.
¡Huid, sin tornar los ojos,
No os detenga la fatiga,
Que os es la tierra enemiga
En vuestro suelo español!

Que no oigan vuestros oidos
Ese triunfal campaneo,
Ese estruendo y clamoreo
Que á vuestra espalda dejais.
¡Huid, sin contar los pasos
Que vais prófugos haciendo,
¡Ay! y aunque lloreis huyendo,
Desdichados, no volvais!

¡Huid presto, huid proscritos
De vuestra pátria perdida!

Y al darla la despedida
Desde el alto del Padul,
Que se pierdan á lo lejos
Los contornos vacilantes
De vuestros blancos turbantes
Entre la atmósfera azul.

Huye, Boabdil, aunque llores
El rigor de tu fortuna:
Basta la luz de la luna
Para quejarse y huir:
Traspon la tierra y los mares,
No tu desdicha te asombre,
Que nunca le falta al hombre
Madre tierra en que morir.

Huye, y si al pasar huyendo
Tu camino te embaraza
En torvo tropel tu raza
Cercándote con afan,
Cuando ansiosos te pregunten
Por los bravos que lidiaron,
¡Ay! diles: — ¡Allá quedaron!
¡No espereis, que no vendrán! —

V.

Huye, rey infeliz, y huyendo borra
De tu camino la cansada huella:
Huye do el agua del Genil no corra,
Ni tu blanca ciudad refleje en ella;
Donde fortuna mas leal te acorra;
Donde no alumbre tan fatal tu estrella;
Donde fieras las huestes castellanas
No derriben las lunas otomanas.

Huye el brillante sol de Andalucía,
El voluptuoso aroma de sus flores,
La sonora y dulcísima armonía
De sus libres y amantes ruiseñores,
Los amenos jardines do algun dia
Gozaste en soledad blandos amores
De sus frescos arroyos al murmullo,
De sus palomas al sentido arrullo.

Tal vez haya otra tierra mas serena
Do al fin te presten cariñoso asilo,
Donde aunque errante y á merced ajena
Treguas te dé tu corazon tranquilo;
Donde en ignota soledad amena
Crezca de tu existencia el frágil hilo,
Y el blando son de la campestre zambra
No te recuerde tu perdida Alhambra.

Mas ¡ay! que á cada punto mas tenaces
Los duelos sobre tí se atropellaron,
Y fué en vano esperar; que en vano audaces
En Granada tus árabes lidiaron,
Que tus cansadas y sangrientas haces
En la vega sin honra se quedaron,
Y allá yacen sin tumba ni laureles
Cegríes, Bencerrajes, y Gomeles.

Y ancho sepulcro á tu cadáver dieron,
Del Guatis ved las turbulentas olas,
Y esas aguas, Boabdil, que te sorvieron
No azotan nunca playas españolas;
Y ni aun sin rumbo por su faz hendieron
Nuestras rojas y sueltas banderolas;
No esperes á su márgen olvidada
Nuevas oir de tu gentil Granada.

Duerme, rey sin vasallos ni corona,
Fantástica irrision de la fortuna,
A quien ni amigo ni enemigo abona,
Ni cruz triunfante ni vencida luna:
Ya que así el cielo contra tí se encona
Esa estrella fatal sufre importuna,
Pues quisiste, mal rey, vasallo bueno,
Perder lo tuyo y defender lo ajeno.

—

Duerme si aun gozas apenas
Un sepulcro en que dormir;
Si esas húmedas arenas
Te prestan almohadas buenas
Para el sueño del morir.

Duerme en paz, y si velando
Estás por tu estrella aun,
Consuélate, rey, pensando
Que nos es vivir llorando
Una maldicion comun.

Duerme, y dente descuidados
Grato murmullo si velas
Los pasos atropellados
De los piés acelerados
De las errantes gacelas.

Y en vez de la funerarias
Roncas preces de los muertos,
Arrúllente solitarias
Con sus salvajes plegarias
Las aves de los desiertos.

Y si á tí tienden cercanas
Sus sombras árboles bellos,
Bajo sus hojas livianas
Respiren las carabanas
Y descansen sus camellos.

Mas que en tu huesa tu nombre
No lean los de tu ley,
No les humille y asombre
Que si supiste ser hombre
No alcanzastes á ser rey.

EL VELO.

TRADUCCION DE VICTOR HUGO.

—

¿Has hecho esta tarde oracion, Desdemona?
SHAKSPEARE.

LA HERMANA.

¿Qué teneis, hermanos mios?
¡Los ojos traeis sombríos
Como cirios funerales...!
¡De la faja á los dobleces
Han asomado tres veces
Las hojas de los puñales!

EL HERMANO MAYOR.

¿Has alzado tus velos virginales?

LA HERMANA.

Acaso... era al medio dia...
Tal vez... del baño volvia
En mi palanquin cubierto,
El calor me sofocaba,
Y la brisa que pasaba
Tal vez me habrá descubierto.

EL SEGUNDO.

Pasaba un hombre con caftan, ¿es cierto?

LA HERMANA.

¡Oh! tal vez... un solo instante.
Yo cubrí al punto el semblante...
¿Qué decis...? ¿qué pude hacer?
¡Hablais en secreto... hermanos!
¡Oh! ¡pondriais vuestras manos
En una débil muger!

EL TERCERO.

¡Sangriento estaba el sol hoy al caer!

LA HERMANA.

¡Perdon! ¡perdon!—¡Oh! ¿qué he hecho?
¡Ah! me desgarrais el pecho.
¿En qué, hermanos, hice mal...?
¡Sostenedme... hermanos mios...!
Siento ya en los ojos frios...
¡Siento... un velo funeral!

EL CUARTO.

¡Al menos no alzarás ese cendal!

VANIDAD DE LA VIDA.

FANTASÍA.

—

Era un dia de órgia y de locura,
De esos dias de vértigo infernal
En que embriagados de falaz ventura
Tras el placer volamos mundanal.

Uno de aquellos vergonzosos dias
En que henchidos de vida y juventud
Buscamos entre locas teorías
La vanidad y el polvo en la virtud.

Uno de aquellos dias en que ansiosos
Despertamos de crápula y de amor,
Y manchamos los dias mas hermosos
De nuestra vida y nuestra edad mejor.

El sol estaba espléndido y sereno,
El aura mansa, diáfana y azul,
La luz doraba nuestro huerto ameno
Con tornasoles de flotante tul.

Posábanse las sueltas mariposas
De flor en flor con revoltoso afan,
Ya en la mas ancha de las frescas rosas,
Ya en el mas esponjado tulipan.

La brisa murmuraba en las acacias,
Tornábase al oriente el girasol,
Y las violetas se doblaban lácias
Cual vergonzosas ante el rojo sol.

Alguna nube blanca y trasparente
Por la serena atmósfera al cruzar
Tiñendo los objetos suavemente
Veníase en la yerba á dibujar.

Y en pos las aves de frescura y sombra
Salpicaban en varia confusion
Del blando césped la mullida alfombra,
Del olmo verde el ancho pabellon.

Víanse allí las amarillas pomas
Las enramadas débiles vencer,
Y á su sombra bajaban las palomas
En el arroyo límpido á beber.

Y allí estendiendo las pomposas plumas
Le cubrian en cándido tropel,
Como si fueran trémulas espumas
Que hubiesen lecho y nacimiento en él.

Nosotros apurando los placeres
Guarecidos de oculto cenador,
Buscábamos la vida en las mugeres,
La gloria y la fortuna en el amor.

Oíanse en tumulto desde fuera
Los brindis de la libre bacanal,
Y el rumor de una báquica quimera,
Y el crujido del beso criminal.

Yo bebia el amor hasta apurarle
De unos impuros labios de carmin,
Que me enseñaron ¡ay! á desearle,
Y me le hicieron detestar al fin.

Dentro mi mente sin cesar bullian
Fantasmas que al pasar con rapidez

Ya lloraban, danzaban ó reian,
Como ilusion febril de la embriaguez.

Mis amigos reian y cantaban
En lúbrico desórden junto á mí,
Y sin tregua los brindis resonaban...
Todo sin tiempo y sin razon allí.

Y entre el murmullo de la fiesta impura,
Los licores, los gritos y el vapor,
Alzábamos á impúdica hermosura
Himnos ardientes de encendido amor.

Entre insolentes ébrias carcajadas
Blasfemamos tal vez de Jehová.
« ¡ Virtud ! dijimos : ¡ fábulas soñadas... !
» Ahora el Dios que aterra ¿ adónde está !

» ¿ Adónde está la sombra de su dedo
» Que escribe una sentencia en la pared ?
» ¡ Creaciones fantásticas del miedo...
» Bebed, amigos, sin pesar bebed ! »

—

Vino la noche, y al salir cansados
Hartos ya de beber y de gozar,
Una campana en golpes compasados
Cerca sentimos con pavor doblar.

Era un templo alumbrado en su reposo
De diez blandones á la roja luz,
Que velaban en círculo medroso
El secreto fatal de un atahud.

Quedaba en nuestra mente todavía
El rastro de la infame bacanal,
Y mal entre sus nieblas comprendia
La silenciosa paz de un funeral.

Las lúgubres salmodias empezaron,
El pueblo reverente se postró;
Cuando con *paz* al muerto conjuraron
El nombre del que fué nos aterró.

En vano los sentidos se empeñaban
En mentirnos un sueño valadí;
Los blandones el círculo cerraban,
Y una hermosura descansaba allí.

¡ Y era hechicera, y lánguida, y liviana,
La envidia de un salon érase ayer,
Y á pesar de su pompa cortesana
Hoy hediondo cadáver pudo ser !

Faltonos ¡ ay ! la voz con el aliento :
Temblonos el cobarde corazon;
Ciertos los ojos y el oido atento
Nos dijimos al fin : « ¡ No es ilusion ! »

¡ Allí estaba la sombra de ese dedo
Que escribe una sentencia en la pared...
¡ Y era fiesta tambien...! llegad sin miedo,
Cantad, amigos, sin pesar bebed.

TENACIDAD.

—

« Serrana, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar.

Y que me canse no aguardes,
Que nada esperar me importa
Noches, mañanas y tardes;
Toda una vida que tardes
Será esperándote corta.

Y á mas, serrana, hay aquí
Sitio tan fresco y tan blando,
Que tengo yo para mí
Que anhelo tardanza en tí
Por solo estarte aguardando.

Aquí las aguas sonoras
Rodando en la yerba van,
Y aquí las aves canoras
Del bosque alegres cantoras
Música dulce me dan.

Aquí las flores campestres
Me dan los blandos perfumes
De sus cálices silvestres,
Y gozo en que no te muestres
Mucho mas que tú presumes.

Pues si al fin has de salir
Altiva, asaz y enojada,
Tarda, serrana, en venir,
Que el alma te ha de finjir
Mas fácil y enamorada.

Ve pues lo que has de ganar
Si mas piensas en mi daño
Así esquivarme y tardar,
Porque mas quiero esperar
Que saber un desengaño.

Y bástame á mí saber
Que á cada punto te veo
Cuando yo te quiero ver;
Que mucho vale tener
De centinela al deseo.

Tras cada tronco arrugado
En que la vista repara,
Tras cada espino enredado,
Tras cada sitio enramado
Estoy buscando tu cara.

De cada hoja que se mece
A la vibracion ligera
El alma se me estremece,
Y todo el valle parece
Que tu rostro reverbera.

Siempre estoy adivinando
Esos dos ojos crueles
Que á traicion me están mirando
Tras de un haz de juncos blandos,
Tras un pié de mirabeles.

Siempre á cada incierto ruido
Que hace el aura entre las ramas
Vuelvo el gesto sorprendido,
Pensando que tú me llamas
De algun lugar escondido.

A cada vago lamento
Que los olmos azotando
Alza repentino el viento
Me finje mi pensamiento
Que tú pasabas cantando.

Y si una tórtola bella
Suelta triste en la espesura
Su enamorada querella
Digo : así llegara *á ella*
Mi amorosa desventura.

Y todo es pensar en tí,
Todo buscarte y quererte
En tanto que aguardo aquí,
Aunque me pesa ¡ay de mí!
Descarte y no tenerte.

Que si al fin de mi esperar,
De mi amoroso gemir,
Te dejaras ablandar,
Y saliendo del lugar
Acabaras por venir;

Si cual las aguas hicieras
Que aquí murmurando están,
Y entre arenillas ligeras
Bullendo en tropel parleras
Al valle rodando van;

Si hicieras como esas flores
Que cierran de noche al frio
Sus tocas de cien colores
Y despliegan sus primores
Del alba al fresco rocío;

Delicioso por demás
Fuera esperarte, serrana;
Mas si hoy al fin no vendrás
Será persuadirme mas
De que tampoco mañana.

¡Pero no has de holgarte á fé!
Pues tan tenaz como soy
Al fin de buscarte, sé
Que si no te encuentro hoy
Mañana te encontraré.

Que he dejado mi ciudad,
Serrana, y venido así
Tan solo por tu beldad,
Y ya por tu terquedad
No he de volverme sin tí.

Y cuenta con lo que digo,
Que he de estar eternamente
De estos olmos al abrigo;
Y no te finjas que intente
Partirme, sino contigo.

Hareme por el verano
Un toldo con espadaña,
Y haré en el invierno cano
Por burlar al viento insano
Mi hoguera en una cabaña.

Con que así, ve si ha de ser,
Porque yo te he de esperar
En la fuente sin ceder;
Y ó no tienes de beber,
O te tengo de encontrar. »

HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.

LEYENDA.

INTRODUCCION.

En un rincon de Castilla
Allá en el fondo de un valle,
Sobre tres cerros distintos
Hay tres torres semejantes.
Castillos los llaman unos,
Otros atalayas árabes,
Mas su orígen positivo
A la verdad no se sabe.
Un rio humilde, el *Esgueba*,
La falda á los cerros lame,
Y entre huertas y majuelos
Lleva á rastra sus cristales.
Entre los olmos y vides
Con que tapiza su márgen,
Y ambas filas de colinas
Que le interrumpen el aire,
Hay derramados sin órden
Mas de un ciento de lugares
Que amasados todos ellos
Un pueblo tal vez no valen.
Pues los pueblos con el rio,
Y las huertas de la márgen,
Las colinas que le cercan
En dos bandas desiguales,
Y los tres cerros distintos
Con tres torres semejantes,
De tal modo unos en otros
Vegetan, pasan ó yacen,

Que todo el conjunto entero,
Sin que esto lo dude nadie,
Tomando nombre del rio
Forma sin disputa el valle.

PRIMERA PARTE.

I.

Está la noche espirando,
Y allá en el fin de la sombra
En vacilante crepúsculo
Tiñe el oriente la aurora.
La luna en el occidente
Su pálida luz ahoga,
Y las estrellas la siguen
Luz reflejando medrosa.
Silba el cierzo entre las ramas
De los árboles sin hojas,
Y con espejos de hielo
Esgueba sus aguas orla:
Ostenta el campo escarchado
Trémula, alumbrada alfombra
Que á veces parece el alba
Y agua á veces silenciosa
Que allá en la sombra confusa
Humeando se evapora.
Se oye el murmullo del rio
Que por la pesquera rota
Se filtra tornando el agua
En espuma bulliciosa.
Ya en copos blancos se eleva
Trenzada y murmuradora,
Ya cae en hèbras de plata
Y se arrastra tumultuosa,
Ya trepando por las piedras
Se columpia de una en otra,
Ya por evitar un canto
Serpenteando se encorva,
Y ya tornando á ser agua
Susurra en la yerba tosca.
Allá en la opuesta ribera
Se alcanza una torre octógona
Con que la frente de un cerro
Entre brezos se corona.
Un pueblo frente por frente
Junto á las aguas sonoras
Con casas de tierra y ramas
De hidalgo y leal blasona;
Y una casa que mas lejos
De la orilla y de las otras
Puede pasar por alcázar
Segun aumenta en las formas,
Yace al pié de una colina
Olvidada, triste y sola,
Con lienzos en las ventanas
Que honores de vidrios gozan.
Entre una luz y los lienzos
Cruza á veces una sombra
Que sobre ellos destacada
Parece bien que se asoma:
Y á veces inmoble y fija
Cubre la ventana toda
Cual si estorbar pretendiera
Paso á la vista curiosa.
A veces semeja un hombre
Que vuelto el rostro á la antorcha
Dibuja un bulto sin gesto
Que descansa en una gola;
Y á veces raudo pasando
De un rostro el perfil contorna
De agudo y crespo bigote
Que con la gorguera toca.
Mas puede á veces dudarse
Si es una, ó son dos las sombras,
Si pasean, ó si danzan,
Si luchan, ó si retozan;
Porque hay puntos en que cruzan
Dos bultos de varia forma,
Una cabeza con rizos,
Con barba y bigotes otra.
Casi al pié de la colina
En que la casa se apoya,
Acia el pueblo mas cercano
Una senda desemboca.
Un hidalgo á pasos lentos
La vuelta del cerro toma,
Un mozo trae adelante
Debajo una yegua torda,
Y un largo ropon oculta
Lo demás de su persona.
Tendió á la casa la vista,
Tembló, parose, y tendiola
Por todo cuanto en el valle
Abarca, sombría y torva.
Echó pié á tierra, y á poco
La mirada escrutadora
Alcanzó la luz movible
Por entre la puerta rota:
En faz de asombro y de duda
O de vergüenza y de cólera,
La planta trémula tuvo,
Y agachándose en la sombra
Clavó en la puerta los ojos,
Y el puño en la tierra fofa.
Se abrió la puerta: un mancebo
La faz envolviendo toda
De un gaban entre las pieles,
En apostura amorosa
De una muger se despide
Que á despedirle se asoma.
Juró airado el escondido
En voz sofocada y ronca,
Sonó en el umbral un beso,
Cerró la puerta la moza,
Y el galan pasando el vado
Acia la torre se torna.

Cuando él llegó al pié del puente
Ya con mano vigorosa
A sendas aldabonadas
El otro á su puerta dobla.
Abriola al fin la muger,
Y al cerrarla cuidadosa
Ya por oriente venia
La tornasolada aurora.

II.

El codo sobre la mesa,
Sobre la mano ambas sienes,
Entrambas cejas fruncidas,
Arrugada la ancha frente,
La otra mano en la cintura,
Los piés en un taburete,
En un sillon de baqueta
Está meditando Perez.
Una lámpara de hierro
A un lado en la mesa tiene,
Cuya luz lucha oscilando
Con el dia que amanece.
Al otro lado un tintero,
Y en el centro unos billetes
Cuya firma está abrasando
Con pupilas de serpiente.
Desigual suelta el aliento
Por los apretados dientes,
Y mal ahogados suspiros
Dentro del pecho le hierven.
«¡Mendo Abarca...! que me place,
»Un dia tras otro viene,
»Y honra con honra se paga,
»Vida por vida se pierde.»
Esto en voz baja diciendo
Asió la luz de repente,
Y á voces en la escalera
Llamó á Margarita, Perez.

Subió al punto la muchacha
Tranquila, hechicera, alegre,
Mostrando en la tez de rosa
Sus abriles diez y nueve.
Y es la niña un embeleso,
Una hermosura de oriente,
Cojido el cabello en trenzas
Que con dos agujas prende;
Cintura escasa y flexible
Que cimbrea y se estremece,
Tez morena, negros ojos,
Paso resuelto y pié breve.
Con la sonrisa en los labios,
Y con la paz en la frente,
Rebosando amor y hechizos
Que irresistibles parecen
Entró por el aposento
Preguntando:
—¿Qué me quieres?—
Perez bajando los ojos
Contestola:
—Que te sientes.—
Sentose, y siguió el marido:
—¿Tienes, querida, presente
Cuánto tiempo há nos casamos?
—Sí por cierto; treinta meses.
—Pues eso há que nuestra honra
Nos prestamos mutuamente.
—Y ahora, ¿á qué recordarme...?
—Dime, ¿y esto cuántas veces
Si se pierde se recobra?
—¿A qué viene esto, Rui Perez?
—Sabes, Margarita mia,
Que cada sentido tiene
Una puerta por do sale
Nuestra honra y nunca vuelve?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que no sois mas las mugeres
Que un alcázar donde la honra
Guardada los hombres tienen?
—¡Por Dios, Perez, que no alcanzo
Lo que con esto pretendes!
—¿Sabes que un alma con honra
Otra alma con honra quiere,
Porque es justo que se guarden
Las reinas para los reyes?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que el marido que la pierde
Compra una marca de infamia
Que lleva en el rostro siempre?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que en tanto que no la vengue
Ni de hidalgo ni de hombre
El vano nombre merece?
—¡Pero...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que si por ella no vuelve,
Hasta las dueñas escupen
De su blason los cuarteles?
—¡Mas yo...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que nació hidalgo Rui Perez,
Y no ha de vivir sin honra
Aunque al mismo Dios le pese?
—¡Cielo...!
—¿Y sabes, Margarita,
Que un remedio hay solamente
Para dolencia tan grave...
—¡Pero escucha...!
—Y que es la muerte?
—¡Pero...!
—¡Silencio!
—Oye...
—¡Calla!

Mas hablando no me afrentes,
Y lee, si te queda aliento,
Margarita, esos papeles. —
Y esto diciendo, á la cara
Tirola Rui los billetes,
Y ella cayó de rodillas
Clamando: — ¡Cielos, valedme! —

Pasaron unos instantes
En silencio tan solemne
Que de entrambos corazones
Contarse los golpes pueden.
Perez, crispados los puños,
Atenazados los dientes,
Amoratados los labios,
Fuego por los ojos vierte.
Margarita, de rodillas,
Doblada al pecho la frente,
Cruzadas las blancas manos,
Pálida como la muerte,
Correr por ambas mejillas
Deja una lágrima ardiente,
Que resbalando hasta el suelo
En vapor se desvanece.
Perez, inmoble de rabia
En el sillon se mantiene,
Y ella de miedo y vergüenza
Convulsiva se estremece.
Al cabo con voz sombría
Dijo á Margarita, Perez:
— Muger, yo adoraba en tí;
Por tu capricho mas leve,
Por solo un cabello tuyo
Hubiera muerto mil veces.
¿Y el amor que compré un dia
Con vida y con alma ¡imbécil!
Hollando tus juramentos
Así en mi ausencia me vendes?
— Perdon, clamó Margarita.
¡Oh, me detesto...!
— Detente,
Que con que tú te aborrezcas
Él mi honra no me vuelve.
Pero ¡por Dios! que no es tarde...
— Cielo santo, ¿qué pretendes?
¡Perdon! ¡perdon! ¡á tus plantas
Me arrastraré eternamente!
— Y el polvo en que tú te arrastres
¿Podrá mi honra volverme?
— ¡Lloraré al pié de tu lecho
¿Velando mientras tú duermes!
—¿Y qué sueño ha de acudir
A quien sin honra se acueste?
—¡Seré menos que tu esclava!
¡Besaré el polvo que huelles!
—¿Y qué harás con esas manos
Que toman estos billetes?
—¡Perdon!
—Pídesele al cielo,
Que él solo dártele puede. —

III.

Es un salon cuadrilongo
Dentro de la antigua torre
En que desterrado habita
Don Mendo Abarca y Quiñones.
Sobre un tapiz toledano
Bordado en torno de flores
Hay una imágen de Cristo
Colgada de dos cordones.
De la alta bóveda ojiva
Por medio una argolla, corre
Otro cordon que sustenta
Una lámpara de cobre.
En una de las paredes
Hay un nicho y dos balcones,
Y el sol posa macilento
Por los vidrios de colores.
Allá en el opuesto lado
Gigantesca en dimensiones
Hay á guisa de herrería
Una chimenea en donde
Se exhala en llamas y en humo
Tendido en seis piés de bronce
Amenazando un incendio
Muy cerca de medio roble.
Y de cara ácia la llama
Magro, silencioso, inmóvil,
Entre enterrado y tendido
Dentro de un sillon, un hombre.
Una muger no muy lejos
En silencio borda ó cose
Una alfombrilla de sedas
Que sobre un cojin recoje.
Entre ellos el ruido sordo
De la chimenea se oye,
Y afuera el cierzo que zumba
En los ángulos del norte.
En cuanto á ambos personajes
Siguen sus meditaciones
Sin que al parecer al uno
Nada del otro le importe.
Cada cual en su trabajo
Su atencion entera pone,
Ella contando sus hebras,
Él contando sus tizones.
Al fin rompiendo el silencio
Dijo la muger al hombre:
—¡Estás triste!
—No; cansado
De velar toda la noche.—
Y como volviendo en sí
El que respondió, turbose,
Rápida mas de hito en hito,

Ella un punto contemplole,
Mas él siguió :
—¿No lo sabes?
Volveremos á la corte.—
Soltó la alfombra Leonor,
Y Acariciando á Quiñones,
Le dijo :
—¡Y me lo ocultabas!
—Quise sorprenderte ; el conde
Me escribe ayer que á mi antojo
La vuelta de Madrid tome.
—¿Y será pronto?
—Muy pronto,
Que ya me cansa esta torre,
Donde hemos estado un año
Escondidos como hurones.
—¡Cuánto he rezado á ese Cristo
Porque á este dia nos torne!—
Don Mendo se puso en pié
Al escuchar este nombre,
Y llorando de contento
Ella del cuarto saliose.

En esto por otra puerta
Entró el paje Diego Lopez,
Y ante su señor llegando
Cortesmente saludole.
—¿Qué tenemos?—
En voz baja
Preguntó al mozo Quiñones.
—Nada señor; ha seis dias
Que huyeron ambos.
—¿Adónde?
—Imposible adivinarlo;
La casa registré anoche.
—¿De quién hubiste las llaves?
—La escalé por los balcones.
—¿Y qué?
—La casa desierta,
Las camas hechas, los cofres
Cerrados, no falta nada;
Todo en silencio y en órden.
—¿Y nadie responde de ellos?
—¡Imposible! unos pastores
Dicen que le vieron solo
Pasar el puente ha dos noches,
Pero que al ponerse el sol
Iban los dos por el bosque.
—¿Los dos, y volvia Perez?
—Solo.
—¡Es bien estraño...! Lopez,
Dentro de muy pocos dias
Volveremos á la corte.
—Está bien, señor.
—Escucha;
Para lo de ayer disponte.
—¿Dos caballos?
—Por supuesto.
—¿A qué hora será?
—A las doce.—
Dejó el aposento el paje,
Y entre sí mismo Quiñones
Murmuró :
—¡Si volvió Perez,
Y sospechando...! ¡oh! entonces
Mañana mismo á Madrid,
Y ahí se las haya el buen hombre.—
Y al calor de la fogata
Sobre la mano durmiose.

IV.

Está la torre que habita
Don Mendo junto al Esgueba,
En una colina oscura
Sin árboles y sin yerba;
Sin foso que la circunde,
Sin torres que la defiendan,
Desmantelados los muros,
Derribadas las almenas.
Asido con dos argollas
Entre dos postes de piedra
Tiene un puente levadizo
Suspendido en dos cadenas.
Oprime al caer este puente
Otra torre mas pequeña,
En cuyo centro macizo
Hay torcida una escalera,
Y alzado el puente de noche
Aislada la torre deja,
De modo que á un tiempo mismo
Sirve de puente y de puerta.
Por inútiles sin duda
Sus ventanas y luceras
Hanlas tornado en balcones
Y suprimido las rejas;
Y es justo, á nuestro entender,
Que tal mudanza sufrieran,
Pues sirven de algo en la paz
Y eran estorbo en la guerra.

Era la noche siguiente,
Y la media noche apenas;
El cierzo airado zumbaba
Del olmo en las ramas secas,
Y murmuraban las aguas
Azotando las riberas,
Atropellando sonoras
Raices, algas y piedras,
Haciendo con sus espumas
Espejos, lazos y trenzas.
El cielo entre opocas nubes
Velando luna y estrellas,
El valle, el rio, y la torre
Encapotaba en tinieblas.
No brillaba en los linderos
La luciérnaga rastrera,

No habia parleras aves
Que cantaran en la selva,
Ni insectos que susurraran
Entre la flexible yerba;
No habia pajizas flores
Que en los céspedes crecieran,
Ni pastores que velaran,
Ni silbadoras culebras,
Ni lobos que con la luna
Cruzaran por la pradera.
Que es la noche sobre oscura
De diciembre, opaca y negra,
Y húmeda, gruesa y pesada
Acosa al aire la niebla.
Bajose en la torre el puente,
Y trasponiendo la cuesta
Dos hombres ácia los vados
Echaron por una senda.
— ¿Traes las llaves? — dijo el uno.
— Si señor.
—¿Y allá quién queda?
—Martin Muñoz en la escala,
Durmiendo la camarera,
Y Lucas con los caballos
Aguarda junto al Esgueba.
Los demás ácia la corte
Irán ya lejos, y apenas...—
Una ráfaga silbando
El resto arrastró con ella.

Entonces de entre la sombra
Alzose callada y lenta
Una figura embozada
Que mucho á un hombre semeja.
Tanto guarda de fantasma
Como de humano conserva,
Porque ella anda, ó se desliza,
Sin que al moverse se sientan
El compás de sus pisadas
O el rumor de sus espuelas;
Y el murmullo que se escucha
Dentro de su boca mesma
No se sabe si es que gime,
Conjura, amenaza, ó reza.
Pero hombre, ilusion, ó duende,
Al pié de la torre llega,
Y sin vacilar un punto
Con una escala de cuerdas
Asiendo el balcon mas bajo
Desembozándose trepa,
Y de un corredor desierto
Se pierde por las revueltas.

En una apartada alcoba
A la luz de una linterna
La esposa de Mendo Abarca
Sola y destocada sueña.
Y los labios la sonrien,
Y la lengua balbucea,
Y toda la paz del alma
La faz dormida refleja.
Con el fin de su destierro
Descuidada devanea,
Y la pasan por la mente
Viajes, luminarias, fiestas,
Y con sus mil armonías
De campanas y pendencias,
Obras, caballos y carros
Se finje una corte entera.
Los nobles que la visitan,
Las damas que la contemplan,
Los lacayos que la aguardan,
Y los pajes, y las dueñas,
Los billetes de convite,
Las joyas y las preseas,
Todo la pasa en tumulto
En ilusion halagüeña.
En esto el mismo fantasma
Asomó osado en la puerta,
Corrió por dentro el cerrojo,
Contempló un punto á la bella,
Y luego ahogando la luz
Dejó la estancia en tinieblas.
Se oyó en la sombra un suspiro...
Y en faz de rauda tormenta
Siguió estrellándole el cierzo
En las pintadas vidrieras.
Las puertas estremecidas
Sobre los quicios retiemblan,
Y silba y cruje y se rasga
Con ímpetu en las troneras;
Y ni gemidos ni pasos
Tornan á oirse, ni quejas;
Todo el viento lo devora,
Lo mata, sofoca, ó lleva.

A poco Don Mendo y Lopez
Tornaron la misma senda,
Y tornó á oirse del puente
Rechinando la cadena,
Y oyose que el uno hablaba
Y el otro daba respuesta.
— ¡Cojió las cartas!
—Sin duda.
— Mas vale así.
—Que no vuelvan;
Pasado mañana, Lopez,
A Madrid damos la vuelta.—

Cruzaron ambos el puente,
Volvió á sonar la cadena,
Y siguió el viento zumbando
Por los ángulos y rejas.
Y en esto en el balcon mismo
La misma escala de cuerdas
Cayó al campo, y el mismo hombre
Bajó embozado por ella.

Llegó al suelo, y percibiose
De Perez la voz severa
Que á lo lejos murmuraba
Como quien conjura ó reza.
«Quien á hierro mata es justo
»Que igualmente á hierro muera;
»HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
»NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

V.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y año tras año venia;
El segundo concluia
Y pasaron hasta tres.

Perez desapareció,
Su casa quedó en escombro,
Don Mendo á Madrid volvió,
Y con estruendo y asombro
La torre se desplomó.

Contaron de ello medrosas
Las gentes varias consejas
Y fábulas espantosas,
De amoríos las hermosas,
Y de visiones las viejas.

Quién dijo (y á tal contar
El mas valiente se pasma)
Que vió el alba al despuntar
Junto á la torre vagar
Blanca y sola una fantasma.

Quién dijo que atravesando
De noche por la pradera,
La colina coronando
Vió hasta cien almas danzando
En derredor de una hoguera.

Ni faltó en pleno concejo
Un hidalgo de lugar
Que arrugando el entrecejo
Contara que un moro viejo
Huyó de verle pasar.

Ni un muchacho revoltoso
A quien por calmar el llanto
Contaran en son medroso
Aquel cuento tan famoso,
Y el chico calló de espanto.

Y aun diz que dió una doncella
Con un espectro galan,
Y que una devota bella
Le alcanzó á ver despues de ella
En casulla ó balandran.

Todo eran apariciones,
Raros acontecimientos,
Secretas conversaciones,
Todo ruinos y visiones
Y diabólicos portentos.

Los unos vieron gigantes,
Otros toparon enanos,
Otros hogueras volantes,
Otros mágicos errantes,
Y otros brujas y gitanos.

Y alguno mas entendido,
Mas ducho ó mas suspicaz,
Creyó allí haber sorprendido
Algun amor protejido
Con el murmullo falaz.

Vino un dia y otro dia,
Y vino un mes y otro mes,
Y el tercer año corria;
El segundo concluia
Y pasaron hasta tres.

Las visiones acabaron,
Y olvidadas las consejas
Los mozos las despreciaron,
Las muchachas se casaron,
Y se murieron las viejas.

Con esto el miedo pasó
Y el valle quedose en calma;
Mendo Abarca no volvió,
Ni á nadie se apareció
Perez en cuerpo ni en alma.

SEGUNDA PARTE.

VI.

En un salon adornado
Con alfombras toledanas,
Con pabellones de sedas,
Con mecheros y con lámparas,
Vestido de terciopelos
Festonados de oro y plata,
Cercado de taburetes
Y de cojines de grana,
Hay hasta cuatro personas
En plática sosegada
Que esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Una es Don Mendo Quiñones,
Otra es una antigua dama,
Otra es Doña Leonor,
Y otra un clérigo, que calla.
Está Leonor cual lo exije
La ceremoniosa usanza
De aquellos revueltos tiempos
De fiestas y de batallas.
Corpiño y falda turquí
Bordados de seda blanca,
Con dos filas de botones
De costosa filigrana.
Desnudo el cuello y los hombros
Bajo un collar de esmeraldas,
Con un lazo de brillantes

Que por una cruz remata.
Los cabellos divididos
En dos trenzas derribadas
Que á ambos lados se recojen
En dos agujas de plata;
Y en la mano un abanico
Con que la faz del sol guarda,
Tras de cuyo varillaje
Mira á salvo y no es mirada.
Con igual lujo y riqueza
Está engalanado Abarca,
El jubon de terciopelo,
Acuchilladas las mangas,
Capotillo carmesí,
Calzon negro y gola blanca,
Y en un cinturon de seda
Colgados estoque y daga.
De aquestos tres personajes,
Quiñones y las dos damas,
El cuarto los atavíos
Está contemplando en calma.

Empieza en una corona
Y en un acicate acaba,
Tanto conserva de monge
Como de soldado guarda.
El gesto tiene severo
Y la frente despejada,
Empinados los bigotes,
Espesa y luenga la barba.
El jubon negro y sin cuello,
El ropon tocando en capa,
La gola negra y sencilla,
Botas, espuelas y espada.
Si fija en otros sus ojos
No pueden con sus miradas,
Si habla le escuchan atentos,
No le importunan si calla.
Mas su mirada es modesta,
Contenidas sus palabras,
Si reconviene no ofende,
Y si aconseja no cansa.
Los valientes le saludan,
Los pordioseros le aguardan,
Las damas le reverencian,
Los cortesanos le halagan.
Y algunas lenguas mordaces
Solo un defecto le achacan,
Ser celoso en demasía
De la honra y buena fama.
Es capellan de Quiñones,
Con quien tiene mesa y casa,
Y á quien salvó vida y honra
Dicen que en una batalla.
De entonces él y Don Mendo
Un punto no se separan;
Son un cuerpo y una sombra,
Cuerpo y sombra con un alma.
Es á un tiempo secretario,
Consejero, amigo, y guarda;
Don Mendo sin su presencia
Ni come, ni abre las cartas:
A un sermon y á un desafío
Igualmente le acompaña:
Procura evitar contiendas,
Pero una vez empeñadas
El cáliz por el estoque,
Por la malla el ropon cambia;
Y á pretesto de padrino
Da la postrer cuchillada.

Ni es de estrañar que esto sea,
Porque en los tiempos que alcanza
Los obispos son alcaides
Y sus palacios son plazas;
No pagan pecho á sus reyes,
Mantienen á sueldo lanzas,
Antes de prestarle ayuda
Juzgan despacio su causa,
Y como mas les va en ello
Le acuden ó se desmandan;
Y viven entre placeres
Con familiares y damas.

Así como es el espejo
Es la imágen que retrata,
Y así como andan los reyes
La corte y vasallos andan.

Tales son los personajes
Que en plática sosegada
Esperan como en familia
Alguna cosa que tarda.
Al fin al doblar sonoro
De una ligera campana
Abriéronse los balcones,
Entró el sol de la mañana,
Y de galanes y hermosas
Fuese llenando la sala.
Oyose el rumor del pueblo
Que abajo se agita y pasa,
Y el capellan y Quiñones
Haciendo venia á las damas
Salieron ácia la iglesia
Donde doblan las campanas,
Porque es el dia del Corpus
Y está la corte de gala.

VII.

Al doble y revuelto son
De campanas y atabales
Hierve y bulle un pueblo entero
En plazas, rejas y calles.
Es un bello sol de junio
Que derramado se esparce

Por techos, plazas y torres
Gran farol de fiesta grande.
Sus rayos de grana y oro
Se quiebran y se deshacen,
Se estremecen y reflejan
En pizarras y cristales.
De los sueltos pabellones
De los tapices brillantes
Que orlan, visten y coronan
Los balcones desiguales,
En cada hebra de oro y plata
Y en cada lazo ondulante
Reverberan mil colores
Que tornasolan el aire.
Entre guirnaldas de flores,
Entre velos y cendales,
Entre abanicos de plumas,
Entre dueñas y entre pajes
Decoran las celosías
Que descorren fiestas tales
Cuantas damas de Castilla
Dentro de la villa caben.
La luz de un sol tan alegre,
La interposicion del aire,
Los suntuosos atavíos,
Y el placer de los semblantes
Hacen que de cada hermosa
Finjan en ensueño, un ángel
Los enamorados ojos
De los felices galanes.
¡Cuántos hidalgos osados
Deteniendo el paso errante
Al pié de unos miradores
Contemplan un gesto grave!
¡Cuánto celoso mancebo
Al revolver de una calle
El sombrero hasta los ojos
Aguarda amoroso trance!
¡Cuánta dueña en una reja
En tanto la dama sale
Espera en faz compungida
Que el audaz citado pase!
¡Cuántos suspiros se ahogan
Entre el son interminable
Con que el gentío murmura
Cuando del pecho se parten!
¡Cuánta ardorosa mirada
Intercepta el velo frágil
De una pluma que un tercero
Cruzó entre ambos un instante!
¡Cuántos ojos arrobados
En otros del cielo imágen
Se topan detrás de aquellos
Otros ojos centellantes!
¡Cuántas citas amorosas
Camino á escondidas se abren
Entre aquel rumor confuso
Que un millon de bocas hace!

Calmando al fin del gentío
La voz sorda y susurrante,
Diez maceros á caballo
La gente por medio parten.
Bajáronse los sombreros,
Y tornáronse anhelantes
Impacientes y curiosos
Mil rostros ácia una calle.
Pasaron lanzas y cruces,
Alabardas y estandartes,
Cirios, clérigos, soldados,
Mangas y comunidades.
Pasaron urnas, reliquas,
Chirimías y ciriales,
Congregaciones y escuelas,
Nobles, juntas y hermandades.
Hasta que al fin de improviso
Levantó su voz gigante
El pueblo, que vió á lo lejos
La engalanada falange
De hidalgos, condes y duques,
Obispos y cardenales
Que en torno del rey Enrique
Traen á su Dios por delante.

Quedábale á Enrique cuarto
Por don de sus mocedades
El fastidio y la osadía
De placeres y desmanes;
Que aun niño, rompiendo el yugo
Del respeto al rey su padre,
Tuvo en Segovia una corte
Con pueblo y leyes aparte.
Y allí anegado en deleites,
Sin conocer vasallaje,
Pasó los años primeros
Siempre en faz de rebelarse.
Hoy ya rey, abrió su corte
A cuanto ilusorio y grande
Quiso con sus reales culpas
De las suyas escudarse.
Vinieron aventureros
Sin mas haber que su sable,
Y vinieron cortesanas
Que allá en paises distantes
Fueron nobles y duquesas
De real solar y real sangre,
A quien echan de su pátria
Opiniones populares.
Vinieron monges robustos,
Todos rectores y abades,
De costumbres de gran peso
Y profesion impalpable.
Y entre discordia y licencia,
Entre amores y combates
Andando allí confundidos
Los soldados y los frailes,
Logróse sin gran trabajo

Que fuesen en tiempos tales
Las audiencias galanteos,
Los amores liviandades,
Y las damas cortesanas
Y los clérigos galanes.
Que así como es el espejo
Es la retratada imágen,
Y hacen, si andan mal los reyes,
Que mal los vasallos anden.
Los monges á par alternan
Las mallas y los sayales,
Y el que ayer era prelado
Mañana á campaña sale.
Tales gentes y tal fiesta
Bajan la calle adelante,
Y hasta doscientos ginetes
Dan á la funcion remate.

Entre las gentes que al rey
Prestan honra y homenaje,
Ni cerca de su persona,
Ni lejos del condestable,
Van dos nobles caballeros
Que en severos ademanes
Entre secretas palabras
Secretas razones traen.
Tan por lo bajo las cruzan,
Que en verdad no fuera fácil
Que pudiera algun curioso
Alcanzar de lo que traten.
Mas que es cosa de importancia
Bien pudiera asegurarse,
Pues á veces hace el uno
Que el otro los ojos baje,
Y á veces levantando este
La mirada penetrante
Torna á bajarla irritado
Cual devorando un ultraje
Que el otro le recordara
Y mucho á su honra tocase.
Cuanto mas uno se turba
Sigue el otro imperturbable,
Y ambos miran de contínuo
A un balcon, luego á la calle.
Es el uno Mendo Abarca,
Que inclinado ácia adelante
Con su capellan conversa
En razones semejantes:

—¡Pero, padre, eternamente
La misma conversacion!
—Señor, siempre esta ocasion
Me está en el alma presente.

—¡Madita ocasion la vuestra,
Que en todas partes la veis!
—Señor, que fué bien sabeis
La esperiencia mi maestra.

—¿Y lo que os sucede á vos
Ha de acontecerme á mí?
—¡La honra, señor, que perdí
No basta á dármela Dios!

Y cuando vos la perdais...
—Yo mismo la cobraré.—
—Yo tambien me lo pensé,
Pero como yo la errais.

Que es la muger un cristal
Que si se empaña una vez
La mancha ó la palidez
Se lavan luego muy mal.

Mirad, Don Mendo, al balcon
Y á la calle atentamente.
—¡Padre, padre, eternamente
La misma conversacion!

—Si os salvé, señor, la vida,
La honra os he de salvar,
Yo por ella he de velar,
Si vuesa merced la olvida.

—Ved que vos podeis muy bien
Dar camino á una sospecha.
—Ved que en cuenta tan estrecha
Podeis vos errar tambien.

—Ved que soy yo su marido!
—¡Ved que ella es vuestra muger!
—Sé que me ama.
—Puede ser.
—¡Y pudiera...
—Haber mentido.

—Mas, padre, vos...
—Vedla allí,
Y aunque así á vos no os ofende,
Pensad que á todos atiende
Menos á vos...
—¡Eso sí!

—Pues si os ama, ¿cómo á vos
Es á quien busca el postrero?
—Ay triste del que altanero
Me compita ¡vive Dios!—

Así en voz baja platican
Aquellos dos personajes
Al ir de su propia casa
Avistando los umbrales;
Y saludando á Leonor
Que al balcon á verlos sale,
Con la procesion siguieron
Toda la plaza adelante.

VIII.

En un estrecho aposento
Al amarillo fulgor

Que por entre seis cristales
Despide un turbio farol,
El capellan y Don Mendo
En tenue y secreta voz
Vienen de alta consecuencia
Trabada conversacion
Don Mendo está pensativo,
Encendido de color,
La mano puesta en la frente,
Mal sentado en un sillon,
Los cabellos en desórden,
Luchando con su interior,
Y retratando en el gesto
La inquietud del corazon.

El capellan tiene el rostro
Entre hipócrita y feroz,
Y contempla el de Quiñones
Con ojo escudriñador.
Al abrigo guarda el suyo
De la sombra del farol,
Cuidando de que á Don Mendo
Ilumine el resplandor.
Entre ambos hay estendido
Un macizo velador
En que para estar mas cerca
Se apoyan tal vez los dos.
A una pregunta de Abarca
De estremada concision
Con otra pregunta idéntica
El capellan contestó.
—Y su tristeza y despego
¿No veis de entonces, señor?
—Mas ved, padre...
—¿Y no decís
Que al saber vuestro perdon
Casi loca de alegría
Vuestra vuelta aceleró?
—Es verdad.
—¿Y no decís
Que advertísteis variacion
Desde la misma mañana
En que en la corte se vió?
—¿Y eso, padre...
—¿Y no decís
Que un ensueño aterrador
La atosiga desde entonces
Y la pone en afliccion?
—Es verdad.
—¿Y no decís
Que de aqueste torcedor
Nunca la secreta causa
Vuestra esposa os reveló?
—Y eso prueba...
—Que en su pecho
Hay secretos para vos,
Y las mugeres no tienen
Mas secretos que el amor.—

Don Mendo apretó los puños
Cuando tal respuesta oyó,
Y en la inquietud de sus ojos,
Que revuelve en derredor,
Se ve bien que busca el triste
Otra disculpa ó razon.
En tanto el cura le atiende
Con sonrisa de traidor,
Y rebosan sus pupilas
Sangrienta satisfaccion.
Por fin, como quien despliega
Todo el último valor,
Con hondo y trémulo acento
Mendo Abarca replicó:
—Tal vez de mugeres, padre,
Secretos caprichos son
Que solo consultar deben
Allá con su confesor.
—Los caprichos mugeriles
Ya os dije, Don Mendo, yo,
Que si al marido se celan
No son mas que otra pasion.
—Callad, padre, porque me hacen
Vuestras palabras pavor,
Y es tan profunda esta herida
Que me duele ¡vive Dios!
—Pues buscad presto remedio,
Don Mendo, porque sino
La herida se os hará cáncer
Que gangrene vuestro honor.
Mañana tal vez...
—¡Por cierto
Que es tremenda precision!
Dejadme que bien pensado
El tiempo...
—¡Tiempo veloz,
Tiempo rápido! que el tiempo
Carcome la reflexion.
—Pero, padre, ¿ved que errarlo
No fuera...?
—Nunca peor,
Que en cuidar mucho su honra
Jamás hidalgo pecó.
Ved que yo he perdido el mio,
Y aunque hice venganza atroz,
Ni le he cobrado, ni el tiempo
Me ha quitado este borron.
—Pues bien, si es cierto, á impedirlo
O á vengarlo pronto estoy.
—Pues el remedio, ó venganza:
Ved que urge.
—Teneis razon;
Y pues sabeis la dolencia,
Buscadme el remedio vos.—

Guardaron ambos silencio
En torva meditacion:
Don Mendo fijos los codos

Sobre el ancho velador,
Las sienes entre las manos
Y el cabello en confusion,
Como quien devora y siente
Secreto afan interior.
Su sombrío compañero
De espaldas en el sillon,
Es un hombre á quien se puede
Partir la figura en dos.
Unas veces es un monge,
Ministro santo de Dios
Cuya presencia es consuelo
A mundanal afliccion
Cuyo rostro da franqueza,
Cuya magestuosa voz
Aconseja dulcemente
Dando calma al corazon.
Otras es un hombre osado,
Duro, hipócrita, ó traidor,
Que aguarda en faz misteriosa
Una pensada ocasion:
Un tigre que acecha oculto
La presa que descubrió,
Y hace que duerme tranquilo
Para asaltarla mejor.
Si baja al suelo los ojos
Dirian que hace oracion,
Mas arden cuando los alza
En fuego fascinador;
Y al fijarlos en Don Mendo
Tan horrible es su espresion
Que mas que monge, dijeran
Que semeja un salteador.
A veces pintan la ira
Y á veces la compasion,
Y á veces pintan los celos
Y otras veces el furor;
Y el orgullo y la vergüenza,
Y el duelo y la confusion,
Y la venganza y la rabia,
La constancia y el valor,
A un tiempo brillaba en ellos...
Mas todo cambió veloz
Cuando Don Mendo la frente
De entre las manos alzó.
Fué otra vez el mismo monge
Amigo y consolador
Que la existencia de Abarca
En el combate salvó.
La mirada que Quiñones
Tendió angustiado en redor
A la del monge pedia
Mas que justicia, perdon.
Mas el clérigo inflexible
En sorda y siniestra voz
Así dijo entre los dedos
Deshilachando el ropon:
— Escuchadme, Mendo Abarca;
En negocios como el de hoy
Hasta que todo se aclara
Disimular es mejor.
Solo un medio se me alcanza:
Pues que capellan soy yo,
Disponed que á vuestra esposa
Oiga un dia en confesion.—

Y esto diciendo brillaban
Sus ojos con tal fulgor,
Que semejaron la lumbre
De enrojecido carbon.
El marido, que turbado
Tal vez no le comprendió,
Replicole:
—¡Entonces, padre,
Lo alcanzareis solo vos! —
A lo que el clérigo dijo:
—Muy torpe, Don Mendo, sois
Pues se oye desde una alcoba
Lo que se habla en un salon.
—Cierto, padre; pero... hay puntos
Que en ofensa son de Dios.
—Cierto, Abarca, mas hay prendas
Que encierran tanto valor.
—¡No os comprendo!
—Concluyamos
Tan necia conversacion;
Si sois hidalgo, Don Mendo,
Curad bien de vuestro honor,
O sufrid que el pueblo ria
A vuestra faz...
—¡Eso no!
¿Decís que el pueblo se rie?
—¿Quién lo duda?
—¿Y tal baldon
Llevará junto mi nombre...?
—El de marido, señor.
—¿Y mi esposa....?
—Ha de infamaros
Si es cierto que os engañó,
Ireis con ella á la corte,
Y han de mofarse de vos.
El rey os hablará de ella,
Y ha de mofarse de vos.
La verán al lado vuestro,
Y han de mofarse de vos,
Y os tendrán, á no vengaros
Por necio, ó encubridor.
—¡Basta, padre, ó con la lengua
Os arranco el corazon,
Que verdades tan amargas
Las tolera solo Dios!
¡Basta á fé...! finjiré un voto
De una peregrinación,
Su confesion en voz alta
La tomareis, padre, vos;
Pero dentro de la alcoba
La he de escuchar tambien yo.—

Y alzándose del asiento
Tomó Don Mendo el farol,
Dirijiéndose á una puerta
Que da paso á un callejon.
El clérigo le seguia
En ademan triunfador,
Y al trasponer los umbrales
Entre dientes murmuró :
« Este mes hace tres años,
» Mañana al salir el sol
» Un crímen y un duelo mismo
» Tendremos que llorar dos. »
Tornose Mendo, y pensando
Que dudaba preguntó :
—¿Qué decís, padre?
— Rezaba :
Id adelante, señor.—

IX.

En una sala cuadrada
Con tres tapices cubierta,
Al pié de un reclinatorio
De cincelada madera,
Ante un monge de rodillas
Con un velo en la cabeza
Doña Leonor de Quiñones
Cristianamente confiesa.
El rojo sol de occidente
Reflejando en las vidrieras
Por las entornadas hojas
Con trémula luz penetra.
Y en los tapices tendiendo
Una ráfaga postrera,
Con paso incierto al huirse
Pasa de una en otra hebra
Hay á un lado de la sala
Con un cerrojo una puerta,
Y en el otro un gabinete
Con una cortina negra.
La muger en faz humilde,
El monge en faz altanera,
Seguian la confesion
En preguntas y respuestas.
Pregunta el monge en voz alta,
Responde en voz débil ella;
Él pregunta : — *¿ No es así?* —
Y ella —*Sí padre*— contesta.
Parece segun lo exacto
Con que pregunta y acierta,
Que está el confesor leyendo
La pregunta en la conciencia.
Decia el monge :
—¿Una noche?
— Sí padre.
—¿Las doce eran?
—Sí padre.
—¿Zumbaba airada
En las torres la tormenta?
—Sí padre.
—¿Amais á Don Mendo?
—Sí padre.
—¿Y sabeis que es fuerza
Guardar entera la honra
Que un hombre á su esposa entrega?
—Ved, padre, que yo dormia.
—¿Y quién guardaba las puertas,
Que así osó llegar un hombre
Hasta la cámara vuestra?
¿Sabeis que no bastan llaves,
Murallas, ni centinelas,
Para guardar dignamente
La fama y la honra ajena?
¡Sabeis que son las mugeres
Solo un arca donde cierran
Todo su honor los maridos
Con candados de vergüenza?
¿Sabeis que muger sin honra
Es solo un padron de afrenta
Que eternamente en el rostro
El vendido esposo lleva?
—Ved, padre, que yo dormia :
¡No fué crímen, sino fuerza!
—¿Y no pedísteis á Mendo
Venganza horrorosa y presta?
—Faltome, padre, el valor.
—¡Luego fué traicion completa,
Pues que lanzásteis el dardo
Y escondísteis la ballesta!—

Trémula, medrosa, ahogada
La frente contra la tierra,
El rostro entre las dos manos,
Clamó acelerada ella :
— Callad, padre, y si pequé
Imponedme penitencia!—

En esto alzó la cortina
Don Mendo que tal oyera,
Y asiéndola del cabello
La dijo :
— ¡Pues que confiesas
Que cometiste la culpa,
Sufre, traidora, la pena!—

Y escondiéndola la daga
Dentro la garganta mesma,
Luchando con la agonía
Sobre la alfombra la suelta.

A su espalda en este punto
Horrible, insultante, hueca
Oyóse una carcajada,
Y el capellan con violencia
Poniendo mano al estoque
Gritó á Don Mendo en voz recia :
« Yo asesiné á Margarita,
Y lavé mi honra en la vuestra.

Don Mendo, yo soy *Rui Perez*,
Que há tres años que os acecha,
Que os acosa y os persigue,
Porque sabe, aunque le pesa,
QUE HONRA Y VIDA QUE SE PIERDEN
NO SE COBRAN, MAS SE VENGAN.»

SONETO.

Cólmame, Juana, el cincelado vaso
Hasta que por los bordes se derrame,
Y un vaso inmenso y corpulento dame
Que el supremo licor no encierre escaso.

Deja que afuera por siniestro caso
En son medroso la tormenta brame,
Y el peregrino á nuestra puerta llame
Treguas cediendo al fatigado paso.

Deja que espere, ó desespere, ó pase;
Deja que el recio vendabal sin tino
Con rauda inundacion tale y arrase;

Que si viaja con agua el peregrino,
A mí, con tu perdon cambiando frase,
No me acomoda caminar sin vino.

TEMPESTAD DE VERANO.

Toledo, 23 de julio de 1834.

FRAGMENTOS.

I.

Por entre moradas nubes
Derrama su lumbre el sol,
Y el valle, el monte y el llano
Ascuas á su impulso son.

Busca el pájaro en las ramas
Abrigo consolador,
Y al pié del robusto tronco
Dormita el toro feroz.

La lengua tinta de espuma
Tiene de turbio color,
Secas las fauces que tragan
Abrasada aspiracion.

Tardos vagan los reptiles
De sus grutas en redor
Entre la tostada yerba
Huyendo la luz del sol.

No arrulla tórtola triste
Con lastimero clamor
Entre el follaje sombrío
Su enamorada afliccion;

Ni estremeciendo las plumas
Al dar arranque á la voz
En dulces trinos gorgea
Armonioso ruiseñor.

Ni se oye de los insectos
El ronco y cansado son,
Ni los olmos se columpian
Con susurrante rumor;

Ni las espigas se doblan
En vistosa confusion,
Ni entona groseras letras
Allá en el valle el pastor,

Ni trepa la suelta cabra
Por el agudo peñon
De una vana yerbecilla
Libre y caprichosa en pos.

Ni ladra el mastin atento,
Ni ahulla el lobo traidor,
Ni cruza por la vereda
De hormigas largo cordon.

Ni en la ciudad ni en el llano
Ocioso ni reñidor
Aguarda en peña, ó esquina,
Amigo, dueña, ó maton.

Ni asoman dos ojos negros
Velando en un mirador
La estrecha y oscura calle
Con diligente atencion.

Todo calla inmoble y mustio
De Toledo en derredor,
Bajo la choza pajiza,
Bajo el calado arteson.

Que al lejos como la sombra
Del brazo airado de Dios
Avanza con dobles alas
Nublado amenazador;

Y con él nubes y nubes
En apiñado escuadron,
Que encapotando los cielos
Van á atropellar al sol.

Allá en su cóncavo seno
Brama oculto el aquilon,
El trueno encerrado muge,
Hierve el rayo asolador,

Y todo en informe masa,
En espantoso monton,
Sin fuerzas ni ley que basten
A detener su furor,

Rueda en la atmósfera á ciegas
Como buque sin timon,
Como peñasco gigante
Que ancho volcan vomitó.

Doblan roncas las campanas,
Y á su colosal clamor
Se estremece el aura densa
Con rápida vibracion.

El firmamento desploma
En álito abrasador
Cuanto fuego en sus entrañas
El Altísimo encerró.

Solo el monge fatigado
Cruza tarde el callejon
Acia el silencioso templo
A alzar himnos al Señor.

Tal vez del lecho le arranca
El importuno reloj,
Y va acongojado y lento
Murmurando una oracion.

En imperceptibles voces
Y murmurante rumor.
Que entre el son de las campanas
Al elevarse se ahogó.

Al cabo desaparece,
Y apostado en el porton
El mendigo le saluda
Con desfallecida voz.

—

¡Hé aquí el negro nublado,
Que como hambriento dragon
Toda la lumbre del dia
De un solo empuje sorbió!

¿Quién sabe al flotante monstruo
La fuerza que ha dado Dios?
¿Quién sabe las maldiciones
Con que su vientre preñó?

¿Quién sabe despues que pase
Lo que ha de dejar en pos?
¿Quién de los que ora le vemos
Podrá decir que le vió?

Cuando rasgue sus tinieblas,
Cuando derrame su voz,
¿Qué luz brillará en el polvo?
¿Qué garganta hará rumor?

II.

Quedaron en calma un punto
Ambos á par aire y tierra
Del imponente nublado
Bajo las alas espesas,

Y á la luz de aquel crepúsculo
Que mas que ilumina ciega
En la horrible incertidumbre
De la luz y las tinieblas.

El aire que se respira
La avara garganta seca,
Y en el sudor de la frente
Húmedo el rostro gotea.

Relincha el caballo inquieto
En la cuadra que le encierra,
El perro espantado ahulla
Y receloso olfatea.

El pájaro de su jaula
Contra el alambre se estrecha,
Y al abrigo de sus plumas
Escucha, mira y recela.

Solo la afanosa araña
Su red y su caza deja,
É inmoble y pegada al muro
El trueno y la lluvia espera.

Ancha, redonda, abrasada
Bajó una gota que apenas
Mojando el sitio en que posa
Desvaneciéndose humea.

Dobla el calor; y la calma
Y la fatiga se aumentan,
Y en trémula espectativa
Todo calla y todo vela,

Y el mundo semeja un reo
Que mira desde una reja
Cómo en la plaza su cómplice
Al pié del cadalso llega,

Y duda y vacila y teme
Que se salve y que perezca,
Porque una palabra suya
O le salva ó le condena.

III.

¡Un relámpago! — al punto desatadas
El arenal las ráfagas barrieron,
Y en espeso tumulto aglomeradas
Las nubes el crepúsculo sorbieron.

En tinieblas cerrose el aire impuro;
El hombre amedrentado y temeroso
El recio temporal llamó á conjuro
De las campanas al doblar medroso.

Y rotas las barreras del nublado
La lluvia y el granizo se desploman,
Y allá en su centro en círculo abrasado
Los fugaces relámpagos asoman.

Sin tregua entonces, ni piedad, ni freno,
Agua, granizo y viento se esparraman,

Y al hondo son del prolongado trueno
Talan, devoran, y en tumulto braman.

Hierve el turbion, cegáronse las fuentes,
Los arroyos hinchados y bravios
Bajaron convertidos en torrentes
A desgarrar los diques de los rios.

Sus altaneras ondas vencedoras
Los campos adelante se llevaron,
Y envueltos en las hondas bramadoras
Mieses, cabañas y árboles bajaron.

Peñas, casas, ganados y pastores,
Todos siguieron el fatal destino;
Presa de sus esfuerzos vengadores
No quedó senda, ruta, ni camino.

. . . .
. . . .

Y oran allí á los piés de los altares
En humilde tropel las criaturas
Al Dios que las tormentas y los mares
Humilla con su voz en las alturas.

Del ronco viento al vigoroso empuje
Del templo gime el colosal cimiento,
Estremecida la techumbre cruje,
Y en sus esquinas se desgarra el viento.

Crece el turbion: las sombras del nublado
Ancha guarida por el templo toman,
Y en el cristal del roseton pintado,
Rápidos los relámpagos asoman.

A veces como grupos encendidos
De espectros y diabólicas figuras
Vacilan en los vidrios sacudidos
Variando de contornos las pinturas.

El áspero granizo les azota,
Y al darles luz la exhalacion por fuera
Cada en los vidrios suspendida gota
Un sol y una fantasma reverbera.

Es el aire murmullo indefinible
Donde sin leyes, ni prision, ni valla
Los espíritus dan en ronda horrible
Zambra impura y quimérica batalla.

Cada puerta ojival cóncava y hueca
Entre su red de góticas labores
Una osamenta descarnada y seca
Dibuja entre fantásticos colores.

Cada verja una hilera de esqueletos,
Cada capilla un antro de vampiros
Que columpian y doblan los objetos
Que lanzan ayes, cantos y suspiros.

Cada ventana una abrasada boca
Que abierta en espantosa carcajada
Apenas el relámpago la toca
Respira una sulfúrea llamarada.

Hoguera horrible, á cuya luz errante
En rauda confusion saltan y flotan
Las figuras que el vidrio vacilante
Con cuerpos de color manchan y embotan.

Y á la par, en un punto, en todas partes,
En cada vidrio que la lumbre hiere
Gestos, hachones, cruces, estandartes...
Y el relámpago pasa, y todo muere.

¡Tropa infernal de sombras vaporosas!
¡Abortos estrambóticos del miedo,
A quien da faz y formas religiosas
Crédula y fácil la oriental Toledo!

IV.

Y entre nubes purpurinas
Peregrinas
De azulado tornasol
Tendió el iris á lo lejos
Los reflejos
De los colores del sol.

Tendió en riquísimas bandas
Siete randas
Sobre el invisible tul,
Con que tan falaz nos miente
El manso ambiente
Ese firmamento azul.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro dia
Arco espléndido triunfal.

¡Salve! luz tornasolada
Delicada,
Prenda mágica de paz
En que el cielo jura al alma
Dulce calma
Tras la negra tempestad.

¡Salve! ¡oh iris pasajero,
Mensajero
Del supremo Criador,
En cuyos colores siete
Nos promete
Solaz y treguas y amor!

Por tí en el rojo occidente
Trasparente
Vuelve el sol á levantar
La faz pura, esplendorosa,
Y luminosa
Al acostarse en el mar.

Por tí con cánticos suaves
Van las aves
Surcando el aura otra vez
Loändo en dulces rumores
Los primores
De tu escelsa brillantez.

Por tí en delicadas tocas
De las rocas
Se desprende virginal
La melancólica niebla
Cuando puebla
El ámbito celestial.

Por tí á través de su vuelo
Luz da al cielo
La luna en turbio crespon,
Como reina macilenta
Que se ostenta
En magnífica ilusion.

Por tí dejan las estrellas
Blancas huellas
De su opaca reina en pos
Como lámparas dudosas
Ostentosas
En el alcázar de Dios.

¡Salve! ilusion de consuelo
Con que el cielo
Cierra el paso al vendabal,
Levantando en su alegría
Al claro dia
Arco espléndido triunfal.

RECUERDO A N. P. D.

—

Bajad del monte al escondido valle,
Frescos arroyos, cristalinas fuentes,
Que en esas rocas anchurosa calle
Buscais á vuestras rápidas corrientes,
Y en un remanso recojido acalle
Vuestra linfa sus ondas maldicientes
Porque sorbiendo el valle su frescura
Cargue su espalda de eternal verdura.

Bajad, aguas, del monte susurrando
Sobre las calvas peñas destrenzadas
Los colores del sol reverberando
En gotas con el sol tornasoladas,
Que manantiales os irán prestando
Esas agudas cumbres escarchadas
Donde se está filtrando en hilos leves
La eterna plata de las limpias nieves.

Claros, sonoros, libres arroyuelos
Que vais de piedra en piedra juguetones
Césped brotando y derritiendo hielos
En curso inquieto y deleitables sones,
Felices sois pues que mundanos duelos
No adormís, ni raquíticas pasiones
Al compas con que os suelta y desparrama
Desde sus canas cumbres Guadarrama.

Pues naciendo en recónditos asilos
Rodais por esas mudas soledades,
En anchas ondas, ó en delgados hilos,
Por altas rocas, ú hondas cavidades,
Ya os arrullen los céfiros tranquilos,
Ya el soplo de revueltas tempestades;
¡Felices vuestras aguas trasparentes,
Libres arroyos y perdidas fuentes!

Bajad del monte, y si en el valle umbroso
Bajo su tosco pabellon de pinos
La soledad os cansa y el reposo
De sus antros y sotos peregrinos,
Torced el suave paso rumoroso,
Trasponed puentes, y cruzad caminos
Ganando tierra y conquistando calle
Hasta los bordes del postrero valle.

Cual solitaria y lánguida palmera
Que el sol marchita y Aquilon azota
Vereis allí á Segovia la altanera
Ya por el tiempo consumida y rota,
Tal vez caduca, pero hidalga, y fiera
Con su pujante antigüedad remota,
Que aun la ofrecen sus claros manantiales
Sobre torres sin tiempo arcos triunfales.

Bajad, arroyos, la vereis ufana
Raudos al deslizar vuestra corriente
Sobre esa enorme creacion romana
Que al par la sirve de obelisco y puente;
Noble corona que sustenta vana
Sobre la apenas poderosa frente;
Yugo gigante que la abruma el cuello,
De su antigua grandeza último sello.

Dejad, arroyos, la empinada cumbre,
El verde soto y soledad amena,
Y cruzareis la inmensa pesadumbre
De la alta puente de hendiduras llena:
De veinte siglos la continua lumbre
Su tez ha puesto pálida y morena,
Pero aun se tiene colosal y erguida
Vertiendo fuerza y ostentando vida.

Bajad, arroyos, y vereis cuan vanos
Junto á ese eterno y portentoso escombro
Parecen los escombros cortesanos
De otra mas flaca edad timbre y asombro.
Ellos al fin hundiéronse livianos,
Mas ese aun presta infatigable el hombro
Mostrando audaz á la flaqueza humana
El vigor de su estirpe soberana.

¡Oh! esos mezquinos restos solitarios
Que yacen por los llanos estendidos,
Negras torres, desiertos campanarios,
Solares sin señor, templos hundidos,
En eriales y cuevas y calvarios
Y en olvidado polvo convertidos,
No pudieron guardar en la memoria
Ni aun de sus dueños la vecina historia.

Ahí están esas góticas capillas
Orladas de magníficos relieves,
Cargadas de sutiles maravillas
En sus aéreos arabescos leves;
Ven, y en esas ruinas amarillas,
Escrutadora edad, leë si te atreves
Por mas que rompas al pensar los diques
Mas que confusos Alvaros y Enriques.

Avanza un siglo mas en tu camino
Y un poco mas tu huella profundiza,
Y de Alvaros y Enriques el destino
Se hundirá con la tierra quebradiza,
Y mañana pasando el peregrino
Al topar de sus huesos la ceniza
Dirá por conjeturas: *¡aquí fueron!*
Pero podrá jurar que *aquí murieron.*

Ahí queda en ese alcázar mutilado
Bajo los opulentos artesones
De reyes un espléndido senado
Con sus cetros, coronas y blasones;
Y hoy en su puente roto y derribado
Y en sus pintarrajeados murallones
Acaso en vano el pensador profundo
Las huellas buscará de Juan Segundo.

Que aun tres siglos su faz surcan apenas,
Y tres veces tal vez le apuntalaron;
El uno vació en lanzas sus cadenas,
Y las lluvias del otro le minaron.
Cegó el otro de adobes sus almenas,
Y los tres al pasar le profanaron,
Cual copa así que en el festin rompieron
Y por juguete á los muchachos dieron.

Do quier se tiendan los avaros ojos
Escombros hallan, débiles memorias
Que apenas en estériles despojos
Rastro dudoso dan de sus historias:
Donde quiera en fatídicos manojos
Huesos se hacinan y se esconden glorias,
Sin que sepan decir tantos osarios
Si eran romanos, godos ó templarios.

Mas id á demandar á ese coloso
El nombre de la pátria y la alta cuna
De la raza del pueblo poderoso
Que ató á sus piés el tiempo y la fortuna:
Y en ese audaz esfuerzo prodigioso
Con que á la edad fatiga é importuna,
Con que de veinte siglos la carcoma
Se atreve á rechazar, vereis á Roma.

En vano airado le sacude el viento,
Y en vano el ronco temporal le moja,
Y en vano sobre el monstruo macilento
Tan larga edad su pesadumbre arroja;
Que siempre altivo y grande y opulento
Ni el vendabal ni la vejez le enoja;
Y siempre rico en su ciudad derrama
Los arroyos que bebe en Guadarrama.

Bajad del monte, frescos riachuelos,
Aguas puras de fuentes cristalinas
Que hollais el césped y chupais los hielos
En esas cumbres á la luz vecinas;
Bajad del monte si abrigais desvelos
En vuestras soledades peregrinas,
Cansados ya de la desierta sierra
De ver mas ancha y bulliciosa tierra.

De esa colina en la escondida falda
Donde entre brezos de color pajizo
Tiende la yerba trenzas de esmeralda
Con que á sus solas sus alfombras hizo,
Donde con flores de carmin y gualda
Corona vuestro espejo movedizo,
Hay una puerta en el hendido casco
De los doblados lomos de un peñasco.

No hay á su paso impertinente estorbo
Ni crece á su dintel adelfa amarga,
Ni fiera alguna de talante torvo
La linfa turba en su carrera larga:
Torced por ella vuestro curso corvo
Sobre el peñasco que el camino alarga
Hasta que vuestros rápidos cristales
Rueden sobre los arcos imperiales.

Surquen ¡oh fuentes! en tropel sonoro
Por la ancha espalda del escelso puente
Reverberando las madejas de oro
Vuestras gotas, del sol resplandeciente.
Bajad del monte en susurrante coro
Agitando la límpida corriente;
Vereis el sello con que el hombro doma
De veinte siglos la opulenta Roma.

Y si pasando, desde el alto lecho
Do el puente os presta soledad y abrigo,
Veis por las grietas del canal estrecho
Tal vez llorando á mi amoroso amigo,
Si es que las llagas de su herido pecho
Consuelo admiten ó á su mal testigo,
Decidle que hay quien su pesar agora
Del Manzanares á la márgen llora.

Frescas, puras corrientes, cristalinas
Fuentes sonoras, limpios arroyuelos
Que de esas cumbres á la luz vecinas
Hollais el césped y bebeis los hielos,

Sí hallais en tantas flores las espinas
De sus antiguos y cansados duelos,
Dadle de vuestra fugitiva randa
Con el claro compas música blanda.

Y así reviente en matizadas flores
Y en madreselvas vuestra verde orilla,
Y os preste sombra, arroyos bullidores,
La caña cimbradora y amarilla;
Y así bajen los lindos ruiseñores,
La suelta garza y triste tortolilla
A hundir en vuestras frágiles espumas
Los tiernos picos y esponjadas plumas.

A LA NIÑA C. D. E.

—

Niña que creces ufana
Flor temprana
De la vida en el vergel,
Ostentando primorosa
Flor pomposa
Tus mil matices en él;

Rie y canta mientras dura
La frescura
Y la pompa de tu abril,
Mientras luce claro el dia
¡Vida mia!
De tu fortuna infantil.

Que de vida y de luz lleno
Hoy sereno
Brilla espléndido tu sol,
Y con vivo lampo dora
De tu aurora
El purísimo arrebol.

Rie y canta, que este yerto
Gran desierto
Que llamamos mundo aquí,
Aun guarda blandos olores,
Ricas flores,
Y regalo para tí.

Aun en él para tu infancia
Hay fragancia,
Calma, sombra, fresco y paz,
Sin que viento revoltoso
Tempestuoso
Interrumpa tu solaz.

Aun podrás colgar tu cuna
De la luna
Al tranquilo resplandor,
Mientras el aura estremece,
Y te adormece
Con su canto el ruiseñor.

Aun podrás con tu sonrisa
Blanda brisa
Conjurar para dormir,
Sin que turbe tu contento
Un pensamiento
Del dudoso porvenir.

Aun podrás en deliciosos
Vaporosos
Blancos sueños delirar,
Sin temer que el desengaño
Vele uraño
A tu lado al despertar.

Que los niños mientra os dura
La ventura
De la cándida niñez,
Siempre hallais un seno amigo
Que os da abrigo,
Calma y defensa á la vez.

Ramas de amorosa yedra
Que á la piedra
Que os ampara os acojeis,
Pagándola en fortaleza
Y en belleza
El favor que la debeis.

¡Ah! y podeis tornar los ojos
Sin enojos
Ni zozobra criminal
A buscar un tierno abrazo
En el regazo
Que os sustenta maternal.

Que sois ángeles los niños,
Como armiños
En pureza y en candor;
Dulces prendas de consuelo
Que en su duelo
Da á los hombres el Criador.

Rie y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el verjel;
Rie y canta mientras dura
La ventura
Y la paz que hallas en él.

—

Rie y canta tu alegre primavera,
Mariposa de cándido color,
Que te meces inquieta y pasajera
De árbol en árbol, y de flor en flor.

Mientras puedes gozar, goza y delira;
Mientras en este yermo valadí
La ráfaga que abrasa al que la aspira
Brisa te da consoladora á tí.

Goza, niña, tranquila y descuidada
Las dulces horas que de amor te dan,

Sin acordarte de la edad pasada,
Ni del dudoso y venidero afan.

Goza, niña, en tan mágico embeleso
El puro halago del materno amor,
El labio atento al regalado beso,
La frente tinta de infantil rubor.

Esa es tu dicha, tu placer, tu vida,
Vivir amando, y para tí no hay mas,
En el regazo maternal dormida
Sin ver delante, y sin mirar atrás.

¡Oh! ven, hermosa, á mis cansados brazos,
Yo quiero amarte y delirar tambien;
Quiero gozar tus débiles abrazos,
Besar tus labios y tu blanca sien.

¡Si tú alcanzaras á saber de un niño
Los mimos inocentes lo que son,
Y cuánto calma un infantil cariño
La amargura y pesar del corazon...!

—

Ven, sentada en mis rodillas
Tus mejillas
Amoroso besaré,
Beberé en tus ojos bellos
Cuanta vida encuentre en ellos,
Y en su luz me miraré.

Si en mis brazos arrullada
Fatigada
Te pluguiera dormitar,
Porque duermas muellemente
Alzaré confusamente
Algun lánguido cantar.

Y si alegre, entretenida
Estás, ¡mi vida!
Escuchándome decir,
Te contaré lindos cuentos
De fadas y encantamientos
Que te halaguen al dormir.

Te diré historias tan bellas
Que con ellas
Sueñes, niña, sin cesar;
Te diré cosas tan suaves
Como el canto de las aves,
Y del aura el susurrar.

Rie, niña, y canta ufana,
Flor temprana
De la vida en el verjel;
Rie y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

Antes que tu edad contenta
La tormenta
Desgarre de una pasion,
Rie y canta mientra inerme
En la paz del tiempo duerme
Encerrado el aquilon.

Mientras lejos de tí braman,
Y esparraman
Las venturas del vivir
Los mundanos vendabales,
Tú las dichas terrenales
Apresúrate á reir.

Rie y canta, niña hermosa,
Flor pomposa
De la vida en el verjel;
Rie y canta mientras dura
El regalo y la ventura
Y la paz que hallas en él.

A UNA CALAVERA.

FANTASÍA.

—

« ¿Conoces á ese hombre?
— No por cierto.
— Mírale bien, y tómale las señas.
— Imposible. Lleva una máscara tan impenetrable como las tinieblas. »
F. Cooper.

¡Ahí estás tú, secreto de la vida,
Espantosa memoria de la muerte!
Cifra cuanto fatal desconocida,
¿Quién alcanzó jamás á comprenderte?

Honda verdad donde el vivir se encierra
Geroglífico audaz, testigo mudo,
Que incrustó en los dinteles de la tierra
Quién sostenerse á su dintel no pudo.

Ahí estás con tu irónica sonrisa;
Tus huecos ojos y tu calva frente;
Aguardando tal vez la última brisa
Que al puerto del morir lleve la gente.

¿Qué miran, di, tus cóncavos vacíos?
¿Qué escuchan tus oidos sin orejas?
¿Rien de los humanos desvaríos
Con gesto inmóvil tus encías viejas?

¿Quién eres, di, desnuda calavera,
Crédito del que fué, prenda de alguno,
Que por ser una prenda de cualquiera
No como suya te querrá ninguno?

¿Fuistes hermosa y jóven y adorada,
Fuiste grande, feliz, rica y temida,
O cruzastes el mundo despreciada
Mendigando tu pan desconocida?

Si fuiste rey, ¿qué se hizo tu corona?
Si grande, ¿qué se hicieron tus blasones?

¿Quién tu nobleza y tu poder abona
Del callado sepulcro en las regiones?

¿Oyes alguna vez esa campana
Que dobla por los vivos que murieron?
¿Al eco de su voz triste y lejana
Sabes tú si las almas acudieron?

¿Alguna vez, sombría calavera,
Acaso algunos monges te llevaron
A un templo, donde en pompa lastimera
Sobre un negro ataud te colocaron?

Si registraste su morada oscura
¡Sin duda que gozaras cuando vieras
Tantas cabezas que la tierra impura
Ha de tornar en tantas calaveras!

Si dejaste la luz triste y mendigo,
¿No te halagaba en la mortuoria fiesta
En recinto comun tener contigo
Un pueblo, un trono, un ara, y una orquesta?

Cuando á la roja luz de los blandones
En el metal del ara te veias,
Al contemplar tus cóncavas facciones,
Tu espantoso mohin, ¿no te reias?

Al revolver tus viejos pensamientos,
Si acaso pensamientos te dejaron
Las lluvias, los gusanos y los vientos,
¿No te escitó á reir lo que pensaron?

Aquella niña hermosa que escondia
Los dedos de márfil torneados, puros,
Entre los rizos que en la sien mecia
En confusion, como la sombra oscuros,

Sus ojos de azabache que espiaban
Los ojos del mancebo irreverente
A cuyo fuego criminal brotaban
Las rosas del pudor sobre su frente,

Aquella niña bulliciosa, inquieta,
La sien ceñida de crespon y flores,
Que por ajeno parecer sujeta
A los piés del altar soñaba amores:

Tú la veias seca y descarnada,
Sin cuanto bello en la hermosura hechiza,
Calva la frente, huera la mirada,
Los labios de coral vueltos ceniza.

¡Oh! ¡Gran cosa ha de ser sobre una tumba
Contemplar en el polvo reunida
La loca multitud que se derrumba
Por el gran precipicio de la vida!

Gran cosa ¡vive Dios! llamar á fiesta
Con la gigante voz de las campanas,
Y encender cirios y aprestar orquesta!
Y alzar altares y entoldar ventanas,

Y convidar á celebrar su nada
A cuanta juventud, pompa y belleza
Vejeta en una tierra condenada
A acabar en la nada donde empieza.

¡Oh! ¡Gran cosa tener en una farsa
El principal papel, la vos primera!
Y ver al rededor pueblo y comparsa
Siendo en un funeral la calavera,

Tener un rey y un pueblo prosternado,
Cabizbajo y sin voz, humilde y quedo,
Todo el poder del mundo arrodillado,
Lleno el cobarde corazon de miedo.

¡Oh! ¡Gran cosa tener reyes y hermosas
Descubierta y doblada la cabeza,
Sin poder en las manos poderosas,
Sin encantos ni gracia en la belleza,

Y en un sitial de muerte y podredumbre
Sentirle bajo el pié como un juguete,
Y reir de la esclava muchedumbre
A la sombra de sórdido bonete!

¡Gran corona imperial! ¡grave tocado!
En un harapo inútil é irrisorio
Un esqueleto seco y cercenado
Presidiendo en un túmulo mortuorio.

¡Grave fiesta terrena! ¡régia pompa!
¡Donde vamos los míseros mortales
Al ronco son de la funesta trompa
A cantar nuestros propios funerales!

¡Donde á la entrada del fatal recinto
Suenan los brindis, la algazara y grita
Que dentro del mundano laberinto
Al insensato populacho irrita!

¡Oh! tú puedes decirle al mundo entero:
«Riete y bebe, miserable, y danza,
Mientra en el lecho funeral te espero,
Porque yo soy tu fin y tu esperanza.»

¿Y no ries, sombría calavera?
¿No te se antoja descender al llano,
Y entrar en el festin como cualquiera
Y á una hermosa ofrecer la seca mano?

¿Agitar tu esqueleto en danza loca,
Con tus huesos ceñir una cintura
Y preparar en la desierta boca
Un ósculo á la gracia y la hermosura?

Porque si fuiste bella en otros dias,
Con ojos negros, labios de corales,
Alguna vez sin duda gustarias
La dulce hiel de halagos criminales.

Porque si fuiste grande y poderoso,
Sin duda que en ensayos seductores
Sondaras el secreto vergonzoso
De trastornar en duelos los amores.

Porque si esclavo fuistes ó mendigo
Ansiarias de grandes y de dueños

Los que no dividieron ¡ay! contigo
Torpes placeres, y nefandos sueños.

Porque si fuiste austero solidario,
Allá en la soledad de tu retiro
Alguna vez lanzarás temerario
En pos de otro placer algun suspiro.

¿No te se antoja descender al llano
Engalanada, y fácil, y ligera,
Y en la fiesta mostrar al mundo insano
De repente tu calva calavera?

¡Oh! ¿qué te falta para bien tamaño?
¿Una piel trasparente y delicada
Que cubra el espantoso desengaño?
Del secreto fatal de nuestra nada?

¿Y qué importa la piel? manto gastado
Que nos presta al nacer la tierra ruda,
Serás una beldad que han convidado,
Y por mostrarla mas viene desnuda.

¡Oh! ven á delirar donde deliren,
Y serás la verdad á quien adoren,
Y el espejo serás en que se miren
Cuando al tocar su fin clamen y lloren.

Y ven á murmurar donde murmuren,
A cantar donde canten, las botellas
A apurar donde en órgia las apuren
En ébria confusion ellos con ellas.

Brinda altanera cuando brinden todos,
Y con todos tambien jura y blasfema,
Hasta que doblen la cerviz beodos
Para alzarla á la voz de tu anatema.

—

Harapo que deja el hombre
Porque su raza al pasar
El suelo en su viaje alfombre;
Firma fatal cuyo nombre
No se alcanza á deletrear;

¿Y es cierto, cráneo pajizo,
Que aunque pese al corazon
Eres tú para quien se hizo
Tanta gala y tanto hechizo,
Tanta y tanta creacion?

¿Es cierto que en otros dias
Con otra faz y otra tez
Como yo vivo, vivias,
Como yo rio, reias,
Ajeno de tu hediondez?

¿Que en esos cóncavos hondos
Dos ojos aposentabas
Vivos, inquietos, redondos,
Y que esos dientes hediondos
En dos labios encerrabas?

¿Que en tu roida mejilla
Brillaron matices bellos
En tu tierna edad sencilla,
Y que en tu sien amarilla
Se arraigaron los cabellos?

¿Es cierto, di, que esa boca
Sin contornos ni calor
Que hoy solo la muerte evoca,
Manó en tu esperanza loca
Dulces palabras de amor?

¿Que acaso el labio amoroso
En suavísimo embeleso
A un amante cariñoso
Demandaba voluptuoso
Regaladísimo beso?

¿Que tal vez sabio profundo
Pasabas tus largas horas
Sombrío y meditabundo
Buscando avaro en el mundo
Venturas engañadoras?

¿Que tal vez el ojo atento
Sobre un libro amarillento
En tu amarga soledad,
Se agotó tu pensamiento
Pensando tu eternidad?

¿Que tal vez señor mundano
De alcázares y jardines
Viviste torpe y liviano
Entre tropel cortesano
En impúdicos festines?

Y ese mundo valadí
Sabio, amante, loco, ó rey,
Te trajo con mofa aquí,
Diciéndote: «Esta es la ley,
Cadáver, descansa ahí.»

¡Oh! ¡nada nos deja ver
De tus historias de ayer
Tras de tu faz deleznable
Tu máscara impenetrable
Imposible de romper!

Todo lo envuelve esa muda,
Vaga, insondable verdad
Que tu inmoble gesto escuda,
Esa verdad que desnuda
La invisible eternidad.

Y el pensamiento altanero
Viene á estrellarse ¡ay de mí!
En ese gesto severo,
Que es un centinela fiero
De lo que hay detrás de tí.

En vano dentro la mente.
Se rebelan revoltosas
Las ideas locamente

Creándose de repente
Teorías mentirosas;

Todas vienen á espirar
En tus cóncavos vacíos,
Cual las fuentes van á dar
Sus arroyos á los rios,
Y los rios á la mar.

En vano la vida entera
Contra tu verdad conspira,
Desdeñosa calavera,
Que todo en tu faz severa
Se desvanece ó espira:

En esa cerviz curada
Al soplo de la tormenta,
Por el tiempo descarnada,
Cuya vida inanimada
Ni el tiempo ni el sol calienta.

Y en tu mirada indecisa,
Y en tu irónica sonrisa,
Y en esa hendida y entera,
Seca y solitaria hilera
De tu dentadura lisa.

Y ahí te estás entre la arena
Como una cosa caida,
Como inútil prenda ajena
A quien nadie juzga buena
Solo porque está perdida.

Y ¡por Dios! que si los hombros
Que un dia te sustentaran
Volvieran á estos escombros
A buscarte, ¡con qué asombros
De placer te acariciaran!

¡Oh! si alzándote una vez
Aun te pluguiera ostentar
La perdida esplendidez,
Y quisieras tu hediondez
Con tu vida engalanar;

Y prendieras en tu frente
Unos cabellos postizos
Que en madeja reluciente
Cayeran confusamente
En mil perfumados rizos;

Y el esqueleto sonoro
Velaras altiva tú
Con minucioso decoro
Entre nacar, perlas y oro
Y entre crujiente tisú;

Cubrieras el seco cuello
Entre las flotantes plumas,
Los collares y el cabello,
Velos echando sobre ello
Tan sutiles como espumas:

Y el repugnante mohin
De tu inmoble rostro viejo
Con esa risa sin fin
Asomaras á un festin
Tomándole por espejo!

. . . .

Si acaso rey destronado
Te se antojara salir
Para ver do está enterrado
El ejército arrojado
Que llevaste á combatir,

Y allá en el campo desierto
Do fué tu postrer batalla
De aquel mausoleo abierto
Tu pueblo evocaras muerto
De entre el polvo en que se halla,

Y si á tu voz poderosa
Despertando con asombro
Tu nacion volviera ansiosa
Trayendo el arnés al hombro
El faz de guerra espantosa...

¡Oh! ¡diabólico senado,
Medrosa, horrible ilusion,
Ver tanto esqueleto armado
En torno un rey convocado
Al dintel del panteon!

Y si vagaran errantes
Ensordeciendo la tierra
Combatiéndose pujantes
Con clamores insultantes
Pregonando su impía guerra...

—

¡Ah! ¡delirios son del alma
Que no te alcanza, Señor,
En los terribles secretos
De tu infinita creacion!

En los tormentosos dias
De mi mundanal dolor
Medité desesperado
Sobre los sepulcros yo.

Pasé de tumbas á tumbas
De mi porvenir en pos,
Y en todas encontré polvo,
En todas polvo, Señor.

En todas esa sentencia
Que cae sobre quien nació
Desde esos gestos inmobles
Sin miradas y sin voz.

En todas esos despojos,
En cuya horrible atencion,
En cuya eterna sonrisa
De complacencia feroz,

En cuyo todo espantoso
Deletrea el corazon
La triste palabra **NADA**
Confundido de pavor.

¿Y es ese, Señor, el hombre
Que de tu mano salió,
Hecho á semejanza tuya,
Aborto digno de un Dios?

¿Es esta, Señor, la vida,
Que como una maldicion
Nos carcome cuanto bello
Tu bondad nos regaló?

Entonces ¡ay! ¿qué nos vale
Que alumbre tan puro el sol
Y en la noche se refleje
La luna en su resplandor?

¿Qué sirve que allá en los bosques
En pintada confusion
Canten en bandos alegres
El mirlo y el ruiseñor?

¿Que los árboles murmuren
En melancólico son,
Y esponje á su blanda sombra
Su dulce cáliz la flor?

¿Qué sirve que en blanda arena
Tienda su curso veloz
El arroyuelo que viste
La pradera de verdor,

Y con sus líquidas perlas
Los jazmines jugueton
Salpique con que la pródiga
Primavera le alfombró?

¿Que el mar se encorve bramando
De las playas en redor;
Y le azote y le sacuda
Revoltoso el aquilon?

¿Qué sirve ese cielo azul
En cuyo centro adunó
Mil nubes tornasoladas
En caprichoso monton;

Si todo no es mas al cabo
Este universo, Señor,
Que de una inmensa familia
El inmenso panteon?

¿Qué sirve á esa calavera
Una existencia de honor,
Una vida de virtudes,
De crímen ó de afliccion?

¿Qué le vale todo un siglo
De penitencia ó de amor,
La corona ó la cadena
Que en este mundo arrastró,

Si el hombre que la llevaba
Al salir de esta mansion
Como una máscara inútil
Despechado la arrojó?

En vano la he demandado
Por la infamia ó el blason
Del dueño que en ese osario
Entre el polvo la olvidó.

Su vago mirar me espanta,
Su sonrisa me hace horror,
Y su boca tiene ahogada
En su garganta la voz.

« ¿Qué espera? » Tal vez lo ignora.
Ahí está al aire y al sol,
Eternamente riendo
De cuanto pasa y pasó,

Al borde de la vereda
Que conduce al panteon,
Diciendo á cada viajero
Con eterna risa: « ¡A Dios! »



CUARTA PARTE.

LAS HOJAS SECAS.

A MI MADRE.

—

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Un templo, un bosque, un ave que pasando
Cruza en el viento descarriada y sola
Prensan mi corazon, y á mis pupilas
Solitaria una lágrima se asoma.

Pláceme ver un claro riachuelo
Lamer su orilla con azules ondas,
Y al resplandor del trémulo crepúsculo
Sentir la fuente murmurar sonora.

Pláceme ver tras el opuesto monte
Hundir al sol su faz esplendorosa
Y despedirle desde el hondo valle
Al compas de las aguas y las hojas,

Y pláceme en paseos solitarios,
En dulces sueños delirando sombras
Perderme en la floresta sin camino,
Ideando quiméricas historias.

La mia es triste; cansa y no interesa;
Sin aventuras intrincadas, corta:
Es una historia solamente mia
Como otras muchas que á la vez se ignoran.

Es la historia de un sueño fatigoso
En que nada sucede, nada importa,
No se comprende, pero no se olvida,
Y sus vagos recuerdos nos acosan.

Yo la recuerdo con vergüenza siempre,
Temo profundizarla, y sus memorias
Como gotas de mágico veneno
Caen en mi corazon una tras otra.

¿Qué os hicísteis, dulcísimos instantes
De mi infancia gentil? ¿Dó estan ahora
Los labios de coral que me colmaron
De blandos besos que mis ojos lloran?

¿Dó está la mano amiga que trenzaba
Las hebras mil de mi melena blonda,
Tejiéndome coronas en la frente
De azucenas silvestres y amapolas?

Era ¡ay de mí! mi madre: alegre entonces,
Tranquila, amante, como el alba hermosa;
Jamás me ha parecido otra hermosura
Tan digna de vivir en mi memoria.

Apartaos, impúdicas quimeras,
Mas os detesto cuanto mas vosotras
Tenaces me seguís; ya no sois nada,
Cesó el festin, rompiéronse las copas.

Ella es mi madre, sus ardientes besos
Con vuestra vil presencia se inficionan:
Idos en paz, que el llanto de sus ojos
Del alma impura vuestra imágen borra.

—

¡Madre, te encuentro llorando!
¡Ah, no atiendes á mis voces!
Mírame, ¿no me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras...?
¡Bebí tantas amarguras!
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Cuán trémula está tu mano!
¡Tu corazon cuán opreso!
Madre, ¿no tienes un beso
Ni una queja para mí?
¡Lloras! Beberé tu llanto...
Mas abrasan tus mejillas...
Heme, madre, de rodillas
Avergonzado ante tí.

Apartas de mí los ojos,
Sufres viéndome, lo veo;
Mas estoy como está el reo
Humillado ante su Dios.

Tornadme el rostro, señora,
Y aunque lo torneis severo,
Aunque sea el favor postrero
Porque me ausente de vos.

Lo sé; recelais acaso
Que vendí vuestro cariño
Por el impúdico aliño
De otro amor mas terrenal.
Este color de mi frente
Tal vez os parece impuro...
¡Oh! madre mia, os lo juro,
Me habeis comprendido mal.

Soñé y me desvanecieron
Mis fatales ilusiones,
Sentí mis locas pasiones
Dentro de mi pecho arder.
La tempestad era horrible,
La noche lóbrega, densa,
La mar tormentosa, inmensa,
Mi barca débil... ¿qué hacer?

Lanzado al mar sin aviso,
Dejeme llevar del viento,
Sacome el mar turbulento
A otra playa de ilusion;
Yo á lo lejos la miraba,
Y era una tierra tan bella
Que el pasar, madre, por ella
Fué terrible tentacion.

Bebí el agua de sus fuentes,
Gocé el aura de sus flores,
Embriagado en sus amores
En sus bosques me adormí;
Allí el placer me esperaba,
Vos en la opuesta ribera...
Horrible tentacion era,
Mas luché, madre, y vencí.

Tal vez en mi sien soñaba
Glorioso laurel naciente;
Yo le arranqué de mi frente,
Pensaba en vos, y le hollé.
Allí quedó entre la arena,
Y al lanzarle, dije: crece,
Que si mi sien te merece
Mas ansioso volveré.

En vano mis ilusiones
Me acosaron tumultuosas;
A las ondas procelosas
Me arrojé audaz y volví.
Sin fuerza, sin esperanza,
Madre, en mi congoja fiera
Tu imágen fué la postrera
Que guardé mientras viví.

¡Mas tú inconsolable lloras
Sin atender á mis voces!
¡Mi vida! ¿No me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
Mi rostro las desventuras?
¡Bebí tantas amarguras...!
Pero al fin, madre, yo soy.

¡Mas no me escuchas! ¡Llorando
La faz amorosa escondes!
Te llamo y no me respondes:
¡Tanto, madre, te ultrajé!
Te entiendo, por fin; yo solo
No basto ya á consolarte;
Me será fuerza dejarte,
Y á la mar me volveré.

—

Mas oye. Es el otoño; rebramando
El abrego los árboles sacude,
De roncos cuervos el siniestro bando
A los peñascos cóncavos acude.

Brilla sin fuerza el sol en occidente,
Y allá en la falda de espinoso risco
Guia el pastor con paso indiferente
Las humildes ovejas al aprisco.

Seco el follaje de la selva umbría
De sus verdes doseles se despoja,
Y al empuje de ráfaga bravía
El bosque se desnuda hoja por hoja.

El abrego las huella y arrebata,
Las arrastra en revuelto torbellino,
Ciega en la fuente la serena plata,
Borra los lindes del igual camino.

Triste fantasma del verjel ameno
Y esqueleto fantástico semeja
Cada desnudo tronco, un dia lleno
De la sombra magnífica que deja.

Flores ¿en dónde estais? ¿y dó se esconden
Los céspedes que amenos os cercaban?
¿Cómo los ruiseñores no responden
Al son de las alondras que pasaban?

¿Qué es del arrullo de la mansa fuente
Donde á beber bajaban las palomas?
¿Qué es del aura que erraba suavemente
Cargada de suspiros y de aromas?

Las galas del abril se marchitaron,
Los céfiros errantes se estinguieron,
En ayes los murmullos se tornaron,
Y anchos arroyos las corrientes fueron.

Todo pasó. En el valle pantanoso
Hay en vez de una fuente una laguna,
Y en las ramas del álamo pomposo
Las hojas se desprenden una á una.

—

Así, madre, van mis dias
Con las hojas de consuno

Desprendiéndose uno á uno,
Al vaiven de la pasion.
Y así van las ilusiones
De mi esperanza importuna
Desprendiéndose una á una
De mi seco corazon.

Como esas hojas marchitas
No volverán á su rama,
El cierzo las desparrama,
La lluvia las pudrirá.
Como el bosque queda triste,
Y silencioso y desnudo,
Seco y solitario y mudo
Mi corazon siento ya.

Esas hojas amarillas
Que ayer nos prestaron sombra
Ni aun las querrá por alfombra
El tornasolado abril;
Míralas, madre, cual ruedan
Entre la arena perdidas,
Holladas y sacudidas
Por el aura mas sutil.

Eso son nuestras creencias,
Nuestras míseras ficciones,
Eso son nuestras pasiones,
Nuestra vida terrenal:
Nacen, dan sombra un instante,
Suenan, se mecen, se cruzan,
Caen, ruedan, se desmenuzan,
Y las lleva el vendabal.

Si ellas al rápido soplo
Del cierzo desaparecen,
Otras en el árbol crecen
Y se apiñan otra vez;
Mas yo iré cual hoja seca,
Por el viento desprendida,
Arrastrando de mi vida
La juventud, la vejez.

Y el negro remordimiento
Irá por do quier conmigo
Como verdugo y testigo
De mi perdurable afan.
Y cuando á su vieja llama
Encanezcan mis cabellos,
Madre, debajo de aquellos
Jamás otros nacerán.

Porque estas hojas errantes
Que por mi memoria vagan,
Estos recuerdos que amagan
No dejarme hasta morir,
Hojas secas de mí mismo,
Que arrancadas de mi centro
A mí asidas las encuentro
Sin poderlas desasir;

No pasarán como pasan
Esas hojas del otoño,
No tienen otro retoño,
Mas tampoco tendrán fin:
Sopla el viento y no las lleva,
Cae la lluvia y las perdona,
Igualmente las abona
El desierto y el jardin.

—

Dicen que todo al fin se desvanece,
Todo pasa, se olvida, pierde ó borra...
¿Soy infeliz?—No sé.—Mas vivo triste
Y un torcedor arrastro en mi memoria.

Madre, ¿creerás tambien que todo pasa
Como en alas del abrego las hojas,
Como del vago céfiro los ayes,
Como del mar las fugitivas ondas?

¿Crees tú que pasarán para tu hijo,
Como del bosque la agostada pompa,
Tus recuerdos, tu amor, tu sacra imágen,
Que todo el corazon le ocupa sola?

¿Crees, madre, que al huir desesperado
A playas estranjeras y remotas
Corre tras la molicie y los placeres,
Busca una libertad cínica y loca?

¿Crees tú que anhela en climas apartados
Libre gozar su juventud fogosa?
¿Crees que olvidado de su madre viva...?
Quien lo dijo mintió, madre y señora.

Do quier que arrastre su existencia inútil,
Suerte feliz, ó mísera, le acorra,
Ya duerma en los harapos del mendigo,
Ya en blanda pluma de opulenta alcoba,

Ya espere un porvenir sin esperanza,
Ya circunde su sien verde corona,
En la mazmorra, en el alcázar... madre,
Donde quiera que aliente, allí te adora.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imágen
Nunca pasa, se olvida, pierde ó borra,
Como pasan, al aire del otoño,
Del bosque umbrío las marchitas hojas.

RECUERDOS DE VALLADOLID.

TRADICION.

I.

D. Tello. Señora, por vida mia
Que os di siete meses mas,
Y es un plazo que quizás
Concederos no debia.
¿Paréceos aun poco?
D. Ana. No.

D. Tello. Pedisteis un año.
D. Ana. Sí.
D. Tello. Si año y medio os concedí,
¿Qué mas hacer pude yo?
Don Juan de Vargas no viene.
D. Ana. Harto por mi mal lo sé.
D. Tello. Pues que tanto os aguardé
No esperar mas me conviene.
Que fuera lance fatal
Que mi imprudencia pudiera
Dejar que Don Juan volviera
Con derecho al mio igual.
D. Ana. Teneis, Don Tello, razon.
Pedí por término un año,
Pues tan fiero desengaño
No aguardó mi corazon.
Prometí que si en todo él
El de Vargas no volvia
Con vos me desposaria;
¡Creíle menos infiel!
Año y medio me esperó,
Don Tello, vuestra nobleza,
Y en tan hidalga grandeza
No habré menos de ser yo.
A mi padre responded
Lo que os dije, vuestra soy;
Mas si Don Juan vuelve hoy...
D. Tello. Doña Ana, el labio tened,
O mirad lo que decís.
D. Ana. Si acabar no me dejais...
D. Tello. No, que ó todo lo negais,
O todo lo consentís.
Vuestra fé dareis entera
Como os la pide á Don Tello,
Que si Vargas vuelve, en ello
Yo sé bien lo que me hiciera.
D. Ana. ¿Qué decís, Tello?
D. Tello. Doña Ana,
Yo os pedí para muger;
Mirad si lo habeis de ser,
Y vuelva Vargas mañana.
D. Ana. Que sí os dije; pero si hoy
Viniera Vargas, ya no.
D. Tello Ya en eso me veré yo,
Pues vuestro marido soy.
D. Ana. Pues, Don Tello, si viniera...
D. Tello. Vive Dios que le matara,
Pues porque yo os esperara
No era justo que os perdiera.
D. Ana ¡Don Tello!
D. Tello. Miradlo bien,
Que pues mas no he de esperar,
Conmigo habeis de casar
Si viene, y sino tambien.
D. Ana. Don Tello, pues ha de ser,
No haré en ello oposicion;
Ya que teneis la razon
Mirad lo que habeis de hacer.

—

Esto hablaban una tarde,
Ya muy cercana la noche,
Doña Ana Bustos Mendoza,
Y Don Tello Arcos de Aponte.
Iguales en lustre ostentan
Sus heredados blasones,
Ella envidia de las damas,
Él galan entre los hombres.
Y ella hermosa y él valiente;
Por especiales razones
Unirlos en casamiento
Sus parientes se proponen.
Don Tello adora á doña Ana,
Mas como valiente noble,
Ha mas de un año que espera
Que su afan se le malogre;
Porque ha tanto que la niña
Tiene asentado en otro hombre
El pensamiento amoroso,
Y ni sosiega ni come.
Es su amor Don Juan de Vargas,
Que á Italia oculto fugose
Por no sé qué muerte oculta
En las sombras de la noche.
Mas Don Juan desde aquel dia
Tan de veras ocultose,
Que de su estado y persona
Cartas ni amigos responden.
En vano tras nuevas suyas
Se rastrearon en la corte
Mil esquisitas pesquisas,
Mil cortesanos favores.
La justicia diole libre,
El mismo rey perdonole,
Pidieron á todas partes
Cartas y noticias dobles;
Mas en todas fueron vanos
Al misterio que le esconde
Los parabienes presentes,
Las antiguas precauciones.
De todas partes los pliegos
Vuelven bajo el mismo sobre,
Porque en ninguna parece,
Ni en ninguna le conocen.
Cansado por fin Don Tello
De plazos y condiciones,
Y recelando que al cabo
Parezca Don Juan y torne,
Resuelto y tenaz decide
Que pues año y medio corre,
De grado ó de valimiento
Se cumpla cuanto pactose.
Y la verdad, que Doña Ana,
Mas tibia ya en sus amores,

No con enojos escucha
De Don Tello las razones.
Ni estorba que la festeje,
Ni que vista sus colores,
Ni entre en su casa de dia,
Ni que sus rejas la ronde.
Porque en esto de firmezas
En ausencias y en amores
Era sin duda lo mismo
Que en nuestros tiempos, entonces.
Quedó pues dicho y jurado
Que escusadas dilaciones,
La boda se concluyera
Dentro de la misma noche.
Y en todo Valladolid,
Cuantos hay vecinos nobles,
A dar sus enhorabuenas
A los novios se disponen.
Mas es preciso advertir
Que mientras en los salones
Danza y festejos preparan
Juntos Mendozas y Apontes,
Las puertas del Campo Grande
Cruza á resuelto galope
Embozado en una capa,
Sobre un potro negro, un hombre.

—

Es una noche de octubre
Que la atmósfera encapota
Entre las dobles cortinas
De la niebla y de la sombra.
En ráfagas desiguales
El cierzo á intervalos sopla
Quebrándose en las esquinas
Con voz destemplada y bronca.
Lucen en ellas apenas,
Como sombras vaporosas,
Mas esparcidos faroles
Que entre la niebla se ahogan.
Y á su esplendor vacilante
Por las calles tortuosas
Apenas á ver se alcanzan
De los que pasan la forma.
Que no es tan tarde que en sueño
La ciudad repose toda,
Ni tan pronto que aun escusen
Los rondadores su ronda.
Oyese el sordo murmullo
De las fugitivas ondas
Con que el revuelto Pisuerga
Ambas orillas azota;
Y entre su son temeroso
La voz compasada y ronca
Con que las huecas campanas
Al toque de ánimas doblan.
Allá por sobre las cercas
Que el Campo Grande aprisionan,
Turbias luces se perciben
Por entre ventanas rotas,
A cuya opaca lumbrera
Algun penitente ora,
Y con el llanto del monge
Las culpas del hombre borra;
O algun sabio solitario
En meditacion mas honda
Del vano mundo desprecia
La mal olvidada pompa.
Cuán grato es ir sin camino
Con el corazon á solas
En la deliciosa calma
De la noche silenciosa;
Sin testigos que sorprendan
Sobre la faz melancólica
Las lágrimas que se escapan
De los ojos gota á gota.
Noche, consuelo del triste,
Bendita tu amiga sombra,
Entre cuyos densos pliegues
No se avergüenza quien llora.
Yo tambien, triste poeta,
Al compas del arpa ronca
Te rindo tributo en lágrimas,
Plegarias de mis memorias.
Y una y mil veces bendigo
Tu espesa tiniebla lóbrega,
Desciñendo las guirnaldas
Que el arpa cansada adornan.
Noche, consuelo del triste,
Bien haya tu amiga sombra,
Entre cuyos densos pliegues
No se avergüenza quien llora.

—

Cruzando del Campo estenso
La soledad misteriosa
A lentos pasos camina
Un hombre de cuya forma
Se distingue solamente
La pluma que en alto flota,
Las espuelas en que acaba
Y la espada que le abona.
Lo demás de su figura
Lo velan, guardan y embozan
Los secretos de una capa
En que envuelve la persona.
Ganó la vuelta á la plaza
Por una calleja corva
De casa en casa pasando,
Señas tomando de todas.
Delante de una al tenerse
Que de palacio blasona,
Esta es, dijo, y en la puerta
La mano atrevida posa.
Mas no bien dentro del patio
El son de la aldaba dobla,

Corriendo dentro un cerrojo
Un hombre al dintel asoma.
Haciendo paso al que sale
El que iba á entrar se reporta,
Y al tiempo mismo en su rostro
Reflejó la luz dudosa.
«¡Don Juan!—¡Don Tello!» esclamaron
En voz descompuesta y honda
Ambos á dos personajes
Como quien duda y se asombra.
«¿A Don Juan mirando estoy?
—¿A quien veo es á Don Tello?
—Por Dios que no errais en ello.
—Ni vos en mí; Don Juan soy.
—Seguidme.
—¿Adónde?
—A reñir.
—Vamos; mas reñir ¿por qué?
—Seguidme, Don Juan, que á fé
Que os lo tengo de decir.»
Calló Don Juan, y Don Tello
En faz decidida y torba,
Por aquí, dijo, y airado
La vuelta del Campo toma.

—

Los estoques en la mano,
Sueltas en tierra las capas,
Están dos hombres á punto
De cerrarse á cuchilladas.
D. Tello. Reñid, Don Juan, ó vos mato.
D. Juan. Grande será vuestra causa,
Don Tello, mas vive Dios
Que yo en saberla me holgara.
D. Tello. Reñid, Don Juan.
D. Juan. Vos, parece
Venís á reñir con rabia,
Mas yo que ignoro...
D. Tello. O reñís,
U os asesino á estocadas.
D. Juan. ¡Tello!
D. Tello. Reñid, voto á Cristo.
D. Juan. Mas decid una palabra,
Una razon, un pretesto,
Y riño.
D. Tello. ¡Pese á mi alma!
¿En Valladolid no estais?
D. Juan. Bien se ve.
D. Tello. ¿Y á quién buscábais?
D. Juan. A Doña Ana de Mendoza.
D. Tello. Reñid, pues, que esa es la causa.
D. Juan. ¡Doña Ana! ¿qué...
D. Tello. Esposa mia...
D. Juan. ¿Es?
D. Tello. Será.
D. Juan. ¿Cuándo?
D. Tello. Mañana.
D. Juan. Defendeos bien, Don Tello,
Que la razon es sobrada.

Cruzáronse los estoques,
Adelantaron las dagas,
Y empezaron los aceros
Do acabaron las palabras.
El ruido de entrambas hojas
En la oscuridad sonaba,
Sin que en la sombra se alcance
Cuál es mas feliz de entrambas.
El aliento á resoplidos
Ambos fatigados lanzan,
Mortales golpes se tiran,
Mortales golpes se paran.
Sin duda que corre sangre,
Sin duda el brazo se cansa,
Porque los golpes son menos,
La respiracion mas tarda.
Y sin duda que es temible
La contienda solitaria;
Don Tello no cede un paso,
Don Juan un paso no avanza.
No suena un golpe que á fondo
Recto al corazon no vaya,
No hay un quite que no pare
La postrimera estocada.
Es el brazo que defiende
Tan fuerte como el que ataca,
Que á acertar un solo golpe
Con él la lid acabara.
Jura el uno, calla el otro;
Ni uno cede, ni otro avanza;
Con mas arrojo Don Tello,
Don Juan con mejor constancia.
Y en vano son los ardides,
Los esfuerzos y las mañas,
Los amagos engañosos,
Las embestidas trocadas.
Siempre un golpe encuentra un quite,
Siempre un estoque una daga,
Y un esfuerzo inesperado
Una defensa pensada.
Entrambos desfallecidos
Pierden tierra, y tierra ganan;
Mas en ganar y en perder
Siempre es igual la ventaja.
Desesperado Don Tello,
Don Juan en siniestra calma,
Así igualmente se estrechan,
É igualmente se rechazan,
Y está la muerte dudosa
En ambos aposentada,
La mano en entrambas vidas
Sin atreverse con ambas.
Abrasado al fin Don Tello
En el volcan de su rabia,

No mirando ya su honra,
Sino solo su venganza,
Viendo que Don Juan no cede,
Y que él tampoco adelanta,
Pensó en ganar por traidor
Lo que por audaz no gana.
Y cerrando mas brioso
Con tan traidora esperanza,
Como si alguno amagase
A Don Juan por las espaldas,
Gritó: *¡Tente! ¡No le mates!*
Y al volver Don Juan la cara,
Hasta la cruz escondióle
Dentro del pecho la espada.
Cayó Don Juan, y Don Tello,
Ganando apenas su casa,
Guardó en la vaina su estoque,
Y su secreto en el alma.

II.

Lejos del mundo y de su pompa vana,
Harto de juveniles devaneos,
El polvo hollando que la raza humana
Encierra en sus placeres y deseos,
Renunciando su gala cortesana
Y de su clara estirpe los trofeos,
En celda estrecha y solitaria habita
Un austero y humilde cenobita.
Pasó su juventud en árdua guerra
Derramando su sangre generosa
Por ensanchar los lindes de su tierra,
Y engrandecer su patria poderosa.
En el valle acampó, saltó la sierra
Tremolando la enseña victoriosa,
Y los vencidos le debieron leyes,
Conquistas su nacion, oro sus reyes.
Hoy porque al mundo su valor asombre,
O porque su valor ponga en olvido,
Vela en el claustro el opulento nombre
Con que ha valiente capitan vivido:
Y olvida con lo mísero de hombre
Cuanto de grande é ínclito ha tenido,
Curando en santa y religiosa calma
Las hondas cicatrices de su alma.
Que entre ásperas y crudas penitencias
Buscó su Dios el alma atormentada
Por el revuelto golfo de las ciencias,
Por el desierto de la inmensa nada;
Así avivó su fé con sus creencias,
Así acalló su carne macerada,
Mas en lucha tenaz consigo mismo
En sus creencias encontró un abismo.
Creyó y dudó; y en duda irreverente
Tornó á creer, y recayó en la duda;
Hundió en el polvo la humillada frente
En su cuita á su Dios pidiendo ayuda;
Creyó segunda vez, pero igualmente
Dudó segunda vez el alma ruda;
Oró su pertinacia castigando,
Mas creyendo dudó, y creyó dudando.
Do quier su incertidumbre y su impericia
El órden de las cosas reprochaba;
La virtud presa, impune la malicia,
Do quier de sus creencias recelaba;
Mal segura y torcida la justicia,
De la justicia celestial dudaba,
Y de los males del viciado suelo
Culpa argüia en el dormido cielo.
Con sus dudas así y con sus creencias
Arrastraba el severo capuchino
Su vida entre recónditas dolencias,
Y dudaba tal vez de su destino.
En vano con austeras penitencias
Pedia al cielo su favor divino,
Siempre acosaba al pensamiento adusto
La duda de lo justo y de lo injusto.
Siempre sus penitentes oraciones,
Y su estudio, y sus horas solitarias,
Turbaban sus incrédulas ficciones,
Siempre con causas ó con hechos varias;
Ni el turbulento mar de sus razones
Sosegaban su llanto y sus plegarias,
Que cuanto mas oraba penitente
Se rebelaba el corazon demente.
El pueblo al contemplar su faz severa,
Que con el tosco capuchon ceñía,
El paso grave, la mirada austera,
La barba que á los pechos le caía,
Su misteriosa forma pasagera,
Que tan solo en el templo aparecia,
Reputacion de justo le otorgaba,
Y por justo varon le respetaba.
El sabio que en su cámara medita
En un confuso libro amarillento
Las ideas que el sabio cenobita
Creó en la soledad de su convento,
Viendo que su honda creacion gravita
Sobre su aventajado pensamiento,
Ambas razones balanceando, cede,
Y el renombre del sabio le concede.
Mas tal es la mundana inconsecuencia
Y el frágil peso del consejo humano,
Que yerra el corazon, yerra la ciencia
En el juicio mas fácil y liviano:
En medio de su airada penitencia,
Presa á su vez del pensamiento humano,
Bajo el sayal del hombre penitente
El incrédulo habita impunemente.
Do quiera le mantiene arrebatado
Honda meditacion que le divierte
Por el gran laberinto en que obcecado
Razones busca á la insensata suerte;
Y el mundano do quier cura engañado
De que en su arrobo el justo no despierte
Y la sagrada inspiracion no acuda;
Mas el sabio no adora, sino duda.

Es una mañana clara
De una fresca primavera;
La brisa arruga ligera
La yerba, el agua y la flor.
El sol asoma al oriente
Su cabellera inflamada,
Y alza el ave en la enramada
Dulces himnos al Criador.
Orlan el campo las perlas
Que ha derramado el rocío,
Murmura allá abajo el rio
La orilla al acariciar;
Y en niebla azulada y ténue
Que remeda al limpio cielo,
Vapores exhala el suelo
De jazmines y azahar.
Las inquietas mariposas
Despliegan sus cien colores,
Columpiándose en las flores
Con revoltoso bullir.
Posando en todas livianas
Solo al lindel dejan sola
Sin sus besos la amapola
El tosco vaso al abrir.
Ostenta cuantos primores
En su ancho tapiz encierra
A la luz del sol la tierra
Respirando juventud;
Todo es calma, luz y vida
En la dulce primavera;
Mas ¡ ay ! cuánto es pasagera
Su belleza y su quietud.
Tambien gozó de su infancia,
Su vigor y su opulencia
Esa ciudad, de existencia
Mas remota y mas feliz;
Mas sino alcázar de reyes,
Aun conserva la nobleza
En que muestra su grandeza
Lo que fué Valle-de-Olid.
. . . .
. . . .
A un lado del Campo Grande
En un balconcillo estrecho,
El codo en el antepecho,
Sobre la mano la sien,
Un austero capuchino
El campo está contemplando,
La baja tierra mirando
Con religioso desden.
Si sufre, goza, ó medita,
Si bien rie, ó males llora,
Si desespera, ó si ora,
Es difícil de atinar.
Los ojos fijos en tierra,
La tez rugosa, amarilla,
En la palma la megilla,
Siempre en el mismo lugar;
Siempre en la misma postura,
En el mismo arrobamiento,
Sin voz y sin movimiento,
Sin aparente razon,
Insondable el alma viva
Tras aquella estampa muda,
Una cifra es de la duda
De imposible comprension.
Al pié del mismo convento
En paseo solitario,
Desde la iglesia al osario,
Vagar un hombre se ve.
Ambos brazos á la espalda,
Hasta la ceja el sombrero,
Larga daga, agudo acero,
Y espuela dorada al pié.
Su pensamiento no aclaran
Su talante ni su paso,
Tal vez estará al acaso
Y sin voluntad allí:
Creeráse que reconoce
El lugar en que se mira,
Se tiene, calla, suspira,
Viene y va, y constante así.
Del cementerio á la iglesia,
De la iglesia al cementerio,
Siempre en el mismo misterio,
Siempre en el mismo vagar,
Ni él ve al monge que á su reja
Asomado ora ó medita,
Ni se cura el cenobita
Su ocupacion de acechar.
Seméjase el capuchino
A un ilustre prisionero,
Y semeja el caballero
El vencedor capitan;
Mas el uno en su ventana
En imperturbable vela,
Y el otro en su centinela
Indiferentes estan.
En esto del fin del Campo,
Que ambos á espalda tenian,
Uno tras otro venian
Dos hidalgos á la vez.
La del primero era fuga,
La del otro seguimiento,
Y víase bien su intento
En su tenaz rapidez.
Desarmado el de delante
Y la faz desencajada,
En la derecha la espada,
Ya cerca el perseguidor,
Ambos á par se empeñaban
En su fuga y su denuedo;
El de delante era miedo,
El de atras era furor.
¡ Detenerlos ! gritó el monge,
Tornó el caballero el gesto,

Y un punto en el mismo puesto
Viéronse iguales los tres.
Mas antes que el mas cercano
Acudiera al homicida
El otro cayó sin vida
Bañado en sangre á sus piés.
Seguir al vivo era en vano,
Como una sombra fugóse,
Al desplomado tornóse,
Mas era inútil tambien.
Y antes que reconociese
De la herida la malicia
Llegó á punto la justicia
Gritándoles que se den.
Prestó atencion esquisita
Desde lo alto el capuchino.
«¡Éste es, éste, el asesino!»
A la ronda oyó decir:
Requirió el preso su espada
Para dar final respuesta,
Pero otra mano mas presta
Vino su intento á impedir.
«Déjese sin fuerza, hidalgo,
Y hácia la cárcel se apronte.
¿Quién es?
—Don Tello de Aponte.
—Préndanle y vengan en pos.»
Cerró el monge la ventana
La prision injusta viendo,
Con voz cóncava diciendo:
«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

III.

Tras una mesa cubierta
Con un terciopelo verde
En tres sillones de brazos
Estan sentados tres jueces.
En mas ínfimo lugar,
Y de ellos frente por frente,
Espera en silencio un hombre
Sentado en un taburete.
Serenos tiene los ojos,
Alta y tranquila la frente,
El rostro descolorido,
Y ambos piés en un grillete.
Mas nada hay en su persona
Que á imparciales ojos muestre
Que tan orgulloso porte
Acompañe á un delincuente.
Que es noble se ve en su nombre,
Que es criminal en las leyes,
Que no es traidor en su rostro,
Y en su talle que es valiente.
Mas que importa su custodia
Se ve bien en los mosquetes
Que esparcidos por la sala
Las entradas la defienden.
Por las puertas y tapices
Se alcanzan confusamente
Las cabezas apiñadas
De la multitud que atiende;
Y en el inquieto murmullo
Que discurre entre la gente
Se ve que todos escuchan,
Pero que pocos entienden.
Confusas, distantes, rotas
Concebirse apenas pueden
De preguntas y respuestas
Las razones diferentes.
El juez pregunta, y el reo
Responde; los escribientes
Escriben; los guardias guardan,
Y el pueblo murmura siempre.
El Juez. ¿Quién sois?
El Reo. Un hombre.
El Juez. ¿Su nombre?
El Reo. Don Tello de Aponte soy.
El Juez. Levantaos.
D. Tello. Bien estoy.
El Juez. Ved que soy el juez.
D. Tello. Yo el hombre.
El Juez. Ved que es fuerza obedecer.
D. Tello. Que me desaten decid,
O en preguntar proseguid,
Que así os he de responder.
El Juez. ¿Matásteis á un hombre...?
D. Tello. No.
El Juez. Con el muerto os sorprendieron,
Y os acusan.
D. Tello. Pues mintieron.
El Juez. Fué la justicia.
D. Tello. Mintió.
El Juez. ¿Esta espada de quién es?
D. Tello. Si en esta mano estuviera
Mejor ella lo dijera.
El Juez. ¿No os la hallaron?
D. Tello. Sí, á los piés.
El Juez. ¡Bañada en sangre!
D. Tello. Es así.
El Juez Y un hombre teníais muerto
Junto á vos.
D. Tello. Tambien es cierto.
El Juez. Luego fuísteis...
D. Tello. Yo no fuí.
El Juez. Decid pues, ¿quién le mató?
D. Tello. Un hombre que le seguia.
El Juez. ¿Cuyo nombre?
D. Tello. Él lo sabria,
Y si no se huyera, yo.
El Juez. ¿Luego huyó?
D. Tello. Dije que sí.
El Juez. ¿Le conociérais á verle?
D. Tello. Mal pudiera conocerle
Si nunca el rostro le ví.
El Juez. ¡Bien lo fingís!

D. Tello. Bien lo cuento,
Que esto solo aconteció.
El Juez. ¿Confesais el crimen?
D. Tello. No.
El Juez. Pues ponerle en el tormento.
D. Tello. Vedlo bien.
El Juez. Lo ví.
D. Tello. Pues voy;
Pero mirad que inocente.
El Juez. Vos nombrareis delincuente.
D. Tello. Puede ser, pues hombre soy.
Mas si el dolor da por mí
Alguna declaracion,
Anulo mi confesion,
Y en cuanto diga, mentí.

Sacáronle de la sala,
Y en sus sillones los jueces
Callaron mientras susurra
En son siniestro la plebe.
A verse en la puerta alcanza,
Que en el fondo el salon tiene,
Una alfombra de cabezas
Que bullen eternamente,
Un monton desordenado
De ojos de hombres y mugeres
Que giran en muchos gestos,
Ya curiosos, ya impacientes.
Acá y allá algunas damas,
Que en los tupidos dobleces
De un velo en que acaba un manto
La faz ruborosa envuelven.
Y esta multitud inquieta
Cuchicheando sordamente,
Esperando alguna cosa
De otra cosa que sucede;
Ya de parte de Don Tello,
Ya de parte de los jueces,
Y ya bien como en comedia
Aguardando lo siguiente,
Dispuesta del mismo modo
A escuchar lo que dijeren,
A partir cuando se acabe,
Y á esperar mientras la dejen,
Forma un susurro monótono
Que por el aire se estiende,
Y un acento sin palabras
En la atmósfera mantiene.
Los centinelas pasean,
El escribano se duerme
Con la barba sobre el puño,
Y el puño entre los papeles.
Los galanes rostro á rostro
Plática entablada tienen,
Que amantes serán amantes
Donde quiera que se encuentren.
Los muchachos la paciencia
Con aquel silencio pierden,
Y hacen los viejos á solas
Comentarios de las leyes
En favor de la justicia
Que andaba allá en sus niñeces,
Porque sin duda es muy bueno
Lo malo que se nos pierde.
Así en paciencia ó enojo
Mantuviéronse igualmente
En son confuso de muchos
Jueces, soldados y plebe.
Alzóse al fin la cortina;
Impusieron los corchetes
Silencio, y todos los ojos
Tornáronse de repente.
Retratada en el semblante
La agonía de la muerte
Salió el primero Don Tello,
Que apenas basta á tenerse.
Alzáronse en el salon
Vagos murmullos al verle,
Que mas que á satisfacciones
A amenazas se parecen.
Mas á una señal airada
De los irritados jueces,
Y á la vista de vecinas
Alabardas y mosquetes,
Reinó el silencio en la sala
Capitulando la plebe,
Que cuanto mas atrevida
Es tanto menos valiente.
El Juez. (¿Confesó?)
Uno. (Confeso está.)
El Juez. Decid pues, ¿quién le mató?
D. Tello. El asesino soy yo,
Si no estais cansados ya.
El Juez. Hablad mas claro.
D. Tello. El tormento
Dejó menos fuerza en mí;
A todo digo que si,
Pero en cuanto digo miento.
El Juez. ¿Le matásteis?
D. Tello. Le maté.
El Juez. ¿Por acaso, ó por razon?
D. Tello. Por intento y á traicion.
El Juez. ¿La razon?
D. Tello. Yo me la sé.
El Juez. Decidla si la teneis.
D. Tello. ¿No basta que le matara?
El Juez. Sí por cierto que bastara.
D. Tello. Ruégoos pues que despacheis.
El Juez. Sobre ese libro jurad
Que por traicion le habeis muerto.
D. Tello. Dadme el libro; todo es cierto;
Jurado está, y despachad.

Entró en esto atropellando
Por los guardias y la gente,

Sin que curiosos ni guardias
Bastasen á detenerle,
Un capuchino severo,
De luenga barba, ancha frente,
Claros ojos, talle erguido,
Grave paso y voz solemne.
Sin duda por sus virtudes
Alto respeto merece,
Porque todos en silencio
Aparentan conocerle.
Díjole el juez : « Perdonadnos,
Porque en vela de las leyes
Somos por nuestro destino
Hombres afuera, aquí jueces.»
Y con acento mas firme
Al capuchino volviéndose
En ademan imperioso
Díjole : « Padre, ¿qué quiere?»
El religioso sereno
En faz y gesto imponente
Contestó : « Apoyo del justo,
Que la justicia no yerre.»
El Juez. Si erró la justicia acaso
Nos fuera ayudarla en gozo.
Decid dónde.
El Monge. En este mozo,
Que ya con ánimo escaso
Habló á impulsos del dolor,
Y en cuanto dijo ha mentido.
D. Tello. Padre, tarde habeis venido,
Y que os volvais es mejor.
El Monge. Escuchadme.
El Juez. Ya es en vano.
El Monge. Oidme.
El Juez. Dije que no.
Como reo confesó,
Y juró como cristiano.
El Monge. Ved que ha de saberlo el rey,
Y que en ello soy testigo.
El Juez. Yo no soy quien le castigo,
Que escrita me dan la ley.
El Monge. Mirad que él no le mató,
Que desde un balcon lo ví;
No es el reo.
El Juez. Será así.
El Monge. ¿Condenáisle?
El Juez. Confesó.
El Monge. Ha mentido.
El Juez. No lo sé.
Don Tello, otra vez jurad.
D. Tello. ¿Quereis matarme? Acabad;
Juro que á un hombre maté.
El Juez. Pues veis que otorga el delito
Dejadle sufrir la pena.
El Monge. ¡Ved que el miedo le condena!
El Juez. Padre, en la ley está escrito.
Quedó el monge meditando
Del reo la confesion,
Inmóvil en el salon,
De lo que mira dudando.
Firmó la sentencia el juez,
Y del estrado al bajar
En voz alta á preguntar
Volvióle el monge otra vez:
¿Con que muere?
Vedlo vos,
Contestó el juez: y aun dudando
Fuése el monge murmurando:
« ¡Si no hay justicia, no hay Dios!»

—

El sol en trémulas hebras
Tornasolando los aires,
Tranquilo, radiante y puro
En colores se deshace.
Do quier el pueblo se agolpa,
Do quier los balcones abren
En faz de ver ó esperar
Lo que pasa, ó lo que pase.
Do quier bellas en las rejas,
Do quier hidalgos galanes,
Do quier desenvueltas mozas,
Clérigos y militares.
Todo es turba y movimiento,
Tropezar y atropellarse,
Todos van hácia la plaza,
Ganando esquinas y calles.
Todos por bajo platican
Cual si una historia contasen
Que preguntándola todos,
Todos á la par la saben.
Comprenderse apenas pueden
En razones desiguales
La razon de lo que á todos
Tan afanosos los trae.
Oyense en palabras sueltas,
Entre otras mil estas frases :
« Es justicia. — Son las doce.
—¡Quien tal hace, que tal pague!
— Del rey aguardan indulto.
— Ya daban vuelta á la cárcel.
— Hace ocho dias. — Es noble.
—¡Sálvele Dios! — ¡Pobre fraile!»
Y á veces allá á lo lejos
En lastimosos compases
Otra voz reza ó pregona
Con acento suplicante.
Hierve en la plaza la gente,
Puertas cierran, rejas abren,
Y á un tiempo todos los ojos
Se vuelven hácia una calle.
Por ella en órden siniestro,
Muchos soldados delante,

De dos en dos muchos hombres
A otro hombre á la plaza traen.
Atadas tiene las manos,
Descolorido el semblante,
Descubierta la cabeza,
Desaliñado en el trage,
Sin valona y sin espada,
Capotillo, ni acicates,
Sobre una enlutada mula,
Y acompañado de un fraile.
Van detras algunos monges
De varias comunidades
Con cirios que al sol del dia
Aunque no le alumbran arden.
Los ministros de justicia,
El reo y el pueblo parten,
Y el pregonero decia
En lúgubre son delante:
« Esta es la final sentencia
» Que hoy debe de ejecutarse
» En Don Tello Arcos y Aponte
» Por mano de Luis Hernandez,
» Ejecutor por el rey...»
Y al trasponer una calle
Perdióse con el bullicio
La sentencia con la frase.
Abrióse la muchedumbre
Y entraron con paso grave
Dentro de la plaza juntos
Los que vienen y el que traen.
Llegados á una escalera
Con que unos maderos hacen
Ancha subida á un cadalso,
Dijo una voz: Que le bajen.
Bajó el reo, y en la escala
El religioso sentándose
Díjole con voz inquieta
Que de hinojos se postrase.
Así fué, y ambos quedaron
En posicion semejante
Sin que sus ténues palabras
Alcanzara osado nadie.
Mas sobre el hombro del reo
Algun ojo penetrante,
A saberlo, ver pudiera
El ojo atento del fraile.
Y en su inquietud confiada,
Mas bien que reconciliarle,
Víase que era dar tiempo
A que tiempo se ganase.
Avisóle la justicia;
Se alzó el reo, calló el padre;
Llegaron hasta el cadalso,
Y tornaron á postrarse.
Tornó á avisar la justicia
Y á la confesion el fraile,
Y mas de las doce y media
Señalaba ya el cuadrante.
Don Tello (decia el monge),
Dad tiempo á que el tiempo pase,
Que fuera mengua en el rey
Que su perdon os negare.
« Pluguiera, buen monge, al cielo
Que así tan ciego no errárais!
—Siendo testigo...
—¿ Qué importa?
—Fuera otro crímen.
—¡ Quién sabe!
—Yo sé que sois inocente
Puesto que no le matásteis.
—Secretos del cielo son
Como el cielo impenetrables.
—¡ Imposible...!
—Padre, pronto.
—¡ Que tanto el indulto tarde!
—¡ Padre, es vano!
—¡ Oh, que no hay cielo
Cuando acudiros no sabe! »
Y el capuchino azorado,
Las miradas suplicantes
Desesperado tendia,
Sin aliento, á todas partes.
Por vez postrera volvieron
Con maz empeño á avisarle,
Y el reo dijo: « ¡ Es inútil!
¡ Padre, que muera dejadme!
—No, Don Tello, por mi vida. »
Y volviéndose anhelante
El monge á la multitud
Así rompió á voces grandes;
¡ Está inocente ..! En tumulto
Impidió que terminase
La turba que por oirle
Gritaba á su vez: ¡ Dejarle!
¡ Está inocente! decia
El monge, y en voz pujante
Decia el pueblo en tumulto
Sofocándole: ¡ Dejarle!
Gritaba el pueblo; y el monge
Gritaba, y palabras tales
Se le oían: ¡ Dios... testigo...
Indulto... el rey.—¡ Todo en valde!
Unos decian: ¡ Oirle...!
Otros decian: ¡ Salvarle...!
Pero cuando todos hablan
Es cuando no escucha nadie.
Arrodillado Don Tello,
Y el ejecutor delante,
Hizo la justicia seña,
Y el verdugo hizo su parte.
Calló el pueblo; calló el monge;
Y al ver la cabeza en sangre
Bañada, desesperado
Se perdió en la turba el fraile.
Y allá en el fin de la plaza
Volviendo el rostro un instante,

«¡Si no hay justicia, no hay Dios!»
Dijo, y traspuso la calle.

IV.

CONCLUSION.

Coronada de juncos y espadañas
Hay en un soto cristalina fuente
Donde al abrigo de sonantes cañas
En arroyo se cambia mansamente.

Espérala el Pisuerga y de sus olas
La abre amoroso el trasparente seno
Con silvestres espigas y amapolas
De su márgen bordando el cerco ameno.

A su amoroso halago nunca ingrata
La fresca y sonorosa fuentecilla
Mezcla constante su raudal de plata
Con la del padre rio, agua amarilla.

Y allá á lo lejos por la angosta calle
Que la abren en dos bandas cien colinas,
Valladolid dibújase en el valle,
Velada entre las pálidas neblinas,

Y la vieja Simancas mas ufana
Alza á su espalda la torreada frente
Que pintan á la par en la onda vana
Los tres rios que abarca con su puente;

Do empiezan á tender los arenales
Su enmarañado pabellon de pinos
Por donde abren en grietas desiguales
Sus engañosos lindes los caminos.

Era la hora en que cansado acaso
De su rauda y magnífica carrera
El moribundo sol hunde en ocaso
Su universal espléndida lumbrera.

Dábale el ruiseñor su despedida
Desde el olmo sombrío que le oculta
Alegre á Dios á la gloriosa vida
Del astro rey que en sombra se sepulta;

Despídenle las auras y las hojas,
Y las sutiles auras que adormecen,
Y las coronas de los pinos rojas
A su luz despidiéndole se mecen.

Todo era paz y lánguido sosiego
En la fresca pradera y soto umbrío,
Todo aspiraba el esplendente fuego
En derredor de fuente, soto y rio.

La luz tendiendo de los ojos vagos
Sobre el rápido arroyo campesino
Del llanto preso resistiendo amagos
Velaba el solitario capuchino.

Y allí con él su exasperada duda
Revolviéndose audaz dentro del pecho
Hondo tormento daba al alma ruda
Sitio en el corazon hallando estrecho.

Contínuo presentábale su mente
La ensangrentada imágen de Don Tello,
A quien de un crímen defendió inocente,
Y á quien la injusta ley mató por ello.

—

Y allá en su alma á quien vicia
De lo humano la miseria,
Así la ruda materia
Luchaba con su impericia.
«No hay Dios donde no hay justicia,
Porque á ser de otra manera,
O Tello no pereciera
Con tan clara sinrazon,
U oyera el rey mi razon,
O el matador pareciera.

Que Tello al cabo murió,
Ojalá no fuera cierto;
Que no es reo en lo del muerto
Por mis ojos lo ví yo.
Si la ley le condenó
Con ignorancia ó malicia,
Manifiesta la injusticia
En entrambos casos fué,
Que si Dios existe á fé
No está Dios do no hay justicia.

Porque hacer el bien y el mal
Y negar al mal el bien,
Arguyera error tambien
En la justicia eternal.
Que amparar al criminal
É ir del inocente en pós
Contra el gusto de los dos
Fuera en Dios ley bien tirana;
Luego en consecuencia llana
Do no hay justicia no hay Dios.

Y puesto que si es, no es justo
Siendo así Dios no cabal,
En obrar el bien ó el mal
Cuerdo es no forzar el gusto.
Pues no es Dios un Dios injusto
No quiero por mi impericia
Tener un Dios de injusticia
De sus hechuras ajeno;
Que en este mundo terreno
No está Dios, pues no hay justicia.

Y si niegas, Dios, aquí
Tu justicia, aquí no estás,
Y donde no estés de hoy mas
Quiero vivir para mí;
Que si hijo tuyo nací
Es bueno y justo á los dos

Que el hijo te vaya en pós,
Y que tú acudas al hijo,
O mintió quien tal nos dijo,
Pues sin justicia no hay Dios.»

—

Asi pensaba el monge vacilando
Sin razon ni creencia que le acuda,
Cuanto mas convencido mas dudando
Por entre el laberinto de la duda;

Y triste y macilento y sin destino,
Sin fé en el mismo Dios que á par confiesa,
Sentóse á las orillas del camino
Como fardo á posar que mucho pesa.

Miserable reptil busca en la tierra
Lo que la tierra misma no merece,
Y el ciego pensamiento se le cierra,
Y el atrevido pensamiento crece.

Acosado de amargos pensamientos,
De negras dudas entre turbias nieblas,
Nave presa de ciegos elementos
Hasta en su propia luz halla tinieblas.

Y así al dulce rumor del agua mansa,
Son de las hojas, trino de las aves,
En fatigado corazon descansa
A los murmullos lánguidos y suaves.

Tal vez abriendo los cansados ojos
La moribunda luz goza un momento,
Y la imágen de Tello le da enojos,
Y el sueño se la roba al pensamiento.

Tal vez aun en duda congojosa
Razones sueña y vanidad delira,
La claridad fingiendo misteriosa
De lo que le huye mas cuanto mas mira.

Que así lo muestra el fatigado aliento
Que el pecho en sueño atosigado lanza,
Revuelto mar que el torvo movimiento
Del gran volcan del pensamiento alcanza.

Sorbió el falaz crepúsculo la noche,
Ganó el espacio la callada sombra,
La flor cerró su perfumado broche,
Veló la tierra su pintada alfombra.

Allá á lo lejos tras el negro monte
A tardos pasos asomó la luna,
Tibia alumbrando el lóbrego horizonte,
Rasgando el velo que la sombra aduna.

Vagaba el aura y susurraba el rio!
Murmuraba la fuente que corria,
Y de ella al pié con ademan sombrío
El capuchino su pesar dormia.

—

Iba la parlera fuente
Resbalando entre la yerba,
En son acorde lamiendo
La parda y menuda arena.

Y á la fugitiva lumbre
Que en sus ondas reverbera
La luna en su espejo errante
La pálida faz refleja.

Brotaba espumas de plata
El ronco y turbio Pisuerga,
Bañando en corvos cristales
Entrambas á dos riberas.

Y al compasado murmullo
De aguas, hojas, aura y presas,
En insomnio inquieto el monge
Tendido á la orilla sueña.

Alzando á veces los párpados
Como quien duerme y le pesa,
La luz se pinta en sus ojos
Entre cendales de niebla.

Siente el agua que murmura
Y el aura que bulle apenas,
Y en vago adormecimiento
Oye, ve, respira y piensa.

A través del agua mansa
Que el límpido arroyo lleva
Algun objeto confuso
La luna blanca le muestra.

Duda y mira, y fatigoso
Otra vez los ojos cierra,
Y anda el torpe pensamiento
En lucha con una idea.

Tornó á descorrer los párpados,
Y allá en el agua serena
Entre las sombras del sueño
Un rostro á mirar acierta.

Tornó á dudar acosado
Entre si duerme ó si vela,
Contemplando aquel semblante
De igual color que la tierra.

Fantasma, ilusion ó ensueño
Que minucioso semeja
Al muerto Don Tello Aponte
Que finó la tarde mesma.

Tornó á dudar mal despierto
Y mal dormido en su vela,
Al ver detenida el agua
Y apilada en las riberas,

Y en el lecho del arroyo,
Al nivel de las arenas,
Todo el cadáver de un hombre,
Asido con su cabeza.

Alzóse despavorido
El monge; mas teme y tiembla
Cuando el cuerpo de Don Tello
Le dice así en voz severa:

«¿Conocéisme padre?
—Sí.
—A que me siente ayudad.
Bajo mi cuerpo mirad
Lo que hay debajo de mí.»

Miró el monge, y con asombro
Halló la faz macilenta
De otro á quien Tello cubria
Pié á pié, y cabeza á cabeza.

Temblaba el monge aterrado
De rodillas en la yerba,
Y Don Tello en voz solemne
Díjole de esta manera:

«En duelo injusto los dos
A traicion le asesiné;
No pregunteis el porqué
De la justicia de Dios.»

A BLANCA.

Despierta, Blanca mia,
Que ya brillante y clara
A largo andar se viene
Riendo la mañana.

Despierta, que ya alegres
Los ruiseñores cantan
Sus amorosas letras
Saltando entre las ramas.

Despierta, Blanca hermosa,
Y al bosque ameno baja
A dar al campo enojos
Y avergonzar al alba.

Y baja sin recelo,
Que quien aquí te aguarda
No ha de cansarte, hermosa,
Contándote batallas.

No de su noble estirpe
Los títulos y hazañas
Te contará altanero,
Ni necias antiguallas.

Ni te dirá en prolijas
Razones estudiadas
Costumbres y opulencias
De tierras mas lejanas.

Ni en versos lastimeros
Al ronco son del arpa
Lamentará fanático
Desastres de su patria.

No, lejos de nosotros
Creencias tan livianas,
Estúpidos ensueños
Que son al cabo *nada.*

Despierta, y ven al bosque,
Donde te espero, Blanca,
Por verte mas hermosa
Que el sol que se levanta.

Aquí hay sombríos lechos
Con que la yerba blanda
Convida, al son acorde
De fuentecilla mansa.

Aquí las mariposas
Sobre la frente vagan,
Y las pintadas flores
Revientan en fragancia.

Y bullen los arroyos,
Y murmuran las ramas
Al compasado impulso
De las sonantes auras.

El sol tiñe las cimas
De las rocas lejanas,
Cubiertas de rocío
Sus asperezas calvas.

Aquí todo es contento,
Seguridad y calma.
¡Oh! ven, paloma mia,
A la floresta baja.

¡Oh! cuán hermosa viene:
Qué bella estás, mi Blanca.
Cantad, parleras aves,
Cantad y saludadla.

Te tengo entre mis brazos.
¿Qué espero? ¿Qué me falta?
La dicha de mirarte
Me enagena y embriaga.

Y... lejos de nosotros
Los mundanos fantasmas,
La gloria y el renombre,
La grandeza y la patria.

Locuras, Blanca mia,
Ridículas palabras;
La gloria y la grandeza
Son ilusiones vanas.

¿Te ries, vida mia?
¿Recuerdas aun las lágrimas
Que un dia por la gloria
Vertí sin esperanza?

¡Oh Blanca! era otro tiempo;
Ya mas segura el alma,
No soy mas que un poeta
Que ocio y placeres canta.

¿Aun ries...? Cómo brillan
Tus pupilas..., me abrasa
No sé qué fuego en ellas...
¡Oh, dame un beso, Blanca!

La gloria es un ensueño,
Todo en la tierra pasa,
Dame un beso, y si quieres
Rompe mi lira, Blanca.

CANCION.

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en triste son.
Abrele ¡oh viento! camino á la voz.

Van mis horas, van mis dias
Mi esperanza carcomiendo,
El valor va sucumbiendo,
Vase helando el corazon.
Cuanto espero, desespero,
Que en destierro tan tirano
Solo escucha el viento vano
Mi cantar y mi afliccion.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Si á tu oido, vida mia,
Mi cancion llegar pudiera,
Yo sé bien que no muriera
Al rigor de mi prision.
Mas tú gozas descuidada,
De mis cuitas bien ajena,
Mientras ronca mi cadena
Me acompaña en triste son.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

¡Cuántas veces despertando
Por el cristal del deseo
Me imagino que te veo
En amorosa ilusion!
Yo te llamo y te acaricio,
Los brazos audaz te tiendo;
Mas tú me huyes, y yo entiendo
¡Ay de mí! que sueños son.
Abreme ¡oh viento! camino á la voz.

Rie y canta, y goza y vive,
Mientras sueño y canto y lloro
Los hechizos que en tí adoro,
Vida y sol del corazon.
Aquí en tanto, hermosa mia,
¡Norte y faro de mis ojos!
Al rigor de tus enojos
Y al dolor de su pasion,

Triste canta el prisionero
Encerrado en su prision,
Y á sus lamentos responde
Su cadena en ronco son.
Abrele, viento, camino á la voz.

QUINTA PARTE.

EL CREPÚSCULO DE LA TARDE.

—

Sentado en una peña de este monte
Tapizado de enebros y maleza
Estoy viendo en el cárdeno horizonte
Reverberar el sol en su grandeza.

Y allá esconde su luz tras la colina,
Y se cree que su sombra nos oculta
Otra region luciente y cristalina
Do airado el sol su púrpura sepulta.

Arde la cima; el horizonte estenso
Trémulo brilla con purpúrea lumbre;
Un mar de grana le circunda inmenso,
Y un piélago de sol flota en la cumbre.

El sol se va; su rastro luminoso
Ha quedado un instante en su camino:
¿Quién seguirá en su curso misterioso
La infinita inquietud de su destino?

El sol se va; la sombra se amontona;
Las nubes en opacos escuadrones
Avanzan al ocaso, y se abandona
La atmósfera á sus rápidas visiones.

Si es que despiden á la luz del dia,
Si atropellan la luz porque se acabe,
Si son cifras de paz ó de agonía,
Desde el sumo Hacedor nadie lo sabe.

El sol se va; las nieblas se levantan;
Los fuegos del crepúsculo se alejan;
Murmura el árbol y las aves cantan;
¿Y quién sabe si aplauden ó se quejan?

Gime la fuente, y silban los reptiles
Que guarda entre sus algas la laguna,
Y las estrellas por oriente á miles
Trepan en pos de la inocente luna.

El sol se va; ya en ilusion tranquila
De aérea nube entre el celaje gayo
Que tras su lumbre con afan se apila
Desmayado pintó su último rayo.

A Dios, fúlgido sol, gloria del dia,
Duerme en tu rico pabellon de grana;
Ora nos dejas en la noche umbría,
Pero radiante volverás mañana.

Húndete en paz ¡ó sol! que yo te espero;
Yo sé que volverás de esas regiones
Do allende el mar como á inmortal viajero
Te esperan otro mar y otras naciones.

Y te esperan allá, porque allá saben
Que al hundirte en la playa mas lejana
Les dejas en tinieblas porque alaben
La nueva luz que les darás mañana.

Yo sé que volverás ¡luz de los cielos!
Y ese volcan con que tu ocaso llenas
Del alba al desgarrar los ténues velos
Cinta será de blancas azucenas.

Vé en paz, y allá te encuentres bulliciosa
Otra feliz desconocida gente,
Que ora tal vez pacífica reposa
A la luz de la luna trasparente.

Vé en paz ¡ó rojo sol! si allí te esperan,
Que allí tras otros mares y otros montes
Derramados tus rayos reverberan
En otros infinitos horizontes.

Tú alumbras las recónditas riberas,
Donde una gente indócil y atezada
Alza en medio de bosques de palmeras
Las tiendas en que duerme descuidada.

Tú alumbras las medrosas soledades
Donde no crecen árboles ni flores,
Donde ruedan las roncas tempestades
Sobre un vasto arenal sin moradores.

Tú alumbras en sus márgenes cercanas
Un pueblo altivo que á tu vasallo
Te muestra sus bellísimas sultanas
En el secreto harem de su serrallo.

Tú ves el blanco y voluptuoso seno
De la europea en su niñez cautiva,
El rojo labio de suspiros lleno,
La frente avergonzada, pero altiva.

Tú ves la indiana de ébano orgullosa
Con su tostada y vívida hermosura

Que entre dos labios de encendida rosa
Asoma de marfil su dentadura.

Tú alumbras esas danzas y festines
En que negras y blancas confundidas
Unas de otras se ven en los jardines
Cual sombras de sus cuerpos desprendidas.

Tú alumbras los recuerdos portentosos
De Atenas, de Palmira y Babilonia,
Y á par te esperan de tu lumbre ansiosos
Monstruos de Egipto y cisnes de Meonia.

Te esperan las cenizas de Corinto,
Las playas olvidadas de Cartago
Y del Chino el recóndito recinto,
Y el salvage arenal del Indio vago.

Te esperan de Salen los rotos muros,
Del Muerto mar los ponzoñosos riscos,
Que de los pueblos de Gomorra impuros
Son á la par sepulcros y obeliscos.

Tú sabes dónde estan las calvas peñas
En donde los primeros cenobitas
De Cristo tremolaron las enseñas,
Alcázares tornando sus ermitas.

Tú sabes el orígen de las fuentes,
Los mares que no surcan raudas velas,
En qué arenas se arrastran las serpientes,
Y en qué desierto vagan las gazelas.

Tú sabes dónde airado se desata
El ronco y polvoroso torbellino,
Donde muge la escelsa catarata,
Por donde el hondo mar se abre camino.

Mas ya en tu ocaso tocas y te alejas;
Ante ese inmenso pabellon de grana
Cuán ciego sin tu luz ¡ oh sol! me dejas...
Mas vete en paz, que volverás mañana.

—

¡ Mañana! ¡ y en tanto crecen
Esos fantasmas de niebla
Con que el ambiente se puebla
En fantástico tropel!
Y se agolpan esas nubes
Que acaso al sol atropellan,
Se confunden y se estrellan
Despeñándose tras él.

¡ Mañana! y de aquesta sombra
Entre el denso opaco velo,
No veo el azul del cielo,
Valles, ni montes, ni mar.
¡ Mañana! y ora encerrado
En esta atmósfera oscura,
Sé que existe la hermosura
Sin poderla contemplar.

¡ Mañana...! y en esta noche
Tan tenebrosa en que quedo,
Me acongojan y dan miedo
La noche y la soledad;
Do quier que vuelvo los ojos,
Do quier que tiendo una mano,
Miro y toco el ser liviano
De la negra oscuridad.

Siento que á mi lado vagan
Fantasmas que no conozco;
Veo luces que se apagan
Al intentarlas seguir;
Percibo voces medrosas
Que entre la niebla se pierden,
Sin saber lo que recuerden
Ni lo que intenten decir.

Siento herirme la megilla
Un soplo vago y errante,
Como un suspiro distante
De alguien que pasa por mí.
Tiemblo entonces, temo y dudo,
Mis años y mis momentos
Me tienen mis pensamientos
En estrecha cuenta allí.

¿ Qué negro sueño es aqueste,
Qué delirio el que padezco?
¿ Esta sombra que aborrezco
Cuándo pasa? ¿ adónde va?
La siento sobre mi frente
Que en masa gigante rueda,
Y siempre sobre mí queda,
Siempre ante mi vista está.

En la sombra, me dijeron,
Se delira y se descansa,
El pesar duerme y se amansa,
La afliccion toca en placer:
En la sombra estamos solos,
No nos oyen ni nos miran,
Todos los ecos conspiran
Nuestro mal á adormecer.

Mas yo aquí conmigo mismo
Oigo y veo, y toco y siento
A mi propio pensamiento
Y á mi propio corazon:
No estoy solo, no descanso,
Me oyen, me ven, no deliro...
Y estos fantasmas que miro,
¿ Qué me quieren? ¿ quiénes son?

Oigo el agua que murmura,
Siento el aura que se mueve,
Miro y toco, y sombra leve
Hallo solo en derredor;
Busco afanoso, y no encuentro;
Pregunto, y no me responden;

Ay ¿dó estan? ¿y dó se esconden
Los consuelos del dolor?

No sé, que el cielo encapotan
Esas nubes cenicientas
Que se arrastran turbulentas
Por la atmósfera sutil;
No sé... mas siento que todos
Los recuerdos de mi vida
En tropa descolorida
Me asaltan de mil en mil.

No sé... ¡porque no es reposo
Este nocturno tormento
Que el escuadron macilento
De mis recuerdos me da!
¡Tantas imágenes bellas
Que giran en mi memoria!
¡Tantas creencias de gloria
Que son ilusiones ya!

Flores marchitas del tiempo
De olor esquisito y sumo,
Que pasaron como el humo,
Que no volverán jamás...
Sol, tú has hundido tu frente
Tras la espalda de ese monte,
Mañana en el horizonte
Otra vez te elevarás.

Sol, ¡mañana mas radiante
En los brazos de la aurora
Tornará tu encantadora
Soberana esplendidez!
Sol, tú ruedas por los cielos;
Mas por el cielo que pueblas,
No tropiezas con las nieblas
De esta vaga lobreguez.

Sol, tú vuelves mas sereno
De tu viaje cuotidiano;
Sol, tú no esperas en vano
Que volverás desde allí.
Sí, tú volverás mañana;
Mas al tocar en tu oriente,
¿Sabes tú, sol refulgente,
Si mañana estaré aquí?

—

Mas vete en paz, ¡oh sol! baja tranquilo
Por ese rastro de esplendente grana.
Yo en esta roca buscaré un asilo
Hasta que vuelvas otra vez mañana.

Me han dicho que en la noche silenciosa
Los espíritus vagan en el viento,
Que flotan en la niebla misteriosa
Sílfides blancas de aromado aliento,

Que las aéreas sombras bienhadadas
De los que eran aquí nuestros amigos
Vienen sobre las brisas desatadas
Del nocturno reposo á ser testigos.

Me han dicho que en los bosques apartados,
En las márgenes frescas de los rios,
Por el agua y las hojas arrullados,
En torno de los árboles sombríos,

Danzan alegres de su paz gozando,
Y á los que en vida con afan querian
Desde la turba de su alegre bando
Ilusiones dulcísimas envian.

Y dicen que esos son los halagüeños
Fantasmas que en la noche nos embriagan,
Esos los blancos y amorosos sueños
Que en nuestra mente adormecida vagan.

Tal vez será verdad; vendrán acaso
Nuestra vida á endulzar esas visiones,
Y de una estrella al resplandor escaso
Entonarán sus mágicas canciones.

Sí, tal vez á sus madres amorosas
Colmarán de purísimos cariños
Las trasparentes sombras vaporosas
De los risueños inocentes niños.

Tal vez venga el esposo enamorado
Al triste lecho de la esposa viuda
A darla en paz el beso regalado
Que en su labio agostó la muerte ruda.

Tal vez sean en voz esos suspiros
Con que la oscura soledad resuena,
Y su aliento esa brisa á cuyos giros
Mansa murmura la floresta amena.

Tal vez será verdad... pero á mí triste,
Que no me vela amante y cuidadosa
Esa sombra que á alguno en paz asiste,
Amigo, hermano, idolatrada esposa;

A mí, que no me cercan esos vagos
Benéficos fantasmas de la noche,
Que en las ondas se mecen de los lagos
O de la flor en el cerrado broche;

A mí ¿triste de mí! no me acompañan
Esas sombras de amor, blancas y bellas,
Porque mi adusta soledad estrañan,
Porque yo velo mientras vagan ellas.

Yo no tengo una madre, ni un amigo
Que deje los alcázares del cielo,
Y en nocturna vision venga conmigo
A prestarme en mi afan calma ó consuelo.

Yo, á quien los suyos ofendidos lloran,
A quien no deben mas que su amargura,
Recelo de los mismos que me adoran,
Temo el misterio de la sombra oscura.

No hallo en ella ni silfides, ni magas,
Que en esas solitarias ilusiones
Solo siento en redor torbas y vagas
Las memorias de hiel de mis pasiones.

No quiero sombra, ¡oh noche! ¡te aborrezco!
Odio la luz de tu tranquila luna,
Ante tus bellas sombras me estremezco,
Porque no tienes para mí ninguna.

Yo espero al sol; baja refulgente
Revestido de pompa soberana,
Yo espero al sol que por el rojo oriente
Vuelve á nacer esplendido mañana.

Yo amo la luz, y el cielo, y los colores,
Detesto las tinieblas, amo el dia,
Todas en él las auras son olores,
Todos en él los ruidos armonía.

Entonces reverbera el manso rio,
Abren su caliz rosas y azucenas,
Y las lágrimas puras del rocío
Bordan sus hojas de perfume llenas.

Yo espero al sol; entonces se levanta
La tierra á saludarle perezosa,
Y el ruiseñor entre los olmos canta,
Y llena blando son la selva umbrosa.

Yo espero al sol porque su luz gigante
Me deslumbra y embriaga y enloquece,
Y al seguirle en su curso rutilante
Mi pesar en el pecho se adormece.

Sol... ¡inmortal y espléndido viajero!
Yo como tú me perderé sin tino,
Iré desconocido pasagero
Sin término vagando y sin camino.

Ya bramen los revueltos temporales,
Ya murmuren las brisas perfumadas,
Ya cruce por desiertos arenales,
Ya me pierda en florestas encantadas,

En los mullidos lechos de un serrallo,
En la triste mansion de una mazmorra
Altivo triunfador, servil vasallo,
Negra fortuna ó liberal me acorra,

Te buscaré á través de las cadenas
Bajo los ostentosos pabellones,
Del rio por las márgenes amenas
Y á través de los rotos murallones.

Yo buscaré tu lumbre soberana
Del mar tras los cristales movedizos,
Y soñando á los piés de una sultana
En la espiral de sus flotantes rizos.

Y tal vez de un proscripto los cantares
Desde unas costas lúgubres y solas,
Lleguen cruzando los inmensos mares
A sus queridas playas españolas.

¡Feliz entonces si á la fin pasados
Mis locos, criminales estravíos
De mis fúnebres cánticos tocados,
Les merezco una lágrima á los mios!

Conjuraré á los céfiros ligeros
De aquellas selvas á la mar vecinas,
Y á los rápidos bandos pasageros
De las sueltas y pardas golondrinas.

Que ingrato á cuanto amé, solo y perdido,
Un verdugo alimento en mi memoria;
Y para hundirla entera en el olvido;
Loco deliro un porvenir de gloria.

Gloria ó sepulcro, ¡oh sol! busco anhelante;
Gloria ó tumba tendrá mi audacia insana.
Si buscas mi destino, ¡oh sol radiante!
Yo estaré aquí; levántate mañana.

A UN AGUILA.

ODA.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
Sube batiendo las sonantes alas
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

Bien hayas tú, que ves osadamente
Los cielos frente á frente,
Y de cerca á tu Dios, ave altanera;
Y que si el ronco torbellino crece,
Vigoroso te mece
Siendo un impulso mas á tu carrera.

¿Qué te importa que el sol ni el torbellino
Crucen por tu camino,
Si en vuelo altivo y temerario arrojo
La tormenta te riza mansamente,
Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo?

¿Qué te importa de pájaros la ansiosa
Confusion tumultuosa,
Que se afana en subir cuando tú subes,
Si á su impotente y torpe movimiento
Fuerza le falta y viento;
Cuando tu vuelo real hiende las nubes?

Salve, ¡oh tú de la atmósfera señora,
Aguila voladora
Que abandonando nuestra tierra oscura,
Emperatriz del viento te levantas,
Y solitaria cantas
De los lucientes astros la hermosura!

Tal vez escuches en tropel sonoro
Las cítaras de oro
De los santos y célicos festines;
Y tal vez mires en distancias sumas
Las espléndidas plumas
De los blancos y errantes serafines.

Tal vez oyes, ¡ oh reina soberana!
El infinito *Hosanna*
Y en torno al cielo respetuosa giras,
Y en el cóncavo ambiente solitario
Del místico incensario
El ambar celestial libre respiras.

Y tal vez los espíritus errantes
Que arrastran rutilantes,
Esos soles que ruedan en la esfera
En cariñosa voz y amago blando,
Te acarician pasando
Al encontrarte siempre en su carrera.

¡ Bien hayas tú, del sol y el viento amiga,
Del esfuerzo y fatiga,
De arcángeles tal vez acariciada!
Bien hayas tú, que despreciando el suelo
Pides osada al cielo
Libre, tranquila, y liberal morada.

Bien hayas tú, que lejos del inmundo
Pantano de este mundo,
No sientes el dolor de los que lloran,
Ni el vergonzoso son de las cadenas,
Ni las de angustia llenas
Quejas sin fin de los que ayuda imploras.

Ni oyes la ronca voz de la impía guerra
Que ensordece la tierra
Y escribe en lanzas sus sangrientas leyes,
Ni del vasallo el desvalido lloro
En derredor del oro
Que brilla en el alcázar de sus reyes.

Bien haces en quedarte en esa altura,
Recinto de ventura,
Aguila emperatriz, hija del viento,
Y dejarnos aquí ya que no osamos,
Pues cobardes lloramos,
Gozar tu libertad por tu ardimiento.

Déjanos, sí, que esclavos de otros dueños
En indignos empeños
Las ajenas hazañas aplaudamos,
Y el ajustar nuestras contiendas fieras,
Las ajenas banderas
Y el estrangero pabellon sigamos.

Mientras cruzando la region vacía,
Tú en infinito dia
La farsa ries de la humana gente,
Y al son de sus dementes alaridos
Registras los perdidos
Vaporosos espacios del oriente.

Tú desde allí en las ráfagas mecida,
Segura y atrevida
Contemplas la mezquina y baja tierra,
La miseria del hombre, y su inmundicia,
Su orgullo y su injusticia,
Sus vanos triunfos y ominosa guerra.

Tú, ave de libertad y de victoria,
Del aire y del sol gloria,
Desde la calva inmensurable peña
Ves cómo se abre trabajosa calle
Por el angosto valle
La armada gente tras la rota enseña.

Césares, Alejandros, Napoleones
Dieron á sus legiones
Tu vencedora imágen por bandera;
Y tú en el viento sin temor ni vallas,
Al son de sus batallas
Te adormistes ufana y altanera.

Y en vano con tu sombra se escudaron,
Que á la fin tropezaron
En Roma y Babilonia, y Santa Elena;
Y allí vencidos, la cerviz hundieron
Mientra al morir te vieron
Rasgar el viento á tí libre y serena.

¡ Salve, reina del viento generosa,
Aguila poderosa,
Ave del sol y de la luz querida!
Salve, y pluguiera que en tu raudo vuelo
Trepar pudiera al cielo
Una esperanza de mi amarga vida.

¡ Oh si alcanzara, cándida María,
Perdida gloria mia,
A enviarte con esa águila un suspiro!
¡ Si alcanzara esa osada mensagera
A decirte siquiera
Que aun por tu solo amor canto y respiro!

¡ Ay, fresca rosa que abrasó el estío,
Perdido encanto mio,
Tierna, amorosa y muerta ya María,
¿ En qué aura vaga tu fragante aroma?
¿ En qué escondida loma
Me velas hoy tu caliz, vida mia?

Tórname, hermosa, el rostro soberano,
Y tiéndeme tu mano,
Y dime dónde estás para mirarte;
Para que tengan luz los ojos mios,
Y se acallen bravíos
Los duelos de mi vida al adorarte.

Vuela, pájaro audaz, águila erguida,
Por la region perdida
Donde espléndido el sol alza su oriente;
Y si aun es dado á tu gigante vuelo
Escudriñar del cielo
La ignorada mansion resplandeciente,

Busca á mi vida y dila que aun la adoro,
Y dila que aun la lloro
Al ronco son de la cansada lira;
Pregúntala si lejos de esta tierra
En ese que la encierra
Alcazar celestial por mí suspira.

Los Cesares así y los Napoleones
Leguen á sus legiones
Tu vencedora imágen por bandera,
Y tú en el viento sin temor ni vallas
Al son de sus batallas
Duermas ufana, libre y altanera.

Sube, pájaro audaz, sube sediento
A beber en el viento
Del rojo sol la esplendorosa lumbre;
Sube batiendo las sonantes alas
De las etéreas salas
A sorprender la luminosa cumbre.

No te importe que el sol y el torbellino
Crucen por tu camino;
Sigue tu vuelo en temerario arrojo,
Que el huracan te riza mansamente,
Y el sol resplandeciente
Como precisa luz vibra en tu ojo.

Y si por caso encuentras en el viento
Mi lastimero acento,
Sigue cruzando á las etéreas salas,
Que los roncos preludios de mi canto
Son los ayes del llanto
Que me arranca la envidia de tus alas.

ORIENTAL.

Larga y pesada es la noche
Si de un cerrado balcon
Al pié se aguarda la lumbre
De un enamorado sol.

Si á oscuras en una calle
No se siente derredor
Mas que del aura perdida
El interrumpido son.

Larga y pesada es la noche
Para el despierto amador
Que acecha una blanca mano
Que tal vez le hace traicion.

Mientras la diestra al estoque,
Ébria el ánima de amor,
De rival desconocido
Recela la condicion.

Larga y pesada es la noche
Para quien tanto aguardó,
Que el alba por el oriente
Viene á ahuyentar su pasion.

Muy larga para el mancebo
Que en Córdoba penetró
De los ojos de una mora
Enredado en la prision.

Está el cristiano apoyado
En las rejas donde vió
Mientras que lloró cautivo
A la prenda de su amor.

Y en vano á su doble seña
Una respuesta aguardó:
Las celosías tuvieron
Siempre velado el balcon.

Mas viendo que á largos pasos
Veníase alzando el sol,
Entre amorosos suspiros
Así dijo á media voz:

—

« He llamado á tu ventana,
Mi sultana,
Siempre fiel á mi pasion,
Y enojado me despido,
Pues dormido
Encontré tu corazon.

A Dios, mi dulce señora,
Ingrata mora,
Que pues mas no he venir,
Bien harás de mí olvidada,
Descuidada,
En largo sueño dormir.

No esperes, no, que tu mano
Vuelva ufano
Enamorado á buscar
Clavando del foso oscuro,
Sobre el muro,
Una escala en que bajar.

No esperes que en larga vela,
Centinela
De tu cerrado balcon,
Aguarde ya entretenido,
Si dormido
He de hallar tu corazon.

No esperes, no, que combata,
Mora ingrata,
De tu celosía al pié,
Mientras en otros armores
Tus favores
Gozando un rival esté.

Que si á mi voz no respondes,
Porque escondes
Otro amor para mi amor,

Guarda los lances y cuitas
De tus citas
Para quien ha tu favor.

Quédate, aunque yo te amaba,
Por esclava
De un señor y de un harem,
Y muera con tu hermosura
La ventura
De tu existencia tambien.

A Dios; duerme, mi sultana,
Y tu ventana,
Testigo de mi pasion,
Te diga si he conocido
Cuán dormido
Estaba tu corazon. »

Y así el mancebo diciendo,
De sus zelos al furor
De un tajo las celosías
Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora
A tan descompuesto son,
Y asomándose á la reja,
Quién era le preguntó.

Mas él á larga distancia,
Revolviendo un callejon,
Tornó la espalda diciendo:
Dormid en paz, que soy yo.

CANCION.

MÚSICA DEL SEÑOR DON S. IRADIER.

—

CORO.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

El tiempo nos roba
Las horas mas bellas,
Romped las botellas
Y al baile venid.
Que al son que murmura
La danza insegura,
Sueño es de ventura
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Soñemos gozando
Fortuna tan vana,
Y el sol de mañana
Que vea al salir
Que al son de la orquesta
Danzando en la fiesta,
No es carga funesta
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festín.

Diránnos mañana
Que somos ceniza,
Que es dicha postiza
La de este vivir;
Mas hoy gozaremos,
Dichosos seremos;
En tanto olvidemos
Orígen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

Bailemos, bebamos,
La vida es muy corta;
Tal vez nos importa
Pasarla feliz;
Y si al fin perdida
Se llora la vida,
Gozando se olvida
Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!
¡Orgía, dadme amores!
La vida es un sueño,
Y el mundo un festin.

* * * * *

—

Venid á mí, brillantes ilusiones,
Que engalanais la juventud ardiente.
Dadme, dadme fantásticas visiones
Con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,
Y en vistoso tropel pasen risueñas
Como la espuma de sonante rio
Resbala entre las peñas.

Dejadme aunque ficcion ver á lo lejos
Esa radiante luz de la esperanza
A cuyos ricos trémulos reflejos
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,
Que tornan el compas de mis canciones
En lúgubre suspiro.

Yo que cruzo feliz, libre y contento,
De la existencia el áspero camino,
Que ayudado tal vez de noble aliento
Cantar es mi destino;

¿Porqué al herir ufano el arpa de oro
En amoroso son, lanza perdido
En vez de canto espléndido y sonoro
Fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño
Natura por do quier pródiga brota,
De su ventura á mi tenaz empeño
Todo el raudal se agota.

He querido cantar radiante y puro
Al esplendente sol, y apelmazado
Sorbiendo el dia nubarron oscuro
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,
Los cándidos placeres campesinos,
Y de muertas naciones insolentes
Lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera
El imperial y soberano vuelo,
Y profano llegué tras su carrera
A llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,
Los brindis y el placer, y ensangrentado
Hice girar en torno á los festines
El féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores
La senda del vivir entapizada,
Y caminé entre abrojos punzadores
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor lamentos fueron,
Y ningun amador se holgó con ellas;
Blasfemias mis plegarias se volvieron,
Y mis himnos querellas.

Embriagado canté la amistad santa,
Soñé fraternidad y huyó el amigo,
¡Que lleva al fin quien desventuras canta
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?
¿Dónde tender las alas del deseo?
Truécanseme las flores en abrojos,
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio
Del loco mundo las tristezas cura...
Cada sonrisa me costó un suplicio
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazon consuela
De la sombría noche misteriosa...
Las noches he pasado en larga vela,
En lucha congojosa.

Flores, ¿en dónde estais que no os encuentro?
Vago por el jardin y nunca os hallo;
Las raíces tal vez estarán dentro?
Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,
Melancólica luna, yo os adoro!
Y al bendecir vuestras antorchas bellas
Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,
El mar corales, y los rios peces,
Yo bendigo sus senos creadores,
Los adoro mil veces.

Pero al volver al Dios que los ha hecho
Jamás me pareció ni mar ni tierra
Mas que un sepulcro cuyo borde estrecho
Nuestra miseria encierra.

A MARIANA.

CANCION.

—

Limpia es la noche y callada,
La luna en el zenit brilla
Como lámpara colgada
En recóndita capilla.
La brisa errante y serena
Mansa suena
Meciendo árbol, yerba y flor,
Y el mundo en descuido inerme
Goza ó duerme
Sus pesares ó su amor.
Yo constante en mi porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

¡Porque me es tan delicioso
Saber cuándo al fin te roba
Al necio mundo curioso
La oscuridad de tu alcoba...!
Tan grato espiar atento
El momento
En que tu luz espiró,
Por poder decir ufano:
¿Ora qué vano

Favorito es como yo?
Me es tan dulce en mi agonía
Saber que en la noche umbría
Suspiro yo á tu ventana
¡Mariana mia...!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
¡Oh! no me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Yo bien pudiera mentirte
Palacios, buques, caballos,
En luengas tierras decirte
Que me respetan vasallos;
Porque de tierras ignotas
Y remotas
Fuera muy fácil mentir;
Mas decirte aunque quisiera
No supiera
Si me lo hubieras de oir,
Sino que en tenaz porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Yo no soy mas que un poeta,
Sin otro bien que mi lira,
Un alma al amor sujeta
Y un corazon que suspira:
Y aunque es verdad que hay algunos
Importunos
Que me aplauden mi cancion,
Yo nunca he de hacerles caso,
Porque acaso
Hablillas del vulgo son.
Yo paso cantando el dia,
Pero la noche sombría
Paso al pié de tu ventana,
¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Cuando en tus cándidos sueños
Oir tal vez te parece
De compases halagüeños
El son que se desvanece,
No son los ténues lamentos
De los vientos
Que murmuran al pasar,
No es el ruido de la fuente
Trasparente,
Sino el son de mi cantar.
Porque siempre en mi porfía
Paso la noche sombría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

¿Oyes la lluvia que caë,
Y el aura en sus hilos rota
Que una voz triste te traë
Mientras tus vidrios azota?
No es la voz de la tormenta
Turbulenta
Que muge con el turbion,
Es el arpa que yo toco
Cuando evoco
Tu sueño con mi cancion,
Porque siempre en mi porfía
Yo velo en la noche umbría
Suspirando á tu ventana,
¡Mariana mia!
Mas si han de espirar mis quejas
En tus rejas,
No me las abras, Mariana,
Noche ni dia.

Y si al fin de duelo tanto,
De tan amorosas cuitas,
Te cansa el son de mi canto
Y te cansan mis visitas;
Si tu sueño ó tus placeres
Ya no quieres
Que turbe importuno mas,
Manda que rompan la lira
Que suspira
Tan amoroso compas;
Mas si has de salir impía
A maldecir mi porfía
Cuando lloro á tu ventana,
¡Mariana mia!
Deja que estrelle mis quejas
En tus rejas,
Y no las abras, Mariana,
Noche ni dia.

SEXTA PARTE.

PRÍNCIPE Y REY.

ROMANCE HISTÓRICO.

—

Está la noche serena,
La luna sin pardas nubes
Que la empañen limpia y clara
En el firmamento luce.
En derredor las estrellas
Con multiplicadas lumbres
Tachonan del aire vano
Los pabellones azules.
Eresma por entre peñas
Su escaso raudal conduce
A las plantas de un alcázar
Que en sus arenas las hunde;
Y ya en montones de espuma
Revoltoso se derrumbe,
Ya con trasparentes ondas
Manso y humilde murmure,
Nunca es mas que un corto espejo
Que adula la escelsa cumbre,
Por que permita al palacio
Que en su cristal se dibuje.
Está la noche serena
Y á pasos rápidos huye
Sobre la choza pajiza
Y la espléndida techumbre. —
Calla el viento; el aura apenas
Suelta ráfaga que ondule,
Eresma hace que sus ondas
No desvelen, sino arrullen,
Y si algun pájaro errante
Hay que el silencio interrumpe
Avergonzado se duerme
Por no tener quien le escuche.
Mas no es tan hondo el silencio
Que el aura á veces no crucen
Los incompletos compases
Que danza vecina arguyen.
Oyese el rumor lejano
De contenta muchedumbre
Que entre cánticos y brindis
El sueño tenaz sacude.
La danza es en el alcázar,
Que el príncipe Enrique cumple
Hoy años y á malgastarlos
Junta los mas que le ayuden.
La copa de los placeres
Para que ansiosos apuren
Cuantas damas y galanes
Hay en Castilla, reune.
La vida es corta; los dias
Se menguan y disminuyen
La molicie es cortesana,
Y los placeres son dulces. —
¿Qué importa que el Rey don Juan
Contra los rebeldes luche?
El príncipe vive y goza
Que como á quien es le cumple.
¡Fiestas y danzas! Los reyes
No son hidalgos comunes
En cuya frente se ostentan
El valor y las virtudes.
Una frente coronada
Radia sola tantas luces,
Que los ojos atrevidos
A sus destellos sucumben.
Por eso suenan alegres
Las chirimias y adufes
Haciendo que sus compases
De sala en sala retumben;
Por eso amoroso abrazo
Despertador de inquietudes
Los talles de las hermosas
Al ceñidor sustituyen.
Por eso el cendal flotante
Gira en círculo voluble
Revelando lo escondido
Tras lo que traidor descubre.
¡Oh! hermosas son las hermosas
Cuando aspirando perfumes,
Mal ocultos sus hechizos
Entre trasparentes tules,
Sueltos los cabellos de ébano
En aspirales y en bucles
De amar y gozar sedientas
A los salones acuden.

Aquel aliento que envia
Un suspiro á que se cruce
Con un suspiro que deja
Que aquel su lugar ocupe;
Aquel murmullo continuo
Que hace que el aura susurre
Con mil acentos sin forma
Que entre sus pliegues confunde;
Aquella blanda sonrisa
Que vida en un alma influye
Mientras aguarda favores
En penada incertidumbre,
Aquellos húmedos ojos
A cuya luz se destruyen
Los hielos del corazon
Cuando de esquivo presume,
Tantos acasos pensados
Que en rodeos mil conducen
Al revuelto laberinto
De amantes solicitudes;
Y todo ello en un palacio
Donde tormentosa bulle
Cuanta pompa, intriga y gala
La faz de un príncipe influye,
Hacen que los corazones
Tan embriagados se ofusquen
Que deliren paraisos
Bajo el cieno que les cubre.
Espléndido está el salon,
Y aunque mucho disimulen
Las damas están contentas
Cuando los maridos sufren.
El príncipe galantea,
Y las damas de mas lustre
Le deben hoy tantas flores
Cuanto algunos pesadumbres.
Porque él con una en los brazos
Toda una danza interrumpe,
Haciendo que en raudos círculos
Mil veces el salon cruce.
Pié con pié, mano con mano
Al muelle lánguido empuje
La lleva en pos blandamente
La suspende y la sacude.
Ella adormecida, suelta
Sobre brazo tan ilustre,
Mas se abandona y descuida
Porque mas él la asegure.
Flotan los rizos de entrambos,
Los alientos se confunden,
Crúzanse los piés veloces,
Vagan los mantos volubles,
El labio pide á los ojos
Osadía, amor y lumbre,
Y los labios á los ojos
Suplican que no pronuncien.
Los ojos suplen las voces,
La sonrisa el fuego encubre.
Y así al amor y al placer
Todo sirve y todo suple.
¡ Espléndido está el salon,
Todo el aire son perfumes,
Música, citas, suspiros,
Murmullo, plumas y luces.
Mas hay un hombre sombrío
A quien todos llaman duque,
Y á quien ninguno aventaja
En la gala que le cubre,
Cuyos dos ojos tenaces
Sin que se aparten ó muden
En el príncipe están fijos
Cual si temiera que le hurten :
Si algun importuno acaso
Su tenacidad reduce
Siempre á su objeto ambiciosos
Rápidos se restituyen.
Al acero se parecen
Que por mas que se procure
Doblarle contra el iman
Siempre hácia el iman resurte :
Mientras, descuidado el príncipe
Sin que su gozo perturben
Con una dama en los brazos
Por el salon baja y sube.
Es cierto que alguna vez
Mira de reojo al duque;
Mas este firme y tranquilo
Ni le busca ni le huye.
Es verdad que alguna vez
El primogénito ilustre
Su voluptuosa pareja
Por delante dél conduce;
Y tal vez aunque no altivo
De distinguirle se escuse
No se alcanza á comprender
Si es que le honre ó que le injurie;
Mas el duque no por ello
En desman alguno incurre :
Siempre el respeto le sobra,
Ya le responda ó le escuche.

Cesó la danza y la música,
Que ya el albor se descubre
Del alba que por los vidrios
Asoma sus turbias luces.
Quedó el alcázar tranquilo,
Despejó la muchedumbre,
Sonó un beso, y Don Enrique
Entregó su dama al duque.
Aquel dijo: « Hasta mañana.»
Contestó este: « Si á Dios cumple. »
Y Don Enrique volviéndose
Siguióle la servidumbre.

—

LA CORTINA VERDE.

—

Son unas horas despues,
Y vense en su gabinete
Ines en un tabuete
Y Don Enrique á sus piés.
Testigos de sus deslices
En aquel retrete oscuro
Están colgados del muro
De Flandes cinco tapices.
Toda sorpresa esterior
Previenen las celosias
Y dos dueñas de vigías
Que están en el corredor.
Lucha la luz con la sombra,
El rojo sol de occidente
Colora confusamente
Las labores de la alfombra.
Las flores desde el jardin
Prestan al aura perfume,
Y otro al fuego se consume
En el mismo camarin.
Todo es paz, calma y quietud
En el retrete oriental;
Mas si no es paz criminal
No es la paz de la virtud.
Don Enrique está hechicero;
Doña Ines como una estrella;
Voluptuosa está la bella,
Y galan el caballero.
En los ojos de la hermosa
Se está mirando el galan,
Y ambos atizando están
Hoguera tan peligrosa.
Ella en recreo infantil
Destrénzale los cabellos,
Bucles haciéndole de ellos
Con sus manos de márfil.
Él con sonrisa liviana,
En acento adulador
Dulces palabras de amor
La dice á la cortesana.
Ella de orgullo suspira
Gozando el favor real,
Aunque él interpreta mal
La vanidad que la inspira.
Él, mancebo y sin consejo
En su amor se está abrasando;
Pero ella está contemplando
Su contorno en un espejo.
Él la dice: « Hermosa estás, »
Y en silencioso desden
Dice ella: « Lo sé tambien,
Que advertirio está demas. »
Él con el dulce reclamo
Del silencio engañador
Traduciéndolo mejor
Añade: « Ines, yo te amo. »
Ella culpando su esceso
Cuando mas cerca la estrecha
Le da de sí satisfecha
Por cada palabra un beso.
Y en larga conversacion
Ella altiva, él importuno,
Demuestra bien cada uno
El afan del corazon.
Así el príncipe decia
Enagenado á la hermosa;
Y astuta y voluptüosa
Ella así le respondia.

D. Enrique. Un reino me aguarda, sí;
Con él media vida diera
Por gozar, Ines, siquiera
La otra media junto á tí.
D. Ines. Siendo príncipe, señor,
Diérais, existiendo un año,
Cada mes un desengaño
A vuestro constante amor.
D. Enrique. Pasiones fueran livianas,
Pasatiempos nada mas;
Que no encontrara quizas
Sino amor de cortesanas.
Mas, Ines, viéndote á tí
Esquivarte fuera en vano.
D. Ines. Hoy me adulais cortesano
Que estais delante de mí!
D. Enrique. Te lo juro, hermosa Ines:
Diera mis reales palacios,
Mis coronas de topacios
Por vivir siempre á tus piés.
D. Ines. ¿Tan bella, Enrique, os parezco?
D. Enrique. Como tú no nacen dos.
Y por ello, vive Dios,
Sufro mal que no merezco.
D. Ines. ¿Vos por mí males?
D. Enrique. Sí á fe.
D. Ines. No os entiendo.
D. Enrique. ¿Me amas, dí?
D. Ines. En mi alma de vos á mí
Si hay diferencia no sé.
Mas....
D. Enrique. ¿Qué, Ines?
D. Ines. ¿Habeis oido?
Jurára que algo sonó.
D. Enrique. Nada he percibido yo....
Ilusion tuya habrá sido.

Quedó Ines un punto en pié
Escuchando perspicaz,
Y asióla el príncipe audaz
Repitiendo: « Nada fué. »
Y á fé que era la quietud
De aquel ansioso momento

Tan honda en el aposento
Como en desierto ataud.
  Ningun rumor la turbaba,
Ningun susurro se oia
Si alguna vez se eximia
La brisa que murmuraba.
  Los vapores del perfume
Que exhala el ancho pebete
Aroman el gabinete
Y el aire que los consume.
  La rica tapicería
Inmoble en el muro está,
Y á sitio seguro da
Cada puerta y celosía.
  Hay en el fondo una alcoba
Que, aunque en la sombra se pierde,
Espesa cortina verde
Al ojo su interior roba.
  Tal vez el aura sutíl
Un instante la movió,
Y eso sin duda causó
A Ines su terror pueril.
  Mas repuesta y sosegada
Junto al príncipe otra vez,
Díjole con candidez:
«Teneis razon: no fué nada.
  Mas perdonad que haya sido
Tan fácil para el temor,
Que aunque os tengo mucho amor
Tengo miedo á mi marido.»

D. Enrique. No me le nombres, Ines,
Que hasta su nombre me irrita:
D. Ines. La vida, señor, me quita
Con tan celoso como es.
D. Enrique. ¡Ah! Ines mia, ese es el mal
Que lamentaba hace poco!...
Tengo de volverme loco
Con un hombre tan cabal.
  No hay cortesano mejor
Ni mas puntual caballero,
En la obediencia el primero
Y el primero en el valor.
  No hay medio de hallarle infiel
Ni falta que acriminar,
Ni encuentro que castigar
Por mas que lo busco en él.
  En la primera escepcion
En que incurra ha de morir.
D. Ines. Señor, ¿eso osais decir?
D. Enrique. Alma mia, celos son.
  No puedo pensar en paz
Que él goza de tu hermosura,
Cuando por igual ventura
Me lamento sin solaz.
  ¿Te parece digna traza
De un príncipe que osa amarte
Esperar por solo hablarte
A que él se salga de caza?
  ¿Es digno de mi ambicion
Que cuando él parte tu lecho
Me dé yo por satisfecho
Con verte por un balcon?
D. Ines. Pero yo, Enrique, os adoro.
D. Enrique. Sí, y en ese amor sobrante
Me arrebatas el diamante
Dándome el arillo de oro!
D. Ines. Os doy cuanto puedo dar.
No podeis mas exigir.
D. Enrique. Aunque él haya de morir
Tu amor solo he de alcanzar.

  Ronco, ahogado, comprimido
Sonó un fugitivo acento
Como el rumor del aliento
Largo tiempo detenido.
  Perdió la dama el color,
Púsose el príncipe en pié,
Recelando ambos que esté
Alguno en el corredor.
  Mas por el mismo lugar
Con muy recatada seña
Oyóse á la astuta dueña
Por el corredor llamar.
  A Dios, señor, dijo Ines,
Que de partiros es hora.
—¿Hasta cuando?
                —Por ahora.
Si gustais hasta despues.
—¿Tanta ventura es verdad?
—Os lo habia prometido
De caza está mi marido:
Válganos la oscuridad.
¿Vendreis?
          —¿Cómo no?
                    —Atended;
No hagais confianza vana,
Abierta está la ventana
Y es áspera la pared.
– Os entiendo, vendré solo.
– Sí que la noche es oscura.
—Oh! y por tamaña ventura
Fuera yo de polo á polo.—
  Salió el príncipe, y la bella,
Orgullosa por su amor,
Saliendo hasta el corredor,
Dejó el camarin tras ella.
  Todo en él fué soledad,
Y la cortina arrugando
Vióse al duque murmurando
Inmoble en la oscuridad.
  «Hé aquí que todo lo pierde
»Por no pensar mi muger
»Que yo me puedo esconder
»Tras esta cortina verde.»

JUSTOS POR PECADORES.

—

Es Clara una hermosa niña
Que en la faz muestra gentiles
De sus diez y siete abriles
Los encantos á la vez.
Sencilla, mas sin que el mundo
La sobrecoja ni empache,
Las pupilas de azabache
Y de azucenas la tez.

Suelta y libre la cintura,
Como la noche el cabello,
Trasparentes en el cuello
Venas de vírgen azul.
Pié breve y aereo paso,
Mas inquieta y mas lijera
Que en la fértil primavera
Las hojas del abedul.

Gacela del mirar dulce
La llamó un árabe errante,
Sol, azucena y diamante
Las gitanas que la ven.
El árabe en sus desiertos
Con su memoria camina,
Egipto la vaticina
Infinito amor y bien.

Sus ojos brillan tranquilos
Como una noche serena,
Su alma en ellos se ve ajena
De temor y de inquietud.
El duque la dice —amiga—
Doña Ines la dice —hermana—
Los mancebos —soberana—
Y hermosa —la multitud.—

Si se reclina cansada
Junto á la fuente sonora,
La Náyade protectora
Parece de su cristal.
Si corre de los jardines
Por las sendas desiguales,
Semeja entre los rosales
Una sílfide ideal.

Si sonrie es su sonrisa
Tan pura y tan hechicera
Cual la blanca luz primera
Del alba limpia de abril.
Su voz es á quien la escucha
Red amante, oculta vira,
Y el aliento si suspira
Aura olorosa y sutil.

El duque parte con ella
Todo el amor de su esposa,
Doña Ines procura ansiosa
Con ella olvidarse dél.—
Y es Clara partiendo entrambos
Su purísimo cariño,
Para aquella un tierno niño
Y un serafin para aquel.

Pasó toda aquella tarde
En el huerto entretenida
Con una dueña que cuida
Sus caprichos de cumplir.
Cayó el sol: enlutó el cielo
La impalpable sombra inmensa,
La noche lóbrega y densa
Amagó el mundo cubrir.

Guardó Clara sus cabellos
Con un velo, del rocío;
Cruzando el jardin umbrio
Hácia el camarin tornó.
Y asida á un ramo de flores
Que robó á la primavera
Por una oscura escalera
Hasta el corredor llegó.

Allí Doña Ines posada
La mano en el antepecho,
Miraba un camino estrecho
Que oculto á la calle da;
Y en el jardin, tras la dueña
Que recatada le guia
Por la misteriosa via,
Rápido el príncipe va.

Clara entonces silenciosa
Viendo á Ines tan distraida,
De su estancia la salida
Ganó á su espalda veloz:
Cayó la puerta de golpe
Con estrépito violento,
Y oyóse en el aposento
Del duque ronca la voz.

Tornóse Ines aterrada;
Oyóse dentro un gemido;
Aplicó atenta el oido
Y dijo temblando. —Él es.—
Rápida, desalentada,
Por el corredor saltando,
Dió al jardin encomendando
Su salvacion á sus piés.

Trémulo, descolorido
El duque de allí á un momento,
Saliendo del aposento
Embozado apareció.
Caló el sombrero á los ojos
Y dando vuelta á la llave,
Con paso callado y grave
La escalerilla bajó.

—

UN APÉNDICE
A LAS
VENTANAS DE LA DUQUESA.

—

Triste y lóbrega es la noche;
No está en el cielo la luna
Colgada como una antorcha
Entre la niebla nocturna.
No es azul el firmamento,
Que le encapotan y enlutan
Informes masas de nubes,
Que á paso tardo le cruzan.
Todo es silencio en Segovia,
Las ráfagas no murmuran,
Que el aire denso y pesado
Vecina tormenta anuncia.
Triste y lóbrega es la noche;
Yace la ciudad á oscuras
En brazos del primer sueño,
Inmóvil, opaca y muda.
Con precaucion cautelosa
Que intento secreto anuncia,
Corrió una mano el cerrojo
De un postigo que se ofusca
En un lado del alcázar,
Entre prolijas molduras.
Por ella dos embozados
Salieron: ya que la alumbra
Débil luz de una linterna,
Por defuera la aseguran.
Como mucho se recatan
Y es la sombra tan confusa,
No se percibe á lo lejos
Ni su faz, ni su figura.
Porque es la sombra un cristal
Que los recelos enturbian,
Y el objeto que se mira
Se disminuye ó se abulta.
Tan velozmente caminan,
Que pueden dejar en duda
Si su acelerada marcha
Es persecucion ó fuga.
Doblan esquinas y calles,
Plazuelas y plazas cruzan,
Dijeran que van perdidos
Sin encontrar lo que buscan.
Mas tan decididos siguen
La dificultosa ruta,
Que bien se ve que no yerran
Ni se desorientan nunca.
El ferreruelo cruzado,
A los ojos la capucha,
La barba sobre los pechos,
El morterete sin pluma.
Van su camino en silencio
Con planta firme y segura,
Y el uno delante el otro
Ni se paran ni se juntan.
Debajo de unas ventanas
Que con labores difusas,
Cercan muchos arabescos
De primorosa escultura,
Detúvose el de delante
Diciendo: «Vela y escucha;
Esperando que yo vuelva
Sin que nadie me descubra.»
Replicó el otro en voz baja
Saludando con mesura:
«Y si una ronda...
— Que pase.
Que mi grandeza te escuda.
—¿Y si un curioso?
— Que vuelva
Atras.
— ¿Y si me importuna?
—Requiere, si no eres manco,
La razon de tu cintura.»
Siguió adelante, esto dicho,
Y primero que él acuda
A dar prevenido y cauto,
O noticia, ó seña suya,
Abriéndose una ventana
Lanzó de su sombra muda
Con una escala de seda
Una voz que dijo: «Suba.»
Subió el galan; mas llegando
Veloz á la cuerda última,
Un brazo que sacó un hombre
Que esconde la catadura,
Dándole aprisa un saquillo,
Dijo: «Tome lo que busca.»
Y cerrando la ventana
Mano, voz y hombre se ocultan.
A tal momento en la calle,
Con voz de duelo y angustia,
Un ¡ay! lanzando una dama
De la escala se asegura.
Bajó el caballero, y ella
Hijadeando le pregunta;
«¿Vivis?» y asiendo el estoque
Él replicó: «¿Quien lo duda?»
Llegó en esto el apostado
Con la linterna, y á una,
Dama y galan prorumpieron:
«¡Don Enrique!—¡Ines!—Alumbra.»
Abrió el príncipe el saquillo
Y sintiendo la tela húmeda,
Metió la mano, y asiendo
Con asombro lo que oculta,
Sacó de la hermosa Clara
La cabeza infantil, mustia.
«¡Santos del cielo! mi hermana!
—Su sentencia era la tuya;

(Dijo á Doña Ines el príncipe)
Valgate pues tu fortuna.» —
Y dando á la dama el brazo
Tomando su antigua ruta,
Entraron en el alcázar
Por la puertecilla oculta.

—

A LUENGAS EDADES

LUENGAS NOVEDADES.

I.

El príncipe pasó á rey,
Y como era de esperar,
Todo debió de cambiar
Sujeto á distinta ley.
Era la reina muy bella:
Mas como bella, celosa,
Y otra alguna por hermosa
No tiene igualdad con ella.
Así que el rey Don Enrique,
Si no adquirió mas virtud,
De su ociosa juventud
Puso á los vicios un dique.
De sus amigas livianas
Mucho el número menguó,
Y á la reina encomendó
Sus mas lindas cortesanas.
Es verdad que á las dos leguas
Doña Guiomar cada dia,
Entretenerle solia
Dando al matrimonio treguas.
Y es cierto que tan leal
A su príncipe como ella,
De su amor le hace querella
Catalina Sandoval.
Mas pecados reales son
Que tachar fuera imprudencia,
Son del cetro una exigencia,
Escesos del corazon.
Que es mezquino á nuestro ver
Que mandando tanta gente,
Un monarca se contente
Con tan solo una muger.
Si Dios condena el amor
A la muger del vecino,
No habla el precepto divino,
Con él con tanto rigor.
Y sin duda alguna es bien
Que pues la ley dan los reyes,
Sean ellos con las leyes
Privilegiados tambien.
Por eso en una alta torre
Que al campo del moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
Se oye en la noche callada
Sobre las alas del viento,
Un dulcísimo lamento
Y un harpa bien acordada.
Por eso en la noche oscura
Dice el necio centinela,
Que en aquella parte vela
La bruja que el rey conjura.
Pues de tiempo inmemorial
Por entre el vulgo se suena
Que allí encontró el de Villena
Un colega espiritual.
Distinto habitante mora
Hoy en la torre precita,
Mas quienes ó quien la habitá
El vulgo y la corte ignora.
Porque aunque á veces en ellá
Se oye que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;
Se oye tambien que suspira
Tan amantes cantinelas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.
A veces una voz blanda
En estribillo amoroso
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.
Y es tan suave y tan flexible
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.
Ya apagada, ya sonora
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.
Ya es un canto ronco y vago,
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.
Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.
Y á veces en la alta, oscura,
Larga noche allí resuena,
Varonil, pujante y llena
Otra voz sin su dulzura.
Mas tambien con su vigor
La voz dulce se amalgama,
Que el aire las desparrama
En dobles himnos de amor.
Una de amor se querella,
Y otra canta sus victorias;
Esta adora sus memorias
Y las diviniza aquella.

Quien de lejos las escucha
En la negra oscuridad,
Duda si sueña en verdad
Y consigo mismo lucha.
Teme la supersticion
Maleficio en el cantar,
Pero se mueve á escuchar
Temerario el corazon.

Es una noche tranquila,
De esas azules, serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.
Dentro de aquel torreon
Que cäe al campo del moro,
Se escucha el compas sonoro
De la femenil cancion.
Envuelta en oscuro velo,
Emblema claro del luto,
Torna el rostro mal enjuto
Una muger hácia el cielo.
Y brilla mas la tristeza
De su encantadora faz,
Con el llanto que tenaz
Destila de su tristeza.
Y en su angustia solitaria
Demandársela pudiera
Si cancion tan lastimera
Es cántico ó es plegaria.
En un sitial á su lado
Con un láud la acompaña
Enrique cuarto de España,
De su corona olvidado.
Pero ella ensaya tan mal
La endecha triste que canta,
Que mohino el rey aguanta
Mal sentado en su sitial.
Viendo la poca virtud
Que su canto egerce en ella,
Pues los tonos de la bella
No aciertan con su laüd,
Soltando al fin de la mano
El inútil instrumento,
Dijo con severo acento
Entre brusco y cortesano.
« Para tal torpeza, Ines,
Que no cantes es mejor. »

D. Ines. Cuanto pude hice, señor,
Y os lo ofrezco tal cual es.
Dos meses ha que venis
A gozaros en mi afan
Con el nombre de galan;
Mas como señor pedis.
Sin curar de mi dolor
Mandáisme cantar y canto,
No llorar y enjugo el llanto;
No amar... y muero de amor.
D. Enrique. Ines, importuna estais.
D. Ines. Y vos por demas severo.
D. Enrique. Que estais muy celosa infiero.
D. Ines. Yo infiero que no me amais.
D. Enrique. ¡Siempre dudas de muger!
¡Siempre igual reconvencion!
D. Ines. Amando de corazon
Amar es obedecer.
Todas las noches traeis
La desazon en el gesto,
Siempre á enojaros dispuesto,
Y no hay de que os enojeis.
El tiempo os parece largo
Que parais siempre conmigo,
Nunca, señor, os lo digo
Y lo lloro sin embargo.
D. Enrique. Mas todas las noches vengo,
Ines, y no te se oculta
Que siempre lo dificulta
El grave cargo que tengo.
D. Ines. Mas yo, señor, noche y dia
En esta torre encerrada,
Os espero enamorada
Sin tener otra alegría.
Veo la noche importuna,
De la aurora el arrebol,
Nacer y morir el sol;
Nacer y morir la luna.
Y todo el tiempo se va
En inútiles querellas,
Demandando á sol y estrellas
Que me digan «¿dónde está?»
Veo todas las mañanas,
Así que el sol reverbera,
Partirse en fuga ligera
Las avecillas livianas.
Todas las noches las veo
Al crepúsculo volver,
Fatigadas puede ser,
Mas cumplido su deseo.
Y á mí el tiempo se me va
En esas rejas vecinas,
Pidiendo á las golondrinas
Que me digan donde está.

Callaba el rey; interes
Prestando ó sus voces poco,
Y en delirio amante y loco
Lloraba á su lado Ines.
Él la barba sobre el pecho,
Cruzadas ambas rodillas,
Sus querellas sin oillas
Distraido ó satisfecho.
Ella en mas bajo lugar,
Mal prendido el luengo velo;
Las mangas de terciopelo
Deshilando sin cesar.
El rey, como quien tolera
Algo que le mortifica;

Ella como quien suplica
Algun favor que no espera.
Al fin como quien despierta
De un sueño que le acosó,
Así Don Enrique habló
Con trémula voz incierta.
«Mucho te amé, bella Ines,
Mucho te amo, mas perdona
Que no pueda mi corona
Rendir amante á tus piés.
Casado estoy en verdad,
Y de mi cetro en honor
No cuidaré de tu amor,
Sí de tu seguridad.
El duque no sé que es dél;
Y pues se habla de ello mal,
Partirás á Portugal
Con un mensagero fiel.»
Calló el rey, é Ines transida
De dolor tan impensado,
De espalda cayó á su lado
Cercana al fin de la vida.
En sus brazos la sostuvo
Y á merced de un elixir,
La vida volvió á latir,
Camino el aliento tuvo.
Volvió á herir su corazon
Su altivez ó su mancilla,
Y dijo al rey de Castilla
Con la voz de la afliccion:
«Fué amaros orgullo en mí;
Hízolo amor la porfía,
Mas pues la culpa fué mia
Castigada quedo así.»
Y tornándola á faltar
Segunda vez el aliento,
Salió el rey del aposento
Tras quien la venga á ayudar.

II.

Allá por do Manzanares
En humildosas corrientes,
Antes de entrar cortesano
En Madrid sus aguas vierte;
Hay un sitio en que fundaron
Un alcázar otros reyes.
Pardo en el nombre, y perdido
En verdad en sus placeres,
En un despejado campo
Que á su entrada el lugar tiene,
Con grande rumor levantan
A toda prisa un palenque.
Dispónense aparadores,
Aparéjanse banquetes;
Do quier se aprestan bajillas,
Y se despitan toneles.
Guirnaldas en los balcones,
Tapices en las paredes,
Pabellones en los techos
Y en las alfombras pebetes.
Do quiera en el campo tiendas
Con banderas diferentes,
Andamios para la corte,
Y andamios para los jueces.
Y en el palacio tumulto,
Y tumulto en el palenque,
Y en las calles y en las plazas,
Los que van y los que vienen:
Por allá suben literas,
Por acullá palafrenes;
Por allí de real mandato
De su real guardia ginetes:
Por un lado arcabuceros,
Por otro lado donceles,
Que ganando tiempo y tierra,
Buscando aposentos vienen.
Músicos, dueñas, rateros,
Saltimbanquis y corchetes,
Tamboriles y danzantes,
Curiosos é impertinentes.
Aquí una moza devota,
Que el brazo á una vieja tiene,
Se ajusta en son de maitines
Con un majo matasiete.
Allí un dominico obeso
Abultado de mofletes,
En una niña de quince
Posa los ojos ardientes,
Sin duda alguna admirando
Al Dios que hace aquellos séres
De ojos negros, manos blancas,
Cintura escasa y pié breve.
Mas allá, bajo un sombrero,
Que en la oreja se mantiene,
Alto y torcido el bigote,
Larga espada, y entre el leve
Rizado de ancha valona
Escondido hasta los dientes,
De pié derecho, y la mano
Sobre la cintura siempre,
Está á través escupiendo
Apercibido un valiente,
De esos que dicen «miradme,
Que hay indulgencias en verme:»
Y sobre todo el murmullo
Que tan sin término hierve,
En cóncavo estruendo ronco
Por pueblo y campo se sienten
Los mazos de los peones
Que levantan el palenque,
Y el martillo del armero
Sobre golas y broqueles.
Grandes fiestas se preparan,
Y segun dice la gente,
Son por los embajadores

Que de la Bretaña vienen.
Así tambien lo confirma
La conversacion siguiente
De dos judíos que aromas,
Joyas y armaduras venden.
—Buen agosto os habeis hecho,
Ruben, á lo que parece.
— No estoy quejoso, en verdad,
—Y aun contento.
—Ciertamente.
—Sed franco.
—¿Mas he de ser?
—Y por nuestros intereses,
Vayamos ambos á una
Que espero que no nos pese.
—Sea así, hermano Daniel,
Y escuchadme atentamente.
El rey me compró en secreto,
Para lujo en sus valientes,
Las armaduras mejores
Del torneo.
—¿Cuántas?
—Trece.
—¡Santos del cielo! ¿En monedas
Os pagó?
—Al punto y corrientes.
—Feliz sois, Ruben.
—Veamos
Vuestra fortuna.
— Yo siempre
Por enemiga la tuve.
—Pero yo sé que igualmente
El rey, Daniel, os buscaba.
—Sí, mas fué ganancia leve;
Aplazóme los caballos
De mejor sangre que hubiese,
Y díle blancos y negros
Los mejores.
—¿Cuántos?
—Trece.
—¿Y os quejais?
—¡Santa Sion!
Pagó dos: los once debe. —
Callaron ambos un punto,
Y á Ruben Daniel volviéndose,
Díjole: mas ya hay quien cubre
Lo que pierdo en los corceles.
Don Beltran armó los suyos
Pródigo con mis arneses.
—¡Oiga! ¿tambien Don Beltran
Campo en el cerco mantiene?
—No por cierto; mas levanta
En Madrid otro palenque
Para una segunda fiesta
A la vuelta de los reyes.
A la parte de Alcalá
Tiene apostada su gente,
Para tomar de las damas
La brida á los palafrenes.
—¡Atrevido es el pagano!
Y árdua causa la que emprende!
Los galanes victoriosos
Se opondrán reciamente.
—Pues Don Beltran de la Cueva
Aun se está tan en sus trece,
Que diz que hasta el mismo rey
Le hará campo aunque le pese.
—Mucho puja.
— Es conde y rico.
—Y el rey es rey.
— Y él valiente.
Y tiene consigo un hombre
Que recata el rostro adrede,
Que es capaz de armar batalla
Él solo con diez y siete.
—¿Un soldado?
—Un caballero.
—¿Qué, es quien paga?
—Lo parece.
Que es un estrangero dicen
Que de aventurero viene.
—¿Trae gente en su compañía?
—Lanzas hasta veinte y nueve.
—¿Es frances?
—Flamenco.
—¿Amigo
De las batallas?
—No bebe.
—¡Cómo!
—Dél se cuentan cosas
Bien estrañas cabalmente.
Dicen que en vela contínua,
No se sabe cuándo duerme.
Que es sóbrio como una monja.
—¿Mas su nombre?
—No le tiene.
Solo el flamenco le llaman;
Siempre anda solo y le temen.
—¿Mas no se conoce de él?...
—Nada mas que lo que él quiere;
Y que es alto, recio, osado,
Y á lidiar dispuesto siempre. —

Callaron ambos judíos,
Y en raudo tropel la gente
Se agolpó sobre el camino
A victorear á sus reyes.

III.

Como seis dias despues,
Y hácia las dos de la tarde,
En el prado que en Madrid
Por San Gerónimo sale,
Armados hasta los dientes
Y cubiertos los semblantes,
Estaban dos caballeros

De una ancha tienda delante.
Detras de ellos apostados
En hilera formidable,
Hay hasta treinta ginetes,
Potentisima falange.
Y otros treinta caballeros,
Cuanto valientes galanes,
En varios grupos conversan
De su pompa haciendo alarde.
Donceles tienen sus lanzas,
Sus caballos tienen pages,
Siendo á la par todos ellos
Soldados y capitanes.
Detras hay una barrera
Que guardan con antifaces,
Otros doce caballeros
Sobre doce yeguas árabes.
A los lados dos andamios,
Uno con las armas reales
Y otro con las de Bretaña
Coronados de sitiales.
Otro andamio casi enfrente,
Y en él los jueces y grandes
Que han de pesar la justicia
Y la ley de los combates:
Y el resto cerca una valla,
Hasta dos arcos triunfales,
En que remata una liza
Que por la barrera se abre;
Banderas de mil colores
Se estremecen en el aire,
Que embalsaman ramilletes
De jazmines y azahares.
Lindísimas cortesanas
De cabellos de azabache,
Tez pálida y ojos negros,
Bajan el prado adelante:
Porque ¿qué son los jardines
En que las flores no salen,
Sino lo que son las fiestas
En que las damas no caben?
De ambas las tropas que aguardan
El duro y próximo trance,
Hablan en voces secretas
Ambos los gefes audaces;
Uno es Beltran de la Cueva,
Del otro nada se sabe,
Sino que con treinta lanzas
Con Don Beltran hizo parte.
Es de talla aventajada;
De nunca visto semblante;
Vigoroso asaz de miembros
Y de fuerzas sin iguales;
Una hacha de armas esgrime
Y una espada formidable,
Que los arneses mas recios
Desencajan y deshacen.
Cabalga un potro normando
Como sufrido pujante,
Que obedece á los impulsos
De dos largos acicates;
Y acostumbrado á la guerra,
En que há tiempo que le träen,
Mal le reprime el ginete
Al oir los atabales.
A su vez el caballero
Le acosa con voz tonante,
Como si el mismo caballo
A la misma par lidiase;
Y dicen que tan á tiempo
Le segunda, vuelve y parte,
Que un solo cuerpo lidiando
Caballero y corcel hacen.
Así Beltran de la Cueva
Le hablaba á este personage,
Y el flamenco respondia
Con razones semejantes:

D. Beltran. ¿Sereis firme?
Flamenco. Como un roble.
D. Beltran. ¿Lidiareis?
Flamenco. A toda sangre.
D. Beltran. ¿Nadie pasará?
Flamenco. Ninguno
Con espada ni con guante.
D. Beltran. ¿Y si el mismo rey se empeña?
Flamenco. Al rey, vive Dios, que mate
Y lleve su guantelete
En una pica hasta Flandes.
D. Beltran. Si como decís obrais
Temo que el campo no os baste.
Flamenco. Al tiempo lo recomiendo,
Y si la suerte me vale,
Vereis que mejor amigo
No hallareis para este trance.
D. Beltran. ¿Qué mote sacais?
Flamenco. Ninguno.
D. Beltran. Pues he visto á vuestro page
Un broquel con una letra.
Flamenco. Esa letra dice «Nadie.»
D. Beltran. ¿Es orgullo?
Flamenco. Es una historia.
D. Beltran. ¿De amoríos?
Flamenco. Y de sangre.
D. Beltran. ¿Sois príncipe?
Flamenco. No por cierto.
D. Beltran. ¿Sois huérfano?
Flamenco. Lo acertásteis,
Porque á ninguno sujeto,
Soy libre y la tierra grande.

Oyóse en esto el tumulto
De pífanos y atabales,
Y vióse la polvareda
Qué por el campo adelante
Envuelve á los que se acercan

Tras los pendones reales,
Que acabados los torneos
A Madrid vuelven triunfantes.
Cabalgó al punto Beltran,
Y cabalgando el de Flandes,
Asió broquel, lanza y brida,
Diciendo con voz pujante:
« A caballo! ¡Voto á Dios!
Y en torneo ó en combate,
No hay que dejar con espada
Desde san Miguel á nadie. »

—

EL PASO DE ARMAS

DE BELTRAN DE LA CUEVA.

I.

¡Espléndida cabalgada!
¡Caballeresco tropel!
La reina viene montada,
Y el rey la brida dorada
Asiendo de su corcel.
Vienen siguiendo sus huellas
Las cortesanas mas bellas,
Y á su vez los caballeros
Sirven de palafreneros
A los palafrenes de ellas.
Detras las literas vienen
Sobre esclavos orientales;
Los pages detras se tienen,
Y el órden al fin mantienen
Mil arcabuceros reales.
Todo es luego en derredor
Y detras pueblo y tumulto;
En el centro va el valor,
Y en la fiesta mal oculto
El orgullo y el amor.
Al valor pruebas le dan
Las cotas hechas pedazos;
Orgullosos todos van,
Y el amor probando están
Las empresas y los lazos.
Ondulan los martinetes
Asidos á las cimeras
De los ufanos ginetes,
Y usurpan tocas ligeras
El lugar de los almetes.
Y en vez de ferradas golas
Y de rojas banderolas,
Flotan en suelto equipage
Los velos blancos de encage
De las damas españolas.
Y de las sillas de guerra
Forradas de limpio acero,
Hasta tocar con la tierra,
Cuelga el que de amor encierra
Misterios cendal ligero.
No aprisionan los corceles
Guanteletes ni escarcelas,
Sí terciopelos y pieles,
Y ellos van libres y fieles
Sin temor á las espuelas.
Solamente mas severos,
Aunque no siendo mejores,
Tras el rey van altaneros
Pacíficos caballeros
Los nobles embajadores.
Y á sus personas prestando
Las atenciones rëales,
En rico y vistoso bando,
Sobre mulas van pasando
Obispos y cardenales.
Todo es lujo y altivez,
Todo es oro cuanto brilla,
Y osténtanse allí á la vez
Los hidalgos de mas prez
De Leon y de Castilla.
Todas las mejores lanzas
De ambos reinos acudieron,
Y descuidando sus danzas,
Osados en esperanzas
Diz que hasta moros vinieron.
Que para ostentar valor
Cualesquiera liza es buena;
Y el moro batallador
Sabe siempre que es mejor
Lidiar en cristiana arena.
Allí en los andamios miran
Sin máscaras las hermosas;
Sus alientos se respiran,
Y á sus miradas aspiran
Las hazañas generosas.
Por eso vienen ligeros
Sobre sus negros corceles
Diez árabes caballeros,
Silenciosos y severos,
Envueltos en alquiceles.
Su mirar rápido, incierto,
La negra barba crecida,
El corcel de oro cubierto,
Todo muestra la atrevida
Generacion del desierto.
Y aunque cuanto audaz cortés,
Culta en usos y lenguaje,
Siempre se alcanza á través,
De su magnífico arnés
Algo de orígen salvaje.
Llegaron ante la valla
Rey, pueblo y embajadores,
Y al son del clarin que estalla;
Van á ofrecer la batalla
Al rey los mantenedores.

Llego á sus piés Don Beltran,
Y dijole audaz : « Señor,
» Aquí mis nobles están,
» Que sus lanzas medirán
» Con vuestra lanza mejor.
» Y pues por encarecellos
» Vuestra real esplendidez,
» Fiestas quiso concedellos
» Para no ser menos que ellos,
» Hé aquí campo á nuestra vez.
» Como tan buenos vasallos,
» De las damas requerimos
» Las bridas de los caballos;
» Y pues á aquesto venimos,
» O combatir ó soltallos. »
Y echando el guante en la arena,
Brida volviendo á su gente,
El campo en torno resuena,
Con largo aplauso que llena
Cuanto el sol resplandeciente.
Aceptó el rey; y los vientos
Rasgando los atabales,
Fueron ocupando atentos
La multitud sus asientos,
Y los reyes sus sitiales.
Puestos los embajadores
A un lado y á otro los jueces,
Al son de los atambores
A los nuevos lidiadores
Requirieron por tres veces.
Lanzáronse hácia la liza
Hasta cuarenta ginetes,
Y en su línea movediza
El aura estremece y riza,
Crestones y martinetes.
Tascan espumoso el freno
Impacientes los bridones,
Henchir queriendo su seno
Con los belicosos sones
De que el aire tragan lleno.
Entonces desde una tienda
De los que el campo mantienen,
Al lugar de la contienda
Un caballo por la rienda
Dos pages bajando vienen.
Por si quisiera lidiar
Al rey le ofrecen corteses;
Advirtiéndole á la par,
Que mejor no le ha de hallar
Ni con mejores arneses.
Partieron los lidiadores
El sol de la liza igual,
Y al son de los atambores
Retados y retadores
Aguardaron la señal.

II.

Con la visera calada
Y los lanzones en ristre,
Los broqueles ante el pecho,
Sobre los estribos firmes,
Cerráronse á toda brida
Los lidiadores insignes
Los unos contra los otros
A la voz de los clarines.
Todo fué polvo un instante;
No se oye ni se distingue
Mas que el son que los aceros
En fiero compas despiden.
En honda y ansiosa duda,
En augustia indefinible,
Almas con ojos esperan
A que el polvo se disipe.
Es en vano que las damas
Al turbio palenque miren;
Todo entre el espeso polvo
Está en el campo invisible.
En vano sobre su escaño
Se levanta Don Enrique;
El polvo oculta á sus ojos
Los que vencen ó se rinden.
Se oye que abajo en la liza
La recia contienda sigue
Porque los gritos no cesan,
Y los golpes se perciben.
Unos gritan « Flandes. Nadie. »
« Al rey, al rey, » otros dicen;
Y las lanzadas se doblan
Y los tajos se repiten.
Ayes, lamentos, insultos,
Maldiciones, lelilíes,
Relinchos y cuchilladas
Todo á un tiempo se concibe;
Todo en tumulto espantable,
Todo en cenfusion horrible.
Todos los gritos se mezclan,
Y á gran pena se distinguen
Los de : « ¡ Cierra – ¡ Hiere ! — ¡ A ellos !
— ¡ Alá !—¡ Flandes ! —¡ Don Enrique ! »
Creyéndose al mismo tiempo
Por los cierra y los lelíes,
Que flamencos y cristianos
Contra sarracenos riñen.
Rodó al fin el polvo denso
Con las ráfagas sutiles,
Descubriendo la vergüenza
De los que la arena miden.
Pocos pudieron bizarros
Al encuentro resistirse;
Su mismo impulso fué causa
Del azar que les aflige.
Quedaron de entrambas partes
Tan solo trece que lidien,

Son los seis mantenedores
Los otros siete del príncipe.
De ellos hasta tres son moros
Que á los del rey bien asisten,
Con los alfanges sangrientos
Y los palafrenes libres.
Donde una espada se rompe,
Donde un yelmo se divide,
Do quier que un palmo se pierde,
O un caballo se reprime,
Allí la lanza de un moro,
Allí un alfange invisible
Hiere, acosa, rompe, vence,
Antes que se le adivine.
Algunos de entrambos bandos
Que levantarse consiguen,
Con los pomos y los puños
En el combate persisten.
Dan, cian, avanzan, vuelven,
Y ligeros como tigres,
Soltando el inútil hierro
Con los brazos se reciben.
Se abrazan y se sacuden,
Y se cruzan y se oprimen,
Quedando un momento inmobles
En duda de si respiren.
Y al fin de afanosa lucha,
Sin vencer y sin rendirse,
Ruedan abrazados ambos
Y cuartel ninguno pide.
Perdidos entre el tumulto
Tal vez aún se distinguen
Sus desperados esfuerzos,
Sus convulsiones horribles.
Hasta que el tropel sangriento
De los ginetes que viven,
Los envuelve enteramente,
Los separa ó los persigue.
Tocó el sol en occidente;
Y á la voz de Don Enrique
Pages entran en la liza,
Que los heridos retiren.
Despejado un poco el campo,
La liza de estorbos libre,
Quedaron lidiando siete
Sobre los estribos firmes.
Don Beltran con el de Flandes
Y un flamenco que le sigue,
Con un hacha á cuyos filos
Mal los broqueles resisten.
Lidian por el rey valientes,
Los ventajados en lides,
El marques de Santillana
Que negra armadura viste,
Don Juan Pacheco, que el mando
Lleva á medias con el príncipe,
Y el buen conde de Treviño
Del solar de los Manriques.
Con ellos guerrea un moro,
De cuya opulenta estirpe
Dan testimonio y no escaso
El negro corcel que rige,
El corvo alfange que empuña
Y el arnés con que se ciñe.
Mas todo está deslucido
Sin que oro ni acero brillen,
Que todo en polvo y en sangre
A puro lidiar se tiñe.
Don Beltran, rota una brida,
Con esfuerzos increibles,
Contra el moro y Santillana
Ve su salvacion difícil.
Las damas le victorean
Mostrando bien cuanto es triste
Que caballero tan bravo
Con tal desventaja lidie.
Los jueces están inquietos,
E indeciso Don Enrique,
Duda si el baston de mando
A tiempo en la arena tire.
Mas antes que esto suceda
Se oyó pujante y terrible
El grito con que el flamenco
«¡Flandes y nadie!» repite.
Y revolviendo el caballo,
Con ímpetu se dirige
Hácia el noble Santillana,
Que el campo á su empuje mide.
Entonces al de Treviño
Volviendo —«Aquí Flandes»— dice;
Y alzándose en los estribos
De entrambas manos se sirve.
Cayó del caballo el conde;
Y volviendo el que le rinde
Al soldado que le ayuda,
Le manda que se retire.
Quedaron pues dos á dos,
Cuatro valientes que piden
Una corona los cuatro,
Para los cuatro difícil.
Y bien merecen que en ellos
Su honor sus partidos cifren,
Porque no hay mejores brazos
Para que le depositen.
Pacheco y Beltran cayeron;
Pacheco asido á las crines,
Debajo está del caballo
Incapaz de desasirse.
Vino Don Beltran sobre él;
Mas los jueces que presiden
Dan por vencido á Pacheco
Y escuderos le permiten.
Mientras, agotando esfuerzos
Que parecen imposibles,
El árabe y el de Flandes
La lucha tenaces siguen.

Grita el flamenco —« Aquí Flandes.»
Y el árabe á cada quite
Entra y sale huyendo y dando
Siempre en duda y siempre libre.
En vano el flamenco acude
A cuanta fuerza le asiste;
El moro hace que el caballo
Pase, cruce, salte y gire.
Mas cansada su fortuna
A tiempo que ambos se embisten,
Al dar una huida el moro
Hace que el caballo pise
Tan en vago, que aunque diestro
Le levanta y le reprime,
Dobló las manos en tierra
Tocándola con las crines.
Esto que viera el flamenco,
Con empuje irresistible
Para adelante se viene
Sin que el moro alcance á herirle.
Cayó el de Flandes encima
Y aunque el caballo le oprime,
Asió con tal fuerza al moro
Que le acogota y le rinde.
  Tiró su baston el rey;
Y al son de los añalifes
Mandó que por los del campo
La victoria se publique.

III.

  Mientras á los piés del rey
De hinojos Beltran se pone,
Y el rey le tiende la mano
Porque con ella se honre,
A las puertas de la liza
La multitud agolpóse,
Para ver la cabalgada
Cuando á palacio se torne.
Bajaron de sus andamios
El rey, la reina y la corte,
Damas, caballeros, pages,
Obispos y embajadores.
De manos de los donceles,
Recibiendo los bridones,
Conducir de allí á las damas
Como enantes se proponen.
Asidos brida y estribo
Porque mas fáciles monten,
Por las hermosas esperan
Los caballeros mejores.
Púsose el primero el rey,
Y ya cortés se dispone
A dar la mano á la reina,
Cuando con audacia un hombre
Cejar haciendo al caballo,
Sin respeto se la coge.
« ¿Quién se atreve?... » dijo el rey;
Y en el rostro los colores
Tornando el gesto alterado,
Delante su vista hallóse
La brida asiendo al flamenco,
Que así osado le responde:
« Si pasais sin combatir
» Será sin guante ni estoque,
» Que he lidiado en el palenque
» Bajo de estas condiciones. »
  El rey Enrique, indeciso,
De arriba abajo miróle,
Dudando si por quien sea
Se lo tolere ó se enoje;
Pero por mas que á sus solas
Su pensamiento recorre,
Como él su rostro recata,
No sabe si le conoce.
Al fin fingiendo respetos
Por sus derechos, cedióle,
Ya su razon otorgando,
Ya por secretas razones.—
Tendióle la mano y dijo:
« Loor á los vencedores!
» Tomad lo que habeis ganado,
» Que en efecto anduve torpe.
» ¿Quién sois?
                —*Nadie:* esa es mi empresa.
—¿Es vuestra cifra?
                —Es mi nombre.
—Sois valiente, y no os atañe
Por vida mia ese mote.
—Ya dije que es nombre propio,
Y no le merezco noble.
—¿Cómo pues?
                —Porque he vendido
Mi honra y mi nobleza á un hombre.

  Tornóle á mirar el rey,
Y tras cortas reflexiones,
Con sonrisa ambigua dijo:
« Id adelante, » y siguióle.

—

RECUERDOS.

  Es una noche tranquila,
De esas azules serenas,
En que de la luna apenas
La pálida luz vacila.
  Algunas nubes errantes
Por medio el espacio flotan,
Que así de la luna embotan
Los resplandores brillantes.
  La brisa fresca que vaga
Los árboles estremece,

Y segun se estingue ó crece,
Crece el murmullo ó se apaga.
  Noche espléndida y serena
Que al hombre á pensar convida,
Y en que resbala la vida
De gozo y pesar ajena.
  En que absorto el pensamiento
En vaga meditacion,
Halla una blanca ilusion
En cada arruga del viento.
  Nada ve el ojo aunque mira,
Oye el oido y no escucha,
Y consigo en débil lucha
Triste el corazon suspira.
  Una noche clara y pura
En que, contemplando el cielo,
Crece en el alma el consuelo
Y hechiza hasta la amargura.
  Noche en que se ve á lo lejos
Con el fulgor de la luna,
La ilusion de la laguna
En argentinos espejos.
  En que se ve el bosque umbrío,
Cual un escuadron gigante,
Y cual rastro centellante
La cinta blanca de un rio.
  Noche en que prestan á una
Blando perfume las flores,
Música los ruiseñores
Y resplandores la luna.
  De esas noches que una vez
Todos los hombres gozaron,
Y á cuya luz recordaron
Los sueños de la niñez.
  De esas noches, cuya historia
Dura en el alma escondida,
Página de nuestra vida
Pegada á nuestra memoria.
  Oyendo el tropel sonoro,
Con que en murmullos suaves
Aduermen hojas y aves
Y aguas, el campo del moro,
  Un hombre sobre una peña
Se alcanza en la oscuridad;
Mas no se alcanza en verdad
Si aguarda, medita ó sueña.
  Se percibe allá en la oscura
Sombra negra alguna vez,
La movible brillantez
De su límpida armadura.
  Se oye entre las yerbezuelas,
A cada sacudimiento,
El brusco estremecimiento
De sus ásperas espuelas.
  Dolientes suspiros lanza
Del ánima dolorida,
Tal vez por la antigua vida,
O acaso por su esperanza.
  En esto en una alta torre
Que al campo del moro cae,
Por do Manzanares trae
Sus corrientes, cuando corre,
  Vagó sobre el aura leve
Voz tan dulce y lastimera,
Qué atenta el aura ligera
Por oilla no se mueve.
  A aquel suavísimo son
El caballero escondido
Ansioso prestó el oido,
Hízose todo atencion.
  La voz que oye limpia y blanda
En estribillo amoroso,
De un amador licencioso
Nuevas al viento demanda.
  Y es tan suave y tan flexible,
Y tan tierna en su cantar,
Que intentarla remedar
Fuera á otra voz imposible.
  Ya apagada, ya sonora,
Ya trémula, ya segura,
Como la fuente murmura,
Como la tórtola llora.
  Ya es un canto ronco y vago
Sin tema sobre que acuerde,
Como un aura que se pierde
Entre la niebla de un lago.
  Ya es alegre y peregrina
Una voz tan infantil,
Que no envidia en lo sutil
Tonos á la golondrina.

  ¿Es ilusion mentirosa,
O es tremenda realidad
Ese sueño de otra edad
Mas bella y mas dolorosa?
  ¿Porqué estremecido miras
Esa torre solitaria,
Y al rumor de esa plegaria
Con pesadumbre suspiras?
  ¿Qué oyes, caballero, di,
En ese son misterioso,
Que el zéfiro vagoroso
Arrastra ufano hasta tí?
  ¿Ese que gime en el viento
Sonido despertador,
Es un recuerdo de amor,
O es tenaz remordimiento?
  ¡Ah! el pensamiento perdido
Incapaz de decidir,
Vacila entre el porvenir
Y las sombras del olvido.
  Y aunque aquella voz se exima
De mas cercana inspeccion,
Bien sabe su corazon
Que aquella voz le lastima.

¿Quien vivirá en esa torre
Que canta tan dulcemente,
Mientras suena mansamente
El Manzanares que corre?
Porque aunque á veces en ella
Oyó que en trova confusa,
La voz de quien canta acusa
Los rigores de su estrella;
Aunque á veces triste canta
Lastimado son de duelo,
Cual queriendo enviar consuelo
Al corazon, la garganta,
Oyó tambien que suspira
Tan amantes cantilenas,
Que si canta entre cadenas
No canta, sino delira.
Cesó la voz de repente,
Y sobre el césped mullido
Oyóse un pié contenido
Que va cautelosamente.
Cada vez mas cerca está...
Púsose en pié el caballero,
Y requiriendo el acero
Preguntó firme: ¿Quién va?
A sus rayos argentinos
La luna dejóle ver
Un page que echó á correr
Dando vuelta á unos espinos.
—¿Sois vos (le dijo llegando)
Nadie en Flandes, mucho aquí?
—Mucho te han dicho de mí.
—Pues á vos vengo buscando,
Seguidme.
—¿A donde?
—¿Temeis?
Dijeron que erais valiente.
—Mas fiarse no es prudente
Del primero...
—Bien haceis.
Dios os guarde: á decir voy
Que os propuse una aventura,
Y desechó por mesura
Vuestra prudencia la de hoy.
—Mucho sabes, pagecillo.
Ve delante.
—Pues de mí
No os separeis, por aquí.
—¿Dónde vamos?
—Al castillo.
Y de un torreon en el centro
Postigo oculto buscando,
Entraron ambos cerrando
La portezuela por dentro.

—

FAVOR DE REY.

—

En medio de un aposento
Que el rey Enrique eligió,
Para secreto teatro
De sus comedias de amor:
Él y Beltran de la Cueva
A quien con prisa llamó,
Están, Don Beltran en pié,
Y él tendido en su sillon.
Decora del gabinete
El magnífico interior,
Cuanto de rico y espléndido
Monarca jamás juntó.
Cuelga una lámpara de oro
Del cincelado arteson,
Forrados en terciopelo
Los muros en derredor,
El pavimento de alfombras
Esquisitas se vistió,
Y sobre el rey pende inquieto
De plumas un pabellon.
Delante tiene á una fiesta
Preparado un velador,
Cual le anhelaran cubierto
La codicia y la ambicion.
Copas y cubiertos de oro;
Bajilla que cinceló
Diestro artista, á quien por ella
Dieron riquezas y honor.
Y á su lado entre perfumes
En pródiga ostentacion,
Doble y superior servicio
Sobre un ancho aparador.
Siguiendo el rey y el privado
Su rota conversacion;
El vasallo respondia,
Preguntándole el señor.
—¿Con qué lloraba?
—Doliente
En mis brazos se arrojó
Diciendo: «¿Es él quién lo manda?»
—¿Y qué respondisteis vos?
—Que en ello vuestros mandatos
No admitian dilacion.
—Muy bien dicho. Y á esa órden
¿Ella qué dijo?
—Señor......
—Sin escrúpulos decid,
Beltran, que en esta ocasion
Si alguien debiera tenerlos,
Vos cabalmente no sois.
Mas os juro por mi vida
Que no me acosa el menor;
Por el bien de mis vasallos
Tengo en esto obligacion.

Con que ¿qué dijo?
— En injurias
Su lengua se desató.
—¡Ola, ola!
— Lamentando
Vuestra inconstancia en amor.
— No fué mucho, Don Beltran;
Pere ya, gracias á Dios,
Tenemos algo de mundo
Y ha tiempo uso de razon.
Y ¿qué mas?
— Roja de rabia
Mal caballero os llamó,
Indigno de vuestra estirpe,
Hipócrita y seductor.
— Ese ya es otro cantar,
Buen Beltran, mas tengo yo
Para mí que el injuriarme,
Era pedirme perdon.
— A vuestro real pensamiento
Sin oponer la menor
Contradiccion, yo os dijera
Que me asiste otra opinion.
— Cómo decid.
— Doña Ines
Por ultrajada se dió,
Y serenándose al punto:
« Bien, caballero, sois vos
(Me dijo con voz resuelta)
Mi guarda ó mi conductor?»
— ¿Y vos?
— Señora, la dije,
Otro el rey os preparó.
— ¿Y ella?
— Añadió: « Pues decidles
De mi parte á ambos á dos,
Que apresuren nuestro viage
Que estoy pronta y noble soy;
Y al rey en particular,
Que escuse toda ocasion
De sincerarse, que siento
Tal desprecio por su amor,
Que si al paso se me pone
Ni aun he de mirarle yo. »
— Bravamente lo ha pensado
No lo hiciera yo mejor.
¡Pobre muchacha! En las redes
Que la he tendido cayó.
Callaron por un instante
El privado y el señor,
En consulta cada cual
Con su propia reflexion.
En esto confusamente
Del muro en el interior,
Con misteriosa cautela
Llamada ó seña sonó.
— ¿Han llamado?
— Si por cierto.
— Ellos serán.
— Si señor.
—Abrid y en mis conjeturas
Ayúdeme el vino y Dios.
Con un oculto resorte
Don Beltran la puerta abrió,
Y entraron por ella un page
Y el flamenco vencedor.
Tendió el flamenco la vista
Sin señal de turbacion,
Por todo cuanto le alumbran
Las luces en derredor.
Y sereno, altivo, inmóvil,
En la misma posicion,
Con la visera calada
Callando se conservó.
—Venid, le dijo dejando
El monarca su sillon,
Venid al igual conmigo,
Ilustre batallador.
Aliviaos de esos hierros,
Ocupad ese sillon,
Y tendedme vuestras manos,
Que á fe que me harán honor.
Beltran, que sirvan la cena;
Y en tan dichosa ocasion
Chipre, el Vesuvio y Falerno
Nos presten gozo y valor.
¿No os sentais? — El desconocido
Sin moverse respondió:
—Yo soy un aventurero
Que por mis desgracias voy
Cumpliendo una penitencia
Que me han impuesto, señor.
No puedo mostrar mi rostro,
Mi nombre, ni mi blason,
Sino al hombre que me venza
En las armas superior;
Y entonces será pidiéndole
En nombre del sumo Dios,
Que me pase compasivo
Con la daga el corazon.
—Caballero, pues que todo
Me convence que lo sois,
Díjole el rey, ¿no pudieran
Alzar ese voto en vos
La voluntad de los reyes,
Ni aun por haceros honor?
Porque en verdad que me aflije
Al daros por galardon
Mi amistad y mi palacio,
No saber á quien los doy.
—Por respeto á mi rey solo
Voy sin ventura, señor;
Ved si estimo vuestras dádivas
Como de quien ellas son.
Miró al caballero el rey
Con ojo escudriñador,

Y comprimiendo los labios
A Don Beltran los volvió
Diciendo: — ¡Cómo ha de ser!
La voluntad es de Dios.
Mas ya, señor caballero,
Que la suerte me privó
Del placer que me esperaba,
Pediros quiero un favor.
—Será mandato, y cumplirlo
En mí será obligacion.
—Jurad que lo cumplireis.
—Jamas he jurado yo;
Que tengo en mas mi palabra
Que el juramento mejor.
—Dispensad, que anduve torpe;
Concededme por perdon
Un brindis.
—Eso mas bien,
Con mil amores, señor.
Llenó Don Beltran las copas,
Una cada cual tomó,
Y alzándose la visera
El flamenco lidiador,
Encubiertas las mejillas
Con un antifaz mostró.
—Engañásteis mi esperanza,
Díjole el rey.
—¡Ah señor!
Para encubrir mi desdicha
Es doble mi precaucion.
—¿Y quién tanta penitencia
A imponeros alcanzó?
—Mi vergüenza.
—Y ¿por qué trazas?...
—De una muger se valió.
—Basta y brindad, caballero;
El que buscaba sois vos.
Bebieron ambos: la mano
El monarca le tendió;
Y ahora, le dijo, escuchadme,
Si os place, con atencion.
¿Quereis llevar en secreto
Una dama de alto honor
A Portugal?
—A la misma
Constantinopla, señor!
Centellándole los ojos,
El hidalgo respondió.
—Está bien.' Beltran, mis órdenes
Llevad á esa dama vos;
Que al punto partan. —Tomad.
En ese pliego que os doy
Encontrareis, caballero,
Mi voluntad superior.
En pasando la frontera
Le abrireis; y en tanto no,
Ni vos ni nadie á la dama
Mantenga conversacion.
Ved que en ello os va la vida,
Pues gentes os daré yo
Que os velen y os acompañen
Por mi reino.
—Eso, señor,
Mas es castigo que premio.
—Negocios de corte son,
En que á par necesitamos
Yo prudencia y vos valor.
De vuestros treinta ginetes
Hasta diez irán con vos;
Los demas á la frontera
Los enviaré luego yo.
¿Comprendisteis?
—Comprendí.
—¿Prometeis?...
—Delante á Dios.
Os aseguro que nunca
Mi ventura fué mayor.
—Ah, mirad, se me olvidaba:
Este pequeño cajon
Llevareis á su destino.
—Decidme su dueño.
—Vos.
Es un presente que os hago,
Que os probará, salvo error,
Que es mi memoria tan larga
Cuanto la vida en los dos.
Con que si os cumple, brindemos
A vuestra vuelta.
—Señor,
Nadie cuenta con su suerte.
—No me la aseguro yo;
Mas si á mi España volveis
Tal vez halleis lidiador
Que os arranque vuestro nombre,
Sin ver vuestro corazon.
A vuestra salud, hidalgo,
Y á que nos ayude Dios.
El rey apuró su copa,
Y apartando el pabellon,
Por una puerta secreta
Del gabinete salió.

—

CONCLUSION.

Es una tarde nublada
Que espléndido el sol no alumbra,
Velado entre las neblinas
Que el cielo cóncavo enlutan.
Recio y norte sopla el viento,
E interceptada y confusa
La vista á distancia corta
Los objetos no columbra.
Es un estrecho camino

Dó entre la arena menuda
Brota á pedazos un césped
Que la marcha dificulta;
Y por entrambos sus lindes
Mecen sus ásperas puntas
Zarzas que guardan con ellas
Frutos que nunca maduran.
Por él á rápidos pasos,
Temiendo lo noche oscura,
Las fronteras españolas
En triste silencio cruzan
Una dama en su litera
A la merced de dos mulas;
Un caballero que el rostro
Bajo el capacete oculta,
Y hasta cuarenta ginetes
Que les custodian la ruta.
Apenas en Portgual
Fijaron planta segura,
Oyóse del caballero
La pujante voz robusta.
«Alto, dijo; nadie pase.
Cada cual consigo cumpla;
Los españoles á España.
Y mis gentes aquí juntas.»
A este mandato obedientes,
Como cosa en que no hay duda,
Los de España saludando
Tornan á su España grupas,
Y á la espalda los flamencos
De su capitan se agrupan.
Este, entonces, con la risa
En sus labios insegura,
Esclamó: «Ya está en mis manos
»Su secreto y su fortuna.
»Enrique, si en esta dama,
»Que en verdad lo será tuya,
»A aclararme tu vergüenza
»No sirve cuanto discurra,
»Me libro de mi palabra
»Pues mi razon me disculpa
»Y á recibir te prepara
»Por tus injurias, injurias.»
Y rasgando el sello real
Que el pergamino le oculta,
Leyó estas negras palabras
Escritas de la real pluma:

«Mi valiente aventurero,
Don Rui Pero Sandoval;
Pues segun me son testigos
Las justas de Don Beltran,
Tanto os place los corceles
De nuestras damas guiar,
Ahí llevais á Doña Ines
A quien en Dios y en verdad
Podeis á donde os contente
Desde este punto llevar.
Y porque memoria mia
No os falte desde hoy jamás.
El regalo que me hicisteis
En ese cajon llevais.
Mas os prevengo que cauto
No entreis en Castilla mas,
Que en ella os espera una horca
Mas alta que la de Amán.»

Los ojos desencajados,
La lengua en la boca muda,
Contemplando el pergamino
Que entre las manos estruja,
Quedó el duque Don Rui Pero
Sin intencion que le acuda.
Volviendo al fin en su acuerdo
Víctima de interna lucha,
Con que le acosan á un tiempo
Los recuerdos y las dudas,
A la litera lanzóse,
Y asiendo las vestiduras
De la dama, á viva fuerza
Sacándola la pregunta:
—¿Quién sois? Por Cristo bendito
Que lo diga y se descubra.
Ella de dolor transida
A tales voces se turba,
Y el duque la arranca el velo
Cogiéndole de las puntas.
Blasfemó el duque; y asiendo
Con mano audaz é iracunda
El cajon que le dió el rey,
Le estrella en la tierra dura.
Rodó por el campo estéril
Una cabeza insepulta.
Desmayóse Doña Ines,
Corrió una lágrima turbia
Por los párpados del duque,
Mas amarga que cicuta;
Y en el solemne silencio
De aquella tragedia muda,
De entre un pabellon de nubes
Pálida asomó la luna.

LAS DOS ROSAS.

En un escondido valle
Hay todavía una torre
Vecina al Carrion, que corre
De chopos entre una calle.
Castillo dicen que fué
Poderoso, mas ya apenas,
A través de dos almenas,
Su ilustre orígen se vé.

Tendidos sobre una altura
Vense un torreon y un muro,
Pero en monton tan oscuro
Que medrosa es su figura.
Brota á sus piés sin respeto
Espeso zarzal salvage,
Cuyo espinoso ramaje
Vejeta al peñon sujeto.
Ya no hay ni mojon ni senda
Que á su rastrillo conduzca,
Ni puerta en que se deduzca
Que hay dentro quien le defienda.
Allá por algunos trigos
Que crecen en derredor
De su ruina y su dolor
Imperturbables testigos,
Hay paredes que á pedazos
Están mostrando que ayer
Pudieran bien mantener
Un pueblo sus rotos brazos.
Hoy en pajiza cabaña
Vela un pastor el misterio
De aquel corto cementerio
Que el agua del Carrion baña.
Allí una generacion
Duerme tal vez escondida...
Así de la amarga vida
Las cosas frágiles son!
Sin curar de historias viejas
Al son de tosco estribillo,
Él encierra en el castillo
Por la noche sus ovejas.
El agua y el tiempo pasa
Y él no pasa de pastor;
Pues no ha de ser su señor,
Poco le importa la casa.
Al preguntarle qué fué
La techumbre á que se acoge,
Hombros y labios encoge,
La mira y dice «no sé.»
Los dias que van pasando
La colina gastarán,
Y al cabo concluirán
El castillejo enterrando.
Entonces ya de la historia
Del edificio primero,
Ni el pastor ni el pasagero
Tendrán confusa memoria.
Apiñada en un hogar
En derredor de la lumbre,
Desvelada muchedumbre
Acaso la oirá contar.
Contarála un peregrino
A quién tal vez por su cuento
Darán escaso alimento
Para seguir su camino.
Y yo que siempre miré
Como un viage nuestra vida,
Por historia entretenida
Del olvido la saqué.
Si rebelde vuestra alcoba
Mal que pese á vuestro empeño
Os ahuyenta el blando sueño,
Yo voy á entonar mi trova.
Escuchadla; y si al calor
Os dormís de vuestra almohada,
De una noche sosegada
Sois deudores al cantor.

—

El sol del medio del cielo
Brillantes rayos despide,
Que del Carrion reverberan
Entre las ondas humildes.
Engrosadas van ahora
Con las nieves que derrite
En las crestas de las sierras
Con que Castilla se ciñe;
Y entrambas riberas bordan
Con duros hielos que oprimen
Los restos que dejó mayo
De sus céspedes sutiles.
Altos y desnudos chopos
Las orillas le dividen
Que al agua las ramas tienden
Porque en el agua se miren,
Y ellas ufanas pasando
Por la sombra que reciben
Con blando murmullo lamen
Los troncos y las raices.
Es un dia puro y diáfano
Cuanto diciembre permite
Que en su mustia presidencia
El sol del invierno brille.
Alegre, cuanto alegrarse
Es permitido á los tristes,
Diáfano cuanto la niebla
A un sol sin fuerza se rinde.
Y es un pueblecillo oculto
Tras una peña, en que firme
Estriba un alto castillo
Que de protector le sirve.
Dos esquilones agudos
En disonante repique
El toque de mediodía
Al aire en calma despiden,
Y en medio están de la plaza
Cuantos hidalgos la viven;
Los sombreros en la mano
Inclinadas las cervices.
Las mugeres, apartadas
Sus labores mugeriles,
Esperan devotamente
Que los hombres se santiguen.
Los muchachos impacientes
A hurtadillas se sonrien

Por mas que les amonestan
Los viejos que les imiten.
En un balcon de una casa
Que mas alto nombre pide,
Por los roidos escudos
Con que sus paredes viste,
Por los vidrios que al sol dejan
Que su interior ilumine,
Y los calados de un arco
Que mal al tiempo resiste,
Hay dos personas que, vueltas
De espaldas al sol, impiden
Que se alcance desde abajo
Si rezen ó si platiquen.
Una es (con soles por ojos
Y por labios alelíes)
La mas hermosa villana
Que con hidalgas compite;
Rosa nacida en el campo
Entre zarzales y mimbres,
Pero á quien ceden vencidas
Las rosas de los jardines.
Ufanos la engalanaron
A porfía los abriles,
Con cuantas juntaron gracias
Uno tras otro hasta quince.
Diéronla negros cabellos,
Cútis que afrenta á los cisnes,
Dentadura igual y enana,
Cuello torneado y flexible.
Orlan sus párpados blancos
Largas pestañas sutiles
Coronadas por dos cejas,
Arcos que enojan al iris.
Cintura escasa, alto pecho,
Pié breve, resuelto y libre,
Y dos manos que semejan
Ramilletes de jazmines.
Bellísima es la tal Rosa
Por mas que el pueblo critique
El orgullo con que ostenta
Sus encantos juveniles.
Las mozas que se recata
De sus amistades dicen:
Que es la inconstancia escesiva
Con que desprecia á quien rinde.
Las viudas que es demasiada
La libertad con que vive,
Y muchos los forasteros
Cuyas visitas admite,
Y las viejas de su madre
Murmuran que las recibe
Con audacia escandalosa
Y confianza reprensible.
Mas Rosa y Brígida en ellas
Con tan poca cuita siguen,
Que si estos murmullos oyen
Se deleitan en oirles:
Por eso tan cortesano
Baja Don Bustos Ramirez
Diariamente á su casa
Del castillo en que reside.
Baron altanero y mozo
Afortunado en las lides,
Cuyas riquezas esceden
A lo ilustre de sus timbres.
Dejó há poco de la corte
La perezosa molicie,
Las damas voluptüosas
Y los ruidosos festines
Por la calma de sus tierras,
Donde su presencia exigen
Los negros ojos de Rosa
Que diz que en los suyos vive.
Es cierto que se susurra
Que un mancebo que la escribe,
Palabra de casamiento
Tiene de ella, y que es difícil
Que la renuncie si vuelve,
Lo que es tal vez muy posible.
Mas Don Bustos es mancebo
De nobilísima estirpe;
Baron que manda vasallos,
A quien escuderos sirven,
A quien pages acompañan,
Y á quien mucho el rey distingue.
Es señor de horca y cuchillo,
Rey en aquellos confines,
Y á quien plebeyos é hidalgos
Pecho y homenage rinden.
Y no es otro el que con Rosa
Sobre el balconcillo sigue
Dando á la plaza la espalda
Mientras que dura el repique.
Al fin santiguado el monge
Que el templo del lugar sirve,
Cada cual tornó á su espera,
Y á sus requiebros Ramirez.
Apoyado sobre el codo
Deja que el cuerpo se incline,
Guardando tras una mano
Una mejilla invisible;
Y á favor de esta postura
Al pueblo curioso impide
Que le aceche las palabras
Que á la muchacha dirige.
En la espresion inefable
Con que Rosa le sonríe,
Bien se ve que en vez de enojos
Satisfacciones recibe.
Ni menos de sus palabras
El castellano se aflige,
Pues cuanto ella mas tolera
Mas él confiado insiste.
Él platica: ella le escucha
Sin que altanera le esquive,

Y él mas se la acerca osado
Cuanto ella oyéndole sigue.
Hubo un instante de aquellos
Que el amor llama felices,
Que con el alma se sienten
Y con el alma se miden,
En que los ojos de Rosa
Tomaron indefinible
Una espresion que imitaba
El gozo en los serafines.
Brotáronle de ambos ojos
Sobre los puros matices
De ambas mejillas, dos lágrimas
Ardientes, irresistibles.
Y apenas aparecieron,
Cuando rápido Ramirez,
Secando una con sus labios,
Así imprudente la dice:
« Mañana serás mi esposa.
—Señor!
—Mañana.
—¿Es posible?
—Aquí mi palabra empeño.
Mañana es fuerza que brille
Mi castillo con tus ojos,
Con tu hermosura mi estirpe.»
Bajó, esto dicho, á la plaza
El impetuoso Ramirez,
Y al monge y al pueblo atento
Estas palabras dirige:
«Esta noche pueblo y valle
Con hogueras se ilumine:
Que redoblen los panderos
Y las campanas repiquen;
Que se remedien los pobres,
Que se consuelen los tristes,
Y todos á mis festejos
Desde ahora se conviden.
Mis aparadores cerquen,
Mis anchas cubas despiten,
Mis tesoros se repartan
Y se embriaguen con mis brindis.
Vasallos, de hoy por tres años
Quedais de tributos libres,
Y de este modo mis bodas
Se dispongan y publiquen.»
Rompió en aplausos la gente
Que su largueza bendice,
Y los vivas se redoblan
Y las gracias se repiten
« Dádselas á la hermosura, »
Dijo Don Bustos Ramirez,
Señalando á las ventanas
De donde ella le despide;
Y aplicando las espuelas
Al negro potro que rige,
Hace que en rápido escape
Al parque le precipite.

Quedó aplaudiendo la plebe
Agradecida y humilde,
Y Rosa aun en sus ventanas
Muy mal su orgullo reprime.

—

Algunas horas despues,
Ya bien entrada la tarde,
La tierra entregada en brazos
De las nieblas impalpables,
De una lámpara de cobre
A los rayos desiguales,
Lee Rosa unos pergaminos
Que acaba de darla un page.
Pasaban sus negros ojos
De orgullo y placer radiantes
De un renglon á otro renglon
Sin apenas descifrarles.
Los labios la sonreían,
Y trémulos dilatándose
Por lo bajo murmuraban
Sonidos de cada frase.
Una caja de olorosa
Madera tiene delante,
Y de un cordoncito de oro
Pende en su diestra una llave.
Dobló alegre el pergamino,
Y agradeciendo el mensaje,
Despidió al buen mensajero
Y á voces llamó á su madre.
Subió la vieja asustada,
Recelosa de algun lance
Que en parientes ó en amigos
La fatal carta anunciase.
Mas apenas en el cuarto
Puso los piés vacilantes,
Rosa, cerrando la puerta,
Díjola palabras tales:
« Entrad. Nuestra es la fortuna;
De contento no me cabe
En el pecho el corazon,
Ni atino cómo esplicarme. »
Brígida, esclamó angustiada:
« Por Dios, muchacha, que acabes,
Que tengo el alma en un hilo.
—Esta llavecita la abre.
—¿Pero qué se abre?
—Esa caja.
—¡Válgame el cielo! ¡diamantes!
—Sí por cierto.
—¿Y quién...?
—Es mia.
—¿Quién te la ha dado?
—Ese page.
—¿De Don Bustos?
—De Don Bustos.

—Y tomarla es...
—Indudable.
Es el regalo de bodas
Que el de Ramirez me hace.
—¡ De bodas !
—¡ Pues si me caso !
—Muchacha ! Vas á matarme
Con tanto rodeo. Acaba.
—Por Dios que sois torpe, madre.
¿Si la caja es de Don Bustos,
Con quién quereis que me case
Sino con él?
—¿Con tan alto
Baron piensas enlazarte?
—¿Qué me falta para ello?
¿No son mis ojos bastante
Para que pueda mi frente
Con su corona igualarse?
¿No soy hermosa?
—Eso sí.
—Oh! y no porque yo me alabe,
Pero si encuentra otra Rosa,
No digo yo en todo el valle,
Sino en la corte, en España,
Si la encuentra... que se case.»
Y así diciendo, á un espejo
De reojo contemplándose,
Desplegaba una sonrisa
Que diera envidia á los ángeles.
Víala la pobre vieja
Sin que apenas la bastasen
Para darla entero crédito
Ni su accion ni su lenguaje.
Rosa en tanto, alta la frente,
Los ojos de una á otra parte
Inquietos y desdeñosos,
Altivos los ademanes
Despreciando hosca y soberbia
Cuanto en torno suyo trae,
La magestad ensayaba
Que es forzoso que acompañe
A quien ha de ver un dia
Sus vasallos humillarse,
Y hacer á la plebe grupos
Para verla cuando pase.
Despues de largo silencio
Que duró por ambas partes
Cuanto bastó á su esperanza
Para alzar torres al aire,
Y amasar en sus adentros
Tan rápidas novedades,
A Rosa para engreirse,
A la otra para asombrarse;
Asiéronse de la caja,
Y dando vuelta á la llave
Atónitas empezaron
A gustar las realidades:
Allí ricos brazaletes
Y diademas y collares;
Allí amatistas y perlas,
Cornalinas y corales;
Probáronse los anillos,
Las pulseras de brillantes:
No quedó nada por verse
Ni nada por admirarse;
Todo pareció á propósito
Hecho para aquel instante;
Todo era espléndido y rico,
Nada pequeño ni grande.
« Esta guirnalda, decian,
Para el dia en que te cases.
—Sí, el collar por la mañana,
La diadema por la tarde.
—¡ Linda estarás !
—Ya vereis
La vez primera que baje
A visitar á mi pueblo.
—¡ Hechicera !
—¡ Oh admirable !
—¿Y qué dirán esas moñas
De hidalguillas?
—Dejad que hablen.
Ya me besarán la mano.
—Eso sí, por mas que rabien.
—Se arañaran por un dije
Si yo se le regalase.
—Mal hicieras.
—Ah, ni un hilo
Para esas villanas, madre! »
Aquí llegaban gozosas
Cuando oyeron en la calle
Un caballo que en la plaza
Entraba á resuelto escape:
Paróse á su misma puerta,
Sintióse despues el grave
Rechinar de los portones
Y volver luego á cerrarse.
« ¡ Él es !
— ¿Quién?
— Don Bustos.
— Vaya!
—Pronto: Salid á alumbrarle.
Mandad que el potro le tengan,
Que le piensen y descanse.»
Y asiendo la lamparilla
Temiendo que el tiempo falte,
Fuése hácia la puerta Rosa
Que hasta la escalera sale;
Pero antes que al picaporte
La linda mano llegase
Abriéronla por de fuera,
Y con pena de hija y madre
Entró cubierto de lodo,
Sangrientos los acicates
Y armado hasta los bigotes
Su pariente Pedro Ibañez.

Quedo estupida la vieja ;
Tornóle Rosa el semblante,
Y el tendiendolas los brazos
Dijo : « Yo soy, abrazadme »
Dejó la luz la muchacha
Y del mozo retirándose,
Replicóle : « Bien venido
Pero, has llegado muy tarde. »

—

Asentados en silencio
En derredor de la mesa
Están Ibañez y Rosa,
Él triste, y mohina ella :
Rosa los ojos clavados
En el techo, airada muestra
El disgusto con que á Ibañez
En aquel punto contempla.
Y en vano del bello mozo
La vaga mirada inquieta
Las miradas de la ingrata
Porque se encuentren acecha.
En vano tras de la lámpara
Se ampara en la sombra negra,
Y la ocasion esperando
Los ojos le reverberan.
En vano sobre el asiento
Se revuelve y se impacienta,
Haciendo á cada postura
Que rechine la madera;
En vano desenlazando
Del almete las correas,
Sacudió como al descuido
De la gola entrambas piezas;
En vano al asir la espada
Tropezó con las espuelas,
Y retumbó el aposento
En rápido son de guerra.
Rosa ni por reprenderle
Ni por saludarle atenta,
Sobre el mancebo los ojos
Bajó un instante siquiera.
De la habitacion en torno
De uno á otro objeto los lleva,
Cual si fuese inventariando
Todos cuantos hay en ella.
Viga á viga midió el techo,
Liston á liston la estera,
Contó al parecer los vidrios
De la alcoba y de las puertas,
Los pliegues de su cintura,
Las rayas que hay en la mesa
Y las líneas que sus manos
Por ambos lados presentan.
Escuchó el silbar del cierzo
Que revuelve la veleta,
El rumor de los que pasan,
La bulla de las hogueras.
Todo lo que no es Ibañez
Parece que la interesa,
Hasta el son con que la lámpara
Húmeda chisporrotea.
Pero el mozo allí se está
Y arrobado la contempla,
Y dos lágrimas de fuego
Por las mejillas le ruedan.
Cansado ya de esperar,
Y desesperado de ella,
Díjola con voz tan blanda
Que contestáran las piedras :
« ¿ Qué es aquesto, vida mia?
Rosa, ¿qué mudanza es esta?
Tú al partirme me llorabas
¿ Y te enojas con mi vuelta? »
  Rosa callando seguia,
Y él siguió de esta manera :
« Héme aquí que vuelvo honrado,
Mas tal vez que lo merezca,
Amigo de los valientes,
Querido en la corte mesma.
Pensé merecerte ahora,
Y he conseguido licencias
Para casarme contigo
Y alejarme de la guerra. »
  Rosa callando seguia
Como á quien oir le pesa,
Dando entre las blancas manos
A los ceñidores vueltas.
Ibañez, apenas dueño
De su rebelde paciencia,
Entre ofendido y colérico
Aguardaba una respuesta,
Hasta que viendo que Rosa
Toda agotársela intenta,
Con sordo acento la dijo
Zelosos ojos tendiéndola :
« Si las nuevas que hube tuyas
Cuerdo estimase por ciertas,
Vive Dios que no tornara,
Rosa ingrata, para verlas.
Si pensara yo que imbécil
El oro te enloqueciera,
Trajera cuanto mi lanza
Para los cobardes deja :
Y si que ansiabas supiese
Honras de vana nobleza,
Prendiera yo al condestable,
Y conde ó marques volviera.
Pero yo te quise, Rosa,
Aunque altiva no opulenta,
Y pensé que por valiente
Simple hidalgo me quisieras. »
  Rosa á este punto dejando
El sillon en que se asienta,
Díjole : « Ibañez, dejemos
Semejantes controversias :

Si te quise y no te quiero...
—¡Por Dios vivo!...
— Ten la lengua.
Mañana mismo me caso;
Y por súplica postrera
Espero que de este pueblo
Partas esta noche mesma.
Seré inconstante, traidora,
Liviana... cuanto tú quieras.
Pero lo tengo pensado
Y estoy, Ibañez, resuelta.
— Pero....
— Tu empeño es inútil.
Mi voluntad es aquesta.
— Y tus votos...
— Fueron falsos.
— Y tus caricias....
— Quimeras.
— Y tantos años perdidos
En ilusiones risueñas!
¡Tantos sudores y afanes,
Tantos peligros por ella!
¡Vírgen santa! yo deliro.
¿Qué infernal vision es esta?
Porque á juzgarla posible
Tanto tiempo no viviera.»
Y así Ibañez esclamando
Se asia de las melenas
Desencajando los ojos
Como á quien sueños aquejan.
Rosa, la luz en la mano
Caminando hácia la puerta,
Miraba el dolor de Ibañez
Con espresiva impaciencia.
En esto en el aposento
La faz amante risueña,
El ferreruelo forrado
De blanca y crujiente seda,
Dorado estoque, y de plumas
Linda gorra en la cabeza,
Entró Don Bustos Ramirez
En apostura altanera;
«Linda Rosa...» dijo: y viendo
A Ibañez que le contempla
Con ojos entumecidos
Tornó la vista severa.
Rosa apresurada dijo:
«Es un pariente que llega
De la ciudad.» Y Don Bustos
Prosiguió así: «Norabuena.
Seais, hidalgo, bien venido:
Asistireis á la fiesta,
Y recibirán mis bodas
Honra con vuestra presencia.»
Tendió al soldado la mano,
Y él sin mirar lo que hiciera,
Con el recio guantelete
La suya al baron presenta.
La asió Don Bustos y dijo:
«A no saberlo, creyera
Que fuera en vez de amistad
De reto esta mano prenda.»
Miróle Ibañez un punto,
Y en insondable reserva
Velando el gesto, repuso:
«Tomadla como os convenga.»
Y tornando las espaldas
Tomó á oscuras la escalera.

—

De brindis y carcajadas
Estrepitoso rumor
Se levanta de Don Bustos
En un inmenso salon.
Alúmbranle mil bujías
Suspensas en derredor,
Entre guirnaldas de flores
Que hábil mano entrelazó!
Vistiéronle de tapices
Esquisitos en valor,
Y cubriéronle de alfombras,
De un Califa regio don.
En ricos aparadores
Remeda la luz del sol
Vajilla espléndida de oro
De magnífico primor.
Rueda el cristal por la mesa,
Y en no interrumpido son
Gotea de vaso en vaso
Dulce y sabroso licor.
La fiesta es libre, opulenta,
Porque pródigo el baron
A todo el pueblo de Rosa
Bodega y festin abrió.
Es cierto que á los principios
El respeto á su señor,
Conteniendo á los vasallos,
Las lenguas les refrenó.
Mas al fin, de los manjares
El suculento vapor
La libertad y la audacia
A los villanos volvió.
Alzaron desordenados
Una voz sobre otra voz,
Un brindis sobre otro brindis:
Crecia la confusion,
Aumentábase el tumulto,
Y con discorde clamor
Cruzaban de una á otra punta
Osada conversacion.
Ocupaban los hidalgos
En la parte superior
Escaños de terciopelo
Casi á los piés del baron.
Y este mas alto con Rosa
Usaba otro aparador

Bajo un dosel de brocado,
Do se ostenta su blason.
Pages les sirven: doncellas
Les escancian el licor,
Y el contento les atiza
La insolencia del bufon.
Al testero de la mesa,
Y en preferente sillon,
Está el capellan sentado,
Y síguele luego en pos
El ilustre ayuntamiento
En gregüescos y en jubon.
Enfrente entre otros hidalgos,
En ademan pensador,
Se ve al sério Pedro Ibañez,
Que bocado no gustó.
Hinchados tiene los ojos,
Los cabellos sin olor,
La espada y la daga al cinto,
Y el duelo en el corazon.
El resto ocupan sin órden
Los que de Busto á la voz
El mejor sitio encontraron
Al entrar en el salon.
Los que en aquel no cupieron
Acomodarlos mandó
En otra mesa tendida
En un largo corredor,
Y allí gritan y disputan,
Harta apenas su ambicion,
Con los sabrosos manjares
Que devoran sin temor.
Toda la fiesta es tumulto,
Todo murmullo el salon,
Todo embriaguez y locura
Los vasallos y el señor.
Y á pesar de los secretos
Con que á la conversacion
Dan impulso las mugeres
Murmurando á media voz,
Rosa está linda, hechicera,
Como jamás se mostró
Caprichosa su hermosura
Vertiendo gracias y amor.
Mirándose está en sus ojos
El fortunado baron,
Olvidando ante su amada
Cuanto hasta entonces gozó.
Y ella radiante de orgullo
Alimenta en su ilusion
Los hechizos que le embriagan
Con estudiado primor.
Con lujosos atavíos
Astuta se engalanó,
Que acrecientan el deseo
Del turbado corazon.
Guirnalda de blancas perlas
A sus cabellos ciñó;
Escotado hasta los pechos,
Bordado de oro el jubon,
El cuello de márfil orla
Collar de bajo color,
Del que pende de brillantes
La señal de redencion;
Y están sus brazos desnudos,
Cuyo brillo tentador,
Ostenta en sus movimientos
Esquisita perfeccion.
Don Bustos, á quien anima
La eficacia del licor,
Decia en son de mandato,
Fuerza añadiendo á la voz:
«Agotadme las bodegas,
Que si dejais, ¡vive Dios!
Una gota, habeis de hacerme
De todo restitucion.
A eso os llamé á mi castillo
Y á mis fiestas, que sinó
Conforme me caso solo
Gozara solo.»
Al rumor
De estrepitosos aplausos
Estremecióse el salon,
Y por sobre el ronco ruido
Así Don Bustos siguió:
«¡Eh! Don Pedro, mi pariente,
Capitan, ¿qué os haceis vos?
¿Estais enfermo, ó acaso
Os dijo algun impostor
Que el mayordomo envidioso
Mis cubas envenenó?
Si tal pensais, os ofrezco
Completa satisfaccion.
Y á proposito...»
Así hablando
Su inmensa copa apuró.
Tornaron las carcajadas,
Los aplausos, y el baron
Encarado aun con Ibañez,
En voz de mofa siguió:
«Puesto que vos no habeis hecho
A mis venenos honor,
Os encargo que si muero
Me enterreis como á quien soy.»
Volvieron á los aplausos,
Y á tan tumultuoso son
Asomaron por la sala
Las gentes del corredor,
Que aumentaron el desórden
Preguntando en peloton:
«¿Qué es aquesto?
—Entrad, amigos,»
Don Bustos ronco clamó.
«Vereis un anacoreta...
Por la cruz del Redentor,
Capitan, brindad conmigo

A mi venturosa union...»
Ibañez la inmensa copa
Levantándose tomó,
Mostrando el sombrío gesto
Mas que contento furor;
Y afectando complacerse,
« Brindemos, dijo, baron.»
Mas Don Bustos atajándole
El brindis le interrumpió:
« A mi embriaguez de esta noche
Que me emborracho por dos. »
A estas palabras de Bustos
De emponzoñada alusion,
Ibañez soltando el vaso
Cayó vertiendo el licor.
«¡Bravo! sin haber bebido
El sueño le acogotó!
Capitan, voto á mi sangre
Que sois un mal bebedor.»
Seguia Ibañez tendido
De espaldas en el sillon,
Cogidos todos sus miembros
De congojoso temblor.
Mofáronle los villanos,
El gesto Bustos frunció
Palidecieron las mozas,
Y en visible turbacion,
Rosa sobre el blanco pecho
Pálida la faz dobló.
Don Bustos rompiendo un vaso
Alzó iracundo la voz:
«¿Os pesa, por vida mia,
Capitan, mi dicha á vos?»
Alzóse sobre su asiento,
Y el pueblo entero calló;
Porque los ojos de Bustos
Centellaban de furor,
Temblaba en su escaño Rosa,
Y así decia el baron:
« Brindad, capitan, conmigo,
A mi boda, ó, vive Dios,
Que esta noche mis lebreles
Os desgarran el jubon.»
A tan brusco llamamiento
Pedro Ibañez requirió,
Poniéndose en pié, su espada,
Con semblante tan feroz,
Que oyóse entre las mugeres
Un ay! sordo de pavor,
Y á sus espaldas la turba
Cobarde retrocedió.
Don Bustos Ramirez, puestos
Ambos piés en su sillon,
La izquierda sobre la mesa
Que al recibirle crujió,
Mirábale de hito en hito;
Y el áspero ahogado son
Que le hervia dentro el pecho,
El borrascoso color
De sus ojos, la melena,
Que le cuelga en confusion
Uniéndose con la barba
Que le cerca en derredor
Todo el rostro, le semejan
A un formidable leon
Que acecha sobre una roca
La vida del cazador.
Pedro Ibañez frente á frente,
Sin muestras de turbacion,
Fijó en sus ojos los ojos
Y á la lid se apercibió.
Pasó un momento angustiado
En que nadie de los dos
Con movimiento ó palabra
La contienda provocó.
La turba tenia ahogado
El aliento de terror,
Y de ambos podia oirse
El latir del corazon.
Al fin Don Bustos en hondo
Gemido, torvo esclamó:
« Brindad, hidalgo, á mis bodas,
U os juro á mi salvacion,
Que en la escarpia de una almena
Os ahorco como á un traidor.»
Ibañez á estas palabras,
Como una tigre veloz,
Saltando sobre la mesa
Ligero una copa asió,
De un paso salvando el trecho
Que le aparta del baron.
« Brindemos, dijo.
— A esta noche,
Bustos repuso, á mi amor.
—A mi cabeza, Don Bustos,
Que clavada en un lanzon,
Os recuerde á todas horas
Toda una noche de amor.
—¿Es un insulto?
— Es un brindis.
¿No le aceptais?
— Sí, por Dios!
Bebed, y aquesa cabeza
Sea la última ilusion
Que alcancen á ver mis ojos
De mi féretro en redor.
— Sea!
— Sea!»
Y afirmando
Tan sacrílega intencion,
Todo el licor se sorbieron
De un solo trago los dos.

—

Está la noche serena,
Melancólica la luna

Reverbera en la laguna
Y manso el aire resuena.
Murmura en la parda sombra
Inquieto el Carrion pasando,
Con limpios hielos orlando
Del campo la árida alfombra.
No se alcanza en la ribera
Ni césped, ni flor, ni espiga,
Que brote á la sombra amiga
De alguna encina altanera.
Todo el campo es soledad,
Silencio y vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Viudez y esterilidad.
Vése á lo lejos la sierra
Como aparicion estraña,
Que en la escarpada montaña
La nieve esconde la tierra.
Y entre las breñas se escucha
La ronca voz del torrente,
Cuyo ancho raudal rugiente
Conquistando espacio lucha.
Tal vez del mastin atento
Resuena el tenaz ladrido,
Oliendo el lobo escondido
Que acecha el redil hambriento.
Al pié de la alta colina
Yace el lugar solitario
Acogido el vecindario
Al cerro que le domina.
Sobre él el negro castillo
De Don Bustos se columbra,
Del astro de paz que alumbra
Al resplandor amarillo.
Y aun vomitan sus ventanas
En confusion infernal,
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.
Aun puede oirse por ellas,
Con el brindis del baron,
El seco y discorde son
Del vino y de las querellas.
Viénense allí á dibujar
Con la luz de las bujías,
Mil medrosas fantasías
Espantosas de mirar.
Y los vidrios de colores
Rádian en la lobreguez;
La movible brillantez
De fugaces resplandores.
Al pié del áspero muro
Inmoble en la sombra está,
Contemplando las ventanas
Con desesperado afan,
Torvo el semblante y lloroso
Sin apenas alentar,
El triste y burlado Ibañez
En insufrible ansiedad.
Crispados tiene los puños,
Desencajada la faz,
Y el cuerpo todo acosado
De una convulsion mortal:
Vése en el húmedo ambiente
Su aliento á veces vagar,
Como sombras que brotando
Viven un punto no mas.
Por los espesos bigotes
Filtrando el rocío va,
Y mojándolas, sus ropas
Azota el aire fugaz.
Amante desventurado
Y desdeñado galan,
Está en su mente midiendo
La infinita eternidad.
Porque, ¿qué vida le aguarda,
Ni qué vida ha de esperar
Quien no halla en sus negros dias
Mas que tedio y soledad?
Tantos sueños de ventura,
Tanta ilusion celestial,
Tanta esperanza engañosa
Perdida en la realidad.
Tantos afanes por ella,
Tanto sufrir y lidiar,
Mirando la luz lejana
De un mentiroso fanal,
Que fué tan solo el reclamo
Que anunció un puerto falaz,
Para mirarle mas cerca
Engañado zozobrar!
¿Dó estan las fragantes flores,
Las bendiciones dó estan,
Con que el amor deliraba
En la juvenil edad?
Él fué á la sangrienta guerra
Como valiente, á buscar
Premio y fortuna de hidalgo,
De que se sintió capaz.
Pródigo vertió su sangre
De su vida sin piedad,
Por volver ante su Rosa
Digno de su amor fatal;
Y ella en tanto deslumbrada
O acaso liviana asaz,
En los brazos de otro dueño
Se dispone á reposar.
¡Oh! que esas risas confusas
Que oye á través del cristal
Desde el infame castillo
A la atmósfera brotar,
Le parecen los ahullidos
Con que una turba infernal
Aplaude atroz los tormentos
Que alambica Satanás!
Ellos celebrando alegres
En ruidosa bacanal

El bien que en despecho eterno
Infeliz él llorará.
Ellos brindis y cantares,
Y amor y felicidad,
Y él lágrimas y dolores
Que nunca se acabarán.
¡Oh! y cobarde, aunque ofendido,
Resignado dejará,
Aunque él su ofensa no olvide
Que la olviden los demas!
Mas ¿qué escucha el desdichado,
Con esa atencion tenaz,
Que hácia adelante tendido
Al borde del foso está?
Los ojos le brotan fuego,
Creciendo el aliento va,
Y atenazados los dientes
Déjanle apenas lugar.
Calmado el rumor lejano
De la impura bacanal,
Oyóse un canto dulcísimo
En el salon murmurar.
Era una voz amorosa
Y de enloquecer capaz
Al corazon mas hundido
En torpe incredulidad.
Del harpa del trovador
Al misterioso compas,
Suena á pedazos, perdido
En la distancia el cantar.

«Mi vida, Busto, y mi alma
»No tengo en mi mano yo;
»No tengo que darte, Busto,
»Sino cuanta guarda de fé el corazon.
»Yo te le doy todo entero,
»Vida y alma vuelva á Dios
»Cuando le plazca, y tú, Busto,
»Hasta á mi sepulcro disputa mi amor.»

Cesó el cántico, y se oyeron
Largos aplausos sonar,
Que estremecieron el aire
En prolongada espiral.
Ibañez, como viagero
Que harto ya de caminar
Se sienta á buscar reposo
Donde ha de abrirse un volcan,
Retrocedió de aquel canto
Al desgarrador compas,
Despierto á la voz de Rosa
Su mal adormido afan.
«Dale, ya que está en tu mano,
¡Ingrata! ese corazon
(Dijo), y el alma y la vida
Que vuelvan torpes á Dios.
Dásele, que por un soplo
Con que tornaros carbon
Toda el alma y media vida,
A Satanás diera yo.»
Y aquesto diciendo Ibañez
En agonía mortal,
Revolcábase en la arena
Hiriéndose sin piedad.
Lanzaba del hondo pecho
Bramido tan gutural,
Tan feroz, que aun á las fieras
Alcanzara á amedrentar.
Y dijeran, escuchando,
El ruido que haciendo está,
Que luchaba alguna de ellas
Con otra en la oscuridad.

—

Rueda entretanto la argentina luna
Del vago cielo en el espacio azul,
Sombra dejando y niebla que importuna,
Mancha y entume su radiante luz.

La escarcha entre los céspedes se cuaja
Deshaciéndose en gotas de cristal,
Y cada espino que Aquilon rebaja,
Perlas por fruto trasparentes dá.

En confusa ilusion todo se ostenta
En la estéril llanura del pais,
Entre el velo de nieblas que se aumenta
Cual pabellon colgado del zenit.

Allá en un valle do la niebla impura
Tarde se posa, el rápido Carrion
Frágil rodando en soledad murmura
Con medroso y monótono rumor.

Ya del castillo en el salon se mengua
La báquica algazara del festin,
Torpe tal vez con el licor la lengua,
Cuyo peso no alcanza á resistir.

Aun se alza entre el murmullo interrumpido
El brindis tumultuoso del baron,
Con el cantar de Rosa entretenido
Y el harpa del errante trovador.

Aun en los vidrios tibia se dibuja
De alguna sombra la ilusion fugaz,
Como al conjuro de andrajosa bruja
El diablo por el sol se ve cruzar.

Mal sosegado Ibañez todavía,
Lanza celoso en iracunda voz
Los ayes postrimeros de agonía,
Con que se estingue su perdido amor.

Dentro del pecho, en ponzoñosa llama
Sanguinosa, alumbrándole al morir
Su negra antorcha vigorosa inflama
La venganza que nace de su fin.

Pásanle por la mente dolorida
Mil fantasmas de impúdico placer,

Que embellecen sin fin la ajena vida
La suya desgarrándole á la vez.

La imágen del altivo castellano
Entre sus sueños por do quiera está.
Do quier del sueño entre el tumulto vano
Amor se juran, ósculos se dan.

Do quier en ellos de su ingrata Rosa
La blanca sombra que le esquiva ve,
A otra fantasma presentando ansiosa
Los labios que arden de amorosa sed.

«¡Maldita! entonces desolado esclama,
Maldita seas, infernal vision.»
Y el llanto que en su cólera derrama,
La hoguera apaga del antiguo amor.

«Oh! ¿qué me importa, el infeliz decia,
Tarda opulencia y mentirosa prez,
Si la mitad de la existencia mia
Nunca con ella dividir podré?

Venga el infierno y por la vida y alma
Mi venganza me dé, sino mi amor.
Por ese instante de sangrienta calma
Lleve el infierno cuanto fué de Dios.»

Mas se espesaba cada vez la niebla,
Menos radiaba en derredor la luz,
El aura de honda oscuridad se puebla,
Nada se ve del firmamento azul.

Cual orla leve de fantasma errante,
Cual rayo de relámpago fugaz
Creyó Ibañez que viera por delante
La sombra de un espíritu pasar.

Era un objeto silencioso y vago,
Sensible solamente á la vision,
Como reflejo que sombrío lago
De un fuego fátuo á la presencia alzó.

Era una sombra que con propia vida
No necesita luz para nacer,
Cual nube que en el éter va perdida
Sin auxilio de plumas ni de piés.

Los ojos no conciben su contorno,
No reducido á forma aquel vapor,
Tal vez en él deformidad y adorno,
Galas lo mismo que defectos son.

No trajo voz ni levantó sonido
Por el húmedo suelo al resbalar,
Mas sintió el corazon sino el oido
Del triste ser la inmediacion fatal.

Tocóse Ibañez la ardorosa frente
Y la ancha mano se inundó en sudor.
Razon y ayuda demandó á su mente,
Y no estaba en su mente su razon.

Tendió la mano á la segura tierra
El cuerpo que vacila á sostener,
Y en vez del césped en sus dedos cierra
Aspero hierro que se aprieta á él.

En vano abierta la medrosa mano
Le abandona á su propia gravedad,
Las palmas hácia sí retira en vano.
Siempre tras ellas el objeto va.

Asele al fin: le oprime: es una llave.
¿Quién en aquellos sitios la perdió?
Un peregrino: un trovador: ¿quién sabe?
Tal vez del cinto la perdió el baron.

Ibañez la guardó. Siniestro y lento
Era su paso y tardo el caminar;
Parecia que el solo pensamiento
Empujaba á la muerta voluntad.

Él tenia un secreto repentino
Que jamás hasta entonces comprendió,
Solo en la mente le abortó el destino,
No lo supo jamás el corazon.

Ibañez ni se acuerda ni lo sabe,
Que con su mente su intencion no va;
Solo percibe que al llevar la llave
Crece en el pecho vengativo afan.

Ni piensa, ni resiste, ni consiente,
Ignora acaso su intencion cuál es,
Mas ni duda á la par ni se arrepiente
De lo que llegue á consentir ni hacer.

En un pilar que sobre el foso oscuro
En una grieta de la peña está,
Metió la llave, y recediendo el muro,
Postigo oculto le convida á entrar.

Hundióse Ibañez por el muro hendido
Silencioso, sombrío, audaz, traidor,
Como un remordimiento mal dormido
Entra en el descuidado corazon.

Quedóse en soledad el campo mudo,
Y entre la lobreguez tornóse á oir
La voz del Aquilon salvaje y rudo
Y el murmullo apagado del festin.

—

Quien mirara á Pedro Ibañez
Ir caminando á deshora
Por las cuevas del castillo
Al resplandor de una antorcha:
Herizados los cabellos,
La faz amenazadora,
Los pasos desatentados
Creyérale alguna sombra
Que alzando de su sepulcro
La fria y maciza losa,
De Dios á los vivos trae
Sentencia esterminadora.
Sus lentos pasos retumban
Por las olvidadas bóvedas,

Y de una en otra perdidas
Cual gemidos se prolongan.
En las grietas de las piedras
Las arañas hiladoras,
Al resplandor de la luz
Los negros cuerpos asoman,
Y á la inflexion de la llama
Que vacilante y dudosa
Reverbera por los muros
Que viste tiniebla lóbrega,
Fantasmas de luz se pintan
Cuya aparicion diabólica
En el punto que se muestra
Vuelve á perderse en la sombra.
En cada rincon oscuro
En que la vista se posa,
Parece que amedrentadas
Quimeras le desalojan.
A cada puerta ó esquina
Que se pasa ó que se dobla,
Parece que allá á lo lejos
Vuelan en fúnebre tropa.
Todas las manchas y bultos
Rostro y movimiento toman.
Y ya miran, ya amenazan,
Ya rien, temen ó mofan.
Visiones descoloridas
Que el alma crédula aborta
En la niñez, atacada
De fábulas mentirosas.
A pasos lentos Ibañez
Caminando incierto, topa
Ancho salon embutido
De madera hasta la bóveda.
Allí de pez y de plomo
Y materias resinosas,
Inmenso almacen juntaron,
Que para defensa propia
En tiempos tan turbulentos
Precaucion ninguna sobra.
Como obedeciendo Ibañez
A oculta causa imperiosa,
O de antiguo pensamiento
A la fuerza tentadora,
Debajo los combustibles
Metió resuelto la antorcha.
Brotó la seca madera
Espesa, turbia y sonora
Nube de volátil humo
Con que el fuego se corona.
Cerrando entonces la puerta,
Ibañez á tientas toma
La ruta por donde vino
Hasta una escalera rota.
Y en lucha áspera y difícil,
Asaltando una tras otra,
Llegó á la torre en que Bustos,
Señor del castillo, mora.

Era una torre capaz,
Circundada á la redonda
De un terrado que rematan
Las almenas protectoras.
A su amparo, y defendidas
De esterior ofensa, toman
La luz dos anchas ventanas
Que rejas robustas orlan.
Corrió Ibañez á una puerta
Una barra ponderosa
Que impide abrirla por dentro,
Y la faz pálida y torva,
Asiéndose de una reja,
Por una ventana asoma.

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que grosera é imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Rosa y Don Bustos á solas
De sus amores platican
En su cámara ostentosa.
Ella aparece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En las gracias que la adornan.
Ella en silencio le mira,
Y las lágrimas le borra
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan.
Y ella con ósculos tiernos,
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba,
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa.
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Sino los gestos, las sombras.
Si los ojos de un celoso,
Cuando las dudas le acosan,
Pudieran salvar los muros
En las alas de su cólera,
Bien pudieran los de Ibañez
Hacer girones ahora
La impertinente cortina

En donde atento los posa.
Dos barras de la ancha reja
Ase, que casi las dobla,
Y los ojos de serpiente
Se le saltan de las órbitas.
Sin perder línea ni pliegue
De la tela tembladora,
Sigue el movimiento fácil
De las proyectadas sombras.
Y ajenos de aquel testigo
Busto Ramirez y Rosa
Sus amorosas caricias
En la soledad redoblan.
Crugian los blandos besos
En la morada recóndita,
Y afuera del triste Ibañez
Las aspiraciones roncas.
A cada amante palabra
Que en el aposento brota,
Responde en la oculta reja
Una blasfemia espantosa.
Y entre tanto que uno sufre,
Y libres los otros gozan,
Doblar se oyó la campana
Que á fuego y rebato toca.
Interrúmpese el placer
Y el sufrimiento se corta,
Y el que antes gozaba sufre,
Y el que antes sufria goza.
Al ronco empuje del cierzo
Que con dobles alas sopla,
Crece el incendio y rebientan
Las llamas devastadoras.
Caen las techumbres de cedro,
Las almenas se desploman,
Estremécense las torres,
Y se derrumban las bóvedas.
Cada sala es una hoguera,
Cada ventana una boca
Que humo y resplandor vomita
Y brama en tormenta sorda.
En vano piden de dentro
Que en su angustia les socorran,
En vano aterrados gritan,
Gimen, blasfeman, ú oran.
Sordos están cielo y tierra;
Denso el humo les ahoga,
Y con el son del incendio
Sus lamentos se sofocan.
De aquella terrible hoguera
A la trémula luz roja,
Se ve de los campesinos
La turba triste y medrosa,
Como viageros curiosos
Que contemplando se asombran
Una erupcion del volcan
Que fuego y peñascos brota:
Y allá del Carrion humilde
A la márgen de las ondas,
Ibañez tambien lo mira
Con indiferencia torva.
Apoyado está en un tronco,
Asida una mano á otra,
Y en una almena los ojos
Que ruina amenaza pronta.
Al fin de afanosa lucha
Desesperada y dudosa,
Cayó en el foso la almena;
Y tras de la piedra rota
Quedó una ventana, en donde,
Como ilusion dolorosa,
Los brazos al cielo tienden
Por la reja dos personas.
No se sienten sus lamentos,
Ni se alcanza de su forma
Mas que la espresion horrible
De su profunda congoja.
Llamas voraces les cercan
En irresistible tropa,
De cuya rabia es inútil
Implorar misericordia.
La inmensa torre rodean,
Puertas y muros devoran,
Y ¿cómo esperar perdon
De quien ni piedras perdona?
Una llamarada inmensa
La cerró en sus pliegues toda,
Y se borró para siempre
La aparicion congojosa.

Dejó la ribera Ibañez,
Y al despuntar de la aurora
A todo escape en un potro
Valle y castillo abandona.

—

Del espléndido palacio
Que ocupa en Valladolid
El rey Don Juan el segundo,
Ya de su reinado al fin,
Están recordando alegres
Su antigua amistad pueril
Dos bizarros cortesanos
En oculto camarin.
Y en el contínuo abrazarse
Y en el contínuo reir,
Se ve que en hallarse tienen
Satisfaccion infantil;
Y que cada cual se goza
La ajena historia en oir,
Como en recordar la suya
Tal vez triste para sí.
Están en el propio punto
En que de entrambas al fin
Tornan á identificarse
Y su gozo á repetir.

D. Rodrigo. ¿Con que ¡voto á Belcebú!
Aquel antiguo soldado
Que tanto lidió á mi lado
Por mejor causa eres tú?
Ibañez. Yo mismo sin duda alguna
Aquel Ibañez soy yo.
D. Rodrigo. Mucho á entrambos acudió
Compasiva la fortuna.
Ibañez. Compáranla á una veleta
Por tan inconstante ser.
D. Rodrigo. Dejara de ser muger
Fortuna á no ser inquieta.
Mas otro abrazo me da
Que aun dudo si estoy soñando.
Ibañez. Abrazos te iré yo dando
Si este te despertará.
D. Rodrigo. Mas, por Dios, que rico te hallo,
Ibañez, y á lo que veo
No ayudó mal tu deseo
Tu lanza con tu caballo;
Pues si no me acuerdo mal
Era tu única riqueza.
Ibañez. Espatrióse mi pobreza
Merced al favor real.
Dijeron de mi valor
No sé qué, y conde me hicieron.
D. Rodrigo. Bien con tu valor cumplieron.
Ibañez. No sino con mi favor.
Debióme la vida el rey
En Navarra, y no fué mas.
D. Rodrigo. Oh! pues voto á Barrabas
Que fueron hombres de ley.
Y ¿qué hacen viéndote rico
Esos parientes hambrientos?
Ibañez. Don Pedro llaman atentos
Al que llamaban Perico.
Yo les dispenso el cumplido
Y les abrazo cortés.
Pídenme, niego, y despues
Se van por donde han venido
Pero á tí, por vida mia,
Que tampoco mal te fué.
D. Rodrigo. Tanto, Ibañez, porfié
Que salí con mi porfía.
No me tocó como á tí
Condado, ni valimiento;
Pero en oro puro cuento
Cuanto basta para mí.
Ibañez. Y á bien que si la memoria
De tu ambicion no me engaña
No te basta toda España.
D. Rodrigo. Aquí paz y despues gloria.
Poseo lo que me basta
Para tener envidiosos,
Amigos menesterosos
Y una numerosa casta.
Aturdido me dejaron
A mi vuelta tales gentes;
No sé cuando mis parientes
Así se multiplicaron.
Ibañez. ¿Y consiguen de su afan?...
D. Rodrigo. Lo que los tuyos de tí:
Pídenme, niego, y así
Por donde vienen se van.
Ibañez. Justo! Así, beso por beso
Y puñada por puñada.
D. Rodrigo. Cual ella me fué obligada
Por mi gente me intereso.
Pero bien está, y responde.
¿En qué tu amor se quedó?
¿En humo se disolvió
Con el resplandor de conde?
Ibañez. El antiguo hace seis años
Humo es como bien has dicho;
Que vienen tras un capricho
Un millon de desengaños.
Pero hoy...
D. Rodrigo. Oyéndote estoy,
Concluye. ¿Por de contado
Que estarás enamorado?
Ibañez. Rodrigo, nunca como hoy.
D. Rodrigo. ¿Será hermosa?
Ibañez. Como un oro.
D. Rodrigo. ¿Niña?
Ibañez. Diez y ocho quizás.
D. Rodrigo. Pues ya no la falta mas
Que ser rica como un moro.
Ibañez. Lo cierto en ello no sé:
Pero en la córte introdujo
Su llegada tanto lujo
Que casi escándalo fué.
D. Rodrigo. Pues por Dios que la fortuna
No se cansa en tu favor;
Pero tendrás de su amor
Prendas que...
Ibañez. Indignas, ninguna.
D. Rodrigo. ¿Pero rivales un ciento?
Ibañez. No por cierto, mi Rodrigo.
Yo solo soy quien consigo
Finezas y valimiento.
Es cierto que no hay Baron,
Hidalgo, Conde ó Marques
Que no rindiera á sus piés
Su fortuna y su blason.
No hay trovador ni galan
Que en cantares y torneos
No se esceda en galanteos
A Rosa de Montalvan.
Todos los ojos en ella
Detiene la multitud,
Porque tiene de virtud
Cuanto de rica y de bella.
Mas ella por importunos
Acredita sus festejos:
Todos los ojos de lejos
La gozan, cerca ninguno.

Y te aseguro en verdad
Que, aunque la amo como un loco,
No estimo, Rodrigo, en poco
Por ello mi vanidad.
D. Rodrigo. De tu fortuna me admiro,
Pedro Ibañez, envidioso,
Y mas estoy de orgulloso
Cuanto mas feliz te miro.
¿Mas quién es esa hermosura
Tan sin tacha de muger?
Ibañez. No pude tanto saber.
D. Rodrigo. Pues á fe que es aventura.
Ibañez. Porque nada se concilia
De haber nacido en la Galia
Y en Aragon y en en Italia
Tener hacienda y familia
Su apellido es castellano,
Rodrigo, como tú ves.
D. Rodrigo. Y pienso que tambien es
Hasta frances é italiano.
Pero pues es rica y bella
Y os amais los dos así,
Tanto es ella para tí
Como eres tú para ella.
Cuando estemos mas á espacio,
Pedro, me la mostrarás.
Ibañez. Esta noche la verás
Que ha de venir á palacio.
Por muger la he de pedir,
Y esta noche he de saber
Si puede y cómo ha de ser,
Que ella me lo ha de decir.
D. Rodrigo. ¿Tan pronto?
Ibañez. Estoy decidido.
Tanto en sus ojos me abraso
Que este mismo mes me caso
Si consiente en lo que pido.
D. Rodrigo. Prodigio será en lo bello,
Segun de perdido estás.
Ibañez. Esta noche la verás
Y decidirás en ello.
Entretanto hasta despues,
Que el rey sale.
D. Rodrigo. Vete en paz.
Y que en verla habré solaz
No te olvides.
Ibañez. A Diós pues.

Tomó Ibañez la escalera
Que daba al cuarto del rey
Sin que Rodrigo los ojos
Un punto apartara de él.
Doblóse detras de Ibañez
La mampara en la pared;
El ruido de sus pisadas
Se acabó al fin de perder,
Y aun le parece que le oye,
Que le abraza y que le vé;
Tanto el encuentro de Ibañez
Fué á Don Rodrigo placer.
Pasaron unos momentos
En que, perdido tal vez
En recuerdos deliciosos
Quedó distraido en pié,
Los ojos en la mampara
Que cerró al salir aquel,
Y una sonrisa en los labios
De verdad y sencillez.
Al fin soltando un suspiro
Esclamó el rostro al volver:
¡Por la vírgen que me alegro!
¿Quién lo imaginára de él?

—

Por la plaza de San Pablo
Ya bien entrada la noche,
Del palacio real volviéndose
Van platicando dos hombres;
Y á la luz que reverberan
Dos moribundos faroles,
Aunque no se ven sus rostros,
Sus figuras se conocen.
A corto trecho delante
Y á lentos pasos recorre
Via igual una litera
Seguida de dos hachones;
Y entre las verdes cortinas
A los rojos resplandores
Se divisan dos mugeres
Sentadas en los sillones.
Atravesaba todo ello
Por la oscuridad informe
Como de los sueños pasan
Fantásticas las visiones.
Y en los criados que alumbran
Y en los oscuros colores
Que viste la comitiva
De las cortesanas nobles,
Un no sé qué se trasluce
De rápidas precauciones
Que todo parece envuelto
En invisibles vapores.
Al reflejo de las luces
Se ven los rostros inmobles,
Los ojos cristalizados
De los negros servidores.
Y algun crédulo dijera
Que en tal misterio se esconde
Un cumplimiento severo
De las celestiales órdenes.
Mas fuera vano temor
De la ilusion de la noche,
Porque entrados en un patio
Los hidalgos se disponen
A recibir á las damas
A quien parece que ronden,

Segun del alcazár fueron
Detras de ellas hasta entonces.
« ¡Rosa mia! esclamó el uno,
Prestando en los escalones
Primeros el brazo á una,
Al parecer la mas jóven.
— Estais, Don Pedro, servido.»
Ella pronta respondióle,
Abandonando en las suyas
Una mano que él recoge.
« Mi madre consiente en ello,
Y escusando dilaciones
En vos está la tardanza.
— Porque tal dicha se logre
Perdiera cuanto poseo.
Sueño parece esta noche
Que no he de olvidar jamás. »
Aquí á los anchos salones
Llegaban de su palacio
En cuyos ricos primores
Es bien que audaces los ojos
Se admiren cuando se posen.
De finísimos tapices
Toda la sala vistióse,
Mullida en el pavimento
Alfombra de vivas flores.
Candelabros de oro y plata
Por las mesas y rincones,
Y bajillas y preseas
Do quiera en aparadores.
Rosa y Don Pedro sentados
Esperaron á que torne
Don Rodrigo que acompaña
A la madre desde el coche,
Delante una chimenea,
Cuyos morillos de bronce
Teniendo están disolviéndose
En ceniza medio roble.
Entre las llamas volubles
Lanzan los rojos tizones
Chispas que naciendo espléndidas
Desaparecen veloces.
El humo elástico asciende
En espirales deformes
Despedido por las llamas
Que brotan á borbotones.
Y por do quiera que el tronco
Lentas ó voraces orlen,
Yerve la savia que mana
Resistiendo sus furores.
Entró por fin Don Rodrigo,
Y apenas Ibañez vióle,
Tomándole de la mano,
Delante Rosa le pone:
« Esta es mi esposa, » le dijo.
Alzó Rodrigo la noble
Frente, y la beldad de Rosa
Viendo, en verdad asombróse,
Saliéronse del salon,
Y al cruzar por los portones
A Rodrigo que le sigue
Pedro Ibañez preguntóle:
« ¿Qué te parece de Rosa?
¿Otra mas linda conoces?
— ¡Por Dios (contestó Rodrigo)
Que no la hay entre los hombres!
Y así permitan los cielos
Que tantos años la goces
Como ella tiene de deudas
A los cielos de favores. »

—

Era Rosa de célica hermosura
Rica de gracias, rebosando amor,
Trasunto de la esbelta criatura
Que hizo en el fértil Paraiso Dios.

Soles los ojos, rosas la megilla,
Risa los labios y márfil la tez,
Donde la calma de la infancia brilla,
Rica á pesar de juvenil placer.

No pertenece su hermosura y gala
A género, ni siglo, ni pais,
Ni terrena beldad llega ni iguala
De la alma Rosa á la beldad gentil.

Gravita apenas en la blanda alfombra
La leve huella del enano pié,
Y tiene mas de la vaporosa sombra,
De inefable vision que de muger.

Flota el cabello en perfumados rizos
Al impulso de zéfiro fugaz,
Velando de la espalda los hechizos
Su voluble y espléndida espiral.

Cáenla de la mórbida cintura
En grupos que sujeta el cinturon
Los pliegues de la blanca vestidura
Que agita ligerísima en redor,

Como las aguas de elevada fuente
Caen en hebras de líquido cristal
Y el aura con mansísima corriente
Las mece confundidas al bajar.

Do quier que está la delicada Rosa
En la córte, en el baile, en el festin
No hay ojos ni atencion para otra hermosa;
Toda la absorve poderosa en sí.

Por eso pasa solitaria vida
En medio de ruidosa sociedad,
De las damas sin duda aborrecida
Y respetada del amante audaz.

Y por eso á los piés de sus balcones,
Guardias perennes, embozados son,
Y óyese de estocadas y canciones
En la alta noche desigual rumor.

Siempre á sus puertas en mision de amores
Dueñas y pages aguardar se ven,
Ya ramilletes de tempranas flores
Ya amorosos billetes á traer.

Pero nunca se abrió puerta ó ventana
Ni billete ni flor á recibir,
Del palacio jamás la soberana
Canto pagó de trovador gentil.

Jamás oido de varon dichoso
El eco suave de su acento oyó,
Ni una mirada por su afan penoso
Gozó de Rosa parecido á amor.

Ninguno supo su pasada historia:
Nadie el solar en que nació cual es,
Nadie de su beldad tiene memoria,
Nadie pudo á su gente conocer.

Si algun osado su familia y tierra
De sus esclavos á inquirir llegó,
El secreto tenaz en que se encierra
No supo nunca por su propia voz.

Vagos rumores, misteriosos cuentos
Corren de ello tal vez en la ciudad,
Mas posan en tan vanos fundamentos
Que apenas nacen cuando en tierra dan.

Un hombre solo su palacio abierto,
Libres sus salas encontró tal vez,
Y de su audacia y su fortuna incierto
Pasó el umbral con receloso pié.

Ibañez solo de la linda maga
Tocó la mano y escuchó la voz.
Ibañez solo de placer se embriaga
Cediendo irresistible á la pasion.

No exhaló en vano sus amantes quejas
Velado en la nocturna oscuridad,
Que cuando ronda sus doradas rejas
Ella amorosa á responderle va.

Nunca enojada de su amante esceso
Por un cariño le volvió un desden,
Porque con fácil y abrasado beso
Una mirada le pagó tal vez.

Solo testigo de su amor demente
Fué Don Rodrigo y admiró su amor,
Solo con él su mercenaria gente
La fortuna de Ibañez defendió.

Mas que á despecho de la córte fuera
Él la idolatra á cada instante mas.
Y por desprecio de la córte entera
Su boda Ibañez preparando está.

—

Era una noche de aterida niebla
En que refleja tan dudosa luz
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se vé del firmamento azul.

En un salon henchido de riqueza
Un inmenso cercando aparador
Los vasallos están de mas nobleza
Que el rey Don Juan entre su córte halló.

Acogotando allí su envidia toda,
Damas é hidalgos en el real festin
Brindan y cantan á la ansiada boda,
Mal recatando su despecho así.

Suenan las copas y las arpas suenan
Con largo y libre interminable son,
Y el aire denso y perfumado llenan
De blando y ronco y desigual rumor.

Al lado Ibañez de su linda esposa
Ebrio de amor y de ventura está,
Y cuanto admira la beldad de Rosa
Crece en el pecho su amoroso afan.

Toda su vida le parece un sueño,
Entre cuyos vapores nada vé
Mas que el camino que tras largo empeño
Le trajo de esta noche hasta el eden.

Rosa se muestra como nunca bella
Cual nunca Ibañez por azar la vió,
Aunque hoy encuentra perspicaz en ella
Algunas galas que la van mejor.

Halla en su rostro la espresion incierta
De una vaga ilusion de otra muger,
Con cuya oculta realidad no acierta
Y cuyo tipo conoció tal vez.

A veces piensa que la faz de Rosa
No es de su Rosa la contínua faz,
Y aun le parece que su frente hermosa
Muestra á intervalos palidez mortal.

Pero es un sueño; de la alegre fiesta
Y de los brindis los efectos son.
Mas su cariño á su ilusion se presta
Crece con ella el fuego de su amor.

Aquella misteriosa semejanza
Mas le contenta y satisface mas;
Y aunque ébrio acaso la razon no alcanza,
Hoy como nunca satisfecho está.

Cesó la fiesta: libre el aposento
Todo en desórden por final quedó,
Y ambos á paso vacilante y lento
Van del placer y de la dicha en pos.

Ya era alta noche. Por la densa niebla
Cruzaba apenas tan dudosa luz
Que entre la sombra que el espacio puebla
Nada se vé del firmamento azul.

—

CONCLUSION.

—

Ya libres de las miradas
De la multitud curiosa,
Que envidiosa ó imprudente
Hasta cuando aplaude estorba,
En delicioso retiro
Don Pedro Ibañez y Rosa
Enamorados platican
En el altar de su alcoba.
Ella parece cual nunca
Halagüeña y seductora,
Suelto el cabello y los lazos,
Y aliviada de las joyas.
Él en sus brazos la aduerme
En ilusion amorosa,
Mas que nunca embebecido
En los encantos que adora.
Ella en silencio le mira
Y las lágrimas le borra,
Que de amor y de esperanza
De los párpados le brotan.
Él, los labios encendidos,
La mirada borrascosa
Que aun turba el licor ardiente
Cuyos vapores le embotan;
Y ella con ósculos tiernos
Templando la abrasadora
Sed de sus labios, le besa
Entre osada y ruborosa.
Una cortina de seda
Que entera cubre la alcoba
Vela á los profanos ojos
La escena voluptuosa:
Aunque la luz de una lámpara
Cuanto olvidada, traidora,
Trémula dibuja en ella
Sino los gestos, las sombras.
¡Noche de amor y esperanza
Que de la modesta esposa
Queda como blanco sueño
Para siempre en la memoria!
La de Ibañez, vive Dios
Que olvidó su vida toda,
Sus placeres y sus cuitas,
Su deshonor y su gloria.
No hay mas pasado en su mente,
Mas porvenir no ambiciona,
Vendiera por esa noche
Toda su existencia á Rosa;
Aunque un frio involuntario
Todo su cuerpo aprisiona,
Cual si en sepulcro pudiera
Convertírsele la alcoba.
Algunas veces mirando
Los ojos de la que adora
Creyó alcanzar dentro de ellos
Alguna imágen diabólica.
Alguna vez embriagado
En su risa encantadora,
Creyó que los labios puros
Tomando distinta forma,
Mostraban por un momento
En negra ilusion dudosa
De un monstruo desconocido
La áspera y sangrienta boca.
«¿Qué piensas, Ibañez mio?
¿Qué mal, dime, te acongoja,
Que vas el color perdiendo?»
Dijo al esposo la esposa.
Al contemplarla el semblante
Su espanto y asombro doblan;
É Ibañez con ambas manos
Entrambos ojos se frota.
Ella tornó á su pregunta,
Y él á su silencio torna,
Como quien tiene delante
Un espectro que le acosa.
«¿Que sientes?
—¡Oh! nada, nada;
Mas la vista se me borra,
Los objetos me vacilan;
Cielos, ¿qué es aquesto, Rosa?
—¿Qué dices que no te entiendo?
—¡Ah! ¿eres tú, niña? perdona:
Mas ¡tal vez mi fantasía
Se me está volviendo loca!
No sé porqué, mas el miedo
Que de mí se posesiona...
Oh, ciégame con tus labios,
Ven á mis brazos, ¡oh Rosa!»
Echóse en ellos la niña,
Ansioso Pedro abrazóla,
Mas al tocarla dió un grito,
Como quien espinas toca.
«¡Quemas!» la dijo espantado;
Y soltándola en la alfombra,
Se miró el triste los dedos
Con que sostuvo su forma.
Ella seguia diciéndole
Con sonrisa seductora:
«¿Qué tienes, Ibañez mio,
Que cuanto dices me asombra?»
Y él con ojos aterrados
Continuaba en su congoja,
Contemplándola sin habla
En convulsion espantosa.
Al fin con hondo cariño
Ella las manos le toma,
Diciendo con voz mas suave
Que el murmullo de las hojas:
«Amor mio, vuelve en tí;
Yo soy, mírame, tu Rosa,
Tú me lo has dicho, ¡alma mia!
Soy tu amor, tu Dios, tu gloria.»

Sonrió apenas Ibañez
Y medroso preguntóla:
«¿He soñado, no es verdad;
Tú me despiertas ahora.
—Sí por cierto, esposo mio:
Tú me has dicho tantas cosas...
Tantos delirios... que casi
Temí contigo estar sola.
—Oh sigue, sigue... ¡qué dulce
Me suena tu voz hermosa!
Sigue.
—¿Quieres que te cuente
Para adormirte una historia?
—Sí, sí, dime cuanto quieras
Con tal que tu acento oiga.
—Pues escucha, que tal vez
Se disipe tu congoja.»
Ibañez, como quien sale
De pesadilla penosa,
Su voz escuchaba atento
Suave, argentina, sonora,
Sin acertar á entender
La sensacion dolorosa
Que un momento antes le hacía
Su presencia encantadora.
Él recostado en el lecho,
Ella á su lado en la sombra,
Esto á Ibañez le decia
Risueña y voluptuosa:

En un tosco pueblecillo,
Aunque no recuerdo donde,
Vivia un baron ó un conde,
Que es igual, en su castillo.
En este pueblo vivia
Una villana, ¡oh hermosa!
La reina mas orgullosa
Por ella se trocaría.
Rosa, como yo me llamo
La villana se llamaba,
Y un pobre hidalgo la amaba
Tanto como yo te amo.

Ibañez en su embeleso
Dulcemente sonrióla,
Y besándola en los labios
Siguió la niña su historia.

Vióla el baron cierto dia,
Y al contemplarla tan bella
Ciego de amores por ella
Solo por su amor vivia.
Pródigo la regaló,
Y tal su cariño fué,
Que por prenda de su fé
Su mano la prometió.
Ella avara ó inconstante
Casóse al cabo con él.
¡Fué una noche bien cruel
Para el olvidado amante!
Este llegó de la boda
El mismo dia anterior;
Alas le prestó el amor.....
¡Vana diligencia toda!
De su ventura testigo
Solo él llorando su duelo
No halló para su consuelo
Un pariente ni un amigo.

A estas palabras Ibañez
Embebido interrumpióla:
—Tu voz me encanta, mas pienso
Que es triste ese cuento, Rosa.
—Oísele á un peregrino
En una sentida trova;
Mas deje que te le cuente,
Porque es muy linda la historia.

Despechado en su afliccion,
Maldiciendo su fortuna,
Dejó la fiesta importuna,
Y abandonando el salon,
En que los brindis doblaban,
Bajó en su afan amoroso
A llorar al pié del foso
Lo que en la torre cantaban.
Era una noche serena,
En que la brillante luna
Reflejaba en la laguna
Con la luz de enero llena.
Todo estaba en soledad
Velado en vapor confuso,
Que en todo el invierno puso
Huellas de esterilidad,
Hervia el rio á lo lejos,
Medroso el viento sonaba,
Y el aire espeso vibraba
Del agua con los reflejos.
El negro y alto castillo
Allá en la sombra se via
Del blanco fanal que huia
Al resplandor amarillo.
Y aun en murmullo infernal
Lanzan sus rojas ventanas
Las cantigas que profanas
Respira la bacanal.
Aun puede oirse por ellas
Con el brindis del baron
El ronco y discorde son
Del vino y de las querellas.
Y sus vidrios de colores
Radian en la lobreguez
La movible brillantez
De fugaces resplandores.
El amante desdeñado,
Sin poder con su dolor,
Pensó en su amargo furor
En verse al menos vengado.
«Por ese breve placer,
»Esclamó, diera al infierno
»Cuanto Dios puso de eterno
»En mi despreciable ser.»

Tembló pavoroso Ibañez
A estas palabras de Rosa,
Palideciendo al impulso
De una sangrienta memoria.
Y ella con triste sonrisa
Entre doliente y sardónica
Siguió, á los ojos de Ibañez
Cambiando su imágen propia.

A su sacrílego ruego
Diz que el infierno le dió
Por el alma que perdió
Una venganza de fuego.
La torre ha poco altanera
Brotó llamas de su centro;

Quedó la venganza dentro,
Mas el vengador afuera.
Años esta noche hará
Que el castillo se incendió,
Media vida el galan dió,
Y ahora mediándose está.

« ¡ Cielo santo ! » clamó Ibañez
Con voz despechada y ronca,
Arrancándose del lecho
Y de los brazos de Rosa.
« ¿Qué es esto? ¡ la luz me falta
El ambiente me sofoca.....! »
Y asiendo de la ventana
Abrió á un tiempo las dos hojas.
Entró á tal punto por ellas
Sonante, negra, espantosa
Una llamarada inmensa
Que lamió el suelo y la bóveda.
Corrió á la puerta y en vano
Con ímpetu sacudióla;
Por fuera la sujetaba
Resistencia poderosa.
Tendió desolado y triste
Los ojos, y allá en la alcoba
Vió sentada sobre el lecho,
Prendiendo fuego á las ropas,
Una aparicion horrible
Que en su vacilante forma
Mostraba al par su contorno,
Mitad monstruo y mitad Rosa,
Y al son de la ardiente llama
En voz le decia cóncava :
« ¡ Alma entera y vida media !
El alma la tengo toda,
Diez años eran de vida,
Y están mediándose ahora. »

EL NIÑO Y LA MAGA.

FANTASÍA.

—

¡ Cuán risueña es el alba de la vida,
Esa mágica edad de la ilusion,
En que vejeta el alma adormecida
Ajena de inquietud y de ambicion!

¡ Cuánto se vive alegre y sin recelo,
Cuánto se goza lejos del pesar,
Llevando nuestro débil barquichuelo
De la existencia por el negro mar!

Entonces sin pensar en quien nos hizo
Ni el vano mundo y su placer traidor,
Gozamos por el dia tanto hechizo
Y dormimos la noche sin temor.

Que es el niño atrevido marinero
Que al mar se lanza sí inesperto, audaz
Satisfecho con ver como ligero
Va por las ondas su batel fugaz.

¿ Qué le importa el murmullo de la brisa
A quien sigue tal vez el aquilon?
Navegaré, le dice, mas aprisa
Del blando viento al compasado son.

¿ Qué le importa que el agua se alborote
Tormentosas alzando olas sin fin?
Irá, se dice, mi estraviado bote
A dar como el que dejo á otro jardin.

¿ Qué le importa que bajen las tinieblas
La noche desplomando sobre el mar?
Él dice : cuando pasen estas nieblas
Ya me vendrá otro sol á despertar.

¿ Qué importa que en espejos quebradizos
Hiervan los lomos del gigante azul?
Él mira en ellos sus flotantes rizos
De la neblina entre el espeso tul.

Cuánto es alegre la niñez sencilla
Que en el bajel de su inocencia va,
Libre y segura sin perder la orilla
Del mar que al lejos rebramando está.

Duelos, dejadme que los lindos sueños
Loco recuerde de la edad pueril,
Que mire de la vida los empeños
Desde su verde y delicioso abril.

Dejad que vaguen mis cansados ojos
De árbol en árbol y de flor en flor,
Del sol brillante á los destellos rojos
Que al universo dán vida y color.

¡ Vida ! Blanco y risueño panorama
Para el que nace en vírgen ilusion;
Desierto dó eternal el cierzo brama
Para el que lanza en él su corazon.

¡ Vida ! Fantasmo bello y mentiroso
Cuanto halagüeño en tu ilusion, fatal,
Yo miraré con ojo receloso
La luz de tu fantástico cristal.

Cantaré tus estériles placeres,
Y entre tus flores escondida red
La loca tentacion de tus mugeres,
Corrientes que no templan nuesta sed.

Que si nacemos á la amarga vida
Riendo lo que habemos de llorar,
Yo quiero mi existencia dolorida
Gozar llorando y mi dolor cantar.

I.

Es una bella aurora
Fresca, purpúrea y clara

En que va murmurando
Por la floresta el aura.
Las hojas estremece
Con las sonantes alas,
Cruzando fugitiva
Por una y otra rama.
Ya por el blando césped
Silenciosa se arrastra,
Robando sus perfumes
Al tomillo y la grama.
Ya en torno de los troncos
De las encinas altas
Columpia en sus cortezas
Las ramitas enanas.
Ya de la limpia fuente
En la repleta taza
Arruga, trenza y riza
Los hilos con que mana.
Es un jardin florido
Henchido de fragancia
Que á par enriquecieron
Con afanosa maña
Naturaleza fértil
Con su silvestre gala,
Y la incansable industria
Con su rica elegancia.
Aquí por los linderos
Las violetas moradas
Matizan de los céspedes
La vivida esmeralda.
  Allí de clavellinas
Entumecida mata
Sus infinitos hijos
A sostener no basta.
Allí las anchas rosas
Su pabellon de grana
Estienden afrentando
Las azucenas blancas.
Allá el cárdeno lirio
Se eleva con audacia
De azules pensamientos
Su raiz tapizada.
Mas lejos un geráneo
Que aroma el aura mansa
Envidia á los renúnculos
Las tintas soberanas.
Y allá entre sauces verdes
Que humedecen las aguas,
Entre sonantes hojas
Y retorcidas varas,
En cargados racimos
Madreselva olvidada
Convida con sus flores
Amarillas y blancas.
Ni faltan en macetas
Y trasparentes jarras
Pomposos tulipanes
Que sus capullos rasgan.
Sobre ellos cuidadosos
Tienden sus hojas anchas
Los fértiles naranjos,
Las corpulentas hayas.
  Hay en su bosquecillo
De mirtos y de acacias,
En una placetuela
De rosales cercada,
Una anchurosa fuente
Que en torno se derrama.
Está el pilon colmado,
Y en medio se levanta
Sobre dos piés de jaspe
De alabastro una taza;
Y mil vistosos peces
En su remanso nadan,
Que asoman atrevidos
La fugitiva espalda.
Se escucha desde lejos
La música liviana
Con que murmuran leves
Las revoltosas aguas;
Y en su cristal inquieto
El sol que alumbra el alba
Saliendo reverbera
Con luz tornasolada.
  Sentado en las orillas
Por dó la linfa clara
Desde la limpia fuente
Bullendo se derrama,
Deshojando unas flores
Que el arroyuelo arrastra
Miraba el niño Adolfo
Como las lleva el agua.
Su imágen la corriente
Trémula le retrata
Los ojuelos alegres,
Las manitas nevadas,
La blonda cabellera
Tendida por la espalda,
La frente ruborosa
Y la sonrisa cándida.
Soñaba desvelado
Inocentes fantasmas
Que á la niñez tranquila
Espléndidos halagan.
De esos delirios puros
Que fugitivos pasan
Y aduermen los sentidos
Sin que los sienta el alma.
Ilusiones magníficas
Con cuyas sombras mágicas
Los gozos se deshacen
De nuestra breve infancia.
  Ceñida de una nube
De vaporosa gasa,
Que el aire llena en torno
De suavísimo ámbar,

De rosas y azucenas
La frente coronada,
Prendida en ricos pliegues
La vestidura blanca,
Salió de entre los mirtos
Con cautelosa planta
Una ilusion dichosa
De paz y bienandanza.
Las flores en sus tallos
Por donde aérea pasa
Se esponjan y enderezan
Y doble aroma exhalan.
La brisa en torno suyo
Murmuradora vaga,
Y entre las hojas verdes
Se enreda y esparrama.
Colúmpianse las copas,
Los ruiseñores cantan,
Las tórtolas arrullan
En amorosas cláusulas,
Y todo en los jardines
Al paso de la Maga
Respira la ventura
De juventud colmada.

—

Tomó la mano de Adolfo
Que sobre el césped descansa,
Quien al verla tan hermosa
Entre sus brazos se lanza.
Los negros rizos la coje,
La besa la frente casta,
En sus pupilas se mira
Y en su sonrisa se embriaga.
Ella á su seno le estrecha,
Le acaricia y le regala,
No como madre afanosa
Sino como amante hermana.
No como en signo de albricias
De un hijo perdido que halla,
Como quien se alegra hallando
Con quien dividir sus galas.
Adolfo se la sonríe
Y el blanco cuello la abraza,
Admirando su hermosura
Con infantil confianza.
«Oyeme Adolfo, le dijo
Halagándole la Maga:
Si tú quisieras conmigo
Vivir... tengo una morada
Llena de fuentes y flores
Y de deleites y galas:
Tengo palacios de oro
Suspendidos en montañas
En un pais no lejano,
A quien *Existencia* llaman.
— ¡ Oh por cierto que eres rica !
— Lo que imaginas es nada;
Todo el universo es mio.
— Pues ¿ quién eres? — La Esperanza.
— ¿Y estarás siempre conmigo?
— Iré siempre donde vayas.
— Pues vamos donde quisieres.
— Sígueme, pues, que ya tardas.»
Siguióla contento Adolfo,
Y á una señal de la Maga
De aquella anchurosa fuente
Dividiéndose la taza,
Tornase en un canastillo
Que se columpia y resbala
De un claro y tranquilo rio
Por sobre las ondas mansas:
Y entrándose confiados
En tan vacilante barca,
Dejáronse ir sin recelo
A los caprichos del agua.

II.

Audaces surcando las aguas serenas
Al lánguido impulso del aire sutil,
Tocaron opuestas las limpias arenas
Que el rio aprisionan al otro confin.

Posaron la planta donde ancho camino
El paso les abre de vasta region,
Que pródigo y rico regala el destino
Y espléndido viste de ocioso primor.

Allí en los linderos, vistosos jardines
De cuyas florestas el fin no se vé
Empiezan, y orlados de azahar y jazmines
Alfombras de flores encuentran los piés.

La luz es continua, de un alba rosada
Que presta al ambiente purísimo azul,
Y un zéfiro el aire cuya ala aromada
Refresca la tibia ilusion de la luz.

Do quiera en las hojas del árbol florido
Se siente escondido
Al mirlo trinar;
Do quiera en la yerba menuda se siente
La rápida fuente
Saltando brotar.

Do quiera volando sutil mariposa
Columpia una rosa,
Sacude un clavel,
Las alas ufana mostrando á las flores
De ricos colores
Pintadas tambien.

Do quiera arrastrando su casa con pena
Sobre una azucena
Se vé al caracol,
Que tiende los ojos al sol generoso,
Pidiéndole ansioso
Consuelo y calor.

Do quiera en las ramas colgada la oruga
Sacude y arruga el sonoro cristal,
Que en claros espejos, ó en líquidos hilos
En lagos tranquilos posándose va.

Do quiera en las ramas del álamo verde
A lo alto se pierde en movible ilusion,
Meciendo la bella oropéndola el nido
Que anima tendido benéfico el sol.

Despliega pomposa á la luz con que brilla
La pluma amarilla,
Que ostenta fugaz,
Abriendo esponjado y en círculo rico
El triple abanico
Que tiende al volar.

Aquí no se encuentran ni sauces llorones,
Ni en lúgubres sones
Agita el ciprés
La fúnebre punta, cual hacha mortuoria
Que alumbra la historia
Pasada de ayer.

La espléndida lumbre del sol no se apaga;
Sin término vaga
La brisa sutil;
La noche carece de sombra importuna,
Ni deja la luna
Jamás de lucir.

Del mal á lo lejos se siente el murmullo
Cual lánguido arrullo
Del aura no mas,
Cual banda de plata que el puro horizonte
Tendió sobre el monte,
Tapiz de cristal.

Allá en sus amenas tendidas riberas
A dó pasajeras
Se van á perder
Las ondas sonoras, en tiendas de armiños
Tan solo los niños
Alegres se ven.

En lechos de rosas, jazmin y claveles,
Bajo almos doseles
De plumas de luz,
Reposan tranquilos sin noche ni dia
Sin miedo á la impía
Desdicha comun.

No acosa su mente recuerdo pasado,
Que solo han gustado
La dicha y placer,
Porque es la ribera del mar de la vida
La casta, florida,
Tranquila niñez.

En ella comienza dichoso el camino
Dó puso el destino
Tras linde feliz,
De nuestra existencia tristísimo, aciago
El árido y vago
Desierto pais.

¡Oh! cuando dormimos al pié de la cuna
Es todo fortuna
Deleites y paz;
El dia es tranquilo, la noche serena,
La selva es amena,
Frondoso el herial.

Las lágrimas puras que entonces se vierten
Acaso divierten
En vez de doler...
¡Vereda dichosa! ¡Portada florida
Por dó entra en la vida
La dulce niñez!

Adolfo y la Maga cruzaban por ella
Y el niño tan bella
Tan llana la halló,
Que andaba embebido de un lado á otro lado
Gustando la fruta
Doblando la flor.

Ya el vuelo seguia de pájaro errante,
Ya el ala brillante de insecto sutil,
Ya el curso sonoro de inquieto arroyuelo
Que rueda del suelo en el verde tapiz.

Saltaba y reia sin pena ni enojos,
Gozaban sus ojos
La alegre vision,
Sus tiernos sentidos la suave frescura
Y el son que murmura
Del aura veloz.

Vagaba contento: ¿qué importa por dónde?
Su infancia le esconde
La negra verdad.
¿A qué preguntarla?—Si es plácido el sueño,
¿A qué con empeño
Querer despertar?

La ruta siguiendo, los blancos jazmines
La luz, los jardines
Llegaban allí;
Ya el sol es ardiente, mas duro el camino,
No hay ya peregrino
Plantel ni jardin.

Al paso que avanza por otra vereda
Detras de quien queda
La alegre region,
Sentia en el pecho que audaz caminando
Cobraba ganando
Firmeza y vigor.

La Maga amorosa seguia ligera
Fantasma hechicera
Vagando tras él;

Mas jóven y hermosa conforme adelanta,
Dejando su planta
Detras la niñez.

III.

Adolfo. ¿Qué sitio es este, señora?
¿Dónde estamos? que si no
Mienten mis ojos, ya es esta
Otra distinta region.
La Maga. Estamos, al fin, Adolfo,
En un pais superior,
En donde nada caduco,
Nunca imbécil vejetó.
Adolfo. Y esos alcázares de oro
Que se ven en derredor,
Esos pensiles colgados,
Esos bosques ¿cuyos son?
Maga. De una emperatriz hermosa
Tan alegre como el sol,
En cuyos vastos dominios
No hay lágrimas ni dolor.
Vive en ociosos festines
De blanda música al son,
En brazos de los placeres,
De la gloria y del amor.
Tan poderosa y tan rica
Que á su audacia y su ambicion
Ni los mares ponen coto
Ni los peligros pavor.
Tan bella y tan cortesana,
Pues que como ella no hay *dos*,
Ni hay fuerza á quien no atropelle,
Ni grandeza la asombró.
Poco á sus delirios fueron
Ambos mundos en redor:
« Todo ó nada, » — dijo ansiosa
Y sobre ambos se asentó.
Y celebrando insensata
Su destino triunfador,
Llamó al placer y á la vida
Y con ellas le partió.
Trajo á sí cuantas hermosas
Les siguen á ambos en pos,
Cuantos galanes y ociosos
En ambos mundos halló.
Dióles galas y palacios,
Campos de inmensa estension,
Trovadores que les canten,
Baños de esquisito olor:
Y al hacer de tanto lujo
Desigual reparticion,
Dijo: — « Gozad y pedidme
Que si hay dioses, yo soy dios. »
Adolfo. ¿Y quién es tan atrevido
Espíritu protector,
A quien nada se resiste
Y á quien nada se igualó
Maga. La JUVENTUD.
Adolfo. ¡Dama ilustre!
Envidiable en su favor.
Maga. ¿La sirvieras?
Adolfo. La adorára.
Maga. ¿Fueras su amigo?
Adolfo. El mejor.
Maga. Pues alguien hay que pudiera
Concedértelo.
Adolfo. ¿Quién?
Maga. Yo.
Adolfo. ¿Quién eres, que tal poder
Alcanzas?
Maga. Su hermana soy:
Que JUVENTUD y ESPERANZA
Nacidas á un tiempo son.
Adolfo. Pues lleguemos al palacio,
Porque ya siento por Dios
Por sus ilustres favores
Perdido mi corazon.
Maga. ¿Esperas vencer?
Adolfo. Lo espero,
Que he de conquistar su amor.
Maga. Bien haces en esperar,
Puesto que contigo voy.

Dió Adolfo el brazo á la Maga
Y ambos con paso veloz
Doblaron hácia el palacio
En coloquios de ambicion.

—

Do quiera en su sacro recinto se oia
La ronca alegria
Del loco festin;
Los besos y brindis que en torno se exhalan
Al alma regalan
Con música dulce, esperanza feliz.

Las bóvedas altas de perlas vestidas
Dó están suspendidas
Centellas de sol
Duplican del dia la luz trasparente
En ancho torrente,
Vertiendo en las salas cambiante color.

Los ricos tapices que ocultan los muros
Remedan los puros
Espejos del mar,
Sutiles dejando á través de sus hilos
Mirar los tranquilos
Reflejos del muro de limpio cristal.

Dó quiera la rosa, el clavel, los jacintos,
En lazos distintos
En cifras de amor,
Anuncian orlando las blandas alfombras,
Las mágicas sombras
Que al hombre adulando, le siguen en pos.

Amor dice en esta, en aquella *Fortuna*,
Valor dice en una
Y en otra *Amistad*;
Placer dice aquella, y esotra *Riqueza*,
Mas lejos *Belleza*,
Ventura en aquesta, *Virtud* mas allá.

Do quiera repiten los anchos salones
Ardientes canciones
De gloria y de amor;
Y allí en los clarines, allá en las botellas,
Con cláusulas bellas
Acaso acompañan el báquico son.

Allá en los secretos de oculto retrete,
Del ancho pebete
Al humo fugaz
De lindas mugeres que están voluptuosas
Sonando amorosas
Las notas se escuchan de amante cantar.

Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

¿Y á qué Dios mas poderoso
Acudireis que el Amor?
Apurad, pues, sus deleites,
Que fuera de ellos no hay Dios.

¿Cómo resistir la herida
De su ballesta sutil?
Venid á beber deleites
Hasta embriagaros, venid.

Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

Al son de las lanzas y trompas de guerra
Que asordan la tierra,
En estenso salon
Se sienten los himnos ardientes de gloria,
De noble victoria
Que entona el soldado con áspera voz.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir?

A amar y á lidiar nacimos,
Y sin triunfos, ¿cómo amar?
¿Qué llevar sino en ofrenda
A los piés de una beldad?

Si amor corona la frente,
Nuestras batallas tambien;
Sus coronas son de rosas,
Y las nuestras de laurel.

Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
Quién es el imbécil que acierta a vivir.

Mas lejos en otra morada hechicera
Dó el sol reverbera
Con lumbre tenaz,
Dó llenan las perlas los largos espacios,
Los ricos topacios,
El jaspe y el oro, la seda y cristal;

Se siente el tumulto de báquica orgía,
Que en cántiga impía,
Discorde clamor,
La mesa en desórden, manchadas las ropas
Al son de las copas
Rameras levantan, sin alma y sin Dios.

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Vamos la tierra con vino
Embriagados á amasar,
Vamos al templo de Baco
En lúbrica bacanal.

No hay mas altar que la mesa,
No hay mas Dios que la embriaguez;
El vino confunde el tiempo,
El morir con el nacer.

Cuando caemos beodos,
Mendigo ó rey, ¿qué mas da?
Todos bebemos sedientos
Arroyos de libertad.

¡Qué dulces son nuestros pechos
Empapados de licor!
¡Qué sabrosos nuestros labios,
Y qué inmenso el corazon!

Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

Allá en otra estancia dó en torno murmura
Lejana, insegura
La voz popular,
Cantor instigado del Dios que le inspira,
De cóncava lira
La suya levanta al acorde compas.

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren;
Hallando en el cieno sepulcro comun.

Venid á beber sedientos
Los raudales del saber,
En sus márgenes se cogen
Las coronas de laurel.

El pueblo escucha al poeta,
Venid, venid al cantor:
¿Qué es el amor ni la gloria
Sin la ciencia y la razon?

¿De qué os vale de placeres
Ese miserable afan?
Si no los canta mi lira,
¿Quién os los ha de envidiar?

Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.

Adolfo indeciso consigo luchaba,
Sin tino vagaba
Detrás del placer;

Do quiera anhelante y ansioso corria
Cruzando la orgía
La gloria gustando, el amor, la embriaguez,

Y en voz afanosa «¿Dó estás, di, murmura,
» Altiva hermosura,
» Falaz juventud?
» Do quiera te veo, siguiéndote avanzo,
» Mas nunca te alcanzo...
» Yo siempre en tu busca, y huyéndome tú!

» Oh! dime Esperanza, mi fiel compañera,
» ¡Dó está esa altanera
» Cobarde muger! »
La Maga le sigue, mas no le responde:
« ¿Porqué se me esconde?
¿Lo sabes?»—La Maga repuso: « No sé. »

« ¿No sabes? mentira. ¿Me engañas, traidora,
» Me mientes ahora
» Que la amo por fin?
» ¡Oh! ciego por ella tras ella camino...
» ¡Fantasma divino,
» Te adoro insensato, despues que te ví! »

IV.

Cansado de su rápida carrera
Siguiendo la fantástica vision,
De un verde montecillo en la ladera
Adolfo sollozando se sentó.

Iba el camino por estrecha calle
Una suave colina á trasponer,
Partiendo por mitad un triste valle
Do la estéril colina sienta el pié.

A su lado la Maga todavía,
Blanca, risueña y cariñosa está,
Cual viva estrella que al piloto guia
Y anima en los peligros de la mar.

Flotaba su sencilla vestidura
Del aura de la tarde á la merced,
Y derramaba su mirada pura
Por la campiña que delante ve.

Al lejos entre pálida neblina
Alcánzanse tal vez á distinguir
Torres y muros en informe ruina,
Y escombros que salpican el pais.

Hay do quiera ciudades desoladas,
Cuyo hendido esqueleto humea aún,
Manchando con espesas bocanadas
La claridad del firmamento azul.

No hay fuentes, ni palacios, ni verjeles,
Ni cantan en amena soledad
Saltando entre jacintos y claveles
Aves que gozan con alegre afan.

Hay algunas estériles palmeras
Nacidas al azar aquí y allí,
Y águilas surcan libres y altaneras
El hueco de la atmósfera sutil.

Aun se sienten, perdidos á lo lejos,
Los himnos de la alegre juventud,
Cuyo alcázar se ofusca en los reflejos
De una impotente y moribunda luz.

Todo es verdad allí, todo se ostenta
Sin ilusorio engañador cristal,
Por todas partes sin temor se asienta
La rebelde y desnuda realidad.

« Las fuerzas, dijo Adolfo, me abandonan,
Llena de sombras mi memoria está;
Dame el brazo, Esperanza: en mis oidos
Esos cantares tentadores van. »

Y era así que á pedazos por el viento
Llegaban en sonora confusion,
Ya el mentiroso ó el blasfemo acento
Del placer, de la gloria, ó del amor.

— Los labios hierven en besos,
Quemándose están de sed;
Venid á templar su hoguera,
No hay mas recompensa ni Dios que el placer.

— Bajad al campo sangriento,
Solo la gloria está allí,
Y sin gloria y sin laureles,
¿Quién es el imbécil que acierta á vivir? —

— Venid; la gloria es un sueño,
Amor sin fiestas, ¿qué es?
Mirado á través de un vaso,
El mundo desierto parece un Eden.

— Amor y gloria sin fama
Son un espejo sin luz,
Solo los cantos no mueren,
Hallando en el cieno sepulcro comun.

« ¡Oh cuán felices son en sus placeres,
» Ellos cantando, y sin aliento yo!
» Fiestas allí, cristal, oro y mugeres,
» Y aquí conmigo soledad y error. »

V.

Adolfo. ¿Dónde estamos, Esperanza?
Maga. Selva es aquesta que ves
De razon y de recuerdos.
Adolfo. ¿Tiene nombre?
Maga. La Vejez.
Adolfo. ¿Y aquellas alegres damas,
Y aquel palacio, y aquel
Festin espléndido y cánticos
De ventura y de placer?
Maga. Allá quedan.
Adolfo. ¿Y la hermosa
De que un instante gozé
Y tras quien corro insensato?
Maga. Allá se queda tambien.
Adolfo. ¿Con que por fin la he perdido?
¿Con que en verdad la soñé?

Maga. El perseguirla es perderla,
Que es verdad, e ilusion es.
Adolfo. ¿Mis amigos?
Maga. Allá quedan.
Adolfo. ¿De mis soldados que fué?
Maga. Allá quedan.
Adolfo. ¿Y mi gloria,
Mis timbres?
Maga. Allá tambien.
Adolfo. ¿Con que todos me dejaron?
¿Qué resta en la vida pues?
Maga. Tu Esperanza está contigo,
Siempre acudiéndote fiel.
Adolfo. Tú sola no me abandonas.
Maga. A tu lado siempre iré
Alumbrándote el camino
Que tomastes al nacer.
Reposa y vamos.
Adolfo. Me canso.
Maga. Yo la mano te daré.
Adolfo. Dame un manto, tengo frio;
Agua dame, tengo sed.
Maga. Vamos á buscar la fuente
Adolfo. ¿Está muy lejos?
Maga. Tal vez.
Adolfo. ¿No tiene fin el camino?
Maga. Sí.
Adolfo. Pues vamos.
Maga. Tras mí ven.
Adolfo. ¡Oh cuán distinto, Esperanza,
Este camino es de aquel,
Por donde yo te tendia
Mi brazo ligero ayer.
Maga. Lo que pasó no recuerdes,
Mirando adelante vé.
Adolfo. Solo de recuerdos vivo.
Maga. Olvida.
Adolfo. No puede ser.
Así con cansado paso,
Va caminando tal vez
El hombre, con su esperanza,
Eterno sol de su fé.—
Y así, la Maga y Adolfo,
Ya el dia al oscurecer,
Caminan hácia el desierto
De la arrugada Vejez.

—

Tristes y á espacio caminan,
Al crepúsculo del sol,
Por medio de un campo estéril,
Sin ave, fuente, ni flor.
Las cumbres están nevadas,
Y en espantoso turbion
Se oyen bramar los torrentes
Con honda y cóncava voz.
Silva el cierzo entre las peñas
Que ostentan en derredor
Entre la nieve á pedazos
En lastimosa ilusion.
Allí una choza arruinada,
Allá un templo que se hundió,
Mas allá un puente abrasado
O un hendido murallon.
Rastro del peso del tiempo
Que fué pasando veloz,
Descabezando en sus crestas
Cuántas puntas encontró.
Aspera y postrer jornada,
Dura peregrinacion,
Por donde nada se encuentra,
Amigo ó consolador.
Apenas en los escombros
De arruinada poblacion
Algunos pobres ancianos
Dan á la vida un á Dios.
Apenas entre los brezos
Se topa un viejo pastor,
Que apacienta unos ganados
Que solo esqueletos son.
Mas nadie sabe la historia
De lo que allí vejetó;
Todos lloran los recuerdos
De su propio corazon.
Todos miran al risueño
Alcázar encantador,
Que al pasar por sus dominios
La Juventud les mostró.
¿Qué dejan? sus ilusiones.
¿Qué lamentan? su valor.
Nada de cuanto gozaron
Al desierto les siguió.
Alguna vez aun deliran
Con la halagüeña vision
De aquel palacio encantado
Que falaz les hospedó;
Pero al pensar en los cantos
Que el deleite seductor
Les murmuró en los oidos
En soñada prediccion,
Doblan al suelo la frente
Con incrédulo dolor,
Diciendo al ir su camino:
¡Mentira! todo pasó.

—

Así por entre la nieve
Cruzando el desierto van
Adolfo y la Maga en lento
Paso, por quebrado herial.
Cada vez mas se avecinan
A las riberas de un mar,
Que al confin de aquella tierra
Tendido en silencio está.
Es el agua turbia inmoble
Cuyo fin se pierde allá

En un cäos de profunda
Insondable oscuridad.
Ni el viento al pasar la arruga,
Ni en espumas de cristal
En las húmedas arenas
Se viene á desmenuzar.
Ni escupe conchas de nácar
Ni en su estensa soledad
Saltan avaros los peces
El ambiente á respirar.
No se alcanza de la playa
Por el perdido arenal
Mas que una choza mezquina
De estrecha concavidad,
Cuya puerta desquiciada
Ya mohosa y desigual
Cómo párpado sin ojo
Mirando hácia el agua está.
Llegando allí, dijo Adolfo:
«No puedo, Esperanza, mas;
Entremos en esa choza
Un momento á descansar.»
Entraron en la cabaña
Y á la débil claridad
Con que alumbra todavía
Un crepúsculo fugaz,
Hallaron un ancho espejo,
En cuyo limpio cristal
Adolfo vió con espanto
Una sombra reflejar.
«¿De quién es aquella imágen?»
Preguntó, en duda tenaz
Con su memoria luchando
Recelando la verdad.
—Esa imágen es la tuya.
—Pues ¿cómo mi frente ya
Calva y arrugada miro
Y tan gastada mi faz?
¿No era ayer niño y hermoso
Contigo, Esperanza, al dar,
Cuando á despertar viniste
Mi infantil curiosidad?
—Entonces naciste al mundo,
Y el canastillo en que audaz
Conmigo bogastes, era
Tu cuna, Adolfo, no mas.
Las brisas de mis promesas
Lleváronte á desear,
Y entraste por el camino
De la loca vanidad.
Así el valle de la vida
Has venido á atravesar
Entre pensiles de flores
Y palacios de cristal.
—Ay, clamó Adolfo llorando
Que no los puedo olvidar,
Ni á aquella reina orgullosa
A quien ya no veré más.
—Así se pasa la vida
En gemir y en esperar
Lo que buscamos en ella,
O lo que perdimos ya.
Esta choza es una puerta
De la oscura *eternidad*,
Ese espejo es la *razon*,
Y la *nada* es ese mar.
Todo aquí se desvanece;
Nada hay delante y detrás.
Allá se queda la vida,
Y los deleites allá.
Este es el punto por donde
Se descubre la *verdad*,
Y aquí solo la *Esperanza*
Aún con nosotros está.

VI.

PLEGARIA.

¡Blanca ilusion! ¡benéfica esperanza!
Triste y última luz del corazon,
A cuyo tibio resplandor se alcanza
Un *mas allá* en el hondo panteon;

Tú sola nos alivias el camino
En que entramos al tiempo de nacer;
Nuestro amargo destino es tu destino,
Siempre amiga te hallamos por dó quier.

Delante de ese espejo misterioso,
De nuestra nada ante el estenso mar,
Aún vienes con semblante cariñoso
Nuestra seca razon á consolar.

¡Oh! tú nos doras la niñez tranquila,
Enciendes nuestra ardiente juventud,
La vejez nos sostienes que vacila,
Y aun ardes en el cóncavo ataud.

Sol en la vida, lámpara en la muerte,
Siempre nos vienes asistiendo en pós;
Y amiga fiel, nos dejas al perderte
Al pié del trono del inmenso Dios.

¡Sol de mi vida! sin cesar conmigo
Mis lentas horas alumbrando ven,
No apagues, no, tu resplandor amigo
Mientras mis ojos en vigilia estén.

¡Lámpara de mi nicho solitario!
Baja conmigo al negro panteon,
Y séanme los pliegues del sudario
De sueño eterno santo pabellon.

SÉTIMA PARTE.

DEDICATORIA

A MI AMIGO

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

—

Mi querido Juan Eugenio,
Mi octavo tomo publico,
Y al cabo te le dedico
En holocausto á tu ingenio.
Ve si contigo me porto,
Un cuento te he prometido
Y un tomo te doy cumplido;
No me acusarás de corto.
Otros buscan con su obra
Destinos ó proteccion;
Yo no grabo á la nacion,
Conmigo mismo me sobra.
Mientras siga el editor
Versos y libros pidiendo,
Iré libros escribiendo,
Que lo tengo por mejor
Que pedir al poderoso,
Mendigar del ignorante,
Y rogar al arrogante,
Que soy yo muy orgulloso.
Buscar un crítico enfático
Que alabe mi obra no quiero,
Que tan bien como el primero
Puedo ser yo catedrático.
Y á mas, para entre los dos,
Los criticones de ogaño
No nos harán mucho daño,
Saben poco ¡vive Dios!
No se echan muchas vigilias
Hoy en críticos estudios,
Tras poquísimos preludios
Hoy de crítico te filias.
Con ir un mes á París
Y almorzar con Victor Hugo,
Vuelves y pones el yugo
Literario á tu pais.
¡Las letras están fatales!
Vienen diciendo de allá.
Las artes... ¡lástima da!
¡No están en el Congo tales!
¿Pues los teatros? ¡da grima!
¡Ni de talento hay destellos...!
Y escriben comedias ellos
Como maestros de esgrima.
Tajo aquí, cercen allá,
Ora á la regla, ora al gusto,
Cada escena nos da un susto,
Si calambre no nos da.—
Y viendo al fin que no atinan
Por medio ninguno humano,
Cortar el nudo Gordiano
Ex cathedra determinan.
Con nuevas nomenclaturas
Sus disparates bautizan...
Y tanto la luz atizan
Que nos dejarán á oscuras.
Quien de la *escuela moderna*
Genio innovador se llama,
Barba, galan, page y dama
Despacha á la vida eterna.
Quien se dice *de la antigua*
En cánticos pobrecitos
De la otra cambia los gritos,
Y que da sueño averigua.
Yo que tal veo, me digo,
¡Tanto valen á fé mia!
Con que firme en mi manía
De andar con entrambas sigo.
En lo que no hago por Dios
Mas que con maña oportuna
Tentar á la par fortuna
Por cualquiera de las dos.
A veces de sangre un rio
Vierto, en situacion acerba,
Y á veces con una yerba
Como un tonto me estasío.
Y en esto sin duda alguna
Con sesudo estoicismo
Pruebo que me da lo mismo
Por las dos, que por ninguna.
Sin embargo, de mi afan
Me daré por satisfecho

Si no te enfada lo hecho
En Montoya el Capitan.
El pueblo me lo contó
Sin notas ni aclaraciones,
Con sus mismas espresiones
Se lo cuento al pueblo yo.
Inútil es que me pidas
Para medirle compas,
El pueblo tiene no mas
El compas con que le midas.
La gente crítica y docta
Que por decidir se muere,
Califíquele, si quiere,
De milagro ó de anecdota.
Se me da, Eugenio, un ardite
Que lo juzgue bien ó mal,
Que lo llame obra inmortal
O de necia la acredite.
Porque segun lo que vemos,
No hay obra, y mas siendo ajena,
Que sea á su juicio buena...
Con que pregunto, ¿y qué hacemos?
Escucha los silogismos
Con que vengo á deducir
Que debemos escribir
Sin miedo á nosotros mismos.
Si apenas entre unos y otros
Hay un buen libro que ojear,
Fácil es de remediar,
Escribámosle nosotros.
Tal vez en el *item* demos,
Y si no damos, peores
Que los demas escritores
A fé que no quedaremos.
Y ademas, si es el placer
De los sabios *mal-decir*,
¿Si damos en no escribir
Qué mil diablos han de hacer?
Yo soy terco, y lo confieso,
Pues lo que escribo critican,
Escribo porque se pican
Y ambos roemos el hueso.
Que al cabo va convenciéndome
La esperiencia por de pronto
De que no faltará un tonto
Que se divierta leyéndome.
Y concebirse no puede
Que no tenga un solo amigo
Que aplauda lo que yo digo,
Como á muchos le sucede.
Yo sé que en ambas escuelas
Habrá quien haga á este prólogo
Allá á solas un monólogo
Como á una fluxion de muelas.
Mas yo vivo por fortuna
En tan dulce escepticismo,
Que se me importa lo mismo
Por las dos, que por ninguna.

EL CAPITAN MONTOYA.

I.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

Muerta la lumbre solar,
Iba la noche cerrando,
Y dos ginetes cruzando
A caballo un olivar.
Crujen sus largas espadas
Al trotar de los bridones,
Y vense por los arzones
Las pistolas asomadas.
Calados anchos sombreros,
En sendas capas ocultos,
Alguien tomara los bultos
Lo menos por bandoleros.
Llevan, porque se presuma
Cuál de los dos vale mas,
Castor con cinta el de atras,
Y el de adelante con pluma.
Llegaron donde el camino
En dos les divide un cerro,
Y presta una cruz de hierro
Algo al uno de divino.
Y es así, que si los ojos
Por el izquierdo se tienden,
Sotos se ven que se estienden
Enmarañados de abrojos.
Mas vese por la derecha
Un convento solitario,
En campo de frutos vario
Y de abundante cosecha.
Echóse á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atras,
Aquí, dijo, esperarás;
Y el otro dijo: Aquí espero.
Y hácia el convento avanzando
Del caballero, en la oscura
Sombra, se fué la figura
Hasta perderse menguando.
Quedó el otro en soledad,
Y al pié de la cruz sentado
Siguió inmoble y embozado
En la densa oscuridad.
Mugía en las cañas huecas
En son temeroso el viento,
Rasgándose turbulento
Por entre las ramas secas.
Y en los desiguales hoyos
Con las lluvias socabados,
Hervian encenagados
Sin cauce ya los arroyos.
Ni habia una turbia estrella
Que el monte alumbrara acaso,
Ni alcanzaba á mas un paso
Ciega la vista sin ella.

Ni señal se apercibia
De vida en el olivar,
Ni mas voz que el rebramar
Del vendaval que crecia.
Y al hierro santo amarrados
Ambos caballos estaban.
Y allí en silencio aguardaban
A esperar acostumbrados.
Ni de la áspera maleza
Pisada al agrio rumor
Les volvió su guardador
Solo una vez la cabeza.
Un pié sobre el otro pié,
Embozado hasta las cejas,
Metido hasta las orejas
El sombrero, se le ve
Como un entallado busto
De alguno que allí murió,
Y allí ponerse mandó
Por escarmiento ó por susto.
Ni incrédulo faltaria
Que si cerca dél pasara
Medroso se santiguara
Dudando lo que sería.
Que á quien suele con la luz
Y en compaña blasfemar,
Bueno es hacerle pasar
De noche junto á una cruz.
Mas esto se quede aquí;
Y volviendo yo á mi cuento,
Digo, que dudoso y lento
Gran rato se pasó así.
Y ya se estaba una hora
De espera á espirar cercana,
Cuando sonó una campana
De lengua aguda y sonora.
Y aun duraba por el viento
Su vibracion cuando el guia
Alguien notó que venia
Por el lado del convento.
Sacó la faz del embozo,
Y oyendo el son mas distinto,
Echóse la mano al cinto
Y *¿quién va?* el amo y el mozo
Preguntaron á la par;
Mas conocidos los sones
Asieron de los bridones
Y volvieron á montar.
Y es fama que menos fiero
El señor con el criado,
Dejóle andar á su lado
Como digno compañero.
Y este al ver cuán satisfecho
Volvió de su espedicion,
Así la conversacion
Introdujo de lo hecho.
« ¿Señor? ¿cómo está la monja?
— ¿Y cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis piés,
Y mas blanda que una esponja.
— ¿Y pensais dejarla así?
— ¡ Dejarla! ni por asomo:
No sé todavía cómo,
Mas la sacaré de allí.
Que segun lo que yo he visto
Mas quiere la tortolilla
Volar libre por Castilla
Que estar en jaula con Cristo. »
Y aquí el recio vendaval,
En voz y empuje creciendo,
Puso lo que iban diciendo
Para escucharse muy mal.
Y ellos, temiendo que acaso
Les cogiera la tormenta,
Sacaron por buena cuenta
Los caballos á buen paso.

II.

CUCHILLADAS EN LA CALLE.

En una noche de octubre
Que las nieblas encapotan,
Ahogando de las estrellas
La escasa lumbre dudosa,
De la ciudad de Toledo
En una calleja corva
Que el paso desde el alcázar
A Zocodover acorta,
Es fama que se apostaron
Seis hombres, que grupo forman
De una de las dos esquinas
A la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
Algunas palabras cortas,
Cortas, porque á ellos les bastan
Bajas, por si hay quien las oiga.
Repartiéronse sus puestos
Con precaucion previsora,
Favorable á los que esperan,
Y á los que lleguen dañosa;
Y quedaron en silencio
Casi por un cuarto de hora,
Tan ocultos y pegados
A la tapia en que se apoyan,
Tan hundidas en la niebla
Sus desvanecidas formas,
Que hubo quien pasando entre ellos,
Juzgó la calle muy sola.
Caía desde las tejas
Desprendida gota á gota
La niebla que do halla sitio
Calladamente se posa.
Y alguna ráfaga errante
Con tenue voz melancólica
Cruzaba de alguna reja
Las hendiduras angostas.

Se oían de cuando en cuando
Sonar por la calle próxima
Puertas y aldabas de casas,
Pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
Mueve, anima ó impresiona,
Ni voces, ni transeuntes
Parece que les importan.
Inmóviles permanecen,
Y las sospechas se agotan
Al ver que por ellos pasan
Tanta gente y tantas horas;
Y es imposible atinar
Con el intento que forman,
Cogiendo la calle á espacios
Por ambas aceras toda.
Marcó las once un reló,
Sonaron tardas y cóncavas
De las once campanadas
Las once pesadas notas,
Y al par que en la callejuela
Los cinco se desembozan,
Alumbrándola por dentro
Luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
Rechinó la llave sorda,
Y un cuadro de luz voluble
Vaciló en piedras y losas.
Traspusieron los umbrales
Tres bultos, y una tras otra
Se oyeron tres despedidas
Que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de dentro,
Dobló á la puerta la hoja,
Quedó en tinieblas la calle,
Y dijeron fuera: ¡Ahora!
¡Viles! gritó el que salia.
Los que esperaban: *¡La moza,*
Dijeron, *cuenta con ella!*
Y á esta palabra traidora
En dos pedazos la calle
Partida, en música ronca
Crujieron y en lid confusa
De las espadas las hojas.
Asirla, dicen los unos.
¡Hija, á mi espalda! en voz torva
Decia el recien salido,
Que las cuchilladas dobla.
¡Cómo, decian los unos,
Son dos y tenernos osan!
¡Cómo, murmuraba el otro,
Villanos tientan mi honra!
¡Mueran! dicen de una parte.
¡Vengan! dicen de la otra;
Y crece de la contienda
La confusion temerosa.
Llueven los tajos sin tino,
Y aunque se tiran con cólera,
Como tirados á ciegas
La mayor parte malogran.
Pero valientes parecen,
Porque se buscan y acosan
Con terquedad tan resuelta,
Que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
Tierra ganan, tierra cortan,
Y al ruido de los aceros
La vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto,
Gritaron ¡Fuego! ¡la ronda!
¡La guardia! ¡mas todo inútil!
Porque los tajos redoblan.
Las mismas luces que sacan
Son de los menos en contra,
Y por do quiera cercados
En sus postrimeras tocan.
En esto la calle arriba
Llegó un mozo á quien abona
Por noble la larga pluma
Con que su sombrero adorna,
Que escusándose palabras
Y revelándose en obras
Echó la capa por tierra
Y por aire la tizona.
Púsose en pró de la dama
Como quien hidalgos goza
Pensamientos, y ha nacido
De noble sangre española;
Y anuncióse con tal furia
De cuchilladas, que á pocas
Tendió en la calle dos hombres
En las postreras congojas.
Y tan rápido revuelve
Contra los cuatro que afronta,
Que con una sola espada
Para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
Para su defensa propia,
Dijo uno de ellos: *¡A tanto*
Solo el demonio se arroja!
Y al escucharle el mancebo
Dijo con voz poderosa:
Con una legion no basta
Para el Capitan Montoya.
Y haciendo el último esfuerzo
La calle entera despoja
Por donde entraba á tal punto
A todo correr la ronda.

III.

OFERTAS.

Cuando llegó la justicia
De la contienda al lugar,
Halló asido de la mano
Con un hombre al Capitan

Desmayada una doncella
De él se veia detras,
Por otro hombre sostenida
Con intensísimo afan.
Y cuando ufanos quisieron
Meter su tardía paz,
Oyeron en esta guisa
Al desconocido hablar.
« Fadrique soy de Toledo,
Montoya, no os digo mas:
Mi honor os debo y mi hija;
Si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entrambos
Me demandeis á la par,
Os juro á Dios desde ahora
Que son vuestros, Capitan.
— Lo hecho, dijo Montoya,
Pagado en esceso está
Con la amistad de un Toledo;
Esta es mi mano, tomad;
Hice lo que debe un noble;
No hablemos en ello mas. »
Y asiéndola Don Fadrique
Dijo: Montoya, apretad.
Tornóse despues á su hija,
Y volviéndose á nombrar
Paso le dieron y gente
Con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
Y empezando á *justiciar*
Llevóse en prenda los muertos,
Y citó ante el tribunal
A los testigos que hubiere,
Incluyendo al Capitan,
Quien calándose el sombrero
Replicóles: « ¡ Bien está !
Póngame, seor corchete,
Esa capa en caridad,
Y tome esa friolera
Con que entierren á ese par. »
Y echando un bolsillo de oro
De la justicia en mitad,
Fuése, dejando en la turba
Admiracion general.

Y justamente admirado
Merece ser en verdad
Quien da tales cuchilladas
Y tales bolsillos da.

IV.

EL CAPITAN DON CESAR.

« ¡ Esa gente es un tesoro !
Él generoso y valiente,
Ella hermosa; ¡ y juntamente
La ofrecen pesada en oro!

¿ Qué te parece, Ginés ?
Cuatro millones la dan.
—¡ Gran presa, mi Capitan !
¿ La aceptareis?
—¡ Fácil es !
—¿ Y la monja?
—¡ Eso te aflige !
¡ Buenas son ambas por Dios !
Y quien de dos toma dos
Como hombre avisado elige.

Dicen que parece mal
Que hombre de mi condicion
Viva siempre solteron
Derrochando su caudal.

Y á mí tambien me parece
Que quien tanto tiene y vale,
Pues de lo vulgar se sale
Mas de lo vulgar merece.

La consecuencia te toca;
Si una me dan y otra quito,
Que con dos puedo acredito;
Con que, Ginés, punto en boca. »

Esto dijo el Capitan,
Y pidiendo de vestir
Anunció que iba á salir
A cierto asunto galan.

Colgóse al cinto la espada
De plata en doble cadena,
Tendió la negra melena
Sobre la gola plegada.

Caló el chambergo de lado,
Y retirando el espejo,
Tornó su postrer consejo
A repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel
En presencia del señor,
Y ganando un corredor
Cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,
Una tras otra tres puertas,
Que se quedaron abiertas
Mucho despues de pasar.

Vénia le hicieron gran pieza
Siervos que al paso topó,
Y un page tras él salió
Descubierta la cabeza.

Y á fé que se colegia
Mirando tal homenage
Que era mucho personage
Quien con tal pompa vivia.

Mas ya es tiempo, vive Dios,
De que dé el lector discreto
Con quién es este sugeto
Que anda há rato entre los dos.

Sepa pues que el Capitan
Don Cesar Gil de Montoya

Es de las armas la joya,
Y de las hembras iman.
Nadie se atreve á afrontallo,
Ni hay quien resista su lanza;
Nadie su poder alcanza,
Sea á pié, sea á caballo.
En liza donde él se mete
Por empeño ó por favor
Nunca falta justador
Para el último ginete.
En fiesta ó lance que él entra
Toda opulencia es escasa;
Nadie en lo galan le pasa,
Ni mas bizarro se encuentra.
Favorece á quien pregunta;
Obliga á quien aconseja,
Enloquece á quien corteja,
Y avasalla á quien se junta.
Audaz con quien enamora,
Manda, zela, acosa, exige,
Y al cabo del mes elige
Nuevo amor, nueva señora.
Un filtro lleva en los ojos
Que fanatiza á quien ama,
Deleite su voz derrama,
Y fuego sus labios rojos.
Muger que cayó en su red
Su corazon dejó preso,
Que sorbe con cada beso
Un corazon cada vez.
No hay puerta que le resista
Ni reja que le desaire,
Que entra su amor como el aire,
Con solo mirar conquista.
Como un sultan opulento,
Como un Adonis hermoso,
Sin par en lo generoso,
Sin igual en ardimiento.
Sol que mata las estrellas,
La fama arrebata toda;
Y es siempre el galan de moda
Entre las damas mas bellas.
Resuena desde Toledo
Su nombre por toda España;
Los nobles le tienen saña,
Los bravos le tienen miedo.
Los golillas le desdoran,
Los clérigos le aborrecen,
Los soldados le apetecen,
Y los villanos le adoran.
Mas á él le importa un ardite
De tan varia voluntad,
Y toma por la ciudad
Donde le encuentra desquite.
Que no hallando ningun Cid
Ni topando una Lucrecia,
Cuanta conquista desprecia,
Mata cuantos vence en lid.
Tiene un palacio por casa,
Da fiestas por afrentar,
Que no hay quien sepa igualar
Sus profusiones sin tasa.
Sin amigos y sin deudos
Vive solo para sí,
Y le mantienen así
Sus herencias y sus feudos.
Tan rico y gran bebedor,
No hay medida á sus deseos,
Y pasa entre devaneos
Una existencia de amor.
Y para ahogar su indolencia
Y ocultar que se fastidia,
Juega sin afan ni envidia
Pedazos de su opulencia.
Si gana, sin ver recoge;
Si pierde, paga sin ver;
Y ni en ganar ni en perder
Hay medio de que se enoje.
Y segun derrama el oro
Cuando pierde ó cuando presta,
Parece que tiene puesta
Cada mano en un tesoro.
Hay quien de impío le trata,
Y juzga que es mal ejemplo
Que un page le lleve al templo
Cogin con borlas de plata.
Y que es audacia inaudita
Hincarse al pié de la grada
Y esperar á una tapada
Para darla agua bendita.
Y aun corren de sus amores
Susurros por la ciudad,
Que á ser ciertos en verdad
Pueden tornarse clamores.
Que anda entre ellos una llave
Con que se abre un presbiterio...
Mas el caso es un misterio
Y la verdad no se sabe.
Él sigue ufano y galan,
Y los rumores de que hablo
Si los sabe los da al diablo
Satisfecho el Capitan.
Tal es, amigo lector,
El Don Cesar de mi cuento:
Si le crees malo, lo siento;
Mas no fué mucho mejor.

V.

INSUFICIENCIA DEL POETA.

Casa Don Fadrique á Diana,
Y en su palacio reune
Cuanto hay en Castilla entera
En armas y amor ilustre.

Que es Don Fadrique muy rico
Y á origen de reyes sube,
Y solo el rey le aventaja
Cuando sus empeños cumple.
Ofreció una noche su hija
En lance que aun hoy encubre
El misterio de las sombras
A un hombre, á quien atribuye
Tantos misterios el vulgo
Como al lance que produce
El repentino consorcio
Que amor y razones une.
Mas aunque pasa la noche
Y ya su presencia urge,
El novio no está en Toledo,
Lo que á sospechas induce.
Mas buenas tiene sin duda
Razones que le disculpen,
Porque aunque le echan de menos
Nadie de falso le arguye.
Todos aguardan que llegue,
Y no hay un alma que dude
Que se hallará al dar las diez
En los salones del duque.
Que él ha marcado esa hora,
Y tal confianza infunde
Su palabra, que no hay prenda
Que mas valga ni asegure.
Prosiguen pues de la boda
Las fiestas, los brindis crujen,
Y suenan los instrumentos
Voluptuosos y dulces.
Nunca tal gala ostentaron
Los que de grandes presumen,
Ni vió jamás tanta pompa
La asombrada muchedumbre.
Inútil es ponderarla,
Y querer pintarla inútil,
Que fiestas como esta mia
Contándolas se deslucen.
Harto lo llora el poeta,
Mas ¡ay, que por mas que luche
Con su voz y con su lira
La realidad no le suplen!
Hará que sus *creaciones*
En bellos versos murmuren,
Que canten báquicos himnos
Cuando su festin concluyen;
Podrá cuando mas se afane,
De quien su cuento le escuche
Lograr que se finja apenas
El rostro, las actitudes,
La situacion ó el carácter
De los seres que dibuje,
Todo ello pesado y débil
Aunque á lo vano renuncie.
Podrá trazar en un cuadro
Aunque sombras se le enturbien,
Las principales figuras
De que su historia se ocupe;
Mas la luz, y el movimiento,
Y el todo que las circuye,
La multitud, las comparsas
Que en torno de ellas agrupe,
Que giran, hablan, murmuran,
Van, vienen, bajan y suben,
Las cercan ó las desvian,
Y con ellas se confunden,
Y respiran con su aliento,
Y con impulsos comunes
Con ellas gozan, esperan,
Rien, cantan, lloran, sufren...
¡Imposible que lo pinten
Y en la mente lo acumulen
Con voz, movimiento y vida
Fácil, palpable, voluble!
¿Cómo contar el tumulto
Que en un momento produce
En un salon donde danzan
Un lance que lo interrumpe?
La voz de — ¡Ahí está, señores,
Ahí está! — que brota y bulle
De boca en boca rodando
Y en derredor se difunde;
Y el son de las herraduras
Del bridon que le conduce,
Que al detenerse en el patio
Hace que el patio retumbe,
Que en las puertas y ventanas
Los que bailaban se agrupen,
Y por ver mejor se empinen,
Se encaramen y se empujen;
Los muchos que prodigando
Serviles solicitudes
Bajan á asirle el estribo
Porque les mire ó salude,
Y el salon que dejan solo
Con la alfombra y con las luces,
Y la chimenea, en donde
Chisporrotea la lumbre,
¿Con qué voz, ni con qué lira
Se pinta ó se reproduce,
De modo que quien escucha
Lo conciba y no se ofusque?
¿Cómo el satisfecho porte
Contar con que se descubre
Al apetecido novio
Que por la escalera sube,
Mientras se agolpa por ella
La aturdida servidumbre
Y al peso de los curiosos
Por ambas barandas cruje?
Avanza pues; por la sala
La gente se distribuye,
Y este es el lance mas crítico
Que en toda la noche ocurre.

Corre confuso murmullo
Y ancho movimiento cunde,
Mientras asiendo un instante
A sí cada cual acude.
Quién se compone la gola,
Quién los buelillos se sube,
Quién desencaja una hebilla
Porque el cinturon le ajuste,
Quién se revienta unos guantes,
Y del placer en la cumbre
Las hermosas se sonrien,
Y aunque astutas disimulen,
La vista á un espejo tienden,
La mano á la flor ó al bucle.
La que gracias ó riquezas,
Bien que la pesa, no luce,
Busca á una bella la espalda
Que aunque la humille, la oculte.
Aquí asoma un pié pequeño,
Allí unos ojos azules,
Acá una falda de encage,
Allá un airon de tisúes,
Aquí un cuello alabastrino,
Y allí una mano que pule
Un centenar de brillantes
Que por mano y dueño arguyen.
Todo esto es viviente masa,
Con movimientos comunes,
Con existencia uniforme
Que en todo fermenta y bulle,
Que gira ó que vaga á un tiempo,
Se dispersa ó se reune,
Danza ó se asoma, y el ruido
Cesa, aumenta, ó disminuye;
Este momento de atenta
Y afanosa incertidumbre,
¿Quién lo cuenta, ó quién lo canta,
Por mas que á la par se junten
La voz y el arpa, sin ver
Que es fuerza al fin que renuncien
La voz y el arpa humilladas
A empresa donde sucumben?

Desisto pues de mi empeño,
Y aunque me da pesadumbre,
El salon de Don Fadrique
Quien pueda que se figure.

VI.

EL NOVIO.

Todos los ojos clavados
En la puerta del salon,
Toda la gente del baile
Agolpada en derredor
En impaciente y atenta
Duda un instante quedó,
Esperando la llegada
Del venturoso amador.
Don Fadrique, Diana y todos
Los parientes que juntó
En su fiesta el noble duque,
De sus huéspedes en pos
Están al dintel parados,
Que el danzar se interrumpió,
Y ahogaron los instrumentos
Su ya no escuchado son.
Todos inciertos callaban,
Y allá en confuso rumor
Del novio por la escalera
Se percibia la voz;
Como si alguno á su paso
Demandándole atencion
Recibiera una respuesta
De superior á inferior.
«¿Comprendistes?» dijo al fin
En voz clara. «Sí, señor,»
Repuso otra voz humilde,
Y él á replicar volvió:
«La hora las dos en punto,
La gente nosotros dos.»
Y de sus anchas espuelas
Aspero compas se oyó.
Cundió general murmullo
De gente por el monton,
La masa de mil cabezas
Adelantándose hirvió,
Moviéndose á un tiempo todas
Para ver y oir mejor;
Y á tal punto por la sala
Con paso resuelto entró
El buen Capitan Don Cesar,
Cual siempre fascinador.
Echó los brazos al cuello
De Don Fadrique, tomó
La mano á Diana, y besóla
Con acendrada pasion.
Y por la estancia avanzando
En tal guisa les habló:
«Señor duque, hermosa Diana,
Si tardé, mirad que estoy
Pronto desde este momento
A demandaros perdon.
— Capitan, en vuestra casa
Nadie exige sino vos.
Id, venid cuando os pluguiere
Sin pena y sin restriccion,
Que en todo lo que gustareis
Nos dareis gusto y honor.
— Pues cuando os venga en agrado,
Señor duque, la ocasion
Del notario aprovechemos,
Con la ley cumplamos hoy,
Y atendiendo á ambos mandatos
De justicia y religion,

Hoy nos casaran las leyes,
Mañana temprano Dios.
¿Os place?
— Si, por mi vida.
— ¿Y á vos, Diana?
—¿Tengo yo
Mas voluntad que la vuestra,
Mi esposo y libertador?
— Pues de ese modo abreviemos,
Que aunque por ello afliccion
Siento en el alma, esta noche
Aun mi ausencia no acabó.»
Volvióse á tales palabras
El duque, y conversacion
Siguieron de esta manera
Por lo bajo ambos á dos.
«Don Cesar, ¿llevais espada?
— Solamente á precaucion.
—Sabeis, Capitan, que os debo...
—Gracias, duque; aunque de honor,
No es asunto de estocadas,
Sino de tiempo.
—¡Por Dios
Que tomara por agravio
Que en caso de esposicion
Reclamarais el auxilio
De otro que no fuera yo!
— Dormid sin cuidado, duque,
Que en todo evento hombre soy,
Y os despertaré mañana.
Volved esta noche vos
Al baile desde la mesa,
Danzad, duque, sin temor,
Y no os acordeis de mí
Hasta que despunte el sol.»
Y así el Capitan diciendo
La mano de Diana asió,
Y á otro aposento pasaron
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente
Los contratos en union,
Volvióse á la danza luego
Y á la mesa se volvió.
El duque estuvo gozoso,
El Capitan decidor,
Y Diana hermosa y radiante
Y hechicera como el sol.
Y aunque no faltó un misántropo
Que admirado se mostró
Y auguró mal de esta boda,
Cenando como un leon,
Desde la cena, la danza,
Tercera vez empezó,
Mas que nunca bullicioso
Y pacífico el salon.
Mas justo será añadir
Como fiel historiador,
Que mientras seguia el baile
Y de los brindis el son,
El Capitan y Ginés
Salian al dar las dos
De la empinada Toledo
Por las puertas del Cambron.

VII.

DOÑA INÉS.

Cerraron en un convento
A Doña Inés de Alvarado,
Y obraron con poco tiento,
Porque jamás fué su intento
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,
De noble estirpe nacida,
Pensó libre mariposa
De volar de rosa en rosa
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca
La luz del brillante sol
Y una mente inquieta y loca
¿Quién puso bajo una toca
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías
Que la aprisionan el ver,
Si en sus bellas fantasías
Adora todos los dias
Sus delirios de muger?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!
Que algunos doctores viejos
Nieguen el mundo para ella
Si presintiéndose bella
Se encuentra con los espejos?

¿Y qué la importan los sones
Del salterio sacrosanto,
Si las lindas tentaciones
De otro dios y otras canciones
Se la acuerdan entre tanto?

¿Cómo abrazar las espinas
Del ayuno y la oracion,
Cómo exigencias divinas
Si hay otras que están ladinas
Punzándola el corazon?

¿Para qué son sus sentidos
Si de nada han de gozar?
¿Qué fué para los nacidos
El mundo á que son venidos
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos
Los mal mutilados rizos,
Si no ha de prender en ellos

Una flor, que hará mas bellos
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza
Curiosa va tras su sombra
Con afanosa esperanza,
Y el pié se ensaya en la danza
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud
La causa secreta estudia
De su secreta inquietud,
Do quier que encuentra un laud
Un himno de amor preludia.

Tal vez á solas mirando
De su mansion los cerrojos
Las horas pasó soñando,
Y se encontró despertando
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana
Al ver la inmensa campiña
Donde cruza una aldeana,
Trocar su sayal de lana
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja
Y al bordar un santo nombre
La santa labor estruja;
Que audaz tentacion la empuja
A delinear el de un hombre.

Y así se la van los dias
En suspirar y gemir,
Por las bóvedas sombrías
De las largas galerías
Que la habrán de ver morir.

Y sus ojos se marchitan,
Y sus labios palidecen,
Y sus piés se debilitan,
Y sus delirios la irritan,
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento
A Doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Que bien se ve que su intento
No la llamaba á su estado.

—

¿Pero qué han visto sus ojos,
Que serenos y radiantes
Há dias que sin enojos
Moderaron los antojos
Tras de que corrieron antes?

Ella que ayer esquivaba
Del templo el cantar sonoro
Y la oracion la cansaba,
Hoy de rodillas se clava
Ante las rejas del coro.

Ella que ayer distraida
Asistia al gran misterio
Del Redentor de la vida,
Hoy no quita embebecida
Los ojos del presbiterio.

Ella que ayer con el son
Del importuno esquilon
Dejaba el lecho tardía,
Hoy madruga con el dia
Y adora la creacion.

Ella que ayer descuidada
Olvidaba sus labores,
Hoy noche y dia afanada
Multiplica delicada
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento
Ofrendas del sentimiento
Bajo formas infinitas,
Sus labores esquisitas
Que orgullo son del convento.

Mutacion inesperada
Que á sus hermanas admira,
Y la oveja descarriada
(Dicen) *del pastor llamada*
Ya á su redil se retira.

Ya vuelve al dulce reclamo
De la dulce compañía
Y á los cuidados de su amo
La blanca oveja que huia
Tan salvaje como el gamo
Nacido en la selva umbría.

Y en secretas reuniones
Dándose la enhorabuena
Doblaban las oraciones
Pidiendo á estas intenciones
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!
¡Oh necias sin duda alguna
Las pobres siervas de Dios
Si no alcanzásteis ninguna
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto
Su tez la color recobra,
Sus ojos brillo y encanto...
¿Y pensais que el fuego santo
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada
En la seca soledad
Vuelve á una niña apenada
La pura tez sonrosada
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos
Cubrís el mundo y los ojos

Con vuestros benditos velos,
Cuando á la luz de los cielos
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela
Que se vuelve á su pastor,
Y cuya vuelta os consuela,
Es tórtola que se vuela
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban
Clavados en el altar,
El altar no contemplaban,
Que otros ojos no cesaban
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,
Pero pese á los cerrojos
Lenguas en ojos residen,
Y los espacios se miden
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,
Y un hombre la devoraba
Con sus ardientes pupilas,
Y Doña Inés se abrasaba,
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su esceso,
Ni de la reja á una esquina
Visteis que perdido el seso
Tendió la mano, y que un beso
Crujió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar
Al toque de los maitines
Desde su celda al altar
Solia mas tarde entrar
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una
Que del paseo celosa
Abriese ventana alguna
Y viese huir con la luna
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero
Que al primer canto del gallo
Viese acercarse rastrero
Un rondador caballero,
Que atras dejaba un caballo.

Ni os ocurrió que sus flores,
Sus vistosos ramilletes
Que encontraban compradores,
Pudieron de sus amores
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiando
El sueño de la tornera
Las llaves manoseando,
Abierta aficion mostrando
Del manojo á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento
A Doña Inés de Alvarado
Obraron con poco tiento,
Pues ni han mirado su intento,
Ni en el Capitan pensado.

VIII.

AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á jusgar
Por lo que van espoleando,
Corren dos hombres cruzando
A caballo un olivar.
No está la noche muy clara,
Mas bien se ve al pié de un cerro
Una cruz grande de hierro
Que dos caminos separa.
Y de advertir fácil es
Aun á los ojos peores
Que son dos los corredores,
Y los caballos son tres.
Echó pié á tierra el primero,
Y al dar la brida al de atras
Le dijo: —Aquí esperarás; —
Y el otro dijo: —Aquí espero. —
Y hácia el convento avanzando,
Del caballero en la oscura
Sombra se fué la figura
Hasta perderse menguando.
Y aquí, ¡ó mi lector amigo!
Fuerza será que convengas
En que es preciso que vengas
Hácia el convento conmigo.
Sigue mi camino pues,
Y de una verja detras
Un átrio acaso hallarás
A pocos pasos que des.
Sube tres gradas, si puedes
Da un paso mas, y con él
Tocarás en el cancel,
Donde es fuerza que te quedes.
¿Ves un hombre que embozado
Encorvando la figura,
Por la estrecha cerradura
En mirar está ocupado?
Acércate sin temor,
Que lo que alcanza por dentro
No hace temible el encuentro
Del Capitan reñidor.
Tú lector, preguntarás:
¿Con que el Capitan es ese?
Él mismo, mas que te pese,
Pero hazte un poquito atras,
Porque levantando el brazo
Empuja á espacio la puerta.
Entró, y dejándola incierta
Sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
Sin que pueda replicarte,
Que esto es llamándote darte
Con la puerta en las narices.
Mas tu impaciencia sosiega,
Todo lo presenciarás,
Que del poeta á eso y mas
El poder mágico llega.
Está el Capitan en pié
En medio de la ancha nave,
Y á la verdad que no sabe
Ni qué pasa, ni qué ve.
El templo mira enlutado
Con lúgubre terciopelo,
Mucha gente haciendo duelo,
Y un féretro en medio alzado.
Vense en el paño del túmulo
Entrelazados blasones,
Y á la luz de los blandones
Un cadáver en su cúmulo.
Monges le rezan en coro
Tristísimos funerales,
Y le alumbran con ciriales
Pages de libreas de oro.
La muchedumbre que asiste,
Y que la tumba rodea,
Dado que bien no se vea
Se ve que de noble viste.
Y parece que al bajar
El que ha finado á su nicho
Memoria tuvo capricho
De su opulencia en dejar.
Y al par que su eterna calma
Las oraciones consuman,
Mirras y esencias perfuman
La despedida del alma.
Música triste le aduerme,
Salmodías le santifican,
É hisopos le purifican
El cuerpo que yace inerme.
Mas aquellas oraciones
Y responsorios precisos
Llevan de anatema visos
Y planta de maldiciones.
A veces son sus compases
Hondos, siniestros, horribles,
Murmurando incomprehensibles,
Negras é incógnitas frases.
En son lento, ronco y quedo
Se hacen oir otras veces,
Y entonces aquellas preces
Hielan los huesos de miedo.
Otras semejan ahullidos
Discordes, desesperados,
Lamentos de condenados,
De los infiernos salidos.
Otras lejanos rumores
Cual de tormentas se escuchan,
O de ejércitos que luchan
Los espantosos clamores.
Y siempre siendo los mismos
Los sones que se levantan,
Responsos á un tiempo cantan
Y murmuran exorcismos.
Atónito de la escena
Estraña y aterradora
Que encuantra tan á deshora
Y le asombra y enajena,
Don Cesar con paso lento
Entre la turba mezclado
Dirigióse á un enlutado
Que oraba en aquel momento.
«*¿Quién es el muerto, sabeis,*
(Dijo) *á quien rezando están?*»
Y él respondió: «*El Capitan*
Montoya: ¿le conoceis?»
Mudo quedó de sorpresa
Don Cesar oyendo tal,
Mas no lo tomó tan mal
Como tal vez le interesa.
Volvióle la espalda pues,
Diciendo: *Me ha conocido*,
Y burlárseme ha querido;
Mas luego veré quién es.
Siguió la iglesia adelante,
Y una capilla al cruzar
Vió un sepulcro preparar
Entre otros varios vacante.
Y á un personage que halló
De luto, y que parecia
Que el trabajo dirigia,
El Capitan se acercó.
«*¿Para quién abren la hoya?*»
Le dijo; y el enlutado
Le contestó decontado:
«*Para el Capitan Montoya.*»
Mudósele la color
A Don Cesar; mas repuesta
Su calma, al de la respuesta
Volvió entre risa y furor.
Miróle de arriba abajo,
Pero no le conoció;
Segunda ves le miró,
Pero fué inútil trabajo.
Ni recordó que quizás
Le hubiese visto la cara,
Ni imaginó que la hallara
Tan repugnante jamás.
Que encontró en ella tal gesto
De aterradora hediondez,
Que por no verla otra vez
Dejó caviloso el puesto.
Fuése á otro punto á situar
Diciendo: «*¡Ese hombre estremece!*
De aquel sepulcro parece
Que le acaban de sacar.»

Uno tras otro se puso
A contemplar los que via,
Mas a nadie conocia,
De lo que andaba confuso.
Tenian todos las caras
Descoloridas y secas,
Y dijeran que eran huecas,
A mas de antiguas y raras.
Cansado de fiesta tal,
Y á impulso de una aprension,
Llegóse á un noble varon
Que oraba con un cirial.
Cabe él la rodilla apoya,
Y dícele ya con miedo:
«¿*Quién es el muerto?*» y muy quedo
Contestó el otro: «*Montoya.*»
Del catafalco á los piés
Llegó entonces decidido,
De aquella duda impelido,
A ver el muerto quién es.
Por los monges atropella,
Trepa al túmulo, la caja
Descubre, ase la mortaja,
Y él mismo se encuentra en ella.
Miró y remiró, y palpó
Con afan hondo y prolijo,
Y al fin consternado dijo:
¡Cielo santo, y quién soy yo!

—

Miró la vision horrenda
Una y otra y otra vez,
Y nunca mas que á sí mismo
En aquel féretro ve.
Aquel es su mismo entierro,
Su mismo semblante aquel:
No puede quedarle duda,
Su mismo cadáver es.
En vano se tienta ansioso;
Los ojos cierra, por ver
Si la ilusion se deshace,
Si obra de sus ojos fué.
Ase su doble figura,
La agita, ansiando creer
Que es máscara puesta en otro
Que se le parece á él.
Vuelve y revuelve el cadáver
Y le torna á revolver;
Cree que sueña, y se sacude
Porque despertarse cree,
Y tiende el triste los ojos
Desencajados do quier.
Mas ¡nuevo prodigio! mira
A las puertas, y al dintel
Ve que despiden el duelo,
De duelo enchidos tambien,
Don Fadrique y Doña Diana,
Que arrastran luto por él.
Baja, les tiende los brazos,
Les nombra, cae á sus piés;
Miradme, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.
Y ellos le miran estúpidos
Sin poderle conocer,
É inclinando las cabezas
Replican:—*Montoya fué.*—
Entonces desesperado
Con angustia tan cruel
Vase otra vez hácia el muerto
Demandándole quién es.
«*No hay quien sepa aquí quién soy?*
¿No hay á salvarme poder?»
Y allá desde el presbiterio
De las rejas al través,
Oyó una voz que decia:
«*Sí, te conozco, mi bien:*
Abre; ¿qué tardas? partamos:
Yo soy tu amor, soy tu Inés.»
Y los brazos le tendia
La de Alvarado tambien
De la reja tentadora
Tras el cuadruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
Que le persigue á su vez,
Gritaba él: «*Aparta, aparta*;
¿*Que soy cadáver no ves?*»
Y apenas palabras tales
Pronunció, cuando tras él
Vió llegarse aquel fantasma
Cuyo gesto de hediondez
Le hizo miedo, y no le pudo
Recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
Le asió del brazo despues,
Y así con voz espantosa
Vió que le dijo:—«*¡Pardiez!*
Tú eres quien cambia conmigo,
A mi sepultura ven.»
Y á esta horrorosa sentencia,
Ya sin poderse valer,
Cayó en el suelo Montoya,
Falto de aliento y de piés.

—

«¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?
¿Respiro aun?» esclamó
Montoya abriendo los ojos
Con desfallecida voz.
—Señor, estais en mis brazos.
«¿Eres tú, Ginés?
—Yo soy.
—¿Dónde estamos?
—En la cruz.
—¿Del olivar?
—Sí señor.
—¿No estuve yo en el convento?

Pues quién de allí me sacó?
—Yo fuí, señor.
—¡Tú, Ginés!
—Perdonad, temí por vos,
Y viendo que el tiempo andaba
Y ni seña ni rumor
Esperanza me infundian,
Tras vos eché.
—Santo Dios:
¿Y llegastes...
—A la iglesia.
—¿Atraido por el son?
—Señor, no he oido nada;
¿No os lo dije?
—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no vistes
Los enlutados en pos
De mi cadáver?»
Miróle
Absorto de admiracion
El mozo, y dijo:
«Soñamos,
O vos, Don Cesar, ó yo.
Ni vi, ni oí cosa alguna.
—¿Con que es mia esa vision?
¡A mis ojos solamente
Horrenda se presentó!
¿No vistes conmigo á nadie?
—Os juro á mi salvacion
Que solo os hallé, tendido
Al pié del altar mayor;
Y viendo el peligro doble
Del sitio y la situacion,
Ni me detuve á pensar
Si estábais herido ó no;
Cargué con vos, y me vine;
Ni oí ni vi mas, señor.»
Calló Ginés, y Don Cesar
A estas palabras quedó
Distraido y abismado
En honda meditacion.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
De la faz del Capitan
La estraña trasformacion.
Desencajados los ojos,
Palidecido el color,
Torvo el mirar, parecia
Mas que vivo, aparicion.
Sentado en el pedestal
De la cruz, do él le posó,
Inmóvil permanecia
Sin fuerza y sin intencion,
Amarrado á un pensamiento
Que bullia en su interior,
Y que se via que todas
Las potencias le absorvió,
Como quien mira aterrado
Negra y horrible vision
Que le borra de los ojos
Cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
Por su juicio y su razon,
Dirigióle atentas frases
Con afan consolador.
Mas él ni tornó los ojos
Ni á sus voces respondió,
Ni agradeció sus cuidados,
Que en nada puso atencion;
Y al cabo de largo trecho
Con repentino vigor,
Levantándose en silencio
En su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
Y el poderoso bridon
Tras un peligroso brinco
A todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
Y en su ruin supersticion
Dijo: «¿Si tendrá los malos?»
Y á escape tras él echó.

IX.

Por una puerta secreta
Que de los salones sale
A un secreto gabinete,
Puede á estas horas mirarse
A Don Fadrique y Don Cesar
Que pálidos los semblantes
Plática tienen trabada
De asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia,
Don Fadrique, y contestarle
Resiste el otro, en su empeño
Ambos por demas tenaces.
El Capitan asentado
En un sillon torvo yace
Guardando, pésele al otro,
Un silencio inalterable.
Y Don Fadrique colérico
En pié á su lado, las frases
Le dirige mas violentas
Que halló para provocarle.
Dejábale el Capitan
Que la ira desahogase,
Como si con él no hablara
Ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
Aprovechando un instante,
Dirigióle la palabra
Con razones semejantes:
«Todo es inútil, denuestos,
Súplicas, amagos, ayes;
El mundo entero no puede
A que os lo diga obligarme.

Un secreto es que conmigo
Quiero que al sepulcro baje,
Y no ha de saberlo nunca
Desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mio,
Quiero de él aprovecharme;
Si es un aviso del cielo,
Es imposible excusarle. »
Tornó al silencio Don Cesar,
Y el duque, que aunque no alcance
La razon, sospecha alguna,
Díjole sin ira casi:
« Don Cesar, noble he nacido,
Y por mucho que yo os ame
Llevar no puedo en paciencia
Sin una excusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
Por precioso ó repugnante
Que el secreto sea, ¿creeis
Que no sabré yo guardarle?
— Sabeis quién soy, Don Fadrique,
Y por excusa esto baste,
Que no hablaré mas en ello
Si santos me lo rogasen. »
Y aquí ya de Don Fadrique
La cólera desbordándose,
Dijo al Capitan Montoya
Con voz resuelta y pujante:
« ¡Vive Dios, señor Don Cesar,
Que esto no es mas que un ultraje
Que hacer quereis á mi casa,
Y que está pidiendo sangre!
Si no podeis el motivo
Descubrirme que deshace
Vuestra boda, satisfecho
De un modo ó de otro dejadme.
— Señor duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
Pues que me debeis la vida
Nadie como vos lo sabe.
Pero os juro que aunque osado
Llegueis hasta abofetearme,
No hareis que por causa alguna
La espada mas desenvaine,
Ni mas me la he de ceñir,
Ni mas me harán que la saque
Cuantas honras y razones
En el universo caben.
Mirad, señor Don Fadrique,
Si el secreto será grande,
Y pues veis á lo que obliga,
Si hidalgo sois respetadle. »
Callaron ambos á dos,
Y continuaron mirándose
Como hombres en sus propósitos
Igualmente imperturbables.
Al fin dijo Don Fadrique
Por la estancia paseándose,
Como quien duda si debe
Satisfacerse ó vengarse:
« Señor Capitan Montoya,
Vida y honor me salvásteis
Una noche, y aunque en esta
Me los habeis vuelto tales
Que no será mucho tiempo
A restablecerlos fácil,
Váyase lo uno por lo otro,
De nada quiero acordarme.
Estamos en paz, Don Cesar. »
Y continuó paseándose,
Y atarazándose un labio
Hasta revocar la sangre.
Entonces el Capitan
Con paso medido y grave
En mitad del aposento
Fué decidido á encontrarle;
Tendióle la mano y dijo:
« Pensad, duque, si es bastante
A dejaros satisfecho
De este misterioso ultraje
Mi resolucion postrera:
Tomad, señor, esas llaves;
De mis inmensos tesoros
Haced con justicia partes:
Una á Ginés por servirme,
Con cuantos muebles hallare;
Un hospital ó convento
Fundad con otra, si os place,
Y otra á Don Luis de Alvarado,
Que gana la apuesta infame
Que hice de robar á Dios
La mejor prenda al casarme.
¿Me comprendeis, señor duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
Lo que hoy de perder me place;
Pero cuidad, Don Fadrique,
Que no sepa el miserable
Que era Inés, su propia hermana,
La prenda que iba á jugarse. »
Y así el Capitan diciendo
Un pliego sin letras ase,
Escribe algunas palabras,
Lo firma, lo sella y parte.
Quedó Don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes,
Y en llanto amargo, que al punto
Cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
Y el escándalo fué grande,
Aunque al culpar los efectos
No acierta la causa nadie.

X.

HECHOS Y CONGETURAS.

Todo era hablillas Toledo,
Y todo interpretaciones.
Cada cual forjó un enredo,
Y hablaron todos con miedo
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
Por Toledo al Capitan,
Mil fábulas le colgaron,
Y los que las inventaron
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo
Le vió desde un corredor
Allá en los aires cerniendo
Un cuerpo alado y horrendo
Cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un dia oraba
Ante un devoto retablo,
Y vió al Capitan que daba
Ayuda y defensa brava
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que Don Fadrique
A su escribano mandó
Que en su nombre ratifique,
Firme, selle y testifique
Lo que Don Cesar firmó.

Que se partió su tesoro
Algunos dias despues,
Que se dió á los pobres oro,
Y que rico como un moro
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,
Ni puede decirse mas,
Y este es el hecho desnudo,
Pábulo, orígen y escudo
De las mentiras de atras.

Mas hay entre todas una
Que fábula ó tradicion
En escritura oportuna
Encontrarla fué fortuna
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta
Como innegable verdad,
Y de quien dudarla intenta
Dice que de Dios atenta
Al poder y magestad.

Yo trovador vagabundo,
La oí contar en Toledo,
Y de aquel pueblo me fundo
En la razon, y así al mundo
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
Como á mí me la contaron
Fielmente la contaré,
Y á ser falso, juro á fé
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
Cada cual lleno á su vez
De azares y desengaños,
Mas á nuestro cuento estraños
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
De hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
Y en fin, segun es costumbre,
Al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
Ya pronto á romper el dique,
Diz que al linde del camino
De la vida, Don Fadrique
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable
Con la faz descolorida
Vino un varon venerable
Al duque á hacer tolerable
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
Y cuando á solas quedó
Con el noble moribundo,
La religion con el mundo
Así plática entabló.

Monge. ¿Don Fadrique?
D. Fadrique. Bien venido,
Padre; concluyendo estoy.
Monge. A ayudaros he venido
A ir en paz; prestad oido
A lo que deciros voy.

«Ha diez años que arrastrado
Por intencion criminal
Hollé de un templo el sagrado
Y á Dios me sentí llamado
De una vision infernal.

Los muertos vi que salian
De las urnas sepulcrales
Y blandones me encendian,
Y con gran pompa me hacian
En vida los funerales.

Vision de los cielos fué;
¿Mas quién creyera mi historia?
A contarla me negué,
Y haberla determiné
Encerrada en mi memoria.

Tan solo existia un hombre
A saberla con derecho;

Porfió, porfié; y no os asombre,
No me la arrancó del pecho:
Don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
Al noble á quien ofendia
Vengo, y ¡así Dios me ayude!
A que mi razon escude
La fé de vuestra agonía.»

Y esto el buen monge diciendo
Cayó ante el lecho de hinojos,
Las manos del duque asiendo,
Quien sus palabras oyendo
Al monge tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
Con acongojado afan,
Y esclamó al fin con un grito:
«¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, Capitan.»

Y los brazos enlazaron,
Y á solas ambos á dos
Por largo tiempo quedaron,
Y largo tiempo lloraron
Ante la imágen de Dios.

Y al fin de la confesion
Henchido el duque de fé,
Díjole: «A aquella vision
Debeis vuestra salvacion,
Que aviso del cielo fué.»

En cuyo punto sintiendo
Llegar el trance fatal
Del paso duro y tremendo
«A Dios, Don Cesar,» diciendo,
Lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
Del buen monge la mision
Y el ánima encomendada,
Con voz esclamó mudada
Al darle la absolucion:

«*¡Vé en paz! y si como espero*
El llanto ante Dios se apoya
De un corazon verdadero,
¡Ruega á Dios, buen caballero,
Por el Capitan Montoya!»

Y dando al mundo un momento
Al muerto besó en la frente,
Y á paso medido y lento
Triste volvió á su convento
El Capitan penitente.

—

Y há poco habia en sepultura humilde
De la maleza oculta entre las hojas
Una inscripcion borrada por los años,
Que todo al fin sin compasion lo borran.
Unico resto de opulenta estirpe,
Unico fin de la mundana pompa,
Monton de polvo en soledad yacía
Quien hizo al mundo con su audacia sombar.
Y apenas pueden los avaros ojos
Leer en medio de la antigua losa
«Aqui yace fray Diego de Simancas,
Que fué en el siglo el Capitan Montoya.»

NOTA DE CONCLUSION.

Y por si alguno pregunta
Curioso por Doña Inés
Y opina que queda el cuento
Incompleto, le diré:
Que Doña Inés murió monja
Cuando la tocó su vez,
Sin su amor, si pudo ahogarle,
Y si no pudo, con él.
Porque destino de todos
Vivir de esperanzas es;
Quien las logra muere en ellas,
Quien no las logra tambien.
Con que ya sabe el curioso
De mis héroes lo que fué,
Y solo añadir me resta
Dos palabras de Ginés.
Hizo en la corte fortuna,
Casóse al cabo muy bien
Con una dama muy rica
Y hermosa como un clavel.
Y aunque dieron malas lenguas
En alzarla *no sé qué*,
Ella no alzó las pestañas
Para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
Y dijo su padre de él
Que habia nacido en casa,
Y en esto solo habló bien.

VIGILIA.

Misterios del alma son.
MORETO.

—

Pasad, fantasmas de la noche umbría,
De negros sueños multitud liviana,
Que columpiados en la niebla fria
Fugitivos llamais á mi ventana.

Pasad y no llameis. Dejadme al menos
Que en la nocturna soledad dormido
Los lentos dias de amargura llenos
Calme y repose en momentáneo olvido.

Pasad y no llameis. La sombra oscura
Vuestro contorno sin color me vela,

Ni sé quién sois, ni vuestra faz impura
El mas leve recuerdo me revela.

Mil veces al oir vuestros gemidos
Mis ventanas abrí por consolaros,
Os busqué en las tinieblas, ¡y érais idos...!
¿A qué llamar si nunca he de encontraros?

Id á turbar el sueño indiferente
Del que entre plumas sin afan reposa,
Del que la vida en su risueña mente
Ve placentera y celestial y hermosa.

Y si venís con rostros halagüeños,
Mensajeros de rápidos placeres,
Avaras hallareis de vuestros sueños
Por do quiera bellísimas mugeres.

Llamad donde á la lumbre vacilante
De alguna tibia y oportuna estrella
Puedan al fin gozaros un instante,
Y ver un punto vuestra blanca huella.

No á mí, que en vano por la sombra tiendo
Los turbios ojos, me invoqueis perdidos,
No á mí, que acudo, vuestra voz oyendo,
Y al registrar la sombra, ya sois idos.

No á mí, que presa de secretos males,
Tal vez la triste soledad me inspira
Tiernas endechas y amorosos vales
Que ensayo á solas en mi pobre lira.

No á mí, que al son de vuestras vagas voces
Siento otra voz que me repite insana
Dentro del corazon esos veloces
Ecos que murmurais á mi ventana.

¡Ah! yo os respondo y suspirais pasando
Sin que baste á entender vuestro suspiro,
Os llamo á mí, y os alejais volando,
Gemís si duermo, y os velais si os miro.

Si á vuestras tristes misteriosas quejas
Mis rejas abro y vuestro bien deseo,
Solo á través de mis macizas rejas
Cruzar las nubes en silencio veo.

¡Oh de la noche incomprensibles ruidos!
Ayes que hervís en la tiniebla oscura...
¿Quién sois? ¿dó vais? ¿de dónde sois venidos?
¿Qué voz ajena en vuestra voz murmura?

¿Sois el rumor del agitado viento,
Los ayes de las almas sin reposo,
O la voz del tenaz remordimiento,
Del descanso enemigo y envidioso?

Quien quiera que seais, almas ó nieblas,
Pasad, y en vuestra confusion liviana
Seguid vuestro camino en las tinieblas
Y no llameis jamás á mi ventana.

Porque es triste ¡muy triste! un aposento
Donde á la luz de lámpara que espira
Se oye el crujir del tumultuoso viento
Que fuera en torno de las torres gira.

Es triste, sí, muy triste y muy medroso,
Velar sobre un volúmen carcomido,
La frente ardiendo, el alentar penoso,
Las llamaradas aumentando el ruido;

Viendo las letras en las turbias hojas
A su dudosa vibracion mezclarse,
Negras, azules, amarillas, rojas,
A la afanosa comprension negarse.

Y leer en vez de religiosas voces
O de amorosa y métrica armonía
Cifras que borran cifras mas veloces,
De sentido infernal, de raza impía.

Pasad, fantasmas de la noche oscura,
Quien quiera que seais, almas ó nieblas,
Pasad, y en mis vigilias de amargura
No llameis á mi reja en las tinieblas.

No llameis, que enemigo de la sombra
Odia el cantor vuestra armonía vana;
Dejad al trovador á quien asombra
El oiros llamar á su ventana.

¡Pasad, sombras sin cuerpos, aires vanos,
Pobres de luz, de voz desconocida,
Esquivos á los ojos y las manos,
Estraños á la fé de nuestra vida!

Pasad, y no turbeis de mi sosiego
La dulce calma ó la nocturna vela:
No creo en vuestro ser, pasad, os ruego,
Seguid al aire que os arrastra y vuela.

¿Pensais que á esos ahullos y suspiros
Con que llenais la oscuridad tranquila
Como á silbos de brujas ó vampiros
Mi amedrentado corazon vacila?

¿Pensais ¡oh! que por miedo de escucharos
Con voz pujante entonaré canciones,
Y al arpa acudiré para ahuyentaros
Con dulces trovas de amorosos sones?

¡Mentís, abortos de la sombra vana!
Yo sé bien que, si fuerais mas que viento,
Holgarais en monton en mi ventana
Al blando son de mi amoroso acento.

Mentís, hijos del aire y de las nieblas,
Mentís: yo tengo sin cesar conmigo
Un talisman que alumbra las tinieblas
Del desdichado protector y amigo.

Mirad cuál radia en mi tugurio estrecho
La limpia luz de la esperanza mia:
Mirad cuál vela en mi desierto lecho
Con su cariño maternal María.

Todas las noches mi dolor la implora,
Y amiga de mi llanto solitario

Todas las noches mis engaños llora
Con el raudal que reventó el Calvario.

Pasad, remordimientos tentadores;
Ya sé quién gime mi falaz desvío,
Ya sé quién riega las marchitas flores
Con tierno llanto, del recuerdo mio.

¡Ya sé quién «¡hijo!» en soledad me llama
É «hijo» á su voz la soledad responde...!
¡Ah! cuanto mas tras la ovejuela clama,
Mas á sus quejas y á su afan se esconde.

Tierna, amorosa, celestial MARÍA,
Rosa inmortal del Gólgota sangriento,
Faro infalible que mi rumbo guía
Entre la furia de la mar y el viento;

Líbrame de esos ecos misteriosos
Que me atormentan en la sombra vana,
Aleja esos fantasmas vaporosos
Que vienen á llamar á mi ventana.

—

¡Y tú, perdida y bella,
Fugaz y última estrella
Que viertes á deshora
Delante de la aurora
Con perezosa huella
Dudoso resplandor!
¡Oh! ¡traeme la hermosura,
La calma y la frescura
Del alba trasparente,
Que este tropel ahuyente
Con que la sombra oscura
Me cerca en derredor!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparicion,
Huirá de mi ventana
Esa confusion liviana
Que despierta mi afliccion.

¡Lámpara de consuelo
A cuya lumbre velo,
Que escuchas solitaria
Mi tímida plegaria,
Si acaso llega al cielo
Mi súplica mortal!
Tráeme la luz del dia
Que calme la agonía
De esos remordimientos
Que vogan turbulentos
Sobre la niebla umbría
En ilusion fatal.

Ven estrella matutina,
Y tu blanca y argentina
Silenciosa aparicion,
Ahuyente de mi ventana
Esa infernal caravana
Que huella mi corazon.

Recuerdos son dañinos
Que cruzan peregrinos
El arenal desierto
Del corazon incierto,
Buscándole caminos
Que acaso no hay en él.
Que nunca ven tranquilo
Recóndito un asilo,
Y que jamás se amansan,
Y que jamás descansan,
Corrientes que hilo á hilo
Desbordan su nivel.

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Luminosa aparicion,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazon.

Dejadme, negros sueños,
De aterradores ceños,
De fuerza irresistible,
Ya sé que es imposible
Vencer vuestros empeños...
Ya vuestro nombre sé.
Dejadme que respire,
Que viva y que delire;
Pues mis errores lloro,
Dejadme, yo os imploro;
¡Dejad que en paz suspire
Lo que insensato hollé!

Ven, estrella matutina,
Y á tu blanca y argentina
Silenciosa aparicion,
Huyan las sombras livianas
Que llaman á las ventanas
De mi triste corazon.

GLORIA Y ORGULLO.

—

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
Fábulas sin color, sombra, ni nombre.
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¿Qué es el placer, la vida y la fortuna,
Sin un sueño de gloria y de esperanza?
Una carrera larga é importuna,
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas,
Que velas el harem de las mugeres,

Opio letal que el sueño facilitas
Al ébrio de raquíticos placeres,

Lejos de mí. — No basta á mi reposo
El rumor de una fuente que murmura,
La sombra de un moral verde y pomposo,
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa
Del báquico festin, libre y sonoro,
De esclavos viles la menguada tropa
Sin las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura, como Dios concibo;
Tengo aliento de estirpe soberana;
Por llegar á gigante enano vivo;
No sé ser hoy y perecer mañana.

Yo no acierto á decir «la vida es bella,»
Y descender estúpido al olvido;
Amo la vida porque sé por ella
Al alcázar trepar donde he nacido.

De esa inmensa pasion que llaman gloria
Brota en mi corazon ardiente llama,
Luz de mi ser me abrasa la memoria,
Voz de mi ser inestinguible clama.

Gloria, ilusion magnífica y suprema,
Ambicion de los grandes en quien quiso
Velar Dios esa mística diadema
Que nos dará derecho al paraiso,

Nada es sin tí la despreciabla vida,
Nada hay sin tí ni dulce ni halagüeño;
Solo en aquesta soledad perdida
La sombra del laurel concilia el sueño.

Solo al murmullo de la escelsa palma
Que el noble orgullo con su aliento agita
En blando insomnio se adormece el alma,
Y en su mismo dormir crea y medita.

Zeuxis, Apeles, Píndaro y Homero
Bajo ese verde pabellon soñaron;
Cesar, Napoleon y Atila fiero
Bajo ese pabellon se despertaron.

Por tí el delirio del honor se adora,
Por tí el hinchado mar hiende el marino,
Por tí en su gruta el penitente llora,
Y empuña su bordon el peregrino.

Por tí el soldado se vendió á sus reyes,
Y lidia agora con porfía insana,
No por esas que ignora pobres leyes,
Por comprar una lágrima mañana.

Por tí le canta el orgulloso amante
Dulces trovas de amor á una querida;
Porque tal vez un venturoso instante
Tenga en su canto prolongada vida.

Por tí del negro túmulo en la piedra
Ambicioso el mortal graba su nombre,
Porque tal vez entre la tosca yedra
Otro dia al pasar le lea un hombre.

Por tí acaso el cansado centinela
Que incendió una ciudad en la batalla
Su cifra indiferente mientras vela
Pinta con un tizon en la muralla.

El polvo en que hubo sus cabañas Roma
Por tí con templos y palacios pisa,
Por tí su gesto satisfecho asoma
Tras su inmenso sarcófago Artemisa

Por tí vencida se incendió á Corinto,
Por tí la sangre en Maraton se orea,
Por tí una noche con aliento estinto
Tumba Leonidas demandó á Platea.

Por tí trofeos el cincel aborta,
Y álzanse torres con tenaz porfía;
Porque es la vida deleznable y corta,
Y todos quieren prolongarla un dia.

Por eso velo con la noche oscura
Sobre un volúmen carcomido y roto,
Y un mañana me sueño de ventura,
Y otra existencia en porvenir remoto.

Por eso en mis estériles canciones
El blando son del agua me adormece,
Y entre pardos y errantes nubarrones
De la noche el fanal se desvanece.

Oigo en mi canto el lánguido murmullo
Del aura que los árboles menea,
De la tórtola triste el ronco arrullo,
Y la sonora lluvia que gotea.

Veo las sacrosantas catedrales,
Los antiguos y góticos castillos,
Y el granizo se estrella en sus cristales,
O azota sus escombros amarillos.

¡Oh! si sentís esa ilusion tranquila,
Si creëis que en mis cánticos murmura
Ya el aura que en los árboles vacila,
Ya el mar que ruge en la tormenta oscura;

Si al son gozais de mi cancion que miente
Ya el bronco empuje del errante trueno,
Ya el blando ruido de la mansa fuente
Lamiendo el césped que la cerca ameno;

Si cuando llamo á las cerradas rejas
De una hermosura, á cuyos piés suspiro,
Sentís tal vez mis amorosas quejas,
Y os sonreis cuando de amor deliro;

Si cuando en negra aparicion nocturna
La raza evoco que en las tumbas mora
Os estremece en la entreabierta urna
Respondiendo el espíritu á deshora;

Si llorais cuando en cántico doliente
Hijo estraviado ante mi madre lloro,
O al cruzar por el templo reverente
La voz escucho del solemne coro;

Si alcanzais en mi pálida megilla
Cuando os entono lastimosa endecha
Una perdida lágrima que brilla
Al brotar en mis párpados deshecha:

Todo es una ilusion, todo mentira,
Todo en mi mente delirante pasa,
No es esa la verdad que honda me inspira;
Que esa lágrima ardiente que me abrasa

No me la arranca ni el temor ni el duelo,
No los recuerdos de olvidada historia;
¡Es un raudal que inunda de consuelo
Este sediento corazon de gloria!

¡*Gloria!* madre feliz de la esperanza,
Mágico alcázar de dorados sueños,
Lago que ondula en eternal bonanza
Cercado de paisages halagüeños,

¡Dame ilusiones! dame una armonía
Que arrulle el corazon con el oido
Para que viva la memoria mia
Cuando yo duerma en eternal olvido.

¡Lejos de mí, deleites de la tierra,
Fábulas sin color, forma, ni nombre,
A quien un nicho miserable encierra
Cuando el aura vital falta en el hombre!

¡Gloria, esperanza! sin cesar conmigo
Templo en mi corazon alzaros quiero,
Que no importa vivir como el mendigo
Por morir como Píndaro y Homero.

PEREZA.

¡Cuán descansadamente
Lejos del vano mundo se reposa
A la orilla de límpida corriente
O de un moral bajo la sombra hojosa!

En el césped mullido,
Sin luz los ojos, sin vigor los brazos,
De la tranquila soledad el ruido
Se pierde por la atmósfera á pedazos.

El ánima descansa
De la ciega pasion, y su braveza,
Y el cuerpo, presa de indolencia mansa,
Se goza en su pacífica pereza.

Entonces no el tesoro
Ni la sed del placer el alma aviva,
El mas rico licor en copa de oro
Entonces se desprecia y no se liba.

La mente no se inquieta
Por pensamientos de dolor cercada,
Que á su honda languidez yace sujeta,
Y á su propia impotencia encadenada.

Sin luz el ojo vago,
Sin un sonido sobre el labio abierto,
Pasa la vida, cual por hondo lago
De incierta luz el resplandor incierto.

Así vuelan las horas,
Y así pasan pacíficas y bellas
Cual las aves del viento voladoras,
Cual la cobarde luz de las estrellas.

Así el pesar se aduerme,
Y al grato son de una aura que murmura
Tal vez se goza del reposo inerme
Que confunde el pesar con la ventura.

Así mis horas quiero
Que pasen sin valor y sin fortuna,
Ya al manso son del céfiro ligero,
Ya al resplandor de la amarilla luna.

Ven, amorosa Elvira,
Ven á mis brazos, que de amor sediento
El perezoso corazon suspira
Por ver tus ojos, por beber tu aliento.

Ven, adorado dueño,
Sepa que estás en mi descanso inerte,
Cerca de mí para velar mi sueño,
Cerca, hermosa, de mí cuando despierte.

Yo en la yerba tendido,
En la sombra de un álamo frondoso
Entreveré con ojo adormecido
Cuál velas mi descanso silencioso

—

El sol á lento paso
Hundió en el mar su faz esplendorosa,
Marcando su camino en el ocaso,
Vivo arrebol de púrpura y de rosa.

El agua mansamente
Con monotono arrullo le despide,
Y arrastrando sus ondas lentamente
El ancho espacio de sus ondas mide.

Solo queda en la tierra
El vapor del crepúsculo dudoso,
Y el vago aroma que la flor encierra
Se esparce por el aire vagaroso.

Y las fuentes corriendo,
Y las brisas volando se estremecen.
Y su soplo en los árboles creciendo,
A su soplo los árboles se mecen.

Trémulas van las olas
Bajo sus alas mansas y ligeras,
Reflejando las sueltas banderolas
De las naves que el mar surcan veleras.

Y la luna argentina,
La bóveda al cruzar del firmamento,
La inmensidad del Bósforo ilumina,
Color prestando al invisible viento.

Y al son del mar vecino,
Y al murmullo del viento caloroso,
Y al reflejo del éter cristalino
Se aduerme el cuerpo en lánguido reposo.

En la quietud amiga
De la callada noche macilenta,
Hasta la misma languidez fatiga,
Y el ánima se rinde soñolienta.

¡Oh! bien haya el estío
Con su tranquila y bochornosa calma,
Que roba al corazon su ardiente brio,
Y en blanda inercía nos aduerme el alma.

Ya de ese insomnio presa
Me faltan voluntad y pensamiento,
Y hasta mi cuerpo sin valor me pesa,
Y el son me cansa de mi propio aliento.

Dadme deleites, dadme,
Henchidme de placeres los sentidos;
Venid, eunucos, y al harem llevadme
En vuestros brazos al placer vendidos.

Abridme esas ventanas,
Dadme á beber el aura de la noche,
Y á saborear las ráfagas livianas
Que á la flor rasgan su aromado broche.

Quiero al son de las olas
Secar un corazon en solo un beso;
Traedme mis esclavas españolas,
Que el mio tienen en sus ojos preso.

Venid, venid, hermosas,
Divertidme con danzas y canciones,
Venid en lechos de fragantes rosas,
Venid, blancas y espléndidas visiones.

Quemad en mis pebetes
Cuanto aroma encontreis en mi palacio,
Y respiren sus anchos gabinetes
Ambar opreso en reducido espacio.

Ven, voluptuosa Elvira,
Trénzame con tu mano mis cabellos,
Y tú, Inés, por quien Málaga suspira,
Nardo derrama y azahar en ellos.

Traedme á esos esclavos
Que aportan mis bajeles viento en popa,
Presa que hicieron mis piratas bravos
En un rincon de la dormida Europa.

Vengan á mi presencia,
Y al son de sus estraños instrumentos
Sirvan á mi poder y á mi opulencia,
Sino con su cancion, con sus lamentos.

Dadme deleites, dadme;
Cúbreme, Elvira, con tu schal de espumas,
Y las tostadas sienes refrescadme
Con abanicos de rizadas plumas.

Suene en mi torpe oido
Su suave son como murmullo blando
De arroyo que á la mar baja perdido
De peña en peña jugueton rodando.

Cual tórtola que llama
Con lento arrullo que en el viento pierde
La descarriada tórtola á quien ama,
De árbol sombrío en el columpio verde.

Danzad mientras reposo,
Cantad en derredor mientras descanso,
Y no sienta en mi sueño voluptuoso
Mas que murmullo lisonjero y manso.

CADENA.

I.

Nace la rosa y su boton desplega
Orlada en torno de punzante espina,
Y sobre el agua que los piés la riega
Fresca se inclina.

Mas altanera cuanto mas hermosa,
Su imágen mira en el tranquilo espejo,
Y el sol del agua sobre el haz dudosa
Pinta el reflejo.

El aura errante que al pasar murmura
El dulce aroma de su caliz bebe,
La sorda abeja que su esencia apura
Néctar la debe.

Reina del huerto y de la selva gala,
Del césped brilla sobre el verde manto,
Libre á su sombra el colorin exhala
Rústico canto.

No hay flor mas bella... ¿mas á qué su orgullo
Si el cierzo helado su boton despoja
Y el agua arrastra su infeliz capullo
Hoja tras hoja?

II.

Huye la fuente al manantial ingrata
El verde musgo en derredor lamiendo,
Y el agua limpia en su cristal retrata
Cuanto va viendo.

El cesped mece y las arenas moja
Do mil caprichos al pasar dibuja,
Y ola tras ola murmurando arroja,
Riza y empuja.

Lecho mullido la presenta el valle,
Fresco abanico el abedúl pomposo,
Cañas y juncos retirada calle
Sombra y reposo.

Brota en la altura la fecunda fuente;
¿Y á qué su empeño, si al bajar la cuesta
Halla del rio en el raudal rugiente
Tumba funesta?

III.

Lánzase el rio en el desierto mudo,
La orilla orlando de revuelta espuma,
Y al eco evoca cuyo acento rudo
Hierve en su bruma.

Su imágen ciñe pabellon espeso
De áspera zarza y poderoso pino,
Y entre las rocas divididas preso
Busca camino.

Lecho sombrío el rústico ramage
Que riega en torno misterioso ofrece,
Y el pardo lobo, y el chacal salvage
Dél se guarece.

La tribu errante, el viajador perdido
La sed apaga en su raudal corriente,
Y el arco cierra que sobre él partido
Cuelga del puente.

¿Mas qué la sombra, el ruido y el perfume
Valen del cauce que recorre estenso,
Si el mar le cava cuando en él se sume
Túmulo inmenso?

IV.

¡El mar, el mar!—Remedo tenebroso
De la insondable eternidad, espera
De la trompa final el son medroso
Para romper hambriento su barrera.

Abismo cuyos senos insaciables
Jamás encuentra su avaricia llenos,
De misterios conserva inmensurables
Siempre preñados sus gigantes senos.

¡Eso es el mar! — Gemelo de la *nada*,
Cinto que el globo por do quier rodea,
Centinela fatal que encadenada
La tierra guarda que sorber desea.

¡El mar! — Como él hondísimo y oscuro
El misterioso porvenir se estiende,
Y tras su negro impenetrable muro
Nada mezquina la razon comprende.

El cerco de un sepulcro es su portada,
Tras él se baja un escalon de tierra:
Pasado el escalon, la puerta hollada
Se abre, sorbe la víctima, y se cierra.

Y allá van sin cesar conforme nacen
A morir uno y otro pensamiento,
Brotan unos donde otros se deshacen,
Bullen, caen, y se hunden al momento.

V.

Rosas la fuente en la montaña brota,
Sécanse, caen, y bajan con la fuente
Al rio que se va gota tras gota
Al hondo mar que sorbe su corriente.

EN UN ALBUM.

—

No sé si por el valle de la vida
Cruzaré fatigado peregrino,
Acabando cual flor que consumida
Se seca entre los brezos de un camino:

No sé si en pos de inspiracion ardiente,
Rico y sediento el corazon de gloria,
Le cruzaré cual rápido torrente,
Rastro dejando de inmortal memoria.

Mas ya ruede cual hoja que arrebata
Sonante y revoltoso torbellino;
Ya baje como escelsa catarata
Ufano con mi espléndido destino;

Cuando al borde de tumba solitaria
Desparrame mis pobres pensamientos,
De mustias flores muchedumbre varia
Secas entre mis últimos alientos,

Fiad, señora, que en tan triste lecho;
Siempre leal y generoso amigo,
Al ocupar mi cabezal estrecho
Vuestra memoria dormirá conmigo.

MISTERIO.

A MI AMIGO

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

—

¡Ay! aparta, falaz pensamiento,
Que eterno en el alma bulléndome estás,
Falsa luz que al impulso del viento
En vez de guiarme perdiéndome vas.

Tras de tí por las sombras camino,
Ni noche ni dia descanso tras tí;
Es seguirte tal vez mi destino,
Y acaso es el tuyo guardarte de mí.

Misteriosa vision de mi vida,
Mas vaga que el caos en forma y color,
Te comprendo en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

Ya tu blanda amorosa sonrisa
Me presta esperanza, me aviva la fé;
Cual flor eres que aroma la brisa
Y en seco desierto olvidada se ve.

Ya tu imágen sombría y medrosa
Me ciega y me arrastra en su curso veloz,
Como nube que rueda espantosa
En brazos del viento al compas de su voz.

Ya cual angel de paz te contemplo,
Y ya cual fantasma sangrienta y tenaz,
En el valle, en la roca, en el templo
Te alcanzo á lo lejos hermosa y fugaz.

Por do quiera te encuentran mis ojos;
No miro ni tengo mas rumbo do quier,
Ya te muestres preñada de enojos,
Fantasma enemiga ó risueña muger.

Yo no sé de tu esencia el misterio,
Tu nombre y tu vago destino no sé,
Ni cuál es tu ignorado emisferio,
Ni adónde perdido siguiéndote iré.

Mas no encuentro otro fin á mi vida,
Mas paz, ni reposo, ni gloria que tú,
Que en el cóncavo espacio perdida
Tu alcázar es su ancho dosel de tisú.

Por su rica region las estrellas
A veces brillante camino te dan;
Y otras veces tus místicas huellas
Por mares de sombras perdiéndose van.

Una brisa en las ramas sonando
Que dice tu nombre imagino tal vez,
Y un relámpago raudo pasando
Tu forma me muestra en fatal rapidez.

Yo postrado al mirarte de hinojos
Do quier que apareces levanto un altar,
Y arrasados en llanto los ojos
Tal vez insensato te voy á adorar.

Mas al ir á empezar mi conjuro,
Mi torpe blasfemia ó mi casta oracion,
El oriente en su cóncavo impuro
Me sorbe irritado mi blanca vision.

Y tu imágen me queda en la mente
Informe, insensible cual bulto sin luz
Que se crea el temor de un demente
De lóbrega noche entre el negro capuz.

Sueño, estrella ó espectro, ¿quién eres?
¿Qué buscas, fantasma, qué quieres de mí?
¿No hay sin tí ni dolor ni placeres?
¿No hay lecho, ni tumba, ni mundo sin tí?

¿No hay un hueco do esconda mi frente?
¿No hay venda que pueda mis ojos cegar?
¿No hay beleño que aduerma mi mente,
Que hierve encerrada de sombra en un mar...?

¡Oh! si gozas de voz y de vida,
Si tienes un cuerpo palpable y real,
Deja al menos, fantasma querida,
Que goce un instante tu vista inmortal.

Dame al menos un sí de esperanza,
Alguna sonrisa, fugaz serafin,
Con que espere algun dia bonanza
El golfo del alma que bulle sin fin.

Mas si es solo ilusion peregrina
Que el ánima ardiente soñando creó,
¡Ay! deshad esa sombra divina,
Que viene conmigo do quier que voy yo.

Sí, deshadla, que en vano la miro
En torno á mis ojos errante vagar,
Si cual débil y triste suspiro
Se pierde en los vientos al irla á abrazar.

Sí, deshadla, que torpe mi mano
Su mano en la sombra jamás encontró,
Ni el mas flebil lamento liviano
Avaro en mi oido su labio posó.

Muere al fin, ¡ó vision de mi vida!
Mas vaga que el caos en forma ó color,
A quien siento en mí mismo perdida,
Cual sueño penoso, cual sombra de amor.

—

Mas ¿qué fuera del triste peregrino
Que cruzando sediento el arenal
No encontrara jamás en su camino
Mansa sombra ni fresco manantial?

De esta vida en la noche tormentosa
¿Qué rumbo ni qué término seguir?
Sin tu vaga presencia misteriosa,
Sin tu blanca ilusion ¿cómo vivir?

Abriéranse mis ojos á mirarte,
Mis oidos tus pasos escuchar,
Y al fin desesperados de encontrarte
Tornáranse en tinieblas á cerrar.

Despertara en la noche solitaria
De tus palabras al fingido son,
Y solo respondiera á mi plegaria
El latido del triste corazon.

¡Sombra querida, sin cesar conmigo
Mis lentas horas hechizando ven,

Y el desierto arenal será contigo
Huerto frondoso y perfumado Eden!

No espires, misterioso pensamiento,
Que dentro oculto de mi mente vas,
Aunque no alcance el corazon sediento
Tu santa esencia á comprender jamás.

No sepa nunca tu verdad dudosa;
Vélame, si lo quieres, tu razon;
Disípate á lo lejos vagarosa,
Mas sé siempre mi cándida ilusion.

Al fin sabré que junto á tí respiro,
Que estás velando junto á mí sabré,
Y que aun brilla oscilando en lento giro
La consumida antorcha de mi fé.

¿Qué me importa tu esencia ni tu nombre,
Genio hermoso, ó quimérica ilusion,
Si en esta soledad, carcel del hombre,
Dentro de tí te guarda el corazon?

¿Qué me importa jamás saber quién eres,
Astro de cuya luz gozando voy,
Término de mi afan y mis placeres,
Dios que sin fin idolatrando estoy?

Quien quier que seas, vano pensamiento,
Muger hermosa que soñando ví,
O recuerdo ó tenaz remordimiento,
Ni un solo instante viviré sin tí.

Si eres recuerdo endulzarás mi vida,
Si eres remordimiento te ahogaré,
Si eres vision te seguiré perdida,
Si eres una muger yo te amaré.

JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO.

I.

Cuando su luz y su sombra
Mezclan la noche y la tarde,
Y los objetos se sumen
En la sombra impenetrable,
En un postigo excusado
Que á una callejuela sale
De una casa, cuya puerta
Principal da á la otra calle,
Dos hombres que se despiden
Se ven, aunque no se sabe
Ni cuál de los dos se queda,
Ni cuál de los dos se parte.
Ambos mirándose atentos,
Ambos un pié hácia adelante,
Parados en el dintel
Están, y entrambos iguales.
Por fin el mas viejo de ellos,
Hundiendo el mustio semblante
Entre el sombrero y la capa
En ademan de marcharse,
Torció la cabeza á un lado
Pronunciando un *no* tan grave,
Que bien se vió que era el fin
De las pláticas de enantes.
Sin duda el otro entendido
No encontró que replicarle,
Pues bajando la cabeza
Callóse por un instante.
« Buenas noches, » dijo el viejo;
Tartamudeó un « Dios le guarde »
El otro, mas decidiéndose
Hizo hácia el viejo un avance:
« Mírelo bien, y cuidado
No se arrepienta, compadre.
— Nunca eché mas que una cuenta.
— Piénselo bien, y no pase
Sin contar lo que va de él
A don Juan de Colmenares.
— Señor, replicó el anciano,
En tiempos tan deplorables
Ya sé que lo pueden todo
Los ricos y los audaces.
— Pues mire lo que le importa,
Que rico y audaz señales
Son con que marca la fama
A los que en mi casa nacen.»
Callaron por un momento,
Y continuando mirándose,
Dijo el viejo tristemente,
Aunque en tono irrevocable:
« Nunca lo esperé de vos,
Mas tampoco vos ni nadie
Puede esperar mas de mí.
— Pues entonces adelante;
Idos, buen viejo con Dios,
Que estoy deprisa y es tarde.»
Cerró la puerta de golpe
A escuchar sin esperarse
Una respuesta que el viejo
Tuvo tentacion de darle:
Y acaso por su fortuna
Quedó á tal punto en la calle
Para dársela á la puerta,
Donde la deshizo el aire.
Volvió el anciano la espalda,
Y en dos golpes desiguales
Sus pasos descompasados
Pueden de lejos contarse;
Porque sus piés impedidos
Deben á su edad y achaques
Una muleta que marcha
Un pié que los suyos antes.
La esquina á espacio traspuso,
Y á poco otro hombre mas ágil,
Saliendo por el postigo

Siguió en silencio su alcance;
Túvose al volver la esquina,
Tendió los ojos sagaces,
Y enderezó los oidos
Atento por todas partes;
Mas no oyendo ni escuchando
De que poder recelarse,
Tomando el rastro del viejo,
Echó por la misma calle.

II.

En un aposento ambiguo,
Medio portal, medio tienda,
Que hace asimismo las veces
De cocina y de despensa,
Pues da su entrada á la calle,
Y en confuso ajuar ostenta
Camas, hormas y un caldero
Colgado en la chimenea,
Hay seis personas distintas
Que hacen al pié de la letra
(Salvo el padre, que está ausente),
Una raza verdadera.
Un mozo de veinte abriles,
Una muchacha risueña
De diez y seis, tres muchachos,
Y una anciana de sesenta.
Y aunque á las veces nos turban
Engañosas apariencias,
Zapateros son de oficio,
Si á espacio se considera
Que está la estancia aromada
Con vapores de pez negra,
Que ribetea la moza,
Y que el mozo maja suela.
«Mucho tarda, dijo el último,
Padre, esta noche, Teresa.
—Ya ha tiempo que ha anochecido.
—Muchacho, atiza esa vela,
Y deja quieto ese bote.»
Y esto diciendo en voz recia
El mozo, siguió en silencio
Cada cual en su tarea,
El chico sitiando al bote,
Ribeteando la doncella,
Majando el mozo á compas,
Y dormitando la vieja.
Con monotonos murmullos
Arrullaban esta escena
El son de la escasa lluvia
De un aguacero que empieza,
El no interrumpido son
Con que hierve la caldera,
Y el tumultuoso chasquido
Con que la luz chisporrea.
«¿Las nueve son? dijo el mozo.
—Eso las ánimas suenan
Con sus campanas, repuso
Santiguándose Teresa.
—¡Las ánimas, y aun no viene!»
Y echando atras la silleta,
Se puso el mancebo en pié,
Y encaminóse á la puerta.
Al ruido que hizo en el cuarto,
Despertándose la vieja,
Dijo: «¿Rezais á las ánimas?—
—Sí señora, estése queda.»
Asió el mancebo la aldaba,
Mas la habia alzado apenas
Cuando un espantoso golpe
Venció la puerta por fuera.
¡*Muerto soy!* dijo una voz;
Cayó un embozado en tierra,
Y vióse un hombre que huia
Al fin de la callejuela.
En derredor del caido
Se agolparon, que aun conserva
Algun resto de la vida
Que le arrancan á la fuerza;
Mas no bien le desenvuelven
Por ver piadosos si alienta,
Un grito descompasado
Lanzó... la familia entera.
Blasfemó el mozo con ira,
Desmayóse la doncella,
Y la anciana y los muchachos
En llanto á la par revientan.
«Padre, ¿quién fué?» preguntaba
Sosteniendo la cabeza
Del anciano moribundo
El hijo, que llora y tiembla.
Echóle triste mirada
Su padre, como quien lega
Su razon y su justicia
En quien se fija con ella.
«*Juan*...
—¿Qué Juan?
—*De Colmenares*,»
Balbuceó con torpe lengua,
Y sobre el brazo del hijo
Dobló la faz macilenta.
Reinó un silencio solemne
Por un instante en la escena,
Y á reunirse empezaron
Vecinos de ambas aceras.
Llegó la justicia al punto,
Y mientras *justicia* ella
Partió por la turba el mozo
En faz de intencion siniestra,
«¿Dónde va? dijo un corchete.
—Siendo yo su sangre mesma
¿Adónde sino al culpable?
—Soy con vos.
—Enhorabuena.
—Por si acaso, va seguro,»
Dijo para sí el de presa,

Mientras el mozo resuelto
Ganó á una esquina la vuelta.

III.

Son treinta dias despues,
Y el mismo lugar y hora,
La misma vieja y los chicos
Con mesa, mancebo y moza.
Cada cual en su tarea
Sigue en paz, aunque se nota
Que todos tienen los ojos
Del mancebo en la faz torva.
Él, sin embargo, en silencio
Prosigue atento su obra
Sin levantar la cabeza,
Que sobre el pecho se apoya.
Tan doblada la mantiene,
Que apenas la llama roja
Que da la luz, alumbrarle
Las cejas fruncidas logra;
Y alguna vez que el reflejo
Las negras pupilas toca,
Tan viva luz reverberan
Que chispas parece brotan.
La verdad es, que una lágrima
Que á sus párpados asoma
Viene anunciando un torrente
En que el corazon se ahoga.
Y el mozo, por no aumentar
De los suyos la congoja,
A duras penas le tiene
Dentro el pecho y le sofoca.
Largo rato así estuvieron
En atencion afanosa,
Todos mirando al mancebo,
Y este mirando á sus hormas;
Hasta que al cabo Teresa,
Mas sentida ó mas curiosa,
Le dijo: «¿Estás malo, Blas?»
Y á su voz limpia y sonora
Siguió otro largo intervalo
De larga atencion dudosa.
Nada el hermano responde,
Mas ella su afan redobla,
Que no hay temor que la tenga
La valla de una vez rota.
«¡Cómo estás tan cabizbajo...!—
Y aquí Blas interrumpióla.
—¿Y qué tengo que decir
A quien sin padre y sin honra
Debe vivir para siempre?»
Y aquí la familia toda
Rompió en ahogados sollozos
A tan infausta memoria.
Sosegóse, y siguió Blas
En voz lamentable y honda:
«Él rico, y nosotros pobres;
Débil la justicia, y poca,
Y el rey en caza y en guerra,
¿Qué puede alcanzar quien llora?
—¿Qué, por libre se atrevieron...?
—Poco menos, pues sus doblas
Pudieran mas con los jueces
Que las leyes.
—¡Las ignoran!»
Dijo indignada Teresa.
«¡No, hermana; las acogotan!»
Contestó Blas, sacudiendo
Su mazo con ciega cólera.
Siguió en silencio otro espacio,
Y otra vez Teresa torna:
«¿Mas la sentencia cuál fué?»
Dijo, y calló vergonzosa.
«¿La sentencia?» gritó Blas
Revolviendo por las órbitas
Los negros y ardientes ojos,
«¿La sentencia pides? óyela.»
Todos se echaron de golpe
Sobre la mesilla coja,
Que vaciló al recibirles,
A oir lo que tanto importa.
«Sabeis que el de Colmenares
Hoy pingüe prebenda goza
En la iglesia, y que á Dios gracias,
Y á mi diligencia propia,
Se le probó que dió muerte
A padre (que en paz reposa).
Pues bien, no sé por qué diablos
De maldita gerigonza
De conspiracion que dicen
Que con su muerte malogra,
Dieron por bien muerto á padre,
Y al clérigo...
—¿Le perdonan?
—No, vive Dios, le condenan;
¡Mas ved qué dogal le ahoga!
Condénanle á que en un año
No asista á coro, mas cobra
Su renta, es decir, le mandan
Que no trabaje, y que coma.»

Tornó á su silencio Blas,
Y á sus sollozos la moza,
Ella cosiendo sus cintas,
Y él machacando sus hormas.

IV.

Está la mañana limpia,
Azul, trasparente, clara,
Y el sol de entre nubes rojas
Espléndida luz derrama.
Toda es tumulto Sevilla,
Músicas, vivas y danzas;
Todo movimiento el suelo,
Toda murmullos el aura.

Cruzan literas y pages,
Monges, caballeros, guardias,
Vendedores, alguaciles,
Penachos, pendones, mangas.
Flota el damasco y las plumas
En balcones y ventanas,
Y atraviesan besamanos
Donde no caben palabras.
Descórrense celosías,
Tapices visten las tapias,
Los abanicos ondulan,
Y los velos se levantan.
Cuantas hermosas encierra
Sevilla á su gloria saca,
Cuantos buenos caballeros
En sus fortalezas guarda,
Ellos porque son galanes,
Y ellas porque son bizarras,
Las unas porque la adornen,
Los otros para admirarlas.
Oyense al lejos clarines,
Y chirimías y cajas,
Y á lengua suelta repican
Esquilones y campanas.
Mas no vienen los hidalgos
Armados hasta las barbas,
Ni el pálido rostro asoman
Las bellas amedrentadas;
Que no doblan los tambores
En son agudo de alarma,
Ni las campanas repican
A rebato arrebatadas:
Que es *la procesion del Corpus*
Que ya traspone las gradas
Del atrio, y el rey Don Pedro
Acompañándola baja.
Padillas y Coroneles
Y Alburquerques se adelantan
Con Osorios y Guzmanes,
Pompa ostentando sobrada.
Y bajo un palio Don Pedro
De ocho punzones de plata,
Descubierta la cabeza,
Y armado hasta el cuello, marcha.
En torno suyo el cabildo
Diez individuos encarga
Que de escuderos le sirvan
En comision poco santa;
Mas tiempos son tan ambiguos
Los que estos monges alcanzan,
Que tanto arrastran ropones
Como broqueles embrazan.
Entre ellos se ve á Don Juan
De Colmenares y Vargas,
Que deja por vez primera
La reclusion de su casa.
No porque el año ha cumplido,
Sino porque el año paga,
Y doblas redimen culpas
Si se confiesan doradas.
Rosas deshojan sobre ellos
Las hermosísimas damas,
Y toda es flores la calle
Por donde la corte pasa.
Envidia de las mas bellas
Salió á un balcon del alcázar
La hermosísima Padilla,
Orígen de culpas tantas.
Hízola vénia Don Pedro,
Y al responderle la dama,
Soltó sin querer un guante,
Y ojalá no le soltara.
Lanzóse á tomar la prenda
Muchedumbre cortesana:
Muchos llegaron á un tiempo,
Mas nadie tomarla osaba,
Que fuera accion peligrosa
Aparte de lo profana.
Partiendo la diferencia
Salió de la fila santa
El bizarro Colmenares
Con intencion de tomarla.
Mas no bien dejó su mano
Del palio el punzon de plata,
Y puso desde él al rey
Cuatro pasos de distancia,
Cuando un mancebo iracundo
Con irresistible audacia
Se echó sobre él, y en el pecho
Le asentó dos puñaladas.
Cayó Don Juan, quedó el mozo
Sereno en pié entre los guardias,
Que le asieron, y Don Pedro
Se halló con él cara á cara.
La procesion se deshizo,
Volvió gigante la fama
El caso de boca en boca,
Y ya prodigios contaban.
Juntáronse los soldados
Recelando una asonada,
Cercaron al rey algunos,
Y llenó al punto la plaza
La multitud codiciosa
De ver la lucha empezada
Entre el sacrílego mozo
Y el sanguinario monarca.
Duró un instante el silencio
Mientras el rey devoraba
Con sus ojos de serpiente
Los ojos del que le ultraja.

«¿Quién eres?» dijo por fin
Dando en tierra una patada.
«Blas Perez,» contestó el mozo
Con voz decidida y clara.
Pálido el rey de corage

Asiole por la garganta,
Y así en voz ronca le dijo,
Que la cólera le ahogaba:
«¿Y vendo tu rey aquí,
Voto á Dios, porqué no hablaste,
Si con ocasion te hallaste
Para obrar con él así?»

Soltóse Blas de la mano
Con que el rey le sujetaba,
Y señalando al difunto
Repuso tras breve pausa:
«Mató á mi padre, señor,
Y el tribunal por su oro
Privóle un año del coro,
Que en vez de pena, es favor.
—Y si vende el tribunal
La justicia encomendada,
¿No es mi justicia abonada
Para quien justicia mal?
—Cuando el miedo ó la malicia
(Dijo Blas) tuercen la ley,
Nadie se fia en el rey
Medido por su justicia.»

—

Calló Blas, y calló el rey
A respuesta tan osada,
Y los ojos de Don Pedro
Bajo las cejas chispeaban.
Tendiólos por todas partes,
Y al fuego de sus miradas,
De aquellos en quien las puso
Palidecieron las caras.
Temblaron los mas audaces,
Y el pueblo ansioso esperaba
Una esplosion en Don Pedro
Mas recia que sus palabras.
Rompió el silencio por fin,
Y en voz amistosa y blanda
El interrumpido diálogo
Así con el mozo entabla:
«¿Qué es tu oficio?
— Zapatero.
—No han de decir, vive Dios,
Que á ninguno de los dos
En mi sentencia prefiero.»

Y encarándose Don Pedro
Con los jueces que allí estaban,
Dando un bolsillo á Blas Perez,
Dijo en voz resuelta y alta:
«Pesando ambos desacatos,
Si con no rezar cumple él
En un año, cumples fiel
No haciendo en otro zapatos.»

Tornóse Don Pedro al punto,
Y brotó la turba osada
Murmullos de la nobleza
Y aplausos de la canalla.
Mas viendo el rey que la fiesta
Mucho en ordenarse tarda,
Echando mano al estoque
Dijo así ronco de rabia:
«La procesion adelante,
O meto cuarenta lanzas
Y acaban, voto á los cielos,
Los salmos á cuchilladas.»

Y como consta á la iglesia
Que es hombre el rey de palabra,
Siguieron calle adelante
Palio, pendones y mangas.

LEIDOS POR LOS ACTORES
EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE
en los dias 6 de setiembre y 11 de octubre de 1839.

—

Hermanos como Españoles.

Hartas, ¡oh patria! lágrimas corrieron,
De sangre fraternal hartos arroyos,
De hartos valientes el sepulcro fueron
Charcas estensas, y profundos hoyos.

Hoy que calmada la sangrienta lucha
Tremolan á la par ambas banderas
Blando suspiro enderredor se escucha,
Corren de paz las lágrimas primeras.

Con ellas, sí, los párpados preñados
Ha largo tiempo reventar querian,
Mas en la lid los ojos ocupados
A vista de la sangre no podian.

Himnos de triunfo y de placer alcemos,
Y ya amigos y libres ciudadanos
La sangre de esas lizas olvidemos
Que quema el corazon, mancha las manos.

Libres como Españoles.

Libres tambien como nosotros eran;
No mas su mengua tolerar pudieron,
Y hélos aquí que con orgullo esperan
Bajo la enseña á que contrarios fueron.

Tended los brazos de matar dolidos,
Libres tended las callecidas manos,
Que no hallareis traidores escondidos
Tras el disfraz de libres y de hermanos.

Aquí está el trono que amparar debemos,
Aquí la patria y religion y leyes;

Que aquí igualmente repartir sabemos
Libertad á los pueblos y á los reyes.

GENEROSOS COMO ESPAÑOLES.

No hay mas que un pabellon y una bandera;
Un sol alumbra, un ídolo se adora;
La frente ante él humillan altanera
Ambas huestes vencida y vencedora.

De ambas la sangre en la montaña humea,
Tumba á entrambas comun dió la montaña,
De ambas la sangre con honor se orea,
Que á ambas dió sangre la orgullosa España.

Ambas al fin de libertad reciben
Sin mengua ni mancilla el blando yugo,
Ambas con leyes fraternales viven,
Y donde no hay traicion sobra el verdugo.

Venid, hermanos, á la par nacimos,
Al par dejamos la contienda fiera:
¿Quereis mas...? olvidamos que vencimos.
No hay mas que un pabellon, y una bandera.

—

Aquella antigua raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que atropelló en Clavijo y en Lepanto;

Los que á Roma absoluta dieron leyes,
Los que sus velas por la mar tendieron,
Dando á otro mundo religion y reyes,
Hijos de España y nuestros padres fueron.

Si sujetos á error como nacidos
En contienda civil se desgarraron,
Ellos solos en bandos divididos
Despues que se batieron, se abrazaron.

Hijos de España y con valor nacimos;
Por arreglar nuestras contiendas fieras
Harto como valientes combatimos,
Pleguemos de una vez nuestras banderas.

A ello nos brindan con tranquila sombra
De nuestras flores las silvestres calles,
De nuestras mieses la pajiza alfombra,
Y el verde pabellon de nuestros valles.

Que vale mas gozar en la pobreza
Paz que á fuerza de sangre nos compremos,
Que á otro pedir con criminal pereza
La libertad que conquistar podemos.

¡Sí, ciudadanos! raza de valientes
Cuyo brio español sembró el espanto
Por medio de las huestes insolentes
Que huyeron en Clavijo y en Lépanto,

No olvideis que por premio merecido
Esos estraños de la paz carcoma
Querrán lo que salvar hemos podido
De las garras hipócritas de Roma.

—

No mas de sangre bajarán teñidos
Los manantiales que la cumbre brota
A contar á los pueblos afligidos
En cada infausto triunfo una derrota.

No mas luchando con el rudo viento,
De cuervos roncos agorero bando,
Vendrá á mecerse donde el son violento
Del cóncavo cañon le esté llamando.

No mas al rayo de amarilla luna
Vagarán por la noche en la montaña
Las sombras de los héroes sin fortuna
Que gloria piden y sepulcro á España.

La gloria y el sepulcro que no hallaron
Cuando la vida por su patria dieron;
La gloria y el sepulcro que compraron
Cuando á los piés de su pendon cayeron.

¡Víctimas santas! ¡Sombras doloridas
Que insepultas dormís en la llanura,
Ya á través dejan ver vuestras heridas
Un sol de libertad y de ventura!

Ya podeis sin temor á la vergüenza
Alzar los ojos del sangriento caos;
No queda ya quien huya ni quien venza:
¡Fantasmas de los héroes, levantaos!

No receleis que al levantar la frente,
Tras rota peña ó desplomado muro
Quede algun campesino irreverente
Que os aseste traidor plomo seguro.

Alzaos, sí; la paz de que gozamos
Nosotros solamente nos la dimos,
No de estrangera grey la mendigamos,
Que á nadie juez de nuestra gloria hicimos.

Nuestra es la sangre que en la lid se orea,
Nuestra es la santa ley que obedecemos;
Grande ó mezquina nuestra gloria sea,
Obra fué nuestra, y nuestra la queremos.

¡Atras las lises de la intrusa Francia!
¡Atras los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia
No ha de faltarnos libertad, ni tierra (1).

(1) Esta última composicion fué prohibida por el ayuntamiento antes de ser leida. *¡Es que somos hoy muy españoles y muy atrevidos!*

A LA LUNA.

—

Bendita mil veces la luz desmayada
Que avaro te presta magnífico el sol;
Bendita mil veces ¡oh luna callada!
Tu luz que no enturbia dudoso arrebol.

En buen hora vengas, viajera nocturna,
Que el mundo en silencio visitando vas,
Esposa que viene constante á la urna
Que guarda los restos del bien que amó mas.

En buen hora vengas, amante Lucina,
En pos de tu bello dormido Endimion,
Celosa asomando la faz argentina
Por ese estrellado y azul pabellon.

¡Oh! miente quien dice que velas traidora
Cubriendo del crímen el réprobo afan,
Que aguardan inquietos tu luz bienhechora
Los que al sol fraguando delitos están.

No, no eres ¡oh luna! la lámpara opaca
Que trémula vierte siniestra su luz
En bóveda impura do nunca se aplaca
El alma á quien prensa su losa y su cruz.

No, no eres la tea que alumbra maldita
Las manchas de sangre de regio panteon,
A cuyos reflejos soñando se agita
Aun de ella sedienta rabiosa vision.

No, no eres la hoguera del gran cementerio
Que guarda el del mundo secreto final,
Que en esa morada de sombra y misterio
Sus ráfagas tiende la luz infernal.

No vienen contigo las voces medrosas
Que hierven, y turban la sombra do quier.
No vienen contigo las nieblas odiosas
Que doblan el ruido, y nos roban el ver.

No vienen contigo los vagos ensueños
Que acosan y hieren el ruin corazon,
Las torvas fantasmas de tétricos ceños
Que cruzan los aires en pos del turbion.

Tú vienes tranquila, fugaz, solitaria,
Cual blanca creencia de casta niñez,
Cual ángel que espía la triste plegaria
Que eleva al empíreo llorosa viudez.

Tú cruzas el limpio y azul firmamento,
Fanal de consuelo, de paz y de amor,
En alas de suave balsámico viento,
Que arruga las aguas y mece la flor.

Y vienen contigo los sueños de plata,
Las lindas quimeras de antiguo placer,
Las sombras queridas que alegre retrata
La mente olvidada del duelo de ayer.

Y vienen contigo las mágicas citas,
Los besos que espiran del labio al salir,
Las bellas historias de efímeras cuitas
Dichas á una reja que temen abrir.

Y vienen contigo los himnos errantes,
La seña embozada con una cancion
Que atrae á los ojos osados y amantes
Un rostro que aguarda la seña á un balcon.

Y vienen contigo las dulces memorias,
La audaz esperanza, la gloria inmortal,
Fantásticas luces que van ilusorias
Al soplo espirando de ráfaga real.

¡Ah, todo es consuelo, regalo y ventura,
Fanal misterioso, delante de tí!
Suspiran las fuentes, el rio murmura,
Aquí te gorgean, te arrullan allí.

Los juncos se mecen, los árboles suenan,
El bosque se puebla de sombras de paz,
Y el aire sonidos dulcísimos llenan
Que lleva invisible la brisa fugaz.

¡Luna! cuántas veces tu luz ha alumbrado
Mi larga vigilia, mi breve ilusion;
¡Luna! cuántas veces con ella ha sonado
Perdida en el viento mi triste cancion.

Y aún cuántas veces allá todavía
En playas remotas tal vez sonará.
Entonces ¡oh luna! la cítara mia
¿Qué oido en sus ayes ó risas tendrá?

Tal vez entre el recio menudo ramaje
Que ciñe del ancho desierto el lindal
Responda á mis voces un ave salvaje
Huyendo á lo largo del seco arenal.

Tal vez á la orilla del mar tempestuoso
Tu pálida imágen por él seguiré;
Tal vez con las ondas del mar proceloso
Mis lágrimas turbias mezclarse veré.

Y acaso mis ojos del agua que broten
Por entre el ardiente confuso cristal
Verán sin que nunca sus fuentes se agoten
Huir por los cielos tu errante fanal.

¡Luna! si esa noche de angustia llegára,
Si huyera esquivando mi pueblo español,
¡Luna! mas valiera que el sol te prestára
Un rayo que apague mi gloria y mi sol.

—

Mas no, clara y celeste peregrina
Luz de los bosques, de los tristes luz,
A cuyos rayos el amor camina
É invoca el justo al que murió en la cruz.

No, blanca reina de la turbia noche,
Amiga del cantar del trovador,

Tú que refrescas el modesto broche
Que á tu luz plega la silvestre flor;

Tú me darás magníficos cantares,
Grandes como tu Dios y como tú,
Como esos que del cielo luminares
Orlan los pabellones de tisú.

Tú inspirarás á mi sonante lira
El fuego del profeta que lloró
El peligro de Pérgamo y Thyatira,
La rebelde impiedad de Jericó.

Tibia, modesta, fugitiva luna,
Cuya rápida y trémula ilusion
Pinta el mar, y el arroyo y la laguna
En vistosa y flotante aparicion;

De cuya imágen en redor tranquila
Allá en bosques de conchas y coral
De errantes peces multitud se apila
Que te besan tu imágen de cristal;

Tú á quien un ángel invisible guia
Y millares de estrellas van en pos,
Tú me darás palabras de armonía
Con que cantar la gloria de tu Dios.

Lejos de mí los velos de esa Diana
Que del bosque en la oscura soledad
En brazos de un mortal busca profana
Misterios de placer y liviandad.

Lejos de mí los cánticos impuros
De ese bello y perdido cazador
Que los valles audaz cerró seguros
Con barreras de fábulas de amor.

Yo te adoro, magnífica lumbrera,
Tan solo por tu tibia brillantez,
Y no veo en tu espléndida carrera
Mas que la mano del eterno juez.

Surca, ¡oh luna! esos techos de topacio
Que él te señala por camino á tí,
Mientras que preso en reducido espacio
Su voz espero cuando venga á mí.

A mí, que ingrato y prófugo poeta
Creo en el Dios á cuyo soplo fué
Cuanto en la tierra y en la mar vegeta,
Cuanto no he visto ni jamás veré.

¡Ah! cuando el mundo en su erial desierto
Me dé un lecho de tierra en que dormir,
Y vayan presa del destino incierto
Conmigo mis cantares á morir,

¡Oh luna! si en mi túmulo no brilla
De humana gloria la estinguida luz,
Cuelga al menos tu lámpara amarilla
Sobre su rota y olvidada cruz.

HORIZONTES.

I.

Lanzó al mundo en mitad de las tinieblas
El soplo del Señor, y empezó el mundo
A rodar en un piélago de nieblas
Cercado del silencio mas profundo.
Miró la creacion el que la hizo,
Mas no le satisfizo;
Y rasgando sus negras colgaduras
Sacudió con su planta el firmamento;
Brotó una chispa, se inflamó en el viento,
Y el sol se derramó por las alturas.

II.

«Tú girarás, le dijo, eternamente;
Cuatro estaciones marcarás iguales,
Y será tu fanal resplandeciente
La sombra de mis ojos inmortales.»
Giró el sol, y á su vista alborozado
El mundo iluminado
En himno universal rompió sonoro,
Y cuanto tuvo un soplo de existencia
Exhaló sonoroso en su presencia
Música dulce en acordado coro.

III.

Meciòse el mar con colosal murmullo,
El viento resonó por las montañas,
Murmuró el bosque soñoliento arrullo,
E hirió el arroyo sus sonantes cañas.
Ensayaron su cánticos las aves,
Armoniosos y graves
Los acentos del hombre resonaron,
Y con notas mas roncas y severas
Su voz alzaron sin compas las fieras,
Y los ecos salvages la imitaron.

IV.

Fuente de luz y manantial de vida,
El sol fecunda nuestra madre tierra,
Y en arroyos al llano convertida
Vierte la nieve que apiló en la sierra.
Brotan á su calor yerbas y flores,
Sus manchas y colores
Da á cuanto dora con su lumbre pura,
Y mil insectos que las auras hienden
A separar solícitos atienden
Del sémen vírgen la semilla impura.

V.

Mas ó vacilan mis cansados ojos,
O yo he visto en oriente y en ocaso
Lagos de sangre cuyos pliegues rojos
Al sol alfombran el gigante paso.

Y jamas comprendió mi entendimiento
El misterio sangriento
Que ese color del horizonte vela,
Y por mas que lo pienso y lo medito
Nada el arcano que conserva escrito
Ese renglon de sangre me revela.

VI.

He visto al sol posarse en el oriente
Al derramar su esplendorosa lumbre,
Y le he visto posar en occidente
Al trasponer la postrimera cumbre.
Magnífico á su vuelta y su partida,
Su marcha y su venida
Mudo y absorto cada vez contemplo:
Él recoge sus rayos ó los suelta,
Y siempre á su venida y á su vuelta
De Dios concibo al universo templo.

VII.

Sí, siempre posa un punto en el oriente
Y otro punto al doblar la última cumbre,
Mas siempre ciñe en su alba y su occidente
Banda sangrienta su radiante lumbre.
Entrambos los crepúsculos clarean
Mientras al sol rodean
Ráfagas anchas de color sangriento,
Y al irse y al venir, su última tinta
Ese triste color siniestro pinta
En el confin del azulado viento.

VIII.

¿Qué guarda ese rojizo cortinage
En los remates de la luz prendido?
¿Un torbellino no hay que le desgaje
Si á alcance de los vientos va prendido?
Si es un vapor que se desprende lento,
Espeso y turbulento
De la esencia del sol, ¿en su camino
No hay solícito un ángel cuyo brazo
Arranque de la luz ese pedazo
Que mancha al sol su resplandor divino?

IX.

Si es de los aires ilusion dudosa
Que la distancia en el azul suspende,
¿Porqué no pinta su ilusion de rosa,
Y no ese rojo pabellon que ofende?
¡Necio de mí, gusano de la tierra,
Que quiero lo que encierra
Saber el mundo en su invisible centro
Y demando á su autor omnipotente,
Cuando nací á adorarle solamente,
Y para amarle por do quier le encuentro!

X.

Al hundirse la luz detras del monte
Sorbida entre las nubes y las breñas,
Lumbre vomita el trémulo horizonte,
Que en sangre tiñe las enormes peñas.
Faja de sangre, inmensa banderola
Que en su alcázar tremola
El que hizo el mundo de ceniza vana,
Cual rojo lienzo que pirata osado
Desplega ante el bajel atribulado
Que á todo trapo por huir se afana.

XI.

Que era el sol un espejo trasparente
Donde el Señor su creacion veía,
Y desde él derramaba omnipotente
Dulce vida de amor y de armonía.
Y hubo un instante en que amoroso quiso
Al hombre abrir su santo paraiso
Tras aquella existencia de ventura;
Mas á Dios usurpando su derecho
De deshacer lo hecho,
Sangre vertió la necia criatura.

XII.

La tierra se manchó: Dios indignado
Quitóse del cristal, y su reflejo
Con los ojos de Dios iluminado,
Pintó la mancha y sombreó el espejo.
Volvió asimismo Dios al sol mandando:
«Tú seguirás rodando;
Su raza alumbra, y que lidiando crezca,
La tierra empape con su sangre impura,
Mas cuando quede con la sangre oscura
No la reflejes mas, y que perezca.»

XIII.

Dijo Dios, y cerróse en su santuario,
Y al rudo golpe que sus puertas dieron
La madre tierra con impulso vario
Monstruos sedientos de matar cubrieron.

XIV.

Nino, Nembrot, Sesostris y Cambises
De sangre á Egipto con furor regaron;
Alejandro, Conon, Jerges y Ulises
En sangre á Grecia sin piedad bañaron;
Grecia tragó al Egipto, á Grecia Roma,
Y en Roma, que desploma
Sus legiones do quier, y ansiosa apila
Montones de coronas sin cabezas,
Metió á pisar su gloria y sus grandezas
Su negro palafren el torvo Atila.

XV.

¡Y eso es la gloria y las hazañas eso!
Los héroes nacen, y la tierra tinta
Por do queda su pié con sangre impreso
La negra mancha en el espejo pinta.
Venid, guerreros, degollad sin tino,
Que el sol va su camino
La luz menguando sin cesar siguiendo,
Y cada estátua á vuestra gloria alzada
Es una sombra que la luz menguada
Del moribundo sol va carcomiendo.

IMPRESIONES DE LA NOCHE.

Hay pensamientos que en la mente viven
En un rincon de la memoria echados,
Cual los insectos que su ser reciben
De los arbustos á que están pegados.

Duermen al parecer, mas como aquellos
Al soplo de una brisa se levantan,
Crecen, vuelan, y al fin toman cual ellos
Formas medrosas que la vista espantan.

Hijas del miedo y de la fé contrarias,
Vagas visiones de la noche umbría,
Bullir las vemos en la niebla fria,
Nada en la esencia y en la forma varias.

Quimeras que hallan siempre en la memoria
Silenciosa mansion, gracias postizas,
Y que reciben faz, cuerpo é historia,
En los cuentos y error de las nodrizas.

Van con la noche, de la noche hermanas,
Y con murmullos infinitos suenan,
En las alas del viento van livianas,
Y el alma el viento y el espacio llenan.

¡Paso, de cieno fábulas impuras!
Paso dejad al noble pensamiento,
Que anhela respirar auras mas puras
En el cóncavo azul del firmamento.

¿Piensas, turba de sueños impostora,
Hacerle por el miedo tu vasallo,
Como al son de la fusta cimbradora
Ginete admite el volador caballo?

Yo os recibí al nacer como ilusiones:
Si el corazon cobarde os dió aposento,
Hoy necesita, imbéciles visiones,
Todo mi corazon mi grande aliento.

Con la noche venís, y osais con ella
Turbar al corazon que en paz reposa;
Mas de la noche en el poder se estrella
Vuestro poder y ciencia mentirosa.

¡Paso! mis ojos en su azul tendidos
La paz que le robais otra vez hallan,
Y en los misterios de la fé perdidos
Vuestros misterios de impureza callan.

Para lanzar vuestra influencia impía
A la influencia celestial acudo,
Y de la noche silenciosa, umbría,
La solitaria inmensidad saludo.

I.

¡Salve! tienda magnífica colgada
De polo á polo sobre el aire manso
Del caduco universo destinada
A proteger el funeral descanso.
¡Salve á quien mora en la escondida altura
Detras de esa estrellada colgadura!
¡Salve á quien vela el agitado sueño
De esos gusanos que á sus piés tendidos
Manchan con sus alientos corrompidos
La orla imperial del manto de su dueño!

II.

Sí, que á mis ojos se resiste en vano
De la insondable eternidad el velo,
Y yo veo, Señor, tu inmensa mano
Tras el azul del trasparente cielo.
Infinita, Señor, tu omnipotencia,
Infinito el abismo de tu ciencia,
Infinito tu ser, y tú infinito,
NO HAY MAS QUE TÚ; y tu soplo poderoso
Que anima el mundo presta generoso
Vida á la alma virtud, vida al delito.

III.

Que tú amasando el polvo de la nada
Con tu suprema voluntad un dia
Diste al hombre esta espléndida morada,
Igual para el que fué y el que sería.
«¿Quieres vivir?—tu aliento es el espacio.
¿Quieres tener?—el orbe es tu palacio.
¿Quieres mandar?—al señalarlo nombre
Puedes gozarlo é invadirlo todo.
Yo que á mi gloria te saqué del lodo
Fé y libertad te doy,» dijiste al hombre.

IV.

Y el hombre fué; y el hombre envanecido,
Olvidando al Señor que le formara,
No partió por igual lo recibido,
Se armó insolente y le volvió la cara.
Oidos dando al corazon villano,
El hermano lidió con el hermano,
El hijo con el padre en torpe guerra
El alma en las entrañas se buscaron,

Y uno de otro en la sangre se bañaron
Por un pie mas de la heredada tierra.

V.

De tu obra entonces, gran Señor, corrido,
Ingrata viendo á tu mejor hechura,
Sobre el mundo tendistes ofendido
La espesa sombra de la noche oscura.
Volviendote á tu carro rutilante
Empuñaste las bridas de diamante,
Tus caballos de fuégo se lanzaron
Por el espacio, y caminando á oscuras
El choque de sus recias herraduras
Miles de estrellas en su azul brotaron.

VI.

Al ceño de tu cólera divina
Los mundos con pavor se estremecieron,
Confundióse su esencia peregrina,
Y las miserias y la muerte fueron.
Brotó la tempestad. Sorbió el nublado
Las ondas de la mar, y desbocado
En hombros cabalgando de las nieblas
Su pedrisco do quier vertió sin tino,
Y borrando los lindes del camino
Tierra y mar embozó con las tinieblas.

VII.

¿Quién osará, Señor, en la memoria
La idea renovar de tu honda ira?
El mundo sabe la tremenda historia,
Y aun al mentarla de terror suspira.
La obra de tu poder atropellando,
Seguias tú la creacion cruzando,
Sin término, ni objeto, ni vereda,
Y tus ojos, Señor, relampagueaban,
Y las nubes errantes reventaban
De tu carro inmortal bajo la rueda.

VIII.

Todo cayó á tus piés; todo en pedazos
A volver se apresto á su antigua nada;
Pero su polvo tropezó en tus brazos,
Y á ser tornó la fábrica empezada.
Te volviste á mirar sobre tus huellas,
Y al ver que de tus ojos las centellas
Lo iban todo á incendiar, compadecido
La noche hicistes, que tendió en el cielo
Su pabellon azul de terciopelo
Que en medio del zenit quedó prendido.

IX.

Tras él está velando tu pupila,
Mansa tras él la creacion pasea,
Y el universo de terror vacila
A su gran resplandor si pestañea.
Las nubes con su luz se tornasolan,
El oriente y ocaso se arrebolan
Con sus puros y espléndidos colores,
Y á su dulce calor se alza indecisa
La perfumada y soñolienta brisa
Que susurra en la yerba y en la flores.

X.

¡Salve otra vez, magnífica cortina,
Que ante los ojos de tu Dios colgada
La lumbre de sus ojos te ilumina
Sobre el desierto del dolor plegada!
Yo sé en mi corazon, noche sombría,
Que es tu manto de rica argentería
Prenda de que nacimos sus vasallos,
Que al salpicarte Dios con tus estrellas
Nuestro orgullo alumbró con las centellas
Que brotan de los piés de sus caballos.

FÉ.

I.

«En manos del placer adormecido,
Sin otro porvenir que los placeres,
El oro y las mugeres
Mi solo Dios y mi esperanza han sido.
¡Lindas quimeras de mi edad pasada
Que me dejais el alma emponzoñada!
Decid, ¿dónde habeis ido?»

«Lancéme á los deleites avariento,
Gocé con ansia y apuré su hartura,
Mi Dios y mi ventura
Asentó en el placer mi pensamiento.
Otro esperar mi corazon no quiso;
Y hoy ¿dónde hallar el dulce paraiso
Que edifiqué en el viento?»

«¿En dónde estás, riquísimo tesoro
De placer y de amor, lánguida Elvira,
Con cuyo amor respira
Mi corazon, y cuya sombra adoro?
Elena, Inés... bellísimas traidoras,
¡Ay! ¿qué habeis hecho de mis dulces horas
Y mis montones de oro?»

«¿Qué he de hacer sin vosotras y sin ellos,
Solo afan ¡ay de mí! con que he vivido,
Solo Dios que he creido?
Fé de mi juventud, delirios bellos,
¿Qué he de creer ni de esperar ahora
Que tornándose van hora por hora
Mas blancos mis cabellos?»

«¿Y dó encender la lámpara apagada
De mi dudosa fé, dó ir por consuelo
Si yo del santo cielo
En el escrito azul no sé leer nada?
¡Si en su vieja impiedad endurecida
No ve tras dél el alma envilecida
Su fin y su morada!»

«¡Imposible creer! pero ¡ay! cuán duro
En duda pertinaz ir caminando
Sin creencia esperando
Un negro mas allá nunca seguro!
¡Ay del que nada cree y en nada espera?
Y no encuentra una luz que alumbre fuera
De caos tan oscuro!»

«No, no me sé amparar del cielo santo,
Que perdon no tendrá tanto delito,
Y el castigo infinito
Si me le atrevo á imaginar me espanto.
¡Mejor es no creer! Triste es la duda,
Mas no hay puerto mejor adonde acuda
Por entre escollo tanto.»

—

Así pensó el ateo, ¡y cuán en vano!
Que al olvidar su celestial esencia
De la tenaz conciencia
Dentro del corazon sintió el gusano.
Tornóse al cielo en su árida agonía,
Mas nada en él deletrear sabia
Su corazon profano.

Ciego que sabe que la luz existe,
Que oye elogiar el resplandor del cielo
Y no le es dado desgarrar el velo
Que ante sus ojos á la luz resiste,
¡Mira! le dicen, y en su audaz deseo
Tórnase á ver y esclama: *¡nada veo!*
Desesperado y triste.

«*¡Mejor es no creer!*» Y abandonado
Sin esperanza en brazos de sí mismo
Por el oscuro abismo
De la duda fatal va despeñado:
«*¡Mejor es no creer!*» Y en su agonía
Siente que llega el postrimero dia;
Y ¡ay dél si se ha engañado!

¡Ay del jardin donde las zarzas crecen;
Ay del palacio que las aves moran!
Y ¡ay de los siervos que impiedad imploran
Cuando en presencia del Señor parecen!
Y ¡ay! ¡ay de los que cruzan el desierto,
Y no conocen el camino cierto,
Y en la mitad del arenal perecen!

II.

Espíritu blanco y puro
Que con tu fanal seguro
Por el lóbrego recinto
Del mundano laberinto
Mis pasos guiando vas;
Angel que invisible velas
Mi existencia, y me consuelas,
Y en la noche sosegada
A la orilla de mi almohada
Mi sueño guardando estás;

Tú que con alas de rosa
De mi mente calurosa
Benigno apartas y atento
El mundano pensamiento
Y la torpe tentacion,
¡Ay! ¡nunca de mí te alejes,
Nunca en soledad me dejes
Sin que tu fanal me alumbre,
Y esa ruin incertidumbre
No me roa el corazon!

Espíritu soberano,
Tiéndeme siempre tu mano,
Y mi afan, mi pensamiento
Endereza al firmamento
¡Oh espíritu tutelar!
Y en la noche silenciosa
Si brota mi fé dudosa
Alguna plegaria impía,
Con tu aliento de ambrosía
Purifícala al pasar.

Angel cuya sombra adoro,
Cuyo nombre santo ignoro,
Cuyo semblante no veo,
Y en cuya presencia creo,
Y cuya existencia sé,
Muéstrame el camino cierto
De este mundo en el desierto,
Y guia que sin fin no vague
Y con los vientos se apague
La lámpara de mi fé.

A ESPAÑA ARTISTICA.

SONETO.

¡Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo alfombrado de memorias
Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que há de cada ilustre hazaña:
Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias,
Tus monumentos ¡ay! y tus historias
Vendidos llevan á la tierra estraña.
¡Maldita seas, patria de valientes,
Que por premio te das á quien mas pueda
Por no mover los brazos indolentes!

¡Si, venid ¡voto á Dios! por lo que queda,
Estrangeros rapaces, que insolentes
Habeis hecho de España una almoneda!

IRA DE DIOS.

EL ÁNGEL ESTERMINADOR.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Denso y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
Que aquel recinto por do quier rodea
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos á quien ver desea;
Solo se alcanza entre las altas puntas
Que el recio vendaval nunca cimbrea
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio, ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente
Mas que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
Que al son de aquellas aguas se adormece,
Y á los ojos de Dios solo visible
Al acento de Dios solo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
La eternidad existe en su memoria:
Él solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia,
Y al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
Del firmamento en las eternas salas
Se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
Vela de Dios el arsenal ardiente
Y los ultrages del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Relincha con la voz de la tormenta,
Y allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
El ancho vaso hasta los bordes lleno,
El tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios; y en su hondo seno
Se fermenta la esencia del granizo,
Y de la peste el infernal veneno,
Y el germen del relámpago pajizo,
Y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El zumo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
Y de la hiena la intencion torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Con que lloró Luzbel desesperado
Su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inespugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por do quier camina
El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
Bajo sus alas cruje; desgreñada

De armas y quejas con estruendo bronco
La guerra detras de él va despeñada:
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia,
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurante esencia.
Do quier las nubes que su sombra evitan
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas do quier se precipitan
Presagios ¡ay! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
Y con gigante voz muge y atruena,
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
Pisa en el valle y de fetor le llena;
Y en la ciudad que á perecer destina
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adan del paraiso,
Y de su raza en él junta y culpable
Fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
El ¡ay! postrero que exhaló sumiso
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro;
Sentenció á Baltasar y á Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro:
Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalen á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano.
Rompió las cataratas del diluvio
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesuvio
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un dia,
Y á su voz de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivia.
La creacion se romperá en sus brazos.
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

EL ESCULTOR Y EL DUQUE.

CUENTO

DEDICADO A LA SEÑORA DOÑA MATILDE O-REILLY DE ZORRILLA.

—

Nota del autor á su muger. Empecé la publicacion de mis poesias conociéndote, y las concluyo con tu nombre.

Madrid, Octubre 10 de 1840.

I.

Año de mas ó de menos,
Si no miente mi memoria,
Mil quinientos veinte y dos
Corren, y una tras de otra
Por la preferencia luchan
Las muy esquisitas obras
Con que un escultor de Italia
Admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
La fama que una le cobra,
Reputacion y caudales
Siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
Y siempre el vulgo se asombra
Al ver el nuevo prodigio
De su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
Ni comunidad, por corta
O pobre que sea, á quien
Una efigie no se rompa.
Que habiendo por precision
De buscar quien la componga,
Mas vale hacer otra nueva,
Siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Vírgen,
Pero es de mano muy tosca;
Allí un crucifijo, y bueno,
Pero la cruz es muy corta.
Acá un San Juan de rodillas,
¡Cosa estupenda! mas sobran
Dos líneas de la peana
Y nunca bien se acomoda.
Allá hay una Magdalena,
¡Soberbia estátua! ¡gran cosa!
Mas dicen que por desnuda
No es imágen muy devota.
Y así cada cual encuentra
Pretestos que le ocasionan
Del taller del Florentino
La visita rigurosa.
Y así su fecunda mano
Sin darse descanso brota
Para uno un San Aquilino,
Para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado
Emplee, pues fama goza
Que dar crédito pudiera
Al pirata Barbaroja.
Alto, vigoroso, altivo,
Aire audaz, mirada torva,
Barba crecida hasta el pecho,
Aliento recio y voz ronca,
Mejor que artista parece
Bandolero, y mas importa
Guardarse de él, que guardar
Sus estátuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
Cólera mucha y muy pronta,
Y son de largos sus hechos
Lo que sus frases de cortas.
No se acompaña con nadie,
Ni á nadie contó su historia;
Ni los valientes le arredran,
Ni á los que callan provoca.
Es con las damas cortés,
Y aunque frio con las mozas
No es con ninguna grosero,
Y retrata á las hermosas.
Es largo con los soldados,
Que las armas le enamoran;
Saluda siempre que alcanza
Las banderas españolas;
Y aunque con todos severo,
Jamás los chicos le enojan,
Aplaude á los reboltosos
Y acaricia á los que lloran.
Lo mismo el sayo se ciñe
Que se revuelve la cota,
Lo mismo sacude el mazo
Que sacude la tizona,
Y sin que aperciba grande
Diferencia de uno á otra,
Lo mismo sierra un madero
Como una cabeza corta
Estrangero, y sin su gente
Que en su lengua le responda,
Que le recuerde sus gustos
O le llore sus zozobras,
Ni conoce gerarquías,
Ni distingue de personas;
Jamás su trabajo lleva
Quien pródigo no le compra.
Ni tiene ni quiere amigos,
Que por esperiencia propia
Sabe que muy raras veces
Los que no cansan, no estorban.
Y si los negros recuerdos
De sus pesares le acosan,
Oscureciéndole el alma
Como tempestades torvas
Que con negros nubarrones
Al son del viento se agolpan,
Con la fatiga del cuerpo
Los duelos del alma ahoga.
Y el pensamiento en Florencia,
La ambicion puesta en su gloria,
Para vivir solo y triste
Todo lo demas le sobra.

II.

En un claustro de un convento
Como á las tres de una tarde
Hay gran reunion de gente,
Toda atenta y toda grave.
Tornados tienen los ojos
Todos á la misma parte,
Los nobles y el populacho,
Los soldados y los frailes.
De cuando en cuando se escucha
Murmullo y cortadas frases
De los que no han visto y llegan,
Y de los que ven y parten.
Unos dicen ¡brava pieza!
Dicen otros ¡cosa grande!
Y se empujan y encaraman
Los de atras en los de alante.
Uno alaba los contornos,
Lo leve otro del ropage,
Otro las manos del niño,
Otro el rostro de la madre.
Quién, dice que la cabeza
Es un prodigio; admirable
Dice otro que es la invencion,
Citando reglas del arte;
Y todos al par confiesan
Que ella es de las mas cabales
Obras, que á pública vista
Se han puesto cien años hace.
El que no entiende ve y calla,
Y en ver hace lo bastante,
Que al buen callar llaman Sancho,
Y sobre ver esto baste.
Lo mas que á alguno le ocurre
De los muchos que *no saben*
Es volviéndose á algun monge
Preguntar: «*¿Quién lo hizo, padre?*»
A lo que con voz sonora
Dice satisfecho el fraile:
«Se le encargó á un italiano,
¡Y es gran cosa! Bien lo vale.»
Como quien dice — *¡Se compra*
Porque no habrá quien lo pague!
Y el vulgo que atento lo oye
Se queda á oscuras como antes.
Fuése al fin disminuyendo
La concurrencia, y la imágen
Quedó cercada en el claustro
De unos cuantos personages,

Todos ellos gente hidalga
Si se esceptúan los padres
Del convento, que les rien,
Y lo que dicen aplauden.
Mas entre todos hay uno
Cuyo esterior respetable
Decoran altas insignias
Civiles y militares,
Que con mirada severa
Y desabrido semblante
Mirando estuvo gran trecho
La escultura venerable.
Y recogidos los párpados,
Fruncido el ceño, fugándose
Las miradas de los ojos
Cual si mucho le pesase
Que sospechen de la estátua
Lo que piensa ó lo que sabe,
Está en situacion confusa,
Difícil, é inesplicable.
Monstráronle una tras otra
Las bellezas y bondades
De la estátua, lo armonioso
De la escultura y lo fácil;
La espresion y el movimiento
Del conjunto; y de las partes
El desempeño y estudio,
Todo á cual mas estimable.
Mas él á las advertencias
Contestando con señales
De atencion poco espresivas
Contemplábala el semblante.
Y á fé que el de la Madonna
Era cosa de admirarse,
Rostro peregrino y bello
En efigie cuanto cabe.
Representóla el artista
Sonriendo al tierno infante
Que la colocó en los brazos
A su pecho alimentándose.
Reía el niño y mirábala,
Sonreía ella mirándole,
Y revelaban entrambos
El placer mas entrañable,
Él libando de sus pechos
Néctar dulcísimo y suave,
Ella dándole la esencia
De su purísima sangre.
Y en situacion tan sencilla,
Verdadera, é inefable,
Que era imposible sin lágrimas
A sangre fria mirarles.
Por último, anocheciendo
Y necesaria faltándoles
Luz, se apartaron del claustro
Los hidalgos y los frailes.
Cerraron cuidosamente
La puerta con dobles llaves,
Y hasta el pórtico salieron
Tras el frio personage,
Que devolvió sus saludos
Con atentos ademanes,
Como quien tal los merece
Y harto en recibirlos hace.
Quedaron en pié los monges
Hasta que volvió la calle,
Y él dió el brazo á un caballero
Que deja que le acompañe.

III.

Cerraba espesa la noche
Fria, y amagando lluvia,
Por lo que aprietan el paso
Y los embozos se cruzan.
Y entre el rumor de sus huellas,
Entrecortada y confusa
De los dos nobles á trozos
La conversacion se escucha.
«¿Qué os ha parecido, duque?
— Esquisita es la escultura.
— Mucha atencion la pusisteis.
— ¿Lo echasteis de ver?
— Sin duda.
— Mas de una hora habeis estado
Delante de ella.
— Me gusta;
Y os lo confieso, marques,
A estar hoy en venta pública...
— ¿Eso os detiene? pedidla.
Vos sois en Sevilla...
— Nunca;
Eso fuera prevalerme
De mi posicion, segura
Mi ganancia, y pues los monges
La obra encargaron, ya es suya.»
Siguieron cruzando calles,
Tomando señas en unas,
Equivocándose en otras,
Como quien camino busca,
Y al cabo de muchos pasos
Y equivocaciones muchas
Llegaron frente una casa
De una callejuela oscura.
«Aquí vive, dijo el duque.
— ¿Quién?
— Alabo la pregunta.
— ¿Me habeis dicho adónde vamos?
— ¿No?
— No.
— Pues muy oportuna
Es la ocasion para verlo.»
Y á una violenta y ruda
Aldabonada la puerta
Estremecida retumba.
Oyéronse en la escalera

Pasos, y por las junturas
Penetró la luz movible
Con que por dentro se alumbran.
« ¿ *Quién es?* » preguntó dulcísima
Una voz suave que anuncia
Una muger, cuya forma
Aún á la vista se oculta.
« *Hidalgos*, -dijo el de fuera.
—¿ *Y á quién los hidalgos buscan?*
—Al escultor Torrigiano.
¿Vive aqui?
— Sin duda alguna. »
Se abrió la puerta, y entrando
Los dos hidalgos á una,
Sus dos ánimas quedaron
Estupefactas y mudas.
Y aunque espresion muy diversa
Muestran sus rostros, acusan
Los dos el asombro interno
Con que sus afectos luchan,
Y á fé que asombro merece
Lo que á contemplar se agrupan,
Lo que aún á creer no aciertan
Pasmados de la aventura.
Porque asida al picaporte
Y á la luz trémula y turbia
De una bujía, que al soplo
Del aire brilla insegura,
Delante sus ojos tienen
Bella aparicion nocturna,
De la Madonna del claustro
La exactísima figura.
Aquel peregrino rostro,
Aquella trenzada y rubia
Cabellera, aquellos ojos
Que al cielo el color anublan,
Aquella sonrisa de ángel
Tan celestial y tan pura,
Aquellos brazos tornátiles
Y aquellas manos menudas,
Son ¡ vive Cristo! las mismas
De la divina escultura,
Y ello será brujería,
Pero ambas á dos son una.
Mirábanse el uno al otro
Los hidalgos, y confusa
Mostrábase ella, su espanto
Sin saber á qué atribuya,
Hasta que el duque el embozo
Bajando, la faz ceñuda
Mostró á la luz, y la niña
Conociéndola se turba.
«¡ Hola! (dijo aquel subiendo)
Mucho de casas te mudas. »
Y ella contestó cerrando:
«Ya veis, don Juan, que era mucha
La esposicion de vivir
A solas con mi fortuna.
—¡ Hém! dijo el duque lanzando
Una tos seca y profunda,
No es mala tu compañía
Si mucho tiempo te dura.»
Y mascullando otra tos
Que la garganta le anuda,
Llegó á una sala cuadrada
Donde el Florentino estudia.

—

Púsose en pié el escultor,
Y arrimando dos sitiales,
Escusó ceremoniales
Hablando en este tenor.

Torrigiano. ¿A qué fortuna merezco
El honor de esta visita?
Duque. A un señor que necesita
Una obra, y os la ofrezco.
Torrigiano. Acepto, si la sé hacer
A gusto de esa persona.
Duque. Es copia de una Madonna
Que habeis concluido ayer.
Torrigiano. ¿El tamaño?
Duque. A vuestro gusto,
Como me la hagais igual,
La semejanza cabal
Es en ella lo que ajusto.
¿Aceptais la condicion?
Torrigiano. Si no es como la prometo
A dárosla me someto
Sin gozar retribucion.
Pero si igual ha de ser,
Francamente os quiero hablar,
Tengo allí que retratar
A mi hijo y mi muger.
Duque. ¡Cómo!
Torrigiano. Tuve ese capricho
En la que ayer concluí,
Y á no ser la estátua así
Es imposible lo dicho.
Duque. ¿Y ese amante desvarío
Puedo yo culparos? No.
Haré vuestro gusto yo,
Si vos me cumplís el mio.

Callaron por un momento
Como quien recela ó duda,
Y un punto consigo mismo
Su resolucion consulta.
Y el hidalgo y el artista,
Que uno de otro se aseguran,
Al mismo tiempo dejando
Su actitud meditabunda,
Cambiaron como por prendas
De la confianza última
Esta respuesta el hidalgo
Y el artista esta pregunta:

Torrigiano. Pues que no anduvimos parcos
De esplicaciones los dos,
¿Me direis si es para vos?
Duque. Llevádsela al duque de Arcos,
¡Que no os pesará por Dios!

IV.

Y yendo y viniendo dias,
Y sin tregua el escultor
Trabajando, á los cuarenta
La Madonna se acabó.
Copia completa y exacta
De la Madonna anterior,
Hija de la misma mano
Y la misma inspiracion.
Cifra en que el fogoso artista
Su cariño formuló,
Fué el suspiro postrimero
Que exhaló su corazon.
Porque el arte es un amigo
Benigno y consolador
Que paga con un instante
Muchos años de afliccion.
Es un suave y encantado
Y aromático licor
Que el brio rejuvenece
De la perdida ilusion,
Que provoca el entusiasmo,
La esperanza y el amor,
Y vuelve á encender el fuego
De la fé que se apagó.
Es un bálsamo escondido
Del ánima en un rincon,
Que cicatriza las llagas
Que la desventura abrió.
Y hay un sacro y absoluto
Momento de bendicion
En que el placer del artista
Lo concibe solo Dios.
Pues no halla la mariposa
Con tanto gusto una flor,
Ni halla una floresta el ave
Que de la jaula escapó,
Ni halla afanada la abeja
La miel de que vaga en pos,
Ni halla el mísero cautivo
La luz que ver no esperó,
Con tan intensa y tan pura
Celestial satisfaccion
Como halla el cansado artista
Lo que él á solas creó.
Es un sueño venturoso
Que en alas de la ilusion
Muestra al alma un ignorado
Paraiso encantador.
Es el beso de una madre
Al hijo que le nació,
Por cuya vista ha sufrido
Largas horas de dolor;
Que le ama mas, cuanto mas
La cuesta su posesion;
Y... no hay símil de ambas cosas
Mas exacto ni mejor.

—

Y pues su linda Madonna
Torrigiano concluyó,
En ese cielo del arte
Dejemos al escultor.

—

A la mañana siguiente
La preciosísima efigie
Esperaba al duque de Arcos
Que acabara de vestirse;
Y mientras miran y admiran
Lacayos y ministriles
La verdad y la hermosura
De la inanimada Vírgen,
En la retirada calle
Donde el Torrigiano vive
Está pasando otra escena
Que no es justo que se olvide.
Dejemos al noble duque
En armas y amor insigne
Que la divina escultura
Enamorado acaricie:
Dejemos al Florentino,
Que de su mano recibe
Repleto saco, que augure
Horas tras su afan felices;
Y entrémonos en su casa,
Donde su amorosa Tisbe
Está á la reja esperando
Que dé la vuelta el artífice.
No se sintió por su ausencia
La esposa nunca tan triste,
Ni de su inquietud secreta
La estraña razon concibe;
Mas su ardiente pensamiento
Mil sobresaltos la finge,
Y el corazon con mil ansias
No acierta qué vaticine;
Y ello es un hondo misterio
Y un arcano incomprensible,
Mas tiene presentimientos
El corazon infalibles.
Mirando estaba impaciente
De la calle los confines
Por ver si llega mas pronto
O mas pronto le apercibe.
Cuando un hombre que se acerca
Rápido, con mano firme
Tira un papel por la reja
Y contestacion la pide.

En vano tal osadía
Querido hubiera impedirle,
Y en vano algunas palabras
De justo enojo le dice.
El hombre pasa y no escucha;
Le llama... le grita y sigue;
Y allá hácia el fin de la calle
Vuelve á pararse impasible.
A poco rato el mismo hombre
Paso á paso se dirige
Otra vez á la ventana;
Y esto que advierte la Tisbe
Toma la carta del suelo,
Aguarda que se aproxime,
Y con desprecio tirándosela
Que despeje le repite.
Cerró los vidrios de golpe,
Pero ni tiempo consigue
Para encajar la falleva,
Porque el hombre, que se sirve
De ambas manos, deteniéndolos
Con vigor irresistible
Volvió la carta diciendo:
« *Sin respuesta no he de irme.* »
Y al ir palabras mas duras
Colérica á dirigirle,
Apareció el Torrigiano
Y palideció la Tisbe.

Torrigiano. ¿Qué es eso, Tisbe?
Tisbe. Un infame
Que dos veces ha pasado
Y ese papel ha tirado
Por la reja.
Torrigiano. El papel dame,
Que á lo que veo él ha huido:
Mas ¿qué tiemblas, alma mia,
No ves que de su osadía
Tú la culpa no has tenido?
Tisbe. ¡Ay Pedro! que ese papel
Me da recelos fatales,
Y me parecen puñales
Cuantas letras hay en él.
Torrigiano. ¡Calla, inocente!
Tisbe. No le abras,
Pedro.
Torrigiano. ¿Saber no es mejor
De qué mal es portador?
Y al fin, son cuatro palabras.
(*Abriendo la carta, á Tisbe.*)
Pero Tisbe, es para tí;
Tu nombre al principio viene...
Veamos lo que contiene,
Y escucha, que dice así.
(*Lee.*)
« Tisbe, elige: está en tu mano
» Mi ventura y su sentencia:
» *Un dia de resistencia*
» *Da la muerte al Torrigiano.* »
Tisbe. ¡Ay, Torrigiano, ay de mí!
Que con mi negra hermosura
Te traje la desventura,
Y acaso muerte te dí.
Torrigiano. ¿Mas qué misterio penetras
En ese papel, que á voces
Mi muerte auguras? ¿Conoces
Quién hizo, Tisbe, esas letras?
Tisbe. No, lo adivino no mas:
De un villano que en tu ausencia
Con inaudita insolencia
Me enamoró son quizás.
Toda Sevilla corrí,
De casas mudé esquivándole,
Y logré desorientándole
Vivir escondida aquí.
Cobréle un horror intenso
Desde el momento de verle,
Y solo supe temerle,
Y no lo bastante pienso.
Torrigiano. ¿Y porqué no me has mostrado
A ese traidor cara á cara,
Y en mis brazos acabara,
Que era morir muy honrado?
Tisbe. A verte una noche vino
Y en mi cuarto me encerré,
Como quien siente y no ve
Los pasos de un asesino.
Y ni escucharos osaba,
Porque tal horror sentía,
Que aun de su voz si la oía
No sé qué me recelaba.
Torrigiano. (*Desesperado.*)
¡Y yo, necio; se la dí,
Se la llevé yo, en persona...!
(*A Tisbe.*)
Y viendo aquella Madonna
Que se parecia á tí,
¿No lo adivinabas tú?
Tisbe. Temí, Pedro, que tus zelos...
Torrigiano. ¡Cargue, votó vá lós cielos,
Con tu miedo Belcebú!
¡Ira de Dios, y qué á punto
Con mi maldita escultura
Yo mismo de tu hermosura
Fuí á presentarle el trasunto!
¡Por ella su lengua fátua
Me hará de irrision objeto...!
¡Maldito si no le meto
En el cerebro la estátua!
Y esto el escultor diciendo
La espada en el cinto pone,
Y desatinadamente
La mano en el picaporte.
No basta que de rodillas
Ante él la hermosa se postre,
Ni que las suyas abrace,
Pues sus intentos supone;

Que ni advertencias admite,
Ni frios consejos oye,
Ni lo que intenta concibe,
Ni ve lo que se propone.
El hombre en aquel momento
Solo necesita un hombre,
Y pues encontrarle es fuerza
Sin duda que sabe en dónde.
Quedóse la Tisbe sola
Y á los vidrios asomóse,
Los ojos llenos de lágrimas,
Y el corazon de temores.
Así estuvo largo tiempo,
Sin que distraerla logren
De sus pensamientos tristes
Y negras cavilaciones,
Ni de la luz reflejada
Por el cristal los colores
Brillantes, ni las figuras
De la calle, ni las voces.
Hasta que vuelta á sí misma
De los cristales quitóse,
Y viendo aún en el suelo
El papel infausto asióle.
Tendió sin ver lo que hacia
Los ojos por sus renglones,
Y helóse al ver estos cuatro,
No leidos hasta entonces.

«Esta profana escultura
»Diviniza una pasion,
»Y enviada á la inquisicion
»Os abre la sepultura.»
Lanzó la infeliz un grito,
Y como el tiro conoce,
Hácia el palacio del duque
Desatalentada corre.

V.

El sombrero hasta las cejas,
Fiera y sombría la cara,
Atenazados los dientes
Y echada al hombro la capa,
Como una sombra fatídica
De algun panteon escapada,
Por la escalera del duque
Audaz Torrigiano avanza.
De cuatro en cuatro las sube,
Y un tramo tras otro gana,
Cual si en trepar con tal brio
Alguna apuesta ganara.
Las salas resuelto cruza,
Y á detenerle no bastan
Las señas de los porteros
Y las voces de los guardas.
Al uno con un bufido
De ira ó desprecio le espanta,
Al otro de una embestida
Le tumba en tierra de espaldas.
Y así sin mas miramientos
Llegó de una en otra estancia
Del gabinete del duque
Hasta tocar la mampara.
Asióla del picaporte,
Y por si en abrirse tarda,
Con sacudida violenta
Del quicio la desencaja.
Sintió el estrépito el duque,
Y al ir á volver la cara
Ya el Torrigiano tenia
La mano en su hombro posada.
«¿Qué me quereis, Señor mio?
—Mi escultura.
—Está comprada.
—Ahi teneis vuestro dinero,
No quiero venderla, dádmela.»
Y el Torrigiano en la mesa
Tiró el saquillo de plata
Que en precio de la escultura
Recibió por la mañana.
Rióse el duque, y le dijo:
«¿Sabe, buen hombre, á quién habla?
¿Sabe que solo mi voz
Para aniquilarle basta?»
Rugió el Torrigiano de ira,
Y dijo con voz ahogada:
«Será si la dejo yo
Que pase por la garganta;
Y no piense que eso es solo
Lo que á mi cólera basta.
Ahora venga la escultura,
Luego, pues dagas y espadas
Tenemos, y hombres nacimos,
Saldrá de aquí lo que salga.»
Y abalanzándose rápido
A las puertas que la estancia
Tras de la mampara cierran,
Con resolucion esclama:
«O defendeos, ú os mato,
Que os juro que vuestra carta
Otra respuesta no tiene
Que un párrafo de estocadas.»
Y ya sin otro remedio
Asió el duque espada y daga,
Y trabóse la contienda,
Que por Dios que fué empeñada.
El artista, que se sirve
Cual del cincel de su arma,
El pecho de su contrario
A cada momento amaga.
Y aunque de audaz y valiente
Con reputacion sobrada,
No se dió por muy seguro
El duque, que ya pensaba

En ganar tiempo, aunque acaso
Toda la honra costara;
Mas la rapidez del otro
Hasta la voz le embargaba.
Y se perdian sus ojos
Y sus manos no bastaban
A parar tan recios golpes
Y tan recias cuchilladas;
Y aunque muy bien se defiende,
Que al fin le va vida y fama,
Ya en el rincon de una puerta
El escultor le acorrala;
Y ya el feroz Torrigiano,
Que ve cerca su venganza,
En coserle contra el quicio
Con negra intencion pensaba,
Cuando tremendo tumulto
Que por de fuera se alcanza
Llegó en confuso desórden
Hasta la pieza inmediata.
Crujía asida la puerta
Y caer amenazaba,
Y miedo el duque perdia
Y el Torrigiano esperanza.
Aquel ganaba terreno,
Y así la lid comenzada
Cambió de aspecto en un punto
De consequencia y de causa,
Porque al dar el Torrigiano
En una pared de espalda,
Se abrió al empuje, de lienzo
Una puertecilla falsa.
Cayó en aquel aposento,
Cerró el duque, y en la estancia
Donde quedó el escultor
Topó con su efigie infausta.
Y rebosando despecho
Y de otro enemigo á falta
¡ Maldita seas! la dijo,
Y dióla una cuchillada;
A cuyo momento entrando
Pages, corchetes y guardias,
Dijo señalando el duque
Los pedazos que rodaban :
« A la inquisicion llevadle,
Las imágenes maltrata;
Sí se resiste amarrarlo,
Y si grita una mordaza.»
Lanzáronse al Torrigiano,
Que en la triunfante mirada
Que le lanzó su enemigo
Vió bien lo que le restaba.
Tomaron pues los pedazos
De la destruida estátua,
Y desgarrado el vestido,
Las manos atras atadas,
Sacáronle del palacio
Entre broqueles y lanzas,
Y echaron al santo oficio
Atravesando la plaza.

CONCLUSION.

¿Qué te valió, buen soldado,
Con noble empeño lidiar
Para comprar con tu sangre
El sol de tu libertad,
Si Pisa y el Garigliano
Solo en tu memoria están
Como bajeles perdidos
En la llanura del mar?
¿Qué te valieron, artista,
Tus largos dias de afan,
Tus largas noches de vela
Y de esperanza tenaz,
Si en tus cadenas traidoras
Tu gloria se va á estrellar,
Y no habrá en tu sepultura
De tu nombre una señal?
¡Sueños de la juventud,
Sueños de gloria fugaz
Que en un negro calabozo
Fuísteis al fin á parar;
Cifras con que fulminaron
Una sentencia fatal,
Su acongojada memoria
No tiraniceis jamás!
Delirios de amor dichosos
Que vinísteis á alumbrar
De su tormentosa vida
El contínuo vendaval,
Id á vuestras alas viento
En otra ánima á buscar,
Y en sus cadenas dormido
Al pobre artista dejad.
Dejad que duerma un instante,
Y ese instante pueda hallar
Entre sus sueños febriles
De triste felicidad.
¡Ay! cuán duro, Torrigiano,
Te va á ser el despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad.
Duerme tranquilo, ¡soldado!
Reposa un momento mas,
Que al cabo así no es tan duro
Con el castillo volar.
Duerme sin temor, ¡artista!
Que los nudos del dogal
El laurel de tu corona
No han de poder deshojar.
Duerme, despechado amante
Que á morir por tu amor vas,
Y no temas de tu Tisbe
Un olvido criminal.
Duerme, mientras sollozando

Bajo tus rejas está,
Y sus suspiros te roba
Al airecillo fugaz.
En vano á tus carceleros
Ansiosa fué á preguntar;
En vano oró largas horas
En la santa catedral;
En vano quiso á tus jueces
Con lágrimas conquistar,
Que ni la tierra ni el cielo
Oido á sus penas dan.
Sí; mientras tú te resuelves
A morir en soledad
Y á darles muerta la carne
Que quieren ver palpitar,
Ella resuelve contigo
Llegar á la eternidad,
Y al pié de tu calabozo
Cuando espires, espirar.
Que está segura que su alma
Saldrá tu alma á buscar,
Y cuando aliento te falte
Aliento la faltará:
Tierna paloma que el grano
No sabe sola encontrar,
Y espira cuando la falta
Quien alimento la da.
Duerme, Torrigiano, duerme,
Que es muy duro despertar
Al rumor de los cerrojos
Y á la odiosa realidad.
Oyéronse por defuera
Rudamente rechinar,
Y abrió el escultor los ojos
A la negra oscuridad.
Y aun de los lazos del sueño
Sin poderse desatar,
El ruido oyó, y el soldado
Preguntó altivo: *¿ Quién va?*
Pero al ver con sus linternas
La gente del tribunal,
La noble cerviz al pecho
Tornó el mísero á doblar.
Y para oir su sentencia,
Dada sin juicio quizás,
Aguardó en mustio silencio
A que quisiesen hablar.
« ¿ Cómo os llamais?
— Torrigiano.
— ¿ Sois de Florencia?
— Es verdad.
— ¿Soldado?
— Con una espada,
No lo pudiérais dudar.
— ¿ Teneis amor á las armas?
¿ Si os dieran una...?
— Ojalá. »
Y á esta idea el escultor
Como quien la puede usar,
Echó mano á su cintura,
De donde faltaba ya.
Lanzó el artista un suspiro,
Y tornándose á sentar
Dijo en derredor mirando:
« Es inútil, despachad.»
Siguió preguntando el hombre
Deletreando á la par:
« ¿ Habeis hecho aquesta imágen? »
Y el triste á pregunta tal
Volvió los ojos á su obra
Y al cabo... rompió á llorar;
Y echando al busto los brazos
Con desesperado afan,
Pidió que antes de romperla
Se la dejaran besar.
Lo cual demencia juzgado,
Y deseando abreviar,
Por respuesta le leyeron
El pergamino fatal,
Donde sin apelacion
Con tres palabras no mas
Al fuego le condenaba
Por herege el tribunal.
Volviéronle pues el rostro,
Y uno ó compasivo asaz,
O no alcanzando en qué uso
Aquel madero ocupar,
Díjole con befa estúpida:
¡ Vaga, buen hombre, tomad!
Y el busto de su Madonna
Le echó á los piés al cerrar.

—

Cuando á la fin de tres dias
Llegó la hora tremenda
De cumplir en Torrigiano
El rigor de su sentencia
Llegaron hasta su encierro
Los que debian ponerla
Por obra, y los seis cerrojos
Descorrieron de su puerta.
A voces y por su nombre
Le llamaron desde fuera,
Mas sus voces se perdian
En lo hondo de la caverna.
Tornaron á llamarle ellos
Y á faltarles la respuesta,
Hasta que asiendo una antorcha
Penetraron en la cueva.
Vamos, dijeron, *herege*,
Que está ya ardiendo la hoguera.
Y en faz amenazadora
Avanzaron á su presa.
Mas Torrigiano yacía
Inmoble, y sentado en tierra,

Las manos en las rodillas,
Y en las manos la cabeza,
Que asidas convulsamente,
Y enclavijadas con fuerza,
Guardaban algun objeto
Que se adivinaba apenas.
« ¡ Arriba ! » á gritar tornaron;
Pero mirando su inercia
Empujáronle con ira
Y dió de rostro en la tierra;
Rodó por el pavimento
Aquel busto de madera,
Que el rostro de una Madonna
En su Tisbe representa,
Y á sus piés quedó tendido
El escultor, que les deja
Su gloria con su cadáver
De su ejecucion en prenda.
Que quien nace hidalgo y fiero
No puede con la vergüenza
De acabar con ignominia
En una patria estrangera.
¡ Pobre Tisbe! ¡ cuán en vano
En ese dintel le esperas
Pasando noches y dias
Del santo oficio á la puerta!
Resuelta estás á morir
Sobre esas heladas piedras,
O á ver otra vez al alma
De tu marchita existencia;
Mas como ese tribunal
Jamás su víctima suelta,
Colige de ambos á dos
Cuál es, Tisbe, la sentencia.

—

Y pues solo el Torrigiano
En su desventura fiera
Aguardó para morir
A poder delante de ella;
Y Tisbe amor tan inmenso
Para el Torrigiano encierra
Que ser no sabe sin él
Ni alentar donde él no alienta,
Aquellas dos nobles almas
La una de la otra existencia
Al cielo á la par volaron,
Y si hay Dios ¡ dichosas ellas !

RECUERDOS Y FANTASÍAS.

INTRODUCCION.

—

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado,
Y mi primer cantar fué á un suicida;
¡ Agüero fué por Dios bien desdichado !

Al eco de este cántico precito
Dijo el mundo escuchándome : « Veamos ; »
Y sentóse á mirarme de hito en hito :
Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entonces mirándonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo
Y que duerman en paz, si es su destino,
Harto haremos en mar tan proceloso
Como es la vida en encontrar camino.

Yo el mio me busqué por las turbadas
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla
Por medio de otras muchas que estraviadas
Vogar sin rumbo vi desesperadas,
Procuré conducir hácia la orilla.

Velé, gemí, con angustiado lloro
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia :
¿ A la ribera tocaré ? Lo ignoro ;
Solo sé que la tengo en mi presencia.

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,
Y á impulso de recóndito misterio
Dióle la soledad eco infinito,
Y fué, tornado en cántico maldito,
A espirar en mitad de un cementerio.

Yo sentí que la turba me aplaudia
Y ánsio de gloria al corazon hallando
Dije dentro de mí « la tierra es mia. »
Y con mayor afan seguí cantando.

Creí de Dios mi soberano aliento,
De arcángel mi poder ; mi alma altanera
Me arrebató hasta el alto firmamento,
Y la region azul del vago viento
Embelesé con mi cancion primera.

Atrás dejé las águilas que miran
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron
Las nubes que relámpagos respiran,
Los soles mil que por espacios giran
Donde mortales ojos no llegaron.

Creí el mundo á mis piés, alcé la frente
Para cantar mi orgullo, y mis oidos
Del medio de una nube refulgente
El acento de Dios omnipotente
Oyeron de pavor estremecidos.

« Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,
Pero canta en el polvo que naciste,
Allí donde jamás han de creerte :
Canta la vida, mientras va la muerte
A sí llamando tu existencia triste. »

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,
Y al impulso de su hálito divino
Con cántiga risueña ó dolorida
La soledad alivio del camino :
Y cumplo así la ley de mi destino.

I.

Inunda, paz sabrosa,
Mi corazon tranquilo,
Y dichas y deleites
Encuentro por do quier :
Mi ser halló en mi alma
Inalterable asilo,
Mi espíritu respira
El ambar del placer.

Y nada me atormenta,
Ni envidio ni deseo :
Mi espíritu al abrigo
De la tormenta está :
Pasar á las edades
Indiferente veo,
Mecido en dulces sueños
Mi pensamiento va.

Y á veces me arrebata
Mi loca fantasía

En alas de su jóven
Fecunda inspiracion;
Y á un mundo me trasporta
De encanto y de armonía
Do gozan mis potencias
Espléndida ilusion.

Mi espíritu se libra
Del cuerpo que le encierra,
Y grande y poderoso
Como su Dios se cree,
Y alcanza desde el zénit
A la lejana tierra
Cual punto en el espacio
Que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos
Despliega los misterios
Que impulsan la infinita
Y escelsa creacion:
Y hollando los escombros
De tronos y de imperios,
Revienta en armonía
Mi libre corazon.

Cuanto es en los espacios
Su ser me patentiza:
Un templo ante mis ojos
El universo es,
Y todo en su recinto
Se ensalza y diviniza,
Y la creacion entera
Tendida está á mis piés.

No hay canto, ni suspiro,
Lamento ni murmullo,
Cuyo eco misterioso
Fingir no sepa yo,
Que mi niñez mecieron
Los bosques con su arrullo
Y su creencia santa
La soledad me dió.

La música comprendo
Que en las volubles hojas
Resuena á la presencia
Del céfiro fugaz:
Y entiendo en el otoño
El ¡ay! de sus congojas
Con que piedad imploran
Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran
Con diferentes voces
Marchitas en setiembre,
Jugosas en abril:
Ya rueden con el polvo
En círculos veloces,
Ya con su toldo verde
Coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves
Los cánticos distintos,
El saludar al alba
O huir la tempestad;
Buscando de las selvas
Los cóncavos recintos,
En donde alegres gozan
Salvage libertad.

Entiendo el agorero
Graznar de la corneja,
La ronca voz de buitre
Que huele su festin,
Del solitario buho
La temerosa queja,
Y el amoroso trino
Del ágil colorin.

Y el ruido con que vuela
La errante mariposa,
Los pasos de la oruga
Sobre la fresca flor,
El desigual zumbido
Con que anda codiciosa
La abeja, de su caliz
Volando en derredor.

El sol con que su nido
Columpia la oropéndola
Del álamo frondoso
Suspenso en la altitud,
Y los murmullos que alzan
Las ráfagas meciéndolas
Haciendo revoltosas
Eterna su inquietud.

Los mágicos rumores
Que elevan diferentes
Las diferentes aguas
Del bosque ó del jardin,
Cuando los montes sulcan
Sus rápidos torrentes,
Cuando en los valles buscan
Sus arroyuelos fin.

Y el temeroso acento
De las voraces fieras,
De la tormenta ronca
El iracundo son;
En mis oidos posan
Las notas lisonjeras
Que ensalzan y armonizan
La inmensa creacion.

Conozco de los astros
La incógnita carrera,
Del ángel que los guia
La luminosa faz,
Y la del ROSTRO SANTO
Que en ellos reverbera

Torrentes derramando
De vida y claridad.

Las nubes le saludan
Con magestuoso trueno,
La atmósfera le enciende
Relámpago veloz,
La tierra le abre humilde
Su perfumado seno,
Y el mar canta su gloria
Con incesante voz.

Si airado pestañea,
Los mundos se estremecen;
Si torna el rostro, yacen
En muerta oscuridad;
Si su álito les niega
Caducan y envejecen,
Él solo es la existencia,
La luz y la verdad.

Para *él* tiene tan solo
La eternidad guarismo,
Y número los astros,
Y las edades fin,
Y límite el espacio,
Y término el abismo,
Y nada se le esconde
Por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza
Que en equilibrio tiene
La máquina gigante
De su alta creacion,
Y cuanto en ella existe
Su dedo lo mantiene,
Y ese es el Dios que canta
Mi lengua y mi razon.

Y voz no hay ni suspiro,
Lamento ni murmullo
Cuyo eco misterioso
Por *él* no entienda yo,
Que mi niñez meciera
Los bosques con su arrullo,
Y su creencia santa
La soledad me dió.

LOS BORCEGUÍES DE ENRIQUE SEGUNDO.

ROMANCE.

—

Riñeron los dos hermanos,
Y de tal suerte riñeron
Que fuera Caín el vivo
A no haberlo sido el muerto.
. . . .
Valiente llaman á Enrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto
(*Romancero general.*)

I.

Despues de la cruel tragedia
En que murió el rey Don Pedro
A manos de una traicion
De serviles estrangeros,
Su matador Don Enrique
Gozó en calma largo tiempo
La corona de su hermano,
Por la fuerza ó por derecho.
Aunque de sangre bastarda
Cuentan de él famosos hechos,
Liberalidades grandes
De real corazon ejemplos.
Dicen que á Castilla dió
Gran prez y engrandecimiento,
En paz viviendo con todos
Por la fuerza ó el ingenio.
Y Aragon, Francia y Navarra
Y Portugal, le temieron,
Y le temblaron los moros
Aun teniéndole tan lejos.
¡De la voluntad de Dios
Incomprensibles secretos,
Mas donde van siempre juntos
Los castigos y los premios!
Vivió dichoso este rey
Tras el fratricidio horrendo,
Fama conquistando y nombre
De liberal y de recto.
Lo cual celebran los malos
Y desespera á los buenos,
Que no hay mas ley que la fuerza,
Ni mas justicia, creyendo.
Mas bien se ve en Don Enrique
Por la muerte que le dieron,
De Dios la recta justicia
Y la igualdad de los cielos.
Con hierro mató á su hermano,
Y él acabó con veneno:
Por estrangeros matóle,
Y á él matáronle estrangeros.

—

Veia el rey de Granada,
Ayudador de Don Pedro,
Del reino de Don Enrique
La prez y acrecentamiento.
Veialo, recelando
Que la memoria de aquello,
Y el rencor que produjera
De Don Enrique en el pecho,
Aun en él se alimentaran,
Fermentando en el silencio:
Y el moro pensó en sí mismo
Y pensó con mucho acierto.
Veló, inquirió con astucia
De sus espías por medio
El grande apresto de guerra
Que el de Castilla iba haciendo.
Y al ver la paz asentada
Con los inmediatos pueblos,
Y á los monarcas cristianos
En amistad y sosiego,
Penetró del rey Enrique
El oculto pensamiento,
Y otro pensamiento oculto
Pensó oponerle resuelto.
Amigo fuí de su hermano
(Dijo el moro), él es soberbio,
Y el ultraje no ha olvidado,
Y está á volvérmele atento.
Ganémosle por la mano;
Y astutos al defendernos
Venguemos con sangre suya
La sangre del rey Don Pedro.

Dijo esto el moro una tarde
Por los jardines amenos
Del alto Generalife,
En solitario paseo.
Y enderezando los pasos
Al alcázar opulento
De la Alhambra, mandó al punto
Que llamaran en secreto
A un moro de grande ciencia
Y en medicinas muy diestro,
El mejor de sus amigos
Y el mas leal de sus deudos.
Vino el moro, y encerrándose
Con él en un aposento,
En larga plática oculta
Hasta al alba se estuvieron.
Nadie lo que hablaron supo,
Nadie jamás cayó en ello;
Los hechos lo revelaron
Y lo aclaró solo el tiempo.
Solo se dijo en Granada
Con recatado misterio,
Que el sabio huía del rey,
Y el rey le echaba del reino.

II.

En Santo Domingo estaba
Don Enrique, y muy ufano
Celebraba con festejos
Sus paces con el Navarro.
Todo era gozo en la corte,
Todo en la ciudad saraos,
Y luminarias y músicas,
Cañas, toros y caballos.
Andaban los caballeros
Con las bandas y penachos
De los colores del gusto
De ambos á dos Soberanos.
Y andaban los trovadores
Con cantares regalados
Las grandezas de ambos reyes
En sus rimas encomiando.
Y andaba el rey Don Enrique
Con largueza real premiándolos,
Ya elogiándoles los versos,
Y ya con oro pagándoselos.
Y andaba Villasandino (1),

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey Don Enrique segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey Don Juan, primero de este nombre.—Fué este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razon, y alcanzó los reinados de Enrique II, Juan I, Enrique III y Juan II. Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse sin embargo dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan ademas la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida Don Enrique, razon principal que me mueve á citar estas y no otras.

Decir *que fiso Alfon Alvarez de Villasandino para la tumba del rey Don Enrique el viejo.*

Mi nombre fué Don Enrique,
Rey de la fermosa España.
Todo ombre verdat publique
Sin lisonja por fasaña.
Pobre andando en tierra estraña
Conquisté tierras é gentes.
Agora parad bien mientes
Quel yago tan sin compaña
So esta tumba tamaña.

Con esfuerzo é lozania
É orgullo de corazon
Fui rey de grant nombradia
De Castilla é de Leon.
Puse freno en Aragon,
En Navarra é Portugal:
Granada miedo mortal
Ovo de mi esa sazon,
Recelando mi opinion.

A los mios é á estraños
Fui muy franco é verdadero.
Poco mas de dose años
Me duró este bien entero.
Nunca crei de ligero.
Bien guardé sus privillejos
A fidalgos é concejos:
Conosciendo á Dios primero
De quien galardon espero.

Mi alma va muy gozosa
Por dejar tal capellana.

Poeta el mas afamado,
Entre la gente de corte,
Vestido á lo cortesano.
Y andaba Pero Ferrús
Sus dulces trovas cantando
Desde el alba hasta la noche,
Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena
Del mes de abril, á caballo
Con su corte el rey Enrique
Quiso salir por el campo.

Ya comenzaban entonces
Las florecillas del prado
A salpicar de los céspedes
El verde y tendido manto.
Ya iba el tomillo oloroso
Sobre los juncos brotando,
Llenando el aura de aromas
Cuanto mas puros mas gratos.
Ya empezaban á vestirse
De frescas hojas los álamos,
Y las rojas amapolas
A crecer en los sembrados.

Tan complida, é tan onrosa
La muy noble Doña Juana,
Muy onesta, é sin ufana,
Reina de liña real,
Mi muger noble, leal,
En todo firme é cristiana,
Quita de esperanza vana.

Dejo á los castellanos
En riquezas, sin pavor:
De todos sus comarcanos
Hoy le llevan lo mejor.
Por su rey é su señor
Les dejo muy noble infante
Don Juan mi fijo, bastante,
Bien digno é merescedor
Para ser emperador.

Decir *de Pero Ferrús al rey Don Enrique.*

Don Enrique fué mi nombre,
Rey de España la muy gruesa,
Que por fechos de grant nombre
Meresco tan rica fuesa.
Grave cosa nin aviesa
Nunca fué que yo temiese,
Porque el mi loor perdiese,
Ni jamás falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras
Treinta años continuados.
Conqueré gentes é tierras,
É gané nobles regnados.
Fis ducados é condados,
É muy altos señoríos:
É di á estraños é á mios
Mas que todos mis pasados.

En peligros muy estraños
Muchas veces yo me vi,
É de los mios sosaños
Sabe Dios cuántos sofrí.
Contemprarme sope así
Con esfuerzo é mansedumbre.
El mundo por tal costumbre
Sojuzgar yo lo creí.

Sabed que con mis hermanos
Siempre yo quisiera paz,
Adoviéronme tiranos
Buscándome mal asaz.
Quisolo Dios, en quien yaz
El esfuerzo é poderío,
Ensalzar mi poderío
É á ellos di mas solaz.

Con todos mis comarcanos
Yo paré bien mi fasienda:
Quien al quiso, amas manos
Ge lo puse á contienda.

É bien así lo entienda
El que fué mi coronista,
Que de paz, ó de conquista
Onrosa quis la enmienda.

En la fé de Jesucristo
Verdadero fui creyente,
É á la eglesia bien quisto,
Muy amado é obediente.
Fis onra muy de talante
Cuanto pude á sus prelados,
Seyendo de mi llamados
Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud
Yo serví á Santa María,
Preciosa Virgen, salud,
Nuestra dulzor, é alegría.
Por saña, nin por follía,
A santa jamás, nin santo
Nunca yo dije mal, cuanto
Los ojos me quebraría.

É teniendo yo mi imperio
En paz muy asosegado,
Que cobré con grant laserio
Por onrar el mi estado,
Plogo á Dios que fui llamado
A la su muy dulce gloria,
Do estó con grant vitoria.
El su nombre sea loado.

La mi vida fué por cuenta
Poco mas que el comedio;
Cinco años mas de cincuenta *
É cuatro meses é medio.
Púsome Dios buen remedio
A mi fin, que yo dejase
Fijo noble que heredase
Tal que non ha sin medio.

Deben ser los castellanos
Por mi alma rogadores,
Ca los fis nobles, ufanos,
Guerreros, conquistadores:
É á Dios deben dar loores
Por los dejar yo tan presto
Mi amado fijo onesto,
De liña de emperadores.

Yo le dejo bien casado
Con la infante de Aragon;
Porque partí consolado
Al tiempo de mi pasion.
A este viene bendicion
É los regnos por linages.

* Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

Y todo la primavera
Por do quier iba anunciando,
Con su yerba la campiña
Y con sus trinos los pájaros.
Cabalgaba Don Enrique
Con sus nobles platicando
Por fuera de la ciudad
En paseo sosegado,
Cuando ginete seguro
Sobre un potro jerezano
Vió que hácia ellos llegaba
Solo un árabe gallardo.
Sobre el almete de acero
Rollaba turbante blanco,
Y espesa malla vestía
Bajo el almaizal plegado.
Corvo alfange y lanza aguda
Llevaba en opuestos lados,
Y con cadenas de plata
El negro potro arrendado.
Y en fin, las prendas que usaba
La opulencia iban mostrando
Y su bizarra apostura
Lo noble del africano.
Detuvo el rey su troton
Un punto para mirarlo,
Y su potro el sarraceno
Tuvo tambien, saludándolo.

Los que de estoria son sages
Saben bien esta razon.

Dejo noble muger buena,
Que es la reina Doña Juana,
Que por todo el mundo suena
Su grant bondat sin ufana.
Non cesa noche é mañana
Facer por mí sacrificios,
Que son deleites é vicios
A mi alma que los gana.

Ella sea heredada
En paraiso conmigo,
Do le tien presta morada
Jesucristo, su amigo.
De hoy mas á vosotros digo,
Vasallos, é mis parientes,
É yo dejo á todas gentes
Este escripto por castigo.

Quien muy bien escuadriñare
Las razones que en el dis,
É cobdicia en sí tomare
De los fechos que yo fis,
Non engruese la cervis
Echándose á la vilesa,
Nin se paguen de escasesa,
Que á todo mal es rais.

Quien vivir quiere en ledicia
É del mundo ser monarca,
Desampare la codicia,
Que todos males abarca.
Franqueza sea su arca,
Esfuerzo, é bien faser,
Que lo tal suele tener
Mucho bien á su comarca.

Quedaronse unos momentos
Mirando uno á otro entrambos
Hasta que así dijo el rey,
Y dijo así el africano.
El Rey. Vengas en paz, sarraceno.
El Moro. Alá te guarde, cristiano.
El Rey. ¿Adónde va el agareno?
El Moro. A buscar al castellano.
El Rey. ¿Pues qué, no da ya Granada
A los creyentes asilo?
El Moro. Mina una lengua dañada
El corazon mas tranquilo.
No hay moro que mas resuelto
Servido haya á su señor,
Mas el semblante me ha vuelto
Mohamad, como á un traidor.
Sin lealtad y sin fé
Se olvidó de mi amistad,
Y allí á Mohamad dejé,
¡Alá guarde á Mohamad!
El Rey. ¿Y qué espera del cristiano?
El Moro. Diz que es un rey caballero
El vuestro rey castellano
Y á ofrecerle voy mi acero.
El Rey. ¿Y si te recibe mal?
El Moro. Continuaré mi camino.
El Rey. ¿Y si osa á tí desleal?
El Moro. Me avendré con mi destino.
Mas de ello estoy bien ajeno:
¿Para mí malo ha de ser
Quien para todos fué bueno?
¿Ante él me podeis poner?
El Rey. Moro, en su presencia estás:
Y tu acendrada opinion
No desmentirá jamás
La fé de su corazon.
El Moro. ¿Tú eres Don Enrique?
El Rey. Sí.
El Moro. Dame los piés á besar.
El Rey. No, cabalga junto á mí,
Que quiero contigo hablar.
Picó espuelas Don Enrique,
E imitóle el africano,
Y atravesando la puente
En Santo Domingo entraron.

III.

O el bueno de Don Enrique
Fué crédulo por demas,
O el moro fué por su parte
Sutilísimo y sagaz:
Porque en menos de dos dias
Entre los dos de tratar,
Entre ambos á dos habia
Estrechísima amistad.
Ya fuera que el africano
Descubriese desleal

A Enrique graves secretos
Del rey moro Mahomad;
Ya fuera que el rey Enrique
Se los quisiera arrancar
Con una sagaz política
A la del árabe igual;
Ya fuera que ambos á dos
Se intentaran engañar,
O ya que los dos obrasen
Con hidalga lealtad,
Ello es cierto que aquel moro
Del rey empezó á gozar
Muy repetidos favores,
Y muy grande intimidad.
Que hizo á todos los privados
Ante su favor cejar
Por mas que el vulgo y la corte
Murmuró de este desman.
Decian, y con justicia,
Que le sentaba muy mal
A todo un rey castellano
Con moros tanta amistad.
Que quien nació su enemigo
Era al cabo de esperar
Que tuviera allá en su pecho
Poca ó ninguna verdad.
Todo ello dicho en razon,
Y sin respeto quizás,
Pero dicho todo en balde,
Pues no lo quiere escuchar
El rey, que por su capricho
O por recóndito plan
Hácia el gallardo africano
Inclina la voluntad.
Y ya por secretas causas
O por aficion real
Festejábanse uno á otro
Con correspondido afan.
Dábale el rey privilegios,
Y rentas que disfrutar,
Dábale estancia en palacio
Y aun en su mesa sitial.
Y el moro, á quien cada dia
Remitian sin cesar
Desde Granada sus deudos,
Sus amigos desde Oran,
Tesoros inestimables
Y presentes sin igual,
Al rey se los ofrecia
Con gran liberalidad.
Y apenas dia pasaba
Sin que le fuera á llevar
Ya el damasquino man-doble,
Ya el cordobés alazan,
Y siempre entre sus regalos
Solian ir á la par,
Ya el velo para la reina,
Ya para la dama el schal,
Ya la armadura dorada
Para el príncipe Don Juan,
Ya el perro de mejor rastro,
Ya el azor mas perspicaz.
Todo era el moro larguezas,
Y el rey prodigalidad;
Si el rey el mas generoso,
El árabe el mas galan.
Todo era fiesta el palacio
Tañer, danzar, y trovar,
Todo festejos el dia,
Toda la noche rondar.
Todo festines y amores
En la gente principal,
Toda embriaguez y rondallas
El vulgo hambriento y audaz.
Si en una apuesta ó torneo
Placíale al rey bajar
A correr en el palenque
Con un noble á trance igual,
Bajaba el moro tras él
A lucir su habilidad
En los bohordos y cañas
Y juegos de uso oriental.
Y nadie rompió una lanza
Con tanta seguridad,
Ni nadie montó un caballo
Con una destreza tal,
Ni nadie metió en el blanco
Tantos dardos á la par,
Ni nadie en cortesanía
Logró alcanzarle jamás.
Si diez sortijas ganaba,
Si ocho lazos alcanzar
Lograba una misma tarde,
Cual diestro, siendo galan,
Al rey y á la reina al punto
Ofrecia la mitad,
Entre las damas mas bellas
Repartiendo las demas.
Y así se pasaba el tiempo,
Y así en escándalo asaz
De Don Enrique y el árabe
Se estrechaba la amistad.
Y ó el bueno de Don Enrique
Crédulo era por demas,
O era por su parte el moro
Sutilísimo y sagaz.

IV.

Corrió todo el mes de abril
Para el confiado Enrique,
Uno de los mas gloriosos,
Y uno de los mas felices.
La tierra empezó con mayo
Con sus flores á cubrirse,
Y el cielo fué despejándose

De nubes y nieblas tristes.
El viento henchian de aromas
Los cefirillos sutiles
Recojidos en las ramas
De los huertos y jardines.
Veía el rey favorable
Estacion tan bonancible
Para realizar los planes
Que supo allá concebirse
En su corazon y juicio,
Y que á poder él cumplirles
Fuera acaso el rey mas grande
Y el mejor de los Enriques (1).
Pero no hay cosa que el hombre
Para su bien imagine
Que no le estorbe la suerte
Que por su bien la realice.
Ya há dias que el sarraceno,
Tan pródigo en los festines
Y en los regalos, ninguno
A su nuevo rey dirige.
Ya há dias que de su parte
El rey ninguno recibe,
Ni el rey le manda sus pages
Con prenda alguna que estime.
Y unos dicen que ya en ellos
No está la amistad tan firme,
Y otros que dió á sus tesoros
Fin el africano, dicen.
Pero desmentidos vieron
Sus murmullos los malsines
En la mañana de un martes,
Dia aciago entre gentiles.
Gozaba el rey todavía
Blando reposo apacible,
Cuando al dintel de su cámara
Un negro que al moro sirve
Se presentó, demandando
Si la entrada le permiten,
Y como saben los pages
Que el rey donde quiera admite,
Al esclavo y á su dueño
Ninguno el paso le impide.
Franqueáronle pues la puerta,
Y apartando los tapices,
En la cámara del rey
Entró en silencio el Etíope.
Quedó tras él el ambiente
Lleno de oloroso almizcle,
Que un azafate que lleva
Entre las manos despide.
Mas no pudo nadie ver
Lo que en él se deposite,
Porque cubierto lo trajo
Con la hermosa piel de un tigre.
Sintióse con el esclavo
Hablar al rey Don Enrique,
Sintiéronse las ventanas
A la voz del rey abrirse,
Y tras de breves momentos
Con su semblante impasible,
Como una siniestra sombra
Volvió á salir el Etíope.
Quedó el rey con el regalo
Sobre su lecho, y posible
No siéndole contenerse,
Levantó la piel de tigre
Que cubria el azafate,
Y no es fácil de escribirse
Su sorpresa al ver en él
Dos moriscos borceguíes.
Eran de una piel mas blanca
Que la pluma de los cisnes,
Abotonados con perlas
Y un hebillon de rubíes.
Mil esquisitos bordados
La piel finísima visten
De mil caprichosos ramos,
Mil arabescos perfiles
Con cuyo primor y gusto
En tejidos y en matices
Los encajes y las flores
Inútilmente compiten.
Obra del oriente solo
Y de moriscos artífices,
Que hacen palacios de piedra
Como el encaje sutiles.
Trabajo de aquellas manos
Que para que al mundo admire,
Nos dejaron una Alhambra
Del Dano en la orilla humilde.

(1) Fué su muerte (la de Don Enrique) muy plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca pues tenia sus paces, é tratos, é casamientos, é sosiegos fechos en Francia, é Portogal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir guisando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. É despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante Don Juan su fijo, é otra el conde Don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pié: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pié: é entrar cada año tres entradas de cuatro á cuatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas falcar cuanto fallasen verde. É que irian las cuadrillas de guisa que en un dia se pudiesen acorrer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar do tenian sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darian el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros cuanto quisiese. É Dios non quiso que se cumpliese, ca tomóle la muerte, etc.

(*Crónica de Don Enrique II.*)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él

Y que á poder él cumplirles
Fuera acaso el rey mas grande,
Y el mejor de los Enriques.

La Alhambra ante quien Europa
Ya desengañada dice:
« No fué de bárbaros raza
La que alzó el Generalife. »

—

La primorosa labor,
La pedrería que ciñe,
Orla, corona y enlaza
Los moriscos borceguíes,
El suave aroma que exhalan
Su piel dócil y flexible,
Lo bien que al pié se le ajustan
Sin dañarle ni oprimirle,
La novedad del regalo
Y el traer del moro orígen,
Fueron razones de gozo
Para el buen rey Don Enrique.
Mandó entrar pues á sus pages
A tocarle y á vestirle,
Para ostentar dignamente
Los preciados borceguíes.
Bizarramente atavióse,
Y al ver cuán brillante sigue
Su curso sereno el sol,
Y el dia en púrpura tiñe,
Pensó en celebrar del moro
El rico regalo insigne
Con improvisada fiesta
Que su placer le atestigüe.
Llamó pues al africano,
Y mandando que le ensillen
Los caballos, y que apresten
Los azores y neblíes,
Una partida de caza
Y un campesino convite
Para el árabe y sus nobles
Rápidamente apercibe.
Y hora y sitio, y compañía
Señala, busca y elige,
Y alegremente cabalga,
Parte, y la corte le sigue.

V.

Está el sol resplandeciente,
Y purísima la atmósfera,
Y el azul del firmamento
Sombrías nubes no entoldan.
Solo á trozos le salpican
De ráfagas voladoras,
Al impulso arrebatadas
Nubecillas caprichosas:
Vapores tornasolados
Que así varían de forma,
Como varían de sitios
Hasta que al fin se evaporan.
Risueño está el dia, amena
La campiña, encantadora
La caza de cetrería
En que los del rey le gozan.
A inmenso trecho en el aire
Los neblíes se remontan,
Sin que los pierdan de vista
Los cazadores. ¡ Qué airosa
Se cierne libre en los aires
Sobre sus alas, y esponja
Su fina y rizada pluma
La garza provocadora!
¡Cómo se burla del vuelo
De las aves temerosas
Que la huyen, y á quien persigue
Revolando juguetona!
¡Cómo en torno de su presa
Gira y revuelve, y la acosa,
Y en su derredor circula
De su torpeza por mofa!
Ya al parecer libre y salva
Dejándola, el vuelo acorta,
Ya á perseguirla volviendo
Le precipita afanosa.
Tiembla la avecilla débil,
Canta el ave triunfadora,
Y en espiral rapidísima
Caen á la tierra una y otra;
Y el lance á juzgar alegres
Los cazadores se agolpan,
Y con aplausos y risas
A celebrar la victoria.
Contentísimo está el rey,
Contenta la corte toda,
Y las damas que esto miran
Desde una empinada loma.
El halcon negro de Enrique
Es quien lleva por ahora
El honor de la partida.
¡ Con qué humildad tan donosa
Hace la presa, la abate,
A los pages la abandona,
Y á Don Enrique volviéndose
En la mano se le posa!
¡ Y cómo el rey le acaricia,
Y en su palma le coloca
Y esponja el ave sus plumas
Agradecida y gozosa.
Lánzala, y rauda se eleva,
La llama, y se abate pronta:
Dijeran que oye y comprende
Las palabras de su boca.
El Sarraceno, que el arte
De la cetrería ignora
Porque no es arte seguido
Por la raza de Mahoma,
Su incomparable destreza
Prueba, con dardos que arroja,
Que desde el caballo lanza
Y desde el caballo toma.

Hienden el aire silbando
Con rapidez prodigiosa,
Y tan certeros los tira
Que á los mas diestros asombra.
Su esclavo negro le sigue
Sobre yegüecilla torda
De ruin estampa, mas fuerte,
Incansable y corredora.
Y este recoge los dardos
De su amo, que al suelo tocan,
Al estilo de los árabes,
Con mano segura y pronta
Sin abandonar el lomo
Del animal en que monta,
El cual lleva en su carrera
La tierra al vientre tan próxima
Que inclinándose el ginete
Sin que apenas se conozca
Ase el dardo que está en tierra,
Aun sin mirar si lo cobra.
¡Tanto puede la costumbre,
Tanto la práctica logra,
Y tanto á los castellanos
Por eso entrambos asombran.

En esto, y cuando en los aires
Mirada firme y ansiosa
Todos clavada tenian
En una torcaz paloma
Que de un halcon perseguida
Iba á la herida traidora
Del dardo del Sarraceno
A caer, si le era próspera
Como siempre su certeza,
Cubrióse la tierra toda
De oscuridad tan espesa
Que el dia fué noche lóbrega.
Sintiéronse al punto todos
Presa de mortal congoja,
Sin que pudieran sus ojos
Penetrar aquellas sombras.
Barrió el suelo un viento rápido
Y helado, y cuando á la atmósfera
Oscura le hizo la vista
Con hondísima zozobra,
Vieron lucir las estrellas
Que el firmamento tachonan,
Creyendo que de repente
Menguaba el dia seis horas.
Faltó el aliento en los pechos,
Faltó la voz en las bocas,
Y todos ante el prodigio
Callando tiemblan ú oran.
Solo el árabe y su esclavo
Que están platicando notan,
Y aquel fenómeno aplauden
Con una alegría loca,
Y escuchando los cristianos
Su algazara escandalosa,
Por sortilegio lo juzgan,
Por brujería lo toman.
Hasta que á pocos minutos
Asomando luminosas
Del encapotado sol
Las resplandecientes orlas,
Volvió poco á poco el dia,
Volvió á ausentarse la sombra,
Y el moro esplicó el eclipse (1)
A la comitiva absorta.
Mas aunque entendieron todos
Que esas señas espantosas
De este vistoso fenómeno
Son las circunstancias propias,
A nadie arrojar fué dado
Del corazon la congoja,
Ni nadie siguió tranquilo
En caza tan azarosa.
Tornaron pues en silencio
Con faz decaida y torva
A la ciudad que dejaron
Con risa tumultüosa.
Quejóse el rey de cansancio,
Y tras noche asaz incómoda
No pudo al dia siguiente
Salir por sí de su alcoba.
Vinieron con tal noticia
Los sabios de la redonda,
Y declararon unánimes
Que el mal del rey *era gota*.

VI.

Pasarónse así dos dias,
Y así se pasaron seis,
Y así se contaron nueve,
Y rayaron en los diez:
Y en ellos las medicinas
Solo sirvieron al rey
Para entender que la muerte
Le asaltaba por los piés.
Llórabale su hijo el príncipe,
Y la reina su muger,
Y mas que todos el moro
Se hacia al llanto por él.
Iba y venia afanado
Los calmantes á traer,
Y á preparar los remedios

(1) . . . . . . A diez y seis del mes de mayo un lunes despues de vísperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veian los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, así como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora.

. . . .

é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un dia, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como aconteció.

Con cuidadoso interes;
Y como era hombre entendido
Y el rey le queria bien,
Murmuraban de ello muchos,
Mas le dejaban hacer.
Mirábanle los doctores
Con ojeriza tambien,
Mas á raya se tenian
Respetando su saber.
Que era el árabe en su ciencia
Hombre de tan alta prez
Que no hubo quien en Castilla
Se le supiera oponer.
Y en las juntas que les plugo
Reunir alguna vez,
Siempre que él tomó la suya
Fuerza á los demas les fué
Convenir exactamente
En lo propuesto por él,
Y á sus opiniones siempre
Y á sus razones ceder.
Y con tanta confianza,
Con tan recta sencillez
La enfermedad esplicaba
Y daba su parecer
Con tanta y tan sana lógica,
Con tan candorosa fé,
Que nadie que le escuchaba
Le dejaba de entender.
Y los remedios servia
Al real enfermo despues
Con tan sincero cariño,
Con exactitud tan fiel,
Que nadie le pudo tacha
En su servicio poner.
Y en el tiempo que duró
Aquella dolencia cruel
Todas las noches velando
Estuvo el árabe al rey.
Sus largas noches de insomnio
Le sabia entretener
Con orientales historias
Mas sabrosas que la miel.
Los monteros le escuchaban
Embebidos á su vez,
Y el mas suspicaz no supo
Desconfiar ni temer.
Si alguna vez Don Enrique
Le miró con esquivez
A impulso de los dolores
Que le hacian padecer,
Mesaba el moro su barba
Y le trataba de infiel;
De triste y desventurado,
Y sin tenerle merced
Decia que de aquel mal
Él solo la causa fué
Con la maldecida caza
Dispuesta en obsequio de él.
En fin, de aquella dolencia
Al rayar el dia diez
El rey se sintió mortal,
Y á Manrique el canciller
Demandando á toda prisa,
Y á su confesor despues,
A concluir se dispuso
Como católico y rey.
Entonces cruzando el moro
De las puertas el dintel,
De la turba cortesana
Cruzó sombrío á través.
«Doctor (le dijeron muchos),
¿Creeis que viva!—Tal vez,
Les dijo, dure cuatro horas.»
Pero no llegó ni á tres.

VII.

Murió Don Enrique en lunes
Treinta de mayo á las dos,
Como á un caballero cumple,
Como á un monarca español.
Fama de bueno y de justo
Y de liberal dejó,
Mas juzgó mal de su muerte
El vulgo murmurador.
De aquella dolencia incógnita
El fatal estrago atroz
En breves dias, sin tregua
Al sepulcro le arrastró.
Y aquel agüero funesto
De haberse apagado el sol;
Y hacer noche al medio dia
En el que él adoleció;
La amistad con aquel moro,
Tal vez secreta ocasion
De la enfermedad traidora,
A muchos les recordó
Lo bastardo de su sangre
Y la sangrienta traicion
Con que en Montiel á su hermano
El rey Don Pedro mató.
Unos lo dan por prodigio,
Otros por falsa invencion.
¿Quién pues lo cierto averigua
A través de tanto error?
Las conjeturas son rectas;
El moro desapareció,
Y el rey empezó á sentir
En las plantas el dolor
Desde el dia en que sus ricos
Borceguíes se calzó.
La causa pues de su muerte
La sabe quien la hizo y Dios.

ORIENTAL.

No pude sello mudable
A aquella cuyo nací.
Rom. general.

I.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

Años há, bella señora,
Que tu vista encantadora,
Apetecida
De Córdoba en los jardines
Matóme por darme vida.
Y en tanto que te acataban
Y tus favores gozaban
Mil paladines,
Azarque, en inútil queja,
Tus esquiveces plañía
Llorando al pié de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡qué importa que al Profeta
En adoracion secreta
Yo bendiga,
Y adores tú al Nazareno,
Si en blanda coyunda amiga
Un solo amor nos uniera!
Cristiana mas hechicera
Que el ameno
Paraiso, no te cura
De las palabras del conde,
Que han de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,
Mis amores,
No se estrellen mis dolores
En los vidrios de colores
De tu gótica ventana

II.

Así de la luna al brillo
En tono blando y sencillo
Cantaba voz varonil,
Y del moro las querellas
Vertiendo lágrimas bellas
Oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana
Que con flores engalana
La dama, y así cantó:
Triste su cántico apenas
Perdido entre las almenas
Un solo instante vagó.

« Cristiana ¡ oh moro! nací,
Y me matan con rigor
¡Ay de mí!
Mi religion y mi amor
Y huyo á mi pesar de tí.
Huye de aquí. »

La voz se heló en su garganta,
Cayó y rompióse la lira,
Al moro estática mira,
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo
Sobre el pecho la cabeza
Ahoga tanta terneza
Un amoroso letargo.

« ¿Porqué, (dice desde el foso
El moro) bella cristiana,
Porqué me velas tirana
Ese rostro candoroso? »

La cristiana amada en tanto
Miraba y no le veía,
Solo en el muro se oía
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,
El moro desesperado
A llamar iba ya osado
En el castillo del conde.

III.

Sobre alazan de Córdoba brioso,
Ceñido el cuerpo de la doble malla,
El conde de Tendilla llega en tanto
A su opulento alcázar.
Por la penosa orilla del torrente
Se oye cuál crujen á compas su armas
A par que estrepitosas se derrumban
Entre espuma las aguas.
Llegó al castillo, y al tocar al puente
Miró en el muro pálida á su hermana,
Y volviéndose al moro amenazóle
Con la robusta lanza.
« ¡Infiel, al fin! ya yo me lo sabia, »
Dijo el conde entre sí lleno de rabia,
Y alzó la voz despues: « Mahometano,
¿Son estas tus palabras?
Si ya no eres cristiano tu rodela
Y ese corcel apresta que descansa.
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serias en batalla.
— ¿Porqué el conde cristiano me acomete
Si amor quitó la libertad al alma?

— Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serias en batalla.
— Yo cristiano no soy, repuso el moro,
Yo no soy sino amor para tu hermana;
¿ Mas qué importa mi fé ni la fé suya
Si como yo me ama ?
— No blasfemes, infiel, si en tu creencia
Tornaras á mirar estas murallas,
Tú lo juraste, moro, que conmigo
Serias en batalla. »

IV.

Marchó el conde de Tendilla,
Y del torrente en la orilla
Aguardó.
¿ Qué hace el moro que injuriado
En la muralla apoyado
Se quedó ?
¿ Porqué el conde le provoca
Con voz que al honor le toca
Y con furor,
Y el moro sombrío en tanto
Mostrando está con su llanto
Su dolor ?
Errante su mirar vaga,
Y almete, rodela y daga
Lejos de él
Con ira arrojó demente
Y así habló con voz doliente
El infiel:

« A Dios, Hourí seductora,
Rosa de pensil cristiano,
Pues que por suerte traidora
Te pierdo agora,
Muere con tu Dios cristiano,
Yo moriré en mi fé mora. »
Y hácia el conde que le espera
Rápida y firme carrera
Dirigió.
Y allá en el agua espumosa
La caida estrepitosa
Resonó.

V.

Mientras la bella cristiana
En su gótica ventana
Exhala un ay de pavor,
Del agua allá en lo profundo
Lanza el moro en este mundo
El postrer ¡ ay ! de su amor.

Valladolid. — 1836.

UNA AVENTURA DE 1360.

ROMANCE.

—

En las frondosas campiñas
Que con sus ondas serenas
Fecunda el Guadalquivir
Antes que en el mar se pierda,
Sentada está una ciudad
Que magestuosa ostenta
Lo atrevido de sus torres,
Lo antiguo de sus almenas.
El rio su bella imágen
En su corriente refleja
Pasando enorgullecido
Por pasar tan junto á ella.
Y ella se mira en sus aguas
Contemplando allí altanera
Su antigüedad y poder
Y su proverbial belleza.
Espesos muros la ciñen,
Y frondosísimas huertas,
Y apiñados olivares,
Y fertilísimas vegas.
Radiante sol la ilumina,
Y la bordan sus laderas
Altos y copados árboles
Y olorosas flores bellas.
Alegre gente la vive,
Que las calurosas siestas
Y sus perfumadas noches
Pasa al son de la vihuela,
Ya en sus entoldados patios
Entre fuentes y macetas,
Ya en sus floridos jardines
Gozando sus auras frescas.
Ciudad de hermoso recuerdo,
Ciudad bella entre las bellas,
De los moros es envidia,
De los cristianos soberbia.
Sevilla, en fin, y esto basta,
Que todo el nombre lo encierra,
Y hablando de la hermosura
Todo es una cosa mesma.
En Sevilla pues, y en una
Noche azulada de aquellas
En que derrama la luna
Tranquila claridad trémula,
Y en lo cóncavo del aire
Resplandecen las estrellas,
Y mas allá con mas brillo
Los luceros reverberan;
En una de aquellas noches
En que todo se presenta
Blanco, pacífico, hermoso,
Y que la mente embelesa,

Y los sentidos embriaga
Y el corazon enajena;
Noche de aventuras propia
En mil trescientos cincuenta
(Edad en que esto pasaba
Si mi memoria no yerra),
Por la calle de la Sierpe
Media noche siendo apenas
Dos hombres en la ancha plaza
Con prisa y silencio se entran.
Largas capas les envuelven,
No porque precisas sean,
Sino porque bien les cubran
De las personas las señas:
Por el lado de la sombra
Punta á punta la atraviesan
De la calle de la Sierpe
Hasta la calle de Génova,
Y el bulto de sus espadas
Que bajo la capa llevan,
Las plumas de sus Birretes
Y el rumor de sus espuelas,
Por hidalgos les acusan,
Por mas que entrambos se empeñan
En pasar como personas
De comun raza plebeya.
Al fin cuando ya contaban
Tomar una callejuela
Que al alcázar los llevase
Sin pasar frente á la iglesia,
Paróse el mas alto de ellos
Diciendo: « ¿Qué sombra es esa
Que tras el pilar se oculta?
Benavides? Yo dijera
Que es un hombre. »
— Y Benavides
Al que pregunta contesta:
« Llegad, señor, sin cuidado,
Que ya imagino quién sea
Y hará paso al conocerme,
Que es hombre que me respeta
Porque me debe favores
É hicimos juntos la guerra. »
Siguió andando Benavides,
Siguió el otro, por respuesta
Dándole solo el silencio
Que satisfacerle muestra,
Y frente al hombre llegando
Que junto al pilar espera,
Mostrándose Benavides
Dejó franca la carrera.
« Dios te guarde, Andrés, » le dijo
El que va, pasando cerca.
« Buenas noches, » dijo el hombre;
Saludando con llaneza:
Y pasaron los hidalgos
Y siguió el otro en su espera.
Y entre los dos que se van
Por la oscura callejuela
Conversacion en voz baja
Se entabló de esta manera:
« ¿Quién es ese hombre?
— Un soldado
Que entró poco hace en la regla
De San Francisco, cansado
Del servicio y de la guerra.
— ¿Y porqué precisamente
En tal ocasion lo deja,
Pudiendo darle fortunas
Estos tiempos de revueltas?
— Dice que al rey Don Alonso
Sirvió de grado, y por fuerza
No quiere servir á nadie.
— Ya entiendo.
— Señor...
— Le lleva
La opinion del vulgo necio,
Que mal de Don Pedro piensa
— Ya veis, señor, pues al claustro
Se acoge, con su conciencia
Se lo habrá mirado bien.
— Y á tales horas, ¿qué espera
Solo en mitad de la plaza
Sin el trage de su regla?
— Señor, es historia larga.
— Tal cual es quiero saberla.
— Son cosas que importan poco.
— A mí todo me interesa;
Decid, pues.
— Pues escuchad.
Ya sabeis que representan
Al rey los monges Franciscos,
Que habiendo en su casa mesma
Un manantial necesario
Para el buen servicio de ella,
El derecho á los vecinos
Se les quite de que puedan
Servirse de él en su daño
Porque sin agua les dejan.
Los vecinos, como tienen
Aquella fuente mas cerca,
Para tomarla á su gusto
Su viejo derecho alegan.
— Y tienen razon, y el rey
Se la da.
— Por esa muestra
De su real benignidad
De los vecinos se aumenta
La osadía, y de los monges
El trabajo y la impaciencia.
De aquí nacen las hablillas,
Las voces y las quimeras:
Los vecinos á los monges
Tal vez obligar intentan
A que de noche y de dia
Les tengan franca la puerta.

Los monges quieren cerrarla
Como lo manda su regla,
Y esto ocasiona denuestos
Y escandalosas pendencias.
Los vecinos traen soldados,
Gente de su parentela;
Los frailes sacan domésticos
Y deudos que los defiendan:
Y como ven que su rey
Lo que le piden les niega,
Los del pueblo cobran brios
Y los frailes se exasperan.
Esto duró hasta que Andrés,
Hombre á quien nada amedrenta,
Hombre que usa de las armas
Con asombrosa destreza,
Con sus escrúpulos dando
De una sola vez en tierra,
Asió su espada saliendo
De los suyos en defensa.
Burlábansele al principio,
Mas él se ha dado tal priesa
En asestar cintarazos
Con tal fortuna y destreza,
Que dèl manantial los monges
Son dueños á la hora de esta.
—¿Tan bizarro es ese Andrés?
—Tan bizarro y tan á prueba,
Que él solo guarda la plaza,
Y ninguno se le acerca.
—El miedo de los villanos
Es quien su valor pondera.
—De quien querais informaos;
Vereis que nadie lo niega.
Es hombre que, si le dicen
Que una calle por apuesta
Guarde una noche, es seguro
Que nadie pasa por ella.
—¿Y no hay justicia en Sevilla,
Un hombre que le contenga?
—Ya veis, se acoge á sagrado,
Y los bravos le respetan.»

Murmuró el que preguntaba
Unas palabras inciertas
Que espiraron en murmullo
Cual pronunciadas apenas.
Y como á un postigo oculto
Que da al alcázar se llegan,
Callaron ambos á dos
Llamando á espacio á la puerta.
Abrióles un pagecillo,
Y entrando los dos por ella
Quedó el silencio en el aire
Y en soledad la plazuela.

—

Está la siguiente noche
Tocando en la misma hora,
Y desde el zenit vertiendo
La luna luz melancólica.
Ni una ráfaga de viento
La soledad silenciosa
Interrumpe, ni una nube
Del cielo el azul entolda.
Toda Sevilla es silencio,
Reposo Sevilla toda,
Que duerme al son que la arrullan
Del Guadalquivir las ondas.
Apenas de tarde en tarde
Atraviesa una persona
Las calles á largos pasos,
O en una reja se aposta.
Y los grandes edificios
Que la estensa plaza forman
Sobre el suelo de la plaza
Tienden su gigante sombra.
En un pilar apoyado
De una callejuela angosta
Por do un largo pasadizo
En la plaza désemboca,
Hay un hombre que está en vela,
Y á quien la noche medrosa
Vagos contornos le presta
Y faz amenazadora.
Inmoble en la oscuridad
No parece que le importan
Ni el relente de las noches
Ni el ver que pasan las horas.
Si espera á alguien, nadie acude
A la cita misteriosa;
Si aguarda algun hora fija
Su venida fué bien pronta.
Frente por frente al convento
De San Francisco se aposta,
Cuya puerta se ve franca
Como abandonada y sola.
¿Es que aquel hombre la guarda?
¿O es que en acecho la ronda?
Porque él la guarda ó la acecha
Con una intencion incógnita.

En esto la plaza adentro
Por la calle de la Sierpe
Un hombre desembocando
A largos pasos se mete.
Un solo punto los ojos
En su derredor revuelve,
Y viendo al hombre que aguarda
Vase á él rápidamente,
El sombrero hasta las cejas
Y el embozo hasta los dientes:
Llegó al que esperaba, y plática
Entablaron de esta suerte:

«¿Andrés?
—¿Quién me llama?
—Un hombre.
—¿Me conoce?
—Sí.
—¿Qué quiere?
—Que tenga para tu algibe
Un privilegio mi gente.
Me han dicho que tú tan solo
A tu convento defiendes,
Y que cejan los villanos
Y la canalla te teme.
—Y te han dicho la verdad.
—Por eso precisamente
He venido aquí esta noche,
Por si al cabo empacho tienes
En dejarme hacer de dia
Lo que de noche no entiende
Ninguno en el barrio.
—Hidalgo,
Si eso trae, errado viene;
Todos han de tomar agua,
O nadie absolutamente.
—¿Con que contra el rey te opones,
Que lo contrario te advierte?
—Yo contra el rey no me opongo,
Mas cuido mis intereses;
Y pues por ellos no cuidan
Siendo inútiles, sus leyes,
Hombre á hombre, y fuerza á fuerza
Aquí has de encontrarme siempre.
Será injusticia y escándalo,
Será cuanto se quisiere,
Mas á quien osados cargan
Necio es, si no se defiende.
—Hazlo pues.
—En hora buena,
Hidalgo, y tened presente
Que habeis venido á buscarme.
—Menos hablar y defiéndete.»

Y esto diciendo uno y otro
A cuchilladas se meten
Con tanto brio que chispas
De las espadas encienden.
El caballero le carga
Tan fiera y bizarramente,
Que el hacerle cara el otro
Hasta milagro parece.
Dan, vuelven, paran, reciben,
Ni uno ceja, ni otro cede;
Andrés con calma y acierto,
El otro como una sierpe:
Mas es inútil, el monge
Es tan diestro y es tan fuerte,
Que aunque es el hidalgo un hombre
Que como un tigre revuelve,
Y cuyo brazo muy pocos
A resistirle se atreven,
De poco ó nada le sirven
Lo que sabe y lo que puede.
Al fin, el monge, mirando
Que el intento con que viene
Es tal que mucho peligra
Si no se concluye en breve,
Lanzóle tal multitud
De tajos y de reveses,
Que el otro cejó seis pasos
Diciendo: «¡Demonio, tente!»
Túvose Andrés, y el incógnito,
La mano franca tendiéndole,
Dijo: «Lo que quieras pídeme,
Que todo te lo mereces.
—Yo nada de vos espero.
¿Qué podeis vos ofrecerme?
—A todo por tu valor
El rey Don Pedro se ofrece.
—Señor, esclamó el buen monge
Ante sus plantas rindiéndose,
Perdonad si anduve osado...
—Andrés, obraste valiente;
Concédote lo que quieras
Para que de mí te acuerdes.
—Señor, de nuestra agua os pido
La propiedad solamente.
—Desde esta noche á los monges
Anuncia que la poseën.»
Y tomando el rey Don Pedro
Por el callejon de enfrente,
Volvióse al convento el fraile
Agradecido y alegre.

LAS ESTOCADAS DE NOCHE.

ROMANCE.

1.

Las lágrimas de los ojos
Disimuladas apenas,
Mal prendidos los cabellos,
Mal tocada y mal compuesta,
Está en un sillon Elvira
La faz y las manos trémulas,
Como criminal que incierto
Visita del juez espera;
Y los pasos de Don Lope
Escuchando en la escalera,
Mas se turba cuando cauta
En disimular se empeña.
Entró en la estancia Don Lope,
Y al percibirse de ella,
La dijo con voz pausada
Entre amorosa y severa:

« ¿Tú lágrimas en los ojos?
¡Por los cielos que me admira!
¿Quién pudo en ellos, Elvira,
Herirte con tal rigor?
¡Oh! ven, Elvira, á mis brazos,
Ven á contarme tus duelos,
Que si no admiten consuelos
Admitirán vengador.
La faz escondes turbada,
La frente pálida inclinas,
Esas rosas purpurinas
¿Quién aja traidor así?
¿No me respondes y lloras?
Pues te obstinas en callarlo
Ve que acaso averiguarlo
Me toque despues á mí.
Pudiera serme un secreto
Lo que tu labio confiese;
Mas puede ser que nos pese
Lo que yo sepa á los dos.
Pero á través de esa reja
Han pronunciado tu nombre...
¡Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,
Dilo, ó mueres, ¡vive Dios! »

—

Así Don Lope diciendo
Asióla de las muñecas,
Y entornando la ventana
Mató de un reves la vela.
Resistió, mas sujetóla;
Quiso gritar, mas apenas
Lanzó una voz, la garganta
Contra el almohadon la aferra.
Sonó por segunda vez
Desde la calle la seña,
Y con acento fingido
Dentro Don Lope contesta.
A poco oyéronse pasos
De alguno que sube á tientas,
Con los rotos escalones
Tropezando en las tinieblas.
Y en el silencio solemne
De aquella medrosa escena,
Del corazon de Don Lope
Todos los golpes se cuentan.
Elvira, dijo el que entraba;
Mas viéndose sin respuesta,
Volvió á repetir el nombre
Dentro de la sala mesma.
Todo allí es sombra y silencio,
Todo es soledad en ella;
Solo una chispa encendida
Dentro del pábilo humea,
Que no ardiendo sino un punto,
La lobreguez mas se aumenta;
Y el humo con que se ahoga
Fétido el pábilo deja.
Las manos tendió adelante,
Y avanzando así el que llega
Con el rostro de Don Lope
En la oscuridad tropieza.
« ¿Quién va? » preguntó; y su acento
Siguiendo mano certera,
De una robusta puñada
Tendióle de espalda en tierra.
Asidos ambos á dos
En la sombra forcejean,
Y el duro son de la lucha
Confuso en la sombra suena.
Y sin duda á ambos importa
El secreto y la cautela,
Por trabajar las manos
Y se recata la lengua.
A cóncavos resoplidos
Ambos los pechos alientan,
Mas no lanzaron los labios
Una esclamacion siquiera.
Así, en contados instantes
Los dos combatientes ruedan,
Hasta que á verse alcanzaron
Gente y luces que se acercan.
Abriéronse las mamparas,
Y casi en el linde de ellas
Hallóse un hombre en silencio
Y embozado hasta las cejas.
Miróle un punto Don Lope,
Y vuelto con voz resuelta
A los que acudieron dijo:
« Paso; » y ganando las puertas
Llevósele por delante
Medio á bien y medio á fuerza.

II.

Negra es la noche, y el cierzo,
Que en son revoltoso gime,
Rasgándose en las esquinas
De miedo la sombra viste.
Por un callejon estrecho
Que de pasadizo sirve,
A una iglesia va Don Lope
Con el otro que le sigue.
Sin duda tras de un farol
Que medio agoniza y vive,
Colgado en un esquinazo
Ante un cuadro de la Vírgen,
Túvose bajo él Don Lope,
Y en voz imperiosa y firme
Desenvainando la espada
Esto al incógnito dice:
« O quién sois ó qué valeis
He de saber; elegid.
— Enhorabuena, reñid,
Que quién soy ya lo vereis.

— ¿ No teneis otra disculpa?
— Vuestro empeño será en vano;
Las espadas en la mano,
Entrambos tenemos culpa.»
Y asi diciendo, uno á otro
Con tal denuedo se embisten
Que brotan chispas las ojas
Con los tajos y los quites.
Ambos en el mismo sitio
Ninguno vence ó se rinde,
Ni en uno temor se alcanza
Ni á otro mas valor asiste.
Segun á la luz incierta
Desde luego se distinguen
De entrambos á dos las sombras
Que en tierra clavadas riñen.
Mas el rumor temeroso
De la lucha se percibe,
Sin que un ¡ ay ! ni una palabra
Se oiga en trance tan difícil.
Dijérase al ver lo inmóviles
Que ambos en ello persisten,
Que son dos sombras de un sueño
Que á alguno en la noche aflige.
Tal vez de dos enemigos
Que un mismo ataud divide,
Creyéranse las fantasmas
Que juzgando lo imposible
Partir un mismo sudario
Ni el suelo estrecho partirse,
Alzáronse despechadas
En aparicion visible.
Abrióse en esto una reja,
Otra á poco se oyó abrirse,
Luego otras muchas, y luego
Cerca pasos se perciben.
Alumbróse de repente
La calle, y al lejos dicen :
« Téngase al rey. » Y en un punto
La justicia les divide.
Cercáronlos desatentos
Soldados y ministriles,
Que al tomarlos los estoques
Por ellos derechos piden.
Y tanto crece la zambra
Y los confusos lelíes
De unos que dicen « soltarles »
Y otros que « á la cárcel » dicen,
Que echando mano al embozo
El que con Don Lope riñe,
Partió el tropel de por medio
Y en alientos varoniles
Gritando « lugar al rey, »
Hace que á su voz se inclinen
Cayendo en tierra de hinojos
Cuantos alcanzan á oirle.
« Señor... » murmuró Don Lope,
La faz con rubor humilde,
Y el rey con blanda sonrisa
Levantándole le dice :
« Valiente sois, caballero,
Y en despecho de la ley,
Supísteis que siendo rey,
He sido hidalgo primero.
Libre estais, y afecto os soy :
Venid mañana á palacio
Y hablaremos mas á espacio
De las cuchilladas de hoy.
Pero no volvais á vella,
O por infame os tendré,
Que os juro, Don Lope, á fé
Que no sabeis quién es ella. »
Esto dicho, el rey volvióse,
A la ronda se dirige,
Y ante las rejas de Elvira
Así en voz alta prosigue :
« Aquí hay presa de la ley;
Entrad la casa en mi nombre,
Y cubrid mi error de hombre
Con mi justicia de rey. »

EL CABALLERO
DE LA BUENA MEMORIA.

LEYENDA TRADICIONAL.

—

INTRODUCCION.

Perdidas de Villalar
En la sangrienta jornada
De los bravos comuneros
Las últimas esperanzas,
Sus gavillas por do quiera
Rendidas ó derrotadas,
El arzobispo Merino
A Toledo gobernaba.
Doña María Padilla
Aun con briosa arrogancia,
Digna de mejor fortuna
Y de mas dichosa causa,
A pesar del arzobispo
Y las tropas castellanas
Teníase con sus gentes
Defendida en el alcázar.
Pues en someterse al rey
Toledo la mas reacia
Ciudad siendo, á ella acudieron
De todas partes de España
Cuantos comuneros fieles
A su partido quedaban.
Avivaban en secreto
Con astucia y con audacia

La fe de Doña María
Y gentes la reclutaban,
Noticias proporcionándola
Con dineros y con armas
Los que en la ciudad vivian
Y en su fortuna esperaban.
Distinguíase entre todos
Doña Elvira de Montadas,
Fanatizada al estremo
Por políticas patrañas.
De la muger de Padilla
Del valor enamorada
Otra heroina como ella
Llegar á ser anhelaba.
Hermosa y rica, de amantes
Y galanes rodeada,
Mucho la Elvira podia,
Mucho la Elvira lograba.
Despues que muchos prosélitos
Logró inducir por sus gracias,
A un mozo rico y gallardo
Con doble intento escuchaba.
Era Don Juan de Zamora,
Mancebo de noble casa,
Hijo de una noble viuda
Que en el mancebo adoraba.
Seguido habia este siempre
Del emperador la causa,
Y contra los comuneros
Combatido en cien batallas.
Mas ciego de amor por ella,
Y poco ducho en las cábalas
De cortesanos amaños
En ganarle no dudaba.
Tan sencilla en otro tiempo
Como hermosa y como ingrata,
Esta engañadora sirena,
Esta fanática dama,
A Don Pedro de Guzman
Tenia muy empeñada
Con mil promesas de amor
De casamiento palabra.
Mas de ilustrísimo tronco
El de Guzman siendo rama,
Al rey Don Carlos primero
Asistia en Alemania
Al servicio de un magnate
Que iba en boga en la privanza
Del bizarro emperador,
Que con su amistad le honraba.
Así las cosas del mundo
Se trastornan y se cambian,
Y así mudan á las gentes
El tiempo y las circunstancias.
Don Pedro en la imperial corte
Del bullicio se cansaba,
Y se doblaba su amor
Con el tiempo y la distancia,
Y la distancia y el tiempo
El de su Elvira menguaba,
Y el diablo de la política
Se apoderaba de su alma.
A su patria y á su amor
Guzman con volver soñaba,
Y ella soñaba quimeras
De libertad y de patria.
Él por volver á Toledo
Y á los piés de su adorada,
Honor, ambicion y dicha
Desatinado olvidaba.
Ella por dar con sus hechos
A su nombre eterna fama
Pensaba con necio orgullo
En quiméricas hazañas.
Recordaba su hermosura
Él en ausencia adorándola,
Y ella olvidaba su amor
Por quien no se lo estimaba.
Servíase la Padilla
Y la gente á ella allegada
De su influencia en el pueblo,
De sus amaños y cábalas.
Y creía ser Elvira
El faro de su esperanza,
La fé de sus corazones,
La alcaidesa de su alcázar.
Creía que á una voz suya
En la ocasion arriesgada
Como por Doña María
Por ella se levantaran.
Que todos los comuneros
En el peligro mirándola
La regia soberanía
Dividirian entrambas.
Y en estos sueños de gloria
La Doña Elvira embriagada
Perdia cuanto tenia,
Y las leyes provocaba.
Así son todos los necios,
A cuanto ignoran se lanzan;
Lo que les importa olvidan,
Y solo el desprecio ganan.

—

Y mientra en la rebelion
Ella á Don Juan empeñaba,
Enamorado Don Pedro
Se volvia para España.

—

En oculto gabinete
De la habitacion de Elvira
A deshora de la noche
Con ella Don Juan platica.
Y aunque él no entiende palabra
De su enredada política,

Porque la adora fanático,
A cuanto exige se obliga.

D. Elvira. ¿Lo entendeis, Don Juan?
D. Juan. Sí á fé.
D. Elvira. Lo entendiera un escolar.
De todo se os ha de dar
El cuándo, el cómo, y porqué.
D. Juan. Yo, Elvira, soy un soldado,
Que entre soldados metido
Nunca otra cosa he sabido
Que combatir como honrado.
Desde muy niño os amé,
Y como os juzgué perdida,
En poner fin á mi vida
Como soldado pensé.
Hoy otra vez me llamais
En secreto á vuestro lado,
Y siento no haber cambiado
De ser como vos cambiais.
¿Qué quereis? Si no sé mas
Que amaros y combatir,
Así me habeis de admitir,
O habeis de volver atrás.
D. Elvira. Así os quiero: que á fé mia
Que cortesanos amores
Son solo amaños traidores
Para vencer algun dia.
Yo os quiero, Don Juan, así,
Porque me basta un galan
A quien servir con afan
Y de algo me sirva á mí.
D. Juan. Cuanto lo hayais meditado,
Cuanto la suerte os ayuda
Está bien claro sin duda:
¿Pero á qué me habeis llamado?
D. Elvira. Bien se conoce, por Dios,
Que sois un soldado bueno:
El plan es, Don Juan, ajeno,
Lo que os manden hareis vos.
D. Juan. ¿Y quereis que yo consienta
Que á la primera demanda...
D. Elvira. Cuando Elvira es quien os manda,
Obedecerla os va en cuenta.
Pues ella arriesga en un dia
Cuanto vale y cuanto tiene,
A vos, Don Juan, os conviene
Fiar causa que ella fia.
¿O no la amais?
D. Juan. Por los cielos
¿Dudarais de mi cariño
Cuando por vos desde niño
Estoy muriendo de celos?
¿Pensais que la injusta ley
De una opinion me amedrente,
Cuando por vos solamente
Soy desleal á mi rey?
D. Elvira. Así os quiero: así va bien:
¿Pensais que sobran ahora
Vuestros castillos de Illora,
De Montilla y de Jaen?
Vos, Don Juan, sois un valiente
Y un honrado castellano,
Mas no habeis de cortesano
Ni un cabello solamente.
Con que dejaos guiar
Por quien sabe mas que vos,
Y así podremos los dos
Hasta la orilla llegar.
Vuestra madre, ya lo sé,
Con vuestro amor se disgusta.
D. Juan. Sin duda, Elvira, la asusta
Que comprometais mi fé.
Siempre de los comuneros
Fué enemiga.
D. Elvira. Sí, lo ha sido;
Mas ya habeis, Don Juan, salido
De la niñez; y os da fueros
Para obrar á vuestro antojo
La ley.
D. Juan. Sí que me los da:
Mas mi madre...
D. Elvira. Callará
Si logramos nuestro arrojo.
¿Disponeis de mucha gente?
D. Juan. De hasta unas cincuenta lanzas.
D. Elvira. ¿Y son gente de esperanzas?
D. Juan. Aguerrida y obediente.
D. Elvira. ¿Y las teneis muy distantes?
D. Juan. Traerlas mañana puedo.
D. Elvira. Pues cuidad de que en Toledo
No os vean curiosos antes.
No salgais, Don Juan, de dia
Y esperad á mi mandato;
Si pudiera un mentecato
Sospecharlo, nos perdia.
Mas siento gente: aquí entrad.
Espero á un hombre que puede
Cuando todo en sombra quede
Sacaros de la ciudad.
Por esa escala moruna
A una torre vais á dar,
Y allí podeis esperar
Ocasion mas oportuna.

—

Y así diciendo, mostróle
Una entrada Doña Elvira
Por do guiaba á la torre
La escusada escalerilla.
Y oyendo seña secreta
Que por la opuesta la hacian,
Abrió, y dió paso á un tercero,
Siguiendo la escena misma.
Era el tal un hombre viejo,

Cuyo esterior parecia
De soldado y mercader
Composicion peregrina.
Negra y cumplida una capa
Todo su cuerpo envolvia,
Mostrándose bajo de ella
El espadon de su cinta.
Y nadie acaso mirándole
Asegurar osaría
Si era sangriento bandido
O usurero prestamista.
Pues en su torvo semblante
A un mismo tiempo se pintan
La audacia del bandolero
Y el temor de quien conspira.
Saludó brusco á la dama
Que á adelantarse le invita,
Y plática tal trabóse
Entre aquel hombre y Elvira.

D. Elvira. Entrad.
El hombre. Dios os guarde.
D. Elvira. Gabriel, bien venido.
Venís azorado.
Gabriel. Sí, á fé.
D. Elvira. ¿Qué teneis?
Gabriel. Tal vez no nos pierde por poco un descuido.
Mas no ha sido nada.
D. Elvira. ¡Por Dios que acabeis!
Gabriel. Apenas volvia la calle tortuosa,
Que entrada secreta nos da al callejon,
La huella de un hombre sentí recelosa:
La faz con la capa cubrí á precaucion.
Seguí decidido, mas frente por frente
Con un embozado maldito me dí.
Miró, recatéme, seguí indiferente,
Parôse, y á poco volvió tras de mí.
D. Elvira. ¡Dios mio!
Gabriel. Yo astuto, temiendo que un corte
Me diera al camino, la esquina gané;
Hallé apresurado el oculto resorte,
Deshice en la sombra mi sombra y entré.
D. Elvira. ¿Mas no conocisteis...?
Gabriel. Algun hidalguillo
Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar
Con un vinculejo ó mohoso castillo
Y al paso me pudo por otro tomar.
D. Elvira. ¿Mas dar con la puerta pudiera?
Gabriel. Imposible..
Vi que sin sospecha adelante pasó.
¿Mas qué hay de aquel hombre?
D. Elvira. Ya está.
Gabriel. ¿Y es posible
Que fiel...
D. Elvira. Como un muerto.
Gabriel. Tal le quiero yo
¿Y es hombre...?
D. Elvira. Bizarro.
Gabriel. ¿Su gente?
D. Elvira. Segura.
Gabriel. ¿Y cuándo...?
D. Elvira. Mañana podrá estar aquí,
Con tal que la noche con nieblas oscura
Le ayude al secreto.
Gabriel. Sin duda que sí.
¿Mas quién me responde...?
D. Elvira. Yo misma.
Gabriel. Adelante.
D. Elvira. Amores me tuvo... niñeces.
Gabriel. ¿Será...?
D. Elvira. Un buen castellano; soldado ignorante,
Que cuanto amorosa le mande lo hará.
Gabriel. Mirad que los necios...
D. Elvira. Son medios muy buenos
Que pueden á planes ajenos servir,
Y luego se apartan cual muebles ajenos.
Gabriel. Pensais cuerdamente, verdad á decir.
Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano
Serános la astucia sin fuerza mayor.
D. Elvira. Veréisle, y con maña traedle á la mano,
Y no olvideis nunca que el cebo es mi amor.

—

Abrió la dama á Don Juan
La puerta do se escondia,
Y anudóse terciando él
La plática interrumpida.

D. Elvira. Don Juan, llegó ya el momento
De probar vuestra aficion,
Que abriros mi corazon
Esta misma noche intento.
Delante de vos teneis
Quien órdenes os dará
Y las puertas abrirá
A las lanzas que traeis.
Con él lo tratareis todo,
Y pues que sois tan mi amigo,
Tratar con él ó conmigo
Del caso es lo mismo todo.
D. Juan. No hay cosa, señora mia,
Que yo no arriesgue por vos;
Mas pluguiérame, por Dios,
Otra mejor compañía.
D. Elvira. Mas si firme en vuestro amor
Como me decís me amais,
Que en sus manos os pongais
Paréceme lo mejor.
D. Juan. Si el fin habeis de ser vos,
Me pongo sin vacilar,
Y si en ello he de pecar
Que me lo perdone Dios.

Gabriel. (¡Sandio de él! Razon tenia
La Elvira.) ¿Sabreis decir
En cuanto tiempo venir
Vuestra gente aquí podria?
D. Juan. Dentro de veinte y cuatro horas,
Aunque hubieran de asaltar
Las murallas para entrar.
Gabriel. Como salgan vencedoras
Vuestras lanzas, aseguro
Que podrá cada soldado
Llevar el sable colgado
En cadena de oro puro.
D. Juan. Y no les vendrá muy mal,
Porque las contribuciones
Hacen que de sus raciones
Deba un mes á cada cual.
Gabriel. Dos les daré adelantados,
Y pagaré el que debeis.
D. Juan. Y os juro que bien hareis;
Que dineros dan soldados.

—

Hablaron unos momentos
La dama y el prestamista,
Y volviéronse á Don Juan
Con irónica sonrisa.

Elvira (*A Gabriel*). ¿Me entendeis?
Gabriel (*A Elvira*). Está muy bien.
¿No os parece á vos, Don Juan,
Que si presa al leon le dan
Tomará la que le den?
D. Juan. De esas razones no entiendo,
Buen viejo, y á todo andar
Yo me ofrezco á pelear,
Lo demas os lo encomiendo.
Y solo una condicion
Pongo.
Gabriel. Podéisla decir.
D. Juan. Es que tengo de reñir
Cara á cara, y no á traicion.
Gabriel. ¡Oh! solo tendreis que hacer
Centinela un poco larga,
Y á lo mas dar una carga
Si es que se osan defender.
D. Juan. Eso sí.
D. Elvira. Y por premio de ello,
Si es que me dejais contenta...
D. Juan. Esa esperanza me alienta,
Con que por todo atropello.
Rubor me cuesta decillo,
Mas por vos con mi pesar
La vida pensé pasar
Encerrado en mi castillo.
Vuestra aficion cortesana
Maldiciendo, solamente
Salí á lidiar con mi gente
Por no hacer vida holgazana.
No quise ya ver ni oir
Mas que lanzas y caballos,
Y al cabo con mis vasallos
Como soldado morir.
Direis que este amor silvestre
Mejor estorba que obliga,
Mas necesito ó mi amiga,
O mi compañía ecuestre.
Pues en el campo aun muy niño
Os adoré, no os asombre
Que aunque sin ventajas hombre
Aún os conserve cariño.
D. Elvira. Así os amo yo, Don Juan;
Que á la fin me he convencido
Que vos habeis merecido
Solo mi amoroso afan.
Porque el amor cortesano
Es humo si bien presumo,
Y el vuestro es fuego sin humo
Que quema si está cercano.
Gabriel. Vamos, que el tiempo es preciso.
D. Elvira. El cielo, Don Juan, os guarde.
D. Juan. ¿Volveré á veros?
D. Elvira. Mas tarde:
Para ello os enviaré aviso.
(*A Gabriel.*)
(¿Elegí bien?)
Gabriel. Lo confieso;
De ese tronco se hace el puente,
Y vadeada la corriente
Le arruina su propio peso.
D. Elvira. Cuidado con que se arruine.
Gabriel. Pues yo le he de fabricar,
Ya veis que le he de dejar
De modo que á caer se incline.

Y dando en estas palabras
Fin á tal conversacion,
Salió Gabriel, y tras él,
Don Juan Zamora salió.
Aquel soñando quimeras
De política ambicion,
Y estotro soñando hazañas
Para conseguir su amor.
¡Mas cuánto los pensamientos
Del hombre efímeros son!
Un soplo de viento puede
Desbaratar el mejor.

—

Por un estrecho postigo
Que da á oscuro callejon,
De casa de Doña Elvira
Salian ambos á dos
Gabriel y Don Juan Zamora,
Con estrema precaucion,
Para no hacer al salir
Innecesario rumor,
Cuando, volviendo la esquina,

Ante ellos se presentó
Un caballero embozado,
Que les dijo en ronca voz :
« Sin pasar mas adelante,
» Muestren, hidalgos, quién son,
» O cuerpo á cuerpo conmigo
» En campo aquí mismo sois. »
Y echando mano al acero
En medio se colocó
Del espacio que dejaba
Entre ellos el callejon.
Entre los tres un momento
Grave silencio reinó,
Que al cabo rompió Gabriel
Dando tal contestacion :
«Seais quien fuéreis, buen hombre,
Necio es tal arrojo en vos,
Pues está de parte nuestra
Con la fuerza la razon.
—Caballeros, está dicho,
Repuso el otro : yo estoy
En guardar ese postigo,
Pues interesa á mi honor.
—Ved que os podeis engañar.
—Mirad que conozco yo
Toda la gente que habita
Esta casa; y si no sois
O amigos, ó deudos de ella,
Contrarios en conclusion
Sois mios : con que mostraos,
U os doy por tales sino.
—Como querais, » Don Juan dijo;
Y asiendo de su espadon
Para el embozado fuése,
Que á tajos le recibió.
Siguióle Gabriel á poco
Con la pérfida intencion
De embestirle de repente
Fingiéndose mediador.
Mas el caballero incógnito,
Conociendo la traicion,
Y siendo sin duda ducho
En tales lances, se echó
Contra la tapia, quedando
Cara á cara con los dos.
Don Juan se bate harto bien,
Que es muy diestro reñidor;
Y lo que en seso le falta,
Le sobra en el corazon.
El tiempo de acometerle
Gabriel aguarda traidor,
Cuando le tenga en apuro
De Don Juan la decision.
Mas en vano, pese á su astucia,
El intento le salió,
Porque es mucha la destreza
Del osado retador.
Y en el momento en que acaso
Toca cerca la ocasion,
Un buen tajo de reves
La muñeca le alcanzó.
Soltó Gabriel un ¡ ay! ronco
Al repentino dolor,
Volvió Don Juan la cabeza,
Pero tiempo no le dió
El bravo desconocido
Para entender la razon
De su grito, porque el pecho
Atravesado sintió.
De una distraccion el punto
Aprovechando veloz
Metióse á fondo el incógnito
Y en tierra á Don Juan tendió.
Reinó el silencio un momento,
Pero al alarmante son
De los gritos de Gabriel
El barrio se alborotó.
Asomaron por las rejas
Ya una antorcha, ya un farol,
Diciendo diversas voces :
« Al asesino.—Al ladron. »
Y una rápida mirada
Al caballero bastó
Para ver que era Don Juan
Víctima de su valor.
Echóse pues al postigo
Por donde salir los vió,
Mas encontrando cerrado
Por dentro el grueso porton
Y ya de cerca sintiendo
De armas y gentes rumor,
Con rapidez silenciosa
La opuesta esquina ganó.

—

De política aquí, lector querido,
La narracion cansada interrumpamos,
Y del cuento en mis libros prometido
A la historia mas plácida volvamos.
Tan larga introduccion precisa ha sido
Para que desde aquí nos entendamos,
Pues anudado á ella lo restante,
Sigue mi tradicion de aquí adelante.

—

En una granja, que las ondas riegan
Del espumoso Tajo, y do los daños
De la revuelta popular no llegan,
Doña Inés de Zamora hace dos años
Que vive retirada
De mundanos placeres olvidada.
Viuda de un caballero
De ilustrísima cuna,
Madre no mas de un jóven heredero,
Y dueña de una pródiga fortuna,
Sus bienes administra rectamente,

Y cuida el porvenir del hijo ausente.
Noble matrona de costumbres puras
Y pensamientos graves,
Da gracias al Señor por sus venturas,
Y él de su corazon tiene las llaves:
Y de su hijo el amor tan solamente
Entra en su corazon, vive en su mente.
El hijo, como hidalgo
Y en la opulencia y el poder nacido,
Pues es forzososo que se ocupe en algo,
Sus vasallos valiente ha reunido,
Y en el distrito de su misma tierra
A favor de su rey hace la guerra.
Pérfidas compañías,
Y torpe inesperiencia,
Malearon tal vez, hace ya dias,
La política fé de su conciencia,
Y acaso indignos de él, necios amores
Le aprestan venideros sinsabores.
Doña Inés no lo ignora,
Y aunque mil veces le advirtió severa
El precipicio adonde va, le adora;
Y de los años y esperiencia espera
Que visto de su amor el desatino
Entre de su deber en el camino.
En la fé de sus padres educada
Y ciega lealtad de sus mayores,
Teme que su alma jóven conquistada
Por los principios sea innovadores,
Y engañado su hijo acaso olvide
Lo que su religion y rey le pide.
Y en este pensamiento embebecida
Estaba como siempre, en aposento
De su alquería oculto, y combatida
Tal vez por interior presentimiento,
Cuando dentro escuchó de su alquería
Confuso estruendo, y sorda gritería.
De su fiel mayordomo en tono recio
Oyó la voz que á alguno amenazaba;
Y otra que desconoce, y con desprecio,
A sus justas preguntas contestaba,
Y abriendo de su cámara la puerta,
Salió á ver del rumor la causa cierta.
En los hombros sin capa, sin sombrero
En la cabeza, y agua destilando
De sus ropas, hallóse á un caballero
Con sus fieles sirvientes disputando;
Mas el supuesto de estos desmentía
Su trage militar y gallardía.
« ¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.
— Desventuras, señora,
De un amante infeliz á quien no ayuda
Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,
Respondió el caballero
En tono de dolor, triste y severo.
— Veo que sois hidalgo en vuestro porte
Y arreo militar; mi esposo en vida
Lo fué tambien y frecuentó la corte.
Vuestro afan decid pues, y si salida
Puede dar una dama á vuestro apuro
De mi escaso favor estad seguro.
— A solas ha de ser, porque aventuras
De nobles caballeros
No fio mucho yo que esten seguras
En lenguas de pecheros;
Y acaso serán tales
Que á quien me ayude ser podrán fatales.
— Despejad. » Y saliendo de la estancia,
Dentro de ella con él á su señora
Dejaron los criados, y á su instancia
Ella volvió diciendo: « Hablad ahora,
Señor soldado; vuestro duelo sepa,
Y fiad en que haré cuanto en mí quepa.
— Señora, oidme pues: ha un año largo
Que con mi rey partí para Alemania
Al lado suyo con honroso cargo;
Y una ingrata muger dejé en España
Por quien ciego de amor lloré al partirme,
Jurándola volver al despedirme.
Mas mudóla mi ausencia; y un amigo
Que desde la niñez me fué constante,
Del hecho me escribió como testigo
Que ocupó mi lugar pronto otro amante;
Y que en tramas políticas metida
Su suerte á la política va unida:
Y otras razones mil, señora, escuso,
Pues de vuestra atencion veo que abuso.
Volvíme á España enamorado y ciego
De celos y furor, mas esperando
En volver á encender su amante fuego,
Y aún á mi amigo crédito negando:
Llegué á Toledo, y por mis propios ojos
La razon quise ver de mis enojos:
De las nocturnas sombras al abrigo,
Entré en su calle y espié su casa.
Señora, perdonad si esto que os digo
Aún los ojos en lágrimas me arrasa.
— Seguid.
— Vi las ventanas de mi cuarto:
Mas verlas ¡ay de mí! pesóme harto.
Las sombras vi cruzar tras los cristales
De un hombre que con ella platicaba,
Y noté para colmo de mis males
Que un embozado la mansion rondaba,
Y en ella por postigo entró secreto
Que en mi ausencia se abrió: y ¡ ay ! ¿ con qué objeto?
En un oscuro callejon desierto
Les esperé gran trecho, y aguardara
Años cabales hasta verle abierto,
Y hasta que tal infamia ver lograra:
Parecieron por fin dos juntamente,
Y atajélos el paso airadamente.
Yo no sé qué les dije, mas fuí breve,
Y mi enojo no bien satisfaciendo
(Como á todo un celoso audaz se atreve)

Á estocadas con ambos emprendiendo,
Ya fuera mi razon, ya fuera el arte,
Á uno de ellos pasé de parte á parte.
— ¡ Desdichado de vos!
— Estoy muy cierto
De que yace sin vida:
Mas las voces del vivo junto al muerto
Trajeron gente, y apelé á la huida.
Mas sin duda mi pérfido destino
Les marcó en las tinieblas mi camino.
— ¿ Os siguen?
— Sí; corrí sin guia alguna;
Pero vi que era inútil mi trabajo,
Y que me abandonaba la fortuna,
Cuando á la orilla me encontré del Tajo.
La justicia detrás y este delante;
Muerte por muerte la elegí al instante.
Al agua me arrojé desesperado,
Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,
Mas al tocarla, en el opuesto lado
Vi llegar de corchetes la cuadrilla.
Por las peñas trepé, y á esta alquería
Llegué por fin. — Tal es la historia mia.
Ahora, si noble sois, si habeis amado
Algun dia, señora,
Por cuanto hayais en vida idolatrado
No me desampareis en esta hora;
Ved que es ciega la furia de los celos,
Y vuestra compasion premien los cielos.
— ¿Al muerto conoceis?
— No.
— Fué un arrojo;
Mas no temais, que si el Señor me auxilia
Salvo sereis, y lograré el enojo
Callar y la razon de su familia.
Venid, voy á ocultaros diligente,
Que tal vez oigo ya rumor de gente.
Dineros os daré con un caballo;
Partid en cuanto partan por opuesto
Camino, y medio tomaré si le hallo
Para apartar de vos fin tan funesto.
Venid; pues que fiais en mi nobleza,
No burlaré por Dios vuestra franqueza. »

Y hablando así la viuda generosa,
En camarin secreto le escondia
Mientras entraba en turba tumultuosa
La justicia del rey, por su alquería.

—

Con grandes voces se meten
Por los cuartos adelante
Los corchetes y ronderos
Con antorchas y con sables.
« ¡ Hácia aquí tomó camino!
¡ Aquí debió de ampararse!
¡ No quede un rincon por verse!
Muchachos, ¡ que no se escape! »
Esto en varias direcciones
Se oía por todas partes,
Y á pretesto de justicia
Se aprestaban al pillage.
Hormigueaban los curiosos,
Y los valientes que salen
Á ayudar á los que vencen
Sin que los avise nadie.
Ya por la atrevida turba
Empezaba á susurrarse
Si son ó no comuneros
Los dueños de aquel parage.
Y ya entre ellos empezaba
El caso á comentariarse
Diciendo que el muerto es noble
Y de las tropas reales,
Y pues que aquí dan amparo
Al que logró asesinarle,
Traidores son y rebeldes
Los que allí capa le hacen.
Y comenzaban con esto
Los villanos á arrimarse
Á los objetos que vian
De peso y trasporte fácil.
Ya con voces imperiosas
Alborotaba el alcalde
Con lo de « entregarle al rey; »
Cuando de él mismo delante
Por dentro abriendo una puerta
Doña Inés salió á atajarle
Vistiendo luto y cercada
De domésticos y pages.
Al ver su bizarro porte
Y su severo semblante
Tuviéronse respetuosos
Y ella rompió en voces tales:
« ¿ Qué busca el rey en mi casa?
¿Porqué tanta gente trae
Cual si fuera mi alquería
Castillo que va á asaltarle?
¿ Desde cuándo se acostumbra
Que así á los nobles se trate,
Y en el nombre de las leyes
Sus aposentos se allanen?
La justicia en hora buena,
En nombre del rey, que pase;
Mas los villanos del vulgo
Que se esperen en la calle.
Señor golilla, al momento
Esa gente despejadme,
Porque desde vos abajo
No he de responder á nadie. »
Quedó el alcalde aturdido
De repente al encontrarse
Con una noble matrona
Donde supuso jayanes.
Y haciendo salir la gente
Con ella á solas quedándose,

En tono de desagravio
Empezó por «perdonadme...»
Mas la generosa dama
Interrumpióle la frase
Diciendo : «Oigo á la justicia :
¿Qué tiene el rey que mandarme?
— Un asesino, señora,
Que ha conseguido fugarse
Vadeando el rio, esconderse
Debe por estos parages.
— Supongo que la justicia
Tan poco honor no me hace
Que crea que yo le oculto
Contra el rey por auxiliarle.
— Señora...
—Podeis entrar
Mis cámaras adelante,
Y prender á ese asesino
Donde quiera que le hallareis.
— Me basta vuestra palabra :
Vuestro nombre y vuestra sangre
Conozco, y en quien sois vos
Tamaño crímen no cabe;
Mas teneis muchos criados;
Sus aposentos dejadme
Mirar por si alguno de ellos
Es conocedor del lance.
— Todos son criados viejos,
De quien salgo responsable,
Mas cumplid vuestro deber
Como quiera que gustareis.
La casa tiene bodegas,
Y horno, y pajar, y corrales;
Registrad una por una
Sus divisiones, alcalde.»
Partió el golilla por obra
A ponerlo, y saludándole
Gravemente Doña Inés,
Volvió en su cuarto á encerrarse.

—

Mientras abajo el alcalde
La casa revuelve toda
Y registrando las cuadras
Va pasando de una en otra,
Doña Inés, en su aposento
Con el caballero á solas,
De esta manera le dice
Con baja voz cautelosa:
«Tomad, caballero, ese oro,
Que os bastará por ahora
Para poner con la fuga
En cobro vuestra persona.
Un potro abajo os aguarda
Que os sacará en pocas horas
Del alcance de las leyes :
Buscad tierra que os esconda,
Que yo quedo tras de vos.
Mas decidme por la honra
De vuestra fama, ¿le heristeis
En liza leal?
—Señora,
Pedro de Guzman me llamo,
Y nunca en lid alevosa
Tomaron parte Guzmanes.
— Con vuestro nombre me sobra,
Guzman; por un asesino
Preguntaron, y mi boca
No mintió cuando os negaba,
Ni obré de la ley en contra.
— Señora, podeis jurarlo
Sobre las sagradas hojas
Del Evangelio, le he muerto
Cara á cara, y sin dolosa
Estratagema ó ventaja
Que me fuera valedora;
Dos eran en contra mia;
Ved si la razon me abona.
— Está bien; y pues la casa
Ya esas gentes abandonan,
Partid por el lado opuesto,
Guzman, y el cielo os acorra.
—Y si algun dia...
—Ya basta,
Partid.
— A Dios pues, señora.»

—

Con una mano en la llave
Y una lámpara en la otra
Delante del caballero
La dama á guiarle pronta,
Envuelta en cumplida capa
La descompuesta persona,
Pronto á seguir el hidalgo
A su noble bienhechora,
Sin movimiento quedaron
Ambos á dos, tumultuosas
Voces oyendo en el patio
Sin que la razon conozcan.
Ayes y gritos de espanto
Y maldiciones rabiosas
Al mismo tiempo escuchaban,
Y conocen que se agolpa
La gente otra vez, pues oyen
De las pisadas monótonas
El rumor que va creciendo
Y del murmullo la ronca
Armonía; y por los vidrios
Ven crecer de las antorchas
La luz que ilumina el patio
Do pasa la escena incógnita.
«¿Qué es esto? dijo la dama.
— Sábelo Dios, en voz sorda,
La contestó el caballero,
Presa de angustia recóndita.

— Esperad ,» añadió ella ;
Y acudiendo temerosa
A un corredor que da al patio
Por la ventana se asoma.
Dió un grito que heló en las venas
De Guzman su sangre toda ,
Diciendo : «Es él... ¡ hijo mio !»
La desdichada matrona.
Corrió el caballero ansioso
A la vidriera , y la atónita
Mirada al patio tendiendo
Vió su desventura toda.
En hombros de los criados
De la ancha herida en la boca
Brotando aun la roja sangre,
Yace don Juan de Zamora ,
Y de su trage y en rostro
Por las señas que le toma
Con ojos desencajados
De las inmóviles órbitas,
Reconoce el de Guzman
En el mancebo á quien lloran
El mismo á quien en la calle
Mató por su mano propia.
Cayó en un sillon la viuda
Bajo el dolor que la agobia ,
De amargo llanto en los ojos
Con dos abrasadas gotas ,
Y de rodillas ante ella
Cayó en silencio en la alfombra
El matador caballero ,
Víctima á inmolarse pronta.
«¿Qué haceis? le dijo la dama
Así mirándole absorta.
— Matadme , » dijo Guzman ;
Y en en esta palabra sola
Comprendiendo por entero
Aquella trágica historia ,
«¡ Maldito seas ! » le dijo
La horrorizada matrona.
Duró un momento el silencio
De aquesta escena angustiosa ,
Que al fin rompió el caballero
Con voz apenada y cóncava
Diciéndola : « Dios lo quiere ,
Cumplid con su ley, señora,
Y entregadme á la justicia ,
Pues en sus manos me arroja.
—Sí , sí , repuso lo dama
Desatinada y furiosa
Levantándose: es muy justo ,
Y cualquier pena es muy corta
Para tamaño delito ;
Caiga en tí su sangre toda. »
Y al corredor dirigióse
Para ponerlo por obra.
Mas túvose de repente,
Y con calma , aunque en faz torva ,
Díjole : « Jamás un noble
Recuerda lo que perdona.
Caballero, levantaos ;
La vista consoladora
De ese santo crucifijo
En el corazon me toca ;
Pues os amparé ignorando
Vuestra culpa y mi congoja ,
No es justo que, conociéndolas
Os abandone traidora.
En nombre de Jesucristo ,
Que dió su vida en el Gólgota
Por salvarnos á los dos ,
Id libre, Guzman.
— Señora...
—Id , y que en cuenta me tome
Resolucion tan heróica ,
Al llamarme ante su juicio
En mi postrimera hora.»

Atónito el caballero
Quiso hablar, mas imperiosa
Abrió la dama la puerta
Que fuga le brinda cómoda ,
Y mostrando con un gesto
Una escalerilla lóbrega,
Tomóla , asiendo la lámpara ,
Y el caballero siguióla.

—

Volvió á los pocos momentos
Pálida y acongojada ,
Y cayendo arrodillada
Ante la imágen de Dios ,
Esclamó, oyendo á Don Pedro
Que escapaba á toda brida :
«Señor, si ese hombre lo olvida,
Tenédmelo en cuenta vos. »

—

Todo lo devora el tiempo :
Todo ; y el bien como el mal ,
Como el vicio la virtud
Se hunden en su oscuridad.
Todo se borra y se olvida ,
Todo al cabo viene á dar
En la sima del silencio ,
En el caos de la edad.
No porque la noble viuda
Pudiera olvidar jamás
Al hijo de sus entrañas ,
Al desdichado Don Juan .
No ¡ por Dios ! en su hora última
Luchando el alma tenaz
Por desasirse del cuerpo
Fué este su postrer afan.
Mas del hijo y de la madre
Ninguno respira ya ,
Que á aquel le mató Don Pedro

Y á esta la mató el pesar.
Mas queda el autor del duelo,
Y años trascurridos van
Desde aquella horrible noche;
Y aquel suceso fatal,
Y aquel perdon que debió
Del cielo á la gran piedad,
¿Quién sabe si en su memoria
Borrados al cabo están?
¿Quién sabe si los recuerda
Como una aventura mas
De su existencia azarosa,
De su vida militar?
Tal vez: á la corte vuelto
Tras largos años Guzman,
Ni de Toledo se acuerda,
Ni pensó en volver allá.
De todo el mundo ignorada
La mano que audaz oculta
Causó la muerte de un hombre
Provocándole á lid tal,
Preséntase por do quiera
Don Pedro, y do quier que va
Recibido es cual merece
Caballero tan cabal.
Bien mirado por su rey,
De grandes en amistad,
Sin mas familia allegada,
Ni deudos por quien mirar
Que un mozo de quince abriles,
Hermano suyo carnal,
Con buen humor, libre tiempo
Y oro largo que gastar,
Se encuentra en el apogeo
De la dicha mundanal;
Y dicen los que le tratan
¡Dichoso es el tal Guzman!

—

Y si no lo es, vive Dios
Que lo sabe aparentar,
Porque es la vida que lleva
Un contínuo carnaval.
Siempre de un festin en otro
Va pasando sin cesar:
O amigos se los aprestan,
O él á amigos se los da.
Las damas de mas belleza
Le quieren por lo galan,
Los hombres mas envidiosos
Por lo franco y liberal.
Nadie tiene mas apuros
Ni aventuras que contar,
Nadie mas oro prestado
Que nunca cobrar podrá;
Mas nadie tiene un amigo
Mas sincero y mas leal,
Ni á nadie se halla mas pronto
En cualquier necesidad.
Salúdanle los mendigos
Con silencioso ademan,
Porque saben ya que en él
Es no tener el no dar.
Y como en gastar dineros
No va nunca mas allá
De lo que pueden sus rentas,
Vive sin necesitar
Pedir lo que dió prestado
A sus amigos, lo cual
Hace que eterna le guarden
Incólume su amistad.
Y envídianle los soldados
Su brio y porte marcial,
Y los cortesanos todos
Su noble afabilidad.
Recibe su hermano de él
Educacion bien cabal,
Mas como la suya propia,
Educacion militar.
Las armas y los caballos
Predileccion especial
Gozan en ánimo de ambos,
Y las fiestas de lidiar.
Los toros son y las cañas
Su diversion familiar.
La caza y el ejercicio
Su remedio universal
Para matar el fastidio,
Y el dolor para calmar.
Y como en tales recreos
Aliciente es principal
La compañía de gentes
De activa jovialidad,
Todos sus amigos se hacen
Alegres hasta cansar,
Y á prestarles compañía
Todos dispuestos están.
Don Pedro, que hombre es de mundo
Y de mente perspicaz,
Lo ve, lo calla y lo aprecia
En lo que vale no mas:
Mas no Don Felix su hermano,
Que el mundo conoce mal.
Y aun en la amistad se fia
Y fia en la lealtad
De cuantos quieren venderle
Un cariño fraternal.
Y aunque sus potros le montan
Y usan sus armas y van
A todas partes con él,
De él dejándose obsequiar,
Ni interes sospecha en ellos,
Porque de él es incapaz,
Ni sus frases con sus obras
Pondera en balanza igual.

Y este fué su paso en vago,
Este el impulso no mas
Que á triste fin le condujo
Con violencia fatal.

—

Alto, robusto y de gentil talante,
Aunque apenas aún le apunta el bozo,
Es, franco de alma, y de jovial semblante,
Don Felix de Guzman un bravo mozo.
Sencillo en el vestir, mas ataviado
De la corte á la usanza,
De las damas alcanza
Tal vez favores, y en secreto amado
Es de alguna beldad, sin esperanza.
Tal vez pagado él mismo
De su belleza juvenil, aspira
A un imposible amor que loco admira
A través de dorado idealismo.
Doña Ana de Alarcon, noble doncella,
Es en su corazon la preferida;
Mas esta, desdichada cuanto bella,
A un Milanés muy noble prometida
Por su familia está, por lazo que ate
Políticas discordias elegida,
Aunque la fuerza del dolor la mate.
Hombre es el Milanés en tramas ducho,
Y hay quien le juzga de su patria huido,
Y que ocultos amaños ha traido
Y en favor de Milan maquina mucho.
Bien recibido de la corte se halla,
Gasta con profusion, y que no tiene
Con el gobierno en sus antojos valla
Dicen, y se susurra por lo bajo
Que mucho á España su amistad conviene,
Aunque cuesta creerlo harto trabajo.
Don Feliz, á quien nadie da pavura,
Y que en el Milanés ve solamente
Una cualquier humana criatura,
Va adelante en su amor, harto imprudente.
Y prudente anduviera
Si á sí mismo no mas se lo fiara
Y á su lengua pusiera
Un candado, que á fé que lo acertara.
Mas tenia un amigo
De quien fiaba sus secretos todos,
Que era de él como eterno compañero
Sabedor de sus hechos ó testigo.
Jóven como él, como él sin esperiencia,
De otros varios fiaba sus secretos
Y los del buen don Feliz. ¡Imprudencia
A que están muchos jóvenes sujetos!
Contaba pues sus necios amoríos
É inventaba amorosas aventuras,
Y entre sus mal fraguados desvaríos
Contaba de Don Felix las venturas,
Contaba de una dama misteriosa
Las encubiertas citas,
Y contaba en la noche silenciosa
Del dichoso Don Felix las visitas.
Contaba, como él solo
El compañero de esas citas era,
Y en la inmediata calle
Por si lance fatal aconteciera,
Por acaso ó por dolo,
Quedaba las espaldas á guardalle.
Y aunque jamás nombraba la persona
A quien Don Felix por la reja hablaba,
En tan nimias señales se paraba
Que á poco que el discreto discurria
Por el sitio y las señas que citaba,
La casa de Doña Ana conocia.
Y sabedor en tanto del suceso
A él nada mas, Don Felix suponia,
Y de franqueza le perdió el esceso.

—

Que en una lóbrega noche
En que las nieblas ofuscan
La opaca luz que la prestan
Las estrellas y la luna;
De esas noches en que el aire
Con sordas ráfagas zumba
Por las esquinas rasgándose
Y por las torres agudas;
De esas noches que parece
Que en hondo caos sepultan
Al universo dormido,
Y el cielo y la tierra enlutan;
De esas noches que recuerdan
Las espantosas y absurdas
Consejas de las nodrizas
Con que á los niños asustan:
Noches que traen á la mente
Los concilios de las brujas,
Los conjuros de los magos
Y las sombras insepultas.
Como tales en silencio,
A pasos rápidos cruzan
Don Felix y el necio amigo
Una callejuela oscura
De la calle de Doña Ana,
Y del real palacio junta.
En silencio van los dos:
Porque á los dos les ocupan
Melancólicas ideas,
Cual no las tuvieron nunca.
«¿Sabes lo que pienso, Felix?
Dijo al pararse en la última
Esquina el otro.
—¿Qué piensas?
Replicó Felix.
—Que es mucha
Necedad ir esta noche
De nuestra Doña Ana en busca.

—¿Porqué?
—Porque es imposible
Que ella á la ventana acuda.
—¿Porqué?
—Porque supondrá
Que con legítima escusa
No vendrás en una noche
En que formidables luchan
Airados los elementos.
—Y no lo yerras sin duda;
Mas ya que estamos aquí,
Volvernos tambien en suma
Sin ver si sale ó no sale
Tambien fuera en mí locura.
—Como quieras.
—En tu sitio
Queda pues.
— Felix, escucha:
¿Ves allí un bulto parado?
— Qué, ¿tienes miedo?
—¿Te burlas,
Felix?
—No; mas como veo
Que ese embozado te turba...
— Dejémosle que se aparte.
— Juzgo cosa mas segura
Que le hagamos apartar.
— ¿A la fuerza?
— ¡ Qué pregunta!
Si no se aparta de grado
A ella es fuerza que recurra.
— Vamos pues.
— Tú queda inmóvil,
Que no necesito ayuda.
— Entiendo.»
Y así diciendo,
Fuése con planta segura
Don Felix al embozado,
Que de situacion no muda.
Paróse á tres pasos de él,
Y con gentil apostura
Dirigióle estas palabras
Con voz ajena de injuria:
«Hidalgo, si grave empeño
Tal vez no os lo dificulta,
Dejadme libre un momento
La calle.
—Y qué es lo que busca
En ella vuestra merced.
—Busco una casa.
—¿La suya
Tal vez?
— Estime el hidalgo
La cortesía que se usa
Con él, y responda atento,
Que mi paciencia se apura.
—Perdone el buen caballero,
Y eche adelante si gusta.
—Es que os habeir de apartar.
—Sí, haré.
— Gracias.»
Hizo punta
El embozado hácia arriba,
Tomando en la calle ruta.
Y echó hácia abajo Don Felix
Hasta ver por las junturas
De la reja de Doña Ana
La luz que en el cuarto alumbra.
Pasó por frente á la reja,
Volvió á pasar, hizo en suma
Para llamar su atencion
Cuanto no fuera hacer pública
Con la presencia de un hombre
De Doña Ana la conducta;
Mas ni se abrió la ventana,
Ni se oyó señal alguna.
Ya el corazon se le prensa
De los celos con la furia,
Ya negros y pavorosos
Presentimientos le turban,
Y ya dudaba afanoso
Entre si era ó no cordura
El volverse ó el quedarse
Hasta que verdad descubra;
Cuando hácia él calle adelante
Vió correr con gran premura
A su amigo que le dice:
«!Huye, Don Felix!
—¡Que huya!
¿De qué?
— El Milanés maldito
Tenia su gente oculta
Para dejarte pasar,
Y con mano mas segura
Encerrado en esta calle
Abrirte en su centro tumba.
—¿Estás seguro que es él?
—Sí, Felix, sin duda alguna.
— Ganemos pues la otra esquina,
Que fuera cosa harto dura
Morir aquí como perros
A las manos de tal chusma.
Pero manaña la mia
Será la primer figura
Que á sus ojos se presente,
Y veremos si su astucia
De su corazon devía
De mi tizona la punta.
Vamos.»
Y así pronunciando
A alejarse se apresuran.
Mas no bien á la otra esquina
Tocaban, cuando á ellos juntas
Dos espadas se vinieron,
Que toparon con las suyas:
Duró la lid un instante

Y ya vencer se figuran,
Pues á estocadas los llevan
Los dos mancebos con furia,
Cuando corriendo llegaron
Con las espadas desnudas
Otros tres por sus espaldas.
Siguió momentos la lucha
Como valientes lidiando;
Mas ¿qué el valor les ayuda
Donde á traicion contra ellos
Cinco cobardes se juntan?
Cayó primero Don Felix,
Y aunque en la tapia se escuda
Para lidiar cara á cara,
Los ojos ¡ay¡ se le anublan
Con la sangre que derrama
Y á cuchilladas le abruman.
Riñó como bravo el otro,
Mas fué inútil su bravura,
Pues todos en torno suyo
Villanamente se agrupan.
Y al cabo de unos momentos
Cayó, con heridas muchas,
De boca, á impulso de un tajo
Traidor, sentado en la nuca.
Tomaron la calle arriba
Los viles, y en voz confusa
Unos á otros marchando
Que muertos son se aseguran.

—

Amanecía apenas
El inmediato dia,
Cuando sus horas de quietud serenas
A don Pedro Guzman interrumpía
Siniestra y tumultuosa vocería.
De su casa en la puerta
Con aldabadas dobles,
A cuyo impulso sus macizos robles
Resistencia oponian, pero incierta,
Llamaban tenazmente;
Y ya tropel juntábase de gente,
Y ya Don Pedro presto
Con prisa airada y soñoliento gesto
Las ropas se vestia,
Porque ningun doméstico lo hacia.
Ya de su larga bata
Las puntas coge y las presillas ata;
Y al balcon se dirige,
Cuando un viejo criado
Que há muchos años que su casa rige
Llegó á él con semblante desolado.
« Fermin, ¿qué es lo que pasa
(Dijo Don Pedro) para ruido tanto,
Que parece que á hundir se va la casa?»
Y amargo llanto derramando el viejo
«No salgais (dijo), por el cielo santo.
—Mas ¿qué pasa? ¿quién es?
—Es la justicia.
—¿Y en mi casa qué quiere?
—¡Oh! con vos nada:
Señor, nada con vos.
—Pues á quién busca?
Fermin, sea cualquiera la noticia
Que al fin me has de decir, por desastrada
Que sea, dila pronto.
—¡Sosegaos, señor!
—Voto á los cielos
Que valen mas que el susto tus recelos.»
Y tal diciendo con airado tono
Dirigióse á la puerta;
Mas el viejo Fermin interponiéndose
Con sollozos le dijo interrumpiéndose:
« Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido
Dentro de casa. » Y comprendiendo al punto
Don Pedro lo demas, lanzó un gemido
Arrancado al dolor y la ira junto,
Y apartando al anciano suplicante,
Lanzóse por los cuartos adelante.
Al pié de la escalera
En hombros de unos hombres compasivos
Yacía, desgarrando de los vivos
El corazon, y de su muerte fiera
Con horrendas señales mutilado
Don Felix desdichado.
De siete anchas heridas
Por las sangrientas bocas
La vida se le huyó, y compadecidas
De tan triste espectáculo, pudieran
En lágrimas romper las duras rocas.
La horrible escena de dolor y saña
A que Don Pedro se entregó, sin duda
Que es á mi pluma estraña:
Que á períodos poéticos acuda
Para pintarte con verdad en vano
Será ¡oh! caro lector: llama en tu ayuda
Tu propio corazon, y pesa el duelo
Que fuera en él, si un padre ó un hermano
De modo tal te arrebatara el cielo.
Con tan grande dolor, con pena tanta
Don Pedro de Guzman enloquecido,
Largo rato anudada en su garganta
Sintió la voz, y se esquivó el sonido.
Y sobre los despojos
Del infeliz hermano
Llanto vertieron sus nublados ojos;
Trémula y fria separó su mano,
A su dolor cediendo sus enojos;
Mas luego que en su mente
Volvieron á ordenarse las ideas
Y al corazon ardiente
Volvió el valor un punto adormecido,
Con centelleante vista de repente
Tendió por el concurso enmudecido,
Diciendo con acento enronquecido:

« ¿Quien fué el traidor cobarde
Que en un mancebo imberbe todavía
De tan salvages iras hizo alarde?»
Y en derredor tendió fiera mirada
Guzman, mas nadie le repuso nada.
« ¿Todos, dijo Don Pedro, aquí lo ignoran?
¡Todos callan! ¡par diez! ¿dónde fué muerto?
¿No hallaron la verdad los que le lloran,
Los que le traen á domicilio cierto?
¿Quién le reconoció? ¿quién pudo acaso
De quien le recogió guiar el paso?»
Volvió á tender en torno su mirada
Guzman, y nadie le repuso nada.
Entonces ya con tono descompuesto
Y semblante iracundo,
Hijo de su pesar justo y profundo,
A un alcalde de corte que con gesto
Impasible y severo le habia oido,
Cuya ronda á su hermano ha recogido,
Dirigióse Guzman, así diciendo:
« Amigo soy del rey, y pues tan necia
En los crímenes anda la justicia,
Sabrá el rey que su ley se le desprecia,
Y que el miedo la tuerce ó la malicia.»
Y volviendo la espalda Guzman, fiero
Pidió á Fermin su capa con su acero;
Viendo lo cual el juez tras él echando
Y á Guzman de los otros apartando
Díjole: « Oidme pues, buen caballero.»
Y de la estancia fuera
Platicaron los dos de esta manera.
D. Pedro. Decid.
Alcalde. Con vuestro hermano
Otro jóven hallé, que al par herido
Fué con Don Felix por la misma mano.
D. Pedro. ¿Y quién es?
Alcalde. Fué Don Carlos de Aguilera.
D. Pedro. ¿Murió tambien?
Alcalde. Tambien.
D. Pedro. ¡Oh! suerte fiera!
Alcalde. Mas vivió lo bastante
Para decir con hálito espirante
Y jurar por la fé de caballero,
Y de la eternidad por el gran paso,
De tan traidor y lastimoso caso
El autor verdadero.
D. Pedro. ¿Y quién es, vive Dios?
Alc. Antes, Don Pedro, de saber su nombre
Juradme que escondido en vuestro pecho
Le guardareis; que es hombre
Que por bueno pasar puede lo hecho:
Y que al rey solamente
Lo habeis de revelar secretamente.
D. Pedro. Sí juro; mas si fuese
El mismo rey, señor alcalde, habria
De hacer justicia en sí, ¡ó por vida mia!
Que puede que me oyese
Lo que de nadie oir esperaría.
Alcalde. A la venganza yo no os pongo coto;
Mas si no sois del rey muy grande amigo
No movais con quien fué mucho alboroto;
Y esto, Guzman, que os digo,
Lo que os puedo decir es, y es mi voto.
D. Pedro. Mas quién es, acabad.
—Y aquí al oido
De Don Pedro acercándose el alcalde
Dijo, y de nadie pudo ser oido.
Alcalde. El milanés que habita en la embajada
De Inglaterra.—Y Don Pedro
Tal nombre oyendo, al lado de la espada
Llevó la mano, y con feroz mirada
« Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo.»
Alcalde. ¿Solo el rey lo sabrá?
D. Pedro. Solo, y de modo
Que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose
Para dejar la historia bien redonda
Desde allí cada cual siguió entregándose
Don Pedro á su dolor, y él á su ronda.
Pero puede el discreto
Imaginar, que en calma
No podria encerrar dentro del alma
Don Pedro de Guzman este secreto,
Y que á vueltas y á solas andaria
Mas segura buscando
Del autor de delito tan infando
Fiera venganza, en oportuno dia;
Y que el dia fatal quedó aguardando.

—

Y á la mano en pocos dias
La ocasion le vino pronta,
Que quien para el mal la busca
Siempre se la encuentra próxima.
Seguido de un escudero
Por honor de su persona,
Y por ayuda en un caso
De una asechanza traidora,
Por fuera de Recoletos
Una tarde nebulosa
El de Guzman se pasea
Rumiando tristes memorias.
Víasele entre los árboles
Como una siniestra sombra
El monasterio cruzando
Desde una esquina á la otra,
La larga espada en la cinta,
Embozada la persona,
Descolorido en semblante
Y con la mirada torva.
Todo su esterior, en fin,
Revela que su alma á solas
En los cálculos se abisma

De meditaciones hondas,
Y que una idea inmutable
Intima y desoladora
Lastima su inquieta mente
Y el corazon le acongoja.
Piensa en su hermano Don Felix,
Y en la mas fácil y próspera
Ocasion de la venganza
De muerte tan alevosa.
  En esto el Prado adelante
Por dos yeguas voladoras
Que le pacieron la grama
Al Guadalquivir en Córdoba,
Arrebatada venia
Sin camino una carroza,
Pues torpe mano á las yeguas
Acosando desbocólas.
Al punto vió la impericia
Guzman, cuya generosa
Sangre á ayudar le impelía
Al que así necio se arroja:
Y conociendo que pronto,
Dejando la arena cómoda,
Se entraran por los vallados
Las dos bestias poderosas,
Con su escudero lanzóse
Por si contenerlas logra,
Y aquel peligro desvia
De quien la muerte provoca.
Los que en el carruage vienen
Gritaron en voces roncas:
«¡Fuera! ¡fuera!» por si acaso
Con el espanto empeoran
Los animales y alcanzan
Caida mas desastrosa.
Mas á sus voces haciendo
Guzman las orejas sordas,
Como hombre sereno y ducho
En semejantes maniobras,
Colocándose á ambos lados,
La vista y la mano pronta,
Caballero y escudero,
Al enfilar la carroza
Con un instantáneo arrojo
Asiendo las bridas rotas
A una yegua el caballero
Y el escudero á la otra,
Consiguieron lastimándolas
Pararlas, y á mucha costa.
Saltó en tierra un caballero
A la mas estricta moda
Equipado, y de presencia
Muy bizarra y muy airosa.
Mas al llegarse á Don Pedro
A darle gracias, la gola
Le aferró con ambas manos
El de Guzman, con furiosa
Voz diciéndole: «Asesino,
¡Caiga en tí su sangre toda!»
El milanés (que no era otro),
Que aquella sangrienta historia
Recordó viendo á Don Pedro,
Dióse por puesto en la horca.
Mas soltóle el de Guzman,
Y treguas dando á su cólera,
Le dijo: «Hácia aquí apartaos,
Veamos si vuestra hoja
Corta igualmente de cara
Como por la espalda corta.»
Echaron á Recoletos,
Y de tapia protectora
Amparándose, sacaron
Al aire sus dos tizonas.
Perdió el milanés la suya
Con muchísima deshonra,
Y yendo á herirle Don Pedro,
Como una espantada zorra
A quien los perros persiguen,
Tomó fuga vergonzosa.
Indignado el de Guzman
Viendo con alma tan poca
A quien tan traidoramente
Asesina entre las sombras,
Echó tras él ya resuelto
A darle muerte alevosa.
El milanés, conociéndolo
Con intencion previsora
Ganó á la iglesia la puerta,
Y la capilla mas próxima.
Entró tras él Guzman, ciego,
Mas á una imágen devota
De Cristo viéndole asido,
De la muger generosa
Se acordó que dió la vida
Al matador de Zamora.
Soltó su mano la espada,
Con voz descompuesta y cóncava
Diciendo, al otro que le oye
Con alma y con faz atónitas:
«Idos, que yo os dejo libre:
Válgaos la buena memoria
De una muger que por mí
Osó hasta accion tan heróica.»

  Y saludando á la imágen
Con reverencia piadosa,
Dijo: «Hasta aquí mi venganza:
¡Dios me la tenga en memoria!»
Dudándolo todavía
Ve el milanés que abandona
La iglesia, mas de ello al cabo
Sus sentidos se cercioran.
Y á su carroza volviendo,
Por hazaña milagrosa
Contó en la corte el suceso,
Que admiró la corte toda.

Y por verdadera hazaña
Contada de boca en boca,
A Don Pedro apellidaron
El de la buena memoria.

A MARÍA.

PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,
Donde la paz, la vida y el paraiso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, caliz de pureza;
Tú, flor del paraiso y de los astros luz,
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza
Por la divina sangre del que murió en la cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,
Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza
El náufrago que anhela en el Eden tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano
La destrozada vela de mi infeliz batel;
Enséñale su rumbo con compasiva mano,
No dejes que se pierda mi corazon en él.

POCO ME IMPORTA.

CANCION.

Me dicen que medio mundo
Riñe con el otro medio,
Y aunque en verdad me confundo
Viéndolo así, ¿qué remedio?
Caprichos con que se nace:
Cada cual como mas quiere
Vive y muere,
Y aunque algo estraño se me hace
Viendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Yo sé un elixir magnífico
Contra duelos tan estraños,
Y son con tal específico
Horas de placer mis años.
Para mí no hay amarguras;
Ni pesares ni disgustos
Me dan sustos,
Y aunque diz que sulco á oscuras
El mar de esta vida corta,
Poco me importa.

Sin opulencias me paso,
Ni ambiciono honras ni oro,
Ni del poder hago caso;
Si no soy feliz, no lloro.
Conmigo mismo me basto,
Y con lo poco que tengo
Bien me avengo:
Y aunque cuanto tengo gasto,
Siendo la vida tan corta,
Poco me importa.

Si leyes á nadie doy,
Nadie á mí leyes me da;
Donde no gozo no voy,
Donde estoy mi patria está.
No me acosa odio ni envidia,
Y aunque en todos los lugares
Hay pesares,
Si algun pesar me fastidia
Y amarga esta vida corta,
Poco me importa.

Un puro y una botella
Durante mi esplin consumo,
Y cuando acabo con ella
Cigarro y pesar son humo.
Los vapores de los dos
El cerebro me revuelven,
Y me vuelven
Tan feliz que ¡vive Dios!
Esta vida larga ó corta,
Poco me importa.

Celestes apariciones
Gozan entonces mi ojos,
Y dichosas ilusiones
Satisfacen mis antojos.
En las vagas espirales
Fermentan del humo vano
De mi habano
Visiones tan celestiales
Que una vida larga ó corta
Poco me importa.

¿Y en qué entonces me aventaja
Ningun sultan con su opio?
Si á su alma el Eden se baja
A mí me pasa lo propio.
A él le exalta la cabeza
Su ámbar, su pipa, y su vaso:
No hace caso
De sí mismo en su pereza,
Y una vida larga ó corta
Poco le importa.

Y á mí el licor jerezano
Del puro entre el humo azul
Me hace igual al soberano
De la soberbia Stambul.
Y en el insomnio dichoso
De la embriaguez le tuteo,
Y me creo
Otro sultan poderoso,
Y como á él la vida corta
Poco me importa.

¿Qué diablos va de él á mí?
Llévanle á el harem eunucos
A que la desuelle allí
Velado por mamelucos;
Y á mí me arrastra á mi lecho
Una muger cariñosa,
Que afanosa
Se desvela en mi provecho,
Con quien la vida por corta
Poco me importa.

Él enamora á una esclava
Que hácia él solo miedo abriga,
Y á mí de aplomarme acaba
Dulce beso de mi amiga:
A él las caricias le roba
Su esclava durante el sueño,
Y mi dueño
Me vela en mi misma alcoba,
Porque mi vida aunque corta
Mucho le importa.

A él le hace el opio tal vez
Soñar con alguna Hourí,
Y ver me hace una el Jerez
En cada muger á mí.
Él reina en Constantinopla,
Y yo mísero coplero
Cuando quiero
De él me río en una copla,
Y de su rabia si aborta
Poco me importa.

Y á él opio escesivo acaso
Le hace ponzoña mortal
De su café, y le abre paso
A su sepulcro imperial.
Mientras yo libre de afan
Despierto al placer mañana
Con mas gana,
Y aunque reviente el sultan
Y deje á la Europa absorta
Poco me importa.

HIMNO

A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

EN SUS DIAS.

(Música del maestro Iradier.)

—

CORO.

El sol abre su oriente
Detras de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en tí, Isabel.

ESTROFA PRIMERA.

En pós de largos años de belicoso duelo
Tu cándida sonrisa nos vienes á mostrar
Cual muestra sus colores el iris en el cielo,
Cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.
CORO. *El sol*, etc.

ESTROFA SEGUNDA.

Tú estrella de esperanza en nuestras sombras eres,
Tú de mejores dias apetecido sol,
Tú el ángel que nos brinda la paz y los placeres,
Tú escudo á cuyo amparo se acoge el español.
CORO. *El sol*, etc.

ESTROFA TERCERA.

Por tí nos olvidamos de la feroz pelea
De las sangrientas horas del tiempo que pasó,
Por tí tranquilo y solo nuestro pendon ondea
Que ayer en dos girones contrarios tremoló.
CORO. *El sol*, etc.

ESTROFA CUARTA.

Por él de hoy mas osados con fé pelearemos,
De hoy mas al campo unidos iremos detras de él,
Bajo él, como españoles, con honra moriremos
Los nombres invocando de España y de Isabel.

CORO.

El sol abre su oriente
Detras de tu dosel,
Y ve la hispana gente
Su sol en tí, Isabel.

A DON

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPÍSTOLA.

(EN VERSO PROSÁICO.)

—

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,
Ocurrencias fatales, como tuyas;
Y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas
Traen para mí, que aunque de oirlas huyas
Te las voy á encajar porque á mi antigua
Y cerril libertad me restituyas.
¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! mas ambigua
Situacion que esta ruin en que me pones,
A los trabajos de Hércules contigua?
¿Escribir en la *Risa* me propones
Y hacer reir? ¡A mí, que siempre he sido
El cantor de la sangre y las visiones!
¡A mí,que en todas partes me han tenido
Por el bubo mas negro y melancólico
Que del furor romántico ha nacido!
¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico
Espanta al sano público en la escena
Con obras que espeluznan á un católico!
¿Yo hacer reir? ¡pues la aprension es buena!
Con que te firme yo tu semanario
No queda al punto un suscritor, y truena.
Mira lo que haces, Izco temerario,
Mira que te lo ruego por los cielos;
Ve tu empresa con ojos de empresario.
Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,
Tiendo por tu papel mi negra pluma,
Te has de tirar muy pronto de los pelos.
Alíviame este peso que me abruma
Renunciando á mis versos montaraces,
Que es lo que á entrambos nos conviene en suma.
Mas... áspero mohin veo que me haces
Esto leyendo... ¿en tu opinion te cierras?
No me resisto mas, tengamos paces.
Escribiré en la *Risa*, pues te aferras
En ello, Ayguals; mas sobre tí los daños
Que mis jovialidades desentierras.
Horrendas cosas escribí en cinco años;
Mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo
De mano voy á dar á mis engaños.
Voy á reirme yo, reir haciendo
Al que no haga llorar, ridiculeces
Del mundo en que vivimos descubriendo.
Voy á hacerte reir, pero tus preces
Dirige al cielo, Ayguals, porque te juro
Que te voy á mostrar las desnudeces
De la verdad, en castellano puro;
No correcto tal vez, pero tan claro
Que ha de entenderlo el montañés mas duro.
Y aqueste empeño para hacer mas raro
Por mí voy á empezar, ante tus ojos
Mostrándome cual soy bien sin reparo.
Perdona si tal vez te causa enojos
Mi ruin y flaca aparicion barbuda;
Resultado es no mas de tus antojos.
Contempla pues mi humanidad desnuda,
Y piensa que cual yo te me presento
Voy á poner á los demas sin duda.
Yo soy un hombrecillo macilento,
De talla escasa, y tan estrecho y magro
Que corto andando como naipe el viento
Y protegido suyo me consagro,
Pues son de delgadez y sutileza
Ambas á dos mis piernas un milagro.
Sobre ellas va mi cuerpo y mi cabeza
Como el diamante, al aire: y abundosa
Pelos me prodigó naturaleza,
De tal modo, que en siesta calurosa
Mis melenas y barbas estendidas
A mi persona dan sombra anchurosa.
Mi cara es como muchas que perdidas
Entre la turba de las otras caras
Se pasean sin ser apercibidas.
Mofadora espresion si la reparas
Muestra á veces, las mas indiferencia,
Y otras melancolía, aunque muy raras.
Cual soy me tienes pues en tu presencia
Visto por fuera, Wenceslao amigo,
Pero visto por dentro hay diferencia.
Que aunque soy en verdad, como te digo,
De hombre en el esterior menudo cacho,
Alma mas rara bajo de él abrigo.
Serio á veces, á veces vivaracho,
Tengo á veces arranques tan exóticos
Que rayan en tontunas de muchacho.
Y otras veces los tengo tan despóticos
Que atropello razones y exigencias
Por cumplir mis caprichos estrambóticos.
Poco alcanzo en las artes y las ciencias,
Y eso que *allá* los padres jesuitas
Me avivaron un tanto las potencias.
Mas yo dificultades infinitas
En las ciencias hallando, echéme en brazos
De las Musas. Mugeres y bonitas
Ellas, muchachò yo, caí en sus lazos;
Y á fé que sus cariños me valieron
Inútiles, mas sendos sermonazos.
Tantos fueron, que al fin me condujeron
A oirlos con glacial indiferencia,
Y en mí esta indiferencia produjeron
Con que miro las cosas (y en conciencia
Aunque cual gran calamidad la lloro
No la puedo oponer gran resistencia).
Alabo el bien y á la verdad imploro,
Mas despierto con otra ventolera
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;
Mas si un dia en razon meterme debo,
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?
Oscura vida, por mi gusto, llevo;
Mas si llevarla del reves importa
Lo hallo tan fácil cual comerme un huevo.
La existencia no me es larga ni corta;
En paz la paso sin placer ni pena;
Como no tengo plan nunca me aborta.
Si una buena alma investigar serena
Quiere lo que yo soy, por mil caminos
Irá, y tal vez de la verdad ajena.
Que (abreviando discursos peregrinos)
No sirve cuanto digo y cuanto hago
Para atar dos ochavos de cominos.
Porque soy todo yo tan raro y vago,
Que ni nadie me entiende ni me entiendo.
Lo que hice ayer, mañana lo deshago;
Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,
Y así salen mis obras á mi antojo,
Aunque digas¡oh Ayguals!«no lo comprendo.»
Tal soy, como te he dicho, y algo flojo
Tal vez anduve: mi retrato es este.
Si á firmar tu periódico me arrojo
Voy á ser mas dañino que la peste;
Y he de sacar la pluma de mal año
Aunque tu misma enemistad me cueste.
Y pues donde cortar no falta paño
En esta ingerta sociedad de ahora,
Do el ridículo solo no es estraño,
Si me quieres así, sea en buen hora:
Reir me place, mas á costa ajena,
Que es mas dulce reir, cuando otro llora.
Tu dirás que esta epístola no es buena,
Y que si ha de ser tal cuanto te escriba
Renuncias mis artículos sin pena.
Mas aunque bien dirás, en esto estriba
La escelencia mayor de estos renglones,
Pues de justicia es ley distributiva
Que si critico de otros las acciones,
Me esponga yo á su crítica primero,
Y les dé la razon de mis razones.
Con esto, Ayguals, contestacion espero
Recibir de tu puño, en versos frios
Y ásperos como clavos; lo que infiero
No de uno de mis muchos desvaríos,
Sino porque contestes dignamente
A versos tales como son los mios.
Contesta pues, y ríase la gente:
Que nos llame la *Risa* sus apóstoles,
Y aunque nos diga el vulgo irreverente
Que *esto es tocar el órgano de Móstoles.*

A MI AMIGO

WENCESLAO AYGUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

—

¿Con que ni puertas ni rejas
De tí me pueden librar?
¡Maldito Ayguals, no me dejas
Un momento reposar!
Ya encanece mis guedejas
Lo que me haces cavilar,
Zumbándome las orejas
Con los ayes y las quejas
Que me envias sin cesar.

Irrita pues, escorpion,
Mi lengua de basilisco
Con uno y otro arañon,
Con uno y otro mordisco.
Duréceme el corazon
Hasta dejarle hecho un risco.
Para el duelo y compasion;
Mas ¡ay si rompe el turbion!
¡Ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?
¿Quién ¡vive el cielo! me estorba
Darte una buena batida
Con esta péñola corva,
En tu propia hiel teñida?
Nadie... El coraje me encorva
Y... Oyeme, Ayguals, por tu vida,
Que con tu misma medida
Voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico
En composicion esdrújula
Retas á mi estro romántico,
Ayguals, yo rompo mi brújula,
Y así te vuelvo tu cántico.

Ya que persigues *frenético*,
Wenceslao, mi númen *lírico*,
Que rabia por lo *patético*,
Y para hacerme *satírico*
Me amenazas con lo de *ético* (1),
Seguiré tu plan *diabólico;*
Desde hoy agrio, amargo y *ácido*,
Mi zumbido *melancólico*
Será son alegre y *plácido*
Aunque me cueste un buen *cólico.*
¿Temes que mis fuerzas *bélicas*
Cedan, y me quede *exánime*?

(1) Y aquí si yo fuera empírico
Te regalaba un cosmético,
Y si encontrara otro en *trico*,
Te daba tártaro emético.

Dudas tienes bien *angélicas:*
Verdades oye *evangélicas*,
Que contigo voy *unánime.*
  Quien no sea hoy un *estólico*
Gran dosis de *metafísico*
Ha de llevar en su *físico*;
Que no es de moda lo *sólido*
Ya: lo elegante es lo *tísico.*
  Veme á mí. Influencia *mágica*
Ejerzo en todo *espectáculo;*
Y el vulgo al verme con *báculo*
Caminar, y con faz *trágica*,
Me tiene por un *oráculo.*
  ¿Mas á Breton? ¡Santa *Brígida!*
Al ver su panza de *ecónomo*
Le darán orchata *frígida*,
Le pondrán á dieta *rígida*
Como al mas fiero *gastrónomo.*
  La magrura es un *vehículo*
Para hacer doctor en *fárragos*
El ético mas *ridículo;*
Para sabios es de *artículo*
Ser tan secos como *espárragos.*
  Tal es nuestro siglo: *encárate*
Con cualquier autor *dramático*,
No hablemos de Gil y *Zárate*,
Con Príncipe y yo *compárate...*
¡Bah, tú eres un buey *Asiático!*
  ¿Qué hermosa mira con *ánimo*
Vuestros contornos *exóticos*,
Si los destinos *despóticos*
Dan siempre á vientre *magnánimo*
Los gustos mas *estrambóticos?*
  Y si á cuestion *pantomímica*
Lo reduces, ¿cuál mas *árida*
De la de un gordo? La *química*
A voces una *cantárida*
Recetará á vuestra *mímica.*
  Si á una muger (¡Santa *Mónica!*)
En sitio público (*¡ cáscaras!*)
Diriges seña *lacónica*,
Se quedará como en *máscaras*,
Tendrá por risa *sardónica*,
  Por amenaza *satánica*,
La seña amante y *volcánica*,
Y te tendrá por un *tábano*
Que con torpeza *mecánica*
No quiere soltar el *rábano.*
  ¡Bah! sé en lo gordo *metódico*,
Y te jura tu *vulpécula*
Que aun á precio menos *módico*
Mas de moda tu *periódico*
Ha de ser, per omnia *sécula.*

  El *amen* tú lo dirás,
Que de derecho te toca,
Pues fuera me le coloca
Tu metro de Barrabás.
  Y pues te devuelvo exactos
Tus esdrújulos malditos,
Ya ves, me cuesta tres pitos
El cumplir con nuestros pactos.
  Mas si en encomiar los gordos
Tú te me cierras fanático,
Pese á mi interes apático
Nos habrán de oir los sordos.
  Porque, Ayguals, ni aquí ni en Flandes
Ha habido un gordo grande hombre,
Que á los gordos, no te asombre,
Les llama el vulgo hombres grandes.
  Tal es el siglo en que estamos,
Siglo montado al vapor:
Cuanto mas peso, peor;
Con que los flacos ganamos.
  Y da gracias á que hoy
No me siento para el paso,
Que sino os diera un repaso
Que hiciera ¡por san Eloy!
  Vuestra derrota patente;
Mas porque no eches á broma
Lo que voy diciendo, toma,
Con lo que sigue entretente.
  Sois un puro inconveniente
Vosotros los mofletudos,
Y haceros en la piel nudos
Fuera á mi ver muy prudente.
  Prescindamos del apodo
Preciso de un barrigon,
Aquello de san Anton,
Pero con el cerdo y todo:
  Prescindamos de que Utrilla
No sabe cómo ajustaros
Un chaleco sin ahogaros,
O un pantalon con trabilla;
  De que él se desacredita,
Y con fatal desengaño
Ve que no le queda paño
De vuestro frac ó levita;
  Prescindamos de lo caros
Que sois y poco económicos,
Vamos á los lances cómicos
En que teneis que encontraros.
  Pues, señor, que eres feliz,
Y que tu cara hermosura
Te recibe en noche oscura,
Y os veis nariz con nariz:
  ¿Dónde os esconde una trampa
Del tutor atrabiliario?
En baul, balcon ó almario
Ni á pechugones se os zampa.
  No hay asilo que se os dé,
No hay hueco en que esteis holgados;
Si os cierran morís ahogados,
Y si no os cierran se os ve.
  ¿Y si vais de formacion?
El fusil y fornituras

Os prensan las asaduras,
Y sudais el corazon.
¿Si vais á un duelo? ¡qué azar!
Aunque el contrario sea manco,
Como oponeis tanto blanco
Por fuerza os ha de tocar.
Pues digo, ¿si es á pistola
Y os toca el tiro segundo?
¡Bah! despedíos del mundo,
Y que carguen su arma sola.
¿De qué os valdrá la fatiga
Que empleeis en perfilaros?
La bala al fin ha de entraros
Por mitad de la barriga.
¿Pues si viajais en carruage?
Basta solamente veros
Para que los compañeros
Pronostiquen un mal viaje.
Cualquier asiento es escaso
A vuestras asentaderas,
Y los puentes y escaleras
Rechinan á vuestro paso.
Si os caeis, ¿quién os levanta?
Pues casados y dormidos
Os supongo; ¡qué ronquidos!
La pobre muger se espanta.
Y si coje al fin el sueño
Sueña con un terremoto,
Y es que mugen como un choto
Las narices de su dueño.
Pues ¿si haceis el alma tierna?
¡Qué cariños tan brutales!
¡Como que son diez quintales
Cada brazo ó cada pierna!

Y paro aquí por lo grave
Del asunto, que sino
Hasta dónde fuera yo
Dios solamente lo sabe.
Por cuyas dos mil razones
Os llevamos gran ventaja,
Los hombres como una paja
A los hombres barrigones.

CANTOS DEL TROVADOR.

INTRODUCCION.

—

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
Que henchidas de perfume se perdian
Entre los lirios y las frescas rosas
Que el huerto ameno en derredor ceñian?
Las brisas del otoño revoltosas
En rápido tropel las impelian,
Y ahogaron la estacion de los amores
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
En torno de la antigua chimenéa,
Y acaso la ancha sombra recordamos
De aquel tizon que á nuestros piés huméa.
Y hora tras hora tristes esperamos
Que pase la estacion adusta y féa,
En pereza febril adormecidos,
Y en las propias memorias embebidos.

En vano á los placeres avarientos
Nos lanzamos do quier, y órgias sonoras
Estremecen los ricos aposentos
Y fantásticas danzas tentadoras;
Porque antes y despues caminan lentos
Los turbios dias y las lentas horas
Sin que alguna ilusion de breve instante
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
Sueños de oro y de luz mi dulce vida
No os dejaré dormir en los salones
Donde al placer la soledad convida:
Ni esperar revolviendo los tizones
El yerto amigo ó la falaz querida
Sin que mas esperanza os alimente
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivis de alcázares señores,
Venid, yo halagaré vuestra pereza;
Niñas hermosas que moris de amores,
Venid, yo encantaré vuestra belleza:
Viejos, que idolatrais vuestros mayores,
Venid, yo os contaré vuestra grandeza;
Venid á oir en dulces armonías
Las sabrosas historias de otros dias.

Yo soy el Trovador que vaga errante,
Si son de vuestro parque estos linderos
No me dejeis pasar, mandad que cante;
Que yo sé de los bravos caballeros
La dama ingrata, y la cautiva amante,
La cita oculta y los combates fieros
Con que á cabo llevaron sus empresas
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid á mí, yo canto los amores;
Yo soy el Trovador de los festines;
Yo ciño el harpa con vistosas flores
Guirnalda que recojo en mil jardines:
Yo tengo el tulipan de cien colores
Que adoran de Stambul en los confines,
Y el lirio azul incógnito y campestre
Que nace y muere en el peñon silvestre.

¡Ven á mis manos, ven, harpa sonora!
¡Baja á mi mente inspiracion cristiana
Y enciende en mí la llama creadora,
Que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mi la historia tentadora
De ajena tierra y religion profana!
Mi voz, mi corazon, mi fantasía
La gloria cantan de la pátria mia.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
Del pueblo en que he nacido la creéncia,
Respetaré su ley y sus altares;
En su desgracia á par que en su opulencia
Celebraré su fuerza, ó sus azares,
Y fiel ministro de la gaya ciencia,
Levantaré mi voz consoladora
Sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,
Grande, opulenta y vencedora un dia,

Sembrada de recuerdos y de historias,
Y hollada asaz por la fortuna impía !...
Yo cantaré tus olvidadas glorias,
Que en alas de la ardiente poesía
No aspiro á mas laurel ni á mas hazaña,
Que á una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA.

—

LA PRINCESA DOÑA LUZ.

I.

LA VENTANA DE LA TORRE.

Fria y lóbrega es la noche
A mas de húmeda y medrosa,
Que el pabellon de los cielos
Confusas nieblas embozan.
Se afana en vano la vista
Para registrar la sombra
Porque la menor distancia
Los objetos encapota.
Desiertas están las calles,
Las puertas cerradas todas,
Las centinelas ocultas
Y bajo techo las rondas.
No hay una sola ventana
En donde aceche ó se esconda
Una doncella atrevida
Ni una madre recelosa.
Ni hay en reja ni en esquina
Galan que yerto se esponga
Las monótonas goteras
A contar una tras otra.
Que es asaz cruda la noche
Y el cierzo sutil que sopla
Deja las manos sin brios
Para asir de la tizona.
Solo en una torrecilla
Del alcázar donde moran
Los reyes, brilla una luz
Tras unos vidrios dudosa.
Tan débil y tan opaca
Que apenas no se coloran
Las ricas alegorías
Con que los vidrios se adornan.
Mas al exámen prolijo
De vista escudriñadora
Se alcanza que en este instante
Quien vive allí no reposa.
Pues aunque hay unas cortinas
Que las vidrieras entoldan,
Oscilan continuamente
Luces produciendo y sombras.
Y apelando á unos *celillos*
O á una recta y *buena lógica*
Pudiera darse en que hay dentro
Desvelada una persona,
Que sin descanso pasea
La estancia, y dando á la atmósfera
Movimiento, el de los lienzos
Con cada paso ocasiona.
La verdad es que allí dentro
Está pasando á estas horas
Una escena que sin duda
Mucho saber nos importa;
Sino por lo que interese
A quien esto lea ú oiga,
Por nuestra naturaleza
Entremetida y curiosa.
En un sillon de dos brazos,
La faz y la vista torva
Descolorido el semblante
Y entre ofendida y llorosa
(Aunque en nudos de respeto
Aprisionada la boca)
La princesa Doña Luz,
Con su silencio razona.
Y su apostura modesta,
Y su calma magestuosa
Por su causa buena ó mala
Imperiosamente abogan.
El rey Egica su tio
Sin disimular su cólera,
Mide sin compas ante ella
A largos pasos la alfombra.
Y su barba mal peinada,
Sus cejas negras, cerdosas,
Sus lábios trémulos, pálidos,
Y la aspiracion que sorda
Del aire que le circunda
Ton difícilmente toma,
Le semejan á una fiera
Cuanto enjaulada rabiosa.
Paróse en medio la estancia
Por fin, y en su encantadora
Sobrina puso los ojos
Dó la rábia se le asoma;
Y él altivo y ella humilde,
Él feroz, ella medrosa
Bien compararseles puede
Al milano y la paloma.
Por último el rey la dijo,
Con voz destemplada y cóncava:
«¿Conque ello es que lo desprecias
Mozuela atrevida y loca?
¿Con que tienes en tan poco
Mi cariño y mi persona
Cuya dueña hacerte quise
Por hacerte venturosa?»
A cuyas palábras necias

Insolentes é injuriosas
Subió al rostro de la infanta
Todo el carmin de la honra,
« Mirad lo que hablais, repuso,
Que una sangre nos es propia,
Y aquí somos dos mugeres
Y no hay mas que una corona.
Para dama, no he nacido;
Si vuestra intencion es otra,
Ventura y razon os faltan
Y resolucion me sobra.
—Y amor en otro parece...
—Eso, tio, no os importa,
Basta que no os quiera á vos
Para lo que á entrambos toca.
—Pues probaremos entrambos
Nuestra fortuna, señora,
Y si hay galan de por medio
Cuidad bien que no os le coja,
Porque ya sabeis que hay leyes
Que queman á *las sin honra*,
Y que es sentencia que dada
Ni el mismo rey la revoca.»
Y esto hablando el rey Egica
En el manto se reboza
Y dando un fuerte portazo
Dejó á la princesa á solas.

—

Corrió á la puerta el cerrojo
Doña Luz, y en su congoja
Soltó las riendas al llanto
Que á sus párpados se agolpa.
Llenó el aire de suspiros,
Se mesó la faz hermosa,
Y la belleza maldijo
Que con pesares la agobia.
Destrenzóse los cabellos
Arrojó al suelo la toca,
Pisó los ricos collares,
Y renegó de las joyas,
Y renegó de la sangre
Heredada, régia, y goda
Que á ocultar tenaz la obliga
Su inspiracion amorosa:
Y desesperada al cabo
Dirigióse hácia la alcoba
Sin dar aviso á sus damas
Que la desciñan las ropas.
Las lágrimas á los ojos
Mas que nunca abrasadoras,
Mas triste que nunca estuvo
Llena de negras memorias,
Iba á soplar en la lámpara
Soledad ansiando y sombra,
Cuando á una puerta escusada
Sonó señal cautelosa.
« ¡ Luz mia! dijeron, ¡ Luz
De mi esperanza! ¿ estás sola? »
É introduciendo una llave
Se abrió la puerta en dos hojas.
« ¡ Amor mio! esclamó el mozo.
—¿ Eres tú? dijo la hermosa,
Y se tendieron los brazos,
Y se besaron las bocas.
—¿ Tú has llorado, Luz?
—Y mucho.
—¿ Pues hay razon?
—Poderosa!
—¡ Por Dios, alma de mi alma,
Que me digas quien te enoja!
—Está lejos de tu alcance.
—¿ Lejos? ¡ por Nuestra Señora
Que como espectro no sea
Ha de pesarle su obra!
Dime su nombre.
—Mi tio.
—Tu tio! Luz, estás loca!
—Mi tio, el rey.
—¡ Por san Pablo!
Jamás pensara tal cosa,
¡ Él, que tanto te queria!
—Esa es mi desdicha toda
Que hoy de mi amor se consume
En la hoguera licenciosa.
—Eso mas?
—Vino á mi estancia
De noche, solo, á deshora,
Besó mis plantas de hinojos
Y con palabras fogosas
Me vino á decir las ansias
Que su corazon devoran.
—¿ Y tú, Luz?
—Yo le he tirado
A la cara su corona
Yo te amo y nunca tu imágen
Del corazon se me borra. »
Y á las caricias tornaron,
Y á las confianzas propias,
De quien idólatra encuentra
Siempre firme á quien adora.
« Mira, Luz (dijo el mancebo),
Nuestras visitas se acortan
Cada dia, y mas difíciles
Me van siendo y mas penosas.
Hay ojos que nos escuchan,
Y envidiosos que me rondan,
Y se aportilla tu honor,
Y mi dicha se malogra.
¿ Quieres otorgarme un bien?
—Un bien? tú mismo le toma.
Qué puedo negarte yo?
¿ Cuál es?
— Que seas mi esposa.
—¿ Y el rey?
—¿ Qué pueden los hombres

Contra la ley protectora
De el cielo que nos escucha
Y por nosotros aboga?
Ven, ante esta santa imágen
De la Concepcion te postra,
Y júrame que eres mia.
—Sí que lo juro, y gustosa
Te doy mi vida y mi alma
Que lejos de tí me estorban.
—Y yo te juro, amor mio,
Ante esa Vírgen piadosa
Ser tuyo aunque á nuestro amor
El universo se oponga.»
Y una y otra vez juraron
Así de hinojos, y á solas
Adorarse hasta la muerte
Como esposo y como esposa.

Crecia en tanto la lluvia,
Y con furia asoladora
Cruzaba el viento bramando
Entre las almenas góticas.
Estrellábanse en los vidrios
Las arrebatadas gotas,
Y en el nocturno silencio
De aquella tiniebla lóbrega,
Duraba en la torrecilla
Donde la princesa mora
Aquella luz que brillaba
Tras de los vidrios dudosa.
Mas ya no es interrumpido
Su reflejo por la sombra
De las cortinas movidas
Al paso de una persoña.
Todo permanece quieto,
Tranquilo está todo ahora
Y es claro que quien la habita
O vive ausente, ó reposa.
Y allá mas tarde calmada
La tormenta, y ya la aurora
Vecina al nublado oriente
Se apagó la misteriosa
Luz, y por postigo oculto
Con precaucion previsora
Bajó á la puente de Alcántara
Un bulto de humana forma.
Pasó la siguiente noche,
Y pasaron otra y otras,
Y siempre ardia la luz
Hasta el alba, en cuya hora
Bajaba á la puente misma
La misma figura lóbrega,
Embozada, solitaria,
Recatada y recelosa.
Y así se fueron pasando
Noches tras noches, y en todas
Al apagarse la luz
Aparecia la sombra.
Y allá á lo lejos se via
Por la ribera arenosa
Huir un hombre al escape
De un potro negro que monta.

II.

AVENTURAS Y DESVENTURAS.

Mas dió el rey en sospechar,
Y Doña Luz dió en finjir;
Ella empezó á no salir
Y el rey en la cuenta á dar.
Cerró la infanta su puerta
A sus damas y á su tio,
Achacando este desvio
A una enfermedad incierta.
Y pasó un mes y otro mes
Y seis, y segun parece
Doña Luz está en sus trece...
Mas el rey se está en sus tres.
Cada mañana subia
De la infanta al aposento,
Pero, siempre en el momento
En que Doña Luz dormia.
Ya por la noche fatal,
Ya porque el mal la acosaba,
Nunca para hablar estaba,
É iba adelante su mal.
Si el tio no satisfecho,
Llegaba hasta la cortina
De la alcoba, á su sobrina
Hallaba siempre en su lecho.
Los ajustados tapices
Indiscreto alzó una vez:
Y halló su pálida tez
Sin sus hermosos matices.
«Luego está enferma verdad!
Dijo, y mordióse los labios,
Añadiendo, mas hay sabios
Que vean su enfermedad.»
Y llamando á sus doctores
Visitarla les mandó.
Mas ella les regaló
Con los desaires mayores.
Decia su camarera,
Siempre: *Duerme, está en el baño*,
Y no llegara en un año,
Dia en que los recibiera.
«*La noche ha sido muy mala*,
Yace en un sueño apacible,
Despertarla es imposible...»
Y ellos siempre en la antesala.
Y el rey con noticia tal
Zeloso de la princesa,
La dió iracundo por presa
En su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,
Y no escusando cautelas,
La señaló centinelas
Entre sus siervos mas fieles.
En emboscada los puso
A los piés de la escalera,
Muerte amagando á cualquiera
Que tapara algun abuso.
Nadie allí debia entrar
Ni salir noche ni dia,
Mas que Leonor que solía
A la infanta acompañar.
Mas ¡ ay de quien cela necio
A dama que le aborrece!
Que mas el peligro crece
Cuanto á su engaño da precio.
Cuanto mas su empeño es
En dar tenaz con su objeto,
Mas de quien vela el secreto
Va creciendo el interes.
Y cuanto mas su tesoro
Guarda afanoso y avaro
Mas pronto, cuanto mas caro,
Se halla quien se venda al oro.
Andaba el celoso rey
Sin que le bastaran ojos,
Guardas doblando y cerrojos
Y amagando con la ley,
Resuelto á no perdonar
A quien despreció su amor,
Aunque otra mancha mayor
Hubiera de resultar.
Y juraba en su coraje
Que á hallar falta en la doncella
Habia de hacer en ella
Grave escarmiento y ultraje.
Y á caerle entre las manos
El galan (si al fin le hubiera)
Moririan en la hoguera
Como patanes villanos.
Y así el tio en acechar
Y la sobrina en finjir,
Están los dos en seguir
Hasta perder ó ganar.
Ella está en guardar su encierro,
Él en doblar centinelas,
Ella en frustrar sus cautelas
Y él en preparar su entierro.
Y así van y vienen dias,
Y así amarrados al potro
Siguen la una y el otro
Con su mal y sus porfías.

—

Hasta que allá en una noche
Se oyeron sordas, confusas
Y sentidísimas quejas,
Que aunque escusarlas procura
Quien las exhala, no puede
Del todo ahogarlas sin duda,
Y se le arrancan del pecho
Con desolacion profunda.
Ya eran ayes agudísimos
De quien con dolores lucha,
Ya tristísimos gemidos
De una muger moribunda.
Los que oidos por los guardias
Que á Doña Luz aseguran
Interpretacion tomaron
De diversas conjeturas.
Dijeron unos que acaso
Por un gran crímen que oculta
La atormentan fieramente
Los incubos y las brujas.
Otros dijeron que el rey
Porque su aficion repulsa
Mandóla dar unas yerbas
Con que cayó en la locura.
Y algunos mas perspicaces
Que ambas cosas dificultan,
Que haya misterio sospechan
Y del misterio murmuran.
Así pasó largo tiempo
De la media noche, á cuya
Hora cesaron de pronto
Aquellos ayes de angustia.
Y en las distintas creencias
De los crédulos que escuchan,
Los unos se condolieron
De la apenada hermosura,
Los otros de su accidente
Jugaron menos la furia,
Y algunos se santiguaron
Creyendo en la sombra oscura
Sentir huyendo de espíritus
Densa y espantada turba,
Ante el poder de un conjuro
O al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
Sus aprensiones nocturnas
Cayeron presa del sueño
Que las memorias sepulta.

—

La noche es mansa y tranquila
Y aunque la atmósfera enturbian
Algunas nubes errantes
Raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo
Y aunque tormentoso nunca
Segun por donde se arrastra
Silva, gime, brama, ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y junta
Se vé la ciudad que á trechos
Ya se oscurece ó se alumbra,

Segun que los nubarrones
Por ante los astros cruzan.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo que se derrumba,
Entre los rudos peñascos
Alzando hervorosa espuma.
¡ Medrosos sitios son estos;
Medrosos por las figuras
Informes que representan
Y por tradiciones muchas.
¡ Misteriosos son aquellos
Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Y en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran,
Y en las creencias se abultan.
Deslizándose en silencio
Por su superficie rústica
Viene á estas horas bajando
Una sombra lenta y muda.
Aparicion que nacida
En alguna grieta inmunda
Vaga de una en otra peña
Sobre el aura que la empuja.
Pálida ilusion diabólica
Inútil, perdida y única
Evocada en un conjuro
Pronunciado á la aventura.
Doliente imágen de alguno
Que mal hallado en su tumba
Viene á la orilla del agua
De sus recuerdos en busca.
Alma penada y maldita
Que por ignoradas culpas
Desorientada en la noche
El mundo á deshora cruza.
Pues ni se sienten sus pasos
Ni de su peligro cura,
Y ya resbala, ya salta,
Huye, aparece ó se ofusca.
Y ya pisa de las márgenes
La arena blanca y menuda,
Ya toca al agua, y parece
Que consigo misma lucha,
Y vuelve do quiera el rostro
Con miedo, y se ve que oculta
Incomprensible designio
Cuya ejecucion la angustia.
Al fin la luna amarilla
Rasgando las importunas
Nubes, de lleno en las rocas
Derramó su lumbre pura:
Y en este momento rápida
Con mano firme y segura
Lanzó la sombra un objeto
Que rompiendo el agua turbia
Sumióse por un instante
En la corriente profunda.
Quedó la vision un punto
Sobre la ribera húmeda
Inmóvil y confundida
Entre la sombra y la bruma,
Contemplando de las aguas
La superficie que arruga,
El vientecillo que corre
Llevando encontrada ruta.
Hasta que en medio del rio
Sobre el agua que le impulsa
Viendo el objeto, que espera
Que á la superficie suba,
Volvió á alejarse del rio
Por entre las peñas rudas.
Tomando una áspera senda
Que los brezos dificultan.
Así llegó á la muralla
Del real alcázar en cuya
Piedra hay abierto un postigo
Por resortes que le empujan,
Y al sumirse de la sombra
Por él la informe figura,
A merced de una linterna
Que tras el postigo alumbra,
Se dejó ver claramente
Aquella vision nocturna,
Que aunque enlutada y medrosa
Era una muger en suma.

—

Cuanto mas se recataba
Doña Luz y resistia,
Mas el rey se enfurecia
De ver que no la lograba.
Llevaban ambos su empeño
Con tan resuelto teson
Que ella seguia en prision
Y el rey de la torre dueño.
Por mas que madrugador
Llegaba todos los dias
A su puerta, en sus porfías
Nunca el rey iba mejor.
De verla no hallaba medio;
Por mas protestas que hacia,
Doña Luz de él no admitia
Ni visita ni remedio.
Decia su camarera
Siempre: «*Duerme.—Está en el baño.*»
Y no llegara en un año
Dia en que le recibiera.
«*La noche ha sido tan mala!...*
La convulsion fué terrible...
Despertarla es imposible...»
Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido
Con desprecios tan tenaces
Juró de no hacer las paces
Ni darse nunca á partido.
Cesó pues en sus visitas,
Y cesando en su esperanza
Se dió á buscar su venganza
Por maneras inauditas.
Seguro que tal desden
Por otro se le causaba
Ya solamente trataba
De asegurarse por quien.
Y hasta juró en su coraje
Que al fin con culpa ó sin ella
Iba á hacer en la doncella
Grave escarmiento y ultraje.
Y á no dar en conclusion
Con el galan que tenia,
En la hoguera moriria
La mitad de la nacion.
Y ciego y sin atender
A que era su sangre real
Citóla ante un tribunal
Como á una infame muger.
Y para injuria mayor,
Pública haciendo su audiencia,
Compró la torpe insolencia
De un villano acusador.
Llegó pues la hora fatal,
Mandaron á la princesa
Que bajara en faz de presa
A dar cuenta al tribunal.
Lloró, suplicó, rogó,
Resistió... mas todo en vano;
Delante el vulgo villano
A fuerza se presentó.
Y estaba la estancia llena
De vil y soez canalla
Que siempre deleites halla
En la pesadumbre ajena.
Se hizo notar con malicia
De aquel juicio lo imparcial,
Pues hasta la sangre real
Se entregaba á la justicia.
Corria voz de que el rey
No hallaba paz ni consuelo
En lance tal, mas su celo
Por la justicia y la ley
A su pesar le arrastraba
A no derogarla injusto,
Porque atendiendo á su gusto
La rectitud olvidaba.
Y el vulgo que tal oia,
Engañado torpemente,
La voz alzaba insolente
Y con descaro aplaudia.
Y oíanse carcajadas
Groseras, y dicharachos,
Y chanzas que entre borrachos
Aun fueran mal toleradas.
Que cuando pone sus ojos
La plebe en quien algo vale,
Porque con ella se iguale
No escasea los sonrojos.
Y así ni aun para consuelo
En tan injusto quebranto
Para que oculte su llanto
La permitieron un velo.
Descubierta estaba, sí,
Doña Luz y avergonzada,
¡ Vergüenza centuplicada
Por ser ella y ser allí!
Su noble hermosura espuesta
Con vilipendio brutal
Al ojo y lengua carnal
De la turba deshonesta...
¡Ah! corramos mas atentos
Con su memoria nosotros
El velo que osaron otros
Negar á sus sufrimientos!
Corrámosle, que en verdad
Le necesita y bien doble
Para oir, siendo tan noble,
Cual la acusan sin piedad.
Llamado el acusador
Por los jueces, en voz alta
Demandó á Doña Luz, falta
De aliento, en este tenor:
«Yo, noble y page del rey
»Invoco aquí por tres veces
»Del rey mismo, de sus jueces,
»Y de su pueblo, la ley.
»Y ante ella, á esta dama acuso
»Por muger torpe y liviana
»Pues su amor vendió villana...
»Cuyas pruebas no rehuso.
»Y así en su justicia grande
»El Dios sumo á quien apelo
»Vea lo cierto en el cielo
»Y sino me lo demande.»
Calló aquí el mal caballero,
Y al ver que en la turba inmensa
No hay quien salga á la defensa
Lo dieron por verdadero.
A Doña Luz condenaron
A morir en una hoguera,
Si desmentir no pudiera
Lo que allí la demandaron.
Entonces la hermosa dama,
Mirándose sin amparo,
Pensó en vender lo mas caro
Las pruebas contra su fama.
É hincando en tierra las dos
Rodillas, con voz doliente
Esclamó: «¡Juro que miente
Y apelo al juicio de Dios!»

Reinó un silencio solemne
En la atenta muchedumbre;
Y el juez segun la costumbre,
«Si estaba firme y perenne
»Y confiaba en su causa,»
La preguntó á la princesa,
Cuya voluntad espresa,
Siguióse otra breve pausa.
Tras cuya seria consulta
Fijóse un plazo de un mes
Atenidos á él despues
Todos sin otra resulta.
Admitió el acusador
El combate, si es que habia
Caballero que admitia
La lid del mantenedor,
Y tornaron otra vez
Cada cual con su esperanza,
El rey á su ruin venganza,
Doña Luz á su estrechez.

—

Y pues que nadie nos corre
Y un mes tenemos de espacio,
Dejémosle á él en palacio
Y á Doña Luz en su torre.

III.

EL CABALLERO.

Si por mi dichosa estrella,
Lector, te place mi historia,
Y hasta el fin quieres sabella,
Fuerza es que vengas tras ella
A pocas leguas de Coria.
Al cabo no es largo viage,
Ni habrá postas que pagar,
Ni que hacer grande equipage,
Y á mas te daré carruage,
Con que déjate llevar.
Pues te advierto ¡oh! complaciente
Lector (por si aun no lo sabe
Tu altitud), que á la presente
Los poetas somos gente
Muy cortesana y muy grave.
Que en este siglo sin valla
Machucho y conciliador,
Cualquier criticon nos halla
Tan buenos como el mejor
Que hoy anda entre la canalla.
Por cuya razon me atrevo,
Seas lector quien te fueres,
A proponerte de nuevo,
Que me acompañes, si quieres,
Que á mal lugar no te llevo.
Pues teniendo que tomar
Noticias de un caballero
Noble y valiente á la par,
Creo justo irle primero
Nosotros á visitar.
Así, pues, por concedido,
Yo quedaré agradecido;
Tú sabrás toda mi historia;
Y yo alegre y tú servido,
Aquí paz y despues gloria.

—

Hay, si no me acuerdo mal,
Cerca ya de Portugal,
De lo mas noble de España
Villa antigua y principal
Que el Tajo revuelto baña.
Yace en su frondosa orilla,
Y al pié de un monte sentada,
La nobilísima villa,
Por las armas de Castilla
Defendida y almenada.
Y hoy, aunque en menos grandeza,
En mas honra y mejor fama
Sustenta bien su nobleza,
Y con altiva fiereza
Aun Alcántara se llama.
Y allá en los años remotos
Por do mi leyenda marcha,
Diz que de sus anchos sotos,
Por las zanjas y los cotos
Cubiertos de fria escarcha,
Corria al salir la aurora,
Sobre un potro cordovés
Un noble, con quien mal hora
Dió una cierva corredora,
Pero cansada de piés.
Ibase el buen caballero
Sobre las crines tendido,
Recortándola un sendero,
Con un venablo de acero
A matarla apercibido;
Y huia desalentada
La cierva delante de él,
Sintiendo desesperada
La carrera aventajada
Del poderoso corcel.
Y ya olvidado el camino,
Sin ver si pierde ó si avanza,
Seguia huyendo sin tino,
Luchando sin esperanza
Contra su fiero destino,
Cuando á la fin de la vega
La triste sin poder mas
Al agua lanzóse ciega;
Y el hombre, que á tiempo llega,
Lanzóse al agua detrás.
Hendia el raudal rugiente
La cierva con fuerza estraña,
Y hendia el potro valiente

La arrebatada corriente
Tras la medrosa alimaña.
Mas ya la infeliz, vencida
Del agua al impulso fiero,
Dejóse desfallecida,
Y al cabo rindió la vida
A manos del caballero.
Él, viendo en su potro brio,
Asió de ella y remolcóla,
Cuando por medio del rio
Vió que se avanzaba un lio
Arrastrado de ola en ola.
Un tronco acaso creyólo;
Y sin volverlo á mirar,
A la corriente dejólo;
Mas el hidalgo iba solo
Y oia cerca llorar.
Registra la faz inmensa
Del agua maravillado
Y que está soñando piensa;
Nada hay en su tabla estensa,
Y oye llorar á su lado.
Ya la ruin supersticion
Se le empezó á despertar,
Y empezó su corazon
A temer de la ocasion
Algun desdichado azar,
Cuando el descarriado objeto
Que sobre el agua venia,
Se atravesó y quedó quieto
Entre las bridas sujeto
Del potro que conducia.
Mil pensamientos perdidos
Le trajo el estraño encuentro,
Y mas cuando oyó gemidos
Cóncavos y comprimidos
En su misterioso centro.
No osaba mas que mirarle
Temeroso, y sin aliento
Para asirle ni dejarle,
Dejaba al potro arrastrarle
Sin resolucion ni intento.
Y así á la par remolcados
Y al azar encadenados,
Dieron al par en la yerba
Por el caballo ayudados
Lio, cazador y cierva.
Y aquí oyendo sin cesar
Los mismos tiernos gemidos
Resolvióse el hombre á dar
Con la causa singular
Por quien eran producidos.
Del cuchillo pues asió,
Deshizo las ligaduras
Que por encima encóntró,
Y cuanto eran reparó
Bien dispuestas y seguras.
Halló en un lienzo embreado
Cuidadosamente atado,
Y por un lado vencido
Con peso al lienzo cosido,
Un cajoncillo cerrado.
Encima de la cubierta
Con primoroso artificio
Y con resortes abierta,
Dejaba al aire un resquicio
Una pequeña compuerta.
Mas puesta con tal primor,
Que á la compresion menor
Que en sus dos lados obraba
Cerrábase, y recobraba
Despues su forma anterior.
Mas absorto cada vez
De abrirlo con avidez
El caballero, seguia
Cortando con rapidez
Cuantas ligaduras via.
Dió en un resorte por fin,
Saltó la tapa, y un niño
Topó como un serafin,
Mostrando orígen no ruin
Sus vestiduras y aliño.
Ricos encajes traia
Y ricas prendas sobre él,
Y en terciopelos yacia,
Aunque así espuesto venia
Sobre tan débil bajel.
Mas al verle lastimero
Gemir de frio y temblar,
Por el semblante severo
Dejó el noble caballero
Una lágrima rodar.
Y mientra en brazos le alzaba,
Y con afan le besaba,
Y con su aliento cansado
A su rostro delicado
Vida y calor procuraba,
En turba alegre y ligera
Bajaban por la ribera
Los cazadores veloces,
Con alaridos y voces
Acorralando una fiera.
Y escapando de sus hierros
El cerdoso jabalí,
Cruzaba setos y cerros,
Hombres, caballos y perros
Llevándose tras de sí.
Y con los dientes agudos,
Para escapar mas veloz
Los jarales mas talludos
Y los brezos de mas nudos
Rompia el monstruo feroz.
Y ya los roncos alanos
A sus espaldas sentia
Cada punto mas cercanos,

Y un montero en cuyas manos
Tarde ó temprano daria;
  Cuando por su buena suerte
Los vió el hidalgo bajar;
Y el son de su trompa fuerte
Paró la turba, y la muerte
Dejó su presa escapar.
  Lanzóse al agua jadeando
La fiera, y los ojeadores
Los perros atraillando
Al rio fueron llegando
Detras de los cazadores.
  Entonces el caballero
Volvió á su gente y la dijo:
« Volverme á Alcántara quiero,
» Dejad que ese monstruo fiero
» Viva en nombre de mi hijo.
  » Y conducidle con tiento,
» Que pues su buena fortuna
» Le trajo á mi amparamiento,
» Si tuvo mal nacimiento
» Tendrá al menos buena cuna.
  » ¡ Sus, y á caballo! señores. »

Y el caballero montando
Obedecieron callando
Monteros y cazadores.

—

  Era entonces como ahora
Harto difícil de hallar
Un caballero, sin tacha,
Llamado en justicia tal.
Y andaba la corte Goda
Tan corrompida en verdad,
Tan licenciosa y tan torpe,
Que no era el mejor lugar
Para hallarle, dado caso
De haber de él necesidad.
Lo que es á mi parecer
Prueba inconcusa y fatal
De que siempre fuimos unos,
Punto menos punto mas,
Y esto por mas que se encomien
Las mejoras de la edad.
Pues aunque hay del rey Egica
Quien se empeña en elogiar
La religion y grandeza
Y prendas de ánimo real,
Yo confieso llanamente
Que por mas que ando tenaz
A caza de sus virtudes
No doy con una jamás.
  Él trató en honras y vidas,
Y fué magnanimidad
Con casadas y doncellas
Andar siempre liberal,
Casóse con Egilona
Matrona muy ejemplar,
Pero exijente sin duda
Y malhumorada asaz:
Porque al cabo malamente
La tuvo que repudiar
Por ser muy parienta suya:
Impedimento legal
Encontrado á los dos años
Despues de matrimoniar.
  Mas de hombres son los descuidos,
Y en habiendo voluntad
De corregirlos en tiempo
Se deben disimular.
  Así que el bueno del rey
Dió en amar la soledad
Y en andar triste y mohino;
Lo que me inclina á pensar
Que dió en hacer penitencia,
Penado y contrito ya
De aquel matrimonio infando
Y escandaloso ademas.
  Para este tan santo objeto,
Y para hacer olvidar
Murmuraciones del vulgo
Insolente y lenguaraz,
Tornóse ciego de amores
Por su sobrina carnal,
Que era la dama mas bella
Con que pudo el pobre dar.
  Mas Doña Luz, espantada
De tamaña fealdad,
Dió en resistir sus antojos,
Y su vergüenza fué tal,
Y tal su arrepentimiento,
Que en su profunda humildad
Encerróla en una torre
Suponiéndola un galan.
  Mas dejemos noramala
Tan necio filosofar,
Que no nos toca á nosotros
Tarea tan principal.
Y vamos con nuestra historia,
Aunque por lo dicho atras
Verás, lector, de este mundo
Lo que se puede esperar;
Y en corte tan corrompida
Cuanto es difícil verás
Que hallemos un caballero
Llamado en justicia tal.
  Habíale sin embargo,
Pero harto de la ciudad
Y de la corte (aunque oriundo
De cuna y sangre real)
Vivia consigo mismo
En apartado lugar,
Con sus perros y sus potros
Sin boato mundanal.

Y por ocupar en algo
Vida tan sin vanidad,
A las fieras de sus bosques
Combatia sin cesar.
No era ni mozo, ni viejo,
Mas de alma y cuerpo cabal,
Justo, afable, comedido,
Recto, severo y veraz.
Usaba luenga la barba
Y bien peinada, lo cual
Daba á su noble figura
Respetable dignidad.
Y pródigo con los pobres,
Con sus amigos leal,
Piadoso sin finjimiento,
Modelo en la sobriedad,
Afable en el corregir,
Cariñoso en el tratar,
El primero en el ejemplo
Y en virtud el principal,
Era el ídolo de Alcantara,
Do el rey no podia enviar
Ley que no se consultara
Con su recta voluntad.
Tal era el buen caballero
Que pocos momentos há
Tras una medrosa cierva
Al Tajo lanzóse audaz.
Y tal quien al tierno infante
Abandonado al azar,
Acogió en su propia casa
Con cariño paternal.
Él es quien solo en su cuarto
Cerrado por dentro está,
Sentado frente á una mesa
Con pensativo ademán.
Y grave asunto le debe
A estas horas ocupar,
Porque ha tiempo yace inmóvil
Tendido en el espaldar
De un ancho sillon de brazos,
La cabeza echada atras,
Entrambas manos cruzadas
Y en silencio pertinaz.
Abierto tiene delante
Aquel cajon singular
Hábilmente preparado,
Que, mitad cuna y mitad
Barco, condujo en su centro
Al desdichado rapaz.
Y vense sobre la mesa
Derramadas á la par
Monedas y alhajas de oro
De valor muy especial.
Joyas y esquisitas prendas
Que atestiguándole están,
Que al infante las destina
Quien quisiera darle mas.
De unas en otras los ojos
No cesaba de pasar
El caballero, abismado
En honda perplejidad,
Cuando, tendiendo una mano
Por movimiento casual,
La lleva al cajon y dentro
Con un pergamino dá.
Dice lo escrito en un lado:
«*Condúzcate Dios en paz*
»*Pedazo de mis entrañas*
»*Que no has merecido mal.*
»*Metido desde el nacer*
»*En aventuras estás.*
»*La infeliz que aquí te puso*
»*No fué por su voluntad,*
»*Llorando queda tu suerte...*
»*¿Cuando á verte volverá?*»
Con cuyas tiernas palabras
Llenas de amor maternal
Se inclinó el buen caballero
Dos lágrimas á enjugar;
Y al volver el pergamino
Halló estas letras detrás:
«*Quien tuviere la fortuna*
»*Tal tesoro de encontrar*
»*Guarde secreto y no tema*
»*Daño por ello jamás.*
»*Que es este niño olvidado*
»*Infante de orígen tal*
»*Que puede á quien le sirviere*
»*Sobre gigantes alzar.*»
Y aquí volviendo á la caja
El pergamino, leal
Don Godofredo á lo escrito
Tornó el cajon á cerrar,
Diciendo: « Pobre inocente
»Sin padre no quedarás.
»Y pues tan noble es tu sangre
»Nada de hoy te faltará.
»Niño que sales al mundo
»En los brazos de un azar,
»Encomendado á las aguas
»Sin saber á donde vas;
»Pues á los mios te trajo
»La divina voluntad,
»De cristiano ni de noble
»Nada menos has de echar.
»Tu nacimiento la iglesia
»Como es justo cantará,
»Hermosas y caballeros
»Te saldrán á acompañar,
»Y ya que callan tu orígen
»Por infortunios quizá,
»Tu primer sueño seguro
»Arrullarán á compas
»Las trompas y las campanas
»Con alientos de metal.

»Pues ya que madre te falte,
»Mientras yo viva tendrás
»Un brazo que te defienda
»Y un labio que te dé paz.»
Y saliendo Godofredo
Sus criados á buscar
Mandó aprontar un banquete
Con regia suntuosidad.
Hizo invitar á los nobles,
Y mandó en la parroquial
Un espléndido bautizo
Al momento preparar;
Repartiendo entre los pobres
Grandemente liberal
Cuanto oro vino en la caja
Para asistir al rapaz.
Le hizo llamar Don Pelayo,
Y celebró fiesta tal
Que no la hubiera tan grande
A ser su hijo en realidad.

—

Y hablábase todavía
Entre la gente de Alcántara
De esta grandeza estupenda
Que en Godofredo encomiaban,
Cuando, despues del bautizo
Poco mas de una semana,
El gozo del caballero
Mató una noticia infausta.
Estaban á el medio dia
Reunidos en la plaza
Los nobles y caballeros
Que con Godofredo tratan,
Dispuestos y apercibidos
Entre una inmensa canalla
De monteros y ojeadores
Para una famosa caza.
Dispúsola Godofredo
Con su pompa acostumbrada,
Y á ver los preparativos
El pueblo se despoblaba.
Al murmullo de la gente
Y al estruendo de las armas
Muchos caballos relinchan
Y muchos lebreles ladran.
Los que en la villa se quedan,
Envidiando á los que marchan,
De no ser de la partida
Se querellan ó se alaban.
Unos la poca destreza
De los ojeadores tachan,
Otros cuentan de los mismos
Lances que en proezas rayan.
Otros hallan de los perros
Algo cortas las amarras,
Y opinan que las traillas
Han de llegar muy cansadas.
Quien habla de un perro negro
Cual si de Alejandro hablara,
Y dice que con él solo
Para una partida basta.
Quien apuesta en contra suya
Por una pareja blanca,
Y quien dice que no hay otros
Mejores en la comarca.
Y mientras los caballeros
De mas brios é importancia
Con mucho calor disputan
De correrías pasadas.
Este acogotó seis ciervos
Él solo en una mañana,
Aquel mató un jabalí
De doce arrobas y largas.
Aquel usa unos venablos
De tres puntas, que no faltan
Jamás al tiro, y de un golpe
Con la res mas recia acaban.
Uno dá la preferencia
A una ponderosa lanza,
El otro en vez de puñal
Usa de tajante espada.
Unos gustan á pié firme
Ver la fiera y esperarla,
Otros juzgan mas alegre
Vencerla tras de cansada.
Y en tanto que los dichosos
Divierten con tales pláticas
El tiempo que ya impacientes
A Don Godofredo aguardan,
Abiertos de par en par
Miradores y ventanas
Se gozan con la presencia
De las mas hermosas damas.
Y aquí se cruzan suspiros,
Y allí se truecan palabras,
Allá se quedan con miedo
Y acullá con esperanza.
Reconoce una su lazo
Carmesí, y otra su banda,
Uno recuerda un cintillo
Y otro una cifra bordada.
Y el toque del mediodia
Empezaron las campanas
Cuando entró Don Godofredo
A caballo por la plaza.
Rompió universal aplauso
Por la gente, y ya se daban
Besamanos á las bellas,
Y se rompia la marcha,
Cuando ágrio son de trompetas
Oyeron á sus espaldas.
Todos los piés se pararon,
Volvieron todas las caras
Y hubo un punto de silencio
En la turba aglomerada.

Y aun duraba su estrañeza,
Y su atencion aun duraba
Cuando se entró plaza adentro
Con un pregon un rey de armas.
Paróse en medio la turba
Al rey aclamó en voz alta,
Y quedaron las cabezas
Descubiertas y humilladas.
Y luego con voz solemne
Habló con estas palabras:
«La princesa Doña Luz,
»De incontinencia acusada
»Y condenada á la hoguera,
»En nombre de Dios reclama,
»Como permiten las leyes,
»Un caballero que salga
»Por su honor, si es que hay alguno
»Que admitiere la demanda.
»Un plazo de un mes y un dia
»Dió el rey por última gracia,
»Siendo el primero que corre
»El que va de la semana.»
Y las frases de costumbre
Añadiendo, dió la espalda
A la multitud absorta
Y volvió á salir de Alcántara.
Quedó en silencio la gente
Que allá en su interior pesaba
La grandeza de un delito
Que á los príncipes alcanza.
Y con los ojos en tierra
Cada cual por sí evitaba
Del valiente Godofredo
Encontrar con las miradas.
Hasta que al fin viendo este
Que no hay una sola lanza
Dispuesta á hacerse pedazos
En honor de la acusada,
Pidió en voz alta la suya,
Pajes tomó y gente de armas
Y dió la vuelta á Toledo
Descolorida la cara.

Pero ningun caballero
Salió tras él, que está clara
La voluntad de su rey,
Pues lo permite y lo manda.

IV.

EL PLAZO.

¡Ay triste de quien llora
Y en soledad amarga
Los perezosos dias
Numera con afan,
Y puede solamente
De su existencia larga
Temer los venideros
Llorar los que se van!

¡Ay triste del que jóven
Y alegre todavía
Sus horas de ventura
Recuerda con dolor,
Y siente que aun adora
Su ardiente fantasía
La fugitiva sombra
De su perdido amor.

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no va.
¡Ay sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos,
Y el plazo de sus dias
Determinado está!

¡Ay de la hermosa y noble
Cuanto infeliz princesa,
Que á los pintados vidrios
Sentada sin cesar,
Desesperada aguarda,
De incertidumbres presa
La vuelta del que solo
La puede consolar.

En vano sus miradas
Por el camino tiende
Por donde puede acaso
Su rondador venir.
Y en vano nuevas suyas
Dar á su amor pretende
Si no las pueden ambos
Ni dar ni recibir.

¡Oh zéfiros ligeros
Cuyo murmullo errante
Espira entre las hojas
Del árbol y la flor;
Vosotros que el espacio
Cruzais en un instante
Llevad al caballero
Las cuitas de su amor!

¡Palomas de los valles,
Que al pié de su ventana
Con vuestro blanco esposo
A reposar venís,
Doleos de la hermosa
Que morirá mañana
Si al valeroso amante
Su mal no le decís!

¡Espíritus sin cuerpo
Que en medio las tinieblas
Estremeceis el aura
Con misteriosa voz;

Contadle las que apiña
Desapiadadas nieblas
Sobre su triste vida
La tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle,
Decidle quien le espera,
Que rasgue los hijares
De su leal corcel,
Y que se lance al brio
De su veloz carrera...
Mas ¡ay! que será tarde
Cuando llegueis á él.

Mañana no habrá tiempo,
Porque de plebe henchida
Del polvoroso circo
La redondez fatal,
En medio de la arena
Dará la dulce vida
La que desgarra el velo
De la lujuria real.

Mañana espira el plazo:
¡Valientes caballeros,
Mañana es el combate
Y aun falta justador!
Jamás peor parecen
Que limpios los aceros,
Lidiad por la belleza,
Lidiad por el honor!

Mas ¡ay! que habeis nacido
De estirpe cortesana,
Y cortesanos torpes
De corazon servil,
Adorareis cobardes
La imágen soberana,
Aunque los piés os ponga
Sobre la frente vil.

Lo sé: para vosotros
No hay honra ni grandeza
Que iguale á la sonrisa
O la amistad de un rey,
Y pues el rey condena
La dicha y la belleza,
Que espire bajo el peso
De la nefanda ley.

¡Traidores! como viles
Que al fin habeis nacido
La gloria vuestro nombre
Jamás recordará,
Y el harpa del poeta
Que os deja en el olvido
Primero que nombraros
Sus cuerdas romperá.

Mas quiero verlas rotas
Y rota mi garganta
Que nombres recordando
De gentes sin valor!
Mi voz no está vendida,
Y solamente canta
Los que valientes fueron
Con gloria y con honor.

¡Ay cuan en vano acechan
De Doña Luz los ojos
Allá desde su torre
Por si venir le vé,
Pues de vosotros no halla
Quien calme sus enojos,
Ni quien la dé esperanza,
Ni proteccion la dé.

¡Ay de la esposa triste
Que del esposo lejos
Con tierna voz le llama
Y él á su voz no va!
¡Ay sí, de quien no tiene
Ni amigos ni consejos
Y el plazo de sus dias
Determinado está!

—

Brilló la fatal aurora
Limpia, apacible y serena,
Porque las penas del hombre
A los astros no interesan.
Brilló, y donde el plazo acaba
El juicio de Dios empieza,
Si es que Dios toma su parte
Donde hay injusticia y fuerza.
La muchedumbre se lanza
Precipitada en la vega,
Toledo en yermo se torna,
Y el ancho circo se llena.
Así se lanza en el valle
Banda de buitres hambrienta
A cebarse sanguinaria
En la moribunda presa.
¿Qué importa que el condenado
Larga agonía padezca
Como en nombre de quien vence
La multitud se divierta?
¿Qué importa que quien espire
Sea inocente ó no sea,
Como con pompa concluya
Y en espectáculo muera?
¿Qué importa que los insultos
De mil insolentes lenguas
De oprobios colmen la víctima
Y centupliquen su pena,
Y que ella desesperada
En su venganza consienta
Y el alma ansiosa de sangre
Míseramente se pierda?

¡ Qué importa, si la canalla
Diz que en su ejemplo escarmienta
Y amor cobra á la justicia,
Aunque viene á escarnecerla!
¡ Pobres humanos! ¡ Imbéciles
Hijos de la madre tierra,
Cuando ostentais mas poder
Se ve mas vuestra miseria!
Leyes y penas hicisteis
De la virtud en defensa
Y cada pena tomais
En vez de escarmiento á fiesta.

Pero así van de este mundo
Todas las cosas revueltas,
Van todos á donde estorban
Y lo que les cumple dejan.
Que al cabo no es la canalla
Quien reparte las sentencias,
Y viene á ver cómo cumplen
Los condenados por ellas!
No es ella del fin del hombre
Quien ha de pedirle cuentas,
Y con descaro examina
Quien va sereno ó quien tiembla.
Vulgaridad insolente
E impia ademas de necia,
Pues quien á morir camina
Por Dios que no representa;
Que no hay en ello mas paso
De sátira ó de comedia
Que el perdon que él da á una turba
Que está para él sorda y ciega.
¡ Acaso en el mundo luego
Doble su memoria queda,
Y unos por traidor le infaman,
Y otros por leal le aprecian...!
Pero tales son del mundo
Las ridículas quimeras,
Y acaso lo que hoy es culpa
Mañana mérito sea.

—

El sol se viene arrastrando
Su magnífica lumbrera,
Y ya á gran trecho del cielo
Avanza su luz espléndida.
La escarcha tornasolada
Se desvanece en la yerba,
Y en trasparentes vapores
Huye á lo lejos la niebla.
Oyese el Tajo espumoso
Murmurar entre las peñas,
Con el canto de las aves
Que las orillas le pueblan,
Y que al son de su corriente
Desvanecidas se alegran,
Y le beben los cristales
Y le pican las arenas.
¡ Hermosa está la mañana
Y está la naturaleza
En su claridad bañándose
Encantadora y risueña.
Suave y natural frescura
Perfuma el aire, y penetra
En el cerebro, alejando
Melancólicas ideas.
La vista cruza la atmósfera
Hasta una distancia inmensa
Por entre su velo diáfano
Perdiéndose sin violencia.
Y los objetos reciben
De la luz formas tan bellas,
Que enamoran los sentidos
Con mil ilusiones nuevas.
Un pajarillo volando,
Si pasa rápido y cerca,
Bajo sus alas tendidas
Mil tornasoles refleja:
Mil armonías silvestres
Del pico parlero suelta,
Y tras su rápida sombra
Ojos y oidos nos lleva.
Una triste florecilla
Que en los céspedes vegeta,
A la luz pura del alba
Ricos matices ostenta,
Y aroma grato despide,
Y jugo abundante deja,
Y el cáliz do el semen guarda
Menudas hojas conservan.
Y si la flor por acaso
Crece en un áspera piedra
En un carcomido muro,
O de un tronco en una grieta
Y allí libre y encumbrada
Su forma al aura presenta
Y la estremece vagando
Sutil el aura y risueña...,
¡Oh! delicia de los ojos,
Dulce iman de las inciertas
Memorias mal adormidas
Nos encanta y enajena
La florecilla silvestre;
Y tanto bien nos recuerda
Que nos detiene á mirarla...
Y ¡ qué embeleso se encuentra,
Qué de ilusiones suavísimas,
Qué de deleites en ella!
¿Cómo pensar en desastres,
Ni cómo tender tras verla
Los desencantados ojos
Por la ensangrentada arena?
Mas ¡ ay! que ya por Toledo
Las roncas trompas resuenan
Y se oye son de caballos,

Y vivas, que la presencia
Anuncian del rey Egica,
Cuya venganza no alteran
Ni la beldad de la víctima,
Ni la crueldad de la pena.
Allá en el estenso circo
La muchedumbre que espera
A las ventanas se agolpa
Y se empuja y se atropella.
Los que no ven se encaraman,
Los oprimidos se quejan,
Los ventajosos insultan,
Los pendencieros contestan,
Y crúzanse las palabras,
Y trábanse las pendencias,
Y las puñadas se emprenden
Y la chusma se revela.
Gritan unos: *¡Que se matan!*
Otros gritan: *¡Vayan fuera!*
Los que ven gritan: *¡Ya vienen!*
Y aplauden y victorean.
El rey al cabo en el circo
Con sus cortesanos entra,
Y cada cual toma puesto,
Y la multitud se aquieta.
Vuélvense todos los ojos
Al sitio do el rey se sienta,
Y al fin como hay que ver algo
La multitud se contenta.
Los que aguardaban ya dentro
Saludan á los que llegan,
Los recien llegados buscan
A los que saben que esperan.
Y crúzanse besamanos,
Nombres, sonrisas y señas;
Y repárase en el lujo,
En la gracia y la belleza,
Y el rico incomoda al pobre
Y el pobre aguanta y se estrecha.
Allí les distrae un calvo,
Allá abajo una mozuela
Que con descoco replica
A algunas gracias groseras.
Acá una dama notable
Por una hermosura estrema
Llama la atencion del vulgo
Que atrevido la contempla.
Y allá un hombre de justicia
Con impavidez austera
A los chispazos del vulgo
Oidos hace de piedra.
Mas otra vez enterados
Los ociosos, de que aquella
Detencion no tiene causa,
Y que la funcion no empieza,
Vuelven con largo murmullo
Memoria á hacer de la fiesta;
Corre la voz por las gradas
Y á grados la voz se aumenta
Y poco á poco concluye
Gritando la masa entera:
«¡Que saquen á la acusada!
— El acusador que venga!»
Y unos piden el combate
Y otros claman por la hoguera.
Crecen la audacia y las voces,
El tumulto se acrecienta,
Ni la majestad se mira
Ni la razon se respeta.
Y al fin con fúnebre pompa
De Occidente por las puertas
Entró cercada de lanzas
En la liza la princesa.
Desmelenada venía,
Sin esperanza, ni fuerzas,
A pié y en el bello rostro
El carmin de la vergüenza.
El pueblo elevó un murmullo
De ambigüo sentido al verla,
De compasion á una parte,
A otra parte de insolencia.
Dijeron unos: *¡Qué lástima!*
Tan jóven... y una princesa...
— Y contestaron algunos:
Esa es la ley verdadera
La que igual para con todos
Hasta todas partes llega.
Aunque muchos por lo bajo
(Y de virtud mas severa)
Dijeron: *Esto es venganza,*
Y si eso al rey interesa
Matárala en su prision
Si es que morir mereciera,
Al menos por escusarse
Ver en su sangre esta mengua.
Así el pueblo se dolia
Pero por fin iba á verla.
Llevaron á Doña Luz
A un tablado de madera
Do hay un sitial sin respaldo
Preparado para ella.
Detras se sentó el verdugo,
Y al pié se hacinó la leña
Donde debia morir
A no probar su inocencia.
Cercaron todo aquel sitio,
Soldados, y hecha la vénia
Al rey, los jueces del campo
Fueron á abrir las barreras.
Leyóse el pregon dos veces,
Y al sonar de las trompetas
Armado el acusador
Se presentó en el arena.
Salió por frente al tablado,
Pero por la parte opuesta
No pareció un caballero

Ni se apercibió una seña.
Volvió á entablarse en voz alta
La acusacion y en presencia
Del pueblo fué condenada
Pues que no hay quien la defienda.
Rompió en aplausos la gente,
Prendió el verdugo la hoguera
Y desplomóse de espaldas
Desmayada la princesa.
«¡Perdon!» dijeron algunos,
Y la muchedumbre: «¡Muera!»
Cuando á la puerta del Norte
Sonó aguda una trompeta.
Calló asombrada la turba,
Y apercibido á la guerra
Seguido de cinco pajes
Entró un ginete á la prueba.
Con los blasones reales
Su negro escudo acuartela,
Caballos trae de batalla
Y corona en la cabeza.
Y es personage sin duda
De real casa y reales prendas,
Pues mete en liza escuderos
Y pages delante lleva.

V.

EL JUICIO DE DIOS.

Llegó el caballero incógnito
A los andamios reales,
Y alzándose la visera
Y con el rey encarándose,
Del infante Don Favila
Mostró el severo semblante.
Quedaron los cortesanos
Atónitos al mirarle;
Perdió la color el rey,
Y sobre el escaño alzándose
Plática entabló con él
Entre iracundo y amable.

El rey. Primo, seais bien venido.
¿Qué viento á Toledo os trae?
D. Favila. El que vuestros pregoneros
Con vuestras sentencias hacen.
El Rey. ¿Sabeis pues vuestra deshonra?
D. Favila. Vedlo, pues no llego tarde.
El Rey. ¿Habeis caminado mucho?
D. Favila. Toda cuanta tierra cabe
Desde Asturias á Toledo.
El Rey. ¿Y habeis hecho tanto viaje....?
D. Favila (vivamente). Para lidiar como es justo.
El Rey (con ira). ¡Favila....! ¿por la culpable?
D. Favila. ¡Por Dios que he corrido bien
Por llegar en este instante!
El Rey. ¡Sabeis cuál es su delito!
D. Favila. Sé, primo, que es nuestra sangre,
Y que por no defenderla
Es mengua que se derrame.
El Rey. ¿Tendréis tal vez prueba alguna
De su inocencia?
D. Favila. Eso atañe
A los que esto sentenciaron:
Bástame á mí su linage.
Y sabed que aunque otra fuera,
Ser muger era bastante
Para romper yo una lanza
A no defenderla nadie.
El Rey. ¡Noble sois!
D. Favila. Nací en palacio
Nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo
Dejó al rey, que á replicarle
Iba, y desairado viéndose
Dijo iracundo: «¡Adelante!»
Fuése el duque Don Favila
Al acusador, y en grave
Acento y gesto sañudo
Díjole palabras tales:
«Yo, para lidiar conmigo
»Os dispenso lo que os falte,
»Y no riño mas que á muerte:
»Ved pues si podeis matarme,
»Porque si acabo con vos
»He de daros por infame
»A vos y á todos los vuestros
»A donde la raza alcance.
»Con que á quien Dios se la diere
»Bendígasela su madre.»
Y asiendo un caballo negro
Que de hinojos le dá un paje,
Tomó campo Don Favila
Su antagonista imitándole.
Quedó en profundo silencio
La multitud un instante,
Y la atencion fué profunda,
Y el temor inesplicable.
Unos están por el duque,
Otros, que el deseo saben
Del rey, anhelan inícuos
Que Doña Luz no se salve.
Y otros, que ven la nobleza
Del que á la batalla sale,
De la princesa dolidos
Por ella plegarias hacen.
Ellos, mientras, lanza enristre,
Tendidos hácia adelante,
A la señal de los jueces
Salieron á todo escape.
Viniéronse uno para otro,
Y en el medio al encontrarse
Tal nube de polvo alzaron

Que oscurecieron el lance.
Por movimiento uniforme
Todos en su asiento alzándose
Tendieron tras de los ojos
Los cuerpos para mirarles.
Y el espeso remolino
Con el viento disipándose
Dejó ver las consecuencias
Del encuentro formidable.
Por valor ó por fortuna
De un bote acabó el combate:
Nadie con el cómo atina
Pero el hecho está palpable.
El bueno de Don Favila
Al acusador cobarde
Tenía á sus piés tendido,
Y la lanza asegurándole
Al pecho, le amenazaba
Con morir ó retractarse.
Grande fué entonce el asombro,
Y el bullicio fué muy grande,
Que hay quien á mágia lo achaca,
Y otras causas semejantes.
Y el rey que á su favorito
Mira en tan estremo trance
Lanzó á la arena su cetro:
Mas Don Favila mas hábil
Antes que á tierra llegara
Pasóle de parte á parte.
Rompió en aplausos la turba
Que todo al cabo lo aplaude,
Gozó Don Favila el triunfo,
Y el rey gimió de coraje.

—

Dióse por libre á la infanta,
Y empezó á salir la gente,
Cuando confuso tumulto
Se levantó en el palenque.
Asustáronse las damas,
Y hubo voces diferentes
De alarma: *¡Fuego! — ¡á la vega!*
¡Fuera! — matarle! — ¡cojerle!
Y el alboroto redobla,
Y en la confusion que crece
Unos á huir se preparan,
Otros á la bulla vuelven.
Allá abajo entre una turba
Se ven apenas los jueces
Con sus insignias por alto
A las que ninguno atiende.
Y suenan voces de riña,
Y puños por alto vense,
Aunque en verdad del tumulto
Nadie la razon comprende.
Sonaron, por fin, clarines
Del rey, y entraron ginetes
Que despejaron el campo
Con que logran entenderse.
Volvióse la multitud
A los asientos, volviéronse
Con el rey los cortesanos
A sus sitios preferentes,
Y demandando la causa
El rey, fueron á ponerse
A sus piés tres caballeros
Armados hasta los dientes.
Enojado el rey Egica,
Díjoles: « *Quién son? qué quieren?* »
Y alzó la voz uno de ellos
Diciendo: « *Vasallos fieles,*
Amigos de la justicia,
Y del difunto parientes.
Señor, la misma demanda
Entablamos nuevamente,
Y á desafiar venimos
A su vencedor á muerte. »

Brilló en el rostro del rey
Traidora sonrisa oyéndole,
Y dijo con voz de triunfo
A Don Favila volviéndose:
« Primo, ¿admitís la demanda?
Ya veis que con causa vienen!
— Que vengan en horabuena!
Yo traigo quince ginetes,
Y admito por cada cuatro
De mis caballeros, siete.
— Y yo soy con mi sobrino
Mantenedor del palenque, »
Esclamó entrando en la liza
Otro, cuya voz potente
Cubrió el rumor que en pueblo
La nueva noticia mueve.
Frunció las cejas Egica
Viendo al nuevo combatiente
Y esclamó: « ¡Vos Godofredo
Vais á lidiar!
— Me parece.
¡Ea! buen duque, á caballo!
Que hombres de nuestra progenie
Por un contrario de mas
Batalla escusar no pueden.
— No, tio, ¡viven los cielos!
Pero algo ha de concederse
A quien como noble lidia,
Y abriga sangre de reyes.
Yo solo mantengo el campo,
Que tiren entre ellos suertes
Y al que le toque, que salga.
Pero, ¡ay de ellos si no vencen!
Todos quedarán esclavos
Para cuidar mis lebreles,
Yo arrastraré al que derribe,
Y escupiré á los que queden.
— Eso sí, sobrino mio.

Mas si por desdicha vencen,
Soy tu padrino y no dudes
Que vengaré bien tu muerte.
— Pues á caballo!
—¡A caballo!»
Y al punto la lid resuelven,
Sentadas las condiciones
Entre padrinos y jueces.
Volvió á temer Doña Luz
Acusada doblemente,
Y el pueblo volvió á gozar,
Porque el pueblo goza siempre.
Salió al combate Don Bristes,
Mozo de años veinte y nueve,
De alma relajada y fiera
Y esforzado como un Hércules.
Mucho de su fama y brios
Por Don Favila se teme
Y dicen que el rey le nombra
Por el mas recio escojiéndole.
Ello es que él y Don Favila,
Lanza en ristre y frente á frente,
Apercibidos esperan
La señal de acometerse.
Diéronsela los padrinos,
Y uno para otro viniéndose
En la mitad de la arena
Se hallaron bizarramente.
Don Bristes de una lanzada
Hendió escudo y coselete
A Don Favila, que apenas
En la silla se mantiene.
Y Don Favila mas diestro,
Aunque en golpe menos fuerte
El hombro derecho á Bristes
Certero le desguarnece.
Pero ambos en los arzones
Con buena prez manteniéndose,
Con nuevas lanzas que toman
Segunda carrera emprenden.
Erró Don Bristes el golpe
Por fiarse solamente
De su fuerza, y Don Favila,
De su falta apercibiéndose,
En un vigoroso encuentro
Tendió caballo y ginete.
Muerto, al ver que toca en tierra,
Todos á la par creyéronle,
Mas caballero famoso,
De su destreza valiéndose,
Con rapidez inaudita
Tornó á alzarse de repente.
Glorioso, arancó un aplauso...
Y por Dios que lo merece,
Porque es asombroso lance
Y sutilísima suerte!
Atónito Don Favila
Quedó, y receloso al verle
Venírsele espada en mano,
Rabioso como una sierpe.
Tambien acudió á la suya,
Mas no tan pronto revuelve
Que no le alcance del tajo
Mucha parte en el almete.
Cargóle el rápido Bristes
Colérico por dos veces
Y evitóle Don Favila
Casí milagrosamente.
Y siempre entrando y saliendo,
Y acuchillándose siempre,
Si bien le trabaja Bristes,
Bien el duque se defiende.
Pero viendo Don Favila
La ventaja que en sí tiene
Por ser mejor su caballo
Al que manda fácilmente,
Dió en esquivar á Don Bristes,
Acechando cautamente
Un paso sentado en vago
Que descubierto le deje.
Con lo que el otro creyendo
Que ya Don Favila teme,
Su afan redobla, y su potro
Con tal ímpetu revuelve
Que ya Doña Luz desmaya,
Y ya murmura la gente,
Y ya con harto trabajo
Los aplausos se contienen.
Mas el diestro Don Favila
Se cierra tan de repente
Con Bristes, que ambos á dos
A tierra á un tiempo se vienen.
Cayó bajo su caballo
Don Bristes ignoblemente,
Y el duque por la garganta
Su agudo puñal le mete.
Soltó la espada el vencido,
Tendió los brazos inermes;
Y asieron de Don Favila
Los padrinos y los jueces.

D. Godofredo ¡Dame los brazos, sobrino!

D. Favila. Tio, matarle no basta,
Fuerza es que á toda su casta
Llegue su fatal destino.

Juez. Se abrió el campo, caballero,
A la lid, no á la venganza.

D. Favila. Cuanto derriba mi lanza
Pertenece á mi escudero.
Si en leyes entendeis vos,
Yo entiendo en lances de riñas,
Con que dejad socaliñas,
Que me cansais, ¡voto á Dios!
Escudero, en buena ley,
De impostores para mengua

Arranca al muerto la lengua
Y ponla á los piés del rey.
Juez. A nadie se permitió...
D. Favila (*con desprecio*). Si á nadie se ha permitido
Tampoco permiso pido,
Que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
Desairados los presentes,
Los jueces se desconciertan
Y el escudero obedece.
Y sigue aplaudiendo al duque
Con estrépito la plebe,
Y entréganse despechados
Del vencido los parientes.

D. Favila. Tio, decid á esa dama
Si está su honor satisfecho,
Y al rey si basta lo hecho
Para volverla su fama.
D. Godofredo. El rey se partió, indignado
Tal vez de tu demasía.
D. Favila. Mañana será otro dia
Y se habrá desenojado.
Pues si llora por el muerto
No me tendrá en gran favor.
D. Godofredo. Que lo cuentes es mejor
Sobrino.
D. Favila. Estais en lo cierto.
Con que, tio, Dios os guarde,
Que he apretado bien los puños
Y tengo varios rasguños,
Segun creo, y se hace tarde.

—

Y en tanto que hablaban esto
Don Godofredo y el duque,
El rey se salió del circo
Con ira ó con pesadumbre.
Dió por libre á Doña Luz,
Pero, segun se presume,
Secretos designios guarda,
Y negra intencion encubre.
Porque al punto que Don Bristes
Cayó bajo el brazo ilustre
De Don Favila, sus guardias,
Con celo que bien no arguye,
Asieron de la princesa
Y quedó la incertidumbre
De si va libre y honrada
O si presa la conducen.
Ello es que estos pormenores
Que por entre el vulgo cunden
Sospechas alzan y miedos
Que hacen que asaz se murmure,
Y ello es que á hablar en secreto
Por la tarde se reunen
Los vecinos, y se teme
Que en partidos se pronuncien.
Porque se habla demasiado
Del combate, y atribuyen
A Dios mucha parte y dicen
Que su mano se descubre
Pues que vuelve por el justo,
Y no obra el rey cual le cumple.
Lo cierto es que hay destinados
Cien ginetes que patrullen,
Y el rey ha enviado á su primo
Un mensage, que en resúmen
Le intima que á sus estados
Para volver se apresure.
Y así se pasó la tarde,
Y el mundo en sombras se sume,
Y envuelve el cielo la noche
Con pabellones azules.
Algunas estrellas lánguidas
Acá y acullá relucen,
Diseminadas antorchas
Que mas que aparecen huyen.
La luna asoma á pedazos
Por un peloton de nubes
Que la circunda fantástico
En forma y color voluble.
Y al fin por mas que los nobles
El juicio de Dios divulguen
Haciendo favor al rey,
Y por mas que él disimule,
No queda nadie en Toledo
Tan necio, á quien se le oculte
Que Doña Luz sigue presa
Y que se destierra al duque.
Por eso en la torrecilla
Del gótico alcázar luce
La lámpara misteriosa
Que pena y desvelo arguye
En quien la habita, y por eso
El reposo se interrumpe
De la noche con los ayes
Que necio pavor infunden
En los guardias de la torre,
Y cuyo son les aturde
Mientras en el aire vaga
Y en el aire se consume.

VI.

ENCUENTRO Y RESOLUCION.

¡Ay triste del que ufano
Y alegre en apariencia
Figura á los placeres
Quimérica aficion,
Y rie y goza y muchos
Envidian su existencia,

Y un torcedor secreto
Le roe el corazon.

Ay triste del que lleva
Los celos en el alma
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma,
Por que suspira ansioso
Su contristado ser.

Si, triste á quien asalta
Perdido un pensamiento
Cuya horrorosa duda
Destruye su ilusion,
Y vaga por su mente
Cual á merced del viento
Bajel desorientado
Sin velas ni timon.

¡Ay pobre caballero
Cuyo leal cariño
Secreto largos años
A su beldad guardó,
Soñando á su querida
Mas pura que el armiño
Y al cabo de una ausencia
Sin honra la encontró!

¿Quién hallará palabras
Que al caballero amante
Consuelen, ó á lo menos
Satisfaccion le dén,
Cuando en la lengua torpe
Del vulgo petulante
Prostituido encuentra
El nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba
En otro tiempo á un hombre
Que los rabiosos celos
Estimuló del rey,
Y de quien no bastaron
A descubrir el nombre,
Ni el pavoroso juicio
Ni la sangrienta ley.

Si aun la ama, si el delito
Tal vez es verdadero,
¿Porqué por honra propia
No viene á combatir?
¿Porqué si la ha infamado
No sabe el caballero
Satisfacer cual noble,
O cual leal morir?

Mas pues la acusan todos,
Habrá razon alguna
Para que todos la hagan
Tan vil imputacion:
Y entonces ¡ay! ¿quién sabe
Si por fatal fortuna
Ajeno será el crímen,
Y ajena la pasion?

Y ¡ay triste del que lleva
Los celos en el alma!
Y afecta en el semblante
La risa del placer,
Y sus palabras mienten
La venturosa calma
Por que suspira ansioso
Su contristado ser!

Mas Doña Luz á solas
Llorando sin consuelo
Por su galan oculto
Se aflige sin cesar,
Y prematura muerte
De hinojos pide al cielo
Si acaso pudo ingrato
Su corazon cambiar.

Y acaso en este instante
Con torcedor secreto
Los celos se apoderan
A un tiempo de los dos,
Y van por dos caminos,
Entrambos á un objeto,
El uno en pos del otro
De su ventura en pos.

—

Está avanzada la noche
Fria por demas y oscura,
Apagadas las estrellas
Y encapotada la luna.
Sopla á ráfagas el cierzo
Y aunque tormentoso nunca,
Segun por donde se arrastra
Silva, gime, brama ó zumba.
Todo en Toledo reposa,
Y negra, apiñada y mustia
Se ve la ciudad que á trechos
En la sombra se dibuja.
Y allá por entre las peñas
Del valle opaco en la hondura,
Se oye el ronco son del agua
Del Tajo, que se derrumba
Entre los rudos peñascos,
Alzando hervorosa espuma.
¡Medrosos sitios son estos!
Medrosos por las figuras
Informes qne representan
Y por tradiciones muchas.
¡Misteriosos son aquellos

Peñascos y quebraduras,
Cuyos contornos se estienden
En irregulares curvas,
Que en la fantasía toman
Forma y variedad difusa,
Y vida en el miedo encuentran
Y en las creencias se abultan.
Avanzando silenciosa
Por su superficie rústica
Viene á estas horas subiendo
Una sombra lenta y muda.
Ya por paso mas fácil,
O porque mejor le encubran
Con la sombra mas espesa
De los peñascos se escuda.
Cumplido manto la emboza,
Y aunque impedirlo procura,
La malla y los acicates
Por debajo le relumbran,
Y á cada paso se siente
El crujir de la armadura,
Cuyas piezas al moverse
Se separan y se juntan.
Y no sé qué de siniestro
En tales sitios augura
Quien en tan lóbrega noche
Su fria soledad turba.
Y bien á lo que parece
Conoce el lugar sin duda,
Pues ni en lo áspero tropieza
Ni lo difícil le asusta;
Y avanza y gira á su tiempo
Con precision, y segura
Su planta evita los brezos,
Y los pedregales cruza.
Así de una en otra en peña
Llegó trepando á la altura
Hasta tocar del alcázar
Las viejas murallas húmedas,
Donde apartando una piedra
Que falso postigo oculta,
Iba á alzar con una llave
La mohosa cerradura.
Mas no bien la estrecha puerta
Tocaba, cuando la punta
De una espada en la garganta
De repente le aseguran.
«¿Quién vá allá?» le preguntaron,
Mas con repentina astucia,
«¡El diablo!» contestó al punto,
Y con impensada furia
Dando sobre el que le amaga
«¿Quién vá?» á su vez le pregunta.
Quedaron pues, cara á cara,
Aunque cada cual la suya
Recata cuidosamente,
Y aprestados á la lucha.
Mas el que amagó primero
Ya por miedo ó por cordura,
Bajando primero el arma
Así la cuestion escusa,
Diciendo: «De todo el muro
Es esta la puerta única.
Solo dá entrada á esta torre,
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar está claro,
Conque de dos cosas una:
O el galan de Doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Fiado, en la torre entrabais
De oro y de alhajas en busca.
Si lo primero, en mis manos
Tengo yo vuestra fortuna,
Si lo segundo, mis gentes
Apostadas en la hondura
Dan con vos á una señal
En la corriente profunda.
Conque hablad pues.
— Norabuena!
Y escuchadme: esta es la única
Puerta que lleva á esta torre
Y vos conoceis la ruta.
Que ibais á entrar me sospecho,
Con que de dos cosas una:
O el galan de Doña Luz
Sois, ó en la sombra nocturna
Sorprendido su secreto
Habeis venido en su busca.
Si lo primero, me importa
Estorbar vuestra fortuna;
Si lo segundo, uno es fuerza
Que en la eternidad se hunda.
Con que hablad pues.
— Norabuena,
Y ó la razon se me ofusca
O al cabo de la cuestion
Nos encontramos en suma.
Vos sois el galan oculto.
— Y vos mi rival.
— Sin duda.
— Defendeos pues.
— Primero
Fuerza es que aclaremos una.
— ¿Cual?
— La de con quien reñimos.
—Yo no me descubro nunca
Cuando riño por guardarme.
—Aparte necias escusas,
Señor valiente, que ha dado
Con quien de razones gusta;
Porque me importa el asunto
Mas de lo que se os figura,
Y si es tal vuestro secreto
Que en descubrirlo haya culpa,
Mi nombre es la garantía
De que lo echais en la tumba;

Que el príncipe Godofredo...
— Vos, mi tio?
—! Bondad justa
De Dios! ¿eres Don Favila?
—Yo soy.
—¿Pero qué te turba?
¡Oh! de hallarme tan á tiempo
Da gracias á la fortuna,
Que sé mas de lo que crees,
Por mucho que te presumas.
Pero entremos, que no es justo
Platicar en pié y á oscuras. »
Tras cuyas frases metiendo
La llave en la cerradura,
Desaparecieron ambos
Por la puertecilla oculta.

—

Su infortunio en maldecir,
Y en suspirar y gemir
Se ocupaba la princesa,
Cuando oyó con mucha priesa
Por el caracol subir.
Sobresaltóse advertida
Y asió por dentro el cerrojo,
Tal vez temió por su vida,
Que no hay precaucion perdida
Del rey contra el fiero enojo.
Dieron cautelosamente
Dos golpecitos por fuera,
Mas Doña Luz cautamente
A oir aguardó prudente
La voz del de la escalera.
«Luz! » dijeron, mas tan quedo
Que no pudo conocer
El acento y tuvo miedo;
Porque tenia en Toledo
Mucha traicion que temer.

D. Favila. Abre, Luz, ¿no me conoces?
D. Godofredo. Despierta, si estás dormida.
D. Favila. Por dulce sueño que goces
Desvélente, Luz, mis voces,
Despierta por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento
Respondiendo el corazon
De Doña Luz, y un momento
Dudando, abrió su aposento
Al iman de su pasion.
Pero mirando turbada
A Godofredo con él,
Recibióles reservada,
Severa y disimulada,
Siempre á su secreto fiel.

D. Luz. Tal vez, buenos caballeros
Con nobleza ya escesiva
Venis de nuevo á ofreceros;
Tal favor agradeceros
Sabré yo mientras que viva.
Que aunque será, segun creo,
Por breve tiempo quizás,
Lo grande de mi deseo
Podrá suplir lo demás.
D. Godofredo. ¡Qué farsa es esta que veo!
Luz, la brevedad importa,
Responde: esta letra ¿es tuya?

Quedó Doná Luz absorta
Cuestion tan precisa y corta
Sin atinar como huya.
Y el tio que esto previno
A los ojos la ponia
El escrito pergamino,
Que á dar en sus manos vino
Allá en Alcántara un dia.
Posaba convulsamente
En él la avara pupila
Doña Luz; su tio en frente
Sonreia dulcemente,
Y temblaba Don Favila.
Al cabo rompió á llorar
La pobre madre culpada,
Sin osarle preguntar
Por su prenda abandonada
En los brazos del azar.
Y abriéndola con ternura
Los suyos Don Godofredo:
«¡Ven (la dijo) está segura
» Esa prenda de ventura,
» Pero lejos de Toledo.
» Y abrazaos ¡ vive Dios!
» Que el cielo piadoso aprueba
» Lo que harto costó á los dos;
» Que va de la culpa en pos
» Pero aborrece la nueva. »
Y los dos tiernos amantes
Por tanto tiempo constantes
En un cariñoso abrazo
Lid olvidaron y plazo
En tan ansiados instantes.
Lloraban ambos al par
Con lágrimas de ternura
Y ya próximo á llorar
El tio sin respirar
Bendecia su ventura;
Cuando oyeron de repente
De pobre instrumento el son,
Y entre el son de la corriente
Del Tajo, alegre cancion
Entonada diestramente.

D. Godofredo. ¡Ea! no escuse lo menos
Quien ha emprendido lo mas,

Id vuestra ruta serenos
Que mis caballos son buenos,
Y os queda un amigo atras.
D. Luz. ¡Cómo, señor, ¿qué es aquesto?
D. Godofredo. Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
Ni para guardar tu honor,
Ni para evitar su arresto.
D. Favila. ¿Y el rey?
D. Godofredo. Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
Que el rey Egica ante mí
Tendrá que ver que nací
El mas justo de los dos.

CONCLUSION.

Estaba cercano el dia;
La luna en el horizonte
Escasa luz despedia
Y á largos pasos se hundia
Detrás del alzado monte;
Cuando solo y descuidado
En largo manto embozado
Despacio entraba en Toledo
Un hombre, que bien mirado
No era otro que Godofredo.
Y allá á lo lejos se vian
La estensa vega cruzando
Varios ginetes que huian,
Que mas se desvanecian
Cuanto se iban alejando.
Pasó Godofredo el puente,
Y apenas apareció
La aurora en el rojo oriente,
Firme el pié y alta la frente
En el alcázar entró.

—

Lo que pasó dentro de él
Entre el infante y Egica
Nadie en Toledo lo esplica
Ni se halla en ningun papel.
Ello es que Don Godofredo
De un hora tras el despacio,
Volvió á salir de palacio,
Y se ausentó de Toledo.
Y en el aire triunfador
Con que dicen que salía
Bien claramente se vía
Que llevaba lo mejor.
El rey desde su partida,
Presa de oculto pesar,
Cercano estuvo á exhalar
A sus rigores la vida.
Y en cuanto esta le duró
Ni al duque persiguió mas
Ni el bello nombre jamás
De la princesa mentó.
Y aunque recias tempestades
Fueron á turbarles luego,
De su retiro el sosiego
Y el bien de sus soledades,
Del rey su tio á cubierto
Ellos allá en sus estados,
Vivieron muy bien casados,
Y esto es, ¡oh lector! lo cierto.
Y acaso en otra ocasion
Si tu favor me aseguras,
Sabrás otras aventuras,
De Doña Luz, que hartas son.
Mas si no son de tu gusto,
Lector, las que te conté,
No hablemos mas, porque á fé
Que no me coje de susto.

LEYENDA SEGUNDA.

—

HISTORIA
DE
UN ESPAÑOL Y DOS FRANCESAS.

—

CAPITULO I.

DE COMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA FRANCESA.

En un dia de febrero,
Como á las tres de la tarde,
Del rio Arlanza mirando
Los fugitivos cristales,
Y entre el camino de Francia
Y el rio humilde paseándose,
Víase á un hombre vagando
Por su solitaria márgen,
Hidalgo y rico á juzgar
Por su gentileza y traje.
En secretas reflexiones
Abismado y sin curarse
De cuanto en redor pasaba
Seguia, cual si ocupasen
Su mente graves cuidados
O duelos su ánima graves.
Parado estaba del puente
Cabe los altos pilares,
Cuando llamó su atencion
Ruido y polvareda grandes
Que alzaban muchos ginetes
Por el camino adelante.
Alargó pues el hidalgo
Sus pasos para encontrarles

Bien fuese curiosidad
O bien que les aguardase.
Salió al lindel del camino,
Y á la turba aproximándose
Peregrinos vió y juzgóles
Gente de noble linage.
Dos damas y un caballero
Eran, y con antifaces
Traian cubierto el rostro,
Costumbre de tiempos tales.
Caballos traian recios,
Cruces de plata, y por pages
Quince ginetes armados
Del casco á los acicates.
Llegados ante el incógnito
El caballero parándose
Díjole: «Dios sea loado,
Buen hombre.» Y él con voz grave
Repuso: «Loado sea
Por siempre, buen caminante.
—¿Por dónde voy al palacio
Del conde Garci Fernandez?
—¿Pensais en él hospedaros?
—Sí, que pienso.
—Muchas calles
Hay que cruzar, y yo mismo
Es mejor que os acompañe,
Si la atencion no os enoja.
—Si ese camino lleváreis
Para ir á vuestros quehaceres
Consiento, y Dios os lo pague.
—Voy tambien hácia palacio.
—Entonces echad delante.»

Tomó el de á pié en este punto
La vuelta á los arrabales,
Y sin que hubiesen los guardias
Ocasion de demandarle
Sino de hacerle gran honra
Como á ilustre personage,
Entró en Burgos por la puerta
Que á Santa María cae.
Y aquí con los peregrinos
Que le seguian juntándose
Conversacion introdujo
Con palabras semejantes:
«¿Y á donde es el derrotero?
—A Santiago.
—Es una imágen
Y una iglesia milagrosas.
¿Y de qué tierra se parten?
—Desde Tolosa de Francia.
—De agradecer es el viage!
Es devocion ó promesa?
—¿Es devocion y eso baste,
Que habeis hecho tres preguntas
Sin que os preguntara nadie.
—Perdone el buen peregrino.
—Vaya el buen guia adelante.»
Y en esto el de á pié teniéndose
Ante un edificio grande
Alzado en una plazuela,
Dijo entre sério y afable:
«Vea lo que habla el romero,
Pues aquí es fuerza que pare
Quien á mi palacio llega
A demandar hospedage.
—¡Cómo! ¡Sois por vida mia...
—El conde Garci Fernandez.
—El de Castilla perdone.
—El de Tolosa demande,
Que anduvo el guia indiscreto
Y hará el conde castigarle.
Pero pié á tierra señores
Que esta es su casa.»
Y con tales
Palabras ayudó el conde
A las damas á apearse;
Y entrándose por sus puertas
Con corteses ademanes
Las dió el brazo en la escalera
Sin que ellas se le esquivasen.

—

Cómo entra amor en el alma
En verdad que no se sabe
Pero ello es que el tiene llave
Para abrir el corazon;
Y una palabra, un suspiro,
Dicha ó exhalado apenas
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razon.

Cadenas echas de flores
De deseos y de antojos
Forjadas en unos ojos
De pudoroso mirar
O en unos labios de púrpura
Que sonrien tiernamente
Ensayados diestramente
En sonreir y en hablar.

¡O amor! que bien escogistes
Aunque niño, loco y ciego
Lugar do esconder tu fuego
Y tu irresistible iman!
Porque ¿cómo recelarse
De unos ojos inocentes,
Y de unas indiferentes
Palabras que al alma van?

¡Ay! poco á poco se miran
Y se escuchan poco á poco,
Y nace un deseo loco
Que aunque aislado y sin valor
Tras él otro y otros trae,
Que ardientes y decididos

Nos despeñan impelidos
Por las simas del amor.

Así al conde de Castilla
Labraba su desventura
La peregrina hermosura
Que en su palacio hospedó.
Y él que esquivó los halagos
De castellanas hermosas
En las redes codiciosas
De la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
El mismo conde en su seno,
Y cuyo dulce veneno
Bebia con avidez
Tan ciego y desatentado,
Que cuanto mas le apuraba,
Mas el infeliz dudaba
Que fuese poco á su sed.

Si, porque ¿quien no le apura
Ofrecido en rico vaso
Que incita á beberle acaso
Con su esquisito primor?
¿Quien fascinado no corre
Tras unos ojos de fuego
Que nos roban el sosiego,
La prudencia y el valor?

Y á fé que era encantadora
La dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
Y de prosapia real.
Y él, que vió sus ojos cándidos
Sin los dobleces del velo,
Creyó su azul como el cielo
Signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
Miró luego respetuoso,
Amó despues silencioso
Y amó con ansia despues;
Primero dispuso fiestas,
Luego presentes y galas,
Y al fin de su amor en alas
Cayó sin fuerza á sus piés.

Y una noche entre los mirtos
Del jardin de su palacio
Cuando á solas y despacio
Por fortuna la encontró,
Tomó sus manos de nieve
Y doblando la rodilla,
La corona de Castilla
Loco de amor la ofreció.

¡Oh bellísima Argentina!
(La dijo el rendido amante)
Desde el fortunado instante
En que por dicha te ví,
Mi voluntad, mi deseo
A mas ventura no alcanza
Que á la débil esperanza
De tenerte junto á mi.

De noche allá en mis delirios
Tu imágen se me aparece,
Y el alma se me estremece
Con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
Mi corazon ilumina,
Y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
Acrecienta mi pasion.

De dia ansioso te busco,
Bajo tus rejas paseo
Y venturoso me creo
Si de la reja á traves
Alcanzo tu sombra errante,
Aun sabiendo ¡vida mia!
Que mi amorosa agonía
Ni te imaginas, ni ves.

Creí que podria un tiempo
Mas que mi destino fuerte
Olvidarte ó no quererte,
Mas neciamente creí.
Yo te amo, sí; cada dia
Que por mi existencia pasa
Mi pasion crece sin tasa,
Y no hallo vida sin tí.

Y pues te brinda el destino
¡Oh bellísima francesa!
Sé en Castilla la condesa,
La luz de mis ojos sé,
Y piensa que en compañía
De quien tan fino te adora,
Tú serás reina y señora,
Yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde
Las manos la acariciaba
Y el rostro la contemplaba
Con amorosa ansiedad;
Y ella inmóvil y en silencio
Con angélica sonrisa
Contemplábale indecisa,
Mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
La hermosa sin defendellas,
Y el conde estampaba en ellas
Sus labios con harto ardor,
Mientras la luna que huia
Y las auras que sonaban
Prestaban luz y armonía
A aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
La solitaria frescura

La ilusion y la ventura
De una noche y un jardin;
Quien vé el empeño del conde,
Y la paz con que ella escucha,
El *sí* con que le responde
Imagínese por fin.

Un *sí* pronunciado apenas
Fugitivo y balbuciente,
Pero espresivo, elocuente,
Espontáneo, abrasador.
Un *sí* cuyo eco encantado,
Cuyo sonido improviso
Abrió al conde un paraiso
De deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos;
Dobló en su pecho la frente
Y un beso, aunque puro ardiente
En ella el conde posó,
Y la niña, no ofendida
Mas cautelosa, apartándose,
De su buen padre, ausentándose,
El dulce nombre invocó.

El conde, que era entendido,
Aprovechando el momento
A poco en el aposento
Del huésped se hizo anunciar,
Y allí con él encerrado
Y de Argentina en ausencia
La importante conferencia
Comenzaron á entablar.

El Frances. Generoso castellano,
¿Qué puedo hacer por serviros?
El Castellano. La dicha vengo á pediros.
El Frances. Si está en mi mano os la doy;
Mas decidme ¿en qué manera
Alcanzo á vuestro destino?
El Castellano. Oidme, buen peregrino,
Que á descifrároslo voy.
Yo os dí por vuestra nobleza
En mi palacio hospedage,
Y os vino á hacer homenage,
Cuanto en Castilla hay mejor.
Ardió mi tierra en festejos
Por los condes de Tolosa,
Y solo existe una cosa
Con que pagarme, señor.
El Frances. Decidla pues, que aunque sea
La mitad de mi corona,
Mi fe desde aquí os la abona
Para delante de Dios.
El Castellano. Pues bien, teneis una hija,
Yo apelo á vuestra promesa
Y quiero hacerla condesa
Sin que lo herede de vos.
El Frances. ¡A Argentina!
El Castellano. Sí por cierto,
Y ved que de otra manera
Haceros cargo pudiera
Como á huésped desleal,
Porque yo os franqueé mi casa,
Y os dí cuanto poseia
Y robáisme el alma mia,
Con que me pagais muy mal.

Quedó el francés á estas voces
Sombrío y meditabundo,
Pues que no habia en el mundo
Cosa que irle á demandar
Qué él diera de peor gana
Ni á un conde, ni á un estrangero,
Porque el acaso altanero
De conde aspiró á pasar.

Mas mirando que le estaba
Del hospedage obligado
Y que el español honrado
Vivia y con gran poder
Pensó que andaria necio
En negarla al castellano
Que si no era un soberano,
Honrara harto á una muger.

Tendió pues la mano al conde
Con cortesana sonrisa,
Y sentando por precisa
Y absoluta condicion
La voluntad de Argentina,
Contestó que el la otorgaba
Puesto que en dársela obraba
Conforme á su obligacion.

La boda, pues, acordóse,
É impaciente Don García
Casóse en Santa María
Aun no trascurrido un mes;
Castilla y Tolosa hicieron
En las fiestas competencia
Y hubo festin y licencia
Muchas semanas despues.

Vino á ofrecerse rendida
A su nueva soberana,
La nobleza castellana
Siempre á sus condes leal;
Y cumpliendo el de Tolosa
En Santiago su promesa
Volvióse á tierra francesa,
Siendo el gozo universal.

CAPITULO II.

DE COMO SE LAS HUBIERON LA FRANCESA Y EL ESPAÑOL.

Mas ¡ay del necio que fia
En la muger y en el viento,
Que cambian en un momento
De rumbo y de fantasía!

Y ¡ ay de quien fia en estraños,
Que aunque halagarnos pretendan
Preciso es que al fin nos vendan
O con fuerza ó con engaños!
Dos años y no cabales
Vivieron ambos esposos,
Tiernos siempre y cariñosos,
Alegres siempre é iguales.
Amábala el español
Con tan ciega idolatría
Que antes que en ella creeria
Que hubiera mancha en el sol.
Y amábale la francesa
Con intensidad tan rara
Que mejor se la juzgara
Favorita que condesa.
No habia para él mas gloria
Que su amor, y en tal esceso,
Que cambiara por un beso
La mas preciada victoria.
No habia gusto para ella
Si con él no le partia,
Y el vulgo en fin los creia
Nacidos bajo una estrella.
Tambien lo creia el conde,
Pero al fin dió en un abismo
Que ¿quien por otro responde
Si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años despues
Desde tierras de Tolosa
De los padres de la esposa
Con regalos un frances.
Para mas ostentacion
De la amistosa misiva
Vino con gran comitiva
De gente de estimacion.
Toda hidalga y opulenta
Que entre ella nobles venian
Que provincias mantenian
Con sus tropas y á su cuenta.
Trajeron mil invenciones,
Refinamiento elegante
Del lujo, heraldos delante,
Pages detrás y bufones.
Y en fin entre su equipage
Con esplendidez estraña
Hasta tiendas de campaña
Para las siestas del viage.
Cuyas cosas en Castilla
Por gente sóbria habitada
Tuvieron boga sobrada,
Rayando en la maravilla.
Tomaron de ellos los trages
Por gusto de la condesa,
Y armáronse á la francesa
De bufones y de pages.

Diéronse mútuos festejos,
Y fué con tanta porfía
Que cada cual ir queria
En lo liberal mas lejos.
Su ventaja al conocer
En caballos los de Francia
Abrieron con arrogancia
Un campo donde correr.
Con lo cual los Burgaleses,
Gente en los combates ducha,
Abrieron campo á la lucha
De á pié contra los franceses.
Bajaron de la montaña,
De tal fiesta á los rumores
Los mas fuertes lidiadores
Que daban honor á España.
Y al fin mas pronto ó mas tarde
De mil diferentes modos
De su bizarría todos
Vinieron á hacer alarde.
Hubo castellanos nobles,
Que en cabalgar muy maestros
Con los franceses mas diestros
Ganaron apuestas dobles.
Y hubo muchos castellanos
Que en lucha franca y leal
Se la hubieron harto mal
De los franceses á manos.
Pero sobre todos uno,
Gallardo Alcides frances
Luchó una vez contra tres
Y no le rindió ninguno.
Mozo era de sangre noble
Chico de cuerpo, mas fiero,
Como los vientos ligero,
Y robusto como un roble.
Él fué siempre el vencedor,
Y en la liza al presentarse
Los demas no retirarse
Era solo por honor.
Llamábase el tal Lotario,
Y para amorosos lances
Nadie le iba á los alcances
Pues rayaba en temerario.
Y aunque cortés y cumplido,
En su fortuna fiado,
Jamás respetó sagrado
De padre ni de marido.
Hipócrita mas que fiero,
Con una segura táctica,
Los medios ponia en práctica
Mas infalibles primero.
Iba tras de las devotas
A las iglesias rezando;
Con opulentas tratando
Gastaba con manos rotas.
Donde habia un padre viejo
Idólatra del honor,

Por la palabra menor
El duelo era su consejo.
Donde familia pacífica,
Via que, aunque retirada,
De oro y de bienes sobrada
Le recibia magnífica,
Él, con gravedad enfática
Cada visita que hacía,
Por lo grave parecia
Una mision diplómatica.
Y por fin de astucia estrema
Dotado, el refran usaba
Que á cada paso encajaba,
Cada loco con su tema.
Con esto y con ser al par
Gran músico, no hubo dama
Que al reclamo de su fama
No le viniera á admirar.
Él, de las galas francesas
Llevaba la palma toda,
Y él era el galan de moda
Con las damas burgalesas.
La plática principal
De las mas hermosas niñas,
Eran las rondas y riñas
Del amante universal.
Y todas de sus amores,
Anhelando ser objeto
Disputábanse en secreto
Sus mas mínimos favores.
Mas él, de su fiel fortuna
Audaz siguiendo las huellas,
Se olvidó de las estrellas
Al postrarse ante la luna.

—

¿Qué tienes, paloma mia?
Preguntaba el conde un dia
A solas á su condesa,
¡Bien sabe Dios que me pesa
Mirar tu melancolía!
Si tal vez por un descuido,
Imprudente ó no advertido,
Vida mia, te ofendí,
Perdon de hinojos te pido:
Sino ¿qué te aqueja, dí?
Comprender la causa quiero
Del dolor que te atormenta;
Ni esposo ni caballero
Seré si no te prefiero
A las cosas de mas cuenta.
No, Argentina, en mi condado
No hay objeto que me importe
Lo que tu amor regalado;
Díme pues ¿quién te ha enojado?
Algun chisme de la corte
De alguna dama envidiosa
O de algun necio me infama?
¿Pudiste olvidar, hermosa,
Que tú á la par de mi esposa
Has sido siempre mi dama?
Y cuando no hay en Castilla,
Otra como tú tan bella
Qué pienses me maravilla
Que en mí tu amor amancilla
Ni casada ni doncella.
No por Dios, paloma mia!
¿El conde así venderia
El amor de su condesa?
Que lo imagines me pesa
Mas que tu melancolía.

—

Tal dijo el conde á su esposa,
Mas no logró una respuesta
Que pusiera manifiesta
A sus ojos la verdad.
Pasó un dia y otro dia,
Y á su mismo afan tornando
Volvió á porfiar quedando
En la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
Con la candidez de un niño
A ponderar su cariño
Con minucioso placer.
Llamábala con los nombres
Mas sentidos y halagüeños,
***Sol*, *arcángel de sus sueños*...**
Cuanto halaga á una muger.

Y tomando entre sus manos
Su peregrina cabeza,
Contemplaba su belleza
Con alegria infantil:
Y estático en sus hechizos
El purísimo reflejo
De sus ojos le era espejo
De su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
Sus párpados trasparentes
Y sus mejillas ardientes,
Y sus labios de coral,
Y los rizos olorosos
De su flotante cabello
Suspendidos por el cuello
En complicada espiral.

Y el triste de cualquier modo
Y aun á su costa quisiera
Una sonrisa ligera
De sus labios arrancar;
Mas era empeño ínsensato!
El embozo impertinente
Con que nublaba la frente
No pudo nunca apartar.

Él, que como amante, ciego
Por falso cristal veia,
Capricho amante creia
Lo que era abierto desden,
Y aguardaba á cada instante
La esplicacion de un misterio
Que le robaba el imperio
En el alma de su bien.

Que mas que advertido amante
Juzgaba el mal de Argentina,
Hijo de duda mezquina
En su inalterable amor,
Y en la pureza fiado
De su tranquila conciencia
Aguardaba con paciencia
Que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
Los sitios mas solitarios
Elejia por santuarios
De su secreto pesar;
Y se la via en la noche
Cual sombra que arrastra el viento
A solas con paso lento
Por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
Reclinada largas horas
De las corrientes sonoras
Adormida con el son,
Sollozaba tristemente
Las secretas agonias
Que envenenaban sus dias,
Royéndola el corazon.

A veces del pardo muro
Perdida en la sombra oscura,
O entre la hojosa espesura
De la parra y del rosal,
Parecia que con alguien
Conversacion entablaba
Aunque qué y con quién hablaba
Se comprendia muy mal.

Y el rumor de estos misterios
Entre el vulgo propagado,
Por el vulgo interpretado
Con ruin malicia vulgar
A mil fábulas audaces
Crédito asaz infundia,
Y á cada punto crecia
En la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla
Ya escarmentada de estraños
Imagina siempre engaños
De la estrangera doblez;
Y luego (decia el pueblo)
Por mas que nació condesa
Siendo al cabo una francesa
No hay que fiarse pardiez!

El conde en tanto creia
Que la memoria de Francia
Con el tiempo y la distancia
Avivada sin sentir,
Y la vista de sus gentes
Y el recuerdo de su lengua
A las manias presentes
La pudieron conducir.

Y en su bien solo afanado
La aseguró que acabada
Una contienda empeñada
Con el árabe Almanzor,
Darian vuelta á Tolosa
Donde pronto espantaria
Su oculta melancolía,
Devolviéndole su amor.

Partióse pues el buen conde
Contra Almanzor á campaña
Y fué con tan justa saña
Y con valor tan audaz,
Que aún humeando del moro
Con la sangre harta de afrenta
Su campo feraz ostenta
Santisteban de Gormaz.

Que en aquel dia glorioso
Para el honor de Castilla
Ni quedó ginete en silla,
Ni peon quedó de pié.
Allí cayeron á impulso
De las lanzas castellanas
Las falanges Africanas
Enemigas de la fé.

Y aun vienen alguna noche
Los lobos en turba hambrienta
A hozar la tierra sangrienta
Regada ocho siglos há;
Y aun pasan los calvos buitres
Sobre el valle en banda espesa,
Avarientos de la presa
Reducida á polvo ya.

Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay pobre Don García!
Él solo lloró aquel dia
La gloria que á España dió.
Mas le valiera mil veces
Caer en Gormaz con honra
Que cargar con la deshonra
Con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas
Al doblar de los tambores
Con mas aplausos y honores
De los que él soño jamás;

Pero llegó á su palacio,
Y al entrar por sus dinteles
Sus merecidos laureles
Maldijo, y su ser quizás.

Las puertas vió de su alcázar
Para recibirle abiertas,
Mas nadie salió á sus puertas
Para darle el parabien.
Y los siervos y las damas
Que dejó en él, en su ausencia
Esquivaron su presencia
Cual de su gloria en desden.

En vano se entró iracundo
Por sus puertas adelante
Llamando con voz pujante
A su gente desleal;
Solo el eco que en las bóvedas
Cóncavas se guarecia
A sus voces respondia
Con lamento funeral.

Rabioso decia: « ¿Dónde
Mi servidumbre se encuentra? »
Y el eco decia — *entra*,
Y entraba el conde en furor.
Decia con voz doliente:
« ¿Qué es de mi esposa querida? »
Y el eco decia: — *ida*
Con acento de dolor.

Y el triste Garci Fernandez
De sus amigos cercado
Su alcázar abandonado
Pisando medroso vá.
Y su ánima vigorosa
De una sospecha asaltada
En su pecho arrinconada
Ni aun esperanza le dá.

Volvió á los suyos y díjoles:
«¿No hay quien me dé una respuesta?»
Y el eco repitió — *esta*,
Y él mirando en derredor
«¿Quién, gritó, en mi casa propia
Me mofa con arrogancia?»
Y el eco retumbó « Francia »
Por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
Por un instinto guiado,
Cruzó el corredor aislado
Y al oratorio llegó:
Abrió la puerta con ímpetu
Y al tender dentro los ojos
Entorno al altar de hinojos
A sus siervos encontró.

« ¿Qué es esto? dijo asombrado
El infeliz Don Garcia
¿Pensabais pues que vendria
Mi palacio á conquistar?
¿Porqué os acogeis al templo?
¿Qué es esto gente menguada?»
Pero la turba callada
Ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
En la mansion religiosa,
Y el semblante de su esposa
No alcanzando á ver allí
Asió con ira del cuello
Al que topó mas cercano
Y con la daga en la mano,
Le dijo iracundo así:

« ¿A dónde está la condesa?
Dí ó mueres tras mi demanda. »
Y el eco murmuró — *anda;*
Porque la turba calló.
« Hablad por Dios, dijo el conde;
Vuestro dolor ¿que me arguye?
¿Dó está mi Argentina?»— *huye*
El eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente
Y humillada y temerosa
Dobló la faz vergonzosa
Con la tierra hasta tocar;
Y entendiendo Don García
Todo el valor de su duelo,
Los ojos puso en el cielo
Gimió... y los tornó á bajar.

En vano por consolarle,
Sus amigos se afanaron,
Sus pueblos le victorearon,
Y la gloria le aduló;
Él se encerró en su aposento
Y en soledad noche y dia,
La razon y la porfía
Igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
Amigos, fieles y viejos,
« No necesito consejos
Respondió, sé cómo obrar. »
Y aunque adusto y cabizbajo,
Bien en su faz se veía
Que algo resuelto tenia
Imposible de mudar.

CAPITULO III.

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA DIGNA DE SER MEJOR CONTADA.

De un montecillo estraviado
Sobre la empinada loma,
Como escondida atalaya
Puesto entre Francia y Borgoña

Hubo segun un cronista
Allá en edades remotas
Un castillo inhabitado
De manos francesas obra.
Pertenecia, en los tiempos
A que alcanza nuestra historia,
A un segundon pendenciero
De familia poderosa.
De modo que en su recinto
Roido por la carcoma,
No habia mas que un alcaide
Con guardia holgazana y poca.
Y como donde hechos faltan
Fábulas del vulgo sobran,
De él relataban mil cuentos
Los pueblos á la redonda.
Todo invenciones acaso,
Mas siempre lo falso apoya
Alguna verdad oculta
Entre mentiras de monta.
Y es así que no hay castillo
Ruinoso, ni ermita sola
Donde mil negras visiones
Crédulo el vulgo no esconda.
Mas no hay una de esas fábulas
Imposibles y espantosas
Que no haya tomado orígen
De un hecho que el vulgo embrolla.
Tal era nuestro castillo,
Mansion solitaria y lóbrega
Vivienda segun el pueblo
De fantasmas y de sombras.
Jamás se abrian sus puertas
Sino á medias y á deshora;
Jamás por ellas entraban
Sino á lo mas dos personas.
Nadie por ellas salia
Tras conversacion sabrosa,
Ni aun en busca de viandas
De gente que existe propias.
Todo lo cual era cierto,
Porque el alcaide en Perona
Almacenaba por años
Su provision, que aunque corta
Bastaba para su gente,
Que descuida y ociosa
En la ciudad se ocupaba
Todo el año sin zozobra.
Y en esto siempre sus amos
Hicieron la vista gorda,
Pues nunca anduvo la paga
De la guarnicion de sobra.
Ellos se buscaban vida
En la ciudad mas gustosa
Donde hallaban amos ricos,
Juegos, pendencias y mozas.
Y en caso de una imprevista
Necesidad poderosa,
Siempre en el castillo hallaban
Casa grande y mesa sobria.
Los años de nuevecientos
Y ochenta y seis (ó era próxima)
Corrian cuando una noche
Oyó el alcaide á deshora
Al otro lado del foso
Producida en una trompa
Aguda señal de aviso
Que redoblaba imperiosa.
Bajó el puente y en el patio
Entróse sin ceremonia
Un hombre que dijo á voces
Desde el caballo que monta:
« ¡ Ola alcaide ! vuestros amos
Llegan mañana á estas horas.
— Mañana ! esclamó el alcaide,
Válganos nuestra Señora
Del Hoyo, y están las gentes
En la ciudad.
— Nada importa
Buen viejo, repuso el otro,
Los amos traerán su escolta
Y á mas el secreto encargan
Y grande.
— Secretos... ¡ oiga !
— Y así que todo esté listo,
Y nada de ir á Perona
A garlar como mugeres.
¿ Con que lo oye ? punto en boca. »

Metió su jaco en la cuadra,
Tomó la escalera lóbrega
De la torre y pidió al punto
Cena fuerte y cama cómoda.
Y por mas que ensartó el viejo
Unas preguntas tras otras,
No le sacó mas palabras
Que *estad listo* y *punto en boca*.

Y no mintió el mensagero
Pues de su lecho de rosas
Del dia siguiente apenas
Se levantaba la aurora,
Cuando el señor del castillo
Sobre una yegua fogosa
Cruzaba el puente seguido
De unas catorce personas.
Dos eran damas cubiertas
Con largos velos, las otras
Criados, y gente de armas
De faz amenazadora.
Y en verdad que su talante
Y aparicion misteriosa
Nada de bueno auguraban
A hablar como gente de honra.

—

Tenia aquel castillo
Todo en redor del monte en que se alzaba
Un frondoso y ameno parquecillo
Donde un arroyo limpio murmuraba;
Y entre guijas bullendo,
Por entre árboles mil serpenteando,
Ya en remansos sus aguas deteniendo,
Ya por cuestas sus aguas despeñando,
El parque por do quier iba cubriendo
De gruesos chopos ó de césped blando,
Dando al par su corriente cristalina
Música y sombra á la mansion vecina.
El espeso follage
Y la fresca estension de su ramage
Entoldando la yerba en el estío,
Y en el invierno crudo
Guardando el valle contra el cierzo frio
Penetrante y agudo,
A la paz y al reposo convidaban;
Y así su rica amenidad venian
Y en su centro anidaban
Mil avecillas que hasta allí llegaban
Y contentas en él se guarecian.
No habia allí tocado por fortuna
Del hombre protector la torpe mano;
Y sin lesion alguna
Prosperaba en invierno y en verano.
En sus cuadros campestres
Sin ayuda de riegos, ni semillas,
A su capricho y voluntad brotaron
Mil rosales silvestres,
Que del agua las márgenes bordaron
Con varia multitud de florecillas;
Y en medio de ellas sin pudor se alzaron
Tal vez de sus colores envidiosas
Amapolas y malvas temblorosas
Romero y madreselvas amarillas.
Ni tampoco faltaron
En el vicioso césped escondidos
Los lirios por el sol descoloridos,
Los jacintos morados,
Las anchas hacederas,
Las pródigas junqueras,
Y las altivas y sonantes cañas
Rodeadas de mimbres y espadañas;
Y aun al pié de una peña guarecidas
Del cierzo y de las ráfagas inquietas,
Se levantaron de perfume henchidas
Tempranas y odoríferas violetas.
Aquí pues una tarde
Ya cercano á su fin el claro dia,
Al pié de una cascada
Que la corriente hacia
Por cima de una peña despeñada,
En el mullido césped recostada
Una niña hermosisíma se vía.
La sien sobre la mano,
Sobre la yerba el codo
Permanecia inmóvil, de tal modo
Que alguno la juzgara fácilmente
De acertado escultor obra escelente
Trasunto de un modelo soberano.
Sus dulces ojos de tristeza llenos
Fijos en la corriente fugitiva
No brillaban amantes y serenos,
Antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos,
Y á través de una lágrima ardorosa
Miraban la corriente distraidos
Con espresion doliente y lastimosa.
Y su frente nublada
Con hondos pliegues de dolor sulcada,
Su faz descolorida y ojerosa,
Y sus mejillas faltas
De su matiz purísimo de rosa,
Demostraban bien claro
Que en su cándido espíritu inocente
El pesar se cebó traidoramente.
Ella en sus pensamientos embebida
De su propio aislamiento se olvidaba,
Y el aura, estremeciéndole atrevida
Los ligeros adornos
Con que cubierta su beldad llevaba,
Sus puros y bellísimos contornos
Descubria á traicion cuando pasaba.
Y el hombro torneado,
Y el trasparente cuello,
Y el pecho entre los rizos mal velado
De su rubio cabello
Por la espalda y los hombros destrenzado,
Y sus menudos piés mal escondidos
Entre los pliegues de la suelta falda
Deschechos á los soplos atrevidos
Del aura licenciosa,
Todo sin gran pesar lo descubria
La vista cuidadosa
De un viejo peregrino que subía
Por la empinada cuesta trabajosa.
Y aunque avanzaba el viejo
Cada vez con mas prisa y mas recato,
La niña sin consejo
No curaba, abismada en su amargura,
Los hechizos velar de su hermosura.
Y así mientras el viejo peregrino
Por la cuesta subia
Con cada pié menguando su camino,
La hermosa niña sin temor yacia
A sus solas llorando su destino.
Llegó por fin donde el arroyo manso
Para rodar mejor por la cascada
Parándose tenaz labró un remanso,
Y con voz cariñosa
Y sonrisa halagüeña
Dijo á la niña: «¿Qué haces, Blanca hermosa
Tan sola en esa peña?»
Y en sí volviendo con su voz la niña
Los ojos en redor tendió asombrados

Y ¿ *Quién me nombra*? preguntó risueña.
—¿ Quién sino yo , la replicó el viagero,
Que de tu mal dolido
Librarte dél ó consolarte quiero.
—¡ Ay señor! dijo Blanca suspirando,
Que completo mi mal no habeis sabido
Cuando me estais remedios augurando.
—¿Quién sabe, ¡ pobre niña! si mi ciencia
Podrá alcanzar para tu mal remedio?
—¿ Tan sabio sois?
— Tan sabio,
Que tal vez si me cuentas por tu labio
Todo el mal que padeces
Creo tener para curarle medio. »

Quedó Blanca mirando al peregrino,
Tal promesa y palabras escuchando,
Y á su lado sentándose el buen hombre
Desta manera á Blanca siguió hablando :
« ¿No es tu padre un hidalgo poderoso
Señor de ese castillo?
Di ¿no es tambien tu madre
Esa hermosura de quien es esposo?
— ¡ Ay ! ni él parece á la verdad mi padre,
Ni ella fué nunca sino monstruo odioso
Que me robó mi paz y mi ventura ,
Envidiosa tal vez de mi hermosura.
—¿Con que es tan bella y tan...
— No hablemos de ella?
Que solo con oir su nombre infando
Se me estremece el corazon temblando,
Y por ella no ceso
De vivir suspirando.
—¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?
— Creedme que lo es : por ella solo
Yo que nací contenta y virtuosa ,
Yo que siempre viví tranquilamente
¡ Ay ! de oveja inocente
Me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
Y ella esclava me ha hecho,
Menos que esclava sí, que á cada hora
Con el puñal agudo
De una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo á mi padre aborrecida ,
Y así ¡ ay de mí ! cuando á mi padre acudo
Él maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado
Ella sola lo tiene , y avarienta
Del cariño y del oro
Que mi mísero padre la ha mostrado ,
Las tristes horas de mi vida cuenta
De su amor heredera y su tesoro.
Y así paso la vida
Viéndome á todas horas despreciada ,
Sin duelo castigada
Mi belleza si existe y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca
Las sentidas razones de mi boca ,
Llamándome si mísera me quejo
Atrevida mozuela sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
Tan sola y sin amparo
No hallan en injuriarme algun reparo ,
Y olvidando el respeto que me deben
Todos á la hija del señor se atreven.
Y yo ¡ triste de mí ! sin mas consuelo
Que llorar á mis solas con mi duelo ,
De los mios mofada y los estraños ,
Sin esperar favor de tierra y cielo
Huir contemplo mis floridos años ;
Y á solas me consumo ,
Y en lágrimas mi vida se deshace
Cual flor que el rayo desvanece en humo. »

Y así diciendo la apenada Blanca ,
Con iracunda mano
Los bellos rizos de su frente arranca ,
Y ofende su semblante soberano ,
Maldiciendo á la faz del peregrino
La injusticia fatal de su destino.
Hasta que él sujetándola los brazos
Y teniéndola en nudo cariñoso
Asida dulcemente ,
Con amorosa voz y acento amigo
La dijo así teniéndola consigo :
« Serena ¡ hermosa mia !
Serena sí , tus ojos de paloma ,
Que ya feliz de tu ventura el dia
Por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡ Blanca bella !
La voz enamorada
De tu libertador, y oirá en ella
Tu alma acongojada
Consoladora música encantada.
Yo nací ¡ oh Blanca! en tierras muy remotas
Rico y feliz , pero la suerte avara
Dicha muy breve me vendió muy cara :
Todas al fin mis esperanzas rotas
Juguete de la suerte me hallé un dia ,
Y en brazos me lancé de la fortuna
De ella y de mí sin esperar ninguna.
Largo tiempo á través de las fatigas
Erré cruzando el arenal del mundo
Yá por campo feraz rico de espigas ,
Ya por campo erial lleno de espinos ,
Ya por montaña estéril ,
Ya por valle fecundo
Surcado por arroyos cristalinos ,
Del invierno arrostrando los furores
Y espuesto del verano á los ardores.
Pasé al fin por tu patria ¡ Blanca hermosa !
Y al punto en que te vi , ciego y sin tino
Corriendo tras tu huella luminosa
Perdí mi pensamiento y mi camino.
Lancéme tras de tí , seguí tus pasos ,

Atravesé la Francia
Y llegué de Borgoña á la frontera
Siempre en pós de tu rápida litera.
Ahora responde ¡ oh Blanca ! yo soy dueño
De un pais rico y fértil y lejano,
Esto que ves en mi todo es un sueño;
Este viejo disfraz con que me embozo
Encubre como ves un noble mozo;
Si me quieres seguir, esta es mi mano. »

Y así hablando el fingido peregrino
El bizarro semblante
De su postiza barba separaba,
Y su semblante juvenil mostraba
De valor nobilísimo radiante.
Y la niña infeliz le contemplaba
Cual bella aparicion que ante la vista
El viento cruza y en el viento posa,
Y vá sobre una ráfaga imprevista
Iluminando el aura vagarosa.
Con sonrisa pueril, con mano incierta
La creida vision contempla y toca,
Y á concebir no acierta
Una idea su mente, un ¡ ay ¡ su boca.
Que la triste al pesar acostumbrada
Inaccesible al bien escucha y mira
Y á la voz del placer embelesada
Tal vez por no ahuyentarle no respira.
Mas mientras ella goza
Con la idea del bien que aun no comprende
Y el pensamiento con los ojos tiende
Por el azul espacio cristalino,
Siguió de esta manera el peregrino:
« Blanca pura y hermosa!
Yo te puedo tornar rica y dichosa:
Yo puedo sustraerte
Llevándote conmigo
De una existencia triste y trabajosa,
Que acaso ¡ ay Dios! te llevará á la muerte.
Pero tu honra es primero,
Y pues nací con honra y caballero
Obtendré de tu padre la licencia,
O forzaré su gusto
Si á nuestro bien opone resistencia.
—¡ Ay! si de él esperais consentimiento
Jamás le otorgará!
—Con tiempo y maña
Todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
Que, ayudándome tú, ¡ querida mia!
O neciamente el corazon me engaña,
O de tu libertad despunta el dia.
Escucha, Blanca, bien, en el sosiego
De una tarde serena
Cuando tu gente salga
Por la floresta amena,
Al compas de un laud el peregrino
Cantará dulcemente
Los himnos del monarca penitente.
Y la música ¡ oh Blanca!
Es talisman que lo imposible vence
Y del alma mas terca y mas bravia
El pensamiento mas feroz arranca.
Por una sola noche
Demandaré un albergue en el castillo,
Y sin que nadie á sospecharlo alcance
En el silencio de la noche umbría
A solas con tu padre razonando
Lograré que consienta; y mas llegando
A saber con mi nombre
La razon de dejar la patria mia.»

—

Y aquí corta el cronista
De quien copio esta historia
El hilo de su cuento, y no hallo justo
Poner yo lo demas de mi memoria.
Solo nos dice al cabo de dos hojas
De inútil razonar, que ambos amantes
De una acacia á los piés se despedian,
Jurándose por vida ser constantes
Al amor que los dos se prometian.
Lo que el viejo hablaria no se sabe,
Mas creo que seria bueno y mucho,
Pues era en tales lances harto ducho
El tal Romero, y el negocio grave.
Ello es, caro lector, que anochecia,
Y apartados al fin, con paso lento
Cada cual á su albergue se volvia,
Él al lugar á meditar su intento,
Y ella á sus torres á esperar el dia.

CAPITULO IV.

EN DONDE VERA EL LECTOR, SI TIENE PACIENCIA, EL FIN DE LA COMENZADA HISTORIA.

Era una noche del abril serena,
La luna en el zenit resplandecia
Y el aura erraba de perfumes llena
Que en las tempranas flores recogia.
De esas noches azules, deliciosas,
Que solo ideas de placer producen,
Y que solo para almas venturosas,
Para escenas de amor voluptuosas
Con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacia en lánguido reposo
En torno del castillo solitario,
Circundado de ambiente vaporoso
Cuyo velo entoldaba misterioso
La lejana estension del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacia,
Y solo alguna vez lánguido y lento
Partido en frases sin compas se oia
Un pausado cantar que se perdia
Por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que en muchos años
El nocturno silencio ha interrumpido
De este castillo triste abandonado,

Y esta es la única voz que han repetido
De sus bóvedas hondas por los huecos
Los recónditos ecos
Yá á los acentos del placer estraños.

Las aves que se anidan
En sus rotas almenas
El insólito canto oyen medrosas,
Los pardos ojos asomando apenas
Por las grietas añosas.
Y con el son estraño desveladas
Sus ecos por el aire desparcidos
Alguna vez apoyan asustadas
Con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto
Señor de aquella antigua fortaleza
Paga de un viejo trovador el canto,
Haciendo ostentacion de su grandeza.
Y le paga el cantor el hospedage
Dejando á un lado su bordon bendito
Para cantar la historia de su viage
Mientras el huésped sacia su apetito.
En medio de un salon entapizado,
Sobre mesa anchurosa
Y delante de una ancha chimenea
Magro tasajo humea,
Y de las llamas al amor sentado
Enfrente de la hermosa castellana
El baron se harta del castillo dueño;
Y dá al placer el tiempo que es del sueño,
La voluntad torciendo soberana
Con que Dios hizo al mundo
Cuando animando el caos do yacia
La negra noche separó del dia.
A sus piés y en un pico de la alfombra
De la llama á la sombra
Entonaba su cántico divino
Un sonoro laud pulsando diestro
El mismo misterioso peregrino,
Que de figura y caracteres muda
De Blanca por amor, y que sin duda
En música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
Y si su padre el cántico aplaudia
Con recelosos ojos le miraba,
Y en silencio seguia:
Mas si el baron la copa le alargaba
El peregrino sin temor bebia.
Y el baron al compas de las canciones
Doblaba sin pensar las libaciones.
Hasta que ya exaltada la cabeza
Y alegre el corazon con el Borgoña
Que á dejarse sentir acaso empieza,
Perdió su gravedad mal simulada
Rompiendo en poderosa carcajada.
Y necia ostentacion echando fuera
Interrumpió al cantor de esta manera:
« Dejad los salmos, que en verdad, buen hombre,
Que aunque santos son pocos divertidos
Para halagar con ellos
De un hidalgo qne cena los oidos.
Decid ¿como os llamais?
—No tengo nombre.
—Qué ¿no os han bautizado?
—El nombre que me dieron
En la pila, señor, se me ha olvidado.
—¿Tambien el suyo vuestra gente ignora?
—No hay de mi gente ahora
Ni un individuo, todos perecieron
A manos de una peste asoladora.
—Mas con nombre ó apodo
Os han de distinguir de cualquier modo.
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto.
—Y es un nombre magnífico por cierto.
—Y otro no he de llevar, por vida mia!
Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo,
Con el nombre y la faz que antes tenia,
Pueda á mi patria con honor volviendo
Salir ufano ante la luz del dia.
—¿Y cual es vuestra patria?
—El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?
—¿Por Dios que sois bizarro!
No alcanzo en el desierto qué os aflije
Volvais ó no volvais, en él ninguno
Habrá que os eche en cara
Mancha ó desdoro en vuestro honor alguno
Desde vuestro baustimo.
—Negocios son de casa y de familia
Que se han de consultar consigo mismo.
—Teneis razon, buen hombre,
Porque así como así por un negocio
De familia tambien, no uso mi nombre.
—Gózome pues, de haceros compañía
Pareciéndome á vos, mas con permiso,
¿Cuando le cobrará su señoría?
—Por ser con vos galan, al mismo tiempo
Que vos le recobreis.
—De esa manera
Vuestro nombre postizo echad á fuera
Que yo lo haré mañana antes del dia.
—Que me place! brindad con ese vaso
Para cantar mejor.
—En ese caso
Decid á quien el brindis se destina,
O dadme vuestros nombres, será á ellos.
—Brindad pues á Lotario y Argentina.
—Lo merecen ¡pardiez! que son muy bellos.»

—

Y levantando las copas
A la par ambos á dos
Al mismo tiempo brindaron
Todo apurando el licor.

Volver al canto en seguida
El peregrino intentó
Mas se trababa su lengua
Sin dar con otra cancion.
Hasta que al dar á una estrofa
Un tono desgarrador
Los párpados poco á poco
Sin concluirla cerró:
El cuerpo desfallecido
Tendiendo al dulce calor,
Y en sueños tal vez luchando
Con su enronquecida voz,
A quien ahoga la estrecha
Difícil respiracion.
Esto que vió del castillo
El soñoliento señor
«Lo entiendo ¡dijo mirándole
» Sigámosle voto á Dios!»
Y asiéndose de su esposa
Para tenerse mejor,
¡*Alúmbrame!* dijo á Blanca
Y en su cámara se entró.
Quedó la estancia en silencio
Sin oirse al derredor
Mas que el chispear de los tizos
Y de las llamas el son.
Mas apenas en la puerta
Blanca otra vez pareció,
Cuando el peregrino alzándose
Con rápida precaucion
Asiéndola de las manos
Hablóla en este tenor:
«Blanca, esta noche conmigo
Otro peregrino entró,
Búscale y á este aposento
Tráemele al punto.
—Señor
¡Qué intentais!
—Que no haya obstáculo
En tu padre á nuestro amor.
Yo sé que tengo palabras
Con que ponerle en razon
Y es un secreto que importa
Consultarlo entre los dos.
—Pero...
—¿Me amas...? ¿quieres necia
A tu vida de dolor,
A tus antiguos pesares
Volver para siempre?
—Ah no.
—Pues obedéceme y calla,
Que te juro por mi honor
Que has de ser esposa mia
Tras esta conversacion.»
Y hablando así el peregrino
Blandamente la empujó
Y á la puerta la condujo
Cerrándola de ella en pós.

De este negro castillo abandonado
En cómodo y recóndito aposento
Triste y opacamente iluminado
Con la luz amarilla
De escasa y embozada lamparilla,
Vino á esconder su amor á otro robado
La que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
Llore en su yermo y despreciado lecho
La herida que ella le dejó en el pecho,
Si ella rie su impúdica torpeza
En brazos del amante licencioso
Que goza en paz de su fatal belleza?
¿Qué importa, sí, que llore y desespere,
Como ella con su amante nunca espere
Que sepa el infeliz su oculto asilo,
Para que nunca pueda
Ir á turbar su porvenir tranquilo?
Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;
Y al fin burlada su esperanza queda
Cuando tal vez la precaucion le sobra.
Ignoraba tal vez el mundo entero
De la esposa perdida la morada,
Del pérfido galan el paradero,
Y Castilla indignada
Y la misma Tolosa avergonzada
Las huellas les seguian,
Y topar con su rastro no podian.
Y Argentina y Lotario
Reposaban en blando y dulce sueño
Dentro de su castillo solitario.
Y ella apenas dormida
Del fuerte cuello de su amante asida,
Y á medias descubierta,
Leve sonrisa sobre el fresco labio
Y en él palabra produciendo incierta
De amante pensamiento concebido,
Con el cabello en rizos destrenzado
Y en la almohada tendido,
Y el pecho contornado levemente
Tras el lino sutil y trasparente,
Estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
Como nunca á la mente de algun niño
La casta imágen del primer cariño
En sueños se ofreció resplandeciente.
Él reclinado entre sus brazos bellos
Y tal vez harto de placer, dormia
Mullido cabezal hallando en ellos.
Pero sonó á deshora
Confuso son de pasos por la estancia,
Y faltando la luz consoladora
Menguaba de los pasos la distancia.
Y una persona que llegaba á oscuras
Con pié callado y precaucion traidora
Del lecho asió las anchas colgaduras.
¿*Quién va?* dijo Lotario despertando,
Mas no oyendo respuesta

Iba á saltar del lecho
Cuando su golpe por su voz guiando
Un agudo puñal llegó á su pecho,
Ante sus ojos vengador brillando.
Lanzóse al punto la infeliz belleza
Un socorro á implorar desatinada,
Y en brazos del incógnito cayendo
¡*Amparadme!* gritó desalentada.
Mas en la sombra sujetarse viendo
Transida de terror, y maravilla
—¿*Quién está aquí?* pregunta vacilando,
Otra voz á la suya contestando:
¿*Quién ha de ser? El conde de Castilla.*
Cayó de hinojos Argentina al suelo
Con dolorosa voz y amargo duelo,
Piedad clamando al conde,
Pero él con ronca voz, *en vano esperas*,
En la sombra responde,
Que resolví tan bien tu desventura
Que por no vacilar con tu hermosura
Maté la luz porque á mis piés murieras.
Y animando su ofensa á su venganza
Se dispuso á cumplirla
De la infeliz muger sin esperanza
Buscando el corazon antes de herirla.
Siguióse un ¡ay! que se apagó en el viento,
Y un momento despues del golpe duro
En su recinto oscuro
Solo guardaba sangre el aposento.

—

Cuando entró Blanca otra vez
De la cena en el salon,
Tranquilamente sentado
Al peregrino encontró,
Que la barba sobre el puño
Y el codo sobre el sillon
Una cancion castellana
Entonaba á media voz.
Tendió tras Blanca al sentirla
El ojo escudriñador:
Y viendo á su compañero
Con ella entrar, sonrió.
Y á él dirigiéndose al punto
Con siniestra precaucion
«¿Cumplistes?» dijo, y el otro
«Todo está ya»—contestó.
A cuya respuesta asiendo
De su capa y su bordon,
Con voz reposada á Blanca
De aquesta manera habló:
«Blanca mia, todo lo hice
A medida de mi honor;
Ya no te queda en la tierra
Otro apoyo mas que yo;
Ya no se opone tu padre,
Dueño mio, á nuestro amor.
Ya somos entrambos libres,
Vamos pues donde otro sol
Con mas benéficos rayos
Alumbre para los dos.
—¿Con que mi padre?...
—No puede
Ya oponerse.
— Los piés voy
A besarle.
—Tente, Blanca,
Que es con una condicion.
—¿Cual?
—Que se esparza entre el vulgo
Con preparado rumor
Que él no consiente, y que huyes
Vencida á mi seduccion.
Sígueme pues, Blanca mia,
Que te juro por mi honor
Que si tus padres te vieran
Mudarian de intencion.
—¡Ay! yo no sé, peregrino,
Qué encanto hay en vuestra voz
Que á un mismo tiempo me halaga,
Y me hiere el corazon.
—Partamos Blanca.
—Llevadme
Donde gustareis señor,
Vos sois quien solo en la tierra
Cariño tal me mostró,
Y no creyera en el cielo
A poder dudar en vos.»

Y siguiendo el ciego impulso
De su puro corazon
Del bravo conde en los brazos
Blanca llorando cayó.
Tomóla en ellos el conde,
Y en el mas leve rumor
De sus pisadas poniendo
Esquisita prevision,
Del castillo atravesaron
Uno y otro corredor,
Unos y otros aposentos,
Y uno y otro caracol.
Y así despacio llegando
A la muralla esterior,
El puente echaron, saliendo
De tan lóbrega mansion.
Cruzaron el parque aislado,
Bordearon en derredor
Un montecillo de abetos,
Y hallando tras un peñon
Dos caballos que sin duda
El peregrino apostó,
Montaron á toda prisa,
Y al repentino aguijon
De la espuela se lanzaron
En un escape veloz.
De ellos en breves instantes
Solamente se alcanzó

La sombra, que de la atmósfera
Se atenuaba entre el vapor;
Y un punto negro por último
Al lejos se oscureció,
Quedando otra vez en calma
La solitaria estension.

—

Y cuando al dia siguiente,
Ya casi al ponerse el sol,
La gente que en el castillo
Quedaba se despertó,
Vió asombrada que su sueño
Tan tenaz fué en conclusion
Obra del fatal narcótico
Que el peregrino les dió.
En vano desatentados
Por uno y otro salon
En busca de ambos corrieron
Con iracundo furor;
Al aposento llegando
De Argentina y del baron
Solo hallaron sus cadáveres,
Cuya vista daba horror.

CONCLUSION.

A pocas noches en Burgos
Luminarias se encendian,
Dulces músicas se oian
Y alegres danzas do quier;
Y á las puertas del palacio
La multitud agolpada
Pedia desaforada
La nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios
De sus calados balcones
De los suntuosos salones
Irradiando el resplandor,
En cuadros de luz brillante
En la plaza se pintaban,
Y mil sombras los cruzaban
En tropel encantador.

Y esto que via la turba
El gozo ajeno envidiando
Desde la plaza gritando
Seguia con doble afan,
Cubriendo á veces el ruido
De sus multiples acentos
El son de los instrumentos,
Que dentro sonando están.

Se abrió por fin á sus voces
Un balcon en el palacio,
Colocáronse en su espacio
Dos personas á la vez
Y conociendo á sus condes,
Rompió á una voz de repente
En un aplauso la gente
Espontáneo y sin doblez.

«¡*Viva el conde de Castilla!*»
Gritaba la muchedumbre,
Y allá del aire en la cumbre
Se oia el ¡*viva!* sonar.
«¡*Viva la condesa Blanca!*»
Gritando el pueblo seguia,
Y allá en el viento se oia
¡*Blanca!* ¡*viva!* retumbar.

Y al son del aplauso ronco
En el balcon recostado
Así en tono sosegado
El conde á su esposa habló:
«Blanca, á la infame Argentina
»Del mismo modo aplaudieron,
»Y al cabo la maldijeron
»Y al cabo la maté yo.

»Pues tan de lejos te traje
»Para sentarte en su silla,
»Haz que se olvide en Castilla
»Quien la ocupó antes que tú:
»Que de otro modo, condesa,
»De mi trono hereditario
»No será mas que un sudario
»El pabellon de tisú.»

Dió el conde un ósculo amante
En la mejilla á su esposa,
Y los ojos ruborosa
La bella Blanca bajó;
Aplaudió la turba al punto
Tan cortés galantería,
Y al son de su vocería
El conde el balcon cerró.

Siguió el placer con la fiesta
Prolongado hasta la aurora
Y de Castilla señora
Quedó Blanca desde allí.
Y de la torpe Argentina
Borrada al fin la memoria,
Se guareció de la HISTORIA
De donde á sacarla fuí.

—

Lector, si has visto con gusto
Cómo mis lindas Francesas
Vinieron á ser condesas,
Por un bizarro Español,
Léelas, cómpralas y apláudelas,
Y los cielos son testigos,
De que quedamos amigos
Para mientras dure el sol.

LEYENDA TERCERA.

—

MARGARITA LA TORNERA.

TRADICION.

—

INVOCACION.

¡ Espíritu sublime y misterioso
Que del aire en los senos escondido
Templas su voz, prestándole armonioso
Eco gigante ó soñoliento ruido ;
Arcángel cuyo canto melodioso
El orbe arrulla ante tus piés tendido,
Inspira tú palabras á mi acento
Gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría ?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
En la quietud de la floresta umbría,
Y del bosque salvage en la espesura,
Y en los gemidos de la mar bravía,
Y en los murmullos de la sombra oscura,
Y cuanto tiene inspiracion ó acento
Tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiracion me diera
Y la armonía celestial y santa,
Y la robusta entonacion severa
De que carece mi mortal garganta ?
Cruzar los lindes de tu azul esfera,
Medir audaz la inmensidad que espanta
No osara, no, mi pensamiento vano
Sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
María, de los mundos soberana,
Madre sin mancha, compasiva y bella,
A quien adoro en ilusion lejana
Cual faro santo que en mi fe destella,
Mi voz perdona, si mi voz profana
Osa hablar de tu amor y tu hermosura
Con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
La gloria manchan de tu faz divina ;
Indignos ¡ oh celeste emperadora !
Son de mirar tu sombra peregrina ;
No merece mi lengua pecadora
Ser alfombra á tu planta cristalina,
Mas deja al fin ¡ oh luz de mi esperanza,
Que alce un himno mi voz en tu alabanza!

Venid los que llorais! oid mi canto
Los que creeis en la virtud y el cielo :
Venid, almas transidas de quebranto,
Venid á oirme y hallareis consuelo,
Vereis lucir tras la tormenta oscura
Un rayo de esperanza y de ventura.

I.

EL PADRE Y EL HIJO.

Dicen que en una ocasion
(El año no hace á la esencia
Del hecho) habia en Palencia
Un tal Don Juan de Alarcon.
No era de Palencia el tal,
Mas su padre residia
Allí, porque allí tenia
Crecidísimo caudal.
Gil, era el nombre del padre
Viudo desque Juan vivió,
Pues el muchacho nació
Dando la muerte á su madre.
Adoraba el buen Don Gil,
En su hijo, y era Don Juan
El mancebo mas galan,
Mas generoso y gentil
Que en Palencia se encontraba;
Siempre de amigos cercado,
Siempre de ellos festejado
Puesto que él siempre pagaba.
Ello es cierto que por mas
Que el padre le amonestó,
Un libro jamás abrió
Ni oyó un maestro jamás.
Pero en cambio era el mejor
Que habia en todo Palencia
Para armar una pendencia
O enmarañar un amor.
Arrinconaba á un maestro
Tirando la espada negra,
Y dicen que fué á Consuegra
A desafiar á un *diestro*,
Y sacándole á reñir
Matóle y tomó su dama,
Con lo cual creció su fama
Lo imposible de decir.
Iba pues todos los dias
En auge, con sus estrañas
Y turbulentas hazañas
Hechas en las cercanías.
Pues aunque áspero de genio
É indolente el tal Don Juan
Era mozo muy galan
Y de ventajado ingenio.
Cada noche andaba en vela
Por una nueva beldad,
Y daba gozo en verdad
Verle tocar la vihuela.
Cantaba que era delicia,
Y sabia centenares
De endechas y de cantares
Que rebosaban malicia.
Y tan jóven, tan apuesto,
Tan bello y con fama tal,

Dueño de tan buen caudal
Y á cualquier lance dispuesto,
Era en todos los partidos
Entre rondas y querellas
El cucú de las doncellas
Y el coco de los maridos.
Que no hay una cuya reja
A su reclamo no se abra,
Ni le esquive una palabra
Dicha de paso á la oreja,
No hay casado cuyo sueño
Su voz no turbe ó asombre,
Ni marido que á su nombre
No frunza un tantico el ceño.
Y el buen Don Gil que sabia
Las proezas de su hijo
Le amonestaba prolijo
Cada noche y cada dia.
Mas él seguia sin tino
Dando brida á sus locuras
Y diciendo « que aventuras
Buscar, era su destino. »
Envióle á Valladolid,
Mas fué en la universidad
De rebeldes capataz
Y de zambras adalid.
Él fué haciendo mil papeles
En rondas y francachelas,
El alma de las vihuelas
Y el terror de los bedeles.
Y causador de las bullas
Y arrestos estudiantiles,
Azotó ó los alguaciles
Y acuchilló las patrullas.
Quísose usar de rigor
Con él, y sentó tan mal,
Que un dia en la catedral
Se agarró con un doctor.
Tomaron otros la injuria
Tan á pechos, que cerraron
Sus cátedras, y aun hablaron
De Don Juan con harta furia;
Mas sus palabras contadas
Ante él, en un claustro pleno
Presentóse, y lo hizo bueno
Con muchos á bofetadas.
Un canónigo muy viejo
Pariente suyo le dió
Quejas, á que él respondió
Con insolente despejo:
« Que tenia el alma seca
De hablar de legislacion
Y que sentia intencion
De quemar la biblioteca. »
En fin no hallando mas medio
De estar en seguridad
Mandaron que la ciudad
Despejara sin remedio.
Él decidió resistir
La órden cuanto pudiera,
Pero tan precisa era
Que al fin fué fuerza partir.
Salió, sí, de la ciudad,
Pero á caballo y de dia
Con tal pompa y osadía
Que fué escándalo en verdad.
Volvióse á Palencia pues,
Y en su caballo mejor
Entró cual conquistador
La misma tarde á las tres.
Recibióle el buen Don Gil
Irritado y con razon;
Pidióle el mozo perdon,
Culpó su ardor juvenil,
Pintóse muy ultrajado
Por la estudiantil canalla,
É hizo justa la batalla
A que le habian provocado.
Forjó un enredo chistoso
Con el rector y una moza
Que vino de Zaragoza
Con oficio no piadoso;
Y contó tan peregrinos
Lances de entrambos, que el viejo
Tuvo por mejor consejo
Reirle sus desatinos.
Y como era de pensar
Tras tan exótica risa,
Diéronse ambos buena prisa
Lo pasado en olvidar.
Tornóle el padre á sus brazos
Y perdonó en conclusion,
Que al cabo los hijos son
De las entrañas pedazos.
Tornó á ser pues lo que era;
Y quedaron finalmente
El padre tan indulgente
Y el hijo tan calavera.

—

Viven el padre y el hijo
Frente por frente á unas monjas
Que un esquilon les repican
Dos veces en cada hora.
Don Gil que es hombre devoto
Y acosado de la gota
De tal vecindad se alegra
Mas de ella Don Juan se enoja.
Dice el padre: « Aquí tenemos
Misa, jubileo y honras,
Pláticas y ejemplos santos,
Que al cabo jamás estorban. »
Dice el hijo: « ¡ Que demonio!
» Es una calle tan sola...
» No hay en toda ella una reja
» Util á cita ni á ronda. »

Dice el padre: «Esas benditas
»Están ganando la gloria
»Y encomendando al eterno
»Sus vecinos... ¡él las oiga!»
Dice el hijo: «Esas mugeres
»Se están como unas marmotas
»Toda su vida encerradas,
»¡Vaya una aprension diabólica!»
Dice el padre: «El capellan
»Que es doctísima persona
»Me tiene continuamente
»Conversaciones sabrosas.»
Dice el hijo: «Si á lo menos
»Hubiera una buena moza
»A quien decir cuatro flores...!
»Serán unos cocos todas.»
Y el padre: «Nada me falta
»Para una vejez dichosa
»La iglesia y la plaza cerca,
»Casa y rentas que me sobran.»
Y dice el hijo: «Por último,
»Haremos una intentona
»A ver si las enjauladas
»Son lechuzas ó palomas.»
Y así el padre y así el hijo
Distintos proyectos forman
Aquel con sus devociones
Y estotro con sus devotas.
Don Gil reza y oye misas
Tres ó cuatro, una tras otra,
Y Don Juan acecha atento
La morada misteriosa.
Va de continuo á la iglesia
Y al pié del coro se aposta,
Troneras y celosías
De dia y de noche ronda.
Mas ni vé, ni alcanza nada,
Pues entre verjas y tocas
Todas son blancas visiones
Que á lo lejos se evaporan.
Si llama al torno—¡*Deo gratias!*
Responde dentro gangosa
Una voz que huele á vieja
Y suena á campana rota.
Él, pide agua de algive,
Y escapularios y tortas
Por echar una puntada
Sobre si hay muchas ó pocas
Madres, ancianas ó jóvenes,
Y por mas que á la rectora
Alaba, y á las novicias,
Y á la que el órgano toca,
Y á las que cantan en coro,
Y á la salmista que entona,
Y hasta á la vieja beata
Que afuera pide limosna,
Es inútil su destreza,
Nada adelanta ni logra,
Siempre á sacar viene en limpio
Noticias que no le importan:
La novena de Santa Ana,
El sermon del padre Acosta,
La nueva casulla verde,
La falda de santa Rosa,
Cosas de que gusta el padre
Que es viejo y que tiene gota,
Pero que al hijo concluyen
Por remontarle la cólera.
Y al cabo sale diciendo:
¡Bruja condenada y chocha
Que nunca responde acorde
Ni dice cosa con cosa!
Desistió pues del empeño
Mas fué temporada corta,
Merced á un nuevo incidente
Que al cabo picó en historia.
Llevóle su padre á misa
Un dia casi á la aurora:
Ya habia en la iglesia gente
Aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
En un pico de la alfombra
Que disimulaba en parte
La humedad de las baldosas,
Y él recostado en las verjas
Del coro, en dulces memorias
Dejaba vagar perdida
Al ánima irreligiosa.
Ya sonreia afectado
Por ideas seductoras,
Ya el entrecejo fruncia
Por negros recuerdos de otras.
Y tan absorto se hallaba
Con sus visiones gloriosas,
Que ya alzaba el sacerdote
La sacratísima forma
Y él sin bajarse á adorarla,
En su quietud silenciosa
Continuaba con escándalo
Del pueblo que cree y adora.
Y á la verdad que no era
Culpa enteramente propia,
Pues parte habria del diablo
La malicia tentadora.
Ello es que él á sus espaldas
Sintió señal cautelosa
Que le arrancó de sus vanas
Visiones encantadoras,
Y una voz que le decia
Limpia, argentina y sonora:
De rodillas, caballero,
Que están alzando la hostia.
Y él advertido y curioso
De hinojos cayó en las losas,
Pero volviendo la cara
Al maestro de ceremonias.

Era el tal una monjita,
Que al notar la codiciosa
Mirada del mozo en ella,
De rubor se puso roja,
Bajó los ojos al suelo,
Sobre el pecho vergonzosa
Dobló la cerviz, y humilde
Tocó la tierra y besóla.
Mas encontrando al alzarse,
La mirada abrasadora
Del mozo clavada en ella,
Levantóse presurosa.
Don Juan, advirtiendo astuto
Que se iba y que estaba sola,
Asió la ocasion propicia,
Y á desvanecerse pronta.
—¡Chist! La dijo, con la mano
Llamándola. Hermana, oiga
Una palabra.

La Monja. ¿Qué quiere?
D. Juan. ¿Sois tal vez la superiora?
La Monja. ¡Yo, señor! soy la tornera.
D. Juan. ¡La tornera! sois muy docta
Para oficio tan servil
Y diestra remedadora
De acentos, pues respondeis
¡Deo gratias!... tan temblorosa,
Que mas parece que vuestra,
La voz de una setentona.
La Monja. Ved que decís, caballero,
Que yo no he sido hasta ahora
Tornera, y lo soy este año
Por muerte de Sor Leoncia!
D. Juan. ¿Murió la pobre?
La Monja. Murió.
Mas mirad que se prolonga
La conversacion y...
D. Juan. Es cierto:
Si fuerais vos...
La Monja. Servidora
Vuestra.
D. Juan. Callada y prudente...
La Monja. Cuando la prudencia importa,
Yo soy obediente y...
D. Juan. ¡Bueno!
Si no desplegais la boca,
Yo os prefiero á la abadesa.
La Monja. No hay abadesa, es priora.
D. Juan. A la priora, es lo mismo,
Para hablaros de una cosa,
De un secreto que interesa.
La Monja. ¡Secreto!
D. Juan. A la mayor honra
Y gloria de Dios, y vuestra.
La Monja. ¿Mia?
D. Juan. Pues, y de las monjas.
La Monja. Decídmelo.
D. Juan. Es imposible,
Despacio ha de ser y á solas,
Y pronto, pues urge mucho.
La Monja. ¡Ay Dios!
D. Juan.. ¡Eso es! ya medrosa
Vais á publicarlo todo
Y vais... vaya, ¿teneis hora
En que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
De la casa me segunde
La intencion.
La Monja. Como no escoja
La de maitines...
D. Juan. ¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿Y en dónde os veré?
La Monja. En la reja
De esa capilla; me toca,
Velar esta noche.
D. Juan. ¡Bueno!
No falteis.
La Monja. Estaré pronta.
En oyendo la campana...
D. Juan. Sí, mi casa está muy próxima,
La oigo bien.
La Monja. Pues hasta luego.
D. Juan. Adios, hermana... y memoria!...

Salió la monja del coro,
Don Gil con su pierna coja,
Salió acabada la misa,
Y Don Juan, el alma loca
De gozo, atisbó la reja
Citada, y buena juzgóla
Para el caso, en sí diciendo:
¿La niña ¡eh! si será tonta?

II.

INSENSATEZ Y MALICIA.

La media noche era dada,
Y aun tocaban á maitines
Los esquilones agudos
Con discordante repique,
Cuando Don Juan de Alarcon
Dichoso en amor y en lides
Tomaba punto en la calle,
Despreciando la molicie
De la cama, y sin cuidar
De que en el vulgo le tilden
La ronda, si se descubre
O hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
Bajo la capa se ciñe,
Por si salen á campaña
Curiosos ó ministriles.
Por lo demas, su disfraz
Maldito lo que le aflije,

Solo de su ropa y cara
En todos lances se sirve,
Pues no le importa que nadie
Le conozca, ni le mire
Por donde quiera que vaya,
Pase, espere, oiga, ó platique.
Por consiguiente Don Juan
Impertérrito prosigue
Esperando que la reja
O se ocupe ó se ilumine.
Y está la noche á propósito,
Pues pardas nudes impiden
A la encapotada luna
Que en toda su fuerza brille.
De modo, que siendo á un tiempo
Clara y nublada, despide
Luz para quien luz desea,
Sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa
Que es ciudad pobre, aunque insigne,
Y alberga de labradores
Gran parte y de gente humilde,
Y es fuerza que pues madrugan
Largas horas no vigilen,
Ni pasos pues, ni rumores
De vivientes se perciben;
Oyese solo del aire
El son prolongado y triste,
Y el ladrido de los perros
Que écos lejanos repiten.
Suena á lo lejos el órgano,
Y vienen á confundirse
Con sus cláusulas, del viento
Las ráfagas invisibles
Que de las torres perdidas
En los calados sutiles
Murmuran, silvan, ó zumban,
Chillan, retumban ó gimen.
Horas medrosas son estas
En que la mente concibe
Larga turba de fantasmas
Que estorban aunque no existen.
Horas que para sus juntas
Los espíritus eligen,
Y el vulgo para sus cuentos
De apariciones y crímenes.
Mas sin acordarse de ellas
Con ánimo osado y firme,
Aunque de aguardar cansado,
Y casi tentado á irse,
De arriba abajo Don Juan
La calle embozado mide
A la sombra de las tapias,
Y al compas de los maitines.
Y ya en el centro del claustro
Cesado habian de oirse
Tiempo hacia, y ya el mancebo
Renegaba de la estirpe
De la tornera, y de todas
Las monjas que á coro asisten
En el mundo, cuando á espacio
Siente la ventana abrirse,
Y en la oscuridad confusa
Haciendo vista de lince,
Un vago contorno blanco
Trás de los hierros percibe.

D. Juan. Hermana, ¡ Gracias á Dios!
Mas de un hora me tuvisteis
De planton, ¡ Dios os lo premie!
La Monja. ¿Tardé mucho?
D. Juan. (Vaya un chiste.)
No hay para que hablar ya de ello
Puesto que al cabo vinisteis.
La Monja. ¿Sabe lo que digo, hermano?
D. Juan. No hermana, si no lo dice.
La Monja. Dirélo: cuando muchacha
Leí unos libros que escribe
Un tal Quevedo, que tienen
A fé mia mucho chiste,
Y hay un lance en uno de ellos
Tan bonito... y que á decirle
Verdad se parece tanto
A esta noche...!
D. Juan. ¿En qué, mi Filis?
La Monja. En que hay un mozo en la calle
Que sois vos, y viene á oirle
Una muger, que soy yo, y...
Pero antes que se me olvide
Mirad, Filis no me llamo
Sino Margarita.
D. Juan. ¡ Miren
Que nombre tiene tan lindo
La hermana!
La Monja. ¿Os gusta?
D. Juan. Indecible
Gozo me da vuestro nombre
Y admiro que signifique
Una cosa tan preciosa
Como quien le usa y recibe.
La Monja. ¿Gasta lisonjas, hermano?
Mas soy curiosa, decidme
¿Y Filis que significa?
Que ha poco me lo dijisteis.
D. Juan. Esa es una pastorcilla
Muy bonita, de unos quince
Años, con dos ojos negros
Que en luz con el sol compiten,
Y con un cutis mas blanco
Que las plumas de los cisnes,
Con un cuerpo mas esbelto
Que una palma, y mas flexible
Que los juncos olorosos
Que en el agua echan raices,
Y con dos manos mas bellas
Que el nácar y los jazmines.

La Monja. ¿Y donde está esa muchacha?
D. Juan. Es una niña invisible
Que en la idea solamente
De los poetas existe.
La Monja. ¿Y qué tengo yo que ver
Con Filis?
D. Juan. ¿Nunca os pusisteis
Delante de algun espejo?
Margarita. Sí por cierto.
D. Juan. Y la visible
Apariencia del cristal
¿Que os mostró?
Margarita. No es muy difícil
De decir, era otra yo,
Otra monja.
D. Juan. ¿Mas no visteis
Que era una monja muy bella,
Aunque estaba un poco triste?
Margarita. ¡Calla! es verdad que lo estaba.
D. Juan. Y sin los frescos matices
De un rostro tan jóven!
Margarita. ¡Vaya!
D. Juan. Y ojerosa, y ¿no os hicisteis
Cargo de lo mal que la iban
Aquellos mil arrequives,
De tocas y de sayales,
Y de mantos, que la impiden
Mostrar el cuello de tórtola,
El alto pecho de cisne,
Y los tornátiles brazos,
Y las madejas sutiles
De los sedosos cabellos
Que para nada la sirven?
Margarita. Hermano, ¡Jesus mil veces!
Jesus que cosas me dice
Tan peligrosas, empieze
Lo que tenga que advertirme
Del secreto.
D. Juan. (¡Pobrecilla!)
Pues bien, Margarita, oidme.
Si conocierais un hombre,
Como allá dentro os lo finge
Vuestra mente, osado, jóven,
Cariñoso, irresistible,
Y os dijeran que en el mundo
Pasan sucesos horribles,
Guerras y persecuciones,
Muertes é incendios á miles
Cometidos por contrarios
Victoriosos é invencibles,
Que demuelen las iglesias
Y se teme que se avisten
Dentro de poco en Palencia
Y á todos nos aniquilen;
Y ese mancebo os dijera,
Ven, es forzoso seguirme,
Yo solo puedo salvarte,
Yo te amo! ¿osarias seguirle?
Margarita. ¡Dios mio!
D. Juan. Si ese os dijera:
Yo sé un lugar infalible
Donde sin guerras ni duelos
Y sin afanes se vive
Con compañeros alegres,
Entre danzas y festines
Prolongados en la noche
Con funciones y con brindis,
Y yo soy dueño absoluto
De esos lugares felices;
Y tú ¡Margarita mia!
¡Luz de mis ojos! tú triste
En la soledad consumes
Tus auroras juveniles,
Tus olvidados encantos...
¡Oh alma mia! presto sígueme,
Ven, huyamos, amor mio,
Huyamos de estos confines
Donde la muerte te aguarda
Y la desdicha reside;
¿Qué diriais?
Margarita. ¡Ay hermano,
No sé qué me da!... decidme,
¿Todo eso es cierto?
D. Juan. Muy cierto;
Pero secreto imposible
De revelar, porque todos,
Quieren que todos peligren
Al mismo tiempo y sucumban,
Y á quien lo sabe persiguen
Con tormentos y castigos;
Con que, hermana, por terrible
Que sea la tentacion
De hablar, como la resiste
Vea, porque si lo cuenta
Tal vez su vida peligre!
Margarita. ¡Ay Vírgen santa!
D. Juan. Y la aviso
Que si á mi razon se rinde
Yo la sacaré del claustro
Antes que el mal se aproxime.
Margarita. ¡Ay sí, sí!
D. Juan. ¿Consiente en ello?
Margarita. Sí por cierto.
D. Juan. ¿Y será firme
En resolucion tamaña?
Margarita. Que sí seré? — Dios me libre
¡Morir así entre las manos
Sangrientas de esos caribes
Qué decis!
D. Juan. Pensadlo á solas
Y entraos, no nos atisben
Y nos fustren el intento.
A Dios, hermana.
Margarita. Él os guie

Y os acompañe.
D. Juan. ¡ Ea á Dios !
Y si estais pronta á seguirme,
Yo os quiero mucho, y con tiempo
Salvaros no es muy difícil.
Margarita. A Dios.
D. Juan. A Dios.
Y á la reja
Echó los cerrojos triples.
La monja, y empezó el mozo
A todo trapo á reirse.

Abrió al fin y entró en su casa
Con llavin de que él se sirve;
Acostóse, y rebujándose
La ropa hasta las narices,
Apagó la luz, diciendo :
« Pues señor, bien : muchas hice,
» Mas vive Dios que esta última
» Será tal que me acredite. »

III.

TENTACION.

Aun no cuenta Margarita
Diez y siete primaveras :
Y aun vírgen á las primeras
Impresiones del amor,
Nunca la dicha supuso
Fuera de su pobre estancia,
Tratada desde la infancia
Con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
Desconocidos y avaros,
Compró la infeliz muy caros
Los gustos de su niñez.
Y al cabo tornóse en humo
Y en soledad para ella
La vida futura y bella
Que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,
Cuando en el mundo vivia,
Solo del mundo veia
La calle trás un cancel :
Y no alcanzó, de su casa
Fuera del triste recinto,
El mágico laberinto
Que se estendia trás él.

Jamás pensó que las flores
Que sus jardines criaran,
Los salones perfumaran
Preparados al festin;
Jamás pensó que las noches
Que ella pasaba en su lecho
Tuvieran bajo otro techo
Mas delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
Las alegres serenatas,
Las mil quimeras dichosas
De la alegre sociedad,
Aun no habian en tumulto
Ido á tender en sus sueños
Los dos lazos halagüeños
De *amor* y de *vanidad.*

Amor! esa fantasía
Vaporosa y encantada,
Selva escondida, empapada
De armonía y de placer;
Santuario de la ventura,
Magnífico paraiso
Donde ir vagando es preciso
Tras un fantástico ser.

Un ser que huye y se engalana
Con los colores del viento,
Y se nos muestra un momento
En fugitiva ilusion,
Y un ser que á pocos contenta
Cuando por fin alcanzado
Deja el oropel prestado
Y descubre el corazon.

¡Feliz quien halla en su centro
Fresco pabellon tranquilo
De reposo, y no dá asilo
En él á la *vanidad.*
La vanidad, luz fosfórica
Que ilumina los espejos,
Y causa con sus reflejos
Del alma la ceguedad.

¡ Inocente Margarita !
Fugitiva mariposa
Que de esa luz engañosa
En torno girando vas !
Plega tus alas errantes,
Y en tu inocencia dormida,
No pienses en otra vida
Que te doraron quizás !

Mas ¡ ay ! que dulces palabras
Sonaron en tus oidos
Y los deseos dormidos
Se revelaron en pos.
¡ Ay ! ¿porqué en el mundo vano
A quien le da la inocencia,
No le dá la resistencia
Para defenderse, Dios ?

La vida hermosa se finge,
Y aunque en ilusion escasa,
Ya en impaciencia se abrasa
De sentir y de gozar.
Y no es temor á los males
Que Don Juan la profetiza;

Es que el placer diviniza,
Y le adora á su pesar.

¡Pobre niña! Allá á sus solas
Ciega por un mal consejo,
Por vez primera un espejo
Eligió para su juez.
Y recordó las palabras
De un seductor insolente,
Y recordó la inocente
Los dias de su niñez.

Cuando su madre á deshora
De los festines volvia,
Y entre sueños la veia
Sus adornos deponer;
Cuando acaso desvelada
Al son de los instrumentos,
Sentia los aposentos
Vecinos estremecer.

Y cuando acaso á escondidas
Asomada á una ventana,
Via la turba profana
Voluptüosa pasar;
Y al brazo de los mancebos
Con el deleite mas bellas,
Asidas muchas doncellas
Sonreir y platicar.

¡Oh! que seis años monotonos
De soledad y convento,
Habian su pensamiento
Reducido á un punto ruin.
A espacio tan miserable,
A círculo tan mezquino,
Que era el claustro su destino
Y el altar era su fin.

«Aquí está Dios;» la dijeron,
Y ella dijo: «Yo le adoro.»
«Aqui está el torno y el coro.»
Y pensó: «No hay mas allá!»
Y sin otras ilusiones
Que sus sueños infantiles,
Pasaron sus seis abriles
Sin conocerlo quizá.

¡Pobre tórtola enjaulada
Dentro la jaula nacida!
¿Qué sabe ella si hay mas vida
Ni mas aire en que volar?
Si no vió nunca sus plumas
Del sol á los resplandores,
¿Qué sabe de los colores
Con que se puede ufanar?

Mas ¡guay que alcance á los lejos
Del dia la lumbre pura,
De la selva la frescura,
Y el arrullo de su amor...
Su nido será su cárcel,
Su potro serán las rejas,
Sus arrullos serán quejas,
Y su silencio dolor!

Mas es tarde; Margarita
En la noche solitaria
Oyó amorosa plegaria,
Y se dispertó su afan.
Su corazon revelóse
Con incógnitos afectos,
Y odió los santos preceptos
Al recordar á Don Juan.

Y confundiendo en su mente
Sus amagos y alabanzas,
Ya en risueñas esperanzas,
Ya en inocente pavor,
Contemplándose al espejo
Con la luz de la bujía
Así pensaba y decia
Margarita en su interior:

«¿Con que hay fiestas y banquetes,
»Y nocturnos galanteos,
»Y deliciosos paseos
»De esta pared mas allá?
»¿Con que esta toca de lana
»Cambiada en perlas y flores
»Hará mis gracias mayores,
»Y mas hermosa me hará?

»¿Con que aquellas relaciones
»De encantos que yo leia
»Y que apenas comprendia
»Ni comprendo ciertas son?
»De aquellas magas fantásticas,
»De aquellos bravos guerreros
»Y gentiles caballeros
»La historia no es ilusion?

»Y se encuentran y combaten
»Por bizarras hermosuras
»Y corren mil aventuras
»Par agradarlas mejor;
»Y ellas viven en palacios,
»Y vagan por sus jardines,
»Y celebran con festines
»La ventura de su amor.

»¡Oh! ¡que ese hombre me lo ha dicho
»Sí, sí, negros son mis ojos...
»Y esta toca me da enojos
»Y me hace fea tal vez!...
»Él me lo dijo ¡lisonja!
»Mas probemos, me la arranco:
»¡Oh como el armiño blanco
»Mi pecho!... blanca mi tez!

»Blancos mis brazos redondos.
»Mis mutilados cabellos

» Son de azabache... y en ellos
» Puesta aunque mal esta flor!...
» Cuan bien me va... ¡oh soy hermosa!...
» Y encerrada me consumo,
» Y se pierden como el humo
» Mis dias de mas valor. »

Así desnuda al espejo
Presentando su hermosura
Margarita, en su locura
Deseó la libertad,
Y acosada por tan varios
Pensamientos tentadores
Los deleites seductores
Amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
Cabizbaja y distraida
Sintió su fé decaida,
Estéril su religion;
Y allá muy lejos del claustro
Perdido su pensamiento
Para huir no tuvo aliento
La terrible tentacion.

Y pasaron muchas noches,
Y Don Juan siguió viniendo
A la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
Y con las dulces promesas
Del galan adormecida,
Suspiró por otra vida
De deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
Y era muy cándida ella,
Y era la monja muy bella,
Y el rondador muy audaz;
Las noches eran oscuras,
Las citas muchas y en calma,
Y el amor prende en el alma
Con la chispa mas fugaz.

¿Y quien esplica aun queriendo
El efecto poderoso
Con que un coloquio amoroso
Cambia al fin un corazon?
¿Y quién los medios esplica
Con que nos sale al encuentro
Un amor que enciende dentro
El volcan de una pasion?

¿Qué puede hacer Margarita
Si lo ignora aunque lo siente?
Como víctima inocente
Ir, dejarse arrebatar,
Hacer dentro de su pecho
Sus creencias mil pedazos,
Y de Don Juan en los brazos
Caer, al pié del altar.

Y cayó: que en una noche
Por Don Juan determinada
Debia la desdichada
Con él la fuga emprender.
Y oyóseles en la sombra
Darse la cita postrera,
Y acabar de esta manera
Ya cerca de amanecer.

—

D. Juan. No hay mas medio Margarita.
Margarita. Mañana pues.
D. Juan. Tanto monta
Un dia antes; estad pronta.
Margarita. ¿Con que á las dos?
D. Juan. A las dos.
Margarita. Por el huerto.
D. Juan. Estaré á punto.
Traeré una escala pequeña
Y al dar las dos me hareis seña.
Margarita. Y haré cuanto os plazca á vos.
D. Juan. Pues á Dios.
Margarita. Idos tranquilo
A dormir y hasta mañana.

Y se cerró la ventana,
Y entró en su casa Don Juan;
Y dicen que entre la puerta
Quedó á la reja mirando,
Su posicion meditando
Tal vez con algo de afan.

—

Mas al fin dijo perdiéndose
Por una escalera estrecha,
« Pues Señor, es cosa hecha:
» ¡Mas me ocurre una cuestion!
» Dineros... ¡bah! tiene padre
» Dentro su alcoba una arquita
» Que ha un año que la maldita
» Me está dando tentacion.

» ¡Con que, Don Juan, no hay cuidado!
» Vendrá Dios y medraremos. »
Y asiendo los dos estremos
De la sábana á la par
Con un movimiento rápido,
Se hundió Don Juan en su lecho,
Y durmió tan satisfecho
Que era cosa de envidiar.

IV.

¡Oh! religion consoladora y bella,
Feliz mil veces quien á tí se acoje
Y el norte sigue de tu fija estrella,
Y tu divina luz constante adora;
Que en la fiera borrasca asoladora
De esta vida de llanto y de pesares,

Nunca estraviado perderá la huella
Del *mas allá* que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religion, tú tienes
Consuelos para el triste, y alegrias
Para quien cuenta su tranquilos dias
Por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
La corona del justo,
La palma de la vírgen inocente.
Y esperanza del náufrago postrado,
Y ánimo del soberbio delincuente
Siempre se vé brillar allá en la altura
El vivo lampo de tu lumbre pura.
Si Jehová soberano
Indignado recorre el mundo inicuo
Y aparta del su poderosa mano
Y las razas maldice
Torpemente mezcladas
De su Dios y su orígen olvidadas;
Si agita sus caballos iracundos
Y su carro de fuego airado lanza
Por medio de los mundos,
Y encima de las turbas insensatas
Revienta las henchidas cataratas,
Al justo salva, y luego
Tornando compasivo á la bonanza
De su ira celestial matando el fuego
En prenda de salud y de sosiego
Tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Golgota pendiente
Tinto en su sangre con horror espira,
A la precita gente
Con tiernos ojos espirando mira,
Y conociendo que quien tal le puso,
No merece perdon por parte suya,
A su madre infeliz les encomienda.
«Vuestra madre mirad,» — dijo muriendo,
« Esa de mi bondad última prenda,
» Si algun dia verteis sincero llanto,
» Por vosotros pidiendo,
» Para salvaros del azar tremendo,
» Real protectora os tenderá su manto.»
Y á tí madre amorosa
Los tristes ojos con afan volvemos
En la airada tormenta procelosa,
Y en tí esperamos y en tu amor creemos,
Y á tí tornados á tus piés caemos.
Porque del hijo santo
Quien ha escupido en la divina cara,
Arrepentido al cabo ¿á quien mostrara
Mas que á la madre el doloroso llanto?
¡Ah! ¿quién le comprendiera
Ni quién capaz para enjugarle fuera,
Sino quien puede de su dulce boca
Con la dulce sonrisa
Calmar la ira que el baldon provoca,
Como disipa la apiñada niebla
El lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh dulce madre celestial y bella
Feliz mil veces quién á tí se acoge
Y el norte sigue de tu fija estrella
Y tu divina luz constante adora,
Feliz mil veces, inmortal Señora!

—

Feliz Margarita bella,
Cuya infantil confianza
De la luz de tu esperanza
No perdió nunca la huella.

V.

LA DESPEDIDA.

Es ya la noche aplazada
Por Don Juan, fria y oscura;
El aire revuelto augura
La vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
En el cielo azul riela,
El aire que corre hiela,
Triste es la noche en verdad.

Todo en el convento calla,
Por las bóvedas sombrías
De sus largas galerías
Ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
Del viento desordenado;
Toda la tierra ha enlutado
La noche con su capuz.

De los laureles del huerto
Las hojas mecidas suenan,
Y el claustro vecino llenan
De ruido amedrentador,
Que prolongado en la bóveda
Y perdido en su hondo hueco
Sin cesar le arrastra el eco
De uno en otro corredor.

A veces por un instante
Todo el ámbito ilumina
La claridad repentina
De un relámpago fugaz,
Y en el momento en que todo
A la vista se presenta
Todo de formas aumenta
Y todo cambia de faz.

Allá á través alumbrado
De un arco el contorno crece,
Y un antro infernal parece
De cárdeno resplandor:
Allí las verjas clavadas.
En los pilares sujetos
Fugitivos esqueletos
Representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
Sobre una puerta enrollado
Semeja un monstruo enroscado
Que se arrastra en un rincon,
Allí empinado en su losa
De algun fundador el busto
Remeda con fiero susto
Gigantesca aparicion.

Acongojada la mente
Con tan varias ilusiones,
Redobla las aprensiones
Que la vienen á turbar;
Y engañados los sentidos,
La lengua á invocar no acierta
Favor, ni la planta incierta
Se decide á caminar.

Estorbos mil al encuentro
Nos salen á un punto mismo;
Do quiera se abre un abismo
Donde avanzamos el pié,
Do quiera una sombra horrible
Nos descarría y espanta,
Y se anuda la garganta
Y se acobarda la fe.

Noche medrosa era en suma
La elegida por el mozo,
Aunque él obra sin rebozo,
Remordimiento ni afan:
Y atribulada en su celda
Esperaba Margarita
El momento de la cita
Postrimera de Don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
Ansiaba el dulce momento
Mas vago remordimiento,
La roia el corazon.
Y recostada en su lecho,
Sin apagar su bujía
Luchaba, mas no podia
Con la loca tentacion.

De aquellos seres fingidos
Por Don Juan con la presencia
Se amedrentaba, en Palencia
Creyéndoles ya tal vez;
Y se fingia entre sueños
A sus quietos moradores
Envueltos en los horrores
En que cree su sencillez.

Mas apacible otras veces
Su ilusion la presentaba
Mil sombras que engalanaba
Su imaginacion pueril;
Y recorria entre sueños
Los encantados espacios
De los mentidos palacios
De su seductor gentil.

Blanca paloma perdida,
Próxima á tender su vuelo
Para buscar otro cielo
Mas diáfano en que volar,
Medía el espacio inmenso
Que recorrer intentaba,
Y antes de alzarse dudaba
Si le podria cruzar.

Tal vez sentia su nido
Dejar allí abandonado
Do habria tal vez gozado
De su ventura mayor;
Mas ciega y enamorada
Y acaso falta de aliento,
Iba á lanzarse en el viento
Para seguir á su amor.

Pobre barquichuela débil
Que en pos de nave enlonada
Salia desesperada
Sin mas norte que el azar.
Tal vez temia la triste
Que una tormenta futura
La sorprendiera en la altura
Del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
Tranquilidad engañosa,
Imprudente ú orgullosa
Se preparaba á partir,
Temia que una vez suelta
Botada á la mar bravía,
Fuera imposible la vuelta
Y el fondo su porvenir.

Mas ¡ay así estaba escrito!
De oculto sino impelida,
De su azarosa partida
La hora precisa llegó:
Llegó, y al fin Margarita
Que oido prestaba atento
Oyó perderse en el viento
Los dos golpes del reló.

Salió cautelosa y tímida
De su celdilla temblando,
A todas partes mirando,
Y á tientas guiando el pié;
Mas ya en la lucha postrera
Próxima á colmar su falta
Siente que el pesar la asalta,
Y que renace su fe.

Al corazon se la agolpan
Mil vagos remordimientos,
Y vagos presentimientos
De incomprensible pavor,

Y en su creencia sencilla,
Del Dios mismo á quien ofende
Tal vez recibir pretende
Perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,
Bajó el caracol estrecho,
Y á una ventana en acecho
Quiso un instante posar;
La tempestad empezaba,
La lluvia espesa caia,
Y el recio viento la hacia
Sobre los vidrios botar.

« ¡Qué noche! dijo espantada,
» Si habrá Don Juan desistido! »
Mas percibiendo rüido
Por las tapias del jardin,
Escuchó sobrecogida
Y en un postigo inmediato
La seña oyó á poco rato
Que la avisaba por fin.

No esperó mas, con pié rápido
Ganó el último aposento,
Deseando del convento
Los límites trasponer,
Y ya del sacro recinto
Fuera la planta ponia,
Cuando en una galeria
Una luz alcanzó á ver.

Detúvose á los reflejos
De aquella luz solitaria
Y lágrima involuntaria
Sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
Por una dulce memoria,
Y al claustro precipitada
La pobre niña volvió.

Por imbécil ó insensible
Corazon vil que se tenga,
Fuerza es que alguna mantenga
Consoladora ilusion;
Y por mas que sea odiosa
La mansion donde se pasa
La vida, siempre á la casa
Se apega nuestra aficion.

Siempre, aunque sea una cárcel
Hay un rincon olvidado
Do alguna vez se ha gozado
Un instante de placer,
Y al dejarle para siempre
Conociendo que le amamos,
Un ¡adios! triste le damos
Sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
Pasó en el claustro su vida,
A dar una despedida
Tornó á su amado rincon;
Porque en la virtud criada
Y segura en su creencia
Uno buscó en su inocencia
Su cándido corazon.

En un altarcillo humilde
En un corredor alzado,
De flores siempre adornado
Y alumbrado de un farol,
De una Concepcion habia
Primorosa imágen una
A quien calzaba la luna
Y á quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
Mas la escultura divina
Tan bella y tan peregrina
Que era imposible pasar
Por delante sin que un punto
El celestial sentimiento
De su rostro, el pensamiento
Se gozara en contemplar.

Y aquel fué de Margarita
El rincon privilegiado;
Ni una noche se ha pasado
Mientra en el claustro vivió
En que allí no haya venido
Humildemente á postrarse
Y en manos á encomendarse
De la que nunca pecó.

La pobre niña agobiada
De soledad y fatiga
Buscó en su encierro una amiga
En quien creer y esperar;
Y hallando aquella escultura
Tan amorosa y tan bella
Partió su amistad con ella
Y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
La hizo ramilletes bellos,
Puso escondidos en ellos
Aromas de grato olor;
Tendió á sus piés una alfombra,
Y en un farol que ponia
Conservaba una bujía
Con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
Aquella luz solitaria
Vino la última plegaria
Con lágrimas á exhalar,
Y allí á la divina imágen
Con voz triste y lastimera
La dijo de esta manera
De hinojos ante el altar:

«Ya ves que al fin es preciso
»Que deje yo tu convento,
»Mas ya sabes que lo siento
»¡Oh Vírgen mia! por tí.
»Y puesto que de él sacarte
»No puedo en mi compañía,
»No me abandones, María,
»Y no te olvides de mí.

»Ojalá entre mis hermanas
»Hubiera otra Margarita
»Que con tu imágen bendita
»Obrara como ella obró.
»Ojalá esta luz postrera
»Que en esta noche te enciendo
»Estuviera siempre ardiendo
»Mientras te faltara yo.

»Mas ¡ay! ninguna te quiere
»Como yo, y son mis angustias
»Pensar que estas flores mústias
»A tus piés se quedarán,
»Y se apagará esa vela,
»Se ajarán tus vestiduras,
»Y los que pasen á oscuras
»Tu hermosura no verán.

»Al fin yo parto, Señora;
»Mi confianza en tí sabes,
»En prueba toma esas llaves
»Que conservo en mi poder.
»Guardalas, otra tornera
»Elige á tu gusto ahora,
»Y el cielo quiera, Señora,
»Que nos volvamos á ver.»

Así Margarita hablando
Con lágrimas en los ojos .
Ante la imágen de hinojos
Los sacros piés la besó.
Y dejándola las llaves
Y encendiendo la bujía,
Traspuso la galería
Ganó el jardin y partió.

Quedóse el claustro recóndito
Por el farol alumbrado
Que dejó al irse colgado
Margarita en el altar,
Y solo se oyó tras ella
El rumor del aguacero
Y el soplo del aire fiero
Que bramaba sin cesar.

VI.

A la mañana siguiente,
Y al revolver una calle,
Un mancebo de buen talle
Y resuelto continente
Con otro dió que volviendo
La esquina del otro lado
Con él se quedó encarado
Cual memoria de él haciendo.
Y al fin ambos contemplándose,
A poco reconocidos,
Se abrazaron decididos,
En tal coloquio trabándose.

D. Gonzalo. ¡Por vida mia! Don Juan,
¿Pues cómo en Valladolid?
D. Juan. De paso para Madrid.
D. Gonzalo. ¿A las fiestas?
D. Juan. Todos van.
D. Gonzalo. Mas falta un mes todavía.
D. Juan. Paréceme Don Gonzalo,
Que llegar pronto no es malo:
Ya sabeis que es mi mania.
Do quier que de diversion
Barrunto un ligero asomo,
Lo menos para ir me tomo
Un mes de anticipacion.
D. Gonzalo. ¿Y para que tiempo tanto?
D. Juan. Si la funcion sale huera
Yo no me pierdo siquiera
Todo el mes que me adelanto.
D. Gonzalo. A fe que razon os sobra
Y á poder irme con vos...
D. Juan. ¿Teneis que hacer, vive Dios,
Mas que ponerlo por obra?
D. Gonzalo. Y mi tutor ¿qué dira?
D. Juan. ¿Pensais que en este momento
Mi padre estará contento?
D. Gonzalo. Vos pues...
D. Juan. La pregunta está
De mas, mas ved que os aviso
Que si os venis á Madrid
Salir de Valladolid
Dentro de un hora es preciso.
D. Gonzalo. ¿Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.
D. Juan. Por Dios que es grave pretesto!
Jamás dispongo yo nada
Y logro cuanto deseo.
D. Gonzalo. Los medios que usais ignoro.
D. Juan. ¡Busco un puñado de oro,
Tomo un jaco y Laus Deo!
D. Gonzalo. ¡Ya! jacos tengo yo dos,
Mas dineros...
D. Juan. ¡Grande afan!
Vended el uno á un chalan
Y echad en el otro vos.
D. Gonzalo. Dadlo por hecho.
D. Juan. Atended,
Don Gonzalo, mejor fuera
Tomar un coche si hubiera.
D. Gonzalo. ¿Pues qué tiene su merced
Que le estorban los caballos?

D. Juan. ¿Que sé yo? tengo una yegua
Que apenas anda una legua.....
D. Gonzalo. ¿Se resiente de los callos,
Eh? pero como gusteis,
Decision es lo que importa.
D. Juan. Pues la cuestion es muy corta,
Mis dos caballos podeis
Vender tambien y en una hora
Yo tendré coche buscado,
Pues va otro asiento ocupado.
D. Gonzalo. ¿Por quién?
D. Juan. Por una Señora.
D. Gonzalo. ¡Hablarais para la noche
Cuerpo de tal!
D. Juan. Bien, pues, id,
Y á las puertas de Madrid
Vos con oro y yo con coche
Dentro de un hora estaremos,
Mas no digais donde vamos
Que somos dos y bastamos
Para ir como merecemos.
D. Gonzalo. Iré.
D. Juan. La hora cabal.
D. Gonzalo. Ya vereis mi rapidez,
Allí estoy fijo á las diez.
D. Juan. Pues eso es lo principal.

Y así diciendo á buen paso
Partieron á su destino
Cada cual por su camino
Y no en brazos del acaso.
Que eran amigos antiguos,
Y en el tiempo que escolar
Fué Don Juan para habitar,
Tomaron cuartos contiguos.
Por eso se conocian
Tan á fondo ambos á dos,
Y el uno de el otro en pos
Mil locuras emprendian.

Y aquí, lector, por no ser
En demasia prolijo
Que te imágines elijo
Lo que pudo acontecer.
Pues los mil inconvenientes
Que ambos de orillar tuvieron,
Y el como se compusieron
Para obrar tan diligentes,
Te aseguro que se ignora;
Mas lo cierto de este asunto
Es que estuvieron á punto
Al concluirse la hora.
Daba las diez el reló
Y el coche les aguardaba,
Y Don Gonzalo llegaba
A quien Don Juan demandó:

D. Juan. ¿Qué hay Don Gonzalo?
D. Gonzalo. Tomad.
—¿Cuanto?
—Sesenta doblones.
No pude de esos bribones
Conseguir mas caridad.
—¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa
Que el número sea tan vil,
Yo traigo aquí mas de mil
Para ayuda de la empresa.
—Adelante pues.
—¡Pues ea!
Mayoral, pica el ganado,
Que el viage será apreciado
Conforme el camino sea.

Y al punto sin mas azares
Aprontaron el trasporte
Y echaron hácia la corte
De Olmedo por los pinares.

—

Eran seis meses despues,
Y trocada la fortuna
Estaba ya para todos,
Que todo el tiempo lo muda.
Lanzados del mar del mundo
Entre la corriente turbia
Margarita, Don Gonzalo,
Y Don Juan, los tres á una
Las heces de los deleites
Apuraban en hartura,
Repletos hasta el hastío
De sus delicias inmundas.
Pasado habian las fiestas
Que los reyes acostumbran
A dar á sus pueblos cuando
Su padre baja á la tumba.
Fueron las que el Conde-Duque
Dió á Felipe Cuarto muchas,
Y ellos corrieron en ellas
En brazos de la locura.
Y de su oro disipada
La crecidisíma suma,
Harto Don Juan de la Monja
Que sus desvíos acusa,
Dudosa de los dos mozos
La amistad, que poco dura
Entre quien de ella pagándose
Inconsiderado abusa,
Del porvenir de los tres
El horizonte se anubla
Y la discordia fermenta
Dentro sus almas oculta.
Y tantas nubes preñadas
De descontento se agrupan
Que está la tormenta próxima
A desatarse con furia

Al menor soplo de viento
Que la impela ó la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
Las satisfacciones duran!
Don Gonzalo, que debiera
Mirar de Don Juan la mucha
Generosidad, mostrándole
Ciega confianza mútua,
Pues usa de cuanto tiene
Y hasta de su nombre usa,
De su amistad poco á poco
Afloja las ligaduras.
Sus negocios le recata,
De sus conquistas nocturnas
No le dá parte, y descubre
A Margarita las suyas.
De un lado atiza los celos,
De otro sospechas abulta,
Y en fin su próxima vuelta
A sus hogares anuncia.
Don Juan no lo siente y calla,
Porque Don Juan no se cura
Mas que de vivir gozando
Mientras que sus oros triunfan.
Y Don Gonzalo que advierte
Que estos están en las últimas,
Pretestos busca á sus solas
Para afear su conducta.
Que es Don Gonzalo hombre pérfido
Que la envidia disimula
De quien es mejor que él,
Y cuya alma no renuncia
A una venganza que siempre
A medios mezquinos junta:
Díscolo en fin, aunque acaso
Su educacion le disculpa.
Y entre aquestos dos espíritus
Maléficos que la turban,
Margarita el hondo caliz
De las desdichas apura.
Margarita que engañada
Consintió y necia en la fuga,
Y salió exhalada al mundo
De los deleites en busca,
Cual mariposa perdida
Por el aura que perfuman,
Mil flores entre las cuales
Vaga errando de una en una,
Mas que al apoyarse en ellas
Se estremecen y la asustan,
Y aturdida y fatigada
No osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
Melancolía profunda,
Y uno tras otro sus dias
En el pesar se sepultan.
Y vé sus mil ilusiones
Que al precipicio se agrupan,
Del abismo de la nada
Donde con mano insegura,
En los bordes se mantienen
En desesperada lucha,
Y unas tras otras al cabo
Sin remedio se derrumban.

«¿En dónde están (se decia)
»Los sueños de mi ventura?
»Aquel país encantado
»Que exento estaba de angustias
»Cuadro espléndido y magnífico
»Con una sola figura,
»Que era ese Don Juan que ahora
»Duelos sobre mi acumula!
»¿Porqué le he creido, necia!
»Porqué le he creido nunca?
»¿Qué he encontrado yo en sus brazos
»Sino ficcion y locura?
»¿Qué me ha dado en sus caricias
»A beber mas que cicuta?
»¿Qué espero de sus promesas
»Sino que jamás se cumplan?
»Arrastrada entre sus vicios,
»Y entre sus orgías impuras,
»Su amor me devora el alma
»Y él se harta de mi hermosura!
»Sí, por otro amor me deja
»Encerrada en esta oculta
»Mansion, mientras él va ciego
»Tras de quien su amor rehusa,
»Tras esa beldad vendida,
»Que abre á la codicia pública
»Sus gracias, para que vaya
»A hozar en ellas la chusma;
»A cuyos torpes aplausos,
»La envilecen y la ensucian
»Pues la apellidan á un tiempo
»Celestial y prostituta.
»¡Ah! los celos me devoran,
»La envidia, el odio me abruman.
»¡Yo le amo!... y es imposible
»Que su indiferencia sufra.
»Él me sedujo; él mis ojos
»Abrió á la luz de la culpa;
»Yo era una pobre inocente,
»Mi alma era cándida y pura,
»Sus palabras me eran dulces
»Como una lejana música,
»Mas ardientes que un volcan
»Y mas que una lanza agudas,
»¿Qué hiciera yo mas que oírselas
»Con idolatría estúpida?
»¡Ay! ¿quién pudiera tornarme
»A mi sencillez inculta
»Y á mi inocencia del claustro?
»¿Quién amansara la furia

» De este amor y esta conciencia,
» Que para herirme se juntan?»

Y es cierto cuanto en su duelo
La niña infeliz pronuncia,
Porque Don Juan la abandona,
Harto ya de su hermosura.
Mozo sumido en los vicios
De juventud disoluta,
Todos los gustos le cansan
Si mas de una vez los gusta.
Y mientras hallaba encantos
Su pasion, entonces única,
De la bella Margarita
En la virtud, su alma impura
Adoraba sus hechizos
Locamente, y mas la lucha
Con su virtud empeñaba,
Aun de su victoria en duda.
Pero al punto en que sus ánsias
Que por eternas la jura,
Trasladó á su corazon,
Ya de su amor se disgusta,
Y pues no espera otros nuevos,
A sus placeres renuncia.
Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía escusa,
Y ella acosada de celos,
Y herida de sus repulsas
Sus pensamientos acecha,
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y colérica le insulta,
A veces los piés le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él ni en una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no la agradece nunca.
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto Don Gonzalo,
Que calla, mira y escucha,
Cobra hastío de Don Juan
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y en fortunas:
Y él tiene, mas que le pese,
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbra.
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas
En que la luz de los astros
Rasgar no puede la atmósfera:
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
De calentura amorosa
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,
Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse pues en sus brazos,
Pero la inconstante Diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuando á una carta sin tino
Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras,
Pues se cambió de repente,
Y él que jamás la malogra
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona.
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,

Y Don Juan que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras,
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin Don Juan, satisfecho
De fortuna tan dichosa,
Se alzó, asomando á sus labios
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta
Y devolviendo las joyas
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

—

« Todo lo puede el dinero,»
Dijo en la calle á sus solas,
« Lo que al valor no se rinde
» Con la riqueza se compra.
» Veremos pues si con oros
» Hacemos mas que con horas. »
Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba pues concluyéndose
Cuando entró: mas era otra
Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda,
Fuése al vestuario, y con maña
Llamando á parte á una moza
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma:
« Toma esos ocho doblones
» Y á esa Sirena engañosa
» A quien sirves, si te estimas,
» Dirás lo que aquí me oigas.
» Y es: que hay un noble extranjero
» Que al verla tan seductora
» Volver no quiere á su patria
» Sin un adios de su boca.
» Que si mañana en su casa
» Cenar con él no la enoja
» En presencia de un amigo
» Y de una fiel servidora,
» Recibirá mil doblones
» Para recuerdo de la honra.
» Conque olvidarte procura
» De que yo soy la persona
» Que irá á cenar, y no olvides
» Que el amigo será un momia,
» Que tú serás quien nos sirva,
» Y que por cuenta redonda
» Bien te dará cien doblones
» Quien la da doscientas onzas. »

Y así acabando Don Juan
Hasta los ojos se emboza
Y parte añadiendo bajo:
« Hasta mañana á estas horas. »

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo como por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso Don Juan
Se hundia como una sombra.
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan seria los derrocha.

—

En un lujoso aposento
Y enderredor de una mesa
De viandas esquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre Don Gonzalo
Y Don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para Don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
Danzante, que apenas cuenta
Veinte y dos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,
Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de voz mas seductora,
Ni en los encantos mas diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa;
Porque ella es cosa lindísima
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,

Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piececitos
Tan menudos que, á no verla
Usarlos tan fácilmente,
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenan
En compañía algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

Sirena. ¿Y á qué estrangero fingiros
Cuando estrangero no erais?
D. Juan. Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniendo al son de tu fama
Mas fácil te envanecieras.
Sirena. ¿Y á qué fingiros tan pobre,
Dueño de tantas riquezas?
D. Juan. Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
Me compraran mis monedas.
Sirena. Quiere decir que de dos
Mal os salió una esperiencia.
D. Juan. Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.
Sirena. Pero ella saltó por una.
D. Juan. Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera,
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.
Sirena. Quiere decir...
D. Juan. Te equivocas,
La interpretacion es esta:
Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia,
Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia,
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa Don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa
Durante la cual repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

Sirena. Buen cazador sois, Don Juan.
D. Juan. Y vos escelente pieza.
Sirena. ¿Siguierais mucho la pista?
D. Juan. Hasta hallar la madriguera.
Sirena. ¿Y si era falsa la boca?
D. Juan. Yo atinara con la cierta.
Sirena. ¿Y si salir no queria?
D. Juan. Yo me pondria en espera.
Sirena. ¿Por empeño?
D. Juan. Por empeño.
Sirena. ¿Y durara?
D. Juan. Hasta cogerla.
Sirena. Figuraos pues que asoma.
D. Juan. Me preparo
Sirena. ¿Y si se entrega?
D. Juan. Tiendo la mano y la cojo.
Sirena. ¿Y si muerde?
D. Juan. Norabuena,
Sóbrame á mí mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.
Sirena. Brindad pues y olvidad eso.
D. Juan. A su orgullo!
Sirena. A su obediencia!
D. Juan. Espera ¿quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?
Sirena. El amor está vencido.
D. Juan. ¿Y la encantadora?
Sirena. Muerta.
D. Juan. En ese caso, alma mia,
Brindemos y echarlo tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas,
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe Don Juan sin cuidado,
Que el vino jamás le altera;
Bebe Don Gonzalo poco,
Mas se turba su cabeza;
Y sus mas hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
Crece la orgía sin reserva
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata,
Y entre el son de las botellas
Crugen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.

De amor loco está Don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La callada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta,
Y al compas de su vihuela
Gira en danza voluptuosa
La bellísima Sirena,
Y en su sillon Don Gonzalo,
Sentado y tendido á medias,
Como una sombra fantástica
Embebido la contempla.
Ella, sutil como el aire
Y como el aire ligera,
Gira enredor, pasa y huye
Como aparicion risueña.
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destrenzan,
Radian sus ojos ardientes
Luz mas viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Mas los círculos estrecha,
Mas los mágicos hechizos
De sus perfecciones muestra,
Y el velo con que sus manos
Primorosamente juegan
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun rápidamente
Le recoge ó le desplega,
Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,
La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es una Náyade errante
Ya una Venus hechicera,
Ya la Aurora fugitiva
Flores derramando y perlas,
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta,
Y su flotante figura
En el ambiente deshecha,
Confundidos sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusion que vuela,
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda
Y el perfume que despiden,
A merced del aire sueltas,
Cuando en los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira y cruza y resbala
Y los sentidos no aciertan
Si de ella nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobre un almohadon se sienta,
Mas seductora que nunca
Y mas que nunca halagüeña.
Y mientras Don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude
Trastornada la cabeza.
«Bravo, esclamó, solo falta
Margarita.»—A cuya necia
Esclamacion levantóse,
Como una tigre Sirena,
Y con Don Juan encarándose,
Desencajada y colérica,
«¿Quién es esa Margarita?»
Le dijo de rábia trémula.
Quedóse un punto Don Juan,
Sin acertar la imprudencia,
A componer á su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza,
Les añadió por respuesta:
«¡A fé que es linda muchacha!
» Y ahora que se me acuerda,
» Pues en casa estará sola
» Su compañía me peta.»
Y asió su capa esto dicho,
Corroborando la idea.
«Gonzalo, esclamó Don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez,
Ya os encontrarais sin ella.
—Pues os digo que me agrada,
Y pues su merced la deja,
Pido, como prenda antigua,
Para tomarla licencia.
—Eso sí, si la pedís,
Llevaosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
—¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto,
Solo por recuerdo de ella
Lo haré como lo decís.
¿Y á qué convento?
—A Palencia
Y á las monjas de Jesus
De donde es.
—¡Jesus me tenga!
—¡Calla! ¿qué os da Don Gonzalo?
— Decidme por vida vuestra,
Don Juan, ¿cual es su apellido?
—Cosa Don Gonzalo es esa
Que jamás la he preguntado.
Mas ¡voto va!... ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?

— Sí.
—Pues Bustos es el de ella. »

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla Don Juan á poco,
Diciendo: « ¡ Cosa como ella !
¿ Quién demonios lo pensara?
Pero en fin ya es cosa hecha, »
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De Don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.
Hasta que el vapor de la orgía
Disipado con la fuerza
De su deshonra, arrojóse
Sobre Don Juan con fiereza,
Mas sentóle este los puños
En el pecho, y con la mesa,
La lámpara y la vajilla
Vino Don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos resuelta,
Diciendo á tiempo: « ¡Señores,
Que están en mi casa vean!
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos, Don Gonzalo, fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa. »
Alborotóse la casa,
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pages y las doncellas.
Mas Don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza:
«¡ Atrás canalla! y silencio:
Y tú, amiga, ten paciencia,
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
—Si sois valiente, Don Juan,
Cuando gusteis dad la vuelta.
—Advierte que no te pido
Ni consejos ni licencia,
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
— Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta,
Que de rendirse á venderse;
Hay una distancia inmensa.»

Y así diciendo Don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el dia,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oia.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de Don Juan que no venia.
Entreabierta tenia su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afan tendia;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendos y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando,
Pasar bajo su reja los veia,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos Don Juan nunca venia.
Hundida la infeliz en su abandono,
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡ Ay pobre Margarita! tú sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á Don Juan desesperada,
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡ Y ojalá no volviera, desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas, precipitados
Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
« Él es, » dijo bajando, y no mentia,
Que era en verdad Don Juan el que venia.
Él era sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilan sangriento.
« ¡ Dios mio! » dijo al verle Margarita,
Mas con planta lijera

Dentro él sin contestar se precipita
Y la mirada de la niña evita,
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada,
Y la puerta tras ella asegurando,
« Traeis sangre, Don Juan, » dijo aterrada,
Mas Don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido:
« Margarita, á la aurora
Es preciso partir.
—Dónde?
— Lo ignoro,
Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.
—¿ Pero qué pasa?
—Oh! no es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un leon ni un toro,
Poca cosa, señora,
Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que ví me muestra
Que vos necesitais...
— ¿Yo? ¡ qué locura!
Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque á fe mia
Que el asunto no es cosa, estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.
Oidme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á Don Gonzalo conocias.
— Eso
Bien lo sabeis.
—Tenia una maldita
Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con esceso
Y no es estraño que perdiera el seso.
— ¿ Pero en fin qué es el caso?
Que me teneis violenta.
— Me habló de vos y aunque detras de un vaso
Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.
—¿Le matasteis? Don Juan, ¡sois un malvado!
—Tal vez tengais razon, mas bien mirado,
Como si no le mato al fin me mata,
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece,
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á Don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.
— Pues que remedio no hay, Don Juan, partamos.
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros. »

Y hablando así con gravedad resuelta,
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brio sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

—

Al cabo de dos dias de camino,
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

Posadera. Dios guarde á su merced. ¡Hermoso dia!
Margarita. ¡Él os proteja, madre! ¿Teneis hora?
Posadera. No parece que sois madrugadora.
Margarita. Pues ¿qué hora es?
Posadera. Es casi medio dia.
Margarita. ¡Medio dia!
Posadera. ¿Quereis el desayuno?
Margarita. Sí: mas hacedme la bondad primero
De decirle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fé bien importuno.
Posadera. Pero ¿de quien hablais!
Margarita. Del caballero
Que ocupa ese otro cuarto.
Posadera. No hay ninguno.
Margarita. ¿Cómo no?
Posadera. El pasagero que ahí habia...
Margarita. Que vino ayer.
Posadera. Con vos.
Margarita. Precisamente.
Posadera. Montó á caballo al despuntar el dia.
Margarita. No puede ser.
Posadera. Miradlo.
Margarita. ¡Dios clemente,
Partió sin mí!
Posadera. Yo me creí, señora,
Que erais de su partida sabedora.
Margarita. ¿Yo? ¡justo Dios!

Y aquí de Margarita
Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada,
Solo encontró á su lado
Un hidalgo que acaso acompañado
De su muger viajaba,
Quien, viendo su hermosura, condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.
«Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.
¿A donde quereis ir?»

Margarita. ¿Donde, Señora?
Saberlo me pluguiera,
Yo iria solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?
La Dama. ¿Quién es él?
Margarita. Ese viajero
Que salió con el alba.
La Dama. Un caballero
Mozo y galan.
El Caballero. ¿Sobre un caballo overo?
Margarita. El mismo, justamente.
La Dama. ¿Es de vuestra familia?
Margarita. ¿De mi familia? No precisamente,
Pero si yo supiera su destino......
La Dama. Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?
Margarita. Sí, es en Palencia.
La Dama. Hasta Dueñas venid, si os acomoda,
En nuestra compañia, y diligencia
Para que os lleven á Palencia haremos,
De la mejor manera que encontremos.
Margarita. ¡Ay señora, quien quiera
Que seais...
El Caballero. ¡Levantad, por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haria.
Ea, venid, que enganchen y partamos.
La Dama. Enjugad esas lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada,
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Donde irá mas que á su nido
Y al bosque en que le dejó?
¿Donde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se estravió?

¡Ay! ¿donde irá Margarita
En su ciega inesperiencia,
Donde irá sino á Palencia
Do tal vez está Don Juan?
¿Porque quien logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde
De junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una muger se veia,
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

Y á traves de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente,
Por mas que mira, la faz.

Y la muger sin embargo
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguia,
Y á abrírsele no venia
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacia pues á tal hora
Tal muger y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un Don Gil de Alarcon.

¿Serán celos?—¡Qué locura!
¿Quien, ni de quien los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal.

Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la muger, sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay! pobre amante olvidada!
¡Ay! ¡infeliz Margarita!
¡Quién comprenderá tu cuita
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la muger,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ajeno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en *él* esperas por eso,
Cuando *él*, por un solo beso,
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios ni aun fingido
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Revienta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada,
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde,
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba.....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venia con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de Don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada,
De amor y mundo apartada,
Que son delirios, al fin,

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: «¡Ay de mi! ¿quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa
Cuyo rostro no veia
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veia
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita, al mirarla,
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.
«Será novicia (se dijo),
»Habrá al convento llegado
»Desde que yo le he dejado,
»No puede otra cosa ser.»

La monja en tanto seguia
Los altares arreglando,
Y la seguia mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé qué* de estrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer,

Pero con fulgor tan puro
Tan fosfórico y tan ténue
Que el templo seguia oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
A pesar de la distancia,
De las flores la fragancia
Que ponia en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oidos
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores,
La embriagaban de placer;
Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente,
Cambiándola interiormente,
Regenerando su ser.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éstasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimia,
Y en donde nada sentia
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hácia la monja de amor,
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fé y religion la dá.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,
Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su oculto encanto,
Asióla al pasar del manto
Mas sin fuerzas para hablar.

«¿Qué me quereis?» con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja. «¿Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa,
Venid ad claustro tras mí.

—¿Oh! imposible!
— Si os importa
Hablar con alguna hermana
Volved si gustais mañana.

— Yo hablara...
—¿Con quién?
— Con vos.
— Decid pues.
— No sé qué empacho
La voz al hablar me quita...
¿Cómo os llamais?
— Margarita.
—¡El mismo nombre las dos!
—¿Así os llamais?
— Sí, señora,
Y en otro tiempo yo era...
¿Qué oficio teneis?
—Tornera.
—¡Tornera! ¿cuanto tiempo ha?
— Cerca de un año.
— ¡De un año!
—Diez llevo en este convento
Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.»

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba,
Y era ella misma... ó su imágen
Que en el convento quedó.

—

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y así quedó, la frente sobre el polvo
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.

Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:
«Te acogiste al huir bajo mi amparo
Y no te abandoné: ve todavía
Ante mi altar ardiendo tu bujía:
Yo ocupé tu lugar, piensa tu en mí.»

Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.
La reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreia
Que adoraba su santa aparicion.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita,
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle
Y al vital resplandor de su bujía
Aun encontró la imágen de María,
Y sus flores aún sin marchitar.
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz Margarita la tornera
Sin mas mundo que el torno y el altar.

—

APÉNDICE
A
MARGARITA LA TORNERA.

—

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes
Pues que solo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venia sobre un caballo
Un hombre que á tientas sabe,
Sin duda, el sitio que pisa
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
Y del caballo apéandose,
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Despues en las cavidades
De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes

De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detras de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja: «¿Quién llama?»
Y el que llamó dijo: «¡Abre!
— Qué quereis?
— Abre, demonio,
No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
— ¡El és! ¡Jesucristo valme!»
Dijo la muger en lo alto,
Y la ventana cerrándose,
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

—

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia,
Sin otro mal ni dolencia
Que el esceso de su edad,
Don Gil de Alarcon á solas
Con su confesor espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los dias solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere Don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde
Con fuerza á su mente asida
Que lucha, no con su vida,
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,
Por quien se afanó viviendo,
Y por quien llora muriendo
Y que lejos de él está.
Y al Dios en quien cree suplica
Que por piedad le conceda
Un punto en que verle pueda
Por la vez postrera ya.

El pobre padre, impelido
Por su amor y sus virtudes,
Las negras ingratitudes
Olvida de su Don Juan,
Y darle el último abrazo,
Darle el último consejo
Es no mas del pobre viejo
El acongojado afan.

« Padre, al confesor decia,
Padre me acosa una idea.
— Cuál es?
— Que mi hijo me crea
Con él airado al morir.
Nunca otro fin me propuse
Que su bien y su fortuna,
¡Mas no hay esperanza alguna
En que poder consentir!

En busca de los deleites,
Mozo á los deleites dado,
Él se partió de mi lado
Y acaso teme volver.
Acaso teme el enojo
De su padre que le adora.
¡Ay Dios! en la última hora
¿Qué puede de mí temer?

Solo quisiera, os lo juro,
En este trance tremendo
Poder echarle muriendo
Mi paternal bendicion.
No hay locura que no olvide,
Dolor que no le perdone,
Ni recuerdo de él que encone
La ira en mi corazon. »

—

Así decia el buen viejo,
De su Don Juan acordándose,
Cuando Don Juan arrojándose
En sus brazos esclamó:
« Ya estoy aquí padre mio,
» Ya estoy ante vos de hinojos,
» Tornadme, padre, los ojos
» O muero de angustia yo. »

Y ambos á dos tiernamente
Padre é hijo se abrazaban,
Y ambos á dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!
Lloraba el padre de gozo,
Lloraba el hijo de duelo,
El dolor con el consuelo
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo
Y le estrechaba asintiendo
El viejo, que al fin cayendo
Sin fuerzas le dijo así:
« Hijo, levanta y escucha
Mis postrimeros acentos,

Que tengo pocos momentos
Para disponer de mí. »

Sentóse á su lado el hijo
Y á solas los dos quedando
Así el padre siguió hablando
A su fin próximo ya:
« Juan, voy á darte mi ultima
Prueba de amor y quisiera
Que esta voluntad me fuera
Bien cumplida.
— Lo será.

—Tuyo es cuanto yo poseo,
Sin mas condicion que una,
Y Dios, Juan, te dé fortuna
Para gozarlo sin mí.
¡ Me juras obedecerme ?
Responde, Juan, porque siento
Que se me arranca el aliento.
¿ La cumplirás?
— Padre, sí,

Por cielo y tierra os lo juro!
— Pues bien, junto á Torquemada,
En tu herencia vinculada
Una casita hallarás
Cercada de un huertecillo,
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,
Y esta casa y esta tierra,
Juan, no la vendas jamás.

Si algun dia (y nunca llegue)
Tus dispendiosas locuras,
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,
Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte
Mi sombra saldrá á ayudarte...
Y á Dios, Juan, que á morir voy!
– Padre!

—Adios, Juan, hijo mio!
Siento que estoy espirando,
Adios... y haz lo que te mando
Porque Dios te ayudará. »
Y esto dicho inclinó el padre
Hácia su hijo la cabeza
Y él la besó con terneza...
Pero no existia ya.

Tornóse desde este punto
Aquel oculto aposento
Solitario monumento
De un justo que en paz murió.
Huyóse el alma á los cielos,
Y el vivo que allí quedaba
Al Dios se la encomendaba
Que ante su ser la llamó.

Y ya próximo al ocaso
El sol del dia siguiente
Turba enlutada de gente
Se vió á Palencia volver,
Y tras de todos un hombre
Que en pié en mitad del camino
Quedó el lugar por do vino
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,
Su denso manto tendiendo
Y á su mirada impidiendo
La distancia penetrar,
Apartar le hizo la vista
De lo que estaba mirando,
Y las espaldas tornando
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel dia
Al campo este hombre salia
Y del campo se volvia
Poco antes de oscurecer,
Y ante las puertas llegando,
Los ojos atrás tornando,
Quedábase atrás mirando
Mientras alcanzaba á ver.

II.

Todo en la tierra pasa,
Todo muere, se estingue ó se deshace
El duelo y el placer tienen en tasa
Del hombre breve en la existencia escasa,
Flor que se agosta con el sol que nace.
Queda el dolor un dia
Dentro del corazon mas amoroso
En lenta y profundísima agonía,
Pero calma el dolor mas riguroso
Y el que mas implacable parecia.
Que así va nuestra vida
Caminando entre gustos y dolores
Como fuente silvestre que escondida
Por el sombrío bosque va perdida
Zarzas bañando y campesinas flores.
Así Don Juan, con la memoria triste
Del cariñoso padre acongojado,
Vivió con su memoria
En soledad un tiempo retirado,
En jornada diaria
Visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
Y el alma serenarse cada dia,
Volvió á la sociedad, y halló consuelo
En lo que un tiempo su placer tenia.
Y el consuelo por puntos aumentando
Se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,
Con respetuosas chanzas y caricias
A cercarle volvieron sus amigos,

Y se iba á su presencia despertando
Su corazon, sediento de delicias.
Volvio a reir Don Juan, volvió á sus ojos
La viva luz del gozo y la esperanza,
Volvio la soledad a darle enojos
Y su opulencia le tornó á la holganza.
Sus administradores
Cuentas a darle con afan vinieron
De la herencia feraz de sus mayores
Y á sus ojos pusieron
Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas,
Con mil cuidados y con mil sudores.
Tendió Don Juan los ojos satisfechos
Por el risueño porvenir, y el mundo
Halló tal vez con límites estrechos
A su deseo libre y vagabundo.
¿De qué me sirve dijo, esta opulencia,
Estos montones escondidos de oro
Si en la oscura y pobrísima Palencia
No me sirve de nada mi tesoro?
¿He de gastar en mantas mis doblones
O he de hacer de contínuo á mis queridas
Regalos de peludos bayetones?
¡Quedarán vive Dios agradecidas!
Murió mi padre, duéleme á fé mia!
Pero no es menos cierto
Que yo tambien me moriré algun dia;
Y si la vida á divertir no acierto,
Comprando mi placer con mi riqueza,
¿No se aprovechará de mi torpeza
Otro mas listo cuando me haya muerto?
¡Adelante, Don Juan, viven los cielos!
Menos dicen que son con pan los duelos.
No pasemos la vida
En llorar como imbéciles mugeres,
La riqueza gocemos adquirida
Y hagamos amistad con los placeres.
Y aquí Don Juan, soltando de repente
Ruidosa carcajada
Que sin duda escitada
Fué por recuerdo que acudió á su mente,
Siguió diciendo: Y en verdad que ahora
Pillaré descuidada
A mi antigua Sirena encantadora.
Vaya, vaya Don Juan, duelos aparte
Y vamos á Madrid, donde á esperarte
Saldrá sin duda alguna
Con los brazos abiertos la fortuna.
¡Madrid, sitio á propósito
Para amorosos y reñidos lances,
De petardos y cábalas depósito,
Y tela de aventuras y percances!
Vámonos á Madrid; es un capricho,
Mas mi padre perdone
Que á Palencia heredándole abandone,
Que Madrid es mi patria, y está dicho.
Damian, en este punto
Los caballos ensilla,
Y el claro sol al despuntar mañana
Que fuera nos encuentre de Castilla.

¿Qué distancia en Don Juan menester era
Para obrar y pensar de una manera?
Todo era en él lo mismo, en un momento
Arregló sus negocios
Conforme al concebido pensamiento,
Y á las diez poco mas de una mañana
Salió sobre una yegua jerezana
Mas ligera que el viento,
Y tres dias despues desde la altura
Del cano Guadarrama
De Madrid contemplaba la llanura,
Donde sus nieves pródigo derrama.

III.

AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento
De la casa de Sirena
En que trabó Don Gonzalo
Con Don Juan una pendencia,
Tienen ahora trabada
Plática amorosa y tierna
La ambiciosa bailarina
Y Don Lope de Aguilera.
Ya sabes, lector discreto,
De muy atras quien es ella;
Voy pues á darte noticias
Del galan que hoy la corteja.
Es Don Lope un mozo ilustre
A quien de la edad mas tierna
Sus padres en Salamanca
Dedicaron á las letras.
Aplicóse él de tal modo
O lo hizo de tal manera,
Que se plantó la golilla
De años veinte y dos apenas
La curia escandalizóse
De tan imberbe colega,
Teniendo á menos el lado
Con justísima vergüenza.
Murmuraron los doctores,
Y alborotóse la audiencia;
Mas él les tapó la boca
Con su suerte y sus riquezas.
Presentóse el noble mozo
Con impávida insolencia
Al tribunal, despachando
Sus negocios con franqueza,
Y sus buelillos de encaje,
Y sus hebillas con perlas,
Y sus pages ataviados
Con magníficas libreas,
Apagaron los murmullos
É hicieron al fin domésticas
Las voluntades agrestes

De la turba descontenta.
Tornóse el ceño en sonrisa,
En cortesía la befa,
En rendimiento el desden
Y la repulsa en ofertas.
Y en fin, el poder que el mozo
Tener en la corte muestra
Cambió en baja adulacion
La ojeriza golillesca;
Mas él despues de humillarlos
Dióles no mas por respuesta
De alcalde de casa y corte
La que recibió real cédula.
Pues *rico* en merecimientos
Con tamañas escelencias,
Obtuvo ó compró una toga
Y grande fama con ella.
Dióse con brio á las leyes,
Y aunque legislaba á tientas,
Dió brujas al santo oficio
Y vagos á las galeras.
Dióle ademas la manía
Para adquirir pronta y buena
Fama en la corte, de hacer
En las mozas una leva.
Echó pues infatigable
Tras damas de vida incierta
Que tienen por mayorazgos
Lo que de vivos heredan.
Para lo cual de alguaciles
Tenia en campaña puesta
Multiplicada falange
En tales ojeos diestra.
Mas aunque asaz blasonaba
De rectitud justiciera,
Y andaba en continuo acecho
Con astuta diligencia,
Del vulgo siempre maligno
Murmuraban malas lenguas
Que dejaba las bonitas
Y desterraba las feas.
Mas esto alababan otros,
Esponiendo en su defensa
Que así atendia celoso
De la corte á la belleza.
Y andaba en esto muy justo,
Pues la hermosura completa
Cuanto hay necesario y útil
En esta vida terrena.
¡Pero lo que son las cosas
De mezquindad y de tierra!
La que mas firme parece
Por fragilidad se quiebra.
Este Don Lope, que espanto
De las cortesanas era,
Su oro gastaba en secreto
Pródigamente con ellas.
Y á pesar de su faz torva,
De su voz ronca y severa,
Y de su amor á las leyes
Y timorata conciencia,
Se le bailaban los ojos
Al dar con una mozuela
Morenilla y vivaracha,
Desenfadada y resuelta.
Y como hiciese su encuentro
Por alguna callejuela
Escusada y solitaria,
Fingiendo tomar las señas
De cualquier casa, tendia
Por el embozo tras ella
Los encandilados ojos,
Y ¡qué cintura! ¡qué pierna!
¡Qué rizo tan bien tirado
Alrededor de la oreja...
Qué de perfecciones lindas
En la vision pasajera!
Mas no eran todas las gracias
Del jóven golilla estas,
Habia otra que era en él
Costumbre y pasion violenta.
Un vicio que conservaba
Allá de su edad primera,
Debilidad ya de antiguo
A la noble gente aneja.
Que era el amor desmedido
A las damas de comedia,
Y en su falta á las graciosas,
Ademas de las boleras.
Porque siempre apetecemos
Lo que mas lejos se muestra,
Lo que menos encontramos
Que á nosotros se asemeja,
Lo de que entendemos menos
Costumbre ó naturaleza.
Por lo que vemos continuo
Conjunciones tan diversas,
Y voluntades tan locas
Por las cosas mas opuestas,
Como enanos por caballos,
Y robustos por recetas,
Y jorobadas por bailes,
Y los pobres por apuestas;
Y duques por bailarinas,
Y por payasos duquesas.
Que hay quien gusta de unas caras
Barnizadas como puertas,
Y á merced del albayalde
Hechas blancas de morenas,
Y de unos ojos que brillan
Bajo dos postizas cejas,
Y de unos ahuecadores
Convertidos en caderas,
Y de unos rizos espesos
Añadidos con destreza,
Y de un punto de que el sastre

Forma pechos, brazos, piernas,
Y cinturas á su gusto
Y al de la flaca ó la gruesa,
Y da academicas formas
A gente de alambres hecha.
¡Qué diablos! cada cual halla
Donde quiere la belleza,
Y todo es farsa en el mundo
Como dice la comedia.
Y si á don Lope esto agrada
¿A quién su gusto interesa?
Al cabo con ellas anda
Trastornada la cabeza.
¡Qué pié tiene la Felisa!
¡Qué mirada la Lucrecia!
¡Qué movimientos Aurora!
¡Y qué voz la Berenguela!
Pero sobre todas Diana,
Y sobre Diana Sirena.
¡Qué gracia en la pantomima!
Qué rapidez en las vueltas!
¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...
Desde el momento de verla
Con la vara y la golilla
El buen Don Lope dió en tierra!
¡Y qué diablos hay qué hacer!
Somos hijos de flaqueza,
Las tentaciones son graves,
Y son cortas nuestras fuerzas.
Cerró Don Lope los ojos,
Y tomadas sus secretas
Medidas, abrió sus arcas
A la danzante hechicera.
Cruzáronse para el caso
Dos virtuosísimas dueñas
Corredoras de placeres,
Y lebreles de monedas.
Y en fin por pasos contados,
Y por doblones sin cuenta,
Llegó el juez basta las plantas
De la bailarina bella.
Tanto mas, cuanto que á ser
La cosa de otra manera
Hubiera bailado un solo
Con música de la empresa.
Pues los golillas de entonces
En un dos por tres pudieran
Hacer de un corchete un santo,
Y un testigo de una piedra.
En tal estado se hallaban
Los asuntos de Sirena
Con Don Lope, él visitándola
Y recibiéndole ella,
Cuando una noche, á deshora
Y estando de sobrecena
Crúzandose las sonrisas
Por detras de las botellas,
En el mas dulce coloquio,
Del aposento la puerta
Se abrió repentinamente
Y entróse Don Juan por ella.
Y diciendo *buenas noches*,
Señores, y echando á tierra
Capa y chambergo, sentóse
Sin ceremonia á la mesa.
Quedaron los tres mirándose,
Doscolorida Sirena,
Don Juan con franco descaro
Y receloso Aguilera.
Así estuvieron un punto
Y sin comprender apenas
Don Lope y la bailarina
Del de Alarcon la presencia.
Hasta que una carcajada
De este, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último
La situacion de la escena;
Cesó de reir Don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

D. Juan. Sepamos con quien se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo Don Juan de Alarcon.
¿Quién sois vos en esta tierra?
D. Lope. Ya hidalgo me habeis llamado.
D. Juan. No tengo aun mas que sospechas
De que sois tal por el trage
Y vuestra barba de á tercia.
Mas no es esa la pregunta:
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera,
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta,
El caso es que aquí sobra uno.
¿Quién pues se va, y quién se queda?
Si es que comprais declaremos,
Nuestra posesion en venta;
Si lo debeis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva,
Y ó al que le toque la pierde,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos
Espada en mano, y afuera.
Elegid.
El juez que en tanto

Todas sus razones pesa
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quien sea,
Dijo: «Convengo en tirarlo
Al azar.
— En hora buena.»
Echóse Don Juan al punto
La mano á las faldriqueras
Y dijo al sacarla: «Veamos,
Yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares ó nones?
— Pares.
— Contad pues esas monedas,»
Y echó Don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
«Perdí, dijo el juez,» y el otro
Que adivina lo que piensa,
Díjole: «Meted espadas
Si los oros no os contentan.
— A poder en este instante
¡Juro á Dios que las metiera!
— ¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera,
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.»
Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

Sirena. ¡Señor Don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.
Don Juan. ¿Pues quién es? ¿es tu marido?
Sirena. No.
Don Juan. Pues justo es mi derecho.
Ya vistes que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay pues de que se me acuse.
Sirena. ¡Ay Don Juan que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!
Don Juan. ¿Acaso estoy sin espada?
Sirena. Cuando yo os diga su nombre
Temblareis.
Don Juan. ¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?
Sirena. Ese hombre á quien provocais
Es el Alcalde Aguilera.
Don Juan. No me parece una fiera.
Sirena. Ay de vos si con él dais.
Don Juan. Y ay dél si conmigo da.
Mas niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Di, niña, ¿cómo te va?
— Bien, ¿y á vos?
— Famosamente.
— ¿Y Margarita?
— No sé
¡Vive Cristo! ni quién fué
La tal muger.
— Bravamente.
¿Y Don Gonzalo?
— ¡Buen lance
El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
— ¿Le matásteis?
— ¿Y qué hacer?
Sé empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza,
¡Qué habia de suceder!
— ¡Pobre muchacho!
— ¡Eh! dejemos
En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales estremos.
¿Qué te importa Don Gonzalo,
Mientras yo contigo esté?
Paréceme por mi fé
Que no va el mundo tan malo.
Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos
Por si acaso.
— Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje, abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

—

Las nueve daban apenas
De la mañana siguente,
Y Don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entreteniéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene
Diciendo: «¡Señor, salvaos!
— ¿Qué dices, loca?
— Que vienen

A prenderos.
— ¿A mí?
— A vos.
Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
— Sirena, ¿qué enredo es este?
— ¡Ay! ¡huid, Don Juan, huid!
Y no estrañeis que os recuerde
La muerte de Don Gonzalo.
— ¡Vive Dios!
— Ved que quien quiere
Prenderos es Aguilera.
— ¡Él! ¡por vida mia! ¡que entre!
— Ved que son muchos.
— No importa.
— Por Dios, Don Juan.
— ¡Bah! tenerse
Siempre á mi espalda y dejarlos.»
Y asiendo bizarramente
Su larga espada Don Juan,
A abrirles la puerta fuése.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes,
Y en sus miradas de triunfo
Bien claro Don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre Don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y así con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;
El cual con sonrisa doble,
Que harto á burla se parece,
De esta manera le dice,
Y Don Juan á él de esta suerte:

Don Lope.—¿Quién es Don Juan de Alarcon?
— Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?
— Que se dé al rey.
— ¿Con qué causa?
— Hoy su Magestad pretende
Que en un sillon duradero
En su presencia se siente.
— Pues dadle al rey muchas gracias,
Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.
— No intente
Señor galan, resistirse,
Que en sangre teñidas tiene
Las manos, y de un tal Bustos
He sido yo algo pariente.
— ¡Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece;
Pues no intenteis, seor golilla
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.
— ¡Ea, mancebo, ya basta!
¡Espada y persona entregue,
O vive Dios!...
— Nora buena,
Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.
— Pues á él, ministros, prendedle.
— Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.»

Así diciendo Don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reveses.
Y en vano se le antepone
Densa nube de corchetes,
De escribanos y testigos,
Él tira siempre de frente,
Y en dos minutos despoja
De bultos el gabinete,
Y huye espantada la turba,
Al rey invocando siempre.
Desmayóse la Sirena,
Rompió en clamores la Irene,
Y en un momento en la calle
Se arremolinó la gente.
Rejas y balcones se abren
Al ruido, y todos haciéndose
Pregunta sobre pregunta,
Mas todos sin entenderse.
Quien huye despavorido
Sin saber de lo que teme,
Quien oye estúpido y mira,
Quien bravea sin moverse
Desde la calle entre tanto,
Que nada ve ni comprende.
Ayes y votos se escuchan,
Estoques por alto vense,
Y bocas abiertas dando
Órdenes que nadie atiende.
Miran todos á la casa
Por fuera de las paredes,
Como si á través pudieran
Ver lo que dentro sucede,
Y el dintel los alguaciles
A pasar sin atreverse
Se desgañitan de miedo,
Y al auditorio ensordecen.
Al fin por sobre el gentío
Viéronse llegar ginetes
Atropellando la turba
Y armados hasta los dientes.
Doblaron los alguaciles
Sus roncas voces al verles,
Y oyéronse maldiciones
De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala
Don Juan esgrime y revuelve
Contra tres que cara le hacen
Con el juez que se defiende;
Pues insultado Aguilera
Por él, y mofado al verse
Tiró el baston y echó mano
Al estoque bravamente.
Mas es muy diestro Don Juan
Y en tal posicion se tiene,
Que espada y daga empuñando
De tal modo les ofende,
Que no desperdicia un golpe
Ni un pié de terreno pierde.
Dá, cía, pára, se cubre,
Amaga, recibe, vuelve,
Al uno tira de punta,
Al otro á revés le hiere,
Y al fin con un doble amago
Al de Aguilera sorprende,
Y en la tetilla derecha
Honda estocada le mete.
Cayó Don Lope y los otros
Que por él lidian, al verle
Doblaron contra Don Juan
Con rabia, aunque inútil siempre.
Pues él que ve su venganza
Cumplida, y abajo siente
Caballos, tal les acosa,
Que al uno le desguarnece,
Derriba al de la derecha,
Y sobre el tercero llueve
Tal tropel de cintarazos,
Y con voz tan insolente
Les insulta y les confunde,
Que aturdidos los pobretes
Huyeron al fin mohinos
Y zurrados malamente.
Entonces Don Juan, que nunca
Su peligro desatiende,
Ni pierde el tino en su ira,
Con mano asaz diligente
Cerró las puertas, y astuto
Buscó balcon que cayese
A otra calle, y por las rejas
Descolgóse osadamente.
Gritó un hombre que pasaba,
Pero no pudo dos veces,
Porque Don Juan levantándose
Tendióle de un golpe inerme.
Miró, y eligió camino,
Se embozó bien, y metiéndose
Por una calle escusada,
Para su posada fuése.
Tomó el caballo en que vino,
Salió de Toledo al puente
Y echó á escape, encomendándose
A su brio y á su suerte.

Echó la justicia mano
De Sirena y de la gente
Que halló en su casa; crecieron
Los procesos como peste,
Y concluyóse la causa
Al concluir nueve meses,
Y en ella los que quedaron
Pagaron por los ausentes.
Del juez y de Don Gonzalo
Las averiguadas muertes
En una sola sentencia
Se vengaron de esta suerte:
Condenóse allí á Don Juan
A morir, si se le hubiere:
Mas nadie pensó en buscarle,
Como continuo acontece.
A Sirena por diez años
A reclusion, y por siete
A la criada, mandando
Que al de Aguilera lo entierren.

Con que *se salva quien corre*,
Y *acierta quien se defiende*,
Y está visto, *la fortuna*
Solo ayuda á los valientes.

—

Hundia el sol su disco refulgente
Tras la llanura azul del mar tranquilo,
Dando sitio á la noche, que imprudente
Presta con sus tinieblas igualmente
Al crímen manto y al dolor asilo.
Y allá en ocaso al espirar el dia
Con su postrera luz reverberaba,
Y del inquieto mar se despedia,
Y de la tierra que á lo lejos via
Que de las sombras en poder quedaba.
Alcanzábase á Cádiz la opulenta
Blanqueando débilmente entre la bruma,
Sentada á flor del agua turbulenta,
Como queda despues de la tormenta
Témpano errante de perdida espuma.
Y aun se podian distinguir apenas
Los altos y movibles masteleros
Por cima y en redor de sus almenas,
Y en alas de las ráfagas serenas
La voz de los cansados marineros.
Mas no bien al crepúsculo indeciso
Tragó la luz de la amarilla luna,
Cuando en cóncavo son tronó improviso
Cañonazo de leva, ronco aviso
De nave que invocaba á la fortuna.
Lanzóse una á la mar, y á toda vela
Abandonando el puerto prontamente,
A par del viento favorable vuela,
Y á la luz clara que en la mar riela
Se la mira vogar tranquilamente.

—

A Italia va. Dichosos los que aguardan
A su playa feliz llegar en ella,
Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
Bajo el benigno sol de Italia bella.
A Italia va: pais de los placeres,
Encantado vergel rico de flores,
Vivienda de hermosísimas mugeres,
Patria feraz del genio y los amores.
A Italia va Don Juan ¿á dónde iria
El osado y amante pendenciero,
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?
A Italia sí, porque en Italia mora
El amor, la molicie y la pereza;
A Italia, sí, donde el placer se adora
Altares levantando á la belleza.
A Italia va Don Juan. ¡Cuánta esperanza,
Cuánta ilusion de amor y de ventura,
Lleva en su corazon, que nunca alcanza
Fin á la dicha ni al placer hartura!
Atras queda y burlada la justicia,
Atras los muertos que dejó lidiando,
Mas la suerte con él marcha propicia
Cabo feliz á cuanto emprende dando.
SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
Su amor y sus encantos se perdieron
Un momento despues de conseguidos.
A Italia va Don Juan. La España toda
Llena tras él de sus memorias queda,
Solo volver á España le acomoda
Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.
«Mientras es jóven, dice, mientras lleve
»Deseo el corazon y oro el bolsillo,
»Lanzarse el hombre á los deleites debe
»Del sol de su fortuna al falso brillo.
»El placer es mi Dios; mi alma desea
»Para solo gozar larga la vida,
»Cuando sin oro y sin placer la vea
»Como una inútil prenda envejecida.
»Con estóica calma indiferente
»Despojaréme de ella, convencido
»De que al que un aura de placer no aliente
»Le debe de bastar lo que ha vivido.»

Tal es Don Juan y tal el pensamiento
Que á la risueña Italia le conduce,
Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
Gozar solo es vivir, de ello deduce.
A Italia va Don Juan; ¿y á donde iria
En verdad el amante pendenciero
A prolongar su interminable orgía
Y á gastar su existencia y su dinero?

—

IV.

Fuése á Italia Don Juan, lector querido,
Y aquí cierra su historia su cronista,
Que seguirle hasta Italia no ha podido;
Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.
Porque no es conclusion para una historia
Acabar en un viaje
La vida y la memoria
De su mas importante personaje.
Decir que llegó á Italia, como dice,
Sin añadir mas dél, es un esceso
De historiador sin seso;
Porque si al menos naufragar le hiciera,
Bien la historia en naufragio concluyera.
Pero solo nos dijo
A Italia fué, de donde yo colijo
Que fué este historiador un calavera.
Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,
Y á darte gusto aspiro,
Tras el fin de Don Juan un año anduve
Crónicas y memorias registrando,
Manuscristos y sábios consultando,
Mas nada de Don Juan á manos hube.
Hasta que al fin pasando por fortuna,
Y há poco por Palencia,
Topé con la ocasion mas oportuna.
Un clérigo muy viejo,
En cuya casa por mi buen consejo
Me hospedé aquella noche,
Me contó como cosa verdadera,
Y por los ojos de su abuelo vista,
Una historia, que á fe que si no era
De Don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el cronista.
A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de Don Juan concluyo;
Y aunque de su verdad no desconfío,
A Dios plazca, ¡oh lector! que como al mio
Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

—

Seis años habia durado
Del bravo Don Juan la ausencia,
Y su memoria en Palencia
Con ellos se habia borrado,
Mientras él fuera de España
Vivió, habíanse vendido
Sus bienes que habian venido
A manos de gente extraña.
Y en fin, el mozo expatriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.
Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y Don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.
Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.
Y un hombre que se nombraba
De Don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura y cobraba.
Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.
De ellos quedó en conclusion
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la *casa de Alarcon*.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia
Por triste y último resto.
Y á vuelta de algunos años
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias extraños.
Tal es la vida, lector,
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido,
Y con vergüenza mayor.

—

En una tarde nublada
Del turbio Enero venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada
Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.
Traía el ceño fruncido,
A través del cual brillaban
Dos ojos que á par miraban
Con insolencia y descuido.
Una daga milanesa
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.
Todo el resto de su traje
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viaje.
Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.
Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza
Que inspira cierta franqueza
Y á su misterio aficiona.
En un camino el hallarle
Pavor infunde sin duda,
Pero si pasa y saluda
Vuélvese uno á contemplarle.
Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.
Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De lejos parece bien,
Pero muy de cerca mal.
Y él en tanto, sin curar
De quién pasa por su lado,
Iba con pié acelerado
Atravesando el pinar.
Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle
De antiguo césped vestida.
Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje
No parece aquel paraje
En verdad muy transitado,
Él sigue siempre constante,
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le extiende delante.
Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal,
Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos,
Y llegó al fin de la cuesta
Do se via en la hondonada
Una casilla olvidada
Ya ruinosa y descompuesta.
Y cubierto de amarillo
Musgo y de yerba silvestre
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.
Ya en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.
Solo en su centro se via
Sobre un monumento alzada
De piedra una cruz labrada
Que aun en pié se mantenia.
Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese,
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante
Con lágrimas en los ojos.
Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo así con triste acento :

«Padre, al morir me dijisteis:
»*Si algun dia tus locuras*
»*O imprevistas desventuras*
»*Te roban cuanto te doy,*
»*Ven á mi tumba escondida,*
»*Que en mi sepulcro al postrarte*
»*Mi sombra saldrá á ayudarte...*
»Cumplióse así, y aquí estoy.

»Rompe pues, sombra adorada
»Esa piedra que te esconde,
»Y á mis suspiros responde
»Momentánea aparicion;
»Dime, sí, que desde el cielo
»Do mi padre habita ahora,
»No me lanza aterradora
»Su temible maldicion.»

Calló aquí un punto, y besando
La lápida, con tristeza
Inclinando la cabeza,
Dijo alejándose ya :
«¡Quimeras!... nunca los muertos
»Salen de la madre tierra
»Que avara en su vientre encierra
»El polvo que ser nos dá.»

Entró así hablando el viajero
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,
Y no halló cosa en su centro
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel
Al sentir bajo su techo
Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono,
Desde el suelo á la techumbre
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas :
Y do quier que los tendia
Solo encontraban sus ojos
De otro tiempo los despojos
Que no ha de volver jamás.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos
Tenia ya enmohecidos
Los aposentos do quier :
Y en los viejos paredones
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas al empujarlas
Desvencijadas cedian,
Porque apenas mantenian
Quicio en que apoyarse ya :
Todo en fin amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hácia la tierra se inclina
Y á hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera en palacio
Magnífico examinar
Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor,
Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto
Se vé que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina
É histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:
Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira
Y tristemente suspira
Su oprimido corazon.

A veces se cree que llora
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura
Que son conjuros tal vez,
Y á veces con ira impía
Jura, y maldice, y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima
De exasperados pesares,

Ni espera ya en los altares
Ni fia en sí mismo ya:
Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura
Que asentada la locura
Dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí,
Llegó hasta un salon oscuro
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aquí.

Daba de la casa á un ángulo
En que estriba un aposento
Que parece en su cimiento
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciar.

Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una
Asió un clavo por fortuna
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia
De las otras á la par,
Aunque algo menos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Difícil de adivinar.

No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.

Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna,
Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así:

Como cuando aquí te vuelvas
Todo lo habrás ya perdido,
Y tendrás puesto en olvido
Á tu padre y á tu honor,
En esa cuerda y escarpia
Lo que mereces te dejo,
Y creo que es el consejo
Que puedo darte mejor.

Quedóse Don Juan atónito,
Pues no era otro el que leia,
Ni era otro el que escribia
Sino su padre Don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebato febril.

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos
Pendencias y desafíos,
Disolutos amoríos
Y crímenes por do quier.
Aquí el esposo ultrajado,
Allí la justicia hollada,
Acá la monja engañada,
La seducida muger.

Asesinado el amigo
Allá en la sombra moria
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá la lívida sombra
Del desdichado Aguilera
Salia rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra
Con el puñal en la diestra
Su impía sangre á verter.

Todas, estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas,

Venian desesperadas
A maldecirle á una voz,
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crímen atroz.

—

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intérvalo apenas
En que poder respirar:
Y ¡mísero Don Juan!... ¡mísero!
A donde quiera que mira
Vé un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de Don Gil la letra
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: «Esto es hecho.»
Y asió con ira el cordel.

—

Hízole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo
Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un estremo en ella,
Y en su cuello el otro estremo,
Maldijo Don Juan su estrella
A morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces, segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Así de la alegre vida
Diciendo se despidió.

« Teneis razon, padre mio,
» Ya otra cosa no me resta;
» Para una vida como esta
» Mucho mejor es morir.
» ¡Teneis razon! Gran regalo
» Me dejais, y le merezco;
» Ea, pues, ya os obedezco.
» ¡Abra Dios mi porvenir! »

Tras cuyas ímpias palabras,
Con los piés la arca empujando,
Quedó el mísero colgando
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pós.

Desplomóse con estruendo
La carcomida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detras.
« ¡Malditos maderos viejos! »
Esclamó Don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: « Un árbol valdrá mas. »

Mas mirando al techo al irse
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombro,
Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veía escrito
Esto, que Don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERA FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

CONCLUSION.

Tú creerás, lector amigo,
Que Don Juan, esto leyendo,
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó:
Tambien yo lo suponia,
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó,
Me juró como hombre honrado
Que habia despues sabido
Que este Don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.
¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡O lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas...
El refran se lo dirá.

LEYENDA CUARTA.

LA PASIONARIA.

CUENTO FANTÁSTICO.

Un dia en que mi muger leía los cuentos fantásticos de Hoffman, y escribia yo á su lado los mios, se entabló entre nosotros el siguiente diálogo.

Mi Muger. ¿Porqué no escribes un cuento fantástico, como los de Hoffman?

Yo. Porque considero ese género inoportuno en España.

Mi Muger. No alcanzo la razon.

Yo. Yo te la diré. En un pais como el nuestro, lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la mas íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos mas dicha que la inapreciable de haber nacido españoles; ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bien aventurado Aleman? Nuestro brillante sol daria á los contornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararian el ridículo misterio en que las nieblas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.

Mi Muger (interrumpiéndome). Esa teoría será muy buena, pero en ese caso ¿á qué género pertenece tu leyenda *Margarita la tornera?*

Yo. Al género fantástico, sin duda.

Mi Muger. Luego la teoría y la práctica estan en contradiccion.

Yo. Entendámonos. *Margarita la tornera* es una fantasía religiosa, es una tradicion popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro pais, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffman sin embargo no serán en España leidas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginacion descarriada; tengo esperiencia de ello.

Mi Muger. Acaso tendrás razon: pero yo quisiera que hicieras la prueba.

Yo. Enhorabuena: mas con una condidion. Que sobre tí vaya la responsabilidad del éxito.

Mi Muger. Acepto.

Yo. Tú me darás el argumento de la composicion.

Mi Muger. Y tú le tratarás con imparcialidad.

Yo. Prometo escribírtele como Dios mejor me dé á entender.

Mi Muger. Pues escucha.

He aquí, amigo lector, la historia de mi *Pasionaria*, que está dedicada á mi muger, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento con la torpeza y desaliño de la ejecucion.

José Zorrilla.

INTRODUCCION.

En un fresco valle ameno,
De flores y árboles lleno,
Que á un jardin se parecia,
Un buen hidalgo vivia
De pesadumbres ajeno.
De aquel albergue escondido
La soledad deleitosa
Habia un santuario sido
Donde pasó guarecido
Su larga vejez dichosa.
Soldado fué mientras pudo
Con el lanzon y el escudo,
Mas su buen tiempo pasado,
Volvió á su valle ignorado
A ser campesino rudo.
Allí dejó á su partida
Para la empeñada guerra
En una esposa querida,
Y una hija de ella tenida
Cuanto adoraba en la tierra.
Mas de la guerra al volver
Con sus heridas ufano,
Echó el buen hombre de ver
Que honrado volvia en vano;
Faltábale su muger.
El pobre hidalgo la enviaba
Nuevas suyas cada dia
Que una ocasion encontraba,
Pero siempre se perdia
El mensage, y no llegaba.
Murió pues la triste esposa
Sin noticias de su suerte,
Pues en lid tan azarosa
Dar era difícil cosa
Mas noticia que la muerte.
Lloró su mala ventura
Por largo tiempo el soldado;
Mas todo el tiempo lo apura,
Y el deleite y la amargura
Tienen su fin señalado.
Vivo trasunto de aquella
Perdida ya dulce esposa
Quedábale una doncella
Como su madre amorosa,
Y mas que su madre bella.
¿Y quién ¡vive Dios! no olvida
Los desastres mas prolijos

Cuando la luz de su vida
Llega á ver reproducida
En el amor de sus hijos?
La vejez desencantada
Tal vez no goza con nada,
Pero la mas cruel historia
Se borra de su memoria
Si de hijos se ve cercada.
Así el valiente Robleda
Todo su amor atesora
En la hija que le queda.
¡Ojalá Dios le conceda
Larga vejez con su Aurora!
Aurora, sí, se llamaba
Porque en la aurora de un dia
Con que un abril empezaba
Nació, y el sol que apuntaba
Con ella á la par nacia.
¿Y quien sabe si al preveer
Su hermosura venidera
Quiso el sol su estrella ser,
Y vino la primavera
Su mas bella flor á ver?
Así suceder debió,
Porque en aquella espesura
La bella Aurora creció
Y dióla doble hermosura
Cada aurora que pasó.
Rosa del valle frondoso
Que del cierzo la guarece,
Su cáliz abre oloroso
Bálsamo esparce precioso
En el desierto en que crece.
Sus primorosos colores
Y su fragancia esquisita
Vergüenza son de las flores
Que aquellos alrededores
Dan entre yerba marchita.
Y orgulloso y satisfecho
De guardar tan linda flor,
Robleda pide á su pecho
Ambito menos estrecho
Para su ambicioso amor.
Toda su triste existencia
De auroras desventuradas
Y de sangrientas jornadas
De aquella Aurora en presencia
Sueño es de cuitas pasadas.
Y así en su albergue escondido
Y en soledad deleitosa,
Contra el pesar guarecido
Pasa su vejez dichosa
El soldado encanecido.

I.

En una de abril fecundo
Deliciosísima tarde,
Y en la orilla de un arroyo
Que cruza el ameno valle,
Bajo la sombra sentada
De unos juncos desiguales,
Una hermosísima niña
Sola y distraida yace.
Del manso arroyo contempla
Los fugitivos cristales
Que en las arenas del fondo
Reflejan su bella imágen.
Y hállase linda sin duda
Segun lo que se complace,
Ya sonriendo con ella,
O ya con ella enojándose.
A veces turbando el agua
La borra por un instante,
Volviendo curiosa luego
A ver como se rehace,
Y asoma sobre sus lábios
De purísimos corales
Vaga é infantil sonrisa
De nuevo al verla formarse.
Mírala atenta esperando
A que las aguas se aclaren,
Y á solas con su reflejo
Plática entabla muy grave.
«¿Porqué me miras, le dice,
Cuando me inclino á mirarte,
Y si me aparto te apartas,
Y si salgo á verte sales?
¿No sabes que es mucho orgullo
Para una sombra tan frágil
Hasta quien la dá la vida
Osar subir arrogante?
¿No sabes que con un soplo
Romper y manchar me es fácil
Los ojos con que te atreves
En los mios á mirarte?
¿Quién eres tú, necia sombra,
Para salir á encontrarme
Tras el quebradizo muro
De tu trasparente cárcel?
Tú, pobre ilusion sin vida,
Sombra sin cuerpo palpable,
Que solo á la sombra de otro
Puedes vivir arrastrándote.
Tú, que á mi solo capricho
Debes no mas cuanto vales,
Puesto que nunca nacieras
Si yo á tí no me acercase?
¿Y todavía me miras?
Y te me ries, infame,
¿Y me provocas sirviéndote
De mis mismos ademanes?
Para insolencia tamaña
Ya no hay paciencia que baste;
Toma, descarada, y sea
Cada granito un ultraje.»

Y así la hermosa diciendo,
Por castigar á su imágen,
Tiraba al fondo del agua
Las arenas de la márgen.
Al ver la espuma que elevan
Y al ver los innumerables
Circulillos que producen,
Y unos en otros quebrándose
Fugitivos de su centro,
Y en tumulto interminable,
Los unos van á perderse
Adonde los otros nacen,
Y entre la confusa tela
De sus líneas vacilantes,
Al ver en el fondo turbio
Inquieta siempre su imágen,
Con inocente sonrisa
Y con infantil donaire,
« Eso es, decia, ya vuelves,
Necia sombra, á tus desmanes;
Mas veremos por quién queda,
Tú á salir, y yo á borrarte. »
Y arena tiraba al agua
Con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
Se la pasaba la tarde,
Luchando contra su sombra
Que aparecia constante,
Cuando un mancebo que estaba
Tras ella, con voz suave
Y afectuosísimo tono,
Díjola: « Aurora, ¿qué haces? »
Tornóse al punto la niña,
Y ruborizada alzándose,
Dijo bajando los ojos:
« ¿Qué he de hacer mas que esperarte?
— Tan entretenida estabas
Con el arroyo...
— Tirábale
Las arenillas que cria
Por venganza.
— ¿En qué es culpable
Para que así le castigues?
— Detesto sus falsedades,
Y él me engaña.
— ¿Qué te dice?
— Me copia todo el semblante,
Y miente sin duda alguna.
— ¿Porqué?
— Porque á ser iguales
Yo y el reflejo que pinta
Mas en verdad te agradase.
— ¿Pues quién te ha dicho, alma mia,
Que yo no te le idolatre?
— Mas á menudo vinieras
Si así fuera á contemplarle.
— ¿Acaso tardé?
— Lo ignoro,
Cuando vienes nunca es tarde.
Pero cuando pasa un dia,
Y otro y otro y aguardándote,
Paso horas y horas sentada
Mirando por todas partes
Sin que por ninguna lleguen
Mis ojos á tropezarte,
¡Ay, Felix, qué de recelos
Me atormentan!
— ¿Pues no sabes
Que tengo yo, Aurora mia,
Ayo, maestros y padre
Que me acechan de continuo
Y que me es fuerza robarles
Los minutos para verte
Sino para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona
Ya por caza ya por viage
Es solo cuando evadirme
De mi preceptor es fácil;
Y solo con mil pretestos
Logro entonces engañarle
Y no oir sus importunos
Consejos inagotables.
Con él del noble ejercicio
De las armas salgo al parque,
El caballo se desboca,
Salta la zanja y al valle.
Tanto, bien mio, me cuesta
Verte unos cortos instantes,
Mas no hay azar que no arrostre
Por oirte y contemplarte.
— Ay, Felix, siempre palabras
Consoladoras me traes,
Mas no sé que falta en ellas
Que nunca me satisfacen.
— ¿Dudas acaso?...
— No en tí,
Que no me atreviera amándote.
— ¿Pues en quién?
— En la fortuna.
Tú tan noble...
— Y es bastante
Garantía la nobleza
De mi encumbrado linage
Para cumplir mis palabras.
Y esto, Aurora mia, baste,
Que me ofenden esas dudas.
— ¡Siempre ese altivo lengüage
Felix, siempre te me enojas!
— ¿Yo, Aurora mia, enojarme?
Contigo, mi bien, mi gloria,
Jamás.
— Pues tu mano dame,
Júrame que me amas mucho
Y hagamos las amistades.
— Las manos no, el corazon.
— No puedo yo tanto darte.

— ¿Pues qué, corazon no tienes?
— No, que ha venido á robármele
Un mancebo muy gallardo.
— ¿De veras?
— Sí, como un ángel.
— ¿Y se le llevó?
— Sin duda.
— Como yo llegue á encontrarle...
— ¿Se le pedirás?
— No á fé.
— ¿Pues qué has de hacer?
— Arrancársele. »
Y aquí cayendo la niña
En los brazos de su amante,
Sonó un regalado beso
Que devoró ansioso el aire.
« Aurora, dijo el mancebo,
Mira al sol.
— ¿Felix, te partes?
— ¿Qué he de hacer? Espira el dia.
— Es verdad Felix. Mi padre
Tambien estará impaciente.
¿Volverás pronto?
— Cuanto antes.
— ¿Te acordarás de mí?
— Siempre.
Mi existencia es solo amarte;
No tengo en mi corazon
Mas que un altar con tu imágen.
— ¿Se borrará?
— Nunca, Aurora:
Pintada está con mi sangre
Y por el crisol pasada
Del fuego que en ella arde. »
Y al dulce beso tornaron
En punto tal separándose
Y mientras verse pudieron
No dejaron de mirarse.

Subia aprisa Don Felix
Y con pasos desiguales
Por la tortuosa vereda
Que lleva fuera del valle;
Y lentamente cruzaba
Aurora la opuesta parte
Por la olorosa pradera
De que es su casa el remate.
Y á cada paso volviéndose
Y de lejos saludándose,
Ambos á dos se juraban
Como quien eran amarse.
¡Pobres niños que insensatos
Juzgaban interminable
Lo que era con solo un soplo
Interrumpirles muy fácil!

—

II.

Tendia sobre la tierra
Su oscuro manto la noche,
De estrellas poblando el cielo
En magnífico desórden.
Lanzaba apenas la luna
Sus tímidos resplandores,
Como enamorada que abre
Recelosa sus balcones
Por ver al galan que espera
Y que las sombras la esconden,
Mas cuyo contorno vago
En la oscuridad conoce.
Todo en el valle reposa
Y con murmullos acordes
Entre las hojas susurran
Los céfiros juguetones.
El manso rumor del agua
Que entre los céspedes corre,
Mezclado con sus murmullos
Incesantemente se oye.
Perfuma el ambiente puro
De las campesinas flores
El grato y sencillo aroma,
Que ávida el aura recoje.
Brotan del húmedo césped
Imperceptibles vapores,
Que de las ráfagas vuelan
Sobre las alas veloces.
Y la frescura se aspira,
Y los sentidos absorve
Vaga languidez dulcísima,
Que hace su deleite doble.
El pensamiento perdido
El ancho espacio recorre
En pos de mil imposibles
Encantadas ilusiones.
Los ojos alucinados
Con mil falsos resplandores
Realidades imaginan,
Sus increadas ficciones.
Y en el azul trasparente
Cuya estension desconocen,
Sus errantes fantasías
En su desvarío ponen.
Y un vapor que le atraviesa,
Un insectillo que indócil
Le cruza inquieto sonando
Sus alillas uniformes,
Un hoja que va en el aire,
Sin hallar en qué se apoye
Y desprendida de un tronco
Acaso de sábia pobre,
Por una vision la toman,
Que pasa ante ellos informe,
Suspiro tal vez de un hada,
Plegaria acaso de un monje.

Noche azul, limpia y serena
Tras la cual se reconoce
Lo infinito del espíritu
Que con un soplo hizo el orbe.
En esta noche tranquila
Y en este valle fué donde
Delante de una ventana
De su alquería sentóse
El bueno de Juan Robleda
En un gran sillon de roble,
Asegurando los codos
En sus brazales enormes.
Los ojos en tierra fijos,
Mohino el semblante noble,
Sumido el ánimo muestra
En graves meditaciones.
Jamás se le vió tan triste;
Sin duda su pecho esconde
Algun secreto funesto
Que el corazon le corroe.
Secreto que en el silencio
Es fuerza que le devore,
Que en su corazon se entierre
Y en su corazon se ahogue.
Mas él desea sin duda
Que fuera de él se desborde,
Reduciendo sus tormentos
A sentidas espresiones:
Que otro las oiga y las sienta
Como él las siente y las oye,
Ya porque él lo necesite,
O ya porque á otro le importen.
Y esto sin duda resuelve,
Porque dejando su inmóvil
Posicion, por la ventana
Llamó á Aurora, y levantóse.
Entró la hechicera niña,
Volvió á su sillon de roble
El padre, y entre los dos
Plática tal entablóse:

Robleda. ¿Dónde has estado?
Aurora. En el soto.
Robleda. ¿Qué has hecho allí?
Aurora. Cojer flores.
Robleda. ¿Y has cogido muchas?
Aurora. Muchas.
Robleda. Ten cuento con las que coges,
Y no vayas á buscarlas
Al parque de los señores
De Aracena, porque tiene
Muy malos alrededores.
Aurora. Yo, señor...
Robleda. ¿Me has entendido?
No están mis ojos tan torpes
Todavía que no alcancen
Hasta el lindero del bosque.
Aurora. Duéleme, padre y señor,
Que mi conducta os enoje;
Mas yo prometo...
Robleda. Hija mia,
No hay desdicha que no arrostre
Tu padre por tu ventura,
Ni mal que por tí no afronte.
Mas no hay tampoco desdicha
Que me desvele ni asombre
Como el temor de perderte.
Aurora. ¿Y á qué, padre, esos temores?
Aquí hemos siempre vivido
Retirados, nuestra pobre
Posesion respetan siempre,
Los bandidos y los nobles.
Mil veces me habeis contado
Que allá detras de esos montes
Está la tierra turbada
Con guerra y desolaciones.
Que todo el mundo está henchido
De desventuras y horrores,
Pero jamás han llegado
A nuestro valle sus voces.
Robleda. ¡Ay que no es, Aurora mia,
Tan peligroso el redoble
Del atambor que convoca
Para matarse los hombres
Como la voz engañosa
De esas mágicas pasiones
Que viven en nuestro pecho
Como huéspedes traidores.
Lides se vencen lidiando,
Y al fin, ya que no se logre
Salir de una guerra siempre
Felices ó vencedores,
La fuga salva aunque manche.
¿Mas cómo de las traiciones
Defenderse de enemigos
Que á par con nosotros corren?
Bajas, Aurora, los ojos,
La faz ruborosa escondes;
¡Ay de tí, luz de mi vida!
Si freno al amor no pones.
Aurora. ¡Callad, por Dios, padre mio!
Robleda. Fuerza es decírtelo, óyeme:
Todo lo sé, pobre niña,
Esas desdichadas flores
Que vas á cojer al campo
Son las falsas espresiones,
Los juramentos de amor
De un mozo á quien no conoces,
Y de quien tú no has nacido
Mas que sierva. Y si no rompes
Tan torpes lazos, si no echas
En olvido hasta su nombre....
Aurora. Padre, imposible. Se mezcla
En mis mismas oraciones.
No se aparta de mi mente
Ni de dia ni de noche.

Robleda. Pues bien, Aurora, es forzoso
Que desprendértele logres
Del corazon, es preciso
Que huyamos lejos de ese hombre.
Tú no naciste condesa,
No heredaste mas blasones
Que tu honor, y esa no es prenda
Para perdida de un golpe.
Venderé nuestra alquería.
Aurora, á partir disponte,
La distancia es el olvido,
Y el tiempo allana los montes.
Aurora. Pues bien, padre, partiremos
Conozco vuestras razones,
Iremos donde gustáreis;
Será un sacrificio enorme,
Tal vez me cueste la vida,
El alma tal vez indócil
Se resista de tal modo
Que el aliento me sofoque,
Pero primero es mi padre:
Vuestros caprichos son órdenes
Para mí; sí, padre mio,
Mas dejadme que le llore.
No estrañeis, no, que á los párpados
Las lágrimas se me agolpen,
No me pregunteis la causa,
Que será mentar su nombre.

Y aquí de hinojos Aurora
Ante su padre se pone
Diciendo: «Padre, partamos»
Antes que Don Felix torne.

III.

Catorce dias despues,
De su alquería á la puerta
Iba á montar á caballo
El bravo Juan de Robleda.
Ya estaba á su lado Aurora
Sobre una jaquilla negra,
Y un criado conducia
Sobre una mula su hacienda.
Las crines tenia asidas
El soldado y el pié cerca
Del estribo, cuando á ellos
Vió con estraña sorpresa
Venir un hombre en un potro
Desbocado por la cuesta,
Y á pique de despeñarse
Por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
Clavó en él con ánsia estrema
De que descendiera vivo,
Lo que á la verdad no espera.
Mas gracias á su fortuna
Mucho mas que á su destreza,
Por la orilla del arroyo
Siguió su rauda carrera.
Paso el lindero del soto
Tan veloz como una flecha,
Saltó la zanja del bosque,
Cruzó el puente de madera,.
Y pasó por medio de ellos
Sin ser dueño en su violencia
De contener de su potro
El impulso y la fiereza.
Era Don Felix. Aurora
Palideció á su presencia,
Y el viejo esperó pregunta
Para concebir respuesta.
«¿Partís?» preguntó Don Felix,
Con faz pálida y colérica;
Y con altiva mesura
«Partimos,» dijo Robleda.

D. Felix. ¿Por mucho tiempo?
Robleda. Por mucho,
Si es mucho la vida entera.
D. Felix. Los vasallos de mi padre
No pueden sin su licencia
Abandonar sus estados.
Robleda. Por eso fui yo á obtenerla
De él mismo no há muchas horas.
D. Felix. ¿Y os la dió?
Robleda. Y gracias con ella.
Con que así, señor Don Felix,
Mire si paso nos deja,
Porque la jornada es larga
Y la mañana está fresca.
D. Felix. No será mientras yo viva,
Buen viejo, y tened paciencia,
Que no ha salir mi esposa
De donde su esposo queda.
Robleda. ¿Qué estais hablando, Don Felix?
¿Qué esposa ó qué rayo es esa,
Ni qué tengo yo que ver
Con quien vuestra esposa sea?
D. Felix. Mas de lo que vos pensais
Mi muger os interesa,
Que os vengo á pedir á Aurora
Para mi esposa, Robleda.
Robleda. ¡Está su merced sin juicio
Por Cristo vivo!
D. Felix. Ello es fuerza:
Yo la adoro, la idolatro;
Todo el poder de la tierra
No me arrancará del pecho
Esta pasion violenta.
Robleda. Teneos, señor, teneos,
Que se os desboca la lengua;
Y aunque os amargue es preciso
Que oigais la verdad sincera.
Don Felix, doy por supuesto
Que ella os ama, doy que es cierta,

Profunda vuestra pasion,
Decidida y verdadera;
Mas ella nació villana,
Y vos en estirpe régia,
Sí, porque sangre de reyes
Circula por vuestras venas.
Ved pues si podeis bajaros
Hasta humillaros con ella,
O si ella puede subir
A vuestra altitud escelsa.

D. Felix. Sí, puede ¡viven los cielos!
Que en la muger no hay nobleza,
Y en alas de la hermosura
Se encumbra hasta las estrellas.
Cuando yo herede el condado,
Aunque segadora fuera
La esposa que yo tomare,
Fuera siempre la condesa.
Que si soy de sangre noble
Soy tambien...

Robleda. Un calavera
Que os cansaréis en dos meses
De una safia lugareña,
Y la encerraréis tirano
En alguna fortaleza
Para gastar en la corte
Vuestro oro con las ajenas.
Creedme, señor Don Felix,
Yo tengo mucha esperiencia
Y sé lo que son las cosas;
Dejaos pues de quimeras.
Cada oveja, ya sabeis
El refran, con su pareja.

D. Felix. Pues bien, viejo testarudo,
Ya que me provocas, guerra
Te haré desde hoy, de tus brazos
La arrancaré.

Robleda. Y eso prueba
Bien claro que sois un vil,
Porque tan villana idea
Le ocurre solo á un menguado
Que contra la ley atenta.

D. Felix. Nada me importa tu cólera,
Me olvido de tu insolencia.
Y tú, Aurora de mi vida...

Robleda. Don Felix, su merced vea
Que si da un paso hácia Aurora,
La vida al punto le cuesta.
La justicia de mi causa
Ha defendido mi lengua
Con honor; de vuestro arrojo
Mis pistolas me defiendan.

Así Robleda diciendo
Metióse con faz resuelta
Entre Don Felix y Aurora,
La mano en las armas puesta.
Postróse á sus piés la niña
De miedo en llanto deshecha,
Volvió en su acuerdo Don Felix,
Y á punto tal por la cuesta
Aparecieron ginetes
Del conde con la librea,
Él mismo delante de ellos
Avanzando á toda rienda.

El Conde. ¡Voto á San Dimas! ¿Qué es esto?
¿El siervo contra el Señor?

Robleda. No busco de tal rigor
Para escusarme pretesto.
Mas yo mi honor defendia,
Y antes de volver atrás
Poco es de él, de Satanás,
Señor, le defenderia.

El Conde. ¿Mi hijo á tu honor atentó?
Robleda, en verdad responde.

Robleda. Al vuestro atentaba, conde,
A no impedírselo yo.
Pidióme loco la mano
De mi hija y se la negué.

El Conde. ¿Eso pensó? ¡Por mi fé
Que eres, Felix, un villano!

Robleda. Yo se lo dige tambien,
Mas á fuerza, dijo airado,
Que obtendria de contado
Lo que no de bien á bien.

D. Felix. Pues bien, padre...

El Conde. Calle el necio.
Robleda, tú has peleado
En otro tiempo á mi lado
Y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo
Que pagues solo la pena
De culpa que ha sido ajena;
No has de partir, es mi gusto:
La posesion te concedo
De todo el valle que habitas;
Y ve si mas necesitas,
Que agradecido te quedo.
Y tú, niña, olvida á ese hombre,
Que no es en verdad razon
Que tenga tu corazon
Quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor,
Pues la dueña de este valle
Marido es fácil que halle
Sino conde, con honor.

Robleda. La proteccion agradezco,
Señor, mas es castigarme
A que me quede obligarme
En un lugar que aborrezco.

El Conde. Entiendo tu repugnancia,
Robleda, mas he curado
De que vivas descuidado;
Enviaré á Felix á Francia.

Y aquí el conde de Aracena,
Volviendo el rostro á su hijo,
Frunciendo el ceño, le dijo
Con voz decidida y llena:
«Y ahora vos caballero
De hinojos ante ese anciano
Pedidle á besar la mano.»

Robleda. ¡A mí, señor!
El Conde. Yo lo quiero.
D. Felix. Padre y señor, si esto es
Para vos buen desagravio,
Con gusto pondré mi labio
No en sus manos, en sus piés.
Mas ved que mi corazon...
El Conde (*interrumpiéndole*). No hay mas en ello que hablar.
Yo dél os sabré arrancar
Tan indigna inclinacion.
¡Hincaos: besad: muy bien!
Ahora montad é id delante,
Mas id de mejor talante
Por la estrella de Belen.
Y si quereis desde ahora
Que mi cólera no estalle,
Olvidaos deste valle
Y no penseis en Aurora.
Dios sea contigo, Robleda,
Y ahora á escape, señores,
Que estarán mis cazadores
Esperando en la alameda.

Salió la gente del conde
Tras él á escape resuelto,
Pero no sin haber vuelto
Los ojos Felix á donde
Su Aurora en llanto deshecha
Recoge aquella mirada,
Que acaso la desdichada
Como la última aprovecha.
Mientras los pudo alcanzar,
La vista sobre ellos tuvo;
Cuando perdido los hubo,
No pudo con su pesar.
Huyó de su alma el valor
Que hasta allí la habia asistido
Y al fin cayó sin sentido,
¡Tan tirano era su amor!

IV.

Cumplió su palabra el Conde
Y envió á Don Felix á Francia,
Porque son tiempo y distancia
Grandes contrarios de amor
El Conde está satisfecho
Y estálo tambien Robleda;
Aurora es solo quien queda
Abismada en su dolor.

Don Felix va caminando
Apesarado y mohino
Aliviando su camino
Con las memorias de ayer.
Mas mozo ilustre que al mundo
Hoy sale por vez primera,
¿Quién sabe si allí le espera
Felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo
De su familia encerrado,
Mas fortuna no ha llegado
Ni mas gloria á concebir;
Toda su ambicion silvestre
Se redujo á sus vasallos,
Sus perros y sus caballos:
Eso fué su porvenir.

Mas si, dichoso en la corte
Y afortunado en la guerra,
Fama se conquista y tierra
Con bien merecida prez;
Si el hidalgo de provincia
Allá en pais estrangero
Venturoso aventurero
Medra en el mundo á su vez;

Si, envuelto en el torbellino
Del lujo y de la grandeza,
Altivo con su nobleza
Y fiero con su favor,
Avasalla á la fortuna,
¿Quién de que viva responde
En el corazon del conde
Del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
La imprevision la osadía,
La juventud con un dia
De suerte amiga no mas
Al golfo de la fortuna
Sin brújula y sin estrella
Se lanza, y voga tras ella
Sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,
La gloria es una mentira,
Mas solo la gloria inspira
Hazañas de gran valer.
La dicha es la incertidumbre
En que estriba la esperanza,
Y porque nunca se alcanza,
Damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbre falsa
Afanado siempre el hombre,
Acrecienta su renombre
Y acrecienta su ambicion.
Y así fué grande Alejandro,
Y así inmortal vive Homero

Por su fortuna primero,
Despues por su corazon.

Eso es el hombre, deseos,
Ambicion, fortuna, gloria:
Eso es su vida, su historia,
Del hombre es siempre el valor.
Mas la muger... ¡desdichada!
Débil y hermosa nacida,
El amor solo es su vida,
Su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
Con la fortuna contraria,
Ella triste y solitaria
Orando por él está:
El hombre egoista, avaro
Piensa en sí mismo primero,
Y el corazon todo entero
Ella entre tanto le da.

¡Pobre Aurora! en vano tiendes
Los ojos desconsolados
Por los peñascos quebrados
Que fuera del valle dan;
En vano pasas tus dias
De silencio y pesadumbre,
De tu escasa incertidumbre
Acrecentando el afan.

«¿Si volverá?» se pregunta
Todos los dias Aurora.
«¿Qué hará Don Felix ahora?»
En eso piensa no mas.
Verle venir á lo lejos
A cada instante imagina,
Mas la ilusion peregrina
No se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
Consuelo estéril la ofrece
Su duelo no desvanece
La verdad ni la razon.
Si acaso muestra en sus labios
Al buen viejo una sonrisa,
Una lágrima le avisa
De que pena el corazon.

Y pasa dia tras dia,
Consúmese hora tras hora,
Mas no consuelan á Aurora
La razon ni la verdad:
Los dias pasa en silencio,
Pasa las noches llorando,
Continuamente arraigando
Su amor en la soledad.

«No llores, mi bien, la dice
» Desolado el pobre viejo:
» Al fin es mejor consejo
» Lo que se pierde olvidar.»
Y ella responde: «Perderle
» ¿Porqué ocultar que me pesa?
» Ya sé que mi suerte es esa,
» Mas dejádmela llorar.

» Yo os prometí, padre mio,
» No verle mas, no buscarle,
» Mas no prometí olvidarle,
» Que fuera imposible á fé.
» Su imágen está con fuego
» En mi corazon grabada,
» Y eternamente guardada
» En él la conservaré.»

—«¿Y piensas, pobre inocente,
» Que él conservará la tuya?»
—«Padre, quien quiera le arguya
» Por la palabra que dió.
» Él será mi pensamiento
» Mientras me dure la vida,
» Si él, padre mio, me olvida
» No he de culpárselo yo.

» Solo su bien es mi anhelo
» Y si á mi costa ha de hallarle,
» Quiera logrársele el cielo
» Si es venturoso sin mí.»
Así á su padre llorando
Dice la infeliz Aurora,
Y el viejo oyéndolo llora
Porque el tristo lo cree así.

Y en esta penosa calma,
En esta intensa amargura,
Sin menguar su desventura
Pasaba el tiempo veloz.
Afanábase Robleda
En consolar á su hija,
Mas ella en Don Felix fija
Desatendia su voz.

Pasaba el dia, la triste,
Al pié del cerro vecino,
Siempre mirando al camino
Con insensata avidez,
Continuamente sentada
En la pradera florida
Donde le vió á su partida
Por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,
Que ciego la idolatraba,
Veia bien que la ahogaba
Su inestinguible dolor.
¡Pobre viejo! ¡con qué gusto
Toda su sangre vertiera
Para sofocar la hoguera
De aquel insensato amor!

V.

En una tarde de julio
Que los nublados embozan
Del sol cubriendo los rayos
Tras de su cortina lóbrega,
Del arroyuelo á la márgen
Está la infeliz Aurora,
Embebecida la mente
En lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada,
Aunque atractiva y hermosa,
Piensa en que el año se cumple
Y su Don Felix no torna.
¡Un año! Y la pobre niña
Aun siente devoradora
De su amor la eterna llama
Que el tiempo apagar no logra.
Un año vá á hacer que ausente
Del dulce dueño que adora,
Aún de su vuelta conserva
Una ilusion mentirosa.
Aún sale todas las tardes
A contemplar á sus solas
La senda por dó solia
Bajar por entre las rocas.
Aún vuelve los tristes ojos
Con esperanza engañosa
Creyendo verle á lo lejos
Doblar la empinada loma.
Mas nunca llega Don Felix;
Jamás amiga persona
Trae carta ó noticia suya
A la enamorada Aurora.
Y ella sin embargo espera,
Mas ¡ay! ¡esperanza loca!
El año entero se cumple
Y su Don Felix no torna.

Y estaba pensando en ello
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra,
Que se deslizaba rápida
Por la vereda tortuosa,
Aclarando sus contornos
Segun la distancia acorta.
No es ilusion esta vez,
Un bulto de humana forma
Es la aparicion. Los ojos
Se la saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
En el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
Su nombre, su ser, su historia.
Y en tanto desciende al valle
La aparicion venturosa,
Que es un viejo peregrino
Con su bordon y sus conchas.
Agil y recio de miembros,
Su larga edad no le estorba
Para caminar, y apenas
Sobre su baston se apoya.
Cana la barba y crecida,
Talante y faz magestuosa,
Vaga sonrisa en los lábios
Mirada escudriñadora.
Tal era aquel estrangero
De cuya agradable boca,
Oyó Aurora un «Dios te guarde,»
Tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
Por si tal vez le conozca,
Volvióle la cortesía
Con un «Vengais en buen hora.»
Quedaron ambos un punto
En actitud silenciosa,
Trabando entrambos á poco,
Un diálogo en esta forma:

El Peregrino. ¿Qué haces en medio del campo
Con la tormenta tan próxima,
Pobre niña?
Aurora. Ya lo veis
Llorar.
El Peregrino. ¿Y qué es lo que lloras?
Aurora. Mis desventuras, señor.
El Peregrino. ¿Tan jóven y ya te acosan
El corazon las desdichas?
Aurora. Cada dia se redoblan.
Mas perdonadme estrangero
Si mi pregunta os enoja,
Y á vuestra edad sin respeto
Os interrumpo curiosa.
¿Venís de Francia?
El Peregrino. Es mi patria.
Aurora. ¿Y la habeis andado toda?
El Peregrino. Toda la conozco á palmos
Desde una punta á la otra.
¿Mas qué te suspende, niña?
¿Qué empacho pueril te estorba
Finalizar tu pregunta?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
Alguna madre amorosa...
Auror. No la tengo.
El Peregrino. Algun hermano...
Aurora. Tampoco.
El Peregrino. Alguna persona
Querida... Tal vez la misma
Ocasion de tus congojas.
Aurora. Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
De mí no se aparta nunca.

El Peregrino. ¿Un hombre?
Aurora. Sí.
El Peregrino. ¿De española
Sangre nacido?
Aurora. En sus reyes
Orígen su sangre toma.
El Peregrino. ¿Pasó á Francia?
Aurora. Por mi culpa.
El Peregrino. ¿Le amabas?
Aurora. Mucho.
El Peregrino. ¿Y se nombra?
Aurora. Don Felix es de Aracena.
El Peregrino. ¿Altivo?
Aurora. Y galan.
El Peregrino. ¡Dichosa
La muger que para suya
Tan buen caballero escoja!
Aurora. ¿Le conoceis?
El Peregrino. Sí por cierto,
Que es conocerle gran honra.
Aurora. ¡Hablad por Dios!
El Peregrino. La fortuna
Le acude con mano pródiga.
Mas liberal cada dia,
De dicha y de honor le colma.
La Francia entera le aplaude,
Y va su nave orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa.
El sabio Rey Luis Onceno
Con ciega pasion le adora;
Y el príncipe sin empacho
Le admite en su misma alcoba;
Con ellos á caza sale,
Gran fama con ellos goza
De entendido y de valiente:
Y aunque parezca lisonja,
No fué mejor caballero
Con el Rey Luis á Borgoña.
Aurora. ¡Callad, buen viejo, callad!
Que la ventura me agobia
Al oir tan gratas nuevas.
Mas decidme, ¿tanta gloria,
Buen peregrino, del alma
Le habrá arrancado ambiciosa
El amoroso recuerdo
De su abandonada Aurora?
El Peregrino. ¡Ay! todo el tiempo, hija mia,
Lo confunde y lo trastorna,
El curso á los rios tuerce
Y las montañas desploma.
Aurora. Basta, peregrino, basta,
Que siento que sangre brotan
Las mal cerradas heridas
Que mi corazon destrozan.
¿Con qué me olvida?
El Peregrino. Lo ignoro.
Aurora. ¿Mas no sabeis?...
El Peregrino. Que ama á otra.
Aurora. ¡Triste de mí! Si él me falta
Todo lo demas me sobra.

Y á estas palabras sintiendo
Que las fuerzas la abandonan,
El estrangero los brazos
Tendió á la infeliz Aurora.
Cayó sin sentido en ellos,
Y él blandamente dejóla
De la florecida yerba
Sobre la mullida alfombra.

—

Cuando tras breve desmayo
La niña á vida volvió,
Tendió desatalentada
Los ojos en derredor,
Y del arroyo á la márgen
Cuando sola se encontró,
— «Sin duda, dijo, he soñado;
» Así sea, ¡plegue á Dios!
» Que á ser realidad, con ella
» No pudiera el corazon.
» Sí, sueño fué: el peregrino
» Que tales nuevas me dió
» De mi loca fantasía
» Fué no mas una ilusion.
» Sí, todo ha sido un ensueño
» ¡Mas cuánto me atormentó!»

En tanto avanzaba el lóbrego
Nublado amenazador,
Y ya á lo lejos se oía
De trueno el cóncavo son.
Zumbaba el viento arrastrándose
En torbellino veloz,
Mas sin templar de la atmósfera
El hálito abrasador.
Caían de cuando en cuando,
Precursoras del turbion,
Anchas y redondas gotas
Que se tornaban vapor:
Y amedrentadas las aves
De abrigo preciso en pos
Cruzaban el aire denso
Sin segura direccion.
Solo el salvage milano
Con vuelo fascinador
Suspendido se cernia
En la azulada region,
Y á la impetuosa tormenta
Precediendo sin temor,
Giraba en círculos sesgos
Graznando en áspero son.
La senda con lento paso
De su alquería tomó

Aurora, saliendo apenas
De su honda enagenacion,
Y por la arenosa márgen
Del arroyo saltador
Hasta el umbral de su puerta
Meditabunda llegó.
Allí arrancando un suspiro
Del fondo del corazon,
«¡Qué hará Don Felix!» se dijo,
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo dias y viniendo dias,
Y Aurora sin ceder en sus manías,
Un año se pasaba y otro año
Sin que entendiera nunca el desengaño.
Sueño no mas creyendo al peregrino,
Creía sin embargo en la firmeza
De Don Felix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.
¡Tal es nuestra locura!
Nunca creemos mas de los agüeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño
Cual creacion del alma vaporosa.
Mas si dulce ilusion blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusion santa.
Así pensaba Aurora
La vuelta de Don Felix esperando
Fiada en su palabra engañadora;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
Mas siempre en la fortuna,
La fama y los honores que adquiria
Creía sin cesar, sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afan sentada,
Por la senda tendia
La vista enamorada,
Creyendo que Don Felix volveria.
Embebida en tan dulces pensamientos,
Una tarde de julio calurosa,
Descansaba la niña fatigada
Del arroyo á la márgen arenosa:
Los ojos en el cielo
En lágrimas de amor humedecidos
Distraida fijaba
Sin fé ni objeto por su azul perdidos.
La imágen de Don Felix
Mas que nunca amoroso,
Mas que nunca galan veía acaso
Que á su valle volvia
Con ciego amor y presuroso paso.
Y ella ufana á su vez con su hermosura
Los brazos le tendia,
¡Mas ay que la vision nunca venia!
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
La efímera ventura
Deshacia de un soplo
Su secreta y fatídica amargura.
Siempre se hundian sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas, y al cabo
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir... y no veía
Mas esperanza que la tarda muerte,
¡Pesadilla fatal que la oprimia!
Y aquella bienandanza
En que soñó á Don Felix, la privanza
Que en Francia con el príncipe gozaba,
Todo cuanto la dijo el peregrino
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinion sueño y mentira,
Todo ilusion de su alma enamorada
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer la inspira
Su esperanza infundada!
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
Su dichosa ilusion tenaz conspira
De su amor á que dude despechada!
¡Ay, desdichada Aurora,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas!
¡Con cuánta fé tu corazon le adora!

Y así sin claro objeto
Y sin clara razon la pobre niña,
Presa infeliz de su dolor secreto
Enamorada llora,
Y del límpido arroyo en la ladera
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa,
Cuando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda tortuosa
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla,
Que no es ilusion ahora
De su ardiente fantasía
Sino realidad odiosa.
Es el mismo peregrino
Que ha vivido en su memoria
Dos largos años, imágen
De un sueño amedrentadora.
Él es, con su blanca barba,

Su paso y faz magestuosa,
Su indefinible sonrisa,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
Él es, sí: y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa
Con el certero puñal
De una exactitud diabólica.
Don Felix rico y dichoso,
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Heredero del condado
Que muerto su padre goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente,
Sin ayos que se interpongan...
Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.
Todo esto en su mente bulle,
Todo esto el alma la acosa,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella... necia sin ventura
Que de firmeza blasona,
Conserva de quien la olvida
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba,
Cuando á sus oidos próxima
Oyó una voz que decia:
«*Dios sea contigo, Aurora,*»
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha, y su congoja
Respetando el peregrino,
Tras larga pausa así hablóla:
«¿Aun vives, niña, y aun amas?
¿Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¡Fortuna infeliz te toca!»

Aurora. ¿Con qué es verdad que á Don Felix
Protege fortuna pródiga,
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?
¿Con qué es verdad y no sueño
Que ha dos años vuestra boca
En esta misma ladera
Me dijo que amaba á otra?
¡Ah! quien quiera que seais,
Hombre, ó vision ilusoria
Que desde Francia venís
No mas qué á apagar la antorcha
De mi esperanza, volveos,
Tornad á esa Francia odiosa
De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas.
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas,
Dos años há que os conozco
Y en vos no creí hasta ahora.

El Peregrino. ¿Y no me preguntas nada?

Aurora. Cuanto me digais me sobra
Si Felix no vuelve.

El Peregrino. Nunca.

Aurora. ¿Con qué es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

El Peregrino. Para siempre.

Aurora. ¿Tanto le ama?

El Peregrino. Ambos con furor se adoran.

Aurora. ¡Fortunado de él!

El Peregrino. Sin duda,
Pues cuanto apetece logra.

Aurora. ¿Y ella es muy noble?

El Peregrino. Duquesa.

Aurora. ¿Jóven?

El Peregrino. Mucho.

Aurora. ¿Y muy hermosa?

El Peregrino. Toda alabanza es escasa.

Aurora. ¡Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
Quien por sus venturas llora!

El Peregrino. ¿No le amas ya pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

Aurora. Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ay Dios! me devora:
Sí, *mas yo solo á quien amo*
Deseo fortuna y gloria.

El Peregrino. ¡Mas si él te ultraja!...

Aurora. En amarle
Yo pago una deuda propia,
Si me olvida, cuenta es suya.

El Peregrino. ¿Mas no de otro amor celosa?

Aurora. No, si él es feliz con ella,
El no serlo yo ¿qué importa?
¿Porqué la ventura ajena
Querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
De sus lágrimas Aurora,
Quedó al parecer tranquila:
Mas ¡ay! calma mentirosa,
Porque dentro de su pecho
Fermenta devoradora
La llama de sus pesares,
Que ni extingue ni sofoca
La virtud que la consuela
Pero que su amor no doma.
Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa

Al fin el viejo estrangero
Dejó correr turbia sola
Por su tostada mejilla
De amargo llanto una gota.
Y á Aurora tornando el rostro,
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y estraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa :
« ¿Ningun deseo te resta
Que te se pueda lograr ?»

Aurora. Solo imaginarlo es dar
En necedad manifiesta.
El Peregrino. ¿Quisieras volverle á ver?
Aurora. Sí, siempre verle quisiera,
Mas sin que él verme pudiera
Que fuera aguar su placer.
Sí, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.
Verle, oirle, noche y dia,
Poder cual ángel de Dios
Ser continuo entre ellos dos,
Espíritu de armonía.
Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura,
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.
Mas esto, buen peregrino,
Ya veis que es delirio necio!...
La voluntad os aprecio
Mas seguid vuestro camino.
El Peregrino. No hay cosa que alguien no pueda,
Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas
Y alzaban triste murmullo
Las casi agotadas hojas.
Con grande inquietud Robleda,
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta,
Enterrado en su poltrona,
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas, su Aurora,
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¡Ay padre infeliz! bien haces
En llorarla: llora, llora,
Que no has de volver á verla
Porque el amor te la roba.
En vano, al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la busca
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo Conde, y preguntas
A sus gentes lo que ignoran.
En vano sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona
Con superstición sencilla
Humildemente te postras.
En vano, sus piés besando
De piedra insensible y tosca
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.
En vano le dices: « Conde
Mira que es mi única joya.
Y aun vive tu hijo... ¡Levántate
Entre el seductor y Aurora! »
La estátua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava
Aunque tus ayes retumben
Encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano;
Vé, ya en el Oriente asoma
La aurora del nuevo dia
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.
Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria,
Para llorarla perdida.
Llora, desdichado, llora.

VII.

En una selva del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado,
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero mirando se amedrenta
Tanto artificio y fortaleza tanta;
Que es por demás su fábrica opulenta.
Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes
De gruesas barras y cadenas llenos,
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.
Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vijías se levanta ufana
Ceñida de esquisita filigrana
Que al encaje sutil parejas corre.
Allí á merced del ábrego tendida,
De remate sirviéndola, tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida,
De aquella tierra protectora ejida,
Es bandera feudal, y es española.
Sí, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa;
Y á la estrangera posesion estraña
Para lavar con sangre una mancilla
Podia en solo un sol con justa saña
Tercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero Leon pronto á la guerra
Con un rugido amedrentar la tierra.
Era española, sí; su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles
De Aragon y Navarra los laureles,
Los timbres de Leon y Andalucía
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.
En esta solitaria fortaleza,
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus nécias ceremonias vanas,
En los brazos del ócio y la pereza
Un Conde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el dia.
Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efímeros deseos
Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos
Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamente dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto escesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.
Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.
Y así el señor Don Felix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.
Y orgulloso ademas (que al cabo era
En España nacido)
De contínua fortuna lisongera
Por demás protegido,
Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podria?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaría?

Era una noche azul, serena y clara;
Resplandecia en el zenit la luna
Sin que perdida nube la manchara
Ante su faz cruzando inoportuna.
Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia
Y allá del monte en la encumbrada loma
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino
Ensordecia el rápido Garona
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado
Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El son de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba
Hartos de fiesta y de pesar exentos.
Mas se vian aun por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante
Que de atentas camareras cortesanas
Viejo escudero, ó pajecillo amante
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban,
Y aunque ya no se oian de contado
Las báquicas canciones,
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera

De la noche apacible
Y la luna á su hora postrimera
Cuando, en su rica y silenciosa estancia,
Bajo el dorado pabellon del lecho,
La duquesa Clotilde con su esposo
A impulso del amor que arde en su pecho
En el lenguaje de la culta Francia
Así seguia diálogo amoroso:

Clotilde. No es, Felix adorado,
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho
Tu historia demandar: te has engañado.
Solo intentaba, pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño,
Entretener nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia;
Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.
D. Felix. Aleja de ella, mi Clotilde hermosa,
Toda sospecha ruin; y no te crea
Por ignorarla sin razon zelosa;
Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.
Clotilde. Y yo la escucharé grata y atenta.
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus percances
Y teniendo á la par tus travesuras
De tu inesperta juventud en cuenta.
D. Felix. Pues escúchame ya, Clotilde mia.
Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te auxilia
En brazos á caer de manso sueño,
Ese favor de mas ¡oh dulce dueño!
Deberémos los dos á mi familia.
Clotilde. Empieza, Felix mio, que te escucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.
D. Felix. Nací español; lo sabes por mi trato
Franco y leal, y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi pais doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena.
Para avaro heredero corto estado,
Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente
Con humos y esperanzas de soldado.
Pasé mi juventud en un castillo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo
Cuya cabeza vana
De lógica encerraba mas cuestiones
Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego,
De fárrago atestando mi memoria
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.—
Este viejo Fermin que habita ahora
Con nosotros aquí, franco soldado,
Como niño á tratarme acostumbrado,
Ducho en caballos y en combates diestro,
Cuando á próvida edad hube llegado
De armas y equitacion fué mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio
Lo que la suerte de mi hogar sería.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido
Que mi padre vivia en aquel tiempo,
De la corte y del Rey muy mal querido
Por no sé qué opiniones de partido.
Y aquí, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo,
Ya que á tal confesion me avengo humilde.
Clotilde. ¿Hay algun pecadillo
De amor?
D. Felix. Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.
Clotilde. ¡Bravamente!
Pláceme el cuento así, franco y sencillo.
D. Fel. Tenia entonces yo veinte y dos años
Fieros con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza.
Allá en mi mente un mundo comprendia
Que no era el mundo real, con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debia,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
De mi desmantelado castillejo,
De un valle á él vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra
Al jabalí y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido
De quien con una direccion juiciosa
Se podia secar muy buen partido.
En este estado pues cruzando un dia
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella
Como los sueños de un muchacho bella.
Clotilde. ¿Bella?
D. Felix. Menos que tú ¡Clotilde mia!
Mas de tu claro sol vívida estrella,

Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habia con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.
Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura...
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó : con infantil locura
De la pasion en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.
Clotilde. ¿Y la amabas?
D. Felix. La pobre zagaleja,
Sin duda por su padre sorprendida,
Me iba á huir sin razon ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia;
Donde guerrero injerto en cortesano
La suerte amiga me tendió su mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.
Clotilde. ¿La amas pues todavía?
D. Felix. ¿A quién despues de tí, Clotilde mia?
Mas ella la infeliz allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto
Acaso vivirá muy desdichada
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.
Clotilde. ¡Y aun guardas su memoria inextinguible!...

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.
Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pos de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago rugia
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del peñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso
Crujir se oian los tronchados robles,
Y de los puentes las cadenas dobles
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.
«¿Oyes, Clotilde? preguntó Don Felix
A su aterrada esposa:
Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.»

Clotilde. Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Felix, á ese rumor.
D. Felix. Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.
Clotilde. ¡Mas escucha!... parece,
Felix, que esa ventana se estremece.
D. Felix. El viento que se estrella
Con estrépito en ella.
Clotilde. Eso será.
D. Felix. Sí, á fé.
Clotilde. Mas parecia
Que alguna voz humana...
D. Felix. Pura imaginacion, Clotilde mia,
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas
Al oir el diabólico ruïdo
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya inmediacion amedrentaba.
Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche
La tempestad horrenda dirigía.
Allí agitado el viento
En las caladas piedras estrellándose,
Bramaba airado con salvage acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada muger; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oirse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De séres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grita horrible
Detras de aquella reja
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,
Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibian

Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendia el oido,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido,
Ya era penado é íntimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo,
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de muger que trémula suspira
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mugeril tierna y amante,
De hondo misterio incomprensible henchida,
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego,
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compas mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa bataola
Que el mas bizarro corazon si oyóla
Olvidó su valor de todo punto.
Don Felix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió y en el instante
Repentino relampago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de través en los cristales
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del Cielo
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo Don Felix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

Clotilde. ¿Qué vés?
D. Felix. La lluvia, que en verdad no escasa
En pantano cambió toda la tierra,
Mas cesa ya.
Clotilde. Pues cierra,
Felix, que ese aire mata.
D. Felix. Cierro y durmamos, que se acerca el dia,
Y si el aire las nubes arrebata,
Mañana harémos á mis ciervos guerra
Y otra vez tendrá fin la historia mia.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso dia
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazon habia
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos y pages vasallos
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y bataola fiera
Voces de mando y ruidos de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trailla entera.

Al repentino estrépito
Don Felix y Clotilde despertaron,
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba Don Felix
Cuando Fermin, su viejo camarero,
Leal aragonés encanecido
En servicio del Conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza exclamando aragonesa:
«¡Voto á cribas! ¿aun duerme aquí la gente?
Levantaos, señor, y daos priesa,
Que no quiero que os llame negligente
Esa orgullosa multitud francesa.»
Lo cual Clotilde oyendo
Díjole sonriendo:
«Fermin, ¿qué audacia es esa?»
Y él contestó, la frase corrigiendo:
«Perdone mi señora la Condesa,
Francesa fué cuando doncella y sola,
Mas unida á mi amo es ya Española.»
Con lo cual las cortinas apartando,

El buen Fermin á su señor sirviendo
Pronto sino muy bien fuéle ataviando.
Y díjole Don Felix:
«A esos señores di que nos esperan
Que partan cuando quieran.
—¿Cómo, señor, y estando en vuestra casa...?
—Obedece, Fermin, que el dia pasa
Y nosotros al punto montaremos
Y á encontrarles iremos.»
Salió el viejo, y Don Felix,
Ya vestida su esposa,
Abriendo la ventana, esclamó al cielo
Mirando: «¡Qué mañana tan hermosa!
—Mas con lo que ha llovido, dijo aquella,
Debe de ser un cenagal el suelo.»
A cuya reflexion bajando el Conde
Los ojos, tropezó con un objeto
Del que no osaba, mudo de sorpresa,
Volverlos á apartar... y la Condesa,
Viendo que ni se mueve ni responde,
Llegóse y apoyándose en su hombro
Siguió su vista, y el objeto hallando
Que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria,
En una grieta que en el muro habia
Vejetaba una hermosa Pasionaria
Que á los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raices,
Solo en el aire al parecer segura,
Mostraba sus riquísimos matices
De la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
Y en medio de sus góticas labores,
Dijeran que la flor salia ufana
A ser vista no mas de sus señores.
Para ellos es la esencia soberana
Que exhalan sus purísimos olores;
Solo su mano alcanza á su guarida,
Y en su mano no mas tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
En un deseo del galan esposo
Puso Dios el influjo de su estrella,
Y estriba en él su porvenir dudoso.
Acaso adorne su beldad con ella
Si halla Clotilde su valor precioso,
Y él acaso la arranque y se la ofrezca
Como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podian
Dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
Al sol sus verdes hojas se tendian,
La flor de su capullo echando fuera,
Y una encantada tienda parecian,
Cuyos lienzos plegando un hechicera
El primoroso encanto que guardaba
Bajo su rico pabellon mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
Sometida la flor por el encanto,
Los tornasoles de la luz mas puros
Reverberaba su oloroso manto.
Los del iris radiante eran oscuros,
Y no brillaban los del alba tanto
Como los que la flor mostraba en ella
Ante los ojos de la esposa bella.

Sí, á fé: los de Clotilde parecian,
El espíritu y luz de sus colores;
Con mas lujo y valor resplandecian
Cuanto mas la miraban sus primores:
De su cáliz así se desprendian
Mas suaves y mas puros sus olores,
Y á do Clotilde en rededor miraba
Girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendia su mano hasta cojerla,
Oscilaba á su tacto estremecida;
Si acercaba sus ojos para verla,
Se esponjaba al favor agradecida;
Si llegaba con su hálito á mecerla,
Cobraba al recibirle doble vida,
Y era en fin de su antojo tributaria
La encantada y silvestre Pasionaria.

«¿Cuándo ha nacido esa flor?»
Dijo el Conde á la Condesa.
«¿No has sido de esta sorpresa,
Díjole ella, tú el autor?»

D. Felix. ¡No, á fé mia!
Clotilde. Yo pensaba
Que tú la hubieras traido.
D. Felix. No por cierto, ahí ha nacido.
Clotilde. Artificio la juzgaba,
¿Pues cómo en piedra tan dura
Flor de tal delicadeza?
D. Felix. ¡Estraña naturaleza!
Clotilde. ¡Y mas estraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
Cómo de ahí no la arrancó?
D. Felix. Antes creo que brotó
Con ella fecundizada.
Clotilde. ¡Raro portento!
D. Felix. Sí, á fé.
Clotilde. ¡Y qué olorosa y qué bella!
D. Felix (*alargando la mano para cogerla*). Orna tu frente con ella.
Clotilde (*deteniéndole*). No la cortes, no.
D. Felix. ¿Porqué?
Clotilde. Es que viva privilegio
Que la quiero conceder,
Paréceme que ha de ser
Arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido á adornar
Mi ventana flor tan bella,
Ha de mantenerse en ella

Y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
Velado á todo importuno,
No quiero que por ninguno
Pueda ser apetecida.
D. Felix. Sea, pues, como tú quieres.
Clotilde. Secreto es mio, lo he dicho;
Ya sabes que en un capricho
Se esclavizan las mugeres.
D. Felix. No quiera Dios, alma mia,
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Por tu sola fantasía.
Viva esa flor hechicera
Cuanto así pueda vivir:
Y..... ¡ ha de pesarla morir
Siendo tú su jardinera!

Y así hablando los esposos
Al viejo Fermin llamaron
Y ambos á dos afanosos
Cuidados muy oficiosos
Por la flor le encomendaron.
Y viendo en el encinar
Correr ya los ojeadores
Para irlos luego á encontrar
Se mandaron ensillar
Sus dos caballos mejores.

IX.

Tres jornadas duró la cacería,
Fecunda en reses y en azares vária,
Y al volver la Condesa al otro dia
A visitar su linda Pasionaria
Encontróla en la grieta todavía
Pura, olorosa, bella y solitaria,
Mas frescos y brillantes sus matices,
Mas á la piedra asidas sus raices.

Las hojas de su verde enredadera
Profusamente en su redor brotaban,
Y muchas ya de la ventana fuera
En sus ricas labores se enlazaban;
Pero entre ellas la flor única era,
Mas capullos en ellas no apuntaban
Ni anunciaban sus galas esquisitas
Próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un dia se iba tras otro,
Y mas fresca y mas lozana
Abria cada mañana
Su tienda de hojas la flor,
Como amante cuidadosa
Que con el alba despierta
Y abre en silencio su puerta
A la señal de su amor.

La Condesa, que hechizada
Con su hermosa flor vivia,
Pasábase todo el dia
Contemplándola crecer;
Y cada vez el ramaje
De su libre enredadera
Mas rico y sombrío era,
Mas lujurioso do quier.

Por do en el muro encontraban
O en la prolija moldura
Sus tallos una hendidura
Prendian una raiz,
Y de ella brotando pródiga
Rama fecunda y lozana
Entoldaba la ventana
Fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
Su enmarañado tejido,
El tallo á la flor asido
Iba creciendo á la par,
Y del ameno follage
La flor colgada en el centro
Del arco quedaba dentro
Entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento
Y del turbion guarecida,
Se prolongaba la vida
De la misteriosa flor;
Y allí conforme pasando
Iban los dias por ella,
Amanecia mas bella
Y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
Larga existencia esperaba,
Pues ella misma plantaba
Donde vivir un vergel;
Y allí sin duda orgullosa
A reinar sola venia,
Pues ella se suspendia
Su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
Los dos amantes esposos
Guardábanla cuidadosos
De todo estraño desman,
Y á fé que no se pasaba
Un dia en que veces ciento
No entráran en su aposento
De la flor con el afan.

Para velarla á las aves
De la ventana por fuera
Tendieron una ligera
Y sutilísima red,

Y nadie entraba en su estancia
Ni de noche ni de dia,
Pues solo á Fermin se hacia
Tan señalada merced.

Allí pasaban las horas
Los Condes enamorados
Con su flor embelesados
En sabrosa soledad;
É íbanse mientras sus huéspedes
Del castillo despidiendo
Enojosa comprendiendo
O inútil su sociedad.

Así olvidados y ajenos
De amistades é intereses,
Iban pasando lo meses
En su castillo feudal,
Sin ver que pronto vendria
Lluvioso el invierno y crudo,
Y de su pompa desnudo
Sería el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
A encontrar cada mañana
Vejetando en su ventana
Con nueva vida su flor,
Tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Tal vez simpático afecto
Hácia la flor la arrastraba,
Y un ser oculto adoraba
En su capullo gentil,
Y acaso algun amoroso
Espíritu desterrado
Creia en ella encerrado
Con sencillez infantil.

Le saludaba gozosa
Cuando el capullo se abria
Y al plegar le despedia
Su nocturno pabellon,
Como si en verdad pudiera
El que aquella Pasionaria
Algun alma solitaria
Recibir su estimacion.

El inocente capricho
Su amante esposo reía,
A su loca fantasía
Crédito dando tal vez,
Pues era el amor su vida,
Y en el amor hay instantes
En que vuelven los amantes
Del niño á la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
Tras julio ardiente pasaba,
Y nunca se marchitaba
Ni envejecía la flor.
Plegaba todas las tardes
Su capullo al caer el dia,
Y siempre á abrirle volvia
Con mas hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
Otros capullos, y nunca
Ni la tormenta la trunca,
Ni la arrebata el turbion,
Ni el crudo cierzo la hiela,
Ni la consume el rocío,
Y el invierno y el estío
Benignos al par la son.

« Señor (á D. Felix dijo
El viejo Fermin un dia),
A no ser vuestra diria
Que hay hechizo en esa flor.
— ¡ Hechizo Fermin ! ¿ qué dices?
— Cosa de encanto parece
Porque ni mengua ni crece
Ni muere nunca, señor.

Mi señora la Condesa
Con ella está enloquecida,
Como á vos mismo la cuida
Y quiérela como á vos.
No tiene empeño mas grave,
Ni cosa que mas la importe,
Y hacer á una flor la corte
No es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
Por ella habeis olvidado,
Por ella habeis enojado
A vuestros deudos tambien,
Pues su amistad concibiendo
Que os era enojo importuno
Desfilaron uno á uno
¡ Y ojalá que pare en bien !

— ¿ Qué quieres decir?
— Yo nada,
Mas mucho el vulgo murmura,
Y dan por cosa segura
Que á la nigromancia os dais :
Que no sois Francés recuerdan,
Y corren aunque en secreto
Sospechas sobre el objeto
Que en vuestro encierro llevais.

Dicen que habeis sometido
Por medio de un sabio ó brujo
De los astros al influjo
El horóscopo del Rey;

Y si va por donde quema
Del vulgo la vil malicia,
Me temo que la justicia
Nos encare con la ley.

Y en fin señor, yo que embustes
No puedo sufrir en calma,
Un dia me rompo el alma
Con el mejor del país,
Y con tres Zaragozanos
Que meta entre esos Franceses
Hay una de Aragoneses
Que se estremece París.

— ¡Bah! buen Fermin, no desbarres
Soñando con tus paisanos.
— ¿Y los tres Zaragozanos
Qué os sirven?
— ¿Y qué son tres?
— Como el mas imberbe de ellos
En un callejon se aposte,
Ya sé yo que el gran Prevoste
Con su ronda vuelve piés.

— Fermin, replicó Don Felix,
Decididos y tenaces
Ya sé yo que sois capaces
De eso y mas los de Aragon,
Mas si meteis algun dia
Quimera con los paisanos
Os mando cortar las manos
Sin otra averiguacion. »

Y esto escuchando, á una seña
De su señor, el camino
De la escalera mohino
Tomó y humilde Fermin.
Quedóse á solas Don Felix
Con su flor y con su esposa,
Y en su posicion dudosa
Empezó á pensar al fin.

Estrangero y largo tiempo
De la corte retraido,
Y acaso el Rey prevenido
Estando ya contra él;
Por bizarro y opulento,
Con muchos enemistado,
Y de muchos envidiado...
Era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
Por Español altanero,
Valiente y buen caballero
Sufriera un desaire mal:
Y en su honor y antigua fama
A mantenerse resuelto,
Hubiérasele devuelto
Al mismo Rey por igual.

Mas existia otra causa,
Otra razon, otro objeto,
Otro escondido secreto
Que le impedia partir;
Secreto, sí, que hasta entonces
Dentro de su alma escondido
Habia tal vez vivido
Sin dejarse percibir.

Aquella flor que, gozando
De una frescura infinita,
Jamás doblaba marchita
Su primoroso boton;
Aquella flor misteriosa
Cuya inmediata presencia
Tenia oculta influencia
En su propio corazon.

Aquella flor cuya vista
Era el placer de su esposa,
De cuya esencia olorosa
Gozaba con tanto afan,
Vió el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Habia el poder cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor peregrina
La hermosura le hechizaba,
En su presencia gozaba
Incomprensible placer,
Y al percibir de su cáliz
El mágico aroma, apenas
Sentia dentro sus venas
La sangre inquieta correr.

De aquella flor á la vista,
Sentia que en su memoria
Se renovaba una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella ardia un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en un santuario
Ardiendo perenne está.

Jamás entibiado habíase
Con su esposa su cariño,
Pero su historia de niño
Jamás se le recordó
Hasta aquella horrible noche
De repentina tormenta
En que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo
En la siguiente mañana
Abrió él mismo su ventana,
Mas, la Pasionaria al ver,

Sintió por la vez primera
Con amargo sentimiento
Aquel fatal pensamiento
En su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces
Y allá en el alma escondido
Recuerdo tal habia sido
Un imperceptible iman,
De cuya robusta fuerza
Jamás llegó á recelarse
Hasta que quiso apartarse
Del funesto talisman.

Él, de sí mismo con miedo
Juzgólo aprension, capricho,
Y él no se lo habia dicho
Ni aun á sí mismo jamás;
Mas del buen Zaragozano
Fermin la ruda franqueza
Corroboró la certeza
De sus sospechas en mas.

Entonces con claros ojos
La realidad contemplando,
Fué Don Felix empezando
La verdad á comprender:
Por una parte alarmada
La suspicacia francesa,
Por otra víctima y presa
De unos hechizos su ser.

De tantos ojos voraces
Atentos á sorprenderle,
Ocultarle y defenderle
Fué cosa imposible al fin,
Y de la flor el secreto,
Por último divulgado,
Por do quier fué interpretado
Con la malicia mas ruin.

Ya con amistad fingida
Y con pretestos capciosos
Llegaron varios curiosos
El castillo á penetrar,
Del español envidiado
En la mansion ó el semblante
Buscando del nigromante
Señales que denunciar.

Y algunos sábios fanáticos
Con curiosidad sencilla
Quisieron la maravilla
De la Pasionaria ver.
Mas enojado Don Felix
De su impertinente audacia,
Negóse con pertinacia
Su permiso á conceder.

Arrastrólos sin embargo
La fé de su ciencia vana
Hasta acechar la ventana
Donde existía la flor,
Y viendo á los dos esposos
En ella continuamente
Tuvieron por evidente
Un ser maleficiador.

Dieron al Conde Don Felix
Por enemigo de Francia,
Y adquirió tal importancia
Esta opinion, que hasta el Rey
Llegó á recelar acaso
De aquel hechizo el influjo,
Teniendo al supuesto brujo
Vigilado por la ley.

Don Felix, que idolatraba
Con toda su alma á su esposa,
Sintiendo otra poderosa
Llama en su pecho brotar,
Airado contra sí mismo,
Loca tentacion juzgándola,
Quiso de su alma arrancándola
La fé de su amor salvar.

Y un dia en que ambos gozaban
La bella flor contemplando,
Conversacion entablando,
Dijo Don Felix así:
«¿No te parece, Clotilde,
Que hay en esa Pasionaria
Una magia estraordinaria
Que nos alucina?»

Clotilde. Sí,
Yo cerca de ella un deleite
Tan soberano percibo
Que me parece que vivo
Donde ella vive mejor.
Nada con ella echo menos
Y en su presencia me place
Sentir, Felix, que renace
Mas tierno por tí mi amor.

D. Felix. No es tal mi dicha, Clotilde;
Yo siento una incertidumbre,
Una estraña pesadumbre
Al contemplarla no mas.
Paréceme que á su vista
Nuestro amor se disminuye,
Y la ventura nos huye
Para no volver jamás.

Clotilde. Felix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
Intervenir la hermosura
De esa solitaria flor?

D. Felix. No acierto, Clotilde mia,
De tal misterio el origen,

Mas mil temores me afligen
Y... destruirla es mejor.
Clotilde. Eso no; cuando la vimos,
La acoji bajo mi amparo
Y quien la toque declaro
Que atenta á darme un pesar.
Aqui esa flor ha nacido
Y es mi deleite, mi encanto;
Y aquí, Felix, por lo tanto
Cuanto pueda ha de durar.
D. Felix. Sea, y no quieran los cielos
Que ese capricho te estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarte un placer.
Clotilde. Ah, Felix mio, perdóname,
Si mi amor te la defiende
¿Mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
Tan pura siempre y tan bella,
Tengo mi capricho en ella
Como mi amor tengo en tí,
Tan poderoso es el mio
Como es el otro constante,
¿Piensas que menos amante
La flor ha de hacerme, di?

No; los gustos peligrosos
De la necia corte olvido;
Helos ya sustituido
Con su inocente primor,
Y aquí en soledad tranquila
En pura y campestre calma
Mas no apetece mi alma
Que su Felix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
Cäe Clotilde del Conde;
Y este el semblante la esconde
Alterado de placer.
Y así su enojo ahuyentando
Con dulcísimas caricias
Tornaron á las delicias
Del amor que les dá el ser.

Y uno tras otro así fueron
Los bellos dias pasándose,
Su dulce vida llevándose
De soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
La aurora cada mañana,
Fresca, olorosa y lozana
Se abria siempre la flor.

X.

¡Ay del que necio en la fortuna fia!
¡Ay del que espera en el poder mundano!
El que vive feliz un solo dia
Otro tal vez igual espera en vano.
Sí, todo al fin el tiempo lo trastorna,
Todo en la tierra por su mano pasa,
Y el monte que hoy adorna
Con espeso amenísimo follage
En breve espacio con furor le arrasa,
Sin que halle en él la yerba mas escasa
El pájaro mas ruin por hospedage.
Y su golpe no quita
Casco ferrado ni áurea corona,
Ni su arbitraria enemistad se evita
Con fuertes torres ó tendida lona,
Porque salva la mar con solo un paso,
Y á su soplo se hienden las murallas
Como en el fuego se quebranta un vaso.
No hay para el tiempo ni exencion ni vallas.
Diez meses no serian
Tal vez cumplidos, y en dolor trocadas
Las dichas de Don Felix se veían,
Su esperanza y sus glorias trastornadas.

—

Era un dia de niebla húmedo y frio,
Todo era soledad, silencio todo
El castillo sombrío.
No por sus anchas bóvedas sonaba
Rumor alegre de placer y vida,
No clamorosa multitud se hallaba
En sus largos salones reunida.
No, no; todo es ahora
Duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna
Sientan allí su mano asoladora,
Y quien le habita llora
Sin esperanza alguna.
En un largo aposento
Do medio roble humea
Tendido en una antigua chimenea,
El rostro macilento,
Y de pesar el corazon transido,
Yace Don Felix en el hondo asiento
De una poltrona hundido.
Las lágrimas que brotan de sus ojos
Indicios son de su dolor; estrecho
Paso sus lábios dan á los gemidos
Que arranca de su pecho,
Y claros de la suerte los enojos
Se muestran en sus ayes doloridos.
Fermin, el buen soldado,
Mústio tambien y pálido el semblante,
Del fuego está delante
Junto al Conde sentado.
Y acreditar sus pesadumbres puede
La igualdad del señor con el vasallo,
Pues solo el infortunio la concede.
« No hay remedio, Fermin, dijo Don Felix,
Los doctores así me lo aseguran.

—Los doctores, señor, por si la yerran,
Casi siempre desgracias nos auguran.
—¡No, Fermin, es inútil esperanza!
Ellos mismos confiesan
Que su ciencia no alcanza
La muerte á detener.»
Y aquí callando
Tornó al llanto Don Felix,
Y el anciano Fermin siguió llorando.
Y era razon llorar por la Condesa,
Pues de dolencia inextinguible presa,
Aunque de tres doctores asistida,
Se hallaba en tal momento
A las manos de un mal íntimo y lento
Próxima á despedirse de la vida.
Y en aquel aposento
Del esfuerzo postrero de la ciencia
Esperaban el fallo
Con dudosa impaciencia
El mejor Conde y el mejor vasallo.
Abrióse al fin la puerta
Que de la esposa al aposento daba.
Y la mirada incierta
Ninguno á ella dirigir osaba.
Tuviéronse en silencio los doctores
Al dintel con respeto
Al intenso dolor del noble esposo,
En su gesto turbado y lastimoso
Mal ocultando su fatal secreto.
«Acercaos, señores,
Don Felix dijo al fin, daráme ayuda
Para arrostrar en calma mis dolores
El Dios á quien suplico que me acuda
En mis cuitas mayores.
¿Hay esperanza aun?»
—«La ciencia vana
»De los hombres, señor, no encuentra alguna.
»Solo de Dios la ciencia soberana
»Sabe que sol alumbrará mañana,
»Y ve de todos el sepulcro y cuna;
»Fuera de esa esperanza, no hay ninguna.»
Cayó en su silla el Conde desplomado,
Y ocultando en las manos el semblante,
En su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
Del cuarto los empíricos salieron
Y del castillo, á do jamás volvieron.

—

Su fin tocaba el dia,
Y mas densa la niebla encapotaba
La atmósfera; la noche que avanzaba
Fria, lluviosa y lóbrega venia;
Y sin fuerzas el viento no sonaba
En la enramada umbría.
En apartada alcoba
Que alumbra escasa lámpara, se queja
Clotilde hermosa á quien la vida deja,
Y á quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro y amarilla
La tez rosada y pura,
En sus radiantes ojos ya no brilla
La luz de la hermosura.
Sus lábios sin color no se despliegan
Con amorosa y celestial sonrisa
Y sus ebúrneas manos ya no juegan
Con sus espesos rizos,
Que no mecerá mas la mansa brisa
Descubriendo los mágicos hechizos
Del torneado cuello,
Del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene, amante con su mano asida
De Don Felix la mano,
Y aun con escaso aliento
Murmura su postrera despedida.
Y aun buscan en el lóbrego aposento
Sus turbios ojos el objeto amado
De su alma enamorada aun no borrado.
El amoroso Conde que la adora
Junto á su lecho desolado llora,
Y á las palabras de su amor responde
Con palabras mentidas de consuelo,
Porque no se le esconde
Que á ver no volverá la luz del cielo.
«¿Porqué lloras, mi bien?» le preguntaba
La moribunda esposa.
Y con voz cariñosa
«No lloro» el infeliz la contestaba,
Y así plática entre ambos se entablaba:

Clotilde. Sí, sollozar te escucho.
D. Felix. Tu mente débil te lo finge acaso.
Clotilde. No, Felix, no me engaño, te amo mucho,
Y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazon.
D. Felix. Clotilde mia,
Del pensamiento aleja
Tan tristes ilusiones.
Clotilde. Ay, Felix, es en vano tu porfía,
Escusa ya ficciones,
Falsas palabras deja,
Ya sé que llega mi postrero dia.
¿Me amas aun?
D. Felix. Mis lágrimas te dicen
Cuanto es mi amor; la eternidad entera
Escaso tiempo para amarte fuera.
Clotilde. Dime, ¿y mi flor? ¿estiende todavía
Sus hojas ante el sol? ¿han decaido
Sus brillantes colores?
D. Felix. No, Clotilde, sus ramas han crecido.
Clotilde. ¿Pero y la flor?
D. Felix. Aun sola permanece

Y otro capullo en derredor no crece.

Clotilde. ¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

D. Felix. Pocos dias no mas.

Clotilde. Años perdidos
Sin contemplarla que pasaron creo.
¿Se alcanza desde aquí?

D. Felix. Tal vez corriendo
Tus cortinas, y abriendo
La puerta de esa cámara vecina
Se alcanze á ver.

Clotilde. Pues abre y que mis ojos
La vuelvan á mirar, antes que cieguen
De la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto Don Felix
La puerta de la cámara en que estaba
La flor maravillosa,
Y al gótico balcon donde brotaba
Tendió los ojos la doliente esposa.

—

Oscura estaba la noche,
Los ojos mas perspicaces
No hubieran sido capaces
Su lobreguez de sondear.
Tendió á la ventana el Conde
En las tinieblas la mano,
Mas abrió con ansia en vano
Sus ojos de par en par.

El mas escaso reflejo
No vió penetrar por ella,
Que no alumbraba una estrella
Del cielo la inmensidad.
Su negro manto en los aires
Las nieblas habian tendido
Y de la luna sorbido
La trémula claridad.

Aun fresca, olorosa y pura
La encantada Pasionaria
Vejetaba solitaria
En su enramado vergel.
Y aunque no pueden los ojos
Percibirla en la distancia
Revela bien su fragancia,
Su eterna presencia en él.

«¿Dónde estás, dijo Clotilde,
Flor mia, que no te veo?
Si comprendes mi deseo,
Déjate ver, linda flor:
Siento ¡ay de mí! que al buscarte
Los ojos se me oscurecen;
Muéstrate, flor, si merecen
Mis ojos ver tu color.»

A estas palabras, del lecho
De la moribunda enfrente
Se iluminó de repente
Ténue y fosfórica luz
Producida en las tinieblas
De la oculta Pasionaria
Por la esencia estraordinaria
Y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado,
La luz fantástica viendo,
Don Felix, y no sabiendo
Los ojos de ella apartar,
Ni á respirar se atrevia,
Cuando en el otro aposento
Con desfallecido acento
Oyó á Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito
Al pié de su cabecera
Y allí de aquesta manera
Decir á su esposa oyó:
«Escucha, Felix, sentada
La muerte á mi lado veo,
Mas un estraño deseo
Al sentirla me asaltó,

Y dulcemente la vida
Mi espíritu abandonára
Si este deseo lográra.
—¿Cómo logrártele? dí.
—De tí tan solo depende.
Mas que te cueste no es justo
Este capricho un disgusto.
—Acaba.
—¿Consientes?
—Sí.

—Pues mira, esa Pasionaria
Que fué mi encanto viviendo,
Pluguiérame que muriendo
Fuera mi último placer.
De nuestro mal compañera,
Cual de nuestro amor testigo,
Que muera esa flor conmigo
Pues que me debe su ser.

Sí, apenas contaba un dia
Cuando quisiste ofrecérmela,
Sea su suerte la mia,
Felix, arráncala hoy;
Ese es el favor postrero
Que ya de tu mano espero,
Cúmplemele, y al sepulcro
Tranquila y contenta voy.»

Quedó aterrado Don Felix
Propuesta tál escuchando,
La mano tender no osando
A la misteriosa flor,
Los desencajados ojos
Fijos en ella teniendo,

Y en las pupilas sintiendo
Su mágico resplandor.

A comprender esta idea
Su mente no se atrevia,
Su voluntad resistia
Su ejecucion á emprender;
Y aquel pensamiento solo
Le tiene en duda tan fiera
Como si á su impulso fuera
Un crímen á cometer.

Sí, sometido al influjo
De un vértigo incomprensible,
Sentia en sí una terrible
Desusada conmocion:
De un ser incógnito, oculto
Secreto terror le asalta,
Y conoce que le falta
Valor en el corazon.

Que aquella flor que fué un tiempo
Las delicias de su esposa,
Cuya existencia preciosa
Quiere hoy romper con afan,
Ve el triste que allá en el fondo
De su pecho enamorado
Todo el poder ha cobrado
De un dañoso talisman.

De aquella flor á la vista,
Siente que allá en su memoria
Se le renueva una historia
De mucho olvidada ya,
Y en ella vive un recuerdo
Triste, eterno y solitario,
Como luz que en su santuario
Ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
Quien aquella flor destruya;
Su vida es la vida suya,
El suyo tal vez su ser.
No, imposible, sin su esposa,
Él como ella necesita
Aquella flor inmarchita
Por compañera tener.

Será de su amor pasado
Cuando ella falte un objeto,
Será un místico amuleto
Que aliviará su dolor.
Y de Clotilde el espíritu
Identificado en ella
Siempre pura y siempre bella
Será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
En su inmarchita frescura
Él hallará su hermosura,
Su perdida sociedad.
Y en su castillo encerrado
Para siempre noche y dia
No tendrá mas compañía
En su larga soledad.

Mas ¡ay! que á la par Clotilde
Desea arrancarla ahora
Y el buen Don Feliz la adora
Con toda su alma y su ser,
Y es imposible que al cabo
Su afan postrimero estorbe
Quien corriera todo el orbe
Para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo
A encontrar cada mañana
Al ir á abrir su ventana
Con nueva vida su flor,
Tambien identificóla
Clotilde con su existencia,
Divinizando en su esencia
Su porvenir ó su amor.

Y aun en la misma ventana
Su enredadera ceñida,
Aun vejetaba prendida
La Pasionaria al dintel:
Mas ya crecidos los tallos
De sus ramas parecia
Que desprenderse queria,
A su verde cuna infiel.

Y en la mas larga pendiente
Ya dentro del aposento
Yacia en el pavimento
Sin arrimo y sin sosten,
Como si, el fin contemplando
Avanzar de su señora,
Al suyo en la misma hora
Quisiera llegar tambien.

Dijeran que, adivinando
El término de su vida,
La postrera despedida
Queria á Clotilde dar,
Y que, hasta su mismo lecho
Subir intentando en vano,
Tomó el lugar mas cercano
A donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo,
Y ella su flor le pedia,
Y Don Felix no sabia
En verdad qué resolver.
La flor seguia en la sombra
Ante sus ojos brillando
Y él la seguia mirando
En acuerdo sin volver.

Al fin, la voz de su esposa
Oyendo desfallecida
Que á Dios decia á su vida
Clamándole por su flor,
Sobre ella dió de repente
Y en la oscuridad asiéndola:
—¡*Sea pues!* dijo, rompiéndola
Con insensato furor.

A tal momento Clotilde
Lanzó el último gemido:
Y el Conde, de horror transido,
En las tinieblas quedó
Al escuchar que su nombre
Dentro del mismo aposento
Otro conocido acento
Tiernamente pronunció.

«¡Cielos! esclamó espantado,
¿Es realidad ó deliro?
¿De quién era ese suspiro
Que en las tinieblas oí?
—Felix, repuso en la sombra
Aquella voz dolorida,
¿No me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate á mi.»

Desatinado y atónito,
Tomó una lámpara el Conde
Y al sitio volviendo donde
La Pasionaria arrancó
Vió con estúpido asombro
El desconocido objeto
Que el miedo y amor secreto
Hácia la flor le inspiró.

—

Pálida, fria, y sin aliento apenas,
Enamorada aun y encantadora,
En lugar de la flor yacia AURORA
En medio del oculto camarin.
Contemplábala atónito Don Felix,
El misterio fatal no comprendiendo,
Y tendíale Aurora sonriendo
Los yertos brazos, próxima á su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo,
Díjole así con voz desfallecida:
«He estado junto á tí toda mi vida,
Y muero con mi amor cerca de tí.
Velada á vuestra vista entre las hojas
De una hermosa y silvestre Pasionaria,
Fuí huésped de esa reja solitaria,
Y os ví felices y dichosa fuí.

»Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
Miré mas que á mi amor á tu ventura;
Tú no fueras feliz con mi hermosura,
Y en mí encerré mi generoso amor.
Dios hizo que á este amor triste y sin premio
Fuera el amor de tu Clotilde unido,
Mas nuestro tiempo le pedí medido
Por el tiempo no mas de aquella flor.

»No nos fué dado nunca conocernos,
Mas á la par vivimos y te amamos;
Ambas unidas á la tumba vamos,
Y te perdemos á la par las dos.
Juntas morir nos otorgó el destino,
Y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
Cumplistes mi recóndita plegaria.
Recibe, pues, mi postrimer adios.»

Y á estas palabras la cerviz doblando,
Voló al cielo su alma enamorada,
Y en medio de la atmósfera nublada
Repentino relámpago brotó.
Las ramas de la verde enredadera
En la estrecha ventana se inflamaron,
Y sus hojas ceniza se tornaron
Que el agitado viento arrebató.

Tendió Don Felix las convulsas manos
Ciego á su vista y de dolor transido,
Y privado de aliento y de sentido
De la ventana al pié se desplomó.
Y diz que en su castillo de Aracena
Pocos años despues triste vivia,
Y que á Aurora buscaba todavía
Por el ameno valle en que vivió.

—

Aun de su viejo castillo
En una capilla oscura
Se encuentra la sepultura
De su postrero señor,
Y en vez del busto de mármol
Y de inscripcion funeraria,
Hay solo una Pasionaria
De mano de un escultor.

LEYENDA QUINTA.

—

APUNTACIONES PARA UN SERMON SOBRE LOS NOVÍSIMOS,

TRADICION.

—

AL LECTOR EL AUTOR.

Como lo vas á leer
Me lo contaron, lector:
Atañe al historiador
Lo cierto que pudo haber.

Lo que mas la plazca de ello
Crea tu razon discreta,
Mas no olvide que al poeta
Pertenece lo mas bello.
Querer dar con la verdad,
Fiándose en sus escritos,
Es á yerros infinitos
Asentir con ceguedad.
Yo no pretendo enseñarte,
Lector, á menos atento:
Me daré por muy contento
Si es que consigo agradarte.
Solo á arrancarte un suspiro
O una sonrisa aunque leve
Mi estéril pluma se atreve,
Solo á deleitarte aspiro.
Dejemos la verdad, pues,
Que es la verdad siempre amarga
Y lo cierto grave carga
Para los poetas es.
Lo falso á lo verdadero
Lleva ventaja infinita,
La mentira es mas bonita
Y yo siempre la prefiero.
La razon fria y severa
No hallará esta fantasía
Muy de su gusto, á fe mia;
Pero piense lo que quiera.
El pueblo me la contó
Y yo al pueblo se la cuento:
Y pues la historia no invento
Responda el pueblo y no yo.
No hay en ella mas verdad
Que lo que Hartzenbusch ha escrito,
Y yo por darme lo admito
Importancia y gravedad.
Él, verídico escritor,
Me garantiza esta historia.
Pues yo soy, pese á mi gloria,
De mentiras profesor.
Yo vivo con la mentira,
Lector, en público trato,
Y confieso sin recato
Que la verdad no me inspira.
Empiezo mi cuento, pues,
Y si te agrada, lector,
No preguntes al autor,
Si mentira ó verdad es.

INTRODUCCION

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO LA GALANTERÍA DE PONER A MI LEYENDA QUINTA.

Poco antes que en el Duero se sepulte,
Cruza Pisuerga plácida campiña,
Donde la rica mies, la rica viña
Derraman sus tesoros á la par.
Descuella un monte allí: sobre su cumbre
Un gigantesco torreon se eleva,
Monstruo que con las víctimas se ceba
Que le da el despotismo á devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
Amenazas de bárbaros sayones,
Súplicas, alaridos, maldiciones
Llenan aquella lúgubre mansion.
Fortaleza la llama quien lejano
Su mole vé sin registrar su centro,
Llámala infierno quien suspira dentro,
Cárcel la ley, su afrenta la razon.

Allí un anciano en miserable estancia,
Mas bien que calabozo sepultura,
Sufre de sus pesares la tortura
Con el pié de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
Señales duran de lo que era un dia,
Centelléa en su frente todavía
La llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
Violento late el corazon de Acuña:
Cuando su mano el pectoral empuña,
Fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA! sin cesar suena en su labio,
Y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;
Y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad! apellidó.

«¿Porqué, Señor, arrodillado dice
Delante de un eburneo Crucifijo,
Porqué, Señor, tu cólera maldijo
La jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendon de iniquidad acaso
La bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero
¿No es lícito la espada desnudar?»

Si entronizado el codicioso belga
Saqueaba el palacio y la cabaña,
Y desangrando á la infeliz España
Rios de oro enviaba á su nacion;
Se reía en espléndido banquete
Sirviéndole de música el gemido
De un pueblo que, por él empobrecido,
Moribundo imploraba compasion;

Si al pedirle justicia el triste padre,
Padre á quien deshonró vil cortesano,
Decia el estrangero al castellano:
Cómprame la venganza y la tendrás;
¿Debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
Y gritar á la chusma advenediza:
«No reinarás sobre mi suelo mas?

¿Condenaste, Dios mio, por mi culpa
La empresa que sino te fuera grata

Porque, soltando el báculo de plata,
Del profano baston el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
Tambien en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Leví.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar á las naciones
En dos tremendas útiles lecciones
Lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
Solo de sí porque obedece al yugo;
Mas sepa, si combate á su verdugo,
Que sin union es fuerza perecer.

Perecieron por eso en el cadalso
Los hijos de la gloria y de la guerra,
Sus casas igualadas con la tierra
Yacen cubiertas de ignominia y sal,
¿Porqué me ha perdonado la cuchilla?
¿Porqué esta cárcel mi vivir esconde? »
Una voz pavorosa le responde:
« Porque te espera muerte de dogal. »

Abrese con estrépito la puerta,
Y precedido de villana tropa,
Vestido un hombre de funesta ropa
Resuelto avanza en la prision el pié.
Vara sutil de magistrado lleva,
Que en él parece látigo sangriento,
Ningun rasgo de humano sentimiento
En su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
Los torvos ojos de iracunda hiena,
Con desplegar el labio ya condena,
Con su mirada martiriza ya:
Mudo, pasmado el infeliz Acuña
La decision espera de su suerte,
No le acobarda la imprevista muerte,
Pero le aterra ver al que la da.

« En nombre de Don Cárlos os lo mando, »
Grita á los suyos el feroz alcalde,
Pero dicta sus órdenes en valde,
Tiembla el esbirro, párase el sayon.
« Obedeced » el bárbaro repite,
Los satélites claman ¡Sacrilegio!
Y acatando el sagrado privilegio
Se lanzan en tropel de la prision.

« No teme el vengador de la justicia,
Dice el cruel, del hombre ni del cielo,
Ese dogal tirado por el suelo
No quedará sin víctima esta vez. »
¡Ronquillo! fué á esclamar el sacerdote,
Pero apagó su voz el duro lazo
Que estrechó con la planta y con el brazo
Aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
Su trofeo arrastró, dejando en ellos
Con la sangre de Acuña y los cabellos
Señalado el camino que llevó.
Y á un corredor llegando guarnecido
De dorado arabesco pasamano,
A ver el espectáculo inhumano
Testigos el sacrílego llamó.

Y llegaron, y dijo: « Comuneros
Que desdorar quisísteis la corona,
La clemencia de Cárlos os perdona,
De Simancas salid, pero mirad. »
Y el cordel ominoso atando á un hierro,
Lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando,
Pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
Del ancho patio el ámbito vacío;
Sucedió al penetrante vocerío
Misterioso susurro de oracion.
Y oscilaban pendientes entre tanto
Del corredor los míseros despojos,
Y el llanto que asomaba en muchos ojos
Lo tragaba en secreto el corazon.

Pero el cáñamo vil con un crujido
Turbó el piadoso fúnebre homenage
Y anunció desde el alto barandage
Nuevos horrores que mirar despues.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
De sangre salpicósele la frente
Y vio el roto cadáver á sus piés.

« Esconda, dijo, su ignominia luego
La sepultura que á pedirme vino.
Comuneros, sabeis vuestro destino;
Sed fieles al invicto Emperador. »
Y salió del castillo á lento paso,
Con la mano enjugándose la cara
Y agitando en el aire aquella vara
Que sembraba el espanto y el horror.

I.

Tal fué el alcalde Ronquillo,
Y tal el fin execrable
Del noble Acuña. La causa
Solo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
Como valeroso y grande,
Mas vencieron los de Cárlos
Y es inútil lamentarle.
Su crímen fué ser vencido,
Y fué el iracundo alcalde
Su juez y verdugo á un tiempo.
¡Caiga en él toda su sangre!

En vano gritó Castilla
Contra el sacrilegio infame,
Que estaba el Rey de por medio,
Y fueron voces al aire.
Dióse por traidor al muerto,
Y para mas ultrajarle
Su infamia estendióse á todos
Los que su nombre llevaren.
Dió el Emperador por bueno
A su juez, pródigo honrándole
Con su amistad, y él fué un tiempo
Su lebrel mas formidable.
Ansioso de distinguirse
En su servicio, y mostrarse
Agradecido y celoso
Por los intereses reales,
Atropelló sin escrúpulo
Cuanto encontró por delante,
Sin que justicia ó nobleza
Fuesen valla á sus demanes.
Que en él fué delirio al cabo
Lo que al principio corage,
Y la sed de su venganza
Degeneró en insaciable.
Era su presencia agüero
De horrendas calamidades,
Y era su nombre un conjuro
De desventuras y males.
Seguíanle por do quiera
En apiñada falange
Alguaciles y verdugos
Con hachas y con dogales.
Donde fijaba la planta
Su huella marcaba en sangre,
Donde ponia los ojos
Iba la muerte á sentarse.
Como destructor cometa,
Como fantasma impalpable,
En todas partes se hallaba
Sin distincion de lugares.
Y un encuentro, una palabra
Casual ó poco esplicable,
Una plática en secreto
O una seña poco fácil
De comprension, una muerte
Evocaba en el instante.
« Comuneros son, gritaba,
¡A ellos, prenderles... matarles! »
Y nunca volvió sin presa,
Que era plan irrevocable
No hallar jamás inocente,
Ni justiciar nunca en valde.
¡Ah! no hubo español valiente,
Cuyo sueño no turbase
Alguna vez de Ronquillo
La amenazadora imágen.
Pues por dar con un rebelde
Pasara sobre el cadáver
Poco es del mejor amigo,
De su esposa y de su madre.
Mas tan caduca es la vida
Y todo en ella es tan frágil
Que se hunde lo mas brioso,
Lo mas encumbrado cae.

Vecino á su hora postrera,
Tendido en su lecho yace
Llena de angustias el alma
El desapiadado alcalde.
Los ojos desencajados
De las cuencas se le salen,
Como si espantados vieran
Mil espectros rodearles.
La cólera y el terror
Pintados en el semblante,
Pide al mismo tiempo auxilios
Mundanos y espirituales.
A veces sobre su lecho
Iracundo incorporándose,
« Llamadme al Rey, » dice á gritos
Con feroces ademanes.
A veces entre la ropa
Atribulado ocultándose,
« Que traigan un confesor, »
Dice con voz lamentable.
Y corre desalentada
Su gente plazas y calles,
Unos en busca del Rey
Y otros en busca de un fraile;
Mientras el vulgo enumera
Los infinitos desastres
Que lleva detras el nombre
Del golilla agonizante.
Y no hay en Valladolid
Una casa ni un linage
Que con dudosa impaciencia
La muerte del juez no aguarde.
Parece que mientras viva
Sobre la tierra un instante
Sus miradas y su aliento
Han de emponzoñar el aire.

Que así mueren los impíos,
Sin ser llorados de nadie,
Y agobiados bajo el peso
De su conciencia culpable.

II.

Así en su lecho Ronquillo,
Ya casi á espirar cercano,
Un crucifijo en la mano
Y á su lado un confesor,
Su hora postrera aguarda
En oscura incertidumbre
De su fé muerta la lumbre,
Vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida
A la ambicion consagrada
De crímenes mil sembrada,
Secretos entre Dios y él,
Hervian en su conciencia,
Y al exacto pensamiento
Se agolpaban en violento
Irresistible tropel.

Allí con faz iracunda
Se alzaba el fantasma fiero
Del bizarro caballero
Degollado en la prision,
Y sus hijos y su esposa,
Víctimas del abandono,
Pedíanle con encono
De aquella sangre razon.

Allí el engañado amigo
Y la muger deshonrada,
La inocencia condenada,
La vendida rectitud
A recias voces pedian
Contra el culpable venganza,
Y de ella con esperanza
Asidos de su ataud.

Revuelve el juez por do quiera
Los ojos desencajados,
Mas por do quiera apiñados
Sangrientos fantasmas vé;
Do quiera una sombra pálida
Le recuerda una sentencia
Que dió contra su conciencia
Y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
Del cortinage ostentoso
De su lecho, un horroroso
Espectro aguardando está;
Y en vano cierra los párpados,
Que bajo forma distinta
En sus pupilas se pinta
Mas espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
Ante sus ojos se muestra
Con el báculo en la diestra
Y en la siniestra el dogal,
Clamando el buen caballero
Por la honrosa sepultura
Merecida á su bravura
Y á su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende
Su mirada suplicante,
Acuña le está delante
Con gesto amenazador,
Y al rezo con que el alcalde
Conjura la sombra santa,
Acuña el dogal levanta
Que mata con deshonor.

«Mi fama importaba poco,
»Dice el obispo insepulto,
»Si el crímen quedara oculto
»Menos mi sangre en verdad.
»Pero ¿no viste, sacrílego,
»Que habia en mí mas que un hombre,
»Y que iba unida á mi nombre
»Mi sagrada dignidad?»

—«No, gritaba el moribundo,
»No á mí esa cuenta me pidas:
»La ley cortó vuestras vidas,
»Acude á quien la dictó.
»Rebeldes, á muerte fuísteis
»Condenados y en conciencia
»Será injusta la sentencia
»Mas no quien la ejecutó.»

—¡No! reponia la sombra,
»¡Mientes! si hacerte le plugo
»Su juez, jamás su verdugo
»Te nombró el Emperador.
»¡Mientes, sí, dióte la vara
»Que aunque castiga no humilla,
»Mas no te dió la cuchilla
»Ni el dogal infamador!

»Cuando oscilaba mi cuerpo
»Colgado en el barandage
»No recibí aquel ultrage
»De tu Rey, sino de tí.»
Y esto diciendo la sombra
De Acuña el dogal mostraba
Y él con la vision luchaba
Sin ahuyentarla de sí.

«¡Huye! el infeliz decia,
»Huye, delirio funesto!»
Y con terror manifiesto
La vista apartaba dél.
«¡Huye!» escondiendo la cara
Entre las ropas decia,
Mas siempre, siempre veía
El mismo espectro cruël.

En tanto el sol su occidente
Y el dia su fin tocaba,
Y á largo paso avanzaba
La noche lóbrega en pos:
Y al miserable Ronquillo
Le iba el aliento faltando,
Cada vez mas escusando
La memoria de su Dios.

—«La vida es breve é incierta,
»Morir es negocio grave,

» La hora nadie la sabe, »
Le decia el confesor;
Mas él, sin oirle casi,
La moribunda mirada
Tendia desesperada
De la puerta en derredor.

—« ¡Si hubiera, padre, un menguado
» De esos doctores, decia,
» Que cortara mi agonía
» Hasta que viniera el Rey,
» Le hiciera pesar en oro!...
» Mas toda es farsa su ciencia
» Y á su orgullosa impotencia
» Siempre el mal pone la ley.

» ¿De qué les sirve el estudio
» De esa facultad mentida
» Si se les huye la vida
» Y vence la enfermedad? »
—« ¡Pensad en Dios, replicaba
» Compasivo el religioso,
» Buscad, señor, el reposo
» En su incierta eternidad! »

Mas el alcalde impaciente,
Siempre mirando á la puerta,
Su atencion mostraba incierta
Entre el Rey y el confesor.
Decíale este: « Él reparte
» Con el justo su corona, »
Y él decia: « Su persona
» No tuvo adicto mayor.

» ¡Mas me olvida, cuando siento
» Presa mi vida en un hilo
» Y él solamente tranquilo
» Pudiera hacerme morir! »
Y así Ronquillo diciendo
Con supersticion impía
En el Rey ¡necio! ponia
Su esperanza y porvenir.

Decia el fraile: « ¡Habed cuenta
Que eso el diablo no os arguya!
—Con una palabra suya
Me salvo, » decia el juez.
Y oraba el buen religioso
Por él fervorosamente,
Y él murmuraba impaciente
Una maldicion tal vez.

Al fin abrióse la puerta
Y entró por ella embozado
Un hombre pálido, armado
De una espada y un baston;
Sobre cuya negra ropa,
De seda á un cordon asido,
De su cuello suspendido
Brillar se via un toison.

Tendió por el aposento
Rapidísima mirada
Este hombre desde la entrada,
Y con perezoso pié
Llegó al lecho de Ronquillo
Mientras el buen religioso
Acercóle respetuoso
Blando sitial y se fué.

Sentóse á la cabecera
Del juez el recien llegado,
Y con aliento apagado,
De este modo el juez le habló.
A cuyas voces el otro
Sus razones esponiendo,
Preguntando y respondiendo
Diálogo tal se entabló:

El Juez. Ya, príncipe y señor mio,
Cercana mi muerte siento,
Pero no es mi sentimiento
Mayor el verme morir;
No es dejar mi casa y gente
Sobre la tierra olvidada,
Cuando por vos amparada
Sé, señor, que ha de vivir.

Solo una cosa quisiera,
¡Oh gran señor! demandaros,
Y por cuanto hay conjuraros
Para obtenerla de vos.
El Rey. Sabes, Ronquillo, que siempre
Tu amigo mejor he sido,
Y sé cuan bien me has servido;
¡Prémiete en la gloria Dios!

Cuanto por ello me pidas
Mi amistad te lo dispensa,
Con tal que no sea ofensa
Del Señor; concluye pues.
Ronquillo. Es una bondad que aguardo
De tan magnánimo pecho.
El Rey. Ronquillo, dalo por hecho,
Mas acaba, dí lo que es.

Ronquillo. Oidme, señor; yo espiro
Aunque pecador, en calma:
Solo me atormenta el alma
Un peso que solo vos
Podeis quitarme: la muerte
Del obispo de Zamora.
La muchedumbre traidora
No temo, que le fué en pos.

No, aquella chusma rebelde
Murió á las leyes conforme,
Yo dí á vuestro padre informe
De cuantas sentencias dí:

Mas la de Acuña me aflige,
Librarme de ella deseo
Que por todas partes veo
Aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo,
De mi conciencia en descargo
Quisiérais tomarla á cargo,
De vuestro padre en lugar,
Yo descansado muriera:
Porque vuestro padre al cabo
Mandó á Padilla y á Bravo
Y á los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
Su ley imperial cumplia,
Pues probé su rebeldía
Y le sentencié por tal.

Y así diciendo el alcalde
Que alentaba con trabajo,
Miró al Rey, que cabizbajo
Meditaba en su sitial.

¡Miseria humana! aquel hombre
Que por su ciencia y sus leyes
Aconsejaba á los Reyes
Y se aconsejaban de él,
Supersticioso y fanático
Quiso á otro hacer responsable
De lo que él solo culpable
Obró, sin culpa de aquel.

Mas vió con gran desconsuelo
Que allí, en la ocasion mas crítica
Le abandonó su política
Que aun con Dios quiso emplear:
Porque el Rey, muy compungido
De no complacerle en esto,
Le dijo con grave gesto
Y voz tierna de escuchar:

—«Hijo mio: tú no puedes
Concebir el sentimiento
Que tengo en este momento
Por no poderte servir.
Mas si tomase á mi cargo
Lo que mi padre pecara,
Dios me lo echaria en cara,
Y ¿qué le iba yo á decir?

Responderle no podria
De lo que yo no supiera,
Y Dios condener me hiciera
En vuestro lugar á mí.
Harto hará cada nacido
En responder de lo suyo,
Carga tú pues con lo tuyo,
Y hable mi padre por sí,

Que si sus órdenes régias
Como te las dió cumpliste,
Tu deber, Ronquillo, hiciste,
Y no hay porque recelar.
Mas si á tu interés miraste,
Sus órdenes escediendo,
Que injusto es por ello entiendo
Al Emperador culpar.»

Y así diciendo con calma
Al alcalde moribundo,
Salió Felipe Segundo
De allí con rápido pié.
Y era este alcalde sin duda
Hombre de grande importancia,
Cuando hasta su misma estancia
Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento
Y desque oyó tal respuesta,
Fué la inquietud manifiesta
Del desconsolado juez:
Y á su confesor llamando
Para acallar su conciencia,
Acudió á la penitencia
Humillando su altivez.

Al fin con señales santas,
Y cristianos pensamientos,
Recibió los sacramentos,
Nombró heredero, y murió.
Y con suntuoso aparato
Y gran pompa se asegura
Que le dieron sepultura
Bajo un altar que él dotó.

Y á ver su tumba de mármol
En labores esquisita
Y la riqueza inaudita
Del recamado tapiz
Con que colgaron la iglesia
Desde el suelo á la techumbre,
En espesa muchedumbre
Acudió Valladolid.

III.

Era la noche del siguiente dia
En que murió Ronquillo,
El túmulo en la iglesia todavía
Se alzaba, aunque entre mármoles yacía
Su cuerpo ya, y sus honras encargadas
A los severos padres franciscanos
Estaban con gran pompa preparadas.
Del mismo Rey por cuenta
Celebrarse debian
Y sin duda serian
Magnífica funcion, cosa opulenta.
Pues era justo que quien tanto ruido

En el mundo mortal metió viviendo
A la mansion bajase del olvido
Con pompa, con escándalo y estruendo.
Y un monje reverendo,
De edad provecta y elocuencia suma,
La fúnebre oracion tomó á su cargo,
En que saliera voluntad poniendo
Obra maestra de su docta pluma.
Tomó pues en la obscura biblioteca
Ancho sillon de suspendido cuero,
Mesa espaciosa con papel no escaso,
Volúmenes traidos para el caso
Péñola blanda, y colosal tintero.
Ojeó á san Agustin y á san Crisóstomo,
Y trajo á su memoria
De sagrada oratoria
Cien sublimes y clásicos modelos,
No sin costarle las ideas santas
Dentelladas de uñas unas cuantas,
Y alguno que otro refregon de pelos.
Y así á veces el techo contemplando,
Leyendo á veces lo que estaba escrito
Con voz tan alta que rayaba en grito
Y períodos á veces murmurando;
Y en el hondo sillon arrellanándose
Unas borrando y otras añadiendo,
El bendito sermon iba saliendo
Y ya el buen fraile el parabien se daba,
Notando que al epílogo llegaba,
Repasando renglones por renglones,
Descuidados conceptos y oraciones,
Limando sus períodos inconcusos,
Mezquinos ó confusos;
Cuando dió de repente en sus oidos
Tremendo son de silbos y cadenas,
Y horroroso concierto de alaridos
Que la sangre de horror heló en sus venas.
Huyósele la pluma de las manos,
Borrósele el sermon de ante la vista
Al son de aquellos gritos sobrehumanos
Y aquella serenata no prevista.
Los ojos con pavor clavó en la puerta,
Trémulo el corazon, roto el aliento
En la boca entreabierta,
Sin fé esperando su postrer momento.
Y entre tanto el estrépito crecia
Y mas á cada punto se acercaba
Y mas horrendo cada vez se hacia
Y cada vez mas próximo sonaba.
Ya semejaba del airado trueno
El repentino y cóncavo estampido;
Ya de desolacion intima lleno,
Largo, medroso y lúgubre gemido;
Ya por el ronco vendabal sin freno
Ancho y voraz incendio sacudido,
Y ya el fragor de la borrasca fiera
Con que la mar retumba en la ribera,
Giró la puerta al fin sobre sus gonces
Y dió paso su hueco á un enlutado
Que entró sin ceremonia y escoltado
Por multitud de incógnitas figuras
Fantásticas y feas,
A cuyas repugnantes cataduras
Daban color sus azufradas teas.
Quedóse el pobre fraile anonadado,
Y encomendando á Dios el alma imbécil,
Ante la negra aparicion postrado
Cayó humilde de hinojos,
Lleno de miedo el corazon menguado
Y de cobardes lágrimas los ojos.
Y el incógnito, viendo tal postura,
Díjole con voz dura:
«No dobles insensato la rodilla
» Al mas ínfimo ser que alienta y sufre
» Y ante la cruz de tu sayal se humilla.
» Levanta, miserable, de la tierra
» Y guia á la capilla
» Do yace el cuerpo del maldito alcalde,
» Que para tu sermon lo que allí veas
» No te será por Dios párrafo en valde.»
En vano el monge conjurar quisiera
La aparicion con la palabra santa
De oracion eficaz, inútil era
Su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
Pudo el triste arrancar de su garganta.
Trémulo y cabizbajo echó delante
De la turba infernal que silenciosa
Caminaba tras él poco distante,
Hasta dar en la iglesia tenebrosa.
Por bajo de sus arcos ogivales
Pasaron lentamente en dos hileras
Aquellas cien fantasmas infernales,
Sin que en el templo cóncavo crujiesen
Sus misteriosas huellas,
Sin que sus sombras proyectar se viesen
Sobre los muros, desprendidas de ellas.
La luz iluminaba
Sus contornos tal vez, mas su figura
No oponia á la luz compacta obscura
Su masa corporal: la luz en torno
No se extendia no de su contorno,
Que el reflejo su cuerpo traspasaba.
Vacilaba su forma à cada paso
Como se ve variar la de un objeto
Cercado de agua y á través de un vaso,
Y parecia que era solamente
Cada figura un árido esqueleto
Que con cuerpo aparente
Su desnudez disimular queria
Mas dar con la apariencia no podia.
Así llegaron del alcalde muerto
A la tumba ostentosa,
Do escribieron en vano: «Aquí reposa.»
Pues tomando al morir un rumbo incierto,
De la horrorosa duda

Entró su alma inmortal en el desierto.
Cercó la turba el féretro, y la losa,
De su gefe á la voz dócil girando,
De Ronquillo mostró la pavorosa
Figura ; á cuya vista el negro bando
De espíritus que el féretro cercaba
Rugió iracundo al contemplar su presa,
Cual de la suya en torno en noche oscura
De cuervos roncos la bandada espesa.
El enlutado entonces, que mostraba
Autoridad entre ellos, la voz fiera
Alzó en un pergamino que llevaba,
Leyendo en torva voz de esta manera :
« Mirando los pecados infinitos
» Con que manchó su vida y su conciencia
» El alma de este juez, y sus delitos
» No mereciendo de su Dios clemencia,
» Y en la balanza igual de su justicia
» Pesando mucho mas que su inocencia
» La venganza, el orgullo y la avaricia,
» Al cuerpo infame el Hacedor sentencia
» Con el alma á sufrir males eternos
» Por una eternidad en los infiernos. »
Y á estas palabras la infernal caterva,
Del vil cadáver con furor asiendo,
Iba á ensayar en él venganza acerba
Con ira horrible y tronador estruendo,
Cuando á la voz de Satanás cediendo
El tumulto feroz, el triste monge
Que el juicio eterno á su pesar veía
Desta manera oyó que le decia :
« Refiere tú en el púlpito mañana
» Lo que has visto esta noche, y quien osare
» Dudar de esta justicia soberana
» Que en este muro nuestra huella vea
» Y ante esta marca se horrorice y crea. »

Y así diciendo con su negra mano
En la pared trazó círculo obscuro
Y un fuego roedor en polvo vano
Trocó la piedra del macizo muro.
Y soplando despues en la pavesa,
Por el ancho y mefítico agujero
Huyeron los fantasmas con su presa,
Huella indeleble su espantoso bando
En el tostado boqueron dejando.

Quedó aterrado el santo religioso
Al pié de la vacía sepultura,
Mirando por el aire nebuloso
Veloz huir la aparicion impura;
Hasta que al cabo de terror transido
Desfalleció sin voluntad ni aliento
Y cayó sin sentido
Al desgarrarse airado el firmamento
De un trueno con el cóncavo estampido.

Brotó la tempestad : rompió el nublado
Su henchido vientre, y con fragor crujieron
El rayo de las nubes desatado
Y el granizo con furia desgajado
Que el paso audaz del huracan siguieron.
Al iracundo estrépito inaudito
Estremecióse lo ciudad dormida,
Tal vez creyendo que la humana vida
Tocaba con su término prescrito :
Y al desórden innoto
Que vió desbaratar los elementos
Tembló el malvado y se humilló el devoto,
Vueltos á Dios sus torpes pensamientos.
Y diz que al otro dia
Todo Valladolid se despoblaba
Y la tumbia vacía
A contemplar venia,
Y viendo el boqueron se santiguaba;
Porque en su Dios la multitud creia
Y á sus Dios adoraba...
¡ No era cual hoy la multitud impía !

—

Perdona, ¡ oh buen lector, si en un esceso
De humor fatal con tan oscura tinta
Pude contarte tan atroz suceso;
No siempre alegre nuestra pluma pinta
De ciego amor el voluptuoso halago,
El bullicio del circo y los festines,
De blancos sueños el tumulto vago
Y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazon respira,
Placer, y delicioso arrobamiento,
Ni siempre suena en mi cansada lira
Del placer y el amor el grato acento.
Tal es la tradicion : así la cuenta
El pueblo por do quier, y así la escribo;
Si como está, lector, te descontenta,
Tu juicio al fin con humildad recibo.
Y en fé de que te escucho y te respeto
Relacion esmerada y esquisita
A la vuelta de esta hoja te prometo;
Desagráviete pues mi FAVORITA.

LEYENDA SESTA.

—

LAS PILDORAS DE SALOMON,

CUENTO.

—

Vivia en cierto lugar
De la Estremadura un juez,
De ir llegando á la vejez
Con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
De gran nariz, buen color,

Formidable bebedor...
Hombre en fin de mucho seso,

Hombre á quien nunca ablandaron
Las desventuras mayores,
Ni las palabras mejores
Crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida
Que por los dedos contaba,
Pero que no equivocaba
Número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
Que tendió con gran pericia
La izquierda á la justicia
Y la derecha al dinero.

Y así solia decir:
«El que dinero no tenga
»Que no litigue, ni venga
»Justicia mia á pedir.

»Porque si hacerla es mi oficio,
»No he de ser tan majadero
»Que no sea yo el primero
»Que goce su beneficio.»

Y con este parecer
Y con tan sana opinion
Era el oro su razon,
Su porvenir el placer.

Vivir bien era su afan,
Vivir y gozar sin tasa,
De modo que era en su casa
No el señor, sino el sultan.

No se escaseaba delicias,
Ni se negaba placeres,
Y su mesa y sus mugeres,
Fruto eran de sus justicias.

Egoista hasta lo sumo,
Voraz por naturaleza,
Y de una rancia nobleza
Embriagado con el humo,

Era este juez (sin rodeos)
Un ricote de lugar
Que nunca pensó en tasar
Su ambicion, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
Con sus propias opiniones
Como asido á los doblones
Que le sudaba el juzgado,

Jamás pensó en su egoismo
Que mirar por los demás
Debia, ni vió jamás
A nadie como á sí mismo.

Jamás su opípara mesa
Parásitos asaltaron,
Ni sus sentencias fallaron
Sino en razon de la presa.

Con mas razon litigaba
Quien mas ofrenda esponia,
Y mejor causa tenia
Quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
Este golilla estremeño,
Que alcanzaba mucho empeño
En la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxilia
Por su gran privanza en ella
Una negocianta bella
Allegada á su familia.

Mas es tan frágil, tan vana
La felicidad terrena
Que toda nos la envenena
La desazon mas liviana.

Gozaba este juez sin tino
Sin mas bien, ni porvenir,
Dejándose en brazos ir
De su pródigo destino.

Mas habia un pensamiento
En su cabeza empotrado
Que le tenia agobiado,
Desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
La vida mortal duraba
Era cosa con que andaba
El buen estremeño loco.

Pensar que al fin era ley
Imposible de evitar
La existencia abandonar
Lo mismo el patan que el Rey,

Y pensar que un grosero
Sayal áspero enterrado,
Habia de ser pateado
Por algun sepulturero,

Era un pensamiento cruel
Que afanado le traia,
Y apechugar no podia
El estremeño con él.

Continuamente al espejo
El semblante se miraba,

Sobre la edad que mostraba
Demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
No hubiese blanco ninguno,
Arrancaba uno por uno
Cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara
De vivir un año mas,
Aun del mismo Satanás
Las propuestas escuchara.

Consiguiente á esta manía
De tropezar con manera
Para hacer mas duradera
La vida mortal, tenia

Con solo un hombre amistad,
Y esta amistad era un médico,
Cronicon enciclopédico
De su oscura facultad.

Amigo de las botellas
Como el golilla, testigo
De sus proezas, y amigo
Por demás de las doncellas,

Era el único mortal
Que osaba delante de él
Representar su papel
Sin que él lo llevase á mal.

Él era quien de las multas
Cargaba con el producto
Por el seguro conducto
De sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
Y acertadas opiniones
Gastaba el juez sus doblones
Para no llegar á viejo.

Y así la melancolía
De la vida iban matando,
En la noche prolongando
Las bacanales del dia.

Y así contentos los dos,
Aunque con diversos fines,
Con récipes y festines
Iban del placer en pos.

El médico, del golilla
Imperturbable verdugo,
Iba sacándole el jugo
Del juzgado á maravilla.

E iba creyéndose el juez
Que con remedios tamaños
Iba alargando los años
Y esquivando la vejez.

—

Es una noche de marzo
Turbia por demás y lóbrega,
En que con ira los vientos
Desencadenados soplan.
Desiertas están las calles
De Medellin, y en la sombra
Todo solitario yace,
Todo tranquilo reposa,
Solo el silencio interrumpe
La voz destemplada y bronca
Del ábrego que se estrella
Contra las murallas sólidas
Y el ágrio son con que giran
En las ahujas mohosas
Las veletas al impulso
De las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
La media noche muy próxima,
Cuando en la casa postrera
De una callejuela angosta,
Se oyeron voces confusas
De diferentes personas
Que del portal se acercaban
Por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
Por entre las tablas rotas,
Giró la llave y salieron
Cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
Encendida una farola
Con que alumbraba los pasos
De otro que á distancia corta
Le seguia y los demás
Daban á este último escolta
Embozados en sus capas
Y asidos á sus tizonas.
Cruzaban así á buen paso
Las calles una tras otra
Y ya tocaban al término
De su marcha silenciosa,
Cuando al salir á una plaza
Dieron de manos á boca
Con la figura de un hombre
Que la cruzaba á deshora.
Su aventajada estatura,
Serena y magestuosa,
Su tez y su barba negra
Y el traje con que se adorna
Su oriental orígen pronto
Y á claras voces pregonan.
Mas no era de Medellin
La gente en trajes muy docta
Y así se quedó un momento
Ante esta vision atónita.

« ¿Quién va? dijéronle.
— Un hombre.
— ¡Buena razon!
— No tengo otra.
— ¿Vuestro nombre?
— Es un secreto
Que á mí tan solo me importa.
— ¿De dónde venís?
— Del mundo.
— ¿Dónde vais?
— Dónde me arroja
El impulso á que obedezco.
Mi rumbo es la tierra toda.
Por ella camino siempre
Sin consultar mi derrota.
Donde amanece principia,
Donde anochece se corta,
É igualmente me cobijo
En la corte que en la choza. »
Quedó el juez meditabundo,
Y con sus miradas torvas
Tomando del estrangero
Las señas mas minuciosas.
Y al fin como quien sospecha
Idéntica la persona
Con las señales que tiene,
Repuso con voz de mofa:
« Venios, señor viajero,
A la cárcel por ahora,
Y aclararemos mañana
Respuestas tan misteriosas.
— Solo la verdad he dicho
Y no añadiré otra cosa.
— Mañana habeis de contarme
Sin rebozo vuestra historia,
Y si me engaño ireis libre,
Si sois quien busco á la horca. »
A esta amenaza el incógnito
Con sonrisa melancólica
Dijo: « ¡Si fuera posible
Esa promesa engañosa!
— Ya lo veremos mañana.
— Mañana, ¡ay! saldrá la aurora
Y á otros lugares la brisa
Me arrebatará imperiosa.
— Eso será lo que sea
Vuestra merced.
— En buen hora.
— Ea, asidle y registrarle,
Y prevenir que no esconda
Papel ni objeto que aclare,
Su relacion sospechosa. »

—

De la mañana siguiente
Rayaba la aurora apenas,
Y ya el juez de Medellin,
Asentado ante su mesa,
Con ojos devoradores
Registraba una cartera,
Que en su pupitre tenia
Cuidadosamente puesta.
Era un libro de memorias,
Mas de tan antigua fecha
Que ya de usarlas andaban
Todas sus hojas revueltas.
Veíase que añadido
Estaba en distintas épocas,
Segun el papel menguaba
Y crecia la materia.
Y era indudable que el dueño
Conocia muchas tierras,
Muchas distintas costumbres
Y muchas gentes diversas.
Porque en sus hojas se hallaban
Corolarios y advertencias
De los sucesos mas célebres
Que en las historias se cuentan.
En seis hojas de papiro
Escrita en latinas letras,
Estaba de Marco Antonio
Toda la historia secreta,
Su amor hácia Cleopatra,
Las lágrimas de la bella,
Su fuga de los Romanos
Y su muerte lastimera.
Mas adelante unas notas,
De oscuras cifras hebreas,
Con una imágen de Cristo,
Obra de mano maestra.
Leíase en una parte:
« Y oí de su boca mesma
Decir esto á Constantino
De su madre santa Elena. »
En otra parte decia:
« Copia de las cifras negras
Con que escribió en una gruta
David su salmo cincuenta.
Hízomelas ver su hijo
Cuando visitó esta cueva
Donde iba el Rey pecador
A cumplir sus penitencias. »
Y eran unos caractéres
Inteligibles apenas.
Leíase en otra hoja:
« En mil trescientos setenta
De Don Pedro de Castilla,
En Burgos ví las exequias. »
En otra parte una página
De preguntas y respuestas,
De el Rey Luis Once de Francia
Y el dueño de la cartera.
Aquí variaba el papel,
Y con pluma mas moderna
La escritura ejecutada
Leíase toda entera.

Habia allí muchas firmas
De persona de gran cuenta,
De Luis Catorce de Francia,
De Ricardo de Inglaterra,
Del emperador Don Cárlos
De Alemania, y en pos de esta
La del cardenal Cisneros
Y Cárlos Doce de Suecia.
Parecia que aquel hombre
Sabia todas las lenguas,
Pues notas tenia escritas
De su mano en todas ellas.
Y era muy sábio sin duda,
Pues las artes y las ciencias
Igualmente sometia
A su crítica severa.
Pasaba el juez muchas hojas
Que probablemente eran
Aquellas que no alcanzaba
Su mezquina insuficiencia.
Pero con ansia indecible
Se apoderaba de aquellas
Que escritas en castellano
Suministrábanle ideas.
Sobre todo ávidamente
Devoraba las postreras,
Que estaban la mayor parte
De historias y versos llenas.
Muchas habia de insignes
Desconocidos poetas,
De quien por mas que valieron
Huyó la fortuna adversa.
Mas siempre del juez dejaba
La imaginacion incierta
Cuanto en las hojas leía
De la confusa cartera,
Porque, esparcidos á trozos
En desordenadas piezas
Sus misteriosos fragmentos,
Decian de esta manera:

PRIMER FRAGMENTO.

Jamás me pararé: siempre á mis ojos
Se estiende y á mis piés algun camino.
Por breñas, por pantanos, por abrojos
Sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
Mas que miseria, ingratitud y dolo,
He sentido tal vez duelo profundo
Por falta de un hermano vagabundo
Con quien girar... pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
Esa órgia que llaman mundo,
Al plomo apellidan plata
Y madre á la tierra ingrata
Y hermosura al cieno inmundo.

Y si es que brilla en el cielo
Tan magnífico farol,
Es porque, en vez de consuelo,
Reverberando en el suelo
Los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO.

El mundo dijo á la hermosa:
« Puro tu honor guardarás. »
La hermosa dijo: « Soy débil. »
Y entonces la sociedad
Encerró el honor en claustros,
Y dorando su desman
Delante de los cerrojos,
Alzó traidora un altar.
¿Qué debes, muger, al mundo?
Guardó tu honor, bien está,
Pero por darte la honra
Te robó la libertad.
Ciñó á tu cuello una toca
Que fué para tí un dogal,
Que en vez de ahogar tus pasiones
Te las hizo acariciar.
Puso á tus puertas un templo,
Un muro entre la ciudad,
Celosías en las rejas,
Locutorios para hablar:
Y tú en tu largo abandono,
Con descuído criminal,
Profanaste el santo templo,
El muro pasaste audaz.
El mundo á las celosías
Te sentaste á contemplar,
Y abriste apenada tornos
Que al mundo van á llevar
En primorosos juguetes
Los suspiros de tu afan.

TERCER FRAGMENTO.

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la region azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del zenit suspendiendo su tenebroso tul?

¿Qué instinto las arrastra? ¿qué esencia las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
Sus cóncavas llanuras que sin lumbrera están?

¡Cuál rápidas se agolpan! cual ruedan y se ensanchan
Y al firmamento trepan en lóbrego monton,
Y el puro azul alegre del firmamento manchan
Sus misteriosos grupos en torva confusion!

Resbalan lentamente por cima de los montes,
Avanzan en silencio sobre el rujiente mar,
Los huecos oscurecen de entrambos horizontes,
El orbe en las tinieblas bajo ellas va á quedar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las estrellas:
Su claridad escasa la inmensidad sorbió;
Ya reinan solamente por los espacios ellas,
Do quier se ven tinieblas, mas firmamento no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle
De tenebroso velo que le embozó detrás,
Que cuanto mas los ojos se empeñan en buscarle,
Se esconde el firmamento de nuestros ojos mas.

¡Las nubes solamente! —¡Las nubes se acrecientan
Sobre el dormido mundo! —¡Las nubes por do quier!
A cada instante que huye la lobreguez aumentan,
Y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos
Al brillo de un relámpago que aumenta la ilusion,
Ya de volcanes ciento los inflamados hornos,
Ya de movibles mónstruos alígero escuadron.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
Las desiguales copas y el campo desigual,
Ya informes pelotones de objetos peregrinos
Que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿qué espíritu las guia?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz
Cuando retumba el trueno y cuando va bravía
Rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas á visitar los mundos
El Hacedor supremo del universo va,
Y envuelto en sus vapores sus senos mas profundos
Estudia y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
Con impotente saña caminará Luzbel,
Y porque allí cegarle su resplandor no pueda
Agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
Que circundó la cumbre del alto Sinaí,
En tanto que el ardiente misterio impenetrable
Que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma
En inflamadas fuentes la cólera de Dios,
Acaso sea alguna la que en los mares toma
Las aguas de un diluvio que la acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! la noche azul serena
Me dice desde lejos: «Tu Dios se esconde allí.»
Pero lo noche oscura, la de nublados llena,
Me dice mas pujante: «Tu Dios se acerca a tí.»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto
En esa ardiente nube con que ceñido estás;
El resplandor conozco de tu semblante santo
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores
Detrás de esos nublados que vogan en tropel;
Conozco en esos grupos de lóbregos vapores
Los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas
Del repentino trueno en el crugiente son,
Las chispas de tu carro conozco en las centellas,
Tu aliento en el rugido del rápido Aquilon.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia
Mas que una arista seca que el aire va á romper?
Tus ojos son el dia; tu soplo es la existencia:
Tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazon te adora:
Mi espíritu de hinojos ante tus piés está;
Pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora
Los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al harpa del poeta,
Si á mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
Mi corazon henchido del fuego del profeta
Cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera mas dulce que el ruido de las hojas
Mecidas por las auras del oloroso abril,
Mas grata que del Fénix las últimas congojas,
Y mas que los gorgeos del ruiseñor gentil.

Mas grave y magestuosa que el eco del torrente
Que cruza del desierto la inmensa soledad,
Mas grande y mas solemne que sobre el mar hirviente.
El ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Mas ay! que solo puedo postrarme con mi lira
Delante de esas nubes con que ceñido estás,
Porque mi acento débil en mi garganta espira
Cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
A aunque mi vista impura tu aparicion no vé,
Mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos
Te adora en esas nubes mi solitaria fé.

IV.

Cuando sentí de tus ojos
Las miradas sobre mí,
Humildemente de hinojos
Ante tus plantas caí.
Señor, tu soplo me impele,
Tu voz me sigue detrás,
No hay nadie que me consuele
Ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
Cada noche ¡ay de mí! que oscura cierra,
Imagino que es mi última en la tierra,
Mas con el nuevo sol siempre amanezco.

—

Aquí perdió los estribos
El buen juez, y empezó á dar
Furiosos campanillazos,
Con desatinado afan.
«¡Jesus mil veces! decia,
Si no lo comprendo mal,
Este hombre ha vivido siglos
Sin envejecer jamás.
Ya dí con lo que buscaba.
¡Voto va Dios! aquí está,
Este hombre tiene un secreto
Con que obra prodigio tal,
Y como instantes los años
Dulcemente se le van.
De qué modo se compone
Para hacerlo me dirá,
O por quien soy que esta noche
Con Lucifer va á cenar.
¡Lo hemos de ver á fé mia!
¡Lorenzo! Justo! Damian!
—¡Señor!
— El preso de anoche
Idme corriendo á buscar,
Y á mi presencia traedle
En diez minutos lo mas.»

Hízose así, y tan á tiempo
Que, este plazo al espirar,
Con el estrangero á solas
El juez se encontraba ya.

—

El Juez. De este lugar no salís
Mientras no sepa de vos
Vuestra edad, pátria y oficio,
Qué buscais aquí y quién sois.
Responded pues francamente.
El Estrangero. Ya os dije anoche, señor,
Que es un misterio mi nombre
Que á no descubrirle yo
No hay quien le alcance en la tierra
Ninguna interpretacion.
Yo voy sin fin caminando
De la tierra enderredor,
Sin poder elegir sitio
En que fijar mi mansion.
Llego á poblado de noche,
Descanso hasta el nuevo sol,
Pero al despuntar el alba
«¡Marcha!» me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre,
Su capricho ó su temor
Torcer intentan el rumbo
Que el cielo me señaló.
En vano, á necias sospechas
Abriendo su corazon,
En un lugar como espía,
En otros como traidor,
Asegura mi persona
En una oscura prision,
Y ata mis piés fatigados
En un potro infamador.
Yo sé á la nueva aurora
Volveré á oir esa voz
Que siempre me grita «¡Marcha!»
Y á cuyo mandato voy.
Y entonces todo es inútil,
El torbellino veloz
De mi destino á otra parte
Me arrastra sin compasion.
Este es mi oficio y mi suerte;
Mi ser es este, señor.
No pretendais saber mas
De lo que os digo.

El Juez. ¡Eso no!
En vano inventa tu lengua
Tan insensata ficcion;
Pese á ese fatal destino
Que dices llevarte en pos,
Si á mis preguntas te niegas,
Tu fin verdadero es hoy.
El Estrangero. Las amenazas no pueden
Torcer mi resolucion;
Mas ya que es tanto el antojo,
Preguntad.
El Juez. ¿De dónde sois?
El Estrangero. De Jerusalen.
El Juez. ¿Qué años
Contais?
El Estrangero. Veinte y dos
Siglos lo menos.
El Juez. ¡Es cierto
Lo que decís! con que vos
Que contais veinte y dos siglos...
Mas me falta la razon.
¡Hablad, hablad, esplicadme
Ese misterio por Dios!
Yo he visto en esa cartera
Que habeis llorado el dolor
De caminar siempre solo
Estraño á toda aficion.
Pues bien, del secreto hacedme
Partícipe, y por mi honor
Os juro que desde ahora
Vuestro compañero soy.
El Estrangero. ¡Oh delirais! mas oidme
Toda mi historia, señor.
Yo he sido el mejor amigo
Del sábio rey Salomon
(Y al escuchar esto el juez
Dos pasos retrocedió,
Y así siguió el estrangero
Sin notar su conmocion),
Cuando aquel rey descarriándose
A los vicios se lanzó,
Y vió de su muerte cierta
El gesto amedrentador,
Me dijo: «Ahasuero, en prueba
» De que aun en mi corazon
» Vive tu amistad ilesa,
» A hacerte una ofrenda voy.
» Mezcla lo que ves escrito
» En esa tablilla, pon
» Esa receta por obra
» Y vivirás mas que yo.
» Eso ha alcanzado mi ciencia,
» Mas con la cruel condicion,
» De que ha de gozar otro hombre
» Su beneficio, y yo no.
» Tú solo no has olvidado
» A tu rey: toma, y á Dios.»
A estas palabras el alma
Entre mil congojas dió.
Mirad, con esta receta
Hice yo la confeccion
De estas píldoras que llevo
En esta caja: y con dos
Que tomo cada cien años
Otros cien años me doy.
Oid sin interrumpirme,
Que hay poco tiempo, señor;
Yo ¡necio! con mi secreto
Volvíme duro, feroz,
Híceme en fin un malvado
De perversa condicion.
Vivia en Jerusalen
Al morir el Redentor,
Y al conducirle al suplicio
En que la vida nos dió,
Lleváronle por delante
De mi casa, y al rumor
De los gritos y el tumulto
Del pueblo, salí al balcon.
Tendióme Jesus las manos,
Pidiéndome por favor
Un vaso de agua, y un punto
De reposo y detencion.
«Marcha (le dije inhumano
» Y con ademan feroz),
» Vé sin descansar al sitio
» Que la ley te señaló.»
Entonces él con voz mansa,
Mas que me heló el corazon,
Me dijo: «Tú tambien, bárbaro,
» Andarás en derredor
» De tu sepulcro girando
» Sin descanso ni mansion.»
Yo soy el Judío errante,
Esta es mi historia, señor:
Estas píldoras me alargan
La vida, y con ellas Dios
Rejuvenecer me ordena,
Y rejuvenezco y voy.

—

Aquí el juez de Medellin,
Tras grave meditacion,
Ante el Judío de hinojos
De repente se postró,
Y así llorando le dijo:
«Dadme una corta porcion
De esas píldoras, y os juro
Caminar siempre con vos.
Yo nada tengo que daros
Mas que mi amistad, mi amor...
Dadme cien años de vida...
Y...
— Callad, misero!
— No,
No partireis sin que logre...

— Pues bien, tomad esas dos,
Y si os vale su asombroso
Poder regenerador,
Cien años os doy de vida
Para que alabeis á Dios. »

—

En esto se oyó en los aires
Tronar la gigante voz
Que dijo al Judío : « Marcha! »
Y al punto mismo partió.

—

Cuando el golilla á sus solas
Se encontró ya en su aposento,
Turbósele el pensamiento
Con una idea fatal.
« ¿ Si habrá atentado á mi vida
Dijo, con tal vil engaño ?
¿ Si invencion suya en mi daño
Será esta trama infernal ? »

Y absorto en tan triste idea,
Sombrio y meditabundo,
Quedó en silencio profundo
Y en profunda distraccion,
A su oscura incertidumbre
Solucion buscando en vano,
Las píldoras en la mano,
Y el miedo en el corazon.

Decíase allá en su mente :
« ¡ Si yo algun medio alcanzara
Que alguna luz arrojara
Sobre la oscura verdad!
¡ Oh si cien años de vida
Me asegurara el comellas !...
¿ Mas si las trago y con ellas
Me voy á la eternidad ?

» ¿ Diréle al médico ?... nunca.
Si la lengua no me muerdo,
Por Dios que el hombre no es lerdo
Y se las sopla por mí!
¿ Iré al confesor ?... tampoco.
Dirá que es cosa de hechizo
Y acaso algun bebedizo
Hará de ellas para sí.

» ¿ Qué hacer, Santo Dios ? tomarlas
Puede salir cara fiesta,
Mas necedad manifiesta
No tomarlas puede ser.
¡ Si las tomo y torno á jóven !...
¿ Mas si las tomo y estallo ?
Probable á la par lo hallo.
¡ Válgame el diablo que hacer ! »

Y en duda tal se pasaba
Un dia tras otro dia,
Y nunca se decidia
Por ningun partido el juez.
En contemplar á sus solas
Sus píldoras se ocupaba,
Y del cajon las sacaba
Y las guardaba otra vez.

Al fin, tras largas vigilias,
Dijo una vez decidido :
« Mas vale mal conocido
» Que dicha por conocer.
» Iré pasando la vida
» Como hasta aquí la he pasado,
» Y si obro como un menguado,
» ¡ Qué diablos ! ¿ Como ha de ser ?

» Pero, con una esperiencia
» Quisiera al fin convencerme...
» ¡ Con el médico que duerme
» Todavía ! ¡ ea, valor!
» Está en su casa; no hay otro
» Diez leguas á la redonda,
» Cuando el efecto responda
» Sea en contra ó en favor,

» Nadie dará con la causa.
» ¡ Bah ! salga lo que saliere
» Allá voy. — Y si se muere
» Vaya por los que él mató. »
Y en una copa de leche,
Que junto al lecho vió llena
El juez con mano serena
Las dos píldoras echó.

Fuése tras esto el suceso
A esperar solo á su casa :
Cada instante que se pasa
Es todo un siglo de afan.
A cada paso que siente
Por la torcida escalera,
Cree que la noticia fiera
De su muerte á darle van.

Al fin despues de tres horas
De afanosa espectativa,
Llegó mas muerta que viva
Del médico la muger,
Con mil suspiros contándole
Que en su aposento tendido
Está su pobre marido
Muy próximo á fenecer.

Turbóse el juez á estas nuevas,
Mas cauto disimulando,
Con la muger razonando,
Parte á su casa veloz;
Y al llegar al aposento
Que el terrible arcano encierra,
Encontró al médico en tierra,
Sin movimiento ni voz.

Cárdeno el rostro, morado,
Los lábios frios, y lleno
De manchas que del veneno
Señal evidente son,
Estaba ya el miserable,
Pero vivo todavía
Débilmente le latia
Oprimido el corazon.

Lloraba á voces la esposa
Y el juez que no se apartaba
Del médico, contemplaba
Los progresos de su mal!
Y cuanto mas le miraba,
Mas y mas se convencia
De que hacerse no podia
Mas por él que un funeral.

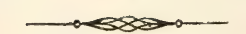
Y á media noche el golilla,
Convencido firmemente
De que á la aurora siguiente
Sería cadáver ya,
Volvió á su casa diciendo
Consigo mismo: «¿Eh? ¡ya escampa!
» Si llego á dar en la trampa,
» Me largo por donde él vá.»

CONCLUSION.

Despues de una larga noche
De congoja y desazon,
Que en lucha consigo mismo
El juez criminal pasó,
Rindióse por fin en brazos
De sueño reparador
Aunque acosado á las veces
Por fatigosa vision.
Ya vía espirar al médico,
Cuya moribunda voz
Decia: *Ese es mi asesino*,
Ese, *ese es quien me mató.*
Ya le veía á deshora,
Fantasma amenazador,
Embozado en el sudario,
Entrar por algun balcon.
Ya cercado se creia
De los hijos que dejó,
De la muger y los deudos
Que le venian en pos
El sustento demandándole
De que con él les privó,
Cuya fatal pesadilla
Le oprimia el corazon.
Al medio de su carrera
Llegaba el siguiente sol
Cuando á unas desaforadas
Voces el juez despertó.
Furiosos golpes se oian
En su misma habitacion
A la puerta de su cuarto
Redoblando con furor.
«¿Quién es?» dijo, y respondieron
De fuera: «Abrid, que soy yo.»
Hincóse el juez de rodillas,
Traspasado de pavor,
Y con angustia horrorosa
Cuantos santos recordó
Empezó á llamar á voces
En balbuciente oracion.
El médico era en persona
Que no era de otro la voz.
«Voto á mil diablos, decia,
¿Quereis abrir ó me voy?
—Vuelve, enemiga fantasma,
Decia el juez, vuelve á Dios,
Yo haré por tí penitencia.
—Pero, hombre, por san Zenon,
Haced cuanta os diera gana,
Pero abridme!
—¡Abrirte! no.
Vuélvete en paz al sepulcro.
—¿Perdido habeis la razon
Hombre dado á Barrabás?
¿No estoy diciendo que soy
Yo, Don Lucas vuestro médico
En cuerpo y alma.
—¡Gran Dios!
—Abridme y oireis cosas
Que os parecerán ficcion.»

Abrió por último el juez,
Pero cual fué su furor
Al ver el rostro del médico
Vertiendo satisfaccion
Y rebosando alegría
Y juventud y vigor.
Clavó en él una mirada
El juez con una espresion
Tan desesperada y torva,
Tan siniestra y tan feroz
Que el médico, percibiéndola,
Dos pasos retrocedió.
«¿Con qué es verdad, dijo el otro,
Que vivo estais?
—Sí, señor.
—Mas vigoroso, mas jóven!
—Venia por ello yo
A pediros las albricias,
Aunque ignoro la razon.
—La ignorais, ¡nécio de mí!
Replicó el juez, pues yo no.
—Como señor de un milagro.
—Yo he sido solo el autor,
Y si quereis de mi saña
Salvaros...
—En conclusion

Qué es esto?
—Que os aparteis
De mi vista, ó voto á Dios
Que os voy á hacer mil pedazos
Sin poder con mi furor. »
Y á estas palabras asiendo
De un larguísimo espadon,
Iba á caer sobre el médico
Que echó por un corredor.
Un aposento tras otro
Amedrentado cruzó
Y dió por fin en la calle:
Mas al tender en redor
Los ojos despavoridos,
Con espanto grande vió
Que el juez se arrojaba á ella,
Lanzado por un balcon.
Cayó en las piedras el triste
Y de tanta elevacion,
Que si intentaba matarse
Con tino lo ejecutó.
Llegósele el pobre médico,
Movido de compasion,
Mas era el golpe de muerte
É inútilmente acudió.
El juez le dijo, mostrando
En su rostro y en su voz
Las mas certeras señales
De honda desesperacion:
« Soy el hombre mas estúpido
» Que de mugeres nació.
» ¡Maldita sea mil veces
» La ciençia de Salomon! »
A cuyas ruines palabras
El miserable espiró,
No comprendiendo el buen médico
Tan estraña confesion.



VIGILIAS DEL ESTÍO.

PROSPECTO.

—

¡Cuán serena y pacífica levanta
Su modesto fanal la tibia luna,
Y con sus tintas de misterio encanta
Cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusion nos aparece
En la estension del campo solitario,
Que se acerca ó se vá, que mengua ó crece,
Al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso dia
De julio abrasador, que el alma enerva
Cuando en lugar de luz rayos envia
Que agostan flores, árboles y yerba!

Se ensancha el corazon: el alma sube
Del entusiasmo en alas, y se encumbra,
Y de astro en astro va, de nube en nube,
Hasta que clara inspiracion la alumbra.

Y esa es la mia: en la nocturna vela
De julio ardiente, el pensamiento mio
Con noble inspiracion se encumbra y vuela;
Y estas son mis *Vigilias del Estío.*

—

Nada profano hay en ellas,
Lector, no hay en sus renglones
Mas que viejas tradiciones
Y acaso fábulas bellas.
No tienen mas intencion
Que hacer humilde memoria
De nuestra pasada historia,
De nuestra fé y religion.

—

Y abrevio anuncios prolijos.
Lector, dar puedes en suma
Cuanto salga de mi pluma
A tu muger y á tus hijos.
¡Fálteme la luz del sol
Si algo *impío* ni *estrangero*
Que haya en mis escritos quiero,
Que al cabo nací español.

JOZÉ ZORRILLA.

A MI AMIGO

DON CARLOS LATORRE.

JOSÉ ZORRILLA.

EL TALISMAN.

LEYENDA TRADICIONAL.

—

INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro
A la hermosa Valentina,
Correspóndele ella fina,
Pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media
Viejo y celoso un tutor,
Y al cabo vendrá su amor
A concluir en tragedia.

Pues en la audiencia togado,
Y poderoso en la corte,
No hay empresa que no aborte
Como en ello esté empeñado.

Toda Sevilla respeta
Su ciencia, y teme su enojo:
Que el viejo es hombre de arrojo,
Y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,
Y harto hipócrita esterior,
Es un hombre superior
En justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,
Y el populacho le acata,

Que es de cuna (hablando en plata)
Columpiada en la bajeza.

Y á su genio emprendedor
Y á su ingenio y travesura
Debe el verse en tal altura
Y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen
Por enemigo estos mozos,
Y que agua todos sus gozos,
Mas con su suerte se avienen.

Y ellos á amarse constantes,
Y él á perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,
Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Cuanto nuevas ocasiones
Imaginan los mancebos,
Tanto el tutor halla nuevos
Estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja
Y el aya avizor elude,
Luego á cerrársela acude
La cócora de la vieja.

Si al volver del Arenal
Por desgracia se hace noche,
La llevan dentro del coche,
Pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque
Todo el calor de Sevilla,
No haya miedo que el golilla
Junto al vidrio la coloque.

Jamás del uno se aparta,
Ni deja el otro la dueña,
Que puede hacer una seña,
O arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro
La guarda el viejo y la esconde,
No encuentra lugar en donde
Ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto
Muda casa, mas se aburre,
Pues por mucho que discurre
Jamás consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina
Seguro en algun rincon,
Alcanza desde un balcon
A Genaro en la otra esquina.

Tal cariño, vive Dios,
En Valentina le asombra:
Luego el mozo es una sombra
Siempre de ella y dél en pos.

Y no hay medio de ahuyentarle,
Pues son inútiles trazas
Las súplicas y amenazas
Con que ha querido ganarle.

De sus amagos y ofertas
Sin temor y sin deseo
Pónele el mozo bloqueo
Por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse
De sus tretas y asechanzas;
Las mas justas esperanzas
No llegan á realizarse.

Con negra intencion traidora
Y de su toga al amparo,
Piensa el golilla en Genaro:
Mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor
Osó una tarde de hinojos
Con lágrimas en los ojos
Decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo,
Al oir una repulsa
Juróla con voz convulsa,
Por cuanto hay santo en el mundo,

No descansar un instante
Hasta que á su amor sucumba,
O abrirla una misma tumba
Con su aborrecido amante.

Todo fué en vano: la bella
Valentina enamorada
Cada vez mas empeñada
Siguió sin temor su estrella,

Y un dia y otro pasaba,
Y siempre que él la pedia
Respuesta á su amor, oia
Un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,
Y él en perseguirles fiero,
Nadie cederá primero,
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
Rica Valentina y bella,

Y el tutor prendado de ella...
Mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro
A la hermosa Valentina,
Mas el pagarle tan fina
Tal vez la cueste muy caro.

I.

Poseia no lejos de Sevilla
El tutor una quinta retirada
Y alegre á maravilla,
De olivos y naranjos rodeada,
Con un fresco jardin embellecida,
Con prolijo primor enriquecida
Y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvios
De Valentina hermosa,
Pensó acabar con sus amantes brios
En estrecha prision, larga y penosa.
La niña temerosa
A sus solas lloró su desventura,
Mas cobró en su retiro fortaleza
La fé de su pasion, y mas segura
Ahondó raices con mayor firmeza.
Cada dia el tutor mas apretaba
La molesta estrechez en que yacía,
Pero mas firme cada vez la hallaba
Y mas enamorada cada dia.

Y á través de las rejas
A su Genaro enviaba Valentina
Sus amorosas quejas,
En alas de la errante golondrina
Que colgaba su nido
En el hueco roido
De unas paredes viejas;
Teniendo en su prision por compañeros
Los pájaros del aire
Y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y dia
A Genaro en sus rejas esperaba,
Genaro no venia,
Que su cuita y su cárcel no sabia,
O su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,
Pálidas con el llanto sus mejillas,
Y el coral mustio de sus labios rojos,
Oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos
Las lejanas estrellas amarillas:
Y á manos de su duelo y amargura
Se marchita su cándida hermosura.
Mansa una noche y silenciosa estaba:
Radiaba en ella espléndida la luna
Y su diáfana luz reverberaba
En el terso cristal de la laguna.
Gozábanse los ojos á lo lejos
Por la estension del campo solitaria
En la varia ilusion de sus reflejos,
Que iluminaban la campiña varia:
Y allá se distinguia
Por la fértil llanura
Del granado y naranjo la verdura,
Y el campo igual, voluble y amarillo
De la pagiza mies ya sazonada,
Y mucha parte en haces preparada
Para el áspero trillo,
Que de la caña inútil
Vá á separar el grano
Ausiliado del céfiro liviano.
Lloraba como siempre su destino
La niña enamorada,
Los ojos de Sevilla en el camino,
Y en su Genaro el ánima estasiada:
Y así con triste acento
Daba sus ayes al nocturno viento:
«¡Triste de mí que lloro
»Sin que mis ayes lleguen
»Al corazon que adoro!
»¡Triste de mí, que me lamento en vano!
»Paloma cuyo arrullo dolorido
»Llama á su blanco esposo, que ha caido
»De oculto cazador bajo la mano
»Muy lejos de su amor y de su nido.
»Triste de mí que imploro
»Ayuda de quien amo,
»Y sordo á mi reclamo
»Aun si me escucha ignoro!
»Triste, triste de mí, que á solas lloro
»Sin que mis ayes lleguen
»Al corazon que adoro!»

Y aquí llegaba de su amarga queja
Cuando, á través de la cruzada reja
Y entre la sombra oscura
Que el olivar cobija en su espesura,
Cual blanca aparicion consoladora,
Llegar bajo sus rejas vió á deshora
Recatada de un hombre la figura.
Latió su corazon al percibirle
Con doble libertad y doble vida,
Y entre sus hierros con afan asida
Los brazos le tendió por recibirle,
Que ya la dijo el corazon bien claro
Que aquella aparicion es su Genaro.

Valentina. ¡Cuánto por verte suspiré, amor mio!

Genaro. ¡Y yo cuánto corrí por encontrarte!

Valentina. Ya no pensaba mas que en tu desvío.

Genaro. Y yo en nada pensé mas que en salvarte.

Valentina. ¿Me amas, Genaro, aún?
Genaro. Mas que á mi vida,
Mas que al ambiente que á tus piés respiro,
Diérala alegre yo por bien perdida
Por ahorrarte, mi bien, solo un suspiro.
Valentina. ¡Pobre Genaro! ¡y yo que imaginaba
Que tu amor hácia mí se amortiguaba!
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;
No fué desconfianza en tu cariño,
Fué mi desolacion, fué mi amargura.
Genaro. ¡Oh Valentina mia!
Si no me amaras tú cual yo te adoro
No acertara á vivir un solo dia.
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro:
Tú, Valentina bella,
Eres la blanca estrella
Que mi esperanza por la tierra guia.
Sí, tras de tí camino noche y dia,
Postrándome á besar tu casta huella.
Valentina. Ni yo puedo sin verte
Pasar, Genaro, en soledad mi vida,
Y si ha de ser sin tí, venga la muerte,
Que yo la doy tambien por bien perdida
Si no la he de gozar para quererte.
Genaro. Pues bien, si no hay fortuna
Sin mi amor para tí, ni lisongera
Sin mí no alcanzas existencia alguna,
Huye conmigo á la ocasion primera.
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera
Si mi contraria suerte
Mas venturoso porvenir me abriera.
Yo nada puedo darte,
Nada puedo ofrecerte,
Mi Valentina, mas que idolatrarte,
Y amarte como á Dios hasta la muerte.
Harto, hermosa, lo lloro,
Mas tal es mi fortuna, á pesar mio,
Y mi destino tal; vivo y te adoro,
Y de la suerte con tu amor me rio.
Valentina. Sí, bien dices, Genaro,
Tienes razon, mi corazon es tuyo.
De mi tutor avaro
En la ocasion primera
Libre contigo donde quieras huyo.
Genaro. ¡Oh tal resolucion...!
Valentina. Genaro mio,
Ya no puedo arrostrar mi desventura.
Callártela queria,
Mas imposible es ya, porque desgarra
Tan amargo pesar el alma mia.
Sabe, Genaro, que el infame viejo,
No satisfecho con gozar mi herencia
Que administra sin tino y sin consejo,
Aun tiene la insolencia
De ofrecerme un amor que me destroza
Las entrañas de rabia y de pavura;
Y paga mis desaires con usura,
Y en mis pesares con furor se goza.
Genaro. ¡Esto, cielo piadoso,
Me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;
Aun me quedan amigos
Que, pobres como yo, pero valientes,
De mi pesar y de mi amor testigos
Aun querrán ayudarme diligentes.
¿Hay alguna ventana
Que al campo dé, sin rejas que la guarden?
Valentina. Una hay, pero es, Genaro, empresa vana,
Porque es de un aposento
Cuyo paso me impide gruesa puerta,
Que solo cada dia, y un momento
Se vé una vez por mi tutor abierta.
Genaro. No importa, di cuál es, que ya habrá medio
De romperla ó abrirla,
Que á todo estoy resuelto y decidido.
Valentina. Desde ese estanque puedes percibirla.
Genaro. Sin entrar al jardin puedo escalarla,
Y si me aguardas tú junto á esta puerta,
Yo medio inventaré de franquearla.
Valentina. ¡Oh sálvame, Genaro!
Por amor de tu madre, si la tienes,
Por cuanto tengas en el mundo caro.
Genaro. Sí, Valentina, si en mi amor confias,
Mañana mismo en la callada noche
O á manos, sí, de las industrias mias,
O á la fuerza sino salvarte espero.
Conozco á un capitan de una fragata,
Amigo fiel y noble caballero,
Que á bordo admitirá dos desdichados:
Y el suelo de la Italia protectora
Se abrirá á dos amantes espatriados;
Que á la Italia arribar será en buenhora.
Daránme allí mi espada ó mis pinceles,
O la honrada fortuna del soldado,
O la fortuna espléndida de Apeles:
Que todo con tu amor será sobrado.
Sonó en esto una llave, y percibiendo
Por las junturas, luz de una ventana,
Fuése Genaro á la espesura huyendo,
Diciéndose los dos: «Hasta mañana.»

—

Quien en el cuarto entró de Valentina
Fué su tutor, el juez; porque Genaro,
Acechando á favor de la espesura,
En la ventana vió clara y distinta
Aparecer del viejo la figura.
Vióla tender los brazos,
Y cerrar las vidrieras,
Y la luz interior ir á pedazos

Menguando, al entornarse las maderas.
Vió la luz á través de las junturas
Largo tiempo brillar, y oyó acercándose
La voz del juez inteligible apenas,
Ora con voces de dureza llenas
Creciendo, ora en murmullos apagándose.
Oyó á la niña replicar á veces,
Y otras quejarse y prorumpir en llanto,
Mas no entendió, por mas que estuvo atento
Lo que dentro pasó del aposento.
Mil veces quiso de su escucha en tanto
Su secreto romper sin miramiento;
Mil veces, al oir de Valentina
El angustiado acento,
Su corazon anduvo
Entre el miedo y la cólera indeciso,
Y al jardin de saltar tentado estuvo
La mansion asaltando de improviso.
Quedó en silencio al fin el aposento,
Faltó la luz de adentro, y no escuchando
Llanto, ni voz, ni paso, ni gemido,
El infeliz galan fuése alejando,
Recordando el acento dolorido
Con que su amada hermosa
Le dijo congojada y afanosa:
« ¡ Ay, sálvame, Genaro,
» Por amor de tu madre, si la tienes,
» Por cuanto tengas en el mundo caro! »
Y á este recuerdo los amantes ojos
Tornando á la ventana,
« Sí, dijo el triste, volveré mañana. »

II.

Está la siguiente noche
Encapotada y oscura,
Veladas entre nublados
Las estrellas y la luna.
Yace la quinta en silencio,
Y no penetra ni alumbra
El resplandor mas escaso
De alguna lámpara turbia,
Ni de una puerta el encaje,
Ni las estrechas junturas
De una ventana, que en sombra
Todo en redor se sepulta
Oyese solo el murmullo
Con que en las ramas susurran
Las ráfagas desiguales,
Que los olivares cruzan.
De la chicharra el chirrido
Allá á lo lejos se escucha,
Que la tormenta vecina
Con áspero canto anuncia:
Y el eco sordo y lejano
Del trueno, que en las alturas
De nube en nube se arrastra,
De nube en nube retumba.
Allá en el negro horizonte
Por dó la tormenta surca
De cuando en cuando un relámpago
Se inflama con luz sulfúrea.
Y á su esplendor fugitivo
Se aclaran en la llanura
Cuantos objetos la llenan
En muchedumbre confusa.
La media noche sonaba,
Y comenzaba la lluvia,
Cuando dejaba Genaro
Del olivar la espesura,
Seguido de dos mancebos
Que hicieron su causa mútua,
Resueltos á poner cabo
A la mas árdua aventura.
Valientes como él son ambos,
Y como él desde la cuna,
Sin mas apoyo en el mundo
Que su espada y su bravura;
Sin mas porvenir que el tiempo,
Ni otra hacienda que la tumba,
Mas dignos como él entrambos
De mas pródiga fortuna.
Con cautelosa prudencia
Pisando la tierra húmeda,
Hasta el estanque llegaron
Que con la casa se junta.
Sobre él daba una ventana,
Ni baja, ni á tanta altura
Que no pudiera salvarse
Aunque difícil y mucha.
Aquí soltando su capa
Y colgando á su cintura
Sus preparadas pistolas,
Genaro un punto calcula
Con la distancia, sus fuerzas,
Se empina, se encoje, duda,
Y abalanzándose osado
Salta por fin y se oculta.
Quedó otra vez en silencio
La escena en la sombra muda,
Y afuera los dos amigos
Nada oyen por mas que escuchan.
En tanto á solas Genaro
En las tinieblas procura
Dar con puerta que le guie
A encontrar con lo que busca.
Dentro de su pecho late
Con agonía profunda
Su corazon, á quien negros
Presentimientos asustan.
Las solitarias estancias
El ruido menor no turba,
Ni escasa las ilumina
La lamparilla mas mustia.
El aire que á bocanadas
Por los aposentos zumba

Y que la cara le azota
Claramente le asegura
De que las puertas abiertas
Están; y parece en suma
Que está desierta la quinta,
Y su esperanza difunta.
Llamar á veces intenta
A los de fuera en su ayuda,
Mas teme engañarse, y teme
Que sus voces le descubran.
Con planta perdida mide
Toda la estancia que ocupa,
Todas las paredes toca,
Todos los trechos calcula.
Dió al fin con un picaporte:
Alzale con tiento, empuja,
Cede la puerta, y á tientas
Pasa el dintel, y ¡oh ventura!
Por una abierta ventana
Se asoma, y mucho se ofusca,
O es la del mismo aposento
Que á su Valentina oculta.
Sí, reconoce las rejas,
Y la encrucijada curva,
Que hasta el olivar conduce,
Y que protegió su fuga
Cuando en la noche anterior
En su visita nocturna,
Sus pláticas la llegada
Del tutor rompió importuna.
¿Mas cómo allí no le espera
Su amor? ¿será que rehusa
Valentina el pronto amparo
Que de él invocó en su angustia?
Valentina, ¿dónde estas?
No me conoces? pregunta
En la oscuridad Genaro:
Mas su corazon se turba,
Y sus rodillas flaquean,
Y de desconsuelo suda
Al ver que su voz no tiene
Correspondencia ninguna.
¡Valentinia mia! esclama
Con desolada amargura,
¡Valentina mia!... y solo
Mia los ecos retumban.
Los brazos tiende en la sombra,
Y se avanza á la ventura,
Mas nadie se arroja en ellos,
Nadie le responde nunca.
Brilló un relámpago acaso,
Y á su rápida y sulfúrea
Llamarada, hirió un objeto
Sus ojos, que el llanto anubla.
Tendió las manos al sitio
Donde le vió, y ropas húmedas
Tocó de un lecho, y un brazo
De muger. — Le asió convulsa
Su mano... ¡Dios infinito!
¿No hay un rayo que reduzca
Un desdichado á ceniza
Cuando tal cáliz apura?
Aquel brazo frio asiendo,
El cuerpo á que se une busca,
Mas al arribar sus manos
A la garganta desnuda,
Cayó Genaro en el suelo
Sin sentidos que le acudan,
Porque *no halló la cabeza*
Al tronco sangriento junta.

—

Pasaba en tanto la noche
Y el agua caia á mares,
El espantoso nublado
Sobre la tierra rasgándose.
Cansados ya los amigos
De Genaro de esperarle,
Y viendo que el tiempo corre,
Y de la quinta no sale,
Por la ventana treparon
En voz prudente llamándole.
Mas viendo con harto asombro
Que no les responde nadie,
Asiendo de una linterna
Que al caso dispuesta traen,
Diéronla luz y se entraron
El aposento adelante.
Todos estaban desiertos;
Todas las puertas sin llaves;
Todo por tierra en desórden
El ostentoso mueblaje;
Muchas cerraduras rotas,
Y rotos muchos cristales.
Todo mostraba en la quinta
De algun reciente pillaje
O algun siniestro atentado
Las evidentes señales.
Mas ¡cuánto fué de los mozos
El horror de intenso y grande
Al dar tras de pocos pasos
En un cuarto donde yace
Genaro tendido en tierra
Y el suelo nadando en sangre,
Y en una alcoba en un lecho
De una muger el cadáver!
El cuadro de su ignominia
Si les achacan el lance
Fué la idea que en su mente
Vino primero á aclararse.
No era el amor de Genaro
Allí lo mas importante,
No era su vida ó su muerte
El resultado mas grave:
Era su honor, pues si al cabo
Por ladrones les tomasen,

Pagáran en un patíbulo
Lo que en sus almas no cabe.
Asieron pues de Genaro
Por un resto bien laudable
De una amistad generosa,
Mas que de poco les vale :
Porque no bien se inclinaron
En brazos para elevarle,
(Pues ni se mueve ni alienta)
Cuando á las voces de *¡infames!*
De *¡asesinos!* y *¡ladrones!*
¡A ellos! ¡prenderles! ¡matarles!
El aposento asaltaron
Domésticos y jayanes,
Con hoces y podaderas,
Con asadores y sables.
Sin que pudieran valerse,
La multitud de ellos ase,
De maldiciones é injurias
Y de improperios llenándoles.
El crímen lamentan unos,
Claman otros por vengarle,
Y por do quiera retumban
Rezos, juramentos, ayes.
Volvió Genaro á la vida
Con el tumulto un instante;
Cercáronle al punto todos,
Y él que ni entiende, ni sabe
Lo que pasa en torno suyo,
Con absortos ademanes
Miró, y con ojos estúpidos
En silencio á todas partes.
¿Y VALENTINA? este nombre
De su duelo única frase,
Recuerda á todos á un tiempo
Todo el horror de aquel trance.
¡Mira! dijo el juez cogiéndole
De las manos, y arrastrándole
De su pupila hasta el lecho,
¡Mira tu obra, miserable!
«¡Dios mio!» esclamó Genaro
Con la cabeza abrazándose
De su hermosura Valentina
Que el juez le puso delante :
«¡Dios mio!» esclamó, y con ella
Segunda vez desplomándose
Quedó al pié sin movimiento
Del destroncado cadáver.
Brilló una sonrisa horrible,
Aunque imperceptible casi,
Sobre los trémulos lábios
Del tutor, y señalándole
Dijo : « Del crímen, señores,
Las pruebas están palpables,
Horrorízale esa muerte,
Pues la conoce, la sabe.»

—

Tal es la justicia humana,
Los juicios del hombre tales!
La luz del próximo sol,
Por mas radiante que sale,
No pudo á los tres amigos
Iluminar el semblante,
Porque sus rayos no llegan
Al calabozo en que yacen.

—

Yacen, sí, con la inútil esperanza
De la fé y la razon de su inocencia;
Mas ¡ay! de la justicia en la balanza
Poco pesa por cierto la conciencia
Nada los dos del lance han comprendido,
Nada responderán, pues nada saben :
Lo que han visto dirán, lo que han oido,
Mas no habrá á quien agraven
El crímen cometido.
A Genaro! imposible! la adoraba,
Mas luz ni pensamiento no tenia;
Solo en ella pensaba,
A ella tan solo por do quier veia.
Mas ¿qué ha de responder, pobre insensato
A quien la luz de la razon no asiste?
¿Qué ha de decir el triste
Si ni oye, ni pronuncia, ni imagina
Mas que el nombre fatal de Valentina?
Sus ojos con estúpida mirada
Do quiera que los fija se mantienen,
Y ni mira, ni vé, ni piensa nada.
Solo un objeto que en su mente vive
Sus ojos y su mente ante sí tienen,
Que su sér y su luz de ellos recibe :
La pálida y castísima cabeza
De aquella idolatrada Valentina,
Siempre de amor tesoro y de belleza,
Objeto ¡ay Dios! de su mortal tristeza,
Pero siempre á sus ojos peregrina.
El rápido y terrible
Trastorno universal de sus ideas,
Solo este objeto le dejó visible,
Y aquel contorno pálido y sangriento,
Aquel rostro agostado y macilento
Tan solo á sus sentidos perceptible,
Es la oculta razon de su demencia,
Y el móvil de su mísera existencia.
Ya ante su vista, como blanco sueño,
Benéfica vision consoladora,
Se presenta risueño,
Y el pobre loco en su ilusion la adora.
Ya, cual sombra fatídica enojada
En las nocturnas horas evocada,
De Genaro á los ojos se presenta,
En roncas voces demandando airada
De su venganza dolorosa cuenta :
Y ante ella el pobre loco prosternado,

Contemplando su sangre horrorizado,
Se agita y se amedrenta.
Y los ayes que exhala en su despecho
El angustiado mozo,
Estremeciendo el cóncavo y estrecho
Y oscuro calabozo,
Llegan del carcelero hasta el oido,
Que á su voz suspirando estremecido
Compadece su afan desde su lecho.
En vano á recio poste maniatado,
De sus amigos por piedad velado
Está continuamente,
Mas fiero cada dia y mas demente
Se torna el desdichado.
En vano demandáronle los jueces
Declaracion verídica y sucinta
De la fatal historia de la quinta;
Por mas que repitiéronle mil veces
La idéntica pregunta
Nunca mas respondió que insensateces,
Y de ellas nada el tribunal barrunta;
Nada por él descubre ni adivina.
Y si por caso el que demanda nombra
A su bella y perdida Valentina,
Ante él evoca su tremenda sombra,
Y el infeliz Genaro en el instante,
A su nombre funesto enloqueciendo,
Con sus gritos la sala ensordeciendo,
Con su ademan y gesto delirante
Demuestra lo que su alma está sufriendo:
Y de su amada en su ilusion amante
La cabeza fatal tiene delante.
Los jueces, de su mal enternecidos,
Compasivos le absuelven,
Y á su prision le vuelven
De donde salen pocos,
Mas de donde él saldrá sin duda alguna
Para dar por su pésima fortuna
En una jaula de hospital de locos.
¡Ay! pobre amante, cuyo amor tan raro
Te obliga á rescatar tu triste vida
Con tu razon, y en tu razon perdida
Tu salvacion está! ¡Pobre Genaro,
Que al hospital del calabozo pasa,
Cuanto le cuesta caro
El hospedaje de su nueva casa!

III.

Eran seis años despues.
¿Quién diablos mentaba ya
Ni á la hermosa degollada,
Ni al loco del hospital?
Los bienes de la pupila
Gozaba el tutor en paz,
Y si á alguien pertenecian
No osaba de ellos hablar.
Que era el juez hombre de cuenta,
Y en sus manos ademas
Estaba el látigo puesto
De la justicia humanal.
Así las mas de las veces
Las cosas del mundo van!
Pero cortemos á tiempo
Esta charla lenguaraz,
Pues á los críticos toca
Maldecir y murmurar:
Pues tienen ya la costumbre
De encontrarlo todo mal,
Y yo á Dios gracias encuentro
Que bien este mundo vá
Y... con mi cuento prosigo.
No lejos de la ciudad
De Córdoba, y de Sevilla
Sobre el camino real,
Habia en mil setecientos
Año menos ó año mas,
Un famoso ventorrillo
Llamado del Sarmental.
Ventorrillo se llamaba
Y con justicia en verdad,
Pues á la altura de venta
No supo nunca llegar.
Era una mansion cuadrada
Que con perfecta equidad
Cerraba en sola una pieza
Cocina, cuadra y pajar.
Es decir que el ventorrillo
Era, hablando en realidad,
Un portal que á duras penas
Pudiera ser palomar,
Donde á comer ni á dormir
Se han detenido jamás
Sino pobres peregrinos,
Mendigos ó gente tal.
En una tarde de marzo,
Y, como dicho se está,
Del año mil setecientos,
Del ventorrillo al umbral
Dos mancebos platicaban
De continente galan.
Lloraban de gozo entrambos
Hablándose con afan,
Y tiernamente abrazándose
Y tornándose á abrazar,
Dándose pruebas continuas
Del cariño mas cordial.
Preguntando y respondiendo
Sin dejarse respirar.

El Uno. ¿Con que de Florencia?
El Otro. Sí.
El Primero. ¿Bueno del todo?
El Segundo. No á fé;
Por mas que lo procuré

Jamás me restablecí.
Muy débil quedóme el juicio,
Y hay, Federico, ocasiones
En que tengo distracciones
Que parecen maleficio.
Mas del trabajo á favor
Mi cuerpo se robustece
Cada dia, y me parece
Que voy de bien á mejor.
Federico. ¿Con qué trabajas?
El Otro. Me afano.
Federico. ¿Y utilidad te reporta
Tu trabajo?
El Otro. Nada corta,
Que estudié mucho y no en vano.
Federico. Siempre te fué la escultura
Arte predilecto.
El Otro. Nombre
Y honra me dió, y soy otro hombre
Desde mi fatal locura.
Federico. ¿Mas cómo fué de ese mal
La curacion?
El Otro. Muy sencilla;
Al año y medio en Sevilla
Me echaron del hospital.
Dijéronme... vuestra cura
Se acabó y...
Federico. Pobre Genaro!
El Otro. Yo, viéndome sin amparo,
Acogíme á mi escultura.
En los seis meses primeros
Viví con suma escasez,
Mas dióme una obra en Jerez
Unos pocos de dineros.
Con ellos á Italia fuí,
Y allí menos importuna
Mi desdicha, hice fortuna:
Mas me punzaba ¡ ay de mi!
El deseo de volver
A mi patria de tal modo,
Que al fin lo he dejado todo
Sin poderme contener.
Díjeme: tengo algun oro
Y alguna celebridad,
Volvamos á la ciudad
Donde está cuanto yo adoro.
Y héme aquí ya, Federico,
Que vuelvo al fin á Sevilla
Con mi escasa fortunilla,
Y el arte á que me dedico.
Federico. Contigo allí me tornara
De buena gana en verdad,
Si urgente necesidad
Volverme no me estorbara.
Pero mi madre me espera
Que á morir próxima está,
Y tal vez no llego ya
Tan pronto como quisiera.
El Otro. Pues Federico, adelante
Nuestro camino sigamos,
Que á tu madre la robamos
Un consuelo en cada instante.
Parte y que te ayude Dios.
Federico. Si un dia á vernos volvemos...
El Otro. Oh! no lo dudes, seremos
Hermanos siempre los dos.
Tú encarcelado por mí
Sufristes...
Federico. No hablemos de eso,
Si estuve dos años preso
Fué sin culpa, y ya salí.
El Otro. Siempre generoso amigo.
Federico. Y siempre tuyo, Genaro,
Pronto á partir sin reparo
Cuanto poseo contigo.

—

Y aquí con lágrimas tiernas
Se tornaron á abrazar,
Tomando con su caballo
Su camino cada cual.
Y creo, lector discreto,
Que no necesitas mas
Para saber quiénes eran
El que vuelve y el que va.
Sin embargo, si con esto
Aun satisfecho no estás,
En lo que queda de historia
Puedes el fin encontrar.

IV.

En vano seis largos años
En tierra estraña de ausencia
Genaro entre las memorias
Puso de su edad primera;
Que las sombras que le manchan
El cuadro de su existencia,
Cuanto mas tienen de antiguas,
Tienen de firmes y negras.
El bello sol de la Italia
No pudo desvanecerlas,
Porque las sombras del alma
La luz del sol no penetra.
Mientras entregado al arte
Vivió Genaro en Florencia,
Adormidos sus recuerdos
Se hicieron sentir apenas.
Débiles fueron sus ayes,
Cortas sus sentidas quejas,
Porque el tiempo y la distancia
Mucho las memorias merman.
De tarde en tarde confusas,
Entre torvas y halagüeñas,
De sus antiguos pesares

Le asaltaban las ideas,
Mas cual de cosas pasadas
Se le ocurrian inciertas,
Sin verdadero carácter
Y sin forma verdadera.
Aquella frondosa quinta
Entre cuya doble reja
De Valentina alcanzaba
La peregrina cabeza,
Era un recuerdo amoroso,
No una aparicion siniestra,
Era un manantial fecundo
De deliciosa tristeza.
No via el semblante amado
Sobre la gola sangrienta
Pidiendo á voces venganza,
No, que amorosa y risueña
Se presentaba á sus ojos
Su Valentina hechicera,
Como la noche en que pudo
Bajo su ventana verla.
Y aunque jamás de su alma
Borrarse la imágen pueda,
Como un amuleto místico
Mantiénese dentro de ella,
Y su espíritu acompaña,
Mas conformidad perpetua
Guarda con él, y aunque triste,
Su espíritu no atormenta.
Y cuanto menos horribles
De sus memorias le cercan
Las visiones, cuanto mas
Se debilitan y aténuan,
Mas de su antigua locura
Las fatales consecuencias
Desaparecen, y logra
Su ánima calma completa.
Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia,
Donde la gente y la tierra
Cuanto mira y cuanto siente
De sus memorias le aleja.
Mas al entrar en Sevilla
Donde todo le recuerda
Sus infortunios pasados,
Se acrecentaron sus penas.
Tornó á ser de sus memorias
Insensiblemente presa,
Y á trastornarse tornaron
Débilmente sus ideas.
Al pararse de la cárcel
Ante las guardadas puertas,
Recordósele la causa
Por que fué encerrado en ella.
Al pasar del hospital
Ante la fachada esterna,
Estremecióse al recuerdo
De su abandono y miseria.
Y aquella frondosa quinta
A cuya reja en Florencia
De Valentina alcanzaba
Sonriendo la cabeza,
Tornábasele en espejo
De apariciones siniestras,
Que trastornaban la suya
Con sus miradas horrendas.
Huérfano y desconocido
Genaro en Sevilla entera
(Pues hoy se oculta indolente
Y antes no célebre en ella),
Sin un amigo tan solo
Que distraerle pudiera,
Pasa su vida ignorada
En soledad y tristeza.
Y si habla es con Valentina,
Con Valentina si sueña,
Por Valentina si vive,
Y á Valentina si reza.
Si dia y noche afanado
Mármol desbasta y modela,
A Valentina los trazos
De su cincel representan.
Ni piensa en su porvenir,
Ni en las relaciones piensa,
Que pueden, fama lográndole,
Honor lograrle y hacienda.
En poco estima la gloria,
Y en menos su vida aprecia,
Y abandonado á sí mismo
No vé lo que la rodea.
En una mezquina casa
De una oscura callejuela
Junto á la muralla vive,
De la quinta la mas cerca.
El camino de Carmona
Contínuamente pasea
Desde la puerta á la quinta,
Desde la quinta á la puerta.
Tal vez volviendo á deshora
El muro cerrado encuentra,
Y al raso pasa la noche,
Pues en el campo se queda.
Pobre Genaro! En su pecho
Con su soledad funesta
Al fuego de las memorias
Su amor antiguo fermenta.
Y así tal vez poco á poco
Su mente se desordena,
Su cuerpo se debilita,
Y sus manías empiezan.

V.

Mayo espiraba: y su postrero dia
Entre nubes de azul púrpura y grana
La cenicienta claridad tendia
De la primera luz de la mañana.

Para gozar sus rayos bienhechores
Entreabrian sus cálices las flores,
Manso alzaban las ráfagas murmullo
En la hojaresca espesa,
Variando de la luz los mil colores,
Y á su tranquilo arrullo
Despertaban los pardos ruiseñores.
Todo era calma, resplandor y vida
Por la fértil llanura,
Y la tierra en las sombras adormida
Tornaba á despertar juvenecida,
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura

Del oscuro aposento de Genaro
Por la estrecha ventana,
La claridad temprana
Penetrando pacífica y tranquila,
Hirió, cobrando resplandor mas claro,
Del desvelado mozo la pupila.

Tal vez, cansado de nocturna vela
O de afanosos sueños agitado
La recoge el mancebo alborozado,
Con ojo avaro y delicioso empeño;
Porque la vista de la luz consuela
Las amargas memorias de su sueño.

Sacó Genaro de la ropa el brazo,
Y abriendo de su reja las maderas,
Del puro firmamento vió un pedazo
Al mirar á traves de las vidrieras.
Brotó en su lábio celestial sonrisa,
La lumbre del placer brilló en sus ojos,
Y ante el único Dios, sumo é inmenso,
De quien la gloria y magestad divisa
Tras el azul estenso,
Postróse humilde y le adoró de hinojos.

Llegó á él embriagando sus sentidos
El blando soplo de la fresca brisa,
Y en ella los perfumes recogidos
Al tocar en las ramas olorosas,
Blancas acacias y encendidas rosas
En los vergeles con abril floridos.
Llegó á él el susurro deleitoso
De los copados árboles vecinos,
Donde el gorrion inquieto y receloso
Pios lanzaba pretendiendo trinos.

Llegó hasta él el son de la campana
Que el alba anuncia y á asistir convoca
A su misa temprana,
Y las pisadas rápidas ó graves
De vecinos asaz madrugadores,
Ya siervos, ya señores,
Que abriendo puertas y volviendo llaves,
Cumpliendo su destino ó sus placeres,
Iban á sus recreos ó quehaceres.

« Hermoso dia, » murmuró Genaro,
Y al avanzar su cerpo á la ventana,
En talante le vino
La hermosura gozar de la mañana.
Vistióse pues alegre y presuroso
Y al campo ameno enderezó el camino.

De la ciudad atravesó la puerta
Vecina á su mansion, como solia
Siempre que de ella cada vez salia,
Con perezoso paso y ruta incierta.
Mas tomó como siempre ancho sendero
Que á la quinta fatal conduce y guia,
Donde tuvo y perdió su amor primero.
Cuanto por él sus piés adelantaban,
Mas los recuerdos de su amor crecian,
Y en su fiel corazon se revelaba
Do escondidos vivian.
Sus ojos avarientos
Por cima de los olmos corpulentos
Ansiaban alcanzar el edificio
Donde tuvo su amor templo y sepulcro,
Donde fué de su amor el sacrificio.
Y en la lejana matinal nieblina,
Que huyendo al sol turbaba el horizonte,
Imaginaba sobre el pardo monte
La blanca aparicion de Valentina.
Y el infeliz mancebo
En su ilusion dichosa
De nueva fé con el impulso nuevo,
Con sonrisa amorosa
Los brazos ¡ ay ! á la vision tendia,
Y palabras de amor la dirigia,
Mas al ir á abrazar tanta belleza,
Desvanecido su fantasma vano
Le presentaba su delirio insano
Su ensangrentada y lívida cabeza.
Y entonces descarriado el pensamiento,
Y su mente en sus juicios mal segura,
Vacilaba un momento,
Y volvia un momento á su locura;
Y ciego y delirante
Se lanzaba veloz por la llanura,
Y en esta situacion tan congojosa,
Alguna vez de su perdida hermosa
La cabeza fatal le iba delante.
Hasta que al fin rendido á su fatiga
Donde mas no podia se sentaba,
Y en penoso letargo reposaba,
Y á su juicio volvia:
Aunque siempre quedaba
Presa infeliz de su fatal manía.

En posicion tan triste,
Con tales enemigos interiores
Y en hora tan temprana,
Paseaba Genaro esta mañana
Por campiña feraz que mayo viste
De césped blando y de silvestres flores.
La alegría y belleza
Que ostenta por do quier naturaleza
Sus negros y continuos pensamientos
Disipa, de sus íntimos tormentos
Su corazon librando y su cabeza.

Dulce melancolía
Prueba su corazon tan solamente,
Y dulce y melancólica memoria
De su amorosa historia
Guarda y halaga su tranquila mente.
Las palabras sabrosas
Recuerda que su amada
Le dirigió amorosas
En la ciudad, la reja ó la enramada:
Ya en misteriosa cita,
Ya en cariñosa carta,
O en oculta visita,
Que alma de amante en amorosa cuita,
De memorias de amor nunca se harta.
Y así exhalando en apenado acento
Las ideas del triste pensamiento,
Las reducia á voces
De nadie oidas, y del suave viento
Perdidas en las ráfagas veloces.
—«¡Ay, Valentina mia,
A quien espero en vida mas dichosa
Encontrar otra vez, y en mejor dia!
Solo de esta esperanza
La luz en la existencia me mantiene,
Y solo este consuelo
A darme fuerzas y valor alcanza
Para creer en la equidad del cielo.
¡Ay! qué fuera de mí si esta creencia
Dentro del corazon se me apagara,
Y contigo gozar nunca esperara
Mas larga y mas feliz otra existencia!
Imposible. Ese Dios de cuya mano
Brotó la creacion y en un instante
La alumbró con su soplo soberano,
Ese sol encendido, rutilante:
Ese Dios cuyo afan, cuyo cariño
Paternalmente cuida
Del imperfecto sér que nace niño
Sin medios de guardar su débil vida;
Que el camino señala á los torrentes
Lo mismo que á los límpidos arroyos,
Abriendo á sus vertientes
Sulcos escasos ó profundos hoyos;
Que dá á los mares y á los campos galas
Y esquisitos primores,
Criando en sus espaldas y en sus senos
Peces los unos, y los otros flores,
Perlas aquellos, nácar y corales,
Y estos rosas y pródigos frutales,
Ambos de vida y de hermosura llenos:
Ese Dios que en los cóncavos espacios
De los aires sutiles
Los astros y las ave sembró á miles,
Y en las noches oscuras
Sostiene con lazadas de topacios
Su pabellon azul en las alturas;
Que para igual destino hizo perfecto
Corazon del hombre y del insecto,
Que en ambos puso del amor la llama,
Y, al darlos una hermosa compañera,
Al hombre y al insecto dijo: ¡*Ama,*
Tuya es mi creacion, gózala entera!
Ese Dios que con término y medida
Su señalado imperio
Marcó á la muerte y concedió á la vida,
Con leyes de oscurísimo misterio;
Es imposible que lo mismo mida,
Y concluya lo mismo
Con la flor ó el insecto
Que vive ó que vejeta
Sin otra liga que el nativo afecto
Que á la tierra y raices les sujeta,
Y con el hombre á quien fatal destino
De su dicha terrena
De abrojos y pesar siembra el camino.
Es imposible, no.—Cuando él enciende
En el hombre el fanal de la esperanza,
Mas noble porvenir darle pretende,
Dicha mas perenal al hombre alcanza.»
En estos pensamientos embebido,
Se alejaba Genaro de Sevilla
Por sendero escondido
En la umbría enramada,
Y de un arroyo por la amena orilla
De césped tapizada.
Y absorto en sus ideas de esperanza,
Y seguro en la fé de su destino,
De un porvenir de amor y bienandanza
Seguia, sin pensar en su camino,
A pasos avanzando desiguales,
Ya rápidos ya lentos,
Que ciertas daban, á mi ver, señales
De su desigualdad de pensamientos.
Alzó por fin los ojos
Tras largo andar, oyendo
De agua cercana y mucha el ronco estruendo,
Y entre espesos abrojos
Y antiguas yerbas que á su par brotaron
Una arruinada ermita vió delante,
Que ya de largos años olvidada
Las lluvias y los vientos maltrataron.
No lejos de sus restos esparcidos
De musgo y de maleza revestidos,
Y de impuros reptiles habitados,
Guadalquivir corria,
Y al monumento viejo
En su fondo de arenas ofrecia
Claro y seguro, aunque voluble espejo;
Mostrando cuanto son breves y vanas
Las fortunas mundanas.
Aun quedaba en un nicho
Sobre la angosta puerta
Una imágen del Santo su patrono,
Y en la capilla lóbrega y desierta
Un giron del dosel do tuvo un trono.
Aun del altar al pié podia verse

Inscripcion imposible de leerse,
Nombres del fundador que allí yacía,
Sepultura olvidada
Como otras muchas que en redor tenia.
Contempló su interior un breve instante
Genaro, y á partir se disponia
Cuando delante de sus piés, vacía,
De la nada humanal leccion severa,
Destroncada en el polvo
Halló una solitaria calavera.
 Palideció Genaro en su presencia
Y su fé vaciló, y la duda amarga
Se alzó en su corazon, y en su conciencia.
«¿Y es esto, dijo, tras de vida larga
En lo que para al fin nuestra existencia?
¡Ay de los hombres si esto solamente
Les queda de su espíritu y esencia!»
 Y esta idea girando
En su mente exaltada
De una en otra induccion le fué llevando
En lucha pertinaz consigo mismo
Al tenebroso abismo
De una duda infernal desesperada.
 «Si esto somos no mas, triste decia,
¿Qué es de nosotros, Valentina mia?
Purísima inocente criatura,
Del Hacedor privilegiada hechura,
Que en opresion viviste y en tormento,
¿Qué premio alcanza tu virtud segura?
¿Qué consuelo á tu vida de amargura
Si eres polvo no mas que esparce el viento?»
Y esta idea fatal le amedrentaba
Y á esta idea fatal desesperaba.
 Con temblorosa mano
Y con ojos de lágrimas henchidos
Sostenia y miraba al resto humano,
Cuya faz por el polvo consumida,
Falta de voz, de aliento y de sentidos,
No podia decirle para ayuda
De su espantosa duda
El *mas allá* de la afanosa vida.
 Al fin con voz doliente y lastimera
Dijo, al polvo volviendo
La seca calavera:
«¡Ay si de aquella en cuya lumbre vivo
Y por quien ser del Hacedor recibo
Memoria fueras, último despojo,
Calavera espantosa,
¡Con cuán sagrado afan te recogiera!
Noche y dia llevándote conmigo,
Idolo de mi fé por donde quiera
Tú fueras siempre de mi amor testigo,
Tú de mi soledad la compañera,
Tú en mi desolacion mi único amigo.»
 Y fijando tristísima mirada
En el despojo yerto,
Quedó su alma un instante anonadada
En la duda por nadie penetrada
Del porvenir incierto.
Hasta que al fin lanzando
Hondo suspiro del doliente pecho,
Volvió á decir, pisando
De la capilla en el umbral estrecho:
«Quédate á Dios, giron desconocido,
Y si cerca de tí viene algun dia
El desolado espíritu perdido
Que en tu centro vivia,
Dile que busque al de mi amante hermosa
En la region oscura y misteriosa
Donde van los espíritus que tiran
La cáscara mortal que les encierra
En su penoso viage por la tierra.
Dile, dile que busque á Valentina,
Y postrado de hinojos
Ante su faz divina,
Mi soledad la cuente y mis enojos.
Dí que la ruegue por cuanto haya caro
En la region del firmamento bella
Que venga alguna véz de su Genaro
A acrisolar la fé que estriba en ella.
Que cruce el aire azul diáfano y raro
Desprendida en la luz de alguna estrella,
Y aunque en sueños no mas me de segura
Una prenda real de su ventura.»
 Y así diciendo el infeliz mancebo
Con tales ilusiones trastornado,
Saliendo del santuario abandonado
Su camino á emprender volvió de nuevo.

VI.

 De la noche de aquel dia
En muy avanzada hora
Tranquilamente Genaro
Del sueño en brazos reposa.
Ningun fatigoso ensueño
El corazon le acongoja
Ni le contrista la mente
Vision atormentadora.
Su respiracion serena,
Que igualmente aspira y toma
Con medidos intervalos,
Con inflexiones monótonas,
La paz que en aquel momento
Su triste espíritu goza
En la soledad nocturna
Bien claramente denota.
 Está la noche nublada
Y estremadamente lóbrega,
Y el resplandor de la luna
Vapores densos ahogan.
Y está su aposento oscuro,
Aunque su ventana angosta
Abierta deja Genaro
Pues le despierta la aurora.

Ni un solo rayo atraviesa
Por las infinitas bocas
Que ofrece á la luz y al aire
La única vidriera rota,
Porque abismado en sí mismo
Genaro su arte abandona
Y en el abandono vive
Desconocidas sus obras.
Pues, sin otra compañía
Que sus pesadumbres propias,
Con sus pesadumbres vive
Y sus pesadumbres llora.
Y presa de estos pesares
Que su corazon agobian,
De la escultura olvidado,
Sin emulacion, sin gloria,
Sus ahorros de Florencia
Rápidamente se agotan:
Y en una palabra, *vive*,
Mas con la miseria próxima.
Tal es en este momento
La situacion lastimosa
Del escultor, y tal era
En estas nocturnas horas
El reposo en que yacía,
Cuando aldabada sonora
Dada en su puerta, los ecos
Retumbaron de su alcoba.
Abrió los ojos pesados,
Tendió la mirada atónita
Por cuanto en torno tenia,
Mas todo en torno era sombra.
La idea de la aldabada
Aclárose en su memoria
Tras breve instante de atenta
Reflexion calculadora.
« Jurara que habian llamado,
Dijo entre sí, mas ¿qué importa?
Añadió luego, sin duda
Que de puerta se equivocan,
Número tiene la casa,
Conque que busquen la otra. »
Y al sueño tornó á aprestarse
Envolviéndose en la ropa.
Mas no bien hubo en su lecho
Tomado postura cómoda,
Cuando segunda aldabada
Hirió su puerta, y siguióla
La tercera á breve espacio
Con lo que al fin montó en cólera.
Saltó irritado del lecho
Y asomóse con faz torva
Por la ventana esclamando
Con voz enojada y bronca:
« Quién es, á quién diablos busca, »
Y otra voz dulce, armoniosa
Como el rumor de las aguas
Y el murmullo de las hojas
« Yo, » dijo desde la calle,
A cuya sílaba sola
En las venas de Genaro
Helóse la sangre toda.
Con ambas manos asidas
De su ventana ambas hojas,
Inclinada la cabeza
Para que mas prestos oigan
Sus oidos, fijo, inmoble
Tras la reja, fatigosa
La respiracion lanzando
Por la mal cerrada boca,
Con los espantados ojos
Saltándole de las órbitas,
Como escuálido fantasma
Que miedo infantil aborta,
Quedó en su reja Genaro
Sin voluntad que le acorra,
Dudando si es pesadilla
De sueño que le acongoja.
Así pasó unos momentos
Y pasara muchas horas
A no venir á sacarle
De su hondísima zozobra
Otra aldabada cuyo eco
Vibró en los espacios ronca.
Huyósele de los labios
Involuntaria y dudosa
La pregunta de *¿quién llama?*
Tan imperceptible y ronca
Que casi en sus labios mismos
El aura voraz tragóla.
Mas como si hubiera sido
Dicha con voz tan briosa
Que en grito rayado hubiera,
Obtuvo respuesta pronta.
Obtuvo un Yo SOY, GENARO,
Dicho con tan deliciosa
Modulacion, que mas era
Música embelesadora.
Era una voz de cuyo eco
Las desconocidas notas,
En vez de ahogarse en el aire,
Armonizaban la atmósfera.
Estremecidas las auras
Las llevaban de una en otra
En círculos infinitos,
En interminables ondas.
Y unos en otros nacian
Como unos tras otros brotan
Del agua en la superficie
Cuando se quiebra ó se toca.
Era una voz que se oia
Limpia, argentina, sonora,
Vagando por los espacios
Y atravesando las sombras,
Lo mismo á inmensa distancia
Que á la distancia mas próxima,

Lo mismo por las alturas
Que por las calles mas hondas.
Indefinible sonido
Que bajo una esencia sola
De la palabra y la música
Guarda las delicias todas.
Yo soy, Genaro, dijeron
Sus sílabas misteriosas,
Mas la celeste armonía
Que en el aire las prolonga
Toda una historia pasada,
Toda una futura historia
De gustos y de pesares,
De desconsuelos y glorias,
Encierra en las inflexiones
Con que la voz vagorosa
Los espacios estremecen
Con sus claúsulas armónicas.

—

Todo cuanto es, cuanto ha sido,
Cuanto ambiciona y espera
Como en ancho panorama
Concibe Genaro en ellas.
Campo vastísimo le abren
Allá en su mente revuelta
Donde lo pasado bulle,
Y sus recuerdos fermentan.
Llanura deliciosísima,
Optica espaciosa inmensa
Que alcanza su vista absorta
Desde atalaya dispuesta.
Mágico cuadro fantástico
De fertilísimas vegas,
De jardines encantados
Y montañas pintorescas.
Magnífico Eden compuesto
Con los mares y alamedas,
Los templos y los palacios
De Sevilla y de Florencia.
Del turbio Guadalquivir
Con las frondosas riberas,
Los pescadores de Nápoles,
Las lagunas de Venecia.
Esto, todo esto vé y oye
En la armonía secreta
De aquella voz celestial
Que le espanta y le embelesa.
Lo oye y lo vé iluminado
Con las fulgentes estrellas
Y el resplandeciente sol
De la esperanza risueña:
Colmado y embellecido
Con la imágen hechicera
De su hermosa Valentina
Que en todas partes encuentra.
A Valentina en el llano,
A Valentina en la selva,
A Valentina en la luz,
A Valentina en la niebla.
Su imágen todas las aguas
En su cristal reverberan,
En su murmullo su nombre
Susurran las arboledas.
Y en el delirio encantado
Que su espíritu enajena
Solo oye y vé á Valentina
En todo cuanto le cerca.
Valentina dice el aura
Que en el espacio se aleja,
Valentina dice el eco
Que en el monte la remeda,
Valentina en sus oidos
Eternamente resuena,
Y el nombre de Valentina
Que en su redor gira y rueda
En círculo eterno y mágico,
En oscilacion eterna,
Dentro de su mente nace
Y va á espirar dentro de ella.
Tal es aquella voz mística
Que del umbral de su puerta
A su enojada pregunta
Yo soy, Genaro, contesta.
Todo esto es aquella voz
Que inmóvil tras de la reja
Embebecido le tiene
Asido á entrambas vidrieras,
Sin intencion que le acuda,
Sin voluntad que le mueva
Dudando si goza ó sufre
Si está dispierto o si sueña.
De tan dulce desvarío,
De fantasía tan bella
Tras largo espacio, otro ruido
Volvió á sentir en su puerta.
Mas no retumbante golpe
De otra aldabanada recia,
No de quien entrar pretende
Clara y perentoria seña;
Sino crujido de gonces
Sobre que las hojas ruedan,
Rumor de quien fácilmente
Abre voluntario y entra.
Con grande asombro y pavura
De la ventana por fuera
Sacó Genaro á este ruido
La desgreñada cabeza,
Tendió á la calle los ojos
Por medio de las tinieblas,
Mas retiróse al instante
Apalancando las rejas.
Volvió á ocultarse en su lecho,
Y aunque enmudece su lengua,
Y aunque el aliento recoge
Bien se conoce que tiembla.

Y bien se vé que sus ojos
No engaña ilusion incierta,
Porque un ánima medrosa
Y una vigilancia atenta
Ruido de pasos cercanos
Fácilmente apercibieran,
Y aun sospecharan que alguno
Subia por la escalera.
Mas no producen sentándose
Aquellos pasos en ella
Rumor que la ira en el hombre
Escita con la sorpresa.
No es el recatado paso
De quien, caminando á tientas,
Con taimadas intenciones
Furtivamente penetra:
No es de cobarde enemigo
La desconcertada huella
Que al mismo tiempo que avanza
Preparada á huir se acerca:
No son los piés de un ladron
Que aunque adelantan recelan,
Sino la planta segura
De quien francamente llega.
Un paso medido y grave
De planta firme y serena
Pero no lenta y pesada,
Sino fácil, leve, aérea.
Al percibirla Genaro
Vecina á su estancia mesma,
Hundió, sudando de espanto,
En las ropas la cabeza.
¡Genaro! dijo la voz,
Y con su armonía angélica
Llenó el aposento opaco
Vibrando en él duradera.
Mas no respondió el mancebo,
Porque su garganta seca
Con el pavor de su alma
A la palabra se niega.
¡Genaro! tornó á decirle
Otra vez, y tan de cerca,
Que ya en el cuarto inmediato
Juzga afanoso que suena.
¡Genaro! repitió al fin
Aquella voz lastimera,
Exhalando una armonía
Tan melancólica y tierna
Que á las entrañas llegaba:
«¡Genaro mio! ¿en qué piensas?
»¿Tanta mudanza en un dia?
»Hoy has dicho á mi cabeza:
»Si fueras recuerdo suyo
»Con qué afan te recogiera,
»Y llevándote conmigo
»Noche y dia por do quiera
»De mi amor fueras testigo,
»Solitaria calavera,
»Tú fueras mi único amigo,
»Tú mi única compañera.
»Esto me has dicho, Genaro,
»En una ermita desierta;
»Y cuando tu anhelo cumplo,
»¿Te asombras y no me esperas?
»¿Te llamo, y no me respondes?
»¿Subo á encontrarte, y te encierras?»

—

Alzó la frente Genaro
Tales palabras oyendo,
Mas á nadie en torno viendo
Volvióla en la ropa á hundir,
Y á poco muy suavemente
Sintió (y con la sangre yerta)
La mal encajada puerta
De su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento
Resbalar leve ropage
Y apartar el cortinaje
De su lecho percibió.
Y al misterioso contacto
De aquel fantasma invisible,
Cambio asaz inconcebible
En todo su sér sintió.

Percibieron sus sentidos
Con esquisita pureza
Y comprendió su cabeza
Con cabal exactitud;
Y exento de la locura
Que su cerebro asaltaba,
Por vez primera gozaba
Perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento,
Sus potencias embargando,
Fué poco á poco ocupando
Su trémulo corazon,
Hasta que el santo deliquio
Cambiando su esencia impura,
Niveló á la criatura
Con la celestial vision.

Entonces de entre las ropas
Donde ocultarse creia,
Su sentido percibia;
Aunque imperfecto y mortal,
La suavísima fragancia,
El delicioso perfume
Que del Señor se consume
En la mansion inmortal.

De sus rebujadas sábanas
Por entre los claros hilos,
Vian sus ojos tranquilos
El mágico resplandor

De la mística aureola
Que la cabeza circunda,
Y el alma de luz inunda
De los Santos del Señor.

Entonces puesto al alcance
De aquella ilusion divina,
De su hermosa Valentina
Ante el espíritu fué.
Y elevado hasta el deleite
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Aunque su esencia no vé.

Vago resplandor fosfórico
Que el aposento ilumina,
Del alma de Valentina
Muestra la presencia allí.
Resplandor leve y purísimo,
Sin foco de donde radie,
No producido por nadie,
Comprendido solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningun término espira
Ni de ningun punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura
De positiva ilusion
Encuentra Genaro, y goza
Dulcemente aquella esencia,
Que presta nueva existencia,
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne,
Inesplicable, perenne,
Prueba celestial placer;
É identifica su alma
Con el sér de Valentina,
En cuya esencia divina
Nada hay ya de la mujer.

Huyeron de sus afectos,
Los deseos mundanales,
Los deleites terrenales,
La humanal inclinacion.
Del amor casto y angélico
La llama que aun alimenta,
De impuro vapor esenta,
No es llama de vil pasion.

Es de su esencia la parte
Mas bella y mas necesaria,
Como su fé solitaria,
Eterna como su fé;
Es un amor indeleble
Que Dios conservarla quiso
Cuando su alma al paraiso
Con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad,
Embebecido Genaro
En fruicion misteriosa,
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

¡Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido,
Y á los justos concedido
Únicamente por Dios!
¡Mística union de dos almas
En que, sin violencia alguna,
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos.

Y así las de Valentina
Y Genaro se comprenden,
Y solo á sí mismas tienden
De sí mismas á gozar:
Y así, sin ausilio torpe
De palabras ni sonidos
Que toquen á los sentidos,
Comunicánse á la par.

¡Ay! ¿y quién pudiera ahora
Prestar á mi lengua humana
La esplicacion soberana
De esta palabra sin voz?
¿Quién diera á mi voz terrena
Y á mi miserable pluma
La santa elocuencia suma
De esta palabra veloz?

¡Ah! yo revelara entonces
En solo un breve momento
Su divino pensamiento,
Su concepto celestial;
Y no como ahora tendria
Que emplear largo periodo
Para darla de algun modo
Una esplicacion mortal.

Mas ya que es de nuestra mente
La comprension tan mezquina,
Lo que en esa voz divina
Oyó Genaro diré;

No con los torpes sentidos
De su inútil cuerpo impuro,
Por el conducto seguro
De su enaltecida fé.

« Vive, y espera, esto dijo,
» Tras esta vida azarosa
» Otra vida hay mas dichosa
» Y otro mundo en que vivir.
» El reposo de un sepulcro
» No es el fin que nos espera,
» Esa es la puerta postrera
» Para entrar al porvenir.

» Tu adorada Valentina
» Pasado su umbral alcanza
» Sempiterna bienandanza,
» Vida eterna de placer.
» Dios por ella te perdona
» De su justicia la duda,
» Porque tu crímen escuda
» La miseria de tu sér.

» Vive, Genaro, y espera
» Y por prenda de esperanza
» De esa bienaventuranza,
» De esa cierta eternidad,
» De hoy mas, pues tú la deseas,
» La cabeza peregrina
« De tu amante Valentina
» Consuele tu soledad.

» Mientras contigo la tengas,
» Ese místico amuleto
» De tu fé será en secreto
» El irresistible imán.
» La enseña de tu fortuna,
» El íris de tu esperanza,
» De tu cierta venturanza
» El seguro talisman. »

—

Todo esto fué la palabra
De aquella celeste voz
Que en un instante Genaro
En su éstasis comprendió.
Todo esto que torpemente
Y en pesada confusion
Con tan profanos periodos
Pobremente he dicho yo,
Claro, luminoso, armónico,
Sabroso y consolador,
Sin pasar por los sentidos
Penetró en su corazon.
Omnipotente palabra
Del lenguaje creador
Que rejuvenece el mundo
En los lábios de su Dios;
De su engendradora boca
Celestial emanacion,
De su lenguaje viviente
Hálito generador,
Todo esto dijo la sabia
Palabra de bendicion
Que de la alma Valentina
El espíritu exhaló.
Todo esto escuchó Genaro
En el término veloz
Del misterio impenetrable
De aquella revelacion.
Y todo esto de tal modo
Su espíritu estremeció,
Desbordó su inteligencia,
Y esprimió su comprension,
Que sacudido hondamente
Su cuerpo no resistió
De este esfuerzo sobrehumano
La violenta crispacion.
La fuerza con que su sangre
Al pecho se le agolpó,
De fiebre devoradora
Con el insufrible ardor
Le ahogó en la garganta estrecha
La ardiente respiracion,
La luz del celeste encanto
De los ojos le robó,
Do los fallecidos miembros
El estinguido vigor,
Y todas sus facultades
De tal modo anonadó,
Que falto quedó en su lecho
De aliento y de sensacion.

—

Aun pudo muy débilmente
Percibir el resplandor
Que iluminaba el espacio
Al huir la aparicion.
Aun en su mente asombrada
Un momento se pintó
De su bella Valentina
La purísima ilusion,
Y aun su sien calenturienta
Lijeramente oreó
Al elevarse en los aires
Con sus alas de crespon.
Mas todas estas visiones
Sin voluntad ni color,
Cruzaron su fantasía
En apiñado monton,
Como vagabundas sombras
De ensueño fascinador
Que se perciben apenas
Desvaneciéndose en pos.
Hasta que al cabo volviendo
A su reposo anterior,
Cayó en su sueño tranquilo
Poco á poco; y se volvió

A oir en el aposento
Del olvidado escultor
El monótono murmullo
De su igual respiracion.

VII.

Rayaba apenas en el cielo el dia,
Y entre nubes de azul púrpura y grana
La cenicienta claridad tendia
De la primera luz de la mañana.
Para gozar sus rayos bienhechores
Entreabrian sus cálices las flores,
Manso alzaban las ráfagas murmullo
En la hojarasca espesa,
Y á su tranquilo y deleitoso arrullo
Despertaban los tardos ruiseñores.
Todo era calma, y resplandor, y vida,
Por la fértil llanura,
Y la tierra en las sombras adormida
Tornaba á despertar juvenecida,
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.
Del oscuro aposento de Genaro
Por la rota ventana,
La claridad temprana
Penetrando pacífica y tranquila
Hirió, cobrando resplandor mas claro
Del desvelado mozo la pupila.
¡Oh! y fatigado de nocturna vela
Y por ensueño místico agitado,
La recoje el mancebo alborozado,
Con ojo avaro y delicioso empeño,
Porque la vista de la luz consuela
Las oscuras memorias de su sueño.
Tendió á la reja el brazo,
Y abriendo las maderas
Del cielo de Sevilla vió un pedazo
Al mirar á traves de las vidrieras.
Brotó en sus lábios celestial sonrisa
Y la luz del placer brilló en sus ojos,
Y ante el único Dios sumo é inmenso
De quien la gloria y magestad divisa,
Tras el azul estenso
Postróse humilde y le adoró de hinojos.
Llegó á el embriagando sus sentidos
El blando soplo de la fresca brisa,
Y en ella los perfumes recogidos
Al tocar, entre ramas olorosas,
Blancas acacias y encendidas rosas
En los vergeles por abril floridos.
Llegó á él el murmullo deleitoso
De los copados árboles vecinos
Donde el gorrion inquieto y receloso
Pios lanzaba pretendiendo trinos.
Llegó hasta él el son de la campana
Que el alba anuncia, y á asistir convoca
A la misa temprana,
Y las pisadas rápidas ó graves
De vecinos asaz madrugadores
Que abriendo puertas y volviendo llaves,
Ya siervos, ya señores,
Iban á sus recreos ó quehaceres,
Cumpliendo su destino ó sus placeres.
« Hermoso dia! » murmuró Genaro,
Y al avanzar su cuerpo en la ventana,
Todo en su mente despertóse claro
El nocturno pavor, la bella historia
De la vision aérea y soberana
Que abrió en su corazon y en su memoria
Un santuario al amor, y otro á la gloria.
Sintió dentro de sí de fé sincera
Y de noble ambicion brotar ardiente
Un manantial inmenso;
Y cual se lanza el águila altanera
Que los aires cruzando indiferente
Busca ambiente mejor, mejor esfera,
En que su osado corazon aliente,
Así Genaro remontóse en alas
De inspiracion valiente
Y por primera vez juzgó su pecho
A su gran corazon ámbito estrecho.
Del sacro fuego á la insufrible llama
Dentro dél se encendió la sed de fama:
Se alzaron en un punto en su memoria,
Fidias y Praxiteles,
Coronados de gloria
Y en tronos de laureles,
Y al impulso violento
De claro é inspirado pensamiento
Empuñaron sus manos los cinceles.
« Sea! esclamó, de mi cincel fecundo
Los vigorosos trazos
Quiero que adore el asombrado mundo:
Y aun cuando el fuego de mi amor ignore,
Quiero que aborto de mis diestros brazos
La bella efigie de mi amor adore.»
Y con osada mano
Hiriendo el mármol mudo,
Iba tornando en rostro soberano
La tosca forma del peñasco rudo.
Iban bajo el cincel apareciendo
Los contornos suaves
De la cabeza hermosa
De una vírgen modesta y candorosa:
En cuya casta frente,
En cuyos labios que orla dulcemente
Sonrisa cariñosa,
En cuyos ojos que á la tierra inclina
Con modesta mirada,
Revelándose va la faz divina
No como él débil escultor quisiera
De su hermosa y perdida Valentina,
Sino la faz modesta y venerada
De la madre de Dios inmaculada.
Y segun el contorno apareciendo

Iba del rostro santo,
Del profano escultor iba creciendo
El misterioso espanto.
La osada inspiracion su mano guia,
Mas el hierro á la mano no obedece,
Y rebelde el cincel á su porfía
No traza los contornos que apetece,
Y la sagrada imágen de María
De su hermosa en lugar solo aparece.
Pura, casta, esplendente, y perfectísima,
La célica escultura
Pieza salió maestra y hermosísima.
Desmintiendo de humana criatura
Ser obra, ó concepcion; soplo divino
Animaba su mármol insensible;
Y el rostro peregrino
Radiaba aun mas allá de lo creible
La virtud y pureza
Del sér hermoso de quien es trasunto
La marmórea cabeza,
Sin concepcion creada en solo un punto.
Contemplábala trémulo el artista,
Sin concebir apenas
El prodigio que alcanza con su vista,
Y sentia la sangre por sus venas
Abrasada correr, y allá en su mente,
Sentia al par bullir confusamente
Con íntima amargura
El fantasma fatal de su locura.
«Loco estoy, esclamó con voz rabiosa.
Sí, loco, vive Dios! pues ya no veo
Lo que hay delante de mi vista ansiosa
Ni mi mano incapaz es poderosa
De trazar mi recóndito deseo.»
Y con el mudo mármol encarándose,
El cabello y la faz, dijo, mesándose:
«¿Porqué, piedra traidora,
Lo que sin entusiasmo hice mil veces
Con mas profunda inspiracion ahora
Te marca mi cincel, no lo obedeces?
¡Qué me importa esa obra peregrina
Que acaso me grangeara una corona
Sino es lo que yo quiero una Madona
Si no un retrato mas de Valentina?»
Y á impulso del coraje que le inflama
El profano deseo no alcanzado
Dos encendidas lágrimas derrama
Que en el rojo carrillo
Le dibujan un sulco amoratado.
En esta situacion, y en tal momento
Le sacó de su amargo arrobamiento
El paso acelerado
De un hombre que subia
Por la escalera que á su estancia guia,
Y un acento para él bien conocido
Que gritaba su nombre y su apellido.
Lanzóse hácia la puerta,
Mas antes que llegara, el picaporte
Arrancado de un golpe, vióla abierta,
Y con galan y cortesano porte,
Traje vistiendo decoroso y rico,
Presentóse á sus ojos Federico.

Genaro. Federico!
Federico. Genaro!
Los Dos. Mas ¿qué es esto?
Genaro. ¡Tantas galas en tí!
Federico. ¡Tú en tal pobreza!
Genaro. ¿Es ya muerta tu madre?
Federico. Por supuesto.
Mas viene de otra parte mi grandeza.
Pero á fé que me espanta y maravilla...
Genaro ¿esto es estudio ó es boardilla?
¿De qué te sirven viages y escultura?
¿No se aprecian tus obras en Sevilla?
¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza
¿Es especulacion ó es desventura?
¿Qué te falta, Genaro?
Genaro. ¡Ay! la cabeza.
Federico. ¿Otra vez?
Genaro. Otra vez mi ruin locura
Me acosa mas temible y mas funesta.
Federico, y morir solo me resta.
Federico. ¿Morir? ¡voto va Dios! y esa María
Que veo al concluir, del genio aborto,
Que la pasada edad envidiaría
Y que Canova contemplara absorto?
Genaro, esa Madona es un prodigio;
Quien puede con sus manos
Crear esos prodigios sobrehumanos
Puede servirse de cinceles de oro,
Y en la historia dejar grande vestigio
Y abrir bajo sus plantas un tesoro.
Genaro. Pura casualidad; ¡ay Federico!
Eso, de quien encumbras la escelencia,
Una prueba es no mas de mi impotencia.
Un busto de mi amor hacer queria,
Y cuanto mas en ello me empeñaba,
Mas la madre de Dios aparecia
Y mas de Valentina se alejaba:
A la mano el cincel no obedecia,
Y lo que quiso ser, fué.
Federico. Cosa brava!
Mas dime, aquella caja tan preciosa,
¿Qué contiene?
Genaro. Qué caja?
Federico. Esa que tienes
Al lado de tu cama.
Genaro. No la he visto.
Federico. Tu locura á fe mia es muy donosa,
Con burlas te me vienes!
¿La tienes en tu propia cabecera
Y no sabes siquiera
Lo que guardas en ella, vive Cristo?

Genaro. No la vieron mis ojos hasta ahora,
Te lo juro en verdad.
Federico (tomándola). Y como pesa!
Genaro. Cielos y qué primor! qué encantadora
Labor! ponla por Dios sobre la mesa.
Federico. Abre bien la ventana.
Genaro. ¡Jesus qué obra tan bella y tan prolija!
Federico. ¡Ah, farsante Genaro,
Cual se confiesa de tus manos hija
En el trabajo minucioso y raro!
Genaro. Te juro, Federico...
Federico. Bah! no mientas,
¡Ola! y está á manera de santuario
Cerrada por doradas puertecillas.
Genaro. ¡Qué mezcla de materias opulentas!
El ébano, el márfil, la concha, el oro...
Federico. Genaro, esta cajita es un tesoro.
Ahora ya concibo tu pobreza:
Dentro de esta cajita has apilado
Cuanto oro con tus obras has ganado:
Abrela pues, veamos tu grandeza.
Y con dulce sonrisa esto diciendo
Federico á la caja abrió el candado
Y el ojo ansioso á su interior tendiendo
Quedaron sin aliento una gran pieza;
Y al dar Genaro en tierra desplomado,
Esclamó Federico: «¡Es su cabeza!»

—

Pálido, roto el aliento
En la mal cerrada boca,
Inmóvil como una roca
El pobre escultor quedó:
Y en la cabeza fijando
La sorprendida mirada,
En sonora carcajada
Federico prorumpió.

«¡Valgate Dios por amante,
Siguió diciendo á Genaro,
Que ha de ser pobre es bien claro
Que su hacienda emplea así.
¡De plata has hecho su busto!
¡Ya se vé! para fundirla
Tuviste que reunirla
Viviendo en Sevilla así.

«¡Voto á san Judas, Genaro,
Que es una insigne locura
Gastar en una escultura
Un hombre todo su haber!
Si el afan de esa memoria
Aun te atormentaba el pecho,
De mármol hubieras hecho
El busto de esa mujer.

»¿Qué mas vale esa memoria
Hecha en plata que en madera?
¿Su imágen misma no fuera
Leño, mármol ó metal?»
Así Federico hablaba,
Mas Genaro no le oia,
Que el alma absorta tenia
En el busto celestial.

Y era en efecto su busto,
Era su imágen divina,
De la hermosa Valentina
Completo el trasunto fiel.
Era su busto hechicero
Labrado en maciza plata,
Cuyo primor le arrebata
Obra de inmortal cincel.

Jamás del hombre impotente
Acertó á crear la mano
Portento tan soberano
De retrato mas cabal.
Nunca el pensamiento pobre
De sér de mujer nacido
Concebir ha conseguido
Ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones
En la argentina cabeza;
En semejanza, en belleza,
No es la copia, es la verdad.
No tiene el contorno duro
Que tienen las esculturas
Obra de las criaturas,
Su fria inmovilidad.

No; sus contornos despiden
Leve vapor, los circunda
Vaga luz, que les inunda
En gracia, en vida, en calor.
Se percibe al acercarse
El grato olor del cabello
Cuyos rizos de su cuello
Ondean en derredor.

Se vé que sus bellos ojos,
Aunque hechos de plata dura
Como toda la escultura,
Reciben la claridad.
Y parece que en su centro
Reside aun, goza existencia
La mortal inteligencia
De su muerta humanidad.

Parece que aun sus oidos
Están á la voz abiertos
Y los vocablos inciertos
Van de su labio á salir:
Y el cuerpo, detras del busto
Tal vez Genaro imagina

Que va á sacar Valentina
Para volver á vivir.

A este dulce pensamiento
Su corazon inflamado
Todo su cuerpo agitado
De convulsivo temblor,
De su Valentina hermosa
Fijo en la imágen estaba,
Y la insensata esperaba
Realizacion de su amor.

Con desiguales intérvalos
Lanzaba el fogoso aliento,
Y el pecho calenturiento
Se le hinchaba al respirar:
Y se le alzaba y sumia
De su amor con la tormenta
Cual su balumbo acrecienta
Bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,
Y absorto de cuanto via
Su éstasis no comprendia
Ni su estraña agitacion.
Mas al ver su arrobamiento
Ante la bella escultura,
La fé de pasion tan pura
Respetó su corazon.

Interrumpir el silencio
No osó el mozo atolondrado,
Y permaneció apoyado
En el brazal del sillon:
Y los ojos de Genaro
Siguiendo su propia vista,
Respetaba del artista
La sublime inspiracion.

Este, parece que á alcance
De alguna ilusion divina
Tras la faz de Valentina
Ante su espíritu esté;
Y elevado hasta la dicha
De su bienaventuranza,
Su presencia real alcanza
Y su misma esencia vé.

Y hasta el mismo Federico
Profano á tan gran misterio
Se ve sujeto al imperio
Del deliquio celestial.
Y en el busto que contempla
Con dulce é íntimo goze
A su pesar reconoce
Poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico
El santuario ilumina
Do el busto de Valentina
Está, y su ser se vé allí
Como luz ténue y purísima
Sin foco de donde radie,
No producida por nadie
Comprendida solo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
Estendida y trasparente,
Desvanecida igualmente
Del aposento en redor,
Que en ningun término espira
Ni de ningun punto emana,
De una tranquila mañana
Semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
Bañado en su esencia pura,
Un manantial de ventura,
De positiva ilusion
Encuentra Genaro y goza
Dulcemente aquella esencia
Que dá una nueva existencia
Nuevo sér al corazon.

En el espacio tranquilo
De aquel éstasis solemne
Inesplicable, perenne,
Goza celestial placer;
É identifica su alma
Con el sér de Valentina
En cuya esencia divina
Vé al amor, no á la mujer.

Y de este amor perfectísimo
En los deleites perfectos,
En los divinos afectos,
En la santa realidad,
Embebecido Genaro
Y en fruicion misteriosa,
Con Valentina reposa
En invisible unidad.

Misterio que solamente
Concebir Dios ha podido
Y á los justos concedido
Unicamente por Dios;
Mística union de dos almas
En que sin violencia alguna
Gozan entrambas en una
Todo el placer de las dos.

Ante este oscuro y recóndito
Misterio del alma calla
Y con su razon batalla
Federico, sin caer
En lo que tanto Genaro
Goza embebecido ahora
Ni en lo que en el busto adora
Si al arte, ó á la mujer.

Tal vez sospecha que vuelve
A su pasada locura
Contemplando la hermosura
De aquel busto de metal,
Y sospecha que esta caja
Donde encierra cuanto adora
Es su caja de Pandora,
Donde él custodia su mal.

Por fin tras largo silencio
Aquel triste objeto caro
Iba á apartar de Genaro
Movido de compasion,
Cuando él del sillon de cuero
Alzándose de repente
Esclamó con voz potente
Y acento de inspiracion:

«¡Ea! ya luce mi estrella
De bienandanza y de gloria;
Iluminado por ella
Seguro de hoy mas iré:
No habrá mar que se me oponga,
No habrá sima que me espante,
Marcharé siempre adelante
Con las alas de mi fé.

»Sí, dichosa Valentina,
Ya no hay desdichas que tema:
En esta noche suprema
Sopló tu espíritu en mí.
Yo oí la palabra santa
Con que una ofrenda me hiciste,
Y á fé que me la trajiste
Preciosa y digna de tí.

»Federico, en este punto
Mi nueva existencia empieza,
Gloria, tesoros, grandeza,
Cuanto ambicione tendré.
Esta divina escultura
Que crees obra de mi mano
De mi sér guarda el arcano,
De los cielos obra fué.

»Y mientras guarde conmigo
Este místico amuleto,
De mi fé será en secreto
El indestructible imán:
La enseña de mi fortuna,
El iris de mi esperanza,
De mi cierta venturanza
El seguro talisman.»

Nada entendió Federico
De esta arenga inesperada,
Sin duda no entendió nada
Pero con asombro vió
Que en vez de volver Genaro
A su acceso de locura,
Con mano firme y segura
Su mazo y cincel asió.

De su empezada Madona
Púsose al punto delante
Y vió de uno en otro instante
La creacion aparecer,
Bajo la brillante forma
De una María sublime,
Qué á su casto pecho oprime
El Dios niño á quien dió el sér.

Brotaron bajo sus golpes
Los contornos peregrinos
Y los misterios divinos
Del arte en su escelsitud;
Y en el mármol insensible
Parecieron las señales
De los gozes inmortales
De santa beatitud.

Y el recato y la pureza
Y la inocencia y la calma
Que albergó dentro del alma
La que jamás delinquió
Poco á poco fué mostrando
En su rostro y su postura,
La bellísima escultura,
Que el genio audaz concibió.

Y en verdad, lector benévolo,
Que fuera terquedad fátua
La de pintarte una estátua
Que no hemos visto jamás:
Figurate tú un prodigio
Del genio humano y del arte,
Y escuso de ponderarte
Lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo
Del escultor de Sevilla
Fué su obra una maravilla,
Fué su primer escalon
Para subir á la cumbre
Del alcázar de su gloria;
Pero lector, no es mi historia
De escultura esposicion.

Preconizar no me incumbe
Del arte las escelencias,
Tócanme las consecuencias
De esta escultura esponer,
Las relaciones que tuvo
Con la historía de Genaro.
Y estas verás, lector caro,
En lo que vas á leer.

—

Eran diez meses despues,
Y las diez de una mañana
Del revuelto mes de marzo:
Y en una anchurosa estancia
Que seis opuestos balcones
En luz todo el dia bañan,
Y que adornan por do quiera
Preciosos lienzos y estátuas:
Y en cuyo centro, de mármol
Un velador se levanta,
Sobre el cual, y bajo un velo,
Hay colocada una caja
Que en la materia y la forma
De que es hecha y trabajada
Parece que encerrar debe
Alguna preciosa alhaja:
Sentados están dos mozos
Que con aquestas palabras
En este momento siguen
Conversacion empezada.

El Uno. Pues, señor, todo eso es cierto,
Y es cosa en verdad que pasma.
El Otro. Pues la cosa es muy sencilla.
El Primero. No la veo yo tan clara.
El Segundo. ¿No ves el dedo de Dios!
El Primero. Déjate de bromas.
El Segundo. Calla
Si tu corazon rebelde
Se niega á creer, y guarda
Tu incredulidad ímpia
En el fondo de tu alma.
El Primero. Vaya, perdona, si á ofensa
Mis palabras dieron causa.
El Segundo. No toques nunca ese punto,
Y la llevas perdonada.
El Primero. Cambiemos pues de argumento.
¿Sabes que hoy dia no se habla
Mas que del lujo estremado
Con que vives y que gastas?
El Segundo. Donde hay del cielo una prenda
Tan rica y tan soberana
Como la que esa cajita
Dentro de su seno guarda,
Preciso es que todo muestre
Que el don divino se acata:
Y aunque mas merece, al menos
El decoro no le falta.
El Primero. Sí, pero el vulgo murmura,
Que tus razones no alcanza.
El Segundo. Tranquila está mi conciencia:
El oro que me costaron
Los muebles y los tapices
Con que engalano mi casa
Débolo solo á mis manos,
Y el pobre que lo reclama
En nombre del Sér supremo
Y de su miseria, lo halla.
¿De qué pues murmura el vulgo?
El Primero. A orgullo escesivo achaca
La soledad en que vives,
La austeridad que acompaña
Tu semblante cuando escuchas
Y tus frases cuando hablas.
El Segundo. Yo trato á quien me visita
Como es justo que lo haga
Con quien á honrarme se acerca
O de mi amistad se agrada.
Trato con respeto y mucho
A quien trabajo me encarga,
Pues con el trabajo vivo
Que con sus monedas paga.
Si no me doy á las fiestas,
A los paseos y farsas
Y al estrépito del mundo,
No alcanzo porqué lo estrañan.
Mis obras son infinitas,
Y siempre el tiempo me falta
Para cumplir como debo,
Trabajando la jornada
Toda entera, mientras dura
La luz que me es necesaria.
El Primero. Ya..... pero.....
El Segundo. Pero ya entiendo;
Hay de vagos una cáfila
Que diz que me conocieron
Y me amaron en mi infancia,
Que anduvieron á mi escuela
O cosa que se lo valga,
Que quisieran que yo hiciese
De mi estudio una posada.
Que anduvieran largamente
La botella y la baraja,
Que hubiera mozas acaso
Nada esquivas, que hubiera armas
Con que armar ruido y pendencias
Y desórden..... ¡Noramala!
El Primero. Pero hay muchos que te admiran,
Que hicieran de buena gana
Contigo amistad, y me honran
Con la suya noble y franca.
El Segundo. Sí, sí, Federico mio,
A tí te harán mucha gracia
Tus amigos, mas ¿qué quieres?
A mí no me gustan nada.
Son todos, y en paz sea dicho,
Como eres tú mismo.
El Primero. Vaya.
El Segundo. Sí, lo que yo en tí tolero
Porque te amo con el alma
Fuérame en ellos muy duro
Presenciar con tolerancia.

Si tú pierdes tu dinero
Y pingüe herencia malgastas,
De tu tio la heredastes,
Y de tí nadie la aguarda.
Si abusas de los licores,
Y con lengua acalorada
Ruido y pendencias provocas,
De ellas tus manos te sacan.
Y en fin, á tí te divierte
Tal vida, y así la pasas.
El Primero. Mas si el despecho y la envidia
Sus corazones minora
Y enemigos te se hicieran,
Y la turba deslenguada
Interpretando tus hechos
Menoscabase tu fama.....
El Segundo. Federico, si á mi honra
Injustamente tocaran,
Dejara el cincel mi mano
Por la pistola ó la espada,
Y á meterles volvería
Lo dicho por la garganta:
Porque el cristal de la honra
Vapor no admite ni mancha.
El Primero. Pues mira, Genaro, creo
Que, ya que así me desairas,
Para olvidar el desaire
Me vendrá pintiparada.....
El Segundo. Una botella, ¿no es eso?
El Primero. Cabal. Con vino se apaga
El fuego de los pesares.
El Segundo. Igual consecuencia sacas
De todo cuanto sucede.
El Primero. No me prediques.
El Segundo. Destapa.
Y poniéndole en la mano
Una botella lacrada
Volvió Genaro á su asiento,
A su cincel, y á su estátua.

—

Y así víven los dos, y así la vida
Para entrambos á dos dichosa corre:
Derrochando su herencia Federico,
Conquistando Genaro oro y renombre.
Amigos de la infancia, aun alimentan
Dentro del corazon su llama noble,
Y recios se conservan todavía
De su franca amistad los eslabones.
Víctima de recónditos pesares,
O embebecido en celestiales gozes
Solo es el mismo para él Genaro,
Para el resto del mundo es otro hombre.
Severo, indiferente y silencioso
De virtudes austéras, no responde
Su corazon de las pasiones viles
A la traidora voz y halago torpe.
El santo talisman que le protege
Fé le infunde y virtud, y dia y noche
Al pié del talisman duerme ó trabaja
Y su poder celeste reconoce.
En misteriosa union identifica
Su sér con otro sér que allí se esconde,
Y del busto de plata en la presencia
Se encanta con divinas ilusiones.
De purísimo amor dulces miradas
Halla en sus ojos de metal inmobles,
Y en los labios del busto misterioso
Gratos acentos y murmullos oye.
Las gracias de su muerta Valentina
Vivas, puras encuentra en sus facciones,
Y sea realidad, sea demencia,
Renueva en aquel busto sus amores.
Su presencia le dá nuevo entusiasmo,
Nuevo amor á la gloria, audacia doble;
Y ardiente inspiracion dá á sus cinceles
Mágico acierto en mármoles y bronces.
Basta para que emprenda árduas fatigas,
Para que el tiempo y el trabajo arrostre,
Que el argentino busto ante sí vea,
Y que mas recompensa no ambicione.
No tiene otra ilusion ni otra apetece
Toda en la imágen su atencion se absorve
Cual si fuera su misma Valentina,
Y todo á su memoria lo pospone.
Y acaso el soplo del Señor alienta
En aquel talisman, y á las regiones
Etéreas su espíritu levanta
Por cima de los astros y los orbes.
Fuente de luz y manantial de vida
Para el amante mozo, el velo rompe
De su terrena humanidad y su alma
En el dintel del paraiso pone.
¿Y qué es la inspiracion? ¿quien da á su vuelo
El recio impulso gigantesco, enorme
Con que se alza el artista y el profeta
Sobre el polvo del tiempo y las naciones?
¿Qué es mas que una ilusion? menuda chispa
Que en su mente febril brotando informe
Llega á hoguera voraz; grano de arena
Que empieza en grano y que concluye en monte.
Y así viven los dos; y así la vida
Para Genaro y Federico corre;
Y derrocha su herencia Federico,
Y conquista Genaro oro y renombre.

—

Del revuelto mes de marzo
En la mitad de una tarde,
De sobremesa ambos mozos
Familiar plática traen.
Con lisonjera sonrisa
Y cariñoso semblante,
Oye en silencio Genaro

Los desatinados lances
Que Federico le cuenta,
Entre los vapores suaves
De su botella y su pipa
Que le exaltan por instantes.
Porque Federico ahora
Que herencia considerable
Goza, con todos los vicios
Estrecha las amistades.
Pero poco acostumbrado
A sus resultas fatales,
Aun le turba la cabeza
La botella, y aun le hace
Mucha saliva el tabaco,
Y aun entre las redes cae
De una cortesana astuta
Como bien se las prepare.
Por eso inconsiderado
Afecta por todas partes
Las estragadas costumbres
De los altos personages.
Levántase á medio dia,
Come á las seis de la tarde,
Y en la mayor parte de ellas
Concluye con embriagarse.
No como el vulgo soez
Que dá consigo en la calle,
Sino como el vulgo noble
Aristócrata, elegante.
La embriaguez no le produce
Mas efecto que alegrarle,
Dar mas fuego á sus pasiones,
Y á sus palabras mas sales.
Acrecienta su valor
Y le enardece la sangre,
Doblándole la aficion
De aventuras y de lances.
En tal situacion, y en esta
Disposicion formidable,
Entreverando los sorbos
De risa con los arranques,
Y las bocanadas de humo
Que de los labios le salen,
Hablaba el buen Federico
Y el escultor escuchábale.
Llegaban á la mitad
De una aventura agradable
Que aumentaba de Genaro
La risa con cada frase,
Cuando en la puerta del cuarto
Un criado presentándose
Anunció un desconocido
Y dijo el dueño: « Que pase. »
Calló Federico entonces,
Tomando esterior mas grave,
Y levantóse Genaro,
Componiendo su semblante.
Pareció á poco el incógnito
Que era un viejo respetable,
Aunque habia en su persona
No sé qué de repugnante.
Eran blancos sus cabellos
Y negro todo su traje;
Persona de distincion
Segun esterioridades.
Entró en la estancia con calma,
Friamente saludándoles,
Y preguntó: » ¿Un profesor
De escultura que...
— Delante
Le teneis, buen caballero, »
Dijo Genaro inclinándose.

El Viejo. ¡Ah! ¿sois vos?
Genaro. Yo soy, sentaos:
¿Y qué teneis que mandarme?
El Viejo. Tal vez será muy difícil
Mi encargo.
Genaro. Si es de mi arte,
Confío en llevarlo á cabo.
Viejo. ¡Oh vuestra fama es muy grande!
Todo el mundo me lo afirma,
Y vuestras obras son tales
Que.....
Genaro. Apartemos, caballero,
Corteses urbanidades.
Viejo. Escuchadme, pues. Quisiera
Describiros el semblante
De una muger, que ya es muerta,
¡Válgame Dios, y era un ángel!
Yo os diría una por una
Sus señas y cualidades,
Y vos haciendo un bosquejo.....
Genaro. Caballero, eso no es fácil,
Pues todos los rostros tienen
Tan diferente carácter,
Que aunque fueran las facciones
A la descripcion iguales,
Tal vez la espresion saldria
De la verdad muy distante.
Viejo. Yá yo me lo imaginaba.
Genaro. En fin, podemos, si os place,
Vos ir diciendo, y yo á un tiempo
Dibujar y á ver si sale.
Vos mirareis mi dibujo
É ireis diciendo: *Mas grande*,
Mas pequeño, mas abajo,
Mas atrás, mas adelante,
Yo iré corrigiendo al punto
Y haremos lo que se alcance.
Federico. Pues no va á ser mala droga!
Aunque estés toda la tarde
Y hasta la tarde del juicio,
Apuesto que no lo haces.
Viejo. Sois tambien pintor?
Federico. Tambien.

Viejo. Mis ofertas son iguales
Para ambos, si vos lo haceis
Yo os daré.....
Federico. ¿Yo? Pues ya es fácil!
Aunque me dierais mas oro
Que lo que en la plaza cabe.
Viejo. Porqué?
Federico. Porque á mí me sobra,
Y no prostituyo el arte.

Y así hablando Federico
Volvió la copa á llenarse
Y echó tabaco en la pipa
En la silla arrellanándose.
Con el semblante encendido
Quedóse el viejo mirándole;
Pero Genaro en tal punto
Le dijo: « Cuando gustareis. »
Sentóse el viejo á su lado
Y las señas apuntándole,
Del retrato que se intenta
Empezó á dar semejantes.

El Viejo. Una cabeza pequeña,
Dividido en dos mitades
El cabello, y hecho rizos
En torno al cuello tornátil.
Perfectamente. La frente
Serena, espaciosa; que alze
Un poco menos el pelo.
Así..... seguid.
Genaro. Adelante.
El Viejo. Cejas arqueadas, abiertas
Sin entrecejo: ojos grandes
Rasgados, negros y un poco
Melancólicos y graves.
Largas pestañas. Soberbio!
Perfectamente! Cabales!
Genaro. ¿Se parecen á los suyos?
El Viejo. Parece que estais copiándoles.
Genaro. Seguid, seguid.
El Viejo. Un poquito
Ojerosos, nada casi.
Perfectamente. Amiguito
(*A Federico con aire de triunfo.*
Vuestra apuesta está en el aire.
Federico. Con qué va saliendo?
El Viejo. Vaya
Y perfecto.
Federico. ¿Sí eh? ¡Que diantre!
(*Fumando con indiferencia.*)
El Viejo. ¿Está? (*á Genaro.*)
Genaro. Continuad.
El Viejo. Nariz
Griega, de un perfil muy suave,
Boca un poco desdeñosa.
Genaro. ¿Así?
El Viejo. Así.
Genaro (*agitado*). ¿Contorno fácil
En los carrillos?... dos hoyos
Que al sonreirse se hacen
Graciosísimos?... la barba
Con dos pequeños lunares
Que apenas se vén?
El Viejo. Cabal.
¿Pero que os dá? con el lapiz
Vais arañando el papel:
Vais el bosquejo á borrarme?

Así esclamaba el anciano
Al dibujo abalanzándose,
Mientras Genaro convulso
Se agitaba dibujándole.
No le rompais, le gritaba
El viejo trémulo: « Dádmele,»
Y Genaro con voz ronca
Sofocada y anhelante
«¿Es eso?» gritó, el retrato
De su querida mostrándole.
« ¡Es ella! es ella! esclamaba
El viejo, pero mas grande,
De bulto es como lo quiero.
—Sí, vive Dios (levantándose
Gritó Genaro), os comprendo,
Quereis un bulto palpable
Que os presente superficie
Para abrazarle y besarle.
¡Ira de Dios! ¿esto, es esto
Lo que quereis? » y agarrándole
Por las muñecas llevóle
De su talisman delante.
Abrió furioso la caja
Y ¡ó pasmo! en lugar de hallarse
Con la cabeza de plata,
Hallaron bañada en sangre
La propia de Valentina;
Su aparicion formidable.
«¡Mi pupila!» esclamó el viejo
Aterrado arrodillándose.
« ¡El juez! esclamó Genaro,
¡Eres tú, tú miserable
Su asesino! Sí, sí, el cielo
Te ha echado al rostro su sangre! »
Y cayó desvanecido
Sin voz, y sin vida casi.
Duró el silencio un momento
Hasta que al fin levantándose
Se avanzó el viejo á la puerta,
Mas Federico atajándole
Le asió del cuello diciéndole:
« Conmigo irás, miserable,
Yo te llevaré arrastrando.
—¡Adónde!
—A los tribunales. »

CONCLUSION.

Dicen que el escultor se sintió herido
De enfermedad mortal desde aquel dia,
Y á la par que su aliento se estingüia
Menguaba su sangriento talisman.
Su amigo revolvió toda Sevilla,
Y á Genaro llevó cinco doctores,
Mas á pesar de ser de los mejores,
Inútil fué por fin todo su afan.

Genaro sin dolor y sin angustia,
Se consumia lenta y dulcemente,
Como se estingue el agua en una fuente
En el árido estío abrasador.
Ni drogas, ni remedios admitia,
Y con el mal oculto no atinando,
Del lado del enfermo retirando
Poco á poco se fué cada doctor.

Y un dia que miraba Federico
Desde el balcon la plaza, de repente
Gran tropel de soldados y de gente
Vió por un callejon desembocar.
Era una *ejecucion*. Venia el reo
Sobre un asnillo viejo maniatado,
Y un monge carmelita iba á su lado
A quien no quiere el réprobo escuchar.

Sorbióse Federico un ancho vaso
De esquisito Jerez que á mano estaba,
Y la escena confuso contemplaba
Al reo imaginando conocer.
«¡Voto á Dios! (esclamó, cuando subiendo
»Clara su forma vió sobre el suplicio)
»Es el tutor!.... ¡pardiez! y está muriendo
»Como un págano vil... ¡Como ha de ser!

»Yo quise que sus crímenes pagara
»Como era justo, pero si él no quiere
»Morir como hombre y como perro muere,
»Allá se las avenga el confesor.»
Y esto al decir, para borrar la odiosa
Repugnante vision del triste caso,
Echóse á pechos el segundo vaso,
Sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al espirar el reo,
Cruzando el aire trasparente y claro,
Las almas del tutor y de Genaro
Fueron al tribunal de Jehová.
Un meteoro impuro en sus vapores
El ánima del viejo conducia,
Y de Genaro el ánima subia
Cual nube blanca que en el viento vá.

Por la estraña vision sobresaltado,
Rápido fué del escultor al lecho,
Mas vida ni calor halló en su pecho,
Ni encontró junto á él su talisman.
Y á pesar del licor que le turbaba,
Encima de sus míseros despojos
Llanto vertieron sus hinchados ojos,
Prensó su pecho doloroso afan.

Jamás supo esplicarse aquella idea:
Y él hundió en el misterio mas profundo
Como salió Genaro de este mundo
Y el *talisman* de plata de una vez.
Y siempre que en su mente la memoria
De la vision fatal se renovaba,
Dudando de sí mismo murmuraba:
«*¡Los demonios tenia aquel Jerez!*»

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A DON CARLOS LATORRE.

Querido amigo,

Hé aquí estendido sobre el papel el pensamiento del talisman, de que tanto te pagaste cuando te lo anuncié. A tí pues va dedicado como pequeña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que lo escrito te agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconséjote de camino, que no hagas caso del sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien sea prólogo, ó bien epílogo, siempre será la espresion sincera del cariño que te guarda tu buen amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

EL MONTERO DE ESPINOSA.

LEYENDA HISTÓRICA.

Lector, si haces memoria
Y mis leyendas por fortuna mia
Has leido algun dia,
Recordarás la historia
De una linda francesa
Que á Búrgos traje para ser condesa.
De ella te voy á hablar, pues aunque entrada
En el sétimo lustro de su vida,
Todavía era hermosa, y muy querida,
Y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente á España
Sino enemiga, á la verdad estraña.
Que aunque es la patria tan abstracta cosa
Que á gozarla jamás ninguno llega,

Allá á su modo cada cual la juega
Cual la vé para sí mas ventajosa.
El mas pobre mendigo
En su miseria por lo menos quiere
De su patria el amor llevar consigo,
Aunque sea no mas para testigo
De que en su patria de miseria muere.
Esto es por lo que atañe al buen patriota,
Que en cuanto al estrangero
Los derechos de tal bizarro acota,
Do encuentra al ciudadano don dinero;
Mucho entonces de fé y de patriotismo
Y al punto que lo atrapa,
Oro y patriota caen en un abismo
Donde, por Dios, que no darán con ellos.
Los mismísimos monjes de la Trapa
Con oracion, conjuro, ni exorcismo.
Y en cuanto á nuestra España y los franceses
Bien claro la esperiencia nos lo habla,
Lo poco que á sus garras defendimos
Lo salvamos á nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho
Es hijo ¡oh buen lector! de algun capricho,
Voy á contarte, pues aquí interesa,
Lo que hizo en su condado de Castilla,
Madre del conde actual, la tal francesa.
Lee, pues, y considera claramente
Lo que ha sido y será por mientras dure
En nuestra España la estrangera gente.

Y permite de paso
Que te advierta, lector, que de nosotros
Esto mismo y aun mas dirán acaso,
Y no sé yo si con razon, los otros.
Pero tal es el mundo, y es un hecho,
Que cuando muchos á la par pleitean,
Por despechadas que sus causas sean
Todos se creen con el mejor derecho.
Pero basta, por Dios, de digresiones,
Y entremos en materia,
Que el caso es grave y nuestra historia séria.

—

Gobernaba con próspera fortuna
En Castilla el leal Sancho García,
Atropellando audaz la media luna
Do quier que al campo por su mal salía.
Acechaban los moros sus fronteras
Como tigres hambrientos;
Y vían desde lejos sus banderas
Libres flotando al soplo de los vientos,
Y en la sangre teñidas
De sus haces vencidas.
A merced de estos lances venturosos
Todo era gozo, y dicha, y bienandanza,
Por cuanto el linde de Castilla alcanza.
Mas ¡cuánto son precarios y engañosos
Los augurios del bien de la esperanza,
Y cuanto ¡ay Dios! las dichas terrenales
Espuestas al impulso de los males,
Y sujetas á cambio y á mudanza!
Oigamos para prueba incontestable
Lo que una noche hablaban á una reja
Un page de Don Sancho y una amable
Y hermosa dama que de amor le escucha
Plática dulce con paciencia mucha;
Y las palabras nos dirán de *Estrella*
Lo que ignoraba aun *Sancho Montero*,
Que aquel era, lector, el nombre de ella,
Y este el nombre tambien del caballero.

Estrella. Pues bien, Sancho, ya que celos
Me pides con tal furor,
Fuerza es aclarar tu error.
¡Perdónenmelo los cielos!
Un hombre me dices que entra
De noche por mi ventana
Y sale muy de mañana:
Causa tu furor encuentra
Para irritarse, es así;
Entra en mi aposento un hombre,
Pero que entre no te asombre,
Sancho, que no entra por mí.

Sancho Montero. ¿Pues cómo, muger liviana,
Si la verdad no contestas,
He de creer tus protestas
Cuando es tuya la ventana?

Estrella. Montero, vamos despacio,
Que aunque la ventana es mia,
Ni de noche ni de dia
Vivo yo sola en palacio.
Y no pongas en un potro
Tu discurso, buen Montero,
Por donde entras tú primero
Puede despues entrar otro;
Y segun, Sancho, á mi cita
Vienes, el parque asaltando,
Puede estar otro aguardando
Hora para otra visita.

Sancho Montero. Todo eso está bien, Estrella,
Que los hombres somos dos
Ya lo veo, voto á Dios:
Mas si tú no, ¿quién es ella?

Estrella. Secreto debiera ser
Ese nombre, mas Montero,
Si tú lo quieres...

Sancho Montero. Lo quiero.

Estrella. Secreto lo has de tener,
Y ni en tu última hora
Lo digas ni al confesor.

Sancho Montero. Lo juro.

Estrella. Pues de tu error
Es la causa mi señora.

Sancho Montero. ¿La Condesa?
Estrella. La Condesa.
Sancho Montero. ¿La madre de Don García?
Tú mientes.
Estrella. ¡Por vida mia!
Que así me trateis me pesa.
Considerad, señor Sancho,
Que aun cuando yo lo negára,
Con mi palabra bastára,
Y aun os viniera muy ancho.
Sancho Montero. Perdóname, dulce Estrella,
Lo osado por lo celoso,
Que me es en verdad penoso
Pensar tal infamia en ella.
Que á fé que mal corresponde
A quien en desman tamaño,
Sino por su propio daño,
Por honra de su hijo el Conde.
El querer de una doncella,
Si es casto, el amor lo escuda,
Mas ella condesa, y viuda,
Pide mas recato, Estrella.
Y está en la ley prevenido:
Si el hijo ha de gobernar,
La madre no ha de tomar
En su gobierno marido.
Estrella. ¡Ay, Sancho, que tú no alcanzas
Lo que su amor me atribula,
Porque es un amor que anula
Aun sus mismas esperanzas!
Sancho Montero. Estrella, no te comprendo.
Estrella. Pues óyeme, Sancho, bien
Y el cielo me olvide, amen,
Cuanto mal estoy haciendo.
Yo por servirla no mas
Y por velar su deshonra
Estoy prendiendo mi honra
En un cabello quizás.
Yo por contentar su afan
Presto, protegiendo á ese hombre,
Con mi aposento mi nombre
Y corre por mi galan.
Mas no es esto, Sancho mio,
Lo que el alma me atormenta,
Que yo ayudára contenta
De una amiga un desvarío.
Mas yo arriesgo mi decoro
Y arrostro, Sancho, tus celos,
¿Y por quién abogo? ¡cielos!
¿Por quién, Sancho? por un moro.
Sancho Montero. Estrella, ¿te has vuelto loca?
¿Moro dices?
Estrella. ¡Ay de mí!
Ojalá no fuera así
Lo que te dice mi boca.
Ese Muza embajador
Del rey moro de Sevilla,
Es el galan.
Sancho Montero. ¡Qué mancilla
Para dama de su honor!
Un moro! por Dios, Estrella,
Que al conde lo he de Contar.
Estrella. Nos vas, Montero, á matar.
Sancho Montero. ¡Ay! quién te ganó por ella?
¿Quién puso en tu pensamiento
Tan villana aberracion?
¿Quién puso en tu corazon
Tan torpe consentimiento?
Estrella. ¡Quién mas que mi desventura!
Me acogió desde mi infancia,
Y desque vino de Francia
No la he concebido impura.
No tengo madre, Montero,
Y ella de tal me sirvió,
¿Negarla pudiera yo
Lo que hizo por mí primero?
Supo ella nuestro amor antes
Y velándolo á su hijo,
«Obrad prudentes, me dijo,
Y sed dichosos amantes.»
Sancho Montero. ¡Fatal complacencia fué!
Mas ya es tarde, hasta mañana.
Dios quiera que tu ventana
Grave pesar no nos dé.

Y partiendo el caballero,
Cerró sus vidrios la bella,
Siguiendo al traves su huella
Por un torcido sendero.

—

Está la noche tranquila
Aunque embozada la luna,
Y encapotado como ella
Está junto al parque Muza.
En pardo alquicel envuelta
Su conocida figura,
Y bajo el casco escondida
Su cabeza (que á la turbia
Luz de una pálida estrella
Conoceria sin duda
El mas topo en el turbante
Si en él la llevara oculta),
La seña impaciente aguarda,
Que le harán para que suba
Las manos de quien espera
Asir amante las suyas.
De arriba á abajo pasea,
Pero con tanta cordura

Que ni sus pasos se sienten
Ni de una á otra esquina cruza.
Solo su amor le acompaña,
Y solo su amor segunda
Con su audacia y con su alfanje
De una muger la locura.
Locura, sí, porque es mengua
Y rabia causa y angustia
Que así en el cieno se arrastre
Dama de tan noble cuna.
Locura, sí, porque vela
Detras de la colgadura
De su balcon la Condesa,
Que de tardanza le acusa.
Con gran cautela á los vidrios
(Que no es estremada nunca)
Continuamente se asoma
De que ha de venir segura.
Y entre la luz y los vidrios
Pasando, mientras calcula
El tiempo que huye, su sombra
Sobre el cristal se dibuja.
Y en los iguales periodos
Con que aparece y se ofusca
Se vé bien que se pasea
Tal vez sin paciencia mucha.
Por fin, tornando á asomarse
Acaso vió lo que busca,
Porque cerró la ventana
Con golpe que prisa anuncia.
Faltó al punto la luz de ella
Y apareció en la segunda
Ventana, que está sin rejas,
Mas abajo de la suya.
Sonó una palmada á poco
Y como está á poca altura
Fácil halló la subida
El enamorado Muza.
Mas presto á bajar volviera
Si alcanzára por ventura
A ver que un hombre aparece
En el punto en que él se oculta.
Sí, guarecido en lo espeso
De la oscuridad nocturna,
A la ventana se acerca
De otro hombre la sombra muda.
Sombra que avanza despacio,
Pero con planta segura,
Como quien sabe la tierra
Por donde camina á oscuras.
Al eco de sus pisadas
Con desolacion profunda
Una muger sacó á medias
La cara, que el miedo turba.
A cuyo punto el que viene
Con voz al caso oportuna
Dijo y en tono intermedio
De afirmativa y pregunta:

Sancho Montero. Estrella.
Estrella. ¡Sancho!
Sancho. ¡Silencio!
Estrella. Por Dios, Sancho, disimula
Si es que has visto....
Sancho Montero. Todo, Estrella,
Y estáme ahogando la furia.
Estrella. ¡Por Dios, Sancho!
Sancho Montero. Nada temas.
No con fuerza, con industria
Espero cortar los hilos
Que tal escándalo anudan.
¿Por quién te pondrás, Estrella,
Por ella ó por mí?
Estrella. ¿Eso dudas?
La vida diera gustosa
Con una palabra tuya.
Sancho Montero. Pues bien, Estrella, si me amas
Y si confianza alguna
Te inspira la idolatría
Que mi pasion te tributa;
En vez de guardar la reja
De una sorpresa importuna,
Guarda la puerta á su cuarto,
Y cuanto digan escucha.
Yo respondo de que nadie
Por reja ni escala suba,
Con tal de que me repitas
Sus palabras una á una.
Estrella. ¿Y qué te importa?
Sancho Montero. Va en ello,
Estrella, nuestra ventura.
Estrella. Enhorabuena.
Sancho Montero. Ya tardas.
Estrella. Guárdame pues.
Sancho Montero. Pues escucha.

—

Quedó junto á la ventana
Montero de centinela
Y junto á la cerradura
Se puso á escuchar Estrella.
Abajo Montero inmóvil
Permanece en las tinieblas,
Y arriba por los resquicios
Ella la vista endereza.
Él, allá abajo inmutable
Como una estátua de piedra:
Ella allá arriba con ansia
Toda arrobada de atenta.
Mas poco oir la permite
La bien encajada puerta,
Y poco pasó á su vista
De la cerradura estrecha.
Mas mucho puede un deseo
En cuyo logro interesa
Grave peligro ó bien grave

Quien firmemente desea.
Así que al par aplicando
Con oportuna destreza
Ya el ojo para mirar,
Ya para escuchar la oreja,
Logró entender, sino cuanto
Su curiosidad quisiera,
Cuanto basta á quien importa
Para que todo lo entienda.
Y las frases que á pedazos
Hasta su escondite llegan,
Con algunas adiciones
O supresiones, son estas.

La Condesa. ¿No hay otro medio?
Muza. No hay otro.
Mientras él viva, Condesa,
Prendida tenemos ambos
En un hilo la existencia.
Mi amor para tí es sin freno,
Te adoro, sultana bella,
Y si en decidirte tardas,
Sin tí me parto á mi tierra.
No puedo mas en Castilla
Permanecer sin sospecha,
Pues concluí mi embajada
Y vá á encenderse la guerra.
Mi rey en Córdoba tiene
Gente mucha y my resuelta,
Que vendrá á poner de Burgos
La corona en tu cabeza.
¿Qué me respondes? decídete;
Dentro de tu casa mesma
Tú vives tiranizada,
Obedeces y no reinas.
Privada de los placeres,
De los saraos y las fiestas,
Por viuda al llanto y al luto
Las costumbres te condenan.
Eres hermosa y amante,
¿Porqué has de pasar por sierva
Donde, si quieres, mañana
Puedes mandar como reina?
Así nuestro amor logrado,
Ventajas logrará inmensas
Tu condado de Castilla:
Pues en paz con sus fronteras,
Tus pueblos tendrán tranquilos
La paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave
Meditacion, la Condesa
Como quien duda en lo que habla
Repuso de esta manera:

La Condesa. ¿A qué ocultarlo, buen moro?
Demasiado lo confiesan
Las lágrimas de mis ojos,
Y las voces de mi lengua.
Yo te amo: poco á mis ansias
La corona es de Condesa;
Para ceñirla á tus sienes
Ansiára imperial diadema.
Pero si yo abro de Burgos
A tus árabes las puertas
¿Cómo reinar en Castilla
A no conquistarla entera?
¿Cómo estarán los cristianos
Sumisos á quien los venda?
No, harán para rebelarse
Un fuerte de cada piedra.
Tu rey querrá en la conquista
Llevarse la mejor presa,
Y si es una infamia todo,
Huir es la mas pequeña.
Muza. ¿Huir, sultana, qué dices?
¿Adónde, infeliz, huyeras
Que esclava no te contáras,
Si no te contáras muerta?
¡Huir! ¿acaso por miedo
De que traidora te hicieran
A una patria que no es tuya
Pues no nacistes en ella?
¿Ignoras que esos villanos
Que ante tu faz se prosternan
Maldicen allá á sus solas
Tu noble cuna francesa?
La Condesa. ¡Esclavos!
Muza. Sí, esclavos tuyos,
Puesto que ellos son tu herencia,
Y venderlos y comprarlos
Justo es que á tu antojo puedas.
Condesa. Sí, justo sería, ¡oh Muza!
Mas muy arriesgado fuera
Tal intentar, porque al cabo
¡Quién sabe el fin de una guerra!
Si no hay mas medio.
Muza. ¡Ah sultana!
Mas que tus ángeles bella,
Mas necesaria á mi vida
Que el sol y el agua á la tierra,
Aquí á tus plantas de hinojos
Te juro, las manos puestas
Sobre el corazon, que en vano
Mi alma en huirte se esfuerza.
Es separarme de tí
Llevarme á una muerte cierta:
Luz de mis ojos, el mundo
Sin ellos está en tinieblas:
Sin freno es esta pasion,
Te adoro, sultana bella,
Y si en decidirte tardas,
Morir sin tí será fuerza.
Condesa. ¡Ah no, muramos entrambos!
Muza. ¿Y el Conde?
Condesa. En Burgos se queda

Muza. ¿Y quién de él si te reclama
Nos salva?

Condesa. ¡Maldito sea!
Callaron ambos un punto,
Y á poco rato en voz trémula,
Dijo el moro, como quien
Prenda involuntaria suelta:

Muza. Si al cabo...
Condesa. ¿Qué?
Muza. En este pomo
Supremo licor se encierra
Que sirve sin mas peligro
A quien le usa con destreza...
Condesa. A ver.
Muza. De un modo adormece,
Y usado de otro manera...

A estas palabras oyóse
Tras de la cerrada puerta
Inesperado ruïdo,
Y trás él de golpe abriéndola:
Señora, el alba despunta,
Dijo apresurada Estrella,
É interrumpida la plática
El moro salió siguiéndola.
Partió silencioso Muza
Saltando otra vez la reja,
Y con el pomo en las manos
Quedó á solas la Condesa.

—

Iba á rayar el sol en el Oriente:
Y la serena luz de la mañana
Teñia suavemente
Con brillantes matices de oro y grana
La diáfana estension del horizonte:
La claridad tendiendo mansamente
Por las laderas del lejano monte.

En un balcon que á los jardines mira
Del palacio de Burgos en que mora,
Sombría y melancólica suspira
La que en tiempo mejor fué su señora.
Ella es, sí, la Condesa Doña Blanca
Que á impulsos de secreto sentimiento
Hondos suspiros de su pecho arranca,
Y de sus labios los arranca el viento.
Bella matrona, por la edad no ajada,
Aun muestra cuanto fué su edad primera
En gracia y hermosura aventajada:
Aun brilla en sus miradas, hechicera
La luz de la pasion, y aun á despecho
Del pesar que la acosa
Tiñen su bello rostro peregrino,
Y sus torneados hombros y alto pecho,
El color del jazmin y de la rosa,
Que envidia dieran al pincel de Urbino.
Hermosa, sí, se ostenta todavía
A pesar de la nube que encapota
Su frente melancólica y sombría.
Sus miradas en tierra distraida
Fija, sin ver lo que delante tiene,
Y en turba al parecer descolorida
Pasan por su memoria sus ideas
Tardas en paso y en contorno feas.
Encendidos sus párpados, parece
Que romper á llorar tal vez ansían,
Y pálido el carmin que antes tenian
Sus labios, que el amor ora enardece,
Muestra, por Dios, (y ciegos lo verian)
Lo que su inquieto corazon padece.
A veces frunce receloso el ceño
Cual si oculto terror la amedrentára,
Y á veces gime, cual si horrible ensueño
Su apesarado espíritu acosára.
A veces reteniendo en su garganta
El conturbado aliento,
Agitado su pecho se levanta
Cual mar que turba desigual el viento.
Y á veces ténuamente respirando
Toda la fiebre ahogando, que la agita
En sueño dulce, misterioso y blando
Tranquilamente al parecer dormita:
Todo en ella por fin está mostrando
Que grave asunto con afan medita,
Y que si acaso la razon le asiste
Prestarla fé su corazon resiste.
Largo tiempo pasó de esta manera,
Hasta que al fin saliendo de repente
De su enajenacion, rápidamente
Formó sin duda decision postrera,
Y al punto se quitó de la vidriera.
Falsa sonrisa en derredor vagaba
De sus fruncidos labios al quitarse
Y siniestra su faz amedrentaba,
Amarga su espresion de contemplarse:
Y con prudente voz llamando á Estrella
Y á sus palabras dando astuto giro,
Exhalando un suspiro,
Plática tal enderezó con ella.

La Condesa. Mucho te he amado siempre,
Estrella mia,
Mis secretos mas graves
Siempre mi corazon del tuyo fia,
Que de mi corazon tienes las llaves.
Que me sirvas espero
Leal correspondiendo á mi cariño
En un negocio, que encargarte quiero.
Estrella. Vuestra, señora, soy, y ya os
he dicho
En otras empeñadas ocasiones
Que ley es para mí vuestro capricho,
Y los antojos vuestros son razones.
La Condesa. Oyeme pues, Estrella,
Que cosa es que me importa

Y tiene ejecucion fácil y corta.
El Conde, mi buen hijo, Don García
Secreto mal padece
Que descuidado mas de dia en dia,
De dia en dia con peligro acrece.
Apuré las razones,
Los argumentos agoté del todo
Para hacerle tomar una bebida
Que puede solo resguardar su vida,
Y de usarla con él no encuentro modo.
Un solo medio veo solamente :
Tómela de tu mano incautamente.

Estrella. ¡ De mi mano, señora !

La Condesa. Sí por cierto;
Él cree que es un secreto su dolencia
Que juramos guardar en la conciencia
Los médicos y yo, que la sabemos,
Y solo de nosotros se recela
Que á su pesar curársela queremos,
Y es inútil contigo su cautela.
¿ Qué dices ?

Estrella. Yo, señora...

La Condesa. ¿ Desconfias
De su madre tal vez? muger ingrata.
¿No le he llevado en las entrañas mias ?
Por sospecha tan ruin, ¡ viven los cielos !
Que inaudito castigo merecias.

Estrella. ¡ Oh ! perdon, mi señora la Condesa,
Calmad vuestros enojos;
Que en ocasion tan grave
La duda es natural en quien no sabe.
Mas hablad, disponed, toda soy vuestra,
Huérfana y pobre me ofrecí en la infancia
Para solo serviros, y de entonces
Fuísteis mi madre vos, vos mi maestra.

La Condesa. Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

Estrella. Mas la ocasion...

La Condesa. Muy fácil : en la mesa.
Yo el elixir derramaré en su copa,
Tú se la servirás cuando la pida
Y de este modo le darás la vida.

Estrella. ¿Yo se la he de servir...?

La Condesa. Seguramente.
Que la beba es de tí nuestra fortuna,
Mas sin señal de inteligencia alguna
Con mano firme y con serena frente.
¿ Entiendes?

Estrella. Será así.

La Condesa. Pues así sea
Y ayúdame á acostar, Estrella, ahora,
Y cierra ese balcon, porque no sea
De una noche de amor puerta traidora.

Estrella. Cierro y tranquila reposad, señora.

Y al vecino aposento
Salió Estrella obediente,
Mas, ¡ ay ! que no avezada al fingimiento
Trémula fué, y el rostro macilento
A dar en un sillon lánguidamente :
Y en su errante mirada
Veíase en verdad su afan interno
Y su pavura al crímen retratada.
Meditó largo tiempo silenciosa,
Inmóvil é indecisa
Hasta que vaga y singular sonrisa
Que la escitó una idea generosa
Tendió sus lábios, y avivó su prisa.
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento
Y por una escusada escalerilla
Cabo á poner á su secreto intento
En la antesala dió del aposento
De Don García, Conde de Castilla.
Su page favorito allí velaba.
Sí, allí Montero á la sazon se hallaba
Y á la llegada de su amante Estrella
En un sillon de roble dormitaba,
Mas despertóse al percibir su huella.
« ¡ Hermosa ! » dijo, y la tendió los brazos,
Mas ella suavemente
Esquivando sus lazos
Peligrosos tal vez, rápidamente
Con voz turbada, y con prudencia mucha
Apartóle diciendo : *Sancho, escucha.*
Hízolo Sancho así, y al ir oyendo
Lo que ella en baja voz le iba diciendo,
Notábase mas claro á cada instante
Que el fuego del furor iba subiendo
Desde su corazon á su semblante.
¡Bien! dijo el mozo al concluir Estrella :
Vete tranquila, que estaré presente;
Y á punto tal tornándose la bella
Por la misma escalera donde vino,
Tornóse á su sillon tranquilamente
Montero, y á cumplir con su destino.

—

Y el sol por el firmamento
A largo andar se venia,
Cuando llamó soñoliento
Desde su oscuro aposento
El Conde Sancho García.
Montero, como le oyó,
De la mámpara al dintel
Atento se presentó,
Y tras algo que le habló
Cerróse dentro con él.
De la fatiga al quebranto
Rendíase al sueño en tanto
En la antecámara Estrella
De su ama; mas ¡ ay ! que de ella
Se huia tan dulce encanto.
A vueltas sobre su lecho
Con el afan de su pecho,
Hasta el aire que aspiraba

La parecia que estaba
Emponzoñado y estrecho.
En vano el rostro agitado
Del uno y del otro lado
Acomoda entre la ropa,
Los ojos se la han cerrado
Con la imágen de una copa,
Y aunque sin luz los mantiene,
Por mucho que los aferra,
Su odioso contorno viene
A dar á sus ojos guerra,
Y despechada la tiene.
Por mas que en dulces memorias
Su mente estraviar procura
Y en sazonadas historias,
Sus dichas torna ilusorias
La copa de su amargura.
No duerme, no, que al impulso
De un pensamiento cruel,
Dentro del cuerpo convulso
Se la desborda del pulso
Toda su sangre en tropel.
Ideas mil en su mente
Que fermentan en monton,
La atormentan fieramente
Y siempre el latido siente
Del trémulo corazon.
No duerme, no, que en el alma
Do la virtud no respira,
La paz del reposo espira
Y el airado el sueño retira
El bálsamo de la calma.
No duerme, no, la Condesa:
Que vela desesperada,
De remordimientos presa
Siempre anhelando ¡malvada!
Lo mismo de que la pesa.
La pesa, sí, mas no halla
Otro remedio al amor,
Que en su corazon batalla,
Y lucha contra la valla
De su amancillado honor.

«No! dice en su desvarío,
Ceder no sabré jamás,
Por Dios que me sobra brío!
Ven, Muza, y si tú eres mio,
¿Qué me importa lo demas?»

—

Tendamos, lector, un velo
Sobre esta infernal pasion,
Que de escudriñar me duelo
Secretos que puso el cielo
Del hombre en el corazon.

—

Con la sonrisa en los labios
Y con la faz cariñosa
Sentóse el Conde á la mesa
En cuanto llegó la hora.
Con la sonrisa en los labios
Aunque con la vista torva,
Sentóse á par la Condesa
En el lugar que la toca.
El hijo en el puesto bajo,
Que aunque lleva la corona,
Ante su madre la olvida,
Y como á quien es la honra.
La madre en el preferente,
Pues aunque parte no toma
Del condado en el gobierno,
Siempre en su casa es señora.
Detrás del Conde está Sancho
Que la confianza goza
De su señor, y le sirve
Con atencion oficiosa.
Tras Doña Blanca está Estrella
Que es la Camarera sola
Que la sirve ha largo tiempo
En la mesa y en la alcoba.
Escancia Sancho el licor
Al Conde con mano pródiga,
Y lo hace con la Condesa
Estrella con mano sobria.
Bebe el Conde cual lo exijen
Las fatigas que le agobian,
La Condesa cual permite
El decoro en su persona.
Él como hombre que pelea,
Caza y medita y trasnocha,
Ella cual madre de príncipes
Y como ejemplar matrona.
Aunque larga en las viandas
Mesa es en palabras corta,
Cosa en quien negocios tiene
De grave interés, muy propia.
Crúzanse pues las palabras
Interrumpidas y pocas
En tanto que los manjares
El apetito acogotan.
«Sancho, dijo de repente
El Conde, escancia Borgoña,
Que aunque es licor estrangero,
Deja buen gusto en la boca.»
Lo cual la Condesa oyendo
Intervino presurosa:
«Estrella, sírvele al Conde,
Sancho, trincha tú esa lonja
Que aunque de parte escojida
No tiene punto de sobra.»
Palideció un tanto Estrella
Asiento al punto la copa,
Y asió del cuchillo Sancho
Con mirada escrutadora.
Frunció Doña Blanca un poco
Los labios que descolora,

Lijero matiz morado,
Señal de temor ó cólera,
Y Don García sereno
Con gravedad magestuosa,
Fijos los ojos en ella
El vaso llevó á la boca.
Paró el cuchillo Montero
Inmóvil sobre la lonja
Que dividia, y Estrella
Se estremeció de congoja:
En tanto que Doña Blanca
Con hondísima zozobra
Le contemplaba, sus ojos
Saltándola de las órbitas;
Y en este momento el Conde,
Alargándola la copa,
La dijo con voz tremenda:
«Bebed primero, señora.
—¡Yo! replicó la Condesa
Con voz descompuesta y cóncava.
—Vos misma, la dijo el Conde
Con voz iracunda y bronca.
Postróse Sancho de hinojos
Sentencia tan horrorosa
Al escuchar, pero en vano,
Nada á Don García asombra.
De cólera y de venganza
Vértigo infernal le acosa,
Y todo su sér á su ímpetu
Se descompasa y trastorna.
Todo recuerdo calmante,
Toda intencion generosa,
De la indignacion á impulsos
Del corazon se le borra.
Y con el brazo estendido
Y faz amenazadora,
A la Condesa presenta
Resueltamente la copa.
«¡Señor! esclamó Montero,
—¡Vasallo! (en voz tronadora
Interrumpió Don García)
Quien por infames aboga
Solo cavar su sepulcro
Junto á su sepulcro logra.»
Y á la Condesa volviéndose
Siguió diciendo: «Señora,
Venderle quereis al moro
Mi cabeza y mi corona
Que con torpeza inaudita
Y amor sacrílego compra;
A morir, pues, disponeos
Como liviana y traidora.
—Hijo mio!
—No, apartad
Tal nombre de la memoria
Y ¡voto á Dios! bebed pronto,
Que mi paciencia se agota.
—Hijo mio, por la santa
Esperanza de una gloria...
—Callad y apurad el vaso...
Esa es la vuestra y no hay otra.»
Y aquí la Condesa viendo
Que es vana esperanza toda
Desesperada y sañuda
Contra sí misma se torna.
Radió en su fiero semblante
Horrenda espresion diabólica,
Relámpago del infierno
Que en su corazon aloja;
Y con firmeza que fuera
En causa mejor heróica
Apuró de un solo trago
La preparada ponzoña.
Cayó sin sentido Estrella,
En oracion fervorosa
Sancho encomendó su alma,
Y el Conde con mano pronta
Arrojó contra las tapias
El resto de la ponzoña.
Quedó la Condesa un punto
Fantasma amedrentadora
Frente á Don Sancho en silencio,
Mas pronto el fatal Borgoña
Tendióla en tierra de espaldas
Al fin desastrado próxima.

CONCLUSION.

Es una noche lóbrega y oscura:
No ilumina la luna el firmamento,
Y en la atmósfera impura
Densos vapores amontona el viento.
De espesos nubarrones
Por su turbado azul lentos avanzan
Preñados escuadrones,
Que el aire sorben donde el aire alcanzan.
No corre ni una ráfaga perdida
Que temple de la atmósfera el bochorno,
Y el aura de la tierra desprendida
Exhalada parece de algun horno:
Y dijeran que huméa
Próxima á vomitar la oculta llama
Si el relámpago pronto centellea
Y el ronco trueno en las alturas brama.
En un balcon que á los jardines mira
Del palacio de Búrgos, en que mora,
Sombrío y melancólico suspira
Don García á deshora.
Él es: y al recordar de Doña Blanca,
Su muerta madre, el infernal intento,
Hondos suspiros de su pecho arranca,
Que rechaza tal vez el firmamento.
Y el llanto que en sus párpados se estanca
Y el semblante humillado y macilento,
Muestran que es ya su bárbara sentencia

Carcoma que desgarra su conciencia.
Sus miradas en tierra, distraido
Fija, sin ver lo que á sus ojos tiene,
Y en confuso tropel descolorido
Pasan por su memoria las ideas
Tardas en paso y en contorno feas.
A veces frunce, receloso, el ceño
Cual si oculto pesar le atormentára,
Y á veces gime cual si en negro sueño
Fantasma aterrador se le mostrára.
A veces reteniendo en su garganta
El desigual aliento
Agitado su pecho se levanta
Cual mar que en tumbos desordena el viento.
Y á veces tenuamente respirando,
Resistiendo la fiebre que le agita,
En siniestro delirio divagando
Lánguidamente al parecer dormita.
Todo al fin en el Conde está mostrando
Que grave asunto con afan medita
Y se ve que su bárbara sentencia
Es el peso que abruma su conciencia.
Muchas veces acaso en su abandono
Las leyes invocó que defendia;
Razon hallaba en el salvado trono
Que su venganza autorizar podia,
Pero siempre tras él con fiero encono
Salir la sombra de su madre via
Y la ley, la razon y el pensamiento
Cedian al tenaz remordimiento.
Mas tendamos, lector, un velo oscuro
Sobre este cuadro de venganza y duelo,
Que es caso á fé de comentarse duro
Que ya ha pesado en su balanza el cielo:
Caso, lector (y con verdad lo juro),
Cuya razon escudriñar no anhelo,
Pues pliegues son del corazon humano
Que intenta el hombre penetrar en vano.

—

Largo tiempo pasó de esta manera
Y mucho mas el Conde así pasara
Si por bajo cruzar de su vidriera
Misterioso embozado no mirara.
A la rápida luz de los relámpagos
Su bulto en las tinieblas perseguia,
Los ojos con afan desencajando
Si en medio las tinieblas le perdia;
Mas siempre hallarle en el jardin rondando
Con el nuevo relámpago volvia.

Brotó en su corazon sorda sospecha
Y espoleando el honor sus presunciones
Pronto entendió que el embozado acecha
De su alcázar ó puertas ó balcones.
Y á poco seña misteriosa oyendo
Por una reja le alcanzó trepando,
Y en ira á él encaminóse ardiendo.
Con silenciosa y recatada huella
Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,
Y luz viendo alumbrar la cerradura
La airada vista enderezó por ella.
Mas apenas la línea habia cogido
Que la abertura con la luz marcaba,
Oyó como de gente que lidiaba
Dentro del cuarto temeroso ruido.
Entre él y la bujía en un instante
Dos cuerpos á la par se interpusieron,
Que á poco en bamboleo vacilante
A la par con estrépito cayeron.
Lánzase dentro el irritado Conde,
Y al ver el sitio donde
La luz prosigue, la afilada punta
Les pone de su estoque á la garganta.
Y *¿Quién se atreve, vive Dios!* pregunta:
A cuya voz: *¡Yo soy!* Sancho responde,
Que de ellos solamente se levanta.

El Conde. ¡Qué es esto, Sancho!
Sancho Montero. Señor,
Si es que lo hecho os enoja,
Sacadme con esa hoja
El alma que os dá el honor.
El Conde. Concluye, Sancho, ese hombre
Que tienes muerto á tus piés
Bañado en sangre, ¿quién es?
— Muza, Señor, no os asombre.
Sin miramiento al decoro
Que en vuestra casa se encierra,
Contando iria á su tierra
Vuestra deshonra ese moro.
Yo le esperé y le maté;
Si os culpa su rey, señor,
Tratadme como traidor
Y entregadme, que yo iré;
Pues quiero de mejor gana,
Que el moro traidor me llame,
Que oirle dar por infame
A una noble castellana.
Tendióle el Conde la mano
Tal oyendo, y replicó:
Sancho, así quisiera yo
Todo el pueblo castellano.
¿Cuál es el tuyo?
Sancho Montero. Espinosa.
El Conde. ¿Eres noble?
Sancho Montero. Hidalgo soy.
El Conde. Tu casa será desde hoy
Y tu familia famosa.
Desde hoy serán mis monteros,
Y de lealtad por gala
Dormirán en mi antesala
Sus bizarros caballeros.
Y lléveme Belcebú
Si temo á nadie en la tierra,

Si en la paz son y en la guerra,
Todos ellos como tú.

—

Lector, la buena memoria
Que de su madre guardó,
Escuso decirla yo,
Pues te lo dice la historia;
Recuerdos hay todavía
Que atestiguan opulentos
Los muchos remordimientos
Del Conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
Que sus recuerdos exigen,
Y es: que de él tienen orígen
Los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

—

INTRODUCCION.

Envidiable es á fé Don Luis Tenorio,
Su riqueza envidiable y su fortuna:
En Cádiz vive, del comercio emporio,
Y oro sobre oro comerciando aduna.
Jóven, valiente y de encumbrado orígen,
No es como otros mancebos altaneros,
Que solamente su ambicion dirigen
Su orgullo á alimentar de caballeros,
Y en banquetes y amores
Consumen su salud y sus dineros;
Y con mengua y baldon de sus mayores
Mueren entre rufianes y acreedores.
No, ¡vive Dios! Don Luis lleva una espada
En el cinto prendida,
Y aunque de sangre alguna vez teñida,
Con infame traicion nunca manchada
Siempre con honra la llevó ceñida.
Cortés, galan y afable,
Pronto á satisfacer, jamás esconde
Su faz al lidiador mas formidable,
Si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
Noble viéndose ya por nacimiento
Que era mejor imaginó prudente
No alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio, pues, y la fortuna
Tan próspera le fué, tan halagüeña,
Que no hay empresa alguna
En que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que á la mar botado
No torne al puerto de botin cargado;
Ni hay cambiante en Europa ni banquero
Que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nacion remota
Donde suya no aporte alguna vela,
Y no le traiga de su tierra ignota
Prenda de gran valor en joya ó tela.
Lóndres, Génova, el Cairo, Alejandría,
Venecia... el mundo entero
Recorren sus pilotos cada dia,
Y siempre afortunados en sus viajes
Ni sufren de corsarios abordajes,
Ni fiero temporal les descarría.
Mira Tenorio en su fortuna inmensa
De su escesivo afan la recompensa;
Mas cuanto rico y noble generoso
Cual comerciante avaro ú envidioso
No calcula ni piensa.
Y no hay en la ciudad triste ó mendigo
Que á sus puertas acuda inútilmente,
Ni tiene un solo amigo
Que con su bolsa en la ocasion no cuente.
Y si un colega el capital espone
Y la fortuna ruin se lo devora,
La amistad de Don Luis se lo repone
Sin desear su mano bienhechora
Del que el favor recibe mas usura
Que gratitud... y próspera ventura.
Tal es, lector, el hombre
De quien hablarte quiero,
Y cuya historia espero
Que te suspenda el ánimo y te asombre.
No hay en ella magníficas escenas
De combates, y muertes, y sucesos
Estrepitosos llenas,
Ni por objeto mi leyenda tiene
La fortuna y el bien de un grande imperio;
La reaccion que dicen que conviene
Sufra la sociedad; esto es muy serio,
Y no me siento yo con tanta fuerza
Para que el siglo ante mi voz se tuerza
Y varíe de faz nuestro hemisferio.
No es para mí tan colosal hazaña:
La sociedad quien pueda regenere,
Yo cantaré despues cuando muriere
La suerte que su afan diere á la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
Con puntas de moral, sana y sencilla,
En Castilla aprendido,
A manera contado de Castilla.
Eso sí, miserable y reducido,
Obra infeliz, sin pretension alguna,
Que sale encomendada á su fortuna,
Cuento no mas, sin humos de *poema*,
Que ese es, lector, mi intento
Y no va mas allá mi pensamiento:
Divertirte y no mas es mi sistema.

—

D. Luis. ¿Como tan pronto la vuelta?
Esplicaos, capitan.
El Capitan. Cosas son que os pasmarán.
D. Luis. Dad pues á la lengua suelta.
El Capitan. Es pues el caso, señor,
Que acerté en Alejandría
A entrar con el mejor dia,
Y con el sino mejor.
Fuime derecho al mercado,
Mas no bien puse allí el pié
¿Con quién direis que topé?
Con el mercader pasado.
Asióme con mil estremos,
Y á fuerza ó de voluntad
Metióme por la ciudad:
Venid, dijo, *y hablaremos.*
El calor es escesivo,
Capitan, y mientras pasa
Descansareis en mi casa,
Donde vereis que os recibo
Con cuanto agasajo puedo.
— Yo respondí: *Y vos*, *señor*,
Vereis á tan alto honor
Cuan agradecido os quedo.
Entramos pues en su casa,
¡Mas válgame Jesucristo!
En mi vida habia yo visto
Opulencia tan sin tasa.
Qué tapices y qué alfombras!
¡Qué joyas de tanto precio!
Quedéme en fin como un necio,
La vista haciéndome sombras.
Llevóme á sus almacenes,
Y ved cual me quedaria
Cuando oí que me decia:
« Cristiano, de cuanto tienes
A tus ojos manifiesto
Elige, y no me andes parco:
Aquí has de cargar tu barco
Que así lo tengo dispuesto.
—Señor, imposible.
— No;
Cuanto digas será en vano,
No ha de ser nunca un cristiano
Mas generoso que yo.
A tu amo por simpatía
En tiempo ya muy remoto,
Enviéle con un piloto
Un corto regalo un dia.
Hice yo esto nada mas
De su esplendidez prendado,
Y sin pensar de contado
Que se mentara jamás.
Pero en el año siguiente
Él con tu barco me envió
Un doble de lo que yo;
Admitílo cortesmente,
Porque en verdad no creyera
Que intentaba desairarle,
Mas ganoso de pagarle
Cuando ocasion me viniera.
Escusándola él quizá
No envió mas su barco aquí,
Mas hoy te sorprendo á tí
Y has de escojer ¡juro á Alá!
Lo que te plazca mejor
Para volverte al momento,
Sin llevar mas cargamento
Que un presente á tu Señor.
D. Luis. Y vos, capitan... ¿Qué hicísteis?
El Capitan. El partido no era malo
Y cargué con el regalo.
D. Luis. ¡Voto á San Gil, ¿lo admitísteis?
El Capitan. Por supuesto: aunque en verdad
Imposible era escusarlo,
Porque él mismo hizo cargarlo
Y me echó de la ciudad.
D. Luis. Por Dios, capitan Gonzalo,
Que quien sois á no mirar
Os arrojara á la mar
Con el barco y el regalo.
Cristiano y español siendo,
Sin mirar á mi decoro,
¿Os dejais ganar de un moro
En bizarría?
El Capitan. Yo entiendo,
Señor Don Luis, que si veis
Las joyas por vuestros ojos,
Calmareis vuestros enojos
Y mas justicia me hareis.
¿Qué diablos perdeis en ello?
Vos cumplísteis como noble,
Y él volviéndoos un bien doble
No os echa un cordel al cuello.
Y ademas si el moro...
D. Luis. No,
Cuanto me digais es vano;
No ha de ser nunca un pagano
Mas generoso que yo.
¡Esto por Dios me faltaba!
Y de este modo diciendo
Don Luis la vista frunciendo
Por el cuarto se paseaba.
Y Don Gonzalo, que vió
Su negocio tan mal puesto,
Salió del cuarto, y muy presto
Con el presente volvió.
Y sin otras precauciones,
Para salir de su empeño,
A los ojos de su dueño
Empezó á abrir sus cajones,
Lanzó con gran desenfado
Sin mas mirar por el suelo

Los rollos de terciopelo,
Y las piezas de brocado.
Coronó de pedrería
Un inmenso velador,
Y mostró todo el valor
De lo que á Don Luis traia.
Desenvolvió diligente
Los en cajas y redomas
Empaquetados aromas
Esquisitos del Oriente.
Y Don Luis, que aunque disgusto
Y enojo ademas presume,
Tan delicioso perfume
No pudo aspirar adusto.
Tendió los ojos en pós
Del olfato, y de su afan
Saliendo el buen capitan,
Esclamó: «¡Gracias á Dios,
Señor, que al fin de mi viaje
A ver las cuentas venís!
¿Qué tal, mi señor Don Luis,
Qué os parece mi equipaje?
Aunque rédito mezquino
De vuestro enorme caudal,
No es tan pobre capital
Para un capitan marino!»
Mostró en sus labios Don Luis
Una sonrisa agradable,
Y al capitan dijo afable:
«Bien prevenido venís.
Pero si yo, Don Gonzalo,
A vuestro tesoro atento
Decid, ¿quedareis contento
Con la mitad del regalo?»

El Capitan. Vuestro es cuanto yo poseo
Y mi deseo es serviros.
Don Luis. Huélgome pues de admitiros
La mitad de ese deseo;
Podeis, capitan, tomar
Lo que os guste, y no andeis parco:
Mas preparad vuestro barco
Para hacernos á la mar.
El Capitan. ¿A la mar?
Don Luis. Sí, Don Gonzalo,
Voy á aprontar un tesoro
Para pagar á ese moro
Por mí mismo su regalo.
El Capitan. ¿Señor, estais loco?
Don Luis. No,
Cuanto digais será en vano,
No ha de ser nunca un pagano
Mas generoso que yo.

—

Casi un año despues, al occidente
Del faro colosal de Alejandría,
Un buque de la España procedente
Anclas echaba y velas recogia.
Vistosas banderolas
Adornaban sus altos masteleros,
Y las movibles olas
Reflejaban las armas españolas,
Que izaban los gallardos marineros.
Y dos hombres de pié sobre la popa,
Del moribundo sol á los reflejos,
Contemplaban callados á lo lejos
Aquel puerto famoso,
Del cual como de sueño vagaroso
Se habla tal vez en la lejana Europa.
Y uno de ellos acaso
Rico de hacienda y de instruccion no escaso,
Traia á su memoria
De aquella poderosa Alejandría
La magnífica historia
Que escrita en libros aprendió algun dia.
Y vagaban sus ojos,
Y buscaban en vano sus deseos
Los confusos despojos
Del soberbio palacio
Que elevaron allí los Tolomeos:
Buscaban el espacio
Que ocupó el Hipodromo,
Y el Timonio y las célebres Agujas
De la bella amorosa Cleopatra,
Y cien otros antiguos monumentos
Transformados ó rotos á las manos
Del tiempo y de los árabes sangrientos.
Y en memorias tan mágicas su mente,
Y en tan bellos recuerdos abismada,
No via una barquilla que lanzada
Surca hácia ellos la mar rápidamente.
Una lancha ligera
Para una fiesta apercibida era:
Y al estilo de Oriente engalanado
Venia en ella un grave personaje
Por remeros esclavos remolcado,
De súbditos humildes circundado,
Que servil le rendian homenaje.
Y ya á distancia corta
Llegar del buque anclado
La gran tripulacion miraba absorta,
Cuando al hombre en memorias abismado
Que en la popa seguia distraido
Llegóse el capitan alborozado,
Con rapidez diciéndole al oido:
«Don Luis, el mercader.
—¿Qué es, Don Gonzalo?
—Que ese bote que viene hácia nosotros
Os trae al mercader que hizo el regalo.
—Ved qué hablais, capitan.
—Don Luis, lo dicho:
Ese es el mercader.
—Mas la noticia
De mi venida...
—Su atencion es mucha,

Y mucha su malicia.
Seguro estoy, Don Luis, que no ha pasado
Un dia en que en la playa
No haya diestro vigías apostado
Para vernos venir.
—¿Creeislo?
—¡Vaya!
Pero vedle que llega:
Lo mismo que es su porte magestuoso
Su corazon es noble y generoso. »
Y aquí la voz el capitan alzando
Mandó tender la escala, y tal empeño
Y tal estimacion viendo su dueño,
Con sonrisa amorosa y rostro blando
Los brazos tendió al árabe, que en ellos
Los suyos enlazando,
Con emocion oculta sollozando
Los rizos le besó de sus cabellos.
Y con muestras de amor nada postizo,
Títulos cariñosos prodigóle
En español purísimo y castizo,
Y de aquesta manera al fin hablóle:
« Generoso español, ya me temia
Que tu gallarda y singular nobleza
A este punto por fin te arrastraria.
Sí, siempre con certeza te esperaba
Y á recibirte apercibido estaba,
Y aposento en mi casa te tenia.
Ven, y ya que servirte
Allí me ofrece mi dichosa estrella,
Noble hospitalidad verás en ella.
Ven á mi casa, amigo,
Y que tu gente toda
Venga, si quieres, á la par contigo. »
Así el árabe dijo: y respondiendo
Cortesmente Don Luis á sus razones
Pasó á su lancha á su amistad cediendo:
Que el capitan llevase disponiendo
Su equipaje tras él, y los arcones,
En que sabia el capitan Gonzalo
Que llevaba las tornas del regalo.

—

Lector, si acaso has leido
En mis viejas poesías
Las que he puesto yo en olvido
Orientales fantasías,
Y si aun te acuerdas de aquellas
Historias peninsulares,
Que son en verdad tan bellas
Como pobres mis cantares;
De aquel palacio en Granada
Con jardines y con flores,
Do hay una fuente dorada
Con mas de cien surtidores;
Si aun te acuerdas de aquel moro
Cuyo parque y señorío
Coge, de encantos tesoro,
Toda la orilla de un rio;
Donde la altiva palmera
Y el encendido granado
Junto á la frondosa higuera
Cubren el valle y collado:
Donde el robusto nogal,
Donde el nópalo amarillo,
Donde el sombrío moral
Crecen al pié de un castillo:
Y hay olmos en su alameda
Que hasta el cielo se levantan,
Y en redes de plata y seda
Pájaros presos que cantan:
Aquel moro que promete
Con altivez mahometana
En su oculto gabinete
Dar á una esquiva cristiana,
Riquísimos terciopelos
Y perfumes orientales,
De Grecia cautiva velos
Y de Cachemira chales;
Blancas y sutiles plumas
Para que adorne su frente,
Mas blancas que las espumas
Que alzan los mares de oriente;
Y perlas para el cabello,
Y baños para el calor,
Y collares para el cuello,
Para los labios amor;

Si aun, lector, no has olvidado
Las canciones que algun dia
En honra y préz he entonado,
Del bello tiempo pasado,
Glorioso á la patria mia;
Del tiempo de aquel Boabdil
Que lloró sobre el Jenil
Sin amparo que le acorra,
Como una cobarde zorra
Entrampada en un redil;
De las torres orientales
Que levantando insolentes
Sus agujas desiguales,
Mecen las auras corrientes
En trémulas espirales;
Y las cifras misteriosas
Que cual labor sin objeto
De esas cuadras ostentosas,
De crónicas amorosas
Guardan el dulce secreto;
Y los anchos sicomoros,
Y los arroyos sonoros
Que llevan marcas y nombres,
Que no entendemos los hombres
Y que comprenden los moros;
Y las hondas galerías
Que se esparraman sombrías

Del palacio en el recinto,
En faz de intrincadas vias
De confuso laberinto;
Y los mágicos retretes,
Y los frescos gabinetes
Do la sultana adormida
Pasó gozando la vida
Al vapor de los pebetes;

Si de estos cantares mios
Y de esta morisca historia
Guardas idea ó memoria,
¡Oh buen lector! hasta hoy,
Solo una imágen mezquina
Todo esto te representa
De la mansion opulenta
Donde á conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua
Ni fuerza en mi fantasía,
De la hermosa Alejandría
Y del rico mercader,
Para contar sin agravio
De la ciudad, ó del moro,
De este el inmenso tesoro,
De aquella el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños
De imponderable riqueza,
De voluptuosa pereza
Y de embriaguez oriental,
Veíanse realizados
Del árabe generoso,
En el palacio ostentoso
Desde el magnífico umbral.

Y deslumbrados y atónitos
Los ojos del Sevillano,
Su mente aspirando en vano
Tal riqueza á comprender:
Seguia absorto y hundido
En mágico arrobamiento,
Por uno y otro aposento,
Los pasos del mercader.

Los mas preciosos tapices
Do quier vestian los muros,
Y los perfumes mas puros
Humeaban por do quier.
Gozaba ansiosa la vista
Los mas brillantes colores
El aura exhalaba olores
Y henchia el alma el placer.

Condujo á Don Luis el árabe
A un voluptüoso baño
Que de agua llenaba un caño
Destilada de azahar,
Donde esclavas le sirvieron
Refrescos en ricas copas,
Y sutilísimas ropas
Con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle
De su ablucion el sosiego,
Y acompañáronle luego
A un oloroso jardin;
Donde mostrando su huésped
Cuánto agradarle desea,
Previno, á usanza europea,
Un opíparo festin.

Sirvieron profusamente
Los mas gustosos manjares,
Con danzas y con cantares
Acrecentando el placer;
Y encomiándole lo mucho
Que el de Don Luis le interesa,
Los honores de la mesa
Le iba haciendo el mercader.

Mandó Don Luis que trajesen
El presente que traía,
Conque á devolver venía
Al moro su antiguo don:
Y este de amistad sincera
Llenos en llanto los ojos,
Fué á recibirle de hinojos
Con grave satisfaccion.

Con amorosas palabras
Elegantes y sentidas,
Gracias le dió repetidas.
Y su presente encomió.
Y así, encendiendo sus pipas
Donde aromas aspiraban,
Mientra un punto reposaban,
Tal plática se entabló:

D. Luis. Pues solos, buen moro, estamos
Fuerza es que amigos hablemos.
El Arabe. Solo serviros debemos;
Hablad pues, que os escuchamos.
Luz, ¡oh cristiano! y honor
Verterá en mí vuestra boca:
De vos aprender me toca,
Y héme ya atento, señor.
D. Luis. Que me escuseis os suplico
Ceremonias orientales:
Amigos somos, é iguales.
El Arabe. Si os place así, no replico.
D. Luiz. Ahora bien: por mi presencia
Nada ha de ostentarse aquí:
Vivamos como sin mí,
Suprimid tanta opulencia.
Quiéroos con sinceridad;
Si me quereis con nobleza,
Pienso que tanta largueza
Desfigura la verdad.

Derramar vuestro tesoro
Por obsequiarme no es justo,
Iréme, y con gran disgusto
Si dais en prodigar oro.
Sé que os servísteis mandar
Regalar mucho á mi gente
Y el vulgo asaz maldiciente
Podrá de ello murmurar.
El Arabe. Murmure cuanto quisiere;
Mas pláceme antes de todo
(Porque amaros de este modo
No en mí estraño os pareciere)
Esplicaros la razon
De esta amistad que os profeso.
D. Luis. Ansioso estaba yo de eso.
El Arabe. Pues estad con atencion.
Aunque de Siria nacido
Bajo el abrasado sol,
Mucho ¡ ay de mí! de español
Con la sangre he recibido.
Mi padre nació en la orilla
Del cristalino Genil,
Y lidió por Boabdil
Con las huestes de Castilla.
Al fin sucumbió con él
Y con su hacienda cargando
Pasó al Africa, llorando
Su enemiga suerte cruel.
Mas siempre con ella en guerra,
Siempre con él inconstante,
Desventurado y errante
Anduvo por mar y tierra.
Paró por último aquí,
Dióse en el último tercio
De su existencia al comercio;
Y en este tiempo nací.
Los españoles cantares
Con que lloró su fortuna,
Me arrullaron en la cuna
Al compas de sus pesares.
De Granada y de su historia
Las sentidas tradiciones
Son las primeras lecciones,
Y aprendí yo de memoria.
. . . .
. . . . (1)

Y así pasaban sus dias
En regalos y banquetes,
Prolongando sus orgías
Hasta el matutino albor.
Mezclando el lujo de oriente
Con la ilustracion de Europa,
Su vida vá viento en popa
Por el golfo del amor.

(1) Nota del autor. La historia del mercader de Alejandria compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimirla aquí.

Las esclavas mas hermosas
Escogidas en Circasia,
Con todo el fuego que el Asia
Enciende en su corazon,
Allí á Don Luis encadenan
Con sus gracias seductoras,
Y allí se le van las horas,
Y con ellas la razon.

En el deleite adormido
Y en la molicie, no piensa
En una riqueza inmensa
Que se disipa por él;
Y olvídase que su huésped,
Por mas que sea opulento,
Derrama el oro sin cuento
Por festejar á un doncél.

Esclavo de su indolencia,
De que resbala se olvida
Tan torpemente su vida
De una en otra bacanal:
Y que depuesto el decoro
De un caballero cristiano,
Vive como un africano,
Materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre
De su presente ventura,
Tal vez su gente murmura
Supersticiosa ademas.
Y hasta el capitan Gonzalo,
De su placer compañero,
Con su silencio severo
Se lo echa en cara quizá.

Don Luis advirtió sin duda
La boca de aquel abismo
Y en cuentas consigo mismo
A solas al cabo entró.
Y una mañana bajando
Del árabe al aposento,
Con irrevocable acento
Su partida le anunció.

«¿Tan pronto os vais?
— Es preciso.
Rápido el tiempo se me huye
Y cada instante me arguye
Las pesadumbres que os doy.
Mañana me hago á la vela;
Mirad qué habeis de mandarme.
—¿Tan pronto quereis dejarme?
—Resuelto á partir estoy.»

Súplicas, ayes, caricias
Y especiosas reflexiones
Fueron vanas tentaciones
Para el alma de Don Luis.

Y el mercader, comprendiendo
Que su afan seria inútil,
Díjole al fin desistiendo:
« Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa
Salir su merced pretenda
Sin llevar alguna prenda
Que le recuerde mi amor.
Venid, Español, conmigo,
Venid á mis almacenes,
Y escogeréis de mis bienes
Lo que os parezca mejor.»

D. Luis. Para jamás olvidaros
Me bastan vuestros favores,
Que son las prendas mejores
De vuestro amor para mí.
El Mercader. Esas escusas efímeras
No tienen para mí peso.
D. Luis. Buen moro, desistid de eso
Que no ha de ser.
El Mercader. Será, sí.
Sin una prenda elegida,
Yo partir no he de dejaros:
La mano no he de soltaros
Primero que la escojais.
Venid.
D. Luis. Os sigo á la fuerza
Pues que me llevais asido,
Mas á ello estoy decidido
É inútilmente porfiais.
El Mercader. Ya teneis ante los ojos
Cuanta riqueza poseo,
Ahora decidle al deseo
Que pida y sin poquedad,
Porque sin un don precioso
Que no avergüence mi mano,
Seguro estad, castellano,
Que no os vais de la ciudad.
D. Luis. Yo en permanecer en ella
Por vos forzado consiento,
Mas espiaré el momento
De partirme y la ocasion.
Y de vuestro amor entonces
No una amistad cariñosa,
Sino gratitud forzosa
Guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera
La voluntad solo quiere,
Y la voluntad prefiere
Al mas preciado valor.
Vuestros dispendios me enojan
Y si hemos de ser amigos,
Los cielos me son testigos
Que esa es mi prenda mejor.
Ni un hilo de este tesoro
Que aquí me mostrais admito,
Lo ya hecho es infinito
Y el oro me sobra á mí.
Vuestros pasados regalos
Son ya escesivos, y en ellos,
He visto dones tan bellos
Como los que veo aquí.

Y en fin de obrar libremente
Os dejo absoluto dueño,
Mas tan tenaz es mi empeño
Que dél no me apartareis.
El Mercader. Está bien, pues tal cuidado
Os tomais por mi tesoro,
Cosa os daré que con oro
Adquirirla no podeis.

Y así el mercader diciendo
Con paso acercóse grave,
A una puerta cuya llave
Volviendo con rapidez,
Mostró á la vista asombrada
Del generoso cristiano,
Un portento soberano
De lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron
En otra ninguna estancia,
Tan deliciosa fragancia,
Encanto tan seductor.
La luz del sol entoldaban
Pabellones de colores,
Y preciosísimas flores
Mirábanse en derredor.

Allí entorno de los muros
Veíanse blandos lechos,
De frescos tejidos hechos
Convidando á reposar.
Allí se oia el murmullo
De una fuente azafranada,
Que en una taza dorada
Se vertia sin cesar.

Allí á su riego crecian
En ricos jarrones chinos,
Los claveles purpurinos
Que el Cairo tan solo dá.
Y el tulipan soberano
Que Stambul adora y cria,
Y la flor que á Alejandría
Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
Cuyo esquisito perfume
El aire jamás consume
Ni le llega á evaporar,

Por la cual diera una hermosa
De la nublada Inglaterra
Cuanto mar cerca su tierra,
Cuanto oro coge en su mar.

Allí brotaba en cada ángulo
De la magnífica estancia,
Llenando con su fragancia
Toda el aura en derredor,
Y los huertos mas mezquinos
Profusamente la abortan,
Y las esclavas la cortan
Para darla á su señor.

Allí del galan Tenorio
La deslumbrada pupila
Desmenuzando vacila
Tanta opulencia oriental,
Y el agua, la luz, las flores,
Los naturales primores
Compiten con los mayores
De el oro, el jaspe, y coral.

Aquellos lechos de plumas,
Aquellos baños de plata,
La tornasolada y grata
Claridad que reina allí:
Los muebles que allí se ostentan
Y de quien ignora el uso,
A Don Luis tienen confuso
Sin saber lo que es de sí.

¿Qué son estos aposentos
Do lujo tal se atesora?
¿Qué santo espíritu mora
En este abreviado eden?
Así Don Luis se decia,
Contemplándolo prolijo,
Cuando el árabe le dijo:
« *Esto, Don Luis, es mi harem.* »

—

Es el harem; allí el árabe
Del vulgo envidioso oculta
Su mas preciado tesoro,
El colmo de su ventura.
Bella mansion de deleites
Que solo el amor ocupa
Es el harem donde se hallan,
Santuario de la hermosura.
Santuario donde profanos
Penetrar no osaron nunca
Los ojos de ningun hombre
Con la cabeza segura.
Allí están no las esclavas
Que ante su señor se turban,
Sino las reinas que gozan
Con voluntad absoluta.
Las mugeres que á los moros
Les place tomar por suyas
Cual sus costumbres permiten
Y sus leyes no repugnan.
Allí, bajo techos de oro
Y pabellones de plumas
Para el placer se conservan
Encantadoras y puras.
Baños de esencias suaves
Su bello cuerpo perfuman,
Preciosas telas se visten
Y dulce son las arrulla.
Negras cautivas las sirven
Que por do quier las circundan
Para su capricho esclavas,
Para su servicio muchas;
Jardines tienen abiertos
De frondosidad oscura,
Do alegres pájaros trinan,
Do frescas fuentes susurran:
Do de los árboles altos
La espesa sombra confusa
El aura abrasada templa,
Y el sol entolda y ofusca;
Donde en hamacas de seda
Muellemente se columpian
Del céfiro acariciadas
Que en la hojarasca murmura.
Donde en el césped mullido
Al son de animada música
En danzas voluptuosas
Giran, se trenzan y anudan.
Donde en los huecos que ofrecen
Mil artificiales grutas
Sus bellos cuentos de fadas
A oir y contar se juntan.
Y allí mientras la tormenta
Recia se desgaja en lluvias,
Y brilla con el relámpago
Y con el trueno retumba,
Con lámparas de alabastro
Allá en el fondo se alumbran
Y con cantares alegres
A la tormenta conjuran.
A una de aquestas mansiones
De artificiosa estructura,
Alcázar de la belleza
Y red del amor, fué en suma
Donde el mercader condujo
Con gran silencio y mesura
Al rico Don Luis Tenorio
Que su intencion no barrunta.
Y en una de estas mansiones
La mas lejana sin duda,
Pero la mas ostentosa
Que en sus jardines se oculta,
Fué donde encontró Tenorio
Tal vez para su fortuna
Cinco doncellas bellísimas

Cual él no las viera nunca.
Las veinte y dos primaveras
No cuenta acaso ninguna,
Aunque veinte mil hechizos
En cada cual se columbran.
Nacion y raza distinta
Su forma distinta anuncia,
De su belleza el carácter
Y el traje diverso que usan.
Gallarda la georgiana
Ostenta medio desnuda
Sus académicas formas
Su tez sonrosada y húmeda:
Mas perezosa la indiana
Entre blancas vestiduras
Su piel de azabache muestra
Sobre un almohadon de pluma.
Los velos de oro que flotan
Hasta tocar su cintura,
Su triste mirar, su tez
Pálida como la luna,
Descubren á una italiana,
Que, aunque mucho disimula,
Por ver las playas de Nápoles
Cambiara cuanto disfruta.
Sus rizos espesos de ébano,
Negros ojos que circundan
Largas pestañas, sus manos
Blancas, redondas, menudas
Y su escaso pié que apenas
A sostenerse la ayuda
Descubren á una española
Aunque su orígen oculta.
La dulce voz y el altivo
Acento con que pronuncia
Y su perfecto contorno,
Su frente que el ceño anubla
Y el cuchillo que colgado
Lleva siempre á la cintura
Por una celosa griega
Dan fácilmente á la última.
Ante estas cinco bellezas
Que no conciben confusas
La causa que á un estrangero
Hoy traiga á presencia suya
Detúvose el mercader,
Y así á Don Luis que le escucha
Con voz resuelta le dijo
Que trecho no deja á dudas:
« Estas hermosas doncellas,
Don Luis, mis esposas son,
No me rehuseis el don
Que os quiero hacer de una de ellas.
Yo para mí las guardaba;
Si enojarme no quereis
Elegid la que gusteis
Para esposa ó para esclava.
Y ved que esto al escusar
Me vais hacer una ofensa
Tan solemne y tan inmensa
Que jamás lo he de olvidar.
Elegid pues. »

D. Luis. Dios no quiera
Que nuestra amistad un dia
Turbe por desdicha mia
Mi resolucion postrera.
Una de ellas tomaré,
Y si al fin fuere gustosa
La tomaré por esposa,
Convirtiéndose á mi fé.
No sé que pueda apreciar
De mejor modo este don.
El Mercader. Ni yo que mi corazon
Lo pueda nunca olvidar.

Y aquí, despues de un minuto
De meditacion profunda,
Entre las cinco sultanas
Buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta
Poco á poco de una en una
Y asió al fin de la española
La de las manos menudas.

Ni una palabra ni un gesto
Mostróle señal alguna
Que del árabe anunciara
Ni el gusto, ni la amargura.

Salió del harem en calma,
Y al elevarse la luna
Por el azul firmamento
Alzándo montes de espuma,
Salió aquella misma noche
Del puerto en que se asegura
El barco en que van á Europa
Don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle
Con desolacion profunda,
Por el través de dos lágrimas
Que sus pupilas le anublan,
Quedó mirando las velas
Que en precipitada fuga
Se llevan cuanto idolatra,
Y amor y amistad le hurtan.
Con ellas parte Zulima,
Y el árabe en su hermosura
Tenia puestos los ojos...
¡Malhaya á Dios su fortuna!

—

Secretos hay que debian
En el corazon quedar,
Y en el corazon ahogarse
Para no alzarse jamás.

Fiado en la buena causa
De su generosidad,
Su secreto puso el árabe
En las manos del azar;
Y la suerte, que de todos
Se mofa al fin por igual,
Atropelló su secreto
De su dicha sin piedad.

Don Luis eligió á Zulima,
La sultana que amó él mas,
Y con su amigo la bella
Los mares cruzando va.
Las amorosas palabras
Del sevillano galan
Pronto la harán olvidarse
De su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,
Pues nunca pensara tal,
Un amo en él, no un amigo,
Con desden recordará.
Pronto al ver que mar y tierra
Franco camino la dan,
Del rico harem el recinto
Como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres
De Europa y su sociedad,
Pronto el vacío que esconde
Su corazon llenarán.
Tal vez á su fé renuncie,
Pues gran tentacion será
El interés de su dueño
Y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos
Por el espumoso mar:
¿Cuál esperanza te queda?
Zulima no volverá.
En vano por las estancias
De tu palacio oriental,
La llamas con voz amante,
Ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas
Velando en su cuarto están,
Como si al fin le pudiera
Ella otra vez habitar.
En vano en tus tristes sueños
Contínuo viéndola estás,
Que al abrazarla te se huye
Su vana sombra fugaz.

En vano ideas contarle
Al noble español tu afan,
Decirle cuánto la quieres,
Pues si él te llega á escuchar
Cual tú de tu hermosa esclava
Ya enamorado estará,
Y antes perdiera la vida
Que volvértela á enviar.

Y aunque, por ser como tú
Tan generoso y leal,
Devolvértela quisiera,
No lo llegára á lograr.
Ella es ya libre en España,
La ley la protegerá,
Y no ha de querer á esclava
Desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero
De este recuerdo fatal,
Hasta la fé en que naciste
Intentas abandonar.
Y triste y meditabundo,
Sin reposo y sin solaz,
Tu tristeza es tu alimento
Y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmete aquella,
Y esta es tan poca y falaz,
Que entre una y otra, por último,
Te van á despedazar.

—

«Vuelve, ¡ay de mí! purísima gacela:
Vuelve, vuelve á tu harem de Alejandría
A cuyas puertas desolado vela
Quien de tus ojos en la luz vivia.

Sin tí, se agostan mis pintadas flores,
Sin tí, los ecos lastimeros gimen,
No alegran mi jardin los ruiseñores,
Ni brotan mis vistosos surtidores,
Que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras,
¿Sin tí qué me valían?
Junto á mí, de fastidio se dormían,
Y las dí libertad, y se alejaron
Como garzas ligeras.
¡No las amé jamás, ni ellas me amaron!

Vuelve Hourí celestial, vuelve conmigo,
Y al corazon me volverá la vida:
Sin tí, no encuentro caridad ni abrigo,
Mi riqueza sin tí yace perdida.
¡Ay! no conocerias si volvieras,
Lo que fué tu mansion, que en pocos años
Se cambian las ciudades mas enteras
Y naufragan las naves mas veleras,
Por los mares estraños.

Mísero y triste lloro
Y en abandono y soledad me veo,
Siempre agitado del fatal deseo
De morir á los piés de quien adoro.

¡Malhadada amistad! ¡dura venida!
De quien mi amor robándome, me olvida!»

Llanto amargo vertiendo, así decia
El mercader, y así se lamentaba
Y su fortuna el infeliz veia,
Que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares,
El que en fiestas y danzas y cantares
Pasó un tiempo su plácida existencia,
Hoy presa del afan y los pesares
La arrastra ya vecino á la indigencia.
Descuidó su comercio en su amargura,
Su crédito menguó de dia en dia,
Y sus naves sorbió la mar bravía:
Uno tras otro sus amigos viles
En su infortunio al fin le abandonaron
Y sus mismos esclavos le robaron,
Y sus inmensos bienes
A manos de voraces acreedores
Salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
Minó su corazon, y la amargura
Trastornó su razon en su cabeza,
Y el árabe infeliz dió en la locura.

Su palacio y su harem pasó á otras manos,
Y el que opulento y poderoso un dia
Asombró con su lujo á Alejandría
Escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz dias y noches
De su antigua mansion en los umbrales
Lamentando pasó como un mendigo
Sus duelos y sus males,
No salió de una reja á los cristales
Su cuita á consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante y macilento
Estaba el mercader como una sombra
Al pié de la pared del aposento
Donde otro tiempo holló morisca alfombra,
Y do imperando resonó su acento.

Y así un dia pasó tras otro dia,
Y año pasó tras año,
Y probó cada dia un desengaño,
Hasta que el pobre de vergüenza uraño
Huyó de Alejandría.

En una noche oscura aunque serena
Solo y á lento paso
Se hundió en el mar de requemada arena.
Del árido desierto de la Libia
Donde solo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente
Perdiéndose su sombra poco á poco,
Su memoria olvidó la ingrata gente
Y á hablar no se volvió del pobre loco.

—

Cinco años pasado habian:
Don Luis en fortuna próspera
De su estendido comercio
Los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla y en ella
En rico palacio mora
Do la mas alta nobleza
Con sus visitas le honra:
Vive en Sevilla, y con él
Aquella Zulima hermosa
Que á nuestra fé convertida
Con él se casó y le adora.

Dejó el turbante de esclava
Por una nupcial corona,
El harem por el palacio,
Por Jesucristo á Mahoma.
Cambió el nombre de Zulima
Por el nombre de Eliodora,
Y quien en Asia fué esclava
Vino á mandar en Europa.

—

Es una noche sombría
Y una callejuela corva,
Que acaba de San Francisco
En la plaza y desemboca.
Y aunque no está aquella noche
Avanzada en altas horas,
Las calles tiene desiertas
El recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
En torno la plaza toda,
De modo que ni una luz
Rasga la neblina lóbrega.
Solo en los anchos balcones
De una casa grande y sola,
Los cristales iluminan
Mil clarísimas antorchas.
Oyese música dentro
Y al compas de bulliciosa
Danza retiemblan los vidrios
A pesar de las alfombras.
Através de ellos de lejos
Se alcanzan tumultuosas
Las sombras de los que danzan
Ir pasando unas tras otras,
Una ilusion produciendo
Tan fantástica y diabólica,
Que desvanece los ojos
Y el corazon acongoja.
En esta casa y al son
De esta música sonora,

Que en quien la habita supone
Placer, opulencia y gloria,
A lentos pasos un hombre
Que las desdichas agobian,
En el portal penetrando
A la cancela se asoma.
Fatigado y macilento
Envuelve mal su persona,
En harapos que rechazan
Hasta el título de ropa.
Su frente erguida otro tiempo
Hoy hácia la tierra encorva,
Y bien se ve que á la tierra
La humillacion se la dobla.
Y sus tostadas mejillas
Su mirada melancólica,
La voz que del pecho arranca
Ronquecida y fatigosa,
Bien á las claras demuestran
El dolor, que le destroza
El corazon donde hierven
Sus penas harto recónditas.
Llamó á la puerta en voz baja:
Y en voz amenazadora,
«¿Quién vá?» respondió un portero
Que los dados abandona.
«¿Vive esta casa, y perdona,
Don Luis Tenorio?
—Aquí mora.
¿Qué quiere?
—Hablarle un momento.
—¿Vos?
—Sí.
—¿Vos, lo que no logran
Los nobles al medio dia
Quereis lograr á estas horas?
¡Bah! y ahora que está cenando!
¡Pues no faltaba otra cosa!
—Hacedlo por Dios, amigo,
Que no ha de pesaros.
—¡Oiga!
¡Traerá visita del rey
El perdiosero!... malhora
Para vos, idos, buen hombre,
Que el tiempo no está de sobra.
—Por cuanto amais en la tierra
Y por mas que os sea incómoda
Mi exigencia, id á vuestro amo
A decir que una persona
Que ha atravesado buscándole,
Las montañas y las olas,
Quiere tan solo traerle
Un amigo á la memoria.
—¡Es tambien amigo suyo!
Voto á san Gil, que me enoja
Tanta insolencia. ¡Ea! tome,
Y agradezca la limosna.»

Y así diciendo el portero
Una moneda le arroja,
Y las espaldas le vuelve
Dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo
Con el carmin de la honra
Sobre la faz, y en los párpados,
De llanto amargo, dos gotas.

—

Despechado é indeciso,
Un momento devorólas
Como pudo, y de ira trémulo
La faz, y la vista torva,
Dejó la casa diciendo:
«¡Maldita sea la hora
En que conocí tu nombre,
Y oí la voz de tu boca!»
Y en el átrio de una iglesia
Que halló á aquella casa próxima,
Tendióse desesperado
Hasta la vecina aurora.
Llorando pasó harto tiempo
Males y desdichas propias,
Mas el cansancio rindióle:
Y poco á poco en las losas
Dejó tomar á sus miembros
Posicion menos incómoda,
Hasta que en brazos del sueño
Perdió sentido y memoria.

—

En esto al átrio subiendo
Dos personas embozadas
Tiraron de las espadas,
Furiosa lid emprendiendo.
Duró la riña un instante,
Cayó sin un ¡ay! el uno,
Y en un callejon moruno
Entróse el otro adelante,
Y ni despertó el mendigo,
Ni se aproximó un curioso,
Ni duelo tan misterioso
Tuvo padrino ó testigo.
Allí uno de ellos quedó,
Y aunque en las sombras incierto,
Que de un golpe quedó muerto
Bien el alba lo mostró.

—

Esta asomó entre arreboles
De púrpura como siempre,
Para el dichoso y el triste
Brillando indistintamente.
Lo hacia apenas el sol
Cuando á la voz de *¡Cogerle!*

Matarle! villano! infame!
Los ojos abrió el inerme
Mendigo, que vió al abrirlos
Confuso tropel de gente
Que en su redor se apiñaba
Aunque la razon no entiende.
Cruzaron al fin la turba
De la justicia lebreles
Con sus varas en la mano,
Y el tribunal en los dientes;
Amenazando prisiones
Y olfateando á los pobretes,
Por si faltan los culpados
Que no falten penitentes.
Y asiendo del miserable,
A quien dicen: «¡Ese! ¡ese!»
Con ira le demandaron,
Mas sin que él los comprendiese:
«¿Quién mató á ese hombre?»
—Y de un muerto
Pusiéronle frente á frente.
«No le conozco, repuso
El hombre con calma viéndole.
—¿Pues cómo estabais con él?
—Si dádole hubiera muerte
No me quedára á su lado.»
Y aquí irritada la plebe,
«¡Niega, gritó, que le maten!
Todos lo han visto. ¡Prendedle!»
En vano tendió los brazos
Que le escuchasen pidiéndoles.
En vano á la resistencia
Quiso apelar muchas veces,
Teníanle bien asido
De los brazos los corchetes:
Y habian ido llegando
Del difunto los parientes
Por él pidiendo justicia,
Iracundos como sierpes.
Apenas muchos soldados
Bastaron á contenerles,
Y algunas manos lograron
Llegar hasta el delincuente.
Mas aunque bien su persona
De la multitud defienden,
Asióle uno de la capa
Andrajosa en que se envuelve,
Y con ímpetu tirando
Rasgósela de tal suerte,
Que vieron todos los ojos
Que bajo de ella mantiene
Revuelto calzon morisco,
Y jubon con puntas verdes.
«¡Moro!» esclamaron al punto,
Y acreciendo doblemente
Se hizo el tumulto mas fiero
Por moro al reconocerle.
Abriéronse las ventanas,
Las puertas y los canceles,
Toda Sevilla por ellos
Asomándose por verle.
Para gritar los muchachos
A los pilares subiéndose
Y en los puestos y casetas
Empinándose la gente.
Hubo sartas de insolencias,
Y diluvio de moquetes,
Codazos y pisotones
Y sangrías de alfileres,
Hasta que al fin por la plaza
Con lanzones y broqueles
Entraron por varias calles
A son de clarin, ginetes.
Y despejando la chusma
Lograron á solas verse
Con el difunto sus deudos
Y el reo con los corchetes.

En esto Don Luis Tenorio
Que á su balcon salió á verles
Bajo él al pasar el preso,
Gritó á la justicia: «¡Ténganse!
—¿Qué quiere el señor Tenorio?
Preguntó un juez descubriéndose.
—Justicia!
—Y en qué servirle
Aquí la justicia puede.
—En dar libertad á ese hombre
Que por Dios que está inocente.
—Ved lo que hablais.
—Está dicho,
El asesino no es ese.
—¿Pues quién es?
—Yo, y me delato.
Que suban pues á prenderme,
Yo maté anoche á ese hombre
Por ocultos intereses.»

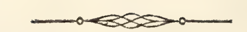
Enmudecieron de asombro
Los que se hallaban presentes
Unos á otros mirándose
Sin decidirse á creerle.
Los parientes del difunto
Por poderoso temiéndole
Y admirándole en silencio
Por generoso los jueces.
En esto bajó á la calle
Don Luis, y camino abriéndose
Hasta el reo, desatóle
Con un abrazo deciéndole:
«Subid, buen moro, á mi casa
Y dejad que á mí me lleven
En vuestro lugar ahora,
Que yo sabré defenderme.»
Tendióle el moro los brazos
Sin saber qué responderle,
Llamándole amigo suyo,

Y estrechándole cien veces.
Lloraba al ver tal escena
Enternecida la gente,
Y por la plaza reinaba
Triste silencio solemne,
Cuando á interrumpirle vino
Otro impensado accidente.
Un caballero embozado
Que estuvo de cerca oyéndoles
Sobre el semblante el sombrero
Y el embozo hasta las sienes,
En medio de la justicia
Presentóse de repente.
Desembozóse con brio
Y con voz serena y fuerte
Dijo : « *Yo soy el que buscan ,*
Los demas son inocentes.
Yo maté anoche á Don Tello,
Testigos hay, que si quieren,
Dirán que salir nos vieron
Para reñir juntamente.
Nadie dará de esos dos
Con la ocasion de su muerte,
Y yo daré tales señas
Que duda en ella no deje.
Señores, idos con Dios
Que si obrásteis noblemente,
No es justo que á pagar vayais
Lo que á mí me pertenece. »

Y así diciendo y la espada
De su cinto desciñéndose
A manos de la justicia
Se dió como delincuente.
Quedaron todos atónitos,
Y la justicia y la plebe
Sin concebirlo admiraban
En silencio y justamente
En Don Luis lo generoso,
Y en el otro lo valiente.
Y viendo tal hidalguía
En ambos á dos los jueces,
Teniendo en Don Luis el crímen
Por falsedad evidente,
Dieron su casa por cárcel
Y con su palabra fuéronse.
Subieron los tres á ella,
Y los soldados volviéndose,
Volvió á llenarse la plaza
Con los ociosos de siempre.
¿ Qué mas te importa saber
De este cuento? ¡oh buen lector!
Los abrazos que Tenorio
Al de Alejandría dió,
Del comerciante de Oriente
La magnífica oracion,
El asombro del incógnito
Que á Don Tello Arias mató,
De Zulima, hoy Eliodora
El consiguiente rubor
Al encontrar otra vez
Al dueño que abandonó,
Y las dos mil zarandajas
Con que imberbe historiador
Emborronára papel
Y cansára tu atencion,
No son medios que acomodan
A mi actual pésimo humor,
Para dar á mi leyenda
Competente conclusion.
Basta que sepas que á ruegos
De Tenorio se indultó
Del difunto Tello Arias
Al bizarro matador :
El cual á Don Luis Tenorio
Con fina amistad pagó
La vida que le debia,
Rendido á tan gran favor.
Que el árabe convencido
De que la fé en que vivió
La borrasca no calmaba
De su triste corazon,
A las aguas del bautismo
Su calva frente dobló,
Al sacro puerto acogiéndose
De la santa religion.
Confesó que era Mahoma
Un impúdico impostor
Y en lugar de las Houríes
Los ángeles adoró.
Don Luis le dió por esposa
A su hermana Doña Sol
Con la mitad de su hacienda
Y el tesoro de su honor.
Vivió feliz cuantos años
La existencia le duró,
Y aquí concluye mi historia.
¡Oh carísimo lector!
Solo me resta decirte
Que presto se acomodó
A las costumbres de Europa
Y convino en que es mejor,
Que tener cincuenta esclavas
Que maldicen su opresion,
Tener una mujer sola
Con cariño y con honor.
Y es mas cómoda una cama
Que el mas mullido almohadon,
Donde se quedan las piernas
En el suelo y sin calor.
Y es mejor dormir en ella
Del vino la exaltacion,
En deliciosos ensueños
De pasajero vapor,
Que comer maiz en tortas
Y el alcuzcuz y el arroz,

Y emborracharse con opio,
Trepando luego á un balcon,
Para escitar en la mente
Delirio fascinador.
Que al cabo ataca los nervios
Y oscurece la razon,
Y torna á los hombres locos
O necios que es lo peor.

Con eso, lector, si hasta ahora
Gratos mis cuentos te son,
Dios me lo premie en el cielo,
Demándemelo sinó.
Con que si te placen comprálos,
Y con la ayuda de Dios,
Haremos cuantos pudiéremos
Entre el editor y yo.



LA AZUCENA SILVESTRE,

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX.

AL SEÑOR

DON ANGEL SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

PRIMERA PARTE.

—

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE COMIENZA LA NARRACION DE LA PRESENTE HISTORIA.

Mas pura que la luz de blanca luna,
Que en arroyuelo límpido riela,
Mas hermosa que el cisne en su laguna
Cuando en ella se baña, nada ó vuela;
Y alegre mas que en soledad moruna
Suelta y errante y tímida gacela,
En gracias y virtud feliz crecia
La bellísima y cándida María.

Y aun no cumplidos sus catorce abriles,
De noble estirpe y á reinar nacida,
Ajena á devaneos mugeriles
Velada por su bien, siempre servida,
Flor era pronta á dar tallos gentiles
A los besos dal céfiro mecida,
Y á exhalar de su caliz aun cerrado
Delicioso perfume embalsamado.

Caia en anchas ondas de su frente
Larga madeja de flotantes rizos,
Y de inquieto mirar, mas inocente,
Dos ojos revolvia antojadizos:
Y en su blanca mejilla trasparente
Centros ambos á dos de sus hechizos
Marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
Luceros ambos que robó á los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
Su padre el buen Wifredo, y la corona
Ceñirla aguarda de la tierra estensa
Del condado feraz de Barcelona.
Solo en su bien y en su fortuna piensa,
Y honrada, sin rival, feliz matrona
En tiempo incierto de la edad futura
Su ambicion paternal se la figura.

Unico amor del varonil guerrero,
Unica prenda de su muerta esposa
Tiene Wifredo su cariño entero
Puesto no mas en su María hermosa:
Y único amor, el noble caballero
Del alma de la niña candorosa,
En una el alma de los dos se encierra,
Y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida
Con los laureles mil de mil campañas,
Su ciudad populosa defendida
Por su tendido mar y sus montañas,
La mitad de los años de su vida,
La memoria y la prez de sus hazañas
Todo lo diera el caballero noble
Por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
Riquísimo joyel de su cariño,
Manantial de su interna bienandanza,
Vuelve á su pecho el corazon de niño;
Se le roba á la guerra y la venganza,
Se le torna mas puro que el armiño,
Se le lava de impulsos terrenales,
Se le inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazon síncero
Gracias humildes al Señor, y cuenta

Por eso dia á dia el caballero,
Y su esperanza en cada uno aumenta.
Y bendice al Señor, que lisonjero
A su vejez el tiempo representa
De su edad concediéndole al otoño
Tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
El padre tierno concebir no sabe
A otro mortal alguno concedida
Mas sagrada mision, cargo mas grave:
Ella es para él, del cielo bendecida,
De su dichosa eternidad la llave,
Y del futuro en perspectiva bella
Todo lo aguarda de su Dios y de ella.

Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livianas
Las cosas son de la mudable tierra,
¿Quién sondará las leyes soberanas
Que el misterioso porvenir encierra?
La aura que arrastra en pós las hojas vanas
La torre abate que al peñon se aferra,
Y las menudas ondas de los mares
Socaban las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío
Que entolda nube negra y tenebrosa
De su palacio en el jardin umbrío
La niña entre los céspedes reposa.
De casto sueño dulce desvarío
La divierte la mente candorosa,
Sonriendo al gozar su fantasía
El purísimo labio de María.

La casta mano de márfil velada
Entre su espesa y negra cabellera
Bajo la sien tranquila colocada,
Y bajo seda fácil y ligera
Su modesta figura contornada,
El pié breve no mas dejando fuera,
Parece sobre el césped su figura
Ejemplar de bellísima escultura.

Y cuán bella y feliz es una niña,
Que con sus dichas infantiles sueña,
Y sus caprichos inocente apiña
De universo ideal soñando dueña.
Con infantiles galas se le aliña,
Y en poblarle con fábulas se empeña,
Y le goza de fábulas henchido
Hijas de un corazon no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se via
De su sueño infantil con las visiones
De su palacio en el jardin María:
Mientras sobre ella en densos nubarrones
El nublado apiñándose crecia
Y amagaba al rasgar sus pabellones
Sobre la tierra desplomar airado
Todos los males de que va preñado.

Ya se sentia por su vientre oscuro
Ronco el trueno rodar: ya se aspiraba
El aura ingrata del vapor impuro
Que en su cargado seno fermentaba.
Y cual dragon enorme, que seguro
Ala invisible en el ambiente traba,
Avanzaba el nublado á paso lento
Cerrando en sombra la region del viento.

Viéndolo el buen Wifredo iba afanoso
Por el jardin buscando su hija amada;
Mas de no amedrentarla cuidadoso
Moviendo en su redor planta callada.
Ya su ojo paternal en el frondoso
Césped la vió durmiendo descuidada,
Y ya en su labio paternal bullia
El dulcísimo nombre de María:

Cuando hondo, ronco y repentino trueno
El nublado al rasgar crujió estallante:
Se alzó la niña, el corazon ajeno
De aquel peligro de que está delante,
Mas al abrir los ojos fué de lleno
A herírselos relámpago brillante,
Y exhalando agudísimo lamento
Volvió en tierra á caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
Y alzóla en ellos el varon robusto,
De pena el corazon roto en pedazos,
Trémulo el cuerpo al repentino susto;
Mas ni al calor de tan amigos lazos,
Ni á su voz que le turba pavor justo
Vuelve la pobre niña dolorida
Señal á dar de movimiento y vida.

Por medio del horrísono aguacero
Que se desgaja ya, corre exhalado
Con su hija para él peso ligero:
Y con nerviosa fuerza á ella abrazado
Pasa el jardin, él pórtico, el crucero,
Revuelve el caracol mal alumbrado,
Y en su cámara y lecho al cabo posa
Carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus briosas voces acudieron
Cuantos siervos tenia en su palacio,
Cuantas damas en él su voz oyeron,
Cuantos curiosos admitió su espacio:
Y empíricos y sabios acudieron,
En tomar cuyo auxilio no reácio
Wifredo logró en lágrimas deshecho
Volver la vida á su virgíneo pecho.

¡*Ay!* dijo la doncella, y exhalando
Débil suspiro perceptible apenas

Abrió sus ojos en redor girando
Miradas ¡ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afan llevando
A las pupilas de su llanto llenas,
Volviólas á apartar la desdichada
Gritando con pavor : « ¡No veo nada! »

« ¡Hija! (esclamó poniéndose delante
De sus ojos Wifredo), hija del alma!
Mira, mira, yo soy! torna el semblante,
Mírame aquí... » mas con siniestra calma
La doncella hácia él tendió anhelante
La vista no, la descarriada palma,
Y al asirle, burlando su deseo,
Repitió tristemente : « Nada veo. »

Volvió iracundo la ensañada mano
El trémulo varon contra sí mismo,
Los cabellos mesándose inhumano,
Y como ser en quien sopló el abismo
Espíritu infernal, matando insano
La luz de la razon y el cristianismo,
Al cielo alzó los inflamados ojos
Torpe ó blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto á su razon, mas sosegado
El mísero volvió, y al mismo cielo
Tornó á elevar los ojos humillado,
Ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oracion al corazon cuitado
Prestó resignacion sino consuelo,
Y con doliente voz que al alma llega
Dijo á los que le oian: *Está ciega.*

—

¡Ay Dios! era muy cierto :
La lumbre centellante
Del fúlgido relámpago
Que al despertar la hirió
De sus hermosos ojos
Mató la luz radiante,
Y un velo de tinieblas
Ante ellos estendió.

Los sabios mas famosos
En vano convocaron :
Los siervos de Mahoma,
Los hijos de la Cruz,
Los sabios de Judea
Al fin desesperaron
De dar á sus pupilas
La apetecida luz.

Hermosa como siempre
La cándida María
Fingiéndose esperanzas
De curacion feliz
Al angustiado Conde
Prestárselas queria,
Y le lograba solo
Hacer mas infeliz.

Atento y cariñoso
Con paternal anhelo
El brazo la ofrecia
Y la guiaba el pié,
Sirviéndola de dia,
Y al piadoso cielo
Orando por la noche
Con encendida fé.

« Qué dia tan hermoso
Debe hacer hoy, » decia
La niña, el sol sintiendo
Sobre su blanca faz :
Y oyéndola Wifredo
Del párpado sentia
Una abrasada lágrima
Huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
María comprendiendo
Las manos alargaba
Sus ojos á tocar,
Y en ellas de su padre
Las lágrimas sintiendo,
Decia : « ¿Y porqué lloras? »
Y echábase á llorar.

Erraban á las veces
En dulce compañía
Por una y otra senda
De su feraz jardin,
Y el amoroso padre
Coronas la tejia
De frescas siemprevivas
Y pálido jazmin.

Gozaba sus aromas
La niña, é inocente
Cediendo á los impulsos
De instinto femenil
Ornaba con las flores
Su candorosa frente
Mostrándose con ellas
Mas linda y mas gentil.

Y en las tranquilas noches
Del abrasado estío
A otro viajero acaso
Volvian á escuchar,
Ya bajo el verde toldo
Del emparrado umbrío,
Ya sobre el alto muro
Que lame inquieto el mar.

¡Oh cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memoria!

¡Cuán dulce y cuán sabroso
Oir en nuestra edad
Las mágicas leyendas
De su olvidada historia,
Sus crónicas sacando
De añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
Regida y dominada,
Guiada por dos astros:
La gloria y el amor.
La España por aquella
De moros rescatada,
Por este la hermosura
Corona del valor.

La edad de los prodigios,
La edad de las hazañas
Sin duda fué: nosotros
De corazon sin fé
Sus crónicas leemos
Llamándolas patrañas,
Y en ellas es do el dedo
Del Criador se vé.

Entonces juntamente
Sin crímen invocaba
Su Dios y sus pasiones
El rudo corazon,
Y el cielo justo á oirle
Tal vez no se negaba
Porque mezclara rudo
La fé con la pasion.

Entonces era el justo
Columna de justicia:
Valiente y obstinado,
Mas franco el criminal:
Y ajeno aun en su crímen
De hipócrita malicia
Obraba malamente,
Mas confesaba el mal.

Entonces se creia:
La religion severa
Objeto de sarcasmo
Jamás al necio fué,
Ni la mentida ciencia
Se la atrevió altanera
De sus razones santas
A demandar ¿porqué?

Pastor el sacerdote,
De su rebaño en vela
Guiaba é instruia
La ciega multitud,
Y aquella le escuchaba
Siguiendo sin cautela
La senda señalada
Por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
Virtud apetecida
No está en el raciocinio,
Que está en el corazon;
Y el que en el suyo guarda
Su fé bien defendida,
Le sobran los sentidos,
Le sobra la razon.

Por eso en la alta noche
Cuando en silencio y calma
Del buen Wifredo todo
Yacia en derredor,
Enviaba al firmamento
Las cuitas de su alma
En oracion humilde
Con síncero fervor.

Y oraba por su hija
Mientras cercana ella
En cámara vecina
Oraba al par por él,
Y entrambas las plegarias
Del noble y la doncella
Subian á las plantas
Del santo de Israel.

—

Como al pié del altar, del vaso de oro
De perfume oriental se exhala y sube
Pura, ligera, y trasparente nube
Que embalsama la régia catedral,
Así á los cielos la oracion del justo
Sobre sus alas místicas se eleva
Y el soplo de los ángeles la lleva
De Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina madre del Dios hombre
Al acojer benigna la plegaria
De la inocente vírgen solitaria,
Que invocaba su amparo en la afliccion,
Al ángel vaporoso de los sueños
La enviaba, y en sus alas vagarosas
Bello tropel de imágenes dichosas
Descendia á su casto corazon.

CAPITULO SEGUNDO.

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE Y SU HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINACION A MONSERRATE Y LO QUE ALLÍ PASÓ.

I.

Y yendo dias y viniendo dias,
Tras dos años de angustias y de afan,
Y de buscar inútiles remedios.
Que no pudieron remediar su mal,
En una noche del templado mayo,
Por la ribera del tranquilo mar

A la pálida luz de la alta luna
El Conde y su hija silenciosos van.
Las ondas trasparentes murmurando
Se vienen á sus plantas á estrellar,
Rodando lentamente unas sobre otras
Con eterna y monótona igualdad.
A lo lejos tal vez se divisaba
La blanca lona del bajel pasar,
Y la cancion del pescador se oia
Llevada por la brisa desigual.
A veces se elevaba en la llanura
El ronco y melancólico graznar
De las marinas aves que en la playa
Buscan mansion, sustento y libertad.
¡Noche serena, deleitosa noche
A quien la puede sin dolor gozar;
Melancólica noche para el triste
En cuyo pecho la afliccion está!
Tristes ideas en su mente escita
Su nocturno silencio y soledad,
Y aun el consuelo que le inspira junto
Con la hiel del recuerdo se le da.
Y así una noche del templado mayo
Por la ribera del tranquilo mar
A la pálida luz de la alta luna
Wifredo y su hija silenciosos van.
Y acaso desde lejos percibiendo
La forma de la vírgen blanquear
Y las armas lucir del caballero
Que la presta su apoyo paternal,
Creyeran que el espíritu doliente
De náufrago infeliz que espele el mar
En los brazos del ángel de las aguas
Encontraba el amparo celestial.
Y acaso al ver en la nocturna niebla
Rodeando la lóbrega ciudad
Creyeran que velándola vagaba
El espíritu de ella tutelar.
Y así sumidos en memorias tristes
La hermosa ciega y el baron feudal
Iban vagando con pisada incierta
Por la ribera del tendido mar;
Cuando á la tibia luz creyó el guerrero
Negra figura distinguir quizá,
Que á lento paso hácia los dos viniéndose
Con cada paso se aclaraba mas.
Rápido impulso de temor muy vago
Sintió en su pecho varonil brotar,
É incomprensible repugnancia interna
Al ser que llega junto de ellos ya.
Era un anciano, cuya blanca barba,
Cuyo cuerpo inclinado por la edad
Movia á reverencia mas que á miedo,
Ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco á caminarle ayuda,
Ciñe sus miembros áspero sayal,
Y al suelo vueltos los humildes ojos
Severa muestra y penitente faz:
«Padre, ¿quién llega?» preguntó María,
Sintiendo de aquel ser la vecindad,
Cual si pavor la diera el que llegaba
No mas que por instinto natural.
«Es un anciano, contestó Wifredo.
—No sé porqué desconocido afan
Al sentirle probé, padre.
—Hija mia
Cálmate y calla, porque ante él estás.»

—

«Dios vele sobre tí, noble Wifredo,»
Dijo llegando con humilde voz
El viejo anacoreta. «Él os ampare,»
El Conde cortesmente replicó.
Y trabando de aquí plática entrambos
Siguieron luego ya su vez los dos.
Y de este modo con sonrisa dulce
El anciano estrangero la empezó.
«¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?»

Wifredo. El aura por gozar de la estacion.
El Anciano. El aura de la mar es insalubre
Para su mal.
Wifredo. ¿Sabéisle?
El Anciano. ¿Y cómo no?
La fama de esa inmensa desventura
La España entera recorrió veloz.
Wifredo. ¡Ay de mí! y cuán en balde! En toda ella
Remedio nadie á mi pesar halló.
El Anciano. Las yerbas de la tierra y sus virtudes
Secas, Wifredo, é impotentes son
Cuando en el mismo mal compadecido
Su dedo paternal no pone Dios.
Wifredo. Noches y dias con fervor le ruego.
El Anciano. Busca quien goce su feliz favor.
Wifredo. Vos, anciano, tal vez...
El Anciano. Tente, insensato:
Para tanto intentar ¿qué puedo yo
Pecador miserable? Hay en la tierra
Otros mas justos que lo harán mejor.
Wifredo. ¡Ah por Dios esplicaos!
El Anciano. Los peñascos
De Monserrate en su áspero fragor
La luz esconden que sus rayos toma
En las pupilas del potente Dios.
Wifredo. ¿En Monserrate?
El Anciano. Sí, Dios manifiesta
El poder de una santa intercesion
Con divinos portentos cada dia.
Lleva pues á la hija de tu amor
Si la quieres sanar, á Monserrate:
Y en la grieta mas honda de un peñon,
Que en las nubes esconde su alta cresta
El justo habita y con el justo Dios.

Y así diciendo el misterioso anciano
Sus pasos adelante enderezó,
De la esperanza el bálsamo vertiendo
De María en el limpio corazon.
«¿Do vais? dijo atajándole Wifredo,
En mi palacio reposad, señor,
Y admitid á lo menos hospedage
Por esta noche.
— Es lejos donde voy,
Las horas de la noche son muy breves
Y todas me hacen falta,» replicó
Siguiendo su camino el estrangero,
Todavía insistiendo el buen baron,
«Mis gentes, mis caballos, todo es vuestro,»
Le dijo: y el anciano en ronca voz:
«Basta, repuso, límites no tiene,
Wifredo, para mí la creacion.
Y la raza del hombre toda entera
No podrá nunca lo que puedo yo.»
Y así diciendo, como arista leve
Que arrebata del suelo el aquilon
Una sonora ráfaga pasando
Al monge entre sus ondas arrastró.
Tembló María al percibir su rastro,
Arrodillóse atónito el baron,
Y de ir á Monserrate voto hicieron
A vista del prodigio ambos á dos.

—

Cual marinero errante, que perdido
Su soberbio bajel, contra las olas
Lucha á los restos del bajel asido
Cercana viendo la ribera ya:
Cual golondrina errante que los mares
Cruza estraviada y la cansada pluma
Agita conociendo los lugares
Donde á anidar acostumbrada está;

Cual cierva que en la fuerza del estío
Sedienta vaga por el bosque espeso
Y el agua oyendo del cercano rio
Hácia él se lanza cuando el agua vé:
Así impaciente la infeliz María
En alas del deseo y la esperanza
Llegar á Monserrate apetecia
Con inspirada y religiosa fé.

Wifredo al par con la esperanza misma
El sol de la partida apresuraba.
Y con la misma fé ver esperaba,
La omnipotencia santa del Señor.
Inmensa suma de regalos y oro
Y comitiva inmensa prevenia,
Y un santuario fundar se proponia
Y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias
»Monasterio suntuoso se levante
»Memoria eterna que el prodigio cante
»Señal eterna del favor de Dios.
»Bajo sus anchas bóvedas, eternos
»Himnos de gracias al Señor resuenen,
»Y sus campanas el desierto atruenen
»El alma al cielo remontando en pos.»

Así esclamaba el piadoso Conde
De su fé en el fervor
Con tamaños intentos emprendiendo
Su peregrinacion.

Del fresco mayo en la postrer mañana
Al despuntar el sol
Con su hija y comitiva numerosa
De la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
Su inmensa poblacion,
Todos rogando por la hermosa niña
A la piedad de Dios.

Y así de Monserrate enderezaron
Al aspero fragor,
Y en la distancia del camino largo
La comitiva santa se sumió.

Aun se alcanzaba de las altas torres
Como leve pavor
El polvo espeso que sus piés alzaban,
Pero tambien al fin se disipó.

A Monserrate van. ¿Pero quien sabe
Lo que les guarda en su honda soledad
El que posee del corazon la llave,
El que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios: y Dios tan solo puede
Romper el velo á la futura edad,
Solo á sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II.

Entre los rudos peñascos
Que por la estension desierta
De Monserrate, en las nubes
Esconden sus altas crestas;
Entre los cóncavos huecos
De sus oscuras cavernas,
Guarida oculta y salvaje
De reptiles y de fieras:
En medio de aquellos valles
Dó en lagos el sol fermenta
Los vapores que son nubes
Empezando en leve niebla:
Allí donde humanas voces
A los ecos no despiertan,
Ni el humo de los hogares
En espirales se eleva,
De un gigantesco peñasco

En la socavada grieta
Pasa sus dias un hombre
En áspera penitencia.
Rústico sayo le viste,
É insípidas le alimentan
Agua de un arroyo manso,
Raices de cruda yerba:
Y á su escondida morada
Diez años há que no llegan
Mas que las águilas que hacen
Su nido en aquellas peñas.
Una de techo le sirve,
Y audaz la naturaleza
Por un capricho inclinándola
La colocó de manera
Que el corazon mas valiente
Temblara entrar bajo de ella,
Por miedo de que al hundirse
Su sepultura no fuera.
Tosca cabaña de troncos
Espinos y ramas secas
Construyó allí el eremita
Por su morada eligiéndola,
Y allí los dias y noches
En soledad y abstinencia
Pasando, el cielo conquista
Y en paz á la muerte espera.
Y ni el alma de aquel justo
Rumor mundano atormenta
Con sus pasiones mezquinas
De vanidad y de tierra,
Ni su alma en sus devociones
Sumida, jamás recuerda
Los humanos devaneos,
Ni las delicias terrenas.
En todo cuanto sus ojos
En torno suyo contemplan
A Dios solamente mira,
A Dios nada mas encuentra.
Las florecillas silvestres
Que escasas tal vez vejetan,
Los arbustillos que exhalan
Campesino olor, la tierra
Que da al gusano guarida
Y sustento á aves y á fieras,
Los mil vistosos insectos
Que por la atmósfera vuelan
Al sol tendiendo sus alas
Que sus rayos trasparentan,
Todo, todo de su Dios
El poder le manifiesta,
Y él le conoce y le adora
En sus obras mas pequeñas.

Así pasa Juan Guarino
Su virtuosa existencia
Siendo del cielo delicia
Y haciendo al infierno guerra.

Y aunque en el uno fiado
Tal vez al otro desprecia
Satan que es muy poderoso
Fieros combates le apresta.
Y aunque con astucia inútil
De continuo le guerrea
Y con oracion y lágrimas
Juan de continuo le ahuyenta,
Es mucho lo que le irrita
Su virtud y penitencia
Para que Satan el campo
De la tentacion le ceda.
Angel que bebió algun dia
Del manantial de la ciencia
Con que el Hacedor supremo
Cuanto es y será penetra
Del corazon de los hombres
Conoce bien la flaqueza
Y por su entrada mas débil
Sus tiros sagaz asesta.
Contrario irreconciliable
Del Dios cuya omnipotencia
Conoce, hollado y vencido
Por su poderosa diestra,
Ya que contra el mismo Dios
Volverse otra vez no pueda,
En buscar imperfecciones
Sobre sus obras se empeña,
Y de sus manos el hombre
Siendo la obra mas perfecta,
De su despecho á la saña
Es la obra mas espuesta.
Y «¡Mio es el mundo!» esclama
Viendo la locura ciega
Con que al pecado los hombres
Desbocados se despeñan.
Mas cuando en medio su turba
Un justo á encontrar acierta,
Por derribar á aquel justo
Olvida su raza entera.
Y ¡ay si á impulso de su astucia
O de su malicia inmensa
Logra engañarle ó vencerle,
Que tras la culpa primera
Tal vez le arrastra al abismo
Y á Dios insulta y blasfema.

Y así de aquellos peñascos
Entre las cóncavas grietas
Entre consuelos y lágrimas
Que Dios y Satan le aprestan,
Pasa el justo Juan Guarino
Su virtuosa existencia,
Siendo del cielo delicia
Y haciendo al infierno guerra.

—

De las agudas montañas
Tras de las enhiestas lomas

Una alborada de junio
Rayaba apenas la aurora.
Ya el sol á través brillaba
De nubes de azul y rosa
Con que al salir, los espacios
Del horizonte se alfombran;
Ya los purpúreos destellos
De su lumbre creadora
Reflejaban del rocío
En las cristalinas gotas
Y en las aguas del arroyo
Y en las relucientes rocas
Cuya superficie pulen
Los vientos que las azotan;
Y á su influencia se vian
De las quebradas recónditas
Elevarse trasparentes
Nieblecillas vaporosas,
Y al reflejo de la lumbre
Que desde lo alto las dora
Tomaban ricos cambiantes
Y tintas encantadoras:
Ya de sus lóbregas grutas
A las escondidas bocas
Los reptiles asomaban
A ver su luz bienhechora,
Y abajo en el valle oscuro
Las avecillas canoras
Himnos cantaban al alba
Despertando bulliciosas:
Cuando saliendo Guarino
A la entrada de su choza
Y de rodillas poniéndose
Al Dios que amanece adora.
Mas con harto asombro suyo
Rompiendo la pura atmósfera
A sus oidos llegaron
Voces de humanas personas.
Tendió la vista á la falda
De las empinadas rocas
Y de gran tropel de gente
Las vió rodeadas todas.
Todos los ojos se tienden
Hácia él, todas las bocas
Le llaman, todas las manos
Suplicantes se le tornan.
Delante de aquella turba
Por una senda tortuosa
Conduciendo un cortesano
A una niña encantadora
Subia á espacio acercándose
A su cabaña. Medrosa
El alma de Juan Guarino,
Juzgando farsa ilusoria
De tentacion infernal
Cuanto ve sobre las rocas,
Siguió orando de rodillas
Como quien sabe que logra
Vencer la oracion constante
Las tentaciones diabólicas.
Y en el espacio los ojos
Que le nublan ardorosas
Dos lágrimas penitentes
En su devocion se arroba,
Sin que de la gente el ruido
Que ya de cerca le acosa
Su pensamiento distraiga,
Turbe su oracion devota.
Virtud que solo concede
De Dios la misericordia
A quien en él cree de veras,
A quien de veras le invoca.
Ante esta virtud sublime,
Ante esta fé religiosa
Postraos enmudecidas,
Mundanas pasiones locas.
¡Callad y desvaneceos
Necias y mundanas glorias
Que el nombre de inspiraciones
Os apropiais mentirosas!
Inspiracion del que canta
Torpes y profanas trovas:
Inspiracion del que pinta
Desnudez escandalosa:
Inspiración del que á mármoles
Dá provocativas formas,
A esta inspiracion postraos
Que es mas santa que vosotras!
Dios es el genio: él inflama
Su inspiracion vigorosa
En las almas que con ella
A altas hazañas se arrojan.
Dios es el genio: y donde él
No enciende su luz radiosa
Ni hay inspiracion ni hay genio,
No hay mas que miseria y sombras.
Y esta inspiracion divina
Es la que Guarino goza
Cuando María y Wifredo
Ante él humilde se postran.
Y de este célico arrobo
Es del que Guarino torna
Cuando estas palabras oye
Del conde de Barcelona.

—

«Hombre santo, en quien habita
El espíritu sublime
Del Dios cuyo aliento solo
Alimenta cuanto existe,
Mira á tus plantas y duélante
Dos seres á quien aflige
Pena por el cielo impuesta
En su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
Cerró las puertas sutiles

Del ver á los claros ojos
De esta doncella; y humildes
A suplicarte venimos
Que otra vez los ilumines,
Y del Dios en quien creemos
La grandeza patentizes. »

Juan Guarino. ¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huidme!
Dios su poder no demuestra
Por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande,
Mas prodigios tan insignes
No ha de fiar á mis manos
Hechas de tierra y de crímen.
Dejadme, apartad.
Wifredo. En vano
Vuestra humildad se resiste,
La voz del cielo á estas peñas
Milagrosa nos dirije.
Guarino. ¡Señor, si me da el orgullo
Esta tentacion horrible,
Si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
O dadme fuerza, Señor,
Y fé para resistirle,
O mostrad vuestro poder,
Y que el soberbio se humille.

Así esclamó el penitente,
Y á la doncella la voz
Dirijiendo dijo: —« Eleva,
» Muger, en nombre de Dios,
» Al firmamento los ojos
» Y alúmbretelos el sol. »
Y obedeciendo María
Miró á los cielos y vió.

Postróse el Conde de hinojos
Adorando al Criador:
La comitiva asombrada
Por tierra se prosternó,
Y elevando Juan Guarino
Al cielo su corazon,
Las manos al sol tendidas,
Un punto en silencio oró.

Gozaba absorta María
De la luz el resplandor,
Por todas partes mirando
Con grata enajenacion,
Y pasaban sus miradas
En escrutinio veloz
De una peña en otra peña,
De una flor en otra flor,
Recordando con delicia
Las ideas que guardó
De su ceguera en las sombras
De la luz y del color.

Lanzó el infierno un gemido
De despecho y confusion,
Contra Guarino aprestando
Todo entero su furor.
Y el justo, que interiormente
El ataque presintió,
Preparóse á resistir
Su mas fuerte tentacion.
Y comenzando avisado
Por el contrario mayor,
Vuelto á Wifredo y su gente
De esta forma les habló:

« Ya Dios de remediaros fué servido:
De vuestra alma adoradle en lo profundo,
Y apartaos de mí, que con el mundo
No puedo nada de comun tener.
Mis votos escucharos me prohiben,
Y está robando á Dios vuestra presencia
El tiempo de oracion y penitencia
De que mi salvacion ha menester. »

Así habló el justo y acojerse quiso
Al fondo de su gruta retirada,
Cuando María le atajó postrada,
Cayendo ante sus piés hablando así:
« La luz de Dios por mis cegados ojos
» Entró en mi pecho, y á su luz divina
» La niebla del futuro se ilumina
» Y leo lo que guarda para mí.

» Las inmensas riquezas de mi padre
» Me elevarán un santo monasterio
» En medio del silencio y el misterio
» De esta estensa y desierta soledad.
» Yo eternamente en su recinto sacro
» Alabaré de Dios la omnipotencia;
» Y en él ha de acabarse mi existencia
» Y ha de empezarse en él mi eternidad.

» De esta montaña, en cuya escelsa cumbre
» Volví á gozar la luz del mediodia,
» No bajaré ya mas; la planta mia
» Otra tierra á pisar no volverá. »
Tembló al oir el penitente austero
Tan gran resolucion, al punto mismo
El lazo viendo que el contrario abismo
Tendiendo astuto á su virtud está.

Presentóse á su mente la grandeza
De su alta santidad; mundano orgullo
Brotando cual vapor en su cabeza
Descendió á oscurecer su corazon,
Y un momento en la duda vacilando
De la afanosa é interior pelea,
Calló, temiendo que vencida sea
La recta fé por mundanal razon.

A María con lágrimas Wifredo
Postróse á suplicar, pero fué en vano:
Ella le dijo: «No, padre: no puedo
» A la voz de los cielos resistir.»
Tornó el padre á insistir y á negarse ella,
La religion y el mundo largo trecho
Combatiendo de antrambos en el pecho...
Pero tuvóse el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
De la desierta montaña
Cabe la de Juan Guarino
Otra rústica barraca,
Y el Conde y los suyos yéndose
A la ciudad mas cercana
En la soledad dejaron
A la doncella con lágrimas.
Wifredo desde aquel punto
Las órdenes necesarias
Para alzar el monasterio
Espidió por la comarca.
Cundió por ella el prodigio
Y á Barcelona llevándola
La fama, la celebraron
Con fiestas y luminarias.

CAPITULO TERCERO.

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA MAS ADELANTE Y EN OPORTUNO LUGAR.

I.

En tanto allá en las alturas
De las peñas solitarias
El ermitaño y María
Al cielo en union alaban.
Y la doncella de hinojos
Ante la imágen sagrada
De la Madre del Dios niño
Los horas orando pasa,
Y el eremita en su choza
Con toda la fé de su alma
Dando por tales favores
A Dios acciones de gracias.

—

Era del dia siguiente
La hora apenas del alba
Cuando el penitente austero
Salia de su cabaña.
Ya en el césped de la roca
De hinojos María estaba,
Bendiciendo al Dios que alumbra
La luz que el oriente baña.
Y suelto el cabello rizo
Por la mal cubierta espalda,
Cuyas hebras de azabache
Mece revoltosa el aura,
Al cielo alzados los ojos,
Ambas las manos cruzadas
Sobre el pecho, y el semblante
Alumbrado por la blanca
Luz de una aurora de junio
Que entre nubes de oro radia,
Parecia la doncella
Imágen leve y fantástica,
Que crea el sueño de un niño
Sin comprenderla ni amarla.
Los ojos de Juan Guarino
La vieron, y contemplándola
Quedaron por un instante
Con indecisas miradas.
Pidióle al verle la niña
Su bendicion, y él al dársela
Sobre la hermosa cabeza
Tendió las enjutas palmas.
«Orad, la dijo, y velad
Porque muy rudas batallas
Que sostengais será fuerza
Contra Satan...» y apenada
Repuso ella: «Padre mio,
Dios por vuestros labios habla
Sin duda, y en vuestro pecho
Su fuerza depositada
Tiene; guiadme, instruidme,
Y si batallas me aguardan,
Enseñadme á resistirlas,
Acostumbradme á afrontarlas.
—Sí haré, mi deber es este,
Y si en mí el Señor derrama
Su luz, y su omnipotencia
Su fé en mi pecho no apaga,
Sobre el ángel de tinieblas
Ha de apoyarse tu planta.»

Y así diciendo Guarino,
De la doncella se aparta
Perdiéndose de las peñas
Entre las hondas quebradas.

—

De mil varios pensamientos
De mil sensaciones varias
Su espíritu atormentado
Por el monte caminaba;
Y apoyándose de un pino
En una nudosa rama,
Por el desierto callado
El buen penitente avanza.
¡Penoso es, duro, terrible
El viaje que hacer nos manda
La justicia del Señor
Cuando á la tierra nos lanza!
Terribles son en el mundo
Las tentaciones mundanas,
Y allí en contra de los hombres
Mucho Satanás trabaja.

Pero, ¡con cuánta mas furia
Su infernal poder desata
Contra el alma que del mundo
En el desierto se guarda!
Todo le desencadena,
Toda su astucia nefanda
Contra la virtud del justo
Empeña por derrocarla.
Traidores lazos le tiende,
Viles amaños le fragua,
De varias formas se viste,
De varios modos le asalta.
Dios le dejó gran poder
É infinita perspicacia,
Y el espíritu satánico
Aborrece nuestra raza.
¡Ay de aquel cuyos sentidos
Tan alerta no se hallan
Que con alguna quimera
El espíritu le engaña!
Tiéndale el Señor su mano,
Porque si el Señor le falta
Será su virtud despojo
De la diabólica audacia.

La punta de alto peñon
El eremita doblaba
Que de un abismo á la boca
Sobresalia inclinada,
Cuando al apoyar el pié
Sobre la vereda escasa
Faltóle un punto la tierra.
Las manos estendió rápidas,
Mas lejos de todo apoyo
Ya el cuerpo se despeñaba,
Cuando sintió que le asia
Con ayuda inesperada
Una mano vigorosa
Que á la muerte le robaba.
Fijó los piés en seguro,
Y volviendo la faz pálida,
Vio á otro severo ermitaño
Que á tenerse le ayudaba.
Hízosele á Juan Guarino
Allí su presencia estraña,
Mas dióle sinceramente
(Despues de á los cielos) gracias.
Y entendiendo la estrañeza
Que Juan Guarino mostraba,
Entabló de esta manera
El otro ermitaño plática.

Ermitaño. Veo que mi presencia en estos sitios
Os estraña, ¡oh Guarino!
Guarino. Sí en verdad:
Diez años ha que los habito, y solo
En ellos siempre me creí.
Ermitaño. Ya va
Mas de un invierno que sus rudas peñas
A mí tambien habitacion me dan.
Guarino. Nunca os he visto, ni noticia tuve
Santo eremita, de fortuna tal.
Ermitaño. Algo lejos de aquí me hice una choza
Y de ella salgo rara vez.
Guarino. ¿Quizá
Sitio buscais mejor?
Ermitaño. No; vengo á veros,
Que la fama hasta allí me fué á llevar
La nueva del prodigio que habeis hecho,
Y venero tan grande santidad.
Guarino. Dios fué servido á mis mortales manos
Por un momento su poder prestar.
Ermitaño. Y yo vengo á adorarle en sus prodigios.
¿La feliz criatura donde está?
Guarino. En esas rocas su morada ha puesto
Do quiere un monasterio edificar.
Ermitaño. ¿Y así la abandonais?
Guarino. Dios es muy grande,
Mas débil es mi corazon mortal;
Me alejo del peligro.
Ermitaño. Juan Guarino,
Injuria á Dios tan ruin debilidad.
Quien muestra en vos su grande omnipotencia
¿Su auxilio en el combate os negará?
Por vos estos desiertos, lo preveo,
De austeros monges á poblarse van,
Flores fragantes que del mundo impuro
Van el árido campo á embalsamar.
Por vos, Guarino, sus ejemplos santos
Muchas almas al cielo volverán,
Muchos impios sus contritos ojos
Al piadoso cielo han de elevar.
¿Y por no arrostrar vos peligro escaso
De que os guarda vuestra alta santidad
Vais á dejar que la muger voluble,
Ceda inesperta al tentador Satan?
Si él la recuerda la mundana pompa,
Todo el terreno bien que deja allá,
Acaso sus designios olvidando
A ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces ¡ay! en vez de monasterios,
En vez de monges que á morar vendrán
Sus claustros y estas rocas, en su seno
Lloraremos nosotros nada mas,
Estériles palmeras infecundas
Que ni sombra ni flor podremos dar.

—

Así hablaba el anciano y sus palabras
Con respeto y dolor oia Juan,
Y le daba en el fondo de su pecho

La razon imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada,
Suspensa entre el peligro y la verdad
Sin acertar á sacudir su espíritu
El peso enorme de tan hondo afan.
«Volved á vuestra gruta, le decia,
El venerable viejo, id, y soplad
El fuego santo que la enciende el alma
Y á su alma débil fortaleza á dar.
¿Qué puede la hermosura, ¡ oh Juan Guarino!
Atractivos tener á ojos que están
A contemplar de Dios acostumbrados
La hermosura y la lumbre celestial?
Id y venceos: conquistad del todo
Para el cielo de Dios su alma inmortal,
Y si á la vuestra Satanás se acerca,
Como quien sois con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.»
Guarino. Yo lo conozco,
Santo ermitaño, y mi deber real
Veo que Dios para intimarme os manda
Y obedezco su voz.
Ermitaño. Aun haré mas:
Pondré bajo esta peña mi cabaña,
A mi choza venid en vuestro afan,
Y de la loca tentacion el peso
Dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
Y sintiendo sus fuerzas aumentar
A la voz del anciano venerable,
Cedió humilde á su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima,
Viéndole hácia su gruta caminar,
Su figura elevándose sombría
Encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba
Cuyo cuerpo encorvado por la edad
A reverencia mueve mas que á miedo,
Ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco á caminar le ayuda,
Ciñe sus miembros áspero sayal,
Y al valle vueltos los sombríos ojos
Severa muestra y penitente faz.
Pero la negra sombra que proyecta
Sobre la roca cuando el sol le da
Mancha siniestra en el peñon dibuja
De contornos horrendos de mirar.
Sombra que vida en su interior parece
Tener... ilusion óptica quizás.
Al fin tras el peñon despareciendo
Volvió todo al silencio y soledad.

II.

A mas de la mitad de su carrera
Ya en el cóncavo azul llegaba el sol,
Cuando, á los piés del venerable anciano
Prosternado con honda confusion,
Escuchaba Guarino, él conminándole
De esta manera con airada voz:
«¡ Miserable de tí! tu infando crímen
Del mundo nos vá hacer la execracion
Siendo por tí el escándalo del mundo
Y objetos de la cólera de Dios.
Esa muger, al acusarte, entera
Traerá la raza humana en derredor
A maldecir la hipócrita malicia
Que encerraba tu torpe corazon.
El prodigio real que por tus manos
Piadoso Dios y omnipotente obró
A diabólica mágia atribuido
Será sin duda, sí. Mira el baldon
Con que cubres, ¡ infame! estos desiertos
Santuarios otro tiempo del Señor.
—¡Ay! ay de mí! esclamaba Juan Guarino
Con eco del mas íntimo dolor,
Todo el infierno á castigarme es poco
A lavarme de crímen tan atroz.
—Pues piensa, le decia el otro anciano,
Piensa en el modo que podrá mejor
Ocultar á los ojos de la tierra
Ejemplo de tan vil profanacion,
Al menos porque en todos no recaiga
La pena que uno solo mereció.
—¿Y eso me aconsejais? ¿Y es este el modo
De ayudarme á arrostrar la tentacion?
—¿Y qué puede tenerte, miserable,
En la senda del mal y del error?
Cubre al menos tu crímen en la sombra
Del misterio, y al menos desde hoy
Evita de tu crímen el escándalo,
Pecado que maldice el Salvador.
Tal vez el vulgo crédulo, engañado
Por tu virtud hipócrita anterior,
En un milagro mas creyendo estúpido,
Te tribute mayor veneracion.
Borra astuto su rastro de la tierra,
Engaña al universo por tu honor,
Y piensa bien que volverá su gente
Mañana y urge que lo enmiendes hoy.»

Y así diciendo el eremita anciano
De hinojos en las peñas se postró,
Abismado dejando á Juan Guarino
En horrenda y febril meditacion.
Veíase que dentro de su pecho
Empeñada traian con furor
Espantosa batalla sus pasiones,
Desgarrando su triste corazon.
Y en el borde sentado del peñasco,
Fijo, inmoble, en silencio... ¡Daba horror
Contemplar su semblante contraido,
De sus hondos tormentos espresion!
Así Guarino batallando á solas
Dos largas horas de pesar pasó,
Y dos horas el monge venerable

Sin entibiar un punto su oracion.
Al fin Guarino, cual preñada nube
Que arrebata en sus alas el turbion,
Con raudo paso y con temblor convulso
Del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquel su postura penitente,
Sus miradas de Juan tendiendo en pos,
Vaga sonrisa contrayendo el labio,
Sus ojos infernal satisfaccion.

Ya á Guarino perdido entre las peñas
No se alcanzaba á ver, mas él siguió
Cual si á través del monte le alcanzara
Mirándole con íntima atencion.
En ella unos minutos pasó el monge:
De ellos al cabo á parecer volvió
Guarino descompuesto y alterado,
Diciendo al monge con horrenda voz:
«Viejo, todo está hecho; no habrá escándalo:
¡Maldito el dia que nacer me vió!»

Ronca, histérica, horrible soltó entonces
El monge repentina carcajada,
Que de Juan en el ánima espantada
Como afilado acero penetró.
Volvió la vista atónita hácia el sitio
Do vió al volver al eremita santo,
Y su vista y su sangre heló de espanto
Lo que á su lado en su lugar halló.

Gigantesca satánica figura
De inmensas alas que ante el sol tendia
Y el resplandor del sol oscurecia
Sus fieros ojos en su faz clavó.
Sobre el monstruoso labio le mostraba
Sonrisa de desprecio triunfadora
Y con solemne voz aterradora,
En sarcástico tono así le habló:

«¿Quién trajo esa muger á este desierto?
»¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?
»¿Quién á par con la inmensa muchedumbre
»El milagro de Dios reconoció?
»¿Quién encendió un volcan en tus entrañas
»De furiosa y carnal concupiscencia?
»¿Quién diez años de llanto y penitencia
»Inutiliza en un instante? *Yo.*»

Dijo Satan: y las enormes alas
En la nublada atmósfera tendiendo,
Por el espacio se perdió diciendo:
«¡Maldito el dia que nacer te vió!»
Y los cóncavos ecos de las peñas
Al bronco son de su garganta heridos
Repitieron su voz estremecidos,
Y estremecido el monte vaciló.

—

Quedóse el penitente
Al borde de la roca
Sentado, sin aliento,
Sin voz, ni voluntad,
Sumido en la amargura:
Y por su mente loca
Rodaban las ideas
En ronca tempestad.

Confuso torbellino
De espíritus impuros
Escucha imperceptibles
Zumbar en torno de él;
Sus labios se resisten
A preces y conjuros,
Y el aire que respira
Le amarga como hiel.

«¿Diez años de virtudes
»De austera penitencia,
»Diez años de esperanzas
»De lágrimas y afan
»Perdidos en un punto!
»Cedió mi resistencia
»A la tenaz astucia
»Del tentador Satan!

»¡He cometido un crímen
»Horrendo, abominable!
»Un crímen que no tiene
»Disculpa ni perdon....
»¡Soy presa del infierno!»
Decia el miserable
Mirando hácia el abismo
Con bárbara intencion.

«Dios es muy compasivo,»
Decia su conciencia;
«Mi culpa es infinita,»
Decia su razon:
Y entre la muerte fácil
Que tiene en su presencia
Y el arrepentimiento
Vacila el corazon.

CAPITULO CUARTO.

DONDE VERA EL LECTOR UN CAPRICHO QUE TUVO EL AUTOR AL ESCRIBIR LA PRESENTE LEYENDA.

¡Ay triste del viagero, que pierde su camino
Por el espeso bosque donde estraviado fué!
¡Ay triste del que el cielo de su feliz destino
Con negros nubarrones encapotarse vé!
¡Ay triste del que siente que airado torbellino
La lámpara le apaga de su dudosa fé!
Y ¡ay triste del que sufre cual sufre Juan Guarino
Tribulaciones tales de la montaña al pié!

El dia entretanto pasando declina
Cercano al dudoso crepúsculo ya :
Con rayos postreros el sol ilumina
La faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
Tan inmoble yacer sobre el peñon,
Por efigie sin vida le tomara,
Por sueño vano, ó ideal vision.

Él, sus ojos sombríos errantes
Fijos tiene en ocaso, sin ver
Los destellos del sol fulgurantes,
Que se va el horizonte á sorber.

Y la pena de su alma
Embrutece su razon,
Y en siniestra y fria calma
Paraliza el corazon.

Cual suele tras sombrío
Espeso nubarron
Brotar en el estío
Mefítico vapor,
Que deja nuestro espíritu
Sin fuerza ni vigor;
Cual pesadilla odiosa,
Que en sueños nos acosa
Girando en fatigosa
Perpétua confusion,
Sin que podamos débiles
Calmar su agitacion :

Tal su ánimo al peso
De crímen secreto
Prensado y sujeto
Con miedo se vé,
Y á impulso de asombro
Que infúndele pánico
El soplo satánico
Ni espera ni crée.

Y solo y sombrío,
Inmóvil callado,
Al borde sentado
Del peñon está,
La sima profunda
Mirando indeciso,
Por sino preciso
Teniéndola ya.
Y en tanto que siente
Pesada la vida,
Y al ánima olvida
Y al cielo quizá,

Sepultando
Su áurea lumbre
Tras la cumbre
El sol va.

Sus postreros
Resplandores
Tembladores
Dando ya.

Sobre el cárdeno
Horizonte
A que el monte
Pone fin,
Se despide
De la tierra
Que ha en la sierra
Su confin.

Y se mira
La ancha hoguera
De su esfera
Vacilar :
Mas radiantes
Y mas bellos
Sus destellos
Al finar.

Y sus rayos
Por las crestas
De las cuestas
Al tender,
Del prado hacen
Por la alfombra
Su ancha sombra
Negrecer.

Rojas nubes
Le coronan,
Que amontonan
En redor
Los vapores,
Que pasando
Va creando
Su calor.

Y sus pliegues,
Mas espesos
Y mas gruesos
Cada vez,
Entoldando
En masa densa
Van su inmensa
Brillantez.

Poco á poco
Su cerrado
Y agrupado
Nubarron,
En su centro
Da al sol puro
Un oscuro
Pabellon.

Poco á poco
Descolora
Y devora
Su arrebol,
Y así el dia
Roba al orbe
Cuando sorbe
Todo el sol.

Queda envuelto
De este punto
Todo junto
En luz igual.
Y en el cardeno
Horizonte
Sobre el monte
Cardinal,

Giron rojo
Desgarrado
Del cerrado
Pabellon,
Queda suelta
Nube roja
Que acongoja
Al corazon.

Banda torva,
Que tendida
Por la corva
Loma hendida
De las peñas
Va rasando
Por las breñas
De la cumbre,
Y apagando
Las centellas
De la lumbre
Que dá el sol.

Lienzo rojo
Que demuestra
De alto enojo
La siniestra
Señal santa:
Y en pós suya
Se adelanta
Y en pós suya
Se levanta;
Con él viene,
Con él gira
Cuando nace,
Cuando espira:
Con él hace
Su camino
Matutino
O vespertino
De él perpétuo
Girasol.

Nube hermosa
Que se inclina
La colina
A trasponer,
Circundando
Su camino
Purpurino
Rosiclér.

Nube errante
Pasajera
Vagarosa
Dó contempla
Juan Guarino
El destino
Que le espera.
Que espirante
Congojosa
É indecisa
A su labio
La sonrisa
Postrimera
Le arrancó;
Y el agravio
A su Dios hecho
En el fondo de su pecho
Con su luz iluminó.
Luz postrera
De esperanza,
Que ir lijera
Juan alcanza
Desde el monte,
Su alma ajena
No de pena
Mas de fé.

De la cresta
De la roca
Mas enhiesta
Puesto al pié,
Contemplando
Cual con blando
Movimiento
Surca el viento
Se le vé:
Mientras rota
Informe, vaga,
Su derrota
Va acortando
Pié tras pié.

Palidece,
Se enrarece,
Se consume,
Desparece...
Ya se sume
Ya se fué.

Y noche
Sombría
Tras dia
Fugaz
Aleja
Su alma
De calma
Y solaz.

Y feas,
Y varias,
Contrarias
Ideas
Están
Su mente
Quemando,
Doblando
Su afan.

—

Y el cielo,
Y el suelo
Velando
Se vá :
La noche
Se cierra;
La tierra
Pavura
De oscura
Le dá.
Y en tanto
Que acude
Al llanto
Quizá,

Cuanto
Existe
Niebla
Triste
Puebla
Ya.

Las sombras
Mas densas
Y estensas
Dó quier,
Sus velos
Despliegan
Y ciegan
El ver.

Y la tierra
Toda inunda
La profunda
Lobreguez;
Montes, valles
Y collados
Sepultados
A su vez.

Espesas nubes
Que apiña el viento
Al firmamento
Robando van
Su luna pálida;
Las luces bellas
De sus estrellas
Muertas están.

Y en vez de los ojos
Sirviendo el oido
Ya solo es el ruido
Quien guia los piés,
Al alma infundiendo
Sus vagos rumores
Estraños temores
De mundo que no es.

Y se oye por las peñas
Sonar en las montañas
De fieras y alimañas
Los pasos ó la voz,
Mostrando en sus sonidos
Sus cóncavos gruñidos,
Sus ásperos graznidos
Ya agudos y ya graves
Las fieras y las aves
Su natural feroz.

Y á cada ténue lamento,
A cada salvaje son
De ave ó fiera, de agua ó viento
Se estremece el corazon.
¿Y quién podrá en tal momento
Dar del desierto razon?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
Por medio tan denso nocturno vapor?
¡Quizá entre las peñas perdido el camino
Sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque ¿quién los senos abrir del destino
Podrá, ni del crímen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonia
Que su remordimiento al hombre dá!
Quizá á Guarino al despuntar el dia
Sentado en el peñon le encontrará
De sí mismo espantado todavía,
Muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
Monte, llano, rio, desierto y ciudad
En lóbrega noche, do quiera dormido
Cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
Resuena por los senos de las montañas ya.
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento
O el ruido del arroyo que murmurando va.

—

Rayó el siguiente dia
Y la rosada lumbre de la aurora
Tornó á ahuyentar la umbria
Nocturna oscuridad : encantadora
Con nueva juventud, con nueva vida,
Tornó naturaleza
A mostrarse de nuevo enriquecida
Con doblada belleza.
Y el dia entraba apenas, cuando á lento
Cansado caminar, por la aspereza
Subia la montaña
Wifredo, y de María á la cabaña
Llamó llegando con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió : María
Ausente estaba de ella.
Llamó á la de Guarino
Mas ¡ay! estaba sola como aquella.
Siguió el Conde á la altura
Subiendo. Desde allí se descubria
Gran trecho de montaña y de llanura,
Mas no alcanzó á Guarino, ni á María.
A voces los llamó, mas á sus voces
Respondieron no mas ecos lejanos,
Cuyos sones livianos
Se llevaron las ráfagas veloces.
A su gente llamó desesperado,
Corrió el pueblo exhalado :
Sus siervos, sus vasallos, sus amigos
Por do quiera los montes recorrieron :
En lo espeso del monte se metieron,
Pero en vano en los montes se cansaron;
¡Ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el Conde de amargo sentimiento
Y de fiebre ardorosa,
Cercano de su muerte vió el momento,
Y á manos de su horrenda desventura
Lleváronle á su corte populosa,
Su enfermedad rayando en la locura.
Y el vulgo maldiciente
Se perdió de una en otra conjetura,
Haciendo cada uno mas oscura
La historia y la razon de este accidente,
Y cada uno á su antojo
A Dios ó á Satanás atribuyendo
La oculta causa del suceso horrendo.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO QUINTO.

DE LA ESTRAORDINARIA ALIMAÑA QUE LOS MONTEROS DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS PEÑAS DE MONSERRATE.

Un dia y otro dia
De púrpura y de grana
Entre vistosos grupos
De nubes y arrebol
Igual, indiferente
Nacer cada mañana
Para el alegre vemos
Y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina
La creacion entera
En torno de ella vueltas
Infatigable dá,
Mas cuanto con su lumbre
Fecunda en la postrera,
Tornándolo en estéril
En la siguiente va.

Él cubre los vallados
De flores y verdura :
Él hace escaso arroyo
Lo que ancho rio fué:
Él dá á los secos árboles
Fructífera espesura :
Él cria el gusanillo,
Que les corróe el pié.

Y al que hoy dejó llorando
En abandono y duelo,
Mañana encuentra alegre
Y venturoso ya :
Y al que dejó olvidado
En su placer del cielo
Mañana vé que hundido
En el dolor está.

Las unas tras los otros
Los dias y las horas
Del mísero Wifredo
Pasando van así:
Las últimas acaso
De calma precursoras,
Que el bien ni el mal eternos
Jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
Por diferentes modos
Concluye todo luego,
Varía sin cesar,
Y al cabo en nuestros males
Nos consolamos todos
De lo que ya ha pasado
Con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
Y con la edad se fueron
Si bien de sus pesares
Los torcedores no,
Los males que al sepulcro
Cercano le pusieron,
Y aun sus recuerdos casi
El tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda enteras
El alma de Wifredo

Las lúgubres memorias
De su pasado mal,
No vienen como un dia
Ministros de ira y miedo
A perturbar sus sueños
En círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
Con lágrimas ardientes,
Que abrasan sus mejillas
La prenda que perdió:
Cesaron sus estremos
Esfuerzos impotentes
En pós de lo que airado
Su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
Tenaz melancolía
Le prensa el amoroso
Paterno corazon:
Mas grata si mas triste
Le aduerme cada dia,
Memoria, no esperanza,
Recuerdo, no ilusion.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo
Que idolatrando en él
A distraer sus penas
En derredor apila
Atenta á su consuelo
Su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
En danzas y cantares
Los senos del palacio
Llenando sin cesar,
De su señor ahuyentan
Los íntimos pesares,
Que solo puede el tiempo
Rodando consolar.

Con corazon sencillo
Leales los pecheros
Sus brazos y sus tierras
Le vienen á ofrecer:
Y estrañas fieras y aves
Le cazan sus monteros
Que de lejanas tierras
Le vienen á traer.

De su señor amigos
Los graves cortesanos
Ancianos peregrinos
Le salen á buscar,
Que el ócio y el fastidio
Del corazon tiranos
Con mágicas leyendas
Le vengan á ahuyentar.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo
Que idolatrando en él
Para atenuar sus penas
En su redór apila
Atenta á su consuelo
La muchedumbre fiel.

—

Y un dia que en sus memorias
El buen Conde adormecido
Yacia en silencio hundido
En un cómodo sillon,
Contemplando vagamente
En la inmensa chimenea
La llamarada que humea
Con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oido
Hiriéndole de repente
Confuso rumor de gente
De su casa en lo interior,
Y confusion y tumulto
Y pasos y griteria,
Que se iba acercando oia
Por vecino corredor.

Dejó el sillon azorado,
Y á aquel son estraño atento
La puerta del aposento
Abriendo, al dintel salió,
Deteniéndose asombrado
Al ver que sus corredores
Gente en tropel, con clamores
Tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
Los artesanos y arqueros,
Los nobles y los pecheros,
En revuelto peloton
Avanzaban lentamente
Por sus estancias adentro,
Fija la vista en el centro
De la inmensa reunion.

«¡Qué es esto? esclamó Wifredo
Un paso á ellos avanzando.
¡Quién entra aquí así turbando
La quietud de mi mansion?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿O es vuestra turba traidora
Una osada rebelion?

¡Vive Dios! ea, esplicaos.»
A cuyas voces airadas
Quedaron paralizadas
Las voces, quietos los piés.

Y el Conde, viendo que nadie
Contestaba, de un montero
Asiendo que iba el primero,
Le dijo: « Esplícate pues. »

«Señor, dijo este turbado,
La rodilla hincando en tierra:
No es movimiento de guerra
Lo que veis, no es rebelion:
Es que en Monserrat cazamos
Tres dias há una alimaña,
Que creimos por lo estraña
Digna de vuestra atencion.

Miradla. » Y así diciendo,
La multitud dividiendo,
Ante los ojos del Conde
La alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo
Círculo estenso formando,
La alimaña contemplando
La muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
Una bestia mas estraña,
Ni en los ámbitos de España
La halló hombre alguno jamás,
Ni de su forma recuerdo
Guardó nadie en su memoria,
Ni de ella en escrita historia
Habló algun sábio quizás.

Era del jerbo y del mono
Término, ó compuesto acaso:
Del jerbo tenia el paso,
Del mono la formacion.
La mirada melancólica
Su interior pena esprimia,
Y sus miembros encubria
Largo y espeso vellon.

Ni mostraba á los amagos
Ruda y salvaje fiereza,
Ni á los hombres estrañeza
Ni á las caricias placer.
Mas de pavor con estremos
Constantemente esquivaba
Su mano, si la llegaba
A halagarle una muger.

Absorto miraba el Conde
Aquel sér desconocido
Dentro la jaula encogido
Insensible al parecer;
Y por mas que le miraba
Y por mas que discurria,
La raza desconocia
Mas de que pudo nacer.

Mandó luego á sus monteros
Que en su salon le pusieran
Y allí libertad le dieran
Para ver su condicion:
Pero la bestia su jaula
No abandonó un solo instante,
Permaneciendo constante
En la misma posicion.

CAPITULO SESTO.

DE LA ESTRAÑA METAMÓRFOSIS DEL ENJAULADO MÓNSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca
La relacion cundiendo
De aquel mónstruo cazado en una roca;
Y así se fué estendiendo
Por Cataluña entera,
Relato estraño haciendo,
Quitando y añadiendo
Del caso cada cual á su manera.
Y de todo el condado
Por ver el mónstruo á la ciudad venia
El pueblo apresurado;
Y el Conde permitia
Que el palacio invadiera,
Y el mónstruo contemplara,
Y su curiosidad satisfaciera.
Llegaba, le venia,
Se admiraba en silencio
El vulgo: se salia
Y á su hogar se volvia
O absorto, ó satisfecho,
Y contaba despues á sus vecinos
Lo que en la capital habia hecho,
Jurando que era el mónstruo
De los mas peregrinos.
El buen Conde entre tanto
Conservaba al tal mónstruo en su aposento,
Y á su tranquila condicion atento,
La jaula noche y dia
Abierta le tenia:
Pero jamás el mónstruo la dejaba,
Aunque claro Wifredo conocia
Que cuando él de su cuarto se ausentaba
De su jaula salia,
Y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el Conde
Cada vez con mas duda y estrañeza
Su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
Su sobriedad estrema y mansedumbre,
La adquirida costumbre
De estar al parecer de buena gana
En su jaula metido
Y acurrucado siempre y encogido:
Su inteligencia rara

Y la espresion de su velluda cara;
Sus manos y sus piés á los del hombre
Semejantes, traian confundido
Al Conde, que de el sér desconocido
No podia marcar raza ni nombre.
Ni caricias y halagos,
Ni castigos y amagos
Pudieron arrancar de su garganta
Ni en su esterior marcaron
Un gesto de amenaza ni un gemido.
Los criados tal vez le maltrataron,
Y los perros de caza
Que alguna vez á donde estaba entraron
Con ademan furioso
A la jaula llegaron.
Él empero, ni hostil, ni temeroso
Se mostró: indiferente
Sufria y silencioso
Tranquila y mansamente.
Poco á poco esta calma
Y estraordinaria abnegacion hicieron
De Wifredo en el alma
Incomprensible sensacion, y al cabo
De curiosa estrañeza
Pasó á ser compasion; hízola luego
Costumbre la contínua compañía,
Y al cabo la costumbre
Pasó á ser aficion, luego cariño;
Y vino al fin un dia,
En que el Conde pensó con pesadumbre
Que apartarse tal vez fuerza seria.
La monstruosa alimaña
Por su parte tambien mostraba al Conde
Una aficion estraña.
Sumisa á sus antojos,
Admitia contenta sus caricias,
Y á veces notó el Conde
Lágrimas desprendidas de sus ojos.
Mostraba claramente su alegría
Cuando el Conde hácia ella se llegaba,
Y tristeza en sus ojos se veía
Si de ella se apartaba;
Y cuando el Conde hablaba
Como si le entendiera le atendia.
Mil veces la memoria
De la hija que perdió tan tristemente
Le asaltaba la mente;
Y el amoroso corazon transido
Con el pesar de tan amarga historia
Ponia al Conde mústio y abatido,
Y lloraba á sus solas tristemente.
Contemplábale el mónstruo de hito en hito
Y lloraba tambien, y su semblante
Mústio bañaba en espresion doliente.
Muchas veces delante
De sus nobles amigos
De su desdicha y su dolor testigos
Recordaba aquella hija malhadada,
Encanto de su vida,
Por él tan ciegamente idolatrada
Y á su paterno corazon perdida.
El mónstruo entonces trémulo, encogido
En medrosa postura
Y en el hueco mas lóbrego escondido
De su jaula, mostraba una amargura
Que natural hubiera parecido
En otro ser que comprender pudiera
Del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
Su dolor espresando
Con sones guturales
Semejaban su voz y sus lamentos
Ayes de una persona que llorando,
Las palabras ahogando
Exhalara suspiros, naturales
En quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
Que afinidad secreta y misteriosa
Con la tristeza paternal tenia
Entre el Conde y el mónstruo, fácil cosa
De entender es, que entre ambos
Vino al fin á doblar la simpatía.
Y acostumbrado el Conde
De la sumisa fiera
A la salvage sociedad, tenia
Entre los animales destinados
A su servicio ó diversion el puesto
É importancia primera.
Y por temor que alguno la ofendiera
Los lebreles estaban atraillados,
Los neblíes y halcones enjaulados.
Y de aquesta manera,
Su casa y su condado manteniendo
En paz con sus cuidados,
Iban dias y meses trascurriendo.

—

Una mañana fresca y luminosa
Del florecido mayo
En que el sol de su luz en cada rayo
Un hilo vibra de color de rosa,
Y el trecho que su luz abarca y ciñe
De este color purísimo se tiñe;
En una galería
Que da al jardin de su palacio, y tiene
Para él una escalera, y comunica
Del Conde con el gótico aposento
En un hondo sillon arrellanado,
El buen Conde Wifredo
Goza el ambiente puro y perfumado,
Tranquila el alma y el semblante ledo.
Las hojas de los árboles frutales
Orean susurrando los botones
Do las flores tempranas
Señalan el lugar en que mas tarde
Brotarán odoríferas manzanas,

Rojas cerezas y ácidos limones.
Y al manso soplo de la errante brisa
Tomando movimiento
Sobre los tallos las abiertas flores,
Embalsaman el aura, y el aliento
Que Wifredo respira
Se inunda en salutíferos olores.
Los nuevos ruiseñores,
Generacion de aquella primavera,
Sus alas y sus picos ensayando
Le regalan la vista y el oido,
Tímido vuelo alzando
En derredor del nido,
Y en la garganta armónica probando
El canto no aprendido.
Las leves mariposas
Sus alas de colores
Estremecen vagando entre las flores;
Y las pardas abejas codiciosas
El nectar de sus cálices livando
Vuelan en torno de ellas susurrando.
Mil insectos distintos,
Mil diversos reptiles
Conforme cada cual á sus instintos
Llenan auras y céspedes á miles:
Y el agua que se escapa
Del estanque horadado
En trasparentes hilos
Y en gotas cristalinas
Los piés fecunda de frondosos tilos.
Lilas blancas y rosas purpurinas
Que orlando los linderos
De los anchos senderos
En cauces desiguales
Con las fuentes vecinas
Van á mezclar sus líquidos cristales.
Y á esta del mundo incógnita armonía
Y vida universal y movimiento
El Conde en el sillon en que yacia
Allá en su puro corazon sentia
Nueva vida bullir y nuevo aliento.
Y en dulces esperanzas divertido,
Del porvenir oscuro en las regiones,
Tenia el pensamiento entretenido
En pós de mil quiméricas visiones;
É iba de ellas en pós tan abstraido
Que ni aun sintió á sus pajes,
Que llegando uno á uno
Su servicio á ofrecerle, uno tras otro
En silencio quedaron,
Y á distraerle sin osar ninguno
Detrás de su sillon se colocaron.
Sus miradas tendian
La direccion buscando
Que las miradas del señor seguian,
Y en las ramas y flores se perdian,
Objeto allí de admiracion no hallando.
¡Ay triste del que necio sus miradas
Por un jardin en primavera estiende,
Y que sea á otros ojos
De admiracion objeto no comprende!
En tal instante, el Conde rodeado
De sus callados pajes, y tendido
Sobre su ancho sillon: junto á la puerta
Del corredor traido
El monstruo acurrucado
En su jaula entreabierta,
Apareció por el jardin viniendo
A su señor la jóven jardinera,
Un ramo hermoso á su señor trayendo
De las primeras flores
Que hizo dar al jardin la primavera.
En casilla apartada
Y en una punta del jardin alzada
A aquella jardinera daba el Conde
Con su esposo morada.
Rústico el jardinero inteligente
Cultivaba el jardin, eternamente
Asido de la azada,
Del hacha y de la corva podadera,
Dejando á su muger mas despejada
De los demas negocios encargada.
Ella pues, aunque pobre y campesina
Cuando moza soltera,
Dulcificó sus rústicos modales,
Y era lo cortesana
Que pudo ser jamás una villana.
Agradecida á su señor, y atenta
A mantenerse de él siempre en la gracia,
Su obligacion tenia en mucha cuenta.
Y los primeros frutos
Y las primeras flores
A su señor venian en tributos,
Ya en primorosos ramos y hacecillos,
Ya en pintados y frescos canastillos;
Y en dulce paz y en íntima armonía
Esta pareja así feliz vivia,
Y á sombra del palacio
Ornaba mas y mas y enriquecia
Del jardin el espacio,
Donde á par de las plantas de cultivo
Su rubia prole sin afan crecia
En sus dos revoltosos muchachuelos
De su madre á la par retrato vivo.
De ellos con uno en brazos,
Que apenas meses seis aun no cumplia,
La jardinera al corredor subia,
Tendiendo él sus rosadas manecitas
A las flores del grueso ramillete,
Y ella sonriendo
« Míralas qué bonitas »
Junto al rostro al ponérselas diciendo.
Contemplábala el Conde complacido
Llegar á él con el infante en brazos,
Y el ramo de sus manos admitido,
Tendió los suyos al hermoso niño

Con espresion de cándido cariño.
Mas el alegre infante,
Sin fijar en el Conde su mirada,
Tornó atento el semblante
A la fiera en su jaula acurrucada.
Dormia el monstruo al parecer, sumido
En su quietud estúpida,
Y el niño le miraba distraido
Sin que de la afanosa jardinera
Ni del risueño Conde á los halagos
El parvulillo su atencion volviera.
A la tenacidad de esta mirada
En el monstruo clavada,
La suya al par siguiéndola tendieron
Cuantos en torno habia
A la fiera enjaulada.
Ya el monstruo no dormia:
Como si la mirada del infante
En la suya inflamara oculto fuego.
Sus ojos abrió luego,
Y en los del niño los clavó anhelante,
Permaneciendo inmobles sus pupilas
Cual si ante el niño se sintiera ciego.
Entre ambos atraccion tan misteriosa
Llamando al punto la atencion entera
Del Conde y de los suyos, en silencio
Aguardaban el fin á que vendria
Esta atraccion del niño y de la fiera.
Mas á pocos momentos
De estar el uno sobre el otro fijo
Contemplándose atentos,
¡Cuánto el asombro universal seria
Oyendo al niño, mudo todavía,
Que con sonora voz al monstruo dijo:
«*Levántate, Guarino: harto te abona*
»*En el juicio de Dios y tu conciencia*
»*Tu larga penitencia.*
»*Vuelve pues á tu ser: Dios te perdona.*»
Y el monstruo su prision abandonando
Y su salvaje estupidez perdiendo,
La antigua humana forma recobrando,
Se arrodilló, á los cielos estendiendo
Los brazos penitentes,
La omnipotencia del Señor mostrando
A la faz de las gentes;
Y asombrados dejando
A cuantos hubo en la ocasion presentes
La estraña metamórfosis mirando.
Luego á los piés del Conde
Postrado humildemente:
«Herid, señor, decia;
La justicia de Dios omnipotente
Quiere sin duda que la culpa mia
Espie á vuestros piés: hollad mi frente.»
Y el buen Conde, que apenas comprendia,
Lo que decir queria,
Respetüosamente
La mano le tendia
Diciendo: «Levantad, que en quien Dios obra
Prodigio semejante
Cualquiera humillacion será de sobra
De otro mortal delante.»
Mas viendo que obstinado
Permanecia ante sus piés de hinojos
Llanto vertiendo de sus tristes ojos,
Mandó que todo el mundo despejara:
Y cuando todos estuvieron fuera
Diálogo en soledad y cara á cara
Se entabló entre los dos de esta manera:
. . . .
. . . .
Mas lo que dijo al Conde el penitente
Relatará el capítulo siguiente.

CAPITULO SÉTIMO.

EL CONDE. — GUARINO.

El Conde. Quien quiera que seais, vos en quien tales
Prodigios obra omnipotente Dios,
Alzaos, y este que alcanzar no puedo
Esplicadme.
Guarino. Pues bien, oid, señor.
Teníais una hija hermosa y pura,
Fruto gentil de vuestro casto amor,
Fragante flor que embalsamaba el vaso
De vuestro amante y noble corazon.
Un rayo que en la atmósfera nublada
El infernal espíritu inflamó
En sus ojos ahogó la luz del dia:
Y en nombre del altísimo Hacedor
Con esperanza de milagro fácil
Un monge en Monserrate os señaló,
Por cuyas oraciones vuestra hija
Tornó á ver y gozar la luz del sol.
De fundar un suntuoso monasterio
Con piadosa y rectísima intencion
Del ermitaño á cargo vuestra hija
En la fragosa soledad quedó.
¡Mas ay! en vano en el siguiente dia
Buscóla allí vuestro paterno amor,
Ni ella ni el eremita en sitio alguno
Fueron de nadie vistos hasta hoy.
El Conde. ¿Mas á qué renovar en mi memoria
El manantial oculto de dolor,
Que las corrientes hasta entonces puras
Del mar de mi existencia envenenó?
Guarino. ¡Ay de mí! vuestra historia con la mia
Mantiene tan estrecha relacion,
Que para hablaros de mí mismo, fuerza
Ha sido que os hablara antes de vos.
Aquel santo eremita que los ojos
De María á la luz á abrir volvió,

Aquel á cuyas férvidas plegarias
Tan singular prodigio obró el Señor,
En lugar de velar por la ovejuela
Que á su cuidado inerme se entregó,
Lobo inhumano se tornó contra ella,
En su sangre bañándose feroz.

El Conde. ¡En su sangre!

Guarino. Vertida gota á gota
Fué, y el vil asesino he sido yo.

El Conde. ¡Miserable de tí! toda la tuya
Saciar no puede el vengativo ardor
En que la mia oyéndolo se abrasa.

Guarino. Tal vez para saciarla quiso Dios
Ponerme en vuestras manos, exigiendo
La venganza de crímen tan atroz.

El Conde. ¡Monstruo! ¿qué fué lo que instigarte pudo
A delito tan vil?

Guarino. Oid, señor,
Y antes de dar mi sangre por la suya
Sabed toda mi horrible confesion,
Y doble la vergüenza de contárosla
La pena que la culpa mereció.

El Conde. Habla, y abrevia tu relato infando;
Y calma para oirte me dé Dios.

Guarino. Vos en la soledad de las montañas
Me dejásteis vuestra hija: pensé yo
Que diez años de duras penitencias
Habrian de mi frágil corazon
Hecho castillo inespugnable, y ciego
Confié de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
Su noble y celestial resolucion,
Y el gran milagro que por mí reciente
Obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero muger, jóven y hermosa,
Debí de encomendarla al Salvador
Que la guardara bien, y huir en ella
La infernal escondida tentacion;
Mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
Con inútil y estúpido fervor,
En la fé y la virtud por mantenerla
Mi virtud y mi fé Satan hundió.
Permanecí junto á la hermosa niña,
Dando á su fé primero admiracion,
Y despues admirando su hermosura
Que allí el infierno por mi mal envió.
Mi vista que en el trecho de diez años
En los cielos no mas en la oracion,
O en la tierra con llanto penitente
Fervoroso ó humilde se fijó,
A contemplar su terrenal belleza
Tornóse con impúdica atencion,
Y el fuego de infernal concupiscencia
Dentro de mis entrañas se inflamó.

El Conde. ¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible
De esa historia fatal.

Guarino. Santo temor,
Soplo espirante de virtud dos veces
De la inocente hermosa me apartó,
Y otras dos veces me arrastró hácia ella
La astucia del demonio tentador;
Y al vértigo carnal de su apetito
Sucumbiendo mi imbécil corazon,
Víctima de mi torpe desvarío
Su virginal pureza sucumbió.

El Conde. ¡Revelacion horrenda!

Guarino. Horrenda, pero
Todavía la culpa fué mayor.

El Conde. ¿Has hecho mas aún?

Guarino. Cometí el crímen,
Y en cuanto mi maldad le consumó
Sus consecuencias en tropel bullente
Aglomeró en mi mente la razon,
Y Satanás poniéndose á mi lado
Me hizo entender y calcular su horror.
Los otros penitentes solitarios
Que habitaban las peñas como yo
Me trajo á la memoria, y que inocentes
De mi culpa á ser iban de ella en pos
Solo objetos de escándalo, y del mundo
A cargar con la injusta execracion.
«Vé, me dijo el demonio, mira, infame,
»A dónde tu maldad te despeñó.
»Al acusarte esa muger, entera
»Traerá la raza humana en derredor
»A maldecir la hipócrita malicia
»Que en tu impúdico pecho fermentó.
»Ese milagro real, que por tus manos
»Piadoso Dios y omnipotente obró
»A diabólica mágia atribuido
»Va con razon á ser. ¡Mira el baldon
»Con que cubres, infame, estos desiertos,
»Santuarios otro tiempo del Señor.
»Esconde de los ojos de los hombres
»Ejemplo de tan vil profanacion,
»Al menos porque en todos no recaiga
»La pena que uno solo mereció:
»O al renegar de sus ministros viles
»Renegará su santa religion.
»Cubra al menos tu crímen el misterio,
»Engaña al universo por tu honor;
»No escuses otro crímen si te salva
»Y haz penitencia luego por los dos.»
Esto el infierno me inspiraba, y esto
Que yo escuchaba de su falsa voz,
De una falsa vergüenza en mi conciencia
Hizo brotar el humo embriagador.
Un pensamiento atroz, pero seguro,
A mi mente febril se presentó;
Y por sino fatal yendo arrastrado
A ponerlo en sangrienta ejecucion,
Privé de la existencia á la inocente
A quien privé primero del honor.

El Conde. ¡Bárbaro!
Guarino. Y en las rocas enterrándola,
Huí de Monserrate cuando el sol
Sumiendo en el Océano sus rayos
El velo á las tinieblas desplegó.
El Conde. En vano te busqué por las montañas.
Mas hoy...
Guarino. Fui de mí mismo con horror
A la sagrada capital del mundo
Mendigando mi pan; cruzé veloz
Rios y montes, y llegando á Roma,
Del rebaño de Cristo ante el pastor
Postrado, de mis crímenes nefandos
Hice entera y contrita confesion.
El pontífice santo, del Eterno
En la tierra vicario, mi dolor
Y mi arrepentimiento contemplando,
Con estas condiciones me absolvió.
«Vuelve (me dijo) á Monserrate; pero
» Vuelve á morar en su áspero fragor
» Cual bestia, no cual hombre: dobla al suelo
» Tu frente como bruto; y posicion
» Manteniendo de tal, de cuatro remos
» Sírvete para andar en vez de dos.
» Y en penitente soledad tu vida
» Pasa en el monte en tal degradacion,
» Hasta que un tierno infante de seis meses
» De ello te absuelva en nombre del Señor.»
Yo obediente al pontífice supremo
Me volví como bruto á mi mansion
De Monserrate: de velludas lanas
Mi macilento cuerpo se cubrió,
Y destruida en mí la humana forma
Cual monstruo me trajeron ante vos:
Ante quien el milagro prometido
Para fin de mi pena, se cumplió.—
Ahora, señor, pues aplaqué á los cielos,
Que escarmienten en mí será razon
Los hombres, y en la tierra á su justicia
Aplaque, quien su ley atropelló.

—

Postró el penitente humilde
Su venerable cabeza
Hasta el suelo, en que sus plantas
El Conde ofendido asienta,
Y así en silencio quedaron
Uno en pié y otro por tierra;
Uno al castigo ofreciéndose
Y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble Conde
Pesando allá en su conciencia
La justicia de su causa,
La inmensidad de la pena,
La razon de su venganza
Y la prez de su nobleza,
Rompió el silencio diciendo
Con voz conmovida y trémula:
«Alzad, Guarin, que no es justo
Que se muestre mas severa
Que la justicia del cielo
La justicia de la tierra.
Mi honra habeis ultrajado,
Allí do con mas pureza
Se anidaba; con mi sangre
Habeis regado las peñas
De Monserrate, mas de ambas
La mancha injuriosa y fea
Lavado habeis con las lágrimas
De cristiana penitencia.
Yo os perdono como el cielo;
Volveos á las desiertas
Montañas, y vida triste
Pasad penitente en ellas.
Mas quiero una sola cosa
Rogaros, única prueba
Que exijo de vos, Guarino,
Del perdon en recompensa.
Mostradme el oculto sitio
De aquellas fragosas sierras
En donde yacen los restos
Que de mi María quedan.
Los que de mi estirpe nacen
Su tumba tienen dispuesta
En mas suntuoso lugar
Que el que sus restos encierra.
—Vuestros criados, señor,
Mandad que conmigo vengan,
Que en el lugar en que yacen
Tengo cavada una cueva
Donde cual fiera he vivido
Lamentando mi fiereza.
Sobre el césped que la cubre
Brotó, y entre él se conserva,
De los tiempos respetada,
Una silvestre azucena,
Símbolo de su desdicha
Y pendon de su inocencia,
Por los cielos levantado,
Mantenido en nombre de ella.
—Yo mismo iré allí á llorarla.
— Señor, pues que pronto sea.
—Partamos al punto.
— Vamos.
Y antes que una aurora nueva
Vuelva á alumbrar el oriente
Saldreis con tan santa empresa.»

CAPITULO OCTAVO.

LA AZUCENA SILVESTRE.

Cual marinero errante, que perdido
Su soberbio bajel, contra las olas
Lucha, á los restos del bajel asido
Cercana viendo la ribera ya;

Cual golondrina errante que los mares
Cruza estraviada, y la cansada pluma
Agita conociendo los lugares
Donde á anidar acostumbrada está ;

Cual cierva que en la fuerza del estío
Sedienta vaga por el bosque espeso,
Y el agua oyendo del cercano rio
Hácia él se lanza cuando el agua ve :
Así impaciente el padre de María
En la alas de una última esperanza
Partir á Monserrate apetecia
Con paternal y religiosa fé.

« De entre las yermas rocas se levante
Su despojo mortal ! y en sitio digno
Salmos la iglesia á su memoria cante,
Y ore por su alma al compasivo Dios.
Bajo las anchas bóvedas del templo
Sus funerales místicos resuenen,
Y las campanas su recinto atruenen
Y álcese al cielo mi oracion en pos. »

—

Así decia el piadoso Conde
Transido de dolor,
Con tamaños intentos emprendiendo
Su peregrinacion.

Y del florido abril una mañana
Al despuntar el sol
Con Guarino y escasa comitiva
De la ciudad salió.

Unos pocos ginetes enlutados
Seguíanle en monton,
Y unos cuantos obreros que la tierra
A cavar destinó.

Un monge, que al hallar el cuerpo, su alma
Encomendara á Dios,
Iba al par en silencio en medio de ellos
Envuelto en su ropon.

La multitud encima de los muros
En silencio á mirarlos se agolpó,
Rogando ansiosos por el triste padre
Y por su hija al Señor.

Así de Monserrate enderezaron
Al áspero fragor,
Y en la distancia del camino largo
La triste comitiva se sumió.

Un punto aun desde los altos muros
Como leve vapor,
El polvo de sus piés se percibia
Pero tambien al fin se disipó.

—

A Monserrate van. ¿ Pero quién sabe
Lo que les guarda en su honda soledad
El que posée del corazon la llave,
El que puede medir la eternidad ?
Sí : Dios es Dios ; y Dios tan solo puede
Romper el velo á la futura edad ;
Solo á sus ojos el destino cede ;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

—

Rayaba en el oriente
La claridad temprana
Del alba trasparente
De la fresca mañana
Del dia á aquel siguiente,
Cuando el Conde á la falda de las rocas
De Monserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guia,
Humillado al recuerdo vergonzoso
Del delito que allí cometió un dia,
Y como iban subiendo,
Al Conde el monge se acercó diciendo :
«Señor, desde este cerro, que testigo
Fué en dia mas dichoso
De la piedad de Dios para conmigo,
De mi crímen despues y mi castigo,
Solos ambos quisiera
Que subiendo siguiéramos
Y solos cabo á nuestra empresa diéramos.
Entre estas cavidades
Penitente primero y luego fiera,
Escándalo de aquestas soledades
Largos años viví, y la edad futura
Pluguiérame que nunca conociera
El sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,
Que el mortal corazon mísero encierra
Sea tal vez, mas me dará tormento
Saber que se hace público en la tierra
Mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.
Temo la tentacion del diablo astuto
Y sé por esperiencia
El trecho que marcó la omnipotencia
Del racional al bruto. »
Wifredo, su caballo deteniendo
Y al monge con respeto contemplando,
Así le dijo con acento blando :
«Sea como querais ; vos que ante el trono
De Dios sois perdonado,
No habeis de ser por mí mas castigado,
Ni pasará de aquí con vos mi encono.
Secreto es vuestra historia
Que de mi labio no saldrá, escondida
Viviendo eternamente en mi memoria.
Diré que el cielo de mi triste vida
Tal vez compadecido,
A mí os ha conducido
Para templar del alma la amargura,

El lugar escondido
Mostrándome en que está su sepultura.
Pues si por vuestro crímen inaudito
Debiérais ser de mi venganza objeto,
Por la mano de Dios estais bendito
Y lo sois para mí de honra y respeto.
Guiad y solos vamos,
Solos su sepultura cavaremos,
Y si algo de sus restos encontramos
Hasta aquí á conducirlos bastaremos. »
Y así diciendo el Conde y al instante
Mandando detener allí la gente,
Solo siguió adelante
En pos del milagroso penitente,
A los ojos de todos se perdieron.
Sereno estaba el dia;
El sol que por los cielos avanzaba
Con purpurada luz resplandecia
Y la tierra en sus luces se bañaba
Y todo por la tierra sonreia.
El tomillo oloroso,
La madreselva espesa,
La ancha amapola en su capullo aun presa,
El silvestre jacinto
Que á la márgen sonora
Crece del arroyuelo
Y en su fresco color apenas tinto,
El áspero majuelo,
La todavía verde zarzamora
Y el enredado endrino,
Compañero del boj y del espino,
El retorcido enebro y la retama
Que en medio crecen de la amarga grama,
Aromaban los valles silenciosos,
Y prestaban colores y verdura
A los lomos fragosos
De aquellos montes, cuyas hondas grietas
En las piedras escuetas
Labra el agua que cae desde la altura.
La tierra por do quier juvenecida,
Por el sol fecundada,
De nueva y creadora primavera
Se tornaba á mostrar con nueva vida
Y con nuevo vigor robustecida,
Con verdura mayor engalanada.
Nueva generacion de mariposas
Y de varios insectos zumbadores
Ensayaban su vuelo en las hojosas
Matas espesas de silvestres flores.
Los blancos conejuelos,
Los alegres y libres cervatillos,
De su fuerza primera
Iban ya haciendo alarde en la carrera;
Triscando entre las zarzas y majuelos,
Despuntando la grama y los tomillos
Y horadando las faldas arenosas
De los secos y blandos montecillos,
Al instinto cediendo que se encierra
En su naturaleza montesina
De socavar la tierra.
En la enramada verde
Que á una fuente vecina
Que entre las peñas al brotar se pierde
Toma jugo en la linfa cristalina,
La nueva cria de ligeras aves
Silba, gorgea y trina;
Y el ronco cuervo, que con vuelo lento
Se cierne mansamente sobre el viento,
Grazna con notas ásperas y graves
La estacion de las flores
Presintiento contento.
Naturaleza entera
Brillante resplandece
Ufana por do quiera
Anunciando la hermosa primavera.
Y todo en ella juventud y vida,
Todo en ella armonía, luz y aroma
Solo al placer convida.
Y desde la ancha y verde y fresca loma
Donde está detenida
La comitiva de Wifredo entera,
Por la vega estendida
Y escorpada montaña
Goza la perspectiva placentera
Que desde allí se alcanza embebecida.
En tanto su señor vá lentamente
Por las peñas trepando
Detras del silencioso penitente,
Que por la soledad le va guiando,
El sitio en que pecó triste buscando.
La luz y la alegría
De la naturaleza
De ambos se aviene mal con la tristeza
Y la razon que allí les conducia;
Y sumido en sus propios pensamientos
Marchaba cada cual á pasos lentos.
Sube el monge la diestra asegurada
En nudoso baston con que se ayuda,
Y cruza el Conde la hojarasca ruda,
Báculo haciendo de su larga espada.
Así por senda que tortuosa lleva
De un aislado peñasco hasta la cima,
Llegaron al lugar en que su cueva
Labró Guarino, y cuyo centro estima
En mas que los palacios colosales
Que labraron del mundo los señores,
Y que vienen á ser tan solamente
Los nichos y las cifras sepulcrales
Que sus nombres mortales
Guardan un dia mas entre la gente.
Entre los huecos cascos
De los hendidos lomos
De dos duros peñascos
Que las lluvias hendieron,
De intencion de minarles con asomos,
Una grieta se abria,

Que caverna de fieras parecia.
Un pico del peñon algo avanzado
Sobre su ancha abertura,
Del viento y de la lluvia resguardado
Un trozo de terreno mantenia,
Que de tupido césped alfombrado
De la gruta á la entrada se veia.
Y de la estéril roca
Por estrecha hendidura
Bajaba de la cueva hasta la boca
Un rico manantial de agua tan pura,
Que á través de sus líquidos cristales
De la piedra en que cáuce se formaba
Se contaban las vetas transversales,
Que el paso de la linfa habia ido
Puliendo en su caida, de manera
Que en vez de piedra tosca se dijera
Que en la concha mejor se habia bruñido.
La sonora corriente
De esta escondida fuente,
Hallando entre los céspedes descanso
En el llano terreno
Que estaba de ellos lleno,
Formó entre aquellas yerbas un remanso;
Y entre ellas á su curso abriendo calle,
Dejando aquel lugar verde y fecundo,
Iba á perderse en la mitad de un valle
De los montes formado en el profundo.
De este remanso el centro
Formaba un montecillo
Por el agua cercado,
Seco, verde y aislado
Por aquel manantial fecundizado,
Que de las altas rocas guarnecido
Cubierto por el pico adelantado
Sobre la cueva oscura,
Por la fuente regado
Y en la pendiente rauda concluido,
Era un bello paisage en miniatura.
Y de aquel montecillo en el altura
Cubierta de verdura,
Fresca olorosa, amena,
Brotaba una purísima azucena,
La cual, aunque era flor sola y silvestre,
Mas que en jardin cuidado
Brillaba hermosa en su rincon campestre
Que estaba con su aroma perfumado.
Sus blancas hojas á la luz tendidas,
Su simiente encerrada en los martillos
Que de su centro se alzan amarillos,
Su tallo verde, fresco, alto, flexible,
Mecido por el aura que perdida
A aquel rincon llegaba imperceptible,
Dándola oculto movimiento y vida,
Hacian de la cándida azucena
Un animado ser, solo habitante,
Solo genio y señor de aquella escena.
Al llegar de la gruta ante la boca,
En que aquella hendidura
Escondida en la roca
Guardaba de este sitio la hermosura,
Y do la entrada de la cueva toca,
Postróse de rodillas Juan Guarino;
Y absorto el noble Conde,
Viendo el primor que esconde
Aquel sitio desierto y campesino,
Se detuvo un momento
Embebido en gozar el suave aroma
De la flor de aquel grato apartamiento.
«Hé aquí (esclamó Guarino, derramando
Lágrimas) el lugar en que escondido
Mi delito lloré, sobre la tierra
Do fué mi doble crímen cometido.
Hé aquí, señor, la tumba en que reposa
La hija de que os privé : bajo la altura
De ese monton de tierra y de verdura
Duermen los restos de la mas hermosa
É inocente criatura :
Y esa blanca azucena
Tal vez del jugo de su sangre pura
El jugo bebe que su caliz llena.
Cuando en fiera tornado, á esta montaña
Me volví desde Roma peregrino
A cumplir penitente mi destino,
Habia aquí brotado
El manantial bullente y cristalino
Que tenia cercado
El lugar á su tumba señalado.
La azucena sobre él ya abierta estaba,
Y cual lugar sagrado
Que el Señor me vedaba
Por mí en mi penitencia respetado
Fué, y con mi llanto de dolor regado.
Yo he visto en esa flor siempre inmarchita
Una futura prenda de esperanza
Por el cielo bendita :
Y en esa flor á quien jamás alcanza
El fin que á todas dió naturaleza,
De la muger á mi maldad rendida
El símbolo miré de la pureza,
Atropellada sí, mas no perdida.
Unico amor del triste solitario,
Su única compañía en el desierto,
Unica luz del tenebroso osario
Del mundo para el cual vivia muerto,
Unico paso á mi esperanza abierto
Mi corazon en ella ha concentrado
Cuanta fé y cuanto amor ha conservado.
Unica prenda que me liga al mundo,
Solo recuerdo de la edad pasada
Tras del amor á Dios es el segundo
En mi alma con mis lágrimas lavada
El amor á esa flor inmaculada.
Yo creo ver en ella
Vivir á la hija que llorais, yo creo
Que su alma pura y bella

Vive dentro del caliz conservada;
Y entre sus hojas su semblante veo;
Y oigo sonar su voz cuando se mece
Entre sus blancas hojas,
Y si el tiempo á mis ojos la agostára,
Tanto cuanto lloré por el pecado
Que dentro de esa tumba la encerrára,
Sobre el tallo truncado
De esa azucena mística llorára. »
Y así diciendo, el infeliz Guarino,
Por tierra prosternado,
De aquel último bien se despedia
Tanto tiempo por él idolatrado,
La sepultura en que raiz tenia
A destruir él mismo preparado.
Y el Conde embebecido
En lo que al labio de Guarino oia,
En pié junto á él seguia
Inmoble, silencioso y distraido.

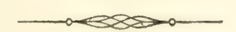
—

Wifredo de repente,
De esta meditacion saliendo, dijo
Con decidida voz al penitente:
« No perdamos, hermano,
El tiempo neciamente;
Esa tumba cavemos
Y apartemos de aquí su resto humano. »
Y obediente Guarino,
Resignado con calma á su destino,
Con la azada en la mano
Resuelto se llegó á la verde altura
Do la hermosa azucena
Marcaba la campestre sepultura.
Y Wifredo á su vez, la aguda pena
Del corazon paterno
Desahogando en dos lágrimas espesas,
Gotas que lanza al manantial interno
Que inestinguible en sus entrañas mana,
De otro azadon asiendo, se dispuso
Lo que resta á buscar de lo que un dia
Fué de sus ojos luz, fué su María.
Con el secreto intento
De que aquella azucena perfumada
Quedara, á ser posible, respetada
En el lugar en donde tiene asiento,
Por el opuesto lado comenzaron
Del fúnebre monton do está arraigada;
Mas apenas hundieron
En tierra el azadon, de ver echaron
Que el verde montecillo que creyeron
Tierra compacta y dura
Blanda y recientemente removida
Estaba, y seca y leve mantenida
Entre el agua, y debajo la verdura
Que la tienen cubierta y circuida:
Y cuanto con mas tiento la tocaban,
Mas fácilmente por entrambos lados
Sus golpes á la par desmoronaban
La tierra, y los arbustos que arraigados
En ella vejetaban.
Lejos de sí los instrumentos rudos
Arrojaron, y á impulso de un instinto
Igual, hundieron en la blanda tierra,
Y á apartarla empezaron cuidadosos
Con sus dedos desnudos.
Pronto dieron sus manos
Con un oculto objeto
De la tierra distinto:
Mas suave al tacto, con calor, con vida,
No era el objeto oculto el esqueleto
De enterrada muger, á quien los años
Y la tierra tendrian consumida.
El secreto terror y afan interno
Heló la voz en su garganta, y ambos,
Apartando en silencio el polvo leve,
Descubrieron, y entrambos asombrados,
Dos piés, que como el ampo de la nieve
Mantenia la tierra conservados.
Un lijero color rosado y puro
Bajo su piel se percibia apenas,
Y á través de la piel el trazo oscuro
Se via de sus venas
Cual si la vida aun de sangre líquida
Las mantuviera llenas.
De aquellos piés purísimos la planta
Verticalmente inmoble,
Que siempre en los cadáveres espanta,
Lejos de dar horror, á la mirada
Solamente esponia
La perfeccion, pureza y hermosura
De una obra de escultura
Diestramente pulida y acabada.
El grato anhelo, la interior zozobra
Que ambos á dos sintieron,
Seguir les hizo la empezada obra;
Y apartando los céspedes y tierra,
En silencio siguieron
Hasta que el tronco entero descubrieron,
Que envuelto en sus vestidos
Apenas por el agua humedecidos,
Y apenas arrugados
Por la tierra en que estaban enterrados,
Envolvian el cuerpo de María,
Que dormida y no muerta parecia.
Escondida no mas de su belleza
Quedaba la bellísima cabeza
Y la garganta blanca,
Donde una herida fresca se descubre
Desde la cual arranca
La raiz de la cándida azucena,
Que sobre el sitio en que descansa brota:
Y que fuerza será cuando el semblante
Descubran, que la flor se arranque rota.
Comprendiéndolo al par ambos, á un tiempo
Las manos detuvieron,

Y arrasados en lágrimas los ojos
Ante aquellos para ambos
Sagrados y bellísimos despojos,
Gran trecho sin accion se mantuvieron.
Mas el Conde por fin, de irresistible
Voluntad impelido,
Con un postrer esfuerzo despejando
El rostro aun escondido
De su María hermosa,
Vió de la vírgen la figura entera
Cuyo labio animaba
Dulcísima sonrisa placentera :
Cuya tez inmarchita coloraba
Animado color de nieve y rosa,
Y en cuyos ténues párpados cerrados
Transparente se via
La pura luz que á su través lucia
En sus ojos aun iluminados
Con la lumbre vital que dentro ardia.
Mas en tanto la flor fragante y pura
Que sobre ella crecia,
Y de la muerta vírgen en el cuello
Sus raices asía,
Por el suelo truncada
Por entre el césped húmedo yacia,
Roto su tallo pero no manchada.
Tendió el Conde sus manos
A la prenda de su alma idolatrada,
Y á la caida flor el penitente,
Cuando esta de repente,
Por invisible mano arrebatada,
Se perdió en el azul del manso ambiente,
Y la pura region del vago viento
Armonizó una música divina
Que venia del alto firmamento
Detras brotando de su azul cortina.
El celestial compás de aquella santa
Misteriosa armonía, llamó al cielo
La atencion de Wifredo y de Guarino;
Y al ver el cuadro mágico y divino
Que les mostró su descorrido velo,
Se borró de María en la garganta
La señal de su herida;
Y á ver la aparicion en luz radiante
Que en medio de los aires suspendida
De su vista mortal está delante,
Tornó á su corazon la dulce vida.

Por el sol coronada,
De las estrellas fúlgidas vestida,
De la luna calzada,
Y de ángeles en hombros conducida,
La Madre del Cordero inmaculada
Sonreia á los tres, que arrodillados
Y absortos contemplaban
La divina vision embelesados.
La Purísima Madre del Dios niño
En sus manos mas blancas que el armiño
La azucena silvestre mantenia,
Y con celeste acento
Que empapó la montaña en armonía
De son mas apacible, grato y lento
Que el múrmullo del bosque, el mar y el viento,
Con sonrisa hechicera
Dijo, vuelta á los tres de esta manera:
«Donde no hay voluntad tampoco crímen;
»Ilesa pues la virginal pureza
»María conservó, y en la aspereza
»De los montes siete años penitentes
»De otro castigo al matador redimen
»En los juicios de Dios omnipotentes.
»En medio de estas peñas se levante
»Sombrío monasterio,
»Que del Señor las maravillas cante :
»Otra vez á arraigar esa azucena
»Vuelva en las rocas de perfume llena,
»Prenda y señal de celestial misterio.
»Y cuando en el sepulcro preparado
»Vuestro despojo corporal se suma,
»Sobre el sepulcro de los tres cerrado
»La azucena silvestre se consuma.»

Espiró de la Vírgen el acento,
Y cesando la célica armonía,
La mística vision deshizo el viento.
Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante ella
Cayeron bendiciendo su destino,
El noble Conde, la feliz doncella,
Y el santo penitente Juan Guarino.



EL DESAFÍO DEL DIABLO,

LEYENDA TRADICIONAL.

INTRODUCCION.

—

Nació Doña Beatriz
Para monja destinada,
Mas salió al mundo inclinada
Y no fué eleccion feliz.

Con demasiado devoto
Corazon, en su preñez
Hizo su madre tal vez
Tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
Que antes de nacer la dió
Beatriz, que se temió
Por ella y con fundamento.

Y ella, á impulsos del fatal
Dolor, á Dios hizo ofrenda
De aquella azarosa prenda
De la dicha maternal.

¿Mas porqué á Dios ofrecer
Lo que otro ha de cumplir?
¿Quién puede ¡necio! decir
Lo que otro ha de querer?

Ello es una aberracion,
Mas ello es cierto tambien
Que de estas cosas se ven,
Y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
En mal de que bien salieron,
Por sus hijos ofrecieron
¡Tantos malos hay así!

Pero ¡oh lector! felizmente
En los tiempos que alcanzamos
De estos sucesos no hallamos
Ejemplos tan comunmente.

Aunque tú te acordarás
Por vano que hayas el seso,
Que pasaban con esceso
Diez ó doce años atrás.

¿No era duelo ver un chico
De seis años enredando
Por la calle, y ya arrastrando
Un hábito dominico?

¿O asida á los guardapieses
De una fresca montañesa,
Hecha una santa Teresa
Una chica de once meses?

Así Beatriz anduvo
Toda su infancia, así oia
Las razones noche y dia
Que para el hábito hubo.

Y así pasaron sus bellos
Y primeros ocho abriles,
Entre juegos infantiles,
Sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche
Lujosamente ataviada
Y de flores coronada
La metieron en un coche.

Ella, al mirarse tan linda,
Con errado pensamiento
Juzga que solo el convento
Con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
Si siempre ha de ser querida,
Como cuando recibida
Fué por la madre abadesa.

Quedóse en el locutorio
Su madre y la superiora,

Llevóla, pues era hora
A cenar al refectorio.

Allí todas á porfía
Las madres la acariciaron,
La dieron y la otorgaron
Cuanto en gana la venia.

Así Doña Beatriz
Quedó á monja destinada
Y en el convento encerrada;
Mas ¿fué dentro de él feliz?

—

¡Ah! fueron unos tras otros
Sus dulces años huyendo,
Nacer en su ánima haciendo
El deseo y la razon.
Y huyéronse una por una
Las deliciosas visiones,
Las dichosas ilusiones
Que adoró su corazon.

Sintió dentro de él entonces
Desconocido, insufrible,
Un deseo incomprensible,
Una triste vaguedad
Que turbaba eternamente
Sus oraciones, sus sueños,
Con recuerdos halagüeños
De otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso
Entre la santa armonía
Otras músicas oía
De mas alegre compás.
Y de los santos ejemplos
En las sagradas memorias
El gérmen de otras historias
Mas seductoras quizás.

Y ella bulliciosa un tiempo,
Y alegre y entretenida,
Silenciosa y distraida,
Y triste á andar empezó;
Y oculta allá de su celda,
En un rincon solitario,
El ídolo en formas vario
De la libertad amó.

Presentáronse á su ardiente
Y exaltada fantasía
Los gustos á que algun dia
Renunció sin grande afan;
Y vió con mortal tristeza
Que ahora los apetece,
¡Ah! porque de ellos carece,
Porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa
Ribera fresca de un rio,
Que paseaba en el estío
De la luna el resplandor:
Aquella fuente escondida
Del soto entre los jarales,
En cuyos frescos raudales
Su sed templaba y su ardor:

Aquellos anchos balcones,
Sin reja y sin celosía,
Que allá en su casa tenia
La calle para mirar:
Y á través de cuyos lienzos
Podia tranquilamente
El tumulto de la gente
Y el aire libre gozar:

Todos los dulces recuerdos
De su deliciosa infancia,
Dorados por la distancia,
Mas caros á su ansiedad,
Hervian en su memoria,
Despertando sus pasiones
Las primeras emociones
De su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel rio,
Y en redor de aquella fuente,
Y entre la turba de gente
Que via por su balcon,
Tal vez alcanzaba errando
Una vision hechicera
Cuya sombra pasajera
Turbaba su corazon.

«¡Ay! exclamaba la triste,
Contristada y dolorida:
¡Cuán monotona es mi vida,
Cuán sin gloria y sin placer!
¿Qué es para mí el universo,
Si yo cual ave entre redes
Estoy entre esas paredes
Condenada á nunca ver?

¿Qué valen las maravillas
Que Dios sembró por su suelo,
Si solo alcanzo del cielo
Un giron escaso y ruin,
Y el cántico pasajero
De algun pajarillo errante
Que se detiene un instante
En las ramas del jardin?»

Así en el fondo del claustro
Donde cautiva moraba,
Allá á sus solas pensaba
La olvidada Beatriz.

Y así corriendo los años
Se prepara, aunque la pesa,
A quedar monja profesa
Y á no ser nunca feliz.

Mas ¡ay! que oculto veneno
De estas memorias amargas,
Prensadas de horas tan largas
En la larga soledad
En su corazon fermenta,
Y del corazon brotando,
Va en su cuerpo germinando
Peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía
El corazon la devora,
Víbora desgarradora
Que con él ha de acabar.
Y lenta é inextinguible,
Que sin descanso la deja,
Fiebre ardorosa la aqueja
Imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre
Sin alivio de un momento,
Acosan su pensamiento
Mil delirios en tropel.
Asaltan su fantasía
Mil imposibles antojos,
Y llanto vierten sus ojos
Mas amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos
No pueden con su dolencia,
Ninguno logra la ausencia
De su recóndito mal.
En vano su ciencia apuran,
Sus elíxires destilan
En vano, nunca aniquilan
Aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! consumida
Por fuego íntimo y secreto
Busca en vano un amuleto
Contra tal desolacion.
Mas en vano los doctores
Con sus brebajes la afligen,
Si del mal está el orígen
En su ardiente corazon.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?
¿Quién la arranca sus suspiros?
¿Quién ¡ay! tan fatales giros
A sus desvaríos da?
«Lejos de mí, en los accesos
Grita de su calentura!
Vuestra vista es mi tortura;
¡Quién de vos me librará!

¡Lejos de mí, lejos, lejos!
Fieros espectros con tocas,
Que con hipócritas bocas
Me predicais la virtud,
Y con fraternales manos
Me estais preparando un traje
Con que mas horrenda baje
Despechada al ataud.

¡Lejos! dejadme tranquila;
Me estais ahogando... dejadme;
Abrid la reja, aire dadme,
Quiero el aura respirar...»
Y así Beatriz diciendo
Se desespera y se agita
Con violencia inaudita,
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
La debilita y la estenúa,
Y el hondo letargo atenúa
De su delirio el ardor;
Y las madres aterradas
Conjuran con oraciones
De sus horrendas visiones
El tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)
Con intento mas humano
Otro médico mundano
Resolviéronse á llevar,
Y á pesar de los obstáculos
Que las monjas opusieron,
Una tarde consiguieron
Hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves
Conocimientos científicos,
Condenó los específicos
Y las drogas condenó:
Y enterado de los síntomas,
Con la fria indiferencia
Del oficio y de la ciencia
Tal plática ocasionó.

El Doctor. ¿Qué edad tiene esta muchacha?
El Padre. Quince años.
El Doctor. ¿Ha profesado?
El Padre. Aun está en el noviciado.
El Doctor. Pues remedio tiene aun.
El Padre. Decid cuál.
El Doctor. Uno tan solo:
Si adoptarlo no se quiere,
Esta muchacha se muere.
La Abadesa. Decidnos cuál, y segun...
Si no es algun sortilegio
O algun infernal conjuro...

El Doctor. Madre, aquí no hay nada impuro
¡Por vida de Barrabás!
Yo tengo un coche á la puerta,
La vestimos al momento
Y la saco del convento.
La Abadesa. Sacarla, Jesus!
El Doctor. No hay mas.
La Abadesa. Sacarla dice! qué audacia!
Extraer una novicia!
El Rey nos hará la justicia;
No será.
El Doctor. ¿Cómo que no?
Enfermo á quien tomo el pulso
Y á quien remedio consigo
Se salva ó muere conmigo.
La Abadesa. Yo haré.....
El Doctor (interrumpiéndola).
Quien hará soy yo.
(*Al padre.*) Señor mio, tener hija
Quereis ó no? Vamos claros.
El Padre. Sí, sí.
El Doctor. Pues fuera reparos
Y agarrad de ese colchon.
El Padre. Qué vais á hacer?
El Doctor. A llevármela.
El Padre. Y el poder de la abadesa?
El Doctor. Si la chica no es profesa
Nada puede en conclusion.
Con que asid de esas dos puntas
O vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera
Entre el padre y el doctor,
A pesar de todo el claustro,
De su hija Beatriz asieron
Y en el coche la pusieron;
Y las mulas con vigor
Arrancando les sacaron
De la grita y confusion
Con que el coro de las monjas
A despedirles salió.
Y desde aquí, tras aquesta
Necesaria introduccion,
Toma principio la historia,
¡Oh carísimo lector!
Y esta no es fábula vieja
Hallada en un cronicon;
No es fantástica leyenda
De que soy el inventor.
Es tal cual voy á escribirla
Del pueblo una tradicion,
De boca de un pueblo oida,
Siendo un viejo el narrador,
Y la cual voy á contarte
Como á mí me la contó.

—

PRIMERA PARTE.

I.

En el fondo de un valle
Por en medio del cual ancha vertiente
Abre á sus turbias aguas un torrente
Honda y torcida calle;
Torrente en el invierno
Y arroyo en el estío,
En julio despreciado, y en diciembre
Con honores de rio;
Cercado de peñascos y maleza
Por ambos horizontes,
Y hundido entre dos montes
De fértil aspereza:
En este valle, pues, y estas montañas
Poseia Don Lucas de Hinestrosa,
Padre de Beatriz, quinta escondida,
Saludable y frondosa,
Y en el sitio mejor de ambas Españas
Sentada y construida.
En Córdoba la bella,
Ciudad moruna de recuerdos rica,
Cuyas calles estrechas
Y cuyas casas de ladrillos hechas
El gusto actual critica;
Mas cuya situacion encantadora,
Cuyo nombre halagüeño
Como memoria de agradable sueño
El Moro aun en el desierto adora.
En aquellas montañas formidables
Habitadas un dia
Por viejos ermitaños venerables,
Y habitadas primero
Por derviches fanáticos, es donde
Don Lucas de Hinestrosa
A Beatriz esconde,
Y allí, donde la cándida novicia
El aire y agua saludable goza
A su nociva enfermedad propicia.
Allí á lo menos desde la alta cumbre
Libres pasean sus avaros ojos
Estenso campo; y vária muchedumbre
De objetos mil distintos,
De la naturaleza mil antojos
Alcanzan por los mágicos recintos
De aquellos naturales laberintos.
Allí goza del cielo
Cuanto abarcan entrambos horizontes
Y largo campo del vistoso suelo.
Allí en la estensa vega
Que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,
Ve cubrir la magnífica campiña
El apareado olivo siempre verde,
La rubia mies y la fecunda viña,
Y la estendida pita
Sembrada en los vallados,

Y la roja amapola que se agita
Dando aroma y color á los sembrados :
Y las hojas pegadas
De los higos de tuna,
De los lagartos con pasion amadas,
Y de la sorda abeja acariciadas.
Y ve los anchos sotos
Y las verdes dehesas,
Donde encerradas en campestres cotos
Dan crias retozonas y traviesas
Las generosas yeguas cordobesas.
Y ve la hermosa Beatriz pasmada,
Desde aquellos peñascos donde habita,
La poblacion morisca coronada
Por la bella y mas célebre mezquita
A los ginetes moros conquistada.
Y ve á sus pies en la montuosa tierra,
Teatro un tiempo de azarosa guerra,
Brotar continuamente,
Cercados de silvestres florecillas,
Ya el manantial de rumorosa fuente,
Ya corpulentos robles,
Ya enlazada á las hayas amarillas
Con recios brazos y con nudos dobles
La cariñosa yedra
Cuya oculta raiz nace en la piedra.
Allí el aire tranquilo se embalsama
Con los gratos olores
Que la feraz frondosidad derrama:
Y se respira pura
El aura salutífera que impregnan
Con su aroma las flores,
Las fuentes con vapores y frescura.
Allí la limpia atmósfera armonizan
Las pasajeras aves
Con cánticos suaves
Que los sentidos con el alma hechizan.
Y allí pasa Beatriz el tiempo breve
De la estacion florida,
Rápida imágen de la corta vida
Que en la tierra habitar acaso debe;
Y allí pasa sus dias á lo menos,
Ya que no entre placeres bulliciosos,
Alegres, y serenos
Y libres, con sus sueños deliciosos.
Su padre la acompaña,
Y el doctor la visita,
Y en dulce soledad vive sin cuita,
Al mundo entero y al convento estraña.
El oro de Don Lucas de Hinestrosa
Sus caprichos y gustos la previene,
Y con su vida Beatriz se aviene,
Y lejos del convento muy dichosa.

II.

Apenas anochecía :
La luz apuntaba apenas
De melancólica luna
En una noche serena,
Cuando en sabrosas memorias
Y en ilusiones risueñas
Embebida está Beatriz
De su alquería en la puerta.
Cómodo sillon la ofrece
La espesa y humilde yerba,
Y el son del aire la arrulla
Que la acaricia y refresca :
Sobre la rodilla el codo,
La frente en la palma puesta,
Sin direccion las miradas
Y sin norte las ideas,
Está en una de esas horas
De misteriosa pereza,
De tranquilidad y calma
En que nada nos inquieta,
Nada nos place ni turba
Y nada nos interesa;
Ni se sufre ni se goza,
Ni se quiere ni se piensa.
De esta abstraccion melancólica
Que la absorve las potencias
Y la embarga los sentidos,
Y el ánima la enajena,
Vino á sacarla á deshora
Una voz sonora y recia
Que la dijo : — Buenas noches,
Y á la que respondió ella
Con un ¡ay! que á un tiempo mismo
Miedo indicaba y sorpresa.
¡Silencio! el recien venido
Esclamó, y la mano asiéndola
Dijo : Enemigos me siguen,
Pero es preciso que pierdan
Mi rastro, y que yo del monte
Por espesura me meta.

Beatriz. ¿Y qué quereis?
El Hombre. Un instante
De descanso, por las breñas
Para seguir mi camino,
Y si mis contrarios llegan,
Un rincon en que ocultarme
Mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,
Entró con libre franqueza
En la alquería, y tendióse
Sobre un sillon de vaqueta.
Siguióle Beatriz absorta,
Y entre turbada y resuelta
Sacó un velon encendido
Que puso sobre una mesa :
Y hácia el incógnito intruso
Tendió la mirada incierta,
Mas apartóla encontrando
La suya clavada en ella.

Subióla á entrambas mejillas
El carmin de la vergüenza,
Y quedó ante el forastero
De pié, y silenciosa y trémula.
Yo no sé qué es lo que tiene
Una mirada serena,
Fija, osada y sostenida
Que se lanza de la negra
Pupila de un ojo ardiente,
Por bajo fruncida ceja
Que oculta el camino cierto
Que aquella mirada lleva,
Y la intencion que recata,
Y el sentimiento que expresa
Cuando sabe uno que está
Sobre su semblante puesta:
Pero ello es cierto que á veces
Esta mirada nos quema
Con el fuego que despide
Y con su peso nos prensa.
El rostro se nos enciende,
Los oidos nos chispean,
Y aunque no nos atrevemos
Otra mirada á oponerla,
Sentimos que está en nosotros
Posada, y el alma inquieta
Anda recelosa dentro
Del corazon dando vueltas.
Tal está la pobre niña
Haciendo que hace una trenza
Del cordon del delantal
Que en los dedos se la enreda,
Mientras los ojos del hombre
Siguen clavados en ella
Sin apartarse un momento,
Sin pestañear siquiera.
¿Qué piensa el desconocido?
¿Cuál será la consecuencia
Que de su exámen deduzca?
¿Será propicia ó siniestra?
¿Porqué no se desemboza
Y franco el semblante muestra?
¿Será deforme ó hermoso?
Tal vez de un bandido sea,
Tal vez de un infortunado.
¡De ambos quizá!... Todas estas
Preguntas y conjeturas
Se hace la muchacha, mientras
La contempla él de hito en hito,
Mas solucion ni respuesta
Para ninguna en sus datos
Ni en las palabras encuentra.
Mas no duró mucho tiempo
Su zozobra, una tos seca
Del incógnito la puso
A sus palabras atenta.
Alzó Beatriz poco á poco
Y volvió á él la cabeza,
Y él que la intencion conoce
Y advierte lo que desea,
Viendo además que ya acaso
A ser descortés empieza,
Con ella al cabo la plática
Entabló de esta manera.

El Hombre. ¿Cómo os llamais?
Beatriz. Beatriz
De Hinestrosa.
El Hombre. ¿De esta tierra
Sois natural?
Beatriz. No, señor.
El Hombre. ¿De dónde, pues?
Beatriz. Madrileña.
El Hombre. Buen pais para quien puede
Vivir en la corte.
Beatriz. ¿En ella
No habeis nunca estado vos?
El Hombre. Sí á fe mia, pero ciertas
Conveniencias personales
Me echaron á las riberas
Que baña el Guadalquivir:
Mas decidme, si indiscreta
No es la pregunta, ¿esta quinta
Que estais habitando es vuestra?
Beatriz. De mi padre.
El Hombre. Y por qué causa,
Siendo tan niña y tan bella
En la soledad del monte
Y en sus muros os encierra?
Beatriz. Porque mi salud lo exige,
Y los doctores esperan
Que sus aguas y sus aires
Muy pronto me restablezcan.
El Hombre. ¿Qué mal padeceis?
Beatriz. Ninguno
Ya; tres meses en la sierra
Me han aprovechado mucho,
Mi salud casi es completa.
El Hombre. ¿Y quién aquí os acompaña?
Beatriz. Mi padre y un aya vieja
Con tres criados que cuidan
De la casa y de la huerta.
Aunque esta noche he oido
Que es muy probable que venga
Mi hermano Cárlos: mi padre
Bajó á esperarle á la vega.

Hubo aquí un punto de pausa,
Tras del cual, como si hubiera
Sonado la hora precisa,
U oido palabra ó seña
Que aguardára el forastero,
Alzóse y fuése á la puerta.

Beatriz. ¿Ya os vais?
El Hombre. Sí, mas molestaros
No quiero con mi presencia.

Nadie hay sobre mi camino,
Beatriz, y partir es fuerza.
Beatriz. En verdad, señor hidalgo,
Que á mí en nada me molesta :
Y si es que no os incomoda
De padre aguardar la vuelta,
Pasar en esta alquería
Toda la noche pudiérais.
El Hombre. Gracias; el sitio á que voy
Está, Beatriz, muy cerca,
Y fuera de allí me importa
Que sorprenderme no puedan.
Sin embargo, si algun dia
Mi suerte fatal se trueca
Y puedo con libertad
Pasearme por la tierra,
Espero volver á veros
Si es que me otorgais licencia.
Beatriz. Cuando gusteis : aunque juzgo
Que es cosa difícil esa.
El Hombre. ¿Porqué?
Beatriz. Porque á fin de agosto
A mi convento me llevan.
El Hombre. ¿A vuestro convento?
Beatriz. Sí.
El Hombre. ¿Sois monja, pues?
Beatriz. No profesa
Todavía, soy novicia
Desde mi infancia mas tierna,
Que así lo ofreció mi madre
Antes de que yo naciera.
El Hombre. ¿Y vos os vais á ser monja
Tan solo por su promesa?
Beatriz. Esto ha de ser.
El Hombre. Pero vos
No vais, Beatriz, contenta.
Beatriz. Algunos años lo estuve;
Mas me puse tan enferma
Despues, que fué necesario,
Porque allí no me muriera,
Sacarme del monasterio.
El Hombre. Y decidme, ¿qué edad era
La vuestra cuando á él os fuísteis?
Beatriz. Tendria ocho años apenas.
El Hombre. Tiranos padres teneis
Si en tal proyecto se empeñan,
Y á ser hoy mi poder otro
Jamás se lo consintiera.
Beatriz. ¡Vos abrazárais mi causa!
El Hombre. Fuera mala ó fuera buena.
Beatriz. Con mi padre os empeñárais...
El Hombre. Y le hablára en buena lengua,
Tan clara y tan comprensible
Que por tenaz que anduviera
Pronto le convenceria.
Pero son vanas ofertas,
Beatriz, porque en este punto
Yo propio amparo y defensa
Necesito; mas si un dia
En trance fatal os viérais,
O en amarga desventura,
Y me veis lejos ó cerca,
Venid á mí; que si un hombre
Puede con brio ó destreza
Sacaros de aquel mal paso,
No ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,
Sintiendo que por la cuesta
Sube gente, á largos pasos
Metióse por la maleza.
Y al cabo de unos minutos
Asomaron por las cercas
El de Hinestrosa y su hijo,
Y en su mula pelinegra
El doctor, que ganó un pleito
Contra la madre abadesa,
Y con Beatriz y su padre
Sincera amistad conserva.

III.

DON LUCAS. — DON CARLOS, *su hijo.* — EL DOCTOR *y* BEATRIZ *cenando en el comedor dela alquería.*

Carlos al Doctor. ¿Y qué tenemos con eso?
Porque ese hombre sea valiente,
Le ha de sacar su valor
Del alcance de las leyes?
El Doctor á Carlos. Mancebo, á lo que imagino,
Poco de esto se os entiende;
Los soldados que le siguen
Le respetan ó le temen.
Carlos. Si me contareis á mí
Los milagros del hombre ese
Cuando he vivido con él
Mas de un año. Diez y siete
Tenia cuando su casa
Abandonó y sus parientes,
Y sentó plaza.
El Doctor. Es exacto.
Carlos. A los veinte y tres y meses
Dió á un capitan de estocadas
En un duelo.
El Doctor. Ciertamente,
Tambien es verdad.
Carlos. Fué preso
Y presentado á sus jueces,
Y la sentencia era clara,
Le condenaron á muerte.
El Doctor. Mas os habeis olvidado,
Señor cronista, que fué este
El motivo único y solo

Para que al dia siguiente
Se alzase su compañía,
Y á ella otras cuatro se uniesen,
Pidiendo á voces su vida
Y jurando defenderle.
Carlos. Todo obra de sus amigos.
El Doctor. Lo que prueba que los tiene,
Que los soldados le amaban,
Y que positivamente,
Pues saben hoy que es su mismo
Compañero, le protegen.
Carlos. Vaya, vaya, buen doctor,
Que si quisiera quien puede,
Antes de veinte y cuatro horas
Habria quien le prendiese.
Y el valor no le escudára,
Porque sabeis que es patente
Que jugó su patrimonio,
Y que dejó muchas veces
Muertos en el campo á hombres
Por quien llora aun mucha gente.
Y en fin, que tras muchos lances,
Pobre y perseguido viéndose
Por la justicia, á los montes
Vino al cabo á guarecerse,
Y uniéndose á los bandidos
Ha venido á ser su jefe.
El Doctor. Y eso prueba, amigo Carlos,
Clara y terminantemente
Que es un hombre de valor,
Y que alma de sobra tiene
Para habérselas con todos
Por astucia ó frente á frente.
Carlos. Y prueba que es un bandido
Que su fortuna merece,
Y que quien asirle pueda
Hace un servicio eminente
A su patria: y si yo mismo....
El Doctor. Señor guapo, no lo dije
Por tan poco; en este instante
Buena ocasion se le ofrece
Para el caso: él no está lejos;
Con que por el monte trepe,
Seguro en él de encontrarle,
Y si es hombre, de cogerle.
Carlos. Y ya se ve que lo fuera,
Seor galeno.
El Doctor. Seor imberbe,
No hace cuatro horas aún
Que estuvo cerca, y, ó mienten
Las señas de los paisanos,
O ese sendero de enfrente
Tomó, pasando delante
De vuestra puerta.
D. Lucas á Beatriz. ¿Qué tienes,
Beatriz? te has descolorido,
Trémula estás....
El Doctor (*levantándose y yendo hácia Beatriz y pulsándola.*) ¿Qué sucede?
A ver, á ver, en efecto
Es un vapor.
D. Lucas. ¿Ven ustedes
Lo que hacen con sus disputas
Y sus historias imbéciles
De desafíos y cárceles
Y de bandidos y duendes?
El Doctor. Don Lucas, teneis razon.
Bah, Beatriz, no te alteres
De oir que ha pasado cerca
Ese bandido.
D. Lucas. Y ya vuelve.
El Doctor. Es un hombre como todos,
Y aunque prendas no le duelen
Cuando juega en contra de hombres,
No es así con las mugeres,
Que es muy gallardo y buen mozo.
Un vaso de agua traedme
Con un poco de vinagre:
Esto no es nada: ea bebe.
No tiene nada de estraño,
Todavía está muy débil.
D. Lucas. Juana, Ramon, luz al cuarto
De la niña y que se acueste.
El Doctor. No es preciso.
D. Lucas. ¡Pobrecita!
¿Va mejor? ¿cómo te sientes?
Beatriz. Ya se me ha pasado, padre;
Fué un vahido solamente.

IV.

¿Es cierto? y aquel hombre que sentado
Con Beatriz estuvo fué el bandido?
¿Es á quien tanto Carlos ha ultrajado
Y á quien tanto el doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas,
Jugador, libertino y pendenciero,
Lleva sobre él las leyes mas severas...
Y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galan con las mugeres,
Segun dice el doctor, y en desafíos
Siempre triunfante; en varios pareceres
Puede andar su virtud, mas no sus brios.

Quiérenle sus soldados, le respetan
Los mismos que condenan sus estrañas
Proezas: los bandidos se sujetan
A obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente
Ante el severo juez que le condena,
Mira el peligro con serena frente,
Y aguarda el porvenir con faz serena.

Mas si un dia, Beatriz, os veis acaso
En un trance fatal, pedidme ayuda;
Si un hombre os puede echar de este mal paso
No faltará jamás quien os acuda.

Tal oferta á Beatriz hizo partiendo
Por el sendero que á los montes guia,
Si su suerte se cambia prometiendo
Volver ante sus ojos algun dia.

Su semblante no vió con el embozo
Beatriz, ¿mas qué importa su semblante,
Si ya la inclina hácia el gallardo mozo
Su oferta liberal y su talante?

No fuérais al convento la previene
A poder yo estorbarlo: y el convento
Así sin fuerzas ni salud la tiene,
Y es á él volverla de su padre intento.

Luego el único ser que la es estraño,
El solo que la dan por enemigo,
El solo es que se duele de su daño,
Y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo
Al claustro destinada aun no nacida?
¿Tiene ella un corazon seco y desnudo
De afecciones al mundo y á la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba
Y en tales reflexiones se perdia,
Y mas la idea del convento odiaba
Cuanto el tornar á él mas cerca vía.

—

Y en estos pensamientos
Su espíritu embebido,
Cayó del sueño en brazos
La triste Beatriz:
Y entre sus negras sombras
La sombra del bandido
Se muestra, de ventura
Cual precursor feliz.

Los pálidos fantasmas
De sus penosos sueños,
Que en pesadilla odiosa
La asaltan en tropel,
Se tornan en alegres
Espíritus risueños,
Que giran y que bullen
En derredor de aquel.

No alcanza su semblante
Por bajo del embozo,
Mas sus brillantes ojos
Sobre el embozo ve,
Y al fuego de sus rayos,
Henchido de alborozo,
El corazon la late
Cobrando nueva fe.

La oferta generosa
Que con osado aliento
La hizo al despedirse,
Su acento varonil
Resuena en sus oidos
Como de manso viento
El plácido murmullo
En el pintado abril.

Ya en sueños imagina
Que espuesta en el desierto,
Y abandonada y triste,
Y descarriada va,
Y en el lejano monte
Por el camino cierto
La sombra bienhechora
Para guiarla está.

Ya sueña que á la orilla
De rápido torrente
La tienen los bandidos
Para arrojarla en él,
Y en medio de la turba
Parece de repente,
Y tórnanse las peñas
Magnífico verjel.

Y ¡ay triste de la hermosa
Que en los delirios fia
De sueños que embelesan
Su mente juvenil!
De su soñado cielo
La arrojan algun dia
En el hediondo cieno
Del apetito vil.

¡Ay triste de la niña
Que confiada adora
El ídolo que crea
Su ardiente corazon!
El frio desengaño
Bajo su templo mora,
Y seca con su soplo
La bella creacion.

Amor entra en su alma
Como galan rendido,
Un porvenir mintiendo
Pacífico y feliz;
Mas de ella apoderado
Se torna en un bandido.....
¡Ay! ciérrale tu alma
¡Oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento
Que sin violencia nace

En hondo sentimiento
Trasfórmase traidor.
Despues deseo ardiente,
Si se desprecia se hace,
Y al fin concluye siendo
Desatinado amor.

V.

El viejo Don Lucas
A Córdoba fué;
Su amigo el empírico
Marchóse tambien.
Don Carlos habita
La quinta este mes,
Y en ella se queda
Beatriz con él.

Su hermano es un hombre
Nacido en Jerez,
Que escupe torcido,
Que mira á través,
Que siempre murmura
De cuanto oye y ve,
Y mas que su hermano
Parece su juez.

Jamás de su parte
Se quiso poner,
Ni de su convento
Traspuso el dintel
Durante su larga
Dolencia cruel:
Dijeran que el mozo
Su sangre no es.

Doctor es en leyes,
Y lo hace tan bien
Que á toda la curia
La tiene en un pié:
No hay falsa escritura
Ni falso poder
Para él que legales
Razones no dé.

El mas escribano
De cuantos se ven,
Que saben un pleito
De un átomo hacer
Con el siempre en falso
Asienta los piés!...
Que no hay quien alcance
Su maña y dobléz.

Doctor es en leyes,
¡Mas por san Ginés!
Que nunca con nadie
Guardó buena ley.

Calcule el discreto
Cuán feliz va á ser
Su cándida hermana
Con este lebrel.

No su hermano,
Su tirano
Solo es;
Un espectro que la espanta,
Y do quiera se levanta
Donde va á fijar los piés.

En su espía
Trasformado,
Noche y dia
Va á su lado,
No la deja
Por do quier.
No respira,
No oye ó mira,
Nada intenta
Que él no sienta,
Que él no logre
Oir y ver.

¿Qué hace en tanto
Beatriz?
Sufre y calla.
Con su espíritu
Batalla,
Y en su llanto
Melancólico
Se ve bien que no es feliz.

¿Que hay oculto
Que atormente
Su alma cándida
Inocente?
Tal vez siente
Su consciencia
La presencia
De un gusano
Roedor?
Es el miedo de su hermano
Lo que causa su dolor?
No: es un vago pensamiento
Sin contornos ni color,
Que en mas hondo sentimiento
Va cambiándose traidor.

Quiera Dios que no la halague
Tan sutil y tentador,
Que tras él la niña vague
Hasta dar donde la trague
La honda sima del amor.

VI.

En una de aquellas noches
Sombrías y melancólicas

En que todo en torno calla
Y todo en torno reposa :
En que tardía la luna
Por el horizonte asoma
Entre cenicientas nubes
Que su luz pálida entoldan,
Y en que á renovar convidan
Dulces y antiguas memorias
El aislamiento del alma,
La soledad silenciosa,
La tranquilidad del mundo
Y el misterio de las sombras;
Noches serenas de agosto
En que se vive y se goza,
Y de que nunca se olvidan
Las sabrosísimas horas :
En una, pues, de estas noches
Mas oscura que las otras,
De pechos en su ventana
Está Beatriz absorta
En secretos pensamientos
Y consigo mismo á solas.
El codo en el antepecho,
La sien en la palma apoya
De una mano, y la otra mano,
Dejada á voluntad propia,
Arranca el menudo césped
Que en el antepecho brota
Con la humedad de la lluvia
Y en la union de las baldosas.
En su arrobamiento dulce,
Sin intencion que conozca,
Sin voluntad que la acuda,
Sin anhelo y sin zozobra ,
Nada escuchan sus oidos,
En nada sus ojos posa,
Su corazon nada espera ,
Solo pensar es su obra.
Solo en meditar se ocupa;
¿Mas en qué piensa? Lo ignora.
Sucédense sus ideas
En cadena nunca rota;
Nacen unas do otras mueren,
Do las unas se evaporan
Las otras se patentizan
Mas ó menos luminosas,
Y sin razon ni trabajo
Su inquieta mente las forja
Cual brotan de un manantial
Una, diez, ciento, mil gotas.
Ninguna en la limpia peña
Se atropella ni se estorba ,
Ninguna se precipita
Sin tiempo, ni se desborda;
Sino que todas á un tiempo
El limpio arroyuelo forman ,
Y como salen de un caño
Arroyo se truecan todas.
Así Beatriz medita
En su ventana á deshoras
De la noche, y así estando
Adormida en vaporosas
Infantiles ilusiones,
Creyó en la empinada loma ,
Saliendo de las malezas,
Distinguir una persona.
El corazon á su vista
Con violencia latióla;
Los ojos clavó en el bulto
Cuyo contorno en las lóbregas
Tinieblas no se distingue,
Mas cuyos pasos se notan
Poco á poco aproximándose
Por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
Y en la plazoleta angosta
Que de la quinta delante
Hace la tierra escabrosa,
Paróse como dudando
Mientra á favor de esta corta
Pausa pudo Beatriz
Examinar su persona.
Era de alzada estatura,
De presencia muy airosa,
Y andar resuelto y seguro :
Su traje casi á la moda
De mil setecientos quince;
Gaban cuya manga angosta
Ciñe al brazo con gran vuelta
Que en la muñeca se dobla.
Pequeña falda y con cuerpo
Que á la cintura se abrocha
Con un corchete de acero :
Ancho calzon que abotona
Por ambos lados, y que ata
Por encima de la bota :
Larga espada , gran sombrero,
Y en la cinta dos pistolas,
Y de una vez cercenando
Descripciones enfadosas,
Facha á lo Felipe quinto
(Que es la edad de nuestra historia).
Tal es el hombre que espera
En la estrecha plataforma
Que hay delante de la quinta,
Y las señas que le toma
Beatriz, que á salvo verle
Desde su ventana logra,
Aunque esta es harto elevada
Y la claridad muy poca.
Alzó él repentinamente
La cabeza, y retiróla
La muchacha, mas no anduvo
En retirarla tan pronta
Que no lo notara el hombre :
Y sin duda conocióla

Porque dijo con voz cauta:
«¿Porqué ocultarse, señora?
¿Porqué de un sincero amigo
Recatar la faz hermosa
Cuando él en su corazon
Tiene estampada una copia?
Salid, pues, á esa ventana,
Beatriz encantadora,
Que no vereis mas que un hombre
Que mas placer no ambiciona
Que el de oir el dulce acento
De vuestra divina boca.»

Qué es lo que pasa por ella
Beatriz no entiende ahora:
De esta repentina y franca
Declaracion amorosa
No comprende Beatriz
Las palabras seductoras;
Lo que escucha la enloquece,
Lo que sospecha la azora.
La voz que ha oido es la misma
Que oyó otra noche mas próxima,
Cuando con dulces palabras
Le hizo ofertas generosas.
Él es, el bandido, ¡cielos!
¿Qué ha de hacer? pues que la nombra,
La ha conocido, y es fuerza
Que á sus palabras responda.
Esto pensaba la niña
Cuando mas recia y sonora
Sonó la voz del de abajo,
Aunque siempre respetuosa,
Diciendo: «Si las palabras
Con que os he hablado os enojan,
No os asomeis para darlas
Contestacion enojosa;
Pero asomaos si os place
Para recibir, señora,
Las gracias del hospedage;
O que teneis á deshonra
Imaginaré sino
Recibirlas de mi boca.»
Lo cual Beatriz oyendo,
Grosería parecióla
No dar alguna respuesta
A quien su callar sonroja.
Salió, pues, á la ventana,
Y á no estorbarlo la sombra
Mostrára el rostro modesto
Mas rojo que una amapola.
Salió, mas quedóse muda,
Pues de puro vergonzosa
No atinó con las palabras
Para la respuesta propias.
Lo cual mirando el de abajo
De esta manera atajóla,
A la ventana acercándose
Para que mejor le oiga.

Él. A mejorar mi fortuna
Que volvería ofrecí,
Mas me parece ¡ay de mí!
Que os es mi vuelta importuna.
Ella. Yo creo, buen caballero,
Que siempre causa un placer
Tornar un amigo á ver.
Él. Que tal me juzgueis espero.
Yo por mí puedo jurar,
Sin hacer ofensa á Dios,
Que desque partí de vos
No pensé mas que en tornar.
¿Y vos pensásteis en mí?
Ella. Muchas veces me acordé... (*Se interrumpe.*)
Él. ¿Os acordásteis? ¿de qué?
Ella (*con candidez*). De que estuvísteis aquí.
Él. ¿No os acordásteis de mas?
Ella. ¿Y de qué mas que acordára,
Si el embozo de la cara
No separásteis jamás?
Él. Teneis, Beatriz, razon,
Y de esta descortesía
Esta noche suponia
Que me otorgárais perdon.
Ella. Por mí perdonado estais:
Pero á fe que me alegrara
De haberos visto la cara.
Él. Y ¿porqué lo deseais?
Ella. Porque yo siempre he vivido
Como al claustro destinada,
Dentro del claustro encerrada,
Y allí nunca he conocido
Nadie cuyo corazon
Fuera conmigo sincero,
Y habeis vos sido el primero
Que me ha mostrado aficion.
Él. ¿No habeis amado jamás?
Ella. A Dios y á mis padres sí,
Que á ninguno conocí
Que me interesára mas.
Él. Pues yo os juro, Beatriz,
Que á lograr yo interesaros
Y mi amor comunicaros
Fuera el hombre mas feliz.
Ella. ¿Con que me amais?
Él. Sí, á fe mia;
De veros desde el momento
No tuve otro pensamiento
Ni de noche ni de dia.
Por veros un solo instante
No conociera temores
A los peligros mayores
Que encontrára por delante.

Ella. Callad, callad.
Él. Oigo ruido.
Ella. Van poco á poco una llave
Volviendo..... mi hermano es ese;
Santos del cielo, amparadme.
Él. Pedid solo á Dios por él
Si es que os maltrata cobarde.
Ella. ¡Ay! huid, que os va á matar.
Él. Me conoce lo bastante
Para tenerme respeto.
Ella. No. Idos.
Él. Voime, si os place.

Hízolo así el misterioso
Galan, lijero alejándose
Como un gamo, y se perdió
Por entre los matorrales.
Mas trémula é insegura
Que las hojas de los árboles
Quedó en la reja Beatriz
Sin atreverse á quitarse.
Abrió á muy poco la puerta
Su hermano, y á todas partes
Mirando y viendo á su hermana,
Díjola airado: «¿Qué haces?
—Nada,» turbada repuso.

Carlos. ¿Con quién hablabas?
Beatriz. Con nadie.
Carlos. Pues jurára que oí voces.
Beatriz. Seria el rumor de el aire.

Tosió Carlos, y entre dientes
Murmurando airada frase
Que ella no oyó, dijo recio:
«Ea, á cerrar y á acostarse.»
Cerró Beatriz las maderas,
Mas al postigo quedándose,
Vióle tomar el sendero
Que el forastero tomó antes.
Siguiéronle con afan
Sus ojos, mas un instante
Bastó á que se le ocultaran
Los espesos matorrales.

SEGUNDA PARTE.

VII.

Despues de mas de una hora
De muy zozobrosa espera,
Los ojos de Beatriz
Alcanzaron, de la espesa
Sombra del monte saliendo,
Y avanzando por la senda,
Dos bultos que mas se aclaran
Como á la quinta se acercan.
Conforme fueron llegando,
Fué su mano dando vuelta
Al postigo por do mira,
Y cuando ellos á la puerta
Se pararon de la quinta,
Oculta en la sombra ella,
Ve y oye de la ventana
Por una rendija estrecha.
Su hermano y el otro son;
Y entrambos con voz resuelta
Exije el uno, y el otro
Resiste, desoye y niega:

El Bandido. Carlos, piensa lo que haces.
Carlos. De mas lo he pensado.
El Bandido. Piensa
Que son ciertas mis palabras
Y seguras mis promesas.
Yo tengo en la corte amigos,
Y uno á cuya voz primera
El rey ha de dar por buenos
Mis delitos y proezas.
Héle salvado dos veces
La vida en liza sangrienta,
Recibiendo una lanzada
Que me hizo quedar en tierra,
Y á él estaba dirigida;
Y en el punto en que yo quiera
En nombre de aquella lanza
Valerme de sus ofertas,
Todo ha de ser olvidado,
Todo, ¿lo entendeis?
Carlos. Muy buenas
Serian tus esperanzas
Como realizables fueran.
El Bandido. Pues bien, hay mas todavía:
Toda la provincia entera
De mis asaltos nocturnos
Con ira y pavor se acuerda;
Los comerciantes mas ricos
Aun inútilmente esperan
Cantidades que en sus cajas
Como déficit se cuentan.
Carlos. ¡Tú propio de ello te alabas!
El Bandido. Escúchame y ten paciencia.
Yo nací rico, lo sabes;
Los juegos y las pendencias
En fiestas y en medicinas
Sorbieron toda mi hacienda.
Soldado fuí, y honra tuve;
Si una palabra en mi ofensa
Del rey abajo me dijo
Alguien, le arranqué la lengua.
Me desterraron y huí;
Mas me agobió la miseria,
Y tolerarla no puede
Quien no nació para ella.
Acogíme á las montañas,
Juntéme con gente fiera
De la sociedad lanzada

Por sus costumbres perversas.
La educacion y el valor
Diéronme ventaja inmensa
Sobre estas hordas salvajes,
Y bien con maña ó con fuerza
Hoy á mi voz obedecen
Y me veo á su cabeza.
No se ha dado golpe en vago;
Inmensurables riquezas
Han venido á mi poder,
Mas ¿sabes lo que hice de ellas?
Con el oro que yo robo
Otra persona comercia,
Paga y mantiene mi gente,
Y con secreto almacena
Todas las prendas robadas
Anotando nombre y señas
De sus dueños, á quien deben
Volver cuando me convenga.
Yo no supe vivir pobre;
¿Quién fiarme una peseta
Sabiendo quien soy querria?
Y en situacion tan estrema
Lo que de grado no hallára
Pensé en hallarlo por fuerza.
Todo el mundo me prestó
Lo que en verdad no quisiera,
Y á todo el mundo le debo
Por mi valor mi riqueza.
Ahora bien, Carlos, respóndeme.
Yo estoy pronto á dar mis cuentas
Y á volver el capital
Con que he rehecho mi hacienda:
El Rey me ofrece un indulto,
Y gracia de una bandera
Si al servicio de las armas
Quiero volverme... Contesta,
Todo en gracia ha de caer
En obsequio á la manera
Con que ha sido hecho, ¿tu hermana
Podrá entonces ser la prenda
De la dicha que me alcance?

Carlos. Nunca.

El Bandido. Carlos, mira y piensa
Que en ello va mi fortuna
Y aun mi virtud venidera.

Carlos. Nunca.

El Bandido. Veo, miserable,
Tu mezquindad manifiesta;
Veo que aun no has olvidado
La bailarina francesa.

Carlos. Ni la olvidaré jamás.

El Bandido. Tienes el alma mas negra
Que la crin de mi caballo
Si la memoria conservas.
Ella eligió entre los dos.

Carlos. Lo sé.

El Bandido. ¿De qué pues te quejas?

Carlos. Basta, Cesar; buenas noches.

El Bandido. Atiende, Carlos, espera.

Carlos. Es inútil cuanto digas.
Ya has oido mi respuesta
Y ni olvido ni perdono.

El Bandido. Entonces, Carlos, recuerda
Que te fié mis secretos
Y guardarlos me interesa.
No abuses de ellos.

Carlos. Haré
Lo que mejor me convenga.

El Bandido. Mas al mirar tu interes
Ve tambien mi conveniencia,
Porque uno con otro al cabo
Tendremos que arreglar cuentas,
Y ¡ay del que alcanzando quede!

Carlos. A sí cada cual atienda.

El Bandido. A sí cada cual... comprendo
Tus miserables ideas,
La inmensurable avaricia
Que tu alma mezquina alberga.
No es el voto de tu madre
Lo que al monasterio lleva
A Beatriz, de Don Lucas
No es, no, la invencible y terca
Preocupacion; tú solo
Viva en el claustro la entierras.
Tú, solo tú, que en el oro
El móvil de tu existencia
Tienes puesto: sí; tú, Carlos,
Que apeteces sus haciendas,
Y para unirlas en tí
Las intrigas no escaseas
Ni escrupulizas los medios.
Mas vive, Carlos, alerta.

Carlos. Y alerta tú, miserable,
Vive tambien, porque llega
El dia de la justicia.

El Bandido. Ten, Carlos, la torpe lengua,
Que si llega el de la tuya
Y es de Dios justicia recta
No sé yo cual de los dos
Llevará peor sentencia.

Carlos. Sin apelar á ese fallo
Jueces hay sobre la tierra.

El Bandido (*con desprecio*). Jueces
hechos de abogados
Como tú, que se reservan
La justicia para sí,
Y para el próximo piedras.

Carlos. Sea por fin como fuere,
No ahondemos mas la materia,
Y que piense cada cual
Como mejor le parezca.
Y acabando de una vez,
Sea el motivo cual sea,
Ya mi sórdida avaricia,
Ya la maternal promesa,

Ha de ser monja mi hermana
O cuanto valgo me cuesta.
El Bandido. Pues de una vez acabando,
Carlos, fuere la que quiera
Mi razon, ya el odio á tí
O mi amor para con ella,
Tu hermana no será monja
O me cuesta la cabeza.
Carlos. Pues si estimas un aviso
Y en los hombros te interesa
Conservarla, desde ahora
Por esta quinta no vuelvas.
El Bandido. Sea, Carlos, como quieres,
Y si es que la tuya aprecias,
No habites mucho esta quinta,
Que es muy fragosa la sierra,
Y al bajar alguna vez
Por resbaladiza senda
Puedes tropezar y hacerte
Pedazos entre las peñas.
Carlos. Conozco el piso.
El Bandido. No fies.
Y á Dios, Carlos.
Carlos. A Dios, Cesar.

Echó Cesar por el monte,
Atrancó Carlos su puerta,
Cerró Beatriz el postigo,
Y quedó muda la escena.

VIII.

Todo lo oyó Beatriz : todo lo sabe,
Y en lágrimas deshecha
Lo irrevocable de su mal sospecha,
Concibe al fin lo que en su hermano cabe.
Ve su avaricia y la fatal venganza
Que en Cesar tomará, su amor primero
No olvidando jamás, con la esperanza
De á su hermana perder y al bandolero.
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna
Arrullado el bandido,
De enemiga fortuna,
Vejado y perseguido,
Sus bienes y sus grados ha perdido,
Sus virtudes tal vez una por una;
Mas no, ¡por Dios! que noble todavía,
De una pasion purísima instigado
Recuerda con honor que fué soldado,
Recuerda su valor y su hidalguía;
Y los medios buscando, á la carrera
Volver intenta de la edad primera.
Él se batió animoso
Por su patria y su rey; íntima, franca
Conserva con un noble poderoso
Ilesa su amistad, y esta le arranca
Del deshonor en que olvidado vive
Si admite sus propuestas,
Y por viejo favor, favor recibe.
La larga cicatriz de la lanzada
Por aquel recibida,
Al noble impone obligacion sagrada
De pagarle la vida con la vida;
Y á su honor tornará y á su grandeza,
Y las fieras hazañas
De que el héroe fuera en las montañas,
Miradas á través de su nobleza,
Y á través de su ingenio y del indulto,
Ya no serán por crímenes tenidos
Sino por hechos de gigante bulto;
Y tornará al ejército si quiere,
Y tornará á la corte,
O vivirá feliz si le pluguiere
En el lugar donde morar quisiere
Con elegida y cándida consorte.

Así pensaba á solas en su lecho
La hermosa Beatriz, y así crecia
El escondido amor que está en su pecho,
Aumentando ó calmando su agonía.
Y las dulces palabras del bandido,
Y de su voz el mágico sonido,
Y la bizarra y varonil figura
De aquel gallardo rey de la espesura,
Y la grata memoria
De su variada y novelesca historia,
De sus juegos antiguos y amoríos,
Apuestas, desafíos,
Y otros lances mas serios
Velados en recónditos misterios,
Todo á su mente viva se presenta,
Y todo ello acrecienta
La oculta simpatía
Que ya por él sentia
Desde la noche que á la quinta vino
Por los montes huyendo del destino.
Y todo esto que atiza
El fuego de un amor que aun no concibe,
El objeto á sus ojos diviniza
Que á su pesar en su memoria vive.
Y con su imágen sueña,
Y en delirio amoroso
Como espíritu errante y luminoso
La contempla vagar de peña en peña,
Un porvenir mintiéndola dichoso.
« Ven, la dice tendiéndola los brazos
El fantasma hechicero,
Ven ; las torpes cadenas haz pedazos
Del tirano poder que te sujeta,
Y en brazos del perdido bandolero
Encontrarás la libertad completa. »
Y sueña que la toma
La amiga aparicion sobre sus alas,
Y va de loma en loma,
Y va de cumbre en cumbre
A la pálida lumbre

De luna vaporosa
Viendo la creacion maravillosa;
Y descubriendo en los hendidos cascos
De los rudos y altísimos peñascos
Los frescos manantiales trasparentes
Que lanzan por las peñas sus vertientes,
Y en los valles frondosos
Tornados en arroyos caudalosos,
O en fuentes cristalinas,
Fecundan florecillas peregrinas
Y espesas arboledas
De extendidos pinares y alamedas.
Y en medio del espacio la parece,
Do el aire se refresca y se enrarece,
Que alcanza de esmeraldas y topacios,
Pagodas y palacios;
Y las nubes con mágicos celajes
Figuran sutilísimos encajes,
Ejércitos de sombras caprichosas,
Ya fieras ya graciosas,
Que cruzan en diversos pelotones
Del aire azul las cóncavas regiones.
Todo esto enamorada
Sueña tal vez, llevada
En brazos de la sombra que la hechiza,
De la bella vision que diviniza.
Mas, ¡ay! que allá á lo lejos
De un astro ensangrentado á los reflejos
En nubarron de cárdenos colores,
Preñado de vapores,
De su camino en la mitad se lanza
El pálido fantasma de su hermano,
Y rompe sus delirios de esperanza
Con enemiga é iracunda mano,
Y agitada despierta
De la efectiva realidad incierta.
¡Ay triste..... triste Beatriz que adora
Un delirio no mas! cuantos dolores
Te va á traer la venidera aurora
Tras esos pensamientos seductores.
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

—

¿Qué hace entretanto Carlos?
¿Sueña tambien exaltacion futura?
¿Tendrá al fin que dejarlos
Realizar sus amores, su ventura?
¿Cederá del bandido
Al genio emprendedor? ¿Teme su enojo?
Témelo, sí; mas corazon torcido,
Pérfida hipocresía
A oponer va á su arrojo,
Y en su destreza y sus amaños fia.
Cerrado en su aposento,
Cuando aun apenas amanece el dia,
En planta pone su traidor intento:
Y á la sed de venganza que le agita
El corazon cobarde le palpita.
En sus labios que el miedo descolora
Brilla sonrisa atroz; honda revelan
Sus pardos ojos intencion traidora,
Y las miradas de sus ojos hielan.
Difícilmente toma
La desigual respiracion, y el pecho
Que corroe del crímen la carcoma,
Presta al aire sutil ámbito estrecho.
Y le tiembla la mano
Mientras guia la pluma
Con que el intento que emprendió villano
En billete fatal traza y consuma.
Dos veces le leyó despues de escrito,
Dos veces le dejó sobre la mesa,
Hasta que halló que en el papel maldito
Su voluntad con su diccion expresa.
Otra vez todavía
Le repasó al cerrarle,
Y á cada doble que al papel hacia
Aun tornaba un momento á repasarle.
Cerró el billete al fin, púsole oblea,
Y á un jayan despertando
Que en cercano aposento está roncando
Y en quien peligro no hay de que lo lea,
«Toma, le dijo: á Córdoba volando!
Lleva á mi padre ese papel al punto:
Y cuenta con que abrevies el camino,
Que si en horas no llega á su destino
Y no logro mi afan, eres difunto.»
Partió el jayan, y decidido fuése
A obedecer sumiso,
Mas que al jaco que monta harto le pese
El trotar cuesta abajo y por mal piso.
Desde la alta ventana á que se asoma
Vióle Carlos doblar la enhiesta loma,
Un « Dios con bien te lleve » murmurando
Y un segundo billete comenzando.
Mas breve y mas conciso que el primero
Fué aquel, y con mas prisa concluido,
Aunque con mas cuidado conducido,
A manos del bizarro bandolero.
Un ladino mancebo, tosco y astuto,
Largo en malicia si de porte bruto,
Se encargó del mensaje,
Preparando con tiento en su memoria
Una fingida historia
Del término y motivo de su viaje.
Cuyas dos cosas juntas,
Carísimo lector, como que tienen
De misterio sus puntas,
Al caso en este número no vienen,
Y á mas siendo (á mi juicio) mas perfectos
Los relatos y escritos
Do las causas se ven por los efectos,
Porque escusan prefacios infinitos,
Informarte prefiero, y se me antoja
A vuelta de esta hoja
De lo que sucedió con los billetes.

Y á ello es fuerza, lector, que te sujetes
Aunque la relacion quede algo coja.

IX.

En la noche de aquel dia,
Noche negra y melancólica
En que todo en torno calla
Y todo en torno reposa:
En que tardía la luna
Por el horizonte asoma
Entre cenicientas nubes
Que su luz pálida entoldan,
Y en que á renovar convidan
Dulces y antiguas memorias,
El aislamiento del alma,
La soledad silenciosa,
La tranquilidad del mundo
Y el misterio de las sombras,
De pechos en su ventana
Está Beatriz absorta
En secretos pensamientos
Y consigo misma á solas.
El codo en el antepecho,
La sien en la palma apoya
De una mano, y la otra mano,
Dejada á voluntad propia,
Arranca el húmedo césped
Que en el antepecho brota
Con la humedad de la lluvia
Y en la union de la baldosas.
Mas no cual la noche última
Hoy en lo que piensa ignora;
No se elevan sus ideas
En cadena nunca rota,
Naciendo unas do otras mueren,
Y donde unas se evaporan
Las otras patentizándose
Mas ó menos luminosas
Cual brotan de un manantial
Una, diez, ciento, mil gotas;
No, que esta noche bien sabe
Lo que piensa y lo que llora.
Todo el dia en su aposento
Se estuvo encerrada y sola
Pretestando una dolencia,
Mas de su hermano la cólera
Temiendo y las invectivas;
Y Carlos, que al plan que forja
Mucho su ausencia conviene
Para que no lo conozca,
Pretestando al par negocios,
Pasó la jornada toda
Encerrado en su aposento,
Devorando su zozobra.
Así todo el dia tuvo
Libre Beatriz, y en penosas
Reflexiones malgastándola,
Hasta que la noche lóbrega
Por la enmarañada sierra
Tendió su manto de sombras
Y ella salió á la ventana.
Zumbaba en las ramas sorda
La voz del viento, doblando
Y estremeciendo las hojas,
Y los picos de las peñas
A lo lejos, y las copas
De los árboles fingian
Mil visiones espantosas;
Enormes masas sin luz
En cuyas enormes formas
La imaginacion mil fieras
Apariciones coloca.
De este nocturno paisage
La relacion misteriosa
Con sus ideas contempla,
Y no tan encantadora
La sonrie su esperanza
Cual pensó la noche próxima;
Y el mar de su porvenir
Mas recio viento alborota.
Las palabras de su hermano,
La resolucion briosa
Del bandido, guerra abierta
Entre ambos á dos denotan.
Ofensas hay por en medio
Que su hermano no perdona,
Secretos hay que el bandido
Defenderá á toda costa.
Monja ha de ser (dijo Carlos)
Aunque cuanto valgo exponga.
Si va mi cabeza (dijo
El otro) no será monja.
Nada la dijo su hermano
En palabras injuriosas,
En denuestos ó amenazas;
Aun no ha expresado su cólera,
Ni aun se ha puesto ante su vista,
Lo que prueba que recóndita
Lleva la hiel preparada
De una venganza traidora.
Así Beatriz medita
En su ventana á deshoras
De la noche, y así estando
Cercada de pavorosas
Aunque fundadas visiones,
Creyó en la empinada loma,
Saliendo de las malezas,
Distinguir una persona.
El corazon á su vista
Con violencia latióla;
Los ojos clavó en el bulto
Cuyo contorno en las lóbregas
Tinieblas no se distingue,
Mas cuyos pasos se notan,
Poco á poco aproximándose

Por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
Y en la plazoleta angosta
Que delante de la quinta
Deja la tierra escabrosa,
Paróse como dudando.
Y al verle, la sangre toda
De Beatriz, aterrada,
Al corazon se la agolpa.

El Bandido. Me esperábais.
Beatriz. No por cierto,
Y la Vírgen piadosa
Me olvide si esta venida
No es un gran pesar ahora.
El Bandido. ¿Cómo pesar? ¿y la carta?
Beatriz. ¡Carta!
El Bandido. Espresiva, amorosa,
Aunque indicando temores
Y augurándome zozobras.
Leal vuestro mensajero
Me la entregó en mano propia,
Señalando el mismo sitio
Que anoche y la misma hora.
Beatriz. Mirad que yo no os entiendo.
El Bandido (*mirando en derredor*).
(Habrá moros en la costa
Y disimula por eso.)
Beatriz. Vuestra merced se equivoca;
Yo no escribí carta alguna.
El Bandido. Aunque no entiendo, señora,
El empeño de negármelo
Cuando son justas congojas
Las que la oculta venganza
De Carlos os ocasionan,
Decid qué quereis de mí.
¿Qué es lo que os place que oponga
Contra sus pérfidos planes
Si con maña artificiosa
Le contrarreste, ó la fuerza
Con la fuerza corresponda.
Vuestro esclavo soy, y el serlo
Tengo á suerte tan dichosa
Que nada puede arredrarme
Por la que mi alma adora.
Conozco de vuestro hermano
La condicion ambiciosa,
Y la suerte que os aguarda
Si sus intenciones logra.
Si la fortuna le ayuda,
Libertad y hacienda os roba,
Pues vuestro encierro y clausura
Sus negros proyectos colma.

Iba á contestar Beatriz
A ofertas tan generosas
Agradecidas palabras,
Cuando á las aterradoras
Voces de *¡asirle! ¡matarle!*
Como aparecidas sombras
Por la puerta de la quinta
Salieron varias personas
Con arcabuces y sables,
Con puñales y pistolas.
«Ese es! ese es!» esclamó
Don Carlos con voces roncas,
Y se le echaron encima
Con voracidad rabiosa.
Hízose atrás el bandido
Empuñando su tizona,
Y lanzando un grito agudo
Que vibró largo en la atmósfera.
El eco en largo gemido
Lo llevó de roca en roca
De las ásperas montañas
Por las soledades cóncavas,
Y al punto entre los peñascos
Esta señal poderosa
Hizo brotar seis bandidos
Que de distancia harto corta
Hicieron una descarga
Oportuna y peligrosa.
Cayó Beatriz sin sentido,
Sin que humano ser la acorra,
Y trabóse en la maleza
Liza sangrienta y dudosa.
Iba á la par por momentos
Aumentándose la tropa
Que por instancias de Carlos
Iba llegando de Córdoba,
Y creciendo su cuadrilla
Como en las grutas mas hondas
Se internaban los bandidos
Con precaucion previsora.
Oíase entre el tumulto
La voz recia y vigorosa
De los jefes que mandaban,
Y la voz aterradora
De los que heridos gemian
Con las postreras congojas.
Mas se retraen los bandidos
Que la peor parte logran,
Y los soldados avanzan
Aunque en marcha cautelosa.
De mata en mata, de árbol
En árbol, de roca en roca,
Ganan los unos la tierra
Que los otros abandonan;
Y así seguian trepando
Por las cuestas montañosas,
Cuando cesó de repente
La liza tumultuosa.
Como obedece á un conjuro
Turba de duendes diabólica,
Cual desparecen al soplo
De un torbellino las hojas,
Cual leve monton de espuma

Que se sume entre las ondas,
Hundiéronse los bandidos
Entre la espesura lóbrega.
Hicieron alto los otros
Temiendo emboscada próxima,
Comentariando las causas
De tan estraña maniobra.
Dueños del campo se quedan,
Mas parece su victoria
Mas que triunfo vencimiento,
Pues nadie traspasar osa
A la otra parte del monte,
Ni nadie la suerte próspera
Con voz alegre celebra
De las armas vencedoras.
Volviéronse recelosos
Por las gargantas tortuosas
De la montaña á la quinta;
Y antes de apuntar la aurora,
Sin atreverse á seguir
Del bandido la derrota,
Con dos ó tres prisioneros
Se tornaron para Córdoba.
Y en vano los tribunales
A los presos interrogan,
Fieles á su capitan
Van en silencio á la horca.

X.

En rápida barquilla
De flores coronada,
Las cristalinas ondas
Surcamos al nacer,
Y el ánima inocente
Navega confiada
En cándida ignorancia
Sin riesgos que temer.

¡Ay! es tan bello entonces
El mar! ¡tan engañoso
Sus limpias aguas dora
Reverberando el sol!
¿Quién no se augura entonces
Un dia tan dichoso,
Cual bello es su tranquilo
Y espléndido arrebol!

Mas ¡ay! cual son del hombre
Los vanos pensamientos,
Los planes de ventura,
De dicha y ambicion!
Eternamente mira
Fallidos sus intentos,
Y solo alcanza sombras
Su pobre corazon.

Borrascas de la vida
Las sórdidas pasiones
De la ventura humana
Se lanzan sobre el mar.
Del porvenir el faro
Espesos nubarrones
Sorben, y va la nave
Sin rumbo y al azar.

¿Quién guia su barquilla
Perdida y maltratada
Por las tinieblas densas
De la tormenta atroz?
¿A qué remota orilla
Podrá desconsolada
Llegar del marinero
La moribunda voz?

Los vientos arrebatan
Sus lúgubres lamentos,
Mas no para que lleguen
A oidos de piedad;
Los llevan para ahogarlos
En medio de los vientos,
Para aumentar con ellos
La horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;
En vano el ojo anhela
La luz hallar lejana
De un astro tutelar;
Tinieblas ve tan solo;
Ni un astro, ni una vela
Por el nublado cielo,
Por el furioso mar.

¿Adonde está, hácia dónde
La abandonada orilla?
¿Adonde la esperanza
Que nos lanzó á salir
De la segura playa?
¡Ay mísera barquilla,
Ya Dios tan solo sabe
Cuál es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio!
¡El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio,
Llamando paraiso
Lo que es un arenal.

Así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mar de su pasion,
Batida de los vientos,
De escollos circundada,
En su barquilla frágil
Sin vela y sin timon.

Las viles asechanzas
De su ambicioso hermano
La minan su ventura,
La acechan por do quier.
¿Qué hará, mansa paloma
En garras del milano?
¿Contra el injusto mundo
Qué hará débil mujer?

Un voto (que hizo al cabo
Supersticion impía)
A odiosa la condena
Y eterna reclusion...
Cuando ella enamorada
Lamenta noche y dia
El ídolo perdido
Que adora el corazon.

¿Qué ha sido de Don Cesar?
¿Quién fué, ¡contrario infame!
De la nocturna cita
El miserable autor?
En vano es que le busque,
En vano que le llame,
Acaso las montañas
Son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!
Tremendo era el ruido
Que por las huecas peñas
Crujía sin cesar:
De las descargas recias
El cóncavo estampido
No puede de su mente
Ni oidos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros;
Ha visto los heridos;
Mil veces de la lucha
Oyó la relacion;
No dan los vencedores,
No tienen los vencidos
Noticias del que adora
Su triste corazon.

Las noches pasa enteras
Velando en su ventana,
Los ojos en la selva
Por si le ve llegar;
Y acláranse las sombras,
Y apunta la mañana,
Y á quien aguarda ansiosa
No llega á su pesar.

Si la ama cuando sabe
Que abandonada queda,
Cuando su amor oculto
Tal vez le confesó,
¿Será que desprenderse
De sus promesas pueda?
¿Será que solo quiso
Escarmentarla? ah, no.

Que oyó las decididas
Palabras generosas
Que dirigió á Don Carlos
De su ventana al pié.
Cuando dejar ansiando
Sus cuevas montañosas,
Pidió su mano en prenda
De su futura fe.

Y así camina á ciegas
La niña enamorada,
Así Beatriz navega
El mal de su pasion,
Batida de los vientos,
De escollos circundada
Su mísera barquilla
Sin vela y sin timon.

¡Tal es de las pasiones
El lóbrego misterio,
El mar desconocido
De nuestra suerte tal!
Amor nos lleva á ciegas
Por su escabroso imperio,
Y llama paraiso
Lo que es un arenal.

XI.

Al cabo de unos dias en la estancia
De la triste Beatriz, Carlos entró,
Severo el gesto, pálido el semblante
Y alegre el corazon.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
Remeda con hipócrita esterior,
Recóndito placer mora en su alma,
Colmando su traicion.

Con gesto frio, con desden altivo,
Que muestra que le infunde solo horror,
Y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

Y él en pié en la mitad del aposento,
Ella hundida en el cóncavo sillon,
Entre el hermano y la infeliz hermana
Tal plática cruzó.

D. Carlos. Ya ves que el tiempo se pasa,
Y dice el doctor que ya
Tu salud completa está.
¿Qué hacemos en esta casa?
Beatriz. No disimules, hermano,
Lo que pretendes de mí,
Que estoy hecha á ver en tí
Mas que un amigo un tirano.

D. Carlos. ¡En mí, Beatriz! ¿qué razon?
Beatriz. Deja esa humildad, que es vana
Para quien de esa ventana
Oyó una conversacion.
D. Carlos. ¡Qué dices!
Beatriz. Lo cierto digo:
Ha de ser monja, dijiste,
Pese á quien pese.
D. Carlos. ¿Lo oiste
Tú?
Beatriz. Sí, por ese postigo.
D. Carlos. Pues bien, ya no hay disimulo,
Pues lo oiste eso ha de ser;
Que tú no te has de oponer
Al santo voto calculo.
Beatriz. Mucho me abrieron los ojos
Sus razones, y por eso
Que siento en mí te confieso
De no ir al convento antojos.
D. Carlos. ¿Qué es lo que hablas, Beatriz?
Beatriz. Joven y hermosa, á mi ver
Me figuro que he de ser
En el mundo mas feliz.
Justo es consagrarse á Dios
Con un corazon leal,
Pero se parte muy mal
Un corazon entre dos.
D. Carlos. ¡Le amas! infame.
Beatriz. Sí, le amo.
Desque vi tu falsedad,
De su amor mi voluntad
Escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentacion
Y en mi resistir no cabe,
Mas Dios es benigno, y sabe
Que hizo flaco al corazon.
Un vértigo irresistible
Mi mente débil trastorna,
Y en otra mujer me torna
Un talisman invisible.
Amparo en mi duelo imploro,
Mas en alas del deseo
Por todas partes le veo,
En todas partes le adoro.
D. Carlos. ¡Oh vil corazon de tierra,
Que consagrado al altar
No quieres impío ahogar
El amor que en tí se encierra!
¿Sabes que el convento es
Tu fatalidad, tu sino?
Es el único camino
Que te se abre ante los piés.
Cuantos mundanales lazos
Le interpongas ¡insensata!
Ese poder los desata,
Sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues, del mundo en pos,
Mas mira, necia muger,
Como se muestra el poder
Y la voluntad de Dios.

Y así Carlos diciendo, unos papeles
A Beatriz atónita entregó,
Y al recibirlos su abrasada mano
Tembló y su corazon.
Asaltóla fatal presentimiento,
Y una ojeada veloz
Echando á los papeles, la sentencia
Del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel
Fué sepultado y condenado en pos,
Y en el dia siguiente ser debia
Puesto en manos del fiero ejecutor.

—

Los ojos á la fecha del impreso
La desolada Beatriz tendió,
Y desplomóse en tierra sin sentido.
La fecha era tres dias anterior.

XII.

Treinta dias despues, una mañana,
En una estrecha celda del convento
Donde estuvo Beatriz, agudo acento
Sonó de una campana.
Y á su cóncavo son estremecidas
Dos personas que habia en su recinto,
En un suspiro lúgubre y distinto
Dieron señal de conservar sus vidas.
Mas de una hora de silencio triste
Dentro del aposento ambas pasaron,
Severo el hombre y la muger llorosa:
Mas de una hora lenta y silenciosa
La campana esperaron.
Una muger y un hombre
Los que aguardaban eran,
Ella en espeso velo
Velar quiere su faz, y desconsuelo,
Y en consecuencia callaré su nombre.
El hombre era un mancebo que embozado
Sin ceremonia alguna hasta los ojos
Mostraba los enojos
Que tal vez le traian acuitado,
En su inquieta mirada
Y en su postura incómoda y forzada.
De la campana al son él fué el primero
Que se alzó de su silla,
Y la faz melancólica, amarilla
De Don Carlos mostró bajo el sombrero.
Fijó en su compañera
Una de sus miradas
Confusas y taimadas,
Entre desconfiada y altanera,
Y con pausada voz y bronco acento

Así la dijo, y contestóle ella
De grave reflexion tras un momento.

D. Carlos. ¿Con que profesas por fin?
Beatriz. Es la voluntad de Dios.
D. Carlos. Y te sometes con gusto.
Beatriz. Con santa resignacion.
Cuanto estorbarlo pudiera
De delante me quitó,
Abrió bajo de mis plantas
La senda de salvacion,
Y el rumbo de mi destino
Tan claramente marcó,
Que no tuve voluntad
Ni escusa en tal eleccion.
Amor sentí solamente
Por un hombre que murió,
Y por el cual siempre hubiera
Vacilado el corazon.
Tal vez en este momento,
Al elegirme un señor,
Tornárame á él si viviera,
Mas no es dura imposicion
La que de este amor exige
El destino vengador,
Si me condena á vivir
En silencio y oracion,
Rogando por él al cielo
Que mi inocencia miró.
Y esto baste, hermano mio,
De este asunto entre los dos;
Olvido al umbral del claustro
Lo que en el mundo pasó.
Sed, pues, hermano Don Carlos,
En él tan dichoso vos
Como en mi celda encerrada
Ser dichosa espero yo.
Yo os perdono los pesares
De que habeis sido ocasion,
Todo cuanto á mí me toca,
El mal que á él hicisteis, no.
D. Carlos. Fué guerra noble y leal,
Suya la provocacion,
Tuve mas suerte ó mas tino,
Y yo vencí y él cayó.
Beatriz. Callad, hipócrita vil,
Callad, lengua de escorpion,
No le vencisteis cual noble,
Le vencisteis cual traidor.
D. Carlos. ¡Beatriz!
Beatriz. Basta: vendrá un dia
En que á la par él y yo
Os demandemos su muerte
Ante el tribunal de Dios.
D. Carlos. No faltaré á responderos.
Beatriz. Basta, hombre sin corazon;
Quede desde este momento
Todo el mundo entre los dos.
Yo cumplo así de mi madre
El voto, y guardo mi honor,
Y vos cumplis los deseos
De vuestra enorme ambicion.

Y en esto oyéronse pasos
En el largo corredor
Do estaba abierta la celda,
Y entraron en procesion
Con blandones en las manos,
Grande aparato y rumor,
Las monjas con el obispo
Que á la monja apadrinó,
Y el coro de los cantores
Y el padre predicador.
Y tras muchas ceremonias,
Y tras de larga oracion,
Llevaron á Beatriz
Al ara en que profesó.
Nadie preguntó en la iglesia
Si tenia vocacion
Para monja la novicia,
Ni si iba gustosa ó no.
Hubo por oir y ver
Las ceremonias mejor
Alfilerazos de á tercia,
Grita, vaiven y empujon.
Mucha música de orquesta,
Mucho chantre de honda voz,
Muchos chicos, muchos calvos,
Muchos mozos de intencion
Muy profana, y de curiosos
Incomparable monton,
Muchísima irreverencia
Y muchísimo calor.
Y con esta tumultuosa,
Solemne inauguracion,
Vió el pueblo una fiesta mas
Y Beatriz monja quedó.

XIII.

Quedó monja Beatriz, lector querido,
Y aunque triste, tranquila
A su suerte con fe se ha sometido,
Y en ella no vacila.
Los usos del convento
No la molestan ya, ni el abandono
Del claustro apesadúmbrala un momento.
De santa calma y de virtud modelo,
Olvidada del mundo,
Vive esperando en el futuro cielo.
Delicioso y suave, aunque profundo,
Recuerdo de pesar tal vez la acosa,
Y aunque al silencio y la oracion acude,
La sombra de Don Cesar amorosa
No aleja ni sacude
De su mente exaltada y calurosa.

Mas ¡ay! vision de su alma solamente
En su memoria solamente vive,
Solo ella la concibe
Para adorar en ella eternamente.
Mas muerto ya el galan, de su memoria
Por apartar no lucha
Su desdichada historia,
Y de su corazon la voz escucha.
Y en su oracion acaso solitaria,
Tal vez la niña ignora
Si cuando atenta ora
A él ó *por él* dirige su plegaria.
Así pasa la vida
La hermosa Beatriz, á su fortuna
Con calma sometida,
Y al mundo vil sin conservar ninguna
Aficion corrompida.
Y así un dia en el coro,
En hora bien temprana,
Salmos al son del órgano sonoro
Elevaba á la Vírgen soberana,
Y con intensa devocion oia
Los divinos oficios, y los ojos
En el lejano altar fijos tenia,
Cuando como una sombra que evocada
De la tumba saliera,
La figura de un hombre recatada
Cruzó la nave, y rápida mirada
Fijó en los ojos de la monja, y fiera
Convulsion asaltó de la novicia
El corazon medroso;
Y algun atento observador dijera
Que su vista fatal la maleficia.
El hombre misterioso
Se arrodilló del coro ante la reja,
Y aunque vuelto de espaldos, el embozo
Su contorno real mirar no deja,
Muestran que es noble y mozo
La rizada guedeja
Que asoma sobre el cuello,
Y el puño que se alcanza de su espada,
Con primor cincelada,
De su señor en él la cifra y sello.
Los ojos de la monja
Si fuego en vez de luces despidieran
La espalda del incógnito abrasáran,
Y á fe que presto su atencion llamáran
Y á los suyos sus ojos se volvieran.
Inmóvil, afanosa
En batalla interior, mas no espresada,
Mas de una hora mortal la niña hermosa
De hinojos se mantuvo, y su mirada
No se apartó del hombre misterioso
Que oraba ante la reja silencioso.
Mil lisonjeros sueños,
Mil bellas fantasías,
Mil fútiles manías
La mente la asaltaban,
Y el débil corazon la estremecian
Con mentidos delirios halagüeños,
Y los oficios ya se concluian,
Y del coro las monjas se alejaban,
Y el hombre estaba en su lugar de hinojos
Y Beatriz en él fijos los ojos.
De devocion esceso lo juzgaron,
Y la madre abadesa
Dió de no interrumpirla órden espresa,
Y en el coro á Beatriz sola dejaron.
El embozado entonces
Apoyando en las verjas una mano
Para ponerse en pié, dejó profano
Un billete caer sobre la alfombra
Delante de la monja, y la ancha nave
Volvió á cruzar como evocada sombra.
Asió maquinalmente
El billete Beatriz, y aquel parándose
Delante del umbral, desembozándose,
Su faz mostró á la monja de repente.
Dió un grito Beatriz hondo y doliente,
A los hierros del coro abalanzándose;
Mas en el punto mismo,
Levantando el tapiz huyó el incógnito
Cual si sorbido hubiérale el abismo.
¡Con cuánto afan leia
Un momento despues allá en su celda
El billete Beatriz! Y aun no queria
Dar á la realidad asentimiento,
Porque en su pensamiento
La realidad amarga no cabia.
Mil veces le leyó y otras mil veces
Tornó á su negra duda,
Hizo y dijo un monton de insensateces
Sin razon que la acuda.
Ya sin tino reia,
Ya doliente lloraba,
Ya con íntimo afan desesperaba,
Y á voces su destino maldecia
Y la faz se mesaba.
¿Con que vive? decia,
¿Vive! ¡necia de mí! y en este encierro
Mientras él por el siglo me buscaba
Labré mi tumba y preparé mi entierro!
Llámame desleal, pérfida, ingrata
Y de mí se despide.
¡El pesar ó la cólera me mata!
Y parte! y el misterio de su muerte
No explica en su papel... ¡Cielos tiranos,
Con qué estrella nací! ¡cuán dura suerte
Me dan vuestros decretos inhumanos!
Y así Beatriz diciendo,
Y con furia inaudita,
El billete en pedazos esparciendo
En un hondo sitial se precipita,
Contener no pudiendo
La estraña convulsion con que se agita.

—

Mil proyectos insensatos,
Mil ideas de esperanza,
El despecho y la venganza
Ofuscando su razon
La traen al pensamiento,
Y la ira y la amargura,
Y el coraje y la pavura,
La roen el corazon.

Profunda melancolía
A traicion se le devora,
Víbora envenenadora
Que con él ha de acabar,
Y lenta é inextinguible,
Que ni respirar la deja,
Fiebre ardorosa la aqueja
Que se aumenta sin cesar.

Hierve en sus venas la sangre
Sin alivio de un momento,
Acosan su pensamiento
Mil delirios en tropel :
Asaltan su fantasía
Mil imposibles antojos,
Y llanto vierten sus ojos
Mas amargo que la hiel.

Y despues de largas horas
De buscarla en el convento,
La hallaron en su aposento
Casi fuera de razon,
Y temiendo por su vida,
Su palidéz contemplando,
Remedios amontonando
En su torno en confusion.

Las pobres madres atónitas
Con los deseos mejores
Enviaron por sus doctores
Con precisa prontitud;
Mas una sola palabra
De Beatriz no sacaron,
Ni de sus drogas lograron
Probar la oculta virtud.

Los miserables empíricos
No aciertan con su dolencia,
Nadie logrará la ausencia
De su repentino mal;
Y en vano su ciencia apuran,
Sus elíxires destilan
En vano; no, no aniquilan
Aquella fiebre infernal.

¡ Pobre niña ! consumida
Por fuego íntimo y secreto,
Busca en vano un amuleto
Contra tal desolacion ;
Mas en vano los doctores
Con sus brebajes la afligen
Si del mal está el origen
En su ardiente corazon.

¡ Ay ! ¿ qué saben quien su llanto
Ocasiona y sus suspiros,
Ni quien tan fatales giros
A sus desvaríos da ?
« Lejos de mí ! grita á impulso
De su horrible calentura.
¡ Vuestra vista es mi tortura !
¡ Quién de vos me librará !

Lejos de mí ! lejos, lejos !
Fieros espectros con tocas,
Que con hipócritas bocas
Me predicais la virtud,
Y con fraternales manos
Me habeis tejido este traje
Con que mas horrenda baje
Despechada al ataud.

Lejos, dejadme tranquila !
Me estais ahogando... aire dadme,
Abrid las rejas... dejadme
El ambiente respirar... »
Y así Beatriz diciendo
Se desespera y se agita
Con violencia inaudita,
Con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
La debilita y la esténua
Y en un letargo se aténua
De su delirio el ardor,
Y las madres aterradas
Conjuran con oraciones
De sus horrendas visiones
El tropel fascinador.

Mas ¿ quién sabe lo que puede
De una pasion el arrojo ?
Como á impulsos de un antojo
De enfermo que la asaltó,
Pálida como un espectro
A la mañana siguiente
En el coro de repente
Beatriz se presentó.

Hincóse junto á la reja,
Grave devocion fingiendo
Y las miradas tendiendo
Por el templo desde allí,
Y en un pilar apoyado
Con semblante de tristeza
Vió al misterioso embozado
Aunque grave y sobre sí.

¡ Y quién medir osaria
Hasta qué término alcanza

El arrojo y la esperanza
De una rebelde pasion!
Nadie; es un libro cerrado
De quien nadie sabe el uso:
Secretos son que Dios puso
Del hombre en el corazon.

XIV.

Una semana despues,
Y en noche sombría y triste,
Mientras doblaba en la torre
El esquilon de maitines,
Por un callejon estrecho
Y lóbrego, donde límites
Tiene el convento, y do llegan
Las tapias de los jardines,
Ponia un hombre una escala
Sobre ellas, y á que le inviten
Con seña quedó esperando
De aquella escala á servirse.
Favorécele la noche,
Que es tan oscura, que impide,
Que las tinieblas rasgando
Ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
Azota la tierra, y gime
Próxima lluvia anunciando
Con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
Ni un viviente se percibe
Por las calles, ni una luz
Que turbia las ilumine.
Solo á lo lejos se escuchan
Las agudas y sutiles
Notas del canto del gallo,
Y el ronco son que al oirle
Lanzan ladrando los perros
Y que los ecos repiten,
Y no hay en el barrio entero
Quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son estas,
Y que el espíritu afligen,
Porque despiertan los vanos
Sueños que en el alma viven,
Horas en que mil fantasmas
Se levantan invisibles,
Y al rededor nuestro vagan
Y que nuestra fe persiguen
Por ver si logran acaso,
Que la fe nuestra vacile
Con el pavor y el recelo
Que al corazon comuniquen.
Horas medrosas son estas,
Porque siempre las eligen
Los que crímenes proyectan
Para sus juntas y crímenes.
Mas sin pavor ni recelo,
Con ánimo osado y firme,
El de la escala la calle
Con pasos pausados mide.
De cuando en cuando parándose,
Hasta el aliento reprime
Por si oye lo que sin duda
Espera que ha de advertirle.
Mas ni la calma le enoja,
Ni la neblina que sigue
Calando sutil su capa:
Ni en si pueden descubrirle
Piensa, segun lo tranquilo
Que permanece, el repique
Oyendo del esquilon
Y el eco de los maitines,
Que viene á ahogarse en los aires
Que hiende apenas sensible.
Señal cautelosa en esto
Sonó dentro los jardines
Del convento, y de la escala
Empezó el hombre á servirse.
Recogióla desde arriba,
Y comenzando á escurrirse
Del lado opuesto, la calle
Dejó enteramente libre.

—

Y en un retirado asiento,
Escondido entre unos árboles,
Entre sentada y tendida
Una muger triste yace.
Y el hombre que por las tapias
Saltó, á sus piés arrojándose
Así la dice, y así ella
En los brazos estrechándole.

Ella. ¡Con que es verdad que no has muerto!
Él. Solo un hombre tan infame
Como tu hermano pudiera
Tan gran falsedad contarte.
Ella. Mas yo leí tu sentencia.
Él. Sí, pero tres dias antes
Del indulto que el rey quiso,
Como yo esperaba, enviarme.
Ella. ¡Ay necia que le he creido!
Él. Espero que sincerarme
No necesito contigo
De mis hechos ni mi sangre.
Ella. No, Cesar, que los conozco
Desque una noche escuchándote
Os sorprendí en mi ventana,
Pidiendo á Dios que me amases
Como yo te amaba á tí
De verte desde el instante.
D. Cesar. ¡Maldita sea, Beatriz,
Mi fortuna miserable!
Si entonces mi entendimiento

El porvenir penetrase,
No con tu hermano mi tiempo
Pasára en pláticas tales.
El corazon á estocadas
Valiera mas traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre,
Mis hazañas criminales
Como chistes se celebran;
Poseo riquezas grandes
Y un valor tradicional
Que de mucho me precave;
Yo tengo patria y amigos;
Mas, ¿qué todo ello me vale
Si el único bien que anhelo
Es solo el que no me cabe?
¡Ah te engañaron, Beatriz,
Y á mí debieron matarme!

Beatriz. ¡Me aterras, Cesar! ¿Acaso
Mi monjío es mal tan grave
Que no queda medio alguno...?

D. Cesar. ¡Oh, calla inocente! nadie
Puede romper tus cadenas
Con motivo semejante.
Si la voluntad de todos
En este negocio entrase,
Yo lo compusiera en Roma
A costa de mis caudales.
Pero opuesta tu familia
Mas que á tu amor á tu enlace,
Y expuestos de ese Don Carlos
A los ardides cobardes,
Es imposible del todo.

Beatriz. Tú quieres desesperarme;
Tus palabras son efugios
Solo para abandonarme.

D. Cesar. Calla, Beatriz, que me ofendes:
No hay sacrificios capaces
De contener mi ardimiento
Cuando de tu amor se trate.

Beatriz. Pues bien, huyamos de aquí,
Cesar; de este infierno sácame,
Donde sabiendo que vives
Imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,
Sin que mucho tiempo tarde
Me daré muerte, si pronto
No me matan mis pesares.
Sé, Cesar, que son ahora
Mis intentos criminales,
Mas no me culpen á mí
Sino á la suerte implacable.

D. Cesar. Pero y los votos!

Beatriz. Son nulos,
Pues los pronuncié ignorante,
Despechada de perderte,
De la voluntad sin parte.

D. Cesar. Ay Beatriz, todo el mundo
No pudiera, no, aterrarme
Con su justicia impotente,
Ni sus leyes despreciables;
No hay peligros en la tierra
Que me arredren ni me espanten;
Mas creo en el cielo y temo
Contra su ley rebelarme!

Beatriz (*levantándose*). Ya me lo temia,
¡imbécil!
A Dios para siempre, parte!

D. Cesar. Aguarda, Beatriz, escucha.

Beatriz. Ya á espacio podrás hallarme.

D. Cesar. ¿Adonde?

Beatriz. En la eternidad,
A donde voy á esperarte.

D. Cesar. No, vive Dios; despechada
No has de quedar, ni marcharme
Podré yo falso creyéndome,
Ni así enojada dejándote.
Habla, ¿qué quieres? ¿qué exiges?
Los horrendos peñascales
De Córdoba están abiertos:
Si las fronteras distantes;
Si no hay tiempo á otras regiones
Lejanas para llevarte,
Volveré á ser bandolero.
¡Elige, pues, si te place!

Beatriz. Ah, tú eres, sí, te conozco
En tus ofertas leales;
Tú eres, sí, tú eres mi Cesar
Siempre generoso y grande.
Vamos, pues.

D. Cesar. Hoy imposible:
Nuestra fuga que prepare
Deja, ó disponte á morir
Malogrados esos planes
De felicidad futura.

Beatriz. ¿Cuándo, pues?

D. Cesar. Cuando? cuanto antes.

Beatriz. Mañana mismo.

D. Cesar. Mañana.
Yo haré que nada nos falte;
Caballos, oro y amigos
Que las espaldas nos guarden.

Beatriz. A Dios, pues, y hasta mañana,
Que ya las hermanas salen
Del coro, y acaso á mi celda
Vaya alguna á visitarme,
De mi salud cuidadosa.

D. Cesar. Ve, y mañana alerta estate.

Cruzó la monja el jardin,
Y el bandido asegurándose
De la pared por la escala
Volvió á bajar á la calle.
Quedó otra vez en silencio
Todo allí, y volvió á escucharse
En la oscuridad tranquila
El son del agua y del aire.

XV.

Si debe temer al cielo
Quien en nombre suyo jura,
Por un objeto de tierra
Promesa mundana y sucia,
¿Qué no ha de temer quien votos
A faz del cielo pronuncia,
Y temerario los rompe
Y con voluntad segura?
Así los sabios lo dicen,
Y las sacras Escrituras
Cuentan ejemplos que muestran
De Dios la venganza justa.
No hay nadie que á Dios iguale,
Y con ningun ser en suma,
Lo que se le ofrece á Dios
Puede dividirse nunca.

—

Es la apalabrada noche
Para la resuelta fuga
De Beatriz, y la hora
Señalada el reló anuncia.
Don Cesar está en la calle
A la sombra de la única
Puerta que hay en toda ella,
Y entre dos postes oculta.
Beatriz en la misma hora
Con planta medrosa cruza
Del gótico monasterio
Las galerías oscuras.
Su misma accion criminal
Que su conciencia la acusa,
El corazon y la mente
La amedrentan y la turban.
Flaquéanle las rodillas,
Y con la congoja suda,
Y mil temores la asaltan,
Mil diabólicas figuras
Presentándola á los ojos
Que feas sombras la anublan,
Y de medrosas memorias
Recordándola ancha turba.
Una bujía en la mano
Lleva, que apenas alumbra
Sus pasos, porque vacila
Al soplo del aura húmeda,
Y cuyo esplendor escaso
Tragan, consumen y ofuscan
Las gigantes dimensiones
De las estancias que ocupa.
Llegó por fin poco á poco,
A merced de su luz turbia,
Al coro que abandonado
Yace en soledad profunda.
Ante un altar do hay un Cristo
De primorosa escultura,
Una lámpara de plata
Esparce luz moribunda.
Ya sus trémulos reflejos
En muchedumbre confusa,
Cuantos objetos se alcanzan
Se confunden y se ofuscan.
Una llamarada á veces
Todos los mezcla y los junta,
De modo que se recela
Que las bóvedas se hundan:
Y otra llamarada á veces
Con su claridad sulfúrea
Los aleja de tal modo
Que se pierden en la hondura
De la masa de tinieblas
En que los cerca y sepulta.
Fuerza es que á la pobre monja
Respeto y pavor infunda
Tal lugar, y con el miedo
Que sus creencias abulta.
Mas con un violento esfuerzo
Sobre su misma pavura,
Avanzó al medio del coro
Hácia la puerta que busca.
Involuntario respeto,
Fe que el corazon la impulsa
En semejante momento,
Y antigua costumbre justa,
La hicieron arrodillarse
Ante la santa escultura
Del divino Redentor.
Mas ¡cielos! ¡cuál fué su angustia
Cuando al querer levantarse
Sintió que una mano enjuta
La asía por los cabellos.
Y una voz oyó mas ruda,
Mas poderosa que el eco
Que con el trueno retumba,
Que la dijo: «¿Dónde vas?»
Enojada é iracunda.
Cayó Beatriz en tierra,
Sin sentidos que la acudan,
Y apagándose la lámpara,
Todo quedó en sombra muda.

—

Pasaba en tanto la noche,
Y allá en la calle Don Cesar,
Hora tras hora aguardando
Pasaba la antigua seña.
Mas nada en torno se escucha,
Nada en los jardines suena
Mas que el rumor de las ramas
Que agita el viento que arrecia.
La lluvia cae aumentándose
Tan furiosa y tan espesa,
Que aun á pesar del embozo
La faz le azota y le ciega.
Noche de angustia y de duelo,

Terrible noche es aquella
En que hasta los elementos
A sus proyectos atentan.
Por fin, de esperar cansado,
Y viendo ya al alba cerca,
Juzgó que para otra noche
Su fuga la monja deja.
«Mañana volveré, dijo,
En los oficios á verla
Y explicará este misterio
Una carta ó una seña.»
Y así pensando, embozándose
Precavido hasta las cejas,
A abandonar se dispuso
La lóbrega callejuela
Mas al llegar á la esquina
Otro embozado que llega
De la otra parte á doblarla
Casi por la misma acera:
«Quién va?» dijo echando mano
Al estoque.—«Sea quien quiera,
Pasad por vuestro camino,
Que estorbároslo no intenta.
—Yo conozco vuestra voz.
—Y yo conozco la vuestra.
—No me ayuda la memoria
A poder reconocerla.
—Ni á mi tampoco, aunque siento
Que la sangre se me altera
Tan solo con escucharla.
—Mas ¡voto á Dios, tú eres Cesar!
—Y tú Carlos.—Sí.—Defiéndete.
—Y tú tambien, porque acierta
Mi corazon el motivo
Porque en tal sitio te encuentras.
—Por tu hermana solamente
Que te maldice en su celda,
Y que de toda su vida
Te pedirá un dia cuentas.
—No serán mientras yo aliente
Realizadas sus ideas.
—Habla menos y da mas,
Que se agota mi paciencia.
—Ven pues.
—Voy y Dios te ayude,
Que pues nos junta lo aprueba.»

Chocáronse con estrépito
Las hojas en las tinieblas,
Y comenzaron las manos
Donde acabaron las lenguas.
Con ira riñe Don Carlos,
Y con coraje Don Cesar,
Y ambos muestran igual brio
Y entrambos igual destreza.
Ni el uno ni el otro ceden,
Ni pierden un pié de tierra,
Clavados están los dos
Por las plantas á las piedras.
Cansado Don Carlos ya
De ver tan igual pelea,
Todo á un golpe lo aventura
Con cólera manifiesta;
Mas una fiera estocada
Al tirar contra Don Cesar,
Y huyendo este, y dando en vago
Fuésele el cuerpo tras ella.
Y el enemigo que á tiempo
Ventaja tal aprovecha,
Pasóle de parte á parte,
Y dió blasfemando en tierra.
Brotó espumosa la sangre
Por las dos bocas opuestas
Que en la espalda y en el pecho
Dejó el ancho hierro abiertas,
Y el espíritu Don Carlos
Lanzando á la par por ellas,
Quedó en la calle sin vida,
Y huyó vengado Don Cesar.

XVI.

CONCLUSION.

A la mañana siguiente
Y apenas despuntó el sol,
Ya Don Cesar á la puerta
Del convento se apostó:
Y apenas abrió el portero
El claveteado porton,
En un rincon de la iglesia
Cual siempre se colocó.
La hora de los oficios
Vibró lenta en el reló,
Y doblaron las campanas
Con desusado clamor.
Fueron al coro las monjas
Saliendo de dos en dos,
Y colocándose fueron
De un féretro en derredor;
Y en vez de salmos alegres
De los justos en loor,
Los salmos de los difuntos
Cantaron en ronco son.
Sus solícitas miradas
Por todo el coro tendió
Don Cesar, mas quedó al punto
Petrificado de horror.
La sangre cesó en sus venas
De hervir, y en el corazon
Como témpano de hielo
Toda á un tiempo se agolpó.
Espesa niebla en los ojos
Con rápida oscilacion
Le confundió los objetos,

Y al cabo le mareó.
« Es ella ! » dijo espantado,
Y entendiendo con pavor
Todo el horror del suceso,
Ante las verjas cayó !

—

La muerte de Beatriz,
Con religioso temor,
Un hombre al volver en sí
Ya en la cálle le contó.
Y aunque dió á toda la historia
Profana interpretacion,
En ella entendió Don Cesar
El llamamiento de Dios.
Bañado en amargo llanto
A los piés de un confesor
El espantoso relato
Depuso de su pasion.
El amor de Beatriz,
Con el rapto que intentó,
Y la muerte de Don Carlos
Hecha en la noche anterior;
Y traspasada su alma
De hondísima contricion,
A las montañas de Córdoba
Desesperado volvió.
Mas no pensó en habitarlas
Como oculto salteador,
Sino como penitente
Pidiendo al cielo perdon.

UN TESTIGO DE BRONCE,

LEYENDA TRADICIONAL.

PRIMERA PARTE.

—

CAPITULO PRIMERO.

DE CÓMO UN NOBLE MANCEBO, ACOSADO POR UNA PESADILLA, SE DESPERTÓ UNA MAÑANA, BENDIJO A DIOS Y RECIBIÓ UNA CARTA; CUYAS TRES COSAS DAN CONVENIENTE PRINCIPIO A LA PRESENTE LEYENDA.

Un claro sol de junio en el oriente
Comenzaba su curso una mañana,
Sereno y esplendente
El azul del zenit tornando en grana.
Fecundidad lozana
Ostentaba do quier naturaleza
Con la verdura que cubria el prado,
Y con la amarillez que á la corteza
Daba del fruto aun no sazonado,
Y á la espiga del trigo en él sembrado.
A los rayos del sol despertadores
Empezaban los sueltos jilguerillos,
Los mirlos y los pardos ruiseñores
A elevar escondidos en las ramas
Su armoniosa voz: y entre las flores
Empezaban mil varios insectillos
A estender sus alitas de colores.
Naturaleza, en fin, rica y fecunda
Derramaba do quiera
Los preciosos tesoros de que inunda
La terrestre mansion, la primavera,
Que huia ya con rápida carrera.
En medio de este inmenso panorama
De belleza, de luz y de armonía
Que el nuevo sol á iluminar salia,
Y que mundo se llama,
Uno de los mil puntos alumbrados
Es el punto no mas que en este dia,
Por los hechos en ella relatados,
Necesita marcar la historia mia.
Corte entonces severa
De Felipe segundo,
Digna Valladolid entonces era
Del católico Rey dueño del mundo.
La gala y la nobleza,
La virtud y riqueza,
Y la fe de la gente castellana
Encerraba en su seno
Su ancho recinto, que la corte lleno
Tenia con su sólida grandeza.
Sólida, sí, porque Castilla ufana
Podia ver entonces su bandera
Por mil apartadísimos lugares
Tremolar altanera,
Respetada en las tierras y en los mares.
Es verdad que se usaban por entonces,
Y aun andaban en voga
Con los autos de fe y el santo oficio
Las hogueras, los tajos y la soga;
Mas tambien es verdad que astuto el vicio
Burlaba su poder, oculto asilo
En las casas recónditas hallando,
Y adorado y tranquilo
Seguia como siempre prosperando
Y en el mundo reinando:
Pero con la ventaja no pequeña
De que al creyente que en virtud vivia
La torpe desnudez no le ofendia,
Con que hoy el vicio sin pudor se enseña.
Mas volvamos al dia y á la hora
En que Valladolid del sueño alzaba
La frente, y con la luz de nueva aurora
Al afan de la vida se tornaba.
Y como cualquier hecho que se cuente
Se debe de narrar lógicamente,
Las partes de que conste no embrollando,
Inútiles noticias segregando,
De modo que el oyente
Lo entienda desde luego claramente;

Dejaremos aparte
Toda la poblacion, que no hace al arte
De nuestra narracion: y en la persona
Que toma en ella la primera parte
Desde momento tal nos fijaremos
Y la historia de vez comenzaremos.
De una casa, con humos de palacio,
En la ancha calle de Santiago sita,
De un rico camarin en el espacio
Y en un lecho blandísimo se agita
En brazos de penoso horrible sueño
El noble mozo de la casa dueño.
La ropa descompuesta
Tiene á los brazos enrollada y cuello,
Su agitacion mostrando la funesta
Razon oculta de ello.
El no usado desórden del cabello,
El sudor que le inunda la ancha frente,
Los agitados labios que pronuncian
Frases sin ilacion, confusamente,
Que su espíritu acosa fieramente
Pesadilla tenaz bien claro anuncian.
Y aunque á pintar de lo íntimo de un sueño
Las quimeras fantásticas renuncian
Poetas y cuentistas comunmente,
Las que en este bullian tengo empeño
En estender sombría y vagamente
Cual estendiendo se iban en su mente
Las truncadas palabras anudando,
Que el gallardo mancebo que soñaba
Imaginaba con su afan luchando
Que su pesada lengua pronunciaba.
Acerquémonos, pues, hasta su lecho
Y oigamos lo que dice y lo que pasa
Con su imaginacion y allá en su pecho.

«¿Qué es esto? de vapores la atmósfera cargada
»Sobre mi frente pesa: la siento en derredor
»En raudo torbellino rodar arrebatada
»Prensándome las sienes con infernal dolor!
»¿Qué es esto? ¿delirio? ¿qué espíritu horrendo
»Suspenso en los aires me eleva tras sí?
»Mi estrecha garganta se va comprimiendo,
»No veo, no siento, no aliento... ¡ay de mí!
»¿Esto es que el fin de mi existencia toco?
»¿Esto es sin duda que se muere así
»La última idea en el cerebro loco
»Girando en espiral que espira en sí?
»Esto es ¡ay! que arrojado en el viento
»A su nada el espíritu va,
»Y anudado en el último aliento
»Nuestro cuerpo arrebata quizá.
»Sin duda, eso es: y yo espiro
»Rodando en el aire, á la par
»Lanzando el estremo suspiro
»Lanzado sin fin á rodar.
»Sí, voy rodando en el viento,
»Condenado hasta espirar
»Tan horrible movimiento
»A seguir y á no parar.
»Y en giro interminable
»Rodando sin piedad,
»Caeré en la interminable
»Sombría eternidad.
»Se irá enrareciendo
»El aire tal vez,
»Y yo iré cayendo
»Con mas rapidez.
»Cual hoja suelta
»Que lleva el viento
»A cada vuelta
»Voy mas violento:
»Casi no siento
»Como las doy
»Ciego, desmayo
»Ya como el rayo
»Rápido voy.
»Ya no siento
»Como giro;
»Ya no hay viento
»En mi redor.
»No respiro,
»Veo que espiro,
»Ya es mi aliento
»Vago, lento,
»Violento
»Como último
»Estertor.
»Ya ruedo
»Sin tino:
»Ni puedo
»Camino
»Buscar,
»Ni sé
»Si acaso
»Podré
»Mi paso
»Parar.
»Ya vago
»Perdido:
»Su lago
»El olvido
»Me estiende
»Al pié.
»Y en vano
»Me afano;
»No hay tino,
»Ni hay mano
»Que ayuda
»Me dé.
»¡Sin duda
»Caeré!
»Lo creo...
»Lo sé.

»Lo veo...
»Mi sino
»Tal fué!
»Cierto,
»Sí;
»Yerto
»Voy;
»Caí.
»Muerto
»Soy!
»Nada
»Hay
»Aquí.
»¡Ay!
»Fuí.»

Aqui con un esfuerzo repentino,
Hijo de la afanosa agitacion,
Con que tal pesadilla le oprimia
Espantado el mancebo despertó.
De el camarin por el recinto oscuro
Tendió los ojos trémulo, el horror
Del sueño desechar aun no pudiendo
Ni apartar la verdad de la ficcion.
Consigo mismo hablando, y con sus manos
Reconociendo el lecho en derredor:
«¡Jesus! ¿qué es esto? ¿donde estoy, Dios mio?
¿Qué vértigo letal me trastornó?
Mi fatigado cuerpo aun tembloroso
Bañado siento de mortal sudor.
Impetuoso y rugiente torbellino
Creí en verdad que me arrastraba en pos
Por el vacío rápido girando
Cual átomo que arrastra el aquilon.
Hirviente mar de cenagosas ondas
Me esperaba al caer; denso vapor
Me quitaba el aliento y los sentidos...
Di al fin en aquel mar y me sorbió.
La bóveda ondulante de sus aguas
Cerróse sobre mí con lento son,
Y en su bullente inmensidad oscura
La negra eternidad comprendí yo.
Pero soñaba, sí; tocan mis manos
Mi lecho... sueño fué, ¡gracias á Dios!
Era una fatigosa pesadilla
De una noche de estío, y ya pasó.
¿Qué hora será? por las maderas creo
Que percibo del alba el resplandor.
La luz despejará mi fantasía,
La luz serenará mi corazon.»
Esto pensando se envolvió en su bata,
Y en silencio al balcon se dirigió,
De donde viendo la ciudad y el campo
A la primera luz del nuevo sol,
Amanecer y comenzar el dia
Embebido y absorto contempló.
Y á fe que es espectáculo halagüeño
La tierra ver con el primer albor
Y luminarse y despertar, creciendo
De nueva vida el movimiento y son.
¡Y cuán bello es el dia que amanece,
Y que contempla libre del pavor
De su ensueño fatídico el mancebo,
Sonriendo á su plácida impresion:

Vé
Que
Ya
Lento
Violento
Soplo
Blando,
Dando
Va.
Parda
Nube
Tarda
Sube:
Tinta
Roja
Pinta
Y da
Al cielo
Fulgor
Y al suelo
Color.
La niebla
Que puebla
La hueca
Region
Se trueca
Ahogada
En lumbre
Rosada,
Que dora
La cumbre
Del verde
Peñon.
La brisa,
Sonora
Se pierde
Indecisa,
Y suave
Su son
Al ave
Levanta,
Que canta
Canora
La aurora,
Que estensa
Colora
La inmensa
Creacion.
Amanece:
La luz vaga

Segun crece
Desvanece
Los alientos
De vapor
Que la noche
Que ha pasado
Ha dejado
En derredor.
La tierra entera
Saluda al dia
Con la hechicera
Grande armonía,
Que en diferentes
Puros acentos
A su arrebol,
Alzan contentos
Arboles, fuentes,
Aves y vientos
Alborozados
Con los dorados
Rayos nacientes
Del nuevo sol.
Ya entero su disco
Se ve en el espacio:
El valle y el risco,
La choza, el palacio,
La corte, el aprisco
Bañó su esplendor.
Y ardiente cruzando
La reja entreabierta,
Y al hombre llegando
Le dice: «despierta,
Bendice al Señor.»
Por rejas, miradores,
Postigos y terreros,
Sus mil respiraderos
Franquea la ciudad.
Ya parten los obreros,
Ya van los labradores
Y bajan los pastores
Al llano, y los oteros
Do tienen sus labores
O el pasto mas feraz.
Ya por las abiertas rejas
Do quier se ve á las mugeres
Sus domésticos quehaceres
Oficiosas emprender;
Y aumenta el ruido, y se escucha
De los hombres el acento,
Y se estiende el movimiento
De la vida por do quier.
Reflejan al sol los tejados
De fresco rocío mojados;
Inunda las calles la luz:
Caballos y carros que cruzan
Por entre la gran multitud
El polvo al pasar desmenuzan
Doblando el rumor é inquietud.
Ya se vuelve el martillo y la sierra
Y la voz del que vende á escuchar,
Y otra vez desvelada la tierra
El silencio y la calma destierra
Y otro dia comienza á pasar.
Ya en luz el universo resplandece;
La noche entre sus nieblas arrastró
Los sueños con que el alma desvanece,
Y la sangre en las venas enardece,
Y el aliento sofoca, y entumece
Los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño la mente
Del joven delante del dia lanzó,
Y libre y sereno su espíritu siente
Que calma tranquila le dió nuevamente,
Y nueva existencia la luz le inspiró.
Entonces rebosando su pecho en alegría,
Inspiracion cristiana llevando su alma en pos,
Las auras aspirando del sol del nuevo dia,
Los ojos elevando al que su luz envia,
Así esclamó de hinojos ante la luz de Dios:
«Señor, yo te conozco: tu omnipotencia creo:
» Lo mismo en las tinieblas centellear te veo
» Que al estender el alba su espléndido arrebol.
» Tu faz ante mis ojos do quiera resplandece:
» Señor, yo te bendigo cuando la noche crece!
» Señor, yo te bendigo cuando amanece el sol.»

Y arrebatado así por la influencia
De nuestra santa religion cristiana,
Bendecia al Señor su inteligencia,
Rezando su oracion de la mañana.
Que entonces los gallardos caballeros,
Aunque dados á juegos y amoríos,
Y llevando á la cinta los aceros,
Y empeñados en locos desafíos
Del siglo en que vivian á costumbre,
Sabian mantener de igual manera
Las modas de la vana muchedumbre
Y la fe de sus padres verdadera.
Entonces, aunque habia
Protestantes y herejes
Que amenazaban desquiciar un dia
La religion de sus seguros ejes
Por conviccion ó por iluso vicio,
Cada cual en su fe se mantenia,
No desdeñando de ella el ejercicio;
Los ritos de su fe firme siguiendo,
Por su creencia con valor muriendo.
Así fueron los nobles castellanos
De nuestra edad pasada,
Y aunque en sangre tal vez tintas sus manos
Por su Dios y su Rey desenvainada
Ciñeron siempre con honor la espada;
Y en el campo á la par como en el templo
De piedad y valor fueron ejemplo.
Uno de ellos, y tal el joven era

Actor primero que á la escena sale
En esta nuestra historia verdadera,
(Que salva su verdad bien poco vale).
Sangre corre de Vargas y de Osorios
Por sus venas, y heróicas acciones
Le dan mas precio aun que sus blasones,
Aunque merecimientos bien notorios
Los hicieron ganar á sus pasados
De alta virtud y de valor dechados.
Tal era, y á empezar se disponia
De su persona el especial aseo,
Para asistir en hora conveniente
A decoroso empleo
Que en la corte asistia,
Cuando en su cuarto entrando de repente
El page que inmediato le servia,
Puso en sus manos blasonado pliego
Que segun en su sobre prevenia
Debia ser obedecido luego.
Abrióle pues, y visto el contenido,
A su page mandó que le vistiera
Y que á salir con él se dispusiera:
Porque su tio Don Miguel de Osorio,
Alcalde por el Rey de casa y corte,
A las nueve le cita á su juzgado,
Y caso deber ser muy perentorio,
Y mucho es fuerza que á su honor importe
Cuando con prisa tanta es de él llamado.
Con que asiendo su acero,
Requiriendo la capa y el sombrero
Para cualquiera trance apercibido,
De su page seguido,
Salió de su palacio el caballero.

CAPITULO II.

DE LAS AMISTADES QUE SE HICIERON EN CASA DEL ALCALDE DON MIGUEL DE OSORIO.

Es Don Miguel de Osorio un juez muy grave,
Con puntas de altanero,
Preciado de que sabe
Interpretar la ley como el primero.
Juez de grande esperiencia
Y en verdad profundísimo letrado;
A la jurisprudencia
Con el alma entregado,
Y de su profesion enamorado.
Juez íntegro y severo,
Respetado do quier, do quier temido
Por todo el pueblo entero
En quien jurisdiccion le han concedido.
La inquisicion y el Rey en su destreza
Y en su severidad del todo fian
La paz de la ciudad; y no hay cabeza
De enemigo, ladron, vago ú hereje
Que un dia ú otro dia entre sus manos
De verse al cabo asegurado deje.
Sutiles comisiones,
Misteriosas prisiones
Y políticas causas concluidas
Con suma discrecion tiene á montones:
Y sabe él solamente mas secretos,
Y mas ajenas vidas
Confesadas á él, ó sorprendidas
Por él, que los mas anchos y discretos
Confesores tal vez tienen oidas.
Mil veces él en árduas ocasiones
Se encargó voluntario
De causas muy oscuras y enredadas,
Al fin abandonadas
Por otros sapientísimos varones,
Porque contra razon fueran falladas
Con sentencias á ley bien ajustadas.
Pues suele haber culpables
Tan diestros, y tan diestros escribanos,
Que habiendo pruebas casi incontestables
Que les ponen los crímenes palpables
No pueden ser conforme á ley probadas,
Y los reos se van de entre las manos
Contra razon sus causas despachadas,
Aunque segun los códigos humanos.
Mas Don Miguel de Osorio en todas ellas
Con prodigioso estudio y perspicacia
Del misterioso crímen fué las huellas
Siguiendo, y dando al fin con su eficacia
Cabo feliz á la verdad oculta,
Justicia y proteccion al inocente
Y castigo ejemplar al delincuente.
Tal es el juez ante quien es llamado
El gallardo mancebo, su sobrino,
Que hemos visto dejar apresurado
Su casa, enderezando su camino
De su tio al juzgado.
No se hizo esperar mucho el noble mozo,
Y apartando el sombrero y el embozo,
Entrando en el despacho del letrado,
La espresion franca de respeto y gozo
Que á su faz asomó, cambióse en ceño
Otro mancebo al encontrar sentado
Allí con beneplácito del dueño.
Púsose en pié el hallado
Por honra del venido,
Pero si fué el saludo recibido
Por Osorio tal vez, no fué acusado.
Y era sin duda comprendido juego,
Porque el que tal desaire recibiera,
Aunque mostró en su faz de la ira el fuego,
Ni un movimiento mas hizo siquiera:
Y claro se veia
Que ninguno de entrambos se estrañaba
De lo que el otro hacia,
Y que un misterio entre los dos habia.
Todo esto advirtió el juez en el momento,
Y atajando la voz de su sobrino
Que iba á brotar del labio,

La puerta aseguró del aposento.
Y volviendo á tomar en su poltrona
Arrellanado asiento,
Y la toga que envuelve su persona
Sobre sí acomodando,
Con sosegada voz, mas no severa,
A decir comenzó de esta manera:
«Presumo, y lo concibo, caballeros,
Que os es estraña semejante cita,
Y que en mi casa el reunido haberos
Esplicacion para ambos necesita
Despues de lo que entrambos ha pasado,
Y os lo voy á esplicar por de contado.
Antiguas y arraigadas disensiones
En nuestras dos familias heredadas
Han tenido hasta aquí las relaciones
De nuestras dos familias mal paradas.
Nuestros pasados reyes
No se atrevieron á mediar en ellas,
De la nobleza atentos á las leyes
Que hasta aquí permitieron á los nobles
Arreglar á su antojo sus querellas,
O hacer su agravio y sus enojos dobles.
Nuestros padres nacieron
Enemigos: se odiaron
Por tradicion no mas, y se injuriaron
Tenaces, y sin juicio se batieron
Do quier que se encontraron.
Unos á manos de otros sucumbieron,
Y el profundo rencor con que nacieron
A sus hijos legaron.
De nuestras razas, ya ramas postreras
Nosotros tres, tambien hemos guardado
La sinrazon y enemistad enteras.
Con el maldito objeto
De sostener nuestro rencor secreto,
Nuestros padres tan solo se empeñaban
En adiestrarnos en reñir: ponian
Armas en nuestras manos desde niños,
Y al cabo conseguian
Hacer de sus presentes sucesores
Lo que de ellos sus muertos ascendientes,
Unos espadachines imprudentes
Para quien fuese hallar competidores
Casi imposible entre los mas valientes.
Tal en mi juventud yo mismo he sido,
Y tal sois hoy vosotros
Que do hallado os habeis habeis reñido,
Y si vivís se lo debeis á otros.
Mas cansado ya el Rey de que esto dure
Tantas generaciones,
Ordena que se apure
El manantial de tales disensiones.
Su Majestad se mete por padrino
Vuestro, señor Don Juan, y su derecho
Sobre vos, recordando porque os tuvo
En la pila al nacer, y que no dudo
Que respeteis, os da por satisfecho:
Y yo por satisfecho á mi sobrino
Dando á la par, su Majestad unidos
Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.
Quiere que la ciudad juntos os vea,
Y pues nacísteis nobles verdaderos
Y sois en lo demas tan caballeros,
Por vosotros su pueblo nunca crea
Que un odio tan villano capaz sea
Dos nobles de cambiar en bandoleros,
Siempre puestos en trance de pelea.
La Majestad del Rey así lo exige,
La poblacion entera lo desea,
Y á mí con él su Majestad me elige
Mediador y padrino
Competente entre vos y mi sobrino.
Ved, pues, señores, lo que haceis, y el lustre
Recordad del blason de nuestra casa,
Pues si adelante vuestro enojo pasa
Y haceis así que el gusto real se frustre,
El Rey ha de tomarlo tan á pecho
Que os habrá de pesar lo que habreis hecho.»
Así habló el juez, y se quedó esperando.
De alguno de los dos una respuesta
Que su intencion pusiera manifiesta,
Y ellos unos momentos meditando.
Al fin el joven Don German de Osorio,
Dejando su sillon franco y atento,
Tornando á su enemigo, con notorio
Placer le dijo y amistoso acento:
«Contrarios nuestros padres nos hicieron;
Vivimos hasta aquí como enemigos
Porque así sus enojos lo quisieron,
Mas ya que media el Rey y ellos murieron,
Pongo á mi honor y al cielo por testigos
De que depongo aquí mi encono insano;
Mi valor conoceis y mi hidalguía;
Si á vos no os está mal, por parte mia,
Caballero Don Juan, he aquí mi mano.»
El mancebo á quien iba dirigida
Tan generosa oferta, un punto breve
Quedar ante él la permitió estendida,
Como quien á admitirla no se atreve
O duda si ser debe ó no admitida.
Túvola Osorio quieta el mismo punto,
Aunque al ver que en tomarla se dudaba
Cuando él con tal franqueza la alargaba,
Pálido se quedó como un difunto;
Pensando que otra vez al recogerla
En la espada no mas puede ponerla.
Mas Don Juan antes de ello
La suya adelantó, é hidalgamente
Aceptó la amistad de que era prenda.
Y el juez, de entrambos mozos exigiendo
Palabra de cesar en su contienda,
Despidióles á entrambos, prometiendo
Que en muestra del agrado soberano
Admitidos serian aquel dia
En su presencia y á besar su mano.

Y así fué: y el prudente Don Felipe,
Al medio dia, ante la corte entera
Mostró su complacencia á los mancebos,
Y un tanto suavizó su faz severa
Al dar un parabien público y franco
A los amigos nuevos.
Juntos salieron de palacio, y juntos
Mostráronse los dos en varios puntos
De la ciudad, el blanco
Do quiera siendo de los ojos todos,
Recibiendo do quier enhorabuenas
Por el dichoso fin de tantas penas,
De tan vanos rencores dimanadas
Tan largos años á rigor llevadas,
Y de gente tan noble tan ajenas.
En amistosa union así anduvieron
Ambos durante la jornada entera:
Y juntos á un festin se reunieron
Celebrando la paz de esta manera.
La noche que estendia
Su manto de tinieblas por el mundo
Les dividió, espontáneo y profundo
Sentimiento mostrando de alegría
Por la nueva amistad que les unia.
Con lo cual fuése Don German de Osorio
A la casa del juez donde asistia
Las horas de la noche, y una dama
A visitar Don Juan á quien servia.
Mas con el juez á Don German dejemos,
Caro lector, y tras el otro vamos;
Y cuán instables son comprenderemos
Las cosas de la tierra que habitamos
Y el corazon del hombre en quien fiamos.

CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)
Y en una calleja angosta
De las que á dar al Esgueva
Van, y con puentes le cortan,
En una casa que esquina
Hace á dos callejas corvas,
Una hácia la Plaza Vieja
Y hácia las Angustias otra,
Vivia en aquellos tiempos
La hermosura peligrosa
De una morena de veinte,
Dándola una tia sombra.
Nació esta red de las almas
En las quebradas de Ronda,
De una pasion y una sangre
Mixtas de cristiana y mora.
Un capitan mal cristiano
Y una esclava de Mahoma,
Cautiva del capitan,
La dieron ser si no honra.
Y viendo cual fué con ella
La naturaleza pródiga,
Pusiéronla y con justicia
El bello nombre de Aurora.
Aurora fué de las gracias,
Que á porfía unas tras otras
Mostraba segun crecia
En su gallarda persona.
Esbelta como una palma,
Ligera como una corza,
Flexible como una espiga
Que el mas leve viento dobla:
Con dos ojos que á los astros
Con su resplandor enojan;
Con una voz mas que el aura
Simpática y armoniosa,
Y con una alma mas pérfida,
Mas temible y mas traidora
Que los escollos ocultos
De la mar bajo las ondas;
Era la astuta Rondeña
De cuantos mirarla logran
Iman de los corazones
Y corsario de las bolzas.
Dejóla su padre, muerto
En un desafío en Loja,
Con unos cuantos doblones
Una haciendilla bien corta.
Usurpósela un su primo,
Y ella á ver si la recobra
Vino á la corte entre tanto,
Viendo si heredar puede otra.
Mas tan diestra como bella,
Y como hechicera hipócrita,
Ganar se ha sabido fama
De discreta y virtuosa.
Y si sale es solo á misa,
Y embozada y jamás sola.
Si la visitan son siempre
Damas que crédito gozan.
Si la festejan galanes
Con músicas y con rondas;
Si billetes la dirigen,
O la siguen, ó la abordan
En la calle, ó en las gradas
Al salir de la parroquia,
Ella ni el velo levanta,
Ni lee un papel, ni se asoma
A escuchar á la ventana
Los cantares que la entonan.
Su tia es quien los despacha
Despues de veinte y cuatro horas,
Y cuando de quien es él
Con maña oculta se informa.
Mas como han hecho una vida
Tan recogida hasta ahora,
Mas no han llegado á sus puertas

(1) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

Que mozos de barba intonsa,
Estudiantes, militares
De larguisima tizona
Y retorcido bigote,
Muy amigos de camorras,
Muy dados á francachelas
Y fiestas estrepitosas;
Todos de amor tan holgados
Como encogidos de bolsa.
Y esta escondida sirena,
Esta bella Circe incógnita,
Tan recatada del mundo,
Es la dama misteriosa
A quien visita Don Juan
Y á quien Don Juan enamora,
De la encapotada noche
Con el favor de las sombras.
Y lo que ha hecho el tal Don Juan
Para hacerse con la hermosa
Tan buen lugar, y adquirir
Tales derechos, se ignora.
Solo uno de los galanes
Desairados, en la Lonja
Dijo un dia paseando
Que vió á Don Juan á la hora
De anochecer con la tia
Hablar largo rato á solas
A un lado de la plazuela
Do su calle desemboca.
Y que á otro dia la vieja
Compraba galas y joyas
A su sobrina en las tiendas,
Pagando en muy buenas onzas.
El cómo nadie lo sabe,
Lo cierto es que Don Juan goza
De gran favor con la dama
Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
Del dia en que sus discordias
Terminaron de una vez
Osorio y él, y en la propia
Ocasion en que en la casa
Del juez y entre gente docta,
Mantenia Don German
Pláticas no muy sabrosas
Para mozos de sus años,
Mas que mantener le importa,
Pues que las mas de las noches
Acude allí aunque le enojan,
Don Juan en el aposento
Mismo de la encantadora
Rondeña, á sus piés sentado,
Escuchaba de su boca
Dulces palabras de amor,
Y respiraba el aroma
Que de la flor de sus labios
Al abrirles se evapora.
Aunque las que en este punto
Cruzan, á fé que no forman
Tan enamorada plática:
Pues la de su amor acorta
La relacion de sus ódios
Que en amistades se tornan.
Mas sus palabras oigamos
Pues lo permite la historia.

Aurora. ¿Y ese Osorio que dices
Es sobrino del juez del mismo nombre?
D. Juan. Sí, mas con ese ceño,
Aurora, ¿de esa paz qué mal predices?
Aurora. No lo sé, mi Don Juan; pero de ese hombre
Me temo, que te meta en mas empeño,
Con la paz asentada,
Que con la saña y division pasada.
D. Juan. ¿Mas cuál es la razon de tus temores?
Dila si alguna tienes, que me holgára
Conocer la intencion de esos traidores,
Y vive Dios!...
Aurora. Don Juan, no así te azores.
D. Juan. ¡Oh! donde al uno de los dos hallára...
Aurora. Escúchame primero.
D. Juan. Le matára!
Aurora. Yo nada sé, Don Juan, de positivo,
Mas la ocasion de mis sospechas oye,
Y acaso en ellas mi razon apoye
Sólido fundamento:
Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,
Y favores sin cuento,
De tí en mi duelo y orfandad recibo,
Te diré en lo que estriba
El temor que sobrado
Acaso manifiesta mi cuidado
Porque el tuyo tambien despierto viva.
D. Juan. Acaba, en fin, por Dios.
Aurora. Ese mancebo
Osorio con quien paces
Tan repentinas haces
Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,
Y al umbral de esta casa
Vino á parar guiándose por ellas.
Paseó la calle al pié de mis balcones
Alguna noche, y en las altas horas
Me hizo entonar canciones
Y músicas, de amor acusadoras.
Yo le iba á despedir por importuno,
Cuando una noche en medio de su fiesta
De su rondalla interrumpió la orquesta,
Como cortada por azar alguno.
Curiosa de entender lo que pasaba,
Por el postigo me asomé entreabierto,
Y ví que entre los músicos estaba
Con sus rondas el juez, y á su sobrino

Del brazo se llevaba
Y al oido le hablaba;
Y desde aquella noche nunca vino.
Uno de sus ronderos,
Viejo criado de mi anciana tia,
Nos dijo lo que el juez dicho le habia.

D. Juan. Acaba, Aurora ¡qué le dijo, acaba!

Aurora. Que la dama que así galanteaba
Era la dama á quien Don Juan servia.
Mi pleito desde entonces no prospera,
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,
Donde anudando vuestra historia entera,
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera:
Conocieron la dama
Que su enemigo ama,
Y encima de su rastro se pusieron:
Los intereses de ella entorpecieron,
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen
Y acechan, si no es ya que les persiguen,
Por mediacion del Rey la paz pidieron.
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama
Algun misterio entre los dos se trama.
Ellos son dos en su familia, solo
Quedas tú de la tuya, el tio tiene
Gran favor con el Rey, y del Rey viene
La mediacion.... me temo que es un dolo
Que Don Miguel de Osorio te previene.

D. Juan. Ese fuera el azar hasta hoy mas grave,
Pues ellos la amistad solicitaron.

Aurora. Mas si el caso pintaron
De otro modo, ¿quién sabe?
Esto no es mas que suponerlo todo,
Don Juan, mas de esta paz, os lo confieso,
Me estraña mucho la ocasion y el modo.

Y de este fué calculando,
Y trayendo á la memoria
Mil apariencias contrarias
La Andaluza previsora:
Y deste modo Don Juan
En su ánima recelosa
Empezó á sentir que entraba
Lenta la sospecha y sorda.
Vió que de casa del tio
Hasta la de la que adora
Solo median pocas calles
Y esas ademas muy cortas.
Vió que el pleito de la chica
Ventajosa faz no toma
En el despacho de Osorio,
Y poco á poco fué torva
La faz mostrando Don Juan:
La voz espiró en su boca
Poco á poco, y vióse, en fin,
Que mil quimeras que abortan
De su dudoso cerebro
En su corazon se agolpan,
De los sucesos pasados
Despertando las memorias.
Y en semejantes ideas
Su alma embebida y absorta,
A media noche Don Juan
Dejó á la Circe de Ronda,
A pasos lentos cruzando
Por las callejuelas lóbregas
Que rodean de la Antigua
La solitaria parroquia.

SEGUNDA PARTE.

—

La lobreguéz de la noche
Tiene ya con sus tinieblas
Aquella ciudad dormida
Por todas partes envuelta.
Del manto azul de los cielos
Ni un giron percibir dejan
Los vapores que interpuestos
Brotan entre él y la tierra.
Y el murmullo de la vida
Apagado por do quiera,
Todo es calma y todo sombra,
Todo calla, y se ve apenas
Algun farol espirante
Que ante alguna imágen cuelga,
Y el rumor solo se escucha
De las aguas del Esgueva
Que cruzan por la ciudad
Con débil corriente lenta
Por entre los guijos ásperos
Que entorpecen su carrera.
Solo en una de las muchas
Curvas que á trazar le fuerzan
Los edificios que le abren
Paso, con la luz siniestra
De un farol que ante una imágen
Suspendido reverbera,
Se ve un trozo de una calle
Y el rio que la atraviesa.
Un puentecillo de un ojo
Reune dos callejuelas
Que vuelven á dividirse
En cuanto de él se libertan.
La una, solitaria, lóbrega,
Mal empedrada y estrecha,
La parroquia de la Antigua
Casi en su mitad rodea.
Sobre el agua al otro lado
Da otra parte de la iglesia,
Y en el muro que hace cara
Al rio y la calle á medias,
Hay en un nicho una efigie
Del Crucificado puesta

Dentro de un escaparate,
Que entre cristales se cierra;
Y allí es donde está el farol
Que sobre el agua refleja
Un círculo de luz parda
Trazando con su luz trémula.
Y allí es donde á largos pasos
En aquella noche mesma,
Llegando dos embozados
Con diabólica fiereza
Se trabaron á estocadas
En sacrílega contienda.
Y á la luz de aquel farol
Que avisa allí la presencia
Del Hacedor de la vida
Contra las suyas atentan.
Nadie despertando al ruido
De sus cuchilladas recias
Abrió su ventana, nadie
Dando á deshora la vuelta
De galanteo ó tertulia
Llegó al lugar de la escena,
Y no hubo tampoco ronda
Que á dividirles viniera.
Ellos por espacio largo
Continuaron su pelea
Con tenacidad furiosa
Y profana irreverencia.
Al fin se oyó de uno de ellos
La voz que dijo con fuerza:
¡Déjale, déjale! y luego
La del otro que esclamaba:
« ¡Ah traidor, maldito seas! »
A estos dos gritos, que oidos
Sobre el rumor del Esgueva,
Fueron desde el lecho por
El llavero de la iglesia,
Se abrieron de una ventana
Las encajadas maderas,
Y mirando á todas partes
Apareció por entre ellas
Cubierta de un gorro blanco
De aquel hombre la cabeza.
Mas nada debió de ver,
Puesto que á cerrar volviéndolas,
Quedó otra vez en silencio
La calle, el rio y la iglesia.

CAPITULO IV.

POR EL QUE COMPRENDERÁ QUIEN ATENTO LEYERE QUE AQUEL POLVO TRAE ESTE LODO.

Iba Don Miguel de Osorio
En la mañana siguiente
Para empezar sus tareas
A sentarse á su bufete,
Cuando entrándose el portero
Del juzgado de repente,
Dijo: « Perdonad, señor,
Que así atrevido penetre
Sin órden en vuestro cuarto;
Pero el caso es muy urgente. »

El Juez. ¿Qué hay, pues?
El Portero. Un pesar muy grave.
El Juez. ¡Hablad en fin! ¿qué acontece,
¿Qué es ello?
El Portero. Traen el cadáver
De un hombre, y segun parece
Murió en la calle esta noche
Asesinado vilmente.
El Juez. Han cogido al asesino?
El Portero. No, señor.
El Juez. Pues bien: que dejen
Depositado el cadáver
En esa iglesia de enfrente;
Que llamen al escribano;
Que al doctor busquen, y á verle
Pasaremos al momento.
El Portero. ¡Ah señor!
El Juez. ¡Qué mas sucede,
Vive Dios que estais tan trémulo
Y asustado! Si supiéreis
Algo de lo sucedido
Esta noche en esa muerte,
Declarareis y *laus Deo.*
Mas ¿á qué mil diablos vienen
Esas lágrimas ahora?
¿Era el muerto algun pariente
Vuestro?
El Portero. ¡Ay señor, ojalá!
El Juez. Concluyamos, pues, imbécil,
De una vez: que entre la ronda
O quien quier que le trajere.
El Portero. Le trae la vuestra, señor.
El Juez. Que pase, pues.
El Portero. No se atreve
Ninguno á daros tal nueva.
El Juez. Pero ¿qué misterio es este?
Para informarme que un hombre
Ha muerto por mano aleve,
Declarar y entablar de ello
La causa correspondiente,
¿Qué teme nadie de mí?
¿Porqué no han de osar mis gentes
Darme noticia del caso
Que á mi juzgado compete?
El Portero. Señor, porque es conocido
Vuestro el muerto.
El Juez. Y aunque fuese
Mi mejor amigo, soy
Juez, y me imponen las leyes
La de administrarlas justo
Por mas pesar que me cueste.
Con que decidles que pasen,
Y el muerto á la iglesia lleven,

Si es que no se le conoce
Y de familia carece.
El Portero. ¡Ay señor! un noble tio
Tiene no mas.
El Juez. ¡Dios clemente,
Qué horrible luz en mi alma
Habeis hecho que penetre!
Ese muerto...
El Portero. Es Don German.
El Juez. ¡Mi sobrino!
El Portero. ¡Contenedle,
Dios santo!
El Juez. ¿Donde está? ¿dónde?
¡Dios piadoso, sostenme!

Y así Don Miguel de Osorio
Salió descompuestamente
Por sus cámaras gritando
Y sin poder contenerse.
Ya estaba todo el zaguan
Y la escalera de gente
Llenos, en torno del muerto
Que en hombros varios sostienen.
Llegaron al mismo tiempo
Los doctores: é impaciente
El triste juez por saber
Pormenores que apetece,
Entre ira y duelo á pedirles
Empezó públicamente.
Testificó el escribano;
Declararon los corchetes;
Reconocieron los sabios
El cuerpo pausadamente:
Llamóse un maestro de armas
A que declare si puede
Con cuál fué hecha la herida,
Y por lo que afirmar osan
Testigos é inteligentes,
Don German ha sido muerto
Con espada alevemente.
En el izquierdo costado
Una sola herida tiene
Que no pudo recibir
En aquel sitio batiéndose,
Pues que tenia su espada
Empuñada fuertemente.
Luego á traicion le mataron
Por la izquierda acometiéndole,
Mientras con otro reñia
Que le atacaba de frente.
Quién le mató y por qué causa
Es un misterio que envuelven
Las sombras de aquella noche,
Y que descubrir no pueden
Suposiciones ni indicios
Sin que la opinion se arriesgue
De quien suponga ó indique
Lo que en las tinieblas duerme.
Pero Don Miguel de Osorio,
Cuyo pesar no entorpece
Su perspicacia de juez,
Ni su esperiencia le tuerce
Jamás el juicio, en su alma
Una sospecha hervir siente,
Que mas incremento toma
Cuanto mas él la revuelve.
Al fin enjugó las lágrimas
De sus ojos, convenientes
Ordenes dió á sus criados
Para que el cuerpo se entierre
De Don German, y suntuosos
Funerales se celebren;
Y encerrándose en su cuarto
De sus rondas con el jefe,
Hombre de mucha destreza
En rastrear los delincuentes,
Misteriosas instrucciones
Le dió, y pronto despidiéndole,
Sus cuotidianas tareas
Emprendió tranquilamente.
Bien revelaba el semblante
Lo que el corazon padece,
Mas él ahogó sus pesares
Al cumplir con sus deberes.

—

A las nueve de la noche
De esta jornada fatal,
De Aurora en el aposento,
Con ella estaba Don Juan.
Ella en un sillon de brazos,
Él á su pié en un sitial,
Ella como nunca hermosa
Y él como nunca galan,
Trabada amorosa tienen
Conversacion, de la cual
Conviene oir lo que resta
Desde el punto en donde están.

Aurora. Mas, Don Juan, de esa manera
Mis asuntos irán mal.
D. Juan. Ya dejaremos aquí
Quien de ellos pueda cuidar.
Yo soy rico, y yo te adoro:
Ahijado del Rey, me dá
Honras que yo no ambiciono,
Pues que puedo conservar
Con mis rentas y mi brazo
Mi honor y mi libertad.
Un hombre, pues, como yo
Bien en la corte no está:
Si su favor aprovecha
Porque se le han de envidiar,
Y á quien algo le codician
Siempre vive con afan.
Si desperdicia el favor

Que puede fácil lograr,
Porque con quien se le ofrece
Por fin le malquistarán.
Por todas estas razones,
Y otras muchas ademas
Que yo me sé, determino,
Querida Aurora, viajar.
Soy de mi familia el único,
Gracias á Dios; un leal
Y viejo criado hace
Mis haciendas prosperar,
Y quiero que alguien me ayude
A gastar su renta anual.
Ni tengo amigos, ni quiero
A vagos alimentar:
Mas no me siento hácia el oro
Aún con desprecio tal
Que le renuncie y sea monge,
O que se lo quiera dar
A los pobres, que son gente
Que no lo agradecerá,
Pues pienso ejercer primero
Sobre mí mi caridad.
Ahora, bajo este supuesto
Te digo que abandonar
Quiero unos años la corte
Y aun nuestra España quizá.
Viajar solo es diversion
Que poquísimo solaz
Proporciona, y es muy duro
No tener con quien hablar.
Tú eres sola en este mundo.
Aurora. Mi tia.
D. Juan. Es un carcamal
Que necesita reposo,
Y á Ronda se volverá
Con renta que yo la dé
Para ir al sepulcro en paz.
Con que he pensado llevarte
Conmigo, Aurora, en lo cual,
Segun lo que se me alcanza,
Nada al cabo perderás.
Irás hasta donde quieras,
Y do te canses quedar
Te puedes, y desde allí
A España te tornarás;
Puesto que es justo que pague
Ida y vuelta mi caudal.
Aurora. Mas ¿porqué con tanta prisa
El partir determinais?
¿Qué mal estamos aquí?
D. Juan. Ello ha de ser: tú verás,
Pues, lo que mas te conviene,
Porque yo no puedo ya
El fastidio de la corte
Por mas tiempo soportar.
Si yo no vivo á mi antojo
Sin que Rey ni autoridad
A darme venga consejos
Que yo al fin no he de tomar;
Si no dejo este prestado
Carácter de gravedad,
Si no riño, y rondo, y juego
Cual fuere mi voluntad,
Con las rentas que me sobran
Y todo el favor real,
De fastidio y de inaccion
Creo que me he de secar.
Y he aquí que te he hablado
Con franqueza y con verdad
Mi intencion, y en ella estoy
Tan resuelto, y tan tenaz
Voy á mantenerme en ella,
Que de tu amor á pesar
Si seguirme no te place
Por despedido me dá.
Aurora. Pero Don Juan...
D. Juan. Con el alba
Parto.
Aurora. Tal tenacidad
Da á entender que para ello
Razones grandes habrá.
D. Juan. Sí por Dios! la alegre vida
Que llevo, mi mocedad
Aprovechando, los lances
A que mil veces lugar
Dí con juveniles ímpetus
Que no modero jamás,
Sé que han sido consultados
Con el santo Tribunal,
Que un dia ú otro es preciso
Que me venga á amonestar,
Lo cual por mas que sea en valde
Sé que me molestará.

Y aquí iba ya de su plática
El libertino Don Juan,
Cuando dos aldabonadas
La vinieron á turbar
Que asentaron en la puerta
De la casa en donde están.
Abrió el mozo la ventana
Diciendo airado: «¿Quién va?
— La justicia, respondieron.
— Venga la justicia en paz,
Repuso Don Juan: mas ahora
¿Qué negocio aquí la trae?
— Una prision que esta noche
Tiene en vos que ejecutar.
— ¿En mí?
— En vos, y las personas
En cuyo compaña estais.
Abrid, pues, á la justicia
O á las resultas mirad.»
Quitóse de la ventana
Don Juan, y vuelta la faz

A Aurora que sin aliento
Yacía sobre el sofá
Dijo : « En vano es resistir :
Si os teneis de qué acusar
Mirad si hay parte que paso
Franquee á la vecindad,
Mientras que yo los detengo
Mal que pese á Satanás. »
Mas viendo que en vez las dos
De asir con celeridad
De uno ú de otro partido
Se soltaron á llorar,
Dijo : « A mí no me conviene
Contra el santo Tribunal
Hacer armas, porque nada
Pueden contra mí probar. »
Y en la escalera llamando
Al page que con él va,
Mandóle á los que venian
Francas las puertas dejar.
Entró el jefe de las rondas
Del juez Osorio, y el tal,
Al mancebo saludando
Con cortés urbanidad,
Díjole : « Siento teneros,
Siendo quien sois, que tratar
Así, mas daos, señor,
Preso por su Majestad.»
Don Juan que no vió libreas
Del santo Oficio, y á mas
Conoce perfectamente
A quien hablándole está,
Le dijo á su vez con tono
De amenaza : « Meditad
Lo que vais hacer, buen hombre,
Porque si os atropellais
Y una sinrazon conmigo
Cometeis, os va á pesar.
Yo soy noble, y como noble
Dependo de autoridad
Competente á la nobleza,
Y el Rey llevarálo á mal.
— Señor, dentro de un momento
Os podeis justificar
Delante del mismo Rey
Que es quien me ordena así obrar.
— ¿El Rey me manda prender ?
— Por el juzgado especial
Del juez Don Miguel de Osorio.
— En ese caso guiad;
Pero estas damas....
— En tanto
Aseguradas no mas
Quedan, que esteis preso vos,
Pero si por libre os dan,
Mañana mismo con vos
Quedarán en libertad. »
Y esto diciendo, y tomando
El estoque de Don Juan,
Mandó el jefe de la ronda
Una litera acercar
Que dejó de aquella casa
Esperando en el portal,
Y hácia el juzgado volvieron
Sus pasos á enderezar.

CAPITULO V.

EL REY Y DON MIGUEL DE OSORIO.

El Rey. Igual á vos en nobleza
Es, Don Miguel; y el valor
De la estirpe en que ha nacido,
A la en que nacísteis vos
Iguala si no aventaja.
Él su palabra empeñó
Delante ayer de mi corte,
Y no merece el honor
De quien es la torpe mancha
De tan fea inculpacion.
Creedme, Osorio, aquí os ciegan
La cólera y el dolor,
Y os disculpo la osadía
Mirando á vuestra afliccion.
Comprendo bien cómo en ello
El pesar os arrastró,
Y desde el primer momento
En vuestra imaginacion
A Don Juan, contrario vuestro,
Supusísteis el autor
De su muerte : pero de ello
Ni teneis justa razon,
Ni presentais una prueba :
Con que miradlo mejor,
Y pues podeis en justicia,
Y cual sabio diestro sois,
Emprended de este atentado
La justa averiguacion.
Para todo os autorizo,
Y puesto que tambien vos
Sois á par el ofendido,
Sed el juez y el vengador.
Osorio. Señor, no os dí concluyentes
Pruebas, no, teneis razon,
Sé que jamás lograré
Con las que tengo hasta hoy
Convenceros de lo cierto :
Mas considerad, señor,
Que llevo ya muchos años
De juez, y que tengo yo
La esperiencia que me guia
Y me alumbra la razon.
Don Juan es ahijado vuestro;
Su padre siempre os sirvió
Con lealtad, é indulgente
Tal vez con el hijo vos,

No veis á Don Juan como es
Sino como ser debió.
Nació noble, sí, á la sombra
De vuestra real proteccion;
Como á tal honra cumplia
Con esmero se crió,
Mas no olvideis que las gentes
A quienes su educacion
Se fió fueron contrarios
De mi raza, y en su pro
Del noble mozo aguardaban
Mucho bien de su favor.
Por ello tal vez las prendas
De que el Señor le dotó
Por igual no cultivaron;
Y atendiendo al esterior,
Se cuidaron poco ó nada
De su joven corazon.
Porque, aunque sintais oirlo,
Sabedlo al cabo, señor;
Don Juan es un libertino
A quien se disimuló
Atendiendo á que vos érais
Su padrino y protector.
Vos, señor, de su conducta
Nunca habeis visto sino
Su gracia y su gentileza,
Su osadía y su vigor:
Y los que en vos conocian
Hácia él tal predileccion,
Tal vez para daros gusto
Os le pintaron mejor.
Mas yo sé su vida entera,
Y sus secretos me son
Conocidos lo bastante
Para insistir sin temor
De ofender la Majestad
En mi grave acusacion.
El Rey. Osorio, bien pueden ser
Buenas pruebas para vos
Las que para los demas
Solo conjeturas son.
Sé que para osar á tanto
Sin duda que os asistió
Grave causa, y que lo haceis
Tras seria meditacion.
Ya os dije, pues, que os otorgo
Autoridad superior
A la que os compete en esto,
Pero en consideracion
Tened la persona en quien
Echais mancha tan atroz,
Y no obreis contra persona
De quien os respondo yo.
Averiguad, inquirid
Cuanto vuestra prevision
Y vuestra esperiencia alcancen
Justo y recto: pero no
Sin fundamento palpable
Llegueis hasta la prision
De Don Juan, pues siendo vuestro
Contrario, murmurador
El vulgo os lo ha de tildar
Si sale una sinrazon.
Por órden mia á Don Juan
Esta noche se prendió;
Que entre, y en vuestra presencia
Yo mismo declaracion
Le tomaré, y os protesto
Que si un crímen cometió
Tan villano, de las leyes
Caerá en él todo el rigor.

Esto del Rey Don Felipe
En la oculta habitacion
Entre él y el alcalde Osorio
Aquella noche se habló:
Y mientras que en la real cámara
En esta conversacion
Tan hondamente empeñados
Estaban ambos á dos,
En la próxima antesala
Don Juan en calma esperó
A que saliera el alcalde
Para optar al mismo honor.
Y no en valde: en el real nombre
A llamarle el juez salió,
Y con sereno talante
En la regia habitacion,
Delante del mismo juez
Altivo Don Juan entró,
Y á los piés del Rey postrándose
Dijo: «Me dicen, señor,
Que en nombre vuestro me prenden,
Y aunque no sé la razon,
A daros cuenta de mí
Héme aquí pronto, señor.»

—

EL REY, DON JUAN, EL ALCALDE.

El Rey. Don Juan, D. German de Osorio
Murió anoche: en una calle
A la espalda de la Antigua
Hallaron hoy su cadáver;
Y á la enemistad mirando
Que con él tuvísteis antes,
Os acusan de su muerte.
D. Juan. Señor, antes de cuidarme
De mi defensa, os suplico
Que exijais pruebas palpables
Del crímen de que me acusan,
Puesto que si es quien lo hace
Don Miguel de Osorio, tio
Del muerto, no puede parte
Y juez ser en un delito
En que no hay pruebas bastantes.

El Rey. ¿Negais, pues, que fuísteis vos
Quien le mató?
D. Juan. Sincerarme
No necesito, señor,
Segun veo: en semejante
Caso nos pusimos ambos
Mil veces, y siempre iguales
Salimos, dejando en duda
El éxito del combate:
Que ambos éramos valientes,
Y ambos éramos leales.
El Rey. Segun declaran peritos,
Un traidor debió matarle
Por la izquierda, mientras otro
Le atacaba por delante.
D. Juan. Yo jamás he acudido
A traiciones semejantes,
Ni para cita ó pendencia
Llevé en compañía á nadie.
El Rey. Anoche á vuestra posada
Volvísteis, Don Juan, muy tarde.
D. Juan. Puedo probar donde estuve
Hora tras hora.
El Rey. Se sabe
Que hasta las once en la casa
De unas damas os hallásteis
Que en el mismo barrio viven.
D. Juan. Mas fuí despues bien distante
De allí á casa conocida
De todos.
El Rey. Dónde.
D. Juan. A la calle
De Santiago, y á la casa
Del oidor Palomares.
El Rey (*al alcalde*). Que es poco mas ó menos
Frente de la vuestra?
Osorio. Casi
Frente á frente.
D. Juan. Y bien pudísteis
Cuando de ronda os marchásteis
Verme; en su balcon estábamos
Por el calor.
Osorio. No era fácil
Que os distinguiera, la noche
Era muy lóbrega.
El Rey. Tales
Son sus señas, que engañado
Podeis estar vos, alcalde.
Osorio. Señor, bien pudiera ser,
Que todo en lo humano cabe,
Mas no lograis convencerme,
Y no habré de retractarme.
D. Juan. La enemistad que me tiene,
Señor, no puede ocultarse,
Y puede ser que si yo
Su acusador me tornare...
Osorio. Vos mi acusador, ¿de qué?
D. Juan. De lo que á mi me imputásteis.
Osorio (*al Rey*). Señor, oís?
D. Juan. Es sabido
Que debíais heredarle,
Y aunque pasais por ser hombre
De una conducta intachable,
De costumbres muy severas,
De generosidad grande,
Yo tambien pasé por noble,
Sin que hasta hoy se me negase
Valor que está bien probado,
Y me acusais de cobarde:
Perdonad, pues, si os acuso
De avaro, señor alcalde,
Pues las pruebas que alegamos
Ambos á dos son iguales.
El Rey. Ya veis que os devuelve, Osorio,
La acusacion y el ultraje
Con razones de igual peso.
Osorio. Señor, para sincerarme
De esa acusacion tendremos
Pruebas mas incontestables,
Testigos de entero crédito
Y cuentas harto cabales.
Negar, no es probar que es falsa
La acusacion.
D. Juan. Creo en valde
Vuestro empeño, señor juez,
Si testigos que declaren
No teneis, ni prenda, ó rastro
Que me descubra ó delate
Como autor de tal delito.
Fuí su enemigo, las paces
Se hicieron de órden del Rey
Ayer mismo aquí, y ¿quién sabe
Si otro enemigo escondido
Halló ocasion de vengarse,
Dando por cierto que á mí
Su obra habrian de achacarme?
¿De una estocada traidora
Decís, y entre dos matáronle?
Hallad, si podeis, el otro
Que tuvo que acompañarme,
Y si él dice que por mí,
Y mientras yo por delante
Con él reñi, por detras
Él le asesinó cobarde,
Aun faltará que nos prueben
Que yo le dije que obrase
De este modo, ó por su antojo
Dió en vileza semejante.
Porque decir que á un Osorio
Así ha podido matarle
Un solo hombre, dándole á él
Tiempo para prepararse,
Cosa es que creerán no mas
Que mugeres, ó patanes,

Que no conocen por zafios
De las armas los achaques.
El Rey. Alcalde Osorio, bien dice,
Y pues se encontró el cadáver
Con la espada todavía
Empuñada, es indudable
Que sucumbió defendiéndose:
Que solo un hombre matarle
Con golpe tal no ha podido;
Y que siendo en este lance
Necesarios dos, y habiendo
Solo uno, es fuerza que baste
De injustas acusaciones;
Echad, pues, por otra parte,
Y en paz dejad á Don Juan
Que os perdona lo que errásteis.
Osorio. En paz se vaya, señor;
Mas que en su vida no aparte
De la memoria, que yo
He de encontrar al culpable
O he de morir en la empresa
Con que á su alma demande
Si está culpado ó si no,
Porque aunque diez años pasen,
Yo tengo de dar con él
Y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo
Del aposento se sale,
Dejando al Rey y á Don Juan
Bruscamente. « Dispensarle
Debeis, dijo Don Felipe,
Porque sin juicio le trae
El duelo por su sobrino.
Pero es de los mas sagaces
Hombres que existen, Don Juan,
Y al fin es fuerza que indague
La verdad; si la sabeis,
Decidla y será mas fácil
Perdonaros, confesando,
Que cuando el juez os ataje.
—Señor, llegado á tal punto,
Dijo Don Juan, no me cabe
Mas deber para cubrirme
De imputacion tan infame,
Que el de callar y pedir
Pruebas ciertas y legales.
Me acusa, pues que demuestre
Su acusacion, ó el ultraje
Me satisfaga, que en ello
Tan villanamente me hace. »

CAPITULO VI.

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE EL JUEZ ERA HOMBRE QUE LO ENTENDIA.

Terrible y fatigosa
Fué la noche que el juez consigo mismo
Pasó luchando, triste y angustiosa
Pesadilla interior, su ánimo acosa.
Su probada esperiencia,
Su pericia y su gran conocimiento
De los hombres y el mundo,
Han dado á su conciencia
Ciego, íntimo, profundo,
Formal convencimiento
De que solo Don Juan de su sobrino
Pudo ser el incógnito asesino.
Pero por mas que en su agitada mente
Revuelve los indicios y sospechas,
De que asaltada sin cesar la siente,
Conoce que es su fuerza insuficiente
Y que en el aire están fundados y hechas.
Al preguntar el Rey al caballero,
Y al contestar Don Juan á sus preguntas,
Ha comprendido bien su ojo certero
Que tras de su semblante noble y fiero
La astucia y la maldad estaban juntas,
Y que temblaba el corazon culpado
Tras la serena faz del acusado.
« Si del crímen capaz no hubiera sido,
Decia el juez, ¿hubiérale ocurrido
Que otro por ambicion lo que él por ira
Hubiera cometido?
¿La mano de un solo hombre no ha podido
Causar herida tal? ¡Sueño, mentira!
En los lances de un duelo
No hay imposible golpe: no hay certera
Comprension que desmienta ó asegure
Lo que en manos no mas está del cielo.
No... si un hombre bizarro se defiende,
Y un raudo esfuerzo del que triunfo espera
Le falla, ó un tropiezo cualesquiera
Del enemigo ante los piés le tiende,
¿Quién dice que un traidor á salva mano
Si una venganza desleal pretende,
No le asesta á su vez golpe villano
Que al mas perito incomprensible sea
Como él ejecutarle no le vea?
¿Quién es el que asegura
Que al hidalgo en las armas mas maestro,
Acometido en una noche oscura
Por quien si débil mas, siendo mas diestro,
Con una estratagema prevenida,
Conociendo del otro la nobleza
No le puede quitar, por vil destreza,
Con la serenidad la noble vida?
¿Quién afirmar podria
Que el mas noble y valiente caballero,
De cólera embriagado,
Y en el apuro del combate fiero,
Del triunfo con la sed no intentaria
Lo que él mismó á pensarlo á sangre fria
Mirára como bárbaro atentado? »
Y de este modo Osorio discurria
Inventando maneras y ocasiones,

Tomando y desechando á un tiempo mismo
Por buenas y por vanas sus razones.
Revolvia afanado en su memoria
Los recuerdos que inquieta le traia
De su azarosa juventud la historia.
Los azares y golpes de fortuna
Que oyó contar, ó presenció en la guerra,
Que en tiempo antiguo y conquistada tierra
Se vió á hacer obligado
Con el Emperador: y una por una
Las lecciones contaba
Que del maestro en la niñez tomaba,
Y los distintos golpes
Que habia en ellas recibido y dado,
Mas con el golpe matador no daba.
Y al fin, en tal vigilia
Y en tal desasosiego
La aurora le cogió: del lecho fuera
Despechado saltó; vistióse luego,
Y á la calle salió calma buscando
En la frondosidad de la pradera,
Y en el ambiente perfumado y blando
Que deja tras de sí la primavera.
Pálido, distraido,
Sin objeto ni término cruzaba
Las calles y las plazas, absorvido
En la idea fatal que le acosaba.
Bajó del Espolon á las moreras,
Y mil veces cruzó desatinado
Del uno á otro lado,
Hasta que del Pisuerga en las riberas
Se tendió fatigado.
Callado, melancólico y sombrío,
Distraccion no encontrando ni consuelo
En las ondas monotonas del rio,
Tornó los ojos suspirando al cielo.
Y en el diáfano azul que el sol de oriente
Bañaba en resplandor, buscaba en vano
Un rayo que á su mente
Inspirára un impulso soberano.
Y así por largo trecho
Contempló vagamente,
Al son de los latidos de su pecho
Las nubes, que estendiendo lentamente
Sus contornos formados de vapores,
Pasaban impelidas por el viento,
Cambiando de contornos y colores
Y manchando el azul del firmamento.
Y en tanto así que en la inaccion yacía
Pasaba el tiempo y avanzaba el dia.
Mas he aquí que instigado
Por feliz pensamiento repentino
Se levantó agitado:
Y blandiendo la vara con que muestra
La noble autoridad de su destino,
A manera de espada,
Cual á un ser invisible acometiendo,
Marcó lanzando un grito una estocada
En el aire, soltó una carcajada,
Y echó de la ciudad por el camino,
De este modo diciendo:
« Déjeme Dios de su divina mano
Si no cae en la red ese villano. »

Tornó á su casa; entróse en su aposento,
Y el ropon y la vara abandonando,
Hizo que le sirvieran al momento
Traje comun, que sin insignia alguna
De autoridad ni mando
Sobre él no fuera la atencion llamando.
Ciñóse á la cintura
Largo y templado estoque toledano,
Y cambiando del todo su figura,
Tornándose de juez en cortesano,
Con gentil apostura
Y sereno semblante,
Hácia la casa de Don Juan tomando
Las calles adelante,
Llegó á su puerta, y recibido en ella,
Do se hallaba Don Juan, se entró arrogante.

D. Juan. ¿Quién á mi cuarto llega de este modo?
Osorio. Soy yo, señor Don Juan, y en dos palabras
Vais á entenderlo todo.
Anteanoche German murió en la calle
Y á mi se me ha metido en la cabeza
Que nadie mas que vos pudo matalle;
No hay prueba que atestigüe
Del hecho la certeza,
Ni hay modo de que nada se averigüe.
Mas como quier que sea,
Y en vista de que el reo no parece,
Tanto mi duelo y mi coraje crece,
Que yo os vengo á sacar á la pelea.
D. Juan. Señor juez.
Osorio. Señor mio,
Yo tambien soy Osorio; y el postrero
De vuestra raza vos, yo de la mia,
El uno contra el otro en este dia
Nuestro odio y nuestro brio
Mostrando, uno de entrambos de la vida
Es preciso, Don Juan, que se despida.
Con que así sutilezas apartemos
É inútiles escusas,
Y salgamos al campo y acabemos.
Mozo sois y valiente;
Y aunque empieza el cabello
Un poco á encanecer sobre mi frente,
No ha perdido por ello
Mi corazon y brazo la firmeza
Que requiere nuestro odio y mi nobleza.
D. Juan. Miradlo, señor juez, maduramente,

Vos sois quien viene á provocarme al duelo,
Y yo porque ninguno torpemente
Sospeche acaso que me dais recelo,
Y porque sois el agresor, el trance
Admito solamente.

Osorio. Bueno está: protestad lo que quisiéreis
Que yo por satisfecho
Del todo me daré, como os batiéreis,
Y echad la culpa sobre mí de lo hecho.

D. Juan. Ved que os repito, Osorio.

Osorio. Concluyamos:
Si no admitis el duelo no os estrañe
Que do quier que os encuentre
A cuchilladas por cobarde os entre.

D. Juan. ¡Vive Dios!

Osorio. Así os quiero.

D. Juan. Vamos.

Osorio. Vamos.

Y tomando en la calle al caballero
Que primero encontraron por padrino,
Con largo paso y continente fiero
Al campo enderezaron el camino.
Por fuera del Campo Grande,
Y á sombra de las paredes
De su cerca están con brio
Osorio y Don Juan batiéndose.
Es hombre el juez de buen brazo,
Y grande esperiencia tiene
De las armas, y aunque diestro
Es Don Juan, recio y valiente,
El juez le busca las vueltas
Tan sagaz, y le acomete
Con tal prisa, que Don Juan
Con trabajo se defiende.
El padrino que contempla,
En silencio el duelo, teme
Por el mozo, aunque tal vez
Ve en Osorio que no quiere
Quitar á Don Juan la vida
Que ha podido ya dos veces.
Con vigor se baten ambos,
Mas Don Juan terreno pierde,
De tal modo que la espalda
Casi junto al muro tiene.
En aquel trecho del muro
Se abria precisamente
Un postiguillo escusado
Del huerto perteneciente
A los padres capuchinos:
Y allí es á lo que parece
Donde Osorio á su contrario
Quiso llevar diestramente.
El padrino, que á Don Juan
Vió cerca de los dinteles
Del postigo, á tropezar
Próximo si no lo advierte,
Y á caer por un percance
Del terreno, fué á ponerse
De aquel lado porque entrambos
A terreno igual viniesen.
Mas en el instante mismo
En que él empezó á moverse,
Y hácia el lado de Don Juan
Ganó la vuelta, con fuerte
Voz esclamó el diestro juez:
«No le asesines, detente!»
A esta voz volvió Don Juan
Por la derecha, y metiéndole
El juez su espada de pronto
Por el costado al volverse,
Dijo: «Esta fué la estocada
» Que á Don German dió la muerte,
» Y tal se la dísteis solo,
» Aunque hecha entre dos parece.»
Don Juan, al oir al juez
Este hablar tan de repente,
Y la espada por su taza
Asegurada sintiéndose,
Palideció, y sin aliento
Quedó del Osorio enfrente.
Quiso mediar el padrino
Que nada de esto comprende,
Dando por vil el combate
Y acabado malamente;
Mas envainando su estoque
El alcalde, é imponiéndole
Silencio, dijo al mancebo:
«Don Juan, la vida debeisme,
Pues si hago encarnar mi espada
Por ahí os entra la muerte;
Mas solo quise marcaros,
Don Juan, y poner patente
Que esa estocada es la vuestra.
Negadlo ya si pudiéreis.»
Y de esta manera Osorio
Con firme ademan diciéndole,
Dándoles á ambos la espalda
Se alejó de ellos riéndose.

CONCLUSION.

El Rey. Osorio, no os canseis: será posible
Como vos lo decís, mas no indudable
Cual la ley lo requiere:
Y me habeis de encontrar inexorable.

Osorio. Sea, señor, pero de vos apelo....

El Rey. ¿De mí? ¿y á quién?

Osorio. Al tribunal del cielo.
Hay un Dios, cuya ciencia es infinita;
Cuya suma justicia es infalible;
Cuyo castigo el mas sagaz no evita
Y que al justo protege,
Y ante cuyo poder fuerza es que ceje

El humano poder, y en quien confio
Que si aquí la razon está en mi abono
La declare por fin en favor mio.
El Rey. Mas yo no alcanzo....
Osorio. Si Don Juan me jura
Sobre los sacrosantos Evangelios,
Y al lado de la abierta sepultura
De mi sobrino Don German de Osorio,
Que no tuvo en su muerte parte alguna,
Y evoca su cadáver por testigo
En el nombre de Dios, doy por notorio
Que es inocente, y sobre mí tan solo
Como calumniador caiga el castigo.
El Rey. Sea como decís : mas ¡ vive el cielo
Que si jura Don Juan, como os lo digo,
Que morís en vez suya,
Sin que atienda en tal caso mi justicia
Razon alguna que por vos arguya!
Osorio. Acepto la partida,
Señor : mas creo en Dios sinceramente,
Y si Dios me abandona claramente
Perderé, no la fe mas sí la vida.
Porque os juro, señor, que si llegára
A faltarme esta fe solo un momento,
Por no caer en la duda me matára.
El Rey. Pues aprontad lo que haga á vuestro intento
Para que preste ese hombre juramento :
Mas si con prueba tal no da aun certeza,
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales
Despidió el Rey Felipe al juez Osorio :
Y de el juicio de Dios fallo inconcuso
A aquel sangriento caso apeteciendo
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche
Tendió su manto de sombra
Por las animadas calles
De la ciudad bulliciosa,
Cuando de un gótico templo
En una capilla lóbrega
Lentamente se reunian
Hasta unas doce personas.
El obispo diocesano,
Vestido cual la católica
Iglesia requiere en sus
Sacrosantas ceremonias,
Estaba junto á un sepulcro
Sentado en una poltrona,
Y á su izquierda el juez Osorio
Con su golilla y su toga.
Don Juan estaba tambien
Allí, apartado en la sombra
De un ángulo, con altiva
Espresion irreligiosa.
Los demas eran dos pages
Del obispo, y las muy doctas
Personas de dos canónigos,
Y curas de la parroquia.
Pasaron breves momentos
De quietud tan silenciosa
Entre aquellos personajes,
Y el reló marcó la hora
De las siete de la noche :
En cuyo punto con torva
Faz entró el Rey Don Felipe
En la capilla. Con honda
Reverencia saludáronle
Todos, y á todos con corta
Inclinacion de cabeza
Contestando : « ¿Están ya todas
Las cosas dispuestas? dijo, »
Y á un *sí*, de la voz sonora
Del obispo, replicó
El Rey : « Manos á la obra. »
Con la regia dignidad
Que resalta en su persona,
Marcó á cada cual el sitio,
Y obligacion que le toca.
Púsose el obispo en pié;
Alzaron la suelta losa
Del sepulcro que hay en medio
De aquella capilla gótica;
Y descubierto el cadáver
De Don German, por las hojas
De los santos Evangelios
Abriendo un misal, y antorchas
Aproximando á sus páginas,
Con tono que no denota
Ira ni piedad, el Rey
Dijo á Don Juan : « Hoy evoca
» Don Miguel de Osorio el alma
» De este mozo, á quien traidora
» Mano mató, en contra vuestra,
» Porque accion tan alevosa
» Os atribuye : y del cielo
» La justicia protectora,
» Porque muestre si culpado
» Estais ó inocente, invoca.
» Si con una mano puesta
» En las sacrosantas hojas
» De estos santos Evangelios,
» Y en el cadáver la otra,
» Jurais que no fueron ellas
» De su asesinato autoras,
» Y no hay antes un testigo
» Que declare en vuestra contra,
» Quiere Don Miguel de Osorio
» Que recaiga en su persona
» El castigo que las leyes
» Por calumniador le impongan.
» Jurad, pues, señor Don Juan :
» Y de los cielos la cólera
» Invocad contra el culpable
» Que en el misterio se emboza,

»Y el testimonio del cielo,
»Para quien oculta cosa
»No hay en la tierra, que el velo
»De su misterio descorra.»
Dijo el Rey: y dió Don Juan
Un paso adelante, pronta
Obediencia al Rey mostrando
Y la serenidad propia
De quien inocente está:
Tendió una mano á las hojas
Del santo libro, espresion
Dando á su rostro diabólica,
Y estendiendo lentamente
Hácia el cadáver la otra,
Para hablar tomaba aliento,
Cuando recias, secas, cóncavas,
Dos aldabadas se oyeron
Que una mano vigorosa
Dió en la puerta de la iglesia,
Cuyas aldabadas roncas
Ahogaron de las palabras
Los sonidos en su boca.
Por un instantáneo impulso
De una universal zozobra
Interior quedaron todos
Inmóviles, con recóndita
Pavura, esperando ver
Quien llega así á tales horas.
Un page del Rey á poco
Entró con respetuosa
Atencion, yéndose al Rey
Y anunciando la persona
De un embozado, que dice
Que allí su presencia importa
Por testigo de la muerte
De Don Juan. Quedóse atónita
La gente con tal anuncio,
Y una sonrisa sardónica
Contrajo los labios pálidos
De Don Juan, como quien honda
Conviccion tiene de que es
Imposible que deponga
Nadie en esto con verdad,
Por ser aquesta una historia,
Como enredada improbable,
Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla
Un sombrío embozado,
Dijo al Rey Don Felipe de Castilla
Al ataud de Don German llegado:
«Yo fuí el solo testigo
De la muerte de este hombre:
Y que es Don Juan el asesino digo:
Puesto que él no osará de Dios en nombre
Lo contrario jurar aquí conmigo.»
Dijo así el embozado:
Y el son ignoto que su voz produjo
En el pecho espantado
De cuantos allí estaban, desusado
Pavor hondo introdujo.
El anciano prelado,
De agitacion recóndita movido,
Preguntó con acento decidido
A Don Juan, que aterrado
Contemplaba al incógnito embozado:
«¿Jurais ó no?...» y Don Juan en un acceso
De satánico orgullo y osadía,
Tal vez de confianza con esceso,
Sobre el sagrado libro del cristiano
Tendió la abierta mano:
Pero posada apenas la tenia
Sobre aquella evangélica Escritura,
Cuando la mano descarnada y fria
Cuanto inflexible y dura,
Del embozado incógnito sobre ella
De repente cayendo,
Y apartando el embozo,
Hizo exhalar al libertino mozo
Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.
Cayó ante aquel incógnito de hinojos
El mísero Don Juan: y en el testigo
Misterioso y potente
Claváronse á la par todos los ojos,
Y á todos el misterio fué patente.
Aquella en que se envuelve larga capa
No un ser humano tapa:
Cubre solo de bronce una figura,
Emboza solamente una escultura.
Inmóviles, absortos, sin aliento
Mostrando en los semblantes su pavura
Quedaron los presentes un momento
Presa todos de un mismo pensamiento.
Y entonces aquel ser á quien divino
Aliento y ser anima,
Así esclamó con sobrehumano acento:
«Jamás se invoca en vano
El favor de los cielos soberano:
En una calle á mi mansion contigua
Murió German: testigo del villano
Crímen fuí yo: mas véngale mi mano;
Yo soy el Crucifijo de la Antigua.»

Quedó muerto Don Juan: de la capilla
Despareció en un punto la escultura,
Y movido de la alta maravilla
El juez Osorio, abandonó á Castilla
Y murió de un convento en la clausura.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL INDICE.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE FAIN Y THUNOT,
Calle Racine, nº 28, cerca del Odeon.

TESORO DEL PARNASO ESPAÑOL,

Poesías selectas castellanas, desde el tiempo de J. DE MENA hasta nuestros dias, recogidas y ordenadas por M. J. QUINTANA.

A saber : J. DE MENA, el marques DE SANTILLANA, J. MANRIQUE, LUIS DE LEON, F. DE LA TORRE, F. DE HERRERA, F. DE RIOJA, B. DE BALBUENA, P. DE CESPEDES, D. DE MENDOZA, J. DE LA CRUZ, F. DE FIGUEROA, J. DE MONTEMAYOR, GIL POLO, P. DE ESPINOSA, L. B. ARAHONA DE SOTO, V. ESPINEL, J. ARGUIJO, B. DE ALCAZAR, G. DE CETINA, L. MARTIN, L. DE ARGENSOLA, B. DE ARGENSOLA, E. M. DE VILLEGAS, LOPE DE VEGA, J. DE JAUREGUI, L. DE GONGORA, F. DE QUEVEDO, L. ULLOA Y PEREIRA, el príncipe DE ESQUILACHE, F. MANUEL, DUEÑAS, D. MEJIA, A. DE TEJADA, A. MIRA DE AMESCUA, J. LUZAN, el conde DE TORREPALMA, N. F. MORATIN, J. CADALSO, T. DE IRIARTE, F. M. SAMANIEGO, MELENDEZ VALDEZ, G. DE JOVELLANOS, J. IGLESIAS DE LA CASA, J. P. FORMER, N. A. CIENFUEGOS, V. GARCIA DE LA HUERTA, J. PITILLAS, D. GONZALES, L. F. MORATIN, M. DE ARJONA, J. M. ROLDAN, F. DE CASTRO, el conde DE NOROÑA, F. SANCHEZ BARBERO. 1838, 4 tomos contenidos en 1 volúmen en-8 de 600 paginas, en dos columnas, con el retrato de QUINTANA. 10 fr.

TESORO DE LOS POEMAS ESPAÑOLES
EPICOS, SAGRADOS Y BURLESCOS,

Que contiene íntegra La Araucana de Don ALONSO DE ERCILLA, y la coleccion titulada La Musa épica de Don M. J. QUINTANA. La Bética conquistada de JUAN DE LA CUEVA, la Jerusalen conquistada de LOPE DE VEGA, el Bernardo de BALBUENA, el Monserrate de VIRUES, la Cristiada del Padre HOJEDA, la Invencion de la Cruz, por ZARATE; la Caida de Luzbel, por MELENDEZ VALDES; la Inocencia perdida de REINOSO; el Poema heróico de las Necedades y Locuras de Orlando el Enamorado; la Mosquea de J. VILLAVICIOSA; Precedido de una introduccion en que se da una noticia de todos los poemas españoles, por Don EUGENIO DE OCHOA, 1840, 1 gr. vol. in-8 à 2 col., avec le portrait de ERCILLA. 10 fr. *Ce volume fait suite et complète le* TESORO DEL PARNASO ESPAÑOL.

On vend séparément :

ERCILLA. LA ARAUCANA, 1 vol. in-8° avec le portrait, 6 fr.

MARTINEZ DE LA ROSA. LAS POESIAS VARIAS, COMPLETAS.

ZARAGOZA, Poema, etc. — POÉTICA ESPAÑOLA con anotaciones. — APENDICES históricos sobre LA POESÍA DIDACTICA, LA TRAGEDIA, Y LA COMEDIA ESPAÑOLA, 2 tomes en 1 vol. in-8, portr. 10 fr.

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ ZORRILLA,

Precedidas de su biografía por ILDEFONSO OVEJAS, con su retrato, grabado en acero, 1847, 2 gros vol. in-8° à deux colonnes. 19 fr., *ou séparément :*

VOL. 1. **POESIAS COMPLETAS HASTA EL PRESENTE DIA**. 1 vol. in-8 de près de 600 pages à deux colonnes avec le portrait, 10 fr.

Biografía de Don José Zorrilla. — Prólogo. — COMPOSICIONES DIVERSAS : A la memoria desgraciada del jóven literato D. Mariano José de Larra. — A Calderon. — Toledo. — El reloj. — La luna de enero. — A una muger. — Oriental. — A Venecia. — Un recuerdo y un suspiro. — A Don Jacinto de Salas y Quiroga. — A ***. — Oriental. — A la estatua de Cervantes. — Elvira. — La tarde de otoño. — Indecision. — Oriental. — Romance. — A un torreon. — La noche de invierno. — Recuerdos de Toledo. — A mis amigos Don Juan Donoso Cortés y Don Nicomedes Pastor Diaz. — El dia sin sol. — Inconsecuencia. — La torre de Fuensaldaña. — La duda. — Para verdades el tiempo y para justicias Dios. — La Virgen al pié de la Cruz. — Napoleon. — La sorpresa de Zahara, romance de 1841. — A los individuos artistas del liceo. — El amor y el agua. — A la muerte de ***. — La orgía. — El canto de los piratas, traduccion de Victor Hugo. — Oriental. — La plegaria. — La juventud. — La amapola. — La noche y la inspiracion. — Un recuerdo del Arlanza. — A buen juez mejor testigo, tradicion de Toledo. — A Roma. — La noche inquieta, fantasía. — Soledad del campo. — Soneto. — A Blanca. — Oda. — La márgen del arroyo. — Al último rey moro de Granada Boabdil el Chico. — El Velo, traduccion de Victor Hugo. — Vanidad de la vida, fantasía. — Tenacidad. — Honra y vida que se pierden no se cobran, mas se vengan, leyenda. — Soneto. — Tempestad de verano. — Recuerdo á N. P. D. — A la niña C. D. E — A una calavera, fantasía. — Las hojas secas. — Recuerdos de Valladolid, tradicion. — A Blanca. — Cancion. — El crepúsculo de la tarde. — A un águila, oda. — Oriental. — Cancion. — *** — A Mariana, cancion. — Príncipe y rey, romance histórico. — Las dos rosas. — El niño y la maja, fantasía. — Dedicatoria á mi amigo Don Juan Eugenio Hartzenbusch. — El capitan Montoya. — Vigilia. — Gloria y orgullo. — Pereza. — Cadena. — En un album. — Misterio. — Justicias del rey Don Pedro. — Leidos por los actores en el teatro del Príncipe. — A la luna. — Horizontes. — Impresiones de la noche. — Fé. — A España artística, soneto. — Ira de Dios. — El escultor y el duque, cuento. — RECUERDOS Y FANTASÍAS : Introduccion. — Los borceguíes de Enrique segundo, romance. — Oriental. — Una aventura de 1360, romance. — Las estocadas de noche, romance. — El caballero de la buena memoria, leyenda tradicional. — A María, plegaria. — Poco me importa, cancion. — Himno á S. M. la reina Doña Isabel II en sus dias. — A Don Wenceslao Ayguals de Izco, epistola. — A mi amigo Wenceslao Ayguals. — CANTOS DEL TROVADOR : Introduccion. — Leyenda primera. La princesa Doña Luz. — Leyenda segunda. Historia de un Español y dos Francesas. — Leyenda tercera. Margarita la tornera, tradicion. — Leyenda cuarta. — La Pasionaria, cuento

fantástico. — Leyenda quinta. Apuntaciones para un sermon sobre los novísimos, tradicion. — Leyenda sesta. Las píldoras de Salomon, cuento. — VIGILIAS DEL ESTIO. Prospecto. — El talisman, leyenda tradicional. — Dos palabras del autor á Don Carlos Latorre. — El montero de Espinosa, leyenda histórica. — Dos hombres generosos, leyenda oriental. — La azucena silvestre, leyenda religiosa del siglo IX. — El desafío del diablo, leyenda tradicional. — Un testigo de bronce, leyenda tradicional.

VOL. 2. **OBRAS DRAMATICAS, COMPLETAS**. 1 vol. in-8 à deux colonnes, 9 fr.
(*Pour le contenu de ce volume, voir à la page suivante.*)

Nadie ha comprendido mejor su poesía que el mismo Zorrilla con solo entregarse á la espontaneidad de su genio. En esos versos se le ve manifiesto con todas sus bellezas, con todos sus defectos habituales que se reducen á un empeño de voluntad por herir con fuerza la tradicion. No se logra ver el poeta de los siglos pasados; pero es precisamente el poeta del siglo actual. Por eso le ama la España como á un hijo predilecto, por eso es tan popular. Todavía esperamos recorrerá por largo tiempo la senda de gloria que le mostró el destino. (*Galería de Españoles célebres.*)

TESORO DEL TEATRO ESPAÑOL

desde su origen (año de 1356) hasta nuestros dias, arreglado y dividido en cuatro partes, por Don EUGENIO DE OCHOA.

La obra completa forma cinco elegantes volúmenes *en 8° á dos columnas*, impresion muy compacta, adornados con seis retratos grabados en acero. Conteniendo cada página 112 lineas, es evidente que nuestros cinco tomos contienen el valor de sobre veinte tomos regulares. Los 5 tomos. 50 fr. *Ou séparément :*

Tomo primero. — ORÍGENES DEL TEATRO ESPAÑOL, por Don L. F. DE MORATIN. — Noticia de su vida y escritos.—Prólogo. — Discurso histórico. — Catálogo histórico y crítico. — PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES Á LOPE DE VEGA.——RODRIGO DE COTA.—Diálogo.——JUAN DE LA ENCINA. — Égloga. —— ANÓNIMO. — Égloga. —— BARTOLOMÉ DE TORRES NAHARRO. — Comedia himenea. —— LOPE DE RUEDA. —La Carátula. — El Rufian cobarde. — Eufemia. — El Convidado. — Las Aceitunas.— Los Engaños. — Cornudo y contento. — Pagar y no pagar. — Prendas de amor. —— ALONSO DE LA VEGA.—Amor vengado. —— JUAN DE TIMONEDA.—Los Ciegos y el Mozo. — Los Menemnos. —— RODRIGO COTA Y FERNANDO ROJAS.—Celestina. —— GIL VICENTE.—Escena primera de la comedia de Rubena.—El Viudo.—Auto pastoril del Nacimiento.——JUAN DE LA CUEVA. —El Saco de Roma.—El Infamador.——JOAQUIN ROMERO DE CEPEDA.—Comedia Salvage.— Comedia llamada Metamorfosea.——JERÓNIMO BERMUDEZ, conocido por el nombre de ANTONIO DE SILVA.— Nise lastimosa.—Nise laureada.—— TARRAGA.—La Enemiga favorable. —— AGUILAR.—El Mercader amante. —— GUILLEN DE CASTRO. — Los Mal Casados de Valencia. —— MIGUEL DE CERVANTES.—Numancia. — La Entretenida.—La Guarda cuidadosa. — Los dos Habladores.——LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA. —Isabela.——DON ALFONSO VELAZQUEZ DE VELASCO.—El Zeloso. 1 gros vol. in-8° avec 2 portr. 10 fr.

Tomo segundo.— LOPE FELIX DE VEGA CARPIO.—Advertencia del editor.—Noticia de su vida.— Los Milagros del desprecio.— La Esclava de su galan.—El Premio del bien hablar. — El Mayor Imposible.—La Hermosa fea.—Por la puente, Juana.—Al Pasar del arroyo.—El Perro del hortelano. — Las Flores de D. Juan, y Rico y Pobre trocados. — ¡Si no vieran las mugeres! — La Boba para los otros, y discreta para sí.—Las Bizarrías de Belisa.—Lo que ha de ser. — El Molino.— La Dama melindrosa.—Los Locos de Valencia. — El Honrado Hermano. — El Acero de Madrid. — El Nuevo Mundo, descubierto por Cristóval Colon. — Los Enredos de Celauro. 1 gros vol. in-8° portr. 10 fr.

Tomo tercero. — CALDERON. — Resúmen de su vida y exámen de los diferentes géneros de sus composiciones. — La Vida es Sueño.—Casa con dos puertas.—La Devocion de la Cruz.— El Médico de su honra.—A secreto agravio, secreta venganza. — Mañanas de Abril y Mayo. — El mayor monstruo los zelos. — El Alcalde de Zalamea.—La Cisma de Inglaterra.—No siempre lo peor es cierto.— Las Armas de la Hermosura.—Duelos de Amor y Lealtad.—Fieras afemina amor.—Dicha y desdicha del nombre.—El Jardin de Falerina.—El Josef de las mugeres.—El Mágico prodigioso.—Agradecer y no amar.—Hado y divisa. — Los dos Amantes del cielo. — La Niña de Gomez Arias. — *Los autos sacramentales de* — La Cena de Baltasar. — La Nave del Mercader. — La Primer Flor del Carmelo —La Viña del Señor. 1 gros vol. in-8° portrait. 12 fr.

Tomo cuarto. — Discurso preliminar. — TIRSO DE MOLINA. — La Prudencia en la muger. — Don Gil de las Calzas verdes. — El Burlador de Sevilla. — Marta la Piadosa. — MIRA DE MESCUA. — Galan, valiente y discreto. — MONTALVAN. — No hay vida como la honra. — La Toquera vizcaina. — GUEVARA. — Reinar despues de morir. — MORETO. — El Desden con el desden. — El Ricohombre de Alcalá. — El Lindo Don Diego. — ROJAS. — García del Castañar. — Donde hay agravios no hay zelos. — Entre bobos anda el juego. — ALARCON. — La Verdad sospechosa. — Ganar amigos. — Las Paredes oyen. — El Tejedor de Segovia, 1ª y 2ª parte. — MATOS FRAGOSO. — Lorenzo me llamo. — La Dicha por el desprecio. 1 gros vol. in-8° portrait. 10 fr.

Tomo quinto. — Discurso preliminar. — DIAMANTE. — El Honrador de su padre. — LA HOZ. — El Castigo de la miseria. — BELMONTE. — El Diablo predicador. — FELIPE IV. — El Conde de Sex. — LEIBA. — Cuando no se aguarda, y Príncipe tonto. — CUBILLO. — Las Muñecas de Marcela.— FIGUEROA. — Pobreza, Amor y Fortuna. — ZARATE. — Mudarse por mejorarse. —

Candamo. — Por su Rey y por su Dama. — Solis. — El Amor al uso. — Zamora. — El Hechizado por fuerza. — Canizares. — El Dómine Lucas. — El Picarillo en España. — Jovellanos. — El Delincuente honrado. — Huerta. — La Raquel. — Don Ramon de la Cruz. — El Manolo. — Cienfuegos. — Zoraida. — Moratin. — El Sí de las Niñas. — Quintana. — Pelayo. — Martinez de la Rosa. — La Niña en casa. — Gorostiza. — Indulgencia para todos. — Breton de los Herreros. — Muérete y verás. 1 gros vol. in-8° portrait. 10 fr.

OBRAS DE LEANDRO FERNANDEZ DE MORATIN.

COMEDIAS COMPLETAS, El viejo y la Niña; La Comedia nueva ó el café, El Baron; La Mojigata; El sí de las Niñas; La Escuela de los Maridos; El Médico á palos; con el Prólogo y las noticias de la real Academia de la Historia, 1 vol. en-8., retrato, 6 fr.

ORIGENES DEL TEATRO ESPAÑOL, Prólogo. — Discurso histórico. — Catálogo histórico y crítico. — PIEZAS DRAMATICAS ANTERIORES A LOPE DE VEGA. — Rodrigo de Cota : Diálogo. — Juan de la Encina : Égloga. — Anónimo : Égloga. — Bartolomé de Torres Naharro : Comedia himenea. — Lope de Rueda : La Carátula ; El Rufian cobarde ; Eufemia ; El Convidado ; Las Aceitunas ; Los Engaños ; Cornudo y contento ; Pagar y no pagar ; Prendas de amor. — Alonso de la Vega : Amor vengado. — Juan de Timoneda : Los Ciegos y el Mozo ; Los Menemnos. — Rodrigo Cota y Fernando Rojas : Celestina. — Gil Vicente : Escena primera de la comedia de Rubena ; El Viudo ; Auto pastoril del Nacimiento. — Juan de la Cueva : El Saco de Roma ; El Infamador. — Joaquin Romero de Cepeda : Comedia Salvage ; Comedia llamada Metarmorfosea. — Jeronimo Bermudez, conocido por el nombre de Antonio de Silva : Nise lastimosa ; Nise laureada. — Tarraga : La Enemiga favorable. — Aguilar : El Mercader amante. — Guillen de Castro : Los Mal Casados de Valencia. — Miguel de Cervantes : Numancia ; La Entretenida ; La Guarda cuidadosa ; Los dos Habladores. — Lupercio Leonardo de Argensola : Isabela. — Don Alfonso Velazquez de Velasco : El Zeloso, 1 gros vol. in-8° à deux colonnes, avec 2 portraits. 10 fr.

MARTINEZ DE LA ROSA. OBRAS DRAMATICAS,

que contienen : Lo que puede un empleo.—La viuda de Padilla. — La Niña en Casa. — Los zelos infundados.—Morayma. — Edipo.—Aben Humeya, en espagnol et en français.—La Conjuracion de Venecia.—La Boda y el duelo.—El español en Venecia, 1845, 1 vol. in-8 à 2 colonnes, 10 fr.

ZORRILLA. OBRAS DRAMATICAS,

que contienen : Vivir loco y morir mas, drama. — Mas vale llegar á tiempo que rondar un año, comedia. — Ganar perdiendo, comedia. — Cada cual con su razon, comedia. — Lealtad de una muger, comedia. — El zapatero y el rey, drama. — Apoteosis de Calderon de la Barca. — El zapatero y el rey, 2a parte, drama. — El eco del torrente, drama. — Los dos Vireyes, drama. — El molino de Guadalajara, drama. — Sancho García, composicion trágica. — Cain, pirata. — Introduccion al drama, Un año y un dia. — Un año y un dia, drama. — El Caballo del rey don Sancho. — La mejor razon la espada, comedia. — Don Juan Tenorio, drama. — El puñal del Godo, drama. — Sofronia, tragedia. — La oliva y el laurel. — La Copa de marfil. — El Alcalde Ronquillo, drama. Paris, 1847, 1 vol. in-8 à deux colonnes, br., 9 fr.

COLECCION DE PIEZAS ESCOGIDAS
DE LOPE DE VEGA, CALDERON DE LA BARCA, TIRSO DE MOLINA, MORETO, ROJAS, ALARCON, LA HOZ, SOLIS, CAÑIZARES, QUINTANA, SACADAS DEL TESORO DEL TEATRO ESPAÑOL,

Lope de Vega : Los Milagros del desprecio ; Por la puente, Juana ; El Perro del hortelano ; ¡ Si no vieran las mugeres ! — Calderon de la Barca : La Vida es Sueño ; Casa con dos puertas, mala es de guardar ; La Devocion de la Cruz ; El mayor monstruo de los zelos ; La Cena de Baltasar. — Tirso de Molina : El Burlador de Sevilla ; Marta la Piadosa. — Moreto : El Desden con el desden ; El valiente Justiciero. — Rojas : Del Rey Abajo, ninguno ; Donde hay agravios no hay zelos. — Alarcon : La Verdad sospechosa. — La Hoz Mota : El Castigo de la miseria. — Solis : El Amor al uso. — Cañizares : El Domine Lucas. — Quintana : Pelayo ; con una Introduccion por D. E. de Ochoa, 1840, 1 vol. in-8, avec le portrait de Moreto, 10 fr.

TESORO DE NOVELISTAS ESPAÑOLES,
ANTIGUOS Y MODERNOS ;
hecho bajo la direccion y con una introduccion y noticias de don Eugenio de Ochoa,

en tres volúmenes en-8° con 2 retratos 22 fr. 50 c. *Chaque volume se vend séparément* 8 fr.

Vol. I. — El Abenceraje, de Antonio de Villegas (1565). — El Patrañuelo, de Juan de Timoneda (1576). — El Lazarillo de Tormes, y sus fortunas y adversidades, por D. Diego Hurtado de Mendoza (1530), edicion aumentada con la 2da parte por de Luna. — La Pícara Justina, por Fray Andres Perez (1598). — Los Tres Maridos Burlados, de Tirso de Molina (1621).

Vol. II. — La Villana de Pinto, los Primos amantes, dos novelas por J. Perez de Montalvan — El Donado Hablador, por el doctor Gerónimo de Alcala (1624). — El Curioso, y Sabio Alejandro, por Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo. — El Castigo de la Miseria, la Fuerza del Amor, el Juez de su Causa, Tarde llega el desengaño, novelas de Dª María de Zayas. — La Garduña de Sevilla, la Inclinacion española, el Disfrazado, tres novelas, por Alonso de Castillo Solorzano.

Vol. III. — Vida de D. Gregorio Guadaña, por Antonio Enriquez Gomez. — Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor (1646).—El Diablo Cojuelo, de Luis Velez de Guevara. — Novela de los Tres Hermanos, por Francisco Navarrete y Ribera. — Novela del Caballero Invisible (Anónima). — Dia y Noche de Madrid, por Francisco Santos. — Virtud al uso y Mistica á la Moda, por D. F. Afan de Ribera. — La Vengada á su pesar, Ardid de la pobreza, dos novelas por Andres de Prado. — El Hermano indiscreto, Eduardo de Inglaterra, dos novelas por D. Diego de Agreda. — Nadie crea de ligero, por D. B. Mateo Velazquez. — La Muerte del avariente, por D. Andres del Castillo. — No Hay desdicha que no acabe, por un Anónimo. *On vend séparément:*

VIDA DE LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por Diego Hurtado de Mendoza. Nueva edicion aumentada con la 2da parte por H. de Luna. 1847, 1 vol. in-8, portrait. 3 fr. 50 c.

LA PICARA JUSTINA, novela por Fray Andres Lopez. Paris, 1847, 1 vol. in-8, br. 5 fr.

EL DONADO HABLADOR, Vida y Aventuras de Alonzo, mozo de muchos amos, por D. Gerónimo de Alcala. Paris, 1846, 1 vol. in-8, br. 5 fr.

LA GARDUÑA DE SEVILLA, y Anzuelo de las bolsas, por D. Alonzo de Castillo Solorzano 1847, 1 vol in-8. 3 fr 75 c.

VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ, Hombre de buen humor. 1847, 1 vol. in-8. 4 fr. 50 c.

EL DIABLO COJUELO, verdades soñadas, novelas de la otra vida traducidas á estas, con otras novelas 1847, 1 vol. in-18, br. 2 fr. 25 c.

DIA Y NOCHE DE MADRID, discursos de lo mas notable que en él pasa. 1847, 1 vol. in-8, br. 3 fr.

COLECCION DE NOVELAS ESCOGIDAS, compuestas por los mejores ingenios españoles. 1847, 1 vol. in-8, br. 5 fr.

OBRAS COMPLETAS DE CERVANTES.

que contienen: EL QUIJOTE, LAS NOVELAS, LA GALATEA, EL VIAJE AL PARNASO, PERSILES Y SIGISMUNDA, con la vida de Cervantes por Navarrete, 1838-1841, 4 vols. in-8, avec portrait, gravure et fac-simile de l'écriture de Cervantes, 30 fr. *Cada obra se vende por separado:*

—— DON QUIJOTE, con la vida de Cervantes por Navarrete, completo en un tomo en-8, gravure, portrait de Cervantes et fac-simile, 7 fr. 50 c. — El mismo con 12 láminas, 10 fr.

—— NOVELAS EJEMPLARES, de Cervantes: La Gitanilla de Madrid; El Amante liberal; Rinconete y Cortadillo; La Española inglesa; El Licenciado Vidriera; La Fuerza de la sangre; El zeloso Estremeño; La ilustre Fregona; Las dos Doncellas; La señora Cornelia; El casamiento Engañoso; Coloquio de los perros; La Tia fingida. 2 tomos en 1 vol. en-8, 7 fr. 50 c.

—— LA GALATEA, EL VIAJE AL PARNASO, y obras dramáticas, 1841, en 1 vol. en-8, 7fr.50c.

—— LOS TRABAJOS DE PERSILES Y SIGISMUNDA, 1842, 2 tomos en 1 vol. en-8, 7 fr. 50 c.

DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR,

NOVELAS EJEMPLARES Y AMOROSAS, Introduccion; Aventurarse perdiendo; La Burlada Aminta, y venganza del honor; El Castigo de la miseria; El Prevenido engañado; La Fuerza del amor; El Desengañado amado, y premio de la virtud; Al fin se paga todo; El imposible vencido; El Juez de su causa; El Jardin engañoso; La Esclava de su amante; La mas infame venganza; La Inocenzia castigada; El Verdugo de su esposa; Tarde llega el desengaño; Amar solo por vencer; Mal presagio casar lejos; El Traidor contra su sangre; La Perseguida triunfante; Estragos que causa el vicio. Paris, 1847, 1 vol. in-8° br., 7 fr. 50 c.

ALEMAN. VIDA Y HECHOS DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE; O ATALAYA DE LA VIDA HUMANA,

1847, 2 tomes en 1 gros vol. in-8°, portrait, br., 9 fr.

LESAGE. GIL BLAS DE SANTILLANA,

completo en un tomo, 1 vol. en-8, portrait, 6 fr. — El mismo con 12 láminas, 9 fr.

———— **EL BACHILLER DE SALAMANCA; EL OBSERVADOR NOCTURNO**, con **EL DIABLO COJUELO**, de Guevara, y otras novelas por varios autores, 1847, 2 tomes en 1 gros vol. in-8°, portrait. 7 fr. 50 c.

MARTINEZ DE LA ROSA. HERNAN PEREZ DEL PULGAR,

bosquejo histórico, con las hazañas del gran capitan.—**DOÑA ISABEL DE SOLIS, REINA DE GRANADA**, novela histórica. Paris, 1844, 5 tomes contenus en 1 vol. in-8, 9 fr. *On vend séparément:*

—**DOÑA ISABEL DE SOLIS**, novela histórica, 1 vol. in-8°, 6 fr.

TESORO DE HISTORIADORES ESPAÑOLES.

GUERRA DE GRANADA CONTRA LOS MORISCOS, por D. Hurtado de Mendoza. **ESPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS**, por Moncada. **HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUNA**, por Melo, 1840. Les trois ouvrages contenus en 1 vol. in-8, avec les portraits de H. de Mendoza, de Moncada et de Melo réunis dans un très-joli encadrement moresque. 9 fr.

GINES PEREZ DE HYTA. GUERRAS CIVILES DE GRANADA,

1era y 2da parte, 1847, 1 vol. in-8°, 7 fr. 50 c.
(*La seconde partie était devenue excessivement rare.*)

CONDE. HISTORIA DE LA DOMINACION DE LOS ARABES EN ESPAÑA,

sacada de varios manuscritos y memorias arabigas. Paris, 1840, 1 gros vol. in-8 avec plusieurs gravures. 10 fr.

SOLIS. HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO.

Nueva edicion aumentada con un resúmen histórico, desde la rendicion de Méjico hasta el fallecimiento de Hernan Cortes,

ilustrada con nuevas notas por *Don José de la Revilla*, y precedida de la vida de Solis por G. Mayans y Siscar y de un juicio de esta obra. Paris, 1844, 1 vol. in-8, pap. vél. orné des portraits de Solis, Fernand Cortès et Motezuma dans son costume d'empereur, avec le fac-simile de la signature de Fernand Cortès et ses armes. 7 fr. 50 c.

ASCARGORTA. COMPENDIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA,

desde el tiempo mas remoto, continuado hasta la agresion de Napoleon en 1808, para servir de introduccion á la obra de Toreno. 1838. 1 vol. en-8vo. 7 fr. 50 c.

TORENO. HISTORIA DEL LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA,

desde 1808 hasta 1814, por el conde de Toreno, 5 tomes en 3 vols. in-8. 21 fr.

QUINTANA. VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES.

1845, 3 parties en 1 gros vol. in-8, portrait, contenant les 3 vol. de l'édition de Madrid, 10 fr.
On vend séparément la première partie, contenant : Vidas del Cid campeador, Guzman el bueno, Roger de Lauria, El principe de Viana, El gran Capitan, in-8° br. 3 fr. 75 c.

TESORO DE PROSADORES ESPAÑOLES,

Desde la formacion del Romance Castellano (siglo XIII) hasta fines del siglo XVIII, en el que se contiene lo mas selecto del Teatro histórico de la elocuencia española de D. A. Capmani; recogido y ordenado por D. E. de Ochoa.

Le componen los siguientes autores : Lorenzo, Alonso X. J. Manuel, L. de Ayala. M. de Toledo, el marques de Santillana, D. de Gamez, Gomez de Cibdareal, A. de la Torre, P. de Guzman, F. del Pulgar, D. de Valera, la reina católica doña Isabel, L. de Palacios Rubios, P. de Oliva, A. de Guevara, L. Mejia, P. de Rua, Cervantes de Salazar, F. de Villalobos, A. Venegas, Avila y Zuniga, P. Mejia, Florian de Ocampo, J. de Avila, Hurtado de Mendoza, L. de Granada, J. de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, D. de Estella, L. de Leon, Malon de Chaide, F. de Zarate, A. Perez, J. de Siguenza, A. Fuenmayor, D. de Yepes, J. Marquez, M. de Roa, J. de Mariana, M. Aleman, L. de Argensola, Cervantes Saavedra, F. de Moncada, V. de Guevara, Quevedo Villegas, C. Coloma, M. de Melo, Saavedra Fajardo, B. Gracian, E. Nieremberg, A. de Solis, el P. Isla, Mayans y Siscar, J. Cadahalso, el P. Calatayud, J. Vargas y Ponce, J. Viera y Clavijo, Clavijo y Fajardo, Capmani, G. de Jovellanos, J. B. Muñoz, Campomanes, 1840, 1 gros vol. in-8, avec le portrait de D. Alonzo el Sabio. 10 fr.

QUEVEDO. OBRAS SELECTAS en prosa y verso,

Que contiene EN PROSA : Obras serias de varios géneros; Obras jocosas; El sueño de las calaveras; El Alguacil alguacilado; Las zahardas de Pluton: El Mundo por dedentro; El gran Tacaño, etc., etc. — EN POESIA : Las nueva Musas, etc., recogidas y ordenadas por D. E. de Ochoa, con la vida del autor, 1842, 1 gros vol. in-8, portrait. 10 fr.

TESORO DE LAS OBRAS MISTICAS O RELIGIOSAS

DE SANTA TERESA DE JESUS, MALON DE CHAIDE, JUAN DE LA CRUZ, LUIS DE LEON, LUIS DE GRANADA, Y OTROS.

Hecho bajo la direccion y con una introduccion y noticias, de D. EUGENIO DE OCHOA.

3 gros vol. in-8°, 32 fr.

Vol. I. SANTA TERESA DE JESUS: Camino de Perfeccion. — Avisos para sus monjas. — Castillo interior ó las Moradas. — Las dos series de Cartas, etc., con la Vida de la Santa por FRAY DIEGO DE YEPES, 1847, 1 gros vol. in-8° de près de 800 pages, avec un beau portrait de sainte Thérèse, gravé sur acier. 12 fr. *On vend séparément:*

OBRAS ESCOGIDAS DE SANTA TERESA DE JESUS, 1 vol. in-8° avec le portrait. 9 fr.

LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESUS por YEPES, 1847, 1 vol. in-8° avec le portrait. 6 fr.

Vol. II. EL MAESTRO ALEJO DE VENEGAS: Agonías del transito de la muerte. — EL V. MAESTRO JUAN DE AVILA: Exposicion del verso, *Audi, filia, et Vide.* — FRAY LUIS DE GRANADA: Las Meditaciones y la Guia de pecadores. — SAN JUAN DE LA CRUZ: Cartas; Sentencias espirituales; Llama de Amor viva; Poesías. 1847, 1 gros vol. in-8° avec le portrait de Luis de Granada, gravé sur acier. 10 fr.

Vol. III. FRAY DIEGO DE ESTELLA: De la Vanidad del Mundo; Meditaciones. — FRAY LUIZ DE LEON: La Perfecta casada; Poesías. — FRAY PEDRO MALON DE CHAIDE: Tratado de la Magdalena; Sermon de Orígenes. — EL PADRE JUAN EUSEBIO NIEREMBERG: Diferencia entre lo temporal y eterno. — POESIAS ESPIRITUALES de varios autores. 1847, 1 gros vol. in-8° avec le portrait de Luis de Leon, gravé sur acier. 10 fr.

APUNTES PARA UNA BIBLIOTECA DE ESCRITORES ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS en prosa y verso,

Con noticias biográficas, por DON EUGENIO DE OCHOA. 2 gros vol. in-8 de 1400 pag. à une et deux col., avec le port. d'Alb. Lista, 22 fr. *Chaque volume se vend séparément, le premier* 10 fr., *le second* 12 fr. Esta obra contiene lo mas selecto de los autores siguientes.

Tomo primero. — F. AMAT, F. DE LA PUENTE Y APECECHEA, M. DE ARJONA, V.-G. ARNAO, J.-B. ARRIAZA, J. BERMUDEZ DE CASTRO, S. BERMUDEZ DE CASTRO, BRETON DE LOS HERREROS, J. DE BURGOS, S.-E. CALDERON, CONDE DE CAMPO ALANGE, J. DE LA CANAL, T.-J.-G. CARVAJAL, F. DE CASTRO, J. DE CASTRO Y OROZCO, D. CLEMENCIN, J. DONOSO CORTES, A. DURAN, PATRICIO DE LA ESCOSURA, J. ESPRONSCEDA, J. FLORAN, FLOREZ ESTRADA, DUQUE DE FRIAS.

Tomo segundo. — A. ALCALA GALIANO, J.-N. GALLEGO, GARCIA GUTIERREZ, N.-M. GARELI, E. GIL, A. GIL Y ZARATE, J.-E. HARTZENBUSCH, GOMEZ HERMOSILLA, P. DE JERICA, J. DE LARRA, ALB. LISTA, P. MADRAZO, F.-M. MARINA, MARTINEZ DE LA ROSA, DOÑA V. MATURANA, J.-M. MAURY, RAMON DE MESONERO, S. DE MINANO, MARQUES DE MIRAFLORES, J.-J. MORA, MORALES SANTISTEBAN, L.-F. MORATIN, MUSSO Y VALIENTE, M.-F. DE NAVARETE, A. DE OLIVAN, J.-F. PACHECO, N. DIAZ PASTOR, S.-L. PELEGRIN, J. DE PENA Y AGUAYO, M.-J. QUINTANA, F.-J. REINOSO, EL DUQUE DE RIVAS, ROCA DE TOGORES, SALAS Y QUIROGA, V. SALVA, A.-M. SEGOVIA, J. SOMOZA, E. TAPIA, CONDE DE TORENO, TORRES AMAT, V. DE LA VEGA, J. ZORRILLA.

OBRAS COMPLETAS
DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

publicadas por la primera vez en un tamaño en 8vo,

5 volumes in-8, beau caractère, portrait, jolie édition, 45 francs.

ESTAS OBRAS CONTIENEN:

Vol. 1ero. — LAS POESIAS VARIAS, COMPLETAS; ZARAGOZA, Poema, etc. — POÉTICA ESPAÑOLA, con anotaciones. — APENDICES históricos sobre LA POESIA DIDACTICA, LA TRAGEDIA, Y LA COMEDIA ESPAÑOLA, 2 tomes en 1 vol. in-8, portrait, 10 fr.

Vol. 2do. — OBRAS DRAMATICAS que contienen: Lo que puede un empleo, la Viuda de Padilla, la Niña en casa, los Zelos infundados, Morayma, Edipo, Aben Humeya, en espagnol et en français, la Conjuracion de Venecia, la Boda y el Duelo, el Español en Venecia, 1845, 1 vol. in-8 à deux colonnes. 10 fr.

Vol. 3°. — HERNAN PEREZ DEL PULGAR, Bosquejo histórico, con las hazañas del gran Capitan. — DOÑA ISABEL DE SOLIS, REINA DE GRANADA, novela histórica. Paris, 1844, 5 tomes contenus en 1 vol. in-8, avec gravures sur bois, 9 fr. *On vend séparément*

DOÑA ISABEL DE SOLIS, novela histórica. 1 vol. in-8. 6 fr.

Vol. 4° y 5°. — ESPIRITU DEL SIGLO. Paris, 1844, 6 tomes contenus en 2 vol. in-8. 18 fr.

Ce dernier ouvrage est un tableau historique des événements qui se sont passés en Europe, et particulièrement en France, depuis 1790 jusqu'à nos jours.

MARTINEZ DE LA ROSA. OBRAS POÉTICAS que contienen : Poética española, con anotaciones, apendices sobre la poesía didáctica, la poesía épica, la tragedia, la comedia. Zaragoza, poema. La viuda de Padilla, tragedia, con un bosquejo histórico de la Guerra de las comunidades. La Niña en casa y la madre en la mascara, comedia. Morayma, tragedia. Traduccion en versos de la Epistola de Horacio á los Pisones sobre el arte poética; con la exposicion. Edipo, tragedia. Aben Humeya, drame historique. La conjuracion de Venecia año de 1310. Paris, imprenta de J. Didot, 1828 à 1839, 5 gros vol. in-12, br. 30 fr.

MORATIN. OBRAS que contienen sus comedias, traductiones, prosas y poesías. Barcelona, 1835, 1 vol. grand in-8 à deux colonnes, portrait. 10 fr.

ERCILLA. LA ARAUCANA, poema. Paris, 1840, 1 vol. in-8, avec portrait de l'auteur. 6 fr.

VOCABULARIO DE VOCES ANTICUADAS, para facilitar la lectura de los autores españoles anteriores al siglo XV, por D.-T.-A. Sanchez. Paris, 1842, 1 vol. in-18, papier vélin. 3 fr.

CERVANTES. DON QUIJOTE, con la vida de Cervantes por Navarrete en un tomo. Barcelona, 1839, 1 vol. in-8, édit. correcte. *Au lieu de* 7 fr. 50 c., 4 fr. 50 c.

LHERMITE. CLEF DE LA CORRESPONDANCE COMMERCIALE, en anglais, en français et en espagnol. 1846, 1 vol. format carré, à trois colonnes. 5 fr.

BERNARDIN DE SAINT-PIERRE. PABLO Y VIRGINIA. Paris, 1 vol. in-18, fig., br. 1 fr. 50 c.

CHATEAUBRIAND. ATALA Y RENE. Novelas, 1826, 1 vol. in-18, br. 1 fr. 50 c.

CHATEAUBRIAND. Atala y René. — BERNARDIN DE SAINT-PIERRE. Cabaña Indiana y el Café de Surate. Paris, 1 vol. in-18, br. 2 fr.

FENELON. AVENTURAS DE TELEMACO. Paris, 1837, 1 vol. in-12, br. 3 fr. 50 c.

——— El mismo, en francés y español. 2 vol. in-12, br. 7 fr. 50 c.

——— El mismo, en inglés y español. 2 vol. 7 fr. 50 c.

——— El mismo, en seis lenguas, francés, español, inglés, italiano, portugues y aleman. 1837, 1 vol. oblong, cart. 20 fr.

TORRECILLA. EUCOLOGIA ROMANO. Devocionacio completo del piadoso feligres compuesto y arreglado conforme al breviario y misal. 1846, 1 gros vol. in-18 de 900 pages, avec six belles gravures, très-jolie édition. 9 fr.

LIVRES PORTUGAIS.

OS LUSIADAS **POEMA EPICO DE LUIS DE CAMOES**, nova edição, augmentada com a vida d'este poeta, una noticia acerca de Vasco da Gama, as estancias e lições achadas por Manuel de Faria e Souza, as variantes colhidas nas melhores edições, e muitas notas philologicas, historicas, geographicas e mythologicas; por José da Fonseca. Paris 1846, 1 gros vol. in-8, pap. velin, très-belle édit., ornée du portrait de Camoens et de Vasco de Gama. broché : 9 fr.

OBRAS COMPLETAS DE CAMOENS, nova edição correcta e emendada por Barreto Feio e G. Monteiro, 1843, 3 vol. in-8, portrait. 30 fr.

OBRAS COMPLETAS DE GIL VICENTE, nova edição correcta e emendada por Barreto Feio e G. Monteiro, 1843, 3 vol. in-8, br. 21 fr.

PROSAS SELECTAS, ou Escolha dos melhores logares dos auctores portuguezes, por Fonseca. 1837, 1 vol. in-12, br. 4 fr. 50 c.

DICTIONNAIRE COMPLET français-portugais et portugais-français, por Fonseca e Roquete. Paris, 1836-41, 2 très-gros vol. in-8, br. 15 fr.
Chaque volume se vend séparément 7 fr. 50 c.

PARIS, — IMPRIMERIE DE FAIN ET THUNOT, RUE RACINE, 28.

DERNIÈRES PUBLICATIONS EN ESPAGNOL.

TESORO DE NOVELISTAS ESPAÑOLES, ANTIGUOS Y MODERNOS, hecho bajo la direccion y con una introduccion y noticias de don Eugenio de Ochoa, en tres volúmenes en-8°, con 2 retratos. 22 fr. 50 c.

Chaque volume se vend séparément 8 *fr.*

Vol. I. — El Abencerraje, de Antonio de Villegas (1565). — El Patrañuelo, de Juan de Timoneda (1576). — El Lazarillo de Tormes, y sus fortunas y adversidades, por D. Diego Hurtado de Mendoza (1530), edicion aumentada con la 2da parte por de Luna.—La Pícara Justina, por Fray Andres Perez (1598). — Los Tres Maridos Burlados, de Tirso de Molina (1621).

Vol. II. — La Villana de Pinto, los Primos Amantes, dos novelas por J. Perez de Montalvan. — El Donado Hablador, por el doctor Gerónimo de Alcala (1624).—El Curioso y Sabio Alejandro, por Alonso Gerónimo de Salas Barbadillo. — El Castigo de la Miseria, la Fuerza del Amor, el Juez de su Causa, Tarde llega el desengaño, novelas de doña María de Zayas. — La Garduña de Sevilla, por Alonso de Castillo Solorzano; y dos novelas por el mismo autor.

Vol. III. — Vida de D. Gregorio Guadaña, por Antonio Enriquez Gomez. — Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor (1646).—El Diablo Cojuelo, de Luis Velez de Guevara. — Novela de los Tres Hermanos, por Francisco Navarrete y Ribera. — Novela del Caballero Invisible (Anónima).—Dia y Noche de Madrid, por Francisco Santos. — Virtud al uso y Mística á la Moda. Con siete otras novelas compuestas por los mejores ingenios españoles.

OBRAS COMPLETAS DE DON JOSÉ ZORRILLA, precedidas de su biografía por Ildefonso Ovejas, 2 vol. in-8, à deux colonnes, portr. 18 fr.

Chaque volume se vend séparément :

Vol. 1. — Poesías completas hasta el presente dia. 1 gros vol. in-8°. 10 fr.

Vol. 2. — Obras dramáticas completas. 1 vol. in-8°. 9 fr.

OBRAS ESCOGIDAS DE SANTA TERESA DE JESUS, con la vida y una introduccion de D. E. de Ochoa, 1847, 1 vol. in-8, avec un beau portrait de sainte Thérèse. 9 fr.

VIDAS DE ESPAÑOLES CÉLEBRES, por D. M. J. Quintana. 1845, 1 gros vol. in-8, contenant les 3 vol. de l'édition de Madrid. 10 fr.

NOVELAS EJEMPLARES Y AMOROSAS, por Doña Maria de Zayas y Sotomayor. Paris, 1847, 1 vol. in-8, br. 7 fr. 50 c.

(Ce volume contient vingt nouvelles.)

OBRAS COMPLETAS DE MARTINEZ DE LA ROSA, 5 vol. in-8, portrait, 45 fr. *Ou séparément :*

Vol. 1°. — Obras poéticas completas : — Poética española. — Apéndices históricos sobre la poesía didactica, la tragedia y la comedia española, 2 tomes en 1 vol. in-8. 10 fr.

Vol. 2°. — Obras dramaticas completas, 1 vol. in-8 à 2 colonnes. 10 fr.

Vol. 3°. — Hernan Perez del Pulgar. — Doña Isabel de Solis, novelas históricas, 1 vol. in 8. 9 fr. *On vend séparément :* Doña isabel de solis, 1 vol. in-8. 6 fr.

Vol. 4° y 5°. — Espiritu del siglo, 6 tomes contenus en 2 vol. in-8. 18 fr.

COLECCION DE NOVELAS ESCOGIDAS, compuestas por los mejores ingenios españoles; que contiene : La Inclinacion española, El Disfrazado, dos novelas por Castillo Solorzano ; La Vengada á su pesar, Ardid de la pobreza, dos novelas por Andres de Prado ; El Hermano indiscreto, Eduardo de Inglaterra, dos novelas por D. Diego de Agreda ; Nadie crea de ligero, por D. B. Mateo Velazquez ; La Muerte del avariento, por D. Andres del Castillo ; No hay desdicha que no acabe. 1847, 1 vol. in-8°, br. 5 fr.

EL BACHILLER DE SALAMANCA; EL OBSERVADOR NOCTURNO, por Lesage ; **EL DIABLO COJUELO** de Guevara, y otras novelas por varios autores. 1847, 1 gros vol. in-8, portrait. 7 fr. 50 c.

VIDA DE LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES, por Diego Hurtado de Mendoza. Nueva edicion aumentada con la 2da parte por H. de Luna. 1847, 1 vol. in-8, portrait. 3 fr. 50 c.

LA PICARA JUSTINA, novela por Fray Andres Lopez. Paris, 1847, 1 vol. in-8, br. 5 fr.

EL DONADO HABLADOR, Vida y Aventuras de Alonso, mozo de muchos amos, por D. GERÓNIMO DE ALCARA. Paris, 1846, 1 vol. in-8, br. 5 fr.

LA GARDUÑA DE SEVILLA, y Anzuelo de las bolsas, por D. ALONSO DE CASTILLO SOLORZANO. 1847, 1 vol. in-8. 3 fr. 75 c.

VIDA Y HECHOS DE ESTEBANILLO GONZALEZ, Hombre de buen humor. 1847, 1 vol. in-8. 4 fr. 50 c.

DIA Y NOCHE DE MADRID, discursos de lo mas notable que en él pasa. 1847, 1 vol. in-8, br. 3 fr.

EL DIABLO COJUELO, verdades soñadas de la otra vida, traducidas á esta, CON OTRAS NOVELAS por varios autores. 1847, 1 vol. in-18, br. 2 fr. 25 c.

VIDA Y HECHOS DE GUZMAN DE ALFARACHE, por MATEO ALEMAN, 2 tomes en un gros vol. in-8, portrait. 9 fr.

GUERRAS CIVILES DE GRANADA, por GINES PEREZ DE HITA. *Primera y segunda parte*, 1847, 1 vol. in-8. 7 fr. 50 c.

EUCOLOGIO ROMANO. DEVOCIONARIO COMPLETO DEL PIADOSO FELIGRES compuesto y arreglado conforme al breviario y misal, por el doctor FREY D. P. M. TORRECILLA. 1846, 1 gros vol. in-18 de 900 pages, avec six belles gravures, très-jolie édition. 9 fr.

TESORO DE LAS OBRAS MISTICAS O RELIGIOSAS DE SANTA TERESA DE JESUS, MALON DE CHAIDE, JUAN DE LA CRUZ, LUIS DE LEON, LUIS DE GRANADA, Y OTROS.

Hecho bajo la direccion y con una introduccion y noticias, de D. EUGENIO DE OCHOA.
3 gros vol. in-8, qui se vendent séparément.

Vol. 1.—OBRAS DE SANTA TERESA DE JESUS, con su Vida por Fray Diego de Yepes. 1 vol. in-8 avec un beau portrait. 10 fr.

—— La Vida separadamente, 1 vol. in-8 avec le portrait. 6 fr.

Vol. 2-3.—MALON DE CHAIDE, JUAN DE LA CRUZ, FRAY LUIS DE LEON, FRAY LUIS DE GRANADA, y otros. Chacun en 1 vol. in-8 avec portrait. 9 fr.

ESPAÑA LITERARIA, CIENTIFICA, POLITICA Y ARTISTICA. Galería de cien retratos de los poetas, prosadores, pintores, y otros personages distinguidos en las ciencias, en la política, en las armas y en las artes, con noticias históricas y anecdóticas, por D. EUGENIO DE OCHOA. Paris, 1847. Un beau vol. grand in-8, contenant cent portraits gravés sur acier, douze planches, avec entourages, attributs, etc. Ce volume sera mis simultanément en vente en 1847, *en français*, à Paris, et *en espagnol* à Madrid et à Barcelone.

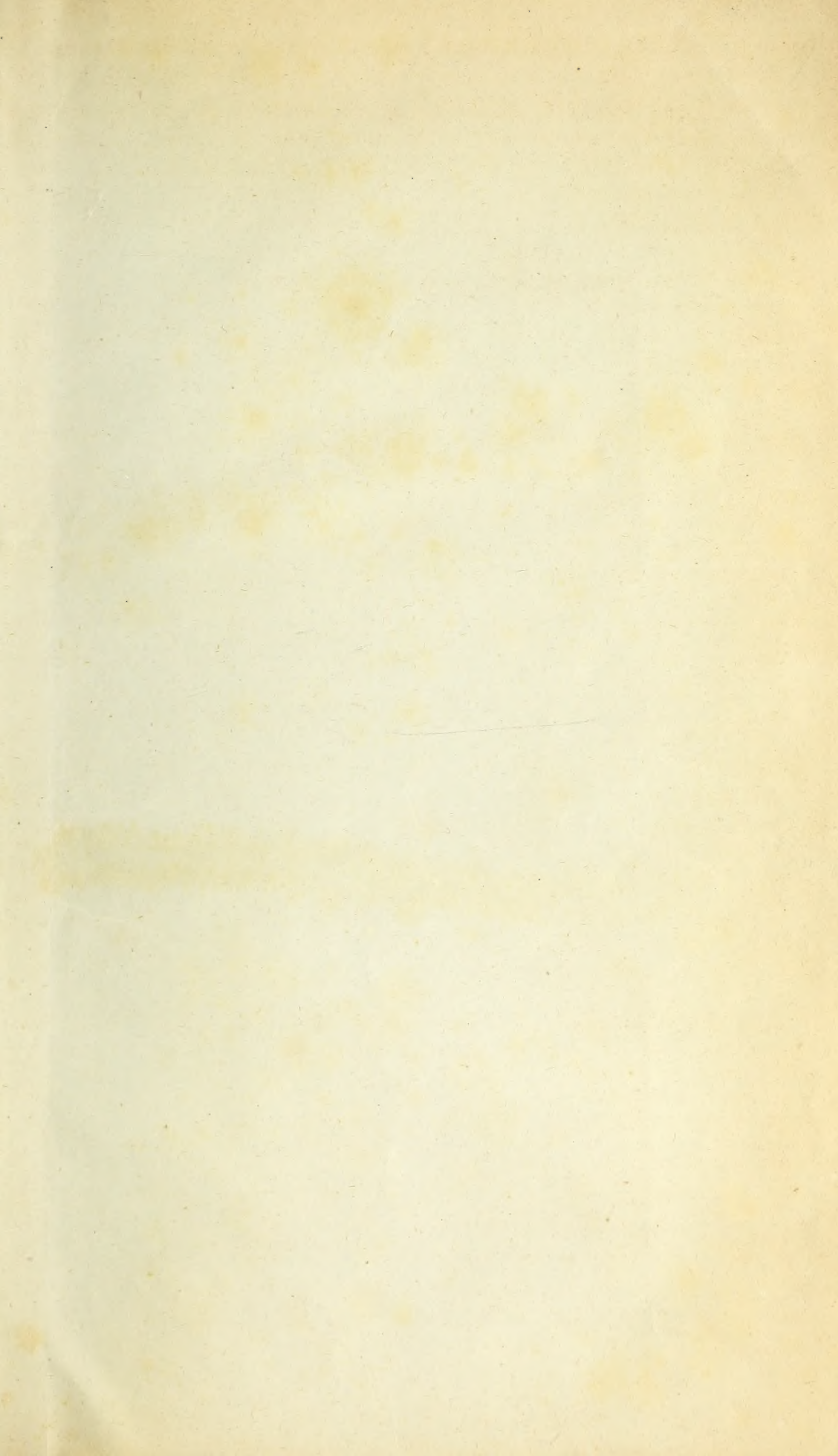
DICTIONNAIRE GÉNÉRAL
ESPAGNOL-FRANÇAIS ET FRANÇAIS-ESPAGNOL

Nouvellement rédigé d'après les dernières éditions des dictionnaires de l'Académie espagnole, et de l'Académie française, les meilleurs lexicographes et les ouvrages spéciaux de l'une et de l'autre langue; contenant: 1° Un grand nombre de mots qui ne se trouvent pas dans les dictionnaires; — 2° les mots usuels et littéraires de la langue, anciens et nouveaux; — 3° les principaux termes des sciences, des arts, de l'industrie, du commerce, de la marine, des chemins de fer, des bateaux à vapeur, etc.; — 4° les diverses acceptions des mots, rangées dans leur ordre rationnel et logique, et séparées par des chiffres; — 5° un court exemple des acceptions usuelles ou littéraires, et des formes grammaticales qui pourraient être difficiles à saisir; — 6° le genre de tous les substantifs; — 7° la première personne des temps irréguliers des verbes, rangés par ordre alphabétique; — 8° les prépositions que régissent les verbes; — 9° les composés des mots les plus usités, qui ne se traduisent pas littéralement; — 10° les modifications qu'on fait subir aux mots en y ajoutant des adjectifs, des prépositions, etc.; — 11° les idiotismes et les locutions nobles, familières, ou proverbiales les plus usitées, qui diffèrent dans les deux langues; — 12° Un assez grand nombre de proverbes traduits, le plus souvent, par des proverbes correspondants; suivi d'un Vocabulaire de noms géographiques et de noms de baptême qui diffèrent dans les deux langues;

Par **DON PABLO DE VALDEMOROS Y ALVAREZ,**
PROFESSEUR D'ESPAGNOL A L'ÉCOLE MUNICIPALE DE FRANÇOIS PREMIER,
A L'ÉCOLE SPÉCIALE DU COMMERCE DE PARIS ET A L'ÉCOLE DES ARTS INDUSTRIELS,
AUTEUR DU COURS GRADUÉ DE LANGUE ESPAGNOLE, ET DE PLUSIEURS OUVRAGES SUR LA LITTÉRATURE ET L'ENSEIGNEMENT

Deux tom. en un gros vol. gr. in-8, de 1000 à 1200 pages à 3 col.; caractère neuf et fondu exprès.
Le premier volume est sous presse.

PARIS. — IMPRIMERIE DE FAIN ET THUNOT, 28, RUE RACINE.



auf d. Rückentitel
unter d. Namen

I